BIBLIOTECA

Heike monogatari

UNIVERSAL



GREDOS

HEIKE MONOGATARI

Director de colección
CARLOS GARCÍA GUAL

Sánchez Pacheco, 85 – 28002 Madrid
www.editorialgredos.com

PRIMERA EDICIÓN, 2005
1.ª REIMPRESIÓN

Título original: *Heike monogatari*

Diseño de colección
MANUEL JANEIRO

Depósito Legal: M. 50493-2005
ISBN 84-249-2787-7
Impreso en España. Printed in Spain
Sobre papel Hermes de 80 gramos
Gráficas Cóndor, S. A.
Esteban Terradas, 12 – Polígono Industrial
Leganés (Madrid)
Encuadernación Ramos

HEIKE MONOGATARI

INTRODUCCIÓN Y NOTAS
CARLOS RUBIO LÓPEZ DE LA LLAVE

TRADUCCIÓN
RUMI TANI MORATALLA
Y
CARLOS RUBIO LÓPEZ DE LA LLAVE

BIBLIOTECA
UNIVERSAL
GREDOS

GREDOS

INTRODUCCIÓN

1. ANTECEDENTES HISTÓRICOS

LA IRRUPCIÓN DE LOS SAMURÁIS EN LA VIDA PÚBLICA

Son tres los pilares sobre los que se apoya el espléndido edificio cultural de la llamada época Heian (789-1185): la estabilidad socio-política basada en el ejercicio secular de un sistema administrativo y legislativo de origen chino llamado *ritsuryō*, el prestigio social de la casa imperial japonesa y un orden económico cimentado en una tributación centralizada y en la explotación de las grandes heredades privadas o *shōen*.

Los tres son en parte producto del potente flujo de importaciones culturales procedentes de China, realizado intensivamente en los siglos V-VII y que incluye aspectos tan fundamentales como la escritura, la religión, los sistemas de cultivo, el derecho y la teoría del Estado, la historiografía, etc. El flujo llega oficialmente a su fin en la segunda mitad del siglo IX cuando, en el año 889, Japón, a raíz del colapso de la dinastía china de los Tang, suspende sus relaciones con el continente e interrumpe sus embajadas a la capital china, Xian. Pero la compleja maquinaria de absorción del mundo chino ya estaba en marcha y en los tres siglos siguientes Japón se entregará a un período de lenta asimilación, de fructífero ensimismamiento cultural.

La sociedad japonesa, minuciosamente jerarquizada, era un alargado triángulo cuyo vértice superior, rozando casi literalmente las nubes, estaba ocupado por la familia imperial, de origen celestial para la historiografía japonesa institucionalizada a principios del VIII con las obras *Kojiki* y *Nihon Shoki*. En torno al divinizado «soberano celeste» *(tennō)*, mal traducido como emperador, había una corte rígidamente subdividida en rangos

hereditarios. Los miembros de esta corte, de esta aristocracia cortesana, ociosa y culta, van a poder entregarse al ejercicio o patrocinio de las artes y las letras. Este hecho, unido a la centralización administrativa, va a favorecer la potente irradiación cultural de la capital del imperio en aquellos siglos, la vieja Heian-kyo o actual Kioto. Tanto es así que ser enviado a la provincia para ocupar un cargo administrativo, por alto que fuera, poseía el estigma de un exilio. Miembros de la nobleza o descendientes de segundones del mismo emperador, victimizados por alianzas matrimoniales o caídos en desgracia en la corte, eran sacados de esa manera fuera de la órbita de poder.

Estos antiguos nobles, en la provincia, en regiones frecuentemente ásperas en las que para medrar había que ganar territorios a los «bárbaros», los *emishi*, del este, o roturar nuevas tierras, en la misma proporción que van a perder el refinamiento cortesano, van a adquirir el vigor marcial necesario para sobrevivir en un medio rudo y, lentamente, acumular una fuerza militar y estratégica por sus alianzas con familias guerreras. Estas alianzas, basadas en la reciprocidad de servicios y en un estricto código de lealtad, el *bushidō*, van a permitirles fortalecer su posición con el paso de las generaciones a lo largo de los siglos IX y X. Es el caldo de cultivo de los futuros samuráis, los «criados armados» o *saburai* de la nueva literatura.

Mientras, en la corte, el sistema *ritsuryō* se resquebraja. Nobles, templos budistas y santuarios sintoístas se habían lanzado a competir por los *shōen*, latifundios de carácter privado pero procedentes del patrimonio público, pertrechándose militarmente con el objeto de protegerlos. Tras el colapso del sistema militar centralizado, las familias provinciales, fortalecidas con las mencionadas alianzas, se militarizan. Los orígenes de muchas de esas familias se remontan a antepasados anteriores a la Reforma Taika (645-649), que se habían quedado en provincia; otros eran aristócratas venidos a menos o caídos en desgracia en la corte que habían ido a la provincia como administradores de los *shōen* a lo largo de la época Heian. Lo cierto es que ya en el siglo X la Casa Imperial estaba acostumbrada a la existencia de jefes militares cuya ayuda armada les resultaba útil para sofocar revueltas o mantener a raya a los siempre belicosos ejércitos de bonzos-guerreros de los grandes complejos monásticos budistas como Enryaku-ji y Tōdai-ji. Pero la ayuda no tardará en convertirse en amenaza para el poder político en un fenómeno que recuerda la gradual

infiltración de guerreros bárbaros dentro del ejército del Imperio Romano. También, como ocurría con los romanos respecto a los incultos germanos, la aristocracia de la capital sentía un profundo desdén por los rudos soldados de la provincia. Kiso Yoshinaka, el hábil estratega militar de los Genji, ridiculizado en el cap. VI del Libro 8 del *Heike*, proporciona un ejemplo elocuente.

El caso es que ya en el 935 y 940 tenemos los primeros casos importantes de asalto al poder: respectivamente, Taira no Masakado en las provincias del este y Fujiwara no Sumitomo en el oeste constituyen serios retos a la autoridad imperial. Las dos revueltas quedaron sofocadas con la ayuda de bandas guerreras provinciales, pero su intento va a señalar la dirección a futuros clanes militares con ambiciones de poder. Dos de estos clanes van a destacar en el panorama del siglo XII, el de los Minamoto (Genji) y el de los Taira (Heike), los grandes antagonistas en la obra aquí presentada. Los dos tendrán su base de poder, como era natural, en las tierras alejadas de la corte y del control fiscal, especialmente en el noreste y este de la capital.

Cien años antes, en la corte, la indiscutible privanza de la familia Fujiwara, conseguida gracias en gran parte a una política matrimonial endogámica consistente en casar a sus hijas con príncipes herederos, había sufrido una decisiva fractura con el nuevo sistema político de los emperadores retirados o claustrales, *insei*, los cuales abdicaban a favor de hijos menores de edad pero conservaban cargos gubernamentales, por lo que actuaban con más libertad en la política. Se va a constituir así un segundo foco de prestigio y poder, el gabinete del emperador retirado o *innochō* con capacidad para promulgar edictos imperiales y otorgar títulos y cargos. Las principales figuras de este gabinete eran miembros de un selecto grupo de *kinshin* o «servidores íntimos» del emperador retirado. Este grupo que, en el caso del *Heike monogatari*, va a protagonizar la conspiración de Shishi-no-tani, narrada en el cap. XII del Libro 2, solía estar compuesto por cortesanos emparentados con alguna de las esposas del soberano retirado, algún literato de renombre, gobernadores de provincia ricos y hombres que, en general, gozaban de la privanza imperial. Un emperador retirado típico es el que, siempre a la sombra pero con tanto protagonismo, aparece en nuestra obra, Goshirakawa (1127-1192), «el mayor bribón (*tengu*) de todo Japón», como lo habría de calificar Minamoto no Yorito-

mo[1]. Este emperador, y con él la corte, va a intentar debilitar a los dos clanes más poderosos, Genji y Heike, enfrentándolos entre sí.

Para entender adecuadamente la trama narrativa del *Heike* es necesario referirse a los antecedentes históricos directos del enfrentamiento entre esos dos clanes y que se remontan a las mencionadas insurrecciones de Hōgen y Heiji, como son llamadas en la historia japonesa. Las referencias a una y otra, además, son abundantes en el *Heike*. La Insurrección de Hōgen o *Hōgen no Ran* fue un conflicto militar producido por rivalidades en el seno de la familia imperial y entre los clanes de Fujiwara, Genji y Heike a raíz de la muerte del emperador retirado Toba en 1156. El emperador reinante, Goshirakawa, contaba con el apoyo del clan de los Heike y del regente Fujiwara no Tadamichi, mientras que el ambicioso hermano de éste se alió con el emperador retirado de turno, Sutoku, disgustado porque su hijo había sido relegado en la sucesión imperial en favor de su hermanastro Goshirakawa.

El apoyo del clan de Genji estaba dividido entre la alianza a Sutoku por parte de Minatomo no Tameyoshi y la alianza a Goshirakawa por parte del hijo de Tameyoshi, Minatomo no Yoshitomo. Ganó la facción de Goshirakawa y el ex emperador Sutoku fue enviado al exilio, donde murió miserablemente. Su alma en pena y la necesidad de aplacarla van a merecer frecuentes menciones en el *Heike monogatari*. Incluso el destino final del clan Heike se interpretó como una terrible venganza póstuma de ese soberano. El poder, tras la victoria de Goshirakawa, no se quedó en las manos de éste, sino en las del líder de los Heike, Kiyomori, y de Yoshitomo, verdugo de su propio padre, los cuales no tardaron en enfrentarse por la supremacía en el gobierno. Pocos años después, en efecto, en 1160, en la era de Heiji de donde tomó nombre la nueva insurrección, Yoshitomo, descontento por lo que consideraba injusto reparto de beneficios tras la victoria de Hōgen, se aprovechó de la ausencia de la capital de Kiyomori para tomar el poder con la ayuda del cortesano Fujiwara no Nobuyori, haciendo prisionero a Goshirakawa y al emperador reinante, Nijō. Pero Taira no Kiyomori vuelve y logra aplastar la revuelta y liberar a los emperadores. Yoshitomo y Nobuyori son capturados y ejecutados,

[1] Esta observación se halla en el *Gyokujō*, el diario de Kujō Kanezane, redactado entre 1164 y 1200. Véase Uwayokote Masataka, *Heike monogatari no kyokō to shinjitsu*, Tokio, Hanawa shobō, 1985, vol. II, pág. 81.

tras lo cual el clan de los Heike puede detentar a sus anchas el control del gobierno e iniciar una espiral de insólita prosperidad. Ambas insurrecciones merecieron sendos relatos épicos, el *Hōgen monogatari* y el *Heiji monogatari*, respectivamente, precedentes directos del *Heike* con el cual forman una trilogía histórica.

El emperador hecho monje, Goshirakawa, no pudo quedarse indiferente al poder creciente de los miembros de este clan, el de Heike, que desde hacía dos generaciones, por hallar irresistiblemente atractiva la vida en la capital, habían asumido los usos de la corte e incluso, en la mejor tradición de los Fujiwara, practicado la política matrimonial con la casa imperial, al logar casar a la hija de Kiyomori con el emperador reinante Takakura. Goshirakawa y los cortesanos de alcurnia no tardaron en buscar contra el poder amenazante del advenedizo Kiyomori el apoyo de la otra gran familia de samuráis, los Genji, los perdedores en la última insurrección. Este clan seguía lamiendo sus heridas en las provincias orientales. Su líder, Yoritomo, con la ayuda de su primo Kiso y su hermanastro Yoshitsune, de clanes aliados y con la prerrogativa prestigiosa del edicto imperial para acabar con los Heike que le otorgará Goshirakawa, va a enarbolar la bandera de la rebelión e iniciar una guerra de cinco años. Ese lustro de guerras, llamadas *Gempei* en la historia de Japón, compone precisamente la masa narrativa de la presente obra, el *Heike monogatari*. Desde ese punto de vista narrativo, la obra trata concretamente del vertiginoso ascenso y calamitosa caída de los Heike.

En términos sociales, por debajo de una simple sustitución de poderes, del imperial y aristocrático al militar, hay mucho más que ver. En Japón, con siete millones de habitantes en torno al año 1200[2], aparecen nuevas clases, se erosiona el sistema de *shōen*, se ponen en práctica nuevos sistemas de propiedad de la tierra, se incrementa la actividad en los mercados, se amplían horizontes comerciales, se fomenta el desarrollo urbano, se acuña moneda, se populariza la cultura y la religión. Algo muy parecido a, si no eso justamente, una verdadera revolución social.

En sucintos términos políticos, el destino de los Heike, dramatizado en esta obra, significó que el poder político de la aristocracia nobiliaria quedó fracturado para siempre en la historia japonesa y el de la corte imperial durante setecientos años.

2 C. Totman, *A History of Japan*, Oxford, Blackwell, 2000, pág. 110.

2. RELIGIÓN E IDEAS

AMIDISMO Y *MAPPŌ*

En el mundo de las ideas religiosas, la respuesta a este orden social producido al acabar el siglo XII la da el nuevo budismo, que va a calar hondo entre todas las clases sociales haciendo hincapié en la salvación individual. El escenario será un siglo XIII pletórico de nuevas ideas religiosas y de inspirados reformadores religiosos. Al final de la época Heian (ss. XI y XII), el sincretismo entre el budismo importado y el sintoísmo aborigen ya se había producido y los dioses sintoístas se veneran en templos budistas, asumiendo incluso identidades de la nueva religión, como es el caso del *bodisatva* Hachiman, la divinidad sintoísta de la guerra, que aparecerá repetidamente en el *Heike*. No hay mejor prueba de la amalgama entre las dos religiones que la oración del desterrado Yasuyori (Libro 2, cap. XV).

Para los miembros de la nobleza descrita en el anterior apartado, y en general para muchos japoneses del siglo XII, el gran consuelo que podía ofrecerles la religión parecía menos real que la inevitabilidad del cambio político y social, un cambio que, de forma inexorable, presentaba todos los indicios de ser para peor. Había una razón particular para creer que la vida estaba condenada a la fatalidad y que las esperanzas de salvación eran inciertas. En el budismo Mahayama, el dominante en el Asia oriental, se enseña que a la muerte de Shakyamuni, el Buda histórico, la doctrina budista pasa por tres fases: una era de florecimiento (*shōbō* o Ley Verdadera), una era de madurez (*zobō* o Ley Imitativa) y una era de decaimiento y confusión (*mappō* o Ley del Último Día). Aunque había diferentes modos de calcular la duración de cada era, en Japón se pensaba que en el año 1052 se había entrado en la tercera, la de *mappō*. Para los pesimistas, se multiplicaban los signos que probaban la veracidad de esta conjetura: la instauración del sistema *insei* a mediados del siglo XI, los disturbios de las provincias que culminaron con las insurrecciones de Hōgen y Heiji, el incendio de Hase-dera y otras calamidades que registra

el *Heike monogatari* –hambrunas, vendavales y terremotos–. La idea de la Ley del Último Día o *mappō*, expresada repetidamente en el *Heike* como «época de corrupción», «degeneración de estos tiempos», «caos en que vivimos», etc., servía, en clave religiosa, para explicar a los ojos alarmados del creyente lo que humanamente parecía inexplicable. Las dos tentativas de invasión de los mongoles en la segunda mitad del siglo XIII fueron igualmente rodeadas de un ambiente social de cataclismo nacional que sólo se podía entender a la luz de dicha idea. Por fortuna, los providenciales vientos divinos o *kamikaze* impidieron la llegada al archipiélago japonés de las temidas flotas de los mongoles.

En el complejo monacal de la escuela Tendai situado en el monte Hiei se desarrolló la idea de que en una era de decaimiento era necesario buscar algún poder exterior para lograr la iluminación. Esta creencia favoreció la fe en el poder salvador del Buda Amida. Amida (el *Amitābha* sánscrito o «Infinita Luz») es el buda que reina en el paraíso llamado Tierra Pura de la Perfecta Felicidad. Como *bodisatva*, Amida hizo la promesa de salvar a todos los que invocaran su nombre haciéndolos renacer después de su muerte en un paraíso de Tierra Pura localizado idealmente en Occidente. La muerte de todos los personajes del *Heike* suele ser precedida de la ferviente invocación o *nembutsu* a este buda salvador encerrada en las palabras *Namu Amida Butsu* ('Busco abrigo en Amida'). La práctica de rezar a Amida era muy popular en el budismo chino y fue introducida en Japón en fechas muy tempranas, aunque fue sólo en la época Heian cuando se hizo popular, especialmente a partir del siglo XI, cuando la idea de *mappō* pareció poner a su práctica el sello del apremio. Los nobles, especialmente los miembros de la familia Fujiwara, demostraron su entusiasmo por la adoración de Amida erigiendo magníficos templos dotados de una espléndida iconografía. Así hizo con su mansión de verano de Uji, en Kioto, el noble Fujiwara Yorimichi (990-1074), un templo conocido hoy como el Palacio Fénix.

Al principio, esta devoción a Amida no pasaba de ser un elemento más de las numerosas prácticas religiosas de la escuela Tendai, la escuela budista más influyente en el siglo XII. Pero al finalizar el siglo, dos enérgicos reformadores religiosos establecieron una forma separada de budismo basado en la devoción a Amida: será el budismo amidista. El primero es Hōnen de Kurodani (1133-1212), que aparece en el *Heike* (Libro 10, cap. V) exponiendo sus ideas para consolar y ayudar a bien morir a Shi-

gehira. Su escuela será conocida como la de la Tierra Pura (*Jōdo-shū*) y sus doctrinas impregnan las páginas del *Heike*. Los tres puntos esenciales de su credo se centran en el deseo de renacer en el Paraíso Occidental, la concentración de la fe en Buda Amida y la importancia fundamental del *nembutsu* como medio de conseguir el ansiado renacimiento en el paraíso. «Para poder renacer en el paraíso de la Tierra Pura sólo la fe sincera basta», le dirá a Shigehira (Libro 10, cap. V). Sus ideas gozaron de un enorme atractivo popular y, como se deduce del *Heike*, el sencillo mensaje de salvación con la simple repetición de las tres sencillas palabras del *nembutsu* representaba sin duda una gran esperanza para un pueblo devastado por sucesivas guerras y calamidades.

Fuera de la influencia formativa sobre el *Heike*, pero contribuyendo directamente al ambiente religioso del ideológicamente bullicioso siglo XIII que da a luz a la obra, hay que mencionar otras dos escuelas budistas, la de Nichiren y la del Zen, ambas de floreciente vigor en nuestros días.

Si en la obra no se destaca la importancia creciente que la escuela Zen iba ejerciendo en los círculos militares del siglo XIII, puede ser por la deliberada tendencia evocadora de un pasado perdido e idealizado, y porque los monjes que ayudaron a refundir el texto y a difundirlo en esas y las siguientes décadas seguían siendo portavoces y servidores de la vieja «cultura de monasterios» centrada en las escuelas budistas tradicionales, como Tendai y Shingon.

A diferencia de las dos escuelas anteriores, una importancia formidable, si no como religión establecida como el budismo, ya que en rigor no lo es, sí ciertamente como código de valores éticos y políticos, es la que tiene el confucianismo en la época del *Heike monogatari*. Conocido en Japón, al parecer, ya desde el siglo IV, las doctrinas confucianas habían dado consistencia intelectual, tal vez antes que el budismo, a las creencias sintoístas del Japón primitivo, acentuando el culto a los ancestros, la lealtad y obediencia al emperador, la piedad filial, el respeto a la jerarquía y la armonía dentro del grupo; todos ellos, valores bien arraigados en el Japón de los siglos XII y XIII.

La educación, la historiografía, la erudición y la teoría del Estado fueron cuatro parcelas en que el confucianismo pudo sustraerse al triunfo que el budismo cosecha en el siglo XIII japonés como fuerza religiosa e intelectual dominante. Concretamente, el ideal confuciano de soberanía, adoptado por la Casa Imperial y amalgamado con los mitos indígenas, y

los tributos que exige de reverencia y sumisión, asoma una y otra vez en las relaciones entre el emperador y los súbditos del *Heike*. Las apasionadas amonestaciones a su padre Kiyomori realizadas por el ministro prudente, Shigemori (Libro 2, caps. IV-V), anteponiendo la obediencia al soberano a la piedad filial, son un ejemplo perfecto.

3. USOS Y COSTUMBRES

SINTOÍSMO, MATRIMONIO, ADIVINACIONES, CALENDARIO Y HORARIOS, TÍTULOS Y OFICIOS

Deliberadamente no hemos tratado de la religión sintoísta en el apartado anterior. Por los tiempos del *Heike* el cuerpo doctrinal de esta religión, que carece de código moral *sensu stricto* y de escrituras, ya había quedado penetrado por el budismo. Pero los ritos, festividades, mitología, origen de la familia imperial y muchas actitudes vitales de esta religión primitiva pervivían profundamente arraigadas entre los usos y costumbres del pueblo, dando color a la vida diaria de hombres y mujeres, y carácter al budismo japonés[3]. Y siguen dándolos. Si el sintoísmo hubiera sido una religión de profundas doctrinas filosóficas, el budismo, cuando llegó a consolidarse como religión de estado en el siglo VIII, tal vez habría sentido la necesidad de suprimirla. Lejos de eso, y en la buena tradición ecléctica oriental, se fomentó la conciliación de doctrinas. Como se ha indicado, el budismo alentó la creencia de que las divinidades sintoístas eran *bodisatva* y reencarnaciones de Buda incorporándolas a su panteón. En el *Heike*, los templos y monasterios son budistas, donde viven monjes o bonzos, mientras que los santuarios son recintos atendidos por sacerdotes y empleados de ambos sexos. Templos y santuarios, por tomar un caso, comparten el espacio sagrado del monte Hiei, al lado de la capital, y bonzos y sacerdotes, como veremos en el Libro 1, unen sus fuerzas para

[3] Véase la completa obra de Federico Lanzaco Salafranca, *Introducción a la cultura japonesa. Pensamiento y religión*, Valladolid, Universidad de Valladolid, 2000; y *A History of Japanese Religion*, ed. K. Kasahara, Tokio, Kosei, 2003.

presentar vehementes reclamaciones ante la Corte imperial. Otro ejemplo, tan dramático como elocuente, de que en el corazón de los japoneses del *Heike* se armonizan ambas religiones es el emotivo momento del suicidio del Emperador niño, cuando su abuela le dice: «Majestad, despedíos del santuario de Ise mirando al levante; luego, rezad con la vista dirigida al poniente para ser recibido por Buda en el paraíso» (Libro 11, cap. IX). Santuarios sintoístas y paraísos budistas, todo entraba en el corazón de aquellos hombres cuya forma de vida, sin embargo, y actitudes vitales debían mucho a su religión aborigen.

En el contexto del culto a la limpieza característico del ritual sintoísta, con su énfasis en la purificación, se insertan numerosos detalles en las páginas del *Heike*. Por ejemplo, cuando la bailarina Giō es despedida destempladamente por Kiyomori se puntualiza que «se dispuso a abandonar el palacio después de limpiar, barrer y ordenar sus cosas» (Libro 1, cap. VI). Más significativa es la relación limpieza y muerte cuando, en el cap. IX del Libro 11, uno de los señores principales de los Heike, Tomomori, al ver la muerte inminente, exclama:

> —El fin de los Heike está aquí —dijo—. Arrojad al mar todo lo que sea ofensivo para la vista.
>
> Y él mismo corrió de popa a proa barriendo, limpiando y quitando el polvo con sus propias manos para recibir dignamente el fin.

Y, poco después, salta al mar y muere antes que sufrir la ignominia de la captura. Hablando del suicidio, idea tan presente en la conciencia de estos hombres en cuyo código de *bushidō* está la honra como piedra angular, éste ha de contemplarse como una manifestación *in extremis* del sentido de purificación material y limpieza del nombre propio del sintoísmo. El ritual del *harakiri* o *seppuku*, con su carácter sangriento, posee una pureza de intención que así lo confirma. Minamoto Yorimasa (Libro 4, cap. XII), que tiene la sangre fría de componer un bello poema antes de clavarse la espada en el abdomen con su propia mano al verse perdido, tendrá el siniestro honor de marcar el estilo de esa trágica modalidad de suicidio para los japoneses de los siglos futuros.

Las costumbres maritales dominantes en el *Heike* son las de finales de la época de Heian y están caracterizadas por una poligamia selectiva, por el predominio social del varón, y, como cabría esperar de una socie-

dad cerrada, por el matrimonio entre iguales. El matrimonio en sí, como ceremonia, no era lo importante para la sociedad, sino la selección de la pareja con quien procrear. Los varones de las clases altas solían tener más de una pareja. En su casa podían mantener una esposa, podían permitir que el padre de una segunda esposa mantuviera a ésta en su casa, y, en tercer lugar, podían abiertamente sostener relaciones con otras mujeres. O bien, residían temporalmente en la casa de su esposa y tenían, al mismo tiempo, su residencia habitual de soltero. Sus vestidos eran suministrados por la casa de la esposa, siendo indicativos de su rango social. Los hijos se criaban en la casa de la madre y, a medida que crecían, el padre podía confirmar su paternidad dotándolos de su mismo rango o de uno inferior. O bien, los hijos podían esperar que su abuelo o tío materno realizara un gesto público indicando que el hijo poseía el rango de la madre o bien ponerlo en adopción con otra familia distinta de la paterna. Ser adoptado por otra familia, en efecto, para asumir su rango era moneda corriente, como podrá leerse en el *Heike*.

Los varones, a través del matrimonio con varias esposas, podían ver aumentados sus recursos financieros, pero siempre que tuvieran hijos de ellas. Para las mujeres de las clases altas, el estatus social estaba determinado por el rango y futuros títulos de sus hijos, que podían ser de diferentes padres.

Un cuarto rasgo de las costumbres maritales de las clases altas de la época es que los matrimonios eran endogámicos, es decir, se producían dentro de un número cerrado de familias, siendo frecuentes entre primos o primos adoptados.

Entre los miembros de la familia imperial, la crianza y residencia de los hijos en el domicilio materno implicaba el gobierno real de los parientes de la madre. Una especie de matriarcado ejercido no por la madre sino por el padre de ésta o por sus tíos. Confería poder el hecho de disponer de vientres fértiles de mujeres atractivas para el joven Emperador. El abuelo, por tanto, o tío abuelo del príncipe heredero tenía en sus manos las riendas del poder y provocaba que el Emperador abdicara pronto para que fuera entronizado como Emperador el príncipe heredero, generalmente de tierna edad. Debía ser, evidentemente, más fácil de controlar un nieto de dos años que una hija adulta. Lo importante era tener a un niño emperador en casa y a una niña del clan preparada para volverse esposa productiva cuanto antes. Y hacer el relevo oportunamente.

La consolidación de esa sutil forma de gobierno fue uno de los secretos a voces del dominio del clan de los Fujiwara durante dos siglos y, tal vez, una de las claves de la estabilidad política de la época Heian. Ser madre de un emperador garantizaba el poder político. Tan bien comprendió esto el samurái Kiyomori, el «malvado» del *Heike*, que, pese a no ser noble, adoptó esa política matrimonial llegando a prometérselas muy felices cuando una de sus hijas, la futura Kenreimon-in, dio a luz a un príncipe heredero, el futuro emperador Antoku. La vieja aristocracia no perdonó tamaño atrevimiento y, a la vista de lo que aconteció y de lo que narra el *Heike*, los dioses tampoco.

En el capítulo de las creencias, hay que referirse, por su popularidad e importancia en el *Heike monogatari*, a las ideas sobre el dualismo chino del *ying-yang (on-yō-dō)*, cuyos principios, el activo y el pasivo, a través de su interacción en los cinco elementos (fuego, agua, madera, metal y tierra) producen todos los fenómenos. Estas doctrinas, que forman la base de la concepción del universo en la filosofía china, serían utilizadas en Japón principalmente para la adivinación y la elaboración de calendarios. En la época de Heian había un gabinete oficial dedicado a ellas, el *on-yō-ryō*, entre cuyas funciones estaban las de asesorar sobre los malos espíritus, indicar cómo aplacar demonios y espíritus vengativos, decidir los días propicios para viajes, ceremonias o edificaciones, interpretar los sueños del emperador y, en general, actuar de adivinos oficiales de la corte. A partir del año 950, y como prueba tal vez de su creciente competencia, el gabinete se dividió en dos ramas: una dedicada a la astronomía y otra, más propiamente dentro de la esfera de las doctrinas del *ying* y el *yang*, a la adivinación. Su influencia en las páginas del *Heike* es grande y no hay hecho importante en que no aparezca la intervención del adivino o lector de oráculos. En el parto de la emperatriz Kenreimon (3, I) se recurre a «conjuros y artes secretas de los doctores del *ying* y el *yang*», así como a las «invocaciones a estrellas y astros». El comienzo de la batalla de Yashima, por ejemplo, se retrasa debido a que el día fijado «no era día propicio porque, según el zodiaco, la puerta al oeste se hallaba cerrada. El día seis apareció también como funesto» (9, VII). En la decisiva batalla naval de Dan-no-ura, en la nave capitana viaja, al lado del general del ejército Heike, un «maestro de adivinaciones», Harunobu, capaz de interpretar la forma de nadar de los delfines (11, VIII). Los rostros de Mochihito, el

príncipe malogrado, y de Yoritomo, el gran triunfador, son objeto de predicción por parte de adivinos fisonomistas.

Rastros de la influencia de ese cuerpo de ideas son rastreables en numerosas creencias populares de la actualidad, principalmente en lo relativo a los días favorables y desfavorables y a las direcciones.

Hablar de direcciones en el Japón de la época equivale a hablar del zodiaco chino. El sistema de cómputo del tiempo (*teijihō*) dividía el día en doce horas de ciento veinte minutos cada una. En la corte, estas largas horas eran cuidadosamente medidas con relojes de agua a fin de que las ceremonias de la corte o los cambios de guardia pudieran tener lugar a la hora exacta. Cada una de estas doce horas estaba asociada a un signo del zodiaco chino (hora del dragón, del conejo, de la serpiente, etc.).

Algunos signos del zodiaco, como también las horas correspondientes, estaban asociados a las direcciones, especialmente a las de los cuatro puntos cardinales y las de los espacios entre ellos (noreste, etc.). Así: ratón = Norte = medianoche, buey-tigre = Noreste = tres de la mañana, etc.

Del sistema de correspondencias no se escapaban las relaciones entre las cinco direcciones (los cuatro puntos cardinales y el centro), los signos del zodiaco, los colores, las estaciones del año y los mencionados cinco elementos de la naturaleza. Se creía que había un orden que controlaba las acciones humanas a través de la interacción de esas correspondencias con el dualismo del *ying* y el *yang*, haciéndose necesario por tanto determinar qué horas y direcciones eran apropiadas para determinados actos. Los maestros adivinos fijaban asimismo «los días de abstinencia», es decir, los días que había que quedarse en casa y poner freno a toda actividad, desde el comer, la relación sexual e incluso actos tan inocuos como leer una carta[4]. Las analogías del budismo, especialmente de la escuela Shingon, enriquecían todavía más las asociaciones mencionadas. Los emperadores y la gente de recursos tenían a su servicio a estos adivinos, verdaderos «ingenieros» capaces de orientarse en esa selva de correspondencias. Un noble de la época podía levantarse preguntando «¿Qué dirección es la prohibida hoy?» a su adivino, que debía responderle tras haber consultado el horóscopo del día. Tal es, en efecto, la pregunta que se hace el príncipe Fujiwara Kaneie numerosas veces según revela el dia-

[4] Sei Shōnagon, *El Libro de la Almohada*, trad. de I. A. Pinto, O. Gavidia y H. Izumi, Lima, Universidad Católica del Perú, 2002, pág. 76.

rio *Kagerō Nikki*, escrito por una mujer noble infeliz en su matrimonio de mediados de la época de Heian[5].

El calendario, no obstante, surgió en el año 602. También Japón es deudora de la China de los Tang en este aspecto. Hasta 1873, año en que los japoneses adoptaron el calendario solar gregoriano, se utilizaba el lunar basado en las fases crecientes y menguantes de la luna. Por tanto, el primer día del mes era el primer día del novilunio. El mes lunar constaba de veintinueve o treinta días y un año de trescientos cincuenta y tres. Para compensar el desajuste con el calendario solar y, por lo tanto, mantener la correspondencia con la duración de las estaciones del año, se añadía un mes intercalado cada cierto número de años. Debido al estrecho engranaje de la narración con las estaciones, es importante recordar que el año nuevo empezaba en febrero o principios de marzo, de forma que cuando se habla, por ejemplo, del «quinto mes» hay que situarse mes y medio por delante de mayo o del «quinto mes» del actual calendario japonés. La llegada del Año Nuevo en el texto del *Heike* suele ir acompañada, por lo tanto, de poéticas menciones de sucesos naturales acaecidos por esa época, como el deshielo, la floración del ciruelo, las primeras brumas de primavera, el canto del cuclillo o *hototogitsu*, tópicos consagrados en la poesía japonesa o *waka* desde la aparición del *Kokinshū*, en el año 905[6].

Actualmente en Japón los años se computan por años de reinado del soberano en ejercicio. Sin embargo, en el *Heike* las fechas se dan con nombres de eras y no de reinado. Los reinados suelen estar segmentados en eras o períodos cuyos nombres e inicios se eligen en momentos especialmente propicios. Por ejemplo, el segundo año de la era Angen (*Angen ninen*) indica no solamente el año 1176, sino también el segundo año de la tercera del reinado del emperador Takakura (1168-1180), que conoció cuatro eras. Por comodidad del lector occidental y para evitar abultar el número de notas, esperamos que se nos disculpe el haber recurrido a paréntesis para indicar la correspondencia del año japonés con nuestro calendario gregoriano, como también la correspondencia horaria. Así, en esta versión aparecerá: «el cuarto año de la era de Jishō (año 1180)» y también «la hora del conejo (seis de la mañana)».

5 Traducido en inglés como *The Gossamer Years*, Tokio, Tuttle, 2001, pág. 112.
6 *Kokinshū. Poemas antiguos y modernos*, trad. de Carlos Rubio, Madrid, Hiperión, 2005.

Las edades de las personas se computan en el *Heike* según el sistema tradicional japonés: un año más que en el sistema occidental. Cuando un niño nace, ya tiene un año; y «cumple años» en cada sucesivo día de Año Nuevo. Frecuentemente, por tanto, hay que restar dos años o a veces uno a la edad de los personajes del *Heike* para deducir la correspondencia con nuestro sistema de cómputo de la edad.

Es una suerte para el historiador de la literatura japonesa medieval que desde el año 700 en adelante haya tan ligeras variaciones en el organigrama de la corte japonesa. Entre el código Taihō *(Taihō ritsuryō)* del año 701 y las Ordenanzas de la era Engi *(Engi shiki)* de 926, que son las que rigen los títulos y cargos de la Corte Imperial en la época del *Heike monogatari,* las diferencias nominales son sorprendentemente mínimas. Esta corte consistía en el soberano, su familia y la aristocracia. La pertenencia a ésta era estrictamente hereditaria, pero no eran raros los casos de adopción.

Todo el mundo, del «soberano celeste» *(tennō)* para abajo, era objeto de nombramiento, pues la primogenitura no era siempre observada. Una vez nombrado y aceptado, el soberano funcionaba como un *chamán* sintoísta presidiendo los ritos y ceremonias en representación del Estado y dando legitimidad al gobierno y a los nombramientos a través de los edictos. Dependiendo del rango de la madre o de la influencia de su familia, el hijo de un emperador podía ser nombrado príncipe *(shinnō)*. De lo contrario, como Hikaru Genji, el famoso protagonista del *Genji monogatari*, el infante era descartado como un simple segundón debido al rango modesto de la madre teniendo que asumir un apellido (Minamoto, versión japonizada de «Genji»). Fue de esa forma como los clanes de Minamoto (Genji) y Taira (Heike), protagonistas de nuestra obra, y sus diferentes ramas alegaban sangre imperial. Durante los siglos de privanza de la familia Fujiwara se inventaron dos cargos que en los años del *Heike* ya eran inoperantes, aunque conservaban una aureola de prestigio. Eran los de regente *(sesshō)* y canciller *(kampaku)*. Ya nos hemos referido, al tratar los antecedentes históricos, de esa segunda fuente de prestigio y nombramientos constituida por el gabinete de los emperadores retirados *(innochō)*, frecuentemente tonsurados como emperadores-monjes, con plena vigencia en los años del *Heike*.

Por debajo del soberano, o de esos dos cargos cuando tenían poder, estaban los ministros. El primero de ellos era el «gran o primer ministro»

(dadōdaijin), que, en teoría, debía ser una especie de «espejo de príncipes», una personalidad ejemplar. En la práctica, sin embargo, y de acuerdo a las realidades del poder, lo ocupaba el que podía, como hizo el todopoderoso Kiyomori. Bajo sus órdenes estaban tres ministros principales, el «gran ministro de la izquierda» *(sadaijin)*, el de la «derecha» *(udaijin)* y el del «centro» *(naidaijin)*, por ese orden de antigüedad. Hemos traducido «ministro del Centro» y no «ministro del Interior», que también sería posible, para evitar asociaciones equivocadas. Los titulares de todos esos cargos podían aspirar al segundo rango de la nobleza. El primer rango de ésta muy raramente tenía titular, a no ser que fuera el primer ministro o algún alto dignatario a título póstumo. La nobleza constaba de ocho rangos, además de rangos preliminares. Los tres primeros rangos, los más altos, que componían el *kugyō*, podían sentarse en el Gran Consejo Imperial. Entre sus miembros estaban los consejeros mayores *(dainagon)*, medios *(chūnagon)* y menores *(shōnagon)*, los cargos más altos por debajo de los ministros. Este grupo selecto, verdaderos «grandes» del imperio, estaba compuesto por no más de veinte personas y podían actuar en nombre del soberano al que servían directamente. Cada uno de ellos estaba subdividido en «veterano» y «subalterno».

Los otros cinco rangos tenían cuatro subdivisiones: mayor veterano, menor veterano, mayor subalterno y menor subalterno. Los de cuarto y quinto rango, los llamados *tenjōbito* o «nobleza de servicio», podían ser, en los años del *Heike*, unas cien personas. Sólo los miembros de esos cinco primeros rangos tenían acceso al *Seiryō-den*, palacio interior («Sala del frescor inmaculado») o recinto residencial del soberano en el Palacio Imperial. Los últimos escalafones de la nobleza, del sexto al octavo rango, eran los *jige* o nobleza menor, unas mil personas como máximo según el Código. De este último grupo solía nutrirse la burocracia de la capital y los gobernadores de las provincias. Era una especie de «alto funcionariado» que dirigía la maquinaria del gobierno y en la cual las posibilidades de ascender dependían, sobre todo, de las relaciones familiares. Un hombre o una mujer sólo podía ocupar un rango en un momento dado, pero podía detentar varios cargos, aunque parece que el salario era el del rango. Naturalmente, el cargo conllevaba prestigio. No es fácil calcular otras fuentes de ingreso, ya fueran procedentes de herencia familiar –que en Japón era matrilineal, aunque parece haber cambiado gradualmente a lo largo de la época de Heian– o de donaciones. Probablemente las gober-

naciones de las provincias, muchos de cuyos titulares dependían en su cargo de la nobleza de la capital, eran fuente de espléndidos regalos en especie (arroz, sedas, caballos, etc.).

El gobierno central estaba dividido en dos oficinas principales: el Gabinete de los Ritos, encargado de las ceremonias sintoístas y del mantenimiento de los santuarios de esta religión, y el Gran Consejo Imperial, con responsabilidades sobre todas las funciones administrativas del estado[7].

Otras informaciones sobre usos y costumbres, como la indumentaria, títulos budistas, festividades, medidas, etc. serán ofrecidas oportunamente en las notas correspondientes.

4. GÉNERO Y AUTORÍA

—

LOS *GUNKI MONOGATARI* Y LOS *BIWA HŌSHI*

Preguntar si el *Heike monogatari* es una epopeya japonesa es tan pertinente como irrelevante a la vez. Que esta obra no pueda llamarse con rigor «epopeya», ni «cantar de gesta», «cantar épico-lírico», «elegía budista», «tragedia», «novela histórica», no es, a todas luces, una carencia, ni un problema. Podrá ser una carencia de esos términos. Es más: si nos arriesgamos a compararla con epopeyas de la literatura occidental, el concepto de «épica» occidental podría salir malparado. Es decir, el *Heike monogatari* es todas esas denominaciones y mucho más. Una de las tentaciones contra las que el lector occidental tal vez tenga que luchar puede ser precisamente la de «buscar algo» —valores estéticos o morales, héroes, *páthos*— en el texto que lo convierta en un clásico a nuestra medida. Todo eso tal vez esté ahí, pero... a su medida y con sus nombres y apellidos. Tratar de reducir esta obra a una denominación hecha según nuestros valores es comparable en crueldad a un distraído martillazo dado a las alas de una

[7] Más información sobre este tema en el capítulo «Ranks, Offices and Certain Incumbents» de la obra de E. Miner, H. Odagiri y R. Morrell, *The Princeton Companion to Classical Japanese Literature*, Princeton, Princeton University Press, 1985, págs. 443-473.

exótica mariposa oriental. Caeríamos entonces en una representación occidental de un hecho oriental.

Lejos de tal idea, esta obra oriental tiene una voz tan propia y recia que desafía todo intento de adscripción a los moldes occidentales mediante los que hemos desarrollado nuestros gustos literarios. Por ejemplo, el romanticismo nos ha acostumbrado a que las historias tengan finales infelices: los héroes mueren en las batallas, los padres pierden a sus hijos, la mujer enamorada entra en religión ante un amor imposible, los niños pueden ser ajusticiados y los soberanos morir prematuramente, etc. Como todo esto se produce en el *Heike monogatari*, un lector occidental con toda razón pudiera llamarla «obra trágica».

Esta razón se ve reforzada por el hecho de que esta obra tiene como asunto la derrota de un mundo civilizado a manos de un mundo de bárbaros o porque, en el plano psicológico, hay personajes como Kiyomori, atrapados entre imperativos morales en conflicto que caminan con resolución ominosa hacia su perdición y la de toda su familia. En cuanto a la denominación de «obra épica», hay una cuestión de forma. La épica se presenta en verso; el *Heike monogatari* es prosa; en una obra épica escasean los episodios amorosos y las descripciones de la naturaleza, en el *Heike* abundan; diferencias de motivos y valores también dificultan la justicia de la adscripción. El eclecticismo del *Heike monogatari* puede ser un ejemplo de lo que W. P. Kerr ha denominado «epic harmony» [8].

Se ha comparado la historia de los Heike a un paño de brocado en el cual la narración histórica son los hilos en horizontal y los episodios líricos son los hilos que corren sesgados [9]. Estirando la comparación, podríamos añadir que el paño se presenta tejido con colores budistas de tonalidades trágicas, los hilos horizontales son los de una crónica china, los verticales los de un diario poético de carácter elegiaco y los hilos sesgados los de un canto épico. La cualidad épica no se le puede negar, siendo la que, junto con la lírica y la didáctica, que aporta el budismo, da los tres rasgos que más ayudan a intentar la tarea descabellada de adscribir el *Heike monogatari* a un género literario ajeno a su tradición.

8 *Epic and Romance: Essays in Medieval Literature*, Nueva York, 1986, pág. 321. Citado por H. C. Mc Cullough, *The Tale of Heike*, Stanford, Stanford University Press, 1988, pág. 474.

9 *The Tale of the Heike*, ed. de Hiroshi Kitagawa y Bruce Tsuchida, Tokio, Tokio University Press, 1975, pág. xxix.

Apremiados por la necesidad de dar a esta obra nombres y apellidos propios, pero en su propia tradición, podríamos decir que es del género de los *monogatari* o «relatos», del subgénero de los *gunki monogatari* o «relatos bélicos», de la especie de los *bun-hōshi* o «literatura de bonzos» ejercida por los *biwa-hōshi* o «bonzos del laúd» (*biwa*), y de una familia literaria transmitida mediante un singular arte interpretativo musical llamado *heikyoku*. Era, por tanto, una obra para ser cantada, aspecto fundamental para comprender su génesis y forma de transmisión, y que la emparenta con obras monumentales bien conocidas en nuestra tradición literaria, como el *Cantar de Mio Cid*, compuesto por los mismos años[10], y la *Chanson de Roland*. *Heike*, literalmente, significa *La casa de los Taira*, el nombre japonés del clan. *Monogatari* quiere decir literalmente «relato de cosas» y es la evolución en prosa narrativa del popular pasatiempo en la corte de la época de Heian (s. VIII-XII) consistente en contar historias. Su fuerte carácter oral debe, por tanto, tenerse siempre presente[11].

Pero también las denominaciones japonesas deben ser matizadas. El *Heike monogatari* es del subgénero de los *gunki monogatari*, especialmente floreciente en los siglos XII y XIII, pero se diferencia de otras obras de este tipo, como el *Hōgen monogatari* y el *Heiji monogatari*, también sobre las guerras del siglo XII, o como el *Taiheki*, de un siglo más tarde, por su fuerte aportación de elementos líricos, por sus tratamientos más cálidos y emocionales al estilo de los relatos conocidos en las cortes de Kioto, por la importancia de los personajes femeninos. Los relatos que narraban los combates de la segunda mitad del siglo XII, de todos modos, no fueron los primeros en su género. El primero de los *gunki monogatari* parece haber sido el *Shōmonki*, que es la historia de Masakado, también de los Taira, un samurái de la primera mitad del siglo X que, único caso en la historia japonesa, intentó usurpar la dignidad imperial y erigirse en *shinkō* o nuevo emperador. Pero este relato bélico primerizo, a diferencia de los grandes relatos del XIII, estaba compuesto en chino y no en japonés, siendo su público por tanto mucho más limitado en diversidad social. Destaca, sin embargo, como los otros relatos de su género, porque es el primero que trata

10 Tal es la opinión de A. D. Deyermond, *La Edad Media*, Barcelona, Ariel, 1974, pág. 91.
11 Sobre este género, véase Mitani Kuniaki, *Monogatari Bungaku Hōhō*, Tokio, Yuseido, 1989.

de sucesos históricos ocurridos en provincia, lejos del centro tradicional de la literatura japonesa hasta el siglo XIII.

Más a fondo hay que tratar de los *biwa hōshi*, esos hombres cuyo quehacer ilustra el proceso formativo del *Heike* y también el arte interpretativo musical que era el vehículo transmisor de la versión aquí presentada. Ellos, a través de sus orígenes, funciones y materia de trabajo, nos van a llevar de la mano, por ciegos que sean, a la comprensión cabal de la génesis del *Heike*. Generalmente eran cantores ciegos que recitaban obras literarias con el acompañamiento de laúd. Este instrumento se llamaba *biwa*, del chino *p'i pa*, con cinco cuerdas y sonido plañidero, y había sido importado con el budismo siglos atrás[12]. Estos religiosos budistas, *bōshi* o «maestros de la enseñanza», legos y de cabezas rapadas, llevaban hábitos de monje aunque no solían haber recibido las órdenes religiosas. Sus orígenes son oscuros, si bien parece cierto que son herederos directos de los *kataribe*, profesionales, frecuentemente mujeres, de la transmisión oral en las ceremonias cortesanas del antiguo Japón y, probablemente, en muchas concurrencias populares fuera de la corte. En el prefacio del *Kojiki*, del año 720, se menciona a un ciego llamado Hieda no Are, recitador de genealogías imperiales, dotado de tal «inteligencia natural que podía repetir de memoria todo lo que veía y oía por primera vez»[13]. Es probable que en el repertorio de esos recitadores antiguos estuvieran también incluidas gestas legendarias de asuntos bélicos. Oficio, en verdad, casi tan antiguo como la curiosidad humana por conocer hechos antiguos y como la necesidad igualmente humana de exaltar lo extraordinario, y que aproxima a los *kataribe* y a su evolución, los *biwa hōshi*, con los *scopas* de la antigüedad griega, con los juglares de gesta de la Castilla de los siglos X-XII, con los poetas musulmanes andariegos. En Japón estos narradores constituyen uno de los elementos más significativos y menos conocidos de la vida cultural de aquellos siglos. En una sociedad ágrafa, los *kataribe* fueron los que mantuvieron el legado de mitos, leyendas y noticias que tomó forma escrita cuando Japón importó de China su sistema de escritura en el siglo V.

12 Ya en la época de Nara, siglo VIII, está documentado con cuatro y cinco cuerdas, según puede contemplarse en el templo de Shōsō-in de la ciudad de Nara. Una variedad de este laúd, el *mōsō biwa* o «laúd de bonzos ciegos», era popular en el Kioto del siglo IX y estaba especialmente asociado a la escuela Tendai para acompañar la recitación de sutras.

13 *Kojiki*, Tokio, Tokio University Press, 1986, pág. 41.

Con el paso de las generaciones, sus historias se refinaban, las técnicas de transmisión se hacían más complejas y los contenidos de sus historias, con la inyección del budismo, se tornaron edificantes. Vino viejo en odres nuevos.

El apoyo que el gobierno militar de Kamakura del siglo XIII y de los Ashikaga del XIV y XV –siglos dorados de la recitación del *Heike*– dará a estos recitadores de las gestas de sus antepasados es comparable al apoyo oficial gozado por los juglares de gesta en Occidente. Sabemos, gracias a las *Partidas*, que había juglares de gesta más estimados que otros. Los moralistas del siglo del rey castellano Alfonso X el Sabio identifican como únicos juglares dignos a aquellos que se dedican a cantar las gestas de los príncipes y las vidas de santos[14]. Prosiguiendo con la comparación, los *biwa hōshi*, bonzos cantores que pretenden moralizar sobre verdades budistas, son una evolución de los *kataribe* como los juglares son una evolución los trovadores o, más propiamente, esos «juglares de boca» que distingue en Castilla la *Crónica General* de 1344, o «juglares a lo divino» acompañados de vihuela o *violeros*, mencionados como los más estimables juglares en los poemas de clerecía.

La tradición de cantores con hábitos y guisa de monje budista era también conocida en China y la India, una tradición que bien pudo haber entrado desde el continente asiático a Japón, vía Corea, con la llegada del budismo en los siglos V y VI. En un poema del siglo X de Taira no Kanemori por primera vez se recoge el término de *biwa hōshi*[15]. En el *Genji monagatari*, del siglo siguiente, se narra cómo el padre de la Dama Akashi, en el libro de este nombre, invitaba a los *biwa hōshi* para entretener al príncipe Genji. Estos seudo-bonzos eran empleados por sus dotes musicales en los monasterios y santuarios donde tenían una posición de monjes legos o sirvientes y la función de, en ciertas ocasiones, cantar en alabanza de los dioses sintoístas o de los *bodisatva* budistas con acompañamiento del *biwa*.

14 Véase R. Menéndez Pidal, *Poesía juglaresca y juglares*, Espasa Calpe, Madrid, 1969, págs. 35 y sigs. Sólo a éstos se les exceptuaba de la excomunión porque, además de informar, ejercían una misión de enseñanza histórica: *cantant cum instrumentis et de gestis ad recrecrationem et forte ad informationem*, dice un tratado *De septem sacramentis*, en el siglo XIII (pág. 171).

15 Omikura Tokujirō, «Biwa Hōshira no yakuwari», *Kokubungaku Kasihaku to kanshō*, Tokio, 1960, pág. 43.

Un material frecuente de estos «juglares a lo divino» en la época que precede al *Heike* eran los mencionados *setsuwa*. En los siglos de la época Heian circulaban *setsuwa* o «cuentos edificantes» entre los habituales en templos y santuarios. Hay colecciones de *setsuwa*, algunas ya mencionadas, que servían «como guías para los religiosos cuando preparaban sus sermones y homilías»[16]. A fines de la época Heian y en los siglos siguientes, tal vez bajo el impulso de las corrientes amidistas del nuevo budismo, de las corrientes reformistas del siglo XIII o el deseo de atraer peregrinos a determinados centros budistas, los narradores se desplazan al interior del país. Su auditorio se diversifica y también sus técnicas. Podían combinar la narración y la actuación con la danza, las ilustraciones y la música. La combinación de relato y danza era la corriente entre monjas *(bikuni)* y monjes *(hijiri)* itinerantes como el famoso Ippen y sus discípulos de Jishū, cuyos jubilosos bailes en loor de la gracia redentora de Amida, llamados *nembutsu odori*, han quedado inmortalizados en esas pinturas de Eni que se pueden contemplar en el Museo Nacional de Tokio *(Ippen Shōnin Eden)*. Hay que destacar, por ser un precedente de los *biwa hōshi*, a una interesante variedad de gentes pertenecientes al mundo del espectáculo, de la religión y de la información: las *goze* o cantantes ciegas que se acompañaban del tambor. En la tradición del *chamán*, cuya ceguera realzaba su capacidad de comunicarse con el mundo invisible, la *goze* pretendía conmover al auditorio a través del suspense, el miedo o la enseñanza. Igual que estas mujeres hacían derivar su credibilidad de una larga tradición de chamanismo, los *biwa hōshi* tenían a su favor la creencia popular de que su ceguera implicaba una sensibilidad religiosa especial y que la música de cuerda podía aplacar las almas en pena de los difuntos[17]. Gracias a esos poderes, realizaban exorcismos y rezaban a los espí-

[16] L. Resplica Rodd, «Nichiren and *Setsuwa*», *Japanese Journal of Religious Studies* 5/2/3 (jun.-sept., 1978), pág. 163.

[17] Haciéndose eco de la obra de Tsukudo Reikan que interpretan el *Heike monogatari* como una literatura para aplacar al almas de los difuntos, Herbert Plutschow analiza la relación entre el temor a los espíritus vengativos en la religión japonesa (véase *supra*, n. 3, la cita de Jien del *Gukanshō)*, y las funciones aplacatorias tradicionales de los monjes ciegos *(Chaos and Cosmos: Ritual in Classical Japanese Literature*, Leiden, Brill, 1990, págs. 220-228). Es interesante constatar que hoy día la música del *Heike*, el *Heikyoku*, de la que trataremos en el siguiente apartado, ha hallado su reducto funcional en los funerales budistas, especialmente en el área de la moderna ciudad japonesa de Nagoya.

ritus de los guerreros caídos en combate. Y ensalzaban el espíritu militar. De ahí los buenos ojos con que los sucesivos gobiernos militares veían a estos *showmen* medievales, favoreciéndolos por encima de los otros.

El auditorio de estos *violeros* ciegos probablemente era variado socialmente, aunque en las provincias quienes mejor los podían gratificar por su trabajo eran los grandes señores, los administradores de los *shōen*, los superiores de templos y santuarios. Precisamente los *biwa hōshi*, a veces recitando *katarimono* o relatos, tipificados en el *Heike*, o contando simplemente *setsuwa* reflejados en el *Shasekishū*, van a constituir, gracias a su movilidad, la gran corriente de conocimiento de la elegante cultura Heian entre los samuráis y el pueblo llano alejado de la capital. En uno y otro caso los autores seguían siendo o bien aristócratas o monjes, pero el público, tal vez por primera vez en la literatura japonesa, se salía ya de los confines de los círculos de la corte. Estos autores empiezan a escribir en el siglo XIII, cuando se compone el *Heike*, pensando en clases sociales diferentes de las suyas. Esta nueva situación llevó a que auditorios iletrados ejercieran su propia influencia en el contenido de las historias que oían. La consecuencia fue que tenemos por primera vez personajes populares insólitos en la literatura cortesana de los siglos anteriores. En este sentido el *Heike* es la primera gran obra japonesa en que podemos apreciar los valores, sentimientos y emociones de miembros de todas las clases sociales: pescadores, criados, cocheros, boyeros, nodrizas, bailarinas asoman en unas páginas que también acogen a cortesanos, ministros, altas jerarquías religiosas y emperadores.

Injerto culto sobre un plantón popular. Efectivamente, la autoría del *Heike*, aunque pasa por anónima, está unánimemente asociada a un monje letrado y a un músico iletrado ciego. Pero es probable que, hasta la fijación del texto definitivo en 1371, la autoría fuera múltiple a juzgar por el número de refundiciones, de episodios digresivos, de repeticiones, regresiones narrativas y contradicciones. A pesar de ese anonimato, la teoría de un autor conocido de un texto primigenio es comúnmente aceptada desde que el monje Yoshida Kenkō (1282-1350), en su obra de 1330 *Ocurrencias de un ocioso (Tsurezuregusa)*, escribiera:

> Yukinaga escribió el *Heike monogatari* y se lo enseñó a un ciego llamado Shobutsu que lo recitaba. Por eso pondera tanto al monasterio Enryaku-ji. Escribe teniendo un conocimiento muy notable de Yoshitsune, pero omitió muchos pormenores de la vida de Noriyori. Es posible que apenas supiera

nada de él. Como Shobutsu era natural de la región del este, lo mandaba recoger información de los samuráis sobre el arco, los caballos y la estrategia de la guerra. Yukinaga después lo escribía. Los maestros del *biwa* todavía hoy imitan el acento oriental de la voz y el canto de Shobutsu [18].

De Yukinaga se sabe que fue un noble cortesano gobernador de Shimonosuke y de Shinano y que después se hizo monje y pasó a residir en el famoso templo de Enryaku-ji, bajo la protección del *daisōjō* Jien, el autor del *Gukanshō,* mencionado anteriormente [19].

La autoría es plausible por varias razones. Por aquello de que el hábito a todos iguala, sabemos que los templos del monte Hiei, en donde estaba el mencionado monasterio de Enryaku-ji, al lado de Kioto, era lugar de roce y convivencia de nobles metidos a monje, como este Yukinaga, y legos de los estados más bajos de los bonzos, como ese ciego Shobutsu. La comunicación entre ambos estaba, por tanto, facilitada. En segundo lugar, se sabe que el prelado Jien, superior general de Enryaku-ji, era de la rama Kujō del otrora poderoso clan de los Fujiwara, al cual había servido directamente como criado hereditario el padre de Yurinaga. Los Fujiwara, en el *Heike,* aparecen como testigos impotentes de la tremenda erosión de poder cortesano causada por las guerras entre los dos clanes militares. Además, se adopta en el *Heike* la misma ideología política que en el *Gukanshō,* de 1220, y de la que es autor el *hōin* Jien. Ésta era la ideología dominante en una corte imperial consciente del irreversible peligro representado por el nuevo poder de las clases sociales de los samuráis. En tercer lugar, en el mismo *Heike* (Libro 3, cap. XVII) se describe con una extensión incongruente con su importancia argumental al padre del presunto autor, Yukitaka. En cuarto lugar, y tal vez la razón de más peso, la obra está escrita en una difícil combinación de japonés y de chino o *wakan konkō shō.* Un lenguaje fuera del alcance de los analfabetos *biwa hōshi,* como Shobutsu. En cambio, se conoce, por otras fuentes que confirman la aseveración de Yoshida Kenkō, la brillantez de Yukinaga como escritor.

18 Traducción de Justino Rodríguez, Madrid, Hiperión, 1996, pág. 186.
19 Todo lo que se sabe de este hombre, hijo de Nakayama Yukitaka, lo ofrece Gomi Fumihiko en *Heike monogatari. Shi no Setsuwa,* Tokio, Heibonsha, 1987, págs. 36-55. *Daisōjō* es una de las máximas dignidades budistas.

Ahora bien, puede ser aún más plausible que Yukinaga o cualquier otro letrado partiera de un material de transmisión oral, como puede sugerir el tiempo en imperfecto de «recitaba» en la primera oración de la cita anterior, que Shobutsu y otros de su oficio ya cantaban en la capital y fuera de la capital.

¡Interesante conjunción del *mester de clerecía* y el de *juglaría* en tierras tan alejadas de las europeas! Un caso más de una tradición oral fijada en escrito por la mano diestra de un letrado refundidor que añade de lo suyo, incluyendo la constante glorificación de los templos del monte Hiei y de los santuarios de Kumano, lugar tradicional de peregrinación en el Japón de la época...

Es conocido el gusto que siempre ha mostrado el letrado por el caudal literario popular. Nuestro Gonzalo de Berceo, que florece hacia 1230 y es casualmente contemporáneo de Yukinaga, se sentía también juglar de cosas espirituales[20]. Sin desdeñar tampoco la propaganda de su «San Millán de la Cogolla», Yukinaga bien pudo echar una mano de *mester de clerecía* al material «juglaresco» que ya andaba suelto por calles y mercados y ponderar las excelencias del complejo monástico del monte Hiei y los méritos de hacer la peregrinación al monte Kōya. Es realista, a la vista tanto de esa probable existencia de un material antes de que Yukinaga sacara sus pinceles y su moleta para escribir, que en la génesis del *Heike* intervinieran dos corrientes: una popular, representada por los *biwa-hōshi*, esos humildes obreros de la narración y el canto, ciegos itinerantes que por esos años hubieron podido recolectar testimonios detallados de los labios de participantes en las batallas narradas, y otra culta, representada por un letrado, monje y antiguo cortesano como Yukinaga capaz de verter en esa lengua híbrida que es el *wakan konkō shō* el material anónimo de los ciegos e incorporar relatos cronísticos de la Corte Imperial, enseñanzas budistas al modo del *exemplum* latino en forma de *setsuwa*, además de plegarias por el alma de los guerreros caídos o genealogías imperiales. El conjunto se ordenó y se enriqueció con una erudición en la que tenían que destacar los fines moralmente edificantes del budismo amidista, la exaltación de la dignidad imperial y los beneficios de las plegarias a los grandes centros religiosos como Itsukushima y Kumano.

[20] R. Menéndez Pidal, *op. cit.*, pág. 192.

Esa confluencia de las dos corrientes formativas puede verse desde otro ángulo: las detalladas descripciones de la vida y costumbres de los samuráis, la mención de nombres y apellidos de éstos e incluso de sus sirvientes, las pormenorizadas revelaciones de itinerarios, topónimos y escenas geográficas, desde el color del caballo del héroe de la jornada hasta los detalles de la armadura del guerrero, no las podía conocer un letrado. Eran fruto de informaciones dadas en provincia a hombres itinerantes. Es la fuente popular.

Por otro lado, la terminología budista, las citas de clásicos chinos, las genealogías de nobles y emperadores, las historias edificantes y propagandísticas de los grandes centros religiosos de Japón, eran el fruto de la erudición de un hombre próximo a la corte y, por tanto, devoto del budismo. Más que de una colaboración improbable entre personas de tan diversos estados sociales que da como resultado una obra monumental, habría que hablar de una feliz confluencia de dos corrientes principales que a los conocedores de la literatura española puede hacer pensar en el proceso formativo de una obra igualmente monumental como *La Celestina*.

Pero este Yukinaga, esta especie de Fernando de Rojas del *Heike monogatari*, no fue el autor de la versión hoy conocida como la de más autoridad. Desde que hacia 1220 pudo inyectar su dosis de erudición, de crónica y de moral budista en el texto de los bonzos ciegos, hasta la fijación del texto definitivo se producen múltiples adiciones y alteraciones no sólo del lenguaje sino también de los contenidos, lo cual revelaba el variado desarrollo de actitudes sociales e ideales de conducta del heterogéneo público. A lo largo del siglo XIII se generaron dos tradiciones del *Heike*: una textual apta para la lectura silenciosa que culminaría en el *Gempei Seisuiki*, del siglo XIV, y que estaba escrita en *kambun* o chino, y la otra oral, escrita en el japonés de la época o *wakan konkōbun*, apta para la recitación y el canto de los músicos ciegos, y abundante en pasajes con el ritmo tradicional de siete y cinco sílabas de la poesía clásica japonesa. La tradición oral prosiguió hasta bien entrado el siglo XIV, pero de las aproximadamente cien versiones refundidas, la más aceptada fue la dictada por el bonzo recitador Akashi Kakuichi, justo antes de su muerte en 1371. Durante su vida surgieron dos escuelas de recitadores, la Ichikata-ryū y la Yasaka-ryū, la primera de las cuales, impulsada por Kakuichi, pre-

sentaba innovaciones en la ejecución –más compleja y melódica–, inaceptables por la segunda[21].

La versión de Kakuichi, aceptada hoy como la estándar, se enriqueció pasando de los seis libros o *maki* originales de Yukinaga a los doce actuales, aunque su contenido bien pudiera hallarse en los seis originales, seguido de un epílogo o *kanjō no maki* cuya recitación era prerrogativa exclusiva de los recitadores de más alto nivel. Esta palabra de *kanjō* era el nombre de la ceremonia con que a un monje budista se le autorizaba a impartir las doctrinas más elevadas. Aunque hoy es imposible precisar qué se le debe a Kakuichi en el diseño y estilo del texto actual, la innovación exitosa de su versión consistió en haber sabido encontrar el equilibrio justo para el gusto general entre los capítulos de temas religiosos y líricos preferidos en la capital y en las grandes ciudades y monasterios, y los capítulos de temas marciales y heroicos más del agrado de las provincias y aldeas.

Los doce *maki* de la versión de Kakuichi están numerados y no titulados, según se observa ahora, y cada libro está subdividido en episodios o capítulos breves, en japonés *sōwa,* raramente de más de tres o cuatro páginas. Estos capítulos, en total 188, sí que van titulados, lo cual debe relacionarse con la conveniencia de hallar una rápida identificación del fragmento cuya recitación podían solicitar los oyentes. Además, estos *sōwa* son aptos para subdivisiones internas concebidas como unidades de recitación y canto. Esta dependencia de la estructura textual con respecto al arte interpretativo musical del *biwa hōshi* es sin duda el rasgo más definidor de la génesis de la obra, una estructura que, pese al desconocimiento de las etapas en que fue formándose, de la diversidad de versiones y de su autoría múltiple, conserva una sorprendente unidad espiritual y tonal.

21 Sobre los pormenores de la génesis formativa del *Heike,* véanse Kennet D. Butler, «The Textual Evolution of the *Heike Monogatari*», *Harvard Journal of Asiatic Studies,* 26 (1966), págs. 31-33; Hasegawa Tadashi, «The Early Stages of the *Heike Monogatari*», *Monumenta Nipponica,* 22, 1-2 (1967). Sobre el desarrollo de las leyendas que formaron la obra, véase Kitagawa Tadahiko, *Gunkimono no keifu,* Kioto, Sekai Shisōsha, 1985, págs. 61-105.

5. ESTRUCTURA NARRATIVA

A través del examen de las teorías sobre su gestación y desarrollo, podrá haber quedado claro que el *Heike monogatari* es el producto de un arte interpretativo en el cual la narración era sólo una parte. De las otras dos, la recitativa y la musical, nos ocuparemos en el apartado siguiente. En éste, vamos a analizar el edificio narrativo, el único que por desgracia estamos en posición de reconocer ante nuestros ojos a través del encuentro con la letra.

Desde una concepción budista de la obra se puede hablar, como lo hace bellamente Hiroshi Kitagawa[22], de una estructura sinfónica formada por un preludio, que es el prólogo en la primera mitad del capítulo primero del primer libro, una parábola budista, que es toda la masa narrativa de la obra, y un *finale*, que es el epílogo. Prólogo y epílogo acompasados por el sonido grave de la campana, del monasterio de Gion en el prólogo –la primera frase del primer capítulo– y de la ermita de Jakkō-in en el epílogo –la primera frase del último capítulo del epílogo–. En medio, una clamorosa y brillante metáfora sobre la ambición humana, sobre la caída del poderoso.

Esta estructura narrativa es tripartita examinada desde diferentes dimensiones, como la temática, la psicológica, la argumental, la dramática, la didáctica. Pero antes de examinar esos diferentes ángulos, dos observaciones.

La narración está dominada por dos valores literarios fundamentales, el drama y la acción. El *biwa hōshi* se arriesgaba a perder la atención de su auditorio si los descuidaba. La explicación y el análisis del encumbramiento de los Heike, de su caída y del ascenso de los Genji no son parte de la narración. Simplemente, no le interesaban al autor-recitador, aunque puedan interesar al lector moderno deseoso de saber causas. La importancia política y económica del comercio de Kiyomori con China, la historicidad de un personaje tan ejemplar como Shigemori, las maniobras políticas mediante las cuales Yoritomo pasa de ser un jovenzuelo exiliado a

22 *The Tale of the Heike*, *op. cit.*, pág. xxiii.

líder de los clanes militares del este de Japón: tales temas eran irrelevantes para el autor-recitador y están ausentes de la estructura narrativa.

Otra observación. El lector moderno puede hallar tediosa la insistencia en las digresiones sobre episodios de la historia china, las listas de guerreros, las reiteradas referencias a precedentes históricos, los sermones budistas que cortan el hilo de la narración con molesta frecuencia. Sin embargo, nuevamente mandan las exigencias del «lector» de la época, las audiencias del Japón medieval. Las historias de «antaño» de un país que seguía siendo considerado como fuente de la civilización, como China, daban a la interpretación del *biwa hōshi* una pátina de respetable antigüedad y el encanto de lo exótico; los sermones budistas, el lenguaje alusivo y las observaciones eruditas coloreaban la narración de venerable misterio y solemnidad; las listas de guerreros o de traidores al trono imperial satisfacía el apetito por la enumeración tan natural en todos los recitadores. Además, proporcionaban esos incisos y pausas en el hilo narrativo principal tan útiles para una estructura compleja y pluridimensional como la de esta obra.

La estructura narrativa de sus doce libros y epílogo se mueve en sucesión cronológica, desde el año 1131 a 1221, aunque los asuntos tratados a fondo se centran en el periodo que va de 1167 a 1192. En esos asuntos, el hilo conductor temático es el ascenso, el auge y la caída del clan de Heike o Taira. Su esquema tripartito se ramifica en la siguiente subdivisión temática:

A. Ascenso (Libro 1):
- orígenes del clan militar Heike,
- su rápido ascenso en la corte,
- aplastamiento de la conspiración de Shishi-no-tani.

B. Auge (Libros 2-5):
- unión de la hija del líder del clan Heike con el futuro emperador,
- nacimiento de un príncipe heredero de sangre Heike,
- traslado de la capital.

C. Caída (Libros 5-12):
- sublevación del clan militar Genji contra los Heike y huida de éstos de la capital,

- derrota de los Heike en tres batallas sucesivas (Ichi-no-tani, Yashima y Dan-no-ura),
- suicidio del Emperador niño.

En términos dramáticos, la división tiene como referencia la corta vida del Emperador niño. Estas son sus partes:

A. Anticlímax (la gloria de los Heike con el nacimiento del futuro emperador de sangre Heike como momento culminante).
B. Clímax (los Heike, primero amenazados y luego acosados con la evacuación que hacen de la capital llevándose al Emperador niño y las insignias imperiales).
C. Postclímax (suicidio del Emperador niño arrojándose al mar).

Desde el punto de vista argumental, el Libro 1, tras el imponente comienzo premonitorio y después de presentar el origen de la gloria de los Heike, no tarda en revelar la amenaza que para esa gloria supone el descontento de la nobleza que se conjura contra los Heike en un complot en el cual también participa el emperador retirado o monje.

Del Libro 6 se ha dicho con razón que es el compendio temático y estilístico del *Heike*[23]. En los capítulos de ese libro tienen cabida tanto la romántica historia de la dama Kogō, como la realista de la tremebunda muerte del malvado Kiyomori. Lo épico, lo lírico, las historias intercaladas, todo parece caber en él.

Las primeras victorias de envergadura conseguidas por Kiso, como la de Kurihara, donde perecen sesenta mil soldados Heike —el número de soldados, especialmente en las literaturas orales, hay que tomárselo con cautela—, van a significar el avance de las tropas Genji sobre la capital, que ocasionará el patético abandono de ésta por parte de los Heike llevándose a sus mujeres, sus insignias y al Emperador niño.

El Epílogo es una exaltación de la vida religiosa y una nostálgica recapitulación de toda la historia a través de una víctima silenciosa: la antigua emperatriz Kenreimon-in, la hija de Kiyomori y madre del emperador suicidado. Su vida devota y, significativamente, el tañido de las campanas

[23] Ishimoda Syō, *Heike Monogatari*, Tokio, Iwanami, 1994, págs. 126-128.

de su humilde ermita de Jakkō-in, anunciando el ocaso del día, y la visita del Emperador-monje, cierra la obra.

Desde una dimensión moral, la estructura narrativa se escenifica también en tres actos:

A. Ejercicio de poder producto de un ascenso fulgurante y providencial por la gracia divina.
B. Conflicto generado por el abuso de poder de Kiyomori.
C. Castigo por ese abuso y por la transgresión de lo que en el *Heike* se llama Ley Imperial y Ley Budista (casi siempre juntas en la mejor tradición monacal de la escuela Tendai).

Es una parábola de hondas raíces budistas sobre la transitoriedad del mundo, sobre la vaciedad y el desorden de la realidad, que ilustra la turbulencia natural de un mundo en caos propio de la comentada fase de la Ley del Último Día *(mappō)* en que se halla la humanidad. De esos valores religiosos nos ocuparemos más adelante. Aquí basta con llamar la atención sobre el perfecto engranaje de las enseñanzas budistas con la arquitectura formal de la obra cuya simetría narrativa de aliento budista o chino, o ambas cosas, poco parece tener de japonés. Refuerza el juego de simetrías el grave comienzo, ponderando la caducidad del mundo, y el final, con la visita imperial a la antigua emperatriz, convertida en monja, y cuya muerte beatífica, así como la iluminación de sus dos criadas, apunta a una apoteosis del budismo amidista y de la doctrina de que toda actividad humana es ilusoria y efímera. Comienzo y final, alfa y omega, de una alegoría de enseñanzas religiosas.

Desde el punto de vista de los personajes, la estructura narrativa se articula en torno a tres personajes. Hay que tener en cuenta que todos los libros, excepto el primero y el último, empiezan con fechas, como si de una crónica de la Corte Imperial se tratara. Esta sucesión cronológica permite la apretada trabazón de los hechos, pero a veces dificulta la identificación de los personajes principales. Hay tres a los que se puede llamar protagonistas de otras tantas partes de la obra de extensión aproximada:

1. Kiyomori, el todopoderoso líder del clan Heike, desde el Libro 1 hasta su muerte en el 6 (cap. VII).

2. Kiso, el samurái de los Genji, caracterizado como hábil estratega mientras está luchando y como zafio advenedizo cuando toma posesión de la capital, desde el Libro 6 (cap. V, en que aparece) hasta su muerte en el Libro 9 (cap. IV).
3. Yoshitsune, el joven general de los Genji, caracterizado como osado guerrero, desde el Libro 9 hasta el 12, cuando se convierte en fugitivo.

En llamativa oposición a los cantares de gesta de Occidente, aquí no hay un héroe. A lo sumo, hay un antihéroe, que no es otro que Taira no Kiyomori, primer ministro, cuya soberbia será el detonante de la perdición de su clan, soberbia y también insensibilidad a los sentimientos de los demás, defecto fatal a ojos de la moral Heian. Su contrapunto es su hijo, Shigemori, el ministro prudente. Parangón del súbdito fiel, de gobernante virtuoso, de hijo piadoso, las amonestaciones que hace a su padre en los capítulos IV-VII del Libro 2 son una exposición de las doctrinas confucianas sobre piedad filial y deberes del súbdito. En la mejor tradición confuciana, Shigemori antepone su deber como súbdito del emperador a su deber como hijo, y está dispuesto a sacar los ejércitos contra su padre para defender al acosado Emperador-monje. Tan pronto amonesta juiciosamente a su padre por su abuso de autoridad, como reprende duramente los arrebatos juveniles de su hijo. Los primeros tres capítulos de la obra están presididos por la templanza de este hombre[24]. Su muerte virtuosa preludia ominosamente el destino fatal de su familia. Ninguno de sus descendientes sobrevivirá.

El segundo personaje es Kiso Yoshinaka, cuyo tratamiento es tan favorable en el Libro 7 como desfavorable en el 8. Hábil estratega, valiente guerrero y piadoso devoto del dios Hachiman, se convierte en zafio patán

24 El cual, sin embargo, históricamente, no parece haber sido tan virtuoso, ni su padre tan malvado. Hay una cita del *Gempei Seisuiki*, compilado hacia 1250, en donde se afirma que el ministro Shigemori, y no su padre Kiyomori, fue el responsable del ataque contra el regente Fujiwara no Motofusa en venganza por una afrenta sufrida por Sukemori, el hijo del ministro. Véase Nagazumi Yasuaki, *Gunki Monogatari no Sekai*, Tokio, Asahi Shimbunsha, 1978, pág. 80. Este incidente de la afrenta está en el Libro 1, cap. XI del *Heike*. Si es verdad la cita del *Gempei*, habrá que tomar como licencia literaria el proceder antihistórico del cantor del *Heike* de resaltar más bien la injusticia del padre mediante la prudencia del hijo.

tan pronto como se instala en la capital, pasando a ser un grotesco hazmerreír que no sabe ni siquiera cómo subir o bajar de un carruaje (8, VI). Sus victorias sucesivas sobre los Heike, al frente de sus rudos guerreros del norte y del este, obligan a aquéllos a evacuar la capital. Sin embargo, el fracaso de sus intentos por codearse con la nobleza representa el profundo desdén que la Corte Imperial –no olvidemos que el autor putativo, Yukinaga, había sido cortesano antes que fraile– sentía por esos guerreros que dieron al traste con el esplendor cultural de toda una época irradiado desde la corte. Pero Kiso cae en desgracia y su propio hermano, el líder del clan Genji, Yoritomo, ordena su muerte. Su pecado, como el de Kiyomori, fue el abuso del poder, el error tremendo de tomar el sueño de la vida por realidad permanente, igual que un Segismundo calderoniano. Es revelador del código de lealtad de estos *bushi* o guerreros el dramático capítulo de la muerte de Kiso en el pinar de Awazu, protegido casi hasta el final por su valiente amazona Tomoe, y del escalofriante suicidio de su fiel Kanehira.

El tercer protagonista, tal vez el más próximo al arquetipo occidental del héroe, pese a su aspecto físico: «porque dicen que, a pesar de tener la tez clara, es bajo y tiene los dientes salidos» (11, VII), es Minamoto no Yoshitsune (1159-1189), el joven general. La inaudita osadía de sus ataques por sorpresa tirándose al frente de treinta jinetes por un despeñadero de cincuenta metros ante el cual «iban con los ojos cerrados» para no ver el precipicio (9, XII), y haciéndose a la mar en una noche de tormenta tras obligar a punta de flecha a los marineros a que los llevaran a la otra orilla, pudiendo así, impulsados por el viento huracanado, cubrir en cuatro horas una travesía de tres días (11, I), le valieron sendas victorias en Ichi-no-tani y Yashima. Pero las calumnias levantadas contra él prendieron en el ánimo de su hermano mayor, el implacable Yoritomo. Yoshitsune, además, a los ojos de su hermano había intimado con la nobleza de la capital casándose sin su permiso con la hija de uno de los Heike, Tokitada, aceptando el nombramiento imperial de *hōgan* o *kebishī no jō* (comisario de la Guardia Imperial), y entablando una relación personal de amistad con el Emperador-monje. Había asumido, en fin, los usos de la corte, un «delito» para el austero hermano, pero motivo de simpatía para el autor del *Heike* que pinta a Yoshitsune con tonos excepcionalmente amables para un guerrero advenedizo en la corte. Inmortalizado por la literatura posterior, su destino será vagar por el mar y los montes de Yoshino,

perseguido por los soldados de su hermano, hasta que en Koromogawa se ve obligado, antes de caer en manos enemigas, a suicidarse tras quitar primero la vida a su esposa y a su hija. Tenía treinta años[25].

La estructura tripartita de la obra, observada desde varias dimensiones, se refuerza atendiendo al detenido seguimiento que se hace de los tres personajes que están en la línea sucesoria principal de los Heike: Shigemori, su primogénito Koremori y el primogénito de éste, Rokudai. Los tres presentados con luces favorables y como víctimas de la maldad del padre de Shigemori. El primero muere de forma natural presagiando la destrucción de su familia; el segundo, profundamente humano en su relación con su esposa e hijos, se suicida ahogándose en el océano después de recorrer un camino espiritual que lo llevará a los santuarios de Kumano; el tercero, en el Libro final, muere decapitado después de que su cabeza, a los doce años, fuera una vez providencialmente salvada en unas emocionantes páginas. Con él, se extingue la línea principal del clan.

Aparte de ese trío subalterno y de los tres personajes –Kiyomori, Kiso y Yoshitsune–, que protagonizan cada una de las tres partes de la narración, hay otros dos personajes que se mueven en todas ellas con paso leve pero resuelto. Son los que se quedan vivos al finalizar la guerra. Uno es Goshirakawa (1127-1192), el Emperador-monje, que desde el retiro de su vida claustral intentará manejar la política a su antojo enfrentando a unos y a otros para salvaguardar vanamente el poder imperial de la influencia de los clanes militares. Presentado de comienzo a fin del *Heike* como la víctima de la tiranía de los Heike y protegido por la inmunidad de su rango, con sus intrigas y cambios súbitos de partido, quizá sin darse cuenta, iba a dictar el curso de la historia, a causar indirectamente la muerte de muchos, como en la conspiración de Shishi-no-tani (1, XII), y, sobre todo, iba a desterrar durante siete siglos de la Corte Imperial el poder político de su imperio. Repudiando a los Heike, que lo habían alzado

25 La lastimosa historia de Yoshitsune fue tan popular en los siglos siguientes que ha dejado huella en la lengua japonesa. La expresión *hōgan-biki*, en referencia a su mencionado cargo oficial, expresa en el actual idioma japonés simpatía por la persona sin suerte. La popularidad de su historia pronto lo convirtió en mito, según el cual no murió, sino que huyó al norte, a Hokkaido, desde donde pasó al continente para reaparecer como Gengis Khan años más tarde. El *Gikeiki*, una biografía ficticia compuesta en el siglo XIV, constituyó la fuente principal de obras literarias sobre este entrañable personaje en la historia japonesa.

al trono en 1156, y echándose en brazos de los Genji, irreductibles a los usos de la corte, labró la destrucción del poder imperial.

El otro personaje a la sombra es el impasible y frío Minamoto no Yoritomo (1147-1199), el beneficiado de la oposición entre Goshirakawa y los Heike en la capital, y, en el campo de batalla, del genio militar de su primo y su hermano. Sin apenas salir de Kakamura, que será un baluarte político y económico hábilmente trabajado, próximo a la actual Tokio, emergerá como el gran vencedor de las guerras y fundará el shogunato de Kamakura (1192-1333). Su padre, Yoshitomo, había perecido en la insurrección de Heiji de 1161, y él, con trece años, tuvo que huir por las montañas nevadas de Mino, donde fue finalmente capturado y llevado a la capital para ser ejecutado. Pero la intercesión de la madre adoptiva de Kiyomori, Ike-no-zenni, hizo posible que la pena de muerte fuera trocada en destierro. Yoritomo no desaprovechará la ocasión de expresar en la obra su gratitud.

Al lado de esos dos personajes importantes, Goshirakawa y Yoritomo, hay que destacar a los numerosos personajes femeninos en episodios marginales del hilo narrativo. Todos tienen algo en común: sufren un destino injusto. La bailarina Giō, la malograda Kozaishō, la sirvienta Aoi-no-mae, la dama Kogō, la ex emperatriz Kenreimon-in..., cuyas desdichas debían arrancar lágrimas y suspiros a la «sensible y no sensible» audiencia de la época. Como el convento para las heroínas del Romanticismo, el corte del cabello y el hábito budista ofrecían un consuelo reparador a todas estas atractivas y desengañadas mujeres.

Entre ellas, se mueve un sinfín de personajes secundarios, como el inquietante asceta Mongaku, que recorre distancias con la calavera, real o ficticia, del padre de Yoritomo colgada al cuello; Koremori, con el sello de personaje trágico, del que ya hemos hablado; Shunkan, el alto dignatario religioso que se queda pataleando de rabia al verse abandonado en la isla de Kikai-ga-shima; el elegante Shigehira, en su camino hacia la muerte. Esposas afligidas, criados leales, amantes poetisas, niños dolientes, samuráis avaros de honra, bonzos atrevidos. Una turba de hombres y mujeres, ¿tal vez más de mil?, profundamente humanos en sus gestos y actitudes, dando cuerpo a una narración intensa y sostenida.

6. EL ARTE INTERPRETATIVO DEL *HEIKE* Y EL *HEIKYOKU*

Ni se podrá entender la génesis del *Heike monogatari* ni se valorará debidamente sin considerarlo una obra interpretativa y musical antes que narrativa y literaria. Como para los trovadores de la tradición occitánica, para los *biwa-hōshi*, los «libros vivientes» de nuestra obra durante siglos, componer era «cantar».

Por desgracia, no se cuenta con obras teóricas sobre esta forma de literatura que sean coetáneas al florecimiento de la misma. Tal vez era una literatura demasiado popular y a ras de tierra para merecer sesudos comentarios de los letrados del momento. En el caso de nuestra obra, sin embargo, sí hay una y de sumo interés. La hay quizá por el tradicional aprecio que las formas literarias populares han gozado siempre entre los estudiosos japoneses o quizá porque el arte literario de la recitación ha perdurado en Japón hasta hace relativamente poco tiempo. La literatura recitada se llama en Japón *Heikyoku* o música de Heike, y la obra en cuestión data de comienzos del siglo XVII y se llama «Los restos del mar de Occidente» *(Saikai Yoteki Shū)*, de un tal Jigū, él mismo *biwa-hōshi*, obra inédita en lenguas occidentales y publicada en japonés por primera y única vez en 1956[26]. Con un lenguaje amante de las metáforas de objetos cotidianos, Jigū desmonta ante nuestros ojos toda la estructura del *Heike*. Compara la obra entera a una persiana de bambú de cuyos componentes dice:

> Las palabras del *Heike* corresponden a las varillas de bambú; la voz del recitador a la cuerda que une las varillas; la modulación de la voz al color de la persiana; la lengua del recitador a la mano del artesano; la historia de *Heike* corresponde a la voluntad del artesano; y el laúd a la herramienta con que teje la persiana. Igual que el artesano reúne las varillas, corta todas a la misma longitud y las teje en forma de persiana, igualmente hace el cantante tejiendo la multitud de palabras con su lengua usando su laúd como herra-

[26] Recapitulada por Ueda Makoto en *Literary and Art Theories in Japan*, Ann Arbor, Michigan University Press, 1967, págs. 114-127.

mienta, la modulación para colorear la persiana y la historia de Heike como mano de artesano[27].

El elemento oral, en el texto Kakuichi, que es el aquí traducido, tiene una función tan vital en esta obra que determina toda su estructura interna y unificadora. Además, se complementa con el elemento musical, que marca el tono del fragmento recitado y determina el impacto emocional sobre el oyente. Este elemento, por otro lado, debía realizarse según normas rigurosamente prescritas y celosamente transmitidas por vía oral, ya que, no debe olvidarse, la recitación del *Heike* era un arte interpretativo y no creativo. El recitador no podía alterar en un ápice la historia ni variar un compás de la melodía; y, sin embargo, si deseaba ser apreciado, tenía que desplegar el talento individual en cada interpretación de manera no muy distinta a como el pianista aporta su genio interpretativo aun respetando escrupulosamente la partitura del compositor.

Música, voz y palabra... Es el trío indisoluble que define el arte interpretativo de esta obra. Veamos, siempre desde la opinión de Jigū, recitador él mismo, los rasgos de cada miembro de esa «santa trinidad» del *Heikyoku*, así como su jerarquía diferenciadora.

En cuanto a la música, Jigū destaca cinco elementos esenciales: ritmo, melodía, estilo, modulación y acompañamiento instrumental. Cada uno de ellos no sólo es dependiente de los demás, sino también, naturalmente, de la voz y la palabra. Como fuente probable del ritmo, se ha mencionado la fraseología rítmica de los textos budistas o *fūju*, recitados en los templos.

La prosa de estos *fūju* se aproximaba a la del chino y desde comienzos de la época Heian (fines del s. VIII) utilizaba frecuentemente el paralelismo, cuya simetría casaba mal con el gusto estético de los japoneses. Por ejemplo, la línea primera del *Tōdai-ji Fūju Bunkō*, un texto budista recitado en el templo de Tōdai-ji habitualmente desde el siglo IX, recuerda estilística y rítmicamente las líneas que abren el *Heike*.

El segundo gran elemento interpretativo, la voz, debe adoptar, al decir de Jigū, tantos timbres como colores melódicos se identifiquen en el *Heike*. Son ocho los colores que nuestro tratadista identifica con los siguientes nombres: entonado, primer pliegue, sonido medio, tercer plie-

[27] *Op. cit.*, págs. 115-116.

gue, voz quebrada, voz de pecho, voz rasgada y voz aguda. Cada uno de ellos se adscribe al fragmento –párrafo o capítulo del *Heike*– interpretado, dotándolo así del adecuado impacto emocional sobre el oyente. Con metáforas de gran belleza, propias del artista que Jigū era, ilustra así algunos de estos colores: el «entonado», el más sencillo de los ocho y el más próximo al recitado, es como el tallo tronchado de la flor del loto, el cual, aunque roto, sigue unido a la planta por una fina membrana blanca. Del mismo modo, la voz, en el «entonado», aunque rota en diferentes palabras, conserva su continuidad. De la «voz rasgada», dice que es apta para la melodía de ritmo rápido y adecuada por tanto para describir escenas bélicas. Las palabras pronunciadas con tal voz son comparadas con las hermosas cuentas de un rosario dispuestas de forma aparentemente desordenada.

En cuanto a la palabra, el verbo, el tercer gran elemento interpretativo del *Heikyoku*, es probablemente el central: es la historia del *Heike*. Los elementos vocálico y musical, aunque fundamentales, son en cierto sentido subsidiarios del espíritu de la palabra, un espíritu responsable de que un lector actual, falto de esos otros dos elementos, pueda apreciar y hasta conmoverse con la lectura de la obra. Jigū, en efecto, denomina «espíritu» a esa esencia de la historia. «El *Heike monogatari* descansa en su espíritu.» Todo recitador o cantante de la obra debe, por supuesto, dominar las técnicas vocales y musicales, pero, sobre todo, debe estar poseído del espíritu de la historia ya que, al fin y al cabo, esas técnicas no deben apuntar a otra cosa que a infundir en el oyente el mismo espíritu. Si lo consigue, sus oyentes entrarán en una especie de trance, de hipnosis, y olvidarán la realidad externa en la que viven. En medio del verano, verán la nieve y la escarcha; en pleno invierno, oirán al ruiseñor cantar y, estando en la capital, vivirán la vida de un ermitaño y la de un guerrero en una batalla naval. Siempre según Jigū, hay siete manifestaciones de ese espíritu que debe poseer la palabra del *Heikyoku*. Cada capítulo o párrafo de la obra da cuerpo a una de ellas. Las nombra así: divinidad, celebración, nostalgia, combate, honradez, aflicción y piedad. Un capítulo de «divinidad» es una glorificación de Buda y de los dioses sintoístas; su recitación era entendida como una plegaria por la paz del Imperio y el bienestar personal del oyente. En el espíritu de «celebración» se debe transmitir regocijo por la felicidad humana y deseo de que perdure. La voz con «nostalgia», en cambio, sale de la boca del recitador cuando un personaje del *Heike* siente

el dolor por un amor no correspondido o un criado se angustia por la seguridad de su amo o una esposa espera al esposo que no llega o un cortesano se lamenta por la amargura del destierro. El espíritu de «combate» arranca cuando el personaje está luchando bravamente y reafirma su honor en entredicho. La «honradez» alienta la palabra cuando, por ejemplo, hay párrafos en los que la verdad y la justicia son temas dominantes, como los capítulos IV-VII del Libro 2 en que Shigemori, el ministro prudente, amonesta sobre la piedad filial, paradójicamente, a su mismo padre, el malvado Kiyomori. Pero también se manifiesta el mismo espíritu en capítulos de temas variados: las estaciones del año, las artes, los viajes y algunos incidentes cómicos, como cuando un pomposo cortesano pierde su alto gorro de laca provocando las risas de los cortesanos jóvenes. El espíritu de la aflicción domina en los pasajes en donde el dolor oprime el corazón, por ejemplo en el cap. I del Libro 10, cuando los espectadores contemplan el cortejo de cabezas cortadas de sus antiguos amos, los Heike, cuando se sabe la noticia de la muerte de un ser querido, cuando se adueña la angustia en el pecho del suicida momentos antes de poner fin a su vida, como Koremori, poco antes de arrojarse al agua (10, XII). La «devoción» se refiere al ambiente que envuelve las escenas donde el protagonista decide abandonar el mundo y tonsurarse, o el consuelo que invade al que vive en religión, o cuando se pondera la vida beatífica de quien pone su fe en Amida Buda, como hace Hōnen cuando acude a consolar al prisionero Shigehira (10, V).

Otros temas interesantes del *Heikyoku* son las relaciones intérprete-público y la de tradición-individualidad. La primera es comparada por Jigū a una persona que usa un abanico. Si el día es caluroso, el abanico se abre completamente; pero, si no lo es, el abanico sólo se abre en su mitad o en sus tres cuartos o tal vez sólo lo justo para producir un poco de aire. Del mismo modo, el artista de *Heikyoku* debe ajustar su actuación a la naturaleza de la audiencia del momento. En algunos casos, tendrá un público interesado de verdad en el espíritu del *Heike*; en otros, el auditorio sólo querrá pasar un rato entretenido. La heterogeneidad social del oyente de los cantares de guerra, recitados ora en palacio, ora en templos, ora en mercados, ora en la calle, hacía oportuna la observación del tratadista.

En cuanto a la cuestión de la tradición y el talento individual, cuestión vital en los años formativos del *Heike*, hay que apresurarse a puntualizar que en el gremio *Tōdōza* no había ningún cantor después del siglo

XIII al que se le permitiera modificar la obra, ni añadir una línea, un verso o una melodía. Por lo tanto, lo primero que el artista debía aprender era a guardar un respeto escrupuloso a la tradición y, en segundo lugar, a interpretar la obra de acuerdo con ésta. Esta condición, empero, venía siendo descuidada en los últimos tiempos, se lamenta Jigū en su obra, escrita a principios del siglo XVII. Algunos cantores modernos, asegura el tratadista, sólo buscan conseguir una impresión sensacionalista entre sus oyentes: «se inventan entonces melodías extrañas, producen voces airadas, hacen muecas y agitan la cabeza. Su actuación es comparable al agua turbia que corre por un foso recién construido. El cantor ideal debe ser precisamente lo opuesto: agua cristalina de un hermoso arroyo de la montaña». Con el estilo críptico de los escritores de su época, añade Jigū: «La actuación no será perfecta si el intérprete no olvida todo, incluso su existencia. En efecto, el hombre manipula al *Heikyoku* y el *Heikyoku* manipula al hombre»[28]. En otras palabras, el cantor-intérprete-narrador ha de estar absorbido en su actuación en tal grado que cuerpo, alma y técnica deben ser uno con el *Heikyoku*. Sólo entonces, la actuación no sólo será «actuación inspirada», ni siquiera «actuación excelente», sino «actuación consumada»: el arte fluye con la transparencia y naturalidad con que corre el agua. La historia conmueve y fascina de modo callado y profundo.

Esa es la grandeza interpretativa del *Heike monogatari* que, ahora, desnudo de la magia combinada de voz y música, depende tan sólo de la palabra impresa. Para apreciarlo, la sensibilidad y la imaginación del lector moderno deben moverse con diligencia. A una y otra apelamos para suplir la falta del *Heikyoku* que durante siglos fue para el *Heike monogatari* su único vehículo, una forma de expresión tan inseparable de la palabra como la piel de la carne.

7. MOTIVOS Y VALORES

La constelación de significados que puebla el universo de esta obra gravita en torno a media docena de motivos. Sociales y religiosos unos,

[28] *Op. cit.*, pág. 122.

capaces de tomar magistralmente el pulso a esas turbulentas últimas décadas del siglo XII japonés. Literarios y estéticos otros, responsables de la mágica fascinación ejercida por sus páginas en el alma de generaciones y generaciones de japoneses. Pléyade de motivos que, aunque resulte inexcusable aislar y comentar individualmente, han de ser valorados en su mutua interdependencia que, como en el caso de satélites en coordinadas órbitas, los traba férreamente, los acompasa armoniosamente.

Los dos más destacados entre los sociales son: la sustitución de un colectivo humano por otro en la escena del poder político y, su factor desencadenante, la irrupción de los samuráis en la historia del país. Entre los religiosos: la noción de la justa retribución o *inga*, y la de la fugacidad del mundo o *mujō*. Este último casi roza la órbita de un tercer grupo, la de los motivos estéticos: como el de *mono no aware*, sentimiento profundo de la experiencia vital, y el destino trágico de una familia. Motivos todos ellos que, desde una perspectiva apreciativa, se traducen en valores literarios que dan consistencia artística y dimensión universal a la obra.

De los dos primeros, ya hemos tratado en el primer apartado de esta «Introducción». Personajes como Tadanori, que con peligro de su vida vuelve a la capital ocupada por los enemigos para despedirse de su maestro de poesía con unos versos (6, XVI), como Atsumori, que lleva en su traje de batalla la flauta (9, XVI), o Shigehira, hijo de Kiyomori (10, VIII), que impresiona a su enemigo con sus canciones y distinguido porte, son representantes dignos del primer grupo, y sus ocupaciones, la poesía y la música, símbolos de su estatus. Un clan originalmente de guerreros aparece transformado por la mano del artista en un clan de cortesanos[29]. Además, el punto de vista del autor o autores del *Heike* es el de la gente de la capital, de Kioto, esa misma gente que en el cap. I del Libro 10 se agolpa en las calles para presenciar el macabro desfile de las cabezas cortadas de sus antiguos señores. Conocían bien a esos nobles, eran los mismos que unos meses antes les daban órdenes y a los que veían con admiración pasearse orgullosamente ante los muros del Palacio Imperial. Eran capitalinos y «hombres de Heian» de los pies a la cabeza. Por si fuera poco, el emperador era uno de los suyos. Pero hay que matizar. Aunque

[29] Así lo demuestra P. Varley, «Warriors as Courtiers. The Taira in *Heike Monogatari*», *Currents in Japanese Culture*, ed. A. Vladeck Heinrich, Nueva York, Columbia University Press, 1997, págs. 53-70.

los Heike, históricamente, debían de haberse aristocratizado en cierta medida en la segunda mitad del siglo XII, sus valores representan más bien los gustos y valores de la aristocracia militar dominante en las décadas de la versión del texto de Kakuichi, la segunda mitad del siglo XIV, los valores y aficiones del clan de los Ashikaga y otros clanes militares dominantes que, en efecto, habían establecido en la capital sus residencias. Zeami, el gran creador del teatro *noh*, inició su carrera por esos años y, fiel a los deseos de sus patrones, los Ashikaga, va a escribir un grupo de piezas de teatro basado precisamente en los trágicos héroes del *Heike* de Kakuichi[30]. Pero al lado de la rudeza de los guerreros del este, los hombres del clan Heike, investidos de cargos cortesanos y de años en la capital, aparecen como deslumbrantes e idealizados aristócratas.

Frente a ese grupo, el otro, representado por samuráis de las provincias del este bajo el liderazgo de Minamoto no Yoritomo, del clan de Genji. Son los hombres que, curtidos por la vida ruda de la provincia y unidos entre sí por un código de lealtad desconocido en la capital, hombres con nada que perder y mucho que ganar, van a lanzarse al asalto y destrucción del antiguo régimen. La diferencia era fundamental y en un pasaje del Libro 5 (cap. XI), que recuerda al historiador romano Tácito cuando trata de las tribus bárbaras en su *Germania*, se dice lo siguiente:

> Estos hombres (del este), una vez que cabalgan ya no desmontan ni se caen por muy áspero y pedregoso que sea el terreno. Cuando están en el campo de batalla, ya se les puede decir que su padre o su hijo ha caído muerto, que no les importa; antes bien, saltarán sobre su cadáver y seguirán luchando.
>
> En cambio, los guerreros de las provincias del oeste son muy diferentes. Cuando se enteran de que su padre ha muerto, el hijo ya no regresa al campo de batalla sin antes asistir a los funerales y cumplir el período de luto. Y si es un hijo quien se les muere, lloran hasta arrasarse en lágrimas y no vuelven a empuñar las armas. Si se les acaba el arroz, dejan las armas y plantan arroz en la primavera. Sólo vuelven a las armas después de la cosecha del otoño. Cuando están de campaña militar, si es en verano, se quejan de que hace mucho calor; si es invierno, de que hace mucho frío. Pero estos otros, los de las provincias del este, ¡qué distintos son!

30 Véase sobre esto, T. Blenman Hare, *Zeami Style*, Stanford, Stanford University Press, 1986, pág. 185.

¡Qué razón tenía! Noritsune, el famoso arquero, uno de los generales Heike, reacciona así a la muerte en plena batalla de un paje querido: «su muerte dio tanto pesar al famoso arquero que al punto se retiró de la batalla» (11, III).

Al contrario que a los Heike capitalinos, a los samuráis del este las artes les son ajenas[31]. Históricamente, ni debían de ser tan rudos los Genji como se describe en la obra, ni los Heike tan elegantes, pero las exigencias literarias y los valores ya mencionados de la aristocratización de los clanes militares dominantes en el siglo XIV contribuyeron a hacer más negro el gris oscuro y más blanco el gris claro. Pero estamos en una estupenda ficción literaria.

El caballeresco código de honor de los Heike era burlado por una nueva casta de hombres, los samuráis del este. Uno de los muchos episodios que lo ilustra es la muerte mientras rezaba de Tadanori, el general poeta de los Heike, cuando herido le pide a su enemigo:

> –Quédate ahí apartado un rato. Quiero rezar antes de morir.
> Volviendo su rostro al oeste, rezó en voz alta diez veces esta plegaria ...
> Pero antes de que hubiera terminado su oración, el samurái se acercó por detrás y de un tajo le rebanó la cabeza[32].

En el enfrentamiento entre dos éticas de comportamiento, los Heike, por no infringir códigos religiosos y políticos sacrosantos, fueron las víctimas gloriosas.

Difícilmente se puede separar el motivo del destino de los Heike de la noción budista de *inga*, la cadena de causa y efecto, la ley del karma que hace que los actos de vidas anteriores determinen no la conducta –matiz con frecuencia ignorado por los que con ligereza comentan la teoría budista de las reencarnaciones–, sino el nacimiento en la vida presente o en las vidas posteriores, una cadena a la que sólo la entrada en el Nirvana puede poner fin. Los personajes de los Heike van a referirse en cada una de sus desgracias a ese principio de causalidades, a un karma nefasto manifestado en el terrible fin de la buena fortuna. La escena con-

31 Hay dos excepciones. Kajiwara no Kagetoki recita un poema antes de atacar en la batalla de Ichi-no-tani (Libro 9), y Minamoto no Yorimasa, ya aristocratizado por sus años en la corte y que además se había puesto de lado de los Heike en la insurrección de Heiji de 1159-1160, es el autor de varios poemas en el Libro 4.

32 Libro 9, cap. XIV.

movedora entre el Emperador-niño y la abuela en Libro 11, cap. IX, es ilustrativa al respecto.

¿Cuál es el origen del karma fatal? Sin duda, el pecado (*zaigyō* o, más bien, «ofensa» en el budismo) de soberbia:

> Hasta tal punto que el consejero mayor, Tokitada, cuñado de Kiyomori, llegó a exclamar con soberbia:
> —No es humano quien no pertenezca al clan de Heike[33].

Es el paroxismo de un exceso que, en la concepción budista, va a atraer inexorablemente la desgracia.

Quien destapa la «caja de los truenos» de las calamidades que acabarán con los Heike es el malvado Kiyomori. Su arrogancia, en el cenit de su gloria, no le permitía percibir la magnitud de la tragedia. El autor nos recuerda repetidamente que, por atentar contra la Ley de Buda, al permitir el incendio de los templos de Nara, y contra la Ley del Imperio, cuando recluye al Emperador-monje, el destino de los Heike estaba ya sellado. Y, al recordarlo, el cantor se identifica no ya con la nobleza Heike, sino con la cultura de los templos y con la cultura de veneración por la Casa Imperial, de las cuales formaba parte como bonzo y como súbdito imperial que era, más allá de lazos emocionales con los viejos valores de la cultura cortesana de Heian. Esta jerarquía de valores —lo religioso, lo imperial, lo cortesano— hay que tenerla siempre presente antes de leer el *Heike*. Asunto espinoso sería delimitar la preeminencia de los dos primeros, pues si bien tanto la tradición culta como la tradición oral son deudoras del budismo, especialmente de la escuela Tendai, que amparaba y sustentaba al monje Yukinaga y al bonzo Shubutso o anónimo, también es cierto que la exaltación de la Casa Imperial japonesa era un dogma en Japón de más arraigada tradición que la llegada del budismo[34].

Los excesos de Kiyomori se ejemplarizan con una muerte pavorosa y con el inexorable exterminio de sus descendientes. Excesos que, acumulados, serán pagados por hijos y nietos. «Las malas acciones se han acu-

33 Libro 1, cap. IV.

34 Una de las primeras tareas del budismo, cuando se institucionaliza en la época de Nara, siglo VIII, es convertirse en «religión del estado», meta que consigue en el siglo siguiente. Pero sin romper sus lazos con un ritual y una mitología sintoísta cuya piedra angular era la divinización del «soberano celeste».

mulado sobre nuestras cabezas», exclama con amargura Munemori, uno de sus hijos (7, XX). La moral del *inga* estaba servida, como demuestra esta exclamación del cap. V del Epílogo, síntesis budista de la tragedia del clan, *fuzono zaigyō wa shisonni mukū* («¡qué bien pagan los descendientes los pecados de sus padres!»).

Por debajo de la enseñanza budista del *inga*, puede verse, más que un empeño en narrar el destino fatal de los poderosos, una insistencia en cantar con simpatía la gloria y el poder de las víctimas condenadas por las ofensas de sus padres.

Un cuarto motivo, en la esfera igualmente de lo religioso, es el *mujō* o su sentimiento, *mujōkan*, en sánscrito *anitya*, que quiere decir fugacidad, transitoriedad del mundo de los fenómenos. Que todas las cosas de este mundo sean fugaces y efímeras (*shogyō mujō*, como se declara en la frase que abre la obra) es una de las ideas definidoras del budismo, pero en la literatura japonesa se vuelve con frecuencia un motivo literario. Muchos japoneses sienten que el ideal de *mujō* está expresado admirablemente en el destino de los Heike, en la belleza efímera de las flores del cerezo, en la poesía de la fugacidad de Matsuo Bashō. Es una vena que corre por gran parte del cuerpo de la literatura japonesa con influencia budista y que la distingue de, por ejemplo, la literatura budista de China. La soberbia y la codicia son solamente fuentes del sufrimiento humano, según el budismo, y Kiyomori las encarna mejor que nadie. Su ofensa fue olvidar que el mundo es transitorio y la realidad ilusoria. También los conspiradores de Shishi-no-tani, movidos de la misma ambición, encontraron su castigo por ignorar la misma gran verdad de la ilusión de la vida.

En pleno dominio de los motivos estéticos hay que mencionar el de *mono no aware*. Este término da el color característico a la literatura de la época de Heian (fines del VIII- fines del XII), en cuyos comienzos *aware* pudo ser una exclamación de júbilo o de otro sentimiento intenso, pero más tarde vino a significar sentimientos más tristes, teñidos frecuentemente de impotencia o tragedia. La melancolía despertada por la infidelidad del amante o la dureza del destino, acentuada por la contemplación de unas flores o de la luna son ejemplos de esta *lacrimae rerum* de la literatura japonesa. Según una idea de curso corriente en la época de Heian, hay seis situaciones típicas en las que se puede experimentar esa sensación de *aware*: al observar la simplicidad de una casita o un pueblo, al escuchar la grave recitación de un sutra budista, al presenciar la tonsura de

una joven que ha experimentado profundamente el *aware*, al sentir la suave caída de la lluvia en el otoño u otro fenómeno natural indicativo de que el año va a acabar, al percibir un sentimiento igual que el sentido por gentes del pasado, y al sentir preocupación por la futura felicidad de los hijos[35]. Motōri Norinaga (1730-1801), el Menéndez Pelayo de la literatura japonesa, gran crítico y revalorizador de clásicos, decía que «los ejemplos más profundos y conmovedores de *mono no aware* se encuentran en los asuntos de amor debido a que este sentimiento es de los más hondos del corazón humano»[36]. La bella historia de amor de la dama Giō, en donde las dos rivales acaban reconciliadas por la devoción religiosa (1, VI), es resumida con ese término que podía ser una invitación al llanto de los oyentes, hombres y mujeres.

La facilidad, asombrosa para nuestra sensibilidad, con que las mujeres y los hombres, incluidos los rudos samuráis del este, mojan las mangas de sus kimonos, es decir, lloran, hay que entenderlo dentro de la general aceptación de la actitud de *mono no aware*, que no incluía la vergüenza con tanto rigor como en nuestra cultura por una efusión sincera de lágrimas, bien que el pudor dictaba que éstas se taparan con la amplia manga del kimono.

Un motivo final cae dentro del *pāthos* de la tragedia. Es el destino de los Heike. Con todo su aderezo de reflexiones budistas, es un motivo literario de primer orden cuya progresión dramática se cierne sobre la trama de la obra con sombría insistencia. Preludiada por el lúgubre tañido de la campana del monasterio de Gion, en la primera frase del *Heike*, la fatalidad del destino del poderoso y del soberbio es una sombra que va a seguir los pasos de todos los miembros del clan. Al final, el exterminio total. Entremedias, una persecución inexorable, una lenta agonía. La conciencia de esa sombra va a dotar de grandiosidad trágica a ciertos personajes. El lento suicidio por hambre del joven Munezane, uno de los últimos supervivientes del exterminio, va a merecer este escueto y sombrío comentario (12, IX): «¡Qué admirable aceptación de su destino sabiendo bien que no sería perdonado!».

Con respecto a los valores y motivos secundarios que transmite la obra, se pueden distinguir dos órdenes:

35 *The Tale of Heike*, ed. de Kitagawa, *op. cit.*, pág. 32.
36 Citado por Makoto Ueda, en *Literary...*, *op. cit.*, pág. 199.

A. Valores tradicionales representados por los Heike y motivos literarios insertados en una tradición.
B. Valores nuevos derivados de la apreciación del *Heike* como obra literaria e interpretativa.

El sistema de valores que manifiesta esta obra abarca la doctrina budista de la Tierra Pura, la ética confuciana, la política de la corte imperial y la forma de vida refinada y elegante de la cerrada sociedad de la aristocracia cortesana, valores en suma tenidos en mucho por la nobleza de la capital de finales de la época Heian y revalorizados por la dinastía guerrera pero aristocratizada de los Ashikaga en la segunda mitad del siglo XIV, que es cuando se compone la versión Kakuichi. En este sentido, el *Heike,* que se refunde cuando el siglo XII estaba lejano, se define como una mirada lánguida al pasado y un nostálgico intento de recuperación de valores.

Motivos secundarios son el legado de una tradición literaria bien conocida. Por ejemplo, de los *tsukuri monogatari* o relatos de ficción se adoptan los elegantes y poéticos diálogos, la relación de las emociones humanas con los fenómenos de la naturaleza, el énfasis en la relación entre los sexos. Otros pertenecen al heterogéneo acervo de mitos, leyendas, anecdotarios y cuentos populares, que en la literatura japonesa se denomina generosamente como *setsuwa,* teñido por el budismo y otras creencias de fines moralizantes. Son motivos frecuentes que el *Heike* toma de los *setsuwa*: la caída del orgulloso, la despedida de los seres queridos, el viaje, el intercambio epistolar, el regreso al hogar, el hijo en peligro, la profesión religiosa para rezar por los difuntos, el amor entre padres e hijos.

Dos motivos tradicionales de los *gunki monogatari* o relatos bélicos son la descripción del atavío del guerrero y la proclama del propio nombre ante el enemigo. El primero, en un lenguaje estereotipado y formulario, sigue un orden establecido: el vestido de campaña o *hitatare,* el color de sus cordones, la coraza, la espada, las flechas «pluma de águila», el arco «forrado de lacado mimbre», el caballo, la montura.

Por encima, no obstante, del corte tradicional de los valores literarios y sociales está la lección moralizante: los Heike han transgredido el límite y por eso los dioses les dan la espalda. En el momento supremo en que se decide su suerte, la batalla naval de Dan-no-ura, un estandarte blanco, el emblema de los Genji, desciende del cielo enviado por Hachiman, el dios sintoísta de la guerra, para ponerse del lado de los Genji (11, VIII). Sin

embargo, pese a la naturaleza conservadora de esos valores y sin pasar por alto el factor espiritual de la elevada apreciación evocadora del pasado que tiene el ser humano, por no decir los japoneses en particular, el *Heike monogatari* logró seducir a las generaciones siguientes por sus valores intrínsecos como obra de arte, algunos insólitos en la literatura japonesa hasta entonces. Sin mencionar los relativos al lenguaje y estilo, de los que trataremos en el apartado siguiente, he aquí algunos: la energía e individualismo en la caracterización de los personajes y descripciones, la aparición del código moral de los samuráis, el humanismo realista de episodios y personas, la generosa amplitud social del tratamiento, el dramatismo del relato, la ironía de los contrastes.

Sorprende la energía, con frecuencia violenta, de Kiyomori, que no teme ni al emperador ni a los dioses y que en el lecho de muerte desea sólo la cabeza de su enemigo; o la del dolor de Shunkan cuando se queda en tierra abandonado en Kikai-ga-shima (3, II); o el vigor osado de Yoshitsune para llevar a cabo su ataque de locura en el paso de Ichi-no-tani (9, XII); destaca igualmente el individualismo, a veces traicionero, en perseguir la honra que demuestran los samuráis del este cuando quieren ser los primeros en, por ejemplo, vadear el río Uji (9, II) o asaltar la fortaleza de Yashima (11, II-III).

El código moral de los guerreros, el *bushidō*, irrumpe con fuerza sobre los caballos de los samuráis. La lealtad al señor basada en lazos emocionales, la vergüenza al fracaso en la guerra o, aun peor, a ser despreciado como guerrero, el afán de renombre o el arrojo feroz en la batalla eran cualidades arraigadas entre los hombres de «arco y flechas», pero que ahora por primera vez se presentan bajo los focos admirativos de la hazaña y del relato literario. Cortar la cabeza a un enemigo digno, clavarla en la punta de la espada y regresar al propio campamento con el macabro trofeo era una gesta, por tanto, doblemente celebrada. En relación con el sentimiento de vergüenza hay dos ejemplos llamativos: uno es el Sanemori (7, VIII), el viejo samurái de más de setenta años que se tiñe de negro los cabellos y la barba para no sufrir la afrenta de ver cómo los enemigos más jóvenes rehúyen combatir contra un viejo como él; otro, el del arquero Munetaka (11, IV), que antes de intentar dar en el blanco que su señor le había ordenado cierra los ojos y reza a las divinidades de su tierra en estos términos:

Ayudadme a dar en el centro del abanico. Si fallo, prometo romper el arco y quitarme la vida para no ver la cara a nadie más. Si queréis verme de vuelta en mi tierra, guiad esta flecha a su destino.

La amplitud en el tratamiento social se refiere a la generosa cabida en esta obra de personas de toda clase social, sexo y edad. ¡Nada más alejado del mundo cerrado y elitista de la otra gran obra de la literatura japonesa, el *Genji monogatari*! Las referencias a bailarinas, marineros, mujeres de la vida, cocheros o criados son abundantes. Algunos de ellos incluso, como el fiel Saburō-maru, boyero del ministro Munemori, son protagonistas de incidentes rebosantes de simpatía y calor humano (11, XIII). Este amplio tratamiento, inusitado en la literatura japonesa con excepción de las colecciones de *setsuwa*, debía ser la consecuencia natural de la presencia de un auditorio formado por clases sociales diversas. La literatura de la época de Kamakura, a diferencia de la de Heian, se populariza en la misma medida en que el lugar de su disfrute se aleja de la capital. Es un tributo al carácter itinerante del trabajo oral de los *biwa-hōshi*.

Pero si hay un valor que domina al resto y singulariza esta obra, es la profunda, palpitante humanidad de los personajes. Una humanidad que los lleva a sentir y expresar admiración unas veces, compasión otras muchas, hacia sus mismos enemigos. El capítulo de Atsumori (9, XVI), donde el rudo samurái Naozane vierte lágrimas de compasión antes de cortar con espada vacilante la cabeza de su joven enemigo que tanto le recuerda a su hijo, es un ejemplo conmovedor. El episodio quedará doblemente inmortalizado en el teatro *noh*. La descripción física y psicológica de los personajes es ante todo humana. Se siente admiración por los sabios consejos de Shigemori, por la osadía de Yoshitisune; se siente pena por Shunkan o por los perseguidos Heike. No son los de esta obra personajes «buenos» ni «malos», sino humanos, seres comprometidos dramáticamente en una historia que acentúa la ilusión de toda empresa humana y la fugacidad de la vida.

Precisamente, el dramatismo y la teatralidad del relato son otros valores literarios de relieve. Hay que relacionarlos con la cualidad interpretativa de la recitación de los bonzos violeros. El gesto y el estilo serán las oportunas herramientas de tales valores. El episodio del cortesano totalmente desnudo que se pone un hábito religioso para taparse la cabeza, dejando descubiertas las pantorrillas (8, X), invitaba tan claramente a la

hilaridad del auditorio, que difícilmente podría sustraerse el recitador a la oportuna dramatización por elemental que fuera. Por otro lado, las frases desligadas y sencillas que estaban destinadas a acrecentar el interés dramático y dejar muy claro el puente imaginativo en la atención de los oyentes, contribuían a dar ese sello «semirrepresentativo» a la narración, la misma cualidad que Dámaso Alonso señalaba para el *Cantar de Mio Cid*[37]. La ironía de los contrastes se deja ver en varios asuntos. Los actos de Kiyomori están en gran parte inspirados por el bien de su familia, pero esos mismos actos acarrearán su ruina. Los guerreros tienen una aguda conciencia de la fugacidad de la vida, sin embargo buscan afanosamente la honra. Yoritomo confiesa su intención de salvar la vida de los hijos de Shigemori (10, XIV), pero persigue con saña cruel al último de sus descendientes (12, III). Pero en ninguna esfera se percibe mejor la contraposición de valores y la conjunción armoniosa de elementos aparentemente dispares que analizando los diferentes estilos del lenguaje.

8. LENGUAJE Y ESTILO

El lenguaje del *Heike monogatari* pasa por la muestra ideal de lo que en japonés se denomina *wakan konkōbun*, es decir, una mezcla de lecturas chinas y japonesas de ideogramas y palabras. Esto le pone a medio camino tanto del lenguaje en *wabun*, que usa casi exclusivamente una lectura y dicción japonesas, como del *kambun*, donde escritores japoneses utilizan el chino. Será el precedente más ilustre del japonés escrito moderno, un *kana majiri*, una mezcolanza de lecturas chinas y japonesas de ideogramas y palabras, y la causa de que su texto, fijado por Kakuichi hace seiscientos cincuenta años, pueda ser entendido y saboreado en toda su híbrida pureza lingüística por el ciudadano japonés de nuestros días.

37 En «Estilo y creación en el Poema de Mio Cid», *Ensayos sobre poesía española* (Madrid, 1944, pág. 70), citado por J. L. Alborg en *Historia de la literatura española*, vol. II, Madrid, Gredos, 1972, pág. 77.

En ese hibridismo del lenguaje hay que ver un reflejo de las dos corrientes formativas de la obra, la erudita y la popular. La mano culta se observa en el empleo profuso de términos chinos accesibles sólo para letrados y eruditos; la mano popular se echa de ver en el realismo de los diálogos, en los coloquialismos y onomatopeyas entresacados del lenguaje cotidiano usado por el auditorio socialmente heterogéneo que escuchaba a los *biwa hōshi*.

La familiaridad lingüística del *Heike* con respecto al japonés escrito de la actualidad lo distingue de obras literarias anteriores y contemporáneas, escritas en *wabun* o en *kambun*, que no habían dado con ese justo medio de la expresión escrita. La propiedad del hallazgo tal vez haya de ser atribuida a unas cualidades estilísticas cuyo gran encanto puede buscarse no tanto en las palabras chinas sino en la atmósfera que evocan, no tanto en el realismo del lenguaje coloquial sino en el ritmo vivo, palpitante de la descripción.

Precisamente el uso de un elevado número de voces chinas es lo que distingue más llamativamente la prosa de los relatos históricos de la época Heian de los *gunki monogatari* de esta época de Kamakura. Poemas y refranes chinos, sermones, invocaciones a la divinidad, leyendas extranjeras, citas de sutras. Todo eso enriquece la prosa, aumenta la expresividad y, estilísticamente, crea una magia solemne a la que, enunciada en voz alta, difícilmente pueden sustraerse los japoneses de hoy en día.

Aunque el japonés hablado de fines de la época Heian (siglos X-XII) seguía admitiendo más y más extranjerismos, la lengua escrita era conservadora y evitaba palabras extranjeras, excepto aquellas para las que no existían equivalentes, como el léxico especializado del budismo o los nombres de los cargos administrativos. En la literatura histórica (*rekishi monogatari*), concretamente en los diferentes «espejos» o biografías de personajes ilustres, las frases acaban con un verbo del registro de cortesía, el verbo *tamau*, usado por el narrador para referirse a un personaje de clase superior, pero en las frases del *Heike* y otros relatos bélicos se acaba, como se hace en el japonés escrito actual, con una desinencia verbal de registro neutro. El verbo copulativo *sōrō*, propio del habla de las clases militares, aparece por primera vez en esta literatura.

Hablemos del estilo. Las siete manifestaciones de la voz, de las que hablaba Jigū en la obra citada, pueden fácilmente comprimirse en cinco estilos claramente diferenciados. En primer lugar, nos encontramos con

la manifestación de «divinidad», es decir, los capítulos dedicados a exponer sermones y homilías budistas, anécdotas edificantes en la tradición de los *setsuwa*, en los que se recurre a un estilo culto y pomposo, misterioso y profundo. El recurso retórico del paralelismo, tan frecuente en la prosa religiosa china, será empleado sistemáticamente, así como la profusión de un léxico budista, del sánscrito o tamizado por el chino, cuyos sonidos debían dar un aire de exótico enigma y solemne religiosidad a la recitación. Las siete líneas iniciales de la obra, dos de ellas transcritas en el japonés original en la nota correspondiente, son un buen botón de muestra. En ellas, la abundancia de extranjerismos –las dos primeras palabras de las cuatro primeras líneas–, con consonantes dobles y vocales largas y la presencia de sonidos foráneos como «sha» y «-n», aunada a los acordes quejumbrosos y bajos del *biwa* y al concepto budista de *mujō*, sin duda favorecían ese ambiente ennoblecedor y grave que el cantor deseaba crear en el auditorio.

El segundo estilo puede reconocerse en la palabra con espíritu de «piedad», donde también se recurre a palabras y retórica del chino, a anécdotas y digresiones entresacadas de la historia de China y de Japón; es menos solemne que el anterior, pero igualmente artificioso y erudito. Es especialmente apto para ensalzar las virtudes confucianas de piedad filial, para inculcar veneración por el soberano y sus edictos, respeto a la tradición, para exponer textos epistolares. Las amonestaciones de Shigemori a su padre (2, IV-VII), las cartas intercambiadas entre Onjō-ji y Enryaku-ji (4, VII-VIII) o la lista de los enemigos de la Casa Imperial (5, V) son algunos ejemplos.

El tercero, el de «celebración», se refleja en el estilo sucinto y austero de las relaciones de viajes, de las enumeraciones, de los registros de las actividades rutinarias de la corte. Tal vez sea en este estilo donde el recitador empleaba esa «voz blanca» de la que hablaba Jigū. Podía ser el estilo de más difícil interpretación, al estar desnudo de la carga erudita, moralizante y dramática de los otros. Era «la voz del narrador» que se esconde cuando se hace hablar o sentir a un personaje. El caso típico es el comienzo de muchos capítulos con la mención de la fecha, que hace recordar la prosa árida de un diario de corte.

Al cuarto, propio de las palabras de «nostalgia» y «aflicción», el tercero y el séptimo de la clasificación de Jigū, le corresponde un estilo lírico e intimista, con acento en la nostalgia y en la conciencia de la impermanen-

cia (*mujō-kan*). El lenguaje se inserta ahora a caballo entre la tradición literaria de los *tsukuri monogatari* o relatos inventados, cuyo ejemplo culminante es el *Genji monogatari*, y el de los *uta monogatari*, relatos con poemas o poemarios glosados. El lenguaje, apto para la expresión de los sentimientos y de la emoción ante la naturaleza, no podía ser otro que el nativo japonés, desnudo de palabras foráneas y sancionado, en el léxico y en los temas, por una venerable tradición poética. Será el estilo idóneo para las historias de amor (las damas Giō, Kozaishō, Aoi-no-mae, Kogō), de desengaños (como el del desgraciado monje Shunkan, o el malogrado capitán Koremori), de despedidas de seres queridos (Koremori de su esposa e hijos, Shigehira de su esposa), de descripciones de la naturaleza (el mar, las aves, las brumas, las flores) como contexto de las emociones, etc.

El universo poético y contenida emoción de este estilo está tachonado de poemas puestos en boca de los personajes, poemas casi todos en la forma breve llamada *tanka*, es decir, cinco versos de 5/7/5/7/7 sílabas. Estos poemas tenían dos o tres funciones: por un lado ilustraban el estado anímico de los personajes; por otro, evocaban el ambiente refinado y elegante de la sociedad cortesana capitalina para la cual el ejercicio poético era una actividad social casi tan cotidiana como el ejercicio de la comunicación por teléfono en nuestra sociedad de la información. En tercer lugar, seguían la tradición de la literatura japonesa de intercalar poemas en la prosa.

Un ejemplo del uso que para la comunicación tenía la poesía nos lo da el emotivo reencuentro de Shigehira con su esposa Dainago-no-suke en el Libro 11, cap. XIX, poco antes de ser ejecutado.

Una figura retórica especialmente frecuente en las descripciones de estados de ánimo desolados por la tristeza es la hipérbole. «Empapar las mangas del kimono» será una metáfora corriente para expresar el acto de llorar, a veces atemperado con «mojar» o «humedecer». Las mangas anchas del kimono o hábito podían tener múltiples usos para unos personajes tan emotivos, ya fueran «samuráis de corazón sensible y también de corazón como piedra o árbol», y el ocultar el rostro para llorar y enjugarse las lágrimas con la manga era algo sancionado por la tradición poética de siglos atrás. «Derramaban tantas lágrimas que sus lechos flotaban» es otra hipérbole frecuente, así como la de comparar la intensidad del sufrimiento al infierno.

Comentario aparte merece el tratamiento de la naturaleza, característicamente frecuente en este estilo. Como es habitual en la literatura japonesa, hay una conciencia casi perturbadora del cambio de las estaciones, una conciencia dotada en el *Heike* de una plasticidad sensorial de gran encanto. El sonido del agua de los riachuelos, las gamas de colores de las flores de cada temporada, el canto de aves e insectos de cada estación..., son recuerdos de vivencias, como el *kigo* (alusión léxica obligada a una estación) en el haiku, de la época del año en que nos hallamos. Sus tópicos, fieles como hojas del calendario a la sucesión de las estaciones (luna, playa, musgo, flores del cerezo, cuclillo, nieblas, glicinas), son los de la poesía clásica de la época. En segundo lugar, la naturaleza tiene una voz propia, una especie de coro que acompaña a la situación dramática y humana de muchos episodios. Así, el ruido de los remos en la inmensidad del mar es inseparable del estado desolado de los Heike fugitivos en barco, el graznido de los gansos se asocia a la nostalgia por la lejana capital, la combinación de playa y luna significa soledad y melancolía, las descripciones de la bruma y la niebla sobre el mar nos permiten presentir el irremediable destino de los Heike sin posible escapatoria, las minuciosas observaciones sobre ermitas, cabañas o casas abandonadas, donde la naturaleza campea como dueña y señora, son contextos de la aflicción desbordante del personaje que llega a esos lugares. Aunque no sea expresado en este estilo, sino en el segundo y tercero de los mencionados, es contagioso el sentimiento por la naturaleza que transmite la lectura del capítulo III del Libro 8, con un Tsunemasa, el samurái músico, transportado de esperanza y gozo ante la primavera naciente.

El quinto estilo, el del «combate» o, también en la terminología de Jigū, el del color de «voz rasgada», es el vigoroso de la acción, el colorista del atavío de los guerreros, el austero de los diálogos, el vibrante y rápido de las escenas de batalla. En éste, de forma señalada por su abundancia y sello identificador, los vocablos coloquiales, las frases cortas y lapidarias, las onomatopeyas, las interjecciones y los giros conversacionales le dan un ritmo, color y atractivo a prueba del paso del tiempo. Las onomatopeyas de uso cotidiano, cuya riqueza distingue a la lengua japonesa, son especialmente abundantes en el texto. Indudablemente su uso dotaba de plasticidad a la narración y la acercaba al pueblo. He aquí un elenco de algunas de las más frecuentes que hemos inventariado en esta obra del siglo XIII:

zabu zabu=ruido causado cuando se entra con el caballo en el agua.
sara sara=ruido del viento que mece suavemente las hojas de los árboles o acaricia el cabello de una mujer.
kukut=ruido al extraer una flecha de un cuerpo o al torcer el cuello del enemigo.
muzut=ruido al agarrar con fuerza la armadura del enemigo.
gigimeru=contener la risa.
hiou=zumbido de la flecha.

Entre las exclamaciones onomatopéyicas, éstas son las más usadas:

harat=exclamación de sorpresa.
are=desafío al enemigo en el campo de batalla.
dou=al tirar de las riendas para detener el caballo.
aa=exclamación de dolor de, por ejemplo, la esposa al recibir la noticia de la muerte de su esposo en combate.

En la descripción de las batallas se recurre con frecuencia al encadenamiento de verbos en presente, lo cual, además de prestar más agilidad y vivacidad al relato, servía para aumentar la atención del oyente.

La comentada subordinación de los elementos narrativos al drama y a la acción determina una austeridad en la prosa y una economía en las imágenes que hace muy fácil la lectura. Una austeridad casi brutal, especialmente en los episodios de este quinto estilo. Un ejemplo es la escena del Libro 10, cap. XIV, cuando el samurái Moritsune, después de haberle sonsacado a un humilde pescador una información privilegiada sobre los bajos de un brazo de mar, reacciona así:

> Moritsune creyó que el pescador tenía razón y regresó a la playa. Mientras volvía pensó: «Estas gentes de clase baja no son leales. Si alguien se lo exige, es posible que le muestre también estos bajos. Mejor será que yo sea el único en saberlo».
>
> Cuando volvió al lado del pescador, le asestó una puñalada y lo mató. Luego le cortó la cabeza y la tiró.

Si el tono dominante en el estilo cuarto, el lírico, es el gris, el color de la melancolía y de las nubes que siempre cubren el mar por donde navegan a la deriva los acosados fugitivos Heike, en el estilo quinto, el de las

batallas, hay una rutilante policromía que va desde los suntuosos trajes de los guerreros, pasando por el color de las plumas de sus flechas, al tono del pelaje de sus monturas. Cuanto más alto es el rango del samurái, más pormenorizada y vistosa es la descripción de su atuendo guerrero. A diferencia de la mayor sobriedad de la indumentaria militar de los Genji, la de los Heike, como era de esperar por su tradición cortesana, presenta vistosos estampados (de grullas, de chorlitos, de rocas, de peces, etc.) y elegantes combinaciones de colores con los cordones de la coraza. En cambio, brilla por su ausencia el color rojo de la sangre, pese a correr en abundancia, y las descripciones crudas de decapitaciones y agonías (con la excepción, sin duda por su impacto ejemplarizante, de la terrible de Kiyomori). Esta ausencia de detalles sobre las numerosas escenas de sangre y cuerpos decapitados hay que relacionarla con el tabú del sintoísmo por las manifestaciones «impuras» de la vida y con la norma de buen gusto de la tradición literaria[38].

La detallada visión de la indumentaria del guerrero entra dentro del capítulo de los epítetos fijos, las expresiones cristalizadas como fórmulas corrientes en todas las literaturas de transmisión oral. Los arcos invariablemente «están forrados de lacada mimbre», el atolondramiento de un ejército ante el ataque sorpresa del enemigo se indica mediante la fórmula «los que tomaban el arco se olvidaban de tomar las flechas y los que tomaban las flechas se olvidaban de tomar el arco», y los movimientos del guerrero valiente en medio de la confusión y el fragor del campo de batalla se describen como los movimientos de «una araña furiosa». Hay epítetos magnificadores: las «ardidas lanzas» de los compañeros del Cid Campeador son en el *Heike* «hombres que valen por mil samuráis», y Yoritomo, de ser el «desterrado de Izu» en los primeros libros, pasa a ser el «gran señor de Kamakura» al final.

Al lado de la riqueza visual, narrada por los *biwa hōshi* ciegos, y también acústica, expresada en la frecuencia con que aparecen el sonido del gong budista en las ceremonias religiosas, el estruendo de los alaridos de guerra, el estrépito de las pezuñas de los caballos sobre la piedra, el mur-

[38] También en la poesía clásica japonesa hay temas tabú, temática y léxicamente, que jamás afloran en las sucesivas antologías líricas, desde el *Kokinshū*, en 905, en adelante. El *Heike monogatari* es fiel a la tradición literaria.

mullo de las olas en la playa, la ronca del venado, etc., hay en el lenguaje otra serie de recursos de estilo que merece la pena destacar.

Uno es la contraposición del «antes» y el «ahora» en la presentación de los hechos, técnica heredera de la narración de *setsuwa*, especialmente para deducir una verdad religiosa. Quien ve «ahora» a los señores Heike hechos prisioneros y paseados con afrenta por las calles de la capital recuerda dos años «antes» la gloria y el orgullo con que se paseaban por esas mismas calles.

Otra es la repetición y reiteración de las frases, como en el Libro 7 los capítulos con cartas de petición, donde repitiendo las ideas se consigue acentuar ominosamente el destino que le aguarda a cada protagonista.

Pero lo más sobresaliente del lenguaje del *Heike* es, como suele ocurrir en las grandes obras, el milagro de la conjunción armoniosa de tan dispares formas de expresión, la adecuación de las formas lingüísticas cabalgando en tiempos a veces rápidos –batallas, fugas, persecuciones–, a veces lentos –naturaleza, encuentros y despedidas, anécdotas–, el feliz matrimonio del suave, lírico estilo femenino, *onnade,* propio de los *tsukuri monogatari,* y del vigoroso, austero estilo masculino, *otokode*, propio de los relatos marciales. La lengua japonesa (expresiones coloquiales y lenguaje de las emociones y los sentidos) y la china (expresiones religiosas y lenguaje del intelecto y la erudición) en una afortunada combinación.

9. PERVIVENCIA DEL *HEIKE MONOGATARI*

No hay ninguna obra en la literatura japonesa que haya ejercido más influencia temática, y tal vez espiritual, en la posterior literatura de este país que la aquí presentada. Una influencia que sigue en nuestros días. Las innumerables adaptaciones televisivas y refundiciones en *manga* seguidas y leídas con interés por el público japonés así lo confirma. La sola evocación del nombre de un personaje del *Heike*, como Atsumori, Yoshitsune o casi cualquier otro, lo corrobora. Se ha perdido, en cambio, ojalá que no de forma irremediable, la popularidad del arte vehicular de la obra, el *heikyoku*.

La época dorada del *Heike* fueron los tres siglos siguientes a su composición. En 1462, por ejemplo, se contaban seiscientos recitadores *biwa hōshi* sólo en la capital, la mayoría de los cuales, especialmente después de las Guerras Oonin (1467-1477) y el colapso de la cultural monacal, dependían del mecenazgo de señores de la guerra y de la nobleza militar. En oposición al aristocrático teatro *noh*, que florece en el siglo XV, la recitación del *Heike* seguía siendo un pasatiempo de nobles y plebeyos que, sin embargo, empieza a perder terreno en favor de otras formas dramáticas e interpretativas populares como el teatro *kyōgen* y la recitación de los monjes narradores sin acompañamiento musical *(taiheiki yomi)* de otra obra de tema militar, el *Taiheiki*.

El teatro *noh* especialmente, favorecido por las clases altas a partir del siglo XV, va ser el ilustre depositario de los temas del *Heike*. De las dieciséis obras del *noh* sobre asuntos militares *(shuramono)*, la mayoría está basada en episodios del *Heike* y muchas siguen fielmente su texto, una práctica recomendada por Zeami, el «creador del *noh* fantástico-ilusorio»[39].

En el siglo XVI, los héroes del *Heike* aparecen como protagonistas en treinta y tres de los cincuenta dramas musicales con danza conocidos como *kōwakamai*, descendientes de una de las divisiones del *noh* y precedentes del futuro *jōruri*. Pero antes de abandonar el siglo XVI, hay una interesante prueba de la hondura con la que esta obra había penetrado en el corazón de los japoneses. En la última década de ese siglo, la prensa de la misión jesuita establecida en Amakusa, prefectura de Kumamoto, en Kiushu, y después cerca de Nagasaki, ya estaba imprimiendo libros en tipos móviles[40]. Entre el puñado de obras no religiosas que salen de esta imprenta se cuenta una versión abreviada del *Heike* romanceada, es decir, transcrita en caracteres latinos[41].

[39] Así lo denominan J. Rubiera y H. Higashitani en su edición del tratado del teatro *noh* *Fūshikaden de Zeami*, Madrid, Trotta, 1999, pág. 71.

[40] En Japón, pese a que hay constancia del arte de la imprenta desde el siglo VIII, no llegaron a imprimirse libros de contenido secular hasta la última década del siglo XVI por medio de las novedosas máquinas de imprimir tipos móviles traídas desde Corea y por las de los jesuitas traídas de Lisboa o Roma. Sólo en 1591 se imprime la primera obra no religiosa, un diccionario, el *Setsuyō-shū*.

[41] Otras eran las *Fábulas* de Esopo y antologías de poesía clásica china y japonesa. Véase D. Keene, *World within Walls*, Nueva York, Columbia University Press, 1999, pág. 2. También, C. Nakane y S. Ooishi, *Tokugawa Japan*, Tokio, Tokio University Press, 1990;

Su publicación puede interpretarse como una estrategia evangelizadora en dos frentes: para ganarse las almas de los japoneses nada mejor que hablar su mismo lenguaje cultural y moral cuyo código estaba plasmado en una obra tan familiar para ellos como el *Heike;* para facilitarles la comprensión de los catecismos y otras obras religiosas, escritas en japonés romanceado, a través de la lectura de una obra tan bien amada para ellos como el *Heike.* Probablemente su popular representación en *kōwakamai* había sido presenciada por los misioneros cristianos a los que no debió pasar desapercibido el aprovechamiento de su mensaje moral.

Los personajes del *Heike* vuelven a cobrar vida en la nueva literatura urbana de los siglos XVII-XIX, en el teatro de guiñol, el *jōruri* o *bunraku,* y el *kabuki,* así como en media docena de géneros populares en prosa del mismo período. En fechas tan recientes como en los años cincuenta del siglo pasado, un culebrón escapista llamado *Shin Heike monogatari ('El nuevo cantar de Heike')* se convierte en un best-seller en el Japón de la postguerra. Y, en la actualidad, cualquier librería o tienda de discos importante de Tokio dispondrá de libros manga, discos o vídeos dirigidos a grandes y chicos, en donde se recrean los lances de unos personajes inolvidables de la historia nacional dando calor humano a la gran metáfora de la ambición humana. No hay muchos casos en las literaturas de los países del mundo con una pervivencia tan constante y entrañable de una obra literaria en su historia y sensibilidad como la que ha ejercido y sigue ejerciendo el *Heike monogatari* en la literatura y en el alma de los japoneses.

10. CRITERIOS DE LA TRADUCCIÓN

La traducción española que se ofrece se ha realizado a partir de la edición en el japonés original cotejada con el japonés moderno realizada

y J. Laures, *Kirishitan Bunko, A Manual of Books and Documents on the Early Christian Mission in Japan.*

por Sugimoto Keisaburō en *Heike monogatari* (Tokio, Kodansha Gakuzyutsubunkō, 2000), basada en la versión comúnmente aceptada como definitiva de Kakuichi.

En este texto no se incluye, como tampoco se hace en muchas versiones Kakuichi, el episodio regresivo, de cuatro páginas de extensión, sobre una visita imperial realizada cien años antes que los hechos narrados, en 1088, por el emperador Shirakawa al monte Kōya que siguen al cap. X del Libro 10. Tampoco se añade tal incidente en la autorizada versión inglesa de H. Mc Cullough, pero sí en las de H. Kitagawa y la francesa de René Sieffert[42].

En la trascripción de los términos japoneses hemos adoptado el sistema Hepburn, el más universal hoy en día, y según el cual las vocales se pronuncian básicamente como en español y las consonantes como en inglés. Así:

– La grafía «g» ante «e» o «i» se pronuncia como «guerra» o «guitarra». Ejemplo: *Kagetoki*.
– La «h» es aspirada. Ejemplo: *Heian*.
– La «j» se pronuncia como en inglés o francés. Ejemplo: *Fuji*.
– La «y» se pronuncia como una semivocal entre consonante y vocal, igual que en inglés *yes*. Ejemplo: *Enryaku-ji*.
– La «z» debe pronunciarse como una «s» sonora, igual que en italiano *casa*.
– Las vocales largas japonesas se han señalado marcando un signo diacrítico sobre la vocal, como en *Tōdai-ji*, y deben leerse como si se tratara de dos vocales. Cuando la vocal larga es una mayúscula se ha optado por duplicar la vocal, como en *Oomiya*.

Apreciar con justicia el texto de esta obra requiere leerlo en voz alta con la entonación del *biwa hōshi* que lo recitaba y con las pausas que hacía para arrancar las notas quejumbrosas del *biwa*. El lenguaje era más variado que el japonés de obras anteriores, como el *Genji monogatari*. Algunos de los efectos más vistosos e impactantes de la recitación se conseguían gracias a la mezcla de sonidos exóticos del chino y del sánscrito, por un lado, y a la sonora plasticidad de onomatopeyas y coloquialismos,

[42] *Le Dit des Heiké*, París, Publications Orientalistes de France, 1988.

por otro. Todos esos efectos musicales, esos silencios preñados de significados, esos tonos de los diferentes estilos del *heikyoku* quedan irremediablemente perdidos en la aridez del texto.

Conscientes de tal dificultad inherente a nuestro texto, el empeño constante de los traductores ha sido hallar el azaroso equilibrio situado en un punto siempre impreciso entre la fidelidad literal y el sabor auténtico del original, por un lado, y la claridad absoluta, fluidez de lectura y amenidad literaria, por otro. Pero no se trataba sólo de adoptar una de esas dos posiciones diamétricas –libre o fiel, poética o literal, espíritu o letra– en donde al traductor se le arrincona[43]. Han sido numerosas las ocasiones en que nos hemos quedado sentados con los ojos atónitos ante la palabra japonesa, incapaces de actuar durante un buen rato. Y eso pese a saber lo que esa palabra significaba. La cuestión era cómo verter en español algo más que el cuerpo de la palabra, cómo dar vida, acento, tono y color a la belleza y fuerza del original. En todos estos casos de bloqueo, la tendencia ha sido ser «libres», una libertad dictada de nuestra comunión y entusiasmo con el texto tratado a lo largo de estos dos años y medio. Esa libertad la hemos legitimado con la creencia optimista de que una traducción, lejos de perder, puede ganar. En el arco imposible del desafío a aspirar a la perfección, hemos puesto nuestra flecha: traducir un texto ochocientos años después de que fuera escrito y para lectores situados en las antípodas de su lugar de composición... ¿Qué otro homenaje puede darse a aquellos entrañables compositores anónimos del *Heike monagatari*, los letrados y los iletrados, que el lanzamiento sincero de tal flecha?

Sin embargo, situados entre el cielo y la tierra, las siguientes consideraciones han guiado nuestra puntería, nuestro movimiento pendular y creativo entre el espíritu y la letra del texto. Por un lado, la fidelidad al texto y al sabor al original han incluido la adopción de estas normas:

1. Transcripción íntegra del nombre del personaje cuando aparece la primera vez. No cabe duda de que los matices y variedad de títulos, patronímicos y apodos encomiásticos de los personajes debía tener un tono

[43] «Una situación que exige elegir entre dos alternativas igualmente indeseables», como dice E. Seidensticker en un revelador artículo: «Translation: What Good Does it Do?», *Literary Relations East and West*, ed. J. Toyama y N. Ochner, en *Literary Studies East and West*, vol. IV, Honolulu, Hawaii University Press, 1990, pág. 181.

literario apreciado por oyentes y lectores; por eso se han respetado, incluso en los diálogos. Sin embargo, para aligerar la lectura, evitar confusiones causadas por los títulos y repeticiones de nombres, en las ocasiones sucesivas en que aparecía el mismo nombre en el mismo párrafo, hemos optado por utilizar la denominación más específica de cada personaje, es decir, su nombre individual, no su apellido ni su título. Cuando el sentido era claro en personajes importantes y el nombre individual se repetía muchas veces, se les suele nombrar por el cargo. Para los personajes con dignidad imperial, se sigue en general la costumbre japonesa de referirse a ellos por el nombre de «emperador» o *tennō*, y no por su nombre individual. A fin de evitar confusiones al lector, en los casos de homónimos con semejanza ortográfica y léxica con otros homónimos frecuentes, se ha buscado un nombre alternativo que se usa también en el texto. Por ejemplo, en lugar de referirnos a Minamoto Kiso no Yoshinaka como Yoshinaka, tan semejante a Yoritomo, Yoshitaka, Yorimori, Yorimasa, Yoshimori, etc., hemos optado por el uso regular del denominativo de *Kiso*, que también se utiliza ocasionalmente, no sin cierto matiz desdeñoso, en el original japonés[44].

Conviene advertir que los homónimos japoneses más frecuentes en el texto constan del apellido o nombre del lugar seguido de la preposición *no* (equivalente a la española «de») y del nombre individual, como *Taira no Kiyomori*. Con frecuencia el nombre individual viene precedido de un apodo indicativo del orden de su nacimiento con respecto a otros hermanos. Por ejemplo Kajiwara no Tarō Kagetoki señala que Kagetoki fue el nacido en primer lugar, *Tarō*. Mientras que su segundo hermano tendría el apodo de *Jirō*, el tercero el de *Saburō*, etc. También se han transcrito fielmente los topónimos seguidos del correspondiente nombre común japonés al que van siempre unidos, como *Sakura machi, Kamo gawa, Tōkai-dō*, precedidos del nombre común español identificativo, como «ciudad», río», «ruta», en los ejemplos respectivamente mencionados. Únicamente nombres apositivos muy frecuentes, como «*-ji*» o templo, se han suprimido cuando el sentido era claro, como «el templo Enryaku» en lugar del redundante «el templo Enryaku-ji».

2. Transcripción en cursiva del nombre propio original de espadas, instrumentos musicales, caballos, y en algunos casos de edificios, ofre-

[44] Aludiendo a su origen rústico (Kiso era una aldea) y a su filiación denigrante.

ciendo al mismo tiempo, en la nota correspondiente, la traducción española. No se han traducido calles ni la mayoría de los nombres de edificios, aligerando el texto y evitando así el exotismo chillón que resultaría de traducir la residencia del emperador como *Palacio Puro y Fresco*.

3. Transcripción en cursiva de nombres comunes originales de pesos, medidas, dignidades budistas, prendas de vestir y géneros musicales, de los que ofrecemos la primera vez en una nota la equivalencia familiar para el lector hispanohablante, pero no en las sucesivas, dado que se ofrece la ayuda de un glosario de dichos nombres comunes japoneses al final del texto.

4. En la sintaxis, se reproduce el paralelismo sintáctico de fragmentos de prosa, especialmente cuando en el texto original se adopta esta forma retórica del chino, de las contraposiciones reiterativas y de las repeticiones léxicas, frecuentes en la recitación, siempre que, en los tres casos, se haya estimado que no vuelve la prosa española oscura ni densa.

5. En la siempre delicada traducción de los noventa y siete poemas del texto, se ha respetado la forma estrófica original del *waka:* cinco versos sin rima de 5/7/5/7/7 sílabas. Especialmente dificultosa ha sido la traducción del *kake kotoba* o palabra eje que, por definición, gira en torno a una paronomasia o juego de palabras cuya equivalencia fiel significaba la pérdida de connotaciones poéticas. Ojalá que el lector, comprensivo con la dificultad de esta empresa, disculpe la torpeza de algunas traducciones.

En cuanto al otro criterio, la claridad, fluidez y amenidad literaria de la lectura, conviene matizarlo con las siguientes observaciones.

1. Para compensar la ausencia de los recursos estilísticos propios del estilo recitativo, algunos ya indicados, hemos añadido en contadas ocasiones fórmulas propias de la recitación, como «bien oiréis lo que dijo», «podéis imaginar», etc. De esa forma, se tiene presente la forma de transmisión de texto Kakuichi aquí seguido, que era oral y que, característicamente, lo distinguía de los otros textos para la lectura en los cuales nos existían tales recursos.

2. Al lado de esa licencia, hemos adoptado con libertad el empleo ocasional de los llamados epítetos épicos para algunos personajes idealizados en el texto, como Yoritomo, al principio mencionado en el original como «el desterrado de Izu» o «antiguo alférez», pero más tarde referido encomiásticamente como «el gran señor de Kamakura»; como Yoshitsune,

el «joven general»; como Shigemori, el «ministro prudente»; como Noritsune, «el gran arquero».

3. Las fórmulas de tratamiento entre los personajes pertenecen a rígidas diferenciaciones, que reflejan la pirámide social de Japón, marcadas por el sexo y los grupos sociales de pertenencia. Esta jerarquización lingüística, utilizada y necesaria todavía hoy en la sociedad japonesa, es especialmente notoria en nuestra versión de Kakuichi-bon, más apta para su dramatización oral y por lo tanto más realista que la versión Enkyō-bon, idónea particularmente para la lectura.

En una sociedad en que se estimaba el servicio al señor por encima de todos los valores, el verbo desinencial *sōrō* («servir») al final de los verbos principales es ampliamente utilizado en el lenguaje masculino. Las mujeres, en cambio, emplean el desinencial *haberi*. Ambos equivalen al *masu* del japonés actual. Hemos utilizado el anacronismo *samurái* en lugar de *saburai* («servidor»), derivado del mencionado *sōrō*, que aparece en el texto, por la familiaridad cultural de que goza en el mundo occidental. Hay que advertir, sin embargo, que el «samurái», en esta primera gran obra de samuráis, es un «criado» que generalmente, pero no siempre como ocurre con los dos fieles criados de Rokudai (12, VII-IX), porta armas. Cuando el samurái interviene en su capacidad militar, hemos alternado ese término con el de «guerrero».

En las fórmulas de tratamiento, se ha evitado el uso de «usted», de tinte demasiado moderno, y se ha optado por los más antiguos de «tú», en casos de relación entre iguales o de superior a inferior, y de «vos» en los casos de distanciamiento social en donde las fórmulas de «señoría», «señor», «excelencia», «reverencia», «majestad», etc., servirán para recordarnos tanto la formalidad de la escena correspondiente como la rígida estratificación social del Japón de la época.

Con esas licencias, con el empleo de algunas voces de sabor arcaizante y la identificación del estilo idóneo para cada capítulo –amplitud épica en hechos históricos, solemne y erudito en oraciones, discursos y cartas, incisivo y rápido en diálogos y pasajes bélicos, pausado y poético en descripciones de la naturaleza y escenas sentimentales, etc.–, hemos pretendido ser fieles en lo posible a la riqueza de matices estilísticos del texto.

Durante la preparación de esta edición, hemos recibido el apoyo generoso y entusiasta de muchos, sobre todo en Japón, entre ellos los medievalistas profesores Yōichi Misumi, de la Universidad de Tokio, y muy especialmente Yasuharu Kobayashi, de la Universidad de Waseda, que se han molestado en despejarnos dificultades en la comprensión del texto. A ellos y a muchos más nuestro sincero agradecimiento.

CRONOLOGÍA

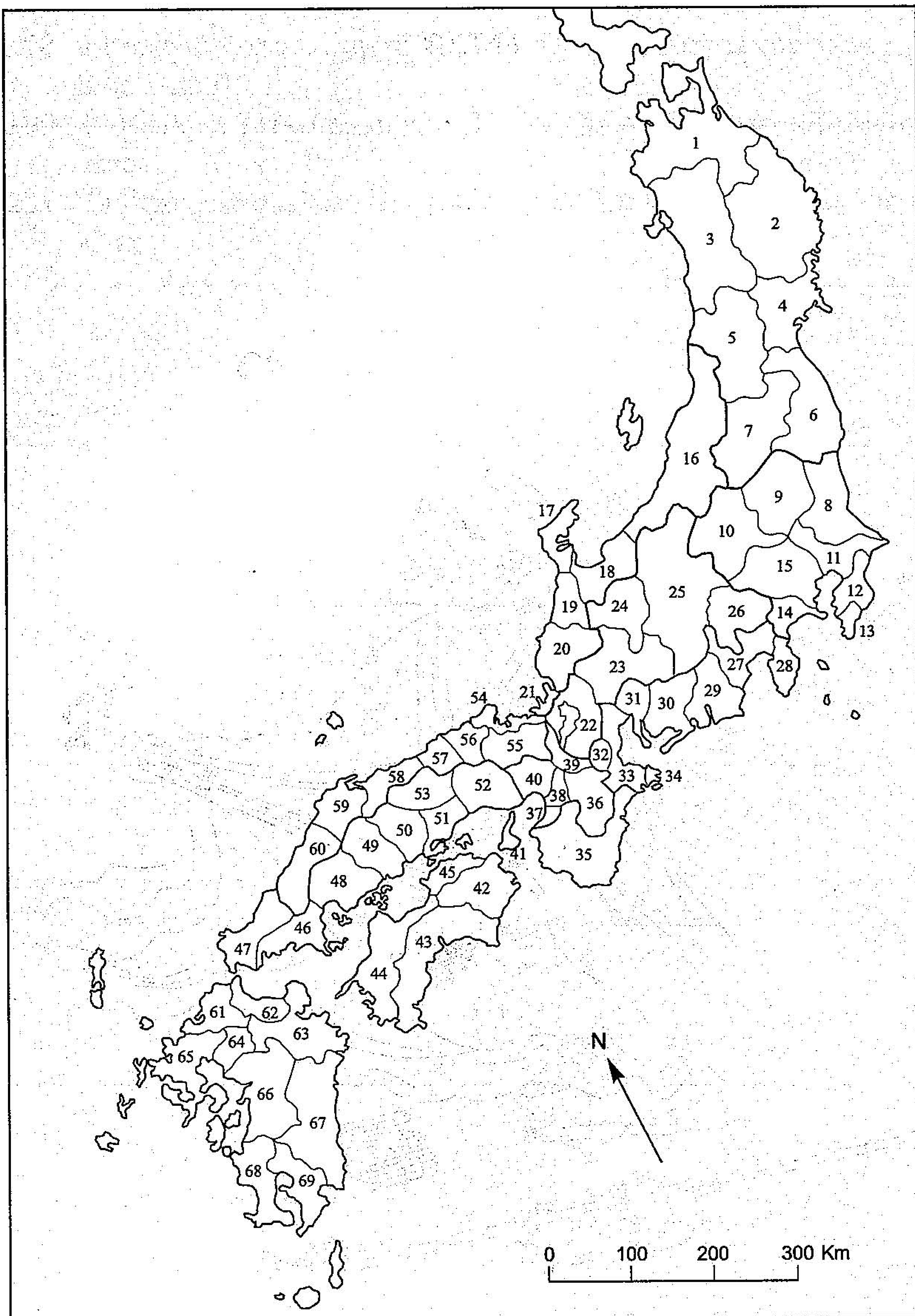
1159 1 Heiji: Insurrección de Heiji (1, III). Alejandro III, pontífice romano.
1165 1 Eiman: Muerte del emperador Nijō (1, VIII). Nace Ibn Arabi de Murcia.
1170 2 Kaō: Enfrentamiento entre Motofusa y Sukemori (1, XI). Asesinato de Thomas Becket en la catedral de Canterbury.
1172 2 Shōan: La hija de Kiyomori consorte imperial (1, V). Toma de Sevilla por los almohades.
1177 3 Angen: Complot en Shishi-no-tani contra los Heike (1, XII). Conquista de Cuenca por Alfonso VIII.
1178 2 Jishō: Nacimiento de Antoku (3, III). Maimónides completa el *Misneh Torah*.
1179 3/8 Jishō: Muerte de Shigemori (3, XI). III Concilio Lateranense.
1180 4/4 Jishō: Antoku, emperador (4, II). Felipe II Augusto, rey de Francia. 4/5 Jishō: Complot de Mochihito (4, V). I Cruzada contra los albigenses. 4/7 Jishō: Rebelión de Yoritomo (5, X). Se funda el monasterio de Las Huelgas.
1183 2/5 Juei: Batallas de Kurihara y Shinohara (7, VI y VII). Toma de Alepo por Saladino.
1185 2/3 Genryaku: Batalla naval de Dan-no-ura (11, VII-X). 1/11 Bunji: Yoshitsune y Yukīe, perseguidos (12, V). Urbano III, pontífice romano. 1/12 Bunji: Rokudai, detenido (12, VII). Sancho I, rey de Portugal.
1191 2 Kenkyū: Kenreimon-in muere (Epílogo, V). Ricardo Corazón de León conquista Chipre.
1192 3 Kenkyū: Goshirakawa muere (12, IX).

1198 9 Kenkyū: Rokudai, ejecutado (12, IX). IV Cruzada convocada por Inocencio III.
1199 10 Kenkyū: Yoritomo muere (12, IX). Juan Sin Tierra, rey de Inglaterra.
1221 Chūkyō: Gotoba es desterrado (12, IX). Conquistas de Gengis Khan.

ANEXO



Bonzo ciego tocando el laúd (biwa)
y recitando el «Heike monogatari»



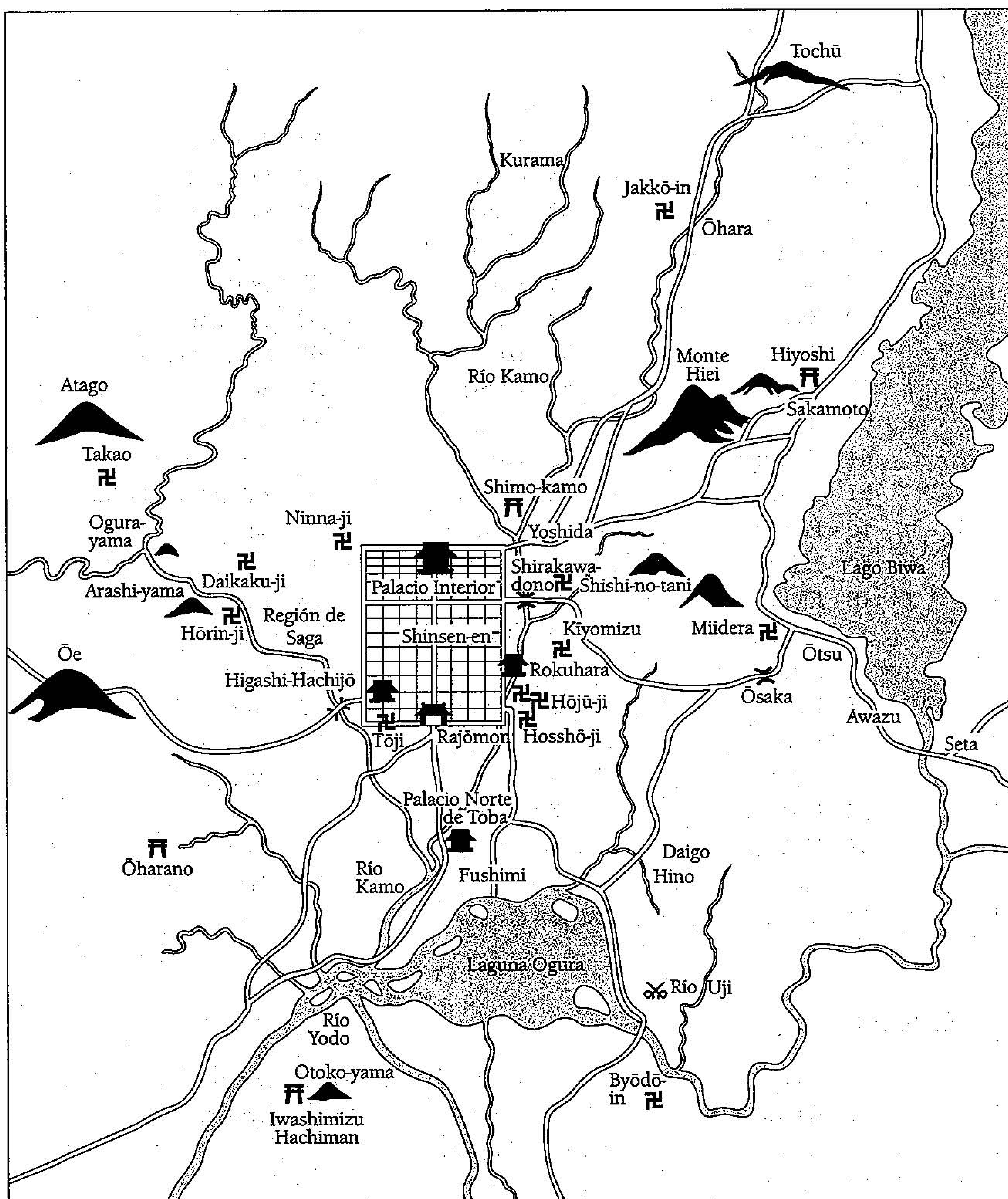
División administrativa de Japón en el s. XII

Provincias

48	Aki	33	Ise	31	Owari
42	Awa	6	Iwaki	2	Rikuchū
13	Awa (Bōshū)	60	Iwami	4	Rikuzen
41	Awaji	7	Iwashiro	14	Sagami
50	Bingo	44	Iyo	45	Sanuki
49	Birchū	28	Izu	68	Satsuma
51	Bizen	37	Izumi	40	Settsu (Sesshū)
60	Bungo	59	Izumo	34	Shima
62	Buzen	19	Kaga	11	Shimōsa
64	Chicugo	26	Kai	9	Shimotsuke
61	Chikuzen	12	Kasusa	25	Shinano (Shinshū)
16	Echigo	38	Kawachi	46	Suō
20	Echizen	35	Kii (Kishū)	27	Suruga
18	Etchū	10	Kōzuke	56	Tajima
52	Harima	30	Mikawa	55	Tanba
24	Hida	53	Mimasaka	54	Tango
66	Higo	23	Mino	43	Tosa
8	Hitachi	15	Musashi	29	Tōtōmi
65	Hizen	1	Mutsu	21	Wakasa
58	Hōki	47	Nagato	3	Ugo
67	Hyūuga	17	Noto	5	Uzen
32	Iga	22	Ōmi	39	Yamashiro
57	Inaba	69	Ōsumi	36	Yamato

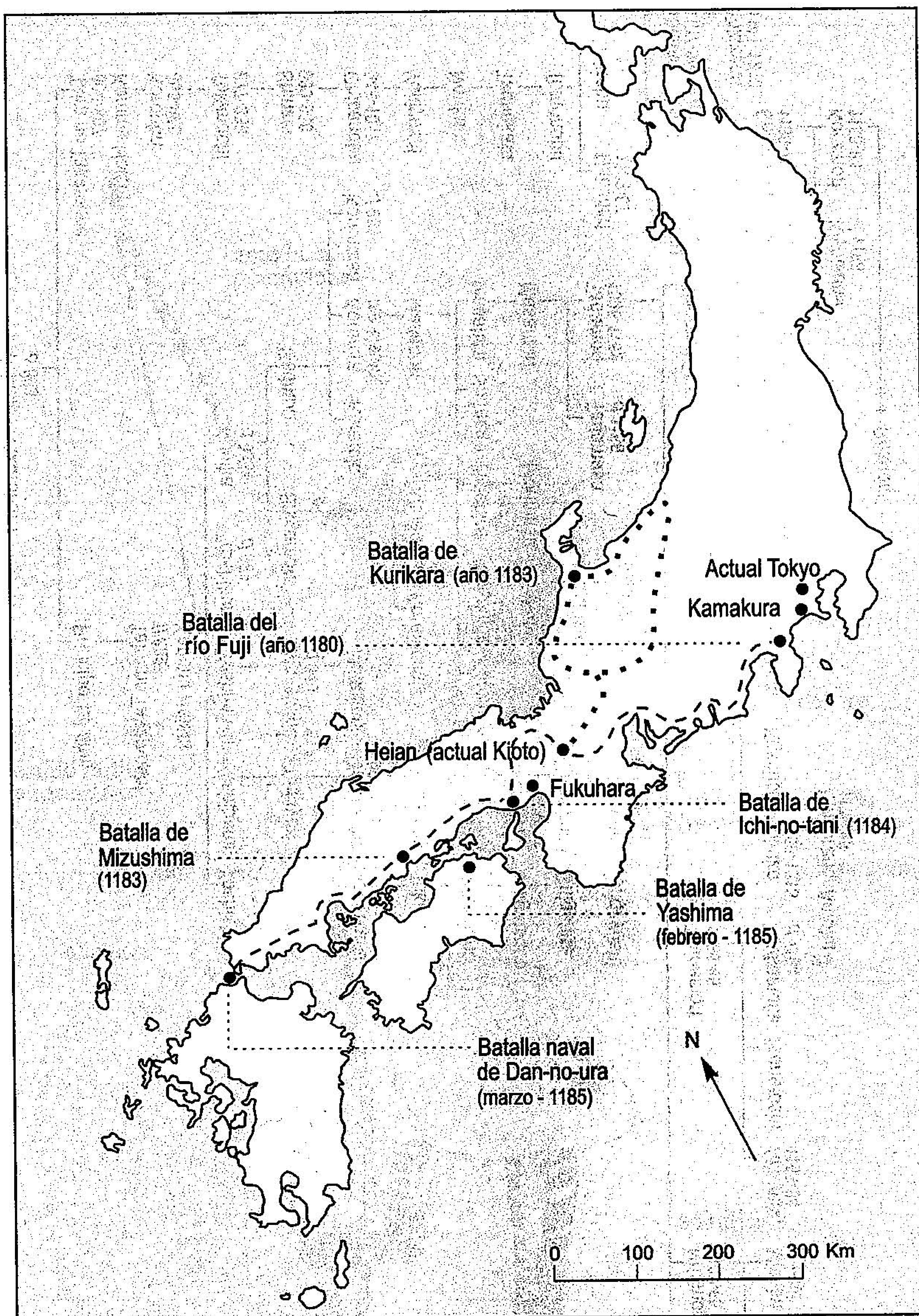
Regiones

1-7	Tōhoku	27-34	Tōkai	54-60	San'in
8-15	Kantō	36-40	Kania	61-69	Kyushu
16-21	Hokiriku	42-45	Shikoku		
22-26	Tōsan	46-53	San'yō		



Alrededores de Kioto

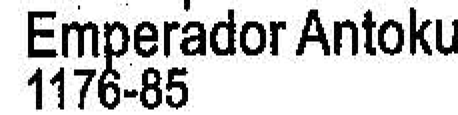
Templo budista
Palacio
Santuario sintoísta
Puerta
Batalla



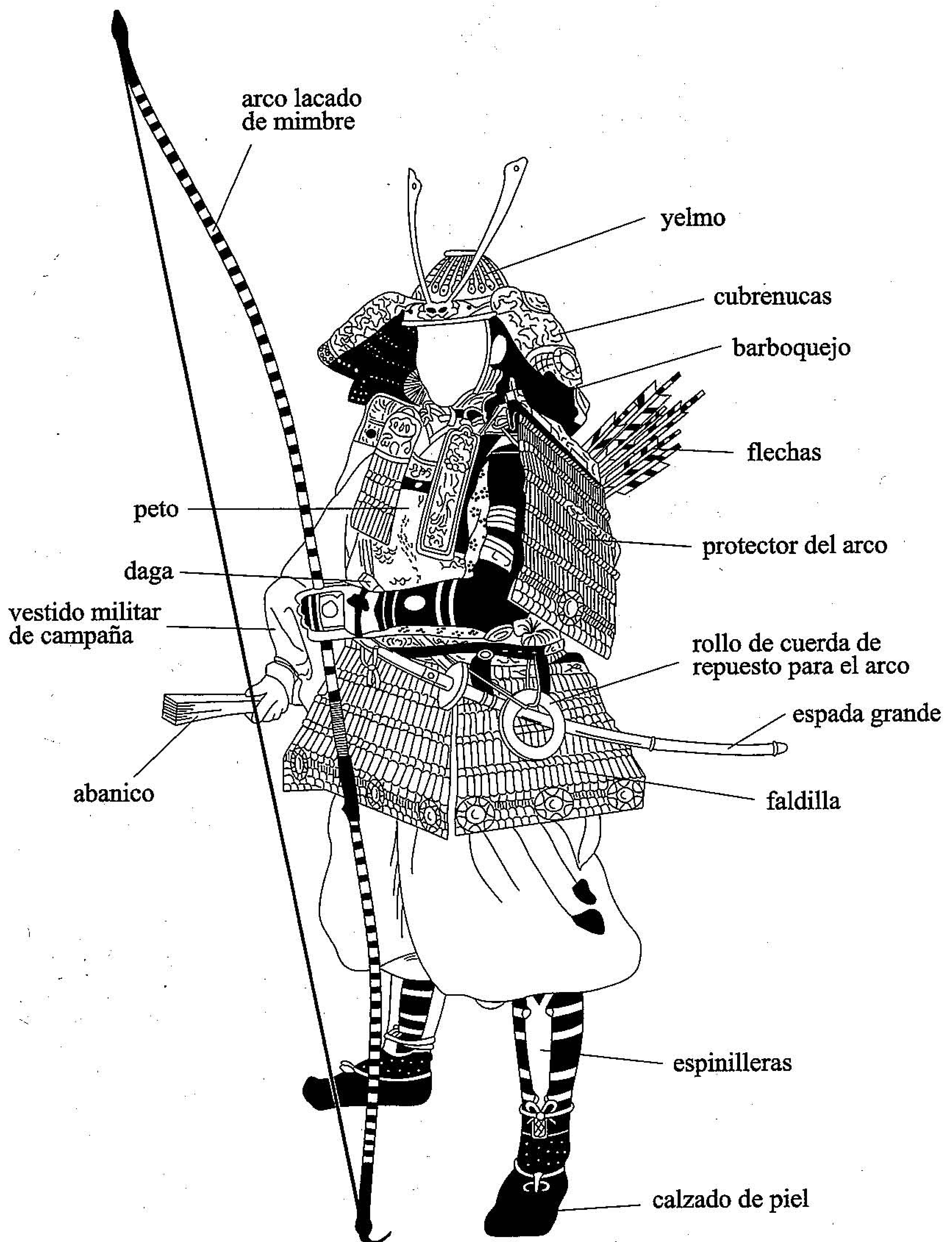
Campañas militares contra el clan Heike

▪ ▪ ▪ ▪ ▪ ▪ ▪ ▪ ▪ Campaña de Kiso

– – – – – – – – Campaña de Yoshitsune en persecución de los Heike



Árbol genealógico del clan Heike (Taira)



Indumentaria de un samurái



Cortesana



Monje-Guerrero



Vestido militar de campaña (hitatare)



Traje de caza

BIBLIOGRAFÍA SELECCIONADA

ESTUDIOS GENERALES

Cabezas, A., *La literatura japonesa*, Madrid, Hiperión, 1990, págs. 65-72.

Katō, S., *A History of Japanese Literature*, vol. 1, Tokio, Kodansha, 1979, págs. 257-265.

Keene, D., *Seeds in the Heart*, New York, Columbia University Press, 1999, págs. 613-642.

Miner, E., H. Odagiri, R. Morrell, *The Princeton Companion to Classical Japanese Literature*, Princeton, Princeton University Press, 1985, págs. 162-163.

Richie, D., *Japanese Literature Reviewed*, New York, ICG Muse, 2003, págs. 81-88.

Rimer, J. T., *A Reader's Guide to Japanese Literature*, Tokio, Kodansha, 1988, págs. 59-62.

Totman, C., *A History of Japan*, Oxford, Blackwell, 2000.

Varley, P., *Japanese Culture*, Tokio, Tuttle, 1982.

ESTUDIOS ESPECÍFICOS

Ishimoda, S., *Heike Monogatari*, Tokio, Iwanami, 1994.

Gomi, F., *Heike Monogatari Shi to Setsuwa*, Tokio, Heibonsha, 1987.

TRADUCCIONES

The Tale of the Heike, trad. H. Kitagawa y B. Tsuchida, Tokio, Tokio University Press, 1975.
The Tale of the Heike, trad. H. C. Mc Cullough, Stanford, Stanford University Press, 1988.
Le dit des Heiké, trad. René Sieffert, Paris, Publications Orientalistes de France, 1988.

DISCOGRAFÍA

Heike Monogatari, Tokio, Dousha, 2002.

HEIKE MONOGATARI

PERSONAJES PRINCIPALES

ANTOKU. Emperador. Hijo de Takakura y de Kenreimon-in, nieto de Kiyomori.

ATSUMORI, TAIRA. Sobrino de Kiyomori, caído en Ichi-no-tani.

GOSHIRAKAWA. Emperador-monje. Padre de los emperadores Nijō y Takakura, abuelo de los emperadores Rokujō, Antoku y Gotoba.

IKE-NO-ZENNI. Madre de Yorimori y madre adoptiva de Kiyomori. Intercede en favor de Yoritomo.

KAGETOKI, KAJIWARA. Samurái principal de los Genji y enemigo de Yoshitsune, al cual calumnia ante Yoritomo.

KENREIMON-IN. Emperatriz. Hija de Kiyomori y de Nī-dono, esposa de Takakura y madre de Antoku. Cautiva en Dan-no-ura, muere como monja.

KISO, MINAMOTO NO YOSHINAKA. Primo de Yoritomo y general de sus tropas. Caído en desgracia, muere en el pinar de Awazu.

KIYOMORI, TAIRA. Hijo de Tadamori, primer ministro y jefe del clan.

KOREMORI, TAIRA. Hijo mayor de Shigemori y nieto de Kiyomori. Se suicida arrojándose a las aguas en Kumano.

MOCHIHITO. Príncipe. Hijo de Goshirakawa. También llamado príncipe Takakura, encabezó una rebelión fallida contra los Heike, pereciendo en ella.

MONGAKU. Monje asceta. Instiga el alzamiento de Yoritomo y años más tarde consigue de éste la amnistía para Rokudai.

MUNEMORI, TAIRA. Hijo segundo de Kiyomori. Ministro del Centro, asume le jefatura del clan. Ejecutado en 1185.

NARICHIKA, FUJIWARA. Privado de Goshirakawa, cuñado de Shigemori y suegro de Koremori. Ejecutado por conspirar contra los Heike.

NARITSUNE, FUJIWARA. Hijo de Narichika. Desterrado en Kikai-ga-shima y después amnistiado.

NĪ-DONO, TAIRA NO SHISHI (TOKIKO). Esposa principal de Kiyomori, madre de Shigemori, Munemori y Kenreimon-in, entre otros, y abuela de Antoku. Se suicida en Dan-no-ura.

NORIMORI, TAIRA. Hermano menor de Kiyomori y suegro de Naritsune. Caído en Dan-no-ura.

NORITSUNE, TAIRA. Hijo de Norimori y sobrino de Kiyomori. El «gran arquero», asume el mando del ejército en Dan-no-ura, donde se suicida.

NORIYORI, MINAMOTO. Hijo de Yoshitomo y hermanastro de Yoritomo. General de las tropas Genji, cae después en desgracia ante su hermanastro.

ROKUDAI, TAIRA. Hijo de Koremori, nieto de Shigemori y biznieto de Kiyomori. Amnistiado y trece años después finalmente ejecutado.

SHIGEHIRA, TAIRA. Hijo quinto de Kiyomori y de Nī-dono. Cautivo en Dan-no-ura, compareció ante Yoritomo en Kamakura y, acusado de incendiar los templos de Nara, fue finalmente ejecutado.

SHIGEMORI, TAIRA. Primogénito de Kiyomori y ministro del Centro, es el «ministro prudente» que intenta corregir los excesos de su padre.

TADAMORI, TAIRA. Padre de Kiyomori.

TADANORI, TAIRA. Hermano menor de Kiyomori. Conocido como poeta, caído en Dan-no-ura.

TAKAKURA. Emperador. Hijo de Goshirakawa y de Kenshunmon-in. Tomó como esposa a Kenreimon-in. Yerno de Kiyomori y padre de Antoku.

TOKIMASA, HŌJŌ. Suegro de Yoritomo y su hombre de confianza.

TOKITADA, TAIRA. Consejero mayor y cuñado a la vez de Goshirakawa y de Kiyomori, de cuyas dos esposas era hermano. Fue desterrado.

TOMOMORI, TAIRA. Hijo cuarto de Kiyomori y uno de los generales Heike en Dan-no-ura, donde se suicida.

TSUNEMASA, TAIRA. Sobrino de Kiyomori. Conocido como músico. Caído en Dan-no-ura.

YORIMASA, MINAMOTO. Incita a la rebelión al príncipe Mochihito.

YORIMORI, TAIRA. Hermanastro de Kiyomori e hijo de Ike-no-zenni, la benefactora de Yoritomo cuando éste era niño.

YORITOMO, MINAMOTO. Hijo de Yoshitomo. Condenado a muerte a los trece años, fue perdonado gracias a la intercesión de la madre de Yorimori. Jefe del clan Genji, funda el shogunato de Kamakura.

YOSHINAKA (véase Kiso).

YOSHINORI, MINAMOTO. Hermano de Yukīe y tío de Yoritomo, ante el cual cae en desgracia. Yoritomo ordena su muerte.

YOSHITSUNE. MINAMOTO. Hijo de Yoshitomo y hermanastro de Yoritomo. El «joven general» del ejército Genji. Yerno de Tokitada. Difamado por Kagetoki, cae finalmente en desgracia ante Yoritomo.

YUKĪE, MINAMOTO. Tío de Yoritomo. Aliado sucesivamente de Yoritomo, de Kiso y de Yoshitsune. Yoritomo ordena su muerte.

LIBRO PRIMERO

CAPÍTULO I

EL MONASTERIO DE GION

En el sonido de la campana del monasterio de Gion resuena la caducidad de todas las cosas. En el color siempre cambiante del arbusto de *shara* se recuerda la ley terrenal de que toda gloria encuentra su fin. Como el sueño de una noche de primavera, así de fugaz es el poder del orgulloso. Como el polvo que dispersa el viento, así los fuertes desaparecen de la faz de la tierra[1].

Allende los mares noticias hay de Chao Kao, de la dinastía Chin[2]; de Wang Meng, de la dinastía Han[3]; de An Lushan, de la dinastía

1 El monasterio de Gion ha sido identificado como el monasterio budista Jetavana, en Srahvasti, la India. Aquí recibe su nombre del texto budista *Gion Zukyō*, según el cual había en dicho monasterio una sala llamada *Mujō-dō* o «Sala de la Fugacidad», en donde convalecían los monjes enfermos. En cuanto al árbol o arbusto de *shara* de la tercera línea, se refiere a los ocho arbustos situados en las esquinas del lecho de Buda. Cuando éste empezó a entrar en Nirvana, los ocho arbustos se inclinaron hacia el centro del lecho y sus hojas empezaron a cambiar al color blanco. Así se describe en el *Sutra del Nirvana*. Los primeros versos de este solemne comienzo (*Gion shōja no / Kane no koe / Shogyō mujō no / Hibiki ari*), aprendidos de memoria todavía hoy por los colegiales de Japón y tan bien sabido como para un español aquello de «En un lugar de La Mancha...», poseían un alto valor melódico y rítmico del cual hemos deseado recuperar algún mediante el orden de palabras de la traducción. También se ha procurado retener el marcado paralelismo del original, deudor en gran medida de la retórica del chino frecuente en los textos budistas.

2 Chao Kao fue un influyente eunuco que llegó a usurpar el poder a la muerte del primer emperador chino (221-206 a. C.) de la dinastía Chin. Su acción puso fin a su dinastía y precipitó su propio asesinato (207 a. C.).

3 Wang Meng (45 a. C.-24 d. C.), conocido en la historia china como «El Usurpador», dio muerte a su yerno, el joven emperador Ping Di, de las dinastía Han, y estableció la dinastía Hsin. Murió en batalla con sus seguidores.

Tang[4], de Chu Wen, de la dinastía Liang[5]. Ninguno de ellos, por desobediencia a sus soberanos, por entregarse a los placeres, por desatender las advertencias del pueblo, por ignorar la desolación popular en medio de un mundo en caos, fue capaz de conservar su poder largo tiempo. Todos acabaron siendo borrados para siempre de la faz de la tierra.

Aquende los mares, en nuestro propio país, está Masakado, de la era Jōhei[6]; Sumitomo, de Tengyō[7]; Yoshichika, de Kōwa[8]; Nobuyori, de Heiji[9], todos los cuales, unos más y otros menos, fueron poderosos y altivos. Pero, ¡ay, que entre todos ellos sobresale uno! Es un personaje reciente. Es Taira Ason Kiyomori, del clan de los Heike[10], *nyūdō* de Rokuhara[11] y antiguo primer ministro del Imperio. Su formidable soberbia empequeñece la realidad de tal manera que con dificultad acuden a mi boca palabras con que cantar su historia.

Si nos remontamos a su linaje, sabemos que Kiyomori era primogénito de Tadamori, justicia mayor del Imperio, y nieto de Masamori, gobernador de la provincia de Sanuki, noveno descendiente del prín-

[4] Anlushan o An Lushan (703-757 d. C.), general chino de origen turco-irano, se proclamó emperador en 755 después de haber encabezado una revolución contra el emperador Hsuan Tsung, de la dinastía Tang, que se había enamorado de Yang Kuei-Fei, de legendaria belleza.

[5] Chu Wen o Zhu Wen (852-912), usurpó el trono del último emperador de la dinastía Tang proclamándose primer emperador de la dinastía Liang posterior. Cinco años después sería asesinado por su hijo mayor.

[6] Masakado izó la bandera de la rebelión en el este de Japón en 935 y llegó a asediar la capital del Imperio.

[7] Sumitomo, por los mismos años que Masakado, organizó una rebelión en el oeste de Japón.

[8] Yoshichika era el segundo hijo de Minamoto no Yoshīe (1039-1106). Exiliado a Oki, logrará escapar y organizar una rebelión en la provincia de Izumo.

[9] Nobuyori fue el instigador de la Insurrección de Heiji, en el año 1159. Sobre ésta y otras insurrecciones, véase en la Introducción a este libro el primer apartado: «Antecedentes históricos».

[10] Taira o Heike son dos lecturas posibles de los mismos ideogramas.

[11] Rokuhara, nombre de un barrio en el sureste de Kioto donde se localizaban los palacios del clan Heike, será por antonomasia el bastión del poder de este clan. En cuanto a *nyūdō* o «Camino de Entrada», es el título honorífico que llevaba Kiyomori como monje budista seglar.

cipe Kazurahara, noble de primer rango, maestro de ceremonias y quinto hijo del emperador Kanmu[12].

El hijo de Kazurahara, el príncipe Takami, que vivía apartado de la Corte Imperial, falleció sin haber conseguido ningún rango oficial. Debido a esto, su hijo, Takamochi, hubo de abandonar el clan imperial y asumir el apellido de «Taira»[13]. Lo hicieron gobernador de Kazusa. Después, su hijo, Yosimochi, gobernador militar, cambió su nombre por el de Kunika. Sin embargo, seis generaciones que descendían de él, de Kunika a Masamori, gozaron del rango de gobernador provincial, pero les estaba prohibida la inclusión de sus nombres en el Gran Consejo Imperial.

CAPÍTULO II

LA CONJURA DE LOS CORTESANOS

Siendo gobernador de Bizen, Tadamori mandó construir el templo de Tokujōyu, en prueba de acatamiento al emperador Toba[14], y edificar una sala de treinta y tres *ken*[15] en la cual erigió mil y una estatuas de Buda en señal de ofrenda. La ceremonia de inauguración se celebró el día trece del tercer mes del primer año de la era Tenshō

12 Este soberano (781-806), el 50 de la dinastía imperial, estableció la capitalidad del imperio en *Heian-kyo* (la actual Kioto) en 794 y, bajo su reinado, el trono japonés alcanzó cotas sin precedentes de poder y prestigio. Véase el árbol genealógico en la Introducción: Anexo.

13 Era obligatorio para nobles sin rango imperial adoptar un apellido familiar.

14 Reinó de 1107 a 1123, aunque su reinado estaba tutelado por su abuelo, el emperador retirado Shirakawa. Después, el mismo Toba se retiró de la política activa tomando las órdenes sagradas budistas, pero, según la costumbre instaurada por su abuelo, ejerció influencia decisiva en los siguientes veintisiete años sobre sus hijos Sutoku, Konoe y Goshirakawa. Pese a sus maquinaciones políticas, fue un devoto budista que realizó más de veintidós peregrinaciones al santuario de Kumano.

15 Un *ken* equivale aproximadamente a 1,70 m, y sigue siendo la medida habitual de las superficies de las edificaciones tradicionales japonesas de suelos de *tatami*. Sin embargo, referido a esta sala el *ken* designa el espacio que hay de columna a columna.

(año 1131). Como recompensa por su piedad y en consonancia con la tradición de otorgar puestos vacantes de la administración provincial, se decidió nombrarle gobernador de la provincia de Tajima. La gratitud del emperador fue más lejos, pues, además, le concedió licencia para poder entrar en el Palacio Interior[16]. A sus treinta y seis años de edad, por tanto, Tadamori fue honrado con el acceso al Palacio Interior.

Los cortesanos de antiguo linaje, celosos del ascenso de este hombre, que venía de una línea de guerreros, urdieron una trama para asaltar el palacio en la noche del banquete de la Abundancia[17] fijado el día veintitrés del mes duodécimo de ese mismo año. Pero la noticia de esta trama llegó a Tadamori y dijo:

—Yo no soy un funcionario civil, sino que nací en el seno de una familia de samuráis. Sería una afrenta para mí y para los míos ser víctima de una deshonra. Me defenderé. Además, hay una sentencia antigua que reza: «Sirve a tu señor cuidándote a ti mismo».

Resolvió, pues, tomar precauciones.

Entró en el Palacio Interior habiendo ocultado bajo su armadura de gala una gran daga. Después se dirigió a una parte de la sala en donde las lámparas daban escasa luz. Sacó lentamente la daga y la elevó por encima de su cabeza. El filo del arma brillaba a contraluz como un destello de hielo. Los cortesanos, al verla, sintieron temor y no osaron dar un paso.

Y no sólo eso. Tadamori tenía como criado a un tal Iesada, hijo de Suefusa y nieto de Sadamitsu, supervisor de Restauraciones Imperiales y miembro también del clan de los Heike. Este Iesada, que bajo una casaca de caza de color azul pálido llevaba una armadura ligera atada con cordones verde brillante y una gran espada además de una bolsa con cuerdas de arco bajo el brazo, guardaba su puesto con dignidad en el pequeño jardín frente al Palacio Interior. Pero despertó las sospechas del jefe de la División de Archiveros, el cual ordenó a un oficial del sexto rango que le increpara:

16 El Palacio Interior o *Seiryō-den* eran las dependencias del Palacio Imperial sólo accesibles a los nobles del quinto rango en adelante y a los cortesanos al servicio directo de la Casa Imperial.

17 Literalmente, el nombre de esta fiesta era «Banquete de la Abundante y Brillante Cosecha de los Cinco Bailarines», con la cual se conmemoraba durante varios días la recolección de la nueva cosecha con canciones, poemas y bailes.

– ¡Tú, el de la casaca de caza sin escudo de armas, el que está al lado de los canalones junto a la cuerda de los cascabeles! ¡Se habrá visto tal insolencia! Te ordenamos que te retires.

Sin embargo, Iesada respondió sin moverse:

–Aguardo aquí porque he oído que mi señor, el gobernador de Bizen, a cuyo servicio ha estado todo mi linaje, va a ser atacado esta noche. Quiero ser testigo de tal incidente; y a fe mía que por nada del mundo he de moverme de aquí.

Ante esta firme postura, los nobles tal vez pensaron que sería imposible llevar adelante su plan. Y esa noche no tuvo lugar ningún asalto.

Cuando a Tadamori, a petición del Emperador, le correspondió bailar en el banquete, los nobles, para burlarse de él, alteraron de esta forma la letra de la canción: «La botella de *sake* de Ise no es más que una vinagrera»[18]. Este clan de Heike, al que pertenecía Tadamori, pese a descender del emperador Kanmu, no había vivido casi nunca en la capital. Eran gentes que no gozaban de privilegios cortesanos y que llevaban mucho tiempo arraigados en la provincia de Ise. Por eso los cortesanos habían alterado la lectura del nombre de la botella de *sake* de Ise, producto típico de esa provincia, por el nombre de *heisi*. Al juego de palabras, al mencionar «vinagrera», se añadía el hecho de que Tadamori bizqueaba un poco. La burla estaba así conseguida.

Incapaz de aguantar la pulla, Tadamori se apartó silenciosamente antes de que concluyera el festejo. Se encaminó a la parte posterior de la salida, pero antes de abandonar la sala principal llamó a una de las sirvientas y, en presencia de todos los nobles, se despojó de la daga que llevaba a la cintura y se la entregó. Luego se marchó.

Iesada, que aguardaba a su señor, le preguntó:

–¿Qué os ha pasado, señor?

Tadamori quiso contarle la burla de que había sido objeto, pero, sabiendo que Iesada era hombre colérico y capaz de, si lo sabía, entrar en el Palacio Interior para tomar cumplida venganza dando muerte a los cortesanos, se limitó a responder:

–Todo ha ido bien.

18 Es un juego de palabras por el que esta frase también puede significar «hay un hombre de los Heike de Ise que es bizco». Se sabe que tanto el vinagre como el *sake* de Ise eran apreciados en la época.

El banquete de la Abundancia solía estar amenizado por bailes y canciones de ingeniosas letras como «Papel fino», «Papel púrpura grueso», «Papel de cuerda», «Pincel con dibujos de *tomoe*»[19]. Pues bien, había una vez un tal Suenaka, gobernador provincial, cuyo aspecto era tan moreno que lo llamaban «el gobernador negro». Siendo este hombre después jefe de la División de Archiveros, bailó en el banquete de la Abundancia. Entonces los nobles variaron la lectura de la letra de la canción y corearon: «¡Negra, negra, negra es su cabeza! ¿Quién con laca así lo pintó?»[20].

Por otro lado, el que sería después canciller, Tadamasa, que había quedado huérfano con diez años al fallecer su padre, Tadamune, consejero medio, había sido adoptado por Fujiwara Ienari, con cuya hija se había casado. De este Ienari, que por entonces gobernaba Harima, también se burlaron los cortesanos cantando: «Arroz de Harima, ¿es la cola de un caballo o bien la hoja del *muku* lo que te ha sacado tanto brillo»[21].

La gente, a la vista de estas burlas, murmuraba: «Antiguamente sucedían hechos semejantes y no tenían consecuencias. Pero en esta época decadente en que la gente se aparta del buen camino que nos enseña la Ley de Buda ¿qué puede ocurrir?».

Volviendo a nuestra historia, al acabar el banquete de la Abundancia, todos los cortesanos, como era de esperar, se acercaron al Emperador para quejarse. Y hablaron así:

–Siempre ha sido de ley en la Corte tener licencia imperial para asistir a un banquete oficial con armas, o para salir y entrar libremente con escolta. Todo eso en aras de la cortesía y el respeto a la tradición. Sin embargo, Tadamori ha apostado en el jardín a un guerrero armado con la excusa de que se trata de un criado de su casa; y se ha presentado al banquete con una daga en la cintura. Estos dos hechos re-

19 Son títulos de las canciones cantadas por los cortesanos en presencia del emperador. Los dibujos de *tomoe* representan dos comas, estando una de ellas invertida.

20 Es otro juego de palabras. Las dos lecturas que admite el carácter chino de *tō* pueden significar tanto «jefe» –Suenaka era jefe de la División de Archiveros– como «cabeza».

21 El arroz de Harima es famoso en Japón por la brillante blancura que presenta una vez cocido. *Muku* es un árbol de hojas ásperas antiguamente utilizado como papel de lija y abrillantador.

sultan ofensivos y son sendas muestras de desacato, por lo que no deben quedar impunes. Rogamos, por tanto, a Su Majestad que inmediatamente se despoje a Tadamori de su rango de noble y se le destituya de su cargo oficial.

El Emperador, sorprendido, mandó llamar a Tadamori y le pidió explicaciones. Bien oiréis lo que respondió:

–En primer lugar, ignoraba que mi fiel criado estuviera de guardia en el jardín. Pero, Majestad, había corrido el rumor de que yo iba a ser atacado y ese antiguo vasallo de mi familia sin duda lo oyó y secretamente ha debido de seguirme hasta aquí para salvarme de una afrenta. Su conducta yo no pude evitarla puesto que no la conocía. Sin embargo, si Su Majestad declara que tal prueba de lealtad es un delito, ¿debo entonces castigar a mi criado? En segundo lugar, con respecto a la daga, yo se la he entregado a la sirvienta de la Sala Principal. Ruego a Su Majestad que la mande llamar y, después de comprobar si se trata de una daga verdadera o no, podrá pronunciarse Su Majestad sobre mi culpabilidad o inocencia.

Tal habló Tadamori. El Emperador mandó llamar a la sirvienta y traer la daga. Cuando se dignó examinarla, comprobó que su funda estaba lacada de negro, pero que la hoja de la daga era de madera, aunque la recubría una lámina plateada. El Emperador dijo entonces:

–Tienes razón y has obrado bien. Para no ser atacado, has llevado una daga pero, sabiendo que después podrías ser denunciado por portar armas, la daga era de madera y has fingido llevar una verdadera. En verdad que tu actitud es admirable y tu proceder ejemplar. En cuanto a que tu criado te aguardara en el jardín, ¿acaso no es tal la actitud que se debe esperar de un samurái[22] como él? No me parece, por consiguiente, que Tadamori deba ser castigado.

De esa manera, en lugar de ser reprendido, fue alabado por su astucia.

[22] En el original, *saburai,* literalmente «el servidor». Lo traduciremos anacrónicamente como «samurái» por la familiaridad de este término para el lector, pero teniendo en cuenta que el «samurái» de nuestra obra era un criado o servidor generalmente armado, una de cuyas funciones más importantes, aunque no la única, era estar listo para el combate en cualquier momento y ocasión.

CAPÍTULO III

EL RÓBALO

Los hijos de Tadamori se convirtieron en capitanes de la Guardia Imperial, pues así nadie osaría discutir su pertenencia a la nobleza. Un día, cuando Tadamori llegó de su provincia de Bizen, el emperador Toba le preguntó:

—¿Qué aspecto presentan las playas de Akashi?

A lo que Tadamori respondió en verso:

La luna al alba
playas de Akashi enciende[23]
mientras al viento
las olas noche evocan
batiendo arenas blancas.

El Emperador quedó admirado. Este poema fue incluido en la antología del *Kinyōshū*[24].

Por aquellos años Tadamori amaba profundamente a una dama de la corte de la Casa Imperial empleada en el Palacio Interior, adonde él solía acudir para verla. En una ocasión, se olvidó en la alcoba de ella un abanico en cuyo borde estaba dibujada una luna. Las compañeras de la sirvienta se burlaban de ella y le decían:

—¿De dónde ha salido esa luna? ¡Vaya, vaya! ¡Qué preocupación, no saber de dónde ha venido...!

Pero ella les respondió recitando un poema:

[23] La palabra *akashi* significa también «luminoso».

[24] *Kinyōshū* o «Colección de las Hojas de Oro» fue la quinta antología poética realizada por orden imperial. Reúne setecientos dieciséis poemas y fue compilada entre 1124 y 1127 por Minatomo Toshiyori.

Sólo es luna
que entre nubes resbala[25]
y eso me obliga
a nada más deciros,
a nada más contaros.

Cuando, más tarde, Tadamori se enteró de este incidente, creció aún más su amor por ella. Esa mujer habría de ser la madre de Tadanori, gobernador de Satsuma. Y es que, como suele decirse, «a sus iguales, el hombre busca». Así, Tadamori, un hombre con gusto por la poesía, había hallado una mujer igualmente amante del verso.

Tadamori murió a los cincuenta y ocho años, el día quince del mes primero del tercer año de la era Ninpei (año 1153 a. C.), cuando había sido nombrado justicia mayor del Imperio. Le sucedió en el cargo su hijo Kiyomori.

Fue el séptimo mes del primer año de la era de Hōgen (año 1156) cuando tuvo lugar una rebelión instigada por Tomonaga, ministro de la Izquierda[26]. Kiyomori, a la sazón gobernador de Aki, tomó partido por el emperador Goshirakawa y contribuyó con sus fuerzas al aplastamiento de la rebelión. En recompensa por su lealtad le fue concedida la gobernación de Harima.

El tercer año de esa misma era (1158) tuvo lugar la insurrección de Dasai. Poco después, el décimo mes del primer año de la era de Heiji (1159), Kiyomori, de nuevo tomó partido por el Emperador y reprimió la sublevación de Nobuyori. «Su lealtad ha sido demostrada más de una vez y merece ser recompensado», pensó la autoridad imperial. Así, al año siguiente fue elevado a la nobleza del tercer rango. Esa promoción inauguró una carrera de ascensos, como justicia ma-

[25] Los dos primeros versos se leen en japonés como *tada-mori kitaru*, aludiéndose así al nombre de su amante.

[26] El gran ministro de la Izquierda *(Sadaijin)* tenía el privilegio de poder sentarse en los actos oficiales en el lugar más honroso, es decir, a la izquierda del Emperador. En la época del *Heike* el cargo de ministro de la Izquierda era sólo inferior al de primer ministro *(Dadōdaijin)* y superior al de gran ministro de la Derecha *(Udaijin)*. Los tres cargos, junto con el de gran ministro del Centro *(Naidaijin)*, administraban la Corte Imperial (véase en la Introducción el apartado «Usos y costumbres»). Sólo los cargos de regente *(sesshō)* y canciller *(kampaku)* estaban nominalmente por encima del cargo de primer ministro, aunque en el siglo XII eran en gran parte honoríficos.

yor, capitán general de la guardia, consejero medio, consejero mayor y ministro. Y no sólo eso. Sin haber ejercido los cargos de ministro de la Derecha ni de la Izquierda, accedió directamente del cargo de gran primer ministro. Además, fue elevado al grado subalterno de la nobleza de primer rango. Pese a no ser capitán general, se le permitió llevar escolta y poder acceder libremente al palacio con carruajes conducidos por sus hombres y sus animales. Disfrutaba, pues, de los mismos privilegios que los miembros de la augusta familia imperial.

La ley determina: «Un primer ministro ha de ser maestro de emperadores y ejemplo del mundo. Ha de gobernar un país, inculcar principios de buena conducta e infundir la armonía suprema del *ying* y el *yang*[27] en la naturaleza del mundo. Si no hay quien cumpla tales requisitos, el puesto ha de permanecer vacante». Por eso a este cargo de primer ministro se le conoce igualmente como «el cargo vacante». Cumpliera o no cumpliera Kiyomori estas condiciones, lo cierto es que en sus manos concentraba todo el poder y no osaba nadie poner objeciones a su gobierno.

Se dice que esta naciente prosperidad de la familia Heike fue el resultado de la bendición de las divinidades de Kumano[28]. Su origen se remonta a cuando Kiyomori, que todavía era gobernador de la provincia de Aki, se embarcó cierto día en el mar de Ise para ir en peregrinación a Kumano. Mientras navegaban, un gran róbalo salió del mar y cayó dentro de la embarcación. Uno de los peregrinos que iba con él exclamó:

—Esto es un prodigio de las deidades de Kumano. Hay que comerlo cuanto antes.

Kiyomori dijo estas palabras:

[27] En el taoísmo, es el par de energías polares cuya interacción produce la totalidad del universo. Aquí ha de interpretarse como que la gran virtud de un primer ministro puede influir en el cielo y en la tierra.

[28] Cuando se habla de deidades o divinidades o de santuarios hay que entenderlo dentro del contexto de la religión sintoísta, la religión primitiva de Japón. Sin embargo, el sincretismo de esta religión con el budismo ya se había realizado, especialmente entre las clases aristocráticas de la Corte, en la época de los sucesos de esta obra. Pueden servir como ejemplo las deidades sintoístas de Kumano, que eran aceptadas como reencarnaciones de Buda.

—Hace mucho, en una ocasión, un pez blanco saltó igualmente al barco en el que viajaba el rey Wu, de la dinastía Chou. Esto debe ser por tanto un buen augurio.

A pesar de que entonces, como peregrinos que eran, estaban sujetos a la ley del ayuno de carne y pescado, según mandan los Diez Preceptos del budismo, Kiyomori preparó ese pescado, y se lo comieron él, sus familiares y sus samuráis.

Aquel incidente fue efectivamente el presagio de una carrera de prosperidad que le llevó a ser primer ministro del Imperio. También medraron sus descendientes y consiguieron cargos políticos con la misma celeridad con que el dragón asciende a las nubes. ¡Digno, en verdad, es de celebrar que Kiyomori superase en el curso de una sola vida todos los logros que sus ancestros habían conseguido en las nueve generaciones precedentes!

CAPÍTULO IV

LOS CHICOS DEL PEINADO EN REDONDO

A los cincuenta y un años, Kiyomori enfermó gravemente. Para salvar su vida, tomó las órdenes sagradas del budismo el día once del mes undécimo del tercer año de Ninnan (año 1168), recibiendo el nombre budista de *Jōkai* o «Mar Purificado». Quién sabe si esa fue la causa de que Kiyomori pudiera superar su enfermedad, recuperándose y disfrutando de muchos años más de vida.

Como la hierba que se dobla ante el viento, así la gente le obedecía. Como la tierra tiene los ojos vueltos hacia la lluvia que la impregna, así el mundo tenía la mirada vuelta hacia él. Ni siquiera los miembros de la más alta nobleza, que podían haber esperado los cargos más altos, eran capaces de competir con los miembros de su clan. La situación llegó a tal punto que el consejero mayor, Tokitada, cuñado de Kiyomori, llegó a exclamar con soberbia:

—No es humano quien no pertenezca al clan de Heike.

Entonces todos trataban por cualquier medio de conseguir algún parentesco con la casa de Heike. Cualquier objeto que llevara el sello de Rokuhara, el palacio de los Heike, fuera el pliegue de un kimono o el estilo de un tocado, era imitado por todo el mundo.

En todos los sistemas políticos, bajo el reinado del más sabio de los emperadores o bajo la administración del más justo de los ministros, ha habido siempre quien, por sentirse excluido, se ha quejado en privado del orden social y ha censurado al gobierno. Pero en el período del poder de Kiyomori nadie se atrevía a murmurar contra el clan de los Heike.

Ello se debió a que Kiyomori había reclutado a trescientos chicos de entre catorce y dieciséis años para que espiaran para él. A todos les había cortado el pelo en redondo y, ataviados con un llamativo vestido rojo, les había ordenado recorrer las calles de la capital. Si alguno de ellos llegaba a escuchar algún comentario contrario a los Heike, rápidamente informaba a sus compañeros. Entonces acudían todos en tropel a la casa del autor del comentario, confiscaban sus pertenencias, detenían al culpable y se lo llevaban a Rokuhara.

Sabiendo esto, nadie osaba pronunciar ni una palabra crítica contra el gobierno, pese a ser testigos de la arbitrariedad de los Heike y padecer sus consecuencias. Se llegó a una situación tal que con tan sólo mencionar «cabeza redonda de Rokuhara», tanto caballos como carruajes desviaban su curso para no cruzarse en su camino. Ni tan siquiera en las puertas del Palacio Imperial se les preguntaba el nombre a estos chicos cuando entraban o salían. Y ante la conducta abusiva de los espías, las autoridades de la ciudad cerraban los ojos.

CAPÍTULO V

EN EL CENIT DE LA GLORIA

No sólo Kiyomori prosperó en gran medida. También todos sus familiares fueron partícipes de su prosperidad. Así, Shigemori, el pri-

mogénito, llegó a ser gran ministro del Centro y capitán general de la Izquierda[29]. Munemori, su segundo hijo, consejero medio y capitán general de la Derecha. Tomomori, su tercer hijo, capitán general de tercer rango. Koremori, su nieto e hijo de Shigemori, capitán menor de cuarto rango. En total, había dieciséis miembros de su clan de la alta nobleza, unos treinta de la nobleza media y más de sesenta entre gobernadores de provincia, gobernadores militares y altos funcionarios del gobierno central. Diríase, en efecto, que el destino del orbe no estaba en otras manos que no fueran las de los Heike.

Mucho tiempo ha, en el quinto año de Jinki (año 728), cuando estaba la Corte en Nara, bajo el reinado de Shōmu[30], sucedió por primera vez que un capitán general fuera admitido en la Corte Imperial. En el cuarto año de la era de Daidö (año 809), esta capitanía general fue calificada de «imperial»; desde entonces, solamente ha habido cuatro casos en que hermanos detentaran al mismo tiempo los cargos de capitán general de la Izquierda y de capitán general de la Derecha.

Bajo el reinado del emperador Montoku[31], Yoshifusa había sido gran ministro de la Derecha y capitán general de la Izquierda, mientras que Yoshisuke había sido consejero mayor y capitán general de la Derecha. Ambos eran hijos de Fuyutsugu, primer ministro y miembro del clan de los Fujiwara.

Bajo el reinado del emperador Suzaku[32], Sameyori Ononomiya había sido capitán general de la Izquierda, y Morosuke capitán general de la Derecha. Ambos eran hijos de Teijin.

Posteriormente, bajo el reinado del emperador Reizei[33], Norimochi había sido capitán general de la Izquierda, y Yosimune capitán general de la Derecha. Ambos eran hijos de Michinaga, canciller de Midou.

[29] La Guardia Imperial del Palacio Interior estaba dividida en la Guardia de la Izquierda, para proteger las puertas de la izquierda del Palacio Imperial, y la Guardia de la Derecha, para proteger las puertas de la derecha. El cargo más alto de cada uno de estos dos cuerpos era el de capitán general *(taishō)*, seguido del de general medio *(chujō)* y general menor *(shōshō)*, teniente *(shōgen)*, alférez *(shōsō)*, etc.
[30] El soberano 45 de la línea dinástica imperial (724-749).
[31] El soberano 55 de la dinastía imperial (850-858).
[32] El emperador 61 (930-946).
[33] El emperador 70 (1045-1068).

Bajo el reinado del emperador Nijō[34], Motofusa había sido capitán general de la Izquierda, y Kanezane capitán general de la Derecha. Ambos eran hijos de Tadamichi.

Todos aquellos nobles, sin embargo, pertenecieron a los grandes del Imperio, y no se dio ningún caso igual en otras familias. Mas he aquí que los descendientes de un hombre detestado por la nobleza ahora son autorizados a entrar y salir del Palacio Imperial con vestimenta informal, a ataviarse con colores prohibidos y brocados ostentosos, a ocupar cargos de primeros ministros, de capitanes generales, a que hermanos puedan detentar capitanías de Izquierda y Derecha... ¡Ay! Verdaderamente estos días nos anuncian el comienzo del fin del mundo...[35]

Además de varones, Kiyomori tenía también hijas. Ocho hijas cuyas vidas fueron dichosas. Una de ellas estaba destinada a ser la esposa principal de Shigenori, consejero medio de Sakuramachi, con el que había sido desposada a la edad de ocho años. Pero tras la insurrección de Heiji[36], el desposorio fue anulado y se convirtió en la esposa principal del entonces primer ministro de la Izquierda de Kasain, al que dio numerosos hijos.

Por cierto que la razón de que a ese Shigenori lo llamaran «consejero medio de Sakuramachi» se debía a su exquisito gusto y amor por la belleza. Especialmente amaba la flor del cerezo del monte Yoshino. Se contaba que había plantado cerezos en su finca y levantado entremedias una casita en la que vivir. La gente, al ver las flores del cerezo cada primavera, llamaba a ese lugar *sakura-machi*, es decir, «ciudad de los cerezos». La flor del cerezo sólo dura siete días y Shigenori, apesa-

34 El emperador 78 (1158-1165).

35 Esta visión del fin del mundo, que con frecuencia airea el *Heike*, se inscribe dentro del concepto budista de *mappō* o «Ley del Último Día». De acuerdo con la doctrina de su tiempo, la Ley o religión del budismo pasa por tres etapas: la Ley Correcta, la Ley Imitativa y la Ley del Último Día. Cuando se compone esta obra, la creencia popular es que acababa de empezar la tercera etapa, iniciada hacia el año 1052. Por eso, tanto los turbulentos sucesos narrados en la obra y ocurridos en las dos últimas décadas del siglo XII como la serie de desastres naturales que sobrevienen por los mismos años, eran aceptados como pruebas de estar en dicha etapa, una etapa que habría de durar diez mil años. Véase en la Introducción el apartado «Religión e ideas».

36 A causa de que Shigenori resultó ser uno de los principales instigadores de la insurrección.

dumbrado por su brevedad, imploró a la Diosa del Sol que prolongara la floración. En recompensa por la sabiduría de este hombre, conocida hasta por las flores –que también tienen corazón–, la divinidad mostró su beneficencia y la floración se prolongó veintiún días.

Otra de las hijas de Kiyomori llegó a ser emperatriz consorte por su matrimonio con el emperador Takakura[37] y tuvo un hijo que fue príncipe heredero y posteriormente emperador. Por ello, recibió el título de Kenreimon. Como hija de Kiyomori y a la vez madre de un emperador, ¿qué mayor dicha podía esperar?

Otra hija fue la consorte del regente Rokujō y, en calidad de diputada de la emperatriz durante la soberanía del emperador Takakura, obtuvo un mandamiento imperial equivalente al detentado por tres emperatrices. Fue llamada «la dama de Shirakawa» y ejerció una gran influencia.

Otra hija fue consorte de Motomichi de Fugenji; otra, de Takafusa, consejero mayor de Reizei; otra, de Nobuaka, maestro del Gabinete de la Casa Imperial[38].

Una de las concubinas de Kiyomori, que había sido sacerdotisa en el santuario de Itsukushima, provincia de Aki, dio a luz una niña que más tarde sería admitida al servicio del emperador Goshirakawa, en cuya corte disfrutó de un rango equivalente al de esposa consorte.

Otra de las concubinas de Kiyomori, una mujer con el nombre de Tokiwa que estuvo al servicio de la emperatriz Kujō, daría a luz también una niña que más tarde sería admitida al servicio de Kanemasa, ministro de la Izquierda, a cuyo lado obtuvo el título de dama de la nobleza de segundo rango.

En esos años Japón o, como era llamado, *Akitsu-shima* o «Islas de la Abundancia Otoñal», estaba formado por sesenta y seis provincias, de las cuales más o menos la mitad, unas treinta, estaban gobernadas por los Heike. Eran éstos además dueños y señores de numerosas fincas, heredades y tierras de cultivo. En la capital, sus palacios asemejaban árboles floridos, tal era su esplendor. ¡Y qué gallardía tenían sus

[37] El emperador 80 (1168-1180), en cuyo reinado el poder de los Heike alcanzó su cenit.

[38] En el original, *Shurikyūjoshi*, uno de los gabinetes de mayor relieve en el Palacio Imperial. A su frente estaba el *kami* (jefe o maestro), como este Nobuaka.

moradores y qué maravilloso colorido el de sus atavíos! A las puertas de esas mansiones se aglomeraban caballerías y carruajes cual si se tratase de un concurrido mercado. Nada se echaba de menos en sus moradas. Allí iban a parar todos los tesoros del mundo. Allí encontraban su destino el oro de Yoshu, las perlas de Keishu, los damascos de Gokin, los brocados de Shokku. ¿Y en sus salones? ¡Ah, en ellos, creedme, se escuchaban cantos, se celebraban bailes, se componían poemas, había solaz y diversiones! A buena fe que ni en el mismo Palacio Imperial del emperador reinante ni en el Palacio de Clausura del emperador retirado brillaba a tanta altura el cenit de la gloria como en los palacios de los Heike.

CAPÍTULO VI

LA HISTORIA DE LA DAMA GIŌ

Entonces, Kiyomori, primer ministro del Imperio y *nyūdō*[39] de las órdenes budistas, ejercía la autoridad a su antojo con el poder en la palma de su mano, y con su corazón cerrado a las censuras de la sociedad y ajeno al desdén del pueblo.

Por aquellos días vivían dos hermanas llamadas Giō y Ginyo, hijas de Toji, una bailarina de *shirabioshi*[40]. Las dos eran excelentes artistas de este género del *shirabioshi* y famosas en la capital. Kiyomori amaba a la hermana mayor, Giō; tal vez por esto la menor, Ginyo, era la favorita de la gente. El primer ministro había mandado construir una gran casa para la madre, Toji, a quien enviaba todos los meses cien *koku*[41]

39 Véase más arriba la nota 11, o el Glosario.
40 *Shirabioshi* significa «ritmo blanco para cantar y bailar» y su origen lo explica el mismo autor en el tercer párrafo de este mismo capítulo.
41 Un *koku* es una medida de áridos equivalente a 126 l, es decir, 100 *koku* = 12,610 l.

de arroz y cien *kan*[42] de cobre. De este modo prosperaba esta familia que no conocía más que la felicidad.

A propósito de este arte del *shirabioshi*, hay que recordar que su origen data de los tiempos del emperador Toba[43] gracias a dos artistas llamadas Shimano Senzai y Waka-no-mae, que fueron las precursoras de este arte. Al principio, esta danza recibía el nombre de «danza del hombre» porque las ejecutantes bailaban vestidas con trajes masculinos de seda blanca propios de la nobleza, con un gorro lacado de copa alta y con una daga enfundada en una vaina plateada. Más tarde, empezaron a bailar sólo con el traje blanco, sin el gorro ni la daga, por lo que este arte pasó a ser conocido por el pueblo como *shirabioshi* o «ritmo blanco».

Al conocer la suerte de Giō, todas las bailarinas de *shirabioshi* de la capital sentían o envidia o celos. Las envidiosas decían: «¡Qué maravillosa fortuna ha caído sobre Giō! Nosotras tenemos la misma profesión que ella, y ¡cómo nos gustaría estar en su lugar! Sin duda que todo se debe a que su nombre lleva la letra china de *gi*[44]. Nosotras vamos a llevarlo también». Y se ponían nombres como *Gi-ichi*, *Gi-ni*, *Gi-fuku* o *Gi-toku*[45].

Por su parte, las celosas decían: «Pues a nosotras no nos parece que su suerte tenga que ver con la letra de su nombre. Su fortuna no es sino la recompensa por su virtud en una existencia anterior».

Así pasaron tres años, hasta que apareció en la capital otra famosa artista de *shirabioshi*. Se llamaba Hotoke o «Señora Buda» y era de la provincia de Kaga. Contaba dieciséis años y todo el mundo, plebeyos y nobles, la admiraba. Decían: «Ha habido siempre muchas artistas de *shirabioshi*, pero nunca habíamos visto una tan maravillosa como ésta».

42 Un *kan* son 3,75 Kg, siendo por tanto 100 *kan* = 375 Kg.

43 El emperador Toba, el número setenta y cuatro de su dinastía, reinó de 1107 a 1123.

44 *Gi-ō* está formado por dos caracteres chinos que pueden significar «muchacha de arte». Otros textos presentan un carácter que significa «dios». Pero, teniendo en cuenta que la «dama Giō» es actualmente venerada por las geishas de las artes como su fundadora, el carácter de *gi* se lee aquí como «arte».

45 Es decir, con los significados, respectivamente, de «Arte Primero», «Arte Segundo», «Fortuna de Arte» y «Virtud de Arte».

En medio de estos elogios, Hotoke pensaba: «Todo el mundo admira mi arte, pero el hombre más poderoso del Imperio, el primer ministro de los Heike, todavía no se ha dignado recibirme. ¿Qué me detiene para ir a verlo, si las de mi profesión tenemos la costumbre de presentarnos ante el público y ofrecer nuestros servicios de entretenimiento? Iré a verlo».

Y, dicho y hecho, se presentó en el palacio de Kiyomori, en Nishi Hachijō.

–Excelencia, una bailarina famosa llamada Hotoke ha venido a veros.

–¿Qué dices? Mujeres de profesiones así sólo deben venir cuando se las llama. ¡Habrase visto semejante atrevimiento! –y Kiyomori añadió–: Además, en un lugar donde hay una Giō, ya venga una «Señora Buda»[46] o cualquier otra divinidad, no le está permitido presentarse. ¡Echadla fuera!

Tras el rechazo, y cuando ya Hotoke se disponía a marcharse, Giō le dijo a Kiyomori:

–Es normal, Excelencia, entre los artistas presentarse sin ser llamados. Además, es una muchacha joven y la idea de presentarse en palacio le habrá venido de repente. Sería una lástima despedirla así, sin contemplaciones. Me entristece ver –continuó Giō– cómo se la trata, pues tenemos la misma profesión y ese mismo arte fue el que me trajo a la compañía de Su Excelencia. ¡Qué generoso sería por su parte, Excelencia, permitirle, al menos, presentarse y después, que se retire, aunque no veamos cómo baila ni escuchemos cómo canta! Se lo ruego, sea compasiva Su Excelencia: hágala volver y recíbala.

–Bien, si tanto insistes –suspiró Kiyomori– la recibiré. Pero se irá enseguida.

Y ordenó a sus criados que la hicieran volver. Hotoke, que estaba a punto de subir al carruaje que la había traído después de verse rechazada tan duramente, regresó al palacio del primer ministro.

Éste le dijo:

[46] La palabra *Hotoke* también tiene el significado de «Señora Buda».

—Hoy no tenía intención de recibirte, pero Giō ha insistido tanto, que he querido complacerla. Bueno, ya que te he recibido, tendré que escuchar tu voz. Vamos, cántame un *imayō*[47].

—Como Su Excelencia ordene —dijo Hatoke. Y cantó así:

¡Cómo me alegra la dicha de este primer encuentro con Su Excelencia,
joven pino de Hime que tiene por delante un milenio de vida,
y poder nadar en su presencia, isla con forma de tortuga, jardín ameno
que a las grullas a reunirse y a jugar eternamente convida!

Esta canción fue repetida tres veces por Hotoke con una voz tan hermosa, que cuantos allí estaban quedaron al punto cautivados. También Kiyomori fue víctima del hechizo; y dijo:

—Bien has cantado el *imayō* y, sin duda, bien debes bailar. Comprobémoslo. ¡Venga! ¡Llamad a un tamborilero!

Hotoke bailó. Era una joven de gran belleza, con una hermosa cabellera y una voz muy dulce, y el encanto de sus movimientos sobrepasó lo imaginable, por lo que se ganó por completo a todos los presentes. Al punto Kiyomori quedó entusiasmado con Hotoke y le ordenó que se quedara. Pero la joven bailarina reaccionó así:

—¿Cómo puede ser esto, Excelencia? Yo me he presentado aquí sin ser llamada y fui despedida. Luego, gracias a la intercesión de Giō, Su Excelencia se dignó recibirme. Siento vergüenza al pensar cómo podría sentirse Giō si me quedara. Ruego a Su Excelencia que me deje marchar.

—Eso es absolutamente inaceptable. Si lo que te hace vacilar es la presencia de Giō, ordenaré que sea Giō la que se vaya.

—¡Ay no, Excelencia! ¿Cómo va a ocurrir eso? Claro que me sentiría muy incómoda si estuviéramos las dos en el mismo lugar. Pero si la echara a ella y yo me quedara, sufriré mucha vergüenza. Se lo ruego, Excelencia, déjeme marchar. Volveré tan pronto como me lo pida, si se digna acordarse de mí en el futuro. Pero hoy, se lo suplico, deme permiso para retirarme.

—¡Nunca tendrás ese permiso! ¡Que se marche Giō ahora mismo!

47 Una canción actual en cuartetos dodecasílabos.

Así lo ordenó el primer ministro, y tres veces envió mensajeros a Giō para que desalojara sus aposentos en el palacio.

Aunque Giō estaba resignaba desde un principio a que algo así iba a ocurrirle algún día, jamás hubiera creído que tendría lugar tan de improviso. Pero ante el apremio de Kiyomori para que partiera de inmediato, Giō se dispuso a abandonar el palacio después de limpiar, barrer y ordenar sus cosas.

La separación entre dos seres es dolorosa, incluso la que sucede a un fugaz encuentro entre dos personas que se han conocido en un viaje y han compartido la sombra de un mismo árbol o han bebido el agua del mismo río. Pero más penosa resultó para la pobre Giō, que se vio obligada a abandonar el lugar donde había vivido durante tres años. Su pecho se traspasó de dolor. Todo su cuerpo fue invadido por la tristeza y le brotaban lágrimas sin cesar. A punto de irse, sobre el papel de la puerta de su aposento dejó escrito con gran pena un poema de partida:

¡Hierbas del llano
que brotan y decaen!
Un mismo sino
comparto con vosotras:
el otoño esperar[48].

Después montó en el carruaje y fue conducida a casa de su madre. Cuando entró, se desplomó en el suelo y rompió a llorar.

—¿Qué te ha ocurrido? —le preguntaban su madre y su hermana.

Pero Giō nada les contestaba. Sólo la acompañante les pudo informar de lo sucedido. ¡Se acabaron los cien sacos de arroz y las cien monedas que tan puntualmente les llegaban todos los meses! La familia de Hotoke era ahora la que disfrutaría de estos beneficios.

Hombres de toda clase y condición murmuraban y decían: «Al parecer el primer ministro ha echado de su casa a Giō. Vamos a verla y que nos entretenga a nosotros con su arte». Y le enviaban recados.

[48] Esta forma estrófica, llamada *tanka* o «poesía corta», consta de cinco versos de 5/7/5/7/7 sílabas y es la variedad de *waka* o poesía en japonés más extendida desde principios del siglo x en la Corte Imperial.

Pero Giō no tenía ánimo para ver a ningún hombre ni entretener a nadie. Rechazaba todas las cartas y ni siquiera recibía a quienes las portaban. Su popularidad no hacía sino aumentar su tristeza y hundirla más y más en el océano del dolor.

Así pasó un año. En la primavera siguiente, llegó un enviado del primer ministro a casa de Giō con este mensaje: «Ha pasado mucho tiempo. ¿Cómo te encuentras? Parece que Hotoke siente una gran melancolía. Ven, por lo tanto, a cantarle o bailarle para animarla».

Pero Giō, sorprendida, no respondió al mensaje.

El primer ministro dijo:

—¿Cómo es que no responde Giō? ¿Acaso no quiere venir? Si no desea venir, que lo diga claramente. ¡También yo tengo un plan!

La madre de Giō, Toji, se lamentó cuando se enteró de las palabras de Kiyomori y no sabía qué hacer. Llorando le decía a su hija:

—Hija mía, al menos debes contestarle. Mejor eso que recibir castigo.

—Si quisiera acudir a su presencia, me hubiera presentado enseguida. Pero como no pienso hacerlo, no sé qué contestarle. Si dice que tiene un plan que pondrá en práctica si no atiendo su llamada, será que querrá desterrarme o matarme. No puede ser otra cosa. Pero no merece llanto que me destierre de la capital. En cuanto a que me mate, tampoco me importa. —Y añadió Giō—: No tengo ganas de verlo después de cómo me ha tratado.

De esa forma se negó a responder a Kiyomori. Pero su madre le aconsejaba diciendo:

—Si vivimos en este país, no podemos desoír el llamamiento de un primer ministro por nada del mundo. La relación entre un hombre y una mujer, hija mía, está predeterminada desde antes, y no te creas que la vuestra es la primera relación entre un hombre y una mujer que llega a su fin. Ha habido parejas que se separaron por una tontería después de jurarse un amor de miles de años. Y, por el contrario, ha habido otras que aunque sólo estuvieron juntas unas horas, podrían haber vivido en unión toda una vida. La relación en una pareja es algo imprevisible, hija mía. Has sido el objeto del amor de Kiyomori durante tres años... ¿No ha sido ésa poca fortuna? No es que yo crea que te vaya a matar por no presentarte ante él. No es eso. Pero desterrarnos, sí. Si nos destierra de la capital, vosotras dos sois lo bastante jóvenes

para aguantar incluso en los lugares más inhóspitos; pero yo, hija mía, que ya soy mayor ¿dónde voy a ir con este cuerpo tan débil? Sólo de pensar que tendré que irme de la ciudad y vivir en un lugar extraño, me consume una gran tristeza. Déjame vivir los últimos años de mi vida aquí, en la ciudad. Es tu deber filial y el que te corresponde hacer estés en este mundo, como ahora, o en el otro.

Aunque era muy duro para Giō, no podía desobedecer a su madre. Así, con el corazón lleno de angustia, decidió presentarse ante Kiyomori. El dolor le quebraba el corazón. Con la compañía de su hermana Ginyo y de otras dos artistas de *shirabioshi*, montaron en un carruaje y se dirigieron a la mansión de Hachijō.

Cuando llegaron, no le permitieron a Giō sentarse en su antiguo lugar, sino en un estrado inferior. Y suspirando dijo:

—¿Qué significa esto? Yo no tuve la culpa de lo sucedido. Fue Kiyomori el que me dejó y ahora me da un estrado bajo. ¿Podré aguantar tanto desprecio?

Le entró tanta tristeza que se cubrió el rostro con la manga del kimono para que nadie la viera llorar. Pero Hotoke, que se dio cuenta, se sintió también apenada y le dijo a Kiyomori:

—¿Cómo puede ocurrir una cosa así? El estrado que ocupo ahora pertenecía antes a Giō. Por favor, Excelencia, ordenad que suba y se siente aquí arriba. Y si no, permitid que vaya yo y me siente a su lado.

—Cada una seguirá en su sitio —ordenó Kiyomori con una voz a la que Hotoke no osó replicar. Y volviéndose a Giō, el primer ministro, sin ninguna compasión, añadió:

—Bien, Giō, ¿qué ha sido de ti todo este tiempo? Hotoke parece no haberse adaptado completamente, así que, vamos, cántale un *imayō*.

Aguantando las lágrimas, Giō cantó así:

Como es cierto que todos acabaremos siendo budas
igual de verdad es que Buda en un tiempo fue humano.
Y pues si por naturaleza todos somos hijos de Buda
¡qué triste destino es que dos seres se vean separados!

Dos veces repitió Giō esta canción, y todos los presentes, desde la alta nobleza a la media y la baja, pasando por los nobles de cuarto y

quinto rango hasta los samuráis del clan de Heike, lloraron de emoción. A Kiyomori, en cambio, sólo le pareció interesante:

–Ha sido una canción excelente para esta ocasión. Me hubiera gustado que me bailaras también, pero hoy tengo un compromiso. A partir de ahora y sin que yo tenga que mandarte venir, has de presentarte aquí para cantar o bailar a fin de entretener a Hotoke.

Sin saber qué responder, Giō se marchó reprimiendo el llanto.

Cuando llegó a su casa, habló así:

–Por no incurrir en desobediencia a mi madre, acepté la dura petición del primer ministro y fui a su casa. Ahora siento dolor, pues he sufrido una nueva humillación. Si continúo viviendo de esta manera, no habrá más que sufrimiento en mi vida. Sólo deseo huir, desaparecer de esta vida.

Su hermana, Ginyo, quiso unir su destino al de su hermana y dijo:

–Si lo haces, también yo desapareceré contigo.

La madre de las dos artistas, Toji, se sintió muy aturdida y apenada al oír hablar así a sus hijas. Y, con lágrimas en los ojos, les dijo:

–Es normal que os sintáis tan desgraciadas. Yo me siento también angustiada por haberte hecho volver a su casa, sin pensar en lo que podría ocurrirte, hija mía. Pero si tú te quitas la vida, tu hermana dice que te seguirá. Para una madre vieja y débil como yo, poco sentido tiene seguir con vida si pierde a sus dos hijas. También yo me la quitaré entonces. Por otro lado, hijas mías, obligar a una madre a morir cuando todavía no le ha llegado su hora es una de las Cinco Faltas Capitales[49]. Esta vida no es sino un refugio pasajero, y nada importa padecer o no padecer humillaciones. Más duro es andar de acá para allá entre las tinieblas del infierno sin poder ir al paraíso. Sufro al saber que has caído en el camino del mal por haber cometido esas Cinco Faltas Capitales no sólo en esta vida, sino también en la otra. Y eso, hija, me hace llorar sin consuelo.

Contentiendo las lágrimas, su hija Giō le contestó:

49 Las Cinco Faltas Capitales (jap. *gō-gyaku*) en el budismo son el parricidio, el matricidio, el asesinato de un santo, el daño al cuerpo de un Buda y ocasionar desunión en la comunidad de los bonzos (véase *Dictionary of Buddhism*, Tokio, Soka Gakkai, 2002, pág. 181).

—Tienes razón, madre. Yo sería culpable de una de las Cinco Faltas Capitales. Por eso, no voy a quitarme la vida. Pero, por otro lado, seguir viviendo en la capital significa sufrir más y más. Lo que haré, entonces, será irme del mundo.

De esa forma, Giō, a sus veintiún años, resolvió tonsurarse y hacerse monja budista. Se retiró a una pequeña ermita en las montañas de Saga y emprendió una vida de renuncia y de meditación.

Su hermana Ginyo dijo:

—Si mi hermana se hubiera quitado la vida, yo la hubiera seguido. Ahora que ha renunciado al mundo, ¿cómo no voy a seguir su ejemplo?

Así, con sólo diecinueve años, Ginyo se rasuró la cabeza igual que su hermana y la acompañó en la ermita a fin de implorar la salvación en el otro mundo.

La madre, cuando vio esto, dijo:

—¿Cómo una madre vieja y débil con canas en el pelo podrá seguir así cuando sus hijas se hacen monjas en esta vida?

Y a sus cuarenta y cinco años entró en el camino de la meditación y, para salvar su vida, se cortó los cabellos y se hizo igualmente monja.

Pasó la primavera y también el esplendor del verano. Y con el primer viento del otoño llegaron los días de la fiesta de Tanabata, cuando al contemplar el cielo estrellado las dos estrellas de Kengiu y Shokuyo se acercan tanto en la Vía Láctea que acaban tocándose[50]. Son los días en que los enamorados escriben en papel sus pensamientos de amor.

Las tres monjas contemplaban el sol poniente que se escondía en las montañas del oeste y pensaban: «Por donde se pone el sol tiene su morada el Paraíso de Occidente[51]. Algún día nosotras naceremos en ese lugar y viviremos felices y sin miedo». Pero, a pesar de tales pensamientos, recordaban los días pasados con tal amargura y dolor que lloraban sin consuelo. Una noche, después de haber cerrado la puerta

50 Esta celebración de Tanabata, de origen chino, actualmente tiene lugar el día siete de julio (el siete de agosto en algunas regiones), siendo una de las cinco fiestas tradicionales de Japón. Según la leyenda, las estrellas Vega y Altair, que se decía que eran amantes, podían reunirse solamente una vez al año, en la séptima noche del séptimo mes lunar.

51 La Tierra Pura de Amida Buda (en sánscrito, *Amitāba*) está localizada en Occidente.

de bambú de su choza, encendieron una débil lámpara para rezar juntas, entonces oyeron un ruido en la puerta. Sobresaltadas, exclamaron:

–Tiene que ser un demonio que ha venido a interrumpir nuestras oraciones. Si durante el día nadie se acerca a nuestra humilde ermita perdida en las montañas, ¿quién podrá venir de noche? La puerta de bambú es frágil y cualquiera puede romperla y entrar. Será mejor, por tanto, que la abramos y dejemos que entre quienquiera que sea. Si, a pesar de abrir, no tiene compasión y nos mata, confiaremos firmemente en la misericordia de Amida, en el cual hemos depositado toda nuestra fe. Pongámonos a rezar ahora mismo[52]. Él, que es el mensajero de Buda que escucha siempre nuestra plegaria, ¿cómo no nos va a guiar al paraíso? Entreguémonos con todo el corazón y confiando ciegamente en nuestra plegaria.

Fortalecidas con estos pensamientos, abrieron la puerta. No era ningún demonio. Era Hotoke.

–Pero ¿qué es esto? –dijo Giō–. Es Hotoke. ¿Estoy soñando o estoy despierta?

Hotoke, reprimiendo las lágrimas que de sus ojos querían brotar, dijo:

–Aunque es demasiado tarde para dar explicaciones, si no las diera y me quedara callada, parecería desconsiderada. Por lo tanto, voy a explicar todo desde el principio. Sin que nadie me llamara, me presenté un día en casa de Kiyomori, como sabéis. Cuando me habían echado ya fuera, me invitaron a entrar gracias a la intercesión de Giō. ¡Ah, las mujeres, por nuestra fragilidad, no podemos controlar nuestro destino! Por eso, cuando Kiyomori me obligó a quedarme en su casa en contra de mi voluntad, sentí una gran angustia. Luego, cuando tú, Giō, viniste y nos cantaste aquella canción, yo me sentí profundamente apenada. Era infeliz sabiendo que tarde o temprano también a mí habría de ocurrirme lo mismo. Una seguridad de la que no tuve dudas cuando leí aquel poema tuyo que acababa con las palabras de: *Un mismo sino comparto con vosotras: el otoño esperar.*

¡Qué cierto era! Desde entonces, ignoraba vuestro paradero, aunque me dijeron que os habíais hecho monjas y habíais entrado en el

[52] La repetición constante de «Amida Buda» favorece la gracia del creyente budista y asegura su entrada en el paraíso.

camino de la meditación. Sentí envidia y pedí a Kiyomori que me dejara marchar. No me lo permitió. Pensándolo bien, ¿qué significado tiene disfrutar de la prosperidad? La fortuna de esta vida es un sueño. ¡Sí! Un sueño soñado dentro de otro sueño. El placer y las riquezas ¿de qué sirven entonces? Si difícil es renacer en forma humana, más difícil todavía es saber despertar y seguir las enseñanzas de Buda. Una vez que se cae en el infierno, aunque se haya renacido muchas veces, muy difícil será entrar en el paraíso. No hay que confiar en la juventud. En esta vida no hay normas de cuándo se ha de morir ni para mayores ni para jóvenes. La muerte jamás espera, ni a nadie concede respiro. La vida es tan corta como la de una efímera[53], y tan fugaz como un relámpago. Por disfrutar unos instantes, he sufrido mucho. ¿Qué me importa ahora el mundo con todas sus pompas? ¿Qué me importa la muerte? Con todos estos pensamientos, me he escapado del palacio del primer ministro y de esta guisa he llegado hasta aquí...

Y quitándose el velo que cubría su cabeza, vieron que tenía la cabeza rapada: se había hecho también monja budista.

—Ahora que me presento ante ti, Giō, como una hermana de religión, te pido que me perdones por todo lo que te he ofendido. Si me perdonas, me sumergiré en la meditación con todas vosotras para aspirar a renacer sobre la hoja de la flor de loto. Si me rechazas, iré vagando por ahí y tendré un lecho de musgo por cama y por almohada las raíces de un pino, y me entregaré a la meditación hasta el final de mis días y a implorar la salvación para poder renacer en el paraíso.

Así suplicaba Hotoke con lágrimas en los ojos. Giō, reprimiendo el llanto, le dijo:

—Ni siquiera en sueños podía haber imaginado cómo te sentías. A pesar de que debería estar resignada a todas las desgracias que habían caído sobre mí en este mundo duro y amargo, sentía rencor hacia ti, Hotoke. Por este rencor creía que jamás podría renacer en el paraíso. Sentía que igual que habías destruido mi carrera terrenal, también ibas a destruir mi aspiración a la salvación. Pero ahora que te veo arrepentida, mi resentimiento ha desaparecido por completo. Ahora no tengo dudas de que podré renacer y me siento feliz de que mis deseos de estos días puedan cumplirse. Cuando nosotras tres decidimos en-

53 Insecto de cuyo nombre proviene el conocido adjetivo.

trar en religión, la gente decía que no conocía un caso semejante. Yo misma lo creía así, aunque siempre había un motivo para hacerme religiosa. Pero comparada con tu decisión de entrar en religión, la mía es insignificante. Tú no tienes odio ni tristeza. Y que a tus diecisiete años desprecies el mundo y desde el fondo de tu corazón desees con tanta firmeza renacer en el paraíso, indica que posees una verdadera vocación religiosa. Tú serás la persona que nos guíe a nosotras en el deseado camino de Buda. Caminemos juntas en pos de la salvación.

Las cuatro mujeres se encerraron en la ermita. Día y noche ofrecían flores e inciensos a la imagen de Buda y constantemente rezaban para pedir la salvación.

Cuentan que, cada una a su hora, pero todas al fin y al cabo, consiguieron renacer en el paraíso. Por eso, en el registro conmemorativo del templo Chogo, mandado construir por el emperador Goshirakawa[54], aparece la siguiente inscripción: «El espíritu de Giō, de Ginyo, de Hotoke y de Toji».

Sí, realmente, es ésta de la dama Giō una historia triste teñida de *aware*[55].

CAPÍTULO VII

DOS VECES EMPERATRIZ

Desde tiempos remotos, los clanes de Genji, también llamado Minamoto, y de Heike, también llamado Taira, habían estado al servi-

[54] El emperador Goshirakawa (1127-1192), el soberano número 77 en la dinastía imperial, y uno de los principales personajes de la obra, durante muchos años ejercería el poder como emperador retirado o monje.

[55] *Aware* es un término japonés que ilustra bien los valores estéticos de la época Heian, en la cual se desarrolla la mayor parte del *Heike*. Puede traducirse como «conciencia de la belleza transitoria» o «emoción ante la fugacidad de la belleza». Más información sobre este valor se puede hallar en la Introducción (en el apartado «Motivos y valores») y en F. Lanzaco, *Los valores estéticos en la cultura clásica japonesa*, Madrid, Verbum, 2003, págs. 58-63.

cio de la augusta familia imperial. Sus tareas consistían en castigar a cuantos amenazaran la autoridad imperial. Por el celo y eficacia que pusieron en cumplirlas, en ninguna parte del país surgían desórdenes públicos. Pero cuando Tameyoshi, de los Genji, fue decapitado por los Heike en la Insurrección de Hōgen (año 1156), y Yoshitomo, de Genji, fue asesinado en la Insurrección de Heiji (1159), algunos de los Genji fueron desterrados o ejecutados[56]. Entonces, el favor imperial por los Heike se hizo incuestionable y su prosperidad creció. Parecía que nada iba a perturbar esa bonanza. Pero tras la muerte del emperador Toba y a raíz de las insurrecciones de Hōgen y Heiji, tuvieron lugar numerosas ejecuciones, destierros, destituciones o anulaciones de cargos oficiales. La consecuencia fue un período de inestabilidad en todo el país y de intranquilidad en el pueblo. Especialmente, a partir de las eras Eiryaku y Oohō, el emperador reinante Nijō emprendió una represión contra los seguidores del emperador retirado o monje Goshirakawa[57]. Éste, por su parte, hacía lo propio contra los seguidores más cercanos de Nijō. Esto provocaba que tanto nobles como plebeyos vivieran en un estado de incertidumbre y desasosiego. Era como si estuvieran pisando sobre una delgada capa de hielo debajo de la cual hubiera una profunda sima.

Entre el Emperador reinante y el retirado tendría que existir una relación de hijo y padre, en la que se evitara cualquier enfrentamiento. La realidad, sin embargo, es que constantemente surgían conflictos. Todo parecía indicar que el mundo había escogido la senda de la corrupción y la virtud había sido vencida por el vicio. El Emperador reinante se oponía siempre a la voluntad de su padre, el Emperador-monje, como lo ilustra el episodio siguiente que tanto dio que hablar al pueblo.

56 Véase el apartado « Antecedentes históricos» en la Introducción.

57 Aunque Goshirakawa abdicó en favor de su hijo Nijō en 1158, fue en 1169 cuando se tonsuró y tomó los hábitos budistas, como se menciona en el cap. XI de este Libro. De ahí el nombre con el que aparecerá en el *Heike* de «Emperador-monje», que refleja más exactamente que «Emperador retirado» las funciones que pasará a ocupar pues, lejos de retirarse, seguía controlando los destinos de la Casa Imperial. Eso le permitió librarse de las complicadas cargas ceremoniales y dedicarse más libremente a regir la política cortesana.

Por aquellos días la antigua Emperatriz[58], esposa del difunto emperador Konoe e hija de Kinoyoshi, ministro de la Derecha, vivía apartada del Palacio Imperial en su mansión de Konoe Kawabara. Llevaba una vida discreta, sin llamar la atención, pero en la era Eiryaku, a sus veintidós o veintitrés años, aunque el esplendor de su belleza ya había pasado, tenía fama de ser la mujer más bella del Imperio. El Emperador reinante, cuya debilidad por las mujeres era notoria, le envió un mensajero con una carta de amor.

Como ella no parecía responder, el Emperador hizo pública su pasión y ordenó al ministro de la Derecha que la trajera al palacio para convertirla en su esposa. Este suceso resultó tan insólito que mereció la convocatoria del Gran Consejo Imperial.

—Si buscamos antecedentes, vemos que en las dinastías de la antigua China la emperatriz Wu Jou[59] fue primero la esposa de Tai Tsung, de la dinastía Tang, y a la vez madrastra de Kao Tsung, con quien se casó una vez muerto Tai Tsung, por lo que se convirtió en esposa del nuevo Emperador. Es un precedente extranjero y, como tal, especial y excepcional. En nuestro país, en cambio, después del emperador Jimmu y en los setenta emperadores de la dinastía imperial, no ha habido un solo caso de una mujer que fuera dos veces emperatriz.

Así se pronunciaron los nobles. También el emperador retirado Goshirakawa le advirtió a su hijo que lo que pretendía hacer no era correcto, pues no estaba sancionado por la tradición. Pero el emperador Nijō decía:

—El Emperador no reconoce padres en este mundo. Por la gracia divina y por haber podido seguir los Diez Santos Preceptos de la vida anterior[60], yo soy ahora el Emperador. ¿Acaso no se me va a permitir llevar a cabo algo tan sencillo como esto?

[58] Se trataba de Masuko Fujiwara (1140-1201), viuda del emperador a los dieciséis años, en 1155. Su padre adoptivo, Yorinaga, víctima principal de la Insurrección de Hōgen, había muerto en 1156.

[59] Wu Jou (o Wu Hou), 625-705, que de ser concubina de Tai Tsung pasó a ser de hecho dos veces emperatriz, y contribuyó con su gobierno efectivo a consolidar la dinastía Tang.

[60] Los Diez Santos Preceptos del budismo, que obligan a los creyentes del budismo Mahayana, son las prohibiciones que obligan a no matar, no robar, no tener relaciones sexuales ilícitas, no mentir, no adular, no calumniar, no engañar, no tener codicia, no

Con esas palabras, promulgó un edicto imperial en el cual fijó la fecha en que la antigua Emperatriz sería recibida en el Palacio Imperial como nueva Emperatriz consorte. Su augusto padre nada pudo hacer.

Desde que la antigua Emperatriz tuvo noticia de las intenciones del Emperador no cesó de llorar. Y se lamentaba así:

–Si cuando falleció mi esposo, el Emperador, a principios del otoño del segundo año de Kyuju, yo lo hubiera seguido a su tumba o hubiera recibido las órdenes sagradas haciéndome monja, no habría tenido que soportar esta situación tan humillante.

Su padre, el ministro de la Derecha, para consolarla le decía:

–Hija, hay un proverbio que dice: «Es de locos nadar contra la corriente». Un edicto imperial es un hecho irrevocable. Debes ir al palacio del Emperador cuanto antes. Es posible que todo sea un buen presagio. Si das a luz un niño, serás madre de un Emperador y yo sería su abuelo. ¿No se trataría del mejor regalo que tu piedad filial podría dar a tu anciano padre?

Ella no sabía qué contestar.

Fue uno de esos días, en una clase de caligrafía, cuando ella escribió el siguiente poema:

Triste fue el día
que no me tonsuré.
Más triste aún,
emperatriz dos veces
ser y pasar
así estos mis días.
¡Qué cruel deshonor!

No se sabe cómo llegó este poema a ser conocido por el pueblo. Lo cierto es que cuantos lo recitaban y comentaban se sentían conmovidos.

Llegó el día de su entrada en el palacio. Su padre, el ministro de la Derecha, preparó con gran esmero y esfuerzo lo concerniente a la

estar dominado por la ira, no estar en el error (véase *Dictionary of Buddhism*, *op. cit.*, pág. 668).

salida de su hija, desde la selección de los integrantes de su séquito, todos de la alta nobleza, pasando por las damas de compañía, hasta los carruajes que los transportarían a palacio. Siendo una salida tan en contra de la voluntad de la antigua Emperatriz, no tenía ciertamente ninguna prisa por subir al carruaje. Fue sólo bien entrada la oscuridad, al filo de la medianoche, cuando subió al carruaje con la ayuda de sus damas.

Una vez que entró en el Palacio Imperial, fue aposentada en las dependencias del palacio Reiken[61]. Mientras volvió a ser Emperatriz consorte, se esforzaba con denuedo en lograr que el Emperador se ocupara de los asuntos del estado. En una de las salas de palacio, la llamada Shishin, había biombos que ella hizo pintar con las imágenes de los treinta y dos sabios y personalidades chinas más destacadas de las dinastías Han y Tang, como I Yin, Ti Wu Lun, Yu Shih Nan, Tai KungWang, Luli Hsieng Sheng, Li Chi, Su Ma Chien y otros.

Además, en la sala Seiryo-den mandó que pintaran caballos, de hombres de largos brazos y largas piernas. En la sala Oni-no-ma hizo pintar al rey Li Yuan Jao matando un demonio[62]. Parecía natural que el mejor calígrafo de todas las épocas, Tofu Ono, gobernador de Owari, tuviera que practicar siete veces antes de estampar su nombre en esos biombos.

Dicen además que en la sala Shishin estaba también dibujada una luna llena sobre una colina, obra de Kanaoka Koseno. Se comentaba incluso que, en su niñez, el emperador Konoe manchó de tinta la luna mientras jugaba. Al ver esta pintura, la antigua Emperatriz, sin duda invadida de nostalgia por el recuerdo de su difunto marido, compuso el siguiente poema:

Sin el hábito religioso todavía
pero en el Palacio Imperial de nuevo,
veo la misma luna manchada como antes,
pero en un cielo súbitamente nublado.

61 Literalmente, el «Salón de la Vista Elegante».
62 Fundó la dinastía Hsia en 1038.

Cuentan también que su antiguo matrimonio con el difunto emperador Konoe había estado marcado por tan verdadero amor, que el destino de la antigua Emperatriz estaba profundamente impregnado de la melancolía de *aware*.

CAPÍTULO VIII

LA DISPUTA POR LAS TABLILLAS FUNERARIAS

En la primavera del primer año de la era Eiman (1165) corrió el rumor de que el emperador Nijō estaba enfermo. A principios de verano del mismo año, su estado empeoró. El pueblo decía que nombraría príncipe heredero a su hijo de dos años, Rokujō, nieto del ministro del Tesoro, Kanemori. En medio de la confusión del pueblo, el día veinticinco del sexto mes del mismo año, efectivamente, Rokujō fue proclamado príncipe heredero y en la noche de ese día, apresuradamente, ya fue saludado como Emperador.

Los expertos en usos dinásticos decían:

—Si buscamos precedentes de ascensiones al trono imperial de niños de corta edad, hallamos el caso del emperador Seiwa[63], que a sus ocho años fue elevado a la dignidad imperial por el emperador Montoku. En aquel caso, su abuelo materno, Chujinko, actuó como tutor del joven Emperador. Esa decisión tuvo un precedente en China cuando el emperador Cheng Wang era auxiliado en los asuntos de estado por el duque de Chou Kung[64], que fue el primer caso de regencia. También el emperador Toba, cuando volvió a nuestro país, fue proclamado emperador a los cinco años, e incluso el emperador Konoe con tan sólo tres años. En aquellas ocasiones se decía que eran demasiado jóvenes para sobrellevar la dignidad imperial. Pero esta vez

63 Seiwa fue el emperador 56 de la línea dinástica imperial y reinó del 858 al 876.

64 El duque de Chou (en ortografía pinyin *Zhougong*), famoso estadista chino admirado por Confucio, consolidó el poder de la dinastía Chou en la China del siglo XI a. C. que habría de durar unos novecientos años.

el caso es aún más extremo, pues Su Alteza sólo cuenta con dos años. Es una decisión precipitada e insensata.

El día veintisiete del séptimo mes de ese año murió el emperador Nijō. Sólo tenía veintitrés años y su muerte segó la vida a una flor en capullo. Todas las damas de la Corte, detrás de las cortinas de brocados y las persianas de bambú, lloraron amargamente. Esa misma noche el cortejo fúnebre partió en dirección al monte Funaoka, detrás de la llanura de Rendai, al noreste del templo Koryu.

El sepelio imperial habría de provocar un violento enfrentamiento, conocido como la «Disputa por las Tablillas Funerarias», entre los bonzos de los templos de Kōfuku y de Enryaku[65]. Por tradición, los bonzos de Nara y de Kyoto participaban en los funerales de los emperadores colocando una tablilla con el nombre de sus respectivos templos en las puertas que rodeaban las cuatro esquinas de la tumba imperial. La tradición dicta que primero sea colocada la tablilla del templo de Tōdai[66], fundado por el emperador Shōmu. Ningún otro templo podía ir delante. Luego venía el templo Kōfuku, pues era el fundado por Fujiwara Fujito. A continuación, frente a la puerta del templo anterior, se colocaba la tablilla del templo Enryaku, de Kioto. En cuarto lugar, se colgaba la tablilla del templo de Onjō[67], fundado

65 El templo de Kōfuku-ji, de la escuela budista de Hossō, en la ciudad de Nara, fundado en 669 como Yamashina-dera, albergaba un poderoso ejército de bonzos que habría de causar numerosos desórdenes en Kioto en los siglos XI y XII. Su poderío había declinado con la pérdida del poder político del clan Fujiwara. Por su parte, el templo de Enryaku, situado en la cima del monte Hiei o Hiei-zan, cerca de Kioto, fue fundado en 788 y era el centro de la poderosa escuela budista de Tendai, y era conocido como Hieizan-dera o «monasterio del monte Hiei». Fue un centro capital del budismo Tendai durante varios siglos. Grandes fundadores de escuelas budistas, como Hōnen, Eisei, Dōgen y Nichiren, estudiaron y vivieron en sus recintos. Además, la posición de este templo, al noreste de la ciudad de Kioto, se relacionaba con su función tutelar de la capital del imperio.

66 El templo de Tōdai, en Nara, pertenecía a la escuela Kegon y había sido edificado en 728. En él se construyó la imagen gigante de Daibutsu (15,9 metros) y gozaba del directo patrocinio imperial en los siglos en que discurre esta historia. Sería incendiado un par de años después, en 1180.

67 Situado al noroeste de Ootsu, en la prefectura de Shiga, era la sede de la rama Jimon de la escuela Tendai. Construido por Enchin en 859, era rival de Enryaku-ji, del cual fue casa filial un tiempo y por cuyo ejército monástico fue varias veces quemado. Era también conocido por el nombre de Mī-dera.

por Kyodai y el gran maestro budista Chisho siguiendo la voluntad del emperador Tenmu.

Pero los bonzos de Enryaku, pervirtiendo este orden, colocaron su tablilla en segundo lugar, por detrás del templo Tōdai, y delante de Kōfuku. Esto provocó la reacción de los bonzos de Nara. En medio de una acalorada asamblea monástica, en la sala de Saikon-dō del templo de Kōfuku, se distinguieron dos bonzos que tenían fama de violentos, Kannobō y Seishibō. El primero llevaba ese día una armadura ligera con cordones de seda negros y una lanza con el astil de madera. Por su parte, Seishibō tenía una armadura ligera con cordones de seda verdes y una larga espada con una vaina lacada en negro. De repente, echaron los dos a correr entre la multitud, derribaron la tablilla de Enryaku-ji y la hicieron pedazos. Y en son de burla, se pusieron a cantar:

¡Viva el agua
que retumba, retumba
en cascada estruendosa!
Y aunque el sol brille,
fluyendo corre[68].

Y, jactándose así, volvieron con sus compañeros bonzos de Nara.

CAPÍTULO IX

EL TEMPLO KIYOMIZU EN LLAMAS

Si los bonzos de Enryaku-ji hubieran respondido con violencia a esa provocación, los de Kōfuku-ji habrían tenido que defenderse. Se

[68] El agua representaba al templo Kōfuku-ji, mientras que el sol simbolizaba a Enryaku-ji.

abstuvieron, por lo tanto, de cualquier represalia, y no dijeron ni una palabra.

En unas horas tan tristes como las que siguieron a la muerte del joven Emperador, hasta los árboles y las hierbas del campo estaban envueltas en luto. Sin embargo, a causa de ese escandaloso incidente numerosas personas, de alta y baja condición, se vieron obligadas, antes que presenciar la abierta hostilidad de los desvergonzados bonzos, a retirarse y desaparecer en todas direcciones.

A eso de la hora del caballo (doce del mediodía) del día veintinueve del séptimo mes del mismo año, llegó la noticia de que un gran número de bonzos del templo Enryaku descendía del monte Hiei en dirección a la capital, Kioto. De inmediato, todos los miembros de la Guardia Imperial se apresuraron en dirección al Palacio Imperial para reforzar las defensas. Eso, sin embargo, no detuvo a la turba de bonzos, que prosiguieron con su avance multitudinario. Corrió entonces el rumor, aunque se ignoraba su origen, de que el emperador retirado Goshirakawa había instigado a los bonzos de la montaña o de Enryaku-ji para que derrocaran el poder de los Heike. Todos los guerreros de los Heike, por lo tanto, se congregaron en los palacios de Rokuhara para defender a Kiyomori. El mismo Emperador retirado buscó refugio en Rokuhara. Kiyomori, que a la sazón no era más que consejero y general de la Derecha, estaba asustado. Su hijo mayor, Shigemori, reaccionó diciendo:

—¿Cómo puede ocurrir ahora semejante cosa?

Pero nadie lograba tranquilizarse. Antes bien, el tumulto iba en aumento.

Sin embargo, los bonzos de la montaña no llegaron a atacar Rokuhara. Acabaron dirigiéndose al templo Kiyomizu, que nada había tenido que ver con el incidente de las tablillas, e incendiaron las celdas de los monjes y las salas sagradas. Todo el templo quedó arrasado.

Como Kiyomizu era un templo dependiente de Kōfuku, se dijo que había sido un acto de venganza por la afrenta sufrida en la noche de las exequias imperiales. A la mañana siguiente al ataque a Kiyomizu, sobre la puerta principal de este templo apareció un letrero con la siguiente inscripción: «¿Qué ha pasado con la diosa Kannon de Kiyo-

mizu, de la que se decía que era capaz de transformar un foso de llamas en un estanque de agua?»[69].

Pero al día siguiente apareció otro letrero que contestaba al anterior de este modo: «La virtud de Kannon es un misterio eterno inaccesible al humano intelecto».

Cuando se fueron los bonzos de Enryaku, el emperador retirado Goshirakawa se marchó de Rokuhara escoltado por Shigemori. Kiyomori no fue con ellos. La gente decía que Kiyomori no se fiaba de este Emperador. Por eso, cuando Shigemori, hijo de Kiyomori, regresó a Rokuhara, su padre le dijo:

—Ha sido un honor tener al Emperador entre nosotros, aunque parece que tenía el plan de atacarnos. ¿No era ése el rumor popular? Haz como yo, hijo, y no bajes nunca la guardia.

—Padre, no debes expresar esa sospecha ni con palabras ni con tu actitud —dijo Shigemori—. Si la gente supiera que tomas precauciones con el Emperador, pensarían que nosotros, los Heike, no hemos sido leales a la familia imperial. Tus sospechas, por tanto, tendrían malas consecuencias. En cambio, padre, si muestras sumisión al Emperador y eres compasivo con el pueblo, obtendrás la protección de los dioses y de Buda. Y entonces, de nada tendrás que preocuparte.

Con esas palabras, abandonó la sala. Entonces Kiyomori dijo:

—Verdaderamente, este Shigemori es todo un señor.

Cuando regresó a su palacio, el Emperador retirado dijo a sus hombres de confianza:

—¡Qué extraño rumor ha corrido entre la gente! Sinceramente no tengo la menor intención de derrocar a los Heike.

Entre esos hombres de confianza había un sacerdote, un tal Saikō, hombre influyente en la Corte, que dijo:

—Hay un proverbio, Majestad, que dice: «el cielo no tiene boca, pero habla con la lengua de los hombres». Quizás esto haya sido una señal del cielo que nos advierte de la tiranía de los Heike.

La gente, cuando se enteró de estas palabras, decía:

69 Kannon, uno de los *bodisatva* más populares de Japón, era la divinidad tutelar de Kiyomizu y personifica la compasión infinita. Su representación iconográfica es femenina en China y Japón.

—¿Cómo puede hablar un hombre así? ¿No sabe que las paredes oyen? Sería terrible que los del clan de los Heike se enteraran.

CAPÍTULO X

LA PROCLAMACIÓN DEL PRÍNCIPE HEREDERO

Pues bien, debiéndose guardar luto ese año, no se celebró la ceremonia de Purificación del nuevo emperador, Rokujō, ni tampoco su entronización. El día veinticuatro del duodécimo mes del mismo año, se promulgó un edicto imperial que nombraba príncipe de sangre a un hijo del emperador retirado. Su nombre era Takakura y a la sazón tenía cinco años. Su madre era Kenshunmon-in, a quien por entonces llamaban «la dama del Este»[70].

El año siguiente (1166), se cambió el nombre de la era por Ninan. Ese mismo año, el día ocho del décimo mes, Takakura fue proclamado príncipe heredero en el palacio de Tōsanyo. Tenía entonces seis años y era tío del emperador reinante, de tan sólo tres años. Esto significaba que la sucesión imperial no se ajustaba a la edad.

Pero había un precedente de una situación así. El segundo año de la era Kanwa (año 986), el emperador Ichijō fue elevado a la dignidad imperial a la edad de seis años, cuando a Sanjō, de once años, le hicieron príncipe heredero.

El emperador de entoces, Rokujō, había ascendido al trono con dos años de edad. Pero el día diecinueve del segundo mes, con sólo cinco años, abdicó en el príncipe heredero que fue proclamado Emperador. Rokujō pasó, por lo tanto, a ser Emperador retirado, siendo conocido como el «nuevo Emperador retirado». Es decir, incluso antes de llegar a la mayoría de edad, había ya recibido el título augusto de Emperador retirado. Éste puede haber sido el primer caso tanto en la

70 Esta mujer era hermana de la esposa principal de Kiyomori y llegaría a ser esposa del emperador-monje Goshirakawa.

dinastía imperial china como en la de nuestra augusta familia imperial.

El día veinte del tercer mes del tercer año de Ninan, se celebró en la Sala de Daikoku-ken la ceremonia de entronización del nuevo emperador Takakura. Su elevación a la dignidad imperial significaba un aumento sin precedentes del poder de los Heike, ya que la madre del nuevo Emperador, Keishomon-in, pertenecía a este clan, y además era hermana de la esposa principal de Kiyomori. Por otra parte, su hermano, Tokitada, consejero mayor, se emparentaba así con el mismo Emperador. Este Tokitada se convirtió, por tanto, en un hombre de gran influencia tanto dentro como fuera del Palacio Imperial. De su voluntad dependía la concesión de los rangos y títulos, así como el nombramiento de oficios y cargos. Su poder era perfectamente comparable al de Yang Kou-chung, en China, el cual sacó gran beneficio de la relación de favor que tenía su sobrina, Yang Kuei-fei, con el emperador Hsuan-Tsung[71].

Nadie en su época aventajaba a Tokitada en prestigio o riqueza. El mismo Kiyomori le consultaba en todos los asuntos administrativos. Y el pueblo lo llamaba el «gran consejero de los Heike».

CAPÍTULO XI

LA COMITIVA DEL REGENTE

El día dieciséis del séptimo mes del primer año de Kao (año 1169), el emperador retirado, Goshirakawa, estaba entregado a la religión, aunque seguía controlando los numerosos asuntos que concernían a la familia imperial. De esa forma, pese a su estado religioso, no había distinción entre los poderes políticos de su nueva condición co-

71 Yang Kuei-Fei (719-756), concubina del poderoso emperador chino de Tang, Hsuan Tsung (reinó de 712 a 756). Por su legendaria belleza e inteligencia se ganó el favor del soberano, que puso los asuntos de gobierno en manos del tío de su favorita.

mo Emperador-monje y de la anterior de Emperador retirado[72]. Todos los hombres de la alta y media nobleza, incluso los señores de la guerra, grandes y pequeños, del norte del país, gozaban de rangos y remuneraciones por encima de sus méritos.

Sin embargo, siendo la naturaleza humana propensa a no conformarse nunca, esos hombres se reunían por aquí y por allá, y murmuraban diciendo:

—¡Ah, si ese hombre muriera y el puesto de gobernador que ocupa quedara vacante! Muerto él, podría yo tomar su puesto.

Hasta el mismo emperador-monje Goshirakawa se lamentaba en privado en estos términos:

—Desde tiempos remotos ha habido muchos hombres que acabaron con los enemigos de la Casa Imperial, pero no he oído de ninguno que alcanzara una prosperidad como la conseguida por los Heike. Cuando Sadamori y Hidesato[73] derrotaron a Masakado, o cuando Yoriyoshi[74] mató a Sadatō y a Munetō, o cuando Yoshīe[75] atacó a Takehira y a Iehira, se les recompensó con los cargos de gobernadores de provincia. Pero hay que admitir que, en nuestros tiempos, Kiyomori ha logrado todo lo que codiciaba y ahora se comporta a su antojo. Sin duda que esto ocurre porque el mundo ha llegado a su etapa final de corrupción y porque ya no se respeta ni la Ley de Buda ni la del Imperio[76].

Pero el Emperador-monje no estaba en situación de censurar públicamente a Kiyomori. Tampoco entre los Heike se abrigaban recelos contra la Corte Imperial. Ocurrió, sin embargo, un incidente que

72 Véase la n. 57 del cap. VII de este primer libro.

73 Taira Sadamori, en colaboración con Fujiwara Hideato, derrotó y mató al rebelde Masakado en el año 940. Hidesato, especialmente, fue poderoso en las provincias del Este, asumiendo el título de gobernador de Mutsu.

74 Las rebeliones sofocadas por Yoriyoshi y por su hijo Yoshīe tuvieron lugar entre 1051 y 1062 en la provincia de Mutsu, al este de Japón.

75 Yoshīe (1039-1106), como premio por su lealtad al emperador y brillante carrera militar, fue el primer guerrero invitado al Palacio de Clausura del Emperador-monje. Capaz de controlar a los díscolos clanes militares de las provincias del este, aseguró en ellas una posición firme para la familia Genji.

76 Sobre el concepto budista de la corrupción del fin del mundo, véase la n. 35 del cap. VI de este Libro primero.

habría de sembrar la confusión y ocasionar inestabilidad en todo el país.

El día dieciséis del décimo mes del segundo año de Kao (año 1170), Sukemori, segundo hijo de Shigemori y nieto por tanto del todopoderoso Kiyomori, decidió ir a cazar con halcones acompañado de una treintena de samuráis. Sukemori tenía por entonces sólo trece años y era gobernador de la provincia de Echizen. Sobre los yermos páramos podía verse la nieve. El paisaje los cautivó tanto que estuvieron todo el día cazando codornices y alondras en las llanuras de Rendai-no, de Murasaki-no y de Ukon-no-baba. Al caer la tarde se dispusieron a regresar a Rokuhara.

Cuando regresaban, se tropezaron con la escolta del regente, el príncipe Motofusa[77], de la poderosa familia de los Fujiwara. En ese momento el regente se dirigía en su carruaje y con su escolta al Palacio Imperial desde su residencia de Naka-no-mikado, en Higashi-no-tōin. Para poder entrar en el Palacio Imperial por la puerta de Yūhō, tenía que pasar primero al sur de Higashi-no-tōin y luego al oeste de Ooi-no-mikado. Fue ahí donde se encontraron frente a frente la escolta del príncipe regente y el grupo de jinetes samuráis del nieto de Kiyomori que volvían de cazar. Ya anochecía.

—¿Quiénes sois? ¡Habrase visto tal desacato! —gritaron los escoltas del regente—. ¿No véis que es la comitiva de Su Alteza, el Regente? ¡Bajad ahora mismo de vuestros caballos!

Pero Sukemori, respaldado por sus acompañantes, todos jóvenes samuráis de apenas más de veinte años, se sentía invencible. Ninguno de ellos respetaba el protocolo ni los buenos modales. Así que no les importó la presencia de la escolta, ni la orden que se les dio. Antes bien, echaron a correr con sus caballos entre las filas de la comitiva del regente. Como ya había oscurecido, los escoltas no sospecharon que se trataba del nieto de Kiyomori o, si alguno lo supo, fingió no saberlo. El resultado fue que los hombres del regente derribaron de sus caballos a Sukemori y a sus samuráis, propinándoles una buena pali-

77 Normalmente el título de príncipe sólo se daba a miembros de la familia imperial, siendo una excepción los nobles con el cargo de canciller *(kampaku)* o de regente *(sesshō)*, como era el caso de este Motofusa.

za. Sukemori, maltrecho, consiguió llegar a Rokuhara y contó lo sucedido a su abuelo.

—Por muy regente o alteza que sea, debería haber respetado a los míos, pues ¿no soy yo Jōkai[78]? —exclamó Kiyomori lleno de ira—. Humillar de esta forma a un muchacho es un acto de crueldad. Por una afrenta así, el pueblo nos podrá menospreciar. Nada me detendrá hasta que le dé al regente una buena lección y le muestre hasta dónde llega mi poder. Me vengaré.

Sin embargo, su hijo Shigemori le decía:

—Padre, este incidente no debe considerarse como una afrenta aunque la víctima haya sido mi hijo. Si nuestra familia hubiera sido humillada por Yorimasa o Mitsumoto, de los Genji, entonces sí que sería una afrenta. Realmente fue una descortesía que un hijo de Shigemori no haya desmontado de su caballo cuando pasaba la comitiva del regente.

Shigemori mandó llamar a los samuráis que habían estado con su hijo y les dijo:

—De ahora en adelante debéis tener más cuidado. Sabed, además, que pienso pedir disculpas al regente por vuestra descortesía.

Y con esta reprimenda los despidió.

Pero, sin consultar con su hijo, Kiyomori reunió a unos sesenta samuráis de las provincias, hombres rudos, violentos y dispuestos a obedecerle ciegamente. Al frente de este grupo de samuráis estaban Namba y Senō. Les dijo:

—El día veintiuno de este mes, con motivo de la ceremonia de entronización del nuevo Emperador, el regente tendrá que ir al Palacio Imperial. En el camino, no importa dónde lo encontréis, preparad una emboscada y vengad la deshonra de mi nieto cortándoles la coleta a todos los escoltas de su comitiva[79].

Mientras tanto el regente, sin sospechar nada de esta trama, tenía prevista su participación en la ceremonia de entronización. Se iba a decidir una serie de asuntos muy importantes acerca de la celebración

78 *Jōkai* o «Mar Purificado» es el nombre budista de Kiyomori, que poseía la dignidad religiosa de *nyūdō* de las Órdenes Budistas.

79 Cortar violentamente la coleta a alguien era una grave afrenta, equiparable a quitar la vida, que sumía a la víctima en la deshonra.

de la mayoría de edad del Emperador el año próximo, la coronación y la concesión de títulos. Esta vez, la comitiva del regente era más numerosa de lo habitual y se dirigió hacia el oeste de Naka-no-mikado para entrar en el Palacio Imperial por la puerta Taiken. Pero cuando la comitiva pasaba cerca de Imanokuma y del río Horikawa, trescientos samuráis emboscados, armados con cascos y corazas, arremetieron contra la escolta del regente profiriendo gritos de batalla. Los escoltas, ataviados elegantemente para la ceremonia, se vieron sorprendidos y fueron fáciles víctimas de los samuráis, que cortaron la coleta de todos los escoltas y guardias de la comitiva. Entre los diez escoltas a los que se les cortó la coleta se encontraba Takemoto, un guardia imperial de la Derecha y asistente personal del regente. También se la cortaron a Takanori, oficial del quinto rango; y al hacerlo, le dijeron los samuráis:

—Piensa que no es tu pelo el que cortamos, sino el de tu señor.

Después los samuráis rompieron con la punta de sus arcos el interior del carruaje del regente y rasgaron las cortinas. Los destrozos continuaron cuando cortaron la baticola y las riendas de los bueyes que tiraban del carruaje. Finalmente, se alejaron con gritos de victoria y volvieron a Rokuhara, donde contaron a Kiyomori lo que habían hecho.

—¡Buen trabajo! —les dijo Kiyomori.

Entre los miembros de la comitiva ultrajada estaba el mensajero oficial, oriundo de Inaba, un tal Kunihisa de Toba. Era un hombre de gran corazón, aunque pertenecía a un rango bajo. Con lágrimas en los ojos, acompañó al carruaje de vuelta a Naka-no-mikado, donde relató lo ocurrido. Mientras regresaban, el regente también iba llorando, y ocultaba sus lágrimas con la manga del kimono. No hay palabras para describir la miseria de su aspecto.

Jamás tal deshonra había caído sobre un regente. Recordad que la posición de regente había sido ocupada antiguamente por personajes tan ilustres como Kamatari y Fujito, de la familia imperial Fujiwara, y por varones tan esclarecidos como Yoshinobu y Mototsune, igualmente de los Fujiwara. Este incidente fue señalado de modo aciago como la primera acción perversa cometida por los Heike.

Cuando Shigemori se enteró del suceso, quedó muy afectado y reprendió duramente a todos los samuráis implicados con estas palabras:

—Aunque mi padre, Kiyomori, os hubiera ordenado algo tan extraordinario, vosotros tendríais que haberme informado. Pero la estupidez mayor la cometió mi hijo Sukemori. —Y dirigiéndose luego a su hijo, continuó diciendo—: En verdad que el árbol del sándalo desde que tiene dos hojas ya exhala perfume; sin embargo, tú, con sólo doce o trece años, no has sabido comportarte según las normas sociales y con tu conducta descortés has deshonrado a nuestra familia. Has ido en contra de la obediencia filial. Toda la culpa es tuya.

Tal habló Shigemori, el prudente. Y desterró a su propio hijo a la provincia de Ise por cierto tiempo. La Corte Imperial alabó la justicia y la prudencia de Shigemori, el gran capitán general.

CAPÍTULO XII

LA CONSPIRACIÓN DE SHISHI-NO-TANI

Como resultado del deshonroso suceso acaecido sobre el regente, la ceremonia de entronización del nuevo soberano Takakura hubo de ser aplazada, y fue finalmente celebrada el día veinticinco de ese mismo mes en la Sala de la Nobleza del palacio del Emperador-monje.

El regente, sin embargo, se había recluido en su palacio, pues no deseaba mostrarse en público. En consideración a su situación se promulgó un edicto el día nueve del duodécimo mes de ese año, y el día catorce fue ascendido a primer ministro, además de conservar su título de regente. Este nombramiento fue celebrado el día diecisiete. No obstante, en el pueblo reinaba la inquietud.

Así se pasó un año. A comienzos del año siguiente, el día cinco del primer mes del tercer año de Kao, el Emperador celebró su mayoría de edad. Pocos días después, el trece, rindió una visita oficial al Emperador-monje en el Palacio de Clausura. Éste, Goshirakawa, y la Emperatriz, Kenshomon, que esperaban con impaciencia la visita de su hijo, cuando lo vieron aparecer tan radiante y revestido de su dignidad imperial, ¡con qué gozo y amor de padres lo recibieron!

Mientras tanto, una de las hijas de Kiyomori, Tokuko, de quince años de edad y que ya poseía el título de hija adoptiva del Emperador-monje, fue enviada al Palacio Imperial para servir al nuevo emperador reinante.

Por entonces, Moronaga[80], que era el capitán general de la Izquierda y gran ministro del Centro, estaba a punto de abandonar el puesto de capitán general. Se pensaba que el sustituto sería Sittei, uno de los consejeros. Pero también Kanemasa, consejero medio, aspiraba al cargo. Y además, Narichika, un nuevo consejero mayor y tercer hijo de Ienari, ansiaba sucederle.

Conociendo Narichika el favor que el Emperador-monje le dispensaba, con muchas esperanzas empezó a ofrecer plegarias. Hizo que cien bonzos se recluyeran en el santuario de Jahata y que durante siete días recitaran los textos completos del *Dai Hanna-kyō*[81]. Pero en el curso de uno de esos días tres palomas torcaces, que habían volado desde el monte de Otokoyama, se posaron en un naranjo que había frente al templo de Kora, un templo filial del de Jahata, donde estaban los monjes, y se pusieron a picotearse entre sí hasta matarse.

—La paloma es la mensajera sagrada del *bodisatva* Hachiman[82]. ¿Cómo puede, por tanto, ocurrir algo tan extraño en un templo?

Tal fue la reacción del superior del templo, Seikyo. Se decidió entonces consultar con un adivino sintoísta[83] cuya predicción fue:

—Habrá disturbios en el país.

Pero estos disturbios, según el adivino, no serían debidos al Emperador, sino a sus súbditos.

Narichika, indiferente al oráculo, caminó siete noches seguidas desde su mansión hasta el santuario de Kamo[84]. Iba por la noche para

80 Moronaga (1137-1192) fue hijo de Yorinaga, ministro de la Izquierda.

81 Es un grupo de sutras, la *Mahaprajnaparamita*, que enuncia la doctrina de *sunyata* o del vacío, es decir, que todos los elementos de este mundo carecen de sustancia.

82 *Bodisatva*, en japonés *bosatsu*, es el ser que por amor compasivo busca la iluminación para los demás. En este caso, el *bodisatva* aludido es el emperador Oojin (270-310), cuyo nombre honorífico es Hachiman, venerado como dios de la guerra y divinidad tutelar del clan de los Genji, rival de los Heike.

83 La adivinación solía ser prerrogativa de los sacerdotes del sintoísmo, la religión primitiva de Japón.

84 La divinidad de este santuario sintoísta, situado en Kioto y fundado en el año 794, era Wake-Ikazuchi, hijo de Tamayori-hime y hermano, por tanto, del primer empera-

no llamar la atención de la gente. En la noche séptima, cuando había terminado su peregrinación, volvió a su casa y, vencido por la fatiga, se quedó dormido. Tuvo entonces un sueño en el cual se vio a sí mismo en el santuario de Kamo. Vio cómo se abría la puerta sagrada del santuario y oyó una voz majestuosa y noble que recitaba el siguiente poema:

¡Flor de cerezo!
ni al Kamo ni a los aires
de sus orillas
culpes. Que tú no mueras
nadie podrá impedirlo.

Narichita no se asustó por este sueño, sino que mandó levantar un altar en el hueco de un gran cedro que había detrás del santuario. Ordenó a un monje que se encerrara allí dentro y que recitara para él durante cien días la oración sagrada de *Dakini*[85].

Sin embargo, un día, mientras rezaba el bonzo, el cielo se nubló de repente y cayó un rayo que incendió el cedro. Cuando el fuego estaba a punto de propagarse al santuario vecino, acudieron los sacerdotes sintoístas y los servidores del santuario, que lograron apagarlo. Intentaron sacar del hueco del árbol al bonzo que había estado rezando una plegaria herética, pero se negó a salir diciendo:

—He hecho el voto de rezar aquí durante cien días. Hoy es el día setenta y cinco. No saldré de aquí hasta que termine.

Cuando se refirió lo ocurrido a la Corte Imperial, se emitió un edicto que ordenaba:

—Cumplid con la ley y expulsadlo.

Entonces los sacerdotes sintoístas cogieron un palo blanco y azotaron al bonzo hasta hacerle salir de allí y lo expulsaron desde Ichiyo hacia el sur.

dor de Japón, Jimmu. Se le atribuye una acción tutelar sobre Kioto, la capital en la época.

85 Dakini o Yakusa, nombre de un demonio que se alimenta de corazones humanos, es identificado en Japón con la divinidad sintoísta de Inari, el espíritu del zorro. Actualmente se lo venera como el dios de los negocios en el santuario Inari de Fushimi, en Kioto.

Hay un proverbio que dice que la divinidad no acepta la ambición desmedida. Y, efectivamente, Narichika no consiguió ser capitán general. Tal vez ésta fue la causa de unos sucesos tan extraños.

En esa época la concesión de títulos y nombramientos no era decidida por la voluntad del Emperador-monje ni del Emperador reinante, ni siquiera por la del regente ni del canciller, sino por la unánime voluntad de los Heike. Así pues, el sucesor del capitán general de la Izquierda no fue ni Sittei, consejero de Tokudai-ji, ni Kanemasa, consejero de Kasa-in, sino Shigemori, el hijo mayor de Kiyomori, quien, en calidad de consejero y capitán general de la Derecha, optó por el nombramiento de la Izquierda. Su puesto en la capitanía general de la Derecha lo ocupó su hermano, Munemori, consejero medio, que fue así promocionado por encima de varios nobles de primer rango. Esta decisión resultó inesperada para todo el mundo, sobre todo porque Sittei, consejero mayor, pertenecía al mismo clan que el regente. Además era un varón de grandes conocimientos y de sensibilidad artística. Que Munemori ocupara ese puesto fue causa de gran amargura para él y de asombro para el pueblo. La gente decía:

—Seguro que va a hacerse monje.

Sin embargo, lo cierto es que Sittei abandonó su cargo de consejero mayor y se retiró del mundo para observar el curso de los acontecimientos.

Por su parte, Narichika, el nuevo consejero, comentaba:

—No me importaría que el cargo se lo hubieran dado a Sittei o a Kanemasa, pero que haya ido a parar a las manos del segundo hijo de Heike es algo intolerable. El capricho de esta familia es la única ley que rige el mundo. No descansaré hasta derribarla, cueste lo que cueste, y conseguir mi propósito.

Verdaderamente fue un comentario osado por parte de Narichika. Su padre, Ienari, a su edad, sólo había conseguido ser consejero medio. Pese a ser su hijo más joven, Narichika había alcanzado el rango segundo de la nobleza y el puesto de consejero. Dominaba en numerosas e importantes provincias, y sus hijos y parientes estaban en posición de recibir muchos privilegios imperiales. Su poder era inmenso. Pero no contentándose con eso, aspiraba a más. Era como si su corazón estuviera incendiado por el demonio. En la Insurrección de Heiji, siendo gobernador de Echigo, estuvo a punto de ser ejecuta-

do por haber apoyado a Nobuyori. Sólo la intervención de Shigemori le salvó la vida. Pero, totalmente olvidado de ese favor, había llegado a reunir gente armada en un lugar secreto. Su plan era nada menos que destruir el clan de los Heike.

El valle de Shishi, en la ladera de la montaña de Higashi-yama, albergaba el monasterio de Onjō-ji, una verdadera fortaleza natural y un lugar ideal para los conspiradores. Allí se encontraba la finca del *soozu*[86] del monasterio, llamado Shunkan. En su casa se reunía Narichika con sus simpatizantes para discutir el complot que habría de derrocar a los Heike. Una noche el Emperador-monje se presentó en la casa de Shunkan acompañado de Jōken, el Sello de la Ley budista[87], hijo de Sinzei, el difunto secretario del Gran Consejo. Después de haber cenado y de que el Emperador-monje hubiera comentado con Jōken su plan de acabar con los Heike, Jōken, asombrado, exclamó:

—¡Esto es increíble! Hay mucha gente escuchando. Si todo el mundo se entera, una gran desgracia ocurrirá sobre la faz de la tierra.

Narichika cambió de color al oír estas palabras y, al levantarse bruscamente, derribó una botellita de *sake* que se había enganchado en la manga de su kimono de caza. El Emperador-monje lo vio y preguntó:

—¿Qué has hecho?

—Heike ha caído[88] —respondió Narichika volviendo a su asiento.

Al Emperador-monje le agradó la respuesta y riendo dijo:

—Venid, acercaos. Bailad todos una pieza de *sarugaku*[89].

El capitán de la División de la Guardia, Yasuyori, exclamó:

—Hay tantas botellas de *sake* que estoy completamente borracho.

El monje Shunkan replicó:

—Bueno, ¿qué podemos hacer con ellos?

86 Administrador general.
87 Su título representaba la más alta dignidad eclesiástica dentro del clero budista, la de *hōin* o «Sello de la Ley budista». Este Jōken, que en su juventud había sido desterrado con motivo de la rebelión de Heiji, gozaba de la confianza tanto del Emperador-monje como de Kiyomori.
88 Uno de los nombres en japonés de «botellita de *sake*» es *heiji*, que es otra de las lecturas posibles de los dos caracteres que componen la palabra *Heike*.
89 Literalmente, «música de monos», también llamado *sangaku*. Se trata de un baile jocoso con recurso a la pantomima a menudo usado como contrapunto, a modo de entremés, en las representaciones más serias del teatro *noh*.

—Lo mejor será decapitarlos a todos —contestó el sacerdote Saikō, quien, en efecto, se levantó y arrancó el cuello de todas las botellas de *sake* que había en la mesa.

Jōken se puso lívido. No daba crédito a sus ojos.

Los conjurados contra los Heike fueron: el teniente general de la provincia de Oomi, Narimasa; el llamado sacerdote Renjō; el superior de Josshō-ji, Shunkan; el gobernador de la provincia de Yamashiro, Motokane; el maestro de Ceremonias Imperiales, Masatsuna; el capitán de la División de la Guardia Imperial, Yasuyori; otros dos miembros de la Guardia Imperial, Nobofusa y Sukeyuki; y un grupo de guerreros, entre ellos el archivero Yukitsuna de los Genji, de la provincia de Setsu, y otros muchos miembros de la guardia del palacio del Emperador-monje.

CAPÍTULO XIII

LA BATALLA DE UKAWA

Este Shunkan era nieto de Gashun, consejero de Kyogoku, e hijo del gran maestro Kanga, del monasterio de Kō-dera. Su abuelo, aunque no era de familia de militares, era hombre de carácter iracundo, tanto que cuando la gente caminaba ante su casa en dirección a Sanjō, en Kyogoku, se apostaba de pie a la entrada de su casa y apretaba los dientes de rabia sólo por ver a la gente pasar.

Tal vez por ser nieto de una persona así, Shunkan poseía igualmente, pese a ser monje, un temperamento colérico y era soberbio. De esa forma, tomó parte en una conspiración tan imprudente.

Narichika, el nuevo consejero, mandó llamar al archivero Yukitsuna y, después de sobornarlo con cincuenta rollos de seda blanca[90], le dijo:

90 Un rollo de seda tenía aproximadamente 30,3 cm de ancho y 12,6 m de largo.

—Confío en ti. Vas a ser jefe de nuestras fuerzas. Si todo sale bien, te daré cuantas tierras y propiedades desees. Esta seda no es más que una prueba de mi confianza. Me gustaría que la usaras para hacer las fundas de los arcos de tus soldados.

El día cinco del tercer mes del tercer año de Angen (1177), Moronaga fue nombrado gran ministro de la Izquierda. Y su puesto como ministro del Centro fue ocupado por Shigemori y no por Sadafusa, el consejero. ¡Qué honor, ministro del Centro y al mismo tiempo capitán general de la Izquierda! Para celebrarlo se organizó un banquete al que se invitó como huésped de honor al príncipe Tsunemune, ministro de la Derecha, comúnmente conocido como Ooi no Mikado. Por lo general este honor le correspondía al ministro de la Izquierda, es decir, Moronaga, pero su padre había sido el célebre Yorinaga, también ministro de la Izquierda en su tiempo, por cuyos antecedentes el hijo quedaba excluido de este honor[91].

Antiguamente en el Palacio de Clausura del Emperador-monje no había una guardia oficial. Fue el emperador Shirakawa[92] quien formó la Guardia Imperial con sus mejores guerreros. Entre esos guerreros había dos, Tametoshi y Morishige, que ya en su infancia eran célebres con los nombres de Senju-maru y de Inu-maru. Los dos eran valientes guerreros y muy diestros en el manejo de la espada.

Después, en los días del emperador Toba, Suemori y Sueyoshi, padre e hijo, fueron otros dos guerreros que sirvieron a la familia imperial de la misma forma. Se decía de ellos que eran los encargados de pedir audiencias con el Emperador y de transmitir los edictos imperiales. Todos ellos se condujeron con corrección, pese a su baja posición social. Sin embargo, desde los días del emperador Goshirakawa, los guardias del Palacio de Clausura se habían vuelto tan poderosos y arrogantes que ya no mostraban el debido respeto a los nobles y cortesanos. Algunos de ellos, no contentos con verse promocionados de la guardia baja a la alta, que equivale a un rango superior al quinto,

91 Este Fujiwara Yorinaga había protagonizado la rebelión de Hōgen y estos antecedentes obraban ahora en contra de su hijo.

92 El emperador 72 que reinó de 1072 a 1086, en un período caracterizado por disturbios creados por los ejércitos de los monasterios de Kioto. Fue el primer emperador en poner en práctica el sistema político de gobernar desde su posición de retiro (*insei*). Véase en la Introducción el apartado «Antecedentes históricos».

continuaron buscando ascensos sociales hasta un rango que les permitierra asistir a las asambleas de la Corte[93].

En esta situación tan favorable para ellos, su atrevimiento los llevó incluso a tomar parte en inauditas rebeliones. Buenos ejemplos son Moromitsu y Narikage, que habían servido a Shinzei, consejero medio. Moromitsu era un bajo funcionario de la provincia de Awa; Narikage era natural de Kioto. Los dos eran hombres de extracción humilde, pero sagaces como pocos. Moromitsu consiguió el puesto de capitán de la Puerta Imperial de la Izquierda, mientras que Narikage el de capitán de la Puerta Imperial de la Derecha. Además, los dos llegaron a ser al mismo tiempo capitanes de la Guardia Imperial. Cuando Shinzei fue asesinado en la Insurrección de Heiji, los dos se tonsuraron[94] y abrazaron la vida religiosa, aunque continuaron sirviendo al Emperador-monje como jefes de Intendencia del Palacio de Clausura. Pasaron a llamarse el religioso Saikō, capitán de la Guardia Imperial de la Izquierda, y el religioso Saikei, capitán de la Guardia Imperial de la Derecha.

El primero de ellos, Saikō, tenía un hijo llamado Morotaka. Este hombre poseía una aguda inteligencia y alcanzó el puesto de capitán de guardia y noble del quinto rango. Después, el día veintinueve del mes duodécimo del primer año de Angen (año 1175), en la ceremonia de ascenso de oficiales que tuvo lugar a fin de año, fue nombrado gobernador de la provincia de Kaga. Su actuación como gobernador fue arbitraria, y llegó a confiscar tierras de los templos, de los santuarios y de las familias poderosas del lugar. Sus injusticias eran notorias. Pese a separarle muchos años de los tiempos del príncipe Chao[95], espejo de gobernantes, este Morotaka debió haber tomado como ejemplo a aquel virtuoso varón de China y conducirse con justicia y moderación. El verano del segundo año de la era de Angen mandó llamar a su hermano menor, Morotsune, entonces capitán de guardia, y lo puso de vicegobernador de la provincia.

93 Esta asistencia estaba limitada a los cortesanos del tercer rango en adelante.

94 Ampliamos la acepción de «tonsura» para significar el acto de raparse por completo la cabeza al que se someten quienes abrazan la vida religiosa budista.

95 Hijo del emperador chino Wu Wang, que reinó de 1111 a 1104 a. C. y fue fundador de la dinastía Chou.

Pues bien, en ese tiempo había un monasterio en la montaña, llamado Ukawa, situado no muy lejos del palacio del gobernador. Cuando los bonzos del monasterio estaban a punto de tomarse su baño en agua caliente, el vicegobernador y sus hombres irrumpieron violentamente en el templo, echaron a los bonzos y él se bañó en el agua que los bonzos tenían preparada. Después, ordenó a sus hombres que desmontaran y que lavaran los caballos en el baño. Los bonzos, llenos de ira, exclamaron:

—Este templo siempre ha sido lugar sagrado. Ningún oficial ni militar había entrado antes aquí. Seguid la tradición y renunciad a la violencia.

Bien oiréis ahora lo que el vicegobernador contestó a los bonzos:

—Eso fue porque los vicegobernadores de antes eran unos cobardes y por eso no fueron respetados. Pero este de ahora no está obligado a seguir su ejemplo. Obedeced a la autoridad.

Ante esas palabras, los bonzos se lanzaron al ataque contra los soldados del vicegobernador, quienes, por su parte, intentaban avanzar en el templo. En medio de la refriega, el caballo favorito del vicegobernador se rompió la pata. Los dos bandos recurrieron a las armas, al arco y a la espada. Lucharon varias horas hasta que viendo Morotsune, el vicegobernador, que la batalla se le escapaba, ordenó la retirada. Pero, más tarde, reunió a todos los funcionarios y soldados de la provincia y, con mil hombres a caballo, atacó Ukawa e incendió los edificios del monasterio.

Ukawa era un monasterio filial de Hakusan[96], por lo cual los altos dignatarios de este otro templo pidieron justicia. Estos hombres eran Gishaku, Gakumei, Hōdai-bō, Shōchi, Gakuon y Tosa-no-ajari. Su clamor hizo que se levantaran en armas los bonzos de los ocho templos y los sacerdotes de los tres santuarios que había en toda la montaña. En total, eran más de dos mil.

Al caer la noche del día nueve del séptimo mes de ese año, el ejército de bonzos avanzó hacia el palacio del vicegobernador. Como era ya de noche cuando llegaron a los alrededores del palacio, decidieron

96 Hakusan, también llamada Shirayama, es una de las tres montañas sagradas de Japón, junto con el monte Fuji y el Tateyama. Era la sede de un famoso centro religioso fundado por el maestro Taichō en 720.

atacar a la mañana siguiente. El viento preñado de rocío de aquella noche otoñal soplaba por encima de las mangas de sus armaduras y de la punta de sus arcos. Los relámpagos, al tiempo que iluminaban las nubes de la noche, sacaban destellos del metal de sus yelmos. Al ver esto, Morotsune debió de pensar que iba a perder la batalla y aprovechó la noche para huir hacia la capital.

A la hora del conejo (seis de la mañana) del día siguiente, la turba de bonzos atacó el palacio entre gritos de batalla. Pero del interior del palacio ni siquiera se oía un ruido. Cuando enviaron un bonzo para ver qué pasaba, comprendieron que todos habían huido. No había enemigo a quien combatir y en quien descargar la ira. Entonces decidieron presentar una reclamación al templo central, en la capital. Tras decorar el palanquín sagrado del santuario de Shirayama lo cogieron y se dirigieron al monte Hiei, en Higashi Sakamoto, donde llegaron hacia la hora del caballo (mediodía) del día doce del mes octavo de ese año.

A esa hora se desató una gran tormenta que avanzaba rugiendo desde el norte. Tremendos truenos empezaron a resonar. Poco después se puso a nevar. Toda la montaña y la capital quedaron bajo una capa blanca. Y hasta las hojas de los pinos, que todo el año están verdes, se volvieron blancas.

CAPÍTULO XIV

LOS VOTOS

Los bonzos colocaron el palanquín en el santuario de Marōdō, al pie del monte Hiei. El espíritu del santuario de Marōdō, llamado Myō Gongen, está tan relacionado con el de Shirayama como un padre con su hijo. Se entiende así el júbilo que esta inesperada reunión provocó en los dos espíritus. Tan ocupados estaban en recordar viejos tiempos que no tenían tiempo ni para atender las plegarias de los bonzos. El regocijo del encuentro fue incluso superior al que sintió Urashima

cuando encontró a su descendiente de la séptima generación[97] o al del hijo de Buda cuando vio a su padre por primera vez en el monte del Águila[98].

Mientras tanto, fueron acudiendo bonzos hasta reunise en Marōdō tres mil, además de los sacerdotes de los siete santuarios sintoístas[99] que había en el monte Hiei. Todos ellos, hombro con hombro, se unieron en una plegaria honda y fervorosa. ¿Cómo transmitir la profundidad del eco de sus oraciones? En verdad que no se pueden hallar palabras.

No tardaron los bonzos y sacerdotes del monte Hiei en elevar su petición al Emperador-monje.

Exigían que desterrara a Morotaka, gobernador de Kaga, y encarcelara al vicegobernador Morotsune. En la Corte Imperial, sin embargo, dominaba la indecisión. Había nobles y cortesanos que se consultaban y decían en privado:

—¡Ah! Su Majestad no debe retrasar más su decisión. Las peticiones de la gente del monte Hiei siempre han sido atendidas por encima de todo. Por ejemplo, Tamefusa, ministro del Tesoro, y Suenaka, vicegobernador de Dazai, aunque dependían de la Corte Imperial, tuvieron que probar la amargura del destierro cuando fueron acusados por los bonzos de Hiei. Con mayor razón ahora que no se trata más que de Morotaka y de un caso que no requiere ni siquiera investigación.

Pero todos estos que hablaban, lo hacían en círculos íntimos y, temerosos de su posición, no se arriesgaban a tratar de convencer al Emperador. Eran, por lo tanto, fieles al proverbio chino: «Los altos

97 Urashima Tarō es el joven héroe de un cuento popular que rescata a una tortuga maltratada por los niños. La tortuga se transforma en una bella princesa que lo lleva a un palacio submarino en donde vive felizmente con ella tres años. Cuando por fin regresa a su aldea, comprueba que no conoce a nadie excepto a una persona, que resulta ser su descendiente de la séptima generación. Se entera entonces de que han pasado trescientos años desde que desapareció en el mar. Perplejo, abre un estuche que la princesa le había dado y que le había prohibido abrir. Al hacerlo, sale del estuche un humo blanco y Urashima se transforma en un anciano decrépito.

98 Ryōju-zan (en sánscrito *Gradhrakūta*), o monte del Águila o Buitre, es el lugar desde el cual Buda Sakyamuni predicó el Sutra del Loto.

99 Eran los santuarios de Oomiya, Ninomiya, Seishin-ji, Hachiō-ji, San-no-miya, Marōdō y Jūzen-ji.

cargos no aconsejan por miedo a perder su puesto y los bajos cargos se callan por miedo a equivocarse».

Por su parte, el Emperador-monje decía:

—Hay tres cosas, y sólo tres, que se escapan a mi voluntad: las aguas del río Kamo, los dados de Sugoroku y los bonzos del monte Hiei.

Y, en efecto, en tiempo del emperador Toba, el monasterio Heisen-ji de la provincia de Echizen fue obligado a anexionarse a los de Hiei y a depender del de Enryaku-ji[100]. Cuando el Emperador, siempre tan fiel a Hiei, ordenó esa anexión, cuentan que afirmó:

—Va en contra de la justicia, pero la paz ha de mantenerse por encima de todo.

Un día Tadafusa, vicegobernador de Dazai, le preguntó al emperador retirado Shirakawa:

—Si los bonzos bajaran del monte con el palanquín sagrado y se presentaran ante Su Majestad, ¿cómo actuaría Su Majestad?

—Tendría, entonces, que concederles lo que piden —contestó el Emperador[101].

En otra ocasión, un día dos del tercer mes del segundo año de Kao (1095), Minamoto Yoshitsune, gobernador de la provincia de Mino, había intentado confiscar una propiedad que se encontraba dentro de su señorío, para lo cual ordenó matar a un monje llamado Eno, que había vivido mucho tiempo en el monte Hiei. Cuando se enteraron de esto, los sacerdotes sintoístas del santuario Hiyoshi y los dignatarios budistas de Hiei, en total treinta, presentaron la correspondiente denuncia ante la Corte Imperial. Como respuesta, el gran canciller Moromichi ordenó a Yoriharu, de los Yamato Genji, asistente del ministro del Centro, que los dispersara. Los guardias de Yoriharu les lanzaron flechas. Murieron ocho bonzos y diez quedaron heridos; los demás huyeron en todas las direcciones. Después, cuando corrió el rumor de

100 Es decir, a la Sala Fundamental Central o edificio principal del monasterio Enryaku-ji, el famoso centro budista de la secta Tendai, en el monte Hiei, en donde parece ser que vivió y estudió el presunto autor del *Heike*, Yukinaga.

101 Esta anécdota es anterior al tiempo de la narración principal en unos cincuenta años. Este emperador retirado Shirakawa (1053-1129), que instituyó el sistema político de los emperadores retirados o *insei* cuando abdicó en 1087, no debe ser confundido con el Emperador-monje que aparece en lugar prominente en esta obra, Goshirakawa (1127-1192), y del que era bisabuelo.

que los superiores de los monasterios bajarían en persona a hablar del incidente con el mismo Emperador-monje, los guardias de la Corte Imperial avanzaron hasta Nishi Sakamoto, en el mismo monte Hiei, y ahuyentaron a todos los monjes allí reunidos.

Debido al retraso del juicio contra Yoshitsune, los bonzos de Hiei llevaron los palanquines sagrados de los siete santuarios de Hiei al Kompon-chūdō, que está en la cima del monte. Allí congregados, estuvieron rezando siete días la sutra de *Dai-hanna-hyō* y maldiciendo al canciller Moromichi. El último día de los rezos, Chūin, que los dirigía y tenía el título de «Sello de la Ley budista», subió a un lugar prominente y, haciendo sonar la campana, exclamó:

—¡Oh, tú, gran espíritu de Hachiō-ji, que nos has protegido y criado desde nuestra más tierna infancia, a ti te imploramos que una de tus flechas silbantes atraviese el cuerpo del gran canciller Moromichi!

Esa noche ocurrió algo extraño. Alguien en sueños oyó el sonido silbante[102] de una flecha de punta de pezón que desde Hachiō-ji llegó volando hasta la capital. A la mañana siguiente, cuando abrieron la puerta del palacio del gran canciller, encontraron una rama del árbol *shikimi*[103] fresca y húmeda por el rocío como si acabara de ser traída del monte. Fue interpretado como un suceso extraordinario y asociado a la súbita y grave enfermedad del canciller acaecida entonces. Su madre, la esposa del ex gran canciller y regente Motozane, estaba muy afligida y, vistiéndose con ropa de mujer plebeya, enderezó sus pasos al santuario de Hiyoshi donde se recluyó siete días y siete noches para rezar por la salud de su hijo. Además de sus oraciones, ofreció a la divinidad sintoísta innumerables dádivas, como cien actuaciones de *shiba-dengaku*[104], de *hitotsumono*[105], carreras ecuestres, actuaciones de *yabusame*[106], cien combates de *sumo*[107], cien comentarios sobre los

[102] Este sonido silbante se conseguía abriendo varios orificios en el casquete metálico que recubría la punta de la flecha.
[103] Es el árbol del anís, considerado sagrado.
[104] *Dengaku* era una especie de baile que en sus orígenes ejecutaban los campesinos al finalizar sus faenas agrícolas, que estuvo en boga en Japón desde el siglo XII al XVI.
[105] Se trataba de una música que acompañaba las ceremonias de tiro con arco.
[106] *Yabusame* o disparo de flechas desde un caballo a la carrera.
[107] El *sumo*, hoy día el deporte nacional de Japón, era antes una actividad exclusivamente realizada en el Palacio Imperial en determinados días del año.

sutras de Niō[108] y sobre Yakushi[109], cien imágenes de Nyorai Yakushi o el Buda que Cura, y una estatua de tamaño natural de Yakushi, de Sakyamuni[110] y de Amida[111]. Además, hizo tres votos. Sin embargo, nadie, excepto ella, supo de qué votos se trataba, pues lo ocultó en lo más profundo de su corazón.

Pero lo más extraordinario tuvo lugar la séptima noche cuando, en el templo de Hachiō-ji, entre los muchos creyentes y peregrinos, una joven adivina llegada de la remota región de Michinoku[112] se desmayó a medianoche, quedando casi sin respiración. La llevaron aparte y rezaron por ella. Enseguida la mujer volvió en sí, recobró el aliento y, poniéndose en pie, empezó a bailar. Después de haber bailado durante media hora, el espíritu del monte Hiei entró en su cuerpo y, por su boca, pronunció varios y temibles oráculos:

—Escuchad todos. La esposa del anterior gran canciller y regente se ha recluido durante siete días en mi santuario y ha hecho tres votos a cambio de que yo alargue la vida del gran canciller, su hijo. El primero es que se unirá a la multitud de peregrinos tullidos y enfermos que hay en las salas de espera del santuario, y que durante mil días me servirá día y noche. Me he compadecido del amor que por su hijo demuestra esta mujer que, pese a su alta alcurnia, está dispuesta a servirme día y noche con los pobres.

Su segundo voto es que construirá una larga galería desde el Salón de Entrada hasta la Sala Principal del templo de Hachiō-ji. Hace mucho que me da pena ver las incomodidades de los tres mil monjes: a merced del viento y de la lluvia cada vez que vienen hasta aquí.

108 En este sutra se describe a un rey benevolente que tomó las armas para salvar a su país.

109 Esta encarnación budista, sumamente popular, representa al Buda que Cura o el Maestro Médico (en sánscrito, *Bhaishajy guru*), el dador de la longevidad.

110 En sánscrito, «Sabio de los *Sakyas*», epíteto aplicado a Buda Sakyamuni.

111 Amida es la pronunciación japonesa de la transliteración china de los nombres sánscritos de Buda (en sánscrito, *Amitahbha*) con el significado de «Buda de la Luz Infinita».

112 Corresponde a la región más al norte de la isla de Honshu, en la actual prefectura de Aomori, donde, incluso hoy en día, abundan las mujeres con supuestos poderes adivinatorios.

Su tercer voto consiste en que, si yo salvo la vida del gran canciller, hará que se celebre una reunión para comentar el sutra del Loto todos los días, uno tras otro, sin faltar uno solo.

De estos tres votos, valoro especialmente el tercero, pues celebrar tal reunión es algo meritorio. Sin embargo, pese a que lo que pedían los monjes al Emperador era del todo razonable y podía ser atendido fácilmente, el Emperador no lo ha admitido. Además, algunos sacerdotes y monjes fueron asesinados y otros heridos. Estos heridos acudieron a mí para quejarse con lágrimas y yo me compadecí de ellos, hasta tal punto que la llaga causada en sus carnes por la flecha también la tengo yo en mi propia piel como manifestación de Buda. Mirad si digo o no la verdad.

Y, diciendo esto, la joven se desnudó el hombro y mostró debajo de su brazo izquierdo una gran llaga abierta del tamaño de un cuenco.

–La gravedad de esta llaga es tan grande que las oraciones de esta madre, por fervorosas que sean, no podrán ser del todo atendidas. Pero debido a su voto de celebrar las reuniones sobre el Sutra del Loto, voy a alargar la vida de su hijo tres años más. Si no le parece esto suficiente, más no puedo hacer.

Así habló la divinidad y abandonó el cuerpo de la mujer. La madre del canciller no había revelado a nadie sus tres votos excepto a la divinidad, por lo que quedó fuertemente impresionada cuando le contaron las palabras dichas por boca de la adivina. Agradecida desde el fondo de sus entrañas, dijo con lágrimas en los ojos:

–Aunque la divinidad sólo le concediera un día más de vida, sería una bendición... ¡Cuánto más que le conceda a mi hijo tres años más! ¡Bendita sea!

Y llorando de felicidad, bajó de la montaña. Nada más regresar a la capital, cumplió su promesa. Donó al templo de Hachiō-ji una propiedad de su hijo, en la provincia de Ki, en donde desde entonces hasta hoy se sigue celebrando a diario una reunión para comentar el Sutra del Loto.

No tardó el gran canciller en recuperar su salud. Todo el mundo, ya fuera de clase alta o baja, se alegró, pero los tres años pasaron como un sueño. Y la era de Eichō entró en su segundo año (año 1097). El día veintiuno del sexto mes, el gran canciller volvió a caer enfermo debido a una erupción maligna en su cuero cabelludo. Y el día veinti-

siete del mismo mes, a los treinta y ocho años, murió. Era un hombre extraordinario, de carácter fuerte y de inteligencia aguda; pero nada pudo hacer cuando le llegó su hora excepto lamentar la brevedad de su vida. Más triste fue todavía que, sin haber cumplido los cuarenta años, su padre lo sobreviviera. No hay razón para que el padre haya de morir siempre antes que el hijo, pero incluso Buda, la perfección de la virtud, y los *bodisatva* más iluminados estuvieron obligados a seguir la ley de la vida y la muerte. La divinidad del monte Hiei, aun siendo misericordiosa, hubo de actuar con justicia por el bien de los hombres. Por eso el gran canciller no pudo evitar ser castigado.

CAPÍTULO XV

LA MARCHA CON LOS SAGRADOS PALANQUINES

Pero volvamos a nuestra historia. Volvamos a esos otros años, cuando eran desatendidas las repetidas peticiones de los bonzos del monte Hiei al Emperador para que desterrara al gobernador Morotaka y encarcelara al vicegobernador Morotsune. Decidió entonces toda la multitud de bonzos del monte no celebrar la festividad del santuario Hiyoshi y sí en cambio dirigirse en tropel al Palacio de Clausura llevando en andas los sagrados palanquines de los tres santuarios que había en el monte, Jūzen-ji, Marōdō y Hachiō-ji.

Fue en la primera hora del dragón (ocho y media de la mañana) del día trece del mes cuarto del tercer año de la era de Angen (año 1177) cuando aparecieron los bonzos meciendo sobre los hombros los palanquines decorados.

Por todos los barrios del noreste de la capital, por Sagarimatsu, Kirezutsumi, por las orillas del río Kamo, Tadasu, Umematsu, Yanagihara y Tōhoku-in, ¡qué gran multitud de sacerdotes sintoístas y de monjes budistas con sus seguidores y sirvientes! Los palanquines eran llevados al oeste por las calles de Ichihō. Las sagradas imágenes que había sobre ellos refulgían bajo los rayos del sol. Quienes las miraban

sentían que la luna y el sol habían bajado a la tierra. ¡Tal era su esplendor!

Mientras tanto, a los generales de las dos familias militares, los Heike y los Genji, se les había ordenado que se apostaran con sus soldados en las cuatro puertas de acceso al Palacio Imperial para defenderlas de los bonzos. Por parte de los Heike, Shigemori, el capitán general de la Izquierda, guiaba un ejército de unos tres mil jinetes que defendían las tres puertas, llamadas Yōmei, Taiken y Yūhō, que daban a la avenida de Oomiya, en la fachada oriental del palacio. Los hermanos más jóvenes de Shigemori, Munemori, Tomomori y Shigehira, y sus tíos, Yorimori, Norimori y Tsunemori, vigilaban las puertas del suroeste del palacio. En cuanto a los Genji, Minamoto Yorimasa, noble del tercer rango, guiaba una fuerza de sólo trescientos jinetes que protegían la puerta norte, en Nuidono, tarea en la que le ayudaban Habuku y Sazuku, del clan de los Watanabe. Este lugar era amplio y sus soldados escasos, por lo que estaban muy diseminados.

Al darse cuenta los bonzos de cuál era el punto más vulnerable de la defensa, decidieron entrar con los palanquines por la puerta norte. Yorimasa, en un alarde de nobleza y valor, se bajó del caballo, se quitó el yelmo e hizo una cortés reverencia ante los palanquines. Todos sus soldados hicieron lo mismo. Y decidió enviar a Chōjitsu Tonau como emisario a los bonzos. Iba Tonau vestido ese día con una armadura de faldillas de color verde claro y llevaba un peto decorado con un dibujo de flores de cerezo sobre fondo amarillo y con la espada con incrustaciones de rojizo cobre. Llevaba veinticuatro flechas de blancas plumas y bajo su brazo un arco lacado en negro con tiras de enrojecido mimbre. Al llegar frente a los bonzos, se quitó el yelmo, se lo colgó del hombro y, haciendo una profunda inclinación ante los palanquines, habló así:

—Hombres de religión: traigo un mensaje del señor Yorimasa. La petición de los monjes del monte Hiei se atiene a la justicia y a la razón. Es de lamentar que todavía no haya sido atendida debidamente. Por lo tanto, nosotros no tenemos derecho a impedir que entréis en el palacio con los palanquines a reclamar justicia. Pero os advierto: la puerta que defiende Yorimasa se encuentra casi indefensa. Si entráis por ella, seréis el objeto de burla del pueblo de Kioto por haber elegido la vía más fácil. Esas burlas dañarán vuestra fama en años futuros.

Si os dejamos entrar, desobedecemos la orden imperial; por otro lado, si os oponemos resistencia, tendremos que abandonar nuestra profesión de guerreros ya que, desde hace mucho, somos fieles devotos a las divinidades del monte Hiei y contra ellas no podemos empuñar las armas. La decisión, por lo tanto, es muy complicada. El señor Shigemori defiende las puertas del este con muchos hombres. ¿No sería mejor que entrarais por esa puerta?

Al oír este parlamento, los sacerdotes y los bonzos vacilaron un momento. Había, sin embargo, muchos bonzos jóvenes que gritaban:

—No nos importa lo que diga este mensajero. ¡Pasemos con los palanquines por esta puerta!

Pero, entre los más ancianos, había un tal Setsu no Risha Goun, conocido por su elocuencia y sabiduría en los Tres Recintos[113]. Éste se adelantó y dijo:

—Las palabras de Yorimasa son realmente razonables. Si queremos dignificar nuestra petición con la presencia de los sagrados palanquines, ganaremos mucha gloria si entramos por la puerta principal, que es la más fuerte. Si no, perderemos honra. Además, hay que tener en cuenta que este Yorimasa es el heredero de la línea de sucesión de los Genji y descendiente de un príncipe que fue sexto en la sucesión al trono del emperador Seiwa[114]. Y no sólo eso; es también un maestro en el tiro con arco, y sobresale en las armas. Y, por añadidura, un gran poeta. Se cuenta que durante el reinado del emperador Konoe, en el curso de un certamen poético, el Emperador sugirió el tema de «flores en una montaña remota», pero nadie podía abordarlo bien. Entonces, el señor Yorimasa se ganó la estima del Emperador con esta famosa improvisación:

Del frondoso bosque lejano
el nombre no sabíamos
de sus árboles.

113 El complejo monástico de Enryaku tenía tres recintos en el monte Hiei: el del este y el del oeste, con cinco residencias cada uno, y el recinto de Yokawa, con tres residencias.

114 El número 56 de la dinastía imperial y que reinó de 858 a 876.

Pero la flor del cerezo
cuando su hermosura desveló,
también desnudó su nombre.

¿Vamos a deshonrar a un hombre así? ¡Retiremos de aquí los sagrados símbolos!

La multitud de bonzos, desde los primeros de la fila hasta los últimos, gritaron asintiendo a la propuesta del anciano monje.

Retiraron, pues, los palanquines e intentaron entrar por el este, por la puerta principal, la llamada Taiken. Y entonces se encendió la violencia, pues los guerreros de Shigemori lanzaron una lluvia de flechas. Algunas de éstas alcanzaron el sagrado palanquín de Jūzen-ji, otras a los sacerdotes y bonzos, matando a algunos e hiriendo a muchos. Sus alaridos llegaron hasta el Paraíso de Bonten[115], penetraron en las entrañas de la tierra asustando hasta a las divinidades. El ejército de bonzos abandonó los sagrados símbolos delante de la puerta imperial y con lágrimas en los ojos regresaron al monte Hiei.

CAPÍTULO XVI

EL PALACIO IMPERIAL EN LLAMAS

Al anochecer, bajo la presidencia de Kanemitsu, el archivero de la Izquierda, tuvo lugar una asamblea extraordinaria de nobles en el Palacio Imperial. Todo el mundo expresaba su opinión:

—El séptimo mes del cuarto año de la era Hōan (año 1123), cuando el palanquín sagrado fue traído a la capital, el Emperador ordenó al superior general de la escuela Tendai que lo protegiera de la

[115] Bonten o Brahma (sánscrito, *Pali*) es el nombre de una de las divinidades del hinduismo, la personificación del principio fundamental, y fue incorporado al budismo como una de las dos divinidades tutelares principales (la otra era Shakra o Indra). Su paraíso es el primero y el más bajo de los cuatro paraísos del mundo de las formas (*sahā*).

violencia y lo llevara al santuario de Sekizan. Asimismo, el cuarto mes del cuarto año de Hōen (año 1138), se le pidió a Chōken, el sumo sacerdote del santuario Gion, que lo custodiara en su santuario.

Dicho esto y siguiendo el precedente de la era Hōen, el Emperador ordenó al sumo sacerdote del santuario Gion[116] que guardara los palanquines en su templo. Además, fueron sus sacerdotes los encargados de sacar las flechas clavadas en los sagrados símbolos.

Los nobles dijeron después:

—Sabemos por la historia que desde la era de Eikyū (1113-1117) a la actual de Jishō (1177-1181), los ejércitos monásticos han bajado en seis ocasiones del monte de Hiei y han marchado hacia el Palacio Imperial con los palanquines sagrados. En todas ellas, los soldados imperiales han recibido instrucciones de alejar del palacio a los bonzos. Pero ésta ha sido la primera vez que se han disparado flechas contra los palanquines. Y recordemos que hay un dicho: «Si la divinidad monta en cólera, la desgracia visita la capital».

Hacia la medianoche del día catorce de ese mismo mes (cuarto mes del año 1177) corrió el rumor de que nuevamente la gran turba de bonzos del monte bajaba sobre la capital. Entonces, el Emperador montado en su augusto carruaje se dirigió al Palacio de Clausura en Hōjū-ji para buscar refugio. Lo escoltaron nobles y cortesanos, entre ellos el canciller y el primer ministro. También la Emperatriz fue llevada en su carruaje a otro lugar, siendo escoltada por Shigemori, el ministro del Centro, con el traje de Corte y una aljaba en la espalda. Lo acompañaba el hijo de éste, el capitán Koremori, con ropa de gala y una aljaba de forma aplanada en la espalda. Por toda la nobleza del palacio, desde el más alto al más bajo, y entre todo el pueblo de la capital, desde el más rico al más pobre, se extendían un formidable revuelo y una gran inquietud.

Mientras tanto, en el monte Hiei, los tres mil bonzos celebraban su propia asamblea y discutían sobre las flechas clavadas en el sagrado palanquín, sobre la matanza y las heridas a sus compañeros de religión. Estaban entonces a punto de llegar a la decisión de prender fuego a todos los santuarios y monasterios de la montaña —desde Oomiya y Ninomiya hasta la Sala de Conferencias y la Sala Principal—

116 Denominado el santuario de Yasaka desde el comienzo de la era de Meiji (1868).

como protesta por esos ultrajes. Si lo hicieran, podrían buscarse nuevas moradas en la llanura y en otras montañas. Pero en este punto de la discusión, el Emperador-monje se dignó enviar como emisarios a la asamblea a unos sacerdotes ancianos para proponer una solución. Pero los sacerdotes fueron capturados antes de llegar por un gran número de bonzos que habían bajado de la montaña hasta Nishi Sakamoto.

Entonces, desde la Corte se nombró como enviado especial al consejero Tokitada, que por aquel tiempo sólo era jefe de la guardia de la Izquierda. Pero los bonzos de los Tres Recintos, reunidos en el patio de la Gran Sala de Conferencias, se mofaban de Tokitada:

—Apresad al enviado especial. Tirad al suelo el capirote que lleva en la cabeza. Atadlo y arrojadlo al lago.

Al darse cuenta de que estaba en peligro, Tokitada se dirigió a ellos en estos términos:

—¡Calmaos, oh hombres de religión! Tengo algo que deciros.

Entonces sacó de la escotadura de su kimono una moleta o piedra de tinta china y un trozo de papel. Escribió algo en el papel y lo hizo circular entre los monjes. Lo que los monjes leyeron era esto: «Que los bonzos guerreros se conduzcan con violencia, eso es obra del demonio. Que el emperador repruebe tal conducta, eso es obra de la protección de Buda».

Cuando los bonzos leyeron este mensaje, no osaron hacer daño al enviado. Reflexionaron y reconocieron la verdad de las palabras que había escrito. No tardaron en retirarse a sus celdas de los templos y cuevas de la montaña. ¡No es admirable que con sólo dos frases escritas en un trozo de papel se hubiera apaciguado a todo un ejército de furiosos bonzos! De esa forma, Tokitada evitó su deshonra y la de los Heike. ¡Qué sabio proceder! También los bonzos se ganaron la simpatía del pueblo pues, aunque siempre bajaban a la capital a causar problemas, habían sabido razonar con admirable sensatez y retirarse en prudente silencio.

El día veinte de ese mes, Tadachika, el viceconsejero, fue nombrado juez de este caso. Su sentencia fue que el gobernador Morotaka fuera desterrado a Itoda, en la provincia de Owari, y que su hermano Morotsune, el vicegobernador, fuera encarcelado. En cuanto a los seis soldados que habían asaeteado los sagrados palanquines, fueron también encarcelados el siguiente día trece. Todos ellos eran samuráis de

Shigemori y sus nombres eran: Masazumi, Masasue, Iekane, Iekuni, Yasuie y Yasutomo.

El día veintiocho del cuarto mes del mismo año (1177), a eso de la hora del jabalí (diez de la mañana), se desató un incendio que se propagó desde Higuchi Tomino y se extendió por toda la capital a causa del fuerte viento que venía del sudeste. Las llamas eran enormes ruedas de fuego que, desde tres y cinco barrios de distancia, avanzaban hacia el noroeste en diagonal, devorando todo a su paso. La vista era aterradora. Treinta palacios de antigua fama fueron destruidos: el palacio de las Mil Semillas del príncipe Guhei, el palacio del Ciruelo Rojo de Tenjin de Kitano, el palacio del Pino Trepador de Kitsu Isse, el palacio del Demonio, el palacio del Pino Alto, el palacio de los Dinteles, el palacio del Este de la Tercera Avenida, la mansión de Kan-in del ministro Fuyutsugi, y la mansión del Foso del *sōjō*[117] Shōsen. Además, dieciséis mansiones de miembros de la alta nobleza fueron arrasadas por las llamas. También un sinnúmero de casas y mansiones de cortesanos y altos funcionarios fueron destruidas. Finalmente, las llamas llegaron al Palacio Imperial. Rápidamente, la Puerta Shuyaku, la Puerta Ooden, la Puerta Kiashō, el Salón del Trono, el Salón de Banquetes, ocho oficinas de la administración imperial y el archivo de documentos quedaron reducidos a cenizas en un abrir y cerrar de ojos. Además, numerosos tesoros, crónicas de familias y documentos de muchas generaciones fueron pasto de las llamas. Las pérdidas fueron incalculables.

En el incendio perecieron varios centenares de personas y un número incalculable de bueyes y caballos. La catástrofe no fue natural, sino el castigo de la divinidad de la montaña. Pues, en efecto, alguien en sueños había visto cómo dos o tres mil monos armados de antorchas descendieron del monte Hiei y prendieron fuego a la capital.

Durante el reinado del emperador Seiwa, en el año decimoctavo de la era Jōgan (año 876), el Salón del Trono se había incendiado por primera vez. Por eso, la ceremonia de investidura del emperador Yōzei se celebró en el Salón de Banquetes el día tres del primer mes del si-

117 Una alta dignidad budista, aunque inferior a *daisōjō*.

guiente año. La ceremonia para iniciar la reconstrucción[118] tuvo lugar el día nueve del cuarto mes del primer año de la era Gankyō (877); las obras concluyeron el día ocho del décimo mes del año siguiente.

De nuevo el Salón del Trono fue pasto de las llamas durante el reinado del emperador Goreizei, el día veintiséis del segundo mes del quinto año de la era Tenki (1057). La ceremonia de reconstrucción se realizó el día catorce del octavo mes del cuarto año de Jiryaku (1068), aunque el Emperador falleció antes de ver finalizada la obra. Fue durante el reinado del emperador Gosanjō cuando por fin se terminó la obra, el día quince del cuarto mes del cuarto año de Enkyo (1072), ocasión que mereció que letrados y músicos compusieran poemas y músicas.

Que no se haya realizado la reconstrucción del Salón del Trono después del último incendio se debe, sin duda, a que vivimos en los últimos años de un mundo en caos[119] y a que el poder del país es débil.

118 El comienzo de una construcción era señalado con una ceremonia de purificación del lugar realizada por un sacerdote sintoísta. Esta costumbre pervive en el Japón moderno.
119 Véase la n. 35 en el cap. V del Libro primero.

LIBRO SEGUNDO

CAPÍTULO I

EL DESTIERRO DEL *DAISŌJŌ* MEI-UN

El día cinco del quinto mes del primer año de la era Jishō (año 1177) se promulgó un edicto imperial: al *daisōjō*[1] Mei-un, superior general de la escuela Tendai, no sólo se le retiraba el permiso de oficiar las ceremonias budistas en la Corte, sino que también se le destituía como máxima autoridad religiosa de la Casa Imperial. A Mei-un, además, a quien se le había confiado la custodia de la imagen de Kannon Nyoirin[2], se le exigía ahora la restitución de la imagen al palacio. Se acusaba a Mei-un de ser el principal instigador de la reciente marcha de los bonzos con los sagrados palanquines hasta el Palacio Imperial. Por esta razón estaba detenido y se le hizo comparecer ante el emperador-monje Goshirakawa.

Parece ser que Mei-un guardaba rencor contra el gobernador de la provincia de Kaga por haberle confiscado unas tierras que el *daisōjō* poseía en dicha provincia, y que por eso Mei-un había incitado a los bonzos contra la Corte Imperial. Ésta es la versión que el sacerdote Saikō y su hijo Morotaka le habían contado al Emperador-monje, provocando su ira. El pueblo temía que el *daisōjō* fuera a ser castigado severamente.

1 *Daisōjō* designaba al más alto título budista del rango de Hōin («Sello de la Ley de Buda»).

2 Es una de las distintas manifestaciones de Kannon, que se representa –y de ahí su advocación– con una piedra preciosa o *nyoshu* capaz de satisfacer cualquier deseo y con la Rueda de la Ley Budista o *nōrin*.

Al conocer la indignación del Emperador-monje, Mei-un fue a la Corte a devolver el sello y la llave del templo, mostrando así su renuncia al cargo de superior general.

El día once del quinto mes, el príncipe Kakukai, séptimo en la sucesión al trono a la muerte del emperador Toba, fue nombrado superior general. Era discípulo de Gyōgen, superior del templo de Shōren-in. Al día siguiente, no contentándose el Emperador-monje con que Mei-un se quedara sin cargo, fueron enviados guardias imperiales a la residencia del prelado para aplicarle el castigo del agua y el fuego, es decir, prohibirle beber agua tapando el brocal de su pozo y prohibirle hacer fuego echando agua en el fogón de su casa. Al conocer este castigo, hubo un gran revuelo en la capital, pues se temía que los bonzos del monte Hiei invadieran de nuevo la ciudad.

El día dieciocho tuvo lugar el Gran Consejo Imperial, presidido por el primer ministro y asistido por dignatarios, para debatir qué otro castigo infligir al *daisōjō* depuesto. Uno de los reunidos, Nagakata, que no era más que consejero medio de la Izquierda y que ocupaba el último estrado, se levantó e intervino así:

—Según el parecer del comité de juristas, la sentencia contra Mei-un sería el exilio, un castigo ciertamente menor que la pena de muerte. Forzoso es reconocer, sin embargo, que este varón es docto en las enseñanzas esotéricas de la religión. Además es célebre por la austeridad de su vida y por la fidelidad a la doctrina budista. Ha enseñado el sutra del Loto al mismo emperador Takakura e incluso los principios del budismo Mahayana al emperador-monje Goshirakawa. Me pregunto entonces, ¿cómo podemos castigar a una eminencia en la doctrina de Buda? Si lo degradamos a simple seglar y además le desterramos, cómo reaccionaría Buda? Creo que debemos aliviarle la pena del destierro.

Todos los presentes manifestaron su acuerdo con la opinión de Nagataka. Pero el Emperador-monje se mostró inflexible y la sentencia del destierro se mantuvo. El primer ministro en persona, Kiyomori, fue al Palacio de Clausura a interceder por Mei-un, pero regresó sin que le recibiera el Emperador-monje, que puso el pretexto de sentirse indispuesto.

De acuerdo con las normas de castigo a un religioso, Mei-un fue desposeído de la condición de *daisōjō* y de religioso y recuperó su

condición de laico. Le dieron el título de escribano del Consejo y el nombre secular de Matsueda Fujî.

Mei-un era, de hecho, hijo del consejero Akimichi, que a su vez procedía en sexta generación del príncipe Gujei, séptimo en la sucesión al trono del emperador Murakami[3]. Mei-un era un hombre de inimitable virtud y el primer religioso del Imperio, respetado por el pueblo y la Corte. Había sido superior de los monasterios de Tenō-ji y de los seis antiguos templos de Kioto. No obstante, un tal Yasuchika Abe, jefe del Consejo de Adivinaciones, le criticó una vez en estos términos:

—No entiendo cómo un sabio se puede hacer llamar Mei-un o «Nubes Luminosas», cuando las nubes son las que están debajo, y la luna y el sol son los astros que nos iluminan desde arriba.

Mei-un había llegado a la dignidad de superior general de Tendai el día veinte del segundo mes del primer año de la era Ninan (año 1166). El día quince del tercer mes de ese año subió al monte Hiei, donde estaba el templo Enryaku, y entró en la Sala Central del templo para dar gracias a Buda por su nombramiento. Al abrir la Capilla del Tesoro de esa sala, encontró una caja de un *shaku*[4] de grande, envuelta en un paño blanco. Cuando un superior general que no ha cometido pecado en su vida abre esta caja y mira en su interior, siempre encuentra un rollo de papel amarillo. En él, el mismo Dengyo Daishi[5] había escrito de su puño y letra los nombres de todos los superiores generales de los tiempos venideros. La costumbre dictaba que cada nuevo superior general debía leer hasta donde aparecía su nombre escrito y, sin leer más, tenía que volver a enrollar el manuscrito y guardarlo donde estaba. Seguro que el *daisōjō* Mei-un siguió la tradición. Pese a eso y a ser un venerable varón, no pudo escapar al karma de su anterior existencia. En verdad que su suerte fue digna de lástima.

Así pues, el día veintiuno del quinto mes del primer año de la era de Jishō se decidió que la provincia de Izu sería su lugar de exilio. Fueron muchos los que trataron de interceder por él, pero debido a la

[3] Soberano 62 de la dinastía imperial (946-967).
[4] Un *shaku* equivale aproximadamente a 30,35 cm.
[5] También conocido como Saichō (767-822), fundó el centro monástico del monte Hiei y estableció en Japón la secta budista Tendai, cuyas doctrinas había estudiado en China.

influencia del sacerdote Saikō y de su hijo, la sentencia se llevó a cabo. Se determinó que ese mismo día abandonara la capital, por lo cual varios guardias se dirigieron a su residencia en Shirakawa para desalojarlo. Con lágrimas en los ojos, el pobre religioso dejó su casa y se dirigió provisionalmente a Issaikyō, cerca de Awataguchi.

Los bonzos de la montaña o del monte Hiei habían comprendido que sus enemigos no eran otros que Saikō y su hijo. Escribieron, entonces, sus nombres en un papel y lo pusieron debajo de la pierna izquierda de la imagen de Kompira[6], una de las doce deidades, que se encuentra en el salón central del templo[7]. A estas deidades se dirigieron los bonzos cuando rezaron en voz alta. Bien oiréis lo que decían:

—¡Oh, vosotras, doce deidades de los mil *Yashas*[8]! Sin demora, quitad la vida a Saikō y a su hijo.

¡Y qué aterrador eco producían en el salón las voces atronadoras de todos los bonzos reunidos en tal plegaria!

El día veintitrés del mismo mes, Mei-un abandonó su celda de Issaikyō y se puso en marcha hacia su lugar de destierro. Los guardias que lo escoltaban, sin tener en cuenta que había sido un *daisōjō*, que tenía tratamiento de eminencia y era la más alta autoridad religiosa de la Corte, lo empujaban sin miramientos en su triste camino a un exilio desde el que no vería la capital. Al pasar por la playa de Uchide, cerca de Ootsu, y divisar de lejos las cornisas de la sala Monju-rō, no quiso mirarlas por segunda vez, sino que tapándose el rostro con la manga de su hábito lloró amargamente.

Entre los muchos bonzos ancianos de los monasterios del monte Hiei, había un tal Chōken, que después sería nombrado también *Hōin* («Sello de la Ley Budista»). Este Chōken anduvo al lado de Mei-un todo el camino del destierro hasta Awazu, desde donde tuvo que regresar. Mei-un, conmovido por la lealtad de Chōken y en señal de agradecimiento, le transmitió la enseñanza de las «Tres Miradas en un

6 Kompira Daigongen es otra de las deidades que ilustran el sincretismo budista-sintoísta. Tiene sus orígenes en la divinidad india del cocodrilo del Ganges, *Kumbhīra*. En el Japón de la época Heian, marineros y pescadores eran especialmente devotos de esta benevolente deidad.

7 Se refiere a los doce servidores del Buda que Cura.

8 Son seres mencionados en el canon budista de fuerzas sobrenaturales y, en muchos casos, representan entidades demoníacas hostiles a los hombres.

Solo Corazón». Esta doctrina, que Mei-un había guardado muchos años en secreto y que había enseñado el mismo Buda, fue transmitida por Memyō, en el centro de la India, y por Ryūju, un *bodisatva* del sur de la India. Finalmente, merced a la compasión de Mei-un, había llegado a Chōken.

Y es que en nuestro país, aunque es pequeño, lleno de islas y alejado del país de Buda, y pese a encontrarnos en una época de caos, había hombres virtuosos como este Chōken. Llorando de gozo por haber recibido la sagrada doctrina regresaba a la capital enjugándose las lágrimas con la manga de su hábito[9].

Los bonzos habían vuelto a congregarse en el monte Hiei y discutían sobre la situación en estos términos:

—Desde los tiempos de Gishin, nuestro primer superior general, y a lo largo de las cincuenta y cinco generaciones que lo han sucedido, ningún superior general ha sido desterrado. Para conocer la historia de nuestra orden, es preciso remontarse a la era de Enryaku[10], cuando el emperador Kanmu fundó la capital de Kioto y el gran maestro Dengyo subió a esta montaña e infundió la doctrina de nuestra escuela Tendai. Desde entonces ninguna mujer, ya que las mujeres están sujetas a los Cinco Impedimentos[11], ha sido autorizada a poner los pies en estos sagrados recintos a fin de que los tres mil bonzos pudieran entregarse por completo a la meditación. Año tras año, en la cumbre de nuestra montaña se ha venido recitando el sutra del Loto, y, día tras día en las faldas de la misma, las divinidades de los siete santuarios responden a las plegarias de los fieles.

En la India, en el lugar donde habitaba Buda se encuentra el monte del Águila, al noreste de la capital amurallada de ese país. También en Japón el monte Hiei se encuentra al noreste de la capital

9 Enjugarse las lágrimas con la amplia manga del kimono o del hábito religioso era un gesto no sólo aceptable en el reglamento de buenas formas de la época, sino además sancionado por el código estético de una larga tradición literaria.

10 Del año 780 al 805.

11 Estos cinco impedimentos o cinco limitaciones (en el original, *go-shō*) radican en que las mujeres no pueden llegar a ser Señor del Cielo o Brahma, Divinidad tutelar de la fe budista o Shakra, Personificación de las pasiones o Mara, Rey de la Rueda Giradora, Buda. La expresión «Cinco Limitaciones» suele ir unida a la de «Las Tres Obediencias» de las mujeres (obediencia a los padres en la niñez, al marido en la madurez, y al hijo en la vejez), código de conducta derivado del confucianismo.

imperial. Es un enclave sagrado para todo el país orientado hacia la puerta del demonio[12]. Han sido muchas las generaciones de sabios emperadores y súbditos que han dedicado altares en este lugar. Y, a pesar de vivir en tiempos de tal degeneración como los actuales, ¿cómo vamos a poder aceptar tamaña deshonra? ¡No aceptaremos tal oprobio!

Y, con gritos de ira, los bonzos se dispusieron a iniciar el descenso de la montaña en dirección a Higashi Sakamoto.

CAPÍTULO II

EL EJEMPLO DEL MAESTRO ICHIGYO

Pero cuando llegaron frente al santuario de Juzen, los bonzos volvieron a deliberar así:

–Debemos ir a Awazu[13] cuanto antes y traer a nuestro superior general. Va a ser difícil porque está bajo la escolta de la Guardia Imperial. Sólo la divinidad de la montaña podrá ayudarnos. ¡Oh, dios de la montaña, envíanos una señal aquí y ahora que nos dé la confianza necesaria para recuperar con seguridad a nuestro maestro!

Tras decir esto, los bonzos más ancianos se pusieron a rezar fervorosamente. Entonces, un joven novicio de dieciocho años llamado Tsuru-maru, sirviente de Jōen Risshi, un sacerdote de Mudō-ji, comenzó a sufrir convulsiones y a sudar hasta perder el sentido. El espíritu del templo de Juzen parecía haber entrado en su cuerpo, pues fue este espíritu el que habló por boca del muchacho con estas palabras:

–Aunque estamos en tiempos de caos, ¿cómo voy a consentir que se envíe lejos al superior general de mi montaña? Gran desconsuelo sentiré si lo consiento, por muchas vidas en las que me reencarne. Si

[12] Según una leyenda asociada a la teoría taoísta del *ying-yang*, los demonios vienen del noreste. Por eso, la «puerta del demonio» se refiere a la puerta del noreste, punto cardinal considerado de mala suerte.

[13] Al oeste de Kioto y al sur del lago Biwa.

el destierro se llevara a cabo, ¿qué sentido tendría el manifestarse en las faldas de la montaña?

Con estas palabras, el muchacho ocultó su rostro con las dos mangas y lloró desconsoladamente. Pero los monjes ancianos dudaban de la autenticidad del oráculo y desearon ponerlo a prueba. Así que dijeron:

—Si eres en verdad un oráculo de Juzen-ji, danos una señal. Devuelve su rosario a cada dueño sin equivocarte.

Y los cuatrocientos o quinientos bonzos ancianos que allí había tiraron por el suelo de la galería del templo sus rosarios mezclándolos todos. Al instante el joven corrió para recogerlos y devolvió cada rosario a su dueño sin equivocarse ni una sola vez. Los bonzos sintieron entonces la fuerza espiritual de la divinidad, juntaron sus manos, y lloraron con lágrimas de veneración y agradecimiento al dios.

—Es un oráculo favorable. Vayamos todos a rescatar al superior general.

Así creyeron todos. Se levantaron y, agrupándose como una nube inmensa que anuncia la tormenta, se pusieron en marcha. Una parte se dirigió por la ruta de la costa hacia Shiga y Karasaki[14], mientras que la otra se embarcó en el lago y remó en dirección a Yamada y Yabase[15]. La escolta de la Guardia Imperial, que custodiaba al *daisōjō*, al ver cómo se acercaban tantos bonzos sintió temor y sus miembros se dispersaron en los cuatro horizontes.

Todos los bonzos se dirigieron al templo de Kokubun[16]. El *daisōjō* Mei-un, su superior general, se asombró en extremo al verlos aparecer y habló así:

—Se dice que para el que cae en desgracia ante el Emperador, ni la luz del sol ni la luz de la luna brilla más. Lo mismo ocurre conmigo, pues por edicto imperial he sido desterrado de la capital y en ninguna parte obtendré el perdón imperial. ¡Oh, hermanos de religión! ¡Retiraos y regresad a la montaña!

[14] Situados al norte de la actual ciudad de Ootsu. Véase el mapa correspondiente en la Introducción: Anexo.
[15] Situados en el lago Biwa, enfrente de Shiga y Karasaki. Véase mapa en la Introducción: Anexo.
[16] Situado al sur de la actual ciudad de Ootsu, uno de los más antiguos de Japón (año 741).

Después, desde el borde de la galería del templo, siguió diciendo:

–Cuando abandoné mi hogar, la casa en donde mi padre poseía el rango de ministro, para abrazar la austeridad de la vida monástica del monte Hiei, me consagré al aprendizaje profundo de la doctrina de Tendai y me especialicé en las disciplinas esotéricas. Al mismo tiempo, rezaba por la prosperidad de Hiei y por la paz del Imperio, entregándome en cuerpo y alma a la formación de los jóvenes monjes. Las divinidades de los tres santuarios –Oomiya, Ninomiya y Sannō–, que han derramado sobre mí sus bendiciones, son testigos de que no he hecho ningún mal. El único castigo injusto que he recibido es este destierro, pero no guardo rencor ni contra este mundo ni contra el otro. Habéis venido de muy lejos para verme. ¡Ay! ¿Podré hallar palabras para expresaros mi gratitud por el amor que me habéis mostrado?

Las mangas de su hábito de color pardo se mojaron con todas las lágrimas que vertió entonces [17]. Los bonzos que lo escuchaban lloraban también.

–Eminencia, subid ahora mismo al palanquín –le dijeron los bonzos.

Pero el *daisōjō* no quería subir.

–Antes era el superior de tres mil religiosos. Ahora no soy más que un hombre desterrado. ¿Cómo voy a aceptar ser llevado en un palanquín soportado por los hombros de monjes tan nobles y doctos? Si he de volver a la montaña, lo haré caminando con sandalias de paja como vosotros.

Había entre los bonzos-guerreros un tal *ajari* [18] Yūkei Kaijo-bō, del Recinto Oeste de la montaña. Era un hombre de formidable estatura, de casi siete *shaku* [19] de alto. Vestía una armadura anudada con correas negras engastadas con hierro. Se quitó el yelmo y, tras dárselo a otro monje para que lo sostuviera, se adelantó golpeando el suelo con el blanco y largo astil de madera de su alabarda.

[17] Véase la nota 9 del capítulo anterior (pág. 161).
[18] *Ajari* designa en la jerarquía clerical budista japonesa a un monje maestro y capaz; por tanto, de tener discípulos a su cargo. Está por debajo del *daishi* o gran maestro.
[19] Es decir, unos dos metros de altura, siendo un *shaku* equivalente a 30,35 cm.

—Abrid camino —dijo mientras pasaba entre la multitud de bonzos. Cuando llegó a donde estaba el *daisōjō,* se encaró con él y, con una dura mirada, le dijo amenazador:

—Por comportarse Su Eminencia de esta forma, os ha ocurrido tal cosa. ¡Subid inmediatamente al palanquín!

El *daisōjō,* atemorizado, subió de inmediato.

Los bonzos, felices por hacer recuperado a Mei-un, emprendieron el camino de regreso. El palanquín fue transportado no por bonzos de posición baja, sino por letrados de alto estado. Lo llevaban por turnos, excepto el *ajari* Yūkei, que no aceptó ser relevado y que en una mano sostenía su alta alabarda y en la otra el brazo del palanquín, mientras subía por la cuesta de la montaña con la facilidad y desembarazo del que camina por un llano.

Cuando llegaron al monasterio, los bonzos colocaron el palanquín en el patio de la Gran Sala de Homilías y empezaron a debatir de nuevo:

—Hemos ido hasta Awazu y hemos recuperado a nuestro superior general. ¿Qué vamos a hacer ahora que se encuentra con nosotros y está condenado al exilio por edicto imperial?

Nuevamente fue el *ajari* Yūkei quien se levantó. Bien oiréis sus palabras:

—Nuestra montaña es el lugar más sagrado de todo Japón y el centro de las ceremonias religiosas oficiales del Imperio. La gracia de la divinidad de la montaña, Sannō[20], es tan evidente que la Ley de Buda iguala en autoridad a la Ley Imperial. No hay en la sociedad quien se atreva a tomarnos a la ligera, ni siquiera al bonzo más humilde que hay entre nosotros; cuanto más a un hombre como Mei-un, el superior de tres mil monjes, al virtuoso y venerable *daisōjō* de esta sagrada montaña. Ahora bien, si un hombre así va a ser condenado por un delito que no ha cometido, ¿creéis que no se va a despertar la ira de los monjes de la montaña y del pueblo de la capital, y a provocar la burla de los monjes de Kōfuku-ji y de Onjō-ji? Sería una calamidad que perdiéramos al maestro de las enseñanzas esotéricas y exotéricas, pues, al perderlo, perderíamos la posibilidad de educar y formar

[20] Sannō Gongen es el nombre budista de la divinidad tutelar sintoísta del santuario de Oomiya y, por extensión, de todo el monte Hiei.

a nuestros jóvenes. ¡Ah! ¡Qué grande sería mi honra en este mundo y mi gloria en el otro si yo, Yūkei, como resultado de nuestra acción y por salvar al *daisōjō* Mei-un, fuera condenado al destierro o a ser decapitado!

Las lágrimas corrían sin parar por las mejillas de Yūkei. Todos los bonzos se mostraron de acuerdo con sus palabras. Desde entonces, el *ajari* Yūkei sería conocido como *Ikame-bō* o «Bonzo temible», mientras que a su discípulo, el lego Ekei, le habrían de llamar *Ko Ikame-bō* o «Pequeño bonzo temible».

Los bonzos instalaron a Mei-un en un recóndito lugar de Myōkōbō, en el Recinto del Este de la montaña. ¿Será posible que una encarnación de Buda, como la de este venerable religioso, no hubiera podido escapar a las desgracias de su época?

Hubo una vez en la antigua China un monje, llamado Ichigyo, que actuaba como capellán en la Corte del emperador Hsuan-Tsung, de la dinastía Tang[21]. Este monje gozaba de la confianza de la emperatriz Yang Kuei Fei hasta tal punto que la gente empezó a murmurar sobre esta intimidad. Finalmente, el mismo Emperador se volvió suspicaz, aunque el rumor era infundado. Y es que la gente, sea en un país grande o pequeño, tiene una tendencia irresistible a murmurar y hacer correr los rumores. Pero ante el peso del rumor, el maestro Ichigyo acabó siendo desterrado al lejano país de Kora[22]. Para ir a este país hay tres caminos: el primero, por el que viaja el Emperador, recibía el nombre de Camino de los Estanques del Bosque; el segundo, por donde viaja el pueblo, era llamado el Camino de las Tierras Yermas; y, el tercero, por el que debían viajar los condenados, tenía por nombre Camino de las Cavernas Tenebrosas. El maestro Ichigyo, como si del peor criminal se tratase, hubo de seguir este tercer camino. Por él anduvo siete días y siete noches, sin ver ni una vez ni el sol ni la luna. Era un camino de tinieblas en donde no había ni un solo ser humano. Al final se extravió y entró en un frondoso bosque entre montañas. Desde la quebrada de un valle se oía el canto de un pájaro solitario. Mientras, el hábito del monje, húmedo por el rocío perma-

21 En pinyin, Xuan Zong, sexto emperador de su dinastía, bajo cuyo reinado (712-756) la dinastía Tang alcanzó el máximo poder.

22 Es el nombre antiguo y genérico para referirse a los territorios al oeste de China.

nente, nunca acababa de secarse ni de quitarse el moho[23]. Entonces, algún dios piadoso, que se compadeció de Ichigyo por haber sido condenado injustamente, hizo brillar para él las nueve luminarias del cielo. De esa forma la luz del cielo iluminó su camino.

Entonces, el maestro Ichigyo se dio un mordisco en un dedo de su mano derecha. Con la sangre que manó al instante, pudo dibujar con la mano izquierda y sobre la manga derecha de su hábito las nueve luminarias. Por eso el mandala[24] de las nueve luminarias representa tanto en China como en Japón a la escuela budista Shingon[25].

CAPÍTULO III

LA EJECUCIÓN DE SAIKŌ

Cuando el emperador-monje Goshirakawa se enteró de que los bonzos del monte Hiei habían rescatado a Mei-un, se inquietó aún más.

—No es la primera vez que los bonzos de la montaña protestan causando disturbios, pero esta vez han ido demasiado lejos —le dijo el sacerdote Saikō—. Su Majestad debe actuar contra ellos con todo el rigor. ¿Se ha oído acaso un precedente de tanta insolencia y desacato?

Ignorante de que con estas palabras se estaba labrando su propia ruina y sin tener en cuenta la voluntad de la divinidad Sannō, el sa-

[23] Juego de palabras entre el término japonés *koke,* que significa «hábito de monje» y también «moho», y el de *nure,* que significa «húmedo» y también «ser acusado falsamente», como este Ichigyo, en la expresión de *nureginuo kiru* («ponerse el hábito húmedo»).

[24] *Mandala* (en sánscrito *mandara* o «círculo, esfera, zona») es la representación simbólica de fuerzas cósmicas y ejerce un importante papel en el budismo como auxiliar para la meditación y soporte de determinadas visualizaciones.

[25] La escuela budista Shingon o «Palabra Verdadera» fue establecida en Japón por Kōbō (774-835) o Kūkai. El término «palabra verdadera» es la traducción china del sánscrito *mantra* o palabra secreta, lo que indica que la entonación de vocablos secretos es una de las prácticas fundamentales de esta escuela para alcanzar la iluminación.

cerdote Saikō había hablado así al Emperador, que sintió una gran turbación por las palabras de Saikō. Se dice que un ministro difamador lleva un reino a su perdición. Hay, en efecto, un proverbio que dice: «Por muchas orquídeas que uno cultive, el viento del otoño se encargará de destruirlas». O bien, este otro: «Aunque el soberano quiera reinar con esplendor y clarividencia, el ministro difamador oscurece su soberanía».

El Emperador-monje consultó con Narichika, el consejero mayor, y con otros varones dignos de confianza. Se extendió entonces el rumor de que la Guardia Imperial atacaría los templos de la montaña.

Al mismo tiempo se dijo que algunos bonzos preferían obedecer al Emperador, ya que consideraban un error desobedecer el edicto imperial habiendo nacido en el país imperial. Mei-un, el antiguo *daisōjō*, que seguía en Miō-bō, al escuchar que surgían discrepancias entre los monjes, se desalentó y dijo:

—¿Qué me va a pasar ahora?

Pero de momento, el edicto imperial contra los monjes se quedó en suspenso.

Por otro lado, el consejero mayor Narichika, el mismo que se había conjurado para destruir a los Heike, viendo el cariz que iba tomando el asunto de los bonzos de la montaña, había dejado a un lado su conspiración. Es cierto que se habían celebrado numerosas consultas y reuniones secretas, pero la conspiración no iba a tener éxito, pues la habían organizado hombres poco eficaces.

En efecto, el archivero Yukitsuna Tadano, el hombre en quien más había confiado Narichika, comenzó a pensar que el plan no tendría éxito. Narichika le había regalado paños de seda blanca para que hiciera fundas de arcos. Sin embargo, en lugar de dedicar la seda a este uso, mandó hacer con ella vestidos y kimonos para sus hombres. Al mismo tiempo, y reparando en el poder de los Heike, abrigaba más y más dudas sobre el plan. Finalmente, en su corazón arraigó la semilla del arrepentimiento por haberse involucrado con los conspiradores y pensó: «Si alguien nos delatara, yo sería el primero en ser ejecutado. Más vale, antes de que se enteren, que cuente toda la verdad».

Así, a eso de la medianoche del día veintinueve del quinto mes de ese mismo año, Yukitsuna enderezó sus pasos al palacio del Nishi Hachijō, donde vivía el primer ministro Kiyomori, y pidió audiencia.

—He venido porque tengo algo de qué informar a Su Excelencia, el primer ministro-*nyūdō*.

Cuando sus criados le transmitieron este mensaje, Kiyomori dijo:

—¿Qué querrá un hombre como él, que no suele venir por aquí? Ve y pregúntale sobre qué desea informarme. —Y envió a Morikuni, el teniente de su guardia, para que lo recibiera. Pero Yukitsuna insistió:

—Se trata de algo que no puedo decir a través de un mensajero.

Finalmente, el primer ministro en persona salió y, presentándose en la galería de la puerta central del palacio, le preguntó:

—¿Cuál es esa noticia que me traes a esta hora de la noche?

—Si hubiera venido por el día, habría podido atraer la atención de la gente, así que he preferido acudir a estas horas. Estos días la Guardia Imperial prepara sus armas y reúne más y más soldados. ¿Sabe Su Excelencia a qué es debido?

—Sin duda que es para atacar a los bonzos de Hiei —respondió Kiyomori despreocupado. Pero entonces, Yukitsuna se acercó a él y le dijo en voz baja:

—Nada de eso, Excelencia. Es para atacar a los Heike.

—¿Cómo? ¿Lo sabe también el Emperador-monje?

—Sí, Excelencia. Y con la autoridad imperial Narichika está reuniendo soldados.

Entonces Yukitsuna, exagerando palabras y actos, le describió de principio a fin cómo Shunkan había actuado, y que si Yasuyori había dicho esto y Saikō había dicho lo otro.

—Y ahora, ruego a Su Excelencia que me disculpe —dijo el delator, para retirarse después de haber confesado todo.

Kiyomori, muy sorprendido, se puso a llamar a gritos a sus hombres. Mientras, al ver cómo estallaba la ira del primer ministro, el delator, que temía que lo hicieran comparecer como testigo, recogió los pliegues de su *hakama*[26] y huyó corriendo con la sensación de haber prendido fuego a una gran pradera.

Kiyomori llamó primero a Sadayoshi y le ordenó:

—La capital está llena de traidores que buscan destruirnos. Díselo a todos los nuestros y reúne a los samuráis.

26 Prenda de vestir, especialmente usada por los hombres, no muy diferente a una falda pantalón.

Sadayoshi se apresuró a comunicar la noticia y a reunir a los guerreros. No faltaba nadie: Munemori, capitán general de la Derecha; Tomomori, capitán general del tercer rango; Shigehira, capitán medio; Yukimori, general de la caballería de la Izquierda. Todos se congregaron armados y prestos con sus arcos y flechas. El resto de los samuráis fue acudiendo al lugar y se reunió como una nube de tormenta. Esa misma noche, el número de samuráis congregados en Nishi Hachijō llegaba a seis o siete mil.

Al día siguiente era el primer día del sexto mes. Todavía oscurecía cuando Kiyomori mandó llamar a Sukemori Yasuke, el jefe de la Guardia, y le dijo:

–Preséntate de inmediato en la Corte Imperial. Debes llamar a Nobuyori y decirle: «Hay gente en la Corte con el plan de acabar con los Heike y sembrar la confusión en el Imperio. Vamos a interrogar a todos y queremos que tú nos ayudes».

Sukemori así lo hizo. Cuando Nobuyori oyó el mensaje, cambió de color y, tras presentarse ante el Emperador-monje, le informó de lo ocurrido. El Emperador se admiró y pensó: «¡Ah, el complot ha quedado descubierto!», pero dijo sólo:

–¿Cómo habrá ocurrido?

Sukemori regresó al palacio del primer ministro y le informó de todo lo visto y oído en el Palacio Imperial.

–Ahora sé que Yukitsuna me ha dicho la verdad. Si no me hubiera advertido de esta conspiración, yo, Jōkai[27], no habría salido de ésta.

Ordenó entonces a Kageie, de Hida, y a Sakadoyi, gobernador de Chikugo, que detuvieran a los implicados en la traición.

Así pues, estos dos hombres a la cabeza de doscientos o trescientos samuráis recorrieron todos los lugares y fueron deteniendo a los traidores uno tras otro. Kiyomori envió a un funcionario como mensajero a Narichika, el consejero mayor, que estaba en su palacio de Nakano-mikado de Karasumaru. El mensaje decía así: «Quiero hacerte una consulta. Preséntate urgentemente». Narichika, sin sospechar nada, pensó: «Seguramente el primer ministro querrá detener el plan de atacar a los bonzos de la montaña y quiere hablar conmigo. Pero la ira del Emperador-monje es tan grande que no podrá interponerse».

[27] O «Mar Purificado», es el título budista que ostentaba Kiyomori.

Se vistió lujosamente con su atuendo de cortesano y subió a un elegante carruaje escoltado por tres o cuatro hombres. Incluso ordenó que el cochero que conducía los bueyes llevara un traje de gala.

¡Ah, qué pronto iba a saber el consejero mayor que se trataba de su último viaje! Conforme se iba acercando al palacio de Nishi Hachijō, vio que los cuatro o cinco bloques del barrio bullían de samuráis. Empezó a sentir inquietud y se preguntaba qué podría ocurrir. Después, cuando bajó de su carroza y pasó por la primera puerta, vio que el primer recinto del palacio estaba también lleno de gente armada. Finalmente, cuando entró por la puerta central, varios samuráis de aspecto feroz lo tomaron por los brazos.

—¿Lo atamos? —preguntaron. Pero Kiyomori, que contemplaba todo desde detrás de una persiana, dijo:

—No será preciso.

Catorce o quince guerreros rodearon a Narichika y lo llevaron por el corredor hasta una celda de tres metros en donde quedó encerrado. Narichika creía estar soñando, tal era su asombro. Tampoco podía reaccionar. Los hombres de su escolta fueron ahuyentados y el cochero, pálido y confundido, huyó abandonando sus bueyes.

Mientras tanto, habían sido arrestados los siguientes hombres: el sacerdote Renjo, capitán mayor de Oomi; el monje Shunkan, *sōjō* de Hosshō-ji; Motokane, gobernador de Yamashiro; Masatsuna, maestro de ceremonias; Yasuyori, capitán mayor de la Guardia de la Ciudad; y Nobofusa y Sukeyuki, capitanes los dos de la Guardia Imperial.

Cuando Saikō se enteró de estas detenciones, pensó que pronto vendrían a prenderlo. Así que a golpe de fusta se dirigió a todo galope a la residencia del Emperador-monje, a Hōjō-ji. Pero en el camino fue detenido por un grupo de samuráis.

—Tienes que acompañarnos a Nishi Hachijō ahora mismo —le dijeron.

—Antes debo llevar un informe al Emperador. Después iré con vosotros —dijo Saikō.

—¿De qué va a informar a Su Majestad un miserable sacerdote como tú? ¡No te lo vamos a permitir!

Lo tiraron del caballo, lo ataron y se lo llevaron al Nishi Hachijō colgado de un palo. Ya que él había sido el principal instigador de la

conspiración, lo ataron fuertemente y lo encerraron dentro del patio. Kiyomori, en pie desde la galería del patio, lo vio y exclamó:

—¡Ah, canalla y farsante sacerdote! ¡Cómo has trabajado para destruir a mi familia! Así acaban los que me traicionan. ¡Traédmelo aquí!

Y ordenó a un soldado que se lo acercara al borde de la galería en donde él estaba de pie. Cuando se lo acercaron, pisoteó con violencia la cabeza del sacerdote y lleno de ira lo increpó con estas palabras:

—¡Religioso hipócrita! He venido observando cómo el Emperador ha tenido a su servicio a alguien como tú, tú que en otro tiempo eras un cortesano del nivel más ínfimo; y cómo, después de conseguir el puesto que nunca has merecido, tanto el padre como el hijo os habéis comportado con insolencia y cada vez con más arrogancia. No sólo has provocado un gran desorden en el Imperio al difamar al superior general de Tendai, un hombre inocente condenado al exilio. Además, granuja infame, conspirabas para destruirme a mí y a los míos. ¡Vamos! ¡Confiesa toda la verdad!

Saikō, que siempre había sido de los que no se muerden la lengua, ni perdió el color ni se mostró turbado al verse tratado así. Antes bien, sentándose con la espalda erguida y con una sonrisa burlona, dijo:

—No es verdad lo que dice, primer ministro. Su Excelencia es el que dice lo que no corresponde a su posición. Otros se lo podrán permitir, primer ministro, pero yo, Saikō, no me quedaré callado. Por haber estado sirviendo en la Casa Imperial, no voy a negar mi participación en la orden de Narichika, consejero mayor, de reunir tropas. Sí, reconozco que he participado. Pero Su Excelencia ha dicho cosas de mí ante las que uno no puede quedarse callado. Su Excelencia es el hijo mayor del difunto Tadamori, justicia mayor. Y a Su Excelencia ni siquiera le permitían presentarse en la Corte hasta que tuvo catorce o quince años. Cuando servía en la escolta del difunto Ienari, consejero medio, los niños de la capital se burlaban de Su Excelencia llamándole «Taka-hei-ta»[28] de los Heike. ¿No era así? En la era de Hōen, cuando le hicieron capitán general por detener a aquellos treinta piratas[29] y

[28] Literalmente, «el hijo mayor desgarbado».

[29] En su diario *Chūki* (1087-1138), Fujiwara Munetada, ministro de la Derecha, anotó: «El padre de Kiyomori, Tadamori, detuvo a veintiséis piratas en el Lago Biwa. Por su participación en esta detención, a Kiyomori le fue concedido el grado menor del rango

fue promocionado al cuarto grado de jefe de guardia, la gente dijo que el nombramiento estaba por encima de sus merecimientos. Teniendo en cuenta, primer ministro, que Su Excelencia es hijo de un hombre al que se le negaba el trato con la nobleza, es realmente una osadía que haya llegado a ser primer ministro. Por el contrario, hay precedentes de que un simple guardia del Palacio de Clausura, como yo, haya sido elevado a la dignidad de sacerdote y se le hayan concedido propiedades.

Así, con tal osadía, le contestó Saikō al primer ministro, Taira no Kiyomori. Éste había recibido el flechazo del desdén del sacerdote, y habían hecho mella en él los dardos de la cólera y de la rabia. No podía pronunciar ni una palabra. Sólo al cabo de un rato acertó a decir:

—No le cortéis la cabeza a este miserable hasta después de torturarlo. ¡Tenedlo bien atado!

Fue Shigetoshi el encargado de torturarlo. Pese a que estaba dispuesto a confesar todo, Saikō fue cruelmente torturado. Su confesión se transcribió en cuatro o cinco folios de papel. Después, Kiyomori ordenó:

—Ahora rasgadle la boca.

Entonces le abrieron la boca y se la partieron. Después, lo llevaron al río Kamo y lo decapitaron en Shujaku, en la orilla oriental del río, en el paraje de Gojō.

Su hijo primogénito, Morotaka, gobernador de Kaga, que cumplía su condena de destierro en Idota, provincia de Owari, fue también ejecutado por Koresue, un jefe local de Oguma, en la misma provincia de Owari, siguiendo las órdenes del primer ministro. Asimismo fueron ejecutados Morotsune, su segundo hijo, vicegobernador de Kaga y capitán de la Guardia Imperial, el cual cumplía condena en la cárcel; y Morohira, su tercer hijo, capitán de la Guardia Imperial de la Izquierda, junto con tres de sus sirvientes.

Todos esos hombres se habían elevado indebidamente por encima de los demás y se habían entrometido en asuntos en los que debían mantenerse al margen. Habían contribuido a la condena al exilio del inocente superior general de la escuela Tendai, su eminencia el

cortesano cuarto en el primer año de la era Hōen» (1135), citado por Kitagawa Hiroshi, *The Tale...*, *op. cit.*, pág. 94.

daisōjō Mei-un, y habían agotado todo su karma[30]. Recibieron, por lo tanto, el castigo divino de Sannō, la divinidad tutelar del monte Hiei.

CAPÍTULO IV

LAS AMONESTACIONES DEL MINISTRO SHIGEMORI

El consejero mayor Narichika, encerrado en su celda, no dejaba de sudar y de preguntarse cuál sería su destino. Lamentaba sobre todo que la conjura hubiera sido descubierta.

—¿Quién habrá sido el delator? Seguro que es alguien de la Guardia Imperial.

En ese momento oyó un fuerte ruido de pasos que se acercaban. Creyó que se trataba de soldados que venían a quitarle la vida. Pero no; era el primer ministro, Kiyomori, cuyas pisadas resonaban con energía en el suelo de madera. De un golpe abrió la puerta corredera. Llevaba el primer ministro un traje corto de seda, con una *hakama* ancha que le cubría totalmente las piernas. De la cintura pendía suelta una espada con empuñadura de madera y sin adornos. Con expresión colérica se quedó observando un rato a Narichika, hasta que le espetó:

—¡Miserable! Ibas a ser ejecutado cuando la Insurrección de Heiji. Shigemori, mi hijo, arriesgó todo para salvar tu vida en aquella ocasión. ¿Es o no es así? ¿Qué demonio te ha poseído para desear ahora la destrucción de nuestra casa? El ser humano siente gratitud por naturaleza. Sólo los animales no conocen el agradecimiento. Ahora te encuentras aquí porque el destino de los Heike aún no ha tocado a su fin. Voy a escuchar todo lo que tengas que decirme sobre la conspiración. ¡Vamos, confiesa!

—No hay ninguna conspiración de la que pueda hablarle, Excelencia. Sin duda que se trata de alguna calumnia. Ruego a Su Excelencia que examine el caso con todo detalle.

30 En el budismo, el *karma* es la ley universal de la causa y el efecto.

Pero Kiyomori le interrumpió para llamar a un soldado. Apareció entonces Sadayoshi.

—Tráete la confesión de Saikō —le ordenó.

Cuando se la trajeron, Kiyomori la leyó en voz alta dos o tres veces. Y después exclamó:

—¡Maldito traidor! ¿Qué otros pretextos me quieres contar? —y le arrojó a la cara el documento de la confesión. Después se marchó cerrando de golpe la puerta. Su cólera no se aplacaba y llamó a Tsunetō y a Kaneyama, dos samuráis. Cuando llegaron, les dijo:

—Agarrad a ese hombre y arrojadlo al jardín.

Los dos hombres respondieron con una profunda reverencia, pero se mostraron indecisos.

—¿Qué dirá nuestro señor Shigemori si hacemos eso?

Kiyomori se enfureció aún más:

—Muy bien. ¿Así que obedecéis las órdenes de mi hijo Shigemori y despreciáis las mías? ¿Es que ya no tengo autoridad?

Los dos soldados debieron pensar que, si no obedecían a Kiyomori, podrían tener problemas. Así que se pusieron de pie y arrojaron a Narichika al jardín. Kiyomori se dio por satisfecho y ordenó:

—Ahora, derribadlo al suelo y hacedle gritar de dolor.

Los dos soldados se acercaron a Narichika y le susurraron al oído:

—Señor, por favor, intentad gritar como podáis.

El consejero se puso a gritar cada vez que le retorcían el cuerpo. Sus gritos expresaban un sufrimiento mayor que el de los criminales cuando, tras una carrera de crímenes en este mundo, son torturados por los carceleros del infierno, Ahō y Rasetsu, después de que sus pecados hayan sido pesados en la balanza de la justicia y examinados en el espejo de cristal[31].

En la antigua China, Hsiao Jo y Fan Kuai fueron encarcelados; Jan Hsin y Peng Yueh fueron asesinados, tras lo cual su piel fue puesta en adobo; y Chou Wei fue castigado. Los cuatro primeros fueron súbdi-

[31] Según el budismo japonés, al infierno se accede a través de un tenebroso camino o *mei-dō* por el que viajan las almas de los muertos. Al final del camino son juzgadas por Emma, rey de los infiernos, al que asisten Ahō, de cabeza de buey, y Rasetsu, de cabeza de caballo. Para juzgarlas utilizan una balanza y un espejo que refleja todas las faltas cometidas en este mundo.

tos leales del emperador Kao-tsu[32] que, víctimas de la calumnia de alguna persona sin valor, acabaron con sus vidas arruinadas.

Narichika, en una situación semejante, sufría pensando en cuál sería el destino de su hijo Naritsune, capitán de Tanba, y de sus demás hijos más pequeños. Su desesperación aumentaba. Además el calor, pues esto ocurría en el sexto mes, era sofocante y no podía aflojar su kimono. La angustia le oprimía el pecho. El sudor y las lágrimas se mezclaban y juntos le resbalaban por todo el cuerpo. «Pese a todo, Shigemori no me abandonará», se decía. ¿Pero cómo comunicarle su infortunio?

Estaba el día avanzado cuando Shigemori se presentó tranquilamente en el palacio de su padre. Llegó acompañado de su hijo y heredero Koremori, capitán menor, que iba montado en la parte trasera del carruaje. Como escolta llevaba cuatro o cinco guardias y dos o tres criados. Su padre Kiyomori y los otros del clan los recibieron desconcertados al verlos tan poco armados. Cuando Shigemori salió del carro, Sadayoshi se adelantó y le dijo:

—Excelencia, ¿cómo no ha venido con una escolta militar mucho mayor para un asunto tan crítico?

Pero el ministro del Centro respondió:

—Sólo los asuntos del Imperio son críticos. Este es un asunto privado, sin relación con el Imperio.

El tono de sus palabras hizo callar a todos los hombres armados que había a su alrededor. Añadió:

—Por cierto, ¿dónde ha encerrado mi padre al consejero mayor?

Y se puso a abrir una tras otra las puertas correderas del palacio hasta dar con una cuyo acceso estaba bloqueado por tablas. Ordenó que despejaran el paso y, cuando corrió la puerta, se encontró con el consejero mayor tumbado boca abajo. Estaba anegado en lágrimas y su aspecto era lamentable.

—¿Qué te ha pasado? —le preguntó.

Al principio Narichika no se dio la vuelta. Pero cuando comprendió quién era el dueño de esa voz, se incorporó y su rostro se alegró. La luz que brillaba entonces en su cara se asemejaba a la que brilla en

32 Kao-tsu (566-635), en pinyin Gao Zu, fue el fundador y primer emperador de la dinastía Tang.

el rostro de los pecadores que están en el infierno cuando divisan a Jizō, el buda del amor compasivo[33]. Y acertó a decir estas palabras:

–No me explico cómo me han tratado así. Pese a todo, tengo la esperanza de que podrás ayudarme. En la Insurrección de Heiji, cuando yo estaba condenado a muerte, me salvaste la vida. Después avancé en el mundo hasta llegar a ser consejero mayor del segundo rango. Mi vida fue de esa forma prolongada y ahora tengo más de cuarenta años. En toda mi vida nunca podré pagarte todo el agradecimiento que siento. De nuevo, te ruego que vuelvas a salvarme. Si logro salir con vida, prometo tonsurarme y hacerme monje, retirarme al monte Kōya[34] o a Kokawa[35] y consagrar la vida a la búsqueda de mi salvación eterna.

–Aunque te haya encerrado aquí –contestó el ministro–, no creo que mi padre desee quitarte la vida. Si lo intentara, yo arriesgaré mi vida para salvarte.

Shigemori se marchó y fue donde estaba su padre. Éstas fueron sus palabras:

–Antes de condenar a muerte a ese hombre, debes pensarlo bien. Narichika es el único que ha conseguido ser consejero mayor del segundo rango, desde que su antepasado Akisue, ministro de Restauraciones de la Casa Imperial, estuviera al servicio del emperador Shirakawa. Y ahora él es el súbdito favorito del actual Emperador-monje, Goshirakawa. No creo que sea una buena idea ejecutarlo. ¿No será suficiente exiliarlo? Kitano Tenjin, por la calumnia del ministro Shihei, fue exiliado y lavó su amargura en las olas del mar occidental de Kiushu[36]. Y el ministro Nichi no Miya, por la calumnia de Tada no

[33] En realidad es el *bodisatva* Jizō (*Jizō bosatsu*), el cual, de acuerdo con el budismo japonés, tiene como misión salvar a los hombres en el periodo que va desde la muerte de Buda Sakyamuni hasta la iluminación de *bodisatva* Maitreya, al final de los tiempos.

[34] El monte Kōya está en la actual prefectura de Wakayama y en él se levanta el célebre monasterio de Kongōbu-ji, la casa madre de la escuela budista Shingon.

[35] Es el nombre de un templo situado cerca del monte Kōya.

[36] Kitano Tenjin es el nombre póstumo de Sugawara no Michizane (845-903), un celebrado erudito e insigne poeta en *kanshi* (poesía en chino). Venerado hoy en Japón como una divinidad del arte de la caligrafía y patrón de los estudiantes, Michizane intentó restablecer el poder imperial a costa del poder de la influyente familia Fujiwara. El favor que le dispensaba el emperador Daigo (885-930) atrajo hacia él la envidia y la difamación del ministro Shihei. Acusado de conspirar contra el Emperador, fue condenado al exilio en la lejana Kiushu, donde murió tristemente dos años después.

Manju, tuvo que viajar y exhaló sus penas en las nubes que coronan las montañas de Sanyō[37]. Uno y otro fueron exiliados por crímenes que no cometieron. Debes recordar, padre, que tales injusticias tuvieron lugar bajo los emperadores Daigo y Reizei en las eras de Engi y de Anwa[38].

Y si en tiempos pasados ocurrían tales injusticias, ¿qué horrible efecto tendrían en una época degenerada como ésta? Si un soberano sabio es capaz de cometer una equivocación, ¿qué podrá esperarse de un súbdito común? Ya has detenido y tienes en tu poder a Narichika, ¿qué cambiará ahora que lo mandes ejecutar? Una sentencia antigua dice: «Da al acusado el beneficio de la duda, cuando se trata de culpa; da al hombre el crédito de la acción, cuando se trata de mérito». Sabes también, padre, que mi esposa es la hermana de Narichika y que mi hijo es además su yerno. Sin duda creerás que intercedo por él debido a esta relación familiar. Pero no es así. Intercedo a causa de nuestro país, de nuestro Emperador, de nuestra familia. No hace mucho, el sacerdote Shinzei[39], antiguo consejero menor, siendo el hombre más poderoso del Imperio, restauró la pena de muerte. Desde el reinado del emperador Saga, veinticinco generaciones antes, no había estado en uso. Fue cuando el capitán de la Guardia Imperial de la Derecha, Fujiwara Nakinari, recibió la pena capital. Sin embargo, en la era de Hōgen, el sacerdote Shinzei ordenó que se desenterrara el cadáver de Yorinaga y fuera inspeccionada otra vez su cabeza[40]. ¿No fue un acto cruel? Recordemos el antiguo proverbio: «Por mucho que se condene a muerte, el número de delincuentes no disminuye». Estas palabras resultaron ser verdad en la Insurrección de Heiji, dos años después de la de Hōgen, cuando el cuerpo desenterrado fue el de Shinzei. Su cabeza fue cortada y exhibida en la calle principal de la capital. Estremece pensar que lo que él hizo en Hōgen, habría de ocurrirle a él poco después. Pues bien, padre, este Narichika no es un hombre tan importante como para ser enemigo del Imperio. La sentencia de muerte se-

[37] Un hijo del emperador Daigo que fue difamado por Tada no Manju, también llamado Mitsunaka (912-997). Sanyō se encuentra en el oeste de Japón.

[38] Engi (901-922) y Anwa (968-997).

[39] Fue el valido de tres emperadores –Toba, Sutoku y Konoe– a mediados del siglo XII unos cuarenta años después de los sucesos narrados en esta obra.

[40] Era una costumbre del vencedor examinar la cabeza cortada de su enemigo.

ría, por lo tanto, desproporcionada. Por otro lado, padre, la prosperidad de nuestra familia es evidente y tú la estás disfrutando plenamente. ¿Qué otras glorias puedes pedir? Ojalá que esa prosperidad se mantenga a lo largo de la generación de tus hijos, entre los que me encuentro, padre. Sin embargo, yo soy de los que creen que la conducta buena o mala del padre es heredada por sus hijos y nietos. Y con razón se dice: «Prospera la casa en la que se acumulan las buenas acciones, mientras que el sufrimiento llama a la puerta de la casa en la que se acumula la mala conducta». Así pues, padre, abandona la idea de decapitar esta noche a Narichika.

Así amonestaba Shigemori a su padre. Éste comprendió la sensatez del razonamiento de su hijo, y apartó la idea de ejecutar al consejero.

Shigemori salió a la puerta central y se dirigió con estas palabras a los samuráis allí reunidos:

–Aunque el primer ministro os ordene matar al gran consejero, no debéis obedecerle ciegamente. Cuando mi padre ordena algo llevado por la ira, tiende a arrepentirse después. ¡Ay de vosotros si actuáis impulsivamente! Verdad es que podríais lamentarlo más tarde.

Todos los samuráis, al escuchar estas palabras, se asustaron y temblaron de miedo.

Y el ministro Shigemori siguió diciendo:

–Es lamentable que Tsunetō y Kaneyasu se hayan comportado con violencia esta mañana al tratar al consejero mayor. ¿Acaso pensaban que no iba a enterarme? ¡Rústicos ignorantes! ¡Tal es el nombre y apellido que merecen!

Al ser así reprendidos, los dos samuráis aludidos se echaron a temblar. Finalmente, habiendo hablado así, Shigemori regresó a su palacio de Komatsu.

La historia nos dice que los criados de Narichika, que lo habían acompañado, regresaron apresuradamente al palacio de su señor e informaron de su detención. La primera esposa de Narichika y sus damas, al enterarse, rompieron a llorar. Los criados les dijeron además:

–Los soldados de los Heike se acercan a nuestra casa. Se dice también que el capitán y otros miembros más jóvenes de nuestra casa han sido igualmente detenidos. Os rogamos, señoras, que os escondáis cuanto antes.

Pero la primera esposa de Narichika contestó:

—Ahora que este cruel destino es mío, ¿cómo podré intentar escapar? Mi único deseo es desaparecer como desaparece el rocío de la noche, pero al lado de mi esposo, el consejero mayor. ¡Qué tristeza saber ahora que esta mañana ha sido la mañana de la última despedida!

E inclinándose sobre el suelo, lloró amargamente.

Como los soldados de los Heike estaban a punto de llegar y pensaba que no podría soportar la afrenta de que la maltrataran, determinó huir. Montó en el carruaje a su hija de diez años y a su hijo de ocho, y se pusieron todos en camino sin saber dónde refugiarse. Así, sin rumbo, llegaron al norte de Oomiya, en Kitayama, cerca del templo de Unrin. Los monjes los recibieron y los acogieron en uno de los recintos del monasterio. Pero sus criados y acompañantes, que temían por su propia seguridad, decidieron regresar. Ella se quedó entonces sola con sus hijos, sin nadie con quien hablar ni de quien recibir palabras de consuelo. Cuando vio que el sol se ponía, pensó que la vida de su esposo acabaría apagándose como la luz de ese día. Y sintió que su propia vida también languidecía.

En el palacio de Narichika quedaban muchos criados y damas, pero ahora nadie se preocupaba de la casa ni de cerrar las puertas. En el establo estaban los caballos, pero nadie les daba de comer.

Normalmente, por la mañana, se podía ver ante la puerta caballos y carruajes bien alineados. Y numerosos invitados venían al palacio a divertirse con juegos, músicas y danzas. ¡Como si en este mundo no existiera el sufrimiento! Hasta la gente que vivía cerca del palacio de Narichika tenía miedo de hablar para no molestar a todos esos invitados. Sólo hasta el día antes, todas esas fiestas y diversiones estaban a la orden del día... Pero de la noche a la mañana, ¡cómo había cambiado todo!

«Toda gloria tiene su fin.» La verdad de estas palabras había aparecido una vez más ante los ojos del mundo. Y los trazos del pincel de Gōshō[41], cuando escribió la sentencia de «el sufrimiento se presenta cuando el placer es más intenso», se revelaron más claros, más profundos, más negros que nunca.

41 Gōshō, cuyo nombre verdadero era Asatsuna Ooe (886-957), fue el autor de la historia de Japón *Shin Kokushi*.

CAPÍTULO V

LA INTERCESIÓN POR EL CAPITÁN

Esa noche, Naritsune, el capitán de la Guardia Imperial y gobernador de la provincia de Tamba, se encontraba de servicio en el Palacio de Clausura, en Hōju-ji. A la mañana siguiente, cuando estaba a punto de irse, llegó corriendo un mensajero y le informó de la detención de su padre. Se dijo, entonces, a sí mismo: «¿Por qué no me habrá informado Norimori, el consejero ministerial?».

Nada más pensar esto, se presentó un mensajero de Norimori, hermano menor de Kiyomori. Como su mansión estaba situada al lado de la puerta principal de Rokuhara, se le llamaba el «consejero de la Puerta Principal». Además, era suegro del capitán.

El mensaje decía: «No sé lo que pasa, pero debes presentarte de inmediato en Nishi Hachijō por orden del primer ministro».

El capitán, que suponía la razón del mensaje, llamó a una de las doncellas del Palacio de Clausura y le confió:

–Anoche oí algunos ruidos y cierto alboroto, pero pensé que se trataba de los bonzos de la montaña que iban a atacar de nuevo. Nunca creí que tendría relación con nosotros. Pero ahora sé que mi padre, el consejero mayor, va a ser ejecutado esta noche. Yo tendré el mismo destino. Quisiera presentarme por última vez ante el Emperador-monje. Pero..., sin honra no me atrevo a hacerlo.

La doncella fue donde estaba el Emperador-monje y le contó todo lo que pasaba con el capitán. Goshirakawa se sorprendió y dijo:

–¡Ah, esto era lo que me temía! Se ha descubierto lo que estos hombres planeaban. Lo suponía por el mensaje que esta mañana me llegó del primer ministro... Pero bueno, haced pasar al capitán.

Naritsune compareció ante el Emperador-monje. Pero éste, con lágrimas en los ojos al verlo ante sí, no podía decirle nada. También Naritsune lloraba en silencio. Incapaz de prolongar tan penoso encuentro, se retiró llorando con el rostro cubierto por la manga del ki-

mono. Goshirakawa lo acompañó con su augusta mirada hasta que desapareció de su vista. Y entonces exclamó:

—¡Qué penoso es vivir en esta época de caos! Puede que ésta sea la última vez que lo he visto.

Y, movido por la compasión, lloró amargamente.

Mientras, en el Palacio de Clausura, las doncellas y criados se agarraban a las mangas del kimono del capitán, lamentando la despedida. Y todos, vencidos por la pesadumbre de la separación, lloraban sin cesar.

Cuando Naritsune llegó al palacio de su suegro, encontró a su esposa principal, que estaba próxima a dar a luz, en un estado de gran agitación nerviosa. Desde esa mañana la mujer se hallaba presa de la angustia, como si fuera a perder la vida ante la desgracia de su marido. Naritsune, que había recorrido todo el camino llorando, cuando vio a su esposa en tal estado, no pudo aguantar la situación. Entonces, Rokujō, que había sido su nodriza, se le acercó y le dijo:

—Han pasado muchos días desde que me llamaron a este palacio para darte de mamar. Desde entonces, cuando te tomaba de la cuna en mis brazos, no me he dado cuenta de cómo te has hecho mayor y de lo vieja que yo me he vuelto. Veintiún años han pasado volando... Cuando volvías tarde del Palacio de Clausura, ¡ay, cómo me preocupaba! Y si por cosas así me preocupaba, ¿cómo no me voy a morir de pena pensando en lo que te pueda pasar en Nishi Hachijō?

Y se echó a llorar.

—No llores así, mujer —le replicó Naritsune—. Mi suegro, el consejero ministerial, hablará con su hermano, el primer ministro-*nyūdō*, para salvar mi vida.

Habló así para animarla. Pero ella seguía llorando desconsoladamente ajena a la presencia de la gente.

Una y otra vez llegaban mensajeros de Nishi Hachijō que exigían la presencia inmediata de Naritsune. Su suegro le dijo:

—Yo te acompañaré. De una forma u otra, solucionaremos esto.

Y se pusieron en marcha, montando los dos en la parte trasera del carruaje.

Desde la era Hōgen y Heiji, el clan de los Heike no había conocido más que la prosperidad. Sin embargo, Norimori, miembro de este clan y suegro de Naritsune, tenía que compartir ahora el destino la-

mentable de su yerno. Cuando llegaron al palacio de Nishi Hachijō y anunciaron su llegada, el primer ministro les ordenó a través de un mensajero que el capitán Naritsune no debía pasar por la puerta, por lo que dejaron el carruaje cerca de la casa de un samurái. Norimori entró solo. Entonces los soldados rodearon rápidamente al capitán y se lo llevaron. Seguramente Naritsune sintió temor cuando se vio separado de su suegro, en el cual confiaba, y rodeado de guerreros.

Norimori esperó en la puerta central, pero su hermano, el primer ministro, no quiso salir a recibirlo. Al cabo de un rato, Norimori llamó a Suesada, un hombre de confianza de su hermano, y le pidió que le transmitiera el siguiente mensaje: «Yo, Norimori, confieso que estoy unido por lazos de parentesco con una familia traidora. Sé que esta confesión no vale de nada, pero te ruego que me escuches. Mi hija se ha casado con un hijo de esa familia y ahora se halla en un embarazo ya avanzado. En tal estado, acaba de recibir la terrible noticia de la traición de la familia de su marido y se encuentra muy afectada. La salud de mi hija me preocupa. Si me permites que custodie yo a mi yerno, te prometo que impediré que cometa cualquier acto de traición».

Suesada entregó este mensaje al primer ministro. Pero éste, se limitó a decir:

–Como de costumbre, mi hermano, el consejero ministerial, pide lo imposible.

Y no respondió más. Pero después de un rato despachó a Suesada con el siguiente mensaje para su hermano: «El consejero mayor Narichika está planeando acabar con nuestra familia y desestabilizar el Imperio. El capitán Naritsune es su hijo mayor. Que esté o no emparentado contigo, no tiene importancia. No puedo confiarte su custodia. Si la conspiración de su padre hubiera salido bien, ¿acaso crees que no hubieran acabado igualmente con tu vida?».

Suesada comunicó este mensaje a Norimori, el cual se sintió entonces muy decepcionado y mandó contestar a su hermano: «Desde la era de Hōgen y de Heiji, en muchas batallas, no he pensado más que en arriesgar mi vida por salvar la tuya. Y estoy listo para afrontar por ti cualquier tormenta que se avecine. Aunque yo, Norimori, me haga viejo, tengo muchos hijos jóvenes que tomarán mi puesto para seguir defendiéndote. Pese a todo, ¿es posible que no me des la custodia de mi yerno porque piensas que tengo otras intenciones? Si tal desconfianza

sientes hacia mí, no merece la pena seguir en este mundo. Te pido entonces tu permiso, como hermano mayor, para tomar las órdenes budistas y tonsurarme. Me iré a la montaña y me dedicaré a rezar por mi salvación. En verdad que este mundo efímero no es más que un absurdo, y mientras que se vive en él, hay apetitos. Y como los apetitos no se sacian, el rencor anida en los corazones. Por eso lo mejor es renunciar a esta vida de pesares y entrar en el camino de la verdad».

Nuevamente, Suesada fue el encargado de transmitir estas palabras al primer ministro, al que además dijo:

—El consejero ministerial ha resuelto tonsurarse y hacerse monje. Os ruego, Excelencia, que reconsideréis la respuesta que le dais.

El primer ministro dijo:

—¡Hacerse monje! ¡Qué idea tan descabellada la de este hermano! Bien, en tal caso, dile que le confío la custodia de su yerno por cierto tiempo.

Suesada volvió a donde le esperaba Norimori y le comunicó la orden de su hermano. Norimori reaccionó diciendo:

—¡Ah, lo mejor es no tener hijos! Sin este parentesco filial, mi corazón no estaría tan destrozado.

Así se lamentaba Norimori mientras se alejaba del lugar.

Cuando se reunió con su yerno, éste le preguntó:

—¿Cuál va a ser mi destino?

—El primer ministro está tan furioso que ni siquiera me ha recibido. No ha querido perdonarte. Sólo cuando le he dicho que me iba a tonsurar me ha autorizado a tenerte en mi casa por un tiempo. Me temo, sin embargo, que sólo sea un respiro.

—¡Gracias a vuestra intercesión benevolente mi vida ha sido prolongada un poco más! ¿Y qué os ha dicho sobre mi padre, el consejero mayor?

—La verdad es que tuve bastante con interceder por ti, no pude preguntar por tu padre —le contestó Norimori.

Sin poder aguantar las lágrimas, dijo entonces su yerno:

—Realmente estoy agradecido por poder vivir más tiempo. Pero si quiero vivir más, es por poder ver a mi padre de nuevo. ¿De qué me va a servir vivir más si a mi padre lo van a matar? ¿No podríamos decirle al primer ministro que yo también deseo morir al lado de mi padre?

Norimori se desalentó al oír esto y replicó:

—No sé si será posible. He hecho todo lo que he podido por salvarte. No se me ocurrió pensar en tu padre. Pero esta mañana el ministro del Centro ha intervenido y de momento parece que la vida de tu padre no corre peligro.

Al oír esto, Naritsune juntó las manos y lloró de alegría.

«¿Quién sino un hijo puede sentir tanto el destino de un padre? Verdaderamente el lazo más fuerte en este mundo es el que une a un hijo con su padre. La gente debe tener hijos». Así pensaba Norimori, que se arrepintió de haber dicho poco antes que un hombre no debería tener hijos.

El suegro y el yerno volvieron en el mismo carruaje que los había traído. Cuando llegaron a la mansión de Norimori, las doncellas y los criados, que estaban en vilo, salieron a recibirlos con lágrimas de alegría y los miraban como mirarían a difuntos queridos que hubieran vuelto a la vida.

CAPÍTULO VI

LA SEGUNDA AMONESTACIÓN DE SHIGEMORI A SU PADRE

Pese a haber detenido a tantos hombres, Kiyomori, el primer ministro, no estaba tranquilo. De hecho, se había ataviado con un *hitatare*[42] de guerra de brocado dorado y rojo sobre el cual se puso una coraza de piel negra. El peto estaba adornado con plata y se ajustaba muy bien a su pecho. Bajo el brazo llevaba una alabarda corta de astil profusamente engastado con círculos de plata. Kiyomori tenía esta alabarda desde que años atrás había ido al santuario de Itsukushima[43]

[42] El *hitatare* (véase ilustración en la Introducción: Anexo) era un vestido militar de campaña, no de batalla, de seda o de algodón, que se cerraba en el pecho con dos cordones y que usaban los nobles.

[43] También llamada Aki no Miyajima, es una isla situada al suroeste de Hiroshima y sede de un célebre santuario sintoísta dedicado a tres deidades protectoras de los marineros, entre ellas la deidad Itsuku. La puerta o *torī* del santuario que se ve en la actua-

para agradecer a la divinidad su nombramiento como gobernador de Aki. Mientras estaba allí soñó que la diosa de Itsukushima le regalaba una alabarda. Al despertar, descubrió una a su lado. Desde entonces, siempre dormía con esta arma a su cabecera.

Vestido así y con aire amenazador, como si fuera la encarnación del dios de la guerra, Kiyomori se acercó a la puerta central de su palacio. Mandó llamar a Sadayoshi, gobernador de la provincia de Chikugo, quien se presentó también con vestido de guerra, una armadura de color naranja oscuro y la coraza con lazos de seda escarlata.

—Sadayoshi, ¿qué piensas de todo esto? —le dijo—. En la Insurrección de Hōgen más de la mitad de los hombres de nuestro clan se puso de parte del Emperador-monje, que entonces era Sutoku. Su hijo, el príncipe Shigehito, fue educado por mi padre, Tadamori, justicia mayor del Imperio. Por eso yo no tuve más remedio que ponerme al servicio de Sutoku[44] y de su hijo. Después, siguiendo la voluntad del difunto emperador Toba, entré al servicio del emperador Goshirakawa y combatí por él. Más tarde, en el mes duodécimo del primer año de la era Heiji (1159), Nobuyori y Yoshitomo izaron la bandera de la rebelión sumiendo al Imperio en tinieblas. Asaltaron los palacios de los emperadores Nijō y Goshirakawa y los encerraron en el Palacio de Clausura. Entonces yo, jugándome la vida, perseguí a los rebeldes y detuve a Tsunemune y Korekata[45]. Una y otra vez he arriesgado la vida por Goshirakawa. Pero él escucha las habladurías de la gente en lugar de estarnos agradecido hasta la séptima generación. Aún más, se hace caso de cortesanos inútiles como Narichika y de religiosos granujas como Saikō, que pretenden destruir nuestro clan. Si sale por ahí cualquier calumniador con las mismas intenciones, Su Majestad es capaz de promulgar un edicto imperial que nos acuse de ser enemigos del Imperio. Y si nos declaran enemigos de la Casa Imperial, de nada servirá lamentar nuestra miserable suerte. Para prevenir todo esto y restablecer el orden y la paz en el Imperio, he decidido confinar al Emperador-monje en el Palacio Norte de Toba o bien aquí, en mi pa-

lidad, sucesora de otra mandada construir por el mismo Kiyomori, a unos 160 m de la costa de la bahía de Hiroshima, forma uno de los paisajes más afamados de Japón.

44 Véase en la Introducción el apartado «Antecedentes históricos».

45 Eran miembros del clan Fujiwara y partidarios del rebelde Nobuyori.

lacio de Nishi Hachijō. Es probable que, ante esto, la Guardia Imperial del Palacio de Clausura reaccione en contra y se pongan a lanzar flechas. Por eso debemos prepararnos nosotros antes. Transmite estas órdenes, Sadayoshi: que todos nuestros samuráis se preparen para la guerra. He decidido romper mi relación con Su Majestad. ¡Manda preparar mi caballo y que me traigan mi armadura de batalla!

Pero Morikuni, el capitán de los Establos Imperiales, se fue a galope al palacio de Komatsu e informó de todo a Shigemori, ministro del Centro e hijo de Kiyomori:

—La situación es crítica y la guerra... —pero Shigemori le interrumpió para preguntar:

—¿Ya han decapitado a Narichika?

—No, señor. Pero el primer ministro-*nyūdō* ha ordenado traer su armadura de batalla y ha puesto en pie de guerra a sus samuráis. Se preparan para atacar el Palacio de Clausura. Ha dicho que encerrará al Emperador-monje en el palacio de Toba hasta que la paz sea restaurada, pero parece que lo va a desterrar en secreto a Kiushu.

El ministro del Centro no podía dar crédito a lo que oía. Pero al recordar la cólera de su padre esa misma mañana, comprendió que tal locura era posible. Así que, sin pérdida de tiempo, montó en su carruaje y se dirigió a Nishi Hachijō.

Bajó del carruaje frente a la puerta del palacio de su padre, al que encontró con traje militar de batalla y rodeado de samuráis y nobles de los Heike, todos igualmente armados con traje militar de campaña de varios colores y sentados en doble fila en la galería de la puerta central. El patio estaba abarrotado de samuráis de provincia, de soldados, de funcionarios que empuñaban los astiles de sus banderas. Tanto las cinchas de sus caballos como los barboquejos de sus yelmos estaban bien tensos, como si estuvieran prestos para ponerse en marcha. En este escenario, hizo su entrada Shigemori, vestido despreocupadamente con su traje de aristócrata, un *naoshi*[46], estampado de grandes dibujos, con un gorro alto de seda lacada, y sonando la seda de sus anchos pantalones con cada uno de sus pasos. Su aparición así

46 El *naoshi* era el vestido informal utilizado cotidianamente por emperadores y ministros.

vestido en medio de todos ellos dejó atónitos a los presentes. Sólo el primer ministro, su padre, pensó para sus adentros con la mirada baja: «¡Ah, este hijo mío otra vez vuelve a comportarse con aires de superioridad! Tendré que reprenderlo...». Sin embargo, debió sentir vergüenza de que su hijo lo viera cara a cara con la armadura de batalla, pues en su corazón sabía que Shigemori era un sincero observante de los Cinco Mandamientos del budismo[47] y de las Cinco Virtudes Cardinales del confucianismo[48], además de un hombre cultivado. Decidió entonces ocultarse tras una puerta corredera y se puso apresuradamente su hábito de monje sobre la armadura para que su hijo no distinguiera su brillo metálico. Una y otra vez trataba de ocultar con la mano la armadura que le asomaba por el cuello del hábito.

Shigemori se sentó en un estrado superior al de su hermano más joven, Munemori, y por debajo del de su padre, el primer ministro. Nadie decía nada. Por fin, tomó la palabra el primer ministro:

—La traición de Narichika no es en sí tan importante. Lo realmente grave es que el Emperador-monje haya planeado la conspiración. Hasta que vuelva a reinar la calma en el Imperio, pienso trasladarlo al palacio Norte de Toba o, a lo mejor, encerrarlo aquí mismo. ¿Qué te parece?

Pero Shigemori, antes de que hubiera escuchado todas las palabras de su padre, ya había empezado a llorar.

—¿Pero qué te pasa? ¿Qué ocurre? —preguntó su padre asustado.

Shigemori se controló y dijo:

—¡Ay, padre, padre! Si juzgo tus palabras, debo decir que tu suerte está llegando a su punto final. Cuando la suerte de un hombre va acabando, su corazón suele concebir alguna maldad. Debo decir que tu actitud aquí no me parece correcta. Nuestro país, por muy pequeño que se diga que es y diseminado como está en islas semejantes a granos de arroz, está gobernado por los descendientes de la divinidad so-

[47] Los Cinco Mandamientos o Preceptos *(go-kai)* del budismo son: no matar, no robar, no cometer adulterio, no mentir y no emborracharse. La palabra «mandamiento», tal vez aquí traducida equívocamente, viene del sánscrito *shīla* y debe ser interpretada como «norma para evitar el error y poner fin al mal».

[48] Las Cinco Virtudes Cardinales del confucianismo son: benevolencia, justicia, prosperidad, inteligencia y lealtad.

lar Amaterasu[49], señores de estas tierras. Desde que los antepasados de Ama no Koyane no Mikoto[50] asumieron el poder, ¿se ha visto jamás tal acto de arrogancia por parte de un primer ministro: armarse completamente como tú ahora? Además de eso, padre, tú has tomado las órdenes sagradas, y eres un monje y te haces nombrar *nyūdō*. Sin embargo, cada vez que te quitas el hábito de monje, que es el símbolo de la liberación de las pasiones, el hábito sagrado del Buda de los Tres Mundos[51], y te pones precipitadamente la armadura del guerrero empuñando el arco y las flechas, entonces no sólo cometes un pecado como budista al infringir los Cinco Mandamientos, sino que también vas en contra de las Cinco Virtudes Cardinales del confucianismo. De todos modos, padre, te pido perdón por atreverme a hablarte así, pues sé que te debo piedad filial. Sin embargo, ¿cómo podré encubrir todo lo que siente mi corazón?

Y Shigemori siguió diciendo:

—Tenemos cuatro deberes en esta vida: con el cielo y la tierra, con el soberano, con los padres y con nuestros congéneres y demás seres vivos. De entre los cuatro, el más importante es la devoción al soberano, pues bajo el cielo no hay un lugar del que no sea señor el soberano. Estos dos ejemplos de sabios chinos que te voy a recordar nos enseñan que no podemos ir en contra del soberano. El emperador Yao[52] le dijo una vez a su favorito Hsu You que deseaba darle todos sus bienes. Entonces Hsu You fue al río Ying Chuan y se lavó las orejas. El otro ejemplo nos habla de Po Yi y de Shu Chi, quienes, al fracasar en su intento de reformar al emperador Wu[53], se recluyeron en el

49 Amaterasu Oomikami o «La Gran Divinidad Iluminadora del Cielo» es la principal deidad femenina de la mitología sintoísta. Está identificada con el sol y es la progenitora de la dinastía imperial japonesa.

50 Era hijo de Takami Musubi no Kami, súbdito de la divinidad solar, y primer ancestro de Nakatomi, fundador de la familia Fujiwara en el siglo VII, que habría de ejercer una duradera y formidable influencia política desde el siglo VIII hasta el XI en la Corte Imperial.

51 Los Tres Mundos, es decir, pasado, presente y futuro.

52 Uno de los cinco emperadores legendarios (también llamado Tang Ti Yao) de la antigua China del siglo 24 a. C., y el epítome para Confucio de la virtud y justicia del gobernante.

53 El emperador Wu (156-86 a. C.), que consolidó la dinastía Han e introdujo en China el confucianismo como religión del estado.

Monte Shoi Yang, donde vivieron alimentándose de helechos. Aquellos sabios conocían sus límites. Tanto más tú, padre, que has llegado al puesto de primer ministro, una posición jamás alcanzada por ninguno de nuestros antepasados. En cuanto a mí, todo el mundo sabe que yo, Shigemori, no soy más que un ignorante, y con todo he llegado a ser ministro. Además de eso, sabemos que nuestro clan es dueño y señor de provincias en más de la mitad del Imperio. ¿Acaso no somos por todo ello deudores de nuestro soberano? Sin embargo, tú, olvidando todas esas mercedes, pretendes encerrar al Emperador-monje. Tal violencia, sin duda, ofendería a Amaterasu y a Hachiman[54]. Japón es el país de los dioses, unos dioses que no toleran ningún desacato. Por lo tanto, debes creer en la buena voluntad y en los santos designios del Emperador-monje. Nuestro clan ha derrotado a los sucesivos enemigos del Imperio y ha pacificado las olas de los cuatro mares[55]. Eso indica lealtad al Emperador, pero no ha de ser una invitación a la soberbia. En la Constitución de los Diecisiete Artículos, escrita por el príncipe Shōtoku, se dice: «Todo ser humano posee un corazón. Y cada corazón posee una forma de pensar. El otro acierta y yo me equivoco, o bien yo acierto y el otro se equivoca. Según esta alternancia, nadie puede establecer ninguna regla ni lógica de lo que es bueno y malo. O bien los dos pueden acertar o bien equivocarse. Es como un círculo; no hay un fin. Por eso, cuando el otro se enfada, uno tiene que condenarse a sí mismo»[56]. Tu suerte no ha llegado a su fin, pues la conspiración ha sido abortada. Además, mientras tengas en tu poder a Narichika, el hombre al que consulta el Emperador, no debes preocuparte de que éste cometa alguna imprudencia. Cuando hayas aplicado el castigo correspondiente a los culpables, explícale todo claramente a Su Majestad. Si lo sirves con lealtad y gobiernas al pueblo con compasión, ganarás la gracia divina y el beneplácito de Buda. Y si gozas del

54 Hachiman (literalmente «ocho banderas») es la deidad sintoísta protectora de los guerreros y en general responsable del bienestar de la comunidad. Identificada con el espíritu deificado del emperador Oojin, es adorada en los numerosos santuarios sintoístas de Japón conocidos como Hachiman-gu.

55 Los mares del Este, Oeste, Norte y Sur.

56 La «Constitución de los Diecisiete Artículos» del príncipe Shōtoku (*Jushichijō no kempō*), un canon de instrucciones morales y religiosas, se publicó en el año 604.

favor de los dioses y de Buda, el Emperador-monje cambiará sus sentimientos hacia ti.

Si me paro a comparar a un súbdito, como es mi padre, y al Emperador, siento que debo tanta lealtad al uno como al otro; pero, si me paro a comparar la razón y la sinrazón, ¿cómo no podré elegir siempre la razón?

CAPÍTULO VII

LA ALMENARA

Y Shigemori siguió hablando con estas palabras:

—La razón la tiene el Emperador-monje y, por lo tanto, yo defenderé el Palacio de Clausura a toda costa. A Su Majestad le debo gratitud por elevarme de un bajo rango al puesto de capitán general y ministro. Si me paro a pensar en la magnitud de tal agradecimiento, considero que supera el peso de mil y de diez mil gemas preciosas; y si reparo en la hondura de tal gratitud, me parece que supera la profundidad de color del carmín una y mil veces teñido de rojo. Por eso, padre, te opondré resistencia armada en el Palacio de Clausura. Muchos samuráis arriesgarán sus cuerpos y sus vidas para defenderme. Todos ellos a mi lado, defendiendo todos el Palacio de Clausura del Emperador-monje, harán la situación más difícil para ti. ¡Qué tristeza me causa, padre, que por poner mi lealtad al servicio del Emperador haya de renunciar a la gratitud sentida hacia mi padre, una gratitud más alta que las cumbres de una montaña! ¡Qué angustiosa es mi elección! Si evitara la falta de la desobediencia filial, me convertiría en un vasallo traidor a mi señor natural, el Emperador. El camino se me ha cerrado: no puedo elegir ni una cosa ni otra. Por favor, padre, dispón de mi vida: haz que me corten la cabeza. Así ni tendré que defender al Emperador ni acompañarte a atacar su palacio.

Y Shigemori continuó hablando así:

—En la antigua China, en tiempos del emperador Hsuang Tsung, el valido Hsiao Jo prosperó tanto que llegó a ser gran ministro del Imperio, y tuvo tanto poder que podía entrar en la Corte sin descalzarse y con la espada ceñida. Pero en una sola ocasión, fue desobediente, y el Emperador le castigó con rigor. Cuando pienso en este ejemplo, me doy cuenta de que, aunque consigamos riqueza, honores y el favor imperial, es muy fácil perderlo todo y caer en desgracia. Dice el refrán: «Una casa con fortuna acumula méritos y riquezas; pero el mejor árbol acaba con su raíces podridas cuando da frutos dos veces al año». ¡Ay! ¿Hasta cuándo viviré contemplando cómo el Imperio se hunde en el caos? ¡Qué miserable es mi karma, que me hace pasar por momentos tan duros en este tiempo de degeneración! ¡Lo sencillo que sería para ti, padre, ordenar a tus samuráis que me llevasen al patio y me cortasen la cabeza! Vosotros, todos los que escucháis, tened bien en cuenta mis palabras.

Así se lamentaba Shigemori, el prudente, mientras empapaba con lágrimas las mangas de su kimono. Todos los hombres de Heike, los de corazón sensible o insensible, humedecían igualmente con lágrimas las mangas de sus vestidos de guerra. El primer ministro, cuando escuchó cómo le hablaba su hijo, en quien tanto confiaba, se descorazonó y dijo en voz baja:

—La verdad es que no había pensado llevar las cosas tan lejos. Mi temor era sólo que el Emperador pudiera dejarse aconsejar por gente malvada.

—Por mal que Su Majestad se deje aconsejar, jamás debemos levantar la mano contra él —contestó Shigemori, que se puso en pie. Se dirigió entonces a la puerta central y desde allí habló con estas palabras a los samuráis de su clan:

—Habéis escuchado todo lo que acabo de decir. Esta mañana estuve aquí para intentar poner fin a esta locura, pero, ante vuestro alboroto, he tenido que volver. Si seguís obstinados en acompañar a mi padre a alzar una mano airada contra el Emperador, lo haréis después de haber visto rodar mi cabeza. Y ahora, ¡en movimiento!

Dichas estas palabras, Shigemori regresó a su palacio de Komatsu.

Mandó después llamar a Morikuni, capitán de los Establos Imperiales, y le ordenó:

—Acabo de enterarme de que el Imperio se encuentra al borde de la guerra. Que todos los míos sepan mi voluntad: «los que sean leales a Shigemori, que se presenten a caballo y armados en este lugar».

Morikuni dio a conocer la voluntad de su señor. En cuanto se enteraron, no sólo los samuráis de Shigemori sino todos los restantes del clan de los Heike acudieron al palacio del ministro del Centro, pues pensaron que no podría tratarse de una falsa alarma, pues conocían la templanza y la moderación del ministro. Todos se armaron y galoparon hacia el palacio de Komatsu. Llegaban de las poblaciones de Yodo, Hazukashi, Uji, Okanoya, Hino, Kanju-ji, Daigo, Ogurusu, Umezu, Katsura, Oohara, Shizuhara y Seryō[57]. ¡Y cuántos eran! Llegaban apresurados. Llegaban alborotados. Unos llegaban armados, pero sin yelmo. Otros llegaban con flechas, pero sin arcos. Otros con arcos, pero sin flechas. Unos llegaban con un pie solo en el estribo; otros, sin ningún estribo en sus monturas. ¡Y cuántos eran!

La noticia de que se había desatado la alarma en el palacio de Komatsu cundió como el fuego. Los miles de soldados, que se habían reunido antes en Nishi Hachijō, se inquietaron y, sin decir nada a Kiyomori, acudieron corriendo a Komatsu para ponerse al lado del prudente Shigemori. Ningún guerrero que supiera manejar un arco se había quedado en el palacio de Kiyomori, el cual, asustado, mandó llamar al fiel Sadayoshi.

—¿Qué es lo que tiene mi hijo en mente para así haber convocado a tantos guerreros, incluso a los míos? ¿Acaso piensa atacarme como dijo cuando estuvo aquí?

Pero Sadayoshi, con lágrimas en los ojos, le contestó:

—Excelencia, ¿cómo puede decir una cosa así de su hijo? Nunca hará él tal cosa. Estoy seguro de que ahora lamenta todo lo que hoy le ha dicho a Su Excelencia.

Kiyomori tal vez pensara que no le convenía entablar una mala relación con su hijo. Lo cierto es que abandonó la idea de traer a su palacio por la fuerza al Emperador-monje. De esa forma, se despojó de su armadura, se vistió el hábito de monje y se puso a entonar sutras.

Mientras, en el palacio de Komatsu, Morikuni, por orden de Shigemori, alistaba a todos los samuráis que habían acudido. En total se

[57] Poblados, todos ellos en las cercanías de Kioto.

alistaron diez mil soldados. Shigemori, una vez finalizada la inspección del alcamiz, se dirigió a la puerta central y desde allí habló a todos los reunidos. Oiréis lo que les dijo:

—¡Qué admirable veros a todos aquí congregados! La firmeza de vuestra lealtad hacia mi persona ha quedado bien demostrada. En China ocurrió hace mucho tiempo algo parecido. El rey Yu[58] amaba profundamente a la consorte real llamada Pao Su, la mujer más hermosa del reino, pero había algo que entristecía mucho al Rey, y era que su amada jamás sonreía. Cuando había una guerra era costumbre en China convocar a los soldados mediante señales de fuego y tambores. Estas señales de fuego, llamadas almenaras, fueron encendidas en una ocasión de alarma de guerra. La hermosa Pao Su, al verlas, exclamó asustada: «¡Qué maravilla! ¡Cuántas almenaras!». Y entonces, por primera vez, se dibujó una sonrisa en sus labios. Su sonrisa brilló más que cien halagos. El rey quedó fascinado y ordenó poner almenaras noche y día, aunque no hubiera ninguna razón de alarma. Los soldados, alertados por las almenaras, acudían con sus armas, pero cuando se daban cuenta de que eran falsas alarmas, volvían a sus casas. Ocurrió que un día, los bárbaros del norte invadieron el país y hubo una razón verdadera de alarma de guerra. Rápidamente se encendieron almenaras, pero ningún soldado acudió, pues todos pensaron que se habían encendido sólo para hacer sonreír a la consorte del Rey. La capital del reino fue saqueada por los bárbaros y el rey Yu fue derrotado y muerto. Alguien vio entonces a la consorte transformada en un zorro que huyó y desapareció para siempre. ¡Qué historia tan estremecedora! Pero recordad, cada vez que os llame, debéis acudir con la presteza de hoy. La razón de mi llamada es que creía que el Imperio estaba al borde de una crisis, pero todo ha resultado ser una falsa alarma. Por lo tanto, podéis volver a vuestras casas.

Y todos se marcharon. En realidad el prudente Shigemori sabía que el Imperio no había estado al borde de ninguna crisis, sino que todo había sido una estratagema para saber si los samuráis se pondrían o no de su lado. Él no tenía intención alguna de hacer la guerra a su padre. Simplemente deseaba que reconsiderara la idea de la rebelión.

[58] El rey Yu Wang (muerto en 771 a. C.), de la dinastía Chou (1122-255 a. C.).

Aunque un emperador no se comporte como emperador, los súbditos siempre deben comportarse como súbditos. Aunque un padre no se comporte como un padre, el hijo siempre debe comportarse como hijo. Como decía Confucio: «La lealtad al emperador, la piedad filial al padre». La actitud del prudente Shigemori reflejaba tan bien esas ideas que el propio Emperador-monje, cuando tuvo conocimiento de su comportamiento, se dignó comentar:

–No es la primera vez que la grandeza de Shigemori queda al descubierto. ¡Qué gran señor es! Me siento avergonzado, pues él ha pagado con benevolencia mi conspiración contra su familia.

El pueblo, lleno de admiración, decía:

–A causa de su buen karma y virtud en una existencia anterior, Shigemori es superior a los demás hombres no sólo en sabiduría y conocimiento, sino también en salud y apostura. Con razón ha llegado a ministro del Centro y capitán general.

Hay un proverbio que dice: «Cuando en un reino un ministro aconseja bien a su rey, ese reino conoce la paz. Cuando en una casa un hijo aconseja bien a su padre, en esa casa siempre gobernará la paz». Desde los tiempos antiguos hasta este período de perversión y caos no ha habido en verdad un gobernante tan virtuoso como Shigemori, el ministro prudente.

CAPÍTULO VIII

EL DESTIERRO DEL CONSEJERO MAYOR

El día dos del sexto mes del primer año de Jishō (1177), Narichika, el consejero mayor, fue excarcelado y se le ofreció un banquete de despedida en la Sala de Recepciones del palacio de Kiyomori. Sin embargo, la angustia del consejero era tan profunda que durante la cena no fue capaz ni de levantar los palillos. Trajeron un carruaje y lo hicieron montar apresuradamente. Pero Narichika se mostraba poco dispuesto a seguir las órdenes. Los guardias de Kiyomori rodeaban por

todos lados el carruaje. Ningún miembro de la escolta del consejero lo acompañaba.

—Permitidme ver otra vez a Shigemori —rogaba Narichika. Pero no le hicieron caso.

Y añadió Narichika:

—Hasta a los delincuentes que son desterrados a lejanas tierras se les permite ser acompañados por algún conocido.

Así protestaba Narichika, en un tono que hacía llorar de compasión a sus guardias.

Cuando el carruaje salía por la puerta este de Nishi Hachijō y se dirigía a la gran avenida Suzaku, Narichika pudo divisar los edificios del Palacio Imperial. Los cocheros y otros criados, que durante largos años lo habían acompañado en sus viajes y servido en su casa, mojaban sus mangas por el llanto que les producía ver a su señor llevado al exilio. En cuanto a su esposa principal y a sus hijitos..., ¡es triste imaginar el profundo desconsuelo que debían sentir!

Cuando pasó por delante del palacio de Toba, se acordó llorando de cuántas veces había acompañado al Emperador-monje en sus visitas a este lugar. Divisó entonces en la distancia su propia quinta, llamada Suhama. Al llegar a la puerta sur del palacio de Toba, los guardas de la escolta llamaron con impaciencia a la barca.

—¿Dónde me van a llevar? —preguntó con angustia Narichika—. Si de todos modos voy a morir, prefiero hacerlo aquí, cerca de la capital.

Y luego preguntó a uno de los guardias cómo se llamaba.

—Soy Namba no Jirō Tsunetō —contestó el guardia.

—¿No se encontrará aquí por ventura alguno de mis hombres? —preguntó el consejero. Y añadió—: Antes de embarcarme quiero que salgas a buscar a alguno de los míos, pues tengo algo que decir.

El guardia buscó por los alrededores, pero no encontró a nadie que se declarara criado o familiar del consejero. Narichika entonces lloró amargamente y exclamó:

—¡Ay, que en mis tiempos de gloria tenía yo a mi servicio mil y hasta dos mil hombres, pero ahora no tengo a nadie que pueda decir que es mío, nadie que me quiera acompañar!

Conmovidos por este lamento, los aguerridos soldados acompañantes, así como otros miembros de la escolta, mojaban sus mangas.

¡Qué conmovedor resultaba recordar a un hombre que, en el pasado, cuando viajaba en peregrinación a los santuarios de Kumano y de Tennō-ji, iba a bordo de una barcaza de doble quilla y tres pisos y escoltado por veinte o treinta barcos! Ahora, en cambio, viajaría en una barca sencilla y custodiado por guardias desconocidos. Así embarcado, llegó ese mismo día al puerto de Daimotsu, en la provincia de Setsu.

En realidad, Narichika iba a ser condenado a muerte, pero gracias a la intercesión de Shigemori, el ministro prudente, había sido sentenciado al destierro.

Cuando Narichika era sólo consejero medio, había sido gobernador de la provincia de Mino. Fue entonces, en esa provincia, cuando un día de invierno del primer año de la era de Kaoo (1169) un empleado del santuario de Hirano, propiedad del templo Enryaku, se presentó ante el vicegobernador Masatomo para venderle un lienzo hecho de arruruz. El vicegobernador, que se hallaba ebrio, manchó la tela de tinta. El empleado, presa del enojo por esta torpeza, lo reprendió con palabras ofensivas. Entonces Masatomo golpeó al empleado para hacerlo callar. Poco después de este incidente, y para vengar la afrenta de su compañero, varios centenares de sirvientes del santuario irrumpieron en la residencia del vicegobernador, que pudo defenderse y matar a diez de ellos.

Fue así como el día tres del mes undécimo de ese año, una gran multitud de bonzos del monte Hiei reclamaron que Masatomo fuera encarcelado y Narichika, el gobernador, desterrado. El resultado fue que, efectivamente, Narichika fue condenado al exilio a la provincia de Bitchū. Sin embargo, cuando tan sólo habían pasado cinco días desde la publicación de esta condena, cuando era escoltado hacia Shichijō, al oeste de la capital, el Emperador le mandó llamar a la capital. Los bonzos de la montaña, enfurecidos, invocaron la maldición sobre Narichika. Éste, pese a todo, el día cinco del primer mes del segundo año de Kaoo fue elevado al cargo de capitán de la Guardia Imperial de la Puerta de la Derecha y a comisario de policía. Esta promoción dejó relegados a Suketaka y a Kanemasa. Suketaka aventajaba a Narichika en años y Kanemasa era un hombre brillante, y, además, vástago de una ilustre familia. Para ambos fue mortificante verse adelantados así por Narichika. Todo porque éste le había dedicado al Emperador-monje el

palacio de Sanjō. Después, el día trece del cuarto mes del tercer año, Narichika fue ascendido al segundo rango de la nobleza. Esta vez fue el consejero medio de Naka Mikado, Muneie, el que fue relegado en favor de Narichika. Finalmente, el día veintisiete del décimo mes del primer año de la era Angen (1175), Narichika, de consejero medio, fue elevado al rango de consejero mayor. Por entonces, la gente comentaba: «¡Hay que ver! ¡Y eso que es un hombre maldecido por los bonzos de la montaña!».

Pero he aquí que ahora, sumido en la desgracia, el consejero mayor ha sido por fin alcanzado por la maldición. En verdad que el castigo divino y la maldición humana se mueven lenta pero certeramente hacia un cumplimiento siempre inexorable.

Al día siguiente, es decir, el tercero, corrió el rumor de que había llegado un mensajero de la capital al puerto de Daimotsu. El sobresalto cundió por todas partes. El propio Narichika pensaba que se trataba del mensajero que traía su condena de muerte. En realidad no era así, pues el mensaje decía que Narichika sería desterrado a la isla de Kojima, en Bizen. El mensajero traía también una misiva de Shigemori que decía: «Por todos los medios he intentado convencer a mi padre para que tu destierro fuera a alguna de las montañas cercanas a la capital. Pero todo ha sido inútil. Aún así, estate tranquilo, pues tu vida no correrá peligro». Además, Shigemori le pedía en otro mensaje al guardia Namba no Jirō: «Debes servir al consejero con el máximo esmero y tratarlo con la mayor compasión». Y le daba instrucciones precisas para el viaje.

De esa manera iba a emprender el camino del exilio el consejero mayor, lejos de todos, de su señor, el Emperador-monje, de su esposa y de unos hijos que nunca antes se habían apartado de su lado. En medio de convulsiones y sin consuelo posible, cayó al suelo. Llorando amargamente, decía estas palabras:

—¿Adónde voy a ir? Nunca más podré ver a mi esposa ni a mis hijos. La otra vez que sufrí el destierro, cuando me acusaron los monjes, el Emperador se apiadó de mí compasivamente y me llamó del exilio. Pero esta vez mi condena no ha sido impuesta por voluntad imperial. Oh, ¿cómo ha podido ocurrirme esto?

Pero nada podía hacerse ya.

Rayaba el alba cuando, al día siguiente, zarparon. A bordo, durante todo el viaje, Narichika no hacía otra cosa que derramar lágrimas, sin ningún deseo de seguir viviendo. Sin embargo, su vida, por mucho que se asemejara a la niebla, tan fugaz e inconsistente, no se desvanecía. La estela del barco dejaba un rastro de blanca espuma y, tras ella, la capital se veía más y más lejos. Adelante, en cambio, el lugar del destierro se acercaba más y más.

Al cabo de unos días anclaron en la isla de Kojima, en Bizen. El consejero mayor fue alojado en una humilde choza con el techo de paja. Detrás, se erguía una montaña; delante, se extendía el mar. ¿Qué más podía esperarse en una isla como ésa? El viento en las ramas de los pinos de la costa, el fragor de las olas de la playa, todo allí componía un paisaje de desoladora, infinita tristeza.

CAPÍTULO IX

EL PINO DE AKOYA

Otros muchos hombres, además de Narichika, fueron igualmente sentenciados y condenados. Así, se decía que el sacerdote Renjo, gobernador de la provincia de Oomi, sería desterrado a la provincia de Sado[59]; Motokane, gobernador de Masashiro, tendría como exilio la provincia de Harima[60]; Masatsuna, maestro de ceremonias, iría desterrado a la provincia de Awa; y Sukeyuki y Nobofusa, capitanes de la Guardia, a Mikasa y a Awa, respectivamente.

Mientras tanto, en su palacio campestre de Fukuhara, Kiyomori despachó el día veinte del sexto mes a su mensajero Morizumi para que fuera a la mansión de su hermano, el consejero ministerial, el lla-

[59] Es una isla grande frente al litoral occidental de Japón, y ahora parte de la provincia de Nīgata. Fue un destino favorito de destierro para personajes ilustres, como el emperador Juntoku (1221), el reformador budista Nichiren Diashonin (1271) y el dramaturgo Zeami (1434).

[60] También llamada Hōki, la actual provincia de Shimane.

mado «consejero de la Puerta Principal»[61]. El mensaje era el siguiente: «Tengo un plan. Envíame de inmediato al capitán, el hijo de Narichika».

El consejero ministerial entendió enseguida de qué se trataba y se lamentó con estas palabras:

—¡Ah, si nos hubiéramos resignado al destino antes de que yo intercediera por él! Pero es realmente desconsolador tener que enfrentarse de nuevo a esta desgracia.

Y, llorando, le pidió a su yerno que obedeciera la orden. Éste, también con lágrimas en los ojos, se aprestaba a partir, pero su esposa y todas las demás mujeres, sumidas en el llanto, le suplicaban al consejero:

—Sabemos que no servirá de nada una nueva intercesión, pero os rogamos que lo intentéis de nuevo. Por favor, pedidle al primer ministro que le perdone.

El consejero respondió:

—He hecho todo lo que estaba en mi mano. No se puede hacer nada más, sólo que yo cumpla mi promesa, renuncie al mundo y me haga monje.

Y, dirigiéndose a su yerno, le habló así:

—De cualquier modo, prometo visitarte en tu destierro mientras yo viva.

Naritsune era el padre de un niño de tres años y, al ser un hombre joven, podía ser natural que no prestase demasiada atención a su hijo. Pero ese día, al comprender que la despedida era para siempre, sintió que la aflicción le traspasaba el pecho, y con profunda tristeza dijo:

—Me gustaría ver a mi hijo una vez más.

La criandera se lo trajo al momento. El capitán lo sentó sobre sus rodillas y, mientras le acariciaba los cabellos, entre suspiros y sollozos, acertó a decir estas palabras:

—Había hecho planes para ti, hijo mío: que te pusieras el gorro alto de laca[62] cuando cumplieras los siete años y ofrecerte como paje al

[61] Se trataba de su propio hermano menor, Norimori. Era llamado así por el lugar en donde estaba su palacio. Era el suegro de Naritsune, hijo de Narichika (véase cap. V de este mismo libro).

[62] El gorro cilíndrico y alto de laca negra (*eboshi*) era un distintivo de la nobleza cortesana.

servicio del Emperador. Ahora comprendo que eran unos planes insensatos. Si sobrevives y llegas a hacerte mayor, quisiera que te hicieras monje y rezaras por mi salvación.

El niño, pese a su tierna edad, asentía con la cabecita. Todos los que allí estaban, desde el padre y la madre hasta la criandera y cuantos presenciaban la escena, fueran de corazón duro o blando, mojaban las mangas de sus kimonos sin poder contener las lágrimas.

El mensajero que había venido de Fukuhara apremiaba al capitán para que partiera esa misma tarde. Pero el capitán dijo:

—Me gustaría quedarme en la capital sólo una noche más.

Su deseo, sin embargo, no le fue concedido y esa misma noche hubo de emprender el viaje a Toba. Su suegro, el consejero ministerial, esta vez no se atrevió a subirse al carruaje con él.

El día veintidos del sexto mes, cuando llegó Naritsune al palacio de Fukuhara, residencia del primer ministro, éste mandó llamar a Senō no Tarō Kaneyasu y le ordenó que escoltara a Naritsune hasta su lugar de destierro, en la provincia de Bitchū. Kaneyasu obedeció, pero, por temor a que el consejero ministerial se disgustara por cómo se había tratado a su yerno, confortaba y servía a Naritsune lo mejor que podía durante el viaje. Pero éste, incapaz de alivio, rehusaba recibir atenciones o consuelos de cualquier tipo. Sólo rezaba y rezaba, día y noche, a Buda, y lamentaba el estado de su padre.

Su padre, en efecto, el antiguo consejero mayor, seguía desterrado en Kojima, provincia de Bizen. Sin embargo, el guardia que lo escoltaba, Namba no Jirō Tsunetō, pensó que su prisionero estaba en un lugar de fácil acceso para los barcos y lo trasladó al interior de la isla. Se instalaron en un templo de la montaña llamado Ariki, un austero lugar cerca del poblado de Niwase, en la frontera entre Bizen y Bitchū. De esa manera, entre donde estaba Senō, en Bitchū, y este templo Ariki, en Bizen, había una corta distancia, unos cincuenta *chō*[63]. Era como si el viento que soplaba desde la dirección de Bizen, le hiciera a Naritsune barruntar a su padre. Así que un día, llamando a Kaneyasu, su guardia, le preguntó:

—¿A qué distancia está el templo de Ariki, en Bizen, donde dicen que se encuentra mi padre?

63 Es decir, poco más de una legua (5,45 Km) separaba al padre del hijo.

Kaneyasu pensó que no era conveniente decirle la verdad. Así que respondió:

—A unos doce o trece días de viaje.

Entonces, el capitán, con lágrimas en los ojos, dijo:

—Japón tenía antiguamente treinta y tres provincias, de las que se hicieron sesenta y seis[64]. Sabemos que las actuales provincias de Bizen, Bitchū y Bingo componían originalmente una sola provincia. También Dewa y Michinoku, en el este, formaban una sola provincia con sesenta y seis distritos, de los cuales doce se separaron para formar la actual provincia de Dewa. Así pues, cuando el comandante Sanetaka[65] fue desterrado a Michinoku[66], sintió el capricho de ver el famoso pino de Akoya[67] situado en esa provincia. Anduvo y anduvo preguntando por toda la provincia, pero no lo pudo encontrar. Decidió entonces regresar. En el camino se encontró con un anciano y se dirigió a él así:

—Anciano, pareces haber vivido muchos años por estos lugares. Tal vez sepas dónde puedo encontrar el famoso pino de Akoya que está en esta provincia.

El anciano respondió:

—En esta provincia no lo encontrarás. Tal vez en la provincia de Dewa...

—Veo que no lo sabes —dijo Sanetaka—. En estos tiempos de caos, hasta los lugares famosos se olvidan.

Y cuando estaba a punto de reanudar su camino de regreso, el anciano le tiró de la manga y le preguntó:

—¡Ah! ¿Te refieres entonces al famoso pino de Akoya? ¿Ese del que habla el poema? —y comenzó a recitar—:

[64] En el año 711 se promulgó un edicto imperial que dividía las extensas provincias del norte en territorios más manejables para la administración. Véase el mapa correspondiente en la Introducción: Anexo.

[65] Sanetaka Fujiwara fue un poeta de finales del siglo x. Fue desterrado por el emperador Ichijō (980-1011) por haber derribado de un puñetazo el gorro de un alto cortesano.

[66] Michinoku, también llamada Mutsu o Ooshū, es la parte más norteña de la isla de Honshu, la isla central y mayor de Japón. Corresponde a las actuales provincias de Aomori, Akita e Iwate.

[67] Pino famoso que fue mandado plantar por la legendaria princesa Akoya en el lugar de su tumba, en el monte Chitose.

Por muy alta que brille
en Michinoku
la luna sobre él,
sobre el pino de Akoya.
Bajo sus ramas, sombras.

Este poema fue compuesto cuando Michinoku y Dewa pertenecían aún a una misma provincia. Después, doce distritos se separaron y formaron la provincia de Dewa. Por eso tiene que estar en esta provincia de Dewa.

Así respondió el anciano a Sanekata, que caminó hasta la provincia de Dewa y pudo finalmente contemplar el pino de Akoya.

Y Naritsune siguió diciendo:

—Desde Dazaifu, que se encuentra en la isla de Tsukushi, en la lejana Kiushu, un hombre que lleve truchas[68] al Emperador no tarda más de quince días. Por lo tanto, con doce o trece días de viaje desde donde estamos, uno podría llegar hasta la lejana Kiushu. ¿No es así? En este caso, la distancia entre Bizen y Bitchū no puede recorrerse en más de tres o cuatro días. Es evidente, por lo tanto, que estás exagerando la distancia que me separa de mi padre porque no deseas decirme dónde se encuentra.

Y, habiendo dicho estas palabras, Naritsune quedó en silencio, pese a que anhelaba ver a su padre.

CAPÍTULO X

LA MUERTE DEL CONSEJERO MAYOR

Después, el *sōjō* Shunkan y los capitanes Yasuyori y Naritsune fueron desterrados a la isla de Kikai-ga-shima, en la bahía de Satsu-

68 Todos los años era costumbre que uno de los gobernadores de Kiushu ofreciera al Emperador el tributo simbólico de unas truchas.

ma[69], una isla de difícil acceso a la que sólo se puede llegar desde la capital tras muchos días de azarosa navegación. Es un lugar poco poblado y sus únicos moradores en nada se asemejan a los demás súbditos del Imperio. Son gentes de tez oscura como la de los bueyes, muy peludos y hablan una lengua incomprensible. Los hombres no llevan altos gorros lacados, ni las mujeres el cabello recogido. Y, como no van vestidos, no parecen humanos. No almacenan víveres para su subsistencia, y viven de la caza de animales e insectos. Tampoco cultivan los campos, por lo que carecen de arroz y de otros cereales. Ni siquiera fabrican sedas ni telas. En la isla hay una montaña alta en donde arde un fuego inextinguible; por todas partes mana azufre, por lo que la isla también es conocida con el nombre de «Isla Sulfúrea». Sin cesar, retumban las tormentas en las cumbres de sus montañas y en sus faldas la lluvia azota sin cesar. Es un lugar tan inhóspito que nadie puede habitar allí ni un solo día, ni una sola hora.

Mientras tanto, Narichika, el antiguo consejero mayor, pensaba que la ira de los Heike se habría aplacado con su destierro. Pero, entonces, se enteró del destierro de su hijo Naritsune a la isla de Kikai-ga-shima. Pensó entonces: «¿Qué sentido tiene aguantar tanta desgracia?». Y resolvió hacerse monje. Envió un mensajero a Shigemori para darle cuenta de su decisión y solicitar la autorización del Emperador-monje, que se la concedió. Así, Narichika trocó el elegante kimono de brillantes mangas, símbolo de la prosperidad temporal, por el negro hábito de un religioso que expresaba su renuncia al mundo.

Su esposa, entretanto, vivía escondida en el templo de Unrinin, en una montaña al norte de la capital; un paraje apartado y difícil de sobrellevar para una persona no acostumbrada a una vida dura. Esta mujer, obligada a vivir lejos de los ojos de la gente, vivía atormentada viendo cómo pasaban los días. Antes vivía rodeada de sirvientes y samuráis, ahora ninguno de éstos la visitaba por miedo a la gente. Sólo uno, un samurái llamado Nobutoshi, de corazón bondadoso, la visitaba. En una de estas visitas le dijo al samurái:

—Si no me equivoco, mi marido debe estar ahora en Kojima, en la provincia de Bizen. Pero he oído rumores de que realmente se en-

[69] Kikai-ga-shima, o «Isla del Mundo del Diablo», está situada frente a las costas de Oosumi, en Kiushu.

cuentra en un templo llamado Ariki o algo así. Haz lo posible por llevarle una carta mía y regresa con una respuesta.

El fiel criado, con lágrimas en los ojos, contestó con estas palabras:

—Desde mi infancia he recibido la bendición de vuestra benevolencia, señora. Y no ha pasado un instante de mi vida en que no me haya encontrado al lado de mi señor. A la hora de su destierro quise acompañarlo, pero los Heike no me lo permitieron. Su voz, cada vez que me mandaba algo, todavía resuena en mis oídos. Sus palabras, cada vez que me reprendía por algo, han quedado grabadas en mi corazón para siempre. Por muy penoso que sea el camino, señora, no pararé hasta llegar allí donde mi señor se encuentre y entregarle vuestra carta.

Estas palabras alegraron a la esposa de Narichika, que escribió una carta y se la entregó a Nobutoshi. También sus hijos pequeños le escribieron a su padre algunas líneas cortas. El samurái recibió la carta y partió hacia Bizen.

Cuando llegó, explicó su misión al guardia de Narichika, Namba no Jirō Tsunetō que, conmovido por la lealtad de Nobutoshi, le permitió ver a su señor. En ese preciso momento, mientras el antiguo consejero mayor, sumido en la nostalgia, hablaba sobre la capital con unos lugareños, le anunciaron:

—Nobutoshi ha llegado de la capital.

—¿No es esto un sueño? —preguntó Narichika al instante. Y añadió—: ¡Rápido! Hacedle pasar.

Nobutoshi, cuando llegó donde estaba su señor y lo vio en un lugar tan miserable, vestido con un austero hábito negro, sintió que sus ojos se tornaban igualmente negros y que su corazón se le salía del pecho. Le explicó con pormenores el encargo que traía de su esposa y le entregó la carta. El antiguo consejero mayor abrió la carta, pero sus ojos, nublados por las lágrimas, eran incapaces de leer una sola línea. En la carta su esposa le escribía cosas como: «Tus hijos suspiran por verte, y cuando yo les veo en tal estado siento que me consumo de tanto dolor». Frases como ésta traspasaban el corazón de Narichika, que comprendía que su soledad no era comparable a la que sentía su familia.

Pasaron cuatro o cinco días y Nobutoshi, entonces, le pidió al guardia:

—Deja que me quede al lado de mi señor hasta el último día de su vida.

Pero el guardia no se lo permitió. Narichika dijo entonces a su criado:

—Regresa a la capital. No tardarán en matarme. Cuando te enteres de mi muerte, reza por mí.

Escribió una carta de respuesta a su esposa y se la entregó a Nobutoshi, que le dijo:

—Volveré, señor, sin falta.

El antiguo consejero, ahora un religioso, dijo a su criado estas palabras de despedida:

—No creo que me dejen seguir viviendo cuando tú vuelvas. ¡Ah, qué duro es despedirse, mi fiel Nobutoshi! Ojalá pudieras quedarte más tiempo.

Y lo llamó una y otra vez. Pero Nobutoshi nada podía hacer y, conteniendo las lágrimas, inició el regreso a la capital.

Cuando llegó, entregó la carta de respuesta a la señora. Ésta la abrió y halló dentro un mechón de pelo que le confirmaba el rumor de que su marido se había tonsurado y hecho monje. Incapaz de leer la carta, dijo:

—Esta prenda suya, ¡cuánto dolor me da verla!

Y estalló en llanto. A su lado, sus hijos pequeños sollozaban.

El día diecinueve del octavo mes del mismo año Narichika fue ejecutado en un paraje llamado Nakayama, de Kibi, en el poblado de Niwase, en la frontera entre Bizen y Bitchū. Varios rumores corrieron sobre su suerte. Según unos, le ofrecieron *sake* envenenado, pero lo rechazó. A continuación lo llevaron cerca de un barranco de unos dos *jō*[70] en cuyo fondo habían colocado varios tridentes de hierro. Y desde el borde del barranco lo hicieron caer, y encontró Narichika una cruel muerte, al quedar su cuerpo ensartado en los tridentes. Fue una muerte de una atrocidad inusitada.

Cuando su esposa se enteró de su muerte, dijo:

[70] Un *jō* equivale a tres metros.

—No había cortado mis cabellos porque abrigaba la esperanza de ver algún día a mi esposo. ¿Qué sentido tiene ahora seguir así?

Ingresó en un monasterio llamado Bodai-in, se tonsuró y se hizo monja, consagrándose a rezar por la salvación de su esposo.

Esta mujer era hija de Atsukata, gobernador de Yamashiro. Una bella mujer a la que amó profundamente el emperador Goshirakawa. Como Narichika era el cortesano favorito del Emperador, éste se la concedió.

Los hijos también pasaron sus días rezando por la salvación eterna de su padre, y realizaron ofrendas de flores y rociaron el altar con agua bendita. ¡Cómo movía a compasión verlos entregados a tales actos de piedad filial!

De esta manera pasaban los días, y de esta manera cambiaron las cosas. El curso del mundo es exactamente igual que las Cinco Señales de Decaimiento de los Seres Celestiales[71].

CAPÍTULO XI

EL ASTUTO PROCEDER DE SITTEI

El consejero de Tokudai-ji, Sittei, se había recluido en su mansión una temporada, después de que su aspiración al cargo de capitán general resultara fallida, cargo para el que había sido relegado en favor de Munemori, el segundo hijo de Kiyomori[72]. Cuando anunció su intención de tonsurarse y hacerse monje, todos sus criados, samuráis y nobles del cuarto y quinto rango se sorprendieron y lamentaron tal decisión. Había entre sus criados un tal Fujiwara Shigekane, archivero mayor, noble del quinto rango y hombre capaz y de gran perspicacia.

71 La comparación del curso del mundo con estas señales está dentro de la tendencia constante del *Heike monogatari* a considerar que el mundo está sumido en un estado de caos y en una época de degeneración. Es el concepto de *mappō*. Véase en la Introducción el apartado «Religión e ideas».

72 Véase el cap. XII del Libro 1.

Una noche de luna, en la que Sittei recitaba poemas con la persiana de su alcoba alzada, se presentó este Shigekane en su casa con la intención de consolarlo.

—¿Quién llama? —preguntó el consejero.

—Soy yo, señor, Shigekane —fue la respuesta.

—¿A qué obedece tu visita?

—En medio de esta luna tan resplandeciente que hasta refresca el alma, se me había ocurrido acercarme hasta aquí —respondió Shigekane.

—Has hecho muy bien en venir —dijo el consejero—, pues precisamente esta noche me sentía aburrido y no sabía cómo pasar el rato.

De esa manera, Shigekane se quedó conversando de varios asuntos para consolar a su señor. En un momento de la conversación, dijo:

—Cuando me paro a pensar en el curso que va tomando el mundo, llego a la conclusión de que la prosperidad de los Heike no tiene fin. Los capitanes generales de la Derecha y de la Izquierda son los dos hijos mayores de Kiyomori. Después los siguen Tomomori, el tercer hijo, y el nieto, Koremori. Si todos ellos van ocupando por ese orden los puestos de capitán general, los demás jamás podremos acceder a esos cargos. Tarde o temprano, de todos modos, pensaba tonsurarme, así que es mejor hacerlo de una vez.

Shigekane, con lágrimas en los ojos, le contestó:

—Pero, señor, si os hacéis monje, todos los vuestros, los de puestos bajos o altos, nos quedaremos sin saber qué hacer y sin un señor al que mirar. Se me ha ocurrido una idea. Ya conocéis la devoción profunda de los Heike al santuario de Itsukushima, en la provincia de Aki. Pues bien, la idea es que vayáis como peregrino a ese santuario, permanezcáis allí siete días y atraigáis la curiosidad de las bellas y elegantes bailarinas del santuario. Ellas se encargarán de atender todas vuestras necesidades. Si os preguntan la razón de vuestra peregrinación, decidles la verdad. Cuando les anunciéis vuestro regreso a la capital, os pedirán, sin duda, que os quedéis. Entonces, debéis pedirles que os acompañen a la capital. Seguro que algunas querrán venir y, cuando estén aquí, desearán visitar Nichi Hachijō, el palacio de los Heike. Cuando los Heike les pregunten la razón de vuestra peregrinación a Itsukushima, les dirán vuestras palabras. Kiyomori es una persona emocional y que, sin duda, se conmoverá cuando sepa que su

señoría ha rezado en el mismo santuario al que él es tan devoto. Y os favorecerá.

—No se me había ocurrido —dijo Sittei—. Es una gran idea. La pondré en práctica inmediatamente.

Y, sin pérdida de tiempo, realizó las purificaciones necesarias y emprendió la peregrinación al santuario de Itsukushima.

Itsukushima, en verdad, estaba lleno de bellas y elegantes *naishi*[73] que agasajaron y sirvieron cumplida y minuciosamente a Sittei, día y noche, durante los siete días de su estancia en el santuario. En esos siete días y siete noches, bailaron *bugaku*[74] hasta en tres ocasiones, tocaron el *biwa* y el *koto*[75], y cantaron *kagura*[76]. Settei estaba tan entusiasmado que cantó él mismo *imayō rōei*[77], *fūzoku*[78] y *saibara*[79]. Finalmente las bailarinas le dijeron:

—Aquí suelen venir a rezar los señores Heike, pero otros cortesanos casi nunca vienen. Por eso nos extraña tanto vuestra visita, señor. ¿A qué se debe?

—He sido sobrepasado por alguien en el puesto de capitán general y he venido a rezar para conseguirlo —respondió Sittei.

La estancia de siete días llegó a su fin, Sittei pidió licencia a la diosa para irse y se dispuso a regresar a la capital. Pero las bailarinas del santuario, que no querían separarse de él, le prepararon una barca y diez de las principales decidieron acompañarlo el primer día de su viaje. Cuando finalmente se iban a despedir, Sittei insistió en que no se separasen de él y les pidió que retrasaran un día y otro y otro su re-

73 *Naishi* es un título dado a las doncellas al servicio de la emperatriz, pero aquí designa a las bailarinas que servían en los santuarios de Itsukushima y de Ise-saigū.

74 Un tipo de baile cortesano con acompañamiento de músicos.

75 El *biwa* es un género de laúd de cuatro o cinco cuerdas de popularidad en el Japón antiguo. Precisamente al son de este instrumento se recitaba el *Heike (biwa hōshi)*. Véase en la Introducción el apartado «Género y autoría». El *koto*, por otro lado, es una especie de cítara de forma semicilíndrica y con trece cuerdas que aún se usa.

76 *Kagura*, literalmente «música de los dioses», era interpretada en los santuarios y solía consistir en melodías invocatorias a las divinidades sintoístas frecuentemente cantadas por mujeres enmascaradas.

77 Antigua canción cortesana.

78 Canción cortesana a partir de antiguas melodías regionales.

79 Canción popular en la Corte Imperial de motivos populares y original de las zonas rurales de Kioto y Nara.

greso. Así, consiguió llevarlas a la capital. Cuando llegaron, las alojó en su mansión de Tokudai-ji, donde fueron espléndidamente agasajadas y servidas. También las colmó de obsequios. Entonces dijeron las bailarinas:

—Mal estaría que, ya que hemos venido hasta aquí, nos fuéramos sin visitar a nuestro señor Kiyomori, el primer ministro-*nyūdō*.

Y, dicho y hecho, encaminaron sus pasos al palacio de Nishi Hachijō, donde al punto fueron recibidas por el primer ministro en persona.

—¿Qué os ha traído a la capital?

—El señor Sittei de Tokudai-ji fue al santuario a presentar sus plegarias a la diosa. Después de siete días, decidió regresar y nosotras lo acompañamos el primer día. Pero insistió un día y otro y otro en no separarse de nosotras, hasta que finalmente llegamos con él a la capital.

—¿Y qué plegarias tenía el señor consejero de Tokudai-ji que hacerle a la diosa del santuario de Itsukushima? —preguntó el primer ministro.

—Nos dijo que rezaba para conseguir el puesto de capitán general.

Kiyomori asintió con una profunda inclinación de cabeza y exclamó:

—¡Pobre hombre! ¿Así que, habiendo tantos santuarios y templos en la capital, se fue tan lejos, al mismo santuario en donde yo tengo puesta mi devoción, para rezar? Eso tiene mérito. El puesto debe significar mucho para él.

Poco después el primer ministro hizo que su hijo mayor, Shigemori, dimitiera del cargo de capitán general de la Izquierda y nombró para este puesto a Sittei, por delante incluso de su segundo hijo, Munemori, que era capitán general de la Derecha.

¡Qué proceder tan astuto el de Sittei! Fue una pena que a Narichika no se le hubiera ocurrido una idea semejante. En cambio, planeó una traición insensata que sólo sirvió para acarrearle su propia destrucción y la desgracia para su familia y sus criados.

CAPÍTULO XII

LAS BATALLAS DE LOS BONZOS

Cuenta la historia que el emperador-monje Goshirakawa se hizo discípulo del *sōjō* Kōken, del templo de Onjō, y que recibió de éste las doctrinas secretas de la escuela budista Shingon.

Se decía que al Emperador-monje le iban a ser transmitidas las Tres Leyes Ocultas de los sutras Dainichi, Kongōchō y Soshitsuji, y que el día cuatro del noveno mes sería oficiada la ceremonia de la Aspersión del Agua Bendita en el templo de Onjō. Pero cuando este rumor llegó al monte Hiei, la indignación prendió en los corazones de los bonzos, que dijeron:

–Dicta la tradición que la ceremonia de aspersión y de recepción de los sagrados preceptos tenga lugar en nuestro templo. Y el origen de esta tradición se remonta a cuando la divinidad Sannō se mostró en nuestra montaña para guiarnos hacia la iluminación. Pero he aquí que al Emperador-monje se le va a oficiar la ceremonia de aspersión en Onjō-ji. No tenemos entonces más remedio que prender fuego a este templo.

El Emperador-monje, al darse cuenta de que su decisión podría provocar una desgracia, resolvió realizar sólo los ritos fundamentales y aplazar la ceremonia de Aspersión. Pero deseaba con tanta fuerza esta ceremonia que ordenó al *sōjō* Kōken de Onjō-ji que lo acompañara al templo de Tennō, cerca del cual estaba el recinto de Gochikō-in. En este lugar sagrado para el budismo y con el agua bendita del pozo Kamei, fue oficiado el rito de la Aspersión.

Aunque el Emperador-monje, prudentemente, había evitado celebrar la ceremonia en Onjō-ji para no irritar a los bonzos del monte Hiei, lo cierto es que en los templos de este monte los bonzos legos y los bonzos novicios que aspiraban a maestros estaban enfrentados entre sí. Estos últimos siempre salían perdiendo, con lo cual el templo Enryaku corría gran riesgo de ser destruido, lo que causaba no poca zozobra en la Corte Imperial. Los bonzos legos eran aquellos que ha-

bían servido de jóvenes a los bonzos novicios y que más tarde se habían quedado en los monasterios entregados a tareas manuales y de administración. Desde no hacía mucho, en la época en la que Gakushin era superior general de la escuela Tendai y *sōjō* de Kongōju-in, a los legos de los tres recintos de los monasterios de la montaña se les había permitido realizar ofrendas florales a las imágenes sagradas. Después fueron llamados *gyo-nin*, es decir, «los ascetas», y se dedicaban a los trabajos más duros. Pero en los enfrentamientos con los otros bonzos siempre salían victoriosos.

Los bonzos ancianos protestaron ante la Corte Imperial y ante la clase dirigente sobre la conducta de estos bonzos legos, y los acusaban de actos de insumisión y alboroto, por lo que pedían que se los castigara.

Entonces Kiyomori, amparándose en un edicto imperial, llamó a Muneshige, vicegobernador de la provincia de Kū, y lo puso al frente de dos mil guerreros del distrito de Kidai. A todos los envió a unirse a las fuerzas de los bonzos ancianos y novicios del monte Hiei y a atacar a los legos.

Estos bonzos legos, que vivían en el monasterio de Tōyo-bō, bajaron a Sangashō, en la ladera oriental del monte Hiei, donde alistaron a numerosos hombres. Después volvieron a la montaña, levantaron una fortaleza en Sōizaka y se encerraron en su interior.

El día veinte del noveno mes, a eso de la hora del dragón (ocho de la mañana), un ejército formado por dos mil jinetes guerreros del gobierno y tres mil bonzos novicios —en total cinco mil hombres— atacó Sōizaka. Esta vez parecía seguro que iban a vencer. Sin embargo, los bonzos novicios querían que los jinetes fueran en primera línea de combate y los jinetes querían que fueran ellos, los bonzos novicios, los que fueran en primera línea. La ofensiva, por lo tanto, resultó desorganizada e ineficaz. Desde la fortaleza las catapultas lanzaban piedras, y muchos de los atacantes, bonzos y jinetes, murieron.

Entre los defensores de la fortaleza se contaban ladrones, bandidos, salteadores de caminos de montaña, piratas y gente de mal vivir. A todos ellos los unía un fin común: una codicia ilimitada. Se defendieron con gran arrojo y sin temor a la muerte. De esa manera nuevamente los bonzos novicios fueron derrotados.

CAPÍTULO XIII

LA DESOLACIÓN EN LOS TEMPLOS DE LA MONTAÑA

Tras estos enfrentamientos, los templos de la montaña, en el monte Hiei, cayeron en un estado de desolación. Con excepción de doce monjes dedicados a la vida ascética y contemplativa, no quedó en ellos ningún bonzo.

Cesaron entonces aquellas homilías en los valles, quedaron desiertas aquellas salas de ejercicios espirituales, se cerraron para siempre las ventanas del edificio de los novicios, las salas de meditación quedaron vacías. Se había evaporado, en fin, aquella fragancia a flores de primavera que en otro tiempo exhalaban las Cuatro Enseñanzas y los Cinco Períodos de la escuela Tendai, aquella luna de otoño, que en otro tiempo irradiaba la doctrina de los Tres Vínculos de la Verdad de la escuela Tendai, estaba ahora oculta.

Ya nadie encendía la lámpara de la luz de los trescientos años de esta doctrina budista. Ya nadie evitaba que se fuera apagando el humo de ese incienso, que antes ardía noche y día.

Antes, los edificios del templo se erguían en el cielo. Antes, las pagodas de tres pisos, con sus poderosos pilares, apuntaban hacia el cielo azul. Antes, su caballete en el tejado, sus cuatro cabrios y vigas desde su majestuosa altura parecían suspendidos en medio de la blanquecina niebla.

Ahora, en cambio, de las ofrendas sólo se ocupa el viento que sopla sin parar en las alturas, y a la dorada imagen de Buda sólo le dan brillo la lluvia y el rocío. De noche, por los resquicios de la madera de las salas penetran los rayos de luna, que iluminan el interior como linternas y el rocío del alba coloca en el pedestal de flor de loto el adorno de sus perlas. ¡Cómo han cambiado los tiempos!

Desde el comienzo de este fin de los tiempos, las doctrinas budistas de los tres imperios de la Ley de Buda se han ido debilitando paulatinamente[80]. Si, por ejemplo, consideramos la lejana India, sabemos

[80] La India, China y Japón.

que los templos de Chikurin y de Gion, donde el mismo Buda solía predicar, son ahora parajes inhóspitos convertidos en guaridas de zorros y lobos en los que sólo quedan los cimientos de piedra. El estanque de Hakuro[81] se ha secado por completo y ahora sólo produce abundante hierba. Los pilares de Taibon y de Gejō están cubiertos de musgo y no tardarán en caer.

Si consideramos China, sabemos que los templos de Tendai-san, de Godai-san, de Hakuba-ji[82] y Gyokuse-ji se encuentran en ruinas y nadie vive allí. En algún lugar oculto estarán pudriéndose las sagradas escrituras de Mahayana y de Hinayama dentro del arca de oraciones.

En cuanto a nuestro país, los siete grandes templos de la capital del sur[83] yacen en ruinas y las ocho o nueve escuelas del budismo han desaparecido sin dejar rastro. En Atago y Takao[84], en donde antiguamente se erguían pagodas y edificios monásticos, se han convertido de la noche a la mañana en ruinas y en moradas de *tengu*[85]. Por todo esto, en esta era de Jishō en que nos encontramos ha desaparecido para siempre la insigne doctrina de la escuela Tendai. ¿Qué hombre con corazón no lamenta este fin? Y, efectivamente, en la columna de uno de los templos abandonados, un bonzo desconocido había escrito los siguientes versos:

Si en este monte
donde me encuentro ahora,

81 Hakuro, o de la Blanca Garza, se encuentra en el mencionado templo de Chikurin o del Bosque de Bambú. Este templo indio fue construido por el rey Bimbisata (542-490 a. C.), quinto soberano de Magadha, uno de los grandes reinos en el tiempo del Buda histórico.

82 Tendai-san es el primer templo de la escuela del mismo nombre, fundada en el año 575 d. C. por Chigi (531-597) con el nombre de la montaña china en donde estaba construido. Godai-san, situado en la montaña del mismo nombre, en la provincia china de Shansi, donde según la tradición se asentaron los primeros monjes budistas llegados de la India. En chino es llamado Wu Tai Shan. En cuanto a Hakuba-ji, es el primer templo budista construido en China, en el año 67 d. C.

83 La ciudad de Nara, antigua capital del Imperio, al sur de Heian o Kioto.

84 Son lugares en las inmediaciones de Kioto.

85 Los *tengu* del folklore japonés son criaturas sobrenaturales, a veces benéficas, a veces malignas, que habitan en las montañas. Suelen representarse con larga nariz y, a veces, alas, con resplandecientes ojos, roja cara, y provistas de un abanico de plumas.

un día rezó el
Maestro, ¿podrá reinar
la gran desolación?

Tal vez el autor, al escribir eso, recordaba la plegaria que, hace mucho tiempo, el gran maestro Dengyō Daishi[86] dirigió a los budas cuando fundó estos templos. ¡Qué sensibles y precisos eran los versos de ese desconocido autor!

Aunque el día ocho era el día de Yakushi, el Buda que Cura, no había ni una voz que invocara el nombre de Buda. Aunque en el mes cuarto se conmemoraba la aparición del dios Sannō en la montaña, tampoco se presentó nadie que ofrendara cintas de papel. La valla roja del santuario se fue ennegreciendo por la incuria y en toda la montaña no quedaban sino las sogas de la purificación[87].

CAPÍTULO XIV

EL TEMPLO ZENKŌ EN LLAMAS

Corrió por entonces la voz de que el templo Zenkō[88] había sido destruido por el fuego.

Para conocer la historia de la imagen de Nyorai que cobija este templo, hay que remontarse a la India. Hace mucho tiempo, en el centro de ese país estallaron las Cinco Plagas que causaron la muerte a mucha gente. Entonces Buda y uno de sus discípulos llamado Mokuren, con arena de oro extraída del reino de los mares, esculpieron tres

[86] Dengyō Daishi (»El gran maestro transmisor de enseñanzas») es el nombre póstumo de Saichō (774-835), uno de los grandes líderes budistas del comienzo de la época Heian. No sólo fundó la escuela Tendai en el templo de Enryaku, en el monte Hiei, sino que logró la autonomía institucional para esta influyente escuela.
[87] Estas sogas de paja o *shimenawa*, que se decoraban con tiras de papel blanco, eran utilizadas en los ritos de purificación que se celebraban en los santuarios sintoístas.
[88] Zenkō-ji es un templo situado en la actual ciudad de Nagano y pertenecía a las escuelas budistas Tendai y Jōdo.

estatuas de las divinidades de Amida[89]. Cada una tiene una altura de poco más de un *shaku*[90] y las tres son las obras más maravillosas del mundo.

A la muerte de Buda estas imágenes permanecieron quinientos años en la India, pero en los tiempos de la expansión del budismo por Oriente, profetizada por Buda, fueron llevadas al reino de Kudara[91]. Mil años después, el soberano de este reino, Seimei, en la época en que en el nuestro reinaba Kimmei[92], la sagrada tríada llegó a Japón y se quedó unos años en las costas de Naniwa, en la provincia de Setsu. Debido al extraordinario fulgor dorado de las estatuas, a la era iniciada el año de su llegada a Japón se la llamó Konkō o «Rayos dorados».

Al comenzar el tercer mes del año tercero de dicha era (año 572), Omi no Honda Yoshimitsu, de la provincia de Shinano, se presentó en la capital, y cuando vio las imágenes de Amida decidió llevárselas a su provincia. Durante el día las transportaba sobre su espalda, y durante la noche las imágenes sagradas lo transportaban a él. Cuando llegó a Shinano, las guardó en el templo de Zenkō, en la comarca de Minochi[93]. Transcurrieron entonces quinientos ochenta años y éste había sido su primer incendio.

La gente decía: «la destrucción de la Ley Budista es el preludio de la destrucción de la Ley del Imperio».

Y el pueblo añadía: «la destrucción de tantos templos y montañas sagradas, ¿no será igualmente el anuncio de la caída de los Heike?».

[89] Son Amida Nyorai, Kannon Bosatsu y Seishi Bosatsu, conocidas popularmente como Amida-sanzon o las tres divinidades de Amida.
[90] Un *shaku* equivale a 30,30 cm.
[91] Kudara o Paekche es uno de los reinos de la península coreana, aliada tradicional de Japón contra el vecino reino coreano de Sila. Cuando Kudara fue derrotado por este reino, hacia mediados del siglo VII, numerosos inmigrantes de Kudara se establecieron en Japón, en la provincia de Settsu, dando lugar al frecuente topónimo de Kudara.
[92] Es decir, entre 531 y 571, cuando se introdujo el budismo desde Corea. Fue el soberano 29 de la línea dinástica imperial.
[93] En las inmediaciones de la actual ciudad de Nagoya.

CAPÍTULO XV

LA INVOCACIÓN DE YASUYORI

Mientras tanto, los desterrados en la isla de Kikai-ga-shima no tenían más razones para aferrarse a la vida que las de una gota de rocío a la punta de una hoja. Del poblado de Kase, en la provincia de Bizen, propiedad del suegro de Naritsune, les llegaban provisiones con las cuales tanto el capitán mayor Naritsune como Shunkan y el capitán Yasuyori pudieron sobrevivir.

En el camino al destierro, en Murozumi, provincia de Suhō[94], este Yasuyori había tomado las órdenes sagradas y recibido el nombre budista de Shōshō. Como abrigaba desde hacía mucho el deseo de tonsurarse, compuso este poema:

Por fin atrás
dejé este traicionero
mundo. ¿Por qué
antes abandonarlo
nunca se me ocurrió?

El capitán de la Guardia Imperial Naritsune y el nuevo novicio Yasuyori eran devotos de las divinidades de Kumano y ahora se lamentaban con estas palabras:

—¡Ah, si pudiéramos instaurar en esta isla el culto a los tres espíritus Gongen que hay en Kumano y rogar ante ellos por nuestro regreso[95]!

94 En la actual ciudad de Hikaru, prefectura de Yamaguchi.
95 Desde los tiempos más remotos se pensó que Kumano, una región montañosa que domina sobre el mar, era el lugar donde moraban las divinidades sintoístas. Con la propagación del budismo de la Tierra Pura de la época Heian (s. VIII-XII), los santuarios de Kumano se identificaron en la mente popular con la Tierra Pura, lo que dio como resultado un intrincado sincretismo de divinidades nativas y budistas. En su contexto budista, los santuarios fueron conocidos como *Sansho Gongen* (o Tres Manifestaciones Divinas) de Kumano, cuyos espíritus o divinidades eran Honchi Amida Nyorai, Honchi

Sin embargo, el *sōjō* Shunkan era escéptico por naturaleza y no participaba en los deseos piadosos de sus compañeros, que resolvieron buscar un lugar idóneo que se asemejara a Kumano. Encontraron un paraje flanqueado por un ameno riachuelo al lado de una pintoresca arboleda de rojizos tonos y por una montaña de frondosa vegetación cuya cumbre se elevaba misteriosamente entre las nubes. Tanto por el porte de la montaña como por el aspecto del bosque, se trataba de un lugar de extraña belleza. Al sur, se divisaba el mar en toda su infinitud, y sus lejanas olas se confundían con las nubes y la niebla. Al norte, de lo alto de una abrupta roca se despeñaba una catarata de cien pies. El formidable rugido de la cascada y la caricia del viento entre los pinos del bosque evocaban el monte Nachi, morada de la divinidad del mismo nombre.

Sobrecogidos por este paisaje, los dos exiliados decidieron denominarlo «monte Nachi». Además, nombraron las cumbres de dos montes vecinos como «Hongū» y «Shingū», y decidieron que serían las sedes de sendos santuarios. El novicio Yasuyori caminaba delante y Naritsune iba detrás. Así recorrían los dos estos parajes a diario, como si de una peregrinación a Kumano se tratara, mientras imploraban el fin de su exilio con estas palabras:

—¡Oh, espíritus sagrados de Kongō-dōji, tened piedad de nosotros! Dignaos concedernos el regreso a la capital. Permitidnos poder ver una vez más a nuestras esposas y a nuestros hijos.

Los días pasaban así, uno tras otro, para los desterrados. Como no disponían de vestidos apropiados para los ritos de purificación, se vieron obligados a ponerse unos bastos tejidos de cáñamo. En las abluciones sacaban agua de un estanque próximo como si se tratara de las límpidas aguas del río Iwada.

Si subían por un camino escarpado, lo llamaban «Puerta de la Iluminación». En cada uno de estos recorridos, el novicio Yasuyori, a falta del papel con el que se hacían las tiritas votivas, llevaba en la mano florecillas cogidas del campo. Y pronunciaba esta invocación:

Yakushi Nyorai y Avalokitesvara o Kannon (la de las once cabezas). En la época del *Heike*, Kumano era un lugar favorito de peregrinación para los miembros de la Corte Imperial.

—En este año de la era de Jishō[96], el año del gallo, en su mes duodécimo, habiendo pasado ya trescientos cincuenta días, y tras haber elegido una hora propicia, nosotros, creyentes sinceros, Fujiwara no Naritsune, capitán mayor de la Guardia Imperial de la Derecha, y con él yo, *shami* Shōshō[97], nos postramos con el máximo respeto ante las más portentosas divinidades de Japón, ante los espíritus de los tres lugares sagrados de Kumano, el más sacrosanto santuario del Imperio, donde mora el Gran Buda de la Cascada, el más santo de los *bodisatva* y el espíritu más perfecto de las cascadas. Así, en vuestra augusta presencia, desde nuestra profunda lealtad y con un corazón puro unido a un cuerpo, a una boca y a un pensamiento, os invocamos.

¡Oh, gran *bodisatva* Shojō[98]! Sois la imagen de Amida representada en tres cuerpos. Vos, que salvasteis a los seres de este mundo del mar proceloso y los llevasteis al puerto seguro de la iluminación, sois el divino médico del Mundo del Zafiro del Oriente, el Nyorai que sana todos los males. Sois el maestro de las conversiones del monte Fuduraku del Sur[99], el Kannon que ilumina con suma perfección. Sois el maestro original de este mundo, el maestro de la serenidad, el Nyakuōji que nos salva de miedos y sufrimientos. Vos, que mostráis sobre vuestra cabeza a Kannon, la de once cabezas, que atendéis a los ruegos de todas las criaturas.

Desde el Emperador hasta el último de sus súbditos, todos recogemos cada mañana agua limpia con que lavarnos de la suciedad de este mundo y poder alzar la vista cada tarde a la majestad de vuestra montaña. Y así invocamos vuestro glorioso nombre para lograr la paz en este mundo y la salvación en el venidero.

La sublime altitud de vuestra montaña es emblema de vuestra divina virtud y la pavorosa sima de vuestros valles es símbolo de la profundidad de la fe. Así, ascendemos a la cima de tu montaña apartando las nubes y descendemos por la ladera dispersando el rocío. ¿Cómo podríamos emprender la peregrinación por tan escabroso camino si no tuviéramos fe en la fuerza de vuestra virtud, oh, *bodisatva* de la be-

96 Año 1177.
97 *Shami* (del sánscrito *sramanera*) designa a un novicio de las órdenes budistas.
98 Shojō es un *bodisatva* que ha logrado la perfección.
99 Es un monte localizado al sur de la India (en sánscrito *Potalaka*).

nevolencia? ¿Cómo podríamos erigir santuarios en estas remotas partes si no veneráramos la virtud de todas las divinidades?

Por lo tanto, gran *bodisatva* Shojō y espíritu de la cascada, dignaos volver vuestros ojos compasivos y azules como la flor de loto hacia nosotros y aguzar vuestros oídos como aguza las orejas el ciervo. Tened en cuenta el ardor de nuestro celo y concedednos todos nuestros ruegos.

¡Oh divinidades de Musubi y de Hatayama[100]! Vosotras, que, de acuerdo con vuestra inspiración, guiáis a los ya iluminados y salváis a los todavía ignorantes, y para ello os habéis dignado abandonar vuestros paraísos de las Siete Joyas[101], ocultar los rayos de los ochenta y cuatro mil[102] rostros de Buda y mezclaros con el polvo de las Seis Vías[103] y de los Tres Mundos[104].

Por eso, nosotros aquí juntos, hombro con hombro, os imploramos que cambiéis el destino fatal de nuestras vidas y que prolonguéis nuestros días. No dejaremos de presentaros ofrendas de flores y de escribir plegarias con la esperanza de que nos sea concedida esta gracia, se nos reconozca nuestra fe, tan profunda que es capaz de hacer temblar el suelo del santuario, y se acepte nuestra devoción, tan rebosante en nuestros corazones que bastaría para purificar a todos los seres vivientes.

Si vosotras nos escucháis, ¿cómo podríamos no lograr esa esperanza? Confiamos en vosotras, ¡oh representaciones de Buda y manifestaciones del *bodisatva* de los doce lugares[105]! Desplegad vuestras alas para que se salven todos los vivientes y remonten el vuelo por encima de este mundo de amarguras. Poned fin a la aflicción de este destierro y permitid que se cumpla nuestro deseo de volver a la capital.

A vuestros pies nos postramos.

Tal fue la invocación de Yasuyori.

[100] Es decir, del santuario de Kumano.

[101] Las Siete Joyas son oro, plata, lapislázuli, cristal, ágata, rubí y cornalina.

[102] Este término se emplea en los textos budistas para indicar un número ilimitado.

[103] Las almas de los seres vivos transmigran por seis vías o caminos: el infierno, los reinos de los espíritus hambrientos, de los animales, de los demonios, de los hombres, y el cielo.

[104] Son las regiones del deseo, de la forma y del éter.

[105] Además de las tres divinidades de Kumano, están las cinco de Oji y las cuatro de Myōjin.

CAPÍTULO XVI

LA TABLILLA A LA DERIVA

El capitán Naritsune y el novicio Yasuyori recorrían en continua peregrinación los santuarios de las tres divinidades, y algunas veces permanecían en vela toda la noche.

Una ocasión en que habían pasado la noche cantando *imayō*[106], Yasuyori se quedó dormido cuando rompía el alba. Vio entonces una barca de blanca vela que llegaba a la orilla y de la que bajaron veinte o treinta doncellas servidoras del templo. Todas iban vestidas con *hakama* de color rojo y empezaron a tocar el tambor y a cantar tres veces esta canción:

Más poder que las oraciones a los diez mil budas
tiene una simple invocación a Kannon de los mil brazos[107].
La que hace que, de árboles secos y hierbas marchitas,
frutos maduren y flores se abran.

Y al punto desaparecieron como si hubieran sido borradas.

Cuando Yasuyori se despertó de este sueño, dijo perplejo:

–A fe mía que esas doncellas personificaban a la divinidad del dragón. De las tres deidades de Kumano, la que se llama Augusta Deidad del Poniente es la Kannon de los mil brazos. Ahora bien, la divinidad del dragón es una de las veintiocho servidoras de Kannon de los mil brazos. Esto quiere decir que nuestro ruego va a ser atendido. ¡Qué gran esperanza!

Otra noche, mientras los dos velaban, empezaron a dormitar y a soñar que soplaba brisa de mar y les traía dos hojas que, volando, cayeron justo sobre las mangas de sus kimonos. Las tomaron en sus ma-

106 Canción popular de la época sobre temas de actualidad.

107 Es una de las divinidades de Kumano, a menudo representada con once cabezas, que simbolizan la ubicuidad de su visión, y mil brazos, capaces de ejercitar con su asistencia una misericordia ilimitada.

nos con curiosidad y vieron que se trataba de hojas de *nagi*[108], el árbol sagrado de Kumano. En la superficie de estas hojas aparecía un poema, escrito como si un gusano hubiera mordido la hoja y hubiera trazado unos caracteres que decían:

Plegaria ardiente
que escucha el dios: la vuelta
a la ciudad.

Yasuyori, que tanto añoraba la capital, se puso entonces a construir mil tablillas[109] estrechas de madera y a grabar en ellas la letra sánscrita «a»[110], la fecha, su nombre secular, nombre religioso y estos dos poemas:

¡Brisa del mar!
Sopla, corre, vuela ya.
Lleva a mis padres
esta nueva: «en la isla
de Satsuma me hallo».

¿A quién en viaje,
aun breve, la nostalgia
no le atormenta?
¡En mi suerte pensad
y sentid compasión!

Llevó las tablillas a la playa y se puso a invocar a las divinidades con estas palabras:

[108] Es un árbol de hojas perennes y lanceoladas de frondosas ramas que crece en la parte central y occidental del archipiélago japonés.
[109] En el original *sotoba,* del sánscrito *stûpa.* Aunque originalmente las «estupas» eran monumentos funerarios o conmemorativos campaniformes para guardar reliquias, de donde derivarían las pagodas, aquí indica unas tablillas en forma de obelisco. Se creía que con mil tablillas la oración del creyente era escuchada por Buda.
[110] La letra «a» es considerada por los budistas la forma definitiva y la fuente de todos los fenómenos del universo.

—¡A vosotros me dirijo y ante vosotros me postro, Bonten, Taishaku y los otros Cuatro Reyes Celestiales[111]! ¡Divinidades sagradas de Kumano y de Itsukushima! Permitid que al menos una de estas tablillas llegue a la capital.

Lanzaba al mar las tablillas y las volvía a lanzar cada vez que las blancas olas del mar las devolvían a la playa. A medida que iba tallando tablillas, las lanzaba al mar. Y tantas talló y grabó, y tantas lanzó y volvió a lanzar, que una de ellas, flotando, flotando y flotando a la deriva muchos, muchos días, llegó a su destino... ¿Fue que el deseo tan ardiente de volver a la capital se había transformado en brisa o fue que los dioses habían escuchado su plegaria? El caso es que una de entre las mil tablillas que flotaban a la deriva llegó a las costas de la provincia de Aki, frente al santuario de Itsukushima.

Sucedió que un monje amigo de Yasuyori que deseaba saber de él había pensado en hacer un viaje hasta la isla de Kikai-ga-shima. Con esta idea decidió ir en peregrinación a Itsukushima, al oeste. Se encontró allí con un hombre vestido de cazador y con aspecto de estar relacionado con el santuario, como si fuera un servidor del mismo. Después de hablar con él un rato, el monje le dijo:

—Por cierto, dicen que los budas y los *bodisatva* asumen distintas transformaciones cuando ocultan el esplendor de su luz divina y visitan a los humanos para salvarlos. Pero ¿por qué razón la divinidad de este santuario se transforma en dragón de mar?

El servidor del santuario le respondió:

—Eso se debe a que nuestra divinidad es la tercera hija del rey dragón de Shakatsura, la cual se transforma en Taizōkai[112].

Y el servidor empezó a relatar el sinfín de virtudes y milagros de esa divinidad, desde su aparición en el santuario hasta la salvación que concedía a los humanos. Le contó también que el santuario estaba formado por ocho edificios dispuestos en fila y que sus airosos tejados se asomaban a la costa. Y de cómo la transparente luna ilumina

[111] Divinidades tutelares del budismo, y los cuatro reyes que protegen los cuatro puntos cardinales del mundo de los deseos.

[112] Literalmente significa «mundo del receptáculo uterino», un término usado en el budismo esotérico (en sánscrito, *garbha-dhātu*). *Taizō* significa también fertilidad y es comparado a la flor del loto o al vientre femenino. En cuanto a Shakatsura, es el tercero de los ocho reyes dragones, culto de origen taoísta.

la marea cuando sube y cuando baja. Cuando hay alta mar, la gran puerta del santuario y la sagrada valla se asemejan a un rojo rubí; y cuando hay bajamar, incluso en las noches del caluroso verano, las blancas arenas de la playa se asemejan a la brillante escarcha.

Conmovido por el relato y el lugar, el monje se puso a recitar sutras. El sol ya caía y la luna se levantaba. La marea empezó a subir, acarreando algas y desechos marinos. Entre las algas arrojadas a la playa, el monje distinguió algo parecido a una tablilla. Impulsado por la curiosidad la cogió. Leyó claramente en ella unos caracteres, que el mar no había borrado por estar grabados en la madera y que decían algo como «En la isla de Satsuma me hallo».

—¡Qué extraño es todo esto...! —exclamó el monje, y guardó la tablilla en su arqueta de peregrino.

Se dirigió entonces a la capital para mostrar su hallazgo a la anciana madre de Yasuyori, que había abrazado la vida religiosa, y a la esposa y los dos hijos de Yasuyori, que vivían recluidos en Murasakino, en el norte de Ichiyō.

Toda la familia se lamentó al ver la tablilla y exclamó:

—¡Ah! ¿Por qué esta tablilla no ha seguido flotando hasta China y ha tenido que llegar a nuestras manos para acrecentar nuestro dolor y hacernos sentir todavía más tristes?

La noticia llegó a los augustos oídos del emperador-monje Goshirakawa que, al ver la tablilla, exclamó:

—¡Qué desolación! ¿Así que todavía siguen con vida?

Fue muy digno por parte del Emperador-monje expresar así su dolor y dejar caer unas lágrimas. El Emperador-monje envió la tablilla a Shigemori y éste se la enseñó a su padre, el primer ministro. Como éste no era tan insensible como una piedra o un árbol, se conmovió al leer el poema de la tablilla y expresó su compasión.

En una ocasión Kakinomoto no Hitomaro[113] evocó en verso su lugar natal al ver cómo un barco desaparecía tras una isla. Y Yamabe

[113] Célebre poeta (685-705) venerado en Japón como el dios de la poesía. El poema aludido dice así:

Las costas de Akashi
van la cortina alzando
de espesa niebla.
Y más y más pequeño
un barco en lejana isla.

no Akahito[114] compuso un poema al contemplar una grulla entre unos juncos. Y la divinidad de Sumiyoshi se acordó de las ruinas de su santuario y la divinidad de Miwa de los cedros plantados a la puerta del suyo.

Antiguamente, desde que el dios Susanō compuso su poema de treinta y una sílabas[115], tanto divinidades como mortales, incluso el mismo Buda, han cantado en poesía sus sentimientos de nostalgia[116].

CAPÍTULO XVII

EL GENERAL SOBU Y EL GANSO

Una vez que Kiyomori hubo expresado su compasión, las gentes de la capital, tanto la nobleza como el pueblo llano, ancianos y jóvenes, recitaban sin temor el poema de los desterrados de Kikai-ga-shima. Pese a que éstos habían tallado mil tablillas, el que sólo una hubiera llegado hasta la capital desde las lejanas costas de Satsuma ¿no era portentoso? ¿Acaso no demuestra esto que los anhelos ardientes llegan a cumplirse?

114 Es otro de los grandes poetas de la primera antología poética de Japón, el *Manioshu* (trad. de A. Cabezas, Madrid, Hiperión, 1980). Floreció en las primeras décadas del siglo VIII. El poema aludido dice así:

De Waka-no-ura
la marea se ha adueñado
y no hay marisma.
Y entre graznidos, grullas
a sus juncales vuelven.

115 Susanō no Mikoto es adorado como el ancestro de los habitantes de la provincia de Izumo y como el autor mítico del primer poema en lengua japonesa, de cinco versos de 5/7/5/7/7 sílabas, tal como se recoge en la obra *Kojiki* del año 712.

116 La poesía como expresión de sentimientos era uno de los principios fundamentales del canon poético establecido por Ki no Tsurayuki en el prefacio de la antología lírica *Kokinshū*, del año 905.

Hace mucho tiempo, en la remota China, en los tiempos del emperador Wu de la dinastía Han[117], se despachó contra los bárbaros un ejército de trescientos mil hombres a caballo al mando del general Li Sho Kei. Pero resultó una fuerza débil y fueron derrotados y el general hecho prisionero. Entonces el emperador chino organizó otro ejército, esta vez de quinientos mil hombres a caballo, al mando del general Sobu. Pero nuevamente resultó una fuerza débil y los bárbaros vencieron, tomando a seis mil prisioneros. De éstos, escogieron a seiscientos treinta, entre ellos al general Sobu, y a cada uno le cortaron una pierna. Después los liberaron. Algunos murieron en el acto, otros, al cabo de un tiempo. Solamente el general Sobu sobrevivió.

Con sólo una pierna, a duras penas podía vivir. Se alimentaba de los frutos de los bosques. En la primavera comía berros en los arroyos, en el otoño comía granos de arroz que rebuscaba en los campos. Los gansos salvajes que bajaban a los arrozales estaban ya tan acostumbrados a ver a este hombre cojo, que no sentían ningún temor ante él. El general, al comprender que estas aves eran migratorias y llegarían hasta su tierra natal, sintió añoranza por su patria. Decidió entonces escribir una nota y atarla al ala de uno de aquellos gansos. Llamó a uno y le dijo:

—Cumple tu misión y entrega este mensaje al Emperador de los Han —le dijo al ganso, y lo soltó.

Aquel ganso cumplió su misión porque, como todos los gansos de los arrozales de aquellas tierras del norte, voló hacia el sur, hacia la capital.

Ocurrió que el Emperador de los Han se encontraba escuchando música en el parque imperial de Shorinen. Era un atardecer nublado de otoño y el Emperador se encontraba preso del sentimiento de *aware*[118]. De repente vio cómo cruzaba el cielo una bandada de gansos salvajes. Una de las aves se apartó de la bandada y comenzó a descender. Luego cortó con el pico una cinta de su ala e hizo caer al suelo la nota que llevaba atada. Un servidor imperial la recogió y se la tendió al Emperador. Éste la abrió y sus augustos ojos leyeron esto:

[117] 156-86 a. C.

[118] Melancolía o capacidad de conmoverse. Véase en la Introducción el apartado «Motivos y valores».

—He pasado tres miserables años encerrado en una gruta. Después anduve vagando por estrechas veredas entre arrozales y sobreviviendo entre los bárbaros a duras penas y con una sola pierna. Aunque haya de perecer algún día en estas tierras, desearía que mi alma regresara a la patria para servir de nuevo a su majestad imperial.

De ahí, por cierto, viene que en nuestra lengua a las cartas se les llame *gansho* o *gansatsu*[119].

—¡Qué lástima tan grande! —exclamó el Emperador—. Ésta es la letra del famoso general Sobu. No me cabe duda de que sigue vivo en el país de los bárbaros.

Decidió entonces el Emperador enviar un ejército de cien mil hombres a caballo al mando del general Li Kō. Esta vez el ejército chino fue el más fuerte y los bárbaros fueron derrotados. Sobu, al enterarse de la victoria de los suyos, salió de los campos y se descubrió:

—Soy el antiguo general Sobu.

Envejecido tras diecinueve años de privaciones y la pérdida de la pierna, fue llevado en un palanquín a la capital. Sobu tenía diecinueve años la primera vez que había sido mandado a luchar contra los bárbaros y, sin que nadie supiera cómo, conservaba todavía la bandera imperial que entonces le había confiado el soberano. Al aparecer en el palacio con la insignia imperial, todos, desde el Emperador hasta sus ministros, se conmovieron. Como reconocimiento a su fidelidad, le concedieron grandes mercedes y posesiones, y lo nombraron gobernador de los territorios coloniales.

Mientras tanto, Li Sho Kei, el primer general, seguía cautivo en el país de los bárbaros, incapaz de poder regresar. Aunque le suplicaba una y otra vez al rey de los bárbaros permiso para volver, jamás se lo concedía. Ignorante de su situación y creyendo en su deserción al enemigo, el Emperador de los Han declaró al ausente Li Sho Kei como traidor y ordenó exhumar y azotar públicamente los restos de sus padres. Además sus seis parientes más próximos fueron castigados. Cuando al general Li Sho Kei le llegaron estas noticias fue invadido por un profundo resentimiento. Sin embargo, la añoranza por su patria era más fuerte y decidió escribir una misiva en la que afirmaba su lealtad al Emperador. La misiva halló su camino hasta el Emperador que,

119 Literalmente, «escritura de ganso» o «trazos de ganso».

arrepentido de lo que había hecho con los cadáveres de los padres del general, se lamentó del injusto proceder seguido contra su general.

Así pues, el general Sobu de China había hecho volar un papel atado al ala de un ganso, mientras que nuestro Yasuyori hizo cabalgar a su poema en la cresta de las olas del mar. Aquél escribió una sola nota con los trazos de su pluma; éste grabó dos poemas. Uno en una época remota; otro en estos últimos años del final del mundo.

El reino de los bárbaros y la isla de Kikai-ga-shima, dos lugares tan distantes entre sí. Dos épocas tan separadas entre sí. Pero los dos hombres, igualmente sensibles. Y los dos casos, igualmente dignos de admiración.

LIBRO TERCERO

CAPÍTULO I

LA CARTA DE INDULTO

El día uno del primer mes de la era de Jishō (año 1178), se celebró en el Palacio Imperial la ceremonia de las Felicitaciones de Año Nuevo y el día cuatro tuvo lugar la visita del Emperador a sus augustos familiares. Pero aún no se había aplacado el enojo del emperador-monje Goshirakawa por las órdenes de destierro y las ejecuciones del verano pasado, entre ellas la del consejero mayor Narichika. Su disgusto era evidente y no tenía ánimo para presidir ninguno de los actos oficiales. Por otro lado, también el primer ministro, Kiyomori, sentía una creciente desconfianza hacia el Emperador-monje. En sus maneras exteriores y ante la gente se comportaba con indiferencia, pero en su corazón reinaban la cautela y la sospecha, y su sonrisa era falsa. El día siete del mismo mes, el cielo de Oriente se iluminó con un cometa al que se denominó «la bandera de Shiyo»[1] y también «el espíritu enrojecido». El día quince su luminosidad había culminado.

Pues bien, Kenreimon, la hija de Kiyomori, que por entonces ya era emperatriz, cayó enferma. Tanto la Corte como el pueblo se vieron sumidos en una gran aflicción. En diversos templos se iniciaron recitaciones de oraciones budistas y se despacharon mensajeros a diversos santuarios con distintas ofrendas. En el palacio, los médicos trataban a toda costa de curar a la enferma con todo género de medicamentos, los doctores del *ying* y *yang* ejercitaban todos sus conju-

[1] Literalmente, «estrella con cola caudal semejante a una bandera».

ros y artes secretas y los bonzos oficiaban complejas ceremonias y solemnes ritos. Pero he aquí que la dolencia no era el resultado de un mal ordinario, sino de un simple embarazo. Su Majestad, el Emperador reinante, esposo de Kenreimon, tenía entonces dieciocho años, mientras que la Emperatriz tenía veintidós. Ninguno de ellos había tenido antes hijo ni hija.

En el seno de los Heike se pensaba que el nacimiento de un hijo varón sería una gran dicha para todos ellos, y tomaron el anuncio del estado de la Emperatriz con gran regocijo, como si de un nacimiento se tratara. En el seno de otros clanes se decía:

—La prosperidad de los Heike está en alza. No hay duda de que nacerá un varón.

Cuando se confirmó que la Emperatriz estaba encinta, se ordenó a los más altos dignatarios religiosos, por posición o fama, que organizaran solemnes ceremonias y ritos a los dioses, a Buda y a los *bodisatva*, secretos conjuros e invocaciones ocultas a las estrellas y a los astros, para que el fruto del embarazo imperial fuera un hijo varón.

El día uno del sexto mes tuvo lugar la ceremonia de la Investidura Materna de la Emperatriz. El superior general del templo Ninnan, príncipe Shūkaku, ofició la ceremonia del «Pavo Real» para asegurar la protección divina. Por su parte, el superior general de la escuela Tendai, el príncipe Kakukai, fue el encargado de oficiar el rito destinado a cambiar el feto femenino en masculino.

Conforme pasaban los meses, aumentaban las quejas de la Emperatriz sobre su estado. Su caso se asemejaba al de la dama Li, la favorita del emperador chino Wu, cuya célebre sonrisa, según se decía, era superior al poder de mil hechizos. Esta dama cayó enferma cuando permanecía en el palacio de Chao Yang. Su condición era más desvalida que la de Yang Kuei-Fei[2], de los Tang, que decaía como decae la flor del peral mojada por la lluvia de primavera, como se abate la flor del loto herida por la fuerza del viento, como languidece la flor de la valeriana con la carga del frescor del rocío.

Los espíritus terribles y malignos aprovecharon la condición de la Emperatriz para tomar posesión de ella. Se consultó a la divinidad

[2] Concubina (719-756) del emperador chino Hsuan Tung famosa por su belleza, ha sido la inspiración de numerosos dramas y poemas chinos. Véase la n. 71 del libro 1.

Fudō[3] para conocer el origen de tales espíritus y se supo que procedían del difunto emperador Sanuki[4]; del difunto Yorinaga[5], el temible ministro de la Izquierda de Uji; del difunto Narichika, el consejero mayor; del difunto sacerdote Saikō, y de los desterrados de la isla de Kikai-ga-shima. Cuando se supo esto, el primer ministro decidió aplacar los espíritus de esos difuntos y de los vivos. Para empezar, resolvió devolver al emperador Sanuki la denominación de emperador Sutoku, a Yorinaga le nombró primer ministro de primer rango a título póstumo. Además se despachó a un mensajero imperial, un tal Koremoto, secretario menor del interior, hasta la tumba de Yorinaga, el famoso ministro de la Izquierda. Su tumba estaba en el cementerio de la llanura de Hannia, en el poblado de Kawakami de la región de San-no-kami, provincia de Yamato. Allí, un día de otoño de la era de Hōgen, su cadáver había sido profanado y arrojado al borde de un camino, donde se había confundido con la tierra y servido de abono a la hierba que brotaba cada primavera. Ahora, con la llegada del mensajero Karemoto y la noticia de esta póstuma restitución, ¡qué gran consuelo iba a tener su espíritu!

Y es que, como bien sabéis, en verdad que un espíritu iracundo siempre, desde antaño, ha sido causa de terror. Hace mucho, al depuesto príncipe heredero Sahara[6] le fue concedido el título de emperador Shudō y a la princesa Igami[7] se le restituyó el título de Emperatriz. Esto se hizo para calmar la ira de sus espíritus. Además, se sabe que la locura del emperador Reizei y la abdicación del emperador-monje Kazan se debieron a la ira del espíritu de Motokata, el ministro

[3] Este Fudō-myo o «el dios Inmutable» es una deidad budista (en sánscrito *Achala*), una del grupo de reyes de la sabiduría.

[4] Sanuki-no-in o «el Emperador exiliado de Sanuki» fue Sutoku, el emperador 75 de la dinastía imperial (1123-1141) y hermano mayor de Goshirakawa. Fue derrotado en la Insurrección de Hogen y desterrado a Sanuki, isla de Shikoku. Véase en la Introducción el apartado «Antecedentes históricos» (págs. 10-11).

[5] Fujiwara Yorinaga (1120-1156), uno de los protagonistas de la abortada Insurrección de Hōgen. Véase n. 58 del Libro 1.

[6] Era el hermano menor del emperador Kammu. Se le desposeyó de su título de príncipe heredero en 785, muriendo en el camino al destierro a la isla de Awaji.

[7] Hija del emperador Shōmu (701-756), fue relegada como heredera al trono imperial en favor de su hermana menor, Kōken (718-770).

del Centro; y que si el emperador Sanjō perdió la vista fue a causa de la maldición del sacerdote de la Corte, Kanzan[8].

Volviendo a nuestra historia, cuando Norimori, el llamado «consejero ministerial de la Puerta Principal», tuvo conocimiento de todo eso, fue a Shigemori y le dijo:

—Están ofreciéndose toda clase de oraciones y votos para que la Emperatriz dé a luz a un príncipe. Pero no creo que haya nada más eficaz que un indulto general. ¡Y qué acto tan virtuoso y meritorio sería poner fin a la condena de los desterrados en Kikai-ga-shima!

Entonces, Shigemori fue adonde estaba su padre y le dijo:

—Es digno de compasión el fervor con que el consejero ministerial, tu hermano, desea la libertad de su yerno, el capitán Naritsune. Se ha sabido también que los dolores de la Emperatriz se deben a la acción del alma en pena de Narichika, el padre de Naritsune. Para calmar esa alma, ¿no sería mejor indultar a Naritsune ahora que está vivo? Si atiendes, padre, los lamentos de los demás, tus deseos se verán cumplidos. Y si atiendes los deseos de los demás, te serán concedidas tus peticiones. Así, la Emperatriz tendrá un hijo varón y nuestro clan conocerá una gloria jamás vista.

Kiyomori, que estaba más blando que de costumbre, preguntó:

—Bueno, bueno... ¿Y qué haríamos con Shunkan y Yasuyori?

—Lo mejor sería hacerlos regresar a los dos, porque si dejas a uno allí, de nuevo el pecado pesará en tu conciencia.

—Al novicio Yasuyori podremos indultarlo, pero al monje Shunkan no. No podemos olvidar que alcanzó su posición gracias a mi ayuda. Y, a pesar de ello, habiendo como hay tantos lugares, su casa de Shishi-no-tani fue la que cobijó aquel nido de conspiradores. Allí se reunían y planeaban destruirnos. Por nada del mundo se puede perdonar a ese hombre.

Shigemori regresó a su palacio y llamó a su tío, el consejero ministerial:

[8] Reizei, emperador 63 (967-969); Kanzan, emperador 65 (985-986), hijo de Reizei; Motokata juró venganza contra la familia imperial porque su nieto no fue nombrado príncipe heredero; y Sanjō fue el emperador 67 (1012-1016), segundo hijo del emperador Reizei.

—Tu yerno, Naritsune, va a ser indultado. No debes preocuparte de nada.

El consejero, juntando las manos de alegría, dijo:

—Cuando Naritsune se fue camino del destierro a la lejana Kiushu, mucho se extrañó de que yo no lo ayudara. ¡Qué desgarrador fue para mí ver cómo me miraba a los ojos!

—Comprendo muy bien cómo te debías sentir —dijo Shigemori—, pues todos los hijos son entrañables. Te prometo hacer todavía más por tu yerno.

Y se retiró a sus habitaciones.

De esa forma, se resolvió indultar a los desterrados de la isla de Kikai-ga-shima y permitirles el regreso a sus hogares. Kiyomori firmó la carta de indulto y un mensajero salió de la capital con la carta. El consejero ministerial, todo alborozado, ordenó a su mensajero privado que acompañara al mensajero oficial. Navegaron día y noche, pero el mar estaba muy bravío y por eso, por haber luchado contra vientos y olas, pese a haber salido de la capital a finales del mes séptimo, no llegaron a la isla de Kikai-ga-shima hasta el día veinte del noveno mes.

CAPÍTULO II

EL DESCONSUELO DE SHUNKAN

El mensajero oficial se llamaba Motoyasu. Cuando desembarcó en la isla, comenzó a preguntar:

—¿Por ventura no se hallan aquí desterrados el capitán de la Guardia Imperial y gobernador de Tamba, el *sōjō* de Hōshō-ji y el capitán de la Guardia de Taira?

Dos de los tres que él buscaba, dos, Naritsune y Yasuyori, se habían ido, como de costumbre, a realizar la peregrinación de Kumano, y no estaban por allí. Sí que estaba, en cambio, el monje Shunkan, el cual, al saber que preguntaban por él, dijo estas palabras:

—¿Será este el sueño merecido por haberlo deseado tanto? O más bien, ¿no será el demonio de las ilusiones que ha venido a tentarme? ¡Es imposible que sea verdad!

Así decía completamente aturdido. Precipitadamente echó a correr hacia donde estaba el mensajero.

—¿Qué pasa? Yo soy Shunkan en persona...

Después de que Shunkan se diera a conocer, el mensajero sacó la carta de indulto de la bolsa que su sirviente llevaba colgada del cuello, y se la entregó al monje. Éste abrió la carta y leyó: «La rigurosa pena del exilio os es perdonada. Preparaos, pues, de inmediato para emprender el regreso a la capital del Imperio. La ocasión del feliz embarazo de la Emperatriz ha propiciado una amnistía extraordinaria. En nuestras atribuciones imperiales, indultamos a dos desterrados en la isla de Kikai-ga-shima: el capitán Naritsune y el novicio Yasuyori».

No había más nombres escritos. La palabra Shunkan no aparecía por ninguna parte en la carta. Pensó entonces el dignatario budista que su nombre debía estar en el papel que envolvía la carta y buscó en él angustiosamente, pero tampoco ahí aparecía. Volvió a leer la carta de cabo a rabo y de rabo a cabo. Sólo había dos nombres escritos y no tres.

No tardaron en llegar Naritsune y Yasuyori. El capitán tomó la carta y la leyó; el bonzo novicio tomó la carta y también la leyó. Sólo encontraron sus dos nombres y no los nombres de los tres. Pensaron que debía tratarse de un sueño. Pero cuando intentaban verlo como un sueño, se daban cuenta de que era realidad. Y cuando intentaban verlo como realidad, les parecía un sueño. Además de la carta de indulto, había cartas personales para Naritsune y Yasuyori. Para Shunkan, en cambio, no había nada. ¿No era doloroso pensar que todos sus parientes y amigos habían desaparecido de la capital? El *sōjō* se lamentaba con estas palabras:

—Desde el principio hemos estado los tres desterrados en este mismo lugar y a causa del mismo castigo. ¿Cómo es posible que ahora dos sean indultados y uno solo deba seguir aquí? ¿Se han olvidado los Heike de mí o se trata de un error del escribano? ¡Decidme! ¿Qué ha pasado?

Miraba al cielo alzando unas manos suplicantes y trémulas. Luego, cayó al suelo con lágrimas en los ojos. Se agarró a las mangas de Naritsune y todo tembloroso le dijo:

—Si a mí me ha ocurrido lo que me ha ocurrido ha sido por haber tomado parte en un absurdo plan organizado por tu difunto padre. No creas que no tienes parte de mi culpa. Si a mí no se me indulta, si a mí no se me permite volver a la capital, te ruego que me dejes embarcar contigo y que me lleves por lo menos a Kiushu. Mientras vosotros estabais aquí, no faltaban las noticias de la capital puntualmente. Era como las golondrinas que se presentan en primavera o como los gansos que acuden a los arrozales en el otoño. ¿Cómo volveré a tener esas noticias cuando no estéis?

Con tal desconsuelo se lamentaba el dignatario religioso. Naritsune intentó calmarlo y le dijo:

—Es natural que te sientas así. En medio de nuestra alegría de poder volver, nos entristece verte así y dejarte solo. Aunque embarquemos los tres y deseemos ir a la capital, ¿crees que el mensajero nos lo va a permitir? Si los Heike se enteran de que hemos salido los tres de la isla, las consecuencias para todos podrían ser funestas. Cuando yo me encuentre en la capital y hable con unos y otros y me haga cargo del estado de ánimo de Kiyomori, podré conseguir una autorización y enviar a alguien para que te saque de aquí. Hasta entonces hay que tener paciencia y esperar como has esperado hasta hoy. Lo importante ahora es seguir con vida. Esta vez has sido excluido del indulto, pero estoy totalmente seguro de que al final a ti también te llegará.

Pero Shunkan lloraba y lloraba sin consuelo y sin importarle las miradas de la gente.

Los del séquito del mensajero avisaron de que el barco de regreso estaba listo para zarpar. Shunkan trató de subir al barco. Y subió, pero tuvo que bajar; nuevamente subió, y nuevamente fue obligado a bajar. ¡Tan desesperado estaba por regresar junto con sus compañeros de destierro! Pero todo fue inútil. No podía abandonar la isla. Como recuerdo, Naritsune le dejó una cobija de noche y Yasuyori un ejemplar del sutra del Loto.

Se desataron las amarras para que el barco se hiciera a la mar. Pero Shunkan se aferró a una de las amarras y fue arrastrado hasta el mar. El agua le llegaba entonces hasta las caderas, hasta las costillas,

incluso hasta la cabeza. En ese momento, se agarró al borde del barco y llorando se puso a implorar con estas palabras:

—¿Es posible que no os importe abandonarme así? Nunca pensé que fuerais tan crueles. La amistad hecha todo este tiempo entre nosotros ¿es que nada significa para vosotros? ¡Por favor, os lo ruego, dejadme ir con vosotros! ¡Dejadme, por lo menos, acompañaros hasta Kiushu! ¡Dejadme ir, dejadme!

Pero el mensajero de la capital era inflexible:

—Por mucho que lo pidas, no podemos hacer nada —le dijo, y a la fuerza desasió las manos de Shunkan del borde del barco. Los remos empezaban a moverse.

Mientras el barco se adentraba en el mar, Shunkan, sin saber qué hacer, se quedó un rato viendo cómo se alejaba. Volvió finalmente a la playa, se desplomó y se puso a patalear igual que hacen los niños pequeños cuando reclaman a la nodriza o a la madre.

—¡Dejadme subir! ¡Dejadme ir con vosotros! —gritaba inútilmente.

Y aunque el barco no estaba tan lejos, las lágrimas le habían nublado los ojos a Shunkan y ya no lo veía. Subió a una alta colina y agitó los brazos en dirección al mar. Pero del barco sólo quedaba la huella de la blanca estela que tras sí dejaba. Su desconsuelo era semejante al de Matsūra Sayohime[9] cuando agitando su pañuelo desde tierra decía adiós a su marido que partía en barco rumbo a China.

El barco con sus dos compañeros se perdió de vista y vino la noche. Shunkan no regresó a su humilde choza, sino que se quedó en la playa toda la noche. Allí las olas le mojaban los pies, allí lo bañaba el rocío de la noche. La promesa que le había hecho un hombre compasivo como Naritsune, de que al llegar a la capital iba a intentar sacarlo de aquella isla, fue el alimento de su esperanza y el motivo de no poner fin aquella noche a su penosa vida. Ahora, en su propia carne, el monje Shunkan entendía la desgracia de los hermanos Sōri y Sokuri, aquellos hermanos abandonados antiguamente en una isla desierta[10].

9 Según la leyenda, esta mujer de Matsūra (Hizen) permaneció en lo alto de una colina mirando el lugar por donde el barco, que llevaba a su marido a la guerra en Corea, había desaparecido en el horizonte. Incapaz de moverse por la aflicción, tanto tiempo estuvo sobre la colina que murió allí mismo y quedó convertida en roca.

10 De acuerdo con una parábola budista, estos dos hermanos de la antigua India fueron abandonados en una isla desierta por una cruel madrastra.

CAPÍTULO III

EL AUGUSTO ALUMBRAMIENTO

Mientras tanto, los dos indultados salieron de la isla Kikai-gashima y llegaron al poblado de Kase, en la provincia de Hizen, en los dominios del consejero ministerial Norimori, suegro de Naritsune.

Desde la capital, el consejero envió un mensajero a su yerno con esta recomendación: «Este año las olas y el viento van a arreciar sobremanera. Hallarás muchas dificultades para seguir tu camino. Descansa ahí, y cuando llegue la primavera continúa el regreso a la capital».

Así lo hicieron y pasaron el resto del año en ese lugar.

Mientras tanto, el día doce del mes undécimo de ese mismo año, alrededor de la hora del tigre (cuatro de la mañana), la Emperatriz empezó a sentir dolores, lo que causó un gran alboroto no sólo en Rokuhara, donde estaba ella, sino en toda la capital. El parto iba a tener lugar en el palacio Ikedono de Rokuhara, adonde el Emperador-monje había acudido en persona. Toda la nobleza y la Corte, desde el canciller y el primer ministro hasta el último rango nobiliario, todos los que ejercían cualquier tipo de influencia en la Corte o aspiraban a un ascenso, todos los que poseían tierras o algún puesto oficial, todos sin excepción, se presentaron en Rokuhara. De acuerdo con la costumbre, cuando iba a producirse un alumbramiento augusto de una emperatriz o de una consorte, se concedía un indulto extraordinario. Por ejemplo, el día veintiuno del noveno mes del segundo año de la era de Daiji (año 1128), se había otorgado un indulto extraordinario cuando la emperatriz Taikenmon iba a dar a luz.

En esta ocasión, por lo tanto, muchos condenados quedaron en libertad, aunque entre ellos, penoso es confesarlo, no se encontraba el *sōjō* Shunkan.

La Emperatriz hizo el voto de ir a los santuarios de Yawata, de Hirano y de Ooharano[11] si el parto era feliz. Este voto fue leído so-

[11] Santuarios sintoístas en Kioto y sus inmediaciones.

lemnemente por el Sello de la Ley o *hōin* de la ley budista. Además, se ofrecieron plegarias en más de veinte santuarios sintoístas, incluido el gran santuario de Ise, y se recitaron sutras en Tōdai, Kōfuku y en otros dieciséis templos budistas. Los mensajeros imperiales que acudieron a estos lugares fueron elegidos de entre los samuráis de mayor rango dentro del séquito de la Emperatriz. Ataviados con trajes oficiales de gala tricolores y con espadas ceremoniales, desfilaron en procesión desde la puerta del Este del palacio; y, a través del patio del Sur, salieron por la puerta del Oeste. Llevaban todo género de limosnas para las oraciones, la espada imperial y prendas de vestir como ofrendas. ¡Imaginad qué majestuoso espectáculo!

Shigemori, imperturbable como de costumbre ante las noticias, fueran favorables o adversas, se presentó bastante tarde acompañado de su hijo primogénito, Koremori, y de sus hijos más pequeños, que lo seguían montados en carruajes. Como obsequio traía cuarenta vestidos de seda, siete espadas envainadas y doce caballos de tiro. Seguía el ejemplo del canciller Michinaga[12] que, en los años de la era Kankō, regaló caballos a su hija Shōtōmon-in cuando fue a dar a luz[13]. No es de extrañar que Shigemori, hermano mayor de la Emperatriz, le regalara caballos, pues su relación con ella era casi paternal.

El consejero mayor de Gojō, Kunitsuna, también envió dos caballos de regalo. La gente murmuraba:

–Ha regalado dos caballos. ¿Lo ha hecho por agradecimiento a los Heike o para hacer gala de sus grandes riquezas?

Más de setenta santuarios, desde el de Ise hasta el de Itsukushima en Aki, recibieron caballos sagrados como obsequio. Asimismo, en el Palacio Imperial se tomaron diez caballos escogidos, que fueron decorados con papeles votivos y presentados como ofrenda a los santuarios.

El superior del templo de Ninnan, Kakujō, pronunció el sutra del Pavo Real; el superior de la escuela Tendai, Kakukai, recitó el sutra de

[12] Fujiwara Michinaga (966-1027), canciller todopoderoso que simboliza el punto culminante del poder de los Fujiwara a través de las alianzas matrimoniales de su clan con la familia imperial. Cuatro de sus hijas fueron emperatrices y tres de sus nietos emperadores. Su biografía se recoge en *Okagami* o «El gran espejo». Hay versión inglesa de Helen C. McCullough (Princeton, Princeton University Press, 1980).

[13] Entre 1004 y 1012.

los Siete Budas; el superior de Onjō-ji, el príncipe Enkei, ofició el rito de Kongō Dōji[14]. Además, se llevaron a cabo, sin omisión alguna, las invocaciones de las Cinco Formas de Kokuzo, de las Seis Formas de Kannon, las ceremonias de Ichi-ji-kinrin, de los Cinco Altares, de la Purificación, de la Suprema Sabiduría, de la Meditación y del Fugen de la Longevidad. El humo del incienso invadía todo el palacio y el sonido del gong de bronce llegaba hasta la nubes. A todos los presentes se les erizaba el cabello oyendo el grave, solemne rumor de los sutras. Diríase que no había espíritu maligno capaz de enfrentarse a tantas invocaciones sagradas.

El *hōin* del budismo ordenó que se esculpieran en tamaño natural las siete formas del Buda que Cura, así como de los Cinco Reyes Celestiales[15].

A pesar de todas estas medidas, los dolores de la Emperatriz continuaban y el parto se alargaba. Kiyomori y su esposa, Nī-dono, con la mano en el pecho, estaban aturdidos y sin saber qué hacer. Si alrededor de ellos alguien les decía cualquier cosa, respondían:

—Haced lo que sea, no importa qué.

Más tarde, Kiyomori habría de lamentarse así:

—¡Ah, si me encontrara en el campo de batalla! No hubiera tenido menos miedo que entonces...

Los dignatarios religiosos que oficiaban el rito de las sagradas invocaciones eran el *hōin* Syungyō, los *daisōjō* Bōkaku y Shōun y los *sōjō* Gōzen y Jitsuzen. Todos ellos, postrados ante las imágenes veneradas generación tras generación en sus respectivos templos, imploraban por el feliz desenlace.

¡Qué sobrecogedora era la escena! Parecía imposible que tanto fervor no surtiera efecto, sobre todo cuando el Emperador-monje, que precisamente se preparaba entonces para realizar la peregrinación a Imagumano y que, por tanto, estaba en período de plena purificación, se sentó detrás de una cortina de brocado al lado del lecho del parto y elevó su voz recitando el sutra de los Mil Brazos[16]. En ese momento,

[14] Un rito del budismo esotérico realizado ante la imagen del Kongō Dōji («*Bodisatva* del Diamante»).

[15] Las cinco formas budistas de aspecto temible que gobiernan los cuatro puntos cardinales y también la posición del centro.

[16] Es el sutra «*Senju*», a cuya recitación se le atribuían virtudes mágicas.

algo ocurrió: los videntes sagrados, que hasta entonces habían estado bailando frenéticamente, se calmaron. Entonces dijo el Emperador-monje:

—Mientras un monje viejo como yo esté sentado al lado de la Emperatriz, ¿qué espíritu maligno osará acercarse? Especialmente estos espíritus iracundos que ahora se han mostrado y que un día gozaron de la benevolencia de la Casa Imperial. Aunque estén privados de un corazón agradecido, ¿cómo van a osar perturbar este augusto alumbramiento? ¡Fuera, espíritus, salid de aquí al instante!

Y continuó diciendo:

—Cuando un espíritu maligno desea hacer que el parto de una mujer sea difícil y afligir su corazón, la oración sincera al Gran Compasivo ahuyenta a los demonios y propicia un fácil y feliz alumbramiento.

Con estas palabras comenzó a entonar el sutra de los Mil Brazos y a rezar frotando el rosario de cristal entre sus augustas manos. En esos instantes la Emperatriz dio a luz a un niño.

Shigehira, capitán medio y cuarto hijo de Kiyomori, que a la sazón era mayordomo de la Casa Imperial al servicio de la Emperatriz, salió de detrás de la cortina de brocado y anunció en alta voz:

—¡El augusto alumbramiento ha terminado felizmente y un príncipe ha nacido!

Entonces, el Emperador-monje, el canciller, los ministros, los dignatarios religiosos y los oficiantes, los adivinos, los médicos y los numerosos exorcistas, toda la nobleza, tanto la del estamento alto como del bajo, todos lanzaron un grito de júbilo cuyo eco salió de las puertas del palacio y resonó fuera durante mucho tiempo. El primer ministro Kiyomori, lleno de gozo, derramó lágrimas. ¡Ah! ¿Quién va a decir que esto no es llorar de alegría?

Shigemori entró en la alcoba del parto, se acercó a su hermana y junto a la cabecera del príncipe dejó noventa y nueve monedas de oro. Y exclamó:

—¡Bendito sea este futuro emperador que tendrá al cielo por padre y a la tierra por madre! ¡Que tu vida sea larga como la de Tung Fang Shuo[17] y te colme el espíritu la diosa del sol, Amaterasu!

17 «El asceta de la montaña sagrada», del que se decía que adquirió el secreto de la inmortalidad. Estuvo al servicio del emperador chino Wu (156-86 a. C.), de la dinastía Han.

Tomó entonces un arco de madera de moral y seis flechas de madera de artemisa. Y disparó una al cielo, otra a la tierra y las otras a los cuatro puntos cardinales.

CAPÍTULO IV

EL RECUENTO DE LA ALTA NOBLEZA

En un principio se había designado como nodriza del nuevo príncipe a la esposa de Munemori, capitán general de la Derecha, pero, al haber fallecido en un parto el pasado séptimo mes, se nombró a la esposa de Tokitada, consejero mayor de los Heike. Más tarde esta mujer sería conocida con el título de Sotsu-no-suke o «institutriz imperial».

El emperador-monje Goshirakawa ordenó rápidamente que reunieran los carruajes para iniciar el regreso a palacio. Entonces Kiyomori, dejándose llevar por la alegría, le regaló mil onzas de polvo de oro y dos mil onzas de algodón. Pero la gente criticaba su decisión y decía:

—¡Qué gesto tan poco apropiado!

En torno al augusto alumbramiento del príncipe ocurrieron sucesos extraños. En primer lugar, que el Emperador-monje hubiera actuado como exorcista. En segundo lugar, se había quebrantado una tradición. Cuando una emperatriz daba a luz, se tenía por costumbre echar una olla de arroz a rodar por el tejado del palacio. La olla se colocaba sobre el caballete del tejado, y si cae y rueda por la vertiente sur, entonces es un príncipe quien ha nacido; si se cae y rueda por la vertiente norte, es una princesa. Esta vez, por error, la olla de arroz rodó por la vertiente norte. Hubo un gran revuelo popular a causa de esto. Y, a pesar de ser echada a rodar otra vez la olla, volvía a rodar por la misma vertiente. Todo esto resultaba de mal agüero.

Otra fuente de rumor, y también de diversión, fue el nerviosismo de Kiyomori, tan contrario a la admirable compostura de Shigemori.

Lamentable fue la dimisión de Munemori como capitán general de la Derecha, en duelo por la pérdida de su amada esposa. ¡Qué gran dicha habría sido ver a ambos hermanos, Shigemori y Munemori, juntos en la Corte!

Mientras la Emperatriz se encontraba aún de parto, habían venido siete maestros adivinos para realizar los mil exorcismos. Había entre ellos uno anciano, llamado Tokiharu, maestro del Gabinete Imperial de Adivinaciones, que había venido con pocos acompañantes. Tan agolpada estaba la gente dentro del palacio que aquello se asemejaba a un tupido bosque de retoños de bambú o a una apretada plantación de arroz, de lino y de juncos. Para poder avanzar en esta multitud, Tokiharu, mientras se abría paso a codazos, gritaba:

—¡Dejadme pasar! ¡Soy un funcionario imperial!

Pugnando por avanzar, perdió el zapato derecho y tuvo que detenerse. Entonces se le cayó también el gorro. En una ocasión de tanta solemnidad este anciano tuvo que aparecer con la cabeza descubierta y con el moño descompuesto. ¡Qué espectáculo! Los jóvenes de la baja nobleza, y también de la alta, no pudieron contenerse y rompieron a reír a carcajadas. Se dice que los maestros adivinos nunca pierden su dignidad y que cuidan con esmero hasta la forma de caminar. No obstante, al principio nadie le dio importancia a este incidente. Más tarde, sin embargo, éste y otros sucesos fueron vistos como una cadena de aciagos presagios.

Los dignatarios que estuvieron presentes en Rokuhara con ocasión del augusto alumbramiento fueron:

El canciller Motofusa, el ministro imperial Moronaga, el ministro de la Izquierda Tsunemune, el ministro de la Derecha Kanezane, el ministro del Centro Shigemori, el capitán general de la Izquierda Sittei, los consejeros mayores Sadafusa, Sanefusa, Kunitsuna y Sanekuni, el supervisor Suketaka, los consejeros medios Muneie, Kanemasa, Masayori, Sanetsuna, Sukenaga y Yorimori, el capitán de la Guardia Imperial de la Puerta de la Izquierda Tokitada, el comisario de la Guardia Tadachika, el teniente general Saneie, el teniente general Sanemune, el teniente general Michichika, los consejeros ministeriales Norimori, Iemichi y Yorisada, el oficial ejecutivo de la Izquierda Nagakata, el oficial ejecutivo de la Derecha del tercer rango Toshitsune, el capitán de la Guardia Imperial de la Izquierda Shigenori, el capitán de la Guardia

Imperial de la Derecha Mitsuyoshi, el mayordomo de la Casa Imperial de la Emperatriz Tomokata, el chambelán de la Izquierda Naganori, el secretario jefe de Dazai Chikanobu, y el reciente miembro del tercer rango Sanekiyo. En total, treinta y tres dignatarios de la nobleza. Con excepción del oficial ejecutivo de la Derecha, todos llevaban vestidos ceremoniales.

Entre los ausentes estaban el anterior primer ministro Tadamasa, el consejero Takasue y unos diez más de rangos inferiores. Poco después, algunos de estos se vistieron con sencilla casaca de caza y se personaron en Nishi Hachijō a presentar sus respetos al primer ministro Kiyomori.

CAPÍTULO V

LA RECONSTRUCCIÓN DE LA GRAN TORRE

Una vez comprobada la eficacia de las oraciones de monjes y sacerdotes por la salud de la Emperatriz, se procedió a otorgar gratificaciones y nombramientos. Se anunció que sería reconstruido el templo de Tō, regido por el príncipe Kakujō, superior general de Ninna-ji, en Omuro. Además, en ese templo se realizaría la ceremonia de los Siete Días, la oración de Daigen y el rito de Kanjō o Consagración del Agua. Asimismo, al *sōjō* Kakusei, discípulo del Emperador-monje, se le ascendería a la dignidad de *hōin*. Al superior general de la escuela de Tendai, Kakukai, en cambio, se le denegó la petición de poder entrar y salir del Palacio Imperial sin bajar del carruaje. Esta denegación estaba basada en las objeciones presentadas por Kakujō. Pero después de negociar con Kakukai, a su discípulo Enryō se le promovió de secretario del templo a la dignidad de *sōjō*. Pero las gratificaciones y nombramientos que fueron otorgados en aquella feliz ocasión fueron tantos, que sería largo de mencionar.

Transcurridos unos días, la Emperatriz abandonó Rokuhara y volvió al Palacio Imperial.

Cuando su hija fue elevada al rango de esposa imperial, Kiyomori y su esposa habían expresado este anhelo:

—¡Ah, si nuestra hija diera cuanto antes y como sea nacimiento a un príncipe! Entonces nuestro nieto sería el soberano y nosotros tendríamos la honra de ser abuelos maternos de un emperador...

Con tal deseo, resolvieron rezar en el santuario de Itsukushima, al que eran tan devotos, e ir allí en peregrinación mensual. Y efectivamente, tal como era su deseo y se ha relatado, su hija quedó encinta y dio nacimiento a un príncipe.

Ahora voy a contar cómo empezó la devoción de los Heike por el santuario de Itsukushima, en la provincia de Aki. En los años del emperador Toba, Kiyomori, entonces gobernador de Aki, decidió destinar los impuestos de la provincia a la reconstrucción de la gran torre del monte Kōya.

Encargó esta tarea a su secretario provincial, Yorikata, que completó la obra en seis años. Una vez reconstruida la torre, Kiyomori subió al monte Kōya y rezó en dirección a la gran torre. Después visitó el monasterio interior. Entonces se le apareció un anciano monje. Sus cejas eran blancas como la escarcha y su frente tenía arrugas como olas. Apoyado en su bastón, empezó a hablar con estas palabras:

—Desde tiempos remotos y hasta nuestros días, esta montaña ha conservado la doctrina secreta sin ninguna alteración. En ninguna otra parte ocurre tal cosa. La reconstrucción de la gran torre ha terminado. Debes saber que las divinidades de Itsukushima, de la provincia de Aki, y las de Kei, en la de Echizen, son manifestaciones divinas de Buda en los dos mundos. Sin embargo, mientras que el santuario de Kei goza de prosperidad, el de Itsukushima está a merced del abandono y la devastación. Te pido que comuniques esto al Emperador y reconstruyas este santuario igual que has reconstruido esta torre. Si así lo haces, nadie va a impedirte una carrera de ascensos que te habrá de llevar al cenit de la gloria.

Con esas palabras, se marchó. En ese instante, una maravillosa fragancia impregnó el lugar donde el anciano había hablado. Kiyomori mandó a uno de sus hombres que le siguiera, pero volvió diciendo que, en un momento en que el anciano se encontraba a la distancia de tres *chō*, había desaparecido de repente.

—No era un mortal. Sin duda era el maestro Kōbō[18] —se dijo para sí Kiyomori.

Conmovido por el encuentro y para conmemorarlo en este mundo, ordenó que pintaran en la Sala Dorada de Kōya unos mandalas: el mandala occidental lo pintó el monje Jōmyō Hōin, y el oriental lo pintó él mismo. La tiara de joyas del Buda de este mandala fue pintada con sangre que el mismo Kiyomori se había extraído de su cabeza.

Pues bien, Kiyomori, ni corto ni perezoso, se dirigió a la capital, fue al Palacio Imperial y, tras presentarse ante el Emperador-monje, le comunicó lo ocurrido. El soberano quedó profundamente conmovido y le concedió el cargo de gobernador de la provincia para que reconstruyera el santuario de Itsukushima. Kiyomori así lo hizo y, además, levantó una puerta junto al santuario y galerías comunicantes de ciento ochenta *ken*[19] de largo. Después peregrinó al santuario reconstruido y, mientras pasaba allí la noche, vio en sueños a un niño con el cabello recogido a un lado y sujeto por un lazo que salía del interior del santuario y que le dijo:

—Soy el mensajero de la diosa. Con esta espada pacificarás el Imperio y protegerás a la familia imperial.

Tras hablarle así, le entregó una especie de alabarda formada por una espada corta atada a un largo astil que estaba envuelto en lámina de plata. Al despertarse, Kiyomori vio a su cabecera la alabarda. Entonces volvió a hablarle la diosa:

—¿Recuerdas o acaso has olvidado las palabras que yo te he dicho a través de la boca del santo? Pero si cometes una sola falta, tu progenie no disfrutará jamás de tu prosperidad.

La diosa, tras decir esto, regresó al cielo. ¡Qué venturoso prodigio!

[18] Monje budista (774-835), conocido como Kūkai o Kōbō Daishi. Fundador de la escuela Shingon, que sobresalió como calígrafo, poeta, escultor y lexicógrafo. Se le atribuye la invención de uno de los dos silabarios del japonés.
[19] Unos 330 metros (1 *ken* = 1,84 m).

CAPÍTULO VI

EL MONJE RAIGŌ

Cuando el emperador Shirakawa ocupaba el trono[20], la hija de Morozane, primer ministro de la Izquierda, era la esposa consorte, razón por la que recibía el título de «emperatriz de Kensi». El Emperador había depositado en ella todo su amor. Deseoso de que le diera un hijo, el soberano mandó llamar al monje Raigō, célebre por la eficacia de sus oraciones de Onjō-ji.

—Reza para que la Emperatriz dé nacimiento a un príncipe. Si así ocurre, te concederé cualquier deseo que me pidas —le dijo el Emperador.

—Nada más fácil, Majestad —contestó el monje.

Raigō regresó a su monasterio, donde rezó fervorosamente durante cien días. Al cabo de ese tiempo, la Emperatriz quedó encinta y, tras un feliz parto, dio nacimiento a un príncipe el día dieciséis del duodécimo mes del primer año de la era de Jōho (1074). El Emperador estaba tan jubiloso que de inmediato mandó llamar a Raigō.

—Pídeme lo que quieras —le dijo.

El monje le pidió la construcción de un altar ceremonial en su monasterio. El Emperador replicó:

—En verdad que es una petición del todo inesperada. Hubiera creído que ibas a pedirme el título de *sōjō* o algo así. Mi anhelo de tener un sucesor era por el bien del país y la paz del Imperio. Pero si ahora te concedo tu petición, los bonzos de monte Hiei se enemistarán con nosotros y la paz será imposible. Surgirá el enfrentamiento entre vuestro templo y el de los bonzos de Hiei, y la escuela Tendai podría quedar destruida.

Con estas palabras rehusó conceder la petición de Raigō.

Raigō quedó tan contrariado que, cuando volvió a su monasterio, resolvió ayunar hasta la muerte.

20 El emperador 72 de la dinastía imperial que reinó de 1072 a 1086.

El Emperador se asustó al enterarse y mandó llamar a Masafusa, a la sazón gobernador de Mimasaka.

—Me han dicho que fuiste discípulo de Raigō. Ve junto a él e intenta hacerle entrar en razón —le dijo.

Masafusa encaminó sus pasos hasta la puerta de la celda de Raigō y habló con él para convencerlo. Pero el monje, con voz atronadora, exclamó desde el interior de su celda:

—La palabra del Hijo del Cielo[21] nunca puede desdecirse. ¿Acaso no se dice «la palabra de un emperador es como el sudor»?[22]. Si ni siquiera me puede conceder una petición como la mía, entonces bajaré a los infiernos llevándome al príncipe que traje yo mismo a este mundo con mis plegarias.

Y se negó a recibir al emisario imperial.

El gobernador de Mimasaka volvió hasta el Emperador, al que dio cuenta de su misión.

Raigō no tardó en perecer de hambre. El soberano estaba asustado y no sabía qué hacer. Se temía lo peor. El príncipe enfermó al poco. Se practicó todo género de oraciones, pero sin fruto. Por esos días, en los sueños de la gente solía mostrarse un anciano y canoso monje con un bastón con cascabeles que aparecía junto al lecho del príncipe. Ciertamente era una visión espectral. ¿Cómo explicarlo? Decir que infundía miedo es decir muy poco.

Finalmente, el día seis del octavo mes del primer año de la era de Joriaku (1077), murió el príncipe. Se le había dado el nombre de Astufun. Su padre, el Emperador, lloró sin consuelo.

Decidió después llamar al *sōjō* Enyū-bō, de monte Hiei. Sus oraciones y conjuros tenían fama de eficaces. Más tarde llegaría a ser *daisōjō* con el nombre de Ryōshin y superior general de la escuela Tendai.

—¿Qué podemos hacer? —le consultó el Emperador.

—Un deseo imperial se cumple gracias al poder de nuestro templo. Fue simplemente gracias a las oraciones del *daisōjō* Jie, encargadas por el gran ministro de la Derecha Morosuke, por lo que la Empe-

21 Es decir, el Emperador de Japón.

22 Es decir, una vez que sale, como el sudor exudado de la piel, no puede retroceder.

ratriz dio a luz a un vástago imperial que llegaría a ser el emperador Reizei, ¿no fue así? Así de fácil es.

El *sōjō* regresó a su montaña, donde estuvo rezando fervorosamente a la divinidad Sannō por espacio de cien días. Al cabo de ese tiempo, la Emperatriz quedó encinta y, tras un feliz parto, dio nacimiento a un príncipe el día nueve del séptimo mes del tercer año de la era de Joriaku (1079). Andando el tiempo este príncipe sería el emperador Horikawa.

En verdad que los espíritus malignos han infundido gran temor desde tiempos inmemoriales. Esta vez, a pesar del feliz alumbramiento y del indulto extraordinario, se lamentó que sólo Shunkan quedara excluido del perdón.

El día ocho del duodécimo mes del mismo año (1178), el hijo del emperador Takakura fue proclamado príncipe heredero imperial. Como tutor y mayordomo de Su Alteza se nombraron, respectivamente, a Shigemori, ministro del Centro, y a Yorimori, consejero medio.

CAPÍTULO VII

EL REGRESO DEL CAPITÁN NARITSUNE

Llegó el nuevo año.

En el último tercio del primer mes del tercer año de la era de Jishō (1179), el capitán Naritsune y el novicio Yasuyori salieron del poblado de Kaze, provincia de Hizen, y se apresuraron hacia la capital. El frío era intenso. Estaba tan agitado el mar, que el barco en el que navegaban no se apartaba mucho de la costa ni de las islas.

El día diez del segundo mes llegaron a Kojima, en Bizen. Desde allí caminaron hacia el lugar en donde el padre del capitán, el consejero mayor Narichika, había vivido exiliado. Cuando llegaron, encontraron inscripciones que Narichika, para consolarse, había grabado en postes de bambú y en viejas puertas correderas.

—¡Ah, no hay mejor recuerdo de alguien que su letra escrita! —dijo Naritsune—. Si no hubiera escrito nada ¿cómo podríamos haber sabido cómo vivía?

Al lado de Yasuyori, Naritsune leía las inscripciones y, al leer, los dos lloraban. Lloraban y lloraban mientras leían: «El día veinte del séptimo mes de la era de Angen (1175), recibí las sagradas órdenes. El día veintiséis, vino Nobutoshi». Se enteraron así de que Nobutoshi lo había visitado. En la pared de al lado aparecía escrito: «Creo en la venida de los Tres Venerables[23] y tengo la certeza de que renaceré en el paraíso de la Tierra Pura[24]».

Cuando vio esto, dijo Naritsune:

—Así que también mi padre tenía fe en renacer en el paraíso...

En medio de una desoladora tristeza, Naritsune pronunció estas palabras con una luz de consuelo.

Decidieron buscar la tumba. La hallaron en medio de un frondoso pinar. No había señal sobre ella, sino sólo una pequeña elevación de tierra. Naritsune se llevó las mangas al rostro y dio rienda suelta a sus lágrimas. En pleno llanto, se dirigió a la tumba de su padre difunto como si hablara con un ser vivo:

—Mientras estaba en la isla de Kikai-ga-shima, tuve noticias de que habías vuelto a la tierra en un lugar lejano de la capital. Pero por mi situación de desterrado, no pude acudir antes. A duras penas he podido seguir día a día con mi vida, una vida que, pese a ser corta como la existencia de la niebla, no se alejó de mí por completo y he podido sobrellevarla por espacio de dos años. Finalmente he sido reclamado desde la capital y esto es, en verdad, un motivo de dicha. ¡Pero cuánta más dicha hubiera sido, padre, haberte podido ver con vida! Hasta aquí he hecho el viaje con prisa, pero, desde ahora, ya no hay razón para apresurarse.

Y rompió de nuevo a llorar.

Si su padre, el consejero mayor, viviera, le habría contestado. Pero no hay distancia más dolorosa que la que separa a los vivos de los

23 Es decir, Amida Buda, y los *bodisatva* Kannon y Seishi.

24 La escuela budista de la Tierra Pura o *Jōdō-shū* basaba su práctica en la recitación del *nembutsu* o jaculatoria de *Namu Amida Butsu*. Su recitación ferviente le permitía al devoto renacer en el paraíso o Tierra Pura de Amida (Buda). Véase en la Introducción el apartado «Religión e ideas», págs. 12 y sigs.

muertos. ¿Quién puede contestar desde debajo del musgo? La única respuesta se la daba el rumor del viento que mecía las ramas de los pinos.

Naritsune y Yasuyori pasaron esa noche rezando y dando vueltas alrededor de la tumba. Cuando llegó el nuevo día, construyeron una nueva tumba y la cercaron con palos. Delante de la tumba levantaron una cabaña donde pasaron siete días y siete noches recitando oraciones y copiando sutras. Tallaron también una tablilla funeraria con esta inscripción: «Que el espíritu santificado de este difunto, libre de la rueda del sufrimiento de la vida y de la muerte, consiga la iluminación eterna». Y debajo de la fecha grabaron: «Naritsune, su hijo fiel».

No había por allí lugareños, fueran campesinos o leñadores, que al ver estas escenas no mojaran, conmovidos, las mangas de sus kimonos y pensaran que no hay mayor tesoro que un hijo. Vayan y vengan los años, permanece inolvidable el recuerdo del amor filial, del que, en este caso, Naritsune estaba invadido, inolvidable como un sueño, como imagen espectral. No cesaban de correr por sus mejillas lágrimas de añoranza por su bien amado y difunto padre. La inmensa cohorte celestial de los budas de los Tres Estados y de las Diez Direcciones[25] lo contemplaban con mirada compasiva.

¡Ay, cómo se habrá alegrado el espíritu santificado del difunto!

—No me importaría seguir aquí entregado a la oración y acumulando méritos, pero hay personas que me están esperando en la capital y están ansiosas por volverme a ver. Pero volveré.

Con esas palabras Naritsune se despidió de su padre y, llorando, se alejó de aquel lugar. También el consejero mayor, que permanecería debajo de la hierba, debió sentirse apenado por la despedida.

Naritsune y Yasuyori llegaron a Toba antes de que cayera la noche del día dieciséis del tercer mes de ese mismo año. El difunto consejero mayor poseía en Toba una casa en la montaña, llamada Suhama. Había estado tantos años abandonada que los muros ya no sostenían el techo, ni la entrada conservaba la puerta, ni el jardín tenía señales de vida. Sólo había una frondosa capa de musgo que cubría todo. Cuando miraron hacia el estanque, vieron cómo las olas, una

[25] Los Tres Estados son el presente, el pasado y el futuro. Las Diez Direcciones eran norte, sur, este, oeste, noreste, noroeste, sureste, suroeste, arriba y abajo.

tras otra, eran empujadas por la brisa de primavera que soplaba desde Akiyama; morados ánades y blancas gaviotas chapoteaban plácidamente en sus aguas.

Cuando Naritsune recordó cómo su padre se deleitaba con estas escenas, las lágrimas le brotaban sin parar. Quedaba el edificio, sí, pero ¿y el enrejado tan arruinado? ¿Y las puertas correderas? ¿Y los postigos? Todo estaba maltrecho, todo había desaparecido.

—El consejero mayor se ponía aquí y hacía esto. Por esta puerta entraba y por esa otra salía. Aquel árbol lo plantó él mismo, ese arbusto lo sembró con sus manos.

Así hablaba Naritsune, acompañando cada palabra de un sentimiento de infinita nostalgia.

Era mediados del tercer mes, el día dieciséis, y ya había algunos frutales en flor. Las ramas del melocotonero y del ciruelo enseñaban sus colores como si reclamaran su pertenencia a esta época del año. El amo ya no vive, pero las flores nunca olvidan la primavera. Situándose debajo de un árbol en flor, Naritsune se puso a recitar este antiguo poema:

Cuántas primaveras han pasado...
ni melocotoneros ni ciruelos lo pueden decir.
Quien aquí ha vivido...
tampoco la escarcha sus huellas ha conservado [26].

¡Ah, si las flores
que hay en mi tierra hablar
pudieran! ¡Cuántas
cosas del pasado yo
les preguntara! [27]

Yasuyori se sintió tan triste al oír el poema en este lugar, que empezó a humedecer las negras mangas de su hábito con lágrimas. Había decidido regresar a la capital al anochecer, pero tanto apego vertieron

26 Poema en *kanshi* o chino de Sugawara Fumitoki, en la antología *Waka Rōeishū*, compilada hacia 1013.
27 Poema en *waka* o japonés de la antología *Goshūishū*, de 1086, titulado *Dewa ben no uta*. Sobre este poema y el anterior, véanse los comentarios en *Heike Monogatari*, Tokio, Iwanami (col. *Nihon koten taikei*), 1959, pág. 230.

en este lugar que allí seguían hasta bien entrada la noche. A medida que las tinieblas envolvían la arruinada casa, los rayos de luna que penetraban por los resquicios de las viejas maderas alumbraban más y más, bañando de luz las desoladas estancias. Por las montañas ya asomaban albores, pero ninguno de los dos sentía prisa por emprender el regreso. Sabían, sin embargo, que no podían quedarse más allí, pues sus familias los aguardaban y los palanquines les esperaban para llevarlos. Así, en un estado de ánimo en que luchaban la profunda tristeza contra la alegría del regreso, los dos hombres abandonaron aquel lugar y se pusieron en camino.

También había un palanquín preparado para Yasuyori. Pero se negó a subirse a él por no separarse de Naritsune. Decidió entonces subirse en el mismo palanquín que su compañero y así fueron juntos hasta la ribera del río Kamo en Shichijō. Allí tenían que tomar caminos distintos. ¡Qué triste es la separación! ¿Acaso no es duro separarse de alguien con quien se ha pasado medio día bajo la sombra de un cerezo, de un amigo con quien se ha pasado una noche contemplando la luna, de un viajero con quien se comparte el cobijo de un árbol durante una tormenta? ¡Cuánto más debían sentir tristeza estos dos hombres, que habían compartido un mismo destino en una isla inhóspita, habían pasado penalidades por mar en un barco, habían percibido la profundidad y la fuerza de vínculos anudados en vidas anteriores!

Cuando Naritsune llegó a la mansión de su suegro, el consejero ministerial Norimori, se encontró con su madre, que había venido de Ryōzen el día anterior para esperar a su hijo. Cuando lo vio aparecer, sólo acertó a decir:

—Todavía estoy viva para...

Y cubriéndose la cabeza con las mangas de su kimono, cayó a tierra. Las sirvientas de la mansión de Norimori, los samuráis..., todos acudían y lloraban de gozo. Especialmente, ¡qué grande fue la alegría de la esposa de Naritsune! ¡Y la de su vieja nodriza de Rokujō! El cabello de esta mujer, antes negro como el azabache, había encanecido en poco tiempo por el incesante sufrimiento. En cuanto a la esposa, antes en la flor de la belleza, estaba tan desmejorada que parecía otra persona. Su hijo, que tenía tres años cuando su padre fue desterrado,

había crecido y ya podía atarse el pelo con un lazo. Había, además, otro tierno infante, de unos tres años.

—¿Y ese niño? —preguntó Naritsune.

—Ése es...

Pero no pudo terminar la frase y tuvo que llevarse las mangas a la cara para contener las lágrimas. Entonces Naritsune cayó en la cuenta de que se trataba de su propio hijo, pues recordó que en el momento de su destierro su esposa estaba presa de la angustia y en reciente estado de embarazo. Comprendió entonces con tristeza lo penoso que tuvo que resultarle a ella criarlo.

Más tarde, Naritsune se reincorporó al servicio del Emperador-monje, que lo elevó a la dignidad de consejero mayor y general de la Guardia Imperial.

Por su parte, Yasuyori se instaló en su villa de la montaña, en Sōrinji, en Higashiyama, donde llevó una vida de meditación y recogimiento. Allí compuso este poema evocando el pasado:

Musgo ya espeso
los resquicios de tablas
antiguas tapan.
Aquella luz de luna
en esta casa... ¿Dónde?

Permaneció en soledad serena. Y en soledad amena se entregó a componer un libro llamado *Hōbutsu-shū*[28].

CAPÍTULO VIII

EL FIEL ARIŌ

Así pues, de aquellos tres desterrados en la isla de Kikai-ga-shima, dos habían vuelto a la capital. Sólo uno, el *sōjō* Shunkan, permanecía

28 Esta obra, *Colección de Tesoros,* de finales del siglo XII, es una antología del género de *setsuwa* o cuentos edificantes.

en el exilio. Era como si se hubiera convertido en el guardián de aquella inhóspita isla. ¡Qué miserable destino el suyo!

Había en la capital un joven, llamado Ariō, que desde su infancia había estado al servicio de Shunkan. Cuando se enteró del regreso de los desterrados de Kikai-ga-shima, fue hasta Toba para recibir a su amo, pero no lo encontró en ninguna parte. Extrañado, preguntó por él. Le contestaron:

—Por la gravedad de su delito, se ha tenido que quedar en la isla.

No hay palabras para describir cómo oprimió esta respuesta el corazón del joven criado. Se puso entonces a dar vueltas por Rokuhara con la esperanza de que le dieran noticias de su amo, pero nadie le supo decir nada. Encaminó sus pasos al lugar donde vivía recluida la hija de Shunkan y le habló así:

—Mi amo ha quedado fuera de ese indulto y no ha vuelto a la capital. Yo voy a ir a aquella isla de cualquier modo y allí preguntaré por su paradero. ¿Podré llevarle una carta escrita de vuestra mano?

La hija, con la vista nublada por las lágrimas, escribió una carta a su padre y se la confió a Ariō. Éste, sabedor de que sus padres no le darían licencia para marcharse, decidió emprender el viaje sin decirles nada.

El barco de China zarpaba el cuarto y el quinto mes. Tal vez Ariō pensó que si esperaba el día del corte de los vestidos de verano[29], podría ser demasiado tarde para embarcarse. Por eso, salió de la capital a finales del tercer mes y, tras una larga y difícil travesía en barco hacia el sur, llegó a la bahía de Satsuma.

En Satsuma debía embarcarse de nuevo para ir a la isla de Kikai-ga-shima, pero en el puerto de esa ciudad su presencia despertó sospechas y lo despojaron de todo lo que llevaba excepto de la carta que había ocultado debajo de la coleta. Finalmente, pudo embarcarse con un mercader y llegó a la isla. Descubrió entonces que lo que le habían dicho acerca de ese lugar no se parecía en nada a la realidad. En esa isla no había arrozales, ni huertos. Tampoco había poblados, ni aldeas. Los habitantes del lugar a los que se dirigía para preguntarles, hablaban una lengua incomprensible. Con la esperanza de hallar a alguien capaz de darle noticias del paradero de su amo, preguntó:

[29] Es decir, el uno de abril, el primer mes del verano según el calendario lunar.

—¡Oye! Disculpa...

—¿Qué quieres? —le respondían.

—¿No sabréis dónde está el *sōjō* del templo de Hosshō-ji? Uno desterrado en esta isla...

Si hubieran sabido el significado de Hosshō-ji o de «*sōjō*», tal vez habrían contestado algo. Pero como no sabían nada, sólo movían sus cabezas diciendo:

—No sabemos nada.

Encontró a alguien, sin embargo, que parecía saber algo:

—Bueno, sí. Eran tres, pero dos volvieron. Quedó uno que anda vagando de un lado para otro. No sé dónde podrá estar ahora.

Ariō, pensando que su amo podría estar por los montes, se adentró en la espesura de la isla, subió montes y bajó valles. Pero, extraviado, porque las brumas ocultaban las huellas de los senderos, nada pudo encontrar. Por momentos creía ver la imagen de su amo, pero era un sueño que se veía interrumpido por el viento enredado en las ramas de los verdes árboles. No le pudo encontrar en los montes y bajó a la ribera. Tampoco allí halló nada excepto las huellas de las gaviotas y de los chorlitos que se reunían en la blanca arena. No había rastro de nadie.

Una mañana Ariō divisó a un hombre, flaco como un mimbre, que caminaba por la playa con paso vacilante. Se diría que había sido monje, pues el pelo le crecía hirsuto. En su cuerpo tenía enrolladas todo tipo de algas marinas y la cabeza coronada de malezas. Los huesos de las coyunturas se le notaban a través de la flácida piel. Y sobre el cuerpo no se podía decir si llevaba lino o tela. En una mano sostenía algas comestibles y en la otra un pescado. Se tambaleaba y a duras penas conseguía avanzar. «He visto muchos mendigos en la capital», pensó Ariō, «pero ninguno como éste. Dicen que los Asura[30] merodean por las riberas de los mares. Y Buda nos ha enseñado que los seres de los Tres Mundos Perversos y en las Cuatro Direcciones habitan en el seno de las montañas y en las profundidades marinas[31]. ¿Por

30 Los Asura, que en sánscrito significa espíritu maléfico o demonio, representan en el budismo a los titanes, uno de los seis modos de existencia, que algunas veces se cuentan entre los modos «buenos» y otras entre los «malos».

31 Los Tres Mundos Perversos son el infierno, el mundo de los Preta y el mundo de las bestias. Las Cuatro Direcciones son las que conducen a los Tres Mundos Perversos y al

ventura no me habrá llevado mi búsqueda, sin yo saberlo, hasta el reino de los espíritus famélicos?».

Mientras Ariō pensaba esto, la distancia entre ambos se acortaba. Ariō creyó que incluso una criatura como la que tenía delante podría darle razón del paradero de su amo. Así que le dijo:

—Quisiera preguntarte algo...

—¿Qué quieres? —le respondió.

—¿No sabrás dónde está un hombre que fue *sōjō* de Hosshō-ji y que fue desterrado a esta isla?

El sirviente no había podido reconocer a su amo, ¡pero cómo no iba a reconocer Shunkan a Ariō!

—Yo soy ese hombre —respondió Shunkan, que al punto se desplomó sobre la arena y dejó caer lo que sostenía en las manos. Ariō acababa de encontrar a su amo.

Shunkan había perdido el conocimiento. Ariō lo levantó y lo apoyó sobre sus rodillas.

—Ariō está aquí, Reverencia —empezó a decir—. Después de una travesía por mar con tantas penalidades, he podido llegar hasta aquí. Ahora que he encontrado a Su Reverencia, ¿cómo puede hacerme sentir tan triste?

Eso le preguntaba, entre lágrimas, Ariō. Al cabo de un rato, Shunkan recobró el conocimiento y se levantó con la ayuda de Ariō.

—Verdaderamente es digna de alabanza tu voluntad de llegar hasta aquí en mi busca —dijo Shunkan—. Día y noche no he pensado más que en la capital. La figura de mis seres queridos se me mostraba a veces en sueños, a veces en visiones. Como estoy ya tan débil, no acierto a distinguir un sueño de la realidad. Por eso tu visita me parece un sueño. Si en verdad es un sueño, ¿qué haré yo al despertar?

—A fe mía, Reverencia, que no es un sueño —repuso Ariō—. Es la realidad. Lo que parece un milagro es que Su Reverencia se haya mantenido con vida en tal estado.

reino de Asura. Preta, por su parte, es un espíritu famélico de enormes fauces y vientre, pero con una boca tan diminuta, como el ojo de una aguja, que lo hace estar continuamente hambriento.

–Sí que lo es. Imagina además mi soledad y abatimiento después de que Naritsune y Yasuyori me abandonaron. En aquel momento pensé en quitarme la vida. Pero tonto de mí, me creí las palabras de esperanza de aquel capitán traidor, que me pedía que esperara un mensaje de la capital. En esta isla no hay alimentos. Por eso, cuando todavía me sentía con fuerzas me adentraba en los montes para recoger azufre y después lo trocaba por alimentos con los mercaderes de Kiushu; pero día a día las fuerzas me iban flaqueando y esta debilidad de ahora ya no me permite hacer tal cosa. Los días soleados como este de hoy los aprovecho para salir a la playa y tender redes o acercarme donde están los pescadores y postrarme ante ellos de rodillas y con las manos juntas pidiéndoles algún pescado. Cuando la marea sube recojo conchas y algas. El hilo de mi vida no se ha cortado hasta hoy gracias a estas hierbas del mar. ¿Qué otra cosa hubiera podido hacer? ¡Ah! Me gustaría contarte todo, pero volvamos antes a mi casa.

Ariō lo siguió, y le parecía extraño que en tal estado pudiera tener una casa. Llegaron a una choza en medio de un pinar. Como pilares, Shunkan había utilizado el bambú arrastrado por la deriva a la playa. Como vigas había empleado cañas, y entremedias, por arriba y por abajo, había extendido hojas de pino. ¿Cómo podría abrigarle de la lluvia y del viento una choza así?

Antes, como *sōjō* de Hosshō-ji, Shunkan administraba más de ochenta propiedades del templo, vivía en una mansión de grandes puertas y tenía más de cuatrocientos o quinientos sirvientes y familiares. Ahora Ariō, al verlo con sus propios ojos reducido a su actual miseria, pensaba en el extraño capricho del destino. Y es que ¡son tan variados nuestros karmas! En unos se soportan las consecuencias de la vida presente; en otros se soportan las consecuencias de la vida anterior; en otros, las de la vida posterior. Ahora bien, este antiguo dignatario religioso no había traído de ninguna vida anterior las propiedades que usaba en su provecho y que pertenecían al templo de Buda. Había sido, en efecto, por la grave falta de malversación de limosnas por lo que el *sōjō* estaba recibiendo su castigo.

CAPÍTULO IX

LA MUERTE DE SHUNKAN

Cuando Shunkan se convenció de que la visita de Ariō era real, dijo estas palabras:

—El año pasado, cuando vino el mensajero imperial para llevarse a Naritsune y a Yasuyori, yo no recibí noticias de mi familia. Ahora has venido tú y no me has dado noticias de los míos. ¿Es que nadie pregunta por mí?

Con lágrimas en los ojos y la cabeza agachada, su criado no pudo pronunciar palabra por un rato. Después se irguió y, conteniendo las lágrimas, respondió:

—Nada más ser llevada Su Reverencia a Nishi Hachijō, se presentaron agentes de Rokuhara que arrestaron a todos los de su casa, los interrogaron sobre el complot y después los ejecutaron. Su esposa, Reverencia, angustiada por esconder a sus hijos más pequeños, se recluyó con ellos en el interior del monte Kurama, donde no pudieran llamar la atención de la gente. Yo fui el único que, de vez en cuando, iba allí a verlos y a servirles. ¡Qué grande era su desconsuelo, Reverencia! Especialmente su hijo pequeño se acordaba tanto de Su Reverencia que siempre me preguntaba: «Ariō, llévame a esa isla que se llama Kikai-ga-shima». Pero el pasado segundo mes, murió de viruela. Su esposa, abatida por la gran tristeza de la muerte de su hijo y de Su Reverencia, fue desfalleciendo día a día, hasta que también murió el día dos del tercer mes. Sólo su hija mayor vive todavía. Está en casa de una tía de Nara. Aquí, Reverencia, le he traído una carta suya.

Y le entregó la carta. Shunkan la abrió y la leyó. Se relataba en ella todo lo que Ariō acababa de decirle. Al final de la carta estaban escritas estas palabras: «¿Cómo es que han regresado dos de los tres desterrados y tú, padre, sigues todavía allí? ¡Ay, desgraciado es el destino de la mujer, sea de clase alta o baja! Si yo fuera hombre ¿quién me iba a impedir viajar a la isla donde ahora te encuentras? Te lo ruego: vuélvete enseguida acompañado de Ariō».

Shunkan apretó la carta contra sus mejillas y durante un buen rato permaneció en silencio. Después dijo:

—¡Fíjate, Ariō! ¡Qué inocente e infantil es su carta! Me entristece que diga que me vuelva enseguida contigo. ¡Cómo si de mí dependiera! ¿Acaso hubiera permanecido tres años en esta isla por mi voluntad? Me parece que este año mi hija va a cumplir doce años. Pero en medio del desamparo en que está ahora, ¿cómo va a poder casarse o servir como doncella?

Y lloró. Ariō, al ver sus lágrimas, se acordó del dicho: «el corazón de un padre, aun en tinieblas, siempre halla el camino del amor por sus hijos». Shunkan continuó diciendo:

—Desde mi destierro en esta isla, he perdido la noción del paso de los días, pues ni siquiera hay un calendario. Sólo el ver cómo las flores y las hojas brotan y se marchitan me permite distinguir la primavera del otoño; el canto de la cigarra me hace saber el fin de la cosecha de trigo y la llegada del verano; y la caída de la nieve me dice que ha llegado el invierno. La luna creciente y menguante me dicen cuándo ha pasado un mes y viene otro.

Si con mis dedos cuento la edad de mi hijo pequeño, sé que este año tendría que haber cumplido seis. Pero ya no está. Recuerdo, como si estuviera viéndolo, el día que me llevaron a Nishi Hachijō. Él también deseaba venir y yo tuve que convencerlo de que volvería enseguida. Si hubiera sabido que aquella sería nuestra última despedida, ¿no me habría detenido para contemplarlo un momento más? Los lazos entre padres e hijos, los lazos entre la esposa y el esposo son tan fuertes que no se limitan sólo a esta vida presente. Siendo esto así, ¿cómo es posible que ni en sueños ni en visiones se me diera a conocer que mi esposa y mi hijo habían muerto? Si he sobrevivido hasta ahora en medio de la deshonra de miradas ajenas, ha sido sostenido por la esperanza de volver a verlos una vez más. Ahora... sólo mi hija me preocupa. Pero, aunque le toque derramar de vez en cuando algunas lágrimas, conseguirá salir adelante.

¡En cuanto a ti, mi fiel Ariō, qué ingrato sería por mi parte querer seguir viviendo y causarte más angustia!

Diciendo estas palabras, Shunkan resolvió dejar de tomar incluso aquella escasa comida y consagrarse a recitar el nombre de Amida Buda para esperar la muerte con la fe perfecta.

En ese estado, veintitrés días después de la llegada de Ariō, murió Shunkan en su choza. Tenía treinta y siete años.

Ariō abrazó el cuerpo sin vida de su señor, elevó los ojos al cielo y tendido en el suelo lloró y lloró. Pero nada podía hacerse. Después de llorar hasta quedarse sin lágrimas, dijo estas palabras a su señor muerto:

—Debería acompañar a Su Reverencia al reino de la muerte. Pero su hija vive y se ha quedado sola. La cuidaré y haré por ella lo que Su Reverencia haría.

Con esas palabras y sin tocar el lecho mortuorio de su amo, destruyó la choza. Alrededor del cadáver colocó ramas secas de pino, y cañas encima. Entonces prendió la pira. El humo subía al cielo semejante al de las hogueras de los salineros. Acabada la cremación, recogió los huesos de su amo y se los colgó del cuello.

Se embarcó en la nave de unos mercaderes y regresó a Kiushu. Desde ahí, Ariō volvió enseguida a la capital, se presentó ante la hija de Shunkan y le dio cuenta detalladamente de todo lo ocurrido. Y añadió:

—Cuando leyó su carta, la tristeza de su padre aumentó. En aquella isla no hay piedra de donde sacar tinta, ni papel con el que escribir; así que no fue posible traer una respuesta. Nada de todo lo que tenía en su corazón pudo ser expresado. Por muchas vidas que vivamos, por muchos años que cumplamos en estas vidas, por una eternidad que pase, ¿cómo vamos a poder oír su voz o ver su rostro?

La hija de Shunkan cayó postrada al suelo y rompió a llorar. Poco después se hizo monja y, tras ingresar en el monasterio de Hokke, de Nara, se consagró a rezar por el alma de sus padres. ¡Qué pena tan inmensa!

En cuanto al fiel Ariō, subió al monte Kōya con los restos de su señor al cuello y los depositó en el templo de ese lugar. Después se tonsuró y se hizo monje en Renge-dani. Siete caminos recorrió en peregrinación por todo el país rezando por la iluminación de su señor.

De esa suerte, mediante nudos de desgracias y rencores, se iban espantosamente trenzando los hilos del destino de los Heike.

CAPÍTULO X

EL HURACÁN

Hacia la hora del caballo (mediodía) del día doce del quinto mes del mismo año (1179), se desató un huracán devastador sobre la capital. Muchas casas fueron destruidas. El vendaval, que se levantó en el cruce de la avenida de Naka-no-mikado y de Kyogoku, tomó dirección sudoeste. En el camino arrancó los tejadillos de los portales y los llevó por el aire a gran distancia, hasta cuatro, cinco e incluso diez *chō*. Vigas, maderos y pilares volaban por los aires. Las cerchas y la ripia de madera de ciprés con que se techaban las casas planeaban por el huracanado viento como si fueran hojas de árboles en el invierno. El zumbido atronador que producían al volar era tremebundo, como el del vendaval que sopla en el infierno. No sólo quedaron destruidas las casas, mucha gente perdió la vida e innumerables bueyes y caballos murieron.

Se dijo que este huracán no era un fenómeno natural, sino un portento de mal augurio, y que era necesario consultar un oráculo. El gabinete de adivinaciones organizó la ceremonia en un santuario sintoísta. Tanto los sacerdotes del santuario como los adivinos recibieron el mismo oráculo:

«Dentro de cien días habrá duelo por un dignatario ministerial. El Imperio correrá peligro. La Ley Budista y la Ley Imperial se resentirán. Estallarán disturbios militares».

CAPÍTULO XI

UN DEBATE DE MÉDICOS

Cuando Shigemori, el ministro prudente, tuvo conocimiento del oráculo, la inquietud le asaltó el corazón. Tal vez por eso partió en pe-

regrinación a Kumano. Allí pasó toda la noche rezando ante el templo de Shōjō-den, de Hongū. Ésta era su plegaria:

—Si me paro a considerar cómo se comporta mi padre, el primer ministro-*nyūdō*, veo que está lleno de maldad y de sinrazón, y que está causando desazón al Emperador. Como hijo mayor suyo que soy, a menudo trato de corregirle, pero mis flacos consejos no llegan a su corazón. Cuando veo cómo reacciona, me doy cuenta de que incluso esta primera generación de la estirpe de mi padre se halla en peligro. Será difícil que nuestros descendientes sigan disfrutando de la prosperidad actual, difícil que descubran al mundo las virtudes de sus padres, difícil que preserven la honra del Imperio.

En estas circunstancias, éstas son mis pobres reflexiones. Mi participación como ministro en la administración del Imperio, aunque garantiza mi prosperidad, es irresponsable y no corresponde ni con el deber de un súbdito leal al Emperador, ni con el de un hijo piadoso. No hay mayor honra que renunciar al buen nombre y apartarse del mundo; no hay mayor mérito que renunciar a los deseos mundanos y perseguir la iluminación en la vida futura. Pero, desgraciado de mí, que no soy más que un mísero mortal atado a su karma y sin capacidad para juzgar el bien y el mal. ¡Tan incapaz me veo de tomar los votos budistas!

¡Oh, gran dios de Kongō-dōji! Os suplico que no cese la prosperidad de nuestro linaje para que nuestros descendientes puedan servir a Su Majestad el Emperador por largo tiempo. Os pido que el corazón de mi padre se torne compasivo y mantengáis la paz del Imperio. Peso si la prosperidad de nuestro linaje va a terminar en la primera generación de mi padre y nuestros descendientes van a conocer la deshonra, os ruego que acortéis mi vida y me libréis de la rueda del sufrimiento de la vida futura. Junto al cumplimiento de estos ruegos, os pido vuestra divina y constante protección.

Y con fervor ardiente en su corazón, Shigemori rezó. En ese instante, de su cuerpo salió una llama parecida a la de una linterna que al punto se extinguió. Aunque fueron muchos quienes presenciaron este prodigio, el temor amordazó todas las bocas.

Cuando Shigemori, el Prudente, regresaba de la peregrinación a Kumano, tuvieron que cruzar el río Iwata. En esa ocasión, tanto su hijo mayor, Koremori, como todos los de su séquito llevaban bajo el vesti-

do blanco de peregrinos otra prenda de color morado. Como hacía calor, decidieron bañarse en el río. Al salir del agua, el vestido mojado de peregrino dejaba transparentar la ropa morada de abajo, y parecía que todos llevaban ropa de luto. Al reparar en esto, Sadayoshi, el gobernador de Chikugo, comentó:

—¿Qué significa eso? Vuestros vestidos tienen aspecto del peor augurio. Será mejor que os cambiéis de ropa inmediatamente.

Pero el Prudente respondió:

—Mi plegaria ya ha sido escuchada. No les obliguemos a cambiarse.

Y mandó, desde donde estaban en el río, que un mensajero partiera a Kumano para llevar una ofrenda de agradecimiento. Aquello les pareció de mal agüero a todos, aunque nadie lo entendió. ¡Verdaderamente fue portentoso que poco después sus hijos tuvieran que llevar ropa de luto por su padre!

No pasó mucho tiempo desde su regreso de Kumano, cuando el ministro prudente cayó enfermo. No puso empeño en curarse ni en rezar. ¡Oh, qué bien que la divinidad de Kumano había aceptado su plegaria!

Por entonces, un famoso médico de la corte de los Sung[32], de China, estaba de visita en Japón. El primer ministro, que esos días estaba en su residencia de Fukuhara, llamó a Moritoshi, gobernador de Etchū, y le mandó con este mensaje para su hijo Shigemori:

«Me han informado de que tu mal empeora. De la tierra de los Sung ha llegado un médico de renombre. Es una buena oportunidad para que le mandes llamar y te examine».

El Prudente, postrado en su lecho de enfermo, fue ayudado a levantarse. Y dijo al mensajero estas palabras:

—Primero, di a mi padre que he recibido su mensaje sobre el médico. Y ahora escucha tú bien lo que voy a decirte. Era el emperador Daigo[33] un sabio soberano cuya única tacha fue haber permitido la entrada en la capital a un adivino extranjero. Al lado de eso, que fue considerado un error imperial y un oprobio para el pueblo, el que un simple súbdito como yo reciba a un médico extranjero, ¿acaso no sería considerado una deshonra para el Imperio?

[32] La dinastía Sung reinó en China de 960 a 1279.
[33] El emperador 60 de la dinastía imperial (898-930).

Kao Tsu[34], de la dinastía Han, dominó toda China con la fuerza de su espada de tres pies de largo. Cuando atacó a Ching Pu, de Huai Nan, fue alcanzado por una flecha perdida y quedó herido. Su esposa, la emperatriz Lu Tai Hu, llamó a un famoso médico para que lo curara. El médico dijo:

–La herida tiene cura, pero para curarla se me deben pagar cincuenta *kon*[35] de oro.

El emperador Kao Tsu dijo:

–Con la protección del cielo he tomado parte en un sinfín de batallas y, aunque me han herido en ellas, jamás he sentido dolor. Pero ahora el cielo ha decidido que ha llegado mi hora. Ni siquiera el legendario Pien Chue[36] podría sanarme ya. Pero si rechazo la petición del médico, la gente podría pensar que lo hago por escatimar dinero.

Entonces Kao Tsu envió los cincuenta *kon* de oro a ese médico, pero se negó a verlo y a recibir tratamiento.

Esta antigua historia sigue viva en mis oídos y me sigue conmoviendo profundamente.

Y el Prudente siguió diciendo:

–Yo, Shigemori, a pesar de no merecerlo, formo parte de la alta nobleza y he alcanzado el puesto de ministro del Centro. Pero cuando me paro a pensar en el futuro, sé que todo depende del cielo. ¿Cómo voy a ser tan necio de ignorar la voluntad del cielo y desear ciegamente ser curado? Si este mal mío es la retribución por una existencia anterior, cualquier tratamiento médico será inútil. Y si no lo es, será curado sin necesidad de tratamientos. A pesar de las artes médicas del famoso Giba, el mismo Buda Sakyamuni expiró a orillas del río Battai. Lo hizo para enseñarnos que una enfermedad decretada por el karma no puede ser curada. Si no, ¿por qué iba a morir Buda? El paciente era el mismo Buda y el médico era el famoso Giba. ¿No es ésa una prueba suficiente?

Ni el cuerpo de Shigemori es el de Buda Sakyamuni, ni este médico posee la ciencia de aquel ilustre Giba. Aunque domine los Cuatro

[34] En pinyin, Gao Zu (256-195 a. C.), fundador y primer emperador de la dinastía china de Han. Se dice de él que se orinó en el sombrero de un erudito de la Corte para significar su desdén por la cultura.

[35] Equivalente a dieciséis *ryo* o seiscientos gramos.

[36] Un famoso médico chino de la dinastía de Chou.

Tratados Médicos y sepa el remedio a cien males, ¿cómo va a poder sanar un cuerpo corrupto que vive en un mundo de iniquidad e impermanencia? Aunque haya estudiado los Cinco Discursos Médicos y sepa curar todo género de males, ¿cómo va a poder sanar el mal del karma de la vida anterior? Además, si la medicina de la China de los Sung salvara mi vida, eso pondría en evidencia la falta de saber médico de nuestro país. Y si esa medicina extranjera no tuviera efecto, entonces ¿para qué recibir a ese médico? Además, si yo, que soy ministro de este país, recibo a un médico extranjero, supondría una afrenta para el Imperio y significaría el debilitamiento de nuestro gobierno. Aún a riesgo de perder la vida, ¿iba a tener yo valor para ocasionar la deshonra del país?

Dile a mi padre cuanto te he dicho.

Moritoshi regresó con el mensaje a Fukuhara y con lágrimas en los ojos le contó todo al primer ministro. Kiyomori entonces habló así:

—Jamás había sabido de un ministro tan preocupado por la honra del Imperio. No esperaba que se diera un hombre así en una época de degeneración como ésta. En Japón no hay un ministro como él. Estoy seguro ahora de que su destino es morir.

Al decir estas palabras, las lágrimas le afloraron a los ojos. Después, apresuradamente, se dirigió a la capital.

El día veintiocho del séptimo mes, Shigemori el Prudente tomó las órdenes sagradas y el nombre budista de *Jōren*[37]. Aceptó con serenidad los últimos días de su vida, y falleció el día uno del octavo mes. Tenía cuarenta y tres años y estaba todavía en lo mejor de la vida. ¡Qué aciaga fue su suerte!

En la capital todo el mundo, ya fuera el pueblo llano o la nobleza, se lamentaba y decía:

—Bajo la tiranía de Kiyomori, el Imperio se ha mantenido en paz gracias a los consejos de Shigemori. Pero ahora, ¿qué va a pasar?

En cambio los criados y familiares de Munemori, capitán general de la Derecha, se alegraban y decían:

—Pronto las riendas del poder del clan estarán en las manos de nuestro señor.

[37] Es decir, «loto inmaculado».

El corazón de los padres está conformado de tal naturaleza que se abate incluso cuando quien les precede en la muerte es un hijo necio. ¿Qué decir entonces cuando quien muere es un dechado de prudencia y sabiduría? La pérdida para sus padres y el debilitamiento para los de su clan se expresaban en un profundo abatimiento. Todo el pueblo lloraba la pérdida de un ministro tan virtuoso y los Heike lamentaban la pérdida de un guerrero tan valiente. Un espíritu recto, un corazón sincero, una elocuencia pulida, una moral intachable, una elegante destreza en las artes. Todo eso poseía Shigemori, el Prudente.

CAPÍTULO XII

LA ESPADA DE LA VAINA NEGRA

Desde su nacimiento Shigemori poseía poderes extraordinarios, razón por la cual tal vez había previsto su propio destino.

Así, el día siete del cuarto mes tuvo un sueño verdaderamente extraño. Soñó que, mientras caminaba por una senda desconocida a orillas del mar, llegaba frente a un gran santuario.

—¿Qué santuario es éste? —preguntó.

—Es el santuario de Kasuga —le respondieron.

Entre la multitud de gente allí reunida alzaron la cabeza decapitada de un monje.

—¿De quién es esa cabeza? —preguntó.

—Es la del primer ministro-*nyūdō* al que, por la maldad de sus actos, la divinidad de este santuario ha mandado decapitar —le respondieron. En ese instante Shigemori despertó.

Shigemori se dijo entonces: «Desde los tiempos de las insurrecciones de Hōgen y de Heiji nuestro clan ha triunfado sobre los enemigos de la Corte Imperial y ha recibido por ello grandes galardones. Estamos emparentados con el Emperador por línea materna, unos sesenta de los nuestros han sido elevados a títulos de la nobleza y de la Corte y desde hace veinte años gozamos de una prosperidad y gloria indes-

criptibles. Sin embargo, por los abusos de mi padre, Kiyomori, nuestro fin está próximo».

E imaginando el futuro de los suyos, las lágrimas se le agolpaban en los ojos.

Entonces, de repente, oyó cómo alguien llamaba a su puerta.

—¿Quién eres? ¡Di tu nombre! —preguntó Shigemori.

—Soy Kaneyasu, Excelencia.

—¿Y bien? ¿Qué ocurre?

—Me acaba de ocurrir algo muy extraño, Excelencia, y no he podido esperar a que amaneciera para contároslo. Permitidme que os lo cuente sin que nadie nos oiga —contestó Kaneyasu.

Shigemori hizo que se retiraran sus sirvientes y recibió a Kaneyasu. Éste le contó entonces, con todo detalle y de principio a fin, un sueño que acababa de tener. Pero este sueño era en todos sus puntos igual al de Shigemori. El ministro elogió a Kaneyasu por poseer también él poderes extraordinarios.

La mañana siguiente, Koremori, capitán menor e hijo primogénito de Shigemori, estaba a punto de marchar a palacio cuando fue llamado por su padre.

—Te parecerá extraño que te diga ahora esto, pero de todos mis hijos tú eres el mejor. Debes recordar, sin embargo, que el mundo va de mal en peor. ¡Ay, hijo! ¡Y cómo me preocupa esto!

Después, volviéndose a su criado, preguntó:

—¿Está aquí Sadayoshi? Bien, sírvele *sake* al capitán menor.

Y Sadayoshi sirvió *sake*. Luego dijo el ministro prudente:

—Bien, preferiría que tú bebieras primero, pero como te parecería extraño hacerlo antes que tu padre, beberé yo primero. Y el Prudente bebió tres veces. Después le ofreció el *sake* a su hijo, quien bebió otras tres veces. Luego ordenó Shigemori a su criado:

—Bien, ahora trae el regalo para el capitán menor, Sadayoshi.

Y Sadayoshi, haciendo una reverencia, sacó de una caja una espada envuelta en brocado.

«¡Ah, seguramente es la espada Kogarasu, nuestro tesoro familiar!», se dijo contento el capitán menor. Pero al fijarse, se dio cuenta de que se trataba de una espada sin adornos y de negra vaina de las que se llevan en los funerales de los ministros. El rostro del capitán palideció y contempló la espada con recelo.

—Hijo mío, Sadayoshi no se ha equivocado —empezó a explicarle su padre—. Efectivamente, esta es la espada que se lleva en el funeral de un ministro. Cuando mi padre muera y se celebre su funeral, yo tendré que llevar esta espada; pero antes de su muerte, tendrá lugar la mía. Por eso te la entrego a ti, para que en tal ocasión la lleves.

Su hijo, Koremori, al escuchar estas palabras no supo qué decir. Se postró en tierra sofocado por las lágrimas. Ese día no salió, sino que permaneció tendido en el suelo con el kimono sobre la cabeza.

Más tarde, el ministro prudente realizó la peregrinación a Kumano y, cuando regresó a la capital, cayó enfermo y murió. Entonces se reconoció la verdad de sus palabras.

CAPÍTULO XIII

LA HISTORIA DE LAS LINTERNAS

Shigemori había sido un hombre piadoso, entregado al anhelo de extirpar el mal y plantar la raíz del bien. Por eso y por su preocupación por la vida futura, mandó construir en las faldas del monte de Higashi un templo de cuarenta y ocho *ken*[38] de largo. Sus dimensiones, por lo tanto, recordaban los cuarenta y ocho votos de Amida Buda para salvar a los hombres. Había también cuarenta y ocho linternas, una en cada *ken* o alcoba, de forma que las vigas del templo refulgían ante los ojos de la gente como brillan los dorados pétalos del loto del Paraíso de la Tierra Pura, o como resplandecen los espejos tallados con el ave fénix.

Los días catorce y quince de cada mes se convocaban en ese templo a numerosas y bellas doncellas del clan de los Heike y de otras familias. En cada alcoba se sentaban seis doncellas. En total, doscientas ochenta y ocho doncellas distribuidas en las cuarenta y ocho alcobas entonaban sutras. Estas salmodias sagradas, con las que todas

[38] Un *ken* equivale a 1.84 m. El templo medía, así, casi cien metros.

ellas invocaban fervorosamente el nombre de Amida Buda, no cesaban por espacio de dos días.

¡Parecería que en medio de tanto fervor iba a aparecerse el mismo Amida para dar la bienvenida en el paraíso a los creyentes y para bañar con el fulgor de su luz salvadora a este piadoso ministro!

El mismo Shigemori tomaba parte en la procesión que en torno a la imagen ponía fin a los servicios religiosos el mediodía del día quince. De cara al Oeste, el ministro entonaba esta plegaria:

—¡Oh, Amida! ¡Señor y Maestro del Paraíso de la Tierra Pura de Occidente[39]! ¡Os suplico que salvéis a vuestro pueblo que habita en los Tres Mundos y que está de camino por los Seis Reinos[40]!

Con esas palabras rezaba por la salvación de su pueblo. Los que así veían al ministro eran invadidos por sentimientos de compasión y bondad, y los que lo escuchaban lloraban de devoción y emoción.

Por eso al prudente Shigemori el pueblo lo llamaba también «el ministro de las linternas».

CAPÍTULO XIV

LOS DONATIVOS DE ORO

El ministro prudente pensó también: «Por muy sólidas que sean las raíces de la fundación para la vida futura, no creo que mis descendientes puedan rezar para siempre por mi salvación. Tendré que asentar raíces más firmes todavía».

39 En el budismo Mahayana, existe un paraíso llamado de la Tierra Pura o «Tierras de los Budas» de naturaleza trascendente, de número ilimitado y donde los creyentes tienen la esperanza de renacer. Uno de estos paraísos, popular en el amidismo de la época del *Heike*, es la «Tierra Pura de Occidente» (en sánscrito, *Sukjavati*), en donde reina Amida Buda. Véase en la Introducción el apartado «Religión e Ideas», pág. 12 y sigs.

40 Estos tres mundos *(san-gai)* son el del deseo, de las formas y el mundo supraformal. Las almas de los vivos no iluminados transmigran sin cesar por seis reinos o sendas *(roku-dō)*: el infierno, los reinos de los seres hambrientos, de los animales, de los demonios, de los hombres y de los seres celestiales.

En torno a los años de la era de Angen (1175-1176), mandó llamar de Chikuzen a un marinero llamado Myōden. Ordenó que lo dejaran a solas con él. Después de haber reunido tres mil quinientos *ryō* de oro, le habló con estas palabras:

–Me han dicho que eres un hombre escrupulosamente honrado. Estos quinientos *ryō* son para ti. Otros mil deberás llevarlos a China y entregárselos a los bonzos de la montaña de Yu Wang. Los otros dos mil *ryō* se los entregarás al Emperador de ese país para que done arroz al monasterio de esa montaña para que los bonzos recen por mi salvación.

Myōden recibió el oro y emprendió un viaje de diez mil leguas entre brumas y olas hasta llegar a la China de los Sung. Se dirigió a la montaña Yu Wang y entregó los mil *ryō* al superior del monasterio, el maestro Te Kuang, que lo agradeció profundamente. Después Myōden fue a la Corte china y entregó los dos mil *ryō* al Emperador y le comunicó con todo detalle las intenciones de Shigemori. El Emperador chino quedó tan profundamente conmovido por el relato que donó quinientos sacos más de su arroz al monasterio de Yu Wang.

Se dice que las oraciones de aquellos bonzos por la salvación y renacimiento en el paraíso del ministro japonés y súbdito imperial Taira no Ason Shigemori no han cesado un solo día hasta hoy.

CAPÍTULO XV

LA DISCUSIÓN CON EL SELLO DE LA LEY

Tras la muerte de su hijo, Kiyomori se sentía tan abatido y desanimado que, de inmediato, volvió a su mansión de Fukuhara, cerró las puertas y, deseoso de huir de los ojos del mundo, se recluyó en su interior.

En torno a la hora del perro (ocho de la tarde) del día siete del mes undécimo del tercer año de la era de Jishō, la tierra tembló por espacio de un rato. El maestro del gabinete de Adivinaciones Imperiales, Yasuchika, vino presuroso al Palacio Imperial y dijo:

—Este terremoto, según todos los indicios de nuestros escritos adivinatorios, no debe tomarse a la ligera. Hemos consultado el *Konki Kyō,* uno de los tres tratados adivinatorios, y leído esta frase: «Antes de un año o de un mes o de un día, ocurrirá una catástrofe». Debemos estar en máxima alerta.

Y Yasuchika lloró desconsolado.

El funcionario que transmitió esta predicción palideció y el Emperador se asombró sobremanera. Solamente los cortesanos más jóvenes de la alta y baja nobleza se burlaban y reían diciendo:

—¡Fijaos cómo llora Yasuchika! ¡Seguro que no ocurrirá nada!

Este Yasuchika era descendiente de quinta generación de Seimei Abe[41]. Era un varón muy docto en los principios de la astronomía. Sus mapas astrales siempre resultaban certeros y conocía el firmamento como la palma de su mano. Como jamás se había equivocado en sus predicciones, se le llamaba «el indicador imperial». En una ocasión le cayó un rayo, pero salió ileso, tan sólo se le quemaron las mangas del kimono. En verdad que era un varón extraordinario, sin parangón ni en su tiempo ni en los actuales.

El catorce del mismo mes, Kiyomori se hallaba en su mansión de Fukuhara. Corrió entonces el rumor de que iba a entrar en la capital con varios miles de soldados a caballo. Todo el mundo, tanto nobles como plebeyos, sintió mucho miedo, aunque se sabía que el rumor era infundado. Se corrió la voz, aunque no se supo quién la propagó, de que el primer ministro iba a vengarse de la Familia Imperial.

El canciller del Imperio, cuando supo de estos rumores, se presentó de inmediato en el Palacio de Clausura y dijo al Emperador:

—Kiyomori ha movilizado su ejército y va a entrar en la capital sólo para destruirme. ¿Cuál será mi destino?

El emperador Takakura le respondió:

—Cualquiera que sea tu destino, también será el mío —y dejó caer augustas lágrimas.

41 Seimei Abe fue un famoso adivino que sirvió a los emperadores Kasan (985-986) e Ichijō (987-1011).

¡Qué dolor debía sentir! ¿Acaso los asuntos del Imperio no deben estar en manos del Emperador y del canciller[42]? Pues entonces, ¿por qué tenían que ocurrir esas cosas? ¡Verdaderamente insondables son los designios de la diosa del Sol y de las divinidades de Kasuga!

El día quince, efectivamente. se confirmó la noticia de que Kiyomori pensaba vengarse de la Casa Imperial. El emperador-monje Goshirakawa se asustó y envió a Kiyomori como mensajero a Jōken, que era *daisōjō*, la suma jerarquía religiosa, Sello de la Ley Budista e hijo de Shinzei, antiguo consejero. Éste era el mensaje:

«En los últimos años la Casa Imperial ha vivido en un estado de confusión, sin capacidad para conservar la armonía y la unidad del Imperio. Me aflige ver al pueblo sumido en el caos. Nosotros habíamos depositado en ti toda nuestra confianza para poner orden en el Imperio. Lejos de eso, no sólo deseas crear disturbios y entrar con tu ejército en la capital, sino que además vienes dispuesto a desafiarnos. ¿Acaso tienes alguna explicación que ofrecernos?».

El *daisōjō* se dirigió al palacio de Nishi Hachijō, donde estaba Kiyomori. Allí esperó pacientemente desde la mañana hasta la tarde, pero no le dieron audiencia con el primer ministro. Cuando vio que era inútil seguir esperando, pidió al capitán Suesada que transmitiera a Kiyomori el mensaje. Y dijo:

—Con permiso, me retiro.

Estaba a punto de irse, cuando Kiyomori ordenó:

—Llamad al Sello de la Ley.

Cuando el *daisōjō* compareció, le dijo Kiyomori:

—Bien, Sello de la Ley. Va a decirme Su Reverencia si yo, Jōkai[43], estoy o no equivocado en lo que voy a decirle. En primer lugar, la muerte de mi hijo Shigemori me hundió en una profunda tristeza a la que no fue ajena una premonición sobre el futuro de mi clan. Imagina mi dolor y ten en cuenta mis sentimientos. Desde la Insurrección de Hōgen los disturbios no han cesado y el Emperador-monje no ha podido vivir en paz. Aunque yo no me ocupaba de estos asuntos más

[42] El cargo de canciller *(kampaku)*, desde siglos atrás monopolio casi exclusivo de la familia Fujiwara, hacía muchas décadas que era políticamente inoperante.
[43] Es el nombre budista de Kiyomori.

que de lejos, el ministro del Centro, Shigemori, estuvo implicado en ellos en cuerpo y alma y no cesó de esforzarse para apaciguar las repetidas cóleras del Emperador. No ha existido un ministro que haya acumulado un número de méritos tan alto tanto en casos especiales como en casos administrativos.

Sólo buscando en tiempos remotos podremos encontrar algún ejemplo parecido. Fue en los tiempos de la dinastía china de los Tang. Cuando el emperador Tai Tsung[44] perdió a Wei Cheng, su dolor fue tan grande que él mismo inscribió el siguiente epitafio en su tumba: «Ayer Yin Tsung soñó que tenía un sabio consejero. Hoy yo he despertado del sueño y ya no lo tengo».

En nuestro país, algo semejante ocurrió hace poco cuando murió Akiyori, ministro de Asuntos Populares. El emperador Toba quedó tan dolido por su muerte que retrasó su peregrinación a Yahata y no permitió músicas ni diversiones. No hay emperador que no se duela por la pérdida de un buen ministro. Por eso, se dice: «Mayor respeto que a los padres y mayor cariño que a los hijos hay en la relación entre el emperador y un súbdito». A pesar de todo esto, este emperador Goshirakawa ha realizado la peregrinación a Yahata y se ha deleitado con músicas y diversiones cuando todavía Shigemori estaba agonizando. Ni ha sido capaz de guardar luto, ni de compartir nuestro dolor.

¿Cómo ha podido olvidar la lealtad de un ministro como mi hijo? Y si la hubiera olvidado, ¿cómo no ha podido sentir compasión por nuestro dolor? En verdad que es una afrenta para mi honor y el de mi hijo haber perdido así el respeto del Emperador. He ahí uno de los motivos de mi agravio.

Y ahora el segundo. Habiéndonos prometido que la gobernación de Echizen sería vitalicia para nuestra familia, ¿cómo ha podido faltar a su palabra y desposeer de ese título a los descendientes de Shigemori después de su muerte? He ahí otro de los motivos de mi agravio.

Y ahora el tercero. Cuando quedó vacante el título de consejero medio, yo, con mucho empeño, había recomendado para ocuparlo a Motomichi, capitán medio de segundo rango[45]. Pero el Emperador, sin nuestro consentimiento, ha nombrado al hijo del canciller. ¿Cómo

44 Tai Tsung (600-649) fue el segundo emperador de la dinastía Tang.

45 Motomichi, hijo del regente Motozane y de una de las hijas del propio Kiyomori.

ha sido esto posible? Aun en el caso de que mi petición no hubiera sido razonable, no tendría motivo para negármela. Cuánto más por la cuna y el rango de Motomichi, que lo hacían más que válido para dicho cargo. Fue lamentable que Su Majestad no tuviera en ninguna cuenta mi recomendación. He ahí otro de los motivos de mi agravio.

Y ahora el cuarto. Narichika, el antiguo consejero mayor, y otros se reunieron en Shichi-no-tani para conspirar contra mí. Pero la culpa no fue sólo de ellos, pues siempre contaron con el beneplácito del Emperador-monje. Podría parecer una opinión nueva, pero ¿acaso no merece nuestra familia ser apoyada por el Emperador hasta su séptima generación? Antes al contrario, conspira para destruirme a mí, con casi ya setenta años, a mi primera generación, a mis hijos y a mis nietos. Mi esperanza de saber que mis descendientes servirán a la Casa Imperial se ha esfumado.

¡Ah, qué duro es para un anciano perder a su hijo! Soy un hombre con poco tiempo de vida al que nada le importa lo que al mundo pueda ocurrirle. Padre sin hijo, soy como un árbol seco sin ramas. Todo, Reverencia, me da ya exactamente igual.

Tanta ira que, al final, al Sello de la Ley le pareció terrible, y tanta tristeza que, a la vez, le pareció penoso, penoso y la vez terrible. ¿Quién sería capaz de replicarle en ese momento? Además, el monje Sello de la Ley Budista era una de las personas más allegadas al Emperador-monje y había tenido conocimiento y sido testigo de la conspiración de Shishi-no-tani. En ese instante pensó que en cualquier momento podría ser detenido por estar implicado en ella. Sintió que un terror incontrolable le invadía el cuerpo y el alma. Era como si acariciara los bigotes de un dragón o pisara la cola de un tigre. Pero también era un hombre con carácter. Y fue este carácter el que le permitió guardar la compostura y contestar al colérico primer ministro con estas palabras:

—Nadie, Excelencia, puede negar su espíritu de abnegado servicio a la Familia Imperial. Sus reproches tienen justificación. Sin embargo, tanto su posición como su estipendio son satisfactorios, y Su Majestad le ha satisfecho por sus ilimitados merecimientos. En cuanto a la conspiración, debo decirle que, si algunos hombres la planearon con el beneplácito de Su Majestad, esto se debe a una calumnia urdida por los conspiradores. ¡Qué humano es el común defecto de prestar oídos a

quien habla y desconfiar de la realidad que aparece ante los ojos! Si desobedecéis a Su Majestad, pese a favoreceros como os favorece, sólo por prestar oídos a las palabras banales de hombres superficiales, las consecuencias en esta vida y en la venidera serán funestas para Su Excelencia.

El corazón del cielo es infinitamente azul e inconmensurable; igualmente inconmensurable es el corazón de Su Majestad. Como súbditos que somos, iríamos en contra del agradecimiento natural del súbdito si desobedeciéramos al Emperador. Excelencia, os ruego que reconsideréis atentamente vuestro proceder. Yo daré cumplida cuenta de las palabras de Su Excelencia a Su Majestad.

Y presto se retiró del lugar. Todos los que estaban presentes decían:

—¡Qué maravilla! ¡Contestar como ha contestado a la ira del primer ministro y retirarse como se ha retirado!

Y todo el mundo admiraba a Jōken, el gran jerarca religioso y Sello de la Ley Budista.

CAPÍTULO XVI

EL DESTIERRO DE LOS MINISTROS

El Sello de la Ley regresó al Palacio Imperial a dar cuenta de su entrevista. El Emperador-monje lo oyó y no dijo nada, pues reconocía que las explicaciones del primer ministro tenían mucho sentido.

El día dieciséis del mismo undécimo mes, el primer ministro tomó medidas. Destituyó de sus cargos a cuarenta y tres dignatarios nobles y cortesanos, entre ellos al canciller y al ministro de la Izquierda. El canciller Motofusa fue degradado al puesto de gobernador de Dazai y desterrado a Kiushu. Este Motofusa se dijo a sí mismo: «Lo mejor en una época como ésta es dejar que las cosas transcurran». Y en un lugar llamado Furukawa, próximo a Toba, se tonsuró tomando los votos budistas. Tenía entonces treinta y cinco años.

«En saber era un hombre refinado y culto. En virtud era limpio y honrado como un espejo no empañado.» Así decía la gente que lamentaba su retirada del mundo.

Ahora bien, si encontrándose en el camino del destierro alguien decide entrar en religión, se le permite quedarse en un lugar menos alejado. Así, aunque el canciller había sido en un principio exiliado a la provincia de Hyūga, al hacerse monje se le permitió quedarse en Ibasama, cerca de Kofu, en la provincia de Bizen[46].

En el pasado hubo seis ministros que fueron desterrados: el ministro de la Izquierda Soga no Akae, el ministro de la Derecha Fujiwara Toyonari, el ministro de la Izquierda Uona, el ministro de la Derecha Sugawara Michizane, el príncipe Kōmei, ministro de la Izquierda, y el príncipe Fujiwara Ishū, ministro del Centro[47]. Pero ésta era la primera vez que se desterraba a un canciller.

De esa manera, Motomichi, capitán medio de segundo rango e hijo del difunto regente Motozane, pudo ser elevado a la dignidad de ministro del Centro y canciller. Motomichi era, además, nieto de Kiyomori, pues su padre era yerno de éste.

En los tiempos del emperador retirado Enyū, el día primero del mes undécimo del tercer año de la era de Tenroku (972), murió el regente, Kentoku. Entonces, su hermano menor, Chūgui, era viceconsejero del segundo rango menor de la Corte, mientras que su siguiente hermano, Kaneie, era ya consejero y general de la Derecha. Esto suponía que Chūgui había sido adelantado en rango y posición por su hermano menor. Sin embargo, al morir su hermano mayor, Chūgui fue elevado al cargo de ministro del Centro del primer rango mayor, por lo que sobrepasó a su hermano. En aquella época le pareció a la gente que esta era una promoción insólita.

Sin embargo, el ascenso de Motomichi superó el precedente mencionado. Jamás se había oído que un capitán medio del segundo rango pudiera ser elevado a la dignidad de ministro y canciller, saltándose así los títulos de consejero medio y consejero mayor. Tanto el presidente de los consejeros imperiales como los secretarios primero y se-

46 En la actual ciudad de Okayama.

47 Fueron desterrados, respectivamente, en 673, 757, 782, 901, 969 y en 996. Y todos en Dazai, cerca de la actual ciudad de Fukuoka, sede del gobierno en la lejana Kiushu.

gundo del Consejo Imperial, todos los cuales habían de organizar las ceremonias para las nuevas investiduras de Motomichi, estaban perplejos y no sabían qué pensar sobre este ascenso.

Además, Moronaga, el ministro de la Izquierda, fue asimismo destituido y enviado al oeste del país. En la Insurrección de Hōgen (1156) había sido ya condenado al destierro por ser hijo de Yorinaga, el infame ministro de la Izquierda, junto con sus otros tres hermanos: Kanenaga, capitán mayor de la Derecha, Takanaga, capitán medio de la Izquierda, y el *sōjō* Norinaga, maestro de Meditaciones. Ninguno de los tres pudo volver jamás a la capital y murieron en el destierro. Sólo Moronaga sobrevivió después de haber pasado nueve primaveras en Hata, de Tosa, y pudo volver el octavo mes del segundo año de la era de Chōgen (1164), tras lo que fue restituido a su antiguo cargo. Al año siguiente fue ascendido al segundo rango y el décimo mes del primer año de la era Ninnan (1166) pasó de consejero medio a consejero mayor. En esa ocasión no había ningún puesto vacante en la asamblea de consejeros mayores, por lo que tenía que tomar asiento en un estrado aparte. Era el primer caso en que había hasta seis consejeros mayores. Tampoco se había oído que un consejero medio fuera ascendido a consejero mayor, con excepción de los casos del príncipe Mimori, ministro de la Derecha, y de Takakuni, consejero de Uji.

Moronaga poseía, además, un sentido exquisito para la música y era versado en las artes. Nada le pudo detener hasta alcanzar el puesto de ministro de la Izquierda. Sin embargo, ¿qué pecado le había llevado a ser desterrado por dos veces? En la era de Hōgen había sido desterrado a los mares del sur, en Tosa. Ahora, en la era de Jishō, el destino de su exilio era Owari, al este de la capital.

Es natural que un hombre de buen gusto y corazón sensible desee gozar de «la contemplación de la luna, siendo inocente de todo pecado». Así pues, Moronaga aceptó su destino sin lamentarse y pensó que era el mismo de aquel Po Chui[48] que compuso poemas en su vida de destierro a orillas del río Hsun Yang. Así, Moronaga se entretenía admirando las olas de la bahía de Narumi y la luna velada por las nie-

[48] Po Chui (772-846), el más prolífico de los tres grandes poetas de la China de los Tang y de duradera influencia entre los poetas japoneses en toda la época de Heian, fue desterrado en 814 probablemente debido a la mordacidad de sus poemas.

blas. Recitaba poemas en medio de la brisa del mar, tocaba el laúd, componía versos, y así pasaba plácidamente los días.

Un día realizó la peregrinación al santuario de Atsuta, el tercero más grande de la provincia de Owari. Esa noche se puso a tocar el laúd y a cantar canciones para entretener a la divinidad del santuario. En un lugar como aquél no había ningún mortal capaz de apreciar su arte. Cierto que vivían allí ancianos y mujeres del pueblo, pescadores y campesinos que le escuchaban con la cabeza inclinada y los oídos tensos, pero ninguno de ellos era capaz de distinguir un tono bajo de uno alto, ni de apreciar las escalas musicales.

Se cuenta que cuando Ju Pa tocaba la cítara, los peces saltaban para escucharlo; y cuando Yu Kung cantaba, se levantaba hasta el polvo de las vigas[49]. Cuando las obras se presentan infundidas de verdadero arte, es natural que encuentren respuesta y provoquen profundas emociones. Así, los lugareños sentían la música de Moronaga en la piel y una extraña sensación conmovía a todos.

En una ocasión en que la noche caía lentamente, Moronaga se puso a tocar el *fugō-jō*[50] y, al instante, la estancia en donde estaba tocando se impregnó de una fragancia de flores. A continuación, tocó una melodía de *ryūsen*[51] y al punto los rayos de luna que entraban en la estancia aparecieron con un brillo superior al del agua cristalina de primavera. A continuación, cantó este poema al son de una melodía secreta interpretada con su laúd:

Escribir verso y prosa, nada más me ocupa en esta vida.
Palabras profanas, de las que estorban el camino de Buda.
¡Ah, si pudiera seguir escribiéndolas y adorándolo en el paraíso!

Y al instante la estancia principal del templo se puso a temblar. ¿Acaso no expresaban todos estos portentos la profunda emoción que a la divinidad del santuario le embargaba?

[49] Ju Pa y Yu Kung son dos legendarios músicos chinos –citarista y cantante respectivamente– de las dinastías de Chu (1100-481 a. C.) el primero y Han (206 a. C. - 221 d. C.) el segundo.

[50] El *fugō-jō* es música cantada en los ritos y ceremonias budistas.

[51] El *ryūsen* designa una melodía que imita el suave fluir de un arroyo.

«¡Ah! Si no hubiera sido víctima de la maldad de los Heike, ¿cómo habría podido ser testigo de estos prodigios y señales de favor divino?», se dijo a sí mismo Moronaga dejando escapar emocionadas lágrimas de alegría.

También el consejero e intendente de la administración provincial, Sukekata, y su hijo Suketoki, gobernador de la provincia de Sanuki y comandante de la Guardia Imperial de la Derecha, fueron privados de sus cargos.

También fueron destituidos Fujiwara Mitsuyoshi, consejero imperial y ministro de la Casa Imperial de la Emperatriz consorte y capitán de la Guardia Imperial de la Derecha; Takashina Tasutsune, ministro del Tesoro, alcalde del distrito oeste de la capital y gobernador de Iyo; y Fujiwara Motochika, jefe del Gabinete Imperial de Archivos y Manuscritos y secretario menor de la Casa Imperial de la Emperatriz.

El primer ministro ordenó a Sanekuni, consejero mayor, y a Nakahara Norisada, capitán de la Guardia, que ese mismo día expulsaran de la capital a Sukekata, a su hijo Suketoki y a su nieto Masakata.

El consejero mayor Sukekata se lamentó de su suerte con estas palabras:

—Dicen que el mundo es grande, pero ahora veo que no hay lugar en él para esconder este pequeño cuerpo mío de tres *shaku*. Dicen que la vida es corta, pero ahora veo que un solo día es una eternidad.

Resolvió salir del Palacio Imperial por la noche e ir a un lugar distante de la capital y viajar por muchos y extraños caminos. Al pasar el monte Oe e Ikumo, en la provincia de Tamba, se escondió en un lugar llamado Mura-kumo, donde finalmente fue descubierto y desterrado a la provincia de Shinano.

CAPÍTULO XVII

LA SUERTE DE YUKITAKA

Había un hombre llamado Tonari, samurái del antiguo canciller Motofusa. Cuando supo que los Heike sospechaban de él, pensó que

los soldados de Rokuhara podrían presentarse en cualquier momento para prenderlo. Decidió entonces huir llevándose a su hijo, llamado Ienari, que era oficial de la Guardia Imperial de la Izquierda, y emprender un viaje sin rumbo. Subieron hasta lo alto del monte Inari y allí desmontaron de sus caballos. Entonces Tonari y su hijo se dijeron estas palabras:

—Ojalá pudiéramos habernos dirigido al este para reunirnos con Yoritomo, el antiguo alférez de la Guardia Imperial, desterrado en la provincia de Izu. Pero también pesa sobre él el castigo imperial, y poca ayuda podría darnos. ¡Ay, qué difícil es encontrar en todo el Imperio un señorío que no esté bajo el control de los Heike! No tenemos escapatoria. Pero ¡qué deshonra sería dejarnos prender y ser expuestos a los ojos de la gente de la capital, nuestro hogar desde hace tanto tiempo! Es mejor que volvamos. Cuando vengan los soldados de Rokuhara a buscarnos, nos verán listos para quitarnos la vida con nuestras propias manos. Y al punto emprendieron camino a su casa en Kawara-zaka.

Como habían previsto, no tardó en presentarse un tropel de soldados de Rokuhara, trescientos jinetes armados y con yelmos, al mando de los capitanes Suesada y Morizumi. Todos se aproximaron lanzando gritos de combate.

Entonces Tonari, plantado en la barandilla de su casa, les habló así:

—¡Eh, vosotros! ¡Mirad bien esto y contadlo después en Rokuhara!

Prendió fuego a su casa. Después, él y su hijo se rajaron el vientre y murieron abrasados entre las llamas.

¿Por qué hubo tanta gente, ya de la nobleza ya de la plebe, que pereció y fue destruida? Todo esto se debió a la rivalidad que para conseguir el título de consejero medio se desató entre Motomichi, el anterior capitán medio del segundo rango que ahora acababa de ser nombrado canciller, y Moroie, capitán medio del tercer rango e hijo del anterior canciller Motofusa. La desgracia de Motofusa pudiera estar merecida, pero ¿por qué tuvieron que sufrir el mismo destino más de cuarenta inocentes?

El mundo no encuentra la paz, pese a que el año anterior fueron rehabilitados a título póstumo el emperador-monje Sanuki, nombrado

emperador Sutoku, y el ministro de la Izquierda de Uji[52]. El pueblo comentaba: «El demonio ha tomado posesión del corazón de Kiyomori. Nada hay que pueda hacer desaparecer su cólera».

Nobles y plebeyos por igual temblaban por el miedo y la desazón ante el futuro tan sombrío que se avecinaba.

Había por aquel entonces un hombre llamado Yukitaka que en un tiempo había sido supervisor menor. Su padre había sido Akitoki, consejero medio. En tiempos del emperador Nijō, este Yukitaka había ejercido cierta influencia en la Corte, pero hacía más de diez años que había perdido su puesto, por lo que se había recluido y vivía en la pobreza. Tanto es así, que no le llegaban los medios ni para cambiar de kimono en el paso del verano al invierno ni para llevarse fácilmente a la boca la comida de la mañana o de la tarde[53].

Un día se presentó ante él un mensajero personal del primer ministro con estas palabras:

—Tengo que hablar contigo. Ven a mi presencia de inmediato.

Tokitaka pensó que alguien en la capital lo había difamado en su ausencia, pues hacía diez años que no participaba en asuntos de la Corte. Y temió por su vida. Su esposa y sus hijos, invadidos por el temor, lloraban y se lamentaban diciendo:

—¿Qué nueva desgracia nos espera?

Tantas veces se presentaron los mensajeros del palacio de Nishi Hachijō que Yukitaka no tuvo más remedio que obedecer la orden. Alquiló un carruaje y se presentó en el palacio del primer ministro.

Pero su sorpresa fue grande cuando Kiyomori en persona salió a recibirlo nada más llegar, y le dijo:

—Tu padre y yo hablábamos de lo grande y lo pequeño. Y tanto como lo apreciaba a él, aprecio a sus hijos. Me ha pesado tu reclusión en el campo todo este tiempo. Pero los asuntos de la administración de la Corte estaban en manos del Emperador-monje, y yo no podía hacer gran cosa para ayudarte. A partir de ahora, sin embargo, quiero

[52] Es decir, Yorinaga, el ministro caído en desgracia en la Insurrección de Hōgen (1156). En cuanto al «emperador Sanuki», véase el apartado «Antecedentes históricos» en la Introducción.

[53] Solían ser dos las comidas principales que se hacían al día en la época, una hacia las diez de la mañana y otra hacia las cuatro de la tarde.

que vuelvas a la Corte. Yo me encargaré de que tengas un título. Eso es todo. Puedes retirarte.

Y Kiyomori, con esas palabras, lo dejó.

Cuando Yukitaka volvió a casa, su esposa y sus criados lo recibieron con lágrimas de asombro y alegría, como se recibe a alguien resucitado de entre los muertos.

El primer ministro despachó a Suesada hasta donde estaba Yukitaka con varios títulos de administrador de señoríos y tierras. Pensando además que tendría necesidades materiales, Kiyomori le envió cien *hiki* de seda, cien *ryō* de oro y una gran cantidad de arroz[54]. Y para que pudiera desplazarse dignamente a la Corte y presentarse en ella, lo proveyó de sirvientes, de un cochero y de un carruaje de bueyes. La felicidad de Yukitaka era tal que pensaba: «¿Es esto un sueño? ¿Es la realidad?». Y estaba perplejo por su suerte.

El día diecisiete del mes fue nombrado archivero del quinto rango y recuperó su antiguo título de supervisor de la Izquierda. Ese año, Yukitaka, a sus cincuenta y un años, parecía haber rejuvenecido. Pero ¡ay, que esta súbita prosperidad tal vez no habría de durarle mucho!

CAPÍTULO XVIII

EL DESTIERRO DEL EMPERADOR-MONJE

El día veinte del mismo undécimo mes del tercer año de la era de Jishō (1179), el Palacio de Clausura de Hōjū-ji donde vivía el Emperador-monje fue rodeado por soldados. Se corrió el rumor de que iban a prenderle fuego para que todos en su interior perecieran quemados vivos, como había ocurrido cuando Nobuyori atacó e incendió el palacio de Sanjō en la era de Heiji. Las doncellas y las niñas sirvientes del

[54] Un *hiki* era la cantidad necesaria para hacerse dos kimonos. Un *ryō* equivalía en Kioto a 16,50 gr aproximadamente.

palacio huyeron despavoridas sin tiempo de llevarse sus pertenencias. Incluso el Emperador-monje estaba muy atemorizado.

Munemori, el antiguo capitán general de la Derecha, se presentó con un carruaje y le dijo al Emperador-monje:

—Suba Su Majestad enseguida.

—¿Qué sucede? —preguntó el Emperador-monje—. ¿Es que he hecho algo malo? ¿También a mí me van a desterrar a una isla remota de un país lejano, como hicieron con Narichika y con Shunkan? Yo me he limitado a aconsejar en asuntos de administración imperial porque el emperador reinante es todavía muy joven. Si se me prohíbe incluso eso, a partir de ahora no haré nada.

—No es eso, Majestad —respondió Munemori—. Simplemente mi padre, el primer ministro, ruega a Su Majestad que se traslade al Palacio Imperial de Toba y se quede ahí mientras restablecemos el orden en el país.

—Si eso es verdad, tú deberías quedarte conmigo —dijo el Emperador-monje.

Pero Munemori se negó, pues temía disgustar a su padre. Entonces, añadió Goshirakawa:

—¡Ah!, veo que eres inferior con mucho a tu hermano, el difunto ministro del Centro. El año pasado mismo, cuando estaba en semejante aprieto, él intercedió por mí ante el primer ministro arriesgando incluso su vida. Gracias a su mediación, he podido vivir en paz. Pero ahora que Kiyomori no tiene a nadie capaz de contradecirlo, se atreve a cometer esta tropelía. ¡Ay! ¿Qué esperanza me queda ya?

Y lloró amargamente.

En este estado de ánimo, se subió al carruaje. No llevaba ningún séquito, ni ningún miembro de la nobleza alta y media le acompañaba, tan sólo unos cuantos guardias de rango bajo y un criado de nombre Kaneyuki. En la parte de atrás del carruaje lo acompañaba una monja budista. Se llamaba Kī-dono, del segundo rango, y había sido su nodriza. El carruaje tomó la dirección del oeste, por la avenida Shichijō, y después la del sur, por la avenida Shujaku.

—¡Ay, destierran al Emperador-monje! —exclamaban hombres y mujeres del pueblo llano al verlo pasar.

Y no había nadie que no humedeciera las mangas de sus kimonos con lágrimas. Y decían:

—Verdaderamente el terremoto de la noche del día siete era un presagio. Sin duda hasta el dios de las profundidades terrestres ha tenido que asustarse en sus entrañas por la gran sacudida de la tierra.

Cuando el Emperador-monje entró y quedó encerrado en el Palacio Norte de Toba, Nobunari, el jefe del Gabinete de Provisiones Imperiales, que lo había seguido sin que nadie se hubiera percatado, se le acercó. Entonces el Emperador-monje le dijo:

—Sin duda, esta noche me van a matar. Antes me gustaría tomar un baño de purificación. ¿Te puedes encargar?

A pesar de que Nobunari estaba apenado y confuso desde la mañana, consideró la augusta petición como un honor y fue a prepararle el baño. Se remangó el kimono de caza con un cordón, rompió la cerca de juncos, arrancó los palos de una barandilla y los troceó en astillas para así disponer de leña. Luego llenó la bañera de agua y calentó el agua, improvisando así el baño para el emperador-monje Goshirakawa.

Mientras tanto, Jōken, el Sello de la Ley, se dirigió al palacio de Nishi Hachijō y dijo al primer ministro:

—El Emperador-monje se halla en el Palacio Norte de Toba, pero no fue acompañado por nadie de su séquito. ¡Qué deshonra que no haya nadie para servir a Su Majestad! ¿Qué mal habría, Excelencia, en que vaya yo a servirlo? Os prometo que no ocurrirá ningún incidente que os cause trastornos. ¡Deseo tanto reunirme con Su Majestad!

—Puedes ir con él, si quieres —repuso Kiyomori—. Estoy seguro de que Su Reverencia no es la clase de persona que comete errores.

Y le concedió permiso para ir al palacio de Toba.

Jōken llegó a Toba y bajó de su carruaje frente a la puerta principal. Cuando entró, oyó al Emperador-monje recitar sutras. Su voz resonaba con formidable poderío. Al entrar Jōken, vio que sobre el libro de los sutras caían augustas lágrimas. Esta escena le hizo sentir una gran tristeza y apretó la manga de su kimono contra el rostro para aguantar sus propias lágrimas. De esta guisa se presentó ante el Emperador-monje. Sólo la monja estaba allí sentada. Y ella fue la que dijo:

—¡Ah, Sello de la Ley, qué bien que haya venido Su Reverencia! ¡Ay! Su Majestad no ha probado bocado desde ayer que tomó su comida en Hōjū-ji. Ni ayer por la noche ni esta mañana ha querido co-

mer nada. Tampoco ha dormido en toda la noche. Su salud me preocupa tanto, Reverencia...

Jōken, conteniendo las lágrimas, repuso:

—Todo en la vida tiene un límite. Los Heike han venido disfrutando de prosperidad por espacio de veinte años, pero su maldad ya rebasa los límites. En verdad que su destrucción está cerca. ¿Cómo van a abandonar a Su Majestad la diosa del sol, Amaterasu, y el dios Hachiman? ¿Cómo las divinidades de los Siete Santuarios de Hiyoshi Sannō, de los que tan devoto es Su Majestad, no van a mantener su promesa de proteger las enseñanzas del sutra del Loto y guardar a Su Majestad con el poder de los Ocho Libros de ese sagrado sutra? Por cierto, que el poder será restituido a manos de Su Majestad y los malvados serán dispersados como espuma de agua.

Estas palabras de consuelo sirvieron para aliviar el augusto corazón del Emperador-monje.

Por su parte, el emperador Takakura, que se lamentaba por el destierro del canciller y por la pérdida de muchos de sus súbditos, al ser informado del confinamiento de su padre, el Emperador-monje, en el palacio de Toba, resolvió dejar de comer, y con el pretexto de estar enfermo no abandonaba el lecho. Desde la Emperatriz hasta la última de las doncellas de la Corte, todo el mundo en palacio estaba asustado y confuso, sin saber qué hacer.

Desde la reclusión forzada del Emperador-monje en Toba, en el Palacio Interior tenía lugar todas las noches una ceremonia extraordinaria. El Emperador reinante se ponía de pie en el altar sagrado de la sala de Seryō y ofrecía plegarias a la divinidad del gran santuario de Ise. El fin de sus oraciones era exclusivamente la salvación de su padre, el Emperador-monje.

En contra de la piadosa conducta de Takakura, el emperador Nijō, aunque fue un soberano sabio, no tuvo en cuenta los consejos del Emperador-monje, y llegó a proclamar que en un soberano no existía relación filial. Por eso su progenie fue efímera, pues Rokujō, que lo sucedió en el trono, murió a la edad de trece años, el día catorce del séptimo mes del segundo año de la era Angen (1176). ¡Qué triste fue su destino!

CAPÍTULO XIX

EL PALACIO DE CLAUSURA DE SEINAN

«Entre los cien modos de comportarse, comportarse con piedad filial es el mejor. Un soberano sabio reina dando ejemplo de piedad filial.» Esta sentencia es antigua y está confirmada en los ejemplos del emperador Yao de China, que rendía respeto a su anciana madre muy mermada por la edad, y del emperador chino Shun, de los Yu de China, que seguía obedeciendo a su obstinado padre. ¡Digna de admiración fue, por tanto, la conducta de nuestro emperador Takakura por haber seguido el ejemplo marcado por aquellos insignes y sabios soberanos de antaño!

Entonces, del Palacio Interior llegó al palacio de Toba una carta. La carta era del emperador Takakura y decía lo siguiente:

«En momentos como el presente ¿qué sentido tiene heredar el trono imperial y seguir en el palacio? Seguiré los pasos de los emperadores Uda y Kasan[55] y me tonsuraré tomando las órdenes sagradas. Abandonaré el mundo, iré por esos bosques y montañas y viviré como un eremita».

Pero el Emperador-monje le escribió lo siguiente como respuesta:

«Abandonad esa idea, majestad. Puesto que mi único deseo es que seáis emperador reinante, si dejáis el mundo ¿de quién voy a depender yo en mi futuro? Deseo que Su Majestad presencie todo lo que le pueda acaecer a vuestro anciano padre hasta el último momento».

Cuando el emperador Takakura recibió esta misiva de su augusto padre, la apretó contra el rostro y lloró desconsoladamente.

[55] Uda (889-897), el emperador 59 de la Dinastía Imperial, fue el primer emperador que se hizo monje, lo que sentó un precedente que se prolongaría varios siglos entre los emperadores japoneses. Kasan (985-986) abdicó como emperador a los diecinueve años y también se hizo monje.

¡Qué verdadero es el dicho: «El soberano es un barco y los súbditos son el agua. El agua hace flotar el barco y también lo puede hundir»! Igualmente, un súbdito o un ministro puede sostener y amparar a un emperador, y también puede hundirlo y destruirlo. En las eras de Hōgen y de Heiji, el primer ministro Kiyomori había sostenido al Emperador; pero ahora, en las eras de Angen y de Jishō, lo menosprecia. Verdaderamente, por tanto, su proceder confirmaba lo que está escrito en el libro de la historia.

Ya habían muerto aquellos destacados miembros de la Corte como Koremichi, anterior primer ministro, Kinnori, ministro del Centro, Mitsuyori, consejero mayor, y Akitoki, consejero medio. Todos ellos del clan de los Fujiwara. Actualmente, de los antiguos dignatarios sólo quedan vivos Fujiwara Nariyori y Taira Chikanori. Pero estos varones afirmaron:

—¿Qué sentido tiene en tiempos como éstos servir al Emperador, aunque seamos consejero mayor y consejero medio?

En consecuencia, resolvieron tonsurarse y dejar el mundo. El que fuera ministro de Asuntos Populares, Chikanori, se refugió entre las escarchas de Oohara; y el que fuera consejero ministerial, Nariyori, se recluyó en las espesuras de las nieblas del monte Kōya. El resto de sus días lo dedicaron a rezar por su salvación y renacimiento en el paraíso. En la antigüedad, bien es cierto, hubo varones que se escondieron tras las nubes del monte Shang o se dedicaron a purificarse en las aguas del río Ying Chuan. ¿Acaso no obraban estos dos cortesanos como hombres de sabiduría y corazón puro por su retirada del mundo?

Cuando a Nariyori le llegaron noticias de que el Imperio se hallaba en tal estado de confusión, se lamentó con estas palabras:

—¡Ay, qué bien hice en dejar tan pronto el mundo! Las noticias que llegan a mis oídos de la capital traslucen los mismos hechos que antes. ¡Pero qué malestar sentiría si recibiera las mismas noticias y éstas me afectaran! Las insurrecciones de Hōgen y de Heiji me habían parecido sucesos escandalosos, pero en los tiempos de degeneración que corren ¿qué otra cosa se puede esperar? A partir de ahora ¿qué más va a ocurrir? ¡Cómo me gustaría adentrarme todavía más en las asperezas del monte, subir hasta las nubes de sus cumbres y esconderme en su seno!

¡En verdad que el mundo no era lugar donde vivir en calma para personas de su sensibilidad!

El día veintitrés del mes undécimo del tercer año de Yishō, el príncipe Kakukai renunció a su cargo de superior general de la escuela Tendai, y fue restituido en el mismo el *daisōjō* Mei-un.

El primer ministro, Kiyomori, había gobernado el Imperio arbitrariamente y a su antojo. Ahora que ya tenía a su hija como Emperatriz y a su yerno como canciller, dijo:

–Los asuntos del Imperio deben ser privilegio exclusivo y absoluto de Su Majestad, el Emperador reinante.

Y regresó a su residencia de Fukuhara. Entonces, su hijo Munemori, el antiguo capitán general de la Derecha, se presentó con toda urgencia en el Palacio Imperial para comunicar la resolución del primer ministro al emperador Takakura. Pero éste la rechazó, diciendo:

–No asumiré ese privilegio sin la autorización de mi padre, el Emperador-monje. Ve y habla con el canciller. Y después actúa como mejor te parezca.

Mientras, el Emperador-monje había pasado la mitad del invierno en el Palacio de Clausura de Seinan[56]. Desde su interior sólo se escuchaba la voz profunda del viento que soplaba desde montañas y campos. El claro de luna iluminaba el jardín, congelado por el frío. Más tarde, quedó cubierto de nieve, y su blanco manto no revelaba huellas de visitante alguno. Tampoco jugaba ningún ave en el agua del estanque, convertido ahora en un gran bloque de hielo.

El tañido de la campana del templo de Oo-dera le recordaba las campanas de Yi Ai Su. La blancura de la nieve de las montañas del este le recordaba la cumbre de Hsiang Lu. El sonido sordo de las palas, agrandado en las frías noches de escarcha, llegaba hasta la cabecera del augusto lecho. Al amanecer veía las rodadas de los carruajes sobre el camino helado frente a la puerta principal del palacio. Y después, en el ritmo ajetreado de hombres y caballos, el Emperador-monje contemplaba el paso efímero de este mundo de sombras. ¡Con qué sufrimiento salieron de sus augustos labios las siguientes palabras!

[56] «Seinan» es otro de los nombres posibles de Toba.

—A estos soldados bárbaros que, noche y día, guardan las puertas del palacio, ¿qué extraño karma de anteriores vidas me ha ligado para que ahora deban custodiarme?

Todo le producía pena, todo le producía dolor. Así pasaba las jornadas, recordando con nostálgicas lágrimas aquella sucesión de placenteros días, aquellas peregrinaciones a templos y santuarios, aquellas espléndidas, fastuosas ceremonias de otros tiempos.

Así pasó el año. Y así entró el siguiente, el cuarto de la era de Jishō.

LIBRO CUARTO

CAPÍTULO I

LA PEREGRINACIÓN A ITSUKUSHIMA

En los tres días de Año Nuevo del cuarto año de la era de Jishō (1180) nadie visitó el palacio de Toba para felicitar el Año Nuevo al Emperador-monje. Lo había prohibido expresamente el primer ministro. Además, Su Majestad tenía miedo. Tan sólo Shigenori, consejero medio de Sakura-machi, y su hermano menor Naganori, jefe del distrito oriental de la capital, hijos ambos del sacerdote Shinzei, obtuvieron autorización para visitar Toba.

El día veinte del mismo mes tuvo lugar la ceremonia de investidura de la *hakama* y de la primera degustación de pescado del príncipe heredero. Aunque se celebraron con gran pompa, el Emperador-monje, recluido en el palacio, apenas tuvo conocimiento de estas celebraciones.

El día veintiuno del segundo mes, el emperador reinante, Takakura, pese a no padecer ningún mal ni dolencia, fue obligado a abdicar en favor del príncipe heredero, su hijo. Esta abdicación fue un acto más de la tiranía de Taira no Kiyomori, el primer ministro. Los hombres de su clan, los Heike, lanzaban exclamaciones de gozo:

—¡Nuestros días de gloria han llegado!

En una solemne ceremonia le fueron entregados al nuevo Emperador los Tres Sagrados Tesoros imperiales: la espada, el espejo y el joyel. Los miembros de la nobleza media ocuparon sus lugares y la ceremonia de entrega tuvo lugar según prescriben la tradición y el protocolo. Primero, se adelantó una cortesana de Ben que, tomando la

espada, empezó a caminar lentamente. Después, Yasumichi, capitán medio, recibió la espada en la puerta Oeste del Palacio Imperial de Seiryo. A continuación, otra cortesana de Bitchū apareció con el cofre que contenía el joyel y se lo entregó a Takafusa, el capitán menor. El cofre que contenía el sagrado espejo debía ser transportado por una dama de Shōnagon, pero en el último momento la elegida se mostró indecisa, pues temía que le pasara como a la cortesana de Bitchū, que ya no podría servir al Emperador. Según la tradición, cuando una cortesana toca con sus manos el cofre sagrado, queda incapacitada para servir al Emperador. A esta cortesana de Shōnagon ya la doblaba el peso de los años. Por eso, ante su vacilación, la gente la criticó diciendo:

—Ya no es joven y, sin embargo, mirad cómo se agarra a su puesto.

Ante eso, ¡qué admirable que la joven cortesana de Bitchū, con dieciséis años de edad, se ofreciera voluntariamente a llevar el cofre!

De esa manera los Tres Sagrados Tesoros fueron transportados al Palacio Imperial de Gosyo.

Mientras, en el antiguo Palacio Imperial de Kanin el fuego de las antorchas se debilitaba paulatinamente; no se oía la voz del centinela que anunciaba las horas ni las voces del cambio de guardia. Los sirvientes del palacio estaban sumidos en la tristeza y, a pesar de tratarse de celebraciones gozosas, todos lloraban con amargura. Cuando se enteraron de que el ministro de la Izquierda se había presentado en la Sala del Gran Consejo Imperial para proclamar la abdicación del Emperador, la gente de sentimientos tiernos se puso a llorar y mojar las mangas de sus kimonos. La noticia de la abdicación imperial estaba impregnada de un sentimiento de profundo *aware*. Si triste es la noticia cuando se trata de un emperador que voluntariamente deja el trono para retirarse a la montaña y pasar allí el resto de sus días, mucho más lo es cuando se trata de una abdicación forzada. No hay palabras para expresar la tristeza de esta desdicha.

El nuevo Emperador no contaba más de tres años.

—¡Ay, qué sucesión tan prematura! —decía la gente.

Tokitada, el consejero mayor de Taira y esposo de Sotsu-no-suke, nodriza del nuevo soberano, decía sin embargo:

—¿Quién osa hablar de una sucesión prematura? ¿Acaso en China no tenemos precedentes? El emperador Cheng, de la dinastía Chou, fue elevado a la dignidad imperial a la edad de tres años, y el empera-

dor Mu, de los Tsin, a la edad de dos. En nuestro propio país, Konoe tenía tres y Rokujō dos cuando alcanzaron la dignidad imperial. Como eran niños tan pequeños, no podían vestir la ropa ceremonial, y era necesario que llevaran pañales. Fueron llevados hasta el trono en la espalda del regente o en brazos de su madre. Y el emperador Hsiao Shang, de la dinastía Han, ¿no fue proclamado Emperador a los cien días de su nacimiento? Vemos, pues, que tanto en China como en Japón ha habido casos de niños que han sido elevados a la dignidad imperial en su más tierna infancia.

Pero los hombres que conocían los hechos pasados murmuraban entre sí:

—¿No es cosa de espanto lo que este hombre dice? Más nos vale callar. ¿Acaso no resultaron aciagos todos los precedentes que menciona?

Una vez que el príncipe heredero fue nombrado Emperador, Kiyomori y su esposa, ahora convertidos en abuelos maternos imperiales, recibieron el augusto título de «Jun Sangō», además de otras dignidades y oficios. Se les concedió el privilegio de contratar personas para atender los asuntos oficiales de la Corte. Por su palacio de Nishi Hachijō entraban y salían samuráis ataviados con alegres kimonos estampados de dibujos y flores como si fueran cortesanos de servicio en el Palacio Imperial o en el Palacio de Clausura. Cualquiera diría que la prosperidad de los Heike duraba y duraba incluso después de que Kiyomori hubiera renunciado al mundo y tomado las órdenes sagradas budistas. El precedente de un tonsurado que recibiera el título de «Jun Sangō» había sido marcado por el canciller Kaneie.

En los primeros días del tercer mes del mismo año corrió el rumor de que el Emperador abdicado Takakura iba a realizar la peregrinación a Itsukushima, en la provincia de Aki. Dictaba la tradición que un emperador, al poco de abdicar, debía ir en peregrinación al santuario de Yawata, de Kamo o de Kasuga. Todo el mundo se extrañaba de que hubiera escogido un lugar tan distante como Aki. Pero alguien dijo:

—El emperador Shirakawa fue a Kumano y el emperador-monje Goshirakawa fue a Hiyoshi. Pero ahora Su Majestad ha realizado un voto que quiere cumplir. Además, ya que Itsukushima es el santuario predilecto de los Heike, su deseo tiene pleno sentido. Aparentemente,

desea congraciarse con los Heike yendo a este santuario, pero en realidad desea pedir a la divinidad de Itsukushima que aplaque el corazón de Kiyomori y se apiade de su padre, recluido en el palacio de Toba.

Pero la decisión imperial de ir hasta Aki encendió la ira de los bonzos del monte Hiei, que dijeron:

—Si el Emperador prefiere no hacer la peregrinación a Hachiman, a Kamo o a Kasuga, tendría que hacerla a nuestra montaña. ¿Acaso se ha visto algún caso de peregrinación imperial a Aki? Si persiste en su decisión, bajaremos hasta la capital con los sagrados palanquines e impediremos el imperial viaje.

Ante esta amenaza, el Emperador abdicado aplazó el viaje. Pero Kiyomori habló con los bonzos y consiguió apaciguar su ira y convencerles de que lo dejaran partir.

Así, el día dieciocho de ese mismo mes, el Emperador abdicado se presentó en el palacio de Nishi Hachijō para despedirse antes de emprender su peregrinación a Itsukushima. Cuando anocheció, mandó llamar a Munemori, anterior capitán general de la Derecha, y le dijo:

—Mañana, con la excusa de que salgo en peregrinación, me gustaría pasar por el palacio de Toba y visitar a mi padre. ¿Qué te parece la idea? ¿Crees que debo conseguir la autorización expresa del primer ministro para no enfurecerle?

Munemori no pudo reprimir las lágrimas y lloró desconsoladamente. Pero respondió:

—No hará falta que digamos nada al primer ministro, Majestad.

—En tal caso, es mi deseo que informes prestamente de mi visita al palacio de Toba.

Munemori corrió a Toba e informó al Emperador-monje. Éste, que había deseado tanto este encuentro con su hijo, exclamó:

—¡Ah! ¿No es esto un sueño?

Al día siguiente, el día diecinueve, Takasue, consejero mayor de Oomiya, se presentó en el palacio de Nishi Hachijō para comunicar al emperador abdicado que había llegado la hora de partir en peregrinación a Itsukushima. La comitiva se puso en marcha. Aunque ya había pasado la mitad del tercer mes, la luna del amanecer de ese día nublado brillaba trémula en el cielo. El graznido de los gansos que cruzaban el cielo hacia el norte se oía en medio del silencio de la mañana y

atravesaba los corazones de melancolía. Todavía no había amanecido cuando la augusta comitiva llegó al palacio de Toba.

El emperador abdicado, Takakura, bajó del carruaje frente a la puerta principal y entró, pero apenas vio una sombra humana. La arboleda de la entrada estaba envuelta en tinieblas. Se entristeció al conocer la desolación en la que vivía su padre. La primavera ya tocaba a su fin y los árboles se habían vestido para el verano. Las flores de las tiernas ramas de los árboles se habían despojado de sus rojos colores y el trino de los ruiseñores del palacio se había quedado sin su alegre frescura. El día seis del primer mes del año anterior, Takakura había acudido al Palacio de Clausura para felicitar a su padre por el Año Nuevo. Entonces, una orquesta le había dado la bienvenida. Sus cantos y melodías se oían en todo el palacio. La nobleza estaba alineada en aquella ocasión y los miembros de la Guardia Imperial estaban en sus puestos. Todos se acercaban a recibirlo, las puertas se le abrían con un gran telón y a su paso le extendían una larga alfombra. La ceremonia de recibimiento se ajustaba a la tradición. Pero ahora no había recibimiento ni ceremonia. Verdaderamente a Takakura todo esto no le parecía sino un sueño.

Shigenori anunció la llegada del emperador abdicado, Takakura. Su padre, el Emperador-monje, salió de la sala central para recibirlo. Ese año su hijo había cumplido veinte años, y la luz de la luna matinal daba a su tez un delicado brillo. ¡Ah, cómo se parecía a su madre, Kenshumon-in, y con qué punzante nostalgia la recordó ahora de repente! Hizo esfuerzos para contener las lágrimas que se agolpaban en sus augustos ojos. Habían preparado una salita cercana para los dos. Nadie sabe sobre qué estuvieron hablando. Sólo los acompañaba una monja que servía en el palacio. Estuvieron hablando el padre y el hijo durante un buen rato, y estaba ya el sol alto cuando el emperador abdicado se despidió y se fue. Cuando llegó a Kusazu, se embarcó.

El emperador Takakura se había despedido de su padre con el corazón acongojado después de presenciar la lamentable reclusión en el viejo palacio en que vivía. Por su parte, su padre se había quedado con el corazón inquieto ante el largo viaje en barco que le aguardaba a su hijo.

¿Cómo las divinidades de Itsukushima no iban a escuchar las oraciones de Su Majestad después de haber decidido ir hasta la lejana

Aki en lugar de ir a los santuarios de Ise, Hachiman o Kamo? Nadie dudaba de que sus augustas oraciones serían atendidas.

CAPÍTULO II

EL REGRESO DE SU MAJESTAD

El día veintiséis del tercer mes, el emperador abdicado llegó a Itsukushima y estableció como residencia imperial los mismos aposentos en donde vivían las sirvientas favoritas de Kiyomori. Se quedó allí dos días, durante los cuales copió un sutra, lo presentó en el altar de la diosa y lo recitó. Hubo también actuaciones de *bugaku*, con músicas y danzas, y ceremonias que fueron presididas por el *sōjō* Kōken, de Onjō-ji. Éste, después de subir al estrado, tocó la campana y con voz clara y alta elevó su voz hasta el altar de la diosa:

—¡Oh divinidad! Derramad vuestras gracias y compasión sobre Su Majestad que partió de la capital de las nueve puertas para aventurarse entre las ocho rutas marinas y presentarse ante vuestra divinidad como simple peregrino.

Mientras escuchaban esta oración, el emperador abdicado y su séquito lloraban emocionados. También visitó Su Majestad Oomiya, Maroto y otros santuarios de Itsukushima. Desde Oomiya anduvo unos cinco *chō* para subir hasta Taki-no-miya o «el santuario de la cascada». En alusión a esta cascada, el *sōjō* Kōken había grabado un poema en uno de los pilares de la Sala de Oraciones que decía así:

¡Qué excelsa dicha!
¡Desde lo alto del cielo
mi blanco hilo
une celestes nubes
con sagrados santuarios!

En el curso de esta augusta visita, el sacerdote del santuario, Kagehira, fue ascendido al grado mayor del quinto rango de la nobleza,

mientras que el gobernador de Aki, Sugawara no Aritsune, al grado menor del cuarto rango. De esa forma, obtuvieron el privilegio de poder entrar en el Palacio Interior. El superior del santuario, Sonei, fue elevado a la dignidad de Sello de la Ley Budista. Verdaderamente, era como si la diosa Amaterasu hubiera sido conmovida y el primer ministro Kiyomori aplacado.

El día veintinueve el séquito imperial se dispuso a embarcar para iniciar el regreso, pero una vez en el mar, el fuerte viento obligó a la nave a regresar y a anclar en el puerto de Ari-no-ura, en Itsukushima.

El Emperador entonces le hizo el siguiente ruego a Takakusa, capitán menor:

—¿Puedes componer un poema que exprese nuestra tristeza por separarnos de la diosa?

Takafusa no tardó en improvisar los siguientes versos:

«Ari-no-ura»
es «pena por partir».
Con blancas olas
tercamente la diosa
un rato nos detiene.

A eso de la medianoche las olas se calmaron y el viento cesó. Volvieron a zarpar y llegaron al puerto de Shikina, en la provincia de Bingo. Aquí fue donde el Emperador-monje había acudido una vez como peregrino en la era de Ohō (1161-1162) y se había alojado en el palacio construido por el gobernador Fujiwara no Tamenari. El primer ministro había dispuesto este palacio como aposento imperial. Pero el emperador Takakura rehusó quedarse en él.

Alguien del séquito recordó que ese día, el primero del cuarto mes, era el Día de Cambio de Kimonos[1]. Todos entonces evocaron con nostalgia la capital, que estaría engalanada ese día para la ocasión.

Desde el barco, el Emperador divisó la flor de color azulado oscuro de una glicina colgada de la rama de un pino en la orilla. Ordenó entonces a Takasue:

[1] Esta festividad anual, llamada *Koromogae,* constistía en el cambio oficial de los vestidos de invierno a los de verano realizado por la Corte. Caía aproximadamente hacia el quince de mayo.

—Que alguien me traiga aquella flor.

Fue el archivero mayor, Yasusada, cuya barca pasaba más cerca de la orilla, el encargado de cumplir el augusto deseo. Yasusada cogió el florido sarmiento de la glicina junto con la rama del pino en que estaba enredado y así se la presentó al Emperador, quien lo elogió diciendo:

—Has tenido buen gusto al traérmela de esta manera.

Y, volviéndose al consejero Takasue, le pidió:

—Compón un poema sobre esta flor.

Takasue improvisó entonces los siguientes versos:

Que a esta flor,
al pino eterno unida,
la vida emule,
mil años compañera
de nuestro emperador.

Después de que Takasue hubiera recitado su poema, muchas de las personas del séquito se reunieron alrededor del Emperador a jugar y divertirse con bromas y burlas.

—Parece que la sirvienta de la túnica blanca, la que estaba en el santuario, mostraba interés por Kunitsuna.

Así dijo el Emperador riendo. Pero Kunitsuna protestó. Entonces se presentó una hermosa mensajera con una carta y dijo:

—Este mensaje es para el señor Kunitsuna.

—¡Qué razón tenía Su Majestad! —exclamaron en medio de risas todos los presentes.

Kunitsuna abrió la carta y leyó el siguiente poema:

Mis blancas mangas
mojadas como olas.
Son mi testigo:
tu marcha es tan penosa
que al bailar desfallezco.

Al Emperador lo movieron estos versos y dijo:

—¿No es conmovedor? ¡Una verdadera poetisa! Tienes que responderle.

Y ordenó que trajeran tinta y pincel para que Kunitsuna escribiera la respuesta en verso. Fueron éstos:

Veo tu rostro
en todas y cada ola.
Mía es tu pena
y mis mangas mojadas
suspirando te añoran.

Desde Ari-no-ura el séquito imperial volvió a Kojima en Bizen y allí pasó la noche.

El día cinco del mes, aprovechando un cielo despejado, un viento tranquilo y una mar en calma, se hicieron nuevamente a la mar. Los barcos, veloces, se abrían paso entre brumas y olas, y a la hora del gallo (seis de la mañana) llegaron a Yamato-no-ura, en Harima. Desde ahí, el Emperador fue llevado en palanquín hasta Fukuhara. El día seis, parte de su séquito se adelantó a la capital, mientras que Su Majestad se dignó ver los alrededores de Fukuhara, recorriendo los arrozales entre los que se levantaba la residencia campestre de Yorimori, consejero medio de Ikeno Naka.

El día siete, cuando partían de Fukuhara, el Emperador ordenó al consejero medio, Takasue, que promulgara un edicto imperial para recompensar a la familia del primer ministro. Al hijo adoptivo de Kiyomori, Kiyokuni, gobernador de Tamba, le ascendieron al grado menor del rango quinto de la Corte, mientras que su nieto, Sukemori, anterior capitán, fue elevado al grado mayor del cuarto rango. Ese mismo día, el emperador abdicado llegó a Terai y el siguiente entró en la capital. Para darle la bienvenida, la nobleza y la Corte se congregaron en Kusazu, en Toba. En su regreso, no se detuvo en el palacio de Toba, sino que directamente se dirigió a Nishi Hachijō, el palacio del Kiyomori. El día veintidós del cuarto mes de ese año, se celebró la ceremonia de entronización del nuevo Emperador. El gran Salón del Trono no había sido reconstruido después del incendio del año anterior, por lo cual la ceremonia tendría lugar en la Gran Sala del ministerio de Asuntos Ceremoniales. Al saberse esta decisión, Kanezane dijo:

—La Gran Sala del ministerio de Asuntos Ceremoniales es como una oficina en la casa de un súbdito. Si no está disponible el Gran Sa-

lón del Trono, entonces la ceremonia debe celebrarse en la sala Shishi-den.

Fue así como se celebró la coronación del nuevo Emperador en Shishi-den. La gente comentaba:

—La coronación del emperador Reizei tuvo lugar también en Shishi-den el día uno del undécimo mes del cuarto año de la era de Koho (965). Pero esto se debió a la incapacidad del Emperador, que se encontraba enfermo, para caminar hasta el Gran Salón del Trono. Seguir ese ejemplo no es prudente. Mejor sería seguir el ejemplo del emperador Gosanjō en la era Enkyū (1069) y utilizar la Gran Sala del ministerio.

Pero como la decisión ya había sido tomada por Kanezane, nadie osó contradecirla. La Emperatriz, cuyos aposentos fueron trasladados del palacio de Koki al de Ninjū, se condujo con una prestancia digna de admiración cuando subió para ocupar su lugar en el estrado superior. A la ceremonia asistieron todos los miembros del clan Heike excepto los hijos de Shigemori, que seguían de luto por el fallecimiento de su padre, acaecido el año anterior.

CAPÍTULO III

LA LISTA DE GUERREROS DE LOS GENJI

Sadanaka, el escribano de la puerta de la Derecha, anotó con pormenores en diez pliegos de papel todo el desarrollo de la ceremonia de entronización, que se celebró sin incidentes. Entregó los pliegos a la esposa del primer ministro, Hachijō no Nī-dono, que los recibió sonriente. Pero en medio de la pompa festiva y del general regocijo de todas estas celebraciones, se percibía el movimiento de tenebrosas sombras.

Cuentan que en esa época el segundo hijo del Emperador-monje, el príncipe Mochihito, cuya madre era la hija de Suenari, consejero mayor de Maga, vivía en Sanjō Takakura. Se le llamaba por eso el

«príncipe de Takakura». El día dieciséis del mes duodécimo del primer año de la era de Eiman (1165), al cumplir los quince años, este príncipe había celebrado discretamente su mayoría de edad en el palacio de Konoe Kawara. Dotado de una excelente caligrafía y versado en los estudios, podría haber accedido al trono imperial, pero los celos de la emperatriz madre, Kenshumon-in, lo habían empujado a una vida apartada. En primavera se sentaba bajo los árboles en flor y se entregaba a componer poemas y escribirlos con su mano. En el otoño tocaba la flauta bajo el claro de luna y envolvía las celebraciones otoñales de suaves melodías.

Así pasaba los días, hasta que el cuarto año de la era de Jishō (1180) cumplió treinta años.

Fue por entonces cuando, una noche, Yorimasa, del clan de los Genji, novicio budista del tercer rango y residente en Konoe Kawara, se acercó al príncipe a hurtadillas y le dijo:

–Su Alteza pertenece a la generación número cuarenta y ocho de la diosa del sol. Por lo tanto, está en el número setenta y ocho en la línea de sucesión imperial del trono de Kammu. A pesar de su derecho a heredar el trono imperial, Su Alteza no es más que un príncipe segundón. ¿No cree que su destino es desgraciado? Si miramos a nuestro alrededor, vemos que son muchos los que parecen estar conformes con la situación, pero en realidad odian a los Heike desde el fondo de sus entrañas. ¿Por qué no levanta Su Alteza la bandera de una rebelión que destruya a los Heike? Así podría liberar a su augusto padre, el Emperador-monje, encerrado en el palacio de Toba. Nadie sabe cuánto tiempo más va a seguir prisionero. De ese modo, Su Alteza podría llegar al trono y, al mismo tiempo, demostrar fidelidad a su padre cumpliendo con un deber filial. Si Su Alteza se decide a llevar a cabo esta acción y nos concede el permiso a través de un edicto imperial, muchos hombres del clan de los Genji acudirán con entusiasmo a su llamada.

Y continuó diciendo:

–En primer lugar, en Kioto, están los hijos de Mitsunobu, antiguo gobernador de la provincia de Dewa: Mitsumoto, gobernador de la provincia de Iga; Mitsunaga, capitán de la Guardia Imperial de Dewa; Mitsushige, archivero de la provincia de Dewa; y Mitsuyoshi, del sexto rango en la Corte. En segundo lugar, escondido en Kumano, está Jurō

Yoshimori, el hijo pequeño del difunto capitán Tameyoshi. Aunque en la provincia de Tsu también está el archivero Tada no Yukitsuna, no podemos contar con él, pues fue quien delató al consejero mayor Narichika pese a haber formado parte él mismo de la conspiración. Pero podemos contar con sus hermanos menores, Tomozane, Takayori y Yoritomo. En la provincia de Kawachi están el vicegobernador de la provincia de Musashi, Nyudo Yoshimoto, y su hijo Yoshikane, capitán de la Guardia Imperial de Ishikawa. En la provincia de Yamato están los hijos de Uno no Shichirō Chikaharu: Ariharu, Kiyoharu, Nariharu y Yoshiharu. También hay muchos de los Genji en Yamamoto, Kashiwagi y Nishigori, provincia de Omi. En las provincias de Mino y de Owari tenemos a Yamada no Jirō Shigehiro, Kawabe no Tarō Shigenao, Izumi no Tarō Shigemitsu, Urano no Shirō Shigetō, Ajiki no Jirō Shigehori y su hijo Tarō Shigesuke. En la provincia de Kai están Henmi no Kanja Yoshikiyo y su hijo Kiyomitsu. También están Taketa no Tarō Nobuyoshi, Kagami no Jirō Tomitsu, Kojiro Nagakiyo, Ichijo no Jirō Tadayori, Itagaki no Saburō Kanenobu, Henmi no Hoe Ariyoshi, Taketa no Gorō Nobumitsu, y Yasuda no Saburō Yoshisada. En la provincia de Shinano tenemos a Ouchi no Taro Koreyoshi, Okada no Kanja Chikayoshi, Hiraga no Kanja Moriyoshi y a su hijo Yoshinobu, Tatewaki no Senjō Yoshikata y a su segundo hijo Yoshinaka. Desterrados en la provincia de Izu tenemos al antiguo alférez de la Guardia Imperial de la Derecha, Yoritomo. En la provincia de Hitachi están Shida no Saburō Senjō Yoshinori y Satake no Kanja Masayoshi y sus hijos Tadayoshi, Yoshimune, Takayoshi y Yoshisue. En la provincia de Michinoku tenemos al hijo menor de Yoshitomo, el difunto capitán de los Establos Imperiales de la Izquierda, un hombre llamado Kurō Kanja Yoshitsune.

Todos estos hombres de los Genji son descendientes de Rokuson Oo y de los valientes guerreros que destruyeron a los enemigos de la Casa Imperial. Los Genji y los Heike estuvieron un tiempo unidos para cumplir la gloriosa misión de subyugar a los enemigos del Emperador y de traer la esperanza al Imperio. Pero ahora los dos clanes se han separado tanto como la tierra y el cielo; y la posición nuestra, la de los Genji, ante los Heike es incluso inferior a la de un vasallo ante su señor. Es una vergüenza que nos hayan apartado de los asuntos de gobierno y nos hayan convertido en simples administradores de tie-

rras y recaudadores de tributos territoriales. ¡Qué terrible desgracia! Pero si Su Alteza se digna hacer un llamamiento, los hombres de Genji volverán a ensillar sus caballos y galoparán noche y día para unírsele. En cuestión de unos días podremos destruir a nuestros enemigos. Yo ya estoy entrado en años, pero traeré a mis hijos y estaré a su lado, Alteza.

El príncipe se quedó indeciso y no sabía qué contestar.

Había entonces un consejero medio llamado Korenaga, nieto del consejero mayor Munemichi e hijo del anterior gobernador de la provincia de Bingo, Suemichi. Este Korenaga poseía el don adivinatorio con tan sólo mirar la fisonomía de las personas. Le llamaban el «consejero fisonomista». Cuentan que un día, fijándose en el rostro del príncipe Mochihito, predijo:

—Veo el trono en su rostro, Alteza. No debe renunciar a lo que está escrito por el cielo.

De la misma opinión se mostró el sacerdote Minamoto, de la nobleza del tercer rango. Tanto fue así que el príncipe dijo:

—¿No será éste un mensaje de la diosa del sol?

Entonces llamó a Jurō Yoshimori, de Kumano, y le nombró su secretario. Yoshimori cambió su nombre por el de Yukie y, desde entonces, se dedicó a viajar por las regiones del este del Imperio para propagar la causa del príncipe. Yoshimori salió de la capital el veintiocho del cuarto mes del mismo año. Primero se dirigió a la provincia de Omi y después a las de Mino y Owari. En cada lugar de las tres entró en contacto con los miembros del clan de Genji. El día diez del quinto mes llegó a Hōjō, en la provincia de Izu, y transmitió su mensaje al antiguo alférez de la Guardia Imperial, Yoritomo. Después se encaminó a Ukishima, en Shida, provincia de Hitachi, donde vivía su propio hermano mayor, Saburō Yoshinori. Después tomo el camino de Kiso para comunicar su mensaje a su sobrino, Kiso Yoshinaka.

Pero entonces, el gobernador de Kumano, Tanzō, que era leal a los Heike, tuvo conocimiento de la misión subversiva de Yoshimori. Nadie supo cómo llegó a enterarse. Y dijo:

—Yoshimori está propagando la causa del príncipe a todos los Genji de Mino y de Owari. Esto quiere decir que están preparando la bandera de la rebelión. Seguramente los guerreros de Nachi y Shingu tomarán partido por los Genji. Pero yo ¿cómo voy a ir contra los Hei-

ke después de todo lo que me han favorecido? Primero tiraré flechas contra los de Nachi y Shingu y luego informaré de todo a los Heike.

Tomada esa resolución, reunió a mil soldados y se dirigió al puerto de Shingu. Allí se encontraban dos dignatarios budistas, Torī y Takabō, ambos con el título de *hōgen* u Ojo de la Ley Budista, al frente de samuráis como Ui, Suzuki, Mizuya y Kame-no-ko.

Además, en Nachi estaban los samuráis aliados del monje, que también tenía el título de Ojo de la Ley Budista, del templo del lugar. En total, las fuerzas de Genji superaban los dos mil.

En el momento de enfrentarse, las dos partes profirieron sus gritos de guerra y se lanzaron flechas. De la parte de los Genji y de los Heike volaban flechas lanzadas por magníficos arqueros. Mientras las disparaban unos decían:

—Así tiramos los Genji.

Y otros:

—Así tiramos los Heike.

Los sonidos silbantes de las flechas no cesaban y su lluvia seguía y seguía. Tres días duraron los combates. Los hijos y los soldados del gobernador Tanzō fueron alcanzados por las flechas de los Genji; y él mismo resultó herido, aunque consiguió escapar a duras penas y huyó a Hongū.

CAPÍTULO IV

LAS COMADREJAS

Mientras tanto, el emperador-monje Goshirakawa había empezado a inquietarse por su destino y decía:

—¿Me castigarán desterrándome a algún país lejano o a alguna isla remota?

Ya habían pasado dos años desde su reclusión en el palacio de Toba.

A la hora del caballo del día doce del quinto mes del mismo año, una plaga de comadrejas invadió el palacio del Emperador-monje, el cual, asustado, mandó hacer un vaticinio[2]. Llamó a Nakakane, gobernador de Oomi, que entonces sólo era archivero, y le dio estas órdenes:

—Toma este vaticinio y llévalo a Yasuchika. Dile que lo interprete y me traes su respuesta por escrito.

Nakakane tomó el escrito con el augusto vaticinio y se fue en busca de Yasuchika, maestro del Gabinete Imperial de Adivinaciones[3]. Pero le dijeron que en ese momento no se hallaba en su casa:

—Nuestro amo está en Shirakawa —le dijo un criado.

Nakakane fue a Shirakawa y allí encontró al adivino. Le entregó el mensaje del Emperador-monje. Yasuchika rápidamente le dio su propia respuesta por escrito. Cuando Nakakane regresó al palacio, los guardias no le permitieron entrar. Pero como conocía bien el lugar, saltó la tapia del palacio, atravesó el jardín y trepó por debajo de las tablas del pasillo. Pudo entregar a Goshirakawa el mensaje de Yasuchika a través de una rendija de las tablas.

El Emperador-monje abrió la carta del adivino y leyó estas palabras:

—En tres días Su Majestad conocerá dichas y quebrantos.

El Emperador-monje dijo entonces:

—Conocer dichas me agrada, pero ¿qué quebrantos puede haber para mí que sean superiores al sufrimiento y dolor en que ya me hallo?

Entretanto, Munemori, el anterior capitán general de la Derecha, había solicitado, y por fin obtenido, el perdón para el Emperador-monje. El día trece del mismo mes, su padre, el primer ministro, permitió que el Emperador-monje saliera de su confinamiento de Toba y

[2] Los vaticinios, basados en sortilegios, era una práctica habitual entre los miembros de las clases altas. Véase en la Introducción el apartado «Usos y costumbres», págs. 19-20.

[3] En el original, *Onyōryō*, uno de los gabinetes dependientes del ministerio de Asuntos del Interior o Nakatsukasahō. Otros gabinetes eran el de la «Emperatriz Consorte», de los «Servidores Imperiales», de «Bibliotecas», de «Indumentaria y damas de compañía», de «Pintura», de «Etiqueta», etc.

pudiera ir al palacio de Bifukumon-in, en Karasumaru. Esta fue la «dicha» que había adivinado Yasuchika.

Mientras, Tanzō, de Kumano, por medio de un mensajero había informado a los Heike sobre la rebelión del príncipe Mochihito. El anterior capitán general de la Derecha, Munemori, estaba alarmado y comunicó la noticia a su padre, el primer ministro, que a la sazón se encontraba en Fukuhara. Nada más enterarse, Kiyomori exclamó:

—¡No hay tiempo para ponerse a pensar! ¡Detened al príncipe Mochihito y desterradlo a Hata, en Tosa!

El responsable oficial de esta orden fue Sanefusa, consejero mayor, y el encargado de supervisarla fue Mitsumasa, archivero mayor. Kanetsuna y Mitsunaga, capitanes los dos de la Guardia Imperial, fueron los ejecutores y los que, después de recibir la orden del primer ministro, dirigieron sus pasos al palacio del príncipe Mochihito. El primero de éstos, Kanetsuna, era el hijo segundo de Yorimasa, monje del tercer rango. El hecho de que Kanetsuna fuera uno de los hombres que salieron a detener al príncipe se debió a que Kiyomori todavía ignoraba que había sido precisamente su padre, Yorimasa, el instigador de la rebelión.

CAPÍTULO V

EL ALFÉREZ NOBUTSURA

La noche del día quince del quinto mes, el príncipe Mochihito contemplaba la luna entre las nubes y meditaba sobre su futuro. De improviso, se presentó en su palacio un mensajero de Yorimasa, monje novicio del tercer rango de la nobleza, que traía una carta. Munenobu, hijo de la antigua nodriza del príncipe, recibió la carta y se la llevó al príncipe.

La carta contenía estas líneas:

«La conjura ha sido descubierta. De un momento a otro se presentarán soldados de Heike para detener a Su Alteza y desterrarlo a

Tosa. Salid rápidamente del palacio y escondeos en Onjō-ji. Yo me reuniré allí con Su Alteza lo antes posible».

El príncipe, aturdido, preguntó:

—¿Y ahora qué debo hacer?

Uno de los samuráis del príncipe y alférez de la Guardia Imperial, que se llamaba Nobutsura, le contestó:

—No hay otra solución. Su Alteza debe salir de aquí disfrazado de mujer.

—Me parece una buena idea —dijo el príncipe.

Dicho y hecho. El príncipe se desató el cabello, se puso varios kimonos de mujer uno encima de otro y en la cabeza se tocó con un sombrero femenino de copa. Munenobu lo acompañó con un gran parasol de bambú y Tsumaru, un paje, portaba algunas pertenencias en una bolsa que llevaba sobre su cabeza. El disfraz era tan perfecto que todo el mundo creería que se trataba de una dama escoltada por un joven samurái y un criado. Salieron los tres en dirección norte por la avenida de Takakura. En el camino había una zanja sobre la que el príncipe saltó con tal facilidad que algunos transeúntes lo miraron con recelo y comentaron:

—¡Vaya, vaya! ¿Será ésa la forma de saltar una zanja que tienen las damas de ahora?

Pero el príncipe y sus acompañantes apresuraron el paso y, atravesando la avenida, se alejaron.

Nobutsura, el samurái alférez de la Guardia Imperial, se había quedado guardando el palacio de su señor. Estaba ocultando a los sirvientes del palacio y ordenando objetos esparcidos por el suelo, cuando encontró la flauta, conocida como *Koeda* o «Ramita», que tanto valoraba su señor. Nobutsura pensó que seguramente el príncipe ya habría echado en falta su querida flauta y tendría el impulso de volver al palacio en su busca.

—¡Qué pena! —exclamó el samurái—. ¡Siendo la flauta más apreciada por el príncipe...!

Y, ni corto ni perezoso, tomó la flauta y salió corriendo en busca de su señor. Lo encontró a menos de cinco *chō* de distancia y se la entregó. El príncipe, profundamente conmovido, le dijo:

—Si muero, pon esta flauta dentro de mi ataúd. Y ahora que has venido, acompáñanos tú también.

Pero Nobutsura replicó:

—Alteza, en cualquier momento pueden presentarse los soldados de los Heike. Sería una deshonra que no hubiera nadie para recibirlos. Podrían pensar que yo, Nobutsura, conocido por todos, plebeyos y nobles, como guerrero leal, he huido del palacio. Un hombre que maneja las flechas y el arco debe evitar cualquier mancha, aunque sea mínima, en su nombre. Intentaré ganar tiempo reteniendo a los soldados y después me reuniré con Su Alteza —y, tras hablar así, regresó al palacio.

Ese día Nobutsura llevaba, debajo del traje de caza de color azul pálido, una coraza verde glauco y su espada como miembro de la Guardia Imperial. Se dispuso a esperar y abrió de par en par tanto la puerta principal, que daba a la gran avenida de Sanjō, como la puerta pequeña, que daba a la avenida de Takakura.

A eso de la hora del ratón (medianoche) del día quince, se presentaron unos trescientos jinetes. Al frente de ellos iban Kanetsuna y Mitsunaga, capitanes de la Guardia Imperial. El primero de éstos, que parecía tener alguna idea en mente, se quedó esperando a cierta distancia de la puerta principal. Mitsunaga, por su parte, franqueó la puerta del palacio sin desmontar y, una vez en el jardín, detuvo su caballo y se puso a gritar estas palabras:

—Vengo en nombre de la División de la Guardia Militar para detener al príncipe Mochihito, al que se le acusa de conspirador, y llevarlo a Rokuhara. ¡Por orden de la autoridad, que salgan todos ahora mismo!

Entonces Nobutsura se dejó ver en la galería del palacio y contestó:

—Su Alteza no se encuentra en el palacio. Ha partido en viaje de peregrinación. Decidme exactamente qué queréis.

—¿Qué estás diciendo? ¿Cómo te atreves a hablar así? ¿Dónde podría estar el príncipe si no es aquí? —preguntó Mitsunaga. Y, volviéndose a sus hombres, ordenó—: ¡Vamos! ¡Entrad y registrad todo hasta encontrarlo!

Pero Nobutsura contestó:

—Parece que no has entendido mis palabras. Ya me ha parecido una osadía que hayas entrado aquí sin desmontar del caballo, y ahora te atreves a pedir a tus soldados que registren el palacio de mi señor.

Pero enfrente tienes a Nobutsura, alférez de la Guardia Imperial de la Izquierda. Más les vale a tus esbirros no acercarse a mí, si no quieren resultar heridos.

Entre los soldados de la División de la Guarida Militar había uno de gran fortaleza llamado Kanetake. Indignado por las palabras de Nobutsura, saltó a por él a la galería. Otros catorce o quince soldados lo siguieron. Nobutsura cortó los cordones de su vestido de caza y se lo quitó. Sacó su espada, no la espada de gala, sino su espada de samurái especialmente afilada para la ocasión, y se lanzó contra los enemigos que habían subido a la galería. Éstos lo atacaron con sus grandes espadas y largas alabardas, pero fueron heridos por la espada de Nobutsura y cayeron de la galería como hojas que se desprenden de un árbol herido por la tempestad.

La luna llena del día quince del quinto mes se había ocultado un momento, pero enseguida rompió a través de las nubes iluminando certeramente la escena. Los soldados de la Guardia Militar eran extraños en este palacio que, en cambio, Nobutsura conocía a la perfección. Con esta ventaja, el alférez pudo perseguirlos por las largas galerías del palacio, a veces cortarles el paso y, a veces, acorralarlos y matarlos. Uno de los soldados, en medio del fragor de la lucha, acertó a preguntarle:

—¿Cómo te atreves a recibir así a los mensajeros de órdenes oficiales?

Nobutsura le respondió:

—¿Órdenes? ¿De qué órdenes me hablas?

Y seguía luchando. Cuando su espada se doblaba, la enderezaba rápidamente con un pisotón y seguía luchando. De esa manera consiguió dejar muertos en el suelo a catorce o quince soldados. Cuando a su espada se le rompieron unos cuatro *sun*[4] de la punta, decidió acabar con su propia vida y se buscó en el cinturón la daga con que abrirse el vientre. Pero en medio del combate, la daga se le había caído, y ahora no la encontraba. Pensando que todo estaba perdido, saltó de la galería para huir por la puerta pequeña que daba a la avenida de Takakura. Pero de repente se le cruzó un soldado provisto de larga alabarda. Aunque Nobutsura quiso saltar para evitarlo, su muslo fue

[4] Un *sun* equivale a 3,03 cm.

traspasado por la alabarda enemiga igual que una aguja de coser traspasa una tela. Su corazón indomable rugía de valor y siguió luchando, pero al final, rodeado por muchos enemigos, no pudo evitar ser capturado vivo.

Los soldados pasaron entonces a registrar el palacio, pero no encontraron al príncipe Mochihito. Decidieron volver a Rokuhara y se llevaron prisionero, y bien atado, a Nobutsura.

Cuando llegaron, el primer ministro se hallaba en su aposento y tenía bajadas las persianas de fino bambú. Su hijo Munemori, el anterior capitán general de la Derecha, estaba de pie en el jardín interior y fue él quien ordenó que dejaran allí a Nobutsura para interrogarlo.

—¿Es verdad que mataste a nuestros hombres preguntando de qué órdenes oficiales se trataba? Has herido y dado muerte a muchos soldados de la Guardia Militar...

Munemori, volviéndose a sus soldados, les ordenó:

—Interrogadlo y sacadle toda la información. Luego, lo lleváis al río Kamo y le cortáis la cabeza.

Pero Nobutsura, lejos de intimidarse, sonrió con sorna y dijo:

—Hace tiempo que el palacio de mi señor ha estado bajo vigilancia, pero no le dábamos importancia y no tomamos ninguna precaución. Después, mientras estaba yo de centinela, se presentaron unos hombres armados. Les pregunté quiénes eran y me respondieron que traían órdenes oficiales. Como yo había oído que en estos días bandidos, piratas y ladrones, cuando quieren robar, suelen decir que vienen de la Corte o que traen órdenes oficiales, les pregunté qué clase de órdenes oficiales eran las que traían. Y luego los ataqué. Si desde un principio hubiera estado bien armado y con una buena espada, os juro que ninguno de vuestros hombres habría salido del palacio de mi señor con vida.

Y el samurái siguió diciendo:

—Os digo además que no sé dónde puede hallarse mi señor, Su Alteza, el príncipe Mochihito. Y aunque lo supiera, a fe de samurái que no os diría nada, sean cuales vayan a ser los medios con los que pretendáis que responda a vuestras preguntas.

Y ya no dijo más.

—¡Qué hombre tan valiente! —comentaban los samuráis de los Heike que estaban allí reunidos—. ¡Verdaderamente es una pena que debamos matar a un guerrero así!

Había entre estos samuráis de los Heike uno que dijo:

—Este hombre fue el que el año pasado, cuando servía en la Guardia Imperial del Palacio de Clausura, persiguió él solo a seis ladrones a los que ningún otro guardia pudo atrapar. Consiguió matar a cuatro y capturó a los otros dos. Por esa acción fue ascendido a alférez del cuerpo de guardia. Ciertamente es un guerrero que vale por mil.

El primer ministro Kiyomori, tal vez movido por estos comentarios, decidió desterrarlo a Hino, provincia de Hōki.

Años después, cuando el Imperio estaba gobernado por los Genji, el alférez Nobutsura encaminó sus pasos a las provincias del Este, acompañado de Kajiwara Kagetoki, y contó esta historia a Yoritomo, el señor de Kamakura. Yoritomo alabó su valor y dijo que era un ejemplo a seguir. Como reconocimiento, además, le concedió tierras en la provincia de Noto.

CAPÍTULO VI

EL FIEL SAMURÁI KIO-O

El príncipe Mochihito se dirigió al norte por la avenida de Takakura. Al llegar a Konoe, tomó dirección este, cruzó el río Kamo y se adentró en las montañas de Niyoi.

Hace mucho tiempo, el emperador Temmu, cuando era todavía príncipe heredero, fue atacado por rebeldes y tuvo que huir al monte Yoshino disfrazado también de mujer. Su descendiente, el príncipe Mochihito, se hallaba ahora en la misma situación. Anduvo por sendas y veredas de desconocidas montañas toda la noche hasta que sus pies, no acostumbrados a la aspereza de los caminos, empezaron a sangrar y teñir de color rojo la tierra. Las frondosas hierbas del verano, cargadas del nocturno rocío, incomodaban también su camino. Finalmente,

cuando ya alboreaba, llegó a las puertas de Mī-dera, monasterio también llamado Onjō-ji.

El príncipe imploró:

–Insignificante como es mi vida, la valoro sin embargo tanto que he venido en busca de vuestra protección.

Los monjes, al entender estas palabras, recibieron con respeto y alegría al príncipe. Dispusieron para él aposentos en el edificio Hōrin del monasterio y le prepararon el desayuno.

Al día siguiente, quince del quinto mes, se corrió el rumor de que el príncipe Mochihito había tramado una conspiración y de que había desaparecido. En la capital nunca se había visto tal conmoción y alboroto. Cuando el Emperador-monje se enteró de ello, dijo:

–¡Ah, mi salida del palacio de Toba fue la dicha! Y ahora comprendo que el quebranto predicho por Yasuchika no es otro que esta noticia...

Y se hundió en un profundo dolor.

Podría preguntarse por qué Yorimasa, que había vivido contento con su destino durante muchos años, decidió instigar esta rebelión. La razón, si queréis saberla, está en que Munemori, segundo hijo de Kiyomori y anterior capitán general de la Derecha, se condujo como no hay que hacerlo. Verdaderamente, cuando un hombre tiene las riendas del poder en sus manos debe mirar con cuidado su conducta y sopesar mucho sus palabras.

El hijo mayor de Yorimasa, Nakatsuna, poseía un caballo famoso en toda la capital. Era un pura sangre excepcional, negro mohíno, fácil de montar y de trote elegante. Su brío era superior al de otros ejemplares. Se llamaba *Konoshita* o «Debajo del árbol». Cuando la fama del caballo llegó a oídos de Munemori, envió un mensajero a Nakatsuna con estas palabras: «Me gustaría mucho ver ese caballo del que tanto se habla».

Pero Nakatsuna no accedió a la petición y le respondió con este otro mensaje: «En efecto, soy el amo de ese caballo. Pero el animal está fatigado por haberlo montado tanto y lo he enviado al campo para que se recupere».

«En tal caso, me resignaré», contestó Munemori en su mensaje. Y no insistió más. Pero alguno de los samuráis de los Heike que andaban por el palacio le dijo:

—Anteayer vi ese caballo.

—Pues yo lo vi ayer —dijo otro.

—Esta misma mañana yo he visto a Nakatsuna montado en él —dijo otro.

Munemori exclamó entonces:

—Así que no quiere mostrármelo, ¿eh? ¿Cómo se ha atrevido a mentirme? ¡Id y traedme el caballo!

Ordenó a sus samuráis que fueran a por el caballo. A Nakatsuna le mandó hasta ocho cartas ese mismo día. Cuando Yorimasa supo de estas cartas, llamó a su hijo y le dijo:

—Aunque fuera un caballo de oro, jamás deberías negarte a una petición tan insistente de Munemori. Manda ahora mismo ese caballo a Rokuhara.

Nakatsuna no podía desobedecer a su padre y mandó el caballo a Munemori. Y con él le envió el siguiente poema que compuso al despedirse de su caballo:

Si tanto quieres
mi corcel conocer,
aquí estaría
yo con mi sombra amada.
¡Pero, arrancarme de ella...!

Munemori no contestó a su poema. Cuando vio el caballo, exclamó:

—¡Qué maravilloso animal! Es tan admirable como despreciable su amo, que se resistía a mostrármelo.

Y ordenó a su gente:

—Marcad a fuego el caballo con el nombre de su amo.

Y marcaron a fuego el nombre de *Nakatsuna* sobre las ancas del caballo. Luego lo guardaron en el establo.

Cada vez que Munemori recibía algún visitante deseoso de ver el famoso caballo, ordenaba:

—¡Vamos! ¡Sacad a *Nakatsuna* del establo!

O bien daba órdenes como:

—¡Ensillad a *Nakatsuna!* ¡Montad a *Nakatsuna!* ¡Fustigad a *Nakatsuna!*

Al enterarse de esto, Nakatsuna se indignó y dijo:

—No sólo me ha causado un dolor insoportable desprenderme de algo que es parte de mi vida y entregarlo a la autoridad, sino que debo ahora sufrir la afrenta de ser el hazmerreír de todo el mundo.

Su padre, Yorimasa, al conocer este asunto, dijo:

—Los hombres de Heike nos humillan así porque en realidad desprecian a los Genji y creen que no haremos nada. Una vida así no es digna de vivirse. Esperaremos a que se presente la ocasión de tomar cumplida venganza.

De esa forma Yorimasa, en lugar de buscar una venganza personal, incitó al príncipe Mochihito a la rebelión contra los Heike.

En relación con este suceso, la gente recordaba con nostalgia al difunto ministro Shigemori. Un día, durante una visita oficial a la Emperatriz en el Palacio Imperial, vio cómo una serpiente de ocho *shaku* de larga se deslizaba por debajo de su kimono y se le enroscaba en la pierna. Pensó que si hacía algún movimiento brusco podría asustar a las doncellas y atemorizar a la Emperatriz. Entonces, agarró lentamente a la serpiente con la mano izquierda por la cola y con la mano derecha por la cabeza. Tras ocultarla en la manga del kimono se puso tranquilamente de pie y preguntó:

—¿Hay por aquí un oficial del sexto rango?

Nakatsuna, que entonces no era más que un simple oficial de la Guardia Imperial, se presentó y dijo:

—Aquí está Nakatsuna a su servicio, Excelencia.

Shigemori le entregó la serpiente. Nakatsuna la agarró, pasó por el salón de los arqueros y salió al patio. Allí le pidió a un sirviente de la Casa Imperial:

—Toma esto.

Pero al ver a la serpiente el sirviente sacudió la cabeza y salió corriendo despavorido. Nakatsuna llamó entonces a uno de sus propios samuráis de nombre Kio-o, quien tomó la serpiente y la tiró fuera.

A la mañana siguiente Shigemori le envió a Nakatsuna un excelente caballo ensillado y con este mensaje: «Tu comportamiento de ayer fue admirable. En reconocimiento, te ofrezco este gran caballo. Móntalo

cuando dejes la Guardia Imperial. ¡Ojalá que algún día lo uses para visitar en él a una bella mujer!».

Nakatsuna le escribió una respuesta de agradecimiento con estas palabras:

«Acepto con agradecimiento este gran obsequio de Su Excelencia. Permítame también expresarle mi admiración por su actitud de ayer. Era semejante al baile de *El Regreso al Palacio*».

¡Ah! ¿Por qué Shigemori poseía esa natural elegancia y su hermano Munemori carecía de ella?

Fue verdaderamente lamentable no sólo que se apropiara de un caballo tan querido por su dueño, sino que actos como ese escarnio a Nakatsuna fueran llevando lentamente al Imperio a una gran confusión.

La noche del mismo día dieciséis del quinto mes, Yorimasa, junto con su hijo mayor Nakatsuna, su segundo hijo Kanetsuna, el archivero Nakai y su hijo Nakamitsu, acompañados por más de trescientos guerreros, prendieron fuego a sus casas y partieron a Onjō-ji.

Entre esos samuráis había uno llamado Watanabe Kio-o que, sin embargo, se había quedado rezagado en la capital porque el llamamiento de Yorimasa le había llegado tarde. Munemori le mandó llamar y le preguntó:

–¿Por qué te has quedado aquí, en lugar de marchar con tu señor Yorimasa?

Con actitud respetuosa Kio-o respondió:

–Excelencia, si algo le hubiera ocurrido a mi señor, yo habría sido el primero en acudir a su lado para ofrecerle mi vida. Pero esta noche, por alguna razón que se me escapa, mi señor no me ha llamado.

–Dime, ¿prefieres acaso estar de parte de Yorimasa, que es enemigo de la Corte Imperial, o, considerando tu futuro, servir a nuestro clan? Habla con franqueza.

Munemori le apremiaba a responder. Entonces Kio-o, con lágrimas en los ojos, dijo:

–Excelencia, generación tras generación ha servido mi familia al señor Yorimasa y ha mantenido con él una relación hereditaria y estrecha. Pero ahora, ¿cómo voy a ponerme de parte de alguien que es

enemigo de la Corte Imperial? No, Excelencia, no. Si Su Excelencia me lo permite, prefiero servir a Su Excelencia.

—Muy bien. Sírvenos, pues. Comprobarás además que sabemos ser más generosos que Yorimasa —le dijo Munemori. Y tras esto, se retiró a sus aposentos.

A lo largo de ese día, desde la mañana hasta la noche, Munemori preguntó varias veces a sus criados:

—¿Está aquí Kio-o?

Pero Kio-o siempre estaba allí y se adelantaba a responder:

—A sus órdenes, Excelencia.

Cuando anocheció y Munemori volvió a salir de sus aposentos, Kio-o, con actitud respetuosa, se acercó y le dijo:

—Excelencia, me han dicho que Yorimasa se encuentra escondido en Onjō-ji. Seguro que Su Excelencia tiene pensado marchar contra él. Pero no es un adversario tan temible. Allí no se encuentran más que los bonzos del templo y algunos hombres del clan de los Watanabe. Si Su Excelencia me permite, yo puedo ir allí y combatir contra algunos enemigos escogidos. El único problema es que uno de mis antiguos compañeros me robó mi caballo de guerra. ¿No podría Su Excelencia prestarme un caballo de los suyos para ir a luchar contra los enemigos de la Corte Imperial?

—Me parece una buena idea —respondió Munemori. Y le dejó un caballo llamado *Nanryo* o «Plata del sur», un ruano que guardaba como un tesoro en sus establos. Ordenó que lo ensillaran y se lo entregaran a Kio-o.

Kio-o volvió a su casa y se decía a sí mismo: «¡Qué ganas tengo de que se haga de noche! Iré a galope hasta Onjō-ji y seré el primero en morir en combate por mi señor Yorimasa».

Cuando se hizo de noche, escondió a su mujer y a sus hijos en un lugar seguro. Después, con el corazón oprimido, se dispuso para partir al templo de Onjō. Se puso un traje de caza con los cordones anudados en forma de crisantemo y debajo la armadura de sus antepasados con las costuras de roja seda. Sobre la cabeza se colocó un yelmo que brillaba como una estrella de plata y se ató firmemente el barboquejo. Al costado se ajustó una gran espada curva y metió en la aljaba veinticuatro flechas de blancas y negras plumas. Además, y al estilo de un guardia imperial, tomó dos flechas de precisión hechas con pluma

de águila y empuñó su arco de bambú ribeteado de tiras de mimbre. Montó en el ruano *Nanryo* y escogió a dos escuderos para que lo acompañaran, uno para llevarle un caballo de posta y otro para llevarle el escudo bajo el brazo. Después, prendió fuego a su casa y a galope tendido cabalgó hacia el templo.

En Rokuhara surgió un gran alboroto cuando vieron que la casa de Kio-o era pasto de las llamas. Munemori, el antiguo capitán general de la Derecha, salió corriendo del palacio y preguntó:

—¿Está aquí Kio-o?

Pero esta vez la respuesta que le dieron fue:

—No, Excelencia.

—¡Ah! Por confiarme, he sido engañado. Perseguidlo y matadlo.

Tales fueron las órdenes de Munemori. Todos sabían, sin embargo, que Kio-o era un excelente arquero capaz de disparar una flecha tras otra con arcos de gran tensión. Su valor y bravura eran, además, conocidos por todos los que allí estaban. Y decían entre ellos:

—Sus veinticuatro flechas llevarán la muerte a veinticuatro hombres de los nuestros. No tengamos prisa en perseguirlo.

Nadie, por tanto, se atrevió a acercarse a él.

Entretanto, en Onjō-ji, los hombres del clan de los Watanabe hablaban así a Yorimasa:

—Debimos habernos traído a Kio-o. ¡Quién sabe el cruel trato que le estarán dando en Rokuhara...!

Pero Yorimasa, que conocía bien a su samurái, dijo:

—No es Kio-o hombre que se deje atrapar fácilmente. Confío en él. Ya veréis como no tarda en presentarse aquí.

En cuanto terminó de hablar, se presentó Kio-o.

—¡Ajá! ¿No os lo había dicho? —exclamó Yorimasa.

—Y aunque no vengo en *Konoshita,* del señor Nakatsuna, vengo en *Nanryo*, el caballo del mismo Munemori. Miren, señorías, aquí se lo entrego.

Kio-o, con actitud respetuosa, les mostró el caballo y se lo entregó a Nakatsuna, quien feliz por la ocasión, le cortó al caballo la cola y las crines, y después lo marcó a fuego. Y en ese estado lo devolvió a Rokuhara.

Era eso de la medianoche cuando el caballo *Nanryo* entró en el establo de Rokuhara y se puso a morder a los otros caballos. Los mozos de cuadra, asustados, exclamaron:

—¡Ha vuelto *Nanryo*!

Entonces Munemori salió apresuradamente de sus aposentos y vio las siguientes palabras marcadas a fuego sobre el caballo: «Antes era *Nanryo*. Ahora soy *Munemori, Nyūdō de Taira*».

—¡Maldición! —exclamó Munemori—. He sido deshonrado por ese canalla después de haberlo tenido entre mis manos. Cuando ataquemos Onjō-ji, lo quiero vivo. Yo mismo le cortaré la cabeza con una sierra.

Su cuerpo, al decir estas palabras, temblaba de ira. Pero al caballo, ni las crines le crecieron otra vez, ni la marca se le borró jamás.

CAPÍTULO VII

EL LLAMAMIENTO A LOS TEMPLOS DEL MONTE HIEI

En Onjō-ji tocaron la campana del templo e hicieron sonar la caracola para convocar una gran asamblea de bonzos.

Todos decían a una voz:

—Basta mirar alrededor en el Imperio para ver que la Ley de Buda se ha debilitado, la Ley del Imperio está fuera de lugar y la decadencia se cierne sobre nosotros. Si ahora no condenamos la tiranía del religioso Kiyomori, nunca más volveremos a tener otra ocasión. ¿Por ventura no es una señal del Cielo, de la protección del dios Hachiman y del amparo del Susanō no Mikoto el hecho de que el mismo príncipe Mochihito se haya presentado en nuestro templo buscando refugio? Está claro que las divinidades del cielo se han manifestado entre nosotros y que sus divinas potestades van a conseguir la rendición de Kiyomori. Desde tiempos remotos, el templo Enryaku en su monte Hiei ha sido la sede de la doctrina Tendai, mientras que el templo Kōfuku en la capital del sur, Nara, era la sede de la consagración de los ascetas en monjes después de pasar un verano meditando. Vamos a enviarles cartas para que se pongan de nuestro lado.

Y sin dilación despacharon misivas al monte Hiei y a Nara. La misiva enviada a Enryaku-ji contenía estas palabras:

«Llamamiento de la administración de Onjō-ji a la administración de Enryaku-ji. Carta de aviso para prevenir la destrucción del templo.

Por esta carta os comunicamos que el religioso Jōkai Kiyomori, abusando de su autoridad, persigue la omisión de la Ley Budista y la destrucción de la Ley Imperial. Nuestra pesadumbre fue agravada cuando la noche del pasado día quince, Mochihito, el segundo hijo de Su Majestad el emperador-monje Goshirakawa, se presentó clandestinamente en nuestro templo. Pero he aquí que, por el edicto imperial, como ellos lo llaman, estamos obligados a entregar a Su Alteza. Corre el rumor de que Kiyomori prepara tropas para atacarnos. Nuestro templo está, por tanto, al borde de su destrucción y todos los bonzos estamos consternados.

Si bien el templo Enryaku y el de Onjō siguen diferentes escuelas budistas, nos une la misma doctrina de Tendai en la cual instruimos a nuestros hermanos. Somos como las dos alas, derecha e izquierda, de un ave o como las dos ruedas de un carro. ¡En verdad que sería una calamidad que una de ellas faltara!

Concedednos, ¡oh hermanos en religión!, vuestro socorro para evitar la destrucción de nuestro templo. ¡Qué gran ocasión para olvidar rencores por los pasados enfrentamientos de estos largos años y para recuperar las buenas relaciones que teníamos antes, cuando vivíamos en la misma montaña!

Con tal esperanza os enviamos esta carta que manifiesta el acuerdo unánime de todos nuestros monjes.

A día dieciocho del quinto mes del cuarto año de la era Jishō.

Los monjes de Onjō-ji».

CAPÍTULO VIII

EL LLAMAMIENTO A LA CAPITAL DEL SUR

Los monjes de Enryaku-ji abrieron la misiva de Onjō-ji y exclamaron:

—¿Qué significa esto? ¿Cómo se atreven a degradarnos al escribir que somos como las alas derecha e izquierda de un ave o como las dos ruedas de un carro? ¿Es que no saben que son un templo filial del nuestro?

Y se negaron a contestar la carta.

Poco después, el superior general de la escuela Tendai, el *daisōjō* Mei-un, subió sin pérdida de tiempo a la montaña Hiei a petición del primer ministro, Kiyomori, con objeto de hablar con los bonzos de Enryaku-ji. Éstos respondieron al primer ministro que todavía no habían decidido si apoyar o no la rebelión del príncipe Mochihito. Entonces, el primer ministro envió como regalo a los bonzos de Enryaku-ji veinte mil sacos de arroz de Oomi y más de tres mil piezas de seda en tejido largo del norte. Todos estos obsequios fueron repartidos entre los bonzos que residían en las hondonadas y altos de la montaña. Pero como la llegada de los regalos fue tan repentina, hubo algunos bonzos que recibieron mucho y otros que no recibieron nada. A propósito de esa desigualdad, circuló este poema de autor desconocido:

¡Bonzos de Hiei!
¿Las telas regaladas
no transparentan
acaso vuestras míseras
y escondidas vergüenzas?

O este otro, sin duda compuesto por uno que no había recibido nada:

Hasta nosotros,
que no hemos recibido
nada de seda,
ataviados nos vemos
de vergonzoso oprobio.

Entretanto, los monjes de Onjō-ji habían realizado otro llamamiento a los monjes de la capital del sur. Y la misiva escrita decía así:

«Llamamiento de la administración de Onjō-ji a la administración de Kōfuku-ji. Carta de aviso para prevenir la destrucción del templo:

La Ley Budista es suprema: protege la Ley Imperial. La Ley Imperial, por su parte, sólo es perpetua y eminente gracias a la Ley Budista. El primer ministro-*nyūdō* Taira no Kiyomori, conocido entre nosotros por su nombre de religión, Jōkai, se ha apoderado del país a su antojo, ha desoído la Ley Imperial y ha causado el resentimiento y el llanto del pueblo dentro y fuera de la capital.

En la noche del día quince de este mes, Mochihito, el segundo hijo de Su Majestad, el emperador-monje Goshirakawa, se ha refugiado en nuestro templo para poder escapar de una súbita tragedia. Un edicto imperial, como ellos lo llaman, nos obliga a entregar a Su Alteza a las autoridades. Nuestros bonzos-guerreros desean proteger al príncipe con sus vidas, mientras que Kiyomori hace planes para enviar soldados contra nuestro templo. La Ley Budista y la Ley Imperial están al borde de su destrucción.

En la antigüedad, cuando el emperador chino Hui Chang, de los Tang, envió a sus soldados para acabar con la Ley Budista, los bonzos del Monte Ching Liang se alzaron en armas contra la misma Ley Imperial de China. Tal es la conducta correcta contra quien se opone al Óctuple Sendero[5].

En cuanto a vuestra santa casa, recordad que fue precisamente Kiyomori el que acusó injustamente al canciller Motofusa, vuestro patrón, y lo condenó a un cruel destierro. Si dejáis escapar esta ocasión ¿cuándo volveréis a tener otra para vengaros?

Os rogamos que juntéis vuestros esfuerzos a los nuestros para evitar unidos la destrucción de la Ley Budista. Sólo así podremos hacer retroceder al clan malvado y obtener una recompensa que nos dará justa satisfacción y felicidad.

Con tal esperanza os enviamos esta carta que manifiesta el acuerdo unánime de todos nuestros monjes.

A día dieciocho del quinto mes del cuarto año de la era Jishō.

Los monjes de Onjō-ji».

[5] El Óctuple Sendero o *hasshō-dō* resume los ocho principios necesarios en el budismo para alcanzar la iluminación. Son: recta visión, recta decisión, recta palabra, recto obrar, recto modo de vida, recto esfuerzo, recta atención y recta concentración (véase *Diccionario de la sabiduría oriental*, Barcelona, Paidós, 1993, pág. 257).

Cuando leyeron esta misiva, los bonzos de Kōfuku-ji se aprestaron a escribir esta respuesta:

«De la administración del templo de Kōfuku a la administración del templo de Onjō.

Respuesta a vuestra carta, en la que nos hacéis partícipes de la inminente destrucción de vuestro templo por Kiyomori:

Aunque las escuelas Tendai y Hossō contengan distintos principios, las dos provienen de la misma fuente, las sagradas escrituras de la doctrina del mismo Buda. Tanto en el templo de Kōfuku, de Nara, como en el de Onjō, de Kioto, vivimos discípulos del mismo Buda. Por consiguiente, tenemos que unir fuerzas para destruir la iniquidad de los enemigos del mismo Buda, aunque sean tan poderosos como Devadatta[6].

Sabemos que Kiyomori es la escoria del clan de los Heike y la basura de la clase de los guerreros. Su abuelo Masamori fue sirviente en la casa de un cortesano del quinto rango; sólo cuando Tamefusa, ministro del Tesoro, fue gobernador de Kaga, le hicieron oficial de la Guardia Militar. Y cuando Akisue, maestro del Gabinete de Restauraciones, fue gobernador de Harima, lo hizo capitán de los Establos Imperiales. Después, cuando a su padre, Tadamori, le permitieron ingresar en la nobleza media, todos, fueran de la ciudad o del campo, jóvenes o mayores, criticaron este privilegio por considerarlo un exceso por parte del emperador Toba. Todos los sabios budistas y confucianos se lamentaron y juzgaron que era una concesión de mal augurio. Tadamori estaba henchido de gozo por este encumbramiento, pero la gente lo miraba con desdén por considerarlo un advenedizo. Hasta los samuráis de rango inferior, sabedores de su fama, se negaban a servirlo.

Después, el mes duodécimo del primer año de la era de Heiji (1159), a este Kiyomori el emperador Goshirakawa le otorgó insólitos privilegios por su lealtad en una única batalla. Gracias a ellos se convirtió en primer ministro y se rodeó de escoltas y criados. A sus

[6] Fue un primo de Buda Sakyamuni que, primero, lo siguió como discípulo, pero después se convirtió en acérrimo enemigo de Buda. En las escrituras budistas se le presenta como un hombre de gran maldad y poder que intentó matar a Sakyamuni y después destruir la congregación de budistas.

hijos los hizo ministros o les fueron confiados los más altos cargos de la Guardia Imperial; sus hijas entraron al servicio de la Casa Imperial o alcanzaron la dignidad de consortes imperiales. Sus hermanos pequeños y sus sobrinos fueron encumbrados a puestos en la alta nobleza y hasta sus nietos recibieron cargos en las provincias. Y no sólo eso. Kiyomori ha llegado a tener todo el Imperio en sus manos, a gobernar a su antojo, a conceder títulos arbitrariamente, a disponer a su capricho de las propiedades imperiales. Si alguien osa oponerse a él, lo detienen de inmediato sin consideración a su pertenencia a la Familia Imperial; y si alguna palabra de censura llega a sus oídos, rápidamente el acusado es arrestado, aunque pertenezca a la nobleza más antigua. Tal es su tiranía, que hasta Su Majestad se digna recibirlo y los señores del clan de los Fujiwara se arrodillan ante él para conservar su vida efímera o para evitar el oprobio de un destierro. El consejero imperial, presa del temor, tuvo que tener la lengua enrollada mientras veía cómo sus posesiones territoriales eran confiscadas. El pueblo, en fin, temeroso de Kiyomori, guarda silencio pese a ver cómo incluso el mismo patrimonio imperial es expoliado.

Enardecido por su buena estrella, la arrogancia de Kiyomori lo ha llevado incluso, en el undécimo mes del pasado año, a atacar el mismo palacio del Emperador-monje y a enviar al exilio al canciller Motofusa. Jamás ha habido precedente en el pasado de tales osadías.

Todos nosotros debimos movilizarnos y alzarnos contra esa carrera de insolencias y felonías, y castigar tantos crímenes. Pero por temor a la voluntad divina y convencidos del valor de los edictos imperiales, bajo los cuales Kiyomori actuaba siempre, pasamos días y meses enterrando nuestro resentimiento en el corazón.

Pero he aquí que ahora Kiyomori ha organizado un ejército para asediar a Su Alteza Mochihito, el segundo hijo del emperador Goshirakawa. He aquí que las divinidades de Hachiman y de Kasuga han guiado al príncipe hasta las puertas de Shinra, el celeste guardián de vuestro sagrado templo. He aquí, por tanto, que el Poder Imperial todavía existe y llama a nuestros corazones. Ante todo esto, ¿qué mortal no va a llorar de alegría sabiendo que puede proteger a Su Alteza incluso a riesgo de perder la vida?

Conmovidos por vuestra iniciativa, ¡oh hermanos en religión!, y habiendo llegado a nuestros oídos que Kiyomori pensaba reunir un ejército para atacaros, nos hemos venido preparando desde hace tiempo. Así, el día dieciocho, a eso de la hora del dragón (ocho de la mañana), congregamos a todos nuestros bonzos, despachamos cartas a otros templos y ordenamos que nuestros templos filiales nos enviaran a sus bonzos-guerreros. Y justo cuando os íbamos a enviar nuestra carta, ha llegado la vuestra. Nuestras preocupaciones de días anteriores se han disipado al instante.

En efecto, si los monjes del monte Ching Liang, de China, expulsaron al ejército del poderoso emperador Hui Chang, ¿cómo los monjes de los templos del norte y del sur de Japón no van a poder hacer retroceder al ejército de este inicuo súbdito de nuestro Emperador? ¡Hermanos, proteged bien a Su Alteza y aguardad la señal de nuestra llegada!

Leída esta carta, os rogamos que no dudéis de la sinceridad de nuestras intenciones.

A día veintiuno del quinto mes del cuarto año de la era de Jishō.

Los monjes de Kōfuku-ji».

CAPÍTULO IX

LAS LARGAS DELIBERACIONES

Mientras, en el templo de Onjō, también llamado Mī-dera, donde se esperaba la respuesta de la capital del sur, se había convocado otra asamblea de bonzos. Así deliberaban:

—Los monjes del monte Hiei se han vuelto atrás. En cuanto a los de la capital del sur, todavía no sabemos su respuesta. Nuestra resolución, sin embargo, no admite más dilación. ¡Pongámonos en camino hacia Rokuhara y ataquemos por la noche! Nuestras fuerzas se dividirán en dos grupos: los monjes veteranos y los monjes jóvenes. Los veteranos bajarán desde el monte Nyoi y atacarán la retaguardia del

enemigo. Que cuatrocientos o quinientos bonzos-guerreros de a pie formen la vanguardia de nuestras fuerzas y que prendan fuego a las casas del barrio de Shirakawa. De esa manera, los hombres de la Guardia Imperial y del palacio de Rokuhara acudirán corriendo al lugar del incendio. Será entonces cuando no cesarán nuestros ataques a la zona de Iwasaka y Sakuramoto. Mientras entretenemos así al ejército de los Heike, nuestras tropas de asalto al mando del capitán mayor Nakatsuna asediarán Rokuhara, prenderán fuego en dirección del viento y se abalanzarán contra los enemigos. Cuando Kiyomori salga huyendo de las llamas, lo mataremos.

Entre los monjes reunidos en esta asamblea de Onjō-ji se encontraba uno, llamado el maestro *ajari* Shinkei de Ichinyo-bō, que en un tiempo había servido a los Heike como oficiante de ritos. Seguido de un par de decenas de discípulos, se adelantó y habló con estas palabras:

—Quizás a alguien le parezca que estoy del lado de los Heike por lo que voy a decir, pero os aseguro que no voy a la zaga de nadie respecto a la unidad de los monjes y el esplendor de esta santa casa. Antiguamente, el clan de los Heike y el de los Genji estaban unidos en un mismo afán por servir con lealtad a la Casa Imperial. Pero ahora la estrella de los Genji se ha oscurecido, y desde que hace veinte años los Heike tienen potestad absoluta, no hay persona que no se doblegue ante ellos, como si fueran hierbas del campo o árboles del bosque inclinados por el viento. Los palacios de Rokuhara están bien fortificados y nuestras fuerzas son escasas, demasiado escasas para poder derrotarlos. Por eso, mejor será que primero reunamos más fuerzas y volvamos a pensar cuidadosamente en otro plan. Sólo entonces podremos lanzarnos al ataque.

Y, así, este *ajari* prolongó la discusión con el propósito de ganar tiempo.

Había también allí un monje anciano llamado Keishū. Debajo de su hábito vestía coraza y ceñía larga espada. Su cabeza estaba cubierta con un velo blanco. A modo de bastón portaba una blanca alabarda: con ella se abrió paso entre la multitud de monjes y dijo con estas palabras:

—No hace falta salir fuera para buscar razones. Cuando el emperador Tenmu, el glorioso fundador de nuestro templo, no era más que

un príncipe, tuvo que ocultarse en lo más fragoso de la montaña Yoshino por temor al príncipe Ootomo. De Yoshino se encaminó al país de Uda, en la provincia de Yamato, y le acompañaba una fuerza de tan sólo diecisiete guerreros de a caballo. Así y todo, consiguió cruzar la provincia de Iga y la de Ise, reforzarse con guerreros de Mino y de Owari, derrocar al príncipe Ootomo y subir al trono. Hay un antiguo proverbio que dice: «De humanos es compadecerse del pajarillo refugiado en el pecho». No sé lo que habéis deliberado, pero poco me importa a mí y a mis seguidores. ¡Ea! ¡Ataquemos esta noche Rokuhara y luchemos hasta la muerte!

Por su parte, Genkaku, el superior general de Emman-in, se adelantó y exclamó:

—¡Basta de deliberaciones! La noche avanza. ¡Avancemos nosotros también y vayamos al ataque!

CAPÍTULO X

LA LISTA DE BONZOS-GUERREROS

El capitán mayor Yorimasa comandaba a los monjes de más edad, que subieron con antorchas en sus manos a la cumbre de Nyoi para atacar la retaguardia enemiga. Tantos eran que sumaban mil, y se hallaban entre ellos Keishū, superior de Hyoen-bō; Nichīn, superior de Ritsuzyō; y Zenchi, Sello de la Ley Budista, además de sus discípulos Gihō y Zenyō.

Las fuerzas de asalto estaban lideradas por Nakatsuna, capitán mayor y gobernador de la provincia de Izu, que era el hijo mayor de Yorimasa. Lo acompañaban Kanetsuna, capitán de la Guardia Imperial y segundo hijo de Yorimasa; el archivero Nakaie y su hijo, Nakamitsu, también archivero. Iban con él bonzos-guerreros, como Genkaku, del templo de Emman-in, Ara Dosa de Jōki-in, Ritsujobō de Igako y Onisado de Jōrin-in. Cada uno de estos guerreros valía por mil, tal era su

valentía, y les era igual, cuando se veían con un arma en las manos, enfrentarse a demonios o a dioses.

Entre los bonzos de Byodō-in formaban éstos: Inaba no Reisha Aradaifu, Sumi-no Rokurō-bō, Shima-no Ajari, Tsutsui-bōshi, Kyo-no Ajari.

Entre los bonzos de Kitano-in, se hallaban los llamados seis demonios del monasterio de Konkō-in, que eran Shikibu, Tayū, Noto, Kaga, Sado y Bingo.

Entre los sesenta discípulos de Keishū estaban Kaga Kōjō y Gyōbu Shunshū.

Entre los bonzos de rango inferior se encontraba Ichirai Hōshi, un hombre de formidable fuerza.

Entre los legos marchaban Tsutsui no Jōmyō Meishū, Ogura no Songatsu, Sonnei, Jikei, Rakujū y Kanakobushi no Genyō.

Había otros muchos guerreros, como Watanabe no Habuku, Harima no Jirō, Sazuku, Satsuma no Hyuo-e, Chōjitsu Tonau, Kio-o, Atau-no Mumanojō, Tsuzukuno Genta, Kiyoshi y Susumu. En total, unos mil quinientos hombres que, montados en sus caballos, partieron a Onjō-ji.

Desde la llegada del príncipe Mochihito al templo de Onjō, los bonzos habían estado cavando dos fosas que conducían a los caminos principal y secundario que van de Oosaka a Miya. Además, habían colocado estacas y empalizadas. Construyeron luego un puente sobre las fosas. Mientras los monjes se ocupaban aún en esta tarea, y antes de que los guerreros hubieran llegado al camino de Oosaka, se oyó el canto del gallo.

—Canta el gallo —dijo Nakatsuna—. Eso quiere decir que cuando lleguemos a Rokuhara será pleno día. ¿Qué podemos hacer?

Entonces, Genkaku, superior del templo de Emma-in, se adelantó otra vez y habló así:

—Hace mucho, en China, el rey Chao, de la dinastía de los Chin, ordenó la prisión de Meng Chang. Pero éste, gracias a la ayuda de la primera reina consorte, consiguió escapar. Junto a tres mil hombres fieles se presentó ante la fortaleza del valle de Han Ku. Según las ordenanzas de esta fortaleza, nunca se abrían las puertas hasta que se oyera cantar a los gallos. Ahora bien, entre los hombres de Meng Chang había uno llamado Tien Ke, conocido también por el apodo de

Chi Ming[7], que destacaba por su habilidad en imitar el canto del gallo. Este hombre se encaramó a un lugar alto y desde allí imitó tan fielmente el canto del gallo que al punto todos los gallos que había en el interior de la fortaleza se pusieron a cantar. Los guardias de la fortaleza, así engañados, abrieron las puertas por las que pudieron pasar todos los hombres de Meng Chang. Por lo tanto, compañeros, este canto que acabamos de oír bien pudiera ser una trampa tendida por nuestros enemigos. ¡Dispongámonos para el ataque!

No había terminado de hablar, cuando la breve noche de aquel quinto mes empezó a retirar su negro manto y asomaron las primeras luces del alba.

Dijo entonces Nakatsuna:

—La clave para haberles ganado hubiera sido un ataque nocturno. Por el día no podremos vencerlos. ¡Que regresen todos nuestros hombres!

E hizo que regresaran del monte Nyoi las tropas destinadas a atacar la retaguardia en Rokuhara. También volvió de Matsuzaka el grueso del ejército. Entonces los bonzos más jóvenes dijeron:

—Esto ha ocurrido por haber sido entretenidos toda la noche con la extensa charla del *ajari* Shinkei. ¡Vayamos a destruir su celda!

Marcharon en tropel a su celda. Cuando llegaron, destrozaron todo y mataron a varias docenas de discípulos y compañeros de Shinkei. Éste se salvó a duras penas y logró escapar a Rokuhara donde, derramando lágrimas de sus ancianos ojos, contó lo ocurrido. Pero los diez mil hombres de los Heike, que ya estaban armados en Rokuhara, ni se inmutaron ante el relato del anciano.

Al rayar el alba del día veintitrés del mismo mes, el príncipe Mochihito se decidió a salir del templo y ponerse en camino hacia la capital del sur[8].

—Nada podremos hacer si sólo contamos con la ayuda de este templo —dijo el príncipe—. Los bonzos del templo de la montaña se han echado para atrás y las fuerzas del templo de Kōfuku todavía no llegan. Estaremos en desventaja si dejamos pasar los días.

[7] Literalmente, «canto del gallo».
[8] La ciudad de Nara, antigua capital, situada al sur de Kioto.

El príncipe llevaba consigo dos flautas de bambú chino, una llamada *Semiore,* que quiere decir «cigarra quebrada», y otra llamada *Koeda* o «ramita». Ahora os voy a contar su historia. Mientras reinaba el emperador Toba[9], se enviaron al emperador chino de los Sung mil *ryo* de oro en polvo como obsequio. El soberano chino, en reconocimiento por este regalo, envió una caña de bambú chino que se asemejaba extrañamente a las articulaciones de una cigarra viva. El Emperador, al ver este regalo, dijo:

—Este bambú tan singular no ha de ser tallado por cualquier artesano.

Y ordenó al *daisōjō* Kakusyu, de Onjō-ji, que depositara la caña en el altar del templo y rezara ante ella durante siete días. Luego dispuso que de ella se hiciera una flauta. Un día, Sanehira, consejero medio, se presentó en palacio y tocó la flauta. Pero, olvidando que se trataba de una flauta nada corriente, la puso bajo sus rodillas y, por el peso, la flauta se arqueó, tal vez dolida de recibir este tratamiento. Desde entonces fue conocida como *Semiore* o «cigarra quebrada». Por su extraordinaria destreza como flautista, al príncipe Mochihito le había correspondido heredar esta flauta. Quizás por presentir que su fin estaba próximo, el príncipe la depositó sobre el altar central de la estatua de Miroku Bosatsu[10] que había en la Sala Principal del templo. ¡Verdaderamente es conmovedor pensar que tal vez la dejara allí con la esperanza de hallarse nuevamente con esta deidad en la otra vida!

Como iba diciendo, el príncipe autorizó a los monjes ancianos a quedarse en el templo, mientras que los jóvenes, los bonzos-guerreros y Yorimasa, con los de su clan, lo siguieron. Formaron en total una fuerza de unos mil hombres armados. Entonces, Keishū, *ajari* de Jōenbō, se presentó ante el príncipe con un bastón cuyo mango era de cabeza de paloma[11]. Con lágrimas en sus ancianos ojos, le dijo estas palabras:

[9] El emperador 74, que reinó de 1107 a 1123.

[10] Nombre del *bodisatva* Maitreya, del cual se pensaba que vivía en el cuarto de los seis cielos del Mundo del Deseo, esperando algún día descender a este mundo y suceder al Buda Sakyamuni.

[11] Llevar un amuleto con forma de cabeza de paloma se creía que protegía a los ancianos de más de ochenta años de atragantarse cuando comían.

—Es mi deber acompañar a Su Alteza dondequiera que vaya. Pero más de ochenta años pesan sobre mis espaldas y las piernas apenas me sostienen. Pero acompañará a Su Alteza mi discípulo Shunshū, hijo de Toshimichi, de la provincia de Sagami. En los días de la Insurreción de Heiji, Toshimichi estuvo bajo las órdenes de Yoshitomo, capitán de la Establos Imperiales de la Izquierda, y murió en combate en Rokujō, en el río Kamo. Por los lazos del destino, he criado a su hijo como si fuera hijo de mi sangre y lo conozco hasta el fondo de su corazón. Dígnese Su Alteza llevarlo donde lo pueda necesitar.

Aguantando las lágrimas se quedó, pues, en el templo.

El príncipe se compadeció de este anciano y exclamó:

—¿A qué vida anterior he de agradecer que Su Reverencia me hable de esta manera?

Y no pudo evitar derramar lágrimas de emoción.

CAPÍTULO XI

LA BATALLA DEL PUENTE

Seis veces se cayó del caballo el príncipe Mochihito en su camino desde el templo de Onjō al río Uji.

—Debe ser por falta de sueño, pues Su Alteza no durmió anoche —decían los de su comitiva.

Después de atravesar el puente sobre el río Uji, los hombres del príncipe arrancaron las tablas del mismo hasta el tercer pilar, como medida de precaución por si los seguían, y llevaron al príncipe al templo de Byōdō para que reposara un rato.

Entretanto, en Rokuhara, se decía:

—El príncipe parece que se encamina a la capital del sur.

Y se dio la siguiente orden:

—Id tras él y matadlo.

Un ejército de unos veintiocho mil jinetes cruzó la montaña de Kowa y se dirigió a la cabeza del puente del río Uji. Lo mandaban

Tomomori, capitán mayor de la guardia de la puerta de la Izquierda; Shigehira, capitán medio; Yukimori, capitán de los Establos Imperiales de la Izquierda; y Tadanori, gobernador de Satsuma. Había también otros samuráis en puestos de mando, como Tadakiyo, gobernador de la provincia de Kazusa, y su hijo Tadatsuna; Kagaie, gobernador de la Hida, y su hijo el capitán Kagetaka; y los capitanes Nagatsuna, Hidekuni, Arikuni, Moritsugu y Kagekiyo.

Cuando este ejército de los Heike se dio cuenta de que sus enemigos se habían escondido en Byōdō-in, los soldados lanzaron tres veces su grito de batalla. El grito fue contestado con otro grito de batalla proferido por los hombres del príncipe.

Los soldados de los Heike que cabalgaban en vanguardia gritaron:

—¡Cuidado! ¡Han arrancado las tablas del puente!

Pero esta advertencia no fue entendida por los soldados que venían detrás, presurosos por ser los primeros en lanzarse al combate. De esa forma, más de doscientos jinetes de los Heike, empujados por los de atrás, cayeron al río, donde perecieron ahogados y fueron arrastrados por la corriente.

Entonces los dos ejércitos se apostaron cada uno a un lado y otro del puente, y lanzaron sus primeras flechas que señalaban el comienzo de la batalla.

Del lado del príncipe, Oya no Shunchō, Gochi-in no Tajima, y Habuku, Sazuku y Tsukuko no Genta, del clan de los Watanabe, disparaban con tanta potencia que sus dardos atravesaban las corazas y los escudos de sus enemigos.

Yorimasa llevaba ese día un traje de batalla de seda y sobre él una coraza atada con cordones de color índigo y estampada de hojas blancas de helecho. Presintiendo, tal vez, que ése iba a ser su último día, ningún yelmo cubría su cabeza. Su hijo heredero, Nakatsuna, gobernador de Izu, llevaba bajo el traje de seda roja una coraza acordonada de negro. Quería tensar al máximo su arco y, por eso, tampoco llevaba yelmo.

En el fragor del intercambio de flechas, un tal Tajima de Gochi-in se encaminó él solo hacia el puente y allí desenvainó su larga alabarda. Cuando lo vieron, los de Heike gritaron:

—¡A por él! ¡Vamos, soldados, matadlo!

Los arqueros más renombrados de los Heike empezaron a arrojar sobre él una lluvia de flechas, pero Tajima, sin perder la compostura, las esquivaba todas. Si una le llegaba por arriba, se agachaba ágilmente; si le llegaba por abajo, daba un salto; si le venía de frente, cortaba su vuelo con la alabarda. Su valentía y destreza provocaron la admiración tanto de sus compañeros como de los enemigos. Desde entonces fue conocido como «Tajima, el esquivaflechas».

Había entre los legos un tal Tsutsui Meisiu, que iba vestido con un traje de batalla de color azul oscuro, con coraza de costuras negras y yelmo con un cubrenucas de cinco pliegues y con el barboquejo bien apretado. Llevaba a la cintura una larga espada en vaina lacada en negro, y a la espalda una aljaba con veinticuatro flechas de negras barbas de pluma de águila. Con su arco forrado de negras tiras de mimbre y su gran alabarda blanca, se encaminó a pie hacia el puente. Allí, a grandes voces, se presentó a sus enemigos con estas palabras:

—Seguro que hace tiempo que sabéis de mí. Ahora podéis mirarme con vuestros propios ojos. ¡Miradme! No hay nadie en el templo de Onjō que no sepa mi nombre. Soy el lego Tsutsui Meisiu, un guerrero que, a fe mía, vale por mil. ¿Hay entre vosotros alguien que piense ser un gran guerrero? ¡Yo lo desafío! ¡Que se acerque! Aquí lo recibo.

Tras esas palabras, disparó veintitrés flechas, una tras otra. Doce soldados enemigos fueron alcanzados por sus puntas y murieron en el acto y otros once quedaron malheridos. Dejando una sola flecha en la aljaba, se despojó de ésta y soltó el arco. Se quitó el calzado de batalla y, descalzo, saltó ágilmente por las vigas del puente. Meisiu se movía como si caminara por la gran avenida de Ichiyō o de Nijō que hay en la capital. Nadie se atrevía a caminar por donde él iba. Con su larga alabarda segó la vida a cinco rivales que se le habían acercado con la espada. Cuando se enfrentó al sexto, el astil de la alabarda se le partió en dos. Tiró entonces la alabarda y desenvainó la espada. Rodeado de enemigos por todas partes, blandía su espada en todas direcciones, en zigzag, en cruz; cambiaba repentinamente de movimiento como hace la libélula sobre el agua, giraba su espada en círculos como hace el molino de agua y recorría a su antojo el lugar como si fuera el señor del puente. Mató a ocho hombres en un santiamén. Al noveno le asestó tan rudo golpe en la parte superior del yelmo que, debido a la du-

reza de éste, la espada se le dobló ligeramente por la empuñadura y se le escapó de la mano cayéndose al río. Sólo le quedaba la espada corta en la cintura y, con ella, luchó aún desesperadamente.

Había entre los bonzos uno llamado Ichirai, renombrado por sus fuerzas y su agilidad, al servicio del maestro Keisyū. Había estado luchando detrás de Meisiu, pero las vigas del puente eran tan estrechas que no podía pasar delante de él. Entonces, colocó sus manos en la punta superior del yelmo de Meisiu y le dijo:

—Perdona, Meisiu —y pegó tal brinco que saltó por encima de los hombros de Meisiu.

El bonzo Ichirai pereció en el combate, pero Meisiu logró volver arrastrándose hasta el templo de Byōdō. Allí, frente a la puerta del templo, se quitó la coraza y el yelmo, que dejó en la hierba. Contó los flechazos que había en su coraza. Eran sesenta y cinco, de los cuales cinco la habían atravesado. Pero, como no había recibido heridas graves, pudo cauterizar sus lesiones con moxa. Después se lió una tela a la cabeza, se puso un hábito blanco, hizo un bastón con su arco, se calzó unas sandalias y se encaminó a Nara entonando oraciones a Buda.

Ante el ejemplo de Meisiu, los bonzos de Onjō-ji y los soldados del clan de Watanabe se perseguían con saña unos a otros por las vigas del puente. Unos volvían a sus posiciones y llevaban en sus manos como trofeos las armas o la cabeza decapitada de sus enemigos, otros volvían con heridas fatales y se abrían el vientre para luego arrojarse al río. Verdaderamente, el furor de aquella batalla sobre el río parecía subir al cielo como una llamarada de sangre.

Mientras, Tadayiko, gobernador de Kazusa y uno de los líderes del ejército de los Heike, se acercó al capitán mayor y le dijo:

—Mira lo que está ocurriendo. Los combates en el puente son cada vez más encarnizados. Deberíamos vadear el río aunque, por ser la estación de las lluvias del quinto mes, el nivel de las aguas ha subido. Si lo hiciéramos por aquí, perderíamos muchos caballos y hombres. ¿No sería mejor, entonces, vadearlo por Yoko o Inoarai, o bien tomar el camino de Kawachi?

Ashikaga no Tadatsuna, de la provincia de Shimotsuke, se adelantó y dijo:

—¿Qué es eso de Yoko, Inoarai y Kawachi? ¿Es que nos tomas por soldados de China o de la India? No, no lo somos. Si dejamos que nuestros enemigos lleguen a la capital del sur y les lleguen refuerzos de los ejércitos de Yoshino y de Totsukawa en lugar de intentar acabar ahora con ellos, entonces la situación será crítica para nosotros. Entre Musashi y Kōzuke hay un gran río, el Tonē. Separados por ese río, los ejércitos de Chichibu y de Ashikaga tuvieron que enfrentarse hace tiempo por alguna discordia. Las fuerzas de choque de Ashikaga cruzaron el río por el vado de Nagai, mientras que su retaguardia atacó por los vados de Koga y Sugui. Sin embargo, todas las balsas preparadas por el novicio Nīta, natural de Kōsuke y aliado de los Ashikaga, fueron destruidas por las fuerzas de Chichibu. «Sería una deshonra eterna para un guerrero no cruzar ahora este río. Si hay que morir ahogados, moriremos con honra. ¡Adelante! ¡A cruzarlo!», dijo Nīta. Y usando sus caballos como almadías lograron cruzar el río. Nosotros somos guerreros del Este, unos guerreros que nunca se han preocupado de si las aguas de un río son o no son profundas cuando tenemos a nuestros enemigos al otro lado. ¿Qué diferencia puede haber entre la profundidad y la corriente de este río y las del Tonē? ¡Vamos, soldados, seguidme!

Tras decir esto, Tadatsuna entró en el río con su caballo. Lo siguieron Oogo, Oomuro, Fukasu, Yamagami, Nawa no Tarō, Sanuki no Hirotsuna, Onodera no Zenji Tarō, Heyako no Shirō y otros hombres de su clan, como Ukubata no Jirō, Kiryu no Rokurō y Tanaka no Muneda. En total, unos trescientos jinetes siguieron a Tadatsuna y metieron los ijares de sus caballos en las aguas del río.

Tadatsuna les ordenó a gritos:

—En la primera fila situaos los que tenéis los caballos más fuertes y, en la última, los más débiles. Mientras los caballos hagan pie, dejadlos que caminen con las riendas flojas. Cuando les cubra, tensad las riendas para que naden. Si la corriente os arrastra, haced palanca en el fondo del río con la punta de vuestros arcos. Intentad avanzar en línea, sujetándoos unos a otros con las manos. Sentaos bien en el centro de la silla de vuestra cabalgadura pisando con fuerza los estribos. Si la cabeza del caballo se hunde en el agua, tirad hacia arriba de las riendas, pero no con demasiada fuerza para que no vuelva a hundirse. Si el agua os cubre, sentaos en las ancas del caballo. A los animales

tratadlos con suavidad, pero con firmeza cuando la corriente os empuje. No tiréis flechas mientras estéis en el agua, ni siquiera para responder a las de los enemigos. Mantened el cubrenucas del yelmo siempre inclinado, pero no demasiado para no descubrir la parte superior. No os dejéis arrastrar por querer cruzar en línea recta. Dejaos llevar por la corriente. Y ahora, ¡adelante!

Gracias a estas instrucciones, los trescientos jinetes pudieron atravesar el río y llegar a la otra orilla sin que ninguno fuera arrastrado por las aguas ni perdiera su caballo.

CAPÍTULO XII

LA MUERTE DEL PRÍNCIPE

Ese día Ashikaga no Tadatsuna llevaba un traje de batalla de color naranja y sobre él una coraza con el encordado de color rojo. Su yelmo, rematado por altos cuernos, estaba sujeto por un barboquejo bien apretado bajo su mentón. A la espalda le colgaba una larga espada engastada en oro y una aljaba de flechas de blancas plumas de águila moteadas de negro. Sostenía un arco forrado de mimbre lacado y montaba un caballo tordo sobre una silla cubierta de una capa de oro. En su silla se veían pintados el roble y el búho. Pisando con fuerza en los estribos y con voz potente gritó:

—¡Los que estáis lejos escuchadme bien! ¡Los que estáis cerca miradme con vuestros propios ojos! Soy Matatarō Tadatsuna, hijo de Tarō Toshitsuna, de los Ashikaga, décimo descendiente de Tawara Tōta Hidesato, el guerrero que alcanzó la gloria por haber destruido a Masakado, el enemigo del Emperador. Mi edad es de diecisiete años. Al apuntar con mi flecha a un príncipe imperial, me invade el temor de que un simple guerrero sin rango ni oficio como yo pueda ir contra el cielo; pero, a fe mía que tanto la flecha como el arco que empuño como el destino de los Heike están bajo protección divina. Con esta confianza yo desafío a cualquiera de los partidarios de Yorimasa, el

novicio del tercer rango, que se atreva a acercarse. ¡Adelante! ¡Aquí lo recibiré!

Y, galopando hacia el interior del templo de Byōdō, inició el ataque. Al ver el intrépido asalto de Tadatsuna, Tomomori, capitán mayor de la Guardia Imperial de la Izquierda, ordenó:

—¡Adelante! ¡Vadead el río! ¡Vadeadlo!

Unos veintiocho mil jinetes iniciaron el vado del río. La corriente impetuosa se contuvo ante las filas de caballos y jinetes. Pero el río, así represado, rompía por algún resquicio y algunos jinetes, no pudiendo resistir la embestida de las aguas, se dejaron arrastrar por la corriente. Los soldados de bajo rango cabalgaban por los bajos del río y ni siquiera se mojaron más arriba de la rodilla. Mas, inesperadamente, se rompió la fila de balsas formadas por los caballos y la corriente arrastró a muchos caballos y jinetes de las provincias de Iga y de Ise. Más de seiscientos hombres perecieron ahogados. Sus corazas de verde pálido, de rojo granate y rojo oscuro flotaban y se sumergían una y otra vez en las aguas del río como las hojas de arce del monte Kamunabi que hace volar el viento de las cumbres y arrastra hasta la presa del río Tatsuta en un atardecer de otoño. Cuando vio cómo tres guerreros de corazas de rojo granate luchaban contra las redes de pescar del río Uji, en las que habían quedado atrapados, Nakatsuna, el gobernador de Izu, compuso el siguiente poema:

Guerreros de Ise,
los de rojas corazas,
vedlos ahora
luchando con las redes
de las aguas del Uji.

Esos tres hombres, naturales de la provincia de Ise, eran: Kuroda no Gohei Shirō, Hino no Jurō y Otobe no Yahichi. Uno de ellos, Hino, era un soldado veterano e, hincando la punta del arco entre las rocas del río, logró salir del agua y salvar a sus dos compañeros.

Cuando todo el ejército de los Heike consiguió cruzar el río, arremetió sin respiro contra sus enemigos y entró en el recinto del templo Byōdō. En el fragor del combate, los hombres de Yorimasa aprovecha-

ron para preparar la fuga del príncipe hacia la capital del sur, mientras ellos se quedaban atrás para distraer al enemigo con sus flechas.

El mismo Yorimasa, novicio budista del tercer rango de la nobleza, luchó con bravura a pesar de tener más de setenta años. Su rodilla izquierda, sin embargo, fue alcanzada por una flecha. La herida resultó ser grave y decidió retirarse al interior del templo para quitarse la vida serenamente. Pero, de pronto, un tropel de enemigos se abalanzó contra él. Su segundo hijo, Kanetsuna, capitán de la Guardia Imperial, vestido con un traje de batalla de brocado de color azul y coraza con costuras de damasco chino, y a lomos de un blanco caballo, se interpuso entre su padre y los perseguidores e hizo frente a éstos para que su padre pudiera escapar. En pleno combate una flecha lanzada por Kazusa no Tarō lo alcanzó en plena frente con tal impacto que lo hizo tambalear. En ese instante, Jirō Maru, un paje del que había lanzado la flecha y que era un hombre de fortaleza, colocó su caballo al lado del caballo del tambaleante Kanetsuna, se tiró sobre él y cayeron los dos al suelo. Kanetsuna, a pesar de su grave herida en la frente y gracias a su gran fortaleza, agarró a Jirō y le cortó la cabeza. Pero antes de que pudiera levantarse, lo rodearon catorce o quince jinetes que cayeron sobre él, uno tras otro, y acabaron con su vida. También su hermano Nakatsuna, el gobernador de Izu, fue herido en varias partes de su cuerpo, pero consiguió llegar al pabellón Tsuri-den del templo y allí se quitó la vida. Fue Tosaburo Kiyochika, un samurái suyo de Shimowakabe, quien le hizo el favor de cortarle la cabeza y esconderla bajo la barandilla del templo para que no cayera en manos enemigas. El archivero Nakai y su hijo, Nakamitsu, combatieron también con bravura y mataron a muchos enemigos hasta caer finalmente muertos en combate. Este Nakai, hijo mayor de Yoshitaka, era el jefe de la guardia personal del príncipe y, tras quedar huérfano, había sido adoptado por Yorimasa, que lo cuidó con gran cariño. ¿No es motivo de tristeza que, a pesar del lazo de amor que los unía, hubieran tenido que perecer en el mismo lugar y el mismo día?

Yorimasa, una vez que estuvo en el interior del templo, llamó a Watanabe Chojitsu Tonau y le ordenó:

—Córtame la cabeza.

Pero Tonau, afligido por esta orden, se mostraba incapaz de cortar la cabeza a su señor, aún vivo. Así que, con lágrimas amargas le dijo:

–Señor, no soy capaz de hacer tal cosa. Pero os prometo hacerlo después de que os quitéis la vida.

–¡Claro! Te entiendo –replicó Yorimasa; y, volviéndose al poniente[12], entonó diez veces el «Busco abrigo en Amida» en voz alta. Después, recitó con infinita tristeza un poema de despedida. Esto decían los versos:

Planta enterrada
que jamás floreció.
Así de triste
mi vida fue; y sin fruto
dar, ahora se muere.

Tras decir estas palabras, se clavó la punta de su espada en el vientre y echó el cuerpo hacia delante para ser bien penetrado y exhalar así el último aliento.

Ante un momento así, es muy difícil tener ánimo para componer y recitar un poema, pero este hombre, que tenía afición a la poesía desde su juventud, fue fiel a ella hasta en los instantes finales de su vida. Tonau, con lágrimas en los ojos, recogió la cabeza de su señor y la envolvió junto con unas piedras. Atravesó disimuladamente las filas enemigas y, una vez que hubo llegado al río Uji, la hundió en las profundidades de sus aguas.

Los soldados de Heike intentaron capturar vivo a Kio-o. Pero éste, que conocía las intenciones de sus enemigos, después de luchar con gran arrojo y caer herido de gravedad, pudo abrirse el vientre de su propia mano.

Por su parte, Genkaku, de Emman-in, que suponía que el príncipe debía hallarse ya a buena distancia en su huida, tomó la espada en la mano izquierda y la alabarda en la derecha y se lanzó a las filas enemigas. Llegó hasta la orilla del río, se metió en él y, sin perder nin-

[12] En el amidismo budista popular en la época, los fieles confían en renacer en el Paraíso Occidental (*Sukhavati*, en sánscrito), entendido no como un lugar, sino como un estado de conciencia. Para ello basta con invocar el nombre de Amida diez veces diciendo *Namu Amida Butsu* (véase el apartado «Religión e ideas» de la Introducción, págs. 12 y sigs.).

guna de sus armas, consiguió nadar hasta la otra orilla. Entonces se subió a un lugar alto y desde allí gritó con todas sus fuerzas:

—¡Soldados de Heike! ¿Qué os parece? ¿Hay alguien que pueda llegar hasta aquí?—. Tras decir esto, bajó y se encaminó al templo de Onjō.

Mientras tanto, Kageie, gobernador de la provincia de Hida y soldado veterano del ejército de los Heike, pensó que el príncipe Mochihito debía haber escapado hacia la capital del sur aprovechando la confusión de la batalla. Resolvió reunir a quinientos de sus guerreros y cabalgar con ellos, fustigando sus caballos y pisando con fuerza los estribos, para dar alcance al príncipe rebelde.

El príncipe, en efecto, había huido escoltado sólo por treinta jinetes y fue alcanzado ante las puertas del santuario de Kōmyo-san[13]. Los hombres de Heike lanzaron una lluvia de flechas contra los de la escolta del príncipe. Una de las flechas, disparada no se sabe por quién, alcanzó el costado izquierdo del príncipe, que cayó del caballo. Sus enemigos lo rodearon y le cortaron la cabeza. Cuando vieron esto, los samuráis de su escolta, Oni Sado, Ara Dosa, Ara Daifu, Ritsujōbō Igako, Shunshū y otros seis valientes monjes-guerreros del templo de Konkō-in, dijeron:

—¿De qué nos sirve ahora seguir viviendo?

Y, con esas palabras, se metieron en las filas enemigas y perecieron luchando.

Entre los hombres de la escolta estaba también Munebonu, hermano adoptivo del príncipe. Al comprender que los enemigos eran muchos y su caballo débil, se había arrojado a un estanque de Nīno, y allí permaneció oculto entre las hierbas del estanque, temblando cuando pasaban ante él los enemigos. Cuando, poco después, oyó los gritos de triunfo de los cuatrocientos o quinientos jinetes de Heike que volvían arrastrando en un postigo un cadáver decapitado envuelto en una tela blanca, alzó la cabeza para reconocer el cuerpo. Distinguió que se trataba del cadáver del príncipe y que a la cintura llevaba todavía aquella flauta *Koeda* que él tanto deseaba llevar en su ataúd cuando muriese. Sintió impulsos de salir de su escondite y correr para co-

13 Un santuario de la escuela budista Shingon localizado en la actual Kabata, en el distrito de Sōraku-gun de Kioto.

ger la flauta, pero el miedo lo detuvo. Una vez que los enemigos se fueron, salió del estanque, escurrió su ropa mojada y regresó llorando a la capital, donde fue objeto del desprecio de todo el mundo.

Entretanto, los bonzos de Nara, siete mil hombres armados, habían salido para encontrarse con el príncipe. La vanguardia de este ejército llegaba a Kozu[14] y el grueso del ejército estaba todavía saliendo por las puertas del sur del templo de Kōfuku. Cuando llegó la noticia de que el príncipe había sido asesinado a las puertas del santuario de Kōmyo-san, detuvieron la marcha y lloraron con amargura, lamentando que habían estado a sólo cincuenta *chō*[15] de distancia de haberle salvado la vida.

CAPÍTULO XIII

LA TONSURA DEL PEQUEÑO PRÍNCIPE

Al atardecer, los soldados de Heike regresaron a Rokuhara. En lo alto de sus espadas y alabardas llevaban ensartadas quinientas cabezas. Eran las de Su Alteza el príncipe Mochihito, las de los hombres de Yorimasa y las de los bonzos de Onjō-ji. No hay palabras para describir el aterrador clamor de los gritos de victoria de los soldados. Entre las cabezas cortadas no se hallaba la de Yorimasa porque Tonau la había ocultado en el fondo del río Uji. Pero, en cambio, las de sus hijos fueron reconocidas. La del príncipe, sin embargo, no pudo ser identificada porque no había nadie en Rokuhara que lo hubiera visitado en los últimos años. Sólo una persona, Sadanari, el médico jefe de la Corte, lo había tratado en una ocasión. Se le ordenó, por tanto, que acudiera a identificar la cabeza del príncipe. Pero Sadanari no acudió con el pretexto de que en ese momento se hallaba enfermo. Finalmente, se convocó a una dama de la que decían que había sido

[14] La actual ciudad de Kizu, a unos ocho kilómetros de Kioto, en el distrito de Sōraku-gun.

[15] Es decir, a poco más de cinco kilómetros.

en un tiempo favorita del príncipe. Se pensaba que, sin duda, esta mujer, que había gozado del amor del príncipe y que incluso le había dado un hijo, podría reconocer la cabeza. Una mirada le bastó, en efecto, para enterrar su rostro en la manga del kimono y romper en llanto. Así supieron los Heike cuál era la cabeza del príncipe asesinado.

El príncipe Mochihito había tenido numerosos hijos de varias consortes. Entre ellos había un niño de siete años y una niña de cinco. Su madre, que vivía con ellos en el palacio de la princesa Hachijō[16], se llamaba Sammi-no-tsubone y era hija de Morinori, gobernador de la provincia de Iyo.

Kiyomori, el primer ministro, envió a su hermano Yorimori a la princesa Hachijō con este mensaje:

–Sabemos que el príncipe Mochihito tiene aquí algunos hijos. Las hijas no nos interesan, pero reclamamos a los niños.

La princesa contestó:

–Al amanecer del día en que llegó aquí la noticia de la rebelión del príncipe, la nodriza del hijito del príncipe se volvió loca y desapareció llevándose al niño. Nadie sabe dónde se lo habrá podido llevar.

Cuando Yorimori volvió a Rokuhara e informó de esto a Kiyomori, éste dijo:

–¿Cómo es eso posible? ¿Dónde puede estar si no es en el palacio? ¡Que vayan soldados a buscarlo y lo encuentren como sea!

Yorimori tenía una relación íntima con una dama llamada Saishō-dono, hija de la nodriza de la princesa Hachijō. Yorimori frecuentaba este lugar y allí esa dama lo recibía amorosamente. Pero desde que Yorimori vino a reclamar la entrega del pequeño príncipe, la actitud de la dama se volvió fría y trató a Yorimori como a un desconocido.

El pequeño príncipe, que estaba todo el tiempo escondido en el palacio de Hachijō, dijo a la princesa:

–Tal como están las cosas de difíciles, nunca podré escapar. Será mejor que me entreguéis a Rokuhara.

Pero la princesa, sin dejar de llorar, le preguntó:

–¿Qué niño de siete u ocho años es capaz de razonar como tú? Pero me hablas con la madurez del que conoce las graves consecuencias que sufriremos si te seguimos ocultando. Después de haberte

16 Una hija del emperador Toba. Era, por lo tanto, tía del príncipe asesinado.

criado sin haber merecido tal privilegio, ¡qué difícil es ahora renunciar a ti y aceptar este cruel destino!

¡Qué esfuerzos realizaba la princesa por contener las lágrimas!

Varias veces vino Yorimori para reclamar al pequeño príncipe. La princesa Hachijō tuvo que someterse y finalmente decidió entregarlo. Por su parte, la madre del niño, Sammi-no-tsubone, al saber que ése era el día en que tenía que despedirse de su hijo, ¡cómo sufrió! Con lágrimas en los ojos vistió a su hijo, lo peinó y, como si estuviera en un sueño, lo entregó. Desde la princesa del palacio hasta las criadas y pajes, pasando por las damas de la Corte, nadie hacía otra cosa que no fuera mojar las mangas de sus kimonos.

Yorimori, con la custodia del pequeño príncipe, subió con él al carruaje y se lo llevó a Rokuhara.

Cuando Munemori, el antiguo capitán general de la Derecha e hijo de Kiyomori, vio al pequeño, le dijo a su padre:

—No sé por qué, pero me da mucha pena ver a este niño. Padre, te ruego que te apiades y me concedas su custodia.

Su padre, el primer ministro, contestó:

—En tal caso, que reciba las órdenes sagradas.

Munemori comunicó la voluntad de su padre a la princesa Hachijō.

—No tengo ninguna objeción —dijo la princesa—. ¡Que se tonsure cuanto antes!

Así, el pequeño príncipe recibió la tonsura de monje budista ingresando en el templo de Ninnan, en Omuro. Más tarde, sería conocido con el nombre de Dōson, llegando a ser *sōjō* de Ninnan y superior del templo de Tō-ji.

CAPÍTULO XIV

EL ADIVINO TŌJŌ

El príncipe Mochihito tenía además otro hijo en Nara. Su ayo, Shigehide, gobernador de Sanuki, también le había hecho tomar las

órdenes sagradas y, huyendo, se lo había llevado a las provincias del norte. Pero cuando Kiso Yoshinaka se dirigió a la capital para hacer la guerra, se lo había traído y lo había preparado para que pudiera reinar. Incluso, Yoshinaka hizo que el pequeño príncipe celebrara la ceremonia de mayoría de edad. La gente llamaba a este niño el «príncipe Kiso» y también «el príncipe que regresó a la vida seglar». Otro nombre que le dieron fue el de «príncipe de Noyori», porque había vivido en Noyori, cerca de Saga.

Hace mucho tiempo vivía un adivino fisonomista de nombre Tōjō. Sus predicciones siempre eran certeras. Por ejemplo, cuando vio los rostros de los señores de Uji[17] y Nijo[18] les aseguró que los dos serían cancilleres durante el reinado de los tres emperadores y que vivirían hasta los ochenta años. Tampoco erró cuando predijo el destierro del ministro del Centro, Korechika[19].

También la profecía del príncipe Shotoku[20] resultó correcta cuando le dijo al emperador Sushun[21] que tendría una muerte violenta. Y, efectivamente, Sushun fue asesinado por el ministro Umako. Aunque los grandes hombres no siempre fueron hábiles en las artes adivinatorias, sí que parece que los de antes eran más precisos que los de ahora. Lo cierto es que la predicción del consejero medio, Korenaga, sobre el destino del príncipe Mochihito, consejero medio, fue errónea.

Antiguamente hubo dos príncipes de sangre llamados Gemmei y Guhei[22], los cuales jamás accedieron al trono y, sin embargo, no abrigaron deseos de ser soberanos ni de fomentar insurrecciones.

17 Se trata de Fujiwara Yorimichi (922-1074), el hijo de Michinaga que llevó a su apogeo el dominio de su familia en la Corte Imperial. Levantó el palacio de Byōdō-in en Uji, por lo que fue conocido como «señor de Uji».
18 Fujiwara Norimichi (996-1075), hermano del anterior, al que sucedió en el cargo de canciller en 1069.
19 Fujiwara Korechika (974-1010), fue ministro del Centro a la edad de veintiún años. Rival del emperador Kasan en los favores de cierta dama, hirió al Emperador con una flecha, por lo que fue desterrado a Dazai.
20 El príncipe Shōtoku (574-622) fue el gran impulsor de las reformas administrativas y de la introducción del budismo en Japón.
21 El emperador 32 de la línea dinástica (588-592) fue asesinado por Umako, del clan de los Soga. Umako sustituyó al emperador por su hija Suiko, bajo cuyo reinado el príncipe Shōtoku pudo realizar sus reformas.
22 Respectivamente, noveno hijo del emperador Daigo (897-930) y séptimo del emperador Murakami (946-967).

Lo mismo ocurrió con el príncipe Sukehito, tercer hijo del emperador Gosanjō[23], un hombre eminente en el saber y con talento para las artes. Su padre, por consiguiente, escribió en el testamento a su otro hijo, Shirakawa, que entonces era príncipe heredero, estas palabras: «Que tu hermano te suceda en el trono». Por alguna razón, Shirakawa desobedeció la voluntad paterna aunque, a modo de compensación, otorgó el apellido de Minamoto o Genji al hijo de su hermano, lo ascendió directamente al rango tercero y lo nombró capitán medio. Parece ser que, además de Sadamune, consejero mayor de Yozeīn e hijo del emperador Saga[24], fue ése el primer caso en el que se otorgó el apellido de Minamoto y se lo ascendió del rango nulo al rango tercero. Ese hijo de Sukehito se llamaba Arihito, que llegó a ser ministro de la Izquierda de Hanazono.

Los monjes y sacerdotes, volviendo a nuestra historia, que habían ofrecido oraciones por la derrota de la rebelión del príncipe Mochihito fueron recompensados. Kiyomune, chambelán e hijo de Munemori, anterior capitán general de la Derecha, fue promocionado al tercer rango, y en adelante fue conocido como el «Chambelán del tercer rango»[25]. Contaba apenas doce años, aunque también su padre era ya a esa misma edad auxiliar del capitán de la Guardia Imperial. Con excepción de algún hijo de canciller o regente, jamás se había oído que a un niño se lo elevara de repente a un rango medio de la nobleza. En el documento que anunciaba estas promociones se declaraba: «En gratificación por la caza de Genji Mochihito, del monje Yorimasa y de sus hijos».

Genji Mochihito fue, pues, el nombre que se dio a Su Alteza. Los Heike no se habían contentado con asesinar al hijo del Emperador-monje, sino que además habían cometido la osadía de degradarle al nivel de un plebeyo[26].

23 El emperador 71 (1068-1072).

24 El emperador 52 que reinó de 809 a 823.

25 En el original, *sanmino jijū*. El chambelán se ocupaba de asuntos administrativos de la Casa Imperial como, por ejemplo, elaborar el documento de los nombramientos nobiliarios.

26 Asignar un apellido a alguien de la familia imperial significaba excluirle de la Casa Imperial.

CAPÍTULO XV

EL INVISIBLE MONSTRUO DE LA NOCHE

Pues bien, el monje novicio Yorimasa era hijo de Nakamasa, jefe de Arsenales Imperiales, nieto de Yoritsuna, gobernador de la provincia de Mikawa, y quinto descendiente de Raikō, de nombre también Yorimitsu, gobernador de Setsu.

Yorimasa, pese a haberse puesto del lado del Emperador en la Insurrección de Hōgen y luchar en primera línea de combate, no fue recompensado con justicia. Tampoco en la Insurrección de Heiji, pese a haber abandonado a los de su clan, los Genji, y seguir al Emperador, fue justamente recompensado.

Había pasado muchos años como jefe de guardia en el Palacio Imperial, aunque nunca se le permitió acceder a la Corte. Doblado por los años y la amargura, compuso el siguiente poema:

Así ignorado,
el guardián del palacio
entre los árboles
acecha las tinieblas
y contempla la luna.

Cuando este poema circuló entre los nobles, se le permitió el acceso al palacio y fue promovido al cuarto rango inferior. Deseó entonces Yorimasa ascender al tercer rango y compuso este otro poema:

Para al árbol subir
ni una soga tengo.
Vida impotente
la mía, las bellotas[27]
que caen recogiendo.

27 En el original, *shī*, que significa «bellota», pero cuya lectura también puede significar «cuarto rango».

Este poema le valió el ascenso al tercer rango. Poco después, sin embargo, abandonó el mundo y se tonsuró con el nombre de «Novicio del tercer rango». Ese año había cumplido setenta y cinco años.

Bajo el reinado del emperador Konoe, Yorimasa dio muestras de una conducta admirable. En la era Nimpyō (1151) de ese reinado, el Emperador pasaba todas las noches atemorizado por un espíritu desconocido. Se celebraron complejas ceremonias y secretos rituales, oficiados por altos dignatarios religiosos famosos por la eficacia de sus plegarias, pero sin resultado. La angustia del Emperador aumentaba hacia la hora del buey (dos de la madrugada), cuando negras nubes provenientes del bosque de Higashi Sanjō cubrían el Palacio Imperial. Entonces el estado de angustia del Emperador se convertía en pánico.

Se celebró una asamblea de la nobleza media para tratar del problema. Se halló que ya en la era Kanji (1087-1093) al emperador Horikawa lo aterrorizaba un espíritu semejante. En aquella ocasión, cuando al Emperador le sobrevino su hora de angustia, el capitán mayor, que se hallaba de jefe de guardia en ese momento en la gran terraza de la sala de Shishin-den, hizo vibrar tres veces la cuerda de su arco y con voz potente gritó: «¡Soy Minamoto Yoshīe, antiguo gobernador de Mutsu!».

Todos los presentes sintieron que se les erizaban los cabellos. Lo cierto es que desde entonces la angustia y el sufrimiento del Emperador desaparecieron.

Aleccionados por ese precedente, se decidió nombrar a un guerrero, a un samurái que defendiera al Emperador de esa invisible amenaza nocturna. De entre los samuráis de los clanes de Genji y de Taira se eligió a Yorimasa, que a la sazón no era más que jefe de Arsenales.

—Desde la antigüedad, la misión de los samuráis guardianes del Palacio Imperial ha sido ahuyentar a los rebeldes y acabar con quienes no cumplen las órdenes imperiales —dijo Yorimasa—. Ésta es la primera vez que se nos ordena la destrucción de un monstruo invisible.

Pero como se trataba de una orden imperial, se presentó en palacio acompañado de un solo criado fiel, un tal Inohayata, de la provincia de Tōtomi. Este criado portaba en su espalda flechas hechas con el plumaje inferior del ala de un águila. Yorimasa, por su parte, iba vestido con un traje de caza de color morado con dos flechas de pluma de faisán y de afiladas puntas, y con un arco forrado de tiras de mimbre.

Hay que decir que la razón de que llevara dos flechas era que si con la primera erraba el tiro contra el monstruo, con la segunda podría disparar contra el cuello de Masayori, entonces secretario de la asamblea de la Izquierda, el que había sugerido el nombre de Yorimasa para esta misión.

De esa guisa y con esas intenciones, Yorimasa esperó al monstruo apostado en la terraza del palacio. Al acercarse la hora que temía el Emperador, se presentó un negro nubarrón que venía, como decía la gente, del bosque de Higashi Sanjō, y que se asentó sobre el Palacio Imperial. Yorimasa clavó su vista en el cielo y distinguió entre la nube una extraña silueta. Se dijo a sí mismo que si fallaba el disparo, no viviría más en este mundo. Tomada esta decisión, colocó la primera flecha en el arco y rezó en su corazón al dios Hachiman. Tensó el arco y disparó. La flecha alcanzó su objetivo.

—¡Lo conseguí! —exclamó Yorimasa.

Inohayata salió corriendo a toda velocidad, agarró al monstruo que había caído del cielo y rápidamente le asestó nueve puñaladas.

En ese instante, muchos hombres, plebeyos y nobles, se precipitaron con antorchas en las manos a ver al monstruo. ¡En verdad, era una criatura indescriptible! La cabeza de mono, el cuerpo de tejón, la cola de serpiente, las patas de tigre, y gemía como un tordo[28].

El Emperador quedó tan agradecido que regaló a Yorimasa una famosa espada llamada *Shishiō*, que quiere decir «Rey de los leones». Como portador de este obsequio se eligió al ministro de la Izquierda, que lo recibió del Emperador. Pero cuando el ministro descendió los peldaños de la sala de Shishin-den para hacer entrega de la espada a Yorimasa, a medio camino, un cuclillo cruzó el cielo y dejó oír su canto dos o tres veces. Tal vez fuera esto debido a que era el día diez del cuarto mes. El caso es que el ministro de la Izquierda recitó los siguientes versos:

28 Es el ave *nue*, también llamada *tsugumi* o *toratsugumi*, que puede ser o bien un tordo o zorzal, o bien una criatura monstruosa semejante a una quimera que se creía arrebataba el alma del cuerpo.

Canta el cuclillo
celebrando su nombre
entre las nubes[29].

Yorimasa, entonces, con la rodilla en el suelo, alzó la manga izquierda y, mirando de reojo a la luna, respondió al ministro recitando la segunda parte del poema:

Y la luna creciente
la flecha guió.

Y, tras recibir la augusta espada, se retiró.

El Emperador y los ministros presentes se admiraron y comentaron entre elogios:

–No sólo es un guerrero diestro con el arco, sino además un gran poeta.

Se cuenta que la monstruosa criatura fue depositada en una barca sin timón que echaron a la deriva.

En la era Oohō (1161-1162), en el reinado de Nijō, volvió a oírse un tordo cantar sobre el Palacio Imperial, lo que causó la inquietud en el augusto corazón del Emperador. Nuevamente se requirió la ayuda de Yorimasa. Era el día veinte del quinto mes. Acababa de oscurecer y llovía. El ave sólo había cantado una vez, sumergiendo las tinieblas en el silencio. La noche era cerrada y no se podía distinguir la forma de ninguna ave. Yorimasa no sabía dónde apuntar con su flecha. Se le ocurrió colocar una de las flechas silbantes y grandes en el arco y disparar por encima del tejado del palacio hacia donde acababa de oír el canto del ave por última vez. Asustado por el zumbido de la flecha, el ave se puso a chillar. Rápidamente entonces, Yorimasa insertó en la cuerda del arco una segunda flecha silbante y pequeña. Esta vez acertó, pues la flecha y el ave se desplomaron en el suelo. Acudieron emocionados todos los hombres del palacio. El Emperador, rebosante de gratitud, obsequió a Yorimasa con un vestido de gala.

Esta vez fue el ministro de la Derecha de Ooi no Mikado, el príncipe Kinyoshi, el encargado de recibir el regalo del Emperador y ofre-

29 El cuclillo hace referencia a Yorimasa y las nubes al Palacio Imperial.

cérselo a Yorimasa. Al colocárselo sobre los hombros, el ministro le dijo:

—Antiguamente, Yang Yu[30] mató un ganso salvaje que volaba oculto entre las nubes. Pero he aquí que ahora Yorimasa acaba de matar un tordo oculto en las tinieblas de esta noche de lluvia.

Y recitó la primera parte del siguiente *waka*[31]:

Estas tinieblas
el nombre de un guerrero
han iluminado

Yorimasa completó la segunda parte recitando los dos siguientes versos:

¿Y podrá recordársele
cuando la noche avance?

Y con el vestido colgado de sus hombros, se retiró.

Más tarde se le dio la provincia de Izu, al frente de cuya gobernación Yorimasa puso a su hijo. Como noble de tercer rango, era dueño también de los señoríos de Gokanoshō, en la provincia de Tamba, y Tomiyagawa, en la de Wakasa. ¡Qué bien hubiera podido vivir Yorimasa, en calma y con honra, en sus tierras hasta el final de sus días de no haber tomado parte en una rebelión insensata que ocasionó su propia destrucción y la de Su Alteza, el príncipe Mochihito!

CAPÍTULO XVI

EL TEMPLO DE ONJŌ EN LLAMAS

«Los monjes del monte Hiei, generalmente conocidos por su carácter alborotador y violento, esta vez habían decidido abstenerse de

[30] Un célebre arquero de la dinastía china de los Chu.
[31] *Waka* es la forma poética tradicional de Japón.

tomar parte en la rebelión de Mochihito. En cambio, los monjes de Kōfuku, el templo de la capital del sur, y los de Onjō-ji habían recibido y cobijado al príncipe. Tal postura los hace claramente enemigos de la Corte Imperial. Por lo tanto, es necesario ir contra ellos.» Con estas razones, el día veintisiete del quinto mes del mismo año (1180) más de diez mil soldados a caballo partieron hacia Onjō-ji bajo las órdenes de Shigehira, general medio y cuarto hijo de Kiyomori, y de su auxiliar Tadanori, gobernador de Satsuma.

Entretanto, en Onjō-ji se aprestaban para la defensa. Cavaron trincheras, colocaron parapetos y construyeron empalizadas de afiladas estacas para recibir a sus enemigos. A eso de la hora del conejo (seis de la mañana), el intercambio de flechas señaló el comienzo de una batalla que habría de durar todo el día. El resultado fue que más de trescientos bonzos-guerreros y otros defensores perdieron la vida. Cuando cayó la noche, los soldados de Heike arremetieron contra el monasterio, penetraron en su recinto y le prendieron fuego.

Las llamas se propagaron rápidamente. ¡Qué pena que el fuego consumiera salas del monasterio como las llamadas Iluminación Verdadera, Gozo Perpetuo, Encarnación de la Verdad, Jardín de Flores, Sabiduría Universal, Gran Tesoro y Cascada Límpida! Todas fueron en un instante devoradas por las llamas. También se incendió el templo principal, la sala de Kyōdai, la estatua principal del templo[32], el Gran Salón rectangular de las Homilías de ocho *ken* de superficie, el campanario, el arca con los sutras sagrados, el recinto del agua bendita, la capilla de los dioses guardianes, el santuario de Kumano...; en total, seiscientas treinta y siete salas y pagodas, además de mil ochocientas cincuenta y tres casas de Otsu, más de siete mil pergaminos de textos sagrados traídos de China por el gran maestro Chisō, más de dos mil imágenes budistas. Todo ello quedó reducido a cenizas en un abrir y cerrar de ojos. Era como si las Cinco Melodías Celestes hubieran cesado para siempre y los Tres Tormentos del dios del dragón se hicieran más y más dolorosos[33].

32 La estatua de Miroku Bosatsu o, en sánscrito, *Maitreya Bodhisattva*.

33 Del dios del dragón se decía que pasaba por tres tormentos: el viento del fuego, la tempestad que arrebata vestidos y el pájaro de plumas de oro que rapta a sus sirvientes.

Onjō-ji o Mī-dera había pertenecido originalmente a un hombre que aspiraba al puesto de gobernador de la provincia de Oomi. Éste lo donó al emperador Tenmu[34], que le confirió el rango de templo imperial. La imagen principal del templo era la estatua de Miroku Bosatsu, de la que era ferviente devoto el Emperador y a la que el maestro Kyodai, al parecer reencarnación de este *bodisatva*, había venerado durante ciento sesenta años. Kyodai entregó la estatua al gran maestro Chishō. ¿Acaso no se decía que Miroku Bosatsu descendería de su celeste morada de Tusita para despertar a los mortales a la iluminación bajo el la sagrada Flor del Dragón[35]? A pesar de esto, ¿cómo fue posible que incendiaran este lugar?

Chishō llamó al templo *Mī* o «Pozo sagrado» por haber sacado la primera agua del alba de un pozo que allí había. Determinó entonces que sería un enclave sagrado para celebrar en él la ceremonia de concesión del título de maestro budista. Sí, ciertamente era un enclave sagrado, pero ahora había quedado arrasado sin dejar rastro. Las enseñanzas esotéricas habían sido destruidas en un instante sin que quedaran huellas de la Sala de los Ritos de las Tres Secretas Doctrinas. El sonido de su campana quedó enmudecido para siempre. Ya no se practicarían en su Sala de Verano más ejercicios ascéticos, ni se ofrendarían más flores, ni se oiría el rumor del agua sagrada de sus pozos. Aquellos virtuosos e ilustres varones perdieron su entusiasmo por la sabiduría y por la penitencia; y sus discípulos, que transmitían las enseñanzas budistas, se alejaron de la Ley y del Camino.

El superior del monasterio, el príncipe Enkei, perdió, además, su puesto de *sōjō* del templo de Tennō-ji. Otros trece dignatarios religiosos fueron despojados de sus cargos y puestos bajo la vigilancia de guardias. Más de treinta bonzos-guerreros, entre ellos Tsutsui Meisiu, fueron condenados al destierro.

[34] El soberano 40 (672-686).

[35] El *bodisatva* Maitreya vivía en el Cielo Tusita, el cuarto de los seis cielos del Mundo del Deseo, esperando descender a este mundo y suceder al Buda Sakyamuni. Según las escrituras budistas, este descendimiento acaecería unos cinco mil millones de años después de la muerte de Sakyamuni. En cuanto a la Flor del Dragón, se trataba de una planta fabulosa de 160 m de altura con flores que brotaban de las fauces de cien dragones.

El pueblo, ante estos hechos, comentaba:

—Estos desórdenes y disturbios en el Imperio no son naturales. ¿Por ventura no será todo esto una señal de que se acerca el fin de los Heike?

LIBRO QUINTO

CAPÍTULO I

EL TRASLADO DE LA CAPITAL

Cuando se supo que el día tres del sexto mes del cuarto año de la era de Jishō (1180) el Emperador iba a ser trasladado a Fukuhara[1], ¡qué gran confusión cundió en la capital!

Si bien es cierto que los rumores del cambio de la capitalidad del Imperio hacía tiempo que circulaban entre el pueblo, nadie sospechaba que se produciría tan bruscamente. La inquietud se apoderó de nobles y plebeyos, aumentó al saberse que la fecha fijada para el traslado, el día tres, iba a adelantarse, y se desbordó cuando se supo que tendría lugar el día dos.

A la hora del conejo (seis de la mañana) del día dos, llegó el palanquín imperial y el Emperador niño, de tres años de edad, subió a él sin vacilar. Siendo el Emperador tan pequeño, la costumbre dictaba que con él debía subir su madre; pero esta vez tan sólo entró con él su nodriza, la esposa del consejero Tokitada. En el séquito lo seguían la Emperatriz madre, el emperador-monje Goshirakawa y el emperador abdicado Takakura; a ellos se unieron con gran satisfacción el regente, el primer ministro y otros nobles y cortesanos.

El día tres llegaron a Fukuhara, y el Emperador se aposentó en el palacio de Yorimori, consejero medio de Ike. Al día siguiente a Yorimori lo ascendieron al segundo rango de la nobleza, por delante de

[1] Fukuhara, al sur de la capital, la actual Kioto, estaba localizada en la costa, en un emplazamiento próximo a la actual ciudad de Kobe.

Yoshimichi, capitán general de la división de la Derecha e hijo de Fujiwara Kanezane. Era la primera vez que el hijo de un regente era relegado en favor del segundo hijo de un plebeyo.

Aunque el primer ministro, Kiyomori, había apagado su ira contra el Emperador-monje al haberle permitido volver a la capital después de su confinamiento en Toba, ahora, tras la rebelión de su hijo, el príncipe Mochihito, sus rescoldos habían vuelto a encenderse. Decidió, entonces, encerrarlo en una casa de madera de Fukuhara. Esta casa sólo tenía tres *ken* de superficie y estaba completamente rodeada de una valla de tablas, con una sola entrada. Como guardián, puso Kiyomori a Harada Tanenao. Nadie podía entrar allí sin permiso. Hasta los niños llamaban al lugar «Palacio Prisión». Una denominación, en verdad, ofensiva y aterradora, fruto de la impiedad de Kiyomori.

—Ya no tengo ningún deseo de gobernar el Imperio —se lamentaba Goshirakawa—. Sólo quiero ir de peregrinación de montaña en montaña, de templo a templo, y buscar la paz del espíritu.

La iniquidad de los Heike había llegado con esto a su punto culminante.

El pueblo comentaba:

—Desde la era Angen (1177) hasta ahora, ¡cuántos hombres de la nobleza alta y media han sido desterrados o asesinados! El canciller fue mandado al exilio y, en su lugar, Kiyomori puso a su yerno. Al Emperador-monje lo encerró en el Palacio del Norte de Toba y mató a su hijo Mochihito. No contento con tanta maldad, ¿no pretende ahora trasladar la capital?

También del cambio de la capitalidad del Imperio había precedentes. El emperador Jimmu fue el cuarto hijo del quinto soberano divino Ugaya-Fukiawasezu no Mikoto. Su madre fue Tamayori-hime, diosa del mar[2]. Fue el sucesor de la duodécima generación de soberanos divinos y el ancestro de muchas generaciones de soberanos humanos. El año del gallo del ciclo de Kanoto (660 a. C.), Jimmu subió al trono en el país de Miyazaki, provincia de Hyuga[3]. De allí se di-

[2] Jimmu (660-589 a. C.) fue el primer emperador de la serie de soberanos legendarios de Japón. Su reinado, según la mitología japonesa, estuvo precedido de doce generaciones de soberanos divinos.

[3] Ese año 660 corresponde al año 1 del cómputo japonés, el año de la fundación legendaria del Imperio.

rigió al este, y estableció su residencia en Toyoashi-hara no Nakatsukuni, lugar que llamó Yamato. Era el décimo mes del año 59 de su reinado, correspondiente al año de la cabra del ciclo de Tsuchinotō. El Emperador ascendió a la cumbre del monte Unebi y desde allí dominó con la vista todo el país. El lugar le agradó y decidió levantar la capital en Yamato. Despejó los bosques de Kashiwara y edificó allí el llamado «Palacio de Kashiwara».

Desde entonces, la capital fue trasladada a otras partes del Imperio en treinta o cuarenta ocasiones por mandato de sucesivos emperadores.

En las doce generaciones que hubo entre el emperador Jimmu y el emperador Keiko[4], se cambió muchas veces el emplazamiento de la capital, pero siempre dentro de los confines de la provincia de Yamato.

No fue hasta el primer año del reinado del emperador Seimu[5] cuando se trasladó la capital de Yamato a la provincia de Oomi, en la comarca de Shiga.

En el segundo año de su reinado (año 194), el emperador Chūai realizó una expedición a la provincia de Nagato y trasladó la capital a la comarca de Toyara. Cuando murió allí, su consorte, la emperatriz Jingū, le sucedió en el trono y conquistó Kikai-ga-shima, Korai y Keitan. Tras regresar de haber pacificado esas partes, tuvo un hijo en la comarca de Misaka, provincia de Chikuzen. Por eso llamó a ese lugar Umi-no-miya, que quiere decir «lugar de nacimiento». ¿Acaso no fue ese niño el hijo del dios Hachiman? Fue conocido, cuando subió al trono, como el emperador Oojin. La Emperatriz madre se trasladó a Yamato para vivir en el palacio de Iwane Waka Sakura, mientras que el emperador Oojin residió en el palacio de Karushima Akari de la misma provincia de Yamato.

En su primer año de reinado, Nintoku trasladó la capital a Naniwa, provincia de Setsu, y se instaló en el palacio Takatsu.

En su segundo año de reinado, Richū trasladó la Corte otra vez a Yamato, y construyó una capital en la comarca de Tōchi.

[4] Keiko fue el emperador 12 de la línea dinástica (71-130). Sobre las cronologías de los demás emperadores que se citan en este capítulo, véase *The Princeton Companion...*, *op. cit.*, págs. 119-122.

[5] Según la crónica *Nihon Shoki* no fue él sino su padre, Keiko, quien trasladó la capital de Yamato a Oomi en el año 128.

En su primer año de reinado, Hanzei se trasladó a la provincia de Kawachi, y residió en el palacio de Shibagaki.

En su cuadragésimo segundo año de reinado, Ingyō volvió a trasladar la capital a Yamato, y vivió en el palacio de Asuka, de Tobutori.

En su vigésimo primer año de reinado, Yūryaku se instaló en el palacio Asakura de la misma provincia de Yamato.

En su quinto año de reinado, el emperador Keitai trasladó la capital a Tsuzuki, en la provincia de Yamashiro y, tras permanecer allí doce años, fue a vivir al Palacio Imperial de Otoguni.

En el primer año del reinado del emperador Senka, la Corte volvió a Yamato, y el Emperador residió en el palacio de Iruno de Hinokuma.

En su primer año de reinado, Kōtoku trasladó la capital a Nagara, provincia de Setsu, y vivía en Toyosaki.

En su segundo año de reinado, la emperatriz Saimei reinstauró la capital en Yamato y moró en el palacio de Okamoto.

En su segundo año de reinado, Tenji trasladó la capital a la provincia de Oomi, y se instaló en el palacio de Oosu.

En su quinto año de reinado, el emperador Temmu devolvió la capitalidad a Yamato y tuvo por residencia el palacio Minami de Okamoto. A este emperador se le llamó Kiyomi-bara.

Durante el reinado de los dos emperadores, Jitō y Mommu, la residencia imperial estuvo en Fujiwara, también en Yamato.

Desde el reinado de la emperatriz Gemmei hasta el del emperador Kōnin, durante siete generaciones, la capital estuvo en Nara.

El día dos del décimo mes del tercer año de la era Enryaku (año 784), el emperador Kammu trasladó la capital de Kasuga, en Nara, a Nagaoka, en la provincia de Yamashiro. Pero el día de Año Nuevo del décimo año de su reinado, despachó a su consejero mayor, Fujiwara Ogurumaru, al consejero imperial y primer ministro de la Izquierda, Ki no Kosami, y al monje Genkei a que inspeccionaran el poblado de Uda, en la comarca de Kadono, en la provincia de Yamashiro. Estos tres varones volvieron con este mensaje:

—Según nuestras investigaciones, hemos comprobado que el lugar está favorecido por la conjunción de los cuatro pilares celestes: el dragón verde representado por una corriente de agua al este, el tigre blanco representado por una gran calzada al oeste, el pavo real rojo

por un lago al sur y el guerrero negro por grandes montañas al norte. Es el lugar ideal para construir la capital del Imperio.

Cuando oyó esto, el Emperador se dirigió al santuario de Kamo a consultar con la divinidad. Después, el día veintiuno del mes undécimo del año 13 de la era Enryaku (794), la capital fue trasladada de Nagaoka a su actual emplazamiento de Heian-kio[6]. Desde entonces, treinta y dos emperadores han reinado, y han transcurrido más de trescientas ochenta primaveras y otoños.

El mismo emperador Kammu aseguró en una ocasión:

—Muchos han sido los emperadores que desde hace mucho tiempo han trasladado la capital del Imperio a diversas partes, pero no ha habido un lugar tan perfecto como éste para una Capital Imperial.

Consultados los ministros, los miembros de la alta nobleza y los sabios, el Emperador ordenó la construcción de una estatua de barro de ocho *shaku* de alta provista de coraza, yelmo, arco y flecha de hierro. La estatua fue enterrada en la cumbre del monte Higashi y colocada en dirección oeste con el fin de perpetuar la protección de la capital.

—¡Oh, espíritu guardián! Vela por impedir cualquier intento de trasladar la capital a otro lugar.

Así imploró el emperador Kammu.

Desde entonces, cuando alguna catástrofe ha estado a punto de estallar en el Imperio este montículo ha resonado con formidable estruendo. El montículo todavía existe, siendo conocido como «el monte del general».

El emperador Kammu llamó a esta capital «Heian-jō», que quiere decir «fortaleza de la paz y serenidad». Los Heike, en particular, bien hubieran debido respetar esta capital, pues Kammu, su fundador, fue el emperador ancestral de este clan. Trasladar sin razón esta capital, de la que su ancestro estaba tan orgulloso, a otra provincia o a otro lugar era verdaderamente un acto impío y provocador.

En el reinado del emperador Saga, el Emperador abdicado, Heizei, incitado por su esposa, pretendió trasladar la capital a otra provincia, pero los ministros, la nobleza media e incluso el pueblo llano

[6] Heian-kio significa «capital de la paz». Ocupa el emplazamiento de la actual ciudad de Kioto, capital hasta 1868.

se opusieron y el plan no se llevó a cabo. Si ni siquiera el soberano celeste, el señor de los diez mil carros, fue entonces capaz de trasladar la capital, ¿cómo pudo atreverse Kiyomori, un simple súbdito, a emprender semejante osadía?

¡Y qué espléndida era la antigua capital! Desde los cuatro puntos cardinales los celestes guardianes de la ciudad proyectaban sobre ella sus bienhechores rayos. De norte a sur se alineaban los tejados de templos de milagrosas virtudes. Al pueblo nada le faltaba y excelentes calzadas unían la ciudad con las cinco provincias centrales y las ocho comarcas circundantes. Ahora, por el contrario, en toda la ciudad está el pavimento levantado y cortadas sus calles, lo que vuelve penoso el tránsito de los carruajes.

Los transeúntes, aunque vayan en pequeños carruajes, deben dar grandes rodeos para llegar a sus destinos.

Las viviendas, antes tan bien alineadas, ahora se ven maltrechas y arruinadas. Vemos cómo la gente las deshace y transporta la madera de que estaban hechas en balsas por los ríos Kamo y Katsura. Sus pertenencias y muebles son llevados en barcas hasta Fukuhara... ¡Qué pena dar ver cómo las flores de la ciudad van perdiendo su esplendor y ya se confunden con el paisaje rural!

Alguien escribió en las columnas del Palacio Imperial de la antigua capital estos dos poemas:

Siglo tras siglo
cuatro veces pasaron.
Y aquí se erguía
el poblado de Otagi
convertido ahora en ruinas.

La urbe florida,
la antigua capital...
ya abandonada.
¡Incierta Fukuhara,
la de aires violentos!

La ceremonia de inauguración de las obras de construcción de la nueva capital se había fijado para el día nueve del sexto mes del mis-

mo año. Como encargados de las obras fueron nombrados Sittei, general mayor de la Izquierda de Tokudai-ji, y Michichika, general medio y consejero ministerial de Tsuchimukado. Como maestro de planificación urbana se escogió a Yukitaka, archivero de la Izquierda. Acompañado de sus oficiales, Yukitaka se dirigió a Wada-no-matsubara[7] y empezó a planificar la capital, para lo que dispuso en su centro la zona oeste y dividió el nuevo espacio urbano en nueve avenidas. Después de completar las cinco primeras, se descubrió que no había suficiente terreno para las otras cuatro. Los oficiales volvieron e informaron de esto al Consejo Imperial. La nobleza media deliberó si sería mejor elegir un nuevo emplazamiento, como Inamino, en la provincia de Harima, o bien Koyano, en la provincia de Setsu. Al final, sin embargo, no se llegó a ninguna solución.

Abandonada la antigua capital y sin que se completara la nueva, el pueblo se sentía tan desarraigado como una nube flotante en el cielo. Los moradores del emplazamiento elegido se lamentaban por haber perdido sus tierras, mientras que los recién llegados se inquietaban por las dificultades de construcción de las nuevas casas. Todos sentían que se encontraban en un sueño.

Michichika, general medio y consejero ministerial, decía:

—En la antigua China hay un documento que dice: «Después de construir tres avenidas, edificamos las doce puertas». Con este precedente ¿cómo no podremos construir un palacio imperial en Fukuhara, donde ya tenemos cinco avenidas construidas? Empecemos las obras del palacio.

Se aceptó el parecer de Michichika. Kiyomori adjudicó la gobernación de la provincia de Suhō a Kunitsuna, consejero mayor, para que recaudara fondos en dicha provincia y los utilizara en las obras del nuevo palacio. Pero si Kunitsuna era un hombre con tanta fortuna que él solo podía pagar los gastos de construcción, ¿por qué tenían que emplearse los fondos del Estado y oprimir al pueblo con nuevos impuestos?

Se entraba en el otoño y las ceremonias de agradecimiento por las nuevas cosechas tuvieron que ser canceladas ante el apremio de asun-

[7] Literalmente «el pinar de Wada», la zona litoral del actual distrito de Hyōgo-ku, en la actual ciudad de Kobe.

tos como el traslado de la capital y la construcción del nuevo palacio, asuntos, verdaderamente, intempestivos.

La gente comentaba:

—Antiguamente, hubo gobernantes sabios cuyos palacios tenían tejados de paja y aleros sin rematar y que, cuando no veían salir el hilo de humo de la cocina de las casas del pueblo, perdonaban el pago de impuestos a sus súbditos[8]. Tal conducta era dictada por un corazón compasivo con el pueblo y deseoso de la prosperidad del Imperio. Se dice «El rey Ling, de la dinastía de Chu, construyó el maravilloso palacio de Chang Hua y perdió la lealtad de su pueblo. El emperador Shi Huang[9], de la dinastía Chin, construyó el palacio de A-Fang y provocó el desorden de su imperio». ¡Qué pena que esos soberanos no tomaran ejemplo de aquellos otros sabios cuyos palacios tenían tejados de paja y aleros sin pulir, cuyos barcos y carruajes no estaban adornados, cuyos cortesanos vestían trajes sencillos y sin estampados! El emperador Tai Tsung[10], de la dinastía Tang, a pesar de haber construido el palacio de Li Shan, no lo llegó a habitar porque le invadió la preocupación de que mantener tal palacio supondría una gran carga para el pueblo. Por eso, dejó que las hierbas crecieran entre las losas del palacio y que la hiedra cubriera sus muros... ¡Qué diferencia con los gobernantes de ahora!

[8] En el Libro 3, cap. 110, del *Kojiki*, del año 712, la más antigua obra literaria japonesa, se describe efectivamente al emperador Nintoku como prototipo de gobernante virtuoso, en la más pura tradición confuciana, que cuando no ve elevarse el humo de las chimeneas de las casas de sus súbditos, juzga que no pueden cocinar por falta de alimento ni calentarse por falta de leña. Compadecido, ordena el cese de la percepción de tributos e interrumpe las obras de reconstrucción de sus palacios (*Kojiki*, ed. de Donald L. Philipi, Tokio, University of Tokio Press, 1985, págs. 303-304).

[9] Fue el creador del primer imperio chino unificado, que, sin embargo, se derrumbó cuatro años después de su muerte (259-210 a. C.).

[10] El segundo emperador de la dinastía china de Tang (600-649).

CAPÍTULO II

LA CONTEMPLACIÓN DE LA LUNA LLENA

La ceremonia de inauguración de las obras de la nueva capital había sido fijada para el día nueve del sexto mes y la del levantamiento de las columnas para el día diez del octavo mes, mientras que el augusto aposentamiento del Emperador en el nuevo Palacio Imperial estaba previsto para el día trece del undécimo mes.

Al tiempo que la antigua capital, Heian, se iba convirtiendo en un paisaje desolado con el paso de los días, la nueva, Fukuhara, florecía de esplendor y bullía de actividad. De esa manera, el verano, que tantos sucesos había traído ese año, fue cediendo paso al otoño. Transcurrida su mitad, los habitantes de la nueva capital salían a distintos parajes para deleitarse en la contemplación de la luna otoñal. Había quienes, deseosos de rememorar la famosa historia del príncipe Genji, iban a pasear por las costas de Suma y la bahía de Akashi[11]. Otros cruzaban los estrechos de la isla de Awaji para divisar la luna desde las costas de Ejima. Había otros que se llegaban a Shirara, a Fukiage, a Waka-no-ura, a Sumiyoshi, a Naniwa, a Takasago y a Onoe, y regresaban a la nueva capital después de contemplar la pálida luna del amanecer. Los que se habían quedado en la antigua capital la contemplaban desde Fushimi y Hirosawa.

El capitán general de la Izquierda, el señor Sittei, era uno de los que, impulsados por la nostalgia de contemplar la luna de la antigua capital, Heian, había vuelto de Fukuhara pasado el día diez del octavo mes. Todo había cambiado en la antigua capital. En las entradas de las pocas casas que quedaban en pie, las hierbas crecían salvajes y la escarcha inundaba con su espeso manto todos los jardines. La desolación reinaba por todas partes: el musgo invasor, los matorrales de enea, los nidos de las aves. El canto de los insectos sonaba quejum-

[11] Es el capítulo XIII, titulado precisamente «Akashi», del *Genji monogatari,* la obra cimera de la literatura japonesa, de la que aún no hay una versión completa en español.

broso y en los solares abandonados crecían las primeras flores otoñales, como el crisantemo amarillo y las orquídeas moradas.

Sittei pensó que el palacio de la antigua Emperatriz[12] que vivía en Kanoe Kawara era el lugar que mejor podía hacerle evocar la grandeza de la vieja capital. Y hacia él dirigió sus pasos. Mandó a un sirviente que llamara a la puerta principal. Desde dentro se oyó una voz femenina:

—¿Quién llama? Quienquiera que haya llegado a este abandonado lugar sin duda que va a quedar mojado por el rocío de la hierba.

—Es el capitán general que ha venido de Fukuhara —contestó el sirviente.

—La puerta principal está cerrada con llave. Sed tan amable de entrar por el portillo de la fachada del este.

Sittei entró por el portillo del este. Cuando llegó, la Emperatriz, tal vez invadida por la melancolía, tocaba el *biwa* con las cortinas del sur abiertas. Al verlo, exclamó:

—¿Estoy soñando o estoy despierta? ¡Oh, señor Sittei, pasad, pasad dentro!

Sittei recordó entonces una escena del *Genji monogatari:* en el capítulo de Uji, cuando la hija del príncipe Ubasoku, apenada por el trascurrir del otoño, pasaba toda la noche tocando el *biwa* para disipar su angustia; y cuando divisaba la luna de la aurora, sin poder contener su emoción, le hacía una señal a la luna con el plectro. ¡Ahora comprendía el señor Sittei la emoción que esa mujer pudo sentir!

En el palacio servía una doncella llamada Koshi-ju Matsu-yoi, que significa «Esperando en la Noche». La llamaban así porque una vez preguntaron en el palacio:

—¿Qué es más doloroso, esperar por la noche al amado o decirle adiós por la mañana?

A lo que esta mujer respondió recitando los siguientes versos:

12 Era Fujiwara Masuko (1140-1201), de la otrora poderosa familia de los Fujiwara. Había sido esposa consorte del emperador Konoe y, a la muerte de éste, del emperador Nijō. Dos veces viuda de emperadores, por tanto, es la protagonista del cap. VII del Libro I de esta obra.

Oír campanas
esperando en la larga
noche es peor
que el trinar de los pájaros
de la mañana.

En adelante la llamaron «Esperando en la Noche». El señor Sittei mandó llamar a esta mujer y se entretuvo con ella hablando de cosas del pasado y del presente. Después, como la noche se adentraba más y más, Sittei compuso un *imayō* sobre el ocaso de la antigua capital:

La antigua capital, ahora que he venido,
de soledad y cañas la veo cubierta.
El claro de luna todo lo ilumina
mientras mi cuerpo... ¡Frío viento de otoño!

El señor Sittei cantó este *imayō* tres veces y la Emperatriz y las doncellas del palacio no pudieron evitar mojar con lágrimas emocionadas las mangas de sus kimonos.

Al rayar el alba, el señor Sittei abandonó el palacio y regresó a Fukuhara. A mitad de camino, llamó a uno de los tres oficiales de su escolta, el archivero Tsunetada, y le dijo:

—«Esperando en la Noche» parecía apenada por nuestra partida. Vuelve y consuélala con alguna buena palabra.

El archivero volvió al palacio, donde se encontró con la dama y le dijo:

—Su señoría, el capitán general, me encarga consolarla, señora.

Y recitó ante la dama los siguientes versos:

¿No dijisteis
que el trino de los pájaros
de la mañana
no anunciaba pesares?
Pues ¿por qué hoy tal tristeza?

La dama, conteniendo las lágrimas, le respondió con otro poema:

¡Sí! ¡Qué triste es
el tañido de campanas
a él aguardando!
Pero en este adiós de hoy
¡qué amargos son los trinos!

El archivero regresó junto a su señor y le contó todo. Sittei se maravilló y dijo:

–Ahora comprendes por qué te había enviado a ella.

Desde entonces a este archivero le dieron el sobrenombre de «El Pájaro que Trina».

CAPÍTULO III

LOS EXTRAÑOS SUCESOS

Desde el traslado de la capital a Fukuhara, los hombres de Heike eran asaltados por terribles pesadillas que los mantenían en un estado de constante inquietud. Acaecieron, además, extraños sucesos.

Una noche, por ejemplo, en la alcoba en que dormía Kiyomori, el primer ministro, se apareció una enorme cara de más de un *ken* de ancha. Kiyomori, sin inmutarse, la miró fijamente y la cara se desvaneció en un instante.

Otra noche, en el palacio de Oka, de reciente construcción y sin grandes árboles alrededor, se oyó el ruido de árboles desplomándose y después carcajadas de veinte o treinta hombres. Se pensó que se trataba de algún *tengu*. En consecuencia, Kiyomori mandó apostar cien arqueros de noche y otros cincuenta de día para que vigilaran el palacio. Todos llevaban flechas silbantes. Cuando disparaban las flechas en la dirección en la que creían que estaban los *tengu*, las risas cesaban; pero cuando disparaban al azar, las carcajadas no dejaban de oírse.

Sucedió también que una mañana en que Kiyomori había salido de su alcoba, al abrir la puerta para entrar en el patio vio que en medio de éste había un gran número de calaveras que rodaban por el

suelo y brincaban unas sobre otras. Las que estaban en el centro iban hasta las esquinas y las que estaban en las esquinas iban hasta el centro.

—¿Hay alguien? ¡Guardias, sirvientes! —gritó Kiyomori.

Pero no había nadie que acudiera a su llamada.

Entonces, todas las calaveras empezaron a amontonarse y eran tantas que no cabían en el patio. Formaron una montaña en forma de calavera de hasta catorce o quince *shaku* de alto. De aquella calavera gigante salieron entonces cientos de ojos humanos que sin parpadear contemplaron fijamente a Kiyomori. Pero éste, sin inmutarse ni parpadear, les devolvió a todos una mirada feroz durante un buen rato. La calavera gigante, al verse observada con tanta intensidad, se desvaneció sin dejar rastro como se desvanece la escarcha o la niebla por los rayos del sol.

Además de esos sucesos, ocurrió que un ratón que había anidado en la cola de un caballo, tuvo ahí sus crías una noche. Era el caballo favorito de Kiyomori, y lo guardaba con gran celo en el mejor de sus establos bajo el cuidado de muchos mozos de cuadra. Considerando que se trataba de algo extraordinario, Kiyomori ordenó a seis adivinos que estudiaran el significado de tan extraño suceso. La conclusión de los adivinos fue ésta: «Hay que extremar las precauciones».

Este caballo había sido un obsequio de Ooba no Saburō Kagechika, de la provincia de Sagami. Pasaba por el mejor caballo de las ocho provincias del este. Era un corcel negro con una mancha blanca en la frente. Se llamaba *Mochizuki*[13] y más tarde fue entregado a Abe no Yasuchika, maestro del Gabinete de Adivinaciones.

En las páginas de *Nihon Shoki*[14] aparece también un incidente ocurrido bajo el reinado del emperador Tenji[15]. Una hembra de ratón anidó una noche en la cola del caballo del Emperador y parió ahí sus crías. Poco después estalló una insurrección en una tierra remota.

Igualmente era un mal presagio el sueño que tuvo un joven samurái que estaba al servicio de Masayori, consejero medio de Minamoto. Soñó que en una sala semejante a la del Gabinete de Adivinaciones se hallaban reunidos en asamblea muchos cortesanos en traje de gala. Al ser expulsado de la sala uno de los cortesanos que ocupaba

13 Es decir, «luna llena».

14 Una de las primeras crónicas de Japón, de treinta volúmenes, publicada en 720.

15 El emperador 38 (668-671).

el estrado más bajo y que parecía ser partidario de los Heike, el joven samurái que tuvo el sueño le preguntó a un anciano:

—¿Quién es ése?

—Es la divinidad de Itsukushima —respondió el anciano.

Poco después, otro anciano de distinguido aspecto que se encontraba sentado en el estrado más alto habló así:

—La espada del alto mando estaba en manos de los Heike, pero ahora deben devolverla y entregarla a Yoritomo, que se encuentra desterrado en la provincia de Izu.

Otro anciano que había a su lado dijo:

—Ruego que después de Yoritomo la espada pase a mis nietos.

Cuando el joven samurái del sueño preguntó por el significado de todas estas palabras, le explicaron:

—El noble anciano que dijo «la espada del alto mando» es el gran *bodisatva* Hachiman. El que rogó que la espada fuera pasada a sus nietos es la divinidad de Kasuga[16]. En cuanto a mí, soy la divinidad de Takenouchi[17].

El joven samurái contó este sueño, que acabó llegando a oídos de Kiyomori. Éste ordenó entonces a Suesada, capitán de la Guardia Imperial, que fuera ante Masayori y le comunicara este mandato:

—Tu joven samurái, el que tuvo el extraño sueño, debe presentarse inmediatamente ante mí.

El samurái, al conocer la orden del primer ministro, se escondió. Masayori fue en persona ante Kiyomori y le dijo:

—Excelencia, todo esa historia del sueño no es más que una pura invención.

El primer ministro ya no hizo más averiguaciones y el asunto no tuvo repercusiones.

Todavía mayor extrañeza causó la desaparición una noche de aquella daga que, atada a un largo astil envuelto en lámina de plata, le fue concedida por la divinidad de Itsukushima a Kiyomori cuando éste era gobernador de Aki. Esta alabarda le había llegado a Kiyomori después de un sueño que le confirmó la eficacia de sus oraciones tras la peregrinación a Itsukushima, y siempre la tenía a su cabecera.

16 Divinidad tutelar de la familia Fujiwara.

17 Divinidad adorada en el santuario de Kora.

El linaje de los Heike había asumido la responsabilidad de la Guardia Imperial, y se había erigido en protector del Imperio. Pero ahora, tal vez por desobediencia a la voluntad imperial, esa espada de la alianza había desaparecido.

¡En verdad que todos estos sucesos sembraban la inquietud en el pueblo!

Nariyori, antiguo ministro imperial y ahora monje en el monte Kōya, comentó los sucesos con estas palabras:

—Diríase que se aproxima el fin de los Heike. Es razonable que la divinidad de Itsukushima haya favorecido a los Heike. Es una diosa, la tercera hija del dios y rey Naga Siagara, al cual este clan venera por encima de todo. Pero entiendo por qué el *bodisatva* Hachiman desea dar ahora la espada de la alianza a Yoritomo, aunque no alcanzo a ver la razón de que la divinidad de Kasuga desee entregarla a sus nietos. ¿Quiere esto decir que, tras la caída de los Heike y después de que los Genji de Yoritomo hayan llegado a su fin, va a tomar el mando la nobleza de Fujiwara Katamari, el regente-canciller, y formarán una aristocracia militar[18]?

Otro monje que se hallaba ahí en ese momento añadió estas palabras:

—Las divinidades son encarnaciones de Buda y de los *bodisatva*, y ocultan la luz de su inteligencia y de su virtud manifestándose bajo diferentes formas. Unas veces, aparecen encarnadas en mortales; otras veces, se transforman en dioses. Y es cierto que la divinidad de Itsukushima es femenina y posee los Tres Conocimientos Supremos y los Seis Poderes Sobrenaturales[19], y que no le resulta nada difícil asumir forma humana.

[18] Palabras, ciertamente, proféticas, porque la estirpe de Fujiwara (no) Katamari (614-669), fundador de la familia Fujiwara y uno de los grandes impulsores de la Reforma Taika, en 645-666, recuperaría el poder oficial en la persona de Fujiwara Kujō Yoritsune, elegido cuarto *shōgun* (1218-1256) por los regentes de la familia Hōjō. El «shogunato» era una creación de Minamoto (Genji) no Yoritomo y, muy especialmente, de la aristocracia militar establecida por esa familia de los Hōjō, uno de cuyos miembros, Tokimasa, es mencionado ya en la segunda oración del capítulo siguiente y será personaje principal en el cap. VIII del Libro 12.

[19] De un *arhat* o santo se dice que posee los Tres Conocimientos Supremos, que son el conocimiento del nacimiento y muerte de una vida anterior, el conocimiento del nacimiento y muerte de una vida posterior y el conocimiento y la capacidad para librarse del

Cuando un hombre, como Nariyori, ha renegado de las pompas del mundo para seguir el camino verdadero, estará continuamente dedicado a rezar por su salvación y no prestará ninguna atención al mundo de los mortales. Pero aún así, propio es de la naturaleza humana alegrarse de un gobierno justo y lamentar uno injusto.

CAPÍTULO IV

EL MENSAJE

El día dos del noveno mes del cuarto año de la era de Jishō, Ooba no Saburō Kagechika, natural de la provincia de Sagami, se presentó en Fukuhara a caballo y leyó el siguiente mensaje:

«El día diecisiete del octavo mes, Yoritomo, antiguo alférez de la Guardia Imperial de la Derecha y actualmente desterrado en Izu, envió a los soldados de su suegro, Hōjō no Shirō Tokimasa, a Yamaki para atacar por la noche la residencia del gobernador de la provincia de Izu, Kanetaka. El gobernador fue asesinado como resultado del ataque nocturno. Mientras, Yoritomo y sus aliados, Doi Sanehira, Tuschiya Munetō y Okazaki Yoshizune, en total unos trescientos jinetes, fueron al monte de Ishibashi, donde se hicieron fuertes. Vuestro servidor que os habla, Kagechika, al mando de mil soldados fieles a los Heike, los atacó y pudo reducirlos a siete u ocho hombres. Yoritomo, con el cabello en desorden, consiguió huir y refugiarse en el monte de Sugi, comarca de Doi. Después, el clan de Hatakeyama, aliado nuestro, reunió quinientos hombres y atacó a los hijos de Miura no Osuke Yoshiaki. Las tropas de los hijos de Yoshiaki, bajo la bandera de los

sufrimiento humano. Además, puede oír las voces de los Seis Reinos (el infierno, el reino de los espíritus hambrientos, de los animales, de los *asuras* o demonios, de los hombres y de los cielos) y poseer los correspondientes seis poderes (*Dictionary of Buddhism*, op. cit., pág. 32).

Genji, sumaban unos trescientos hombres, pero consiguieron derrotar a las fuerzas de Hatakeyama en Yui, en la playa de Kotsubō. Los de Hatakeyama se retiraron a la provincia de Musashi, donde poco después reunieron a aliados como Kawagoe, Inage, Oyamada, Edo, Kasai y otros siete más. En total, llegaron a sumar más de tres mil jinetes. Todos ellos se dirigieron al castillo de Miura en Kinugasa y mataron a Yoshiaki. Pero los hijos de este lograron escapar a las provincias de Awa y Kazusa en un barco que tomaron en la bahía de Kuri».

Los hombres de Heike, ahora que se habían acostumbrado ya a la nueva capital, empezaban a aburrirse. Por eso, los más jóvenes de la alta y media nobleza hacían comentarios como éstos:

—¡Ay, ojalá que se presente alguna novedad! ¡Cómo nos gustaría participar en algún combate...!

Así decían todos.

Shigeyoshi, Arishige y Tomotsuna, del clan de los Hatakeyama, que habían llegado de su lugar de origen para servir como guardias del palacio, decían:

—Ese mensaje no puede ser cierto. Respecto al del clan de los Hōjō, no estamos seguros, pues están emparentados con Yoritomo, pero es imposible que los otros clanes se hayan declarado enemigos de la Corte. No tardaremos en saber la verdad.

Algunos estaban de acuerdo, pero otros decían en voz baja:

—No. Seguro que pronto habrá guerra.

Por otro lado, la cólera de Kiyomori, el primer ministro, era indescriptible. Exclamaba:

—¡Ese miserable Yoritomo! Lo tenía que haber condenado a muerte. La culpa fue de mi madre, Ike-no-zenni, que intercedió por él y me hizo cambiarle la pena de muerte por el destierro. Ahora me lo agradece así, tomando las armas contra mi casa. Esta vez ni las divinidades ni Buda van a perdonarlo. Muy pronto el castigo del cielo caerá implacable sobre su cabeza.

CAPÍTULO V

LA LISTA DE LOS TRAIDORES A LA CORTE

Si nos remontamos a la historia del Imperio, descubrimos que el primer traidor a la Corte Imperial apareció el cuarto año del reinado del emperador Jimmu. Se trataba de una araña monstruosa que vivía en el poblado de Tako, en la comarca de Nagusa, provincia de Kī. Poseía un tronco corto y largas patas. Su fuerza sobrenatural había causado tantos estragos entre los habitantes del lugar, que hubo que enviar soldados. Tras la lectura del edicto imperial contra la araña, los soldados pudieron capturarla con una gran cesta de zarcillos. Después, la mataron.

A partir de entonces, más de veinte traidores víctimas de la ambición han buscado atentar contra el Imperio. Han sido los siguientes:

Ooishi no Yamamaru; el príncipe Ooyama; el ministro Moriya; Yamada no Ishikawa; Soga no Iruka; Ootomo no Matori; Funya no Miyada; Kitsu Issei; Hikami no Kawatsugi; el príncipe de sangre Iyo; Fujiwara no Hirotsugi, vicegobernador de Dazai; Emi no Oshikatsu; el príncipe Sahara; la princesa Igami; Fujiwara no Nakanari; Taira no Masakado; Fujiwara no Sumitomo; Abe no Sadatō; Abe no Munetō, gobernador de la provincia de Tsushima; Minamoto no Yoshichika; Yorinaga, el temible ministro de la Izquierda, y Nobuyori, el pérfido capitán de la Guardia Imperial

Pero ninguno de esos hombres y mujeres lograron sus fines. Sus cuerpos quedaron expuestos en montañas y llanuras, y sus cabezas fueron colgadas en picotas y puertas de prisiones.

En estos tiempos que corren, ¡en qué poca estima se tiene el poder imperial! Antiguamente, la simple lectura de un edicto imperial hacía que las hierbas marchitas reverdecieran, que las plantas muertas florecieran, que los árboles secos dieran frutos y que las aves del cielo mostraran su obediencia.

No fue hace mucho tiempo cuando el emperador Daigo visitó el parque de Shinzen. Al ver una garza en la orilla del estanque, ordenó al archivero del sexto rango:

—Captura aquella garza y tráemela.

El archivero, que nada sabía sobre cómo capturar garzas, fue obediente a la augusta orden y se acercó hacia el ave. La garza extendió sus alas para disponerse a huir volando. Pero en ese instante el archivero exclamó:

—¡Es un edicto imperial!

La garza, sin intentar escapar, se postró en el suelo y se dejó capturar. El archivero, con la garza en la mano, volvió adonde le esperaba el Emperador. Éste dijo a la garza:

—Celebro que hayas obedecido una orden imperial y hayas venido. Te concedo el quinto rango.

La garza fue nombrada cortesana del quinto rango. Le colgaron del cuello una tablilla con estas palabras: «Desde ahora soy la reina de las garzas». Y la soltaron.

El Emperador no deseaba, en realidad, la garza, sino tan sólo probar la eficacia del poder imperial.

CAPÍTULO VI

EL PALACIO DE HSIEN-YANG

Si buscamos precedentes de traiciones en la antigua China, descubrimos el caso de Dan, príncipe de Yan, que fue hecho prisionero por el emperador Shih Huang Ti[20], de la dinastía Chin, y encarcelado durante doce años. Un día, Dan, con lágrimas en los ojos, le suplicó al Emperador:

[20] Su nombre personal era Chao Cheng. Fue el creador del primer imperio chino unificado (259-210 a. C.).

—Mi anciana madre sigue viva en mi tierra. Os suplico que me dejéis volver para cuidarla.

El Emperador, con una risa sarcástica, respondió:

—Te dejaré volver cuando al caballo le salgan cuernos y la cabeza del cuervo se vuelva blanca.

El prisionero se postró al suelo y, alzando los ojos al cielo, rezó con estas palabras:

—Rezo por que los dioses hagan crecer cuernos al caballo y vuelvan blanca la cabeza del cuervo. Así podré volver a mi tierra y cuidar a mi madre.

En la India, un día el *bodisatva* Myō-on ascendió al monte del Águila como peregrino[21]. Después, se dedicó a castigar a los que no cumplían sus deberes filiales.

En China, vivieron Confucio y su discípulo En Hui, que predicaron las virtudes filiales.

Pues bien, y volviendo a la historia de Hsien-Yang, a causa de la compasión del Buda del pasado y del presente por aquellos que muestran virtudes filiales, se produjo el portento de que a un caballo le salieran cuernos y que un cuervo se volviera blanco. El caballo se dejó ver en el palacio de Hsien Yang y el cuervo se posó en un árbol del jardín.

El Emperador se quedó atónito y, como su augusta palabra era irrevocable, tuvo que perdonar a Dan y permitirle volver a su tierra.

Pasó el tiempo y el Emperador lamentó haber soltado a su prisionero. Planeó entonces tenderle una trampa. Entre las regiones de Chin y de Yen había otra región llamada Chu por la que corría un caudaloso río. Cruzaba el río un puente, llamado el puente de Chu. El Emperador envió soldados a ese río para que prepararan una trampa en el puente, de suerte que, cuando Dan pasara por él, se hundiera, cayera al río y se ahogara. Tal como el Emperador había previsto, Dan pasó por el puente, pisó en la trampa y cayó de cabeza en el río. Pero, lejos de ahogarse, Dan pudo caminar sobre las aguas del río como si fueran tierra firme, hasta alcanzar la orilla. El mismo Dan, admirado del portento, giró la cabeza y vio que un sinfín de tortugas flotaban en la superficie del agua y se habían colocado en hilera para que él pudiera

21 Según la tradición budista, a fin de escuchar el sermón de Buda sobre la piedad filial.

caminar sobre sus caparazones. Este milagro había sido posible gracias a la compasión que el Buda de los dos mundos había sentido por la piedad filial de Dan.

El príncipe Dan, resentido contra el Emperador, decidió no someterse jamás a él. Muy pronto se supo que el Emperador preparaba un gran ejército para destruirlo. Dan tuvo miedo y nombró primer ministro al guerrero Ching Ke.

A su vez, Ching Ke llamó a otro guerrero, llamado Tien Kuang, para que lo ayudara. Este Tien Kuang, que era un maestro, dijo a Ching Ke:

—¿Por qué me pides que te ayude? ¿Por qué no me conociste de joven, cuando era fuerte? Vale más un rocín joven que un viejo dragón capaz antes de volar mil leguas. Yo ahora no puedo ayudarte, pero te proporcionaré hombres.

Cuando Tien Kuang ya se iba, Ching Ke le dijo:

—No debes decir nada de esto a nadie.

—No hay nada tan humillante como ser objeto de sospecha —respondió el maestro Tien Kuang—. Si tus planes se conocen, podrás pensar que yo he sido un traidor.

Diciendo esto, se golpeó la cabeza contra un ciruelo que había allí y se mató.

Había entonces un guerrero llamado Fan Yu Chi, natural de Chin. Sus padres, tíos y hermanos habían sido todos asesinados por el Emperador. Él había podido escapar al país de Yan. El soberano había promulgado el siguiente edicto: «Quienquiera que me traiga la cabeza de Fan Yu Chi, recibirá quinientos *kin*[22] de oro».

Cuando Ching Ke se enteró de este edicto, fue donde estaba Fan Yu Chi y le dijo:

—He oído decir que pagan quinientos *kin* por tu cabeza. Quiero que me la entregues. Así, cuando yo le presente tu cabeza al Emperador, se pondrá tan contento que se distraerá y yo aprovecharé la ocasión para desenvainar mi espada y matarlo.

Fan Yu Chi fue presa de la emoción y se estremeció. Suspirando profundamente, contestó:

22 Un *kin* equivale a seiscientos gr.

—Cuando pienso día y noche en cómo mis padres, tíos y hermanos murieron por causa del Emperador, el odio se vuelve tan insoportable que me traspasa los huesos. Si con ese plan podemos matar al Emperador, entregarte mi cabeza me resulta tan simple como una mota de polvo.

Tras esas palabras, él mismo se cortó la cabeza y murió.

Había entonces otro guerrero llamado Chin Wu Yang, natural también de Chin. A los trece años había matado a un enemigo y huido al país de Yan para esconderse. Era un hombre de valentía incomparable. Ante su enojo, los hombres más grandes temblaban y se desmayaban; ante su sonrisa, los niños más tiernos se acercaban y se le subían a los brazos. Pues bien, Ching Ke convenció a este hombre para que lo acompañara a la capital de Chi. Juntos, pues, partieron hacia la capital. Al pasar por la falda de una montaña y apartarse para pasar la noche, oyeron una melodía que llegaba de una aldea cercana. Decidieron escuchar las escalas de esa música con la intención de desentrañar en ellas algún augurio que les permitiera predecir el resultado de su misión. Según la melodía, el enemigo era agua y ellos fuego. Al amanecer divisaron un arco iris de color blanco que tocaba el sol pero no lo atravesaba. Su interpretación de estos signos fue la siguiente:

—Tendremos dificultades para lograr nuestros fines.

Así dijo Ching Ke. Pero no podían retroceder, así que siguieron adelante y llegaron finalmente a la capital del Emperador de Chin, donde estaba el palacio de Hsien Yang. A un guardia del palacio le dijeron que habían traído un mapa de Yan y la cabeza de Fan Yu Chi. El emperador Shih Huang envió a un ministro para que recibiera estos objetos. Pero los dos hombres dijeron:

—Estos objetos no podemos entregárselos a nadie más que al propio Emperador.

Entonces, el Emperador ordenó que se dispusiera un banquete de gala para recibir a los dos mensajeros de Yan.

El palacio de Hsien Yang poseía una circunferencia de dieciocho mil trescientos ochenta *ri*[23]. Tenía dos puertas: la Puerta de la Longevidad y la de la Eterna Juventud. Una de ellas estaba decorada con un sol de oro y la otra con una luna de plata. Por todas partes había in-

[23] Un *ri* chino equivale a 320 m.

crustaciones de perlas y piedras preciosas. El suelo estaba cubierto de arena de oro. El palacio estaba rodeado en sus cuatro lados por una muralla de hierro de cuarenta *jō*[24] de altura. Sobre el palacio se extendía además una malla, también de hierro, para impedir la entrada de los mensajeros del mundo de los muertos. Como esa muralla impedía el paso a los gansos que en otoño acudían a los arrozales y en primavera volvían a las regiones del norte, se había practicado una abertura de hierro, que se llamaba Puerta de los Gansos, por donde estas aves entraban y salían libremente. En el interior del palacio había una sala llamada Sala de A Fang, de la que el Emperador se servía para asuntos oficiales. Su altura era de treinta y seis *jō* y su superficie de nueve *chō* de este a oeste y de cinco *chō* de norte a sur. Tan alto era el techo que una bandera izada en una alabarda de cinco *jō* clavada sobre el suelo no llegaba a tocarlo. El tejado de la sala estaba hecho de tejas de lapislázuli, y oro y plata decoraban su suelo.

Ching Ke llevaba el mapa de Yan y Chin Wu Yang la cabeza de Fan Yu Chi. Los dos subían por los peldaños de piedra de la sala cuando, estupefactos por el lujo y la grandeza del palacio, Chin Wu Yang empezó a temblar. Uno de los guardias sospechó algo y dijo:

—Chin Wu Yang tiene un corazón traidor y algo trama. No debemos permitirle que se acerque al Emperador. Dejar acercarse a un hombre así significa dejar acercarse a la muerte.

Pero Ching Ke se volvió al guardia y le dijo:

—Chin Wu Yang no tiene intención de cometer traición alguna. El pobre está simplemente nervioso porque no está acostumbrado a la grandeza de este palacio. Ten en cuenta que toda su vida la ha pasado en el campo.

Esta explicación tranquilizó a los guardias. Los dos mensajeros se aproximaron al Emperador y le mostraron el mapa de Yan y la cabeza de Fan Yu Chi. Pero cuando el Emperador se dio cuenta de que en el fondo falso de la caja del mapa había una espada fría como el hielo, dio un paso atrás para huir. Pero ya Ching Ke lo había agarrado de la manga y con la punta de la espada le amenazaba el pecho. Todo fue tan rápido que parecía que no habría escapatoria para el Emperador. Aunque había miles de soldados armados en el patio, nadie podía

[24] Un *jō* equivale a 3,5 m (10 *shaku*).

acudir en su ayuda. No les quedaba sino lamentar que su soberano fuera a ser asesinado por un traidor.

Pero en ese instante, dijo el Emperador:

—Concédeme un momento. Sólo el tiempo necesario para escuchar una vez más la cítara de mi consorte favorita.

Ching Ke se lo concedió. El Emperador tenía tres mil consortes. Era una de ellas la Dama Hua Yang, celebrada por su habilidad con la cítara. Cuando ella tocaba, los guerreros más fieros apaciguaban su ira, las aves del cielo descendían volando, las hierbas y los árboles se mecían con la armonía de la melodía. ¡Verdaderamente, qué honda tuvo que ser la emoción de Hua Yang cuando, con lágrimas en los ojos, se puso a tocar la cítara para que el Emperador la oyera por última vez! Hasta Ching Ke bajó la cabeza y aguzó los oídos. La llama de la traición que ardía en su corazón se aplacó. Entonces la Emperatriz empezó una segunda canción que decía así:

La altura de un biombo, aunque de siete shaku sea
¿quién, si lo intenta, no podrá saltarla?
La seda de una tela, aunque resistente sea
¿quién, si tira fuerte, no podrá arrancarla?

Así cantó la Emperatriz. Ching Ke no entendió el significado de la canción, pero sí el Emperador. Tiró con fuerza de la manga de Ching Ke y, saltando el biombo de siete *shaku*, se ocultó tras la columna de rojo bronce. Ching Ke, furioso, le arrojó la espada. Pero el médico de la Corte lanzó en ese instante una bolsa de medicina hacia la espada. La punta de la espada perforó la bolsa y penetró hasta el centro de la columna de bronce que medía seis *shaku*. Ching Ke no tenía más armas. El Emperador recuperó su majestad, pidió su espada y con ella mató y luego troceó a Ching Ke. También mató a Chin Wu Yang. Después, envió un ejército a Yan y arrasó el país.

El cielo no favoreció esa traición. El arco iris, en efecto, no llega a atravesar el sol. El emperador Shih Huang salió ileso y Dan fue aniquilado.

«También Yoritomo será al final aniquilado», decía la gente. Y muchos, por eso, se ponían de parte de los Heike.

CAPÍTULO VII

EL ASCETA MONGAKU

El día veinte del tercer mes de la era de Enryaku (1160), Yoritomo, el antiguo alférez de la Guardia Imperial, había sido desterrado a la isla de Hiruga, en la provincia de Izu. Contaba entonces catorce años. La causa del destierro era ser hijo de Yoshitomo, capitán de los Establos Imperiales de la Izquierda, que había conspirado contra los Heike el duodécimo mes del primer año de la era de Heiji (1159). Tras la derrota y ejecución de su padre, Yoritomo pasó en su destierro veinte primaveras y veinte otoños. Si queréis saber la razón por la que, tras haber vivido plácidamente todos esos años, Yoritomo decidió izar la bandera de la rebelión, pese a que podía haber seguido gozando de una vida tranquila, os diré que lo hizo instigado por el bonzo Mongaku.

Este religioso, conocido antes como el guerrero Moritō, pertenecía al clan de los Watanabe, de la provincia de Setsu. Era hijo de Mochitō, capitán de la Guardia Imperial de la Izquierda y criado de la princesa Shōsaimon-In. A los diecinueve años de edad, Mongaku se tonsuró y tomó los hábitos.

Como monje, quiso llevar una vida de mortificaciones y someter el cuerpo a toda suerte de penitencias. Por ejemplo, un día, cuando el calor era más sofocante y la maleza y las hierbas empezaban a doblarse por la violencia del tórrido sol, en el sexto mes, se adentró en la espesura del bosque de la montaña y se tumbó dejando que su cuerpo fuera cubierto por insectos como hormigas, mosquitos, tábanos, avispas y otros géneros de venenosos insectos que lo mordían y picaban por todas partes. Pero Mongaku no se movió durante siete días. Al octavo se levantó y preguntó:

—¿Se reduce más o menos a esto una vida ascética?

—Ningún asceta podría haber aguantado tanto —le respondieron.

Mongaku dijo:

—En ese caso, no hay de qué preocuparse.

Y Mongaku se puso en camino resuelto a emprender una vida aún más rigurosa.

Se dirigió a Kumano, y en Nachi decidió recluirse. Como primera prueba ascética, Mongaku se encaminó hacia la famosa cascada de agua y se colocó bajo el torrente de sus aguas. Era el día diez del mes duodécimo y había nevado. El agua de la superficie estaba helada y en todo el valle no se escuchaba el sonido del cauce del agua. En las cumbres soplaba un viento gélido y toda la cascada se había convertido en un gran carámbano cristalino. El paisaje era níveo y en los árboles aún no podían verse los brotes.

Pero Mongaku se metió en el estanque helado que había bajo la cascada. Con el agua hasta el cuello, se puso a recitar la invocación budista a Fudō Myō. Permaneció allí tres o cuatro días. Al quinto, incapaz de aguantar más, se puso a flote. Sobre él se precipitaba el torrente de la cascada de varios miles de *shaku* de altura. ¿Podría permanecer mucho tiempo allí quieto? En un abrir y cerrar de ojos, su cuerpo fue arrastrado por la impetuosa corriente, a veces flotando, a veces sumergido entre escarpadas rocas, hasta llegar a una distancia de cinco o seis *chō* corriente abajo.

Apareció entonces un hermoso joven que, tomando a Mongaku de los brazos, pudo sacarlo del agua.

La gente, llena de asombro, hizo una hoguera para calentar el cuerpo del bonzo. La hora de la muerte de Mongaku no había llegado y no tardó en recobrar el aliento. Cuando recuperó la conciencia, abrió sus grandes ojos y con gran vehemencia exclamó:

—¡Había hecho el voto de permanecer bajo la cascada veintiún días recitando la oración a Fudō Myō treinta mil veces! Hoy es el quinto día. ¿Cómo es que alguien se ha atrevido a traerme hasta aquí cuando no han pasado ni siquiera siete días?

Ante la furia de sus palabras, que erizó los cabellos de todos los allí presentes, nadie osó decir una palabra.

Mongaku regresó al estanque de la cascada y nuevamente se dejó azotar por la violencia del torrente.

Al segundo día, aparecieron ocho jóvenes que intentaron sacarlo del agua, pero Mongaku se resistió con todas sus fuerzas. Al tercer día, la respiración le falló. Tal vez movidos por el deseo de no mancillar las aguas del estanque con la muerte, dos jóvenes de coleta atada con

un lazo bajaron al estanque. Con sus manos cálidas y perfumadas acariciaron el cuerpo de Mongaku, masajeándolo desde la coronilla de su cabeza hasta las puntas de los dedos de los pies, sin olvidar las palmas de sus manos. De esa forma, Mongaku recuperó el aliento y, como si despertara de un sueño, preguntó:

—¿Quiénes sois vosotros que tan compasivos os mostráis?

—Somos Kongara y Seitaka[25], mensajeros de Fudō Myō —contestaron los dos jóvenes—. Hemos venido por orden de nuestro soberano, que nos dijo: «Mongaku, por cumplir un voto, está realizando una prueba ascética de gran rigor. Id a ayudarle».

El monje les preguntó a gritos:

—Decidme, pues, ¿dónde se halla el gran soberano Fudō?

—Está en el cielo Tusita.

Con estas palabras los dos jóvenes se elevaron al cielo. Mongaku juntó sus manos y exclamó:

—¡El gran soberano Fudō conoce mi vida de mortificaciones!

Entusiasmado, volvió al estanque y se colocó nuevamente bajo el torrente de la cascada. Como ahora tenía la protección divina, su cuerpo no sentía el helado viento, y le parecía tibia el agua que bañaba su cuerpo. De esa forma, fue capaz de cumplir su voto de permanecer bajo la cascada veintiún días.

En Nachi permaneció mil días. Tres veces visitó Oomine y dos veces Kazuraki. Fue también a Kōya, Kokawa, Kinbu-sen, Shirayama, Tateyama, el monte Fuji, Togakushi en la provincia de Shinano, y Haguro en la de Dewa. Después de visitar todos esos lugares, sintió nostalgia de su tierra natal y regresó a la capital. Ya por entonces era un asceta conocido por sus mortificaciones y por la eficacia de sus oraciones, capaz incluso de hacer caer a los pájaros del cielo en pleno vuelo.

[25] Kongara es el dios de la sabiduría y Seitaka el de la riqueza. Son divinidades acólitas de Fudō-Myō.

CAPÍTULO VIII

LA INSTANCIA DE AYUDA DE COSTAS

Después, Mongaku prosiguió mortificando su carne en las asperezas del monte Takao. Había allí un templo llamado Jingo construido por Wake no Kiyomaro en los días de la emperatriz Shotoku[26]. Había pasado tanto tiempo desde la última reparación de Jino-ji que en primavera lo invadía la bruma y en otoño la niebla. La puerta, desvencijada por el viento, estaba cubierta de hojarasca muerta y hasta el altar estaba a merced de las lluvias y las nieblas. Ningún bonzo vivía allí, y sus únicos visitantes eran los rayos del sol y de la luna.

Mongaku pronunció la solemne promesa de restaurar el templo, se hizo con un documento de instancia de ayuda de costas y se dispuso a recorrer el mundo a fin de recaudar donativos para las obras de restauración. Con este fin, se presentó un día en el Palacio de Clausura del Emperador-monje, Goshirakawa. Deseaba recibir alguna contribución imperial, pero el Emperador, absorbido como estaba ese día en un certamen de música, no quiso recibirlo. Mongaku era por naturaleza un hombre osado y de carácter irascible. Enfurecido por el desaire y sin pensar en cometer una descortesía hacia Su Majestad, encaminó sus pasos al jardín interior del palacio para entregar su instancia. Una vez en el jardín, con voz atronadora dijo:

—¡Cómo siendo Su Majestad el hombre más misericordioso y clemente no me va a escuchar!

Abrió el documento de la instancia de costas y se puso a leer en voz alta:

26 Wake no Kiyomaro (733-799), un ministro leal a la Casa Imperial venerado como Go O-Dai Myōjin o «dios guardián de los emperadores». Shotoku reinó en 749-758 con el nombre de Kōken y, de nuevo, en 764-770. Fue la última de las emperatrices reinantes de Japón.

—Yo, Mongaku, *shami* budista[27], dirijo esta instancia con respeto y reverencia. Con el objeto de reconstruir el templo en la sagrada montaña de Takao, solicito óbolos de nobles y plebeyos, de clérigos y seglares. En un templo restaurado podré ofrecer oraciones, practicar devociones y obtener la gracia divina en este mundo y en el venidero.

La realidad de la Ley de Buda es infinitamente grandiosa. Pero los mortales entendemos mal esta ley, pues consideramos que Buda es una cosa y que los vivientes son otra. En verdad que la naturaleza real de la Ley de Buda ha sido velada por las espesas nubes del depravado pensamiento humano. Desde que está colgada en las cumbres de la cordillera de los Doce Eslabones[28], la luz de luna de la naturaleza de Buda se ha vuelto tan tenue que ha dejado de verse en el cielo de las Tres Virtudes y de los Cuatro Mandalas[29].

Es una pena que el sol radiante de Buda se haya ocultado tan pronto y que el laberinto de la vida y de la muerte haya quedado atrapado en la oscuridad de las tinieblas y que los humanos se hayan entregado al vino y a la lujuria. ¿Hay alguien capaz de humillarse y pedir perdón a Buda por este pecado[30] que es como la carrera de un elefante enfurecido o como los saltos de un simio enloquecido? En verdad que están deshonrando la Ley de Buda y deshonrándose a sí mismos y a los demás. ¿Cómo van a poder escapar al castigo y tormento de Emma?[31].

El que os habla, Mongaku, se sacudió las sandalias del polvo del mundo y se vistió el hábito negro del penitente. Pero aún así, en el

27 Un *shami* es el nombre sánscrito del asceta o bonzo entregado al ejercicio de austeridades.

28 Con la doctrina de los Doce Eslabones (*jūni-engi*) de causa y efecto se pretende mostrar en el budismo la relación causal entre ignorancia y sufrimiento, y su recorrido se extiende por el pasado, presente y futuro. Las tres virtudes son la naturaleza absoluta de Buda, la sabiduría y la libertad de los lazos de la ilusión y el sufrimiento.

29 Los cuatro mandalas son las imágenes y esculturas de budas y *bodisatva*, las imágenes de los medios y símbolos de los budas y los *bodisatva*, las imágenes que muestran los nombres y escritos de los budas y *bodisatva*, y las imágenes de las posturas y acciones de ellos.

30 «Pecado» en el sentido de ofensa o falta, sin la connotación cristiana de transgresión moral.

31 Divinidad hindú (en sánscrito *Yama*), absorbida en el panteón budista. Es el rey del mundo de los demonios que juzga a los muertos con un registro de sus actos y que determina los castigos y premios.

fondo de mi corazón, creciendo día y noche, respira y vive el pecado. Y mis oídos, día y noche, rechazan las palabras virtuosas. ¡Qué doloroso es tener que volver al fuego de los Tres Caminos Malvados[32] y permanecer atrapado en la rueda del sufrimiento de los Cuatro Nacimientos[33]!

En cada uno de los rollos, de los miles de rollos, en que está escrita la enseñanza budista, Sakyamuni nos ha enseñado el camino para convertirnos en Buda. No hay nadie que no pueda alcanzar la orilla de la Iluminación ya sea a través de la instrucción del momento, ya sea a través de la enseñanza de la Verdad Absoluta. Yo, Mongaku, después de verter tantas lágrimas por la doctrina budista que nos enseña el cambio de las cosas, he hecho un llamamiento a todos, nobles y plebeyos, clérigos y seglares, para que construyan un lugar sagrado y puedan renacer en la esfera más alta del paraíso. Takao es una montaña tan alta como el monte del Águila[34]. El silencio reina en sus grutas y valles, tan verdes por el musgo como las de la montaña Shang. Entre sus rocas se despeñan ruidosos los cristalinos manantiales y en las ramas de sus árboles chillan los alborotadores simios. Son parajes alejados de toda morada humana, ausentes de ruidos y libres de impurezas. Son lugares ideales para el culto y su posición es privilegiada. Buda sería adorado allí en perfecta paz. El donativo que pido es pequeño. ¿Quién no va a poder permitírselo? Sabemos que hasta los niños cuando juegan con la arena para construir una pagoda, consiguen la naturaleza de Buda. ¡Cuántos más méritos y gracias recibirá aquel que done una propiedad o algunas monedas! Rezo para que se cumpla mi voto de reconstruir el templo, para que la armonía y la prosperidad no abandonen jamás a la Casa Imperial, para que en la ciudad y en los pueblos, lejos y cerca, entre los nobles y los plebeyos, entre clérigos y seglares resuenen las alabanzas por el gobierno imperial como resonaron las alabanzas a los reinados de Gyo y de Shun, para que la paz impere y perdure tanto como la vida de las hojas de la gran came-

32 Son los tres caminos malvados de la existencia (*san-akudō*): el del infierno, el de los espíritus hambrientos y el de los animales.

33 Son (*shi-shō*) el nacimiento de un huevo, de un útero, de la humedad y por transformación.

34 La montaña Ryoju (Ryu-zan) o del Águila (*Grdrakuta*, en sánscrito) es donde Buda predicó el sutra del Loto.

lia que vive ocho mil años. Especialmente, hago votos para que los espíritus de los difuntos, los del pasado y los del futuro, los altos y los bajos, puedan subir al pedestal de la flor de loto del paraíso y recibir la misericordia divina del Buda de las Tres Reencarnaciones[35].

Tales son mis compromisos a cambio de vuestros óbolos y contribuciones. Tercer mes del tercer año de la era Jishō. Mongaku.

CAPÍTULO IX

EL DESTIERRO DE MONGAKU

El Emperador-monje escuchaba a Moronaga, ministro imperial, tocar el *biwa* y cantar con elegancia un *rōei*[36]. También Suketaka, el gran consejero de Azechi, marcaba los tiempos para entonar un *fuzoku* y un *saibara*[37]. Mientras, en los intervalos de estas melodías, Suketoku, capitán de los Establos Imperiales de la Derecha, y Morisada, el chambelán del cuarto rango, tocaban también el *biwa* y cantaban *imayō*.

De esa forma, tras las cortinas de brocado y piedras preciosas reinaba una gran animación. Hasta el Emperador-monje acababa de unirse al coro de voces y participaba en la fiesta. Fue en ese instante cuando la voz atronadora del asceta Mongaku, que leía su instancia, desentonó las melodías e hizo que los músicos perdieran por completo el ritmo.

—¿Quién es ése? —preguntó Su Majestad—. ¡Dadle en la cabeza y echadlo!

[35] El derecho, el servicio y la respuesta.

[36] Tipo de canción tradicional.

[37] *Fuzoku-uta* era una variedad de melodía cortesana especialmente popular en banquetes y acompañada de una especie de cítara. *Saibara,* literalmente «música de aparejar caballos», era una música de base popular que en los siglos del *Cantar* había adquirido carácter cortesano.

Y, al punto, un grupo de jóvenes guardias se precipitó fuera, donde estaba el asceta.

—¿Qué está haciendo Su Reverencia? ¡Qué locura! ¡Váyase de aquí ahora mismo! —le ordenó uno de los guardias, llamado Sukeyuki.

Pero Mongaku respondió:

—De aquí no me muevo hasta que Su Majestad no haga el donativo de una de las propiedades del Imperio para la reconstrucción de Jingo-ji en Takao-san.

Y se quedó donde estaba sin moverse. Sukeyuki levantó la mano para golpearlo en la cabeza, pero el bonzo se le adelantó y con el rollo en el que estaba escrita la instancia lo golpeó en la cabeza, tirándole al suelo el capirote que llevaba. Además, le propinó tal puñetazo en el pecho que lo derribó boca arriba. Sukeyuki, con el moño descubierto, subió avergonzado a la barandilla para escapar. Mientras, Mongaku había sacado de la escotadura de su hábito una daga, cuya hoja tenía un helado brillo y cuya empuñadura estaba trenzada con cola de caballo. Con ella se puso en guardia y amenazaba a quien se atreviera a acercársele. Se movía de un lado para otro con el rollo de la instancia en la mano izquierda y en la derecha la daga. Nadie esperaba este contraataque y había sido tan veloz que todos creían que Mongaku sostenía una espada en cada mano. Los nobles y cortesanos allí presentes estaban atemorizados. La música había cesado y en todo el palacio se produjo un gran alboroto.

—¿Qué pasa? ¿Qué podemos hacer? —exclamaban todos aturdidos.

En medio del alboroto se presentó uno de los criados del Emperador-monje, un samurái de la provincia de Shinano, llamado Migimune, que por entonces servía en la Guardia Imperial. Mongaku, al verlo con la espada desenvainada, se abalanzó sobre él. Pero Migimune, pensando que no merecía la pena derramar sangre, con el reverso de la espada le pegó un golpe seco en el brazo que sostenía la daga. El bonzo se estremeció por la violencia del golpe y el samurái aprovechó entonces para soltar su espada y agarrarse al cuerpo de Mongaku.

—¡Ya te tengo! —le dijo.

Pero Mongaku, pese a haber quedado atrapado por el samurái, seguía forcejeando y se agarró al brazo derecho de Migimune. Los dos eran hombres fuertes y, asidos uno a otro, se cayeron y rodaron por el

suelo. Uno y otro, alternativamente, se ponían encima y debajo. Finalmente, los guardias y cortesanos, que antes tenían miedo del bonzo, se lanzaron sobre ellos y consiguieron inmovilizar a Mongaku, quien, lejos de someterse, no cesaba de lanzar improperios e insultos. Lo sacaron fuera del palacio y lo entregaron a la guardia de las puertas. Ataron a Mongaku, pero este, puesto de pie, clavó los ojos con ira en el palacio y gritó:

—Puedo entender, Majestad, que no hayáis querido dar un donativo, pero me vengaré por haberme tratado con violencia. Habéis de saber que este mundo será consumido por el fuego, un fuego del que no escapará ni este palacio. Ahora os sentáis orgulloso en el trono de las Diez Virtudes, pero cuando os alcance la muerte y os embarquéis hacia el manantial amarillo, no podréis escapar a los carceleros del infierno, que tienen cabeza de buey y de caballo.

Profirió estas palabras con una voz atronadora y sin dejar de pegar saltos.

—Es un monje impío —decían todos. Y fue llevado a la cárcel.

A Sukeyuki, que había perdido su alto gorro en la refriega, no se lo vio durante un buen tiempo en palacio, de lo avergonzado que estaba. En cambio a Migimune, como premio por haber capturado al bonzo, lo nombraron asistente del capitán de los Establos Imperiales de la Izquierda, un título del tercer rango, pese a que otros muchos cortesanos lo precedían en antigüedad.

Poco después de ese incidente, falleció la emperatriz Bifukumon-In. Por esta razón se concedió una amnistía general y Mongaku fue liberado de la cárcel. Podía muy bien haber vuelto a su vida de mortificaciones en algún apartado lugar, pero, lejos de eso, Mongaku tomó de nuevo el rollo de la instancia y otra vez se puso a recorrer las ciudades para recaudar donativos. Además, predicaba cosas como:

—¡Ay, ay! ¡Que el mundo está sumido en el caos! ¡El Emperador y sus cortesanos serán destruidos!

Las autoridades, al conocer estos comentarios tan temibles, dijeron:

—No podemos dejar a este monje en la capital. Hay que mandarlo a una provincia remota.

Y decidieron desterrarlo a la lejana provincia de Izu.

Por aquel entonces, el gobernador de Izu era Nakatsune, hijo mayor de Yorimasa, el novicio del tercer rango. Este gobernador había ordenado que Mongaku fuera escoltado a lo largo de la ruta de Tokaidō por tres guardias hasta llegar a la provincia de Ise y, después, que continuara el viaje en barco. Los guardias le dijeron:

—Es costumbre de los suboficiales de la guardia, como nosotros, tratar con consideración al prisionero que sea de nuestro agrado. Deseamos haceros un favor. ¿Qué os parece, ahora que está de camino al exilio en una región lejana, escribir a algún amigo para que pueda enviaros comida o regalos?

—No tengo ningún amigo al que pueda pedir algo así —respondió Mongaku—. Aunque, ahora que lo pienso, sí que conozco muy bien a alguien que vive en Higashi-yama. Sí, le escribiré.

Los guardias le trajeron un papel de escaso valor para que escribiera. Pero Mongaku les dijo:

—¿Cómo voy a escribir en un papel como éste? —y lo tiró.

Le trajeron un papel más grueso y de mejor calidad. Mongaku les dijo riéndose:

—Bueno, no sé escribir. Escribid vosotros. —Y se puso a dictarles el siguiente texto:

«Yo estaba haciendo una colecta porque necesitaba dinero para reconstruir el templo Jingo, en el monte Takao, hasta que me crucé con el Emperador. No sólo no he logrado mi propósito, sino que he sido hecho prisionero y me han desterrado a la provincia de Izu. El camino es largo y me harán falta comida y algún regalo. Por favor, entrégaselo a los portadores de esta carta».

—Bien, pero ¿a quién dirigimos la carta? —preguntaron los guardias.

—La dirección es: «la diosa Kannon, templo de Kiyomizu».

—¿Os estáis burlando de nosotros? —preguntaron los guardias.

—De ninguna manera. La diosa Kannon es la única persona en quien tengo toda mi fe. ¿En quién más podría depositarla?

Tal fue la respuesta de Mongaku.

Se embarcaron en el puerto de Ano, de la provincia de Ise. Cuando llegaron a la bahía de Tenryu, frente a las costas de la provincia de Totomi, se levantó una fuerte tormenta con olas tan grandes que pa-

recían querer volcar la barca. El piloto y los marineros luchaban por controlar la situación, pero el viento y las olas eran cada vez más fuertes. Al darse cuenta de que no podían hacer nada, se pusieron a rezar. Unos invocaban a Kannon, otros recitaban las oraciones que se dicen a Amida Buda en el trance de la muerte. Mongaku, en cambio, dormía plácidamente y roncaba. Pero un sexto sentido le hizo despertar de repente. Se levantó bruscamente y se dirigió a la proa. Clavó la mirada en la costa y gritó con potente voz:

—¿Estás ahí, rey Dragón? ¡Eh, rey Dragón! ¿Estás ahí? ¿Qué motivo tienes para desear que naufrague un barco en el que viaja un monje que ha hecho un gran voto? ¡Rey Dragón, tendrás de inmediato un castigo divino si perseveras en tu intento!

Al instante, y tal vez por estas palabras, el viento y las olas se calmaron y el barco pudo llegar en calma a las costas de Izu.

Cuando Mongaku salió de la capital había hecho una promesa en el fondo de su corazón: «No volveré a la capital sin antes haber reconstruido Jingo-ji, en el monte Takao, y no me moriré hasta volver a la capital; si no cumplo esta promesa, que muera en el exilio».

Como parte de esta promesa, ayunó en los treinta días que duró el viaje hasta Izu. Los vientos no fueron favorables, por lo que el barco tuvo que navegar costeando. Pese a estas dificultades, Mongaku permaneció todo el tiempo animado y en el fondo del barco pasó mucho tiempo meditando.

¡Bien podéis pensar que este hombre no era un ser corriente!

CAPÍTULO X

EL EDICTO IMPERIAL DE FUKUHARA

Cuando llegó a Izu, Mongaku fue puesto bajo la custodia de un hombre llamado Kondō Shirō Kunitaka y lo llevaron a vivir a Nagoya, una aldea de las montañas. De vez en cuando, visitaba a Yoritomo, el antiguo alférez, que seguía desterrado, con quien departía y se conso-

laba hablando de asuntos del pasado y del presente. Un día Mongaku le dijo:

—De todo el clan de los Heike, Shigemori era el único que poseía un corazón noble y una sabiduría insondable. Pero tras su muerte, el octavo mes del año pasado, los Heike están condenados a perecer. De entre los Heike y los Genji nadie te iguala, Yoritomo. Por tu fisonomía, veo que serás un gran general. ¡Vamos! ¡Iza cuanto antes la bandera de la rebelión y enseñorea a todo el Japón!

Yoritomo le contestó:

—Sois un religioso venerable que se atreve a decirme cosas que a mí ni se me habían ocurrido. Mi insignificante vida fue salvada gracias a la intercesión de la difunta Ike-no-zenni[38]. En agradecimiento no pasa un día en que no rece el sutra del Loto por su salvación eterna[39].

Pero Mongaku insistía:

—Hay un proverbio chino que dice: «el cielo castiga al que rechaza sus dones». Si dejas pasar la ocasión, te ocurrirá un desastre. Puedes pensar que te digo estas cosas para probarte, pero, en señal de lealtad a tu persona, voy a enseñarte algo.

Y diciendo esto, sacó de la pechera de su hábito un envoltorio en paño blanco dentro del cual había una calavera.

—¿Qué es eso? —preguntó Yoritomo.

—Es la calavera de tu difunto padre, el antiguo capitán de los Establos Imperiales de la Derecha. Tras la Insurrección de Heiji su cabeza fue enterrada frente a la prisión, bajo el musgo. Nadie rezaba por su salvación, así que se me ocurrió pedir a los soldados que me entregaran la cabeza. Por espacio de diez años he ido con esta calavera colgada de mi cuello de montaña en montaña, de templo en templo, rezando por la salvación de tu padre. Estoy seguro de que ahora su alma se encuentra ya a salvo de esos largos sufrimientos. Ya ves que he sido yo quien ha servido fielmente al antiguo capitán.

[38] Era la segunda esposa de Tadamori y madre adoptiva de Kiyomori, el primer ministro y líder de los Heike. La indecisión inicial de Yoritomo de ir en contra del clan de los Heike es consecuencia de la gratitud que siente hacia esa mujer.

[39] El sutra del Loto, uno de los textos más importantes del budismo Mahayana, en el cual se afirma que todos los seres pueden alcanzar la budeidad. Su título original en sánscrito es *Saddharma-pundarika sutra*.

A Yoritomo le parecía una historia muy difícil de creer. Pero al oír hablar al monje con tanta compasión de su padre, la emoción le embargó el corazón hasta tal punto que no pudo evitar derramar lágrimas. Luego, se pusieron a hablar sin reservas.

—¿Cómo podré organizar una rebelión contra los Heike si ni siquiera tengo todavía un edicto imperial de indulto? —preguntó Yoritomo.

—Eso es fácil de conseguir —contestó el monje—. Yo mismo te lo traeré.

—¿Cómo vais a conseguirlo? Vos mismo estáis, como yo, condenado al destierro por orden imperial. ¡No seáis insensato, reverencia! ¡Decir que va a conseguir mi indulto cuando no tiene todavía el suyo...!

Mongaku contestó:

—Ya sé que pedir mi perdón sería un error, pero pedir el tuyo es muy fácil. No tendré ningún problema en conseguirlo. No tardaré ni tres días en llegar a Fukuhara, la nueva capital. En un día conseguiré el indulto. En total, no me harán falta más de siete u ocho días.

Tras decir esto, el monje se puso en camino. Regresó a Nagoya y anunció a sus discípulos que se disponía a pasar siete días de retiro en la montaña santa de Izu.

En realidad, Mongaku se dirigía a la capital, Fukuhara, a la que llegó en tres días, como había previsto. Una vez en la capital fue a ver al escribano Mitsuyoshi, anterior capital de la Guardia Imperial de la Derecha, con quien le unía un viejo lazo de amistad. Le dijo estas palabras:

—Yoritomo, el antiguo alférez de la Guardia Imperial, se encuentra desterrado en la provincia de Izu. Si se le indulta y recibe un edicto imperial, movilizará a sus soldados y partidarios de las ocho provincias para destruir a los Heike y restaurar la paz del Imperio.

—Va a ser difícil —dijo Mitsuyoshi—. Yo mismo me encuentro en una situación angustiosa. Ya he sido despedido de tres cargos que tenía en la Corte. Además, el mismo Emperador-monje se encuentra confinado. De todos modos, intentaré acercarme a él y se lo pediré.

Cuando Mitsuyoshi habló en privado con el Emperador-monje y le comunicó la petición, el soberano mandó dictar de inmediato el

edicto. Mongaku, al recibirlo, se lo colgó del cuello y tres días después ya estaba de regreso en Izu.

Entretanto, Yoritomo estaba intranquilo y pensaba:

–¡Ay, ese bonzo cometerá alguna indiscreción! He hecho mal en confiarme a él. ¿Qué nuevo desastre caerá sobre mí?

Estando en esto, se presentó Mongaku. Era el octavo día de su partida, la hora del caballo (mediodía).

–Aquí tienes el edicto imperial –le dijo sin más, y le entregó el augusto documento.

Yoritomo, cuando oyó las palabras «edicto imperial», se llenó de admiración. Se lavó las manos, se enjuagó la boca, se tocó con un gorro nuevo de laca y con un kimono blanco de gala. Después hizo tres postraciones en señal de respeto ante el edicto, lo tomó con sus manos, lo abrió y leyó estas palabras:

«En los últimos años, los Heike han gobernado a su antojo y con menosprecio a la Casa Imperial. Han destruido la Ley Budista y se han arrogado la autoridad imperial. Pero he aquí que desde la eternidad, el nuestro ha sido el país de los dioses. Por todas partes hay santuarios dedicados a nuestros ancestros. Sus virtudes han sido veneradas de generación en generación y los dioses siempre están entre nosotros. Desde la fundación de nuestra augusta dinastía, hace más de mil años, todo intento de torcer el gobierno imperial y destruir el país ha estado condenado al fracaso.

Ahora, con la ayuda de los dioses y la autoridad del presente edicto, te ordeno que derrotes a la estirpe de los Heike y aniquiles a los enemigos de la Corte Imperial. Eres el vástago de un linaje de guerreros. La tradición marcial de los Genji y el apoyo del leal espíritu de tus antepasados a nuestra augusta Casa te asistirán en tu noble empresa, de la que esperamos que salgas victorioso para lavar la honra de tu familia[40].

Queda constancia de la autenticidad de este edicto dictado por Goshirakawa, emperador.

El día catorce del séptimo mes del cuarto año de la era de Jishō.

40 Debido a la muerte ignominiosa de su padre, acusado de traición y ejecutado tras la Insurrección de Hōgen treinta años antes.

Siendo escribano Mitsuyoshi, antiguo capitán de la Guardia Imperial de la Derecha».

Según cuentan, Yoritomo llevaba siempre este edicto guardado en una bolsa de brocado que colgaba de su cuello, también lo llevaba en la batalla de Ishibashi-yama.

CAPÍTULO XI

EL RÍO FUJI

Mientras, en la corte de Fukuhara había tenido lugar el Gran Consejo Imperial de la Corte, en el que se llegó a la decisión de enviar con toda urgencia un ejército contra Yoritomo, antes de que tuviera tiempo de reunir tropas. El ejército lo formaron más de treinta mil soldados a caballo, al frente de los cuales iba, como general en jefe, Koremori, capitán medio del tercer rango. Su asistente era Tadanori, gobernador de Satsuma. El día dieciocho del noveno mes salieron de la capital nueva, y el día siguiente, el diecinueve, llegaron a la antigua. Un día después, sin pérdida de tiempo, se encaminaron hacia las provincias del este.

Koremori, capitán medio, tenía a la sazón veintitrés años. Tal prestancia despedía su persona y tan pulcro era su aspecto que no habría pintor en el mundo capaz de hacerle justicia. Sus escuderos cargaban con un arca china, en la que portaban la armadura heredada de sus antepasados, la que recibe el nombre de *karakawa*. Su traje de viaje consistía en una túnica de rojo brocado sobre la que llevaba una coraza anudada con cordones de seda de color verde glauco. Su montura era un caballo destrero, tordo rodado, con silla engastada en oro. Por su parte, Tadanori, el gobernador de Satsuma, iba con una túnica de color azul celeste, y sobre ella había ajustado una coraza anudada con cordones de seda negra. Montaba un robusto caballo negro azabache sobre una silla de laca con acabados de oro. ¡Qué magnífica vista era aquella! Los caballos con sus sillas, las corazas, los yelmos, los arcos,

las flechas, las espadas..., ¡cómo refulgían espléndidamente y qué conjunto tan vistoso y espléndido formaban todas aquellas tropas!

Tadanori, el gobernador de Satsuma, había sido varios años un asiduo visitante de cierta mujer, hija de una princesa. Un día en que fue a verla, se la encontró entretenida con la visita de una señora de la alta nobleza con la que llevaba largo rato conversando. Había anochecido, pero la visitante no daba muestras de marcharse. Tadanori, que aguardaba bajo la cornisa de la alcoba de su dama, sacó el abanico y, presa de la impaciencia, se puso a agitarlo bruscamente. Su dama, que desde dentro oyó el sonido del abanico, murmuró entonces con gracia exquisita estos dos versos de un famoso poema:

En el inmenso campo
zumban insectos.

Tadanori dejó de abanicarse y se alejó del lugar. Cuando volvió más tarde, su dama le preguntó:

—¿Por qué dejaste de abanicarte antes?

A lo que Tadanori respondió:

—Porque alguien se quejó de que era molesto.

Otro día, esta mujer le envió, como regalo de viaje, un kimono de mangas estrechas[41] junto con un poema para expresarle su pesar por su partida a un lugar tan lejano.

Tus mangas húmedas
por separar rocíos
de altas hierbas
menos estarán que estas
mías, tristes por tu ida.

Él le respondió con otro poema:

Amor, no llores
por tal separación,

41 Un kimono de mangas estrechas, literalmente de «mangas de tubo» (*tsutsu sode*), era usado por hombres y mujeres como ropa de viaje o de trabajo. Que una mujer regale un kimono, hecho por ella misma, a un hombre representa una expresión de singular afecto.

pues tal camino
al este lo franquearon
huellas de mis ancestros.

Sin duda que el último verso, «huellas de mis ancestros», lo compuso Tadanori al recordar que Sadamori, un general de los Heike, emprendió una vez la ruta del este para someter al rebelde Masakado. ¡Qué gran acierto tuvo en este verso!

En el pasado, cuando un general partía de la capital para emprender una campaña militar de sometimiento a los enemigos de la Corte, se le exigía que compareciera en palacio para recibir la espada o bastón de mando. En esta ceremonia, el Emperador abandonaba los recintos de Shishi-den por una escalinata flanqueada por los guardias, mientras dos ministros supervisaban el acto dentro y fuera del palacio. Después tenía lugar un banquete al que asistían los nobles por encima del sexto rango. El momento culminante de la ceremonia era la entrega solemne que realizaba el Emperador del bastón o espada de mando al capitán general de la campaña y a su asistente.

Pero tal ceremonia, que databa de las eras de Shohei y Tengyo[42], parecía demasiado lejana para ser reproducida con fidelidad en estos tiempos. Así, esta vez, a imitación de cuando el gobernador de la provincia de Sanuki, Masamori, se fue de campaña a la provincia de Izumo para someter al antiguo gobernador de Tsushima, Yoshichika, a Koremori tan sólo se le entregó una campanilla. Koremori la metió en una bolsa de piel que dio a un oficial para que la llevara colgada del cuello[43].

Antiguamente, el general que partía de la capital con la misión de someter a los enemigos de la Corte juraba el cumplimiento de tres promesas. Una era que debía olvidar su casa cuando recibía el bastón de mando. La segunda, que debía olvidar a su esposa y a sus hijos cuando salía de su casa. La tercera, que debía olvidarse de sí mismo cuando luchaba con el enemigo. ¡En verdad que era conmovedor sa-

[42] Las dos eras en que reinó el emperador Suzaku (930-946), es decir, unos doscientos cincuenta años antes de los sucesos narrados.
[43] Esta campanilla se usaba en los ejércitos imperiales de Japón para reclutar con su sonido a voluntarios y dueños de caballos.

ber que ahora Koremori y Tadamori iniciaban la campaña militar con estas promesas fijas en sus corazones!

El día veintidós del mes noveno, el Emperador abdicado, Takakura, realizó una nueva peregrinación a Itsukushima, provincia de Aki. Ya en el tercer mes había ido al mismo santuario, y era tal vez ésa la causa de que, desde aquel primer viaje hasta ahora, la paz hubiera reinado en el Imperio y el pueblo hubiera disfrutado de bienestar. Sólo la rebelión del príncipe Mochihito había interrumpido esa paz y había sumergido el país en el caos y a los hombres en la confusión. Pero el Emperador deseaba restablecer la paz y decidió ir a rezar por ella y por la recuperación de su salud. El punto de partida fue esta vez Fukuhara, pues a Su Majestad no le importaba el rigor de un viaje por tierra. Él mismo escribió la plegaria que habría de pronunciar en el santuario y le pidió al regente, Motomichi, que la pasara a limpio. Éstas eran las palabras:

«Dicen que la luz de la verdad se asemeja en su claridad y altura a la luz de la luna cuando está llena en su decimocuarta o decimoquinta noche. Profunda es la sabiduría de la divinidad de Itsukushima, tan profunda como el viento alterno del *ying* y el *yang*. En su santuario no cesan las voces de entonar plegarias ni dejan de producirse innumerables milagros. Las elevadas cumbres que ciñen su sagrado emplazamiento son el símbolo de la eminencia y grandiosidad de la compasión de la divinidad. El vasto océano que a sus pies se extiende representa la profundidad e inmensidad de los votos de la diosa.

Dígnate prestar ahora oídos a la plegaria de este hombre que, al principio, disfrutaba del honor de ocupar el trono imperial. Desde entonces, he aprendido las enseñanzas de Lao Tse[44] y he gozado de la placidez de la vida de palacio. En otra ocasión, acudí a postrarme ante Ti, en el santuario sagrado de esta remota isla, con el corazón purificado buscando tu compasión divina. Recé y recé hasta que mi cuerpo

[44] Lao Tse, en *pinyin* Laozi, que vivió en el s. VI a. C., el primer filósofo del taoísmo chino y probable autor del *Tao Te Ching*. Era considerado una divinidad por el pueblo, tanto en China como en Japón, y venerado como ancestro de la casa imperial china en la dinastía Tang (618-907).

se empapó de sudor. Recibí entonces en el interior del santuario, como respuesta a mi plegaria, un oráculo divino que quedó bien grabado en el fondo de mi corazón. Se me advertía que extremara las precauciones entre fines de verano y comienzos de otoño. Pero, de hecho, caí enfermo en esa época del año y el tiempo pasó sin que mi mal encontrara ni cura ni remedio. Con el paso de los días, empecé a percibir con claridad tu respuesta a mis plegarias. Ordené que fueran realizados conjuros y que se oficiaran ritos, pero la angustia de mi mal no desaparecía. Comprendí entonces que debía reforzar mi fe en Ti y realizar otra peregrinación a tu casa de Itsukushima con el corazón sincero.

He viajado en medio de gélidas ventiscas que no me han dejado conciliar el sueño. En el viaje mis ojos miraban los desconocidos caminos perdidos en la soledad y envueltos en la pálida luz del otoño. Ahora que por fin me hallo postrado ante Ti, después de haberme purificado, te ofrezco una parte del sutra del Loto copiada en tinta negra sobre papel de color, los dos sutras de Amitartha y de Fukenkan, un libro del sutra de Amida y otro del sutra de Hannyashin, y el sutra de Daibahon escrito de mi puño en letras de oro.

Aquí, a la sombra de encinas y verdes pinos, sembraré las semillas de la compasión y la benevolencia. Aquí, confundida con el fragor de las olas, mi voz entonará las preces budistas. Heme aquí, a mí, que no soy más que un discípulo de Buda, que hace ocho días abandoné los aposentos imperiales, que, ignorando los cambios de las estaciones, dos veces he peregrinado a tu santuario. He llegado movido por la añoranza de las olas del mar del oeste que te bañan. He llegado consciente de la fuerza del lazo que a este sagrado santuario de Itsukushima me ata.

No son pocos los que por la mañana acuden ante Ti para rezar; mucho más son los que acuden por la tarde. A pesar, sin embargo, del número de peregrinos, nunca supe de ningún emperador que acudiera ante Ti, salvo mi padre, el emperador Goshirakawa. En mi indignidad de discípulo suyo y de uno más de los numerosos peregrinos que vienen a rendirte homenaje, me postro ante Ti. El emperador Wu, de la dinastía china de los Han, era incapaz de distinguir los rayos de Buda de los rayos del claro de luna del Monte Sung. Y hasta los seres

celestiales eran incapaces de rezar a Buda a causa de las nubes que les ocultaban el Paraíso de la Eterna Juventud[45].

Levanto mi mirada al cielo y te imploro, oh diosa; me postro en el suelo y entono el sutra del Loto. Acepta esta plegaria, fruto de mi devoción, y dame a cambio la bendición de tu respuesta.

El día veintiocho del noveno mes del cuarto año de la era de Jishō.

El Emperador abdicado».

Entretanto, el ejército de los Heike había salido de la capital de las nueve puertas y estaba en camino, por la ruta de mil leguas, hacia las regiones del mar del este. No había certeza de que sus soldados fueran a volver con vida. A veces acampaban en el llano, en medio de la espesa niebla, a veces dormían sobre el lecho del musgo de las altas cumbres. Atravesaron valles y montañas. Vadearon ríos y arroyos. Pasaban los días.

Por fin, el día dieciséis del décimo mes llegaron al puesto fronterizo de Kiyomi[46], en la provincia de Suruga. Cuando salieron de la capital, sumaban treinta mil hombres a caballo, pero ahora, con las incorporaciones recibidas en ruta, alcanzaban los setenta mil jinetes. La vanguardia avanzó a Kambara y a las orillas del río Fuji, mientras que la retaguardia se quedó esperando en Tegoshi y Utsunoya[47].

Koremori, el capitán medio, mandó llamar al general Tadakiyo, gobernador de Kazusa, y le preguntó:

–Estoy pensando atravesar el monte Ashigara y buscar batalla en Bando. ¿Qué te parece?

–Señor, cuando salimos de Fukuhara –le contestó Tadakiyo–, el primer ministro ordenó a su señoría que se dejara guiar por mí en todas las cuestiones de estrategia. Sabemos que a Yoritomo lo apoyan todos los soldados de las ocho provincias del este. Debe sumar, por tanto, más de cien mil jinetes. Nosotros solamente contamos con setenta mil hombres a caballo reclutados de todas las provincias. Tanto

45 Este paraíso, llamado Horai y localizado en una isla al este de China, era un lugar mitificado por antiguos filósofos chinos. Algunos han sugerido que podría tratarse del archipiélago japonés.

46 La actual ciudad de Okitsu, Ihara-gun, prefectura de Shizuoka.

47 Emplazamientos de la prefectura actual de Shizuoka.

nuestros caballos como nuestros hombres están cansados después del largo viaje. Tampoco hay señales de que las tropas de refuerzo de Izu y Suruga se pongan de nuestro lado. Será mejor, señor, esperar aquí en el río Fuji hasta que nos lleguen refuerzos.

Koremori no tuvo más remedio que aceptar el consejo de su general.

Por su parte, Minamoto Yoritomo, el desterrado de Izu, había cruzado el monte Ahigara y llegado al río Kise, en la provincia de Suruga. Los guerreros del clan de los Genji que vivían en las provincias de Kai y Shinano galoparon a ese lugar para unirse a él. En la llanura de Ukishima[48] se hizo alarde de las tropas reunidas, que sumaban más de doscientos mil guerreros a caballo.

Ocurrió, sin embargo, que un criado de Satake no Tarō, uno de los samuráis de los Genji de la provincia de Hitachi, cuando se dirigía a la capital con un mensaje de su señor, fue interceptado por el general Tadakiyo, que encabezaba la vanguardia del ejército Heike. Cuando Takakiyo leyó la carta que llevaba el mensajero, se dio cuenta de que no era más que una carta dirigida a una mujer. Juzgó que no había inconveniente en dejarle seguir su camino y le devolvió la carta. Pero antes de dejarle marchar, le preguntó:

–Dime, ¿con cuántos soldados cuenta Yoritomo?

–En los ocho o nueve días que llevo de camino, en los montes y valles, campos y ríos, no he visto más que soldados de Yoritomo. Están por todas partes. Yo sé contar hasta cuatrocientos o quinientos, o incluso hasta mil, pero no más. No sé si esto será mucho o poco, señor, pero un hombre que vi ayer en Kisegawa me dijo que eran más de doscientos mil.

Tadakiyo pensó: «¡Ah, no hay cosa peor que la calma de un capitán general! Si hubiéramos salido sólo un día antes, habríamos cruzado ya el monte Ashigara, estaríamos en las ocho provincias del este y habríamos llegado a Bandō. Entonces, el clan de Hatakeyama y los hermanos Oba se habrían puesto de nuestro lado. No habría habido árbol ni hierba que no inclinara su cabeza a nuestro paso».

Pero ya era tarde para lamentarse.

48 Entre las actuales Numazu y Yoshiwara.

El capitán medio Koremori mandó llamar a Sanemori, del clan de Saitō. Era natural del poblado de Nagai y conocía bien el terreno de estas provincias.

—Bien, Sanemori —le dijo—, dime ¿cuántos hombres hay en las ocho provincias del este capaces de tensar un arco tan fuerte como el tuyo?

Sanemori se echó a reír y contestó:

—Ya veo que su señoría me toma por un gran arquero, ¿verdad? Pero debe saber que las flechas que yo uso no miden más de trece cuartas de largo. Además, en esas provincias hay muchos hombres que son tan buenos arqueros como yo, capaces de disparar flechas incluso más largas. No se le puede llamar a nadie «un gran arquero» a menos que sea capaz de utilizar flechas de hasta quince cuartas. Un gran arquero es el que puede tensar un arco que normalmente sólo tensan juntos cuatro o cinco hombres fuertes. La flecha disparada por un arco así puede atravesar con facilidad dos o tres armaduras superpuestas. En estas tierras todos los señores de la guerra tienen como mínimo quinientos hombres a caballo. Estos hombres, una vez que cabalgan ya no desmontan ni se caen por muy áspero y pedregoso que sea el terreno. Cuando están en el campo de batalla, ya se les puede decir que su padre o su hijo ha caído muerto, que no les importa; antes bien, saltarán sobre su cadáver y seguirán luchando.

En cambio, los guerreros de las provincias del oeste son muy diferentes. Cuando se enteran de que su padre ha muerto, el hijo ya no regresa al campo de batalla sin antes asistir a los funerales y cumplir el período de luto. Y si es un hijo quien se les muere, lloran hasta arrasarse en lágrimas y no vuelven a empuñar las armas. Si se les acaba el arroz, dejan las armas y plantan arroz en la primavera. Sólo vuelven a las armas después de la cosecha del otoño. Cuando están de campaña militar, si es en verano, se quejan de que hace mucho calor; si es invierno, de que hace mucho frío. Pero estos otros, los de las provincias del este, ¡qué distintos son!

Los hombres de Genji naturales de las provincias de Kai y Shinano conocen estas tierras como la palma de sus manos. Sin que nos demos cuenta, nos pueden envolver desde las planicies que hay al pie del monte Fuji y colocarse a nuestras espaldas.

No es que quiera alarmaros, señoría, con esto que os cuento, sólo quiero avisaros. Además, como dicen, una batalla no se gana con un número alto de hombres, sino con una buena táctica. En cuanto a mí, no pienso volver a la capital con vida después de la batalla que vamos a librar.

Así habló Sanemori. Los guerreros de Heike que había por allí temblaban al escucharlo.

Llegó el día veintitrés del décimo mes. Los dos bandos, separados por el río Fuji, habían determinado que a la mañana del día siguiente comenzaría el cruce de flechas que daría inicio al combate. Por la noche, los Heike divisaron las posiciones de los Genji y vieron fogatas a lo lejos. En realidad, esas hogueras no eran de los soldados, sino de los plebeyos y campesinos que, huyendo de sus poblados por miedo a la batalla próxima, habían encendido fuego para hacerse la cena. Las habían prendido o bien en los montes o bien en los barcos en los que esperaban escapar más fácilmente por el río y el mar. Pero el miedo, metido en los cuerpos de los guerreros de los Heike, les hacía decir:

—¡Oh! ¡Qué sinfín de hogueras hay en el campamentos de los Genji. Se diría que todo el campo, los montes, el mar y el río es un inmenso campamento enemigo. ¿Qué podemos hacer?

A medianoche, de repente, una gran bandada de aves acuáticas levantó el vuelo en el pantano de Fuji. Batían las alas con tal vigor y estruendo que el ruido se asemejaba al de un tifón o un trueno. Al oírlo, los soldados de Heike gritaron:

—¡Atención! ¡Nos ataca el gran ejército de Genji! Nos van a envolver, como nos avisó Sanemori. Si nos rodean, nada podremos hacer. ¡Retirada! Hay que retroceder y apostarse en línea, a lo largo del río Owari, en Sunomata, donde podremos defendernos.

Y, sin ni siquiera recoger sus pertenencias, echaron a correr. Tal era la precipitación de su huida que unos que cogían el arco, olvidaban de llevarse las flechas, y otros que cogían las flechas, olvidaban de llevarse el arco. Unos se montaban en los caballos de otros; otros se montaban en los caballos de unos. Unos querían salir corriendo en caballos atados; otros cabalgaban en círculo alrededor de la estaca en la que estaba atado el caballo. Había también mujeres de la vida que eran naturales de los poblados vecinos, invitadas por algunos guerre-

ros, y que gritaban horrorizadas al verse zarandeadas por el tumulto o golpeadas en la cabeza o pisoteadas en las caderas.

Hacia la hora del conejo del siguiente día (seis de la mañana), más de doscientos mil jinetes de Genji avanzaron todos juntos hasta la orilla del río Fuji y profirieron tres veces tales gritos de guerra que retumbaba el cielo y temblaba la tierra.

CAPÍTULO XII

LA DANZA DE LOS CINCO MOVIMIENTOS

En el campamento de los Heike reinaba el silencio. Los Genji enviaron varios hombres para inspeccionar. Cuando volvieron, unos trajeron armaduras abandonadas y otros cortinajes. Y anunciaron:

—Han huido todos. En el campamento no se oía ni el vuelo de una mosca.

Yoritomo bajó del caballo, se quitó el yelmo y, después de lavarse las manos y enjuagarse la boca, se postró de rodillas mirando a la capital y exclamó.

—No por mis méritos, sino por la gracia del gran *bodisatva* Hachiman hemos conseguido esta victoria.

Como se trataba de territorios conquistados, procedió al reparto de tierras. A Tadayori le concedió la provincia de Suruga y a Yoshisada la de Totomi. Pudo ir tras sus enemigos y acabar con ellos, pero Yoritomo, teniendo en cuenta la inseguridad de su retaguardia, determinó retirarse de Ukishima-ga-hara y volver a Sagami.

Las mujeres de la vida que trabajaban en las posadas de los caminos se reían y exclamaban:

—¡Qué ridículo! ¿No le da vergüenza a un gran general como él retirarse sin haber disparado una sola flecha? Para cualquier hombre es una deshonra huir del campo de batalla sólo al ver al enemigo. Pero todavía es más deshonroso lo que han hecho los Heike: salir corriendo sólo al oír un ruido.

Y se reían a carcajadas. Compusieron también letras y epigramas sobre este episodio. Satirizando a Munemori como al gran guardián de la capital, a Koremori como el gran pilar de una casa y al clan Heike como una casa sin pisos[49], decían:

El gran guardián
está desesperado:
se le ha caído
el pilar de una casa
que no tiene pisos.

Y también:

Los Heike de Ise
con más rapidez corren
que las agua que
saltan entre las rocas
del río Fuji.

De Tadakiyo en particular, por haber arrojado su armadura al río Fuji, se burlaban con estos versos:

¡Ah, Tadakiyo,
que huyendo tiraste al
río las armas!
¡De negro hábito vístete
solo y ora por tu alma![50]

Tadakiyo huye
a galope tendido.
De Kazusa son
los hermosos arreos
de su tordo rodado[51].

[49] Es un juego de palabras. Munemori se escribe con ideogramas que pueden leerse también con el significado de «el guardián del tejado», Koremori como *suke,* es decir, «pilar» o «ayuda», y Heike como *hiraya* o «casa de una planta».
[50] La palabra «Tadakiyo» también puede significar «vístete solo».
[51] Kazusa, de donde era gobernador Tadakiyo, era una región célebre por la hermosura de arreos y jaeces.

El día ocho del mes undécimo, el general Koremori llegó a la nueva capital, Fukuhara. La cólera del primer ministro era previsible. Ordenó furioso:

–¡A Koremori que se le destierre en Kikai-ga-shima! ¡A Tadakiyo que se le condene a muerte!

El día nueve del mismo mes, tanto los samuráis jóvenes como los veteranos de los Heike se reunieron para tratar de la pena de muerte que debía aplicarse a Tadakiyo.

–Sabemos que Tadakiyo es un hombre que nunca ha cometido ningún error hasta ahora –dijo Morikuni, capitán de los Establos Imperiales–. Recuerdo que cuanto tenía dieciocho años, dos bandidos, conocidos como los más temibles de las cinco provincias, iban huyendo y se escondieron en la Sala del Tesoro del palacio de Toba. Nadie se atrevía a acercarse para capturarlos. Sólo Tadakiyo saltó el muro a plena luz del día, mató a uno y capturó al otro. Eso le otorgó una gran fama, de la que disfrutó en los años siguientes. El error que esta vez ha cometido es algo excepcional en él. Mejor que castigarlo, más nos vale rezar de todas las formas posibles para que la paz venza a la guerra.

El día diez, Koremori fue elevado a la dignidad de capitán general de la Derecha. La gente lo comentaba en voz baja:

–¿A qué viene este ascenso? ¿No era el general encargado de vencer a los Genji y no ha hecho nada?

Años atrás, Sadamori, de los Heike, y Hidesato, de los Fujiwara, tras recibir un edicto imperial, partieron al este para subyugar a Masakado. Pero derrotar a Masakado no resultó tarea fácil. Ante esto, el Gran Consejo Imperial determinó despachar refuerzos militares para destruir a Masakado. Fueron enviados Tadafun, ministro de Justicia de Uji, y, como asistente suyo, Kiyohara no Shigefuji. Mientras acampaban en Kiyomi, provincia de Suruga, Shigefuji dirigió su mirada hacia el océano que se extendía al infinito y se puso a recitar con voz resonante el siguiente poema chino:

En el frío de las olas se refleja el brillo
de las antorchas de los barcos de pesca.
Y el sonido de los cascabeles de los viajeros
resuena en la noche por los montes.

Tadafun, conmovido por la poética profundidad de esos versos, derramó lágrimas de emoción.

Pero entretanto, Masakado había sido finalmente derrotado por Sadamori y Hidesato. Cuando éstos volvían con la cabeza de Masakado como trofeo, se encontraron con las tropas de refuerzo, y decidieron regresar a la capital todos juntos.

Sadamori y Hidesato fueron honrados y premiados. En el Gran Consejo Imperial, sin embargo, se debatía si también había que premiar a Tadafun y a Shigefuji. El príncipe Morosuke, ministro de la Derecha, habló así en el consejo:

—A la vista de que el primer ejército tuvo dificultades para subyugar a Masakado, Tadafun y Shigefuji recibieron el edicto imperial para ir en su ayuda. Pero antes de que llegaran, Masakado, el enemigo del Imperio, ya había sido aniquilado. Por lo tanto, merecen igualmente ser premiados.

Pero el regente del Imperio, que a la sazón era el príncipe Saneyori, rechazó esta propuesta diciendo:

—No debemos premiarlos, pues está escrito en el *Raiki* chino[52]: «Ante la duda, abstente».

De esa manera, se decidió no gratificar a Tadafun ni a Shigefuji. El primero de éstos, resentido, tomó la resolución de no tomar alimento hasta dejarse morir. Y antes de morir dijo:

—Los descendientes de Saneyori serán lacayos, pero de los de Morosuke mi espíritu será su eterno guardián.

Lo cierto es que, desde entonces, los descendientes de Morosuke disfrutaron de gran prosperidad, mientras que la estirpe de Saneyori, lejos de prosperar, muy pronto se extinguió sin descendencia.

Pues bien, volviendo a nuestra historia, sabemos que el cuarto hijo de Kiyomori, el llamado Shigehira, fue nombrado teniente general de la Guardia Imperial de la Izquierda.

El día trece del mes undécimo del mismo año, finalizó la construcción del Palacio Imperial de Fukuhara; y a él fue trasladado el Emperador. Normalmente la festividad de Agradecimiento por las nuevas

52 El *Raiki* o, en chino, *Li Chi* es el *Libro de los Ritos,* una de las cinco obras clásicas del confucianismo chino en la época Heian en Japón.

cosechas debiera haber acompañado a este augusto aposentamiento, pero ese año no se celebró.

Según la tradición, esta gran fiesta debe tener lugar a finales del décimo mes. Empieza con la peregrinación imperial al río Kamo, donde tiene lugar el rito imperial de la purificación. Después, en la llanura que se extiende al norte del Palacio Imperial se construye un santuario. Se prepara la indumentaria religiosa y los objetos sagrados necesarios para la festividad. Enfrente del palacio de Daikoku, en el camino llamado «Cola de Dragón», se levanta entonces el palacio de las Abluciones, en donde el Emperador realiza los ritos de purificación. Cerca de allí se construye el palacio del Agradecimiento, donde tiene lugar el banquete ritual de la abundancia durante el que se celebran actuaciones sacras y profanas. En el palacio de Daikoku tiene lugar la ceremonia de entronización del soberano, se interpreta música sacra en la sala Seishō y, finalmente, tiene lugar el banquete en la sala Buraku. Sin embargo, en la nueva capital Fukuhara no había ningún palacio de Daikoku, ni siquiera una sala digna donde celebrar la entronización, ni una sala Seishō, ni lugar donde tocar música sacra. Tampoco había una sala como la de Buraku o una apropiada para celebrar el banquete de Agradecimiento. El Gran Consejo Imperial, por tanto, determinó que ese año se celebrara tan sólo la Danza de los Cinco Movimientos y el banquete de Agradecimiento por la nueva cosecha. Pero incluso este banquete hubo de ser celebrado en el santuario de la antigua capital. En cuanto a la Danza de los Cinco Movimientos, si deseáis saber su origen, os lo diré.

Fue hace mucho, en los tiempos del emperador Kammu[53]. Una noche, en que brillaba una luna blanca y soplaba un fuerte viento, este soberano estaba tocando plácidamente el *biwa* en el palacio de Yoshino. Entonces, descendió de repente una doncella celestial que, mostrándose ante el Emperador, ondeó las mangas de su vestido. Las ondeó cinco veces, y así fue como nació la Danza de los Cinco Movimientos.

[53] Reinó del 781 al 806.

CAPÍTULO XIII

EL REGRESO A LA ANTIGUA CAPITAL

El traslado de la capital era una fuente de disgustos y lamentos para la Corte y el pueblo. De todos los santuarios y templos, desde el de Enryaku-ji y el de Kōfuku-ji, llegaban quejas sobre la improcedencia del traslado. Tantos fueron los lamentos y tantas las quejas, que la voluntad del primer ministro, que era ley, se ablandó. Así, un día ordenó:

—Está bien. Volvamos a la antigua capital.

Al conocerse esta decisión, una sacudida pareció agitar a la capital.

El día dos del duodécimo mes, se iniciaron precipitadamente los preparativos para el regreso a la antigua capital. Fukuhara, la nueva capital, se hallaba en un alto, al norte del cual se alzaban altas montañas y al sur el terreno descendía hasta el mar. En ningún momento cesaba el bramido de las olas y el viento soplaba con fuerza.

El emperador abdicado, Takakura, que padecía constantemente problemas de salud, abandonó Fukuhara con rapidez. Apresuradamente lo acompañaron todos los nobles, desde el regente y canciller hasta la totalidad de los cortesanos de rango más bajo. También Kiyomori y otros dignatarios de Heike se apresuraron a ir con ellos.

¿Quién iba a permanecer más tiempo en una capital como ésa, con tantas incomodidades?

Desde que tuvo lugar el traslado de la capital en el sexto mes hasta ahora, la gente había improvisado casas y había transportado sus pertenencias en barcos. Pero ahora, que debían mudarse otra vez y tan repentinamente, fueron muchos los que no pudieron llevarse todo y regresaron a la vieja capital dejando atrás sus posesiones. Los que carecían de techo, buscaron un lugar para vivir en Yahata, Kamo, Saga, Uzamasa, Nishi-yama y Higashi-hama. Entre estas personas sin casa había miembros de familias nobles y ricas que tuvieron que dormir en las galerías y en las salas de oraciones de templos y monasterios.

Si os he de decir la verdad del cambio de capital, habréis de saber que la antigua capital, Heian, se hallaba demasiado cerca de los templos de Enryaku y Kōfuku, en el monte Hiei y en Nara, respectivamente. Los bonzos de estos templos, alborotadores y díscolos como eran, bajo cualquier pretexto se lanzaban contra la antigua capital llevando sobre sus hombros los sagrados palanquines y el árbol sagrado de Kasuga. Por esa razón y para evitar disturbios, Kiyomori decidió el traslado, ya que sabía que llegar a Fukuhara no le resultaría fácil a los bonzos, pues desde sus templos hasta la nueva capital había un largo camino, dificultado además por ríos y montañas.

El día veintitrés del mes duodécimo, más de veinte mil hombres a caballo, guiados por Tomomori, capitán general de la Guardia Imperial de la Izquierda, y Tadanori, gobernador de Satsuma, se dirigieron a la provincia de Omi para aplastar la sublevación de los Genji que había estallado en esa región. Consiguieron apagar uno tras otro todos los focos de rebelión de los Genji dispersos por Yamamoto, Kashiwagi y Nishigori. Después, el ejército de los Heike se dirigió a las provincias de Mino y Owari.

CAPÍTULO XIV

NARA EN LLAMAS

También cerca de la antigua capital se habían alzado contra los Heike muchos bonzos de la capital del sur, Nara. Pero ya antes de este alzamiento, las autoridades habían advertido:

—Cuando el rebelde príncipe Mochihito se refugió en Onjō-ji, los bonzos de la capital del sur se declararon sus partidarios y acudieron en su ayuda. Fue un acto de complicidad y de traición. Es necesario, por tanto, dar el justo castigo al templo de la capital del sur igual que se lo dimos al de Onjō.

Se corrió el rumor de este ataque, y los bonzos de Nara se rebelaron. Con la intención de apaciguarlos, el regente, Motomichi, les habló con estas palabras:

—Si tenéis alguna queja, tantas cuantas sean, yo se la trasmitiré a Su Alteza.

Pero de nada sirvió. Decidió entonces despachar a un emisario suyo, Tadanari, el intendente del templo. Pero los bonzos, no sólo no hicieron caso, sino que rodeando el carruaje en que viajaba el emisario se pusieron a gritar:

—¡Sacadlo a rastras del carruaje! ¡Vamos! ¡Cortémosle la coleta!

Al darse cuenta del peligro que lo amenazaba, Tadanori se puso pálido y regresó rápidamente a la capital.

Con la misma misión que Tadanori fue enviado Chikamasa, alférez de la Guardia Imperial de la Derecha. Pero de nuevo los bonzos gritaron al ver cómo se acercaba:

—¡Vamos! ¡A cortarle la coleta!

También Chikamasa, aterrorizado, tuvo que huir, pero no sin que los bonzos consiguieran cortar la coleta a dos de sus criados.

Además, en el recinto del monasterio de Kōfuku los bonzos habían fabricado una bola de madera. La llamaban «la cabeza de Kiyomori». Y jugaban con ella diciendo:

—¡Pégala!

—¡Písala!

Una antigua sentencia dice: «La palabra que se escapa acarrea el desastre; el acto que no se controla trae la perdición». Sin duda inspiradas por el demonio eran tanto esas palabras de los bonzos como esos actos dirigidos contra un hombre que supuestamente era el honorable abuelo materno de Su Majestad[54]. ¿Cómo un hombre, Kiyomori, al conocer este escarnio contra su persona, iba a quedarse cruzado de brazos? Con el deseo, sin embargo, de apaciguar los ánimos, envió como mensajero a Senō Tarō Kaneyasu, de la provincia de Bitchū y comisario de la Guardia Militar de la provincia de Yamato. Kaneyasu salió hacia Nara con quinientos jinetes. Kiyomori, antes de partir, le había advertido:

—No contestes a la violencia de los bonzos. No os pongáis ni armaduras ni yelmos. Ni siquiera llevéis arcos ni flechas.

[54] La hija de Kiyomori, Kenreimon-in, se había casado con el emperador Takakura. El hijo de esta unión era el actual Emperador reinante, de tres años en el momento del hecho narrado.

Tales habían sido las órdenes del primer ministro. Los bonzos, sin embargo, que nada sabían de estas órdenes, capturaron a seis de los soldados de Kaneyasu, les cortaron las cabezas y las colgaron en los árboles a orillas del estanque de Sarusawa.

Esta vez la ira de Kiyomori fue incontenible, y dio la siguiente orden:

—¡Atacad la capital del sur!

Más de cuarenta mil jinetes al mando de Shigehira, el nuevo teniente general, y de Michimori, como asistente, se dirigieron contra Nara.

Por su parte, más de siete mil bonzos, entre veteranos y jóvenes, se anudaron el barboquejo de sus yelmos y decidieron aprestarse para la defensa en dos lugares, en Narazaka y en Hannya-ji, por cuyos caminos cavaron fosos, clavaron estacas y dispusieron sus defensas.

Los cuarenta mil soldados a caballo de los Heike se separaron en dos ejércitos. Uno atacó Narazaka y el otro Hannya-ji. Entre gritos de guerra se lanzaron contra las fortificaciones de uno y otro lugar. A diferencia de los bonzos, que luchaban a pie y con la espada como única arma, los Heike iban a caballo, lo que les permitía galopar de un lugar a otro en persecución de sus enemigos y disparar flechas. Uno tras otro, los bonzos eran asaeteados y caían muertos. El combate se inició a la hora del conejo (seis de la mañana) y continuó todo el día. Al caer la noche, las fortificaciones de Narazaka y del templo de Hannya habían quedado destruidas y ambos lugares tomados.

Entre los bonzos que se batían en retirada, había uno llamado Sakanoshirō Yokaku. No había ningún bonzo guerrero ni en los Siete Grandes Templos ni en los Quince Grandes Templos que se igualara en el manejo de la espada, del arco o en fuerza. En esta ocasión vestía una armadura atada con cuerdas de seda de color glauco y sobre ella una coraza ajustada con cordones de seda de color negro. Su yelmo tenía cinco láminas sobre un casco de metal. En una mano llevaba una alabarda de largo astil, y de hoja afilada y curva como un junco; en la otra, una larga espada con su funda de laca negra. Al mando de una docena de bonzos-guerreros, se apostó en la puerta de Tengaimon, para desde ahí caer sobre sus enemigos. Durante un buen rato mantuvieron la posición, cortaban las patas de los caballos enemigos y luego mataban a los jinetes. Pero había tantos de los Heike, que al fi-

nal todos sus acompañantes habían caído y se quedó sin nadie a su lado. Al ver que estaba solo y que no había quien le guardara la espalda, Yokaku se retiró al sur.

La batalla se había adentrado en la noche. Espesas tinieblas envolvían a los combatientes.

—¡Haced fuego para que veamos! —ordenó Shigehira, el general de los Heike, que estaba frente al templo de Hannya.

Uno de los soldados de los Heike, Jirō Taifu Tomokata, natural de Harima y suboficial del clan de Fukui, rompió un escudo de madera y de una de sus astillas hizo una antorcha. Con ella prendió fuego a una de las viviendas que allí había. Era la noche del día veintiocho del mes duodécimo y hacía tanto viento que, aunque este soldado sólo había hecho arder una casa, el fuego no tardó en propagarse a los edificios del templo.

Los monjes de Narazaka y de Hannya-ji, que prefirieron el honor a la deshonra, lucharon hasta morir. Los heridos que todavía eran capaces de moverse pudieron llegar hasta Totsu-kawa, en Yoshino. Los monjes tullidos y ancianos, así como los estudiantes, criados, mujeres y niños, corrieron alocadamente a la Sala de Daibutsu y al templo de Kōfuku. Más de mil de ellos habían subido al segundo piso de esa sala y retirado la escalera para que no pudieran perseguirlos sus enemigos. Pero también el voraz fuego alcanzó ese lugar. ¡Oh, qué gritos y alaridos de desesperación lanzaban al verse envueltos en las llamas! En verdad que la agonía de los pecadores que sufren entre las llamas del Infierno Ardiente, del Infierno Abrasador y del Abismo Insondable no era mayor[55].

El templo de Kōfuku era patrimonio del clan Fujiwara y había sido fundado por deseo del *daisōjō* Tankai[56]. Los tesoros allí guardados,

[55] Las escrituras budistas describen varios géneros de infierno, como los ocho infiernos calientes y los ocho fríos. Entre los ocho primeros o *hachinetsu-jigoku*, cada uno de los cuales consta además de dieciséis infiernos anejos, se hallan los tres mencionados. Tien Tai (538-597), fundador chino de la escuela Tendai, y Nichiren (1222-1282) interpretan el infierno budista como una condición inherente a la vida y manifiesta en cualquier momento.

[56] Este templo de Nara, uno de los centrales de la escuela budista Hossō, tuvo sus orígenes en el año 669, cuando Kagami no Okimi, consorte del regente Fujiwara no Kamatari (614-669), estableció un templo tutelar para su familia en Yamashi en nombre

como la imagen de Sakyamuni, traída a nuestro país en el advenimiento del budismo e instalada en la Sala de Tōkon, la imagen de Kannon, que había salido de la tierra de forma espontánea, el Salón de las Esmeraldas, el Salón Bermejo de dos pisos, las dos torres coronadas por chapiteles de nueve aros que resplandecían en el cielo..., todo esto había quedado reducido a cenizas en un abrir y cerrar de ojos. ¡Terrible espectáculo!

En el templo de Tōdai-ji[57] había una estatua de bronce de ciento setenta *shaku*. Se cree que fue el mismo emperador Shōmu en persona[58] quien le sacó brillo. Esta estatua representaba al Buda de la vida eterna, indestructible y resplandeciente, que, sentado sobre un pétalo de loto, evoca la realidad del paraíso y su inmutable tranquilidad. Su celestial cabeza se elevaba a las alturas, se ocultaba tras las nubes y hacía que entre ellas su tercer ojo brillara como la luna llena[59]. Todo ello servía de inspiración y alimento de fe a los creyentes. Pero he aquí que ahora el ojo y la cabeza arden, la estatua se desploma y su cuerpo yace derretido, reducido todo a un montículo de polvo.

Las ochenta y cuatro mil imágenes sagradas quedaron ocultas tras las nubes de los Cinco Pecados Capitales[60], como la luna se oculta tras las nubes del otoño. Las alhajas y ornamentos de su celestial cabeza perdieron su fulgor ante el viento de las Diez Maldades[61], co-

de su esposo enfermo. En 710, el templo de Yamashi fue renombrado Kōfuku-ji y trasladado al emplazamiento actual en la época del hecho narrado en la obra (1180).

[57] Este otro templo, igualmente víctima del incendio de Nara, es de la escuela budista Sanron y representó la culminación de la arquitectura budista de Japón. Construido originalmente por orden del emperador Shōmu, entre otros, del año 710 al 784, fue la institución religiosa más importante de su tiempo en Japón, siendo su más célebre tesoro la imagen a que se alude en la obra, la colosal imagen de bronce de Buda o Daibutsu de Nara.

[58] El emperador 45 (724-749), fundador del monasterio-templo de Tōdai, y gran promotor del budismo en Japón.

[59] Es un rizo del cabello de la estatua, que brilla entre sus dos ojos.

[60] Son los llamados *go-gyaku*, también llamados las «Cinco Acciones Infernales»: el parricidio, el matricidio, el asesinato de un santo o *arhat*, la lesión a un buda y la desunión en la comunidad budista.

[61] Las Diez Maldades o *jū-aku* son tres físicas: matar, robar y fornicar; cuatro verbales: mentir, blasfemar, calumniar y malquistar; y tres espirituales: codiciar, encolerizarse y obstinarse en la equivocación. Desde el punto de vista de los preceptos, estas Diez Maldades son transgresiones de los Diez Preceptos del budismo que proscriben dichos actos (*Dictionary of Buddhism*, op. cit., pág. 666).

mo el viento debilita el brillo de las estrellas en la noche. El humo había escondido el cielo y las llamas se habían extendido por los aires.

¿Qué podré deciros? Los que fueron testigos de esta escena no fueron capaces de mirar cara a cara aquel espanto y los que sin ser testigos de ella fueron directamente informados por los testigos quedaban paralizados por el terror.

Las sagradas escrituras de las escuelas Hossō y de Sanron quedaron destruidas hasta sus últimas letras. Ni en la India ni en China ocurrió jamás un incendio tan devastador como éste de Nara. La estatua de oro de Buda, que el mismo rey Udayana Roya había pulido, y la estatua que Visvarkarman[62] había tallado de la roja madera del sándalo eran de tamaño natural. Y ¿qué decir de esta imagen, sin rival en el mundo de los mortales, a la que se juzgaba indestructible por toda la eternidad y que ahora se hallaba mezclada con el polvo del mundo profano y cuya destrucción sumió a todos en una perdurable tristeza?

A la vista de tamaña desolación Bonten, Teishaku, los Reyes de las Cuatro Regiones, los Ocho Dioses Guardianes e incluso los carceleros y demonios del infierno sin duda que se quedaron confundidos y alborotados. ¿Qué habrá pensado la divinidad de Kasuga, la protectora de la escuela budista Hossō? ¡En verdad que hasta el rocío de la llanura de Kasuga cambió de color y hasta el viento que venía del monte Mikasa gimió de pena...!

En cuanto a las víctimas del incendio, los que las contaron dieron los siguientes números: en el segundo piso de la Sala de Daibutsu, más de mil setecientas; en el templo Kōfuku, más de ochocientas; en la Sala Mayor de las Homilías, quinientas; en la Sala Menor de Homilías, más de trescientas. Sumando todo con precisión, fueron tres mil quinientos los que perecieron. En cuanto a los muertos en el campo de batalla, fueron más de mil los bonzos que murieron. Algunos de ellos fueron decapitados ante las puertas del templo de Hannya y sus cabezas llevadas como trofeos a la capital.

El día veintinueve, Shigehira volvió triunfalmente a la capital tras haber destruido la ciudad de Nara. Salvo Kiyomori, al que complació la victoria, pues le sirvió para desahogar su ira, todos los dignatarios de la Corte, como la emperatriz Kenreimon-in, el Emperador monje, el

[62] Nombres de reyes legendarios de la India.

Emperador abdicado, el regente, se lamentaron de lo sucedido y exclamaban:

—Aunque fuera preciso castigar a los monjes, ¿era necesario destruir todos los templos de Nara?

Las cabezas decapitadas de los monjes iban a ser arrastradas por la gran avenida de la capital y luego colgadas en los árboles frente a las cárceles, pero ante la noticia de los incendios de los templos de Kōfuku y Tōdai la agitación popular desaconsejó tal plan, y las cabezas fueron abandonadas en zanjas y fosas.

El emperador Shōmu había escrito: «Si nuestro templo prospera, nuestro Imperio también prospera; si nuestro templo decae, nuestro Imperio también decae».

Nada más normal, por lo tanto, que el Imperio comenzara su decadencia después de tamaña catástrofe.

Así llegó a su fin aquel año, que tantas tragedias trajo, y dio paso al quinto año de la era de Jishō.

LIBRO SEXTO

CAPÍTULO I

LA MUERTE DEL EMPERADOR

El día uno del primer mes del quinto año de la era de Jishō (1181), fue cancelada la tradicional ceremonia de felicitación de Año Nuevo. Su Majestad estaba recluido en sus aposentos debido a la insurrección en las provincias del este y al incendio de Nara. No hubo músicas. No hubo bailes. Las gentes de Kuzu, del monte Yoshino, no acudieron a tocar sus flautas, ni los cortesanos del clan Fujiwara acudieron con sus trajes de gala. Todo porque Kōfuku-ji, templo tutelar de este clan, había sido devastado por las llamas.

Tampoco el día dos se celebró el banquete de Año Nuevo que reunía a lo más granado de la nobleza en el Gran Salón. El ambiente de palacio, tan sombrío, provocaba que los caballeros y las damas temieran incluso elevar la voz. ¡Qué dolorosa era la postración en que se hallaban tanto la Ley Budista como la Ley del Imperio! El Emperador-monje, Goshirakawa, se lamentaba con estas palabras:

—Por haber sido fiel a los Diez Preceptos de Buda en mi vida anterior he alcanzado la alta dignidad de Emperador-monje[1]. Los tres emperadores anteriores y el actual han sido y son hijos y nietos míos[2].

[1] Los Diez (santos) Preceptos del budismo o *jū-zen-kai* son: no matar, no robar, no fornicar, no mentir, no blasfemar, no calumniar, no malquistar, no ser codicioso, no encolerizarse, no persistir en el error. Según el budismo, los que cumplen estos preceptos, nacen como reyes. Y los nacidos reyes o emperadores, por tanto, como alega Goshirakawa en esta frase, lo son por haberlos cumplido en una existencia anterior.
[2] Los emperadores Nijō y Rokujō, ya fallecidos, y Takakura y Antoku, todavía vivos.

Pero ahora que he sido desposeído de mis atribuciones de gobierno, ¿cómo podré aguantar el paso de los años?

El día cinco, todos los dignatarios religiosos de Nara fueron despojados de sus títulos y excluidos del honor de oficiar ceremonias y ritos en la Corte. Todos fueron cesados de sus cargos eclesiásticos. Numerosos monjes, ya fueran bonzos-guerreros, ya ancianos o jóvenes, habían sido ejecutados o atrapados en el humo o abrasados por las llamas del incendio. Los pocos supervivientes consiguieron esconderse en las montañas y bosques. Las ruinas quedaron desoladas y desiertas. El *daisōjō* Yoen, superior de Kōfuku-ji, cayó enfermo y no tardó en morir oprimido por la pesadumbre que le causó presenciar cómo las santas imágenes y los sagrados rollos de las escrituras budistas se habían convertido en cenizas y humo. Era un hombre compasivo y participaba de la belleza de las cosas. Lo llamaban «el *daisōjō* de la primera canción» porque, una vez que escuchó el canto del ruiseñor, compuso los siguientes versos:

Siempre que oigo
del ruiseñor el límpido
cantar, un fresco
sentimiento me invade
cual primera canción.

A pesar de que muchas ceremonias fueron canceladas en la Corte, no dejó de celebrarse el rito de la Lectura del Sutra de Oro. En consecuencia, en el consejo de la nobleza se discutió sobre la elección del oficiante de esta ceremonia.

—Los altos dignatarios eclesiásticos de Nara han sido desposeídos de sus cargos. ¿Tendremos, entonces, que elegir a alguno de la capital del norte?

Tal pregunta se hacían los nobles.

Finalmente, concluyeron que sería impropio excluir a los monjes de Nara y eligieron a un maestro de la escuela Sanron, el predicador Johō, que había huido de Nara y se hallaba oculto en el templo de Kanshu. Lo hicieron venir y la ceremonia se celebró con toda pompa.

Entretanto, el emperador abdicado Takakura vivía enfermo y afligido por la angustia ante tantas desdichas: el confinamiento de su pa-

dre, el Emperador-monje, desde hacía dos años, el asesinato del príncipe Mochihito, el alboroto causado por el traslado de la capital... Pero después de enterarse del incendio de los templos de Tōdai y de Kōfuku, su mal se agravó. Finalmente, en medio de la aflicción paterna del Emperador-monje, Takakura falleció el día catorce del primer mes del mismo año en el palacio de Ike-dono de Rokuhara. Había reinado doce años, durante los cuales hizo revivir los principios de la benevolencia y de la virtud y restauró el poder humanitario de la poesía y de la historia. También había sabido recorrer el camino de la fraternidad devolviendo al Imperio la paz y al pueblo el consuelo. Pero, ¡ay, que todo en este mundo es transitorio y de la muerte no escapa ni siquiera el santo que posee la fuerza de las Tres Iluminaciones y los Seis Poderes Sobrenaturales, ni siquiera la evita el ser divino dotado del extraordinario poder de encarnarse en forma humana! Cuando el emperador Takakura falleció, esta simple verdad ¡qué dura de aceptar parecía! ¡Qué final tan triste!

Sus augustos restos fueron trasladados en la noche de ese mismo día a las faldas del monte de Higashiyama, en el templo de Seigan. Allí fueron incinerados y transformados en un humo nocturno que se acabó fundiendo con la bruma de la primavera.

El monje Chōken, Sello de la Ley Budista, bajó prestamente del monte Hiei para participar en las exequias imperiales. Pero cuando llegó, solamente pudo ver el humo. Y entonces compuso el siguiente poema:

¡En cuántos viajes
a Su Majestad vi!
¡Qué honda tristeza
saber que este viaje
ya no tiene retorno!

Una de las damas de la Corte, cuando supo la noticia del fallecimiento del Emperador, expresó igualmente sus sentimientos con estos versos:

Quería haber visto
elevarse la luna[3]

[3] Con este verso se alude al emperador fallecido. «Takakura» es metáfora de la luna.

sobre las nubes.
Pero ¡ay que se apaga,
que ya no brilla más!

El emperador Takakura falleció con tan sólo veintiún años. En su interior, había observado escrupulosamente los Diez Preceptos del budismo y, en el exterior, hecho brillar con fuerza las Cinco Virtudes Cardinales del confucianismo[4]. Se había conducido en todo momento con exquisita cortesía. Había sido un soberano docto y el pueblo lamentó su pérdida como si hubiera perdido la luz de la luna. Pero ¿acaso se realizan por largo tiempo los deseos humanos? ¿Acaso perdura la alegría del hombre? ¡Qué triste es que el infortunio persiga a los mortales!

CAPÍTULO II

LAS HOJAS ENROJECIDAS DEL OTOÑO

El emperador Takakura fue un soberano elegante. El pueblo habría de recordarlo con la misma nostalgia con la que recordaba a emperadores como Daigo o Murakami. Ya desde su tierna infancia, era celebrado como un príncipe compasivo y humanitario cuya sabiduría le permitía distinguir entre el bien y el mal.

Sólo tenía diez años cuando ascendió al trono en la era de Shōnan (1165-1169). Mostraba ya entonces tan rara predilección por las hojas enrojecidas del otoño que ordenó la plantación de arces y zumaques en un montículo levantado a propósito cerca de la puerta norte del Palacio Imperial. A este montículo lo llamó «La Colina de los Colores Otoñales», y era tal su fascinación por las hojas de otoño, que no se hartaba de contemplarlas a todas horas del día.

[4] Véase la nota 1 en este capítulo y, sobre las Cinco Virtudes Cardinales, la nota 48 del libro segundo (pág. 188).

Pero una noche, debido a la violencia de un impetuoso viento, todas las hojas cayeron esparcidas por el suelo. A la mañana siguiente, los jardineros del palacio las barrieron y amontonaron. Como la mañana era fría, con el propósito de calentar algo de *sake* y así entrar en calor, quemaron las hojas y ramas caídas junto a la sastrería de palacio. Cuando el mayordomo de la Casa Imperial inspeccionó el montículo para preparar la llegada del Emperador, y no vio ni un resto de hojas, preguntó:

—¿Qué ha pasado aquí?

Los sirvientes le explicaron lo ocurrido. El mayordomo, llevándose las manos a la cabeza, exclamó:

—¡Es terrible! ¿Qué vamos a hacer ahora? ¿Cómo os habéis atrevido a quemar las hojas que tanto amaba Su Majestad? A fe mía que no escaparéis al destierro o la prisión. ¡También a mí me caerá un gran castigo!

Así se lamentaba el mayordomo cuando, inesperadamente, apareció el Emperador, que esa mañana había abandonado sus augustos aposentos más temprano que de costumbre dispuesto a contemplar las hojas del otoño. Pero ni una de ellas quedaba ni en los árboles ni en el suelo.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó.

El mayordomo le confesó la verdad. Pero Su Majestad, con el semblante sonriente, dijo:

—¿Quién habrá podido enseñar a nuestros jardineros y sirvientes la idea de aquel antiguo poema chino que dice:

Las hojas otoñales en la espesura de la arboleda
quemamos para poder caldear el sake?

—¡Qué sensibilidad han demostrado estos hombres! —así Su Majestad, en lugar de reprenderlos, los elogió.

Otra noche, en los años de la era de Angen (1175-1177), los adivinos imperiales le aconsejaron que durmiera en una recámara apartada del palacio para evitar malos sueños. Desacostumbrado como estaba a dormir en el nuevo lugar, yacía el Emperador sin poder conciliar el sueño oyendo sólo la voz del guardián que anunciaba las horas. Se puso entonces a recordar la anécdota que le había ocurrido al em-

perador Daigo en los años de Engi (901-923). Una fría noche de escarcha y hielo, este soberano, pensando compasivamente en el frío que en ese momento debían estar pasando sus súbditos, apartó de su lecho la manta que lo abrigaba y expuso su augusto cuerpo al frío nocturno. Al recordar esta historia, Takakura lamentaba no poseer la virtud de su ilustre antepasado. Pasó la noche y, al rayar el alba, el Emperador oyó un grito lejano. Sus sirvientes, en cambio, no lo sintieron.

—¿Quién ha gritado? —preguntó el Emperador, y ordenó—: Id a descubrir quién ha sido.

Los sirvientes y guardias se pusieron a buscar por todas partes hasta que al final, en un cruce de caminos próximo al palacio, hallaron a una niña pobre de aspecto extraño que lloraba desconsoladamente y sostenía en la mano la tapadera de una caja de vestidos.

—¿Qué te pasa? —le preguntaron.

—Mi ama es una dama de la Corte. Yo le traía su kimono de gala recién hecho, pero de repente aparecieron dos o tres hombres que me lo han quitado. Sin ese kimono, mi señora no podrá presentarse en la Corte y no tiene a nadie en quien confiar que pueda darle cobijo si es despedida de la Corte. Por eso estoy llorando —explicó la niña.

Los sirvientes llevaron a la niña al palacio y contaron la historia al Emperador. Su Majestad se conmovió y dijo:

—¡Qué suceso tan desgraciado! ¿Quién habrá podido hacer tal cosa? Durante el reinado del emperador chino Yao el pueblo era honrado porque seguía el ejemplo que leía en el corazón de su soberano. Ahora el pueblo, por mi ejemplo, se comporta con injusticia y con intención torcida. Por esto ocurren tales maldades.

Después, preguntó:

—Por cierto, ¿de qué color era el kimono?

La niña describió el color. El Emperador le preguntó luego a Kenreimon-in, que por entonces no era más que una de las concubinas imperiales, si tenía un kimono de ese color. Kenreimon-in asintió y le entregó uno todavía más espléndido que el robado. Cuando se lo dieron a la niña, Su Majestad dijo:

—Todavía es muy tarde y debemos evitar que vuelvan a robarte —y ordenó que esta vez un miembro de la Guardia Imperial escoltara a la niña hasta los aposentos de la dama de la Corte.

¿Acaso no fue éste un gesto de majestuosa nobleza por parte del emperador Takakura? El pueblo así lo apreció y, por eso, hasta los más humildes rezaban porque el Emperador tuviera una larga vida.

CAPÍTULO III

LA HISTORIA DE LA SIRVIENTA AOI

Todavía más conmovedora es la historia de una doncella que servía a una de las damas de la Corte y que, para sorpresa de ésta y de todo el mundo, llegó a ser la concubina favorita del emperador Takakura. Podría pensarse que se trataba de una afición pasajera o de un simple capricho; lejos de eso, el amor del Emperador por esta joven era constante. A todas horas la tenía a su lado. Tan profundo se hizo este amor y tan sincero, que la dama de la Corte, a cuyo servicio estaba la joven, la trataba con consideración y respeto. Con razón se dice: «No te lamentes por tener una hija, ni te alegres por tener un hijo. La hija puede convertirse en emperatriz, pero el hijo puede que ni siquiera llegue a poseer un señorío».

Efectivamente, de esta joven se decía que podría llegar a ser esposa consorte y emperatriz. Su nombre era Aoi, pero en la Corte la llamaban en secreto «la consorte Aoi». Y decían: «Sin duda esta muchacha se convertirá en emperatriz. Será respetada como madre de un futuro emperador y como Primera Dama del Imperio. ¡Qué buena suerte!».

Pero cuando estos rumores llegaron al Emperador, dejó de requerir su presencia. Eso no significaba el fin de su amor, sino que el Emperador deseaba evitar ser la comidilla de los comentarios de la Corte. Apenado, permanecía encerrado en sus aposentos y no deseaba ver a nadie.

Un día, Motofusa, el canciller, pensó: «¡Qué pena que Su Majestad se encuentre en tal estado. Iré a consolarlo».

—Majestad —le dijo, tras presentarse en los aposentos imperiales—, si esa joven significa tanto para Su Majestad, ¿por qué no intentar bus-

car una solución? ¿Qué le parecería a Su Majestad si mandamos que os la traigan de inmediato? Si lo que a Su Majestad le preocupa es su baja cuna, podremos solucionarlo, pues yo estoy dispuesto a adoptarla y darle carta de nobleza.

El Emperador respondió:

—No sé si tu idea es buena, aunque es posible que tengas razón. Tu solución es aceptable, pero solamente si antes yo renuncio al trono. Hay precedentes de casos similares. En cambio, si aceptara tu solución mientras soy todavía emperador reinante, las críticas del pueblo me perseguirían incluso en mis vidas posteriores.

Por lo tanto, el Emperador rechazó la solución del canciller y no quiso seguir hablando del asunto. Motofusa, conteniendo las lágrimas, tuvo que retirarse.

Más tarde, el Emperador escribió unos antiguos versos sobre un papel delgado de color verde oscuro:

Esconder quiero
este anhelo por ti.
Mas pregonándolo
mi cara, me pregunta
la gente: «¿en qué piensas?»

Este poema le llegó a Takafusa, el capitán mayor, que halló el modo de hacérselo llegar a Aoi, quien lo recibió, lo leyó y, sonrojándose, dijo:

—No me siento bien —y regresó a su casa.

Permaneció cinco o seis días en el lecho, hasta que finalmente murió. De este destino nos hablan aquellos versos de:

Por un día de amor de mi señor,
cien años de sacrificios doy.

La tristeza de esta historia sobre el emperador Takakura es comparable a aquella otra de Tai Tsung, de la dinastía china de los Tang, que anhelaba a la hija de Cheng Jen Chi y quiso que viniera a vivir con él en el palacio de Yuan Kuan. Pero We Cheng, su ministro, le aconsejó:

—Esa mujer ya está comprometida con Lu Shih Tai Tsung.

Ante esas palabras, el Emperador chino desistió. En verdad que Tai Tsung y Takakura mostraron notable prudencia en asuntos amorosos.

CAPÍTULO IV

LA DAMA KOGŌ

El Emperador se hallaba sumido en la tristeza por la pérdida de la concubina Aoi. Para consolarlo, se le envió, desde los aposentos de la Emperatriz, una doncella de la Corte llamada Kogō. Esta mujer, hija de Shigenori, consejero medio de Sakura-machi, era celebrada como una de las mayores bellezas de la Corte y además tocaba el *koto*[5] como nadie en palacio.

Pero Takafusa, el consejero mayor de Reizei, cuando ya era capitán menor, se había enamorado de esta Kogō. Le enviaba poesías de amor y muchas cartas llenas de palabras de ternura y pasión, ante las que ella se mostraba insensible. Con el paso del tiempo, la doncella Kogō, incapaz de resistir tantas muestras de amor, cedió y acabó entregando su corazón a Takafusa. Fue entonces cuando esta mujer recibió la orden de servir al Emperador. El pesar de Takafusa, cuando lo supo, era incontenible. No podía ver a Kogō y, debido al desgarro de esta separación, las mangas de su kimono se encontraban siempre humedecidas. Con la esperanza de verla, aunque no fuera más que un instante, iba y venía por el Palacio Imperial. Merodeaba por los aposentos imperiales o rondaba por las dependencias más interiores, cerradas con cortinas de bambú, donde podía estar ella. A veces, detenía sus pasos; a veces, andaba con sigilo.

Kogō, sin embargo, no le dirigía ni una palabra de amor, ni una palabra de compasión. Y pensaba: «Ahora estoy al servicio de Su Ma-

[5] Es una cítara semicilíndrica de trece cuerdas, versión del chino *zheng*. Todavía empleada en la actualidad, antiguamente solía usarse, a diferencia del *biwa*, de uso más popular, para acompañar la música cortesana.

jestad. Por lo tanto, no debo intercambiar ni palabras ni cartas con Takafusa por mucho que insista».

Takafusa, siempre con la esperanza de recibir alguna respuesta, compuso un día un poema que arrojó al interior de la sala donde sabía que se encontraba ella. El poema decía así:

¡Cómo padezco
de ti tan cerca y lejos!
¡Ah, si estuviéramos
tan cerca, en Michinobu,
como Chika y Shiogama[6].

Kogō hubiera deseado comunicarse con él en ese momento, pero la idea de cometer una deslealtad al Emperador le impidió tomar el poema y leerlo. Lo que sí hizo fue ordenar a su sirvienta que lo recogiera y lo arrojara al jardín inmediatamente. Takafusa se sintió abatido. Pero, temeroso de que el poema pudiera caer en manos de alguien, rápidamente se agachó y lo recogió del suelo. Lo ocultó en la manga del kimono y se marchó rápido del lugar.

Incapaz de olvidar a Kogō, volvió a escribirle otro poema:

Ya ni tocarla
mi pobre carta quieres.
Es cruel remate
para quien expulsado
has de tu corazón.

Takafusa, sumido en la desesperación de no poder verla, deseaba la muerte antes que seguir viviendo en el infierno de la separación.

Pero he aquí que el primer ministro, Kiyomori, se enteró de que el Emperador, que era su yerno, y Takafusa, también casado con una de sus hijas, vivían penados por Kogō. Dijo entonces:

[6] Chika y Shiogama son dos poblados vecinos, en la provincia de Michinobu. Pero Chika significa también «cerca», con lo cual el poeta establece un juego de palabras entre la cercanía de las dos ciudades y la cercanía, pero dolorosa incomunicación, entre él y su amada.

—¿Cómo esa Kogō se atreve a perturbar el matrimonio de mis hijas? Con ella presente, no habrá paz conyugal. Tendré que sacarla del palacio y deshacerme de ella.

Cuando las palabras del primer ministro llegaron a los oídos de Kogō, pensó: «No me importa lo que me pueda suceder, pero temo lo que pueda ocurrirle a Su Majestad». Y una noche desapareció del palacio sin dejar rastro.

El Emperador estaba desconsolado y su tristeza era indescriptible. Por el día se recluía en su aposento y lloraba sin cesar, sin dejar de pensar en Kogō; por la noche salía a las salas de Shishin-den y hallaba alivio y consuelo en la contemplación de la luna. Cuando Kiyomori se enteró del estado de ánimo del Emperador, dijo:

—Su Majestad se ha encerrado por amor a Kogō. Tengo un plan.

Ordenó entonces que todas las damas de la Corte fueran apartadas de la compañía imperial. Incluso prohibió a los cortesanos que fueran al palacio. Nadie se atrevía a acercarse al Emperador por miedo al primer ministro. Un ambiente sombrío se instaló en todo el Palacio Imperial.

Pasaron los días. La noche del día diez del octavo mes, bajo un cielo despejado, el Emperador contemplaba la luna con los ojos nublados por las lágrimas. La noche estaba ya bien entrada cuando llamó a sus sirvientes. Pero nadie respondía a su llamada. Finalmente, Nakakuni, un noble que estaba de guardia esa noche, respondió de lejos:

—Majestad, soy Nakakuni.

—Acércate, quiero decirte algo —le pidió el Emperador.

Nakakuni se acercó en la posición respetuosa de agachado.

—¿Por casualidad no sabrás dónde se encuentra Kogō?

—¿Cómo podría saber yo tal cosa, Majestad? No tengo la menor idea.

—Me han dicho que está en la comarca de Saga, en una humilde casa de una sola puerta o algo así. No sé si será cierto, pero me agradaría que hicieras averiguaciones aunque no sepamos a quién pertenece la casa —prosiguió el Emperador.

—Pero, Majestad, sin saber el nombre del dueño de la casa ¿cómo podré hallar la casa? —preguntó Nakakuni.

—Tienes razón —suspiró el Emperador, y dejó asomar unas lágrimas en sus augustos ojos.

Nakakuni se puso a cavilar: «Bueno, ahora que me acuerdo, esta mujer toca maravillosamente el *koto*. Estoy seguro de que en una noche clara de luna como ésta no resistirá el deseo de tocar en añoranza del Emperador. Cada vez que tocaba en el palacio, me pedían que la acompañara con la flauta. Podría reconocer el sonido de las cuerdas de su *koto* en cualquier lugar. Por otro lado, no debe haber en Saga muchas casas de las que salga el sonido de un *koto*. Si salgo a buscar y pregunto, seguro que podré averiguar dónde vive».

Tras este pensamiento, le dijo al Emperador:

—Majestad, aunque no sepa el nombre del dueño de la casa en que vive, es posible que pueda dar con ella. Si la hallara, sin embargo, tal vez la dama Kogō desconfíe de mí si no llevo alguna señal. Sería conveniente, por tanto, que Su Majestad me diera una carta escrita de su puño y letra para que ella la reconociera.

—Dices bien —contestó el soberano. Y le entregó una carta—. Ahora coge uno de los caballos de los establos imperiales y parte en su busca.

Nakakuni montó en uno de los caballos. Era una noche de luna. Sin saber bien dónde dirigirse, Nakakuni picó espuelas y fustigó al caballo para que lo llevara a todo galope en busca de Kogō.

Seguramente Nakakuni se dejó invadir por el sentimiento de *aware* al recorrer el paisaje otoñal de la comarca de Saga y recordar los versos de «*montes de Saga, do el venado balita*».

Cada vez que pasaba ante una casa con una sola puerta, detenía el caballo para escuchar si se oía el tañido del *koto*. La búsqueda estaba siendo infructuosa. Pensó entonces que Kogō tal vez pudiera haber ido a algún templo. Se dirigió, por tanto, al templo de Shaka-dō[7] y a otros santuarios próximos, pero nadie conocía su paradero.

«Volver al palacio sin haber logrado mi objetivo sería tan deshonroso como no volver nunca», se dijo a sí mismo Nakakuni, que sentía deseos de desaparecer por allí en cualquier lugar. Pero sabía que esconderse o refugiarse era inútil, pues no hay tierra bajo el cielo que no esté gobernada por el Emperador. Preocupado como estaba, pensó:

[7] Actualmente, el templo de Seiryō, al oeste de la laguna de Osawa, en Fujinoki-chō, provincia de Saga.

«¿Qué puedo hacer? Bueno, el templo de Hōrin está cerca de aquí. ¿Y si esta mujer ha ido allí para disfrutar el claro de luna?».

Y encaminó su caballo en dirección del templo. Cuando atravesaba un pinar cerca de Kameyama, sintió algo. Eran los acordes tenues de un *koto*. Al principio no pudo distinguir si se trataba del ruido de la ventisca que soplaba en las cumbres o de la brisa que soplaba en las copas de los pinos o si realmente era el tañido del *koto* tocado por quien él buscaba. Con estas dudas, apresuradamente enderezó las riendas hacia el sonido. No tardó en llegar a una casa de una sola puerta en cuyo interior, efectivamente, alguien tocaba el *koto*. ¡Y con qué exquisitez lo hacía, quienquiera que fuera! Detuvo el caballo y, escuchando atentamente, comprendió por el sonido de las púas con las que tocaba, que esas manos no eran sino las de la dama Kogō. Se esforzó por reconocer la melodía que estaba tocando en ese momento y creyó que se trataba de la titulada *Sofuren*[8], una canción en la que una mujer expresa la añoranza por el esposo ausente. Ese hallazgo emocionó a Nakakuni, al darse cuenta de que, entre tantas melodías, Kogō había elegido precisamente ésa en recuerdo de Su Majestad. Sacó de la faja del kimono una flauta y tocó unas notas acompañando al *koto*. Los acordes del *koto* cesaron de repente. Entonces, Nakakuni se acercó y llamó a la puerta.

—Soy Nakakuni, que ha llegado del Palacio Imperial —dijo en voz alta—. ¿Podéis abrirme, por favor?

Volvió a llamar a la puerta pero nadie contestaba. Al cabo de un rato se oyó ruido en el interior. Nakakuni se alegró y esperó con impaciencia. Abrieron la cerradura y a través de una rendija pudo ver el rostro hermoso y joven de una doncella.

—Me parece que os habéis equivocado de casa, señor. Éste no es el lugar al que pueda venir un mensajero imperial —dijo la doncella.

Nakakuni pensó que si daba explicaciones ambiguas, podrían cerrarle la puerta con llave. Así que empujó con fuerza y avanzó al interior hasta sentarse en la esquina de la puerta de la galería. Y dijo a la doncella:

—¿Por qué tu señora ha venido a un lugar como éste? Su Majestad está tan dolido de ausencias que su vida corre peligro. Tal vez penséis

[8] Es decir, «nostalgia apasionada por el esposo».

que estoy mintiendo y que he obrado con rudeza al entrar en este modo. Pero, a fin de que conozcáis mis verdaderas intenciones, aquí traigo una misiva imperial.

Nakakuni le entregó la carta y la doncella se la llevó a Kogō.

Cuando ésta la abrió, se dio cuenta de que verdaderamente era del puño y letra de Su Majestad. Sin pérdida de tiempo, escribió la respuesta, la dobló, la ató con un lazo y, junto con la manga de un kimono de los usados en la Corte, se la entregó a Nakakuni. El emisario se echó al hombro la manga que le había dado y dijo:

–Si yo fuera un simple emisario, me daría por contento con haber recibido vuestro mensaje de respuesta. Pero, ¿la señora acaso ha olvidado que yo, con mi flauta, solía ser su acompañante cuando usted tocaba el *koto* en el palacio? Tanto mi señor, Su Majestad, como yo tendríamos un disgusto si volviera sin haber obtenido una palabra de respuesta de sus labios.

Kogō debió pensar que las palabras del emisario eran sensatas, pues contestó directamente:

–Como ya sabréis, me fui del Palacio Imperial alarmada por los comentarios aterradores que el primer ministro-*nyūdo* había hecho sobre mí. Sabiendo que tampoco puedo seguir viviendo aquí en este estado, he decidido salir mañana de viaje a Ohara y adentrarme en sus montes. El ama de esta casa, apenada por mi partida, me pidió que tocara esta noche el *koto* como despedida. Creyó que nadie me oiría por ser ya tan tarde, y accedí a su deseo. Pero mis manos, habituadas a las cuerdas de mi instrumento, se han dejado llevar por la nostalgia del pasado y he tocado más de la cuenta. Por eso me habéis descubierto con tanta facilidad.

Y, dando rienda suelta a su dolor, lloró desconsoladamente. El emisario, conmovido, tampoco pudo evitar mojar las mangas de su kimono. Pero se contuvo y pudo decir a Kogō:

–Habéis dicho, señora, que tenéis la intención de ir mañana a Ohara. Sin duda eso quiere decir que vais a tonsuraros y haceros monja. Por favor, señora, os ruego que no llevéis a cabo tal propósito. La tristeza de Su Majestad sería inconsolable.

Nakakuni llamó a los hombres de su escolta, oficiales de los establos y de la Guardia Imperial, y les ordenó que sometieran la casa a una estrecha vigilancia para evitar que Kogō se marchara. Luego, mon-

tó en su caballo y regresó al palacio, donde llegó cuando empezaba a amanecer.

«Seguramente Su Majestad todavía duerme. ¿Quién podrá anunciarle que he llegado?», pensaba Nakakuni mientras desmontaba y ordenaba que devolvieran su caballo a los establos. Colgó la manga del kimono de Kogō en un biombo que representaba un caballo y encaminó sus pasos a las dependencias imperiales de Sishi-den.

El Emperador seguía sentado en el mismo lugar en que lo había dejado Nakakuni la noche anterior. Estaba recitando los versos de un poema chino:

Vuelen al sur o vuelen al norte,
a los gansos no puedo enviar mi mensaje de amor.
Pero de la luna, ya salga por el este, ya se ponga por el oeste,
mis enamoradas miradas no pueden sustraerse.

Se adelantó Nakakuni y le entregó el mensaje de Kogō. La dicha del Emperador era inmensa.

—Vuelve y tráemela esta misma noche —ordenó.

Nakakuni, aunque temeroso de que el primer ministro se enterara de la voluntad del soberano, no podía desobedecer una orden imperial. Preparó cuidadosamente una comitiva de gala, con un carruaje tirado por bueyes, y volvió a Saga.

Aunque Kogō se resistía con muchos argumentos, Nakakuni la convenció al final y consiguió que subiera al carruaje. En el palacio la escondió en un lugar secreto al abrigo de miradas. Desde aquel día, el Emperador requería la presencia de Kogō todas las noches, y fruto de estos amores fue una niña que nació a su debido tiempo y que sería llamada la princesa Bomon-no-nyoin[9].

No se sabe cómo Kiyomori, el primer ministro, tuvo conocimiento del regreso de Kogō al Palacio Imperial. Irritado, exclamó:

—¿De modo que la historia de que Kogō se había retirado del mundo era todo mentira...?

9 Llamada también la princesa Noriko. Diecinueve años después, haría las veces de madre adoptiva del emperador Tsuchimikado (1199-1210).

Mandó, entonces, detenerla, la obligó a tonsurarse y la expulsó de la Corte. Aunque Kogō había deseado hacerse monja, nunca imaginó que se la forzara así. De ese modo, a sus veintitrés años de edad tomó los negros hábitos de monja y se retiró a vivir en la aspereza de los montes de Saga.

¿No pensáis que es ésta una historia triste?

El pueblo hizo correr el rumor de que Su Majestad quedó tan afectado por todo esto que enseguida cayó enfermo y murió.

El Emperador-monje, Goshirakawa, padeció toda suerte de desgracias que parecían llegarle encadenadas. El primer año de la era de Eiman (1165) se le murió el hijo primogénito, el emperador Nijō. El séptimo mes del segundo año de la era de Angen (1176) se le murió el nieto, el emperador Rokujō. Hizo votos entonces de vivir con su esposa, Kenshunmon-in, y contemplar con ella las estrellas de la Vía Láctea, unidos el resto de sus días como unidos están dos pájaros en el cielo que comparten sus alas en el mismo aire o como unidos están dos árboles que entrelazan en la tierra sus raíces. Pero la vida de la Emperatriz, marchita con las brumas del otoño, se desvaneció como se desvanece el rocío de la mañana.

Bien a pesar del paso de los meses y de los años, esas desgracias laceraban al Emperador-monje como si hubieran sucedido ayer, como si hubieran acaecido hoy. Y cuando la última lágrima no había acabado de resbalar por su augusta mejilla, sobrevino el asesinato de su otro hijo, el príncipe Mochihito, en el quinto mes del cuarto año de la era de Jishō (1180). Pero he aquí que ahora, el Emperador abdicado, Takakura, en quien tantas esperanzas en este mundo y en el otro tenía su padre depositadas, le precede en la muerte y rebrotan sus desesperadas lágrimas.

¡Qué bien entendía ahora el Emperador-monje los sentimientos de Tomotsuna, el consejero ministerial de Ooe, cuando a la muerte de su hijo, Sumiaki, escribió estas palabras:

«De todas las desgracias de este mundo, no hay una más triste y profunda para un padre que perder a un hijo; y no hay una más dolorosa y cruel para un joven que preceder en la muerte a un padre»!

Por tanto infortunio, el Emperador-monje acabó consagrando sus días a la recitación del sutra del Loto y a la observancia de los Tres Misterios[10].

El Imperio estaba de luto. Los nobles y los cortesanos cambiaron sus vestidos de alegres tonos y vistosos estampados por negros y austeros colores.

CAPÍTULO V

LA CARTA CIRCULAR

Bien es posible que el primer ministro, Kiyomori, sintiera pesar por el cruel trato que en los últimos meses había dado al Emperador-monje. Lo cierto es que un día, con ánimo tal vez de consolarlo, le envió una bella y elegante joven de sólo dieciocho años, una hija suya tenida con una de las *naishi*[11] del santuario de Itsukushima, en la provincia de Aki. Muchas damas de la alta nobleza y muchos dignatarios de la alta y media formaron parte del séquito que acompañó a esta doncella al palacio. El esplendor de esta comitiva se asemejaba en verdad a la de una verdadera emperatriz que hiciera su entrada en la Corte. El pueblo, sin embargo, murmuraba y comentaba que era un gesto inoportuno:

—¡Si no han pasado todavía ni catorce días del fallecimiento del emperador Takakura!

Entretanto, empezó a dar que hablar cierto caballero del clan de Genji, natural de la provincia de Shinano, llamado Kiso no Kanja Yoshinaka. Su padre era Yoshikata, hijo segundo a su vez de Tameyoshi, capitán de la Guardia Militar. Cuando su padre, Yoshitaka, cayó asesi-

[10] En el original, *san-mitsu*. La práctica de «los tres misterios» místicos, un principio del budismo esotérico ejecutado con el cuerpo, la boca y la mente, exigía la recitación de mantras o frases sagradas y la posición de los dedos en determinadas formas secretas. Véase *Dictionary of Budhism*, op. cit., pág. 714.

[11] Jóvenes vírgenes que servían en el santuario sintoísta.

nado a manos de Genta Yoshihira, de Kamakura, el día dieciséis del mes octavo del segundo año de la era de Kyuju (1155), este Kiso sólo contaba dos años de edad. La atribulada madre cogió al niño y con él en brazos viajó hasta la provincia de Shinano para confiárselo a Chuzō Kanetō, a quien dijo estas palabras:

—Os ruego que criéis a este niño y hagáis de él un hombre.

Kanetō accedió al ruego y durante más de veinte años crió al niño como a un samurái[12] y lo educó con esmero. A medida que el muchacho crecía, mostraba una fuerza extraordinaria y una actitud valerosa. Tanto era así que la gente comentaba:

—Diestro con el arco y valiente en la batalla, a caballo o a pie, no irá a la zaga de famosos guerreros del pasado como Tamura, Toshihito, Koremochi, Tomoyori, Yasumasa. Tampoco va a ser menos que sus ilustres antepasados, Yoshimitsu y Yoshīe.

Un día el joven Kiso llamó a su ayo, Kanetō, y le confesó sus ambiciones con estas palabras:

—He oído decir que Yoritomo ha izado la bandera de la rebelión y ha tomado las ocho provincias y que incluso tiene el plan de dirigirse a la capital por la ruta de Tōkai-dō[13] y derrotar a los Heike. Yo, Kiso Yoshinaka, quiero ser el que tome las provincias por donde pasa la ruta de Tosan y de Hokuroku[14] y le ayude a vencer a los Heike cuanto antes. Te confieso que mi deseo es convertirme en uno de los grandes generales de Japón.

[12] Este término de «samurái», que tantas veces aparece en la obra y que se ha difundido con fortuna en español y otras lenguas occidentales, es un anacronismo de la forma *saburai*, que es la que aparece en el original del *Heike monogatari* y que significa literalmente «servidor», del verbo *sōrō*, forma contraída de *saburau* o servir. Es una derivación adecuada para la función de un miembro de una sociedad que cifraba el máximo valor en el servicio al señor.

[13] O la «ruta del mar del este» que sigue la línea costera desde la actual Tokio hasta la llanura de Kioto y Osaka, por donde en la actualidad transita la línea ferroviaria del Shinkansen entre Tokio y Kioto.

[14] Las provincias por donde pasaba la ruta de Tosan eran Omi, Mino, Shinano, Kōzuke, Shimotsuke, Mutsu y Dewa. Las de la ruta de Hokuroku eran las de Wakasa, Echizen, Kaga, Noto, Etchu, Echigo y Sado. Es decir, los territorios más distantes y por entonces menos civilizados situados al norte de la capital, la actual Kioto. Véase la distribución de las antiguas provincias de Japón en el mapa correspondiente (Introducción: Anexo).

Su ayo, Kanetō, se llenó de alegría al oírle hablar así. Le hizo una reverencia y le dijo:

–Para oíros hablar así, señor, he cuidado de todos vosotros estos años. Por su boca demuestra su señoría ser digno vástago de la estirpe de Yoshīe Hachiman[15].

Y, sin pérdida de tiempo, se dispuso a trazar un plan de acción para ayudarle en la insurrección contra los Heike.

Kiso solía visitar la capital en compañía de su ayo para observar el comportamiento de los Heike y acechar sus movimientos. Cuando, a los trece años de edad, realizó la ceremonia de mayoría de edad en el santuario de Hachiman, rezó ante el gran *bodisatva* Hachiman con estas palabras:

–Hace cuatro generaciones, mi ancestro Yoshīe fue reconocido como encarnación de esta augusta divinidad y recibió el nombre de Yoshīe Hachiman. Os ruego, oh divinidad, que me deis fuerza y protección para seguir sus pasos.

Con tales palabras, se cortó la cabellera, la depositó en el altar del santuario y se cambió el nombre a Kiso no Jirō Yoshinaka.

Su ayo le dijo:

–Lo primero es enviar una carta circular a todos los Genji.

A través del envío de esa carta Kiso se ganó el apoyo de Koyata, natural de Nenoi, y de Yukichika, de Unno, los dos en la misma provincia de Shinano, que se unieron a él. Todos los guerreros de esa provincia le juraron lealtad y no hubo ni un árbol ni una hierba en toda la provincia que no se inclinara ante él. También los samuráis de la comarca de Tago, en la provincia de Kozuke, de donde era oriundo su padre, unieron sus fuerzas a las de Kiso. Sabedores de que el poder de los Heike estaba en decadencia, él y sus aliados se juramentaron para cumplir su deseo de hacerse con el poder, deseo tantos años acariciado por los hombres de su clan, los Genji.

[15] Este hombre, Minamoto no Yoshīe (1039-1106), ideal de samurái, fue divinizado a su muerte como Hachiman Tarō, hijo del dios sintoísta de la guerra, Hachiman. Era el descendiente más ilustre de Seiwa Genji, la rama principal del clan de los Minamoto, que afirmaba descender del emperador Seiwa (850-881).

CAPÍTULO VI

LA LLEGADA DE LOS MENSAJEROS

La comarca de Kiso está situada en el extremo sur de la provincia de Shinano, en los límites de la provincia de Mino, por lo cual no distaba mucho de la capital. Tal vez por eso los hombres de Heike no tardaron en enterarse de la rebelión de Kiso Yoshinaka. Alarmados, decían:

—¿No teníamos bastante con la insurrección de las provincias del este? ¿Qué haremos ahora ante una nueva rebelión, esta vez de las provincias del norte?

—No hay razón para preocuparse por ese Kiso —decía Kiyomori, el primer ministro, para tranquilizarlos—. Aunque los samuráis de Shinano se unan a él, tenemos muy cerca, en Echigo, a los descendientes de Koreshige que están de nuestro lado. Allí están los hermanos Tarō Sukenaga y Shirō Sukeshige. Sus fuerzas son poderosas y leales. Si les ordeno que ataquen a Kiso Yoshinaka, lo someterán fácilmente.

Pero había muchos que expresaban sus dudas en secretos susurros.

El día uno del segundo mes del quinto año de la era Jishō (1181), nombraron a Sukenaga gobernador de la provincia de Echigo. Se decía que el nombramiento obedecía a que el gobierno de los Heike quería que este Sukenaga aplastara la rebelión de Kiso.

El día siete del mismo mes, en las casas de los ministros y dignatarios del gobierno se oficiaron ceremonias de copia de sutras budistas y de pintura de imágenes religiosas para asegurarse el favor divino en contra de los rebeldes.

El día nueve del mismo mes, se supo que tanto Yoshimoto, novicio y gobernador de Musashi, como su hijo Yoshikane, capitán del ejército en Ishikawa, provincia de Kawachi, habían abandonado el partido de los Heike y tomado el de Yoritomo, a cuyas fuerzas iban a unirse en las provincias del este. Kiyomori despachó de inmediato tropas para atacarlos. Al frente de estas fuerzas, de más de tres mil

hombres a caballo, fueron nombrados generales Suesada, capitán de la Guardia Imperial, y Morizumi, capitán en la provincia de Setsu. Estas fuerzas atacaron la fortaleza en la que se habían refugiado Yoshitomo y su hijo, defendida por tan sólo cien guerreros. Tras los gritos de batalla, comenzó el intercambio de flechas. La contienda se prolongó varias horas. La defensa de la fortaleza fue encarnizada y los guerreros lucharon valientemente hasta morir. Yoshitomo pereció en combate y su hijo, Yoshikane, fue herido y capturado. El día once lo decapitaron, y su cabeza fue llevada a la capital y paseada victoriosamente por la avenida principal.

La cabeza de un rebelde, sin embargo, no debe ser exhibida en período de luto imperial. Hubo un precedente cuando, en medio del luto por el emperador Horikawa[16], la cabeza del antiguo gobernador de Tsushima, Minamoto Yoshichika, fue paseada por las calles de la capital.

El día doce del mismo mes, se presentó en la capital un mensajero de Kiushu. Lo enviaba Kinmichi, el superior del santuario de Usa Hachiman, con el siguiente mensaje:

«Algunos guerreros de Kiushu[17], como Oogata no Saburō Moreyoshi y otros de los clanes de Usuki, Hetsugi y Matsura, se han alzado en armas contra los Heike y declarado su apoyo a los Genji».

Al saber esto, los hombres de los Heike, desesperados, se llevaban las manos a la cabeza y decían:

—Los provincias del este y del norte ya se han rebelado. ¿Qué quiere decir ahora esto?

El día dieciséis del mismo mes, se presentó en la capital un mensajero de la provincia de Iyo con el siguiente relato:

«Desde comienzos de pasado invierno, Kono no Shirō Michikiyo y otros samuráis de Shikoku[18] se están pasando a los Genji y declaran su rebeldía a los Heike. Sin embargo, Saijaku, novicio de Nuka y jefe del destacamento militar de la provincia de Bingo, mantuvo su lealtad a los Heike. Este Saijaku atacó a los rebeldes en la provincia de Iyo y

[16] El emperador 73 (1086-1107).

[17] La más occidental de las cuatro grandes islas de Japón.

[18] La menor de las cuatro grandes islas, al sur de la antigua capital.

mató a Michikiyo que se había refugiado en la fortaleza de Takanao, en los límites de las comarcas de Dozen y Dōgo. El hijo de éste, el joven Michinobu, no se encontraba con su padre en ese momento, pues estaba visitando a su tío materno, Nuta no Jirō, en la provincia de Aki. Al conocer la noticia de la muerte de su padre, dijo:

—Esto no quedará así. Juro venganza contra Saijaku.

Y esperó la ocasión.

Saijaku, después de acabar con Michikiyo, aplastó la revuelta contra los Heike. El día quince de ese primer mes, se dirigió con sus hombres a Tomo, en la provincia de Bingo. Allí celebró un banquete en el que no faltaron *sake* ni rameras. Cuando estaban ebrios, apareció Michinobu con cien samuráis dispuestos a morir, que se lanzaron contra ellos. Los de Saijaku eran más de trescientos, pero el ataque fue tan súbito que aquellos que tuvieron tiempo de reaccionar y defenderse fueron asaetados por las flechas o rajados por las espadas. El mismo Saijaku fue capturado vivo y llevado a la fortaleza de Takanao, provincia de Iyo, el mismo lugar donde había matado a su padre. Allí le cortaron la cabeza con una sierra, aunque, según otros, fue crucificado».

CAPÍTULO VII

LA MUERTE DE KIYOMORI

Después de esos sucesos, todos los samuráis de Shikoku se agruparon bajo el liderazgo de Michinobu. Corrió entonces el rumor de que hasta Tanzō, el superior del santuario de Kumano, que tantos favores había recibido de los Heike, había traicionado a éstos y se había pasado al bando de los Genji.

Así pues, tanto las provincias del este como las de los mares del sur[19] se habían levantado contra los Heike. Además, de las comarcas fronterizas de todas esas provincias llegaban continuamente noticias

[19] Las provincias de las grandes islas de Kiushu y Shikoku, al sur y oeste de la capital.

de insurrecciones. Tropas rebeldes de esos lugares enseñoreaban en rápidas incursiones las zonas rurales. Todo esto sembró la inquietud en la capital, en la cual no había nadie, ni siquiera entre los ajenos a la estirpe de los Heike, que no se lamentara de lo incierto del futuro y sintiera que el fin del mundo había llegado.

El día veintitrés del segundo mes tuvo lugar el Gran Consejo de la Nobleza. Munemori, el anterior capitán general de la Derecha, habló con estas palabras:

—Nuestro ejército fue enviado a la región de Bando, en las provincias del este, pero volvió sin haber cumplido su misión. Esta vez yo mismo dirigiré a las tropas y emprenderé una campaña militar.

Todos los nobles aprobaron su resolución y dijeron:

—Tu decisión es nuestra esperanza.

El Emperador-monje promulgó un edicto en el que nombraba a Munemori capitán general del ejército y le encargaba el aplastamiento de las insurrecciones. Se hizo un llamamiento a todos los nobles y cortesanos con títulos militares para que se alistaran en este ejército que había de atacar a los bandidos de las provincias del norte y del sur.

Pero el día veintisiete, cuando Munemori estaba a punto de partir con su ejército para someter a los Genji, su padre, Kiyomori, el primer ministro, se puso enfermo. La salida del ejército fue aplazada.

El día siguiente se supo que el mal de Kiyomori era grave. La gente de la capital y de Rokuhara susurraba:

—Le ha llegado su hora.

Desde que había caído enfermo, Kiyomori no podía tragar, ni siquiera agua. Las calenturas de su cuerpo eran tales que parecían fuego. Quienquiera que se hallara a menos de cuatro o cinco *ken* de distancia de donde yacía el enfermo sentía un insoportable calor. Las únicas palabras que Kiyomori podía pronunciar eran:

—¡Ah! ¡Qué calor!

No parecía una enfermedad ordinaria.

Con agua traída del pozo Senjui del monte Hiei llenaron una pila de piedra. Cuando metieron al enfermo en esta bañera para que se refrescara, al instante el agua se puso a hervir y a borbotar, y no tardó en evaporarse. Pensaron los médicos que podrían aliviarlo rociándole todo el cuerpo con agua corriente de una cañería de bambú. Pero el

agua, lejos de refrescarlo, se evaporaba antes de tocar su cuerpo como si estuviera en presencia de una piedra o hierro candente. Y si su piel llegaba a tocar algo de agua, ésta se convertía en llamas que, formando una espiral, se desvanecían en un negruzco vapor que invadía todo el palacio.

El espectáculo era tal que a muchos les hacía recordar la historia del *sōjō* de Tōdai-ji, Hōzō, cuando fue invitado por el rey de los muertos, Emma, a descender a los infiernos en busca de la reencarnación de su difunta madre. Emma había sentido compasión por la piedad filial del *sōjō* y había permitido que uno de sus guardianes torturadores del infierno lo guiara hasta las más recónditas moradas infernales de Tapana. Cuando Hōzō franqueó la verja de esas moradas, quedó estremecido al ver que las llamas se elevaban al cielo como si fueran estrellas fugaces de una altura de cientos de *yu*[20].

La esposa de Kiyomori, Nī-dono[21], tuvo un sueño estremecedor. Soñó que un carruaje envuelto en llamas pasaba por la puerta y entraba en palacio. Delante y detrás del carruaje había hombres cuyas cabezas eran de caballo y de buey. En el frente del carruaje se podía leer la siguiente inscripción escrita con un único ideograma: *Mu*, que quiere decir «sin».

—¿De dónde viene este carro? —preguntó Nī-dono en el sueño.

Le respondieron:

—De la corte de Emma, el rey de los muertos. Viene a por el *sōjō* primer ministro, el *nyūdō* de Taira.

—Y esa inscripción ¿qué significa?

—La corte de Emma ha decidido condenarle a ser lanzado a los abismos insondables del infierno por el pecado de haber incendiado y destruido la imagen de bronce del Buda de Embudai, de dieciséis *jō* de alta, que había en el mundo de los mortales. Emma ha escrito *Mu*, pero le falta por añadir la letra *Gen*, que quiere decir «fin».

Envuelta en sudores despertó Nī-dono y contó este sueño a todos, que, aterrados, sintieron cómo se les ponían los pelos de punta.

20 Medida de longitud de la antigua India: 1 *yu* = unos 120 Km.

21 Literalmente, monja del segundo rango. Su esposa, por tanto, también había recibido las órdenes budistas.

Se decidió ofrecer a las divinidades de los templos y santuarios famosos por sus virtudes milagrosas toda suerte de ofrendas y dádivas, como oro, plata y las siete piedras preciosas. Incluso se ofrecían caballos, monturas, yelmos, armaduras, arcos, flechas, espadas, dagas... Pero todo fue en vano, pues el mal del primer ministro no cedía. Sus hijos e hijas no se apartaban de la cabecera del lecho de su padre. Todos se lamentaban e intentaban hallar un remedio. Sólo parecía quedarles como solución la plegaria, pero ni siquiera ésta era escuchada.

El día dos del segundo mes de aquel año bisiesto, su esposa, Nīdono, se acercó a la cabecera del lecho, pese al insoportable calor que despedía, y con lágrimas en los ojos le dijo al oído:

—Al ver el estado en que te encuentras, siento que mi esperanza de que te recuperes se desvanece día a día. Si hay algo que te quede por hacer en este mundo, te ruego que me lo digas ahora que estás vivo...

Kiyomori había sido siempre un hombre vigoroso, pero ahora sufría tanto que, entre angustiosos suspiros, solamente pudo balbucir estas palabras:

—Desde el tiempo de las insurrecciones de Hōgen y Heiji, no he hecho sino dedicarme a someter a los enemigos del Emperador. Grandes recompensas he recibido a cambio. Incluso he llegado a ser abuelo de Su Majestad, he llegado a ser primer ministro y ver la prosperidad de la que disfrutan mis hijos y nietos. No me queda ningún deseo por cumplir. De lo único que me arrepiento en esta vida es de no haber cortado la cabeza a Yoritomo, el desterrado en Izu. Cuando muera, no quiero que levantéis templos ni pagodas en memoria mía, ni que me dediquéis ofrendas. No quiero nada..., excepto una cosa. Quiero sólo que, cuanto antes, enviéis un ejército que derrote a ese Minatomo no Yoritomo, que se le corte la cabeza, que la traigáis, y que la coloquéis sobre mi tumba... Ésa será la única ofrenda que aceptaré desde la muerte.

¡En verdad que hasta en sus últimas palabras Kiyomori destilaba soberbia y pecado!

El día cuatro, con ánimo de aliviar sus dolores, rociaron una plancha de madera con agua y lo colocaron sobre ella. Pero sus dolores no disminuían. Presa de fuertes espasmos y en plena agonía, se desplomó en el suelo y murió entre convulsiones.

El ruido de los caballos y de los bueyes de los carruajes, que iban y venían en todas direcciones, era tan ensordecedor que el cielo retumbaba y la tierra temblaba. Mayor impacto no hubiera tenido la muerte del Emperador de todos los imperios del mundo.

Kiyomori había cumplido sesenta y cuatro años. No había muerto de vejez, sino que el destino del *karma* de una vida anterior había determinado el número de años que debía vivir. Por eso, ni plegarias, por largas que fuesen, ni rituales, por solemnes que fuesen, iban a alterar el curso del destino. Si la gracia divina, si la protección de Buda, si el favor de las divinidades custodias del cielo se habían apartado de él, ¿qué podía hacer por él un simple mortal? Las decenas de miles de samuráis, que le habían jurado lealtad y entregado sus vidas y que ahora aguardaban en los alrededores del palacio, eran absolutamente impotentes para ahuyentar ni siquiera un instante a este mensajero del reino de la muerte. Kiyomori tuvo que hacer solo el viaje al otro mundo, un viaje que le haría atravesar el monte Shide, del que ningún mortal regresa, y el río Sanzu[22]. Los males que en su vida había causado volvían ahora a buscarlo en forma de carceleros con cabezas de caballos y de bueyes.

Como su cuerpo no podía permanecer intacto para siempre, se le incineró el día siete en el monte Otagi. Enjitsu, un monje que era Sello de la Ley Budista, introdujo sus restos en una urna, se la colgó del cuello y marchó a la provincia de Setsu, donde la enterró en la isla de Kyō-no-shima.

Veis, pues, cómo un hombre que con su poderío había dominado todo el Imperio y regido los destinos de los hombres, ahora se había convertido en fina columna de evanescente humo que ascendió al cielo de la capital. En cuanto a sus huesos, por un tiempo permanecieron como tales, hasta que con el paso del tiempo se mezclaron con las arenas y acabaron siendo parte de la vacua tierra.

22 Literalmente «río de los tres vados», cada uno de los cuales es más hondo, que son cruzados por las almas de los difuntos el día séptimo después de la muerte.

CAPÍTULO VIII

LA ISLA DE LAS PLEGARIAS

Justo la noche de las exequias del primer ministro tuvieron lugar varios y singulares sucesos. En el palacio de Nishi Hachijō, cuyas salas estaban adornadas de oro, plata y refulgentes piedras preciosas, estalló de repente un incendio esa misma noche. Que una casa se queme, es un suceso normal, pero el incendio de este palacio era un misterio. Se corrió el rumor de que había sido provocado, aunque nunca se supo por quién.

La misma noche se dejó oír al sur de Rokuhara una canción que, coreada por unos veinte o treinta hombres, decía así:

«¡Qué gozo de agua! ¡El agua de la cascada que resuena!».

Así cantaban, marcando el ritmo con bailes y rompiendo en carcajadas. Todavía se guardaba luto por el Emperador abdicado, cuya muerte había precedido en poco más de un mes a la de Kiyomori. ¿Cómo estas muertes no iban a ser lamentadas hasta por los hombres y mujeres más humildes?

Se dijo que todo era obra de los *tengu*. Se escogieron, por tanto, a cien de los samuráis de Heike más jóvenes y valientes para investigar el origen de la canción y las risotadas. Descubrieron que el alboroto llegaba de la sala Hojojū del Palacio de Clausura. Como el Emperador-monje se hallaba ausente de este palacio desde hacía dos o tres años, había un hombre, llamado Motomune, anterior gobernador de Bizen, encargado de guardar el palacio.

Bajo el manto de la noche, se reunían allí veinte o treinta hombres, todos amigos de este Motomune, para beber a escondidas y divertirse. Al principio, bebían en silencio para no llamar la atención, pero con el paso de los días perdieron la discreción por culpa de una ebriedad que era cada vez más ruidosa, y armaban grandes alborotos.

Los samuráis de Heike irrumpieron de golpe y detuvieron a esos treinta hombres, todos borrachos, a los que llevaron atados a Rokuha-

ra. Cuando los presentaron en el patio donde estaba Munemori, el capitán general de la Derecha, éste, después de informarse de los pormenores del suceso, dijo:

—¿Qué se puede hacer con unos borrachos como éstos? De nada servirá condenarlos a muerte.

Y mandó que los soltaran a todos.

Por humilde que sea un hombre, cuando muere, sus familiares hacen que en el templo más próximo suene el gong mañana y tarde y se entonen los sutras del Loto y de Amida. Así lo manda la tradición. Pero en los funerales del primer ministro no hubo ni ofrendas a Buda, ni limosnas a los monjes oficiantes de las ceremonias. Todo lo que hacían los suyos era preparar planes de guerra.

En verdad que la agonía de Kiyomori en su lecho de muerte había sido atroz, pero muchos habían sido los indicios que apuntaban a que no se trataba de un hombre ordinario. Por ejemplo, cuando hizo la peregrinación al santuario de Hiyoshi, su comitiva incluía tantos familiares de los Heike y miembros de otras familias de la nobleza que la gente comentaba:

—Ni un regente ni un canciller en peregrinación al santuario de Kasuga o a Uji llevan un séquito tan espléndido como éste.

Especialmente meritoria fue la construcción ordenada por Kiyomori de la isla artificial de Kyō-no-shima, frente a las costas de Fukuhara. Se construyó para orientar a los barcos que zarpaban o regresaban, sobre todo cuando había tempestad. La isla se empezó a construir a principios del segundo mes del primer año de la pasada era de Oohō (1161). Sin embargo, el octavo mes se desató tan formidable vendaval que las enormes olas destruyeron todas las obras. A fines del tercer mes del tercer año de la misma era, se encomendó a Shigeyoshi, director de obras públicas de la provincia de Awa, la reconstrucción de la isla. Entre los nobles se discutió incluso la conveniencia de celebrar sacrificios humanos para buscar el favor divino. La propuesta fue rechazada por cruel. Pero, en cambio, se decidió escribir plegarias y sutras en las piedras usadas en las obras de reconstrucción. Así fue como a esta isla se la llamó Kyo-no-shima o «Isla de las plegarias».

CAPÍTULO IX

EL MONJE JISHIN-BŌ

Según las palabras de cierto anciano, buen conocedor del pasado de Kiyomori, éste era, a pesar de sus muchas maldades, una reencarnación del *daisōjō* Jie[23].

Había en la provincia de Setsu un templo de montaña llamado Seichō. Vivía en él un monje de nombre Jishin-bō Sonne, el cual, durante muchos años, había estudiado en el templo del monte Hiei y recitado muy devotamente durante todos esos años el sutra del Loto. Movido por el deseo de entregarse a una vida ascética, abandonó Hiei y se instaló en este Seichō-ji, donde desde entonces, y por mucho tiempo, fue respetado y venerado por todos.

La noche del día veintidós del duodécimo mes del segundo año de la era Shōan (1172), cuando Jishin-bō estaba apoyado en su reposabrazos y leía el sutra del Loto, a eso de la hora del buey (dos de la mañana), se le apareció un varón de unos cincuenta años ataviado de blancos hábitos religiosos, tocado de alto sombrero, calzado de polainas y sandalias de paja, y sosteniendo en su mano una carta doblada. Incapaz de distinguir si se trataba de un sueño o de la realidad, sin embargo, pudo preguntarle:

—¿De dónde vienes, buen hombre?

—De la Corte del rey Emma[24], de quien soy mensajero. Éste es mi mensaje —y diciendo esto le entregó la carta.

Jishin-bō la abrió y leyó las siguientes palabras:

«Invitación a Jishin-bō Sonne, Seichō-ji, provincia de Setsu, en el mundo de los mortales del imperio de Japón.

[23] Superior general de la escuela budista de Tendai, murió en el año 985.

[24] En sánscrito, *Yama*, es el rey de los muertos y soberano del infierno y del mundo de los demonios a los que se enfrentan los muertos. Uno de los diez reyes del mundo sobrenatural en el panteón budista, se ideó para él una corte y una rica y popular iconografía influida por el taoísmo chino.

El día veintiséis de este mes se celebra la gran lectura de las cien mil copias de los sutras del Loto que realizarán cien mil monjes en el Gran Salón o Daikoku-den del Palacio del rey Emma. Se le ruega su participación.

Rey Emma.

Día veintidós, del duodécimo mes, segundo año de Shōan.

De la Corte real de Emma».

El monje comprendió que no podía rechazar una invitación así. Sin vacilar se puso a escribir una carta de aceptación. Cuando quiso entregarla, se despertó. Tuvo la sensación de haberse muerto, y le relató esta experiencia al superior del templo, el monje Koyō-bō. Todos los monjes del templo se asombraron mucho y pensaron que se trataba de algo sobrenatural. Los labios de Jishin-bō se movieron para entonar el nombre de Amida y su corazón invocó la misericordia de Buda que conduce al paraíso de la salvación.

Llegó por fin la noche del día veinticinco. Jishin-bō estaba sentado ante el altar del Buda donde solía rezar y, como de costumbre, apoyado en el reposabrazos se entregaba a sus devociones. Súbitamente, a la hora del ratón (medianoche), sintió cómo el sueño lo vencía. Regresó a su celda y se tumbó sobre el lecho. A eso de la hora del buey (dos de la mañana) aparecieron dos varones vestidos de blanco, como la otra vez.

—Preséntate de inmediato —le dijeron.

Sabiendo que incurriría en un gran desacato si desobedecía la orden del rey Emma, Jishin-bō se dispuso a prepararse para seguirlos. Se dio cuenta entonces de que no llevaba su hábito religioso de ceremonias ni tampoco el cuenco para las limosnas. Estaba aturdido y sin saber qué hacer, cuando de repente, un hábito de ceremonias envolvió su cuerpo hasta cubrirle los hombros y del cielo cayó un cuenco de oro. A la puerta de su celda vio a dos pajes, dos monjes acompañantes y otros diez bonzos sirvientes. Había también un gran carruaje adornado con las Siete Joyas[25]. Feliz, se subió rápidamente al carruaje y los monjes acompañantes lo transportaron en volandas por el cielo rumbo al noroeste. En poco tiempo llegaron al palacio del rey Emma.

[25] Oro, plata, lapislázuli, cristal, ágata, rubí y cornalina.

El monje admiró las murallas del palacio, que se extendían hasta el infinito. También los espacios interiores eran inmensos. Dentro del palacio se hallaba el Daikoku-den o Gran Salón construido con las Siete Joyas y resplandeciente por la cantidad de oro que había en su interior. ¿Cómo se podía describir aquello? En todo se veía tal magnificencia que para la lengua de un hombre ordinario resulta imposible expresarlo con palabras.

Cuando acabaron las ceremonias de ese día y mientras el resto de los invitados regresaba a sus casas, Jishin-bō se quedó de pie frente a la puerta central del sur y divisaba a lo lejos el Daikoku-den, distinguiendo a los oficiales y dignatarios que se arrodillaban ante el rey Emma.

—Éste es un viaje que jamás podré repetir. Aprovecharé la ocasión para preguntar al Rey sobre mi vida futura.

Y se dirigió al Daikoku-den acompañado de su séquito, compuesto de los dos pajes que llevaban un parasol sobre su cabeza, de los dos monjes acompañantes que llevaban dos cajas, y de los diez bonzos sirvientes. Cuando esa comitiva se acercaba al Gran Salón, el rey Emma, los oficiales e incluso los dignatarios salieron para recibirlos. En realidad, los dos pajes se revelaron como el *bodisatva* Tamon y el *bodisatva* Jikoku, mientras que los dos monjes acompañantes resultaron ser el *bodisatva* Yakuo y el *bodisatva* Yuze, y los diez bonzos sirvientes se convirtieron en diez demonios femeninos. Todos estos seres sobrenaturales formaban parte del séquito de Jishin-bō y lo servían.

—¿Por qué todavía sigues aquí mientras los otros monjes ya se han ido a sus casas? —le preguntó el rey Emma.

—Porque me gustaría preguntaros, señor, acerca de mi siguiente vida —respondió el monje.

—Bueno, ya sabes que renacer en el paraíso depende de la fe que tenga cada uno.

Y Emma, dirigiéndose a uno de sus oficiales, añadió:

—En el almacén del sur hay un arca en la que se guardan los documentos con el registro de buenas acciones de este reverendo monje. Tráelo y enséñale todo lo que está escrito sobre él, incluyendo sus méritos por haber iluminado a otros mortales.

El oficial fue al almacén y volvió con el arca. La abrió con cuidado y leyó los documentos sobre Jishin-bō. El monje lloró de pesar y, en medio de las lágrimas, imploró:

—Sed misericordioso conmigo, señor. Enseñadme la forma de escapar del círculo de la vida y la muerte. Mostradme el camino de la iluminación.

Emma se compadeció y se puso a recitar diferentes versos de Buda que un escribano, que estaba a su lado, escrupulosamente escribía a pincel palabra por palabra. Y eran éstas:

Ni mujeres, hijos, tronos, fortunas, parientes, criados, ni nada
a los mortales les seguirán. Pero sí con ellos los demonios irán,
esos que sus pecados engendraron
y que a ellos por siempre se encadenarán,
para atormentarlos y de angustia hacerles gritar
por toda la eternidad.

Después de entonar el último verso, Emma entregó el poema al monje. Éste, aliviado por la compasión de Emma, se atrevió a decir:

—Hay un hombre llamado Kiyomori, del clan de los Taira, que eligió el cabo de Wada[26], en la provincia de Setsu, para construir en una superficie de diez *chō* cuadrados numerosas celdas para los monjes. Ha invitado allí a los religiosos que quieran recitar el sutra del Loto, del mismo modo que ha hecho Su Majestad hoy aquí en esta ceremonia en la que se han reunido cien mil monjes. Cada celda fue asignada a un monje para que pudiera realizar la lectura del sagrado texto con toda atención y devoción.

El rey Emma, contento, exclamó conmovido:

—¡En verdad que ese hombre no es un hombre común y corriente! Es la reencarnación del *daisōjō* Jie. Renació en Japón otra vez a fin de proteger la escuela budista de Tendai. Aquí tengo un quinteto que recito a diario tres veces como homenaje de admiración a ese hombre. Llévaselo y se lo entregas.

El poema decía así:

26 La actual ciudad de Kobe.

Al daisōjō Jie mis respetos presento,
al protector de la doctrina Tendai.
Has reaparecido como un general de guerreros,
el terror al pecado explicas,
del provecho de la virtud, ejemplo das.

Esta sagrada escritura le fue así confiada a Jishin-bō, que abandonó el Gran Salón por la puerta central que da al sur del palacio. Diez soldados del rey Emma le ayudaron a subirse al carruaje con grandes muestras de respeto y se apostaron en la parte delantera y trasera del mismo para servirle de escolta. Volaron por los cielos y el monje regresó a su celda, donde recobró la conciencia como si acabara de despertar de un sueño.

Con la escritura en la mano, se dirigió a Nishi Hachijō, la residencia del primer ministro. Cuando se la entregó a Kiyomori, éste quedó tan complacido que agasajó al monje con muchos obsequios. Además, y como recompensa, lo elevó al rango de *risshi* o maestro de Disciplinas.

Fue así como la gente llegó a decir que Kiyomori era la reencarnación del *daisōjō* Jie.

CAPÍTULO X

LA DAMA GION

Pues bien, según otros rumores, Kiyomori, lejos de ser hijo de Tadamori, lo era en realidad del emperador Shirakawa. Decían, en efecto, que en la era Eikyu (1113-1117) vivía una dama de nombre Gion de la que se había prendado el Emperador. Vivía en las faldas de Higashi-yama, donde el soberano acudía a verla.

En una ocasión, el Emperador, escoltado por uno o dos hombres de la nobleza media y por un par de guardias, se dirigía allí para reunirse con su dama. Era a finales del quinto mes y la oscuridad de la

noche era completa, y ni siquiera se podía distinguir el suelo. La lluvia del quinto mes hacía la noche aún más triste y sombría. De repente, de un templo cercano a la vivienda de la dama surgió una sombra que despedía un extraño brillo. De la cabeza le salían púas de plata; a un lado y otro, en lo que parecían brazos, sostenía un mazo en una mano y algo refulgente en la otra.

El Emperador y los de su séquito se alarmaron.

—¡Qué horror! ¡Debe ser un demonio! —exclamó el Emperador—. ¿No será eso que lleva en la mano el mazo de la felicidad?[27] ¿Qué podemos hacer?

El Emperador llamó a Tadamori, que era uno de los guardias de la escolta, y le dijo:

—Tú eres el más valiente de todos los que estamos aquí. Adelántate, hiere con tus flechas a esa criatura y mátala con la espada.

Tadamori escuchó la orden imperial, hizo una reverencia y resueltamente se adelantó hacia la criatura. Mientras avanzaba, pensaba en su interior: «No creo que esta criatura sea peligrosa. Probablemente, es la obra de un zorro o de un tejón. No valdrá la pena ni herirla ni matarla. Lo mejor será capturarla viva».

Y se acercó a la criatura que despedía destellos a intervalos. Al segundo o tercer destello, Tadamori se abalanzó sobre ella y la atrapó. Se oyó una voz aterrorizada:

—¡Por Dios! ¿Qué pretende hacer conmigo?

¡Qué sorpresa recibieron todos al descubrir que la criatura era un ser humano! A la luz de las antorchas vieron que se trataba de un bonzo de rango inferior, de unos sesenta años, encargado del mantenimiento del templo. Con la intención de encender las lámparas del templo, llevaba en una mano un cuenco lleno de aceite para las lámparas y en la otra una vasija de barro tosco sin barnizar con fuego dentro. Como la lluvia era incesante, este monje se había puesto en la cabeza un gorro hecho de pajas de trigo. El reflejo del fuego de la vasija en el sombrero hacía que las pajas de éste resplandecieran como si

[27] La observación del Emperador hay que entenderla a la luz de una antigua leyenda japonesa. Según ésta, el héroe, llamado Issun-bōshi, pese a su estatura diminuta, logra vencer a un poderoso demonio al que hace huir dejando abandonado su mazo. Gracias a la virtud mágica de este mazo, Issun-bōshi es capaz de convertirse en un apuesto y alto joven, conseguir la mano de la hija de su amo y ser feliz el resto de sus días.

fueran de plata. De esa forma, el misterio, detalle por detalle, quedó desvanecido a ojos de los presentes.

—¡Ay! ¡Habría sido terrible si hubiéramos herido o matado a este hombre! ¡Qué acertado ha andado Tadamori! Ved cómo la prudencia también anida en el corazón de un guerrero habituado a empuñar el arco y las flechas.

Así alabó el Emperador el proceder de Tadamori, al cual, en recompensa, le entregó a Gion, que pasaba por ser su dama favorita.

Pero he aquí que esta dama ya se encontraba embarazada de Su Majestad.

—Si nace una niña, la llevaré al palacio; pero si es niño, hazte cargo y crialo como a un guerrero —le dijo el Emperador.

Al cabo de un tiempo nació un niño.

Tadamori deseaba dar la buena nueva del nacimiento del niño al Emperador, pero nunca encontraba una ocasión favorable para decírselo.

Un día, sin embargo, en que el Emperador estaba de peregrinación a Kumano y se hallaba en un lugar llamado Itogasaka[28], provincia de Kī, se bajó del palanquín para descansar un rato. Entre la maleza de los alrededores de ese paraje crecía en abundancia el ñame. Tadámori cogió unos cuantos, los colocó en la manga de su kimono y, presentándose así ante el Emperador, recitó estos versos:

Del ñame el vástago
tanto ha crecido como
raíces rastreras[29].

El Emperador entendió al punto el significado escondido en esos versos y los completó con los siguientes:

Pues simplemente tómalo y
que de tu fuerza aprenda[30].

[28] En la actual Arita, prefectura de Wakayama.

[29] «El vástago del ñame» también puede leerse en japonés como «el vástago de Su Majestad», mientras que «raíces rastreras» se lee también como «a gatas».

[30] «Simplemente tómalo» se puede leer también en japonés como «Tadamori».

Desde entonces, Tadamori crió al niño como si se tratara de su propio hijo. Cuando al Emperador le llegó la noticia de que el niño lloraba mucho por la noche, compuso un poema y se lo mandó a Tadamori. Decía así:

Aunque en la noche
mucho llore, tú cuídale
con mucho esmero
hasta que se haga un hombre
próspero y puro[31].

Por eso, el niño recibió el nombre de Kiyomori.

A los doce años de edad fue nombrado asistente de capitán de la Guardia Imperial. A los dieciocho, oficial del cuarto rango, y era conocido por todos como el «asistente de la guardia del cuarto rango». La gente murmuraba:

—Cualquiera diría que pertenece al mejor de los linajes.

Pero el emperador Toba, que conocía su origen, comentaba:

—En materia de linaje, Kiyomori no está por debajo de nadie.

Una historia semejante ocurrió hace mucho. Fue el emperador Tenchi, quien entregó una de sus consortes, ya embarazada, a Fujiwara no Kamatari. Y le dijo:

—Si nace una niña, la adoptaré como hija. Si nace niño, tú lo adoptarás.

A su debido tiempo nació un niño que llegó a ser fundador del templo de Tafunomine, y se llamó el *sōjō* Jōei.

Por tratarse, por tanto, de un caso con precedente, estaba claro que Kiyomori bien podría ser el hijo natural del emperador Shirakawa. Quizás esto sea la causa de que tuviera la audacia de cambiar la capitalidad del Imperio.

El día veinte del segundo mes del quinto año de la era de Jishō, murió el consejero mayor Kunitsuna. Había mantenido una estrecha relación con Kiyomori, al que le unía una profunda amistad. Tal vez por eso enfermaron el mismo día y murieron el mismo mes.

31 En el original, este verso está escrito con dos caracteres que pueden leerse también como «Kiyomori».

Este Kunitsuna era el hijo del anterior asistente del capitán mayor de los Establos de la Derecha, Morikuni, el cual, a su vez, descendía en octava generación del consejero medio Kanesuke. Al principio, Kunitsuna no había sido capaz de alcanzar ni siquiera el puesto de archivero y trabajaba como escribano de rango inferior en la División de Archivos. Pero un día, en la era de Nimpyō (1154-1154), bajo el reinado del emperador Konoe, estalló un repentino incendio en el Palacio Interior. El Emperador se hallaba en las salas de Shishi-den, pero no había ningún guardia que pudiera venir en su ayuda. Aturdido y sin saber qué hacer, apareció Kunitsuna con sus criados en un palanquín sin adornos.

—En tales circunstancias, Majestad, os ruego que os dignéis subir a mi palanquín y os pongáis a salvo.

El Emperador accedió. Montó en el palanquín y se alejó.

—Y tú ¿quién eres? —le preguntó el soberano.

—Soy Fujiwara Kunitsuna, escribano de la División de Archivos —repuso.

Poco después, el Emperador contó este incidente al regente-canciller de entonces, Tadamichi:

—¡Qué extraño que en estos tiempos haya personas tan atentas! Ocúpate de ese hombre. Quiero que a partir de ahora nos sirva personalmente.

Tadamichi concedió a Kunitsuna propiedades territoriales y lo puso directamente a su servicio.

En otra anécdota, ocurrida bajo el mismo reinado, se cuenta que durante una peregrinación en el santuario de Yahata, ocurrió que en el curso de una representación musical en los jardines del santuario, el bailarín principal, bajo los efectos del *sake*, se cayó al agua y se empapó su vestido de gala, por lo que se vieron obligados a retrasar la representación de la música sacra. Pero entonces, apareció Kunitsuna y dijo:

—No es una tela de tan buena calidad como la otra, pero al menos este que traigo es también un vestido de bailarín.

Y sacó un vestido de gala que llevaba consigo. De ese modo, la representación musical se celebró con toda propiedad. Pese al retraso causado por ese incidente, las voces del canto resonaron argénteas y transparentes, y las mangas del bailarín ondulaban con elegancia al

son de los compases de la música. Aquellas melodías sagradas conmovían por igual a los dioses y a los hombres. Los espectadores no podían dejar de recordar aquel otro suceso antiguo, ocurrido cuando al mundo todavía lo gobernaban los dioses. La diosa del Sol, impulsada por la curiosidad del sonido de la música sacra, había entreabierto la roca que servía de puerta a la caverna celestial para así poder asomarse[32].

Entre los antepasados de este Kunitsuna se encontraba el consejero medio Yamakage. Éste tenía un hijo que llegó a ser *daisōjō* con el nombre de Jomu Sōzu, varón sabio que purificaba su alma por medio de una vida de devociones y penitencias. En los años de la era Shōtai[33], el emperador-monje Uda realizó un viaje al río Ooi. Le acompañaba el capitán general Sadakuni, hijo del ministro del Centro, Takafuji. De repente un vendaval que venía de Ogurayama hizo volar por los aires el alto capirote lacado de Sadakuni, que se quedó de pie sin saber qué hacer, sosteniéndose el moño con la manga del kimono. Pero al instante, el *daisōjō* Jomu sacó de su baúl de viaje otro gorro y se lo ofreció.

Cuando este Jomu tenía dos años, su padre, Yamakage, se lo llevó a Kiushu al ser nombrado vice-gobernador de Dazai. Un día su madrastra, que lo odiaba, fingió abrazarlo para, en realidad, empujarlo al mar y hacer que se ahogara. Sin embargo, ocurrió que una tortuga salió a la superficie del mar y recogió al niño con su caparazón salvándole la vida. Tal vez sucediera este portento porque esta tortuga deseaba devolver el favor que en una ocasión la verdadera madre de Jomu le había hecho. Un día, esta mujer, al ver cómo un cazador de cor-

[32] Alude a un conocido episodio de la mitología de Japón que aparece en las primeras crónicas (*Kojiki* y *Nihon Shoki*). La diosa del Sol, Amateresu, al ocultarse en una caverna, extendió las tinieblas sobre la faz de la tierra. Consternados por la permanente oscuridad, los otros dioses hacen ofrendas y recitan letanías. Uno de ellos, la diosa Uzume, realiza una danza lasciva que provoca la hilaridad de los demás dioses. Impulsada por la curiosidad al oír unas risas que hacen temblar los cielos, Amaterasu se asoma. En ese instante dos dioses la agarran por las manos y le impiden regresar a la caverna. Así quedó restaurada la luz en el mundo. Sobre mitología de Japón, véanse pp. 20-44 de G. B. Sansom, *Japan, A Short Cultural History* (Tokio, Tuttle, 1993), y especialmente, N. Naumann, *Antiguos mitos japoneses* (Barcelona, Herder, 1999), pp. 73-74.

[33] Emperador legendario del siglo 24 a. C. exaltado por Confucio como arquetipo del perfecto gobernante.

moranes se aprestaba a matar una tortuga para usarla como carnaza para sus aves, se adelantó y le ofreció su kimono de mangas cortas a cambio de la vida de la tortuga.

Estas anécdotas de Jomu, incluida la del capirote, ocurrieron hace tanto tiempo que no podría decir si ocurrieron tal como las he contado, pero en esta época degenerada nuestra el extraño episodio de Kunitsuna, cuando dio un vestido de gala a un bailarín, es un suceso irrepetible.

Kunitsuna llegó a ser consejero medio en el tiempo en que Tadamichi fue canciller. A la muerte de éste, y sin mediar intereses políticos, Kiyomori entabló amistad con Kunitsuna, al que enviaba a diario algún obsequio.

—No existe en el mundo un amigo como éste —solía decir el primer ministro.

Llegó a adoptar a uno de los hijos de Kunitsuna, al que llamó Kiyokuni. Además, a su cuarto hijo, el capitán medio Shigehira, lo casó con una de las hijas de Kunitsuna.

El cuarto año de la era de Jishō (1180) tuvo lugar en Fukuhara el banquete de Agradecimiento por las nuevas cosechas. En tal ocasión se hallaban reunidos en el palacio imperial los miembros de la nobleza media. Uno de ellos se puso a cantar un *rōei* que decía:

Moteado es el bambú de las costas de Xiang Pu...

Kunitsuna, que acertó a pasar por allí y oyó esas palabras, exclamó:

—¡Eso es terrible! Una canción como ésa es de mal augurio. Haré como si no la hubiera escuchado —y se alejó corriendo del lugar.

Ahora os voy a contar el significado de esa canción. Hace mucho tiempo, bajo el reinado del emperador chino Yao[34] vivían dos hermanas. La mayor se llamaba Eh Huang y la menor Nu Ying. Las dos llegaron a ser consortes del emperador Shun, sucesor de Yao. Cuando murió el emperador Shun, sus restos fueron transportados a Tsang Wu para ser incinerados. Las dos hermanas, invadidas de una profunda tristeza, abandonaron la capital y se retiraron a las costas de

[34] Privado del emperador Uda, poeta y erudito (837-890).

Xiang Pu. Sus lágrimas cayeron sobre las hojas del bambú que por allí crecía y sobre ellas quedaron motas semejantes a gotas. Desde entonces hicieron su hogar de aquel paraje, donde se consolaban tañendo la cítara. Todavía hoy en día, el bambú de aquellas costas presenta manchas en forma de gotas y los cielos de aquel lugar siempre se hallan cubiertos de nubes. El ambiente está tan impregnado de *aware* que ha sido cantado por Tachibana no Hiromi, autor de este *rōei* evocador de tan triste historia.

Ahora, Kunitsuna había evitado escuchar esta canción pues, aunque no tenía talento para componer poemas, era un hombre que sabía de arte y conocía el significado de esa canción.

Nadie imaginó que un hombre así llegaría a ser consejero mayor. Sin embargo, su madre, un día en que fue de peregrina al santuario de Kamo, rezó durante cien días con gran fervor la siguiente plegaria: «Dios mío, haz que mi hijo, Kunitsuna, llegue a ser archivero mayor, aunque sólo sea un día».

Una noche soñó que un carruaje con hojas de palmera se detenía a la puerta de su casa. Cuando contó su sueño, le dijeron:

—Serás la esposa de un noble.

Pero ella respondió:

—¿Cómo va a ser posible si ya soy una mujer mayor? No viviré para ver tal cosa.

Sin embargo, su hijo Kunitsuna, no sólo llegó a ser archivero mayor, sino incluso consejero y también cortesano de segundo rango. ¡Dichoso prodigio el de este destino!

El día veintidós del segundo mes, el emperador-monje Goshirakawa volvió a su palacio de Hojū-ji. Este palacio, construido el día quince del cuarto mes del primer año de la era de Oohō (1163), tenía en sus proximidades los santuarios de Hiei y Kumano. Todo favorecía además lo sagrado del lugar: las colinas, el agua, los árboles. Debido, sin embargo, a las malvadas intromisiones de los Heike, el Emperador-monje había sido incapaz de vivir en ese lugar en los últimos dos o tres años. Ahora, cuando Munemori le comunicó que, después de terminadas las oportunas reparaciones en el palacio, podría irse a vivir allí, el Emperador-monje se negó a esperar e insistió:

—No hay que reparar nada. Es mi deseo volver rápidamente.

Y rápidamente volvió. Cuando llegó, lo primero que hizo fue contemplar el aposento de su última consorte, Kenshunmon-in. Luego pasó un rato observando los pinos que había cerca del estanque y el sauce que había en la orilla. Se admiró de lo mucho que habían crecido y recordó con nostalgia el paso del tiempo. Comprendió entonces los sentimientos de aquel soberano chino que se lamentaba en el jardín del sur de su palacio del oeste. Y se preguntó:

—¿Cómo no iba a llorar aquel hombre que contemplaba el loto del estanque Taieki o el sauce del palacio de Biyo?

El día uno del tercer mes, a los bonzos de Nara se les permitió regresar a sus templos y se les restituyeron sus cargos y oficios. El día tres, se iniciaron las obras de reconstrucción de la sala de Daibutsu-den. Como encargado y supervisor de estas obras se nombró a Yukitaka, oficial de la División de Archivos.

Antes de esto, Yukitaka, durante una peregrinación a Hachiman, una noche en la que se encontraba rezando, tuvo un sueño en el que vio abiertas las puertas del santuario interior y a un niño con el cabello recogido en dos coletas. El niño dijo estas palabras:

—Soy un mensajero del *bodisatva* Hachiman. Cuando estés supervisando la reconstrucción del Daibutsu-den, lleva siempre esto —y le entregó un bastón.

Cuando Yukitaka despertó del sueño, encontró efectivamente un bastón a su lado.

—¡Qué extraño! —se dijo—. ¿Con qué razón voy a ir yo a supervisar unas obras en el Daibutsu-den de Nara?

Pero metió el bastón en su ropa y volvió a su casa, donde lo guardó. Poco después, debido a la iniquidad de los Heike, ardieron los templos de Nara. Yukitaka fue elegido, entre todos los cortesanos, supervisor de las obras de reconstrucción del templo. ¡En verdad fue un hombre favorecido por la gracia divina!

El día diez del tercer mes, llegó un mensajero a caballo enviado por el gobernador de Mino con noticias de que el ejército de los Genji de las provincias del oeste había invadido la provincia de Owari, donde había bloqueado los caminos e impedía el paso a la gente.

Rápidamente los Heike enviaron fuerzas de ataque. Como líder se escogió a Tomomori, el comandante de la Guardia Imperial de la Izquierda, que iba a llevar como asistentes a Kiyotsune, general medio

de la Izquierda, y a Arimori, general menor. Al mando de treinta mil hombres a caballo, partieron al combate. No habían pasado ni cincuenta días de la muerte del primer ministro Kiyomori, por lo que esta decisión pareció harto osada, aun sabiendo todos que el mundo se encontraba en una época de caos y perversión[35].

Por parte de los Genji, el archivero Yukie y el hermano menor de Yoritomo, el sacerdote Gien, comandaban un ejército de seis mil hombres a caballo que aguardaban acampados en las márgenes del río Owari. Sólo el curso del río separaba a los dos ejércitos enemigos.

A medianoche del día dieciséis de ese mismo mes, los seis mil jinetes Genji vadearon el río y se lanzaron al ataque entre gritos de batalla. Al rayar el alba del día diecisiete, a eso de la hora del tigre (cuatro de la mañana), se iniciaron los primeros intercambios de flechas. El combate duró hasta que terminó de amanecer.

Los hombres de los Heike, muy tranquilos, decían:

—Los enemigos han vadeado el río y sus caballos y vestidos están mojados. Es fácil reconocerlos. ¡Disparemos contra ellos!

Tales eran las órdenes. Rodearon a los Genji aprovechando su ventaja numérica, y, mientras caían sobre ellos, gritaban:

—¡No dejéis de disparar! ¡Que no se desperdicie ni una sola flecha!

Casi todos los Genji fueron alcanzados por las flechas. Yukie logró escapar con vida y consiguió retirarse a la orilla este del río. Por su parte, Gien se adentró en las filas enemigas hasta encontrar la muerte. Los Heike pudieron cruzar el río y avanzar por detrás de los Genji sin dejar de disparar ni un solo momento desde sus monturas. Los Genji huían como si fueran presas ahuyentadas en una cacería con caballos. Aunque consiguieron retroceder a un lugar desde donde resistir, sus enemigos eran tantos y ellos tan pocos que no les quedaban fuerzas ni esperanza de tomar la ofensiva. Los guerreros Heike recordaron aquella vieja sentencia militar que decía: «Nunca se ha de combatir con el agua a la espalda». Y comentaban:

—¡Verdaderamente, la estrategia de los Genji ha sido esta vez una locura!

[35] Sobre la creencia de hallarse en tal época, véase en el Libro primero la nota 35 (pág. 104).

Yukīe, en efecto, había conseguido escapar y llegar a la provincia de Mikawa, donde destruyó el puente que cruzaba el río Yahagi. Ordenó también levantar una barricada y decidió aguardar a los Heike detrás de ella. No tardaron en presentarse éstos, que nuevamente lo derrotaron. Si los Heike hubieran seguido en su persecución, los samuráis de Mikawa y de Totomi se habrían unido a ellos. Pero su general en jefe, Tomomori, cayó enfermo y tuvo que regresar de la provincia de Mikawa con su ejército. No había conseguido más que desalojar al enemigo de sus posiciones. Así, por no haber destruido a todo el derrotado ejército enemigo, tampoco esta vez su campaña había logrado resultados satisfactorios.

Los Heike habían perdido dos años antes a Shigemori, este año a Kiyomori. Su suerte estaba a todas luces en declive, y pocos hombres, sólo aquellos que habían sido favorecidos por los Heike en los últimos años, les mantenían lealtad. En las provincias del este no había ni una hierba, no había ni un árbol que no se inclinara ante el poder de los Genji.

CAPÍTULO XI

LA VOZ RONCA

Sukenaga, natural de la provincia de Echigo, había sido nombrado gobernador de dicha provincia. Agradecido a la Casa Imperial y a los Heike por este y otros favores, el día quince del sexto mes del quinto año de Jishō, decidió emprender una campaña al mando de treinta mil hombres a caballo con la intención de destruir a Kiso.

A medianoche del día siguiente, cuando se disponía a iniciar la salida, se desató de repente un viento huracanado. A continuación comenzó una fuerte lluvia acompañada de truenos. Al cesar la tormenta y despejarse el cielo, resonó desde lo alto un grito proferido por una voz ronca que dijo:

—Aquí hay uno que apoya a los Heike, el clan que hizo arder la estatua de dieciséis *jō* del Buda Vairochana que había en el mundo de los hombres. ¡Detenedlo!

Tres veces se oyó esa voz, que repetía lo mismo.

Sukenaga y sus hombres, cuando la escucharon y entendieron lo que decía, sintieron que el pelo se les erizaba de espanto. Y dijeron:

—¿No es éste un terrible mensaje del cielo? Señor, deberíamos desistir y obedecer la voluntad divina...

Pero Sukenaga les respondió:

—Un hombre que empuña el arco y lleva flechas no debe dejarse intimidar por amenazas ni romper su promesa.

De esa manera, la expedición se puso en marcha, como estaba previsto, a la hora del conejo (seis de la mañana) del día dieciséis. Cuando no habían avanzado ni diez *chō*, se formó en el cielo una gran masa de negras nubes que quedaron colgadas sobre la cabeza de Sukenaga. En ese instante, el cuerpo de este hombre sufrió una sacudida y su conciencia se desvaneció, por lo que cayó del caballo. Sus hombres lo recogieron, lo pusieron en un palanquín y lo transportaron a su mansión. Pero, después de permanecer en el lecho seis horas, murió. Cuando un mensajero llevó estas noticias a la capital, todos los hombres de los Heike fueron incapaces de ocultar su miedo.

El día catorce del séptimo mes de ese año, el nombre de la era se cambió al de Yōwa. Ese mismo día, a Sadayoshi, gobernador de la provincia de Chikugo, le fueron confiadas dos provincias más, Chikuzen y Higo, y emprendió la salida hacia las regiones del oeste para sofocar las rebeliones de Kiushu. Ese mismo día también, se proclamó una amnistía, de suerte que todos los que habían sido desterrados el tercer año de la era de Jishō, pudieron volver a sus hogares. Así pudieron poner fin a su exilio el anterior canciller, Motofusa, que se hallaba en Bizen, el ministro imperial Moronaga, que estaba en Owari, y el consejero mayor Suketaka, que se encontraba en Shinano.

El día veintiocho de ese mes, a Moronaga se le concedió una audiencia privada con el Emperador-monje. En una ocasión en la era Chōkan (1163-1164), este Moronaga, después de regresar a la capital, había tomado su *biwa* en la terraza del Palacio de Clausura e interpretado las piezas de «La verdadera gracia de la dicha» y «El regreso al castillo». Ahora, de regreso en la nueva era de Yōwa, tocó la melodía

«El viento del otoño» en el palacio del Emperador-monje. En verdad que Moronaga demostró una sensibilidad exquisita al seleccionar estas obras teniendo en cuenta la situación del momento.

Ese mismo día, Suketaka rindió visita al Emperador-monje, el cual le dedicó estas augustas palabras:

—¡Ah, Suketaka, es como si estuviera soñando! Espero que después de haber vivido en lugares tan rústicos no hayas olvidado todas tus canciones... Nos agradaría que cantaras un *imayō*...

Suketaka se puso a marcar el ritmo y, gracias a su experiencia personal, tuvo la ocurrencia en ese instante de variar el primer verso, que dice: «El río Kiso que está en Shinano...», por este otro verso que cantó así: «El río Kiso que vi en Shinano...».

Mucho se celebró esta improvisación de Suketaka.

CAPÍTULO XII

LA BATALLA DE YOKOTAGAWARA

El día siete del octavo mes tuvo lugar en la sala del Gran Consejo Imperial la ceremonia del canto del sutra *Ninnō*. El ritual empleado había sido el mismo que el seguido en la Corte Imperial en otro tiempo, cuando había sido entonado para someter la revuelta de Masakado[36].

El día uno del noveno mes, siguiendo también el ejemplo de la campaña contra Sumitomo[37], los Heike entregaron como ofrendas al gran santuario de Ise una armadura y un yelmo de hierro. El maestro de ceremonias era entonces Sadataka, al que habían decidido enviar como mensajero imperial para tal ocasión. Pero una vez que hubo salido de la capital y mientras estaba en camino para cumplir su misión,

[36] Se rebeló contra el poder imperial en 935, teniendo en jaque a la Corte de la capital. Fue sometido por Taira no Kunika y Fujiwara Hidesato en 940.
[37] Casi al mismo tiempo que Masakado, Sumitomo izó la bandera de la rebelión contra el Emperador en la costa oeste de Japón.

cayó enfermo en la localidad de Kōga, provincia de Oomi. Pudieron llevarlo hasta Ise y murió en uno de los palacios. Entonces se le encomendó al *sōjō* Kakusan que oficiara la ceremonia de los Cinco Altares para implorar la victoria sobre los enemigos de la Corte Imperial. Pero mientras descansaba en la Sala del Equinoccio del santuario después de haber realizado una de las ceremonias, este monje murió durante el sueño.

Eran todas señales de que ni los dioses sintoístas ni Buda aceptaban las oraciones de los Heike.

Hubo otro incidente igualmente inquietante. Cuando el maestro Jitsugen Ajari, del templo de Anshō, al que se le había pedido oficiar los ritos de Daigen, reveló el documento de las peticiones, se descubrió que en el documento se había pedido la destrucción de los Heike. Todos se quedaron atemorizados y al monje se le pidieron explicaciones.

—¿Qué significa todo esto? —le preguntaron.

—Me habéis pedido que rezara para conseguir que los enemigos del Imperio sean subyugados —respondió el maestro—. Pero si observamos con atención lo que ocurre a nuestro alrededor, vemos que los Heike son los únicos enemigos verdaderos de la Corte Imperial. Por eso, he pedido su sometimiento y rendición. ¿Qué hay de mal en hacer lo que me habéis pedido?

—Este monje es un insolente —decían—. ¡A la muerte o al destierro con él!

Se promulgó una sentencia de condena contra el monje. Había por entonces, sin embargo, asuntos grandes y pequeños tan apremiantes para los Heike, que el episodio fue olvidado y la condena no se llevó a efecto.

Más tarde, bajo el poder de los Genji, la valiente explicación del monje fue públicamente alabada por Yoritomo, el cual lo recompensó con el cargo de *daisōjō*.

El día veinticuatro del duodécimo mes a la Emperatriz se le concedió el título oficial de Emperatriz reinante y se le dio el nombre de Kenreimon-in. Era la primera vez que a una Emperatriz madre se le concedía tal título imperial siendo el Emperador, su hijo, todavía un tierno infante.

Llegó así el segundo año de la era de Yōwa. El veintiuno del segundo mes el planeta Taihaku invadió el campo astral de Bōsei[38] en el firmamento. Según los libros chinos de astrología, «cuando Taihaku se interpone en el camino de Bōsei, aparecen bárbaros por los cuatro puntos cardinales». También se dice: «un general recibirá el bastón de mando del Emperador y partirá allende las fronteras».

El día diez del tercer mes se realizó la reasignación de cargos y títulos, y fueron promovidos a rangos superiores casi todos los hombres de Heike.

El día quince del cuarto mes, el antiguo *sōjō* Kenshin organizó una ceremonia religiosa en el santuario de Hiyoshi. En ella se copiaron y leyeron diez mil copias del sutra del Loto de acuerdo con las prescripciones observadas en los templos del monte Hiei. El emperador-monje Goshirakawa, con ganas de profundizar en su fe, tuvo deseos de participar en la ceremonia. El caso es que, sin que se sepa quién lo divulgó, corrió el rumor de que el Emperador-monje había dado la orden a los bonzos de la montaña, es decir, a los del templo Enryaku del monte Hiei, de atacar a los Heike.

Al extenderse el rumor, los soldados corrieron al Palacio Imperial y le pusieron cerco, mientras que hombres del clan Heike acudieron sin perder tiempo al palacio de Rokuhara. Shigehira, el teniente general del tercer rango, guió a tres mil hombres a caballo hasta el santuario de Hiyoshi para prender al Emperador y devolverlo a la capital.

Entretanto, en el templo de Enryaku se propagó el rumor de que los hombres de Heike iban a subir a la montaña con cientos de jinetes para atacar el templo. Ante esto, los bonzos bajaron a Higashi Sakamoto para tratar estas noticias en asamblea.

Tanto en la montaña como en la capital reinaba la conmoción. La nobleza media y baja estaba atemorizada; los guardias de la escolta del Emperador-monje empalidecían de temor. Tanto fue así, que algunos guardias del norte estaban tan aturdidos y se sintieron tan descompuestos que llegaron a vomitar.

Shigehira recibió al Emperador-monje en Anau[39] y lo escoltó de regreso a la capital. El soberano habló con estas palabras:

38 Taihaku, Venus: Bōsei, Las Pléyades.

39 En la actual ciudad de Otsu-shi, en el lado este del monte Hiei.

—Si a partir de ahora mi vida va a ser así, ya no tendré libertad de hacer ninguna peregrinación.

En realidad, ni los bonzos tenían intención de marchar contra los Heike, ni éstos de atacar al templo de la montaña. Todo había sido, en efecto, producto de una falsa alarma. La gente comentaba:

—Ha sido todo obra del diablo.

El día veinte del cuarto mes, se presentaron ofrendas extraordinarias en veintidós santuarios del Imperio para calmar la hambruna y la pestilencia que azotaban el país.

El día veinticuatro del quinto mes, se cambió el nombre de la era al de Jūei. Ese mismo día, a Jo no Sukeshige lo nombraron gobernador de la provincia de Echigo. Su hermano mayor, Sukenaga, había muerto cuando era gobernador de la misma provincia y él, alegando que ese cargo le traería mala suerte, lo había rechazado al principio. Pero, incapaz de negarse a un edicto imperial, tuvo que aceptarlo, aunque se cambió el nombre al de Nagashige.

El día dos del noveno mes, este Nagashige reclutó a cuarenta mil soldados a caballo de Echigo, Dewa y de los cuatro distritos de Aizu, y al frente de ellos decidió atacar a los rebeldes de Kiso, en la provincia de Shinano. El día nueve entraron en tierras de Shinano y acamparon en Yokotagawara.

Mientras tanto, Kiso, que había estado en la fortaleza de Yoda[40], al enterarse de la llegada de Nagashige reunió a tres mil samuráis a caballo y los llevó a todo galope al encuentro del enemigo.

Entre los hombres de Kiso había un tal Mitsumori, de la provincia de Shinano. Este guerrero concibió el plan de agrupar a los tres mil hombres de los Genji en siete batallones, cada uno de ellos con un estandarte rojo, el color de los Heike. De esa forma, con los estandartes rojos bien enhiestos, avanzaron por las cumbres y valles hacia los Heike. Cuando éstos los vieron, Nagashige gritó jubiloso:

—¡Mirad! Hasta en estos lugares hay hombres dispuestos a combatir por los Heike. ¡Ahora sí que seremos superiores a los enemigos!

Así alentado, animaba a sus hombres.

Pero cuando los siete batallones de los Genji estaban cerca, a una señal, de repente se juntaron, lanzaron sus gritos de batalla y arroja-

[40] Al sur de la actual ciudad de Ueda-shi.

ron al suelo los pendones rojos, levantando los blancos que llevaban escondidos. Al ver esto, el ejército de Echigo se atemorizó y muchos dijeron:

—El enemigo cuenta con más de diez mil hombres... ¿Qué podemos hacer ahora?

Invadidos por el pánico, numerosos soldados de los Heike fueron empujados y arrojados al río; otros quedaron acorralados en las cumbres y fueron lanzados al vacío. Sólo unos pocos pudieron conservar sus vidas: muchos en esa batalla la perdieron. Guerreros de tanta prez y honra para Nagashige, como Yama no Tarō de Echigo y Jōtambo de Aizu, perecieron en esa jornada. El mismo Nagashige resultó malherido, aunque pudo salvarse a duras penas y escapar a la provincia de Echigo siguiendo el curso del río.

En la capital, sin embargo, los Heike no se tomaron muy en serio esta derrota.

El día dieciséis del noveno mes nombraron de nuevo a Munemori capitán general de la Derecha; y el día tres del mes siguiente, ministro del Centro. El día siete, Munemori, con un séquito de doce cortesanos de la nobleza media y con otros dieciséis de la nobleza baja en las filas delanteras, realizó una visita oficial de agradecimiento al Palacio Imperial. El boato del cortejo era un hecho harto frívolo en tal momento, cuando los Genji, sublevados, estaban reuniendo tropas en el este y en el oeste. Parecía que los Heike preferían los festejos y la pompa antes que reconocer las olas tempestuosas que se avecinaban.

Llegó así el segundo año de la era Jūei. Las ceremonias y banquetes de Año Nuevo se celebraron con toda normalidad, presididos por Munemori, ministro del Centro, y celebrados en el interior de la puerta de Syomei-mon.

El día seis de ese primer mes, el Emperador, un niño de tierna edad, rindió la visita oficial de Año Nuevo al Emperador-monje en Hōju-ji. Se había seguido el precedente de otra augusta visita oficial: la realizada por el emperador Toba cuando contaba seis años de edad al Emperador-monje de entonces, Shirakawa.

El día veintidós del segundo mes, Munemori fue elevado a la dignidad del primer rango de la nobleza; ese mismo día presentó su renuncia al cargo de ministro del Centro. Esta decisión fue tomada por la gran responsabilidad asumida ante la Insurrección de los Genji.

Los bonzos de Nara, los de la montaña, los de Kumano y Kinbusen, incluso los sacerdotes del gran santuario de Ise, daban ahora la espalda a los Heike y abrían sus brazos al clan de los Genji. Y, aunque se despachó a todas las provincias y se promulgó en los cuatro puntos cardinales un edicto imperial firmado por el Emperador reinante, Antoku, y por el Emperador-monje, Goshirakawa, en el que se pedía la paz en el Imperio, ya nadie se lo tomó en serio y quedó en vano, pues todo el mundo sabía que tal edicto era sólo una orden más de los Heike.

LIBRO SÉPTIMO

CAPÍTULO I

EL PAJE DE SHIMIZU

Corrían los primeros días del tercer mes del segundo año de la era de Juei (1183) cuando en el seno del clan Genji nació la animosidad entre Yoritomo, el anterior alférez de la Guardia Imperial, y su primo Kiso Yoshinaka. Surgió la enemistad cuando Yoritomo movilizó a más de doce mil jinetes, a los que ordenó marchar hacia la provincia de Shinano para atacar a Kiso. Éste se hallaba entonces en la fortaleza de Yoda, pero, al enterarse de la noticia, salió de la fortaleza y acampó en las faldas del monte Kumasaka, en la frontera que divide las provincias de Echigo y de Shinano. Cuando Kiso supo que Yoritomo había llegado ya al templo de Zenkō-ji, le envió a Kanehira, su propio hermano de leche, para que le transmitiera este mensaje:

«¿Con qué motivo deseas atacarme? Tú tienes ya el control y el señorío de ocho provincias, y ya has emprendido la ruta de Tōdai-dō hacia la capital a lo largo de la costa del este para subyugar a los Heike. Yo, en cambio, voy a seguir por la ruta de Tōsan y Hokuroku para igualmente caer sobre nuestros enemigos. ¿Qué necesidad tenemos de enemistarnos, dividir nuestras fuerzas y ser así objeto de la mofa de los Heike?

Todo nació cuando mi tío Yukīe, por alguna rencilla contra ti, buscó refugio en mi casa y yo, por cortesía y deber familiar, no tuve más remedio que acogerlo. Pero nada de eso puede haber sembrado en mi corazón hostilidad u odio contra ti».

A este mensaje Yoritomo respondió con este otro:

«Ahora te expresas con inocencia. Pero tengo informes de que en tu corazón abrigas el plan de atacarme. Y, como las fuentes de mi información son seguras, a ninguna de tus palabras puedo dar crédito».

Y, sin mediar más palabras, Yoritomo se aprestó al ataque, que confió a sus dos generales, Sanehira y Kagetoki. Cuando Kiso se enteró de esta decisión, dio un paso más en sus muestras de inocencia. Tomó la decisión de entregar a Yoritomo como rehén a su propio hijo, Yoshishige, de once años de edad, que era paje de Shimizu. Le escoltarían hasta donde estaba Yoritomo los célebres guerreros Unno, Mochizuki, Suwa y Fujisawa.

Dijo entonces Yoritomo:

—Si Kiso ha ido tan lejos como para entregarme a su propio hijo como rehén, es que en realidad no abriga sentimientos hostiles contra mí. Yo no tengo aún un hijo mayor, así que lo adoptaré como hijo.

Diciendo esto, Yoritomo regresó a Kamakura y se llevó consigo al paje de Shimizu.

CAPÍTULO II

LA MARCHA A LAS PROVINCIAS DEL NORTE

Mientras, se había propagado el rumor de que Kiso, tras haber enseñoreado las provincias de las rutas de Tōsan y de Hokuroku, que son las montañas del este y del norte del Imperio, estaba preparado para caer sobre la capital con más de cincuenta mil jinetes.

Ya desde el año anterior los Heike habían anunciado su intención de presentar batalla en el cuarto mes de este año o, como decían, «cuando los caballos pasten las tiernas hierbas».

Consecuentes con ese anuncio, ahora los guerreros de los Heike iban agrupándose y apiñándose como negros nubarrones. Llegaban a la capital desde las umbrías y las solanas de las montañas, de los ma-

res del sur y del oeste. ¡Llegaban unos y no llegaban otros! De las regiones montañosas del este, llegaban guerreros de Oomi, de Mino y de Hida; pero de las regiones al este de Oomi a lo largo de la ruta de Tōkaidō, ningún guerrero llegaba. De las regiones del oeste llegaban guerreros a la capital; de las regiones al norte de Wakasa, de las partes a lo largo de la ruta de Hokuroku, ningún guerrero llegaba[1].

El plan de los Heike era, en primer lugar, someter a Kiso y luego a Yoritomo. Por eso, se decidió despachar en primer lugar tropas de asalto al norte, por la ruta de Hokuroku. En esta campaña iban a tomar parte seis generales, más de trescientos cuarenta samuráis principales y tropas de más de cien mil hombres a caballo.

Estos eran los generales: Koremori, capitán medio del tercer rango de la nobleza; Michimori, gobernador de Echizen del tercer rango; Tsunemasa, gobernador de la provincia de Tajima; Tadanori, gobernador de la provincia de Satsuma; Tomonori, gobernador de la provincia de Mikawa; y Kiyofusa, gobernador de la provincia de Awaji.

Estos eran algunos de sus samuráis principales: Moritoshi, antiguo gobernador de Etchū; Tadatsuna, capitán de la guardia de Kuzusa; Kagetaka, capitán de la guardia de Hida; Nagatsuna, capitán de la guardia de Takahashi; Hidekuni, capitán de la guardia de Kawachi; Arikuni, guardián de la puerta de la Izquierda de Musashi; Moritsugu, guardia imperial de Etchū; Tadamitsu, guardia imperial de Kazusa; y Kagekiyo, guardia imperial de Akushichi.

Todos ellos, en total más de cien mil hombres a caballo, a eso de la hora del dragón (ocho de la mañana) del día diecisiete del cuarto

[1] Esta distribución geográfica de los aliados de los dos clanes contendientes, determinada por el dominio económico de las tierras y el apoyo militar de los clanes provinciales de los respectivos lugares, se va a mantener a lo largo del lustro de guerras (1180-1185). Básicamente el apoyo a los Heike, especialmente en los tres primeros años del mismo, radicaba en las provincias aledañas a la capital, en las del sur de ésta, especialmente las costeras del mar Interior, en las de Shikoku, en las del oeste, en algunas, cada vez menos, de Kiushu, y en una cuña que se adentraba hacia el noreste, por las mencionadas provincias de Oomi, Mino y Hida. En cambio el dominio militar de los Genji estaba principalmente en las provincias al este de la capital, señaladamente en la zona de Tōkai y las extensas provincias al norte de la misma, como Musashi, Kōzuke y Shinano, además de focos cada vez más activos al norte de la capital y en puntos aislados de Kiushu. Véase el mapa en la Introducción: Anexo. En amplios términos geográficos, por tanto, puede decirse que iba a ser una guerra del norte y este del archipiélago japonés contra el sur y el oeste.

mes del segundo año de Juei (1183), partieron de la capital rumbo al norte.

A los soldados de Heike se les había autorizado a aprovisionarse de víveres por las provincias que atravesaran en su ruta y a confiscar cuantas posesiones hallaran a su paso. Así lo hicieron, sin ningún miramiento, una vez que cruzaron la frontera de Oosaka. No sólo confiscaban sacos de arroz, sino que además exigían fonsaderas a los grandes propietarios y a las familias acomodadas de los lugares por donde pasaban. Todo esto hizo que a su paso por Shiga, Karasaki, Mitsukawajiri, Mano, Takashima, Shiotsu y Kaizu, el pueblo, incapaz de soportar tal presión, huyera de los poblados y se refugiara en campos y montes.

CAPÍTULO III

LA VISITA A LA ISLA DE CHIKUBU-SHIMA

Pese a que el capitán medio, Koremori, y Michimori se habían adelantado con sus tropas, había otros tres generales, Tsunemasa, Tomonori y Kiyofusa, que estaban detenidos en Shiotsu y Kaizu, en la provincia de Oomi. Destacaba entre estos tres Tsunemasa, hombre versado en las letras y en la música y que, pese a encontrarse en la vorágine de la turbulencia de aquellos tiempos de guerra, mantenía pura su afición a las artes. Cuando llegó a las riberas del lago Biwa y divisó una isla en el lago, mandó llamar a uno de su séquito, Arinori, guardia imperial, y le preguntó:

—¿Cómo se llama aquella isla?

—Es la famosa isla de Chikubu-shima, señor —respondió Arinori.

—¡Ah, claro! He oído su hombre. ¡Vayamos a visitarla! —e hizo traer una barca en la que cruzó el lago para llegar a la isla. Le acompañaban Arinori, Morinori y otros cinco o seis samuráis más.

Era el dieciocho del cuarto mes. Se respiraba por doquier el aire de la primavera, que parecían exhalar las tiernas y verdes ramitas de

los árboles. Ya había perdido su primera frescura el canto del ruiseñor que habita en las florestas de los valles, pero los primeros trinos del cuclillo sonaban por todas partes como heraldos de la llegada del verano. La glicina, ensortijada en las ramas de los pinos, estaba a punto de romper con sus flores. El ambiente de la isla tenía tal encanto que Tsunemasa no pudo aguantarse: abandonó la barca apresuradamente y salió corriendo a contemplar los alrededores de la isla con una emoción que las palabras no sabrían describir. Se imaginó haber llegado a la montaña Hōrai, en la isla del mismo nombre[2], un lugar al que jamás llegaron aquellos muchachos o muchachas, ni tampoco aquellos estudiantes de magia enviados por los emperadores chinos Shi Huan, de la dinastía Chin, y Wu, de la dinastía Han, con la misión de hallar el elixir de la inmortalidad. Aquellos enviados, entregados a un viaje eterno en barco, decidieron no volver hasta llegar a la isla Hōrai. Y en efecto, sin encontrarla jamás, envejecieron y murieron, siempre a la deriva del mar y a merced de las olas del inmenso océano.

En un sutra está escrito: «En el mundo de los hombres hay un lago en el cual se yergue una montaña de cristal que brota de las profundidades de la tierra. Ahí viven los ángeles».

Ésta era la isla en la cual ahora imaginaba hallarse Tsunemasa. Cuando deambulaba por ella, encontró un santuario ante el cual, postrado de rodillas, rezó con estas palabras:

—¡Oh, diosa Benzaiten, conocida también por el nombre de Nyorai, y que os dignáis manifestaros a los mortales como un *bodisatva*[3]. Aunque os invocamos bajo otros nombres, como Benzaiten y Myōnten, sois una y la misma manifestación de la diosa salvadora de la humanidad. Sabemos que prestáis oídos y concedéis los deseos a quien visita este santuario. Rezo para que también me oigáis y atendáis mis ruegos.

[2] Isla legendaria que los chinos creían situada en algún lugar del océano al este de China y en donde emplazaban el paraíso.

[3] Conocida también como Benten (en sánscrito, *Saravasti*), era la diosa de la elocuencia, especialmente popular entre los artistas como Tsunemasa. Se pensaba que poseía las virtudes de la música, riqueza, sabiduría y elocuencia. En la iconografía budista suele aparecer con dos brazos sosteniendo un *biwa*, o bien con ocho brazos llevando un arco y flechas.

Por espacio de un rato Tsunemasa estuvo recitando textos sagrados.

Mientras así rezaba, la noche extendía su oscuro manto sobre el mundo y la luna de la decimoctava noche iluminaba con sus rayos la superficie del lago. El santuario, envuelto en tan mágica luz, ofrecía una visión resplandeciente y tan sobrecogedora que los sacerdotes del santuario no pudieron evitar acercarse a Tsunemasa y rogarle:

—Hemos oído decir que su señoría es un virtuoso del *biwa.*

Y le trajeron un laúd o *biwa.* Tsunemasa lo tomó en sus manos y se puso a tocar la secreta melodía de *Shōgen-sekishō*[4] bañando de serenidad y armonía todos los rincones del santuario. La divinidad, incapaz de contener su emoción, se dignó aparecer sobre las mangas de Tsunemasa en forma de un dragón blanco. El general, con lágrimas de alegría en los ojos, deseó expresar toda su emoción con los siguientes versos:

Mi humilde ruego
con celestial agrado
oído ha sido,
pues señal me ha dado
con plena claridad.

Con claridad, en efecto, pensaba el feliz Tsunemasa, la divinidad le había presagiado el sometimiento de los enemigos y la rápida derrota de los rebeldes. Así animado, subió a la barca y dejó atrás la isla de Chikubu-shima.

CAPÍTULO IV

LA BATALLA DE HIUCHI

Kiso, que se encontraba todavía en Shinano, ordenó construir una fortaleza en Hiuchi, en la provincia de Echizen. En esta fortaleza apos-

[4] Literalmente, «El cielo sobre las rocas», una de las tres melodías esotéricas juzgadas como las más aptas para ser interpretadas por el *biwa.*

tó tropas de seis mil soldados mandadas por dos monjes, Saimie, de Heisen-ji, y Bussei, de Toga-chi, y nueve samuráis principales, Shinsuke, Saitoda, Mitsuakira, Tsuchida, Takebe, Miyazaki, Ishigurō, Nyuzen y Sami. El emplazamiento de la fortaleza había tenido siempre un gran valor estratégico. Alrededor había ásperas peñas y en los cuatro puntos cardinales se elevaban altas cumbres. Además, por delante de la fortaleza corrían dos ríos, el Nōmi y el Shindō. En la confluencia de estos dos ríos los soldados construyeron una presa. Para ello, cortaron grandes árboles y fabricaron una empalizada con estacas de afilada punta. De esa forma, los cursos fluviales quedaron embalsados y sus aguas llegaban hasta las faldas de las montañas del este y del oeste. Se diría que la fortaleza se alzaba frente a un lago. El paisaje evocaba el de aquel poema chino que dice así:

De la montaña del sur de Chung-nan
sus sombras en el lago de Kun Ming hablan.
Y las aguas, inmensas y azules,
sus palabras en susurros funden,
mientras, el sol poniente sonríe a las olas
y las tiñe en encendidos rojos.
En la superficie del lago,
barcos del virtuoso rey Wu.

Pero a diferencia del lago chino, las aguas del lago de Hiuchi eran turbias y oscuras y tenían la misión de engañar al enemigo. Sin barcos para poder cruzar sus aguas, el ejército de los Heike no tuvo más remedio que acampar en la otra orilla y dejar pasar los días en vano.

En el interior de la fortaleza, sin embargo, estaba el monje Saimei, quien, habiendo sido antaño favorecido por los Heike, en el fondo de su corazón abrigaba una secreta simpatía por ellos. Este hombre descendió hasta las faldas de la montaña, escribió una nota, la puso en la punta redondeada de una flecha mensajera y de un disparo clandestino la envió al campamento de los Heike. La nota decía estas palabras:

«Lo que tenéis delante no es un lago natural. Sus aguas han sido artificialmente embalsadas. De noche, enviad soldados para que destruyan la presa cortando las estacas que sostienen la empalizada. Entonces el agua se saldrá y, cuando el nivel del agua haya bajado lo bas-

tante para que vuestros caballos puedan caminar fácilmente, cruzad la corriente rápidamente. Yo también dispararé flechas a la retaguardia de la defensa de la fortaleza. Éste es el aviso que os da el monje Saimei».

El general de los Heike recibió este mensaje con mucha alegría. Envió a los soldados de infantería a que destruyeran la presa. Si bien es cierto que parecía un enorme lago, porque las aguas estaban embalsadas, tan pronto como empezaron a destruir la empalizada y el agua comenzó a salir, el lago se volvió un charco que el gran ejército de los Heike se apresuró a atravesar a pie enjuto. Los soldados de los Genji que se encontraban en la fortaleza aguantaron a pie firme durante un buen espacio de tiempo, pero al final fueron superados por el mayor número de los enemigos y su resistencia se quebró.

Saimei había descubierto su lealtad a los Heike, poniéndose de su lado en esta batalla de Hiuchi.

Por su parte, el monje Bussei y los samuráis Shinsuke, Saitoda y Mitsuakira lograron escapar y refugiarse en la provincia de Kaga. Allí reorganizaron una nueva línea de contención en Shirayama y Kawachi. Pero los Heike siguieron avanzando y no tardaron en llegar a Kaga, donde quemaron las fortalezas de Hayashi y Togashi. Parecía que nada podría detener su avance. Desde las estaciones de correo cercanas corrían los mensajeros hacia la capital para llevar una y otra vez la buena nueva de la victoria de los Heike. Munemori, el ministro del Centro, y todos los del clan de los Heike recibieron estas noticias con gran regocijo.

El día ocho del quinto mes, los Heike reunieron todas sus tropas en Shinohara, provincia de Kaga. Las dividieron en dos ejércitos, el de vanguardia y el de retaguardia. El primero lo componían más de setenta mil jinetes y estaba comandado por Koremori, Michimori y Moritoshi. Este ejército se dirigió al monte Tonami-yama, en la frontera entre las provincias de Kaga y Etchū. En cuanto al ejército de retaguardia, compuesto de unos treinta mil jinetes, tenía como comandantes a Tadanori, Tomomori y Saemon de Musashi. Este ejército se dirigió a Shiho, en la frontera entre Noto y Etchū.

Mientras, Kiso estaba ya en la capital de la provincia de Echigo. Pero, al conocer los movimientos del enemigo, salió a su encuentro

con sus cincuenta mil jinetes. Igual que había hecho en la batalla de Yokotagawara, decidió dividir a su ejército en siete batallones. A su tío Yukīe lo puso al frente de diez mil jinetes y le ordenó dirigirse al monte Shiho-yama. A Nishina, Takanashi y Yamada les encomendó siete mil jinetes y les pidió que marcharan hacia el norte de Kurosaka para atacar la retaguardia de los enemigos. A Kanemitsu y a Kaneyuki los envió al sur de Kurosaka con siete mil jinetes. Además, dispuso que más de diez mil hombres a caballo fueran a las faldas del monte Kurosaka, en la llanura de Matsunaga no Yanagi-hara y al bosque de Guminoki-bayashi, en donde debían permanecer ocultos. A Kanehira le ordenó que cruzara el vado de Wahi con seis mil jinetes y acampara en el bosque de Hinomiya-bayashi. Mientras, él mismo cruzaría el río Oyabe con diez mil hombres y ocuparía posiciones en Hanyu, al norte del monte Tonami-yama.

CAPÍTULO V

LA PLEGARIA A HACHIMAN

He aquí lo que decía Kiso:

—No cabe duda de que el poderoso ejército de los Heike cruzará Tonami-yama y se presentará en la planicie para enfrentarse a nosotros en campo abierto. En este tipo de batallas, la victoria suele acompañar al ejército que tiene más soldados. Si nos atacan de frente con su poderoso ejército de vanguardia, seguro que perderemos. Pero si coloco a los portadores de los estandartes blancos en las primeras filas, probablemente los enemigos pensarán: «Ahí vienen los Genji con sus poderosas tropas que parecen más numerosas que las nuestras. Además, ellos conocen el terreno mejor que nosotros. Por lo tanto, seguro que nos acorralarán y derrotarán si los atacamos frontalmente en campo abierto. Dicen que estos montes son rocosos y de fiera aspereza; es, por lo tanto, imposible que nos ataquen por detrás. Será mejor que desmontemos y dejemos que nuestros caballos descansen un ra-

to». Seguro que van a hacer eso. Entonces nosotros haremos que crean que queremos luchar. Pero cuando anochezca, les empujaremos al valle de Kurikara y allí les rodearemos.

A continuación, Kiso ordenó a sus hombres que se adelantaran con treinta estandartes blancos y se apostaran en Kurikara. Tal como había previsto, los Heike, al ver los pendones, dijeron:

—Mirad, ahí tenemos a nuestros enemigos, los Genji, y a fe que parecen muchos. Si los atacamos en campo abierto, lo único que conseguiremos será que nos derroten, pues ellos conocen bien el terreno y nosotros no. No vamos a permitir que nos acorralen. Al parecer, estos montes están llenos de rocas y peñascos, por lo que será imposible que nos ataquen por la retaguardia. Además, este es un lugar bueno para que pasten los caballos y para descansar. Lo mejor será, por tanto, desmontar y reposar un rato.

Así fue como los soldados de los Heike se bajaron de sus monturas en medio de los montes de Tonami, en unos parajes llamados Saru-no-baba, y allí se pusieron a descansar.

Entretanto, Kiso, acampado en Hanyū, había estado explorando cuidadosamente el terreno y, entre las verdes y frondosas arboledas que aquel verano poblaban las cumbres de los montes, divisó unas vallas de color rojo. Eran las vallas sagradas de un santuario techado de vigas cruzadas al que daba acceso un pórtico. Kiso mandó llamar a uno de los hombres que conocían el lugar y le preguntó:

—¿Cómo se llama este santuario y a qué divinidad está consagrado?

—Es un santuario consagrado a Hachiman, señor, la divinidad tutelar de estos lugares[5].

Kiso, feliz con la respuesta, mandó llamar al monje Kakumei, el escribano que estaba a su servicio, y le dijo:

—¿No soy afortunado por hallarme delante del santuario de Hachiman? Es mi deseo entrar en él y ofrecerle una plegaria antes de entrar en batalla. Tengo la certeza de que podré ganarla. ¿Qué te parece si ponemos la plegaria por escrito ante el altar del gran *bodisatva* Ha-

[5] Una de las más populares divinidades del sintoísmo. Es patrona de los guerreros. Celebrada como un *bodisatva* (*bosatsu* en japonés) por el budismo, pasaba por ser la divinidad tutelar del clan de los Genji o Minamoto.

chiman para conocimiento de la posteridad y para conseguir el favor divino en este lance?

—Creo, señor, que es una excelente ocasión para hacerlo así —le respondió el escribano, que bajó de su caballo y se preparó para escribir.

Este Kakumei llevaba sobre el traje de batalla de color azul oscuro una coraza con negras correas, una espada enfundada en una vaina lacada de negro, una aljaba con veinticuatro flechas de negras plumas de águila y un arco de bambú forrado de mimbre lacado. No llevaba el yelmo puesto, sino que le colgaba en la espalda sujeto por una cuerda. Sacó del fondo de su aljaba una moleta, o piedra de tinta china, y un fajo de papel. Después, respetuosamente, se sentó ante su señor, preparado para escribir la plegaria de Kiso. ¡Qué admirable resultaba ver a Kakumei en esa posición, dispuesto a usar el pincel con la misma maestría y dignidad con que su señor usaba la espada!

Kakumei era hijo de una familia de eruditos confucianos. Había llevado el nombre de Michihiro cuando trabajaba como archivero en la escuela de Kangaku-in. Luego se tonsuró, tomando el nombre religioso de Saijo-bō Shingyu y frecuentando el templo de Kōfuku de Nara. De su pluma había salido la respuesta que los bonzos de Kōfuku-ji habían dado a los de Onjō-ji cuando ocurrió la insurrección del príncipe Mochihito. En esa respuesta, había escrito la frase: «Kiyomori es la hez del clan de los Heike y la basura de la clase de los guerreros». Dicen que cuando Kiyomori se enteró, estalló en ira y gritó:

—¿Cómo se atreve a escribir tales palabras ese miserable bonzo? A mí, que tengo el grado de religioso de Jōkai, se ha atrevido a llamarme «hez de los Heike y basura de la clase guerrera». ¿Cuándo se ha visto semejante insolencia? ¡Detened a ese hombre y matadlo!

Por esa razón, el bonzo huyó de Nara y se refugió en las provincias del norte, donde entró al servicio de Kiso como escribano y se cambió de nombre, tomando el de Kakumei. La plegaria que le dictó Kiso fue escrita por Kakumei con estas palabras:

«A la divinidad con todo respeto y con toda humildad:

¡Oh gran *bodisatva* Hachiman, señor de nuestro Imperio y ancestro de la augusta dinastía de nuestros soberanos! Os habéis manifestado bajo tres formas divinas diferentes para proteger el trono impe-

rial y para asegurar el bienestar del pueblo, y sois adorado como la divinidad de la que dimanan los tres cuerpos divinos[6]. Estos años un hombre llamado Taira no Kiyomori ha dominado los cuatro mares y causado un sinfín de sufrimientos al pueblo. Ha sido enemigo de la Ley Budista y de la Ley del Imperio.

Yo, Minamoto Kiso no Yoshinaka, de linaje de guerreros, aunque débil, he continuado con la tradición de la familia. Cuando pienso en la perfidia de Kiyomori, me hierve la sangre. Al Cielo entrego mi destino y al Imperio mi vida, pero yo con mis hombres he resuelto poner fin a su soberbia e impiedad.

Ahora que las dos grandes fuerzas rivales, los Heike y los Genji, están a punto de enfrentarse cara a cara y que todavía el espíritu de lucha no ha invadido el alma de los soldados, aparecen mis temores por la falta de unidad en nuestro ejército. Pero los pendones están enarbolados. Y el combate estallará en cualquier momento. Ante vos me postro, oh divinidad, para testimoniaros mi devoción. Tengo la certeza de que Buda y vos aceptaréis mis súplicas y la maldad de nuestros enemigos será castigada. Esta certeza me hace derramar lágrimas de dicha y todos los poros de mi piel rezuman gratitud hacia los dioses.

Además, mi bisabuelo, Yoshīe, antiguo gobernador de la provincia de Mutsu, os mostró su fidelidad y adoptó vuestro nombre: se le llamaba Hachiman Tarō. Desde entonces, ninguno de sus descendientes ha dejado de ofrecer servicios en vuestros santuarios. Yo, Kiso, vástago de la misma estirpe, he ahondado a lo largo de todos estos años en mi fe en vos, oh divinidad. La misión que ahora estoy a punto de emprender es grande, tan grande como la del niño que pretende medir el océano con una concha o como la de una mantis religiosa que con sus patas pretende resistir el paso de un gran carro. Esta misión la emprendo por el bien del Imperio y de nuestro soberano, y de ninguna manera por mi beneficio o el de los míos.

Tengo la firme creencia de que la voluntad divina está de mi lado. ¡Oh divinidad! ¡Qué profunda es mi confianza y qué grande mi dicha!

[6] En la tradición del budismo Mayahana, los tres cuerpos «divinos» de Buda o *Trikāya* (*san-jin*) son el Cuerpo de la Ley o Cuerpo Dharma, el Cuerpo de la Recompensa y el Cuerpo de la Manifestación o la forma física que un Buda asume en este mundo.

Postrado a vuestros pies me hallo para impetrar, por medio de la intercesión de Buda y de los dioses sagrados, la concesión de la victoria y la desbandada de los enemigos por todos los puntos cardinales. Si mi súplica es aceptada y si una fuerza visible o invisible va a protegerme, os ruego, oh divinidad, que me lo hagáis saber por una señal del cielo.

El día once del quinto mes del segundo año de la era de Juei.

De Minamoto Kiso no Jirō Yoshinaka».

No sólo Kiso, sino también doce de sus hombres tomaron de sus aljabas flechas, les quitaron las puntas silbantes y, junto con el documento de la plegaria, las depositaron en el santuario. En ese instante, tal vez a causa de que el gran *bodisatva* Hachiman reconoció la irrepetible misión de Kiso o, tal vez, movido por la sinceridad de su plegaria, tres palomas se dejaron ver entre las nubes y aletearon por encima de los blancos estandartes de los Genji.

Antiguamente, cuando la emperatriz Jingū atacó Shiragi[7], su ejército era débil y el enemigo fuerte. Cuando parecía que iba a ser derrotada, la soberana dirigió al cielo su plegaria. Tres palomas celestiales aparecieron entonces y sobrevolaron los escudos de sus soldados. El enemigo fue finalmente derrotado.

También se dice que Yoriyoshi, un antepasado de Kiso, cuando combatía contra Sadatō y Munetō[8], al ver que su ejército era débil y el enemigo fuerte, dijo mirando el campamento enemigo:

—Éste será un fuego divino y no humano del cual, por tanto, no soy responsable.

Y prendió fuego. Entonces sopló un fuerte vendaval que hizo que el fuego se propagara al campamento enemigo quemando la fortaleza de Sadato en Kuriyagawa. Sus enemigos, los rebeldes Sadatō y Munetō, acabaron siendo derrotados.

[7] Jingū Kōgō (201-269), también conocida como Okinagatarashi-hime no Mikoto, fue una emperatriz semilegendaria de Japón de la cual se dice que consiguió establecer la hegemonía japonesa en Shiragi, uno de los antiguos reinos de Corea (57 a. C.-934 d. C.). Frecuentemente aparece su figura en la trinidad de Hachiman. Su hijo Oojin fue divinizado como Hachiman, el dios de la guerra, al que Kiso dirige su plegaria.

[8] Fueron los hijos de Abe no Yoritoki, quienes de 1051 a 1062 emprendieron una insurrección en la provincia de Mutsu. Minamoto no Yoriyoshi (988-1075), con ayuda de su hijo Yukīe, aplastó la revuelta.

Ninguno de estos precedentes había caído en el olvido para Kiso. Por eso, ¡qué oportuno fue cuando, bajando de su caballo y quitándose el yelmo, se lavó las manos, se enjuagó la boca y dirigió con el corazón sincero una plegaria a las palomas celestiales! ¡Qué purificado estaba el corazón de este guerrero!

CAPÍTULO VI

LA MASACRE DE KURIKARA

Mientras, las tropas de Genji y de Heike se hallaban unas frente a otras. Pero, aunque la distancia entre ellas no superaba los tres *chō*, nadie se atrevía a dar el primer paso. Entonces los Genji escogieron a quince excelentes arqueros que, parapetados tras los escudos, dispararon sus flechas silbantes contra los Heike. Éstos, desconocedores de las verdaderas intenciones de sus enemigos, ordenaron hacer lo mismo a quince arqueros.

Cuando, después, los Genji dispararon treinta flechas, los Heike contestaron con otras treinta. Cuando los Genji dispararon cincuenta flechas, los Heike dispararon otras tantas. Cuando los Genji seleccionaron a cien arqueros, los Heike hicieron lo mismo. Finalmente, ambos bandos adelantaron a cien jinetes a las primeras líneas de combate.

Los Genji estaban ansiosos por entrar en combate, pero tenían órdenes de evitar la lucha inicial. En cambio, ¡cómo se equivocaban los Heike por no imaginar que eran víctimas de una estrategia de entretenimiento por parte del enemigo! En efecto, los Genji sólo pretendían ganar tiempo y que corriera la tarde para empujar a todos los Heike al fondo del valle cuando cayera la noche.

Por fin empezó a oscurecer y más de diez mil jinetes de la retaguardia del ejército de Genji, que habían permanecido en el norte y el sur del valle, se juntaron cerca del santuario de Fudō-myō de Kurikara, en lo más alto del valle. Desde allí empezaron a lanzar flechas y

proferir sus gritos de batalla. Entonces, sorprendidos por el ruido, los Heike se volvieron y, al ver detrás de ellos una nube de estandartes blancos, exclamaron:

—¿Qué es eso? ¿No decíamos que por atrás no podían venir porque eran montes rocosos?

Entonces, Kiso ordenó a sus tropas de vanguardia que se juntaran con los otros y lanzaran sus gritos de batalla. Además, las tropas de diez mil hombres de Matsunaga no Yanagi-hara y de Guminokibayashi, que habían permanecido escondidas, y los seis mil jinetes de Kanehira, que habían aguardado en el bosque de Hinomiya-banashi, lanzaron también sus alaridos de guerra. Todos estos gritos, que llegaban desde las cuatro direcciones y salían de cuarenta mil gargantas, resonaron por todas partes como si la montaña se despeñara y el río se desbordara.

Los Heike estaban cercados y, a medida que la oscuridad de la noche crecía, más y más enemigos les llegaban por delante y por detrás. La estrategia había funcionado. Entre los Heike ya había quienes gritaban:

—¡No se puede ver ya nada! ¡Retirada! ¡Retirada!

Pero era difícil mantener las líneas de batalla, pues muchos habían perdido ya sus posiciones. Entonces galoparon precipitadamente hacia el fondo del valle, y todos querían ser los primeros en llegar. Como no podían ver la figura del jinete que iba delante, pensaron que habría un camino por el monte bajo. Pero, en realidad, era un despeñadero. Todo el ejército bajaba a galope tendido, unos detrás de otros, el hijo cabalgaba tras el padre, el hermano menor seguía al hermano mayor, los criados y sirvientes a sus señores. Atropellándose unos a otros, caballos y jinetes caían amontonados, caballos sobre jinetes y jinetes sobre caballos. Cerca de setenta mil soldados de los Heike yacían en el fondo del valle. Entre las rocas corría la sangre y los montones de cadáveres se asemejaban a colinas. Dicen que todavía hoy pueden verse señales de flechas y marcas de espadas en este valle.

Aquellos hombres, en quienes mayor confianza había depositado el clan de los Heike, perecieron en esta jornada y quedaron sepultados en el fondo del valle. Entre ellos estaban Tadatsuna, capitán de la guardia de Kuzusa; Kagetaka, capitán de la guardia de Hida; y Hidekuni, capitán de la guardia de Kawachi. Fue hecho prisionero Narizumi, de

la provincia de Kaga, un soldado de gran valor y bravura. También fue capturado vivo el monje Saimei, de Heisen-ji, el que había traicionado a los Genji en la jornada de la presa de Hiuchi, en Echizen. Cuando Kiso se enteró de la captura de este hombre, exclamó:

—¡Maldito bonzo! —y ordenó—: ¡Matadlo!

Y lo mataron.

Los generales del ejército de los Heike, Koremori y Michimori, consiguieron salvar sus vidas y escapar a la provincia de Kaga. De más de setenta mil soldados, sólo pudieron salvarse dos mil.

El día siguiente, día doce del quinto mes, Kiso recibió como regalo dos magníficos caballos, obsequio de Hidehira, de Mutsu. Uno tenía el pelaje azabache y el otro rucio. Enseguida, Kiso ordenó que los ensillaran con monturas de oro y los llevaran como ofrendas al santuario de Hakusan o Shirayama.

Kiso dijo:

—Mi posición en la guerra es ahora segura, pero estoy inquieto por mi tío Yukīe, que combate en Shiho. Vamos ahora mismo en su ayuda.

De entre sus cuarenta mil jinetes, escogió a los veinte mil mejores hombres y monturas. Kiso, al frente de ellos, quiso cruzar la ensenada de Himi, pero la marea estaba alta. Inseguro de poder vadearla, hizo que diez caballos ensillados intentaran cruzarla. Los caballos sólo se mojaron las pezuñas y pudieron alcanzar la otra orilla.

—No son aguas profundas. ¡Vadeadlas! —gritó Kiso.

Y los veinte mil jinetes atravesaron la ensenada.

Pero, las tropas de Yukīe habían sido derrotadas. Yukīe se había batido en retirada y en ese momento hacía descansar a sus caballos.

—Es lo que me temía —dijo Kiso, que, al mando de veinte mil jinetes, se había lanzado contra los treinta mil jinetes de los Heike dando gritos de batalla. Del fragor del choque salieron chispas. Los Heike aguantaron la embestida un rato pero, incapaces de seguir resistiendo, acabaron siendo derrotados. En ese encuentro pereció su general, Tomonori, gobernador de Mikawa e hijo menor del difunto primer ministro Kiyomori. También murieron otros samuráis principales.

Kiso cruzó después la sierra de Shiho y acampó en Kodanaka, provincia de Noto, frente a la tumba del príncipe Oirikine.

CAPÍTULO VII

LA BATALLA DE SHINOHARA

En reconocimiento de sus victorias, Kiso otorgó señoríos a los diferentes santuarios de las divinidades. Al de Shiroyama le regaló tierras en Yokoe y Miyamaru; al de Sugau, tierras en Nomi; al de Tada-no-Hachiman, tierras en Choya; al de Kehi, tierras en Hanbara; y al templo de Heisen siete poblados en Fujishima.

Un año antes, los hombres que habían combatido contra Yoritomo en la batalla de Ishibashi-yama se habían refugiado en la capital, donde prestaban servicios a los Heike. Entre ellos estaban Kagehisa, Sanemori, Sukeuji, Shigechika y Shigenao. Todos estos samuráis, en espera de nuevas batallas, solían reunirse en las casas de unos y otros para beber *sake* y entretener su ocio. Un día en que se hallaban en una de estas tertulias en la casa de Sanemori, éste les dijo:

–Si miramos con atención la situación del Imperio, vemos que los Genji llevan las de ganar y los Heike las de perder. ¿Qué os parece, compañeros, si nos unimos a Kiso Yoshinaka?

–Buena idea –respondieron los otros.

Pero al día siguiente, reunidos en la casa de Shigechika, Sanemori les preguntó:

–¿Qué me decís de la idea de ayer?

–Todos nosotros somos guerreros de fama y honra en las regiones del este –dijo Kagehisa–. Seguro que nuestra honra resultaría dañada si, buscando el provecho, cambiáramos de bando. No sé cuál será vuestro parecer, compañeros, pero yo, Kagehisa, propongo que permanezcamos fieles a los Heike.

Sanemori soltó una carcajada y exclamó:

–¡Bien dicho! En realidad, sólo quería poneros a prueba. Yo mismo, Sanemori, estoy listo para morir en esta guerra. Así se lo he dicho ya al señor Munemori y a los demás samuráis.

Todos apoyaron las palabras de Sanemori y decidieron seguir su ejemplo.

¡Qué lástima, sin embargo, que todos ellos, por fidelidad tal vez a su promesa, hubieran de perecer en esta guerra que se libraba en las tierras del norte!

Pues bien, volviendo al hilo de nuestra historia, el ejército de los Heike había sentado sus reales en Shinohara, provincia de Kaga, para dar así reposo a hombres y caballos.

El día veintiuno del quinto mes, en la primera hora del dragón (ocho de la mañana), Kiso apareció en Shinohara con todo su ejército entre estruendosos gritos de guerra. El combate quedó entablado.

Del lado de los Heike había dos hermanos, Shigeyoshi y Arishige, que desde la era Jishō habían estado de servicio en la capital. Pero, al iniciarse las campañas militares del norte, habían sido enviados aquí con la siguiente orden:

—Los dos sois guerreros experimentados en batallas. Id y tomad el mando como maestres de campo.

Al mando de trescientos jinetes, estos dos samuráis veteranos salieron de las filas de su ejército y se adelantaron para hacer frente a los Genji. En el bando de éstos, cabalgaba Kanehira con otros trescientos jinetes. Al principio, tanto Shigeyoshi como Kanehira se limitaban a despachar cinco jinetes para medir sus fuerzas en combates singulares, luego despachaban a diez, hasta que, finalmente, todos acabaron combatiendo.

El día veintiuno del quinto mes, en torno a la hora del buey (doce del mediodía), bajo un tórrido sol que brillaba en lo más alto del cielo y sin una brizna de viento, los guerreros, bañados en sudor, luchaban cuerpo a cuerpo, palmo a palmo.

El combate era desesperado. Murieron muchos soldados de Kanehira; también muchos hijos y sirvientes de Shigeyoshi, el maestre de campo. Los dos hermanos fueron, por tanto, obligados a dejar el campo.

A continuación, fue Nagatsuna, del bando de los Heike, quien se adelantó a la cabeza de quinientos jinetes. La réplica, del lado de los Genji, se la dieron Kanemitsu y Kaneyuki al mando de trescientos jinetes. Por un buen espacio de tiempo los hombres de Nagatsuna consiguieron defenderse, pero estos hombres, reclutados de remotas partes, acabaron por bajar los brazos y volver las grupas. Nagatsuna, en cambio, luchó con gallardía, pero al no tener quien le guardara la espalda, se vio obligado a replegarse. Cabalgaba solo hacia su campo,

cuando Yukishige reparó en él y supuso que se trataba de un guerrero principal. Picó espuelas y se llegó con su caballo adonde él cabalgaba. Fue capaz de sorprenderlo y trabarlo con todas sus fuerzas, pero Nagatsuna reaccionó y logró agarrarlo y dominarlo. Le empujó hacia su silla y le preguntó:

—¿Quién eres? ¡Tu nombre!

—Soy Yukishige, de la provincia de Etchū. Dieciocho años es mi edad —respondió.

—¡Qué lástima! —exclamó Nagatsuna—. Si mi hijo, al que perdí el año pasado, viviera, tendría también dieciocho años. Podría ahora retorcerte el cuello y matarte, pero te dejaré vivir.

Y le perdonó la vida. Después, desmontó de su caballo y dijo:

—Voy a esperar a que lleguen mis hombres —y se dispuso a descansar.

Pero en ese momento Yukishige pensó: «Me ha salvado la vida, pero eso no quita que sea un digno enemigo. Tengo que hallar el modo de acabar con él». Y se sentó a su lado.

Nagatsuna, hombre de natural confiado, se puso a contarle algo amistosamente. En ese momento, Yukishige, que era de movimientos rápidos, echó mano a la espada, la desenfundó, se lanzó sobre Nagatsuna y le dio dos tajos por debajo del yelmo. Entonces, acudieron a galope tres sirvientes de Yukishige para reunirse con su señor. Cierto que Nagatsuna era un hombre de espíritu valeroso, pero su suerte había llegado a su fin. Malherido y rodeado de numerosos contrincantes, sucumbió como consecuencia de las heridas recibidas.

Por otro lado, Arikuni, de los Heike y capitán de la Guardia Imperial de la Izquierda, había iniciado el ataque con trescientos jinetes. La respuesta se la dieron quinientos jinetes encabezados por Nishina, Takashina y Yamada no Jirō. Durante un buen espacio de tiempo, ambas partes mantuvieron un combate feroz, pero muchos del bando de Arikuni perecieron. Arikuni en persona no dejaba de luchar y se había adentrado en las filas del ejército enemigo. Entonces, se dio cuenta de que se le habían agotado todas las flechas y de que su caballo estaba herido. Desmontó, siguió luchando a pie y consiguió matar a muchos contrincantes. Finalmente, con siete u ocho flechas clavadas en el cuerpo, la muerte lo encontró de pie. Cuando vieron la suerte que había corrido su señor, sus hombres bajaron los brazos y huyeron.

CAPÍTULO VIII

LA HONRA DE SANEMORI

A pesar de que todos sus compañeros de armas se habían replegado, Sanemori, de Musashi, enderezaba las riendas de su caballo una y otra vez al campo de batalla para hacer frente al enemigo. Sanemori llevaba un traje de batalla de brocado de color deliberadamente rojo[9] y bajo él una coraza con las correas de verde glauco. El barboquejo le sostenía un yelmo decorado con un par de cuernos metálicos en forma de hoz. Sus flechas eran de blancas plumas de águila moteadas de negro y el arco de bambú estaba forrado de tiras de mimbre. Montaba una silla engastada en oro sobre un caballo rucio rodado.

Mitsumori, uno de los hombres de Kiso, reparando en él, lo identificó como un honroso adversario y exclamó:

—¡Qué buena ocasión! He ahí un hombre valeroso que, pese a que sus compañeros han huido, él sigue gallardamente al pie del combate. ¿Cómo te llamas?

—¿Quién me lo pregunta? —le dijo Sanemori.

—Me llamo Tezuka no Tarō Mitsumori y soy natural de Shinano.

—Entonces serás un rival digno. No es por menospreciarte, pero tengo mis razones para guardar mi nombre. ¡Vamos! ¡Atrévete a pelear conmigo!

Cuando dispuso su caballo la lado del de Mitsumori, un soldado de éste, con la intención de proteger a su señor, se interpuso entre los dos y se abalanzó contra Sanemori, quien le dijo al soldado:

—¡Ah! ¿De modo que te atreves con el hombre más fuerte de Japón?

Y asiendo al soldado, lo empujó hasta colocarlo debajo de su montura. En esta posición le cortó de un tajo la cabeza y la arrojó al suelo. Cuando Mitsumori vio cómo había matado a su soldado, apostó su

[9] Este material de seda y de este color era reservado a la nobleza, e impropio, por tanto, de un guerrero.

caballo a la izquierda de Sanemori, le levantó la faldilla de la armadura y le asestó dos golpes con su espada. Después se tiró sobre el malherido Sanemori y cayeron los dos al suelo. Pese a su valor y fuerza, Sanemori estaba tan fatigado y era tan mayor que finalmente quedó debajo de su rival en el suelo. Mitsumori ordenó a uno de sus soldados que tomara la cabeza de su rival y él mismo, a galope, corrió donde estaba Kiso, su señor. Presentándole la cabeza, le dijo:

—Señor, acabo de enfrentarme y matar a un adversario muy especial. Aunque parecía un samurái, llevaba un traje de batalla de brocado rojo. Parecía un gran general, aunque no llevaba ninguna escolta. Le pregunté varias veces cómo se llamaba, pero se negó a decírmelo. Hablaba con dialecto de la región del este.

—¡Ah! No puede ser más que Sanemori —dijo Kiso—. Lo conocí cuando crucé a la provincia de Kōzuke. Entonces yo no era más que un niño, pero él ya tenía el pelo gris. Su pelo debe ser ahora completamente blanco. Sin embargo, ¿cómo es posible que tenga el cabello y la barba tan negra? Kanemitsu lo conocía desde hacía mucho. ¡Llamad a Kanemitsu!

Vino Kanemitsu, y una mirada a la cabeza le bastó para reconocer a Sanemori.

—¡Oh, qué tristeza! ¡Verdaderamente es Sanemori!

—En tal caso, debe tener más de setenta años y sus cabellos deberían estar completamente blancos. ¿Cómo es que los tiene tan negros?

Kanemitsu, con lágrimas en los ojos, relató entonces la siguiente historia:

—Os he querido explicar la causa, pero las lágrimas me lo impedían, señor. Se dice que hasta en ocasiones de poca importancia, los hombres del arco y las flechas[10] siempre dejan escapar palabras memorables. Y, efectivamente, Sanemori me dijo una vez: «Si tengo que entrar en combate pasados los setenta años, aparentaré ser más joven tiñéndome el cabello y la barba. Aunque da poca honra tener que vérselas con los guerreros más jóvenes en primera línea de combate, más deshonra produce ser rechazado por ser guerrero anciano». Sin duda, fiel a su palabra, se había teñido el cabello y la barba. Lavad su cabeza, señor, y veréis que es cierto.

[10] Es decir, los samuráis.

—Puede que estés en lo cierto —dijo Kiso, y ordenó que lavaran la cabeza.

Cuando la lavaron, efectivamente, el pelo del cabello y de la barba se volvió blanco.

—En cuanto a la razón de que llevara un traje de batalla de brocado rojo, es esta: Sanemori, cuando se había presentado a Munemori, ministro del Centro, para anunciarle su marcha a la guerra, le había dicho:

—Excelencia, el año pasado, en la campaña de las regiones del este, fue una deshonra ser asustado a mi edad por el aleteo de las aves acuáticas y haber regresado desde Kambara, en Suruga, hasta la capital sin haber disparado ni una sola flecha. Bien es cierto, sin embargo, que no fui yo el único en sufrir esta vergüenza. De cualquier forma, esta vez, que vamos de campaña a las regiones del norte, voy con la resolución de encontrar la muerte. Yo, señor, soy natural de Echizen, pero en los últimos años he vivido en Nagai, provincia de Musashi, en la propiedad cuya administración Su Excelencia se ha dignado confiarme. Hay un dicho: «lleva un vestido de brocado rojo cuando vuelvas a tu tierra». Como la campaña me llevará a mi país, os pido, Excelencia, permiso para ir vestido de esa manera.

—Es una petición galante —dijo el ministro conmovido por las palabras del viejo samurái. Y le otorgó permiso para ir vestido de brocado rojo.

Hace mucho, en China, Chu Mai Chen[11] pudo ostentar ante el monte Hui Chi las mangas de brocado rojo de su vestido. Ahora Sanemori, igualmente, se ganó la honra de hombre valiente en las tierras del norte. ¡Qué pena que haya sobrevivido sólo su nombre y que su cuerpo se haya fundido en el polvo de aquellas tierras norteñas!

El diecisiete del cuarto mes el ejército de los Heike, con más de cien mil jinetes, había salido de la capital. Todos creían que se trataba de un ejército invencible. Pero he aquí que ahora, a finales del quinto mes, volvían derrotados, humillados y reducidos a sólo veinte mil hombres. La gente decía:

[11] Chu Mai Chen (s. II a. C.) fue súbdito del emperador Wu Ti (156-86 a. C.) y, aunque de condición humilde, fue nombrado gobernador de su provincia natal, Hui Chi, y autorizado, por tanto, a vestir ropa del material y color indicado.

—Si pescas todos los peces de un río, al año siguiente no encontrarás ninguno. Si quemas el bosque para cazar todos sus animales, al año siguiente no encontrarás ninguno. ¿No habría sido mejor que los Heike hubieran reservado a algunos hombres para el futuro?

CAPÍTULO IX

EL EXORCISTA GENBŌ

Tadakiyo, gobernador de Kazusa, y Kagei, gobernador de Hida, lamentaban las muertes de sus hijos en la guerra del norte. Ellos mismos, que se habían tonsurado a la muerte del primer ministro Kiyomori el año anterior, no tardaron en morir, consumidos sin duda por el desgarro de tan dolorosas pérdidas.

Efectivamente, los padres perdían a sus hijos, las esposas a sus esposos. La situación de duelo se vivía con intenso dolor tanto en la capital como en la provincia. La gente cerraba las puertas de sus casas y las voces de los lamentos y las salmodias de sutras budistas se oían por doquier.

El día uno del sexto mes, Sadanaga, archivero de la Derecha, convocó en la sala de Seiryo-den a Chikatoshi, maestro del Gabinete Imperial de Ritos, y allí le comunicó la voluntad de Su Majestad, el emperador Antoku, de realizar una peregrinación al santuario de Ise una vez que se llegara a una tregua.

Este gran santuario de Ise, consagrado a la diosa del sol, Amaterasu, es el más ilustre de los tres mil setecientos cincuenta santuarios mayores y menores esparcidos en las sesenta provincias de Japón. Sus orígenes se remontan al tercer mes del año 25 del reinado del emperador Suijin[12]. Fue entonces cuando la diosa del sol descendió del cie-

[12] Del siglo I a. C. Es el Emperador 10 de la dinastía imperial y pertenece al grupo de los soberanos legendarios. Fue bajo su reinado, según narra la crónica de *Nihon Shoki* (año 720), cuando el espejo sagrado (*yata no kagami*), representación de la diosa Ama-

lo a la tierra. El emplazamiento del santuario se cambió de Kasanui, en la provincia de Yamato, a un majestuoso paraje apropiado para la adoración en una roca próxima a la corriente superior del río Isuzu, en la comarca de Watarai, provincia de Ise[13]. Pero ningún emperador había visitado el santuario hasta que lo hizo Shōmu[14].

En los días de este Emperador vivía un hombre llamado Fujiwara Hirotsugi, capitán menor de la Guardia Imperial de la Derecha, hijo del chambelán, Ugō, y nieto del ministro de la Izquierda, Katamari. Este Hirotsugi, al mando de diez mil rebeldes, proclamó una insurrección en la comarca de Matsura, provincia de Hizen, el mes décimo del año 15 de la era de Tempyō. La estabilidad del Imperio estaba amenazada. Para sofocar la revuelta y destruir a Hirotsugi, el emperador Shōmu nombró como general a Ono no Azumaudo. Cuando la insurrección quedó sofocada, el Emperador deseó celebrar la victoria con una visita al santuario. Ahora, su descendiente, el soberano Antoku, deseaba seguir el ejemplo de Shōmu.

Aquel Hirotsugi tenía un corcel que era capaz de recorrer en un día la distancia entre Matsura, en Hizen, y la capital. Dicen que cuando estaba acorralado y sus compañeros habían conseguido huir, montó en este caballo y cabalgó, cabalgó hasta llegar a la orilla del mar. También cuentan que, desde entonces, su alma en pena no ha dejado de vagar y de aparecerse, siendo la causante de numerosas catástrofes. Por ejemplo, el día dieciocho del sexto mes del año 16 de la era de Tempyō (año 745), mientras se celebraba una ceremonia religiosa por el descanso de su alma, al *sōjō* Genbō, que fue el encargado de oficiarla, le ocurrió algo pavoroso. Cuando el *sōjō* subió al altar y tocó el gong para invocar a la divinidad, de repente el cielo se nubló y tronó estruendosamente. Sobre la cabeza del *sōjō* cayó un rayo, que se la arrancó de cuajo y la transportó al cielo. Dicen que esto ocurrió porque el *sōjō* Genbō se había atrevido a exorcizar el espíritu de Hirotsugi.

terasu, que es la progenitora mítica de la dinastía imperial, fue trasladado de Kasanui al lugar mencionado.

13. Actual prefectura de Mie.

14. Reinó de 724 a 749.

Aquel *sōjō* Genbō había acompañado al príncipe Kibi[15] en su viaje a la China de los Tang y había vuelto con la doctrina de la escuela budista Hossō.

Los chinos se burlaban de las letras con que se escribía su nombre y le decían:

—«Genbō» se puede leer con el significado de «regreso y muerte».

Y le predijeron:

—Cuando regreses a Japón te ocurrirá una fatalidad.

El día que murió Genbō, el dieciocho del sexto mes del año 19 de la era de Tempyo, ocurrió otro hecho extraordinario. Una calavera, en cuya frente aparecía la palabra «Genbō», cayó en el patio del templo de Kōfuku al tiempo que, en el aire, se oían miles de voces que estallaban en carcajadas. Kōfuku-ji pertenece precisamente a la escuela de Hossō. Los discípulos de Genbō recogieron la calavera y la enterraron piadosamente en una tumba que llamaron *Zuhata*, que quiere decir «tumba de la calavera», y que todavía existe.

Es indudable que todos esos sucesos fueron provocados por el espíritu de Hirotsugi. Para aplacarlo, se le dedicó el santuario de Matsura, al que se conoce como Kagami-no-yama[16].

En el reinado del emperador Saga, el emperador abdicado Heizei izó la bandera de la rebelión instigado por Fujiwara Kusuko[17]. En tal ocasión, y con el fin de rezar por la paz, se escogió a la princesa Yuchi, la tercera hija del soberano, para ofrecérsela al santuario de Kamo, como virgen que era. Esta acción fue el origen de la «Oración de la virgen de Kamo».

Pero todavía en el reinado del emperador Suzaku se realizaron oraciones especiales en el santuario de Yahata con ocasión de la revuelta de Masakado y Sumitomo.

Todos esos ejemplos fueron ahora seguidos para pedir la paz en el Imperio por medio de diferentes ceremonias religiosas.

[15] Su nombre real era Kibitsuhiko. Este príncipe viajó en 716 a China para estudiar administración estatal y volvió a Japón en 735. Dicen que se trajo del continente la técnica del bordado, el juego del *go* y el *biwa*.

[16] En la actual Kagami-mura, Matsura-gun, prefectura de Saga.

[17] Hija de Fujiwara Tanetsuna y esposa del emperador Heizei, se opuso a que su marido abdicara a favor de su hermano Saga.

CAPÍTULO X

LA CARTA DE KISO AL TEMPLO DE LA MONTAÑA

Kiso no Jirō Yoshinaka se dirigió a la capital de la provincia de Echizen, donde reunió a sus hombres para deliberar. Les habló así:

—Mi intención era llegar a la capital a través de la provincia de Oomi, pero temo que los bonzos de la montaña, el templo Enryaku del monte Hiei, nos lo pongan difícil. Bien es cierto que nuestros soldados podrían romper por la fuerza de la violencia las filas de los bonzos-guerreros y derrotarlos, pero no quisiera seguir el ejemplo impío de los Heike, esos destructores de templos, asesinos de monjes y profanadores de la Ley de Buda. Un hombre como yo, Kiso, que desea entrar en la capital para protegerla de los Heike, no puede cometer el mismo crimen que nuestros enemigos y luchar contra los bonzos del monte Hiei que podrían estar del lado de los Heike. Ciertamente, es un asunto más delicado de lo que parece. Deseo conocer vuestro parecer.

Entonces habló Kakumei, el escribano de Kiso. Éstas fueron sus palabras:

—En el templo de Enryaku viven tres mil bonzos. Entre tantos, seguro que no todos piensan lo mismo. Cada bonzo tendrá su opinión. Algunos estarán de lado de los Genji; otros, de lado de los Heike. Tal vez sea una buena idea escribirles una carta. Si nos responden, sabremos a qué atenernos.

—Excelente idea —dijo Kiso—. Prepara, pues, la carta.

Ésta fue la carta que escribió Kakumei:

«Cuando me paro a observar los atropellos y desmanes cometidos por los Heike, compruebo que, desde las eras de Hōgen y Heiji, se han mostrado desleales hacia la Casa Imperial. Pese a ello, tanto nobles como plebeyos, clérigos como laicos, impotentes ante tal proceder, se prosternan a sus pies. El clan de Heike maneja el trono imperial a su albedrío, usurpa señoríos y provincias a su antojo, detiene a los miembros de las mejores familias del Imperio a su capricho. A

los ministros y súbditos imperiales, sin importarles si son culpables o no, los castiga y destierra, confiscando sus bienes para repartirlos entre sus leales. De la corona imperial usurpa tierras y propiedades que concede a sus allegados y familiares.

Señaladamente, en el undécimo mes del tercer año de la era Jishō (1179), los Heike confinaron al emperador-monje Goshirakawa en el Palacio Norte de Toba y desterraron al canciller Motofusa a un remoto lugar en los mares del oeste. Nadie osa hablar de todo esto, y todos se limitan a intercambiar en la calles miradas de pesadumbre y de secreto reproche. No contentos con esto, el quinto mes del cuarto año (1180) asediaron el palacio de Su Alteza, el príncipe Mochihito, lo que causó consternación en la Casa Imperial. Al verse cercado, y para escapar de tan vil asalto, Su Alteza se trasladó en secreto al templo de Onjō. En tal situación, yo, Kiso no Jirō Yoshinaka, que había recibido el llamamiento de Su Alteza, acudí a todo galope con mis soldados para socorrerlo, pero los enemigos me lo impidieron cortándome el paso. Si ni siquiera pudieron auxiliarlo las tropas de los Genji que se hallaban cercanas, ¿cómo podríamos llegar nosotros que estábamos tan lejos? Los terrenos que rodean a Onjō-ji no eran apropiados para la defensa y Su Alteza tuvo que huir a Nara. Fue entonces cuando se entabló la batalla del río Uji. El general de tercer rango, Yorimasa, y su hijo lucharon con bravura y dieron muestra de heroica lealtad a la Casa Imperial. Pero, incapaces de hacer frente al poderoso ejército enemigo, perdieron sus vidas en el combate y sus cuerpos quedaron abandonados en el musgo de la ribera o fueron arrastrados por las olas del gran río.

Las palabras de petición de auxilio que Su Alteza me dirigió quedaron grabadas en mi corazón. La muerte de Yorimasa, que era de mi linaje, ha incendiado mi sangre y la de todos los Genji del este y del norte del Imperio, que finalmente nos hemos puesto en pie de guerra para ir a la capital y destruir a los Heike.

Yo, Kiso no Jirō Yoshinaka, el pasado otoño icé los estandartes y empuñé la espada para cumplir mi deseo. Dejé mi provincia y me enfrenté con Nagashige, de la provincia de Echigo, y su ejército de cuarenta o cincuenta mil jinetes. Con sólo tres mil jinetes lo combatí y lo derroté en Yokotogawa. Al saberse esta noticia, los generales de los Heike prepararon un ejército de cien mil hombres a caballo que puso

marcha al norte. Contra este ejército he peleado en las fortalezas de Etchū, Kaga, Tonami, Kurosaka, Shiosa y Shinohara. Mi estrategia fue superior a la del enemigo y en todos esos lugares conseguí sucesivas victorias. Cuando disparamos, el enemigo se retira; cuando atacamos, el enemigo se rinde. Nuestra fuerza es como la del viento del otoño que arranca y hace volar las hojas de los árboles, o como la escarcha del invierno que las hace morir. Verdaderamente no por mis méritos, sino gracias a la ayuda de los dioses y de Buda, ha sido posible esa cadena de victorias.

Así, tras haber derrotado al ejército de los Heike, vamos a hacer la entrada en la capital. Aprovechando esta marcha, deseo saber cuál es la postura de Sus Reverencias, los monjes de Tendai. ¿Están a favor de Heike o se pondrán de parte de los Genji? Si se declaran por los Heike, nos veremos obligados a combatirlos, en cuyo caso sus templos, aunque contra nuestra voluntad, quedarán destruidos.

Sería verdaderamente lamentable que después de las atrocidades de los Heike contra la Ley de Buda y la Ley del Imperio y después de haber izado nosotros las banderas de lealtad a la Casa Imperial para poner fin a tanta iniquidad, tuviéramos que guerrear, bien a nuestro pesar, contra tres mil monjes en una batalla inesperada. Si por respeto a la divinidad Yakushi Nyorai y al santuario Hiyoshi de vuestra montaña sagrada, yo retrasara nuestra marcha a la capital, mi honor quedaría mancillado para siempre al ser acusado de súbdito negligente y guerrero incompetente. En esta coyuntura, siento que es mi deber explicar a Sus Reverencias la situación.

Es mi deseo ferviente que los tres mil monjes de la montaña sagrada os levantéis con un solo corazón al lado de los Genji. Así, combatiremos la iniquidad y la impiedad todos juntos, por los dioses, por Buda, por el Imperio y por el Emperador, a fin de disfrutar todos de la Gracia Imperial. Este deseo os lo dirijo desde el fondo de mi corazón.

Con todo respeto y humildad.

A diez del sexto mes del segundo año de la era Juei.

A los reverendos maestros del templo de la escuela Tendai.

Minamoto Kiso no Jirō Yoshinaka».

CAPÍTULO XI

LA RESPUESTA DEL TEMPLO DE LA MONTAÑA

Como era de esperar, todos los bonzos del templo de la montaña, al recibir la carta de Kiso, expresaron sus puntos de vista en un capítulo extraordinario convocado al efecto por el superior del templo. Había monjes partidarios de los Genji y monjes partidarios de los Heike. En vista de que las discusiones se hacían más y más complejas por la diversidad de opiniones, los monjes ancianos tomaron una decisión que quedó expresada en los siguientes argumentos:

«Es una misión principal nuestra orar por la larga vida de Su Sacra Majestad Imperial. El linaje de los Heike tiene lazos de sangre con la Familia Imperial y han sido fieles devotos de nuestras doctrinas. Por ambas razones, hemos orado por la prosperidad de ese linaje. Pero sus actos, superando toda razón, han entrado en el reino de la maldad y han conseguido confundir al pueblo. Aunque despachaban tropas a las provincias para acabar con el desorden, siempre volvían derrotadas por los rebeldes. En estos últimos años, los Genji han salido victoriosos de numerosas lides y su suerte se mueve con el viento a favor. ¿Por qué vamos a ser nosotros los únicos en estar al lado de los Heike, cuya suerte tiene los días contados, y dar la espalda a los Genji, a quienes la suerte sonríe? Por lo tanto, cortemos nuestras pasadas relaciones con los Heike y pongámonos de parte de los Genji».

Estos razonamientos recibieron el apoyo unánime de todos los monjes.

Cuando la carta de respuesta llegó a Yoshinaka, reunió a sus hombres y ordenó a su secretario, Kakumei, que la abriera. La carta decía así:

«La carta de Su Señoría con fecha del día diez del sexto mes nos ha llegado el día dieciséis.

Tras leerla, el rencor, largo tiempo contenido en nuestros pechos, se ha disipado de súbito. Las iniquidades de los Heike se han sucedi-

do año tras año mientras que la Corte no parece conocer la paz. Todos estos hechos son de público dominio, por lo que no tenemos necesidad de enumerarlos.

Respecto a lo que concierne a nuestro templo de Enryaku, a causa de su emplazamiento protector en el noreste de la capital, desde siempre hemos rezado fervorosamente en él por la paz del Imperio. Pese a ello, el Cielo ha sufrido largo tiempo la perfidia de los Heike y los cuatro mares desconocen la calma. Cabría decir que ni las doctrinas exotéricas ni las esotéricas existen y que las divinidades guardianas de la fe se han vuelto impotentes. Sin embargo, y por fortuna, Su Señoría es de un linaje de guerreros y está dotado de ejemplares virtudes marciales. Cuidadosamente ha planeado estrategias de batalla, ha reunido tropas voluntarias y, sin temor a la muerte, ha arrostrado peligros y ha conseguido clamorosas victorias. No han pasado ni dos años desde que Su Señoría iniciara sus campañas militares y su nombre ya brilla en todo el Imperio. De ello nos congratulamos nosotros, los monjes que habitamos en este santo monte de Hiei. Celebramos exultantes el resultado de sus campañas y nos impresiona oír los relatos de sus tácticas de batalla por el bien del Imperio y la gloria del linaje de los Genji.

Nos alegramos de que nuestras oraciones fervorosas no hayan sido en vano y de que los cuatro mares estén enseñoreados por manos seguras. El Buda que se venera siempre en este y otros templos y los dioses adorados en los santuarios menores y mayores de Hiyoshi se alegran sin duda al ver que sus enseñanzas y doctrinas volverán a ser respetadas y seguidas con corazón sincero como en épocas anteriores. Rogamos a Su Señoría que tenga en consideración los sinceros sentimientos de todos nosotros, monjes de monte Hiei.

En el otro mundo, los Doce Generales Celestiales[18], como servidores de Buda que son, unirán fuerzas con los valientes guerreros que combatís contra los rebeldes. En este mundo, nosotros, los tres mil monjes, dejaremos momentáneamente a un lado nuestros estudios,

[18] Son *gongen, avatar* o divinidades sintoístas consideradas como manifestaciones locales de Buda. Las de los Doce Generales (o Guardias) tienen la misión de proteger la Ley Budista.

devociones y penitencias para colaborar con las fuerzas armadas y acabar con los hijos de la iniquidad y de las tinieblas.

El sagrado viento de los Diez Preceptos[19] del budismo soplará para expulsar del Imperio a los inicuos, y la sagrada lluvia de las Tres Virtudes místicas[20] nos devolverá a los tiempos felices del emperador Yao.

A esta conclusión hemos llegado y deseamos que se impregne de ella el corazón de su señoría.

El día dos del séptimo mes del segundo año de Juei.

Todos los monjes presentes del monte Hiei».

CAPÍTULO XII

EL RUEGO DE LOS HEIKE AL TEMPLO DE LA MONTAÑA

Los líderes de los Heike, sin saber de la decisión ya tomada por los monjes del monte Hiei, decían:

—Es evidente que los bonzos de Kōfuku-ji y de Onjō-ji nos guardan rencor, por lo que sería inútil pedirles cualquier tipo de ayuda. Pero nuestro linaje jamás ha ocasionado daño alguno a los monjes de Enryaku-ji, de monte Hiei, ni tampoco ellos han dejado de guardarnos ley y fidelidad. Es aconsejable que propongamos a los tres mil bonzos que establezcan una alianza con nosotros y que compartan nuestras oraciones a la divinidad de la montaña.

Tomada esta resolución, escribieron una carta que firmaron diez dignatarios de su linaje y que despacharon al templo. La carta decía así:

[19] Véase la nota 1 al Libro sexto.

[20] La obtención de la iluminación, la sabiduría y la liberación de las ataduras de la ilusión y el sufrimiento. También pueden referirse a las benevolentes funciones del soberano, del maestro y del padre, las tres virtudes que un buda debe poseer.

«Con todo respeto.

Consideramos Enryaku-ji como nuestro templo tutelar y a Hiyoshi como el santuario tutelar de nuestra familia, y con corazón sincero abrazamos la doctrina de la escuela Tendai.

Esta es la petición que suscribimos todos los miembros de nuestra casa. Desde los días en que Dengyo Daishi volvió de la China de los Tang con la Ley Budista de la escuela Tendai y con la gran doctrina de Dainichi Nyorai[21], bajo el reinado del emperador Kammu, Hieizan ha sido la montaña sagrada en donde la enseñanza budista ha florecido y desde la que se ha derramado tan bienhechora fragancia para la Ley del Imperio.

Ahora bien, Minamoto no Yoritomo, el alférez desterrado en la provincia de Izu, no sólo es inconsciente de su delito de rebeldía, sino que se burla de la Ley del Imperio. Otros de su familia, de los Genji, como Kiso y Yukīe, se le han unido y en número creciente reúnen fuerzas para participar en una malvada conspiración contra el Imperio. No sólo han invadido señoríos y provincias lejanas y cercanas, sino que han robado los tributos del gobierno y se han apoderado de propiedades del pueblo.

En consecuencia, nosotros, los de la estirpe los Heike, investidos de la misión que se nos ha encomendado por edicto imperial y fieles a la tradición guerrera de nuestro linaje experto en el uso del arco y la espada, hemos emprendido continuas campañas punitivas para abatir a los malvados y aniquilar a los rebeldes. No obstante, pese a haber desplegado tropas en formaciones apretadas como escamas de pez, pero ágiles como alas de grulla, nos hemos hallado en situación de desventaja ante los rebeldes. Hemos combatido ferozmente con estandartes resplandecientes como estrellas y con alabardas fulgurantes como el rayo, pero las fuerzas enemigas han resultado ser tan poderosas que la victoria parece estar de su lado.

Si no contamos con la ayuda de Buda y de los dioses, ¿cómo podremos ganar esta guerra? Volvamos, por tanto, nuestros corazones implorantes a la doctrina Tendai, por medio de la cual podremos alcanzar la gracia de la divinidad adorada en el santuario de Hiyoshi.

[21] Uno de los diez epítetos de Buda.

Si volvemos la vista atrás, recordaremos que los antepasados de nuestro linaje descienden de la sacra majestad de Kammu, fundador de Enryaku. Nada más natural en nosotros, por lo tanto, que seguir la tradición familiar de mantener el compromiso de proteger y velar por este templo. La felicidad de esta santa casa es nuestra felicidad; la cólera de este templo es nuestra cólera. Hemos inculcado este vínculo ancestral a nuestros hijos para que lo trasmitan a sus descendientes.

La estirpe de los Fujiwara mostró su inclinación a la doctrina Hossō y tuvo su divinidad tutelar en el santuario de Kasuga y en el templo de Kōfuku. Nosotros, los Heike, somos fieles a la doctrina Tendai y devotos de la divinidad del santuario de Hiyoshi y del templo de Enryaku, que se encuentran ambos en vuestra sagrada montaña, reverendos monjes. La devoción de los Fujiwara estaba arraigada en el pasado y su objetivo era garantizar la prosperidad de su casa; pero la devoción de los Heike es un valor del presente y su objetivo es mantener la paz y acabar con los rebeldes que amenazan la Casa Imperial.

¡Os rogamos, oh divinidades de los siete santuarios[22] y *bodisatva* que protegéis la Ley de Buda en las cumbres del este y del oeste de la sagrada montaña, oh, Buda Que Cura[23] con sus Doce Generales, reparad en la profundidad de nuestra sinceridad y en el fervor de nuestra súplica! ¡Favorecednos con una respuesta divina! ¡Que las alevosas insurrecciones de los rebeldes acaben aplastadas por nuestros ejércitos y que las cabezas de todos los traidores sean traídas a la capital!

Con este ruego, reverendos monjes, los dignatarios de nuestra casa, a una voz, os rendimos homenaje y os imploramos que trasmitáis esa plegaria a las divinidades para su cumplimiento.

Lo firman:

Taira (Heike) no Michimori, noble del tercer rango y gobernador de Echizen.

Taira no Sukemori, noble del tercer rango y general medio de la Guardia Imperial de la Derecha.

22 Alude al número de santuarios, siendo el principal el de Hiyoshi, hallados en monte Hiei.

23 En japonés *Yakushi Nyorai* o «Buda que Cura», es el nombre de la advocación de una de las más populares manifestaciones de Buda.

Taira no Koremori, noble veterano del tercer rango, capitán general medio de la Guardia Imperial de la Izquierda y gobernador de Iyo.

Taira no Shigehira, noble veterano del tercer rango, teniente general medio de la Guardia Imperial de la Izquierda y gobernador de Harima.

Taira no Kiyomune, noble veterano del tercer rango, capitán de la Guardia Imperial de la Puerta de la Derecha y gobernador de Oomi y Totomi.

Taira no Tsunemori, noble veterano del tercer rango, mayordomo de la Casa Imperial de la emperatriz consorte, maestro de Restauraciones Imperiales y gobernador de Kaga y Etchu.

Taira no Tomomori, noble del segundo rango, consejero medio y comandante de la Guardia contra los bárbaros.

Taira no Norimori, noble del segundo rango, consejero medio y gobernador de Hizen.

Taira no Yorimori, noble veterano del segundo rango, intendente de Dewa y Michinoku.

Taira no Munemori, noble del primer rango.

Con todo respeto y consideración.
A día cinco del mes séptimo del segundo año de la era Juei».

El superior general del monasterio de la montaña sintió compasión por el destino de los Heike, pero no mostró esta carta enseguida a los otros monjes, sino que la guardó en el altar de Jūzen-ji. Fue después de haber orado en este altar durante tres días cuando se la mostró a los demás. Una vez fue desenrollada para ser leída, apareció escrito en el papel del envoltorio un poema que antes no estaba y que decía así:

Cual flor abierta
de los Heike la casa
se alzaba ufana.
¿Mas sobre ella la luna
no cae por el oeste?

En su carta los Heike habían pedido la compasión de los dioses de la montaña y la ayuda de los tres mil monjes, pero sus obras habían ido durante largos años en contra de la voluntad divina y habían

ignorado los deseos del pueblo. Por eso, su ruego no fue atendido ni su llamamiento tuvo respuesta.

De esa forma, los monjes de la montaña, aunque en el pasado habían mostrado inclinación por los Heike, dijeron:

—Una vez que hemos enviado respuesta a los Genji con nuestro compromiso de apoyarlos, no podemos echarnos para atrás, ni mucho menos revocar nuestra decisión.

Y resolvieron no dar respuesta a la carta de los Heike.

CAPÍTULO XIII

EL EMPERADOR ABANDONA LA CAPITAL

El día catorce del séptimo mes del segundo año de Jūei (1183), Sadayoshi, gobernador de Higo, regresó a la capital después de haber sofocado las insurrecciones de Kiushu. Volvió con tres mil jinetes liderados por los samuráis Kikuchi, Harada y Matsūra. Sin embargo, pese a haber quedado pacificada la región de Kiushu, el aumento de las insurrecciones de las provincias del norte parecía no tener fin.

En la medianoche del día veintidós, las inmediaciones de Rokuhara fueron testigos de una gran agitación. Se ensillaban caballos, se preparaban aparejos, se sacaban propiedades y se transportaban a lugares ocultos. Era como si los enemigos estuvieran a punto de entrar en la capital.

Fue a la mañana siguiente cuando el revuelo de la noche fue aclarado. Había un hombre del clan de los Genji, natural de la provincia de Mino, llamado Shigesada, teniente de la Guardia Imperial, que años atrás había detenido al rebelde Tametomo[24] cuando intentaba huir después de haber sido derrotado en la Insurrección de Hōgen. Como recompensa, fue ascendido a capitán de la Guardia Imperial de la De-

[24] Tametomo era uno de los hijos de Tameyoshi, el principal instigador de la Insurrección de Hōgen (1156). Aunque su padre fue ejecutado al fracasar la rebelión, Tametomo fue desterrado a Ooshima.

recha. Por haberse aliado con los Heike, su clan lo consideraba un traidor. La noche anterior, este Shigesada había llegado a todo galope a Rokuhara con el siguiente mensaje:

—¡Kiso se acerca a la capital con cincuenta mil hombres a caballo! Vienen del norte. Ya están ocupando Higashi Sakamoto. Seis mil de sus soldados, al mando del escribano Kakumei y del samurái Chikatada, han subido al monte Hiei. Con los tres mil monjes de la montaña están ahora a punto de caer sobre la capital.

Tal fue la razón del gran tumulto de la víspera.

Los Heike se asustaron y decidieron enviar soldados en todas las direcciones para hacer frente a los invasores. De la capital partieron tres mil soldados a caballo al mando de Tomomori, consejero medio nombrado al efecto capitán general, y de Shigehira, teniente general del tercer rango de la nobleza. Los tres mil se apostaron en Yamashina. Otros dos mil soldados salieron al mando de Michimori y de Noritsune y se apostaron en el puente del río Uji. Otros mil soldados, comandados por Yukimori, capitán mayor de los Establos Imperiales de la Izquierda, y Tadanori, gobernador de Satsuma, se dirigieron a proteger la ruta del río Yodo.

Además, se rumoreaba que Yukie, de los Genji, al mando de varios miles de soldados, se preparaba para pasar el puente del río Uji y entrar en la capital. También se decía que Yoshikiyo, el hijo del Yoshiyasu, iba a atravesar el monte Ooe, y que otras tropas de los Genji procedentes de Kawachi, en la provincia de Setsu, iban a presentarse en la capital como una avalancha de nubes. Ante estos rumores, los Heike decían:

—Será mejor no dispersar las tropas y reunirnos en un solo lugar para combatir en una batalla definitiva.

Así, congregaron en la capital a todos los hombres disponibles cuyos destinos habían sido fijados para otras partes.

Hay un dicho: «La capital es la gran plaza de honores y ganancias. Ni siquiera el gallo tiene tiempo en ella de romper albores». Si esto era verdad en una capital en tiempos de paz, ¿qué podría decirse en tiempos de guerra?

Aunque los Heike desearan esconderse en las entrañas del monte Yoshino, ahora que las siete rutas de las siete provincias limítrofes con la capital estaban llenas de acechantes enemigos, ¿dónde podrían re-

fugiarse? ¿Quién podría negar esta verdad: «reposo no hay en ninguno de los Tres Mundos y nuestra morada no es sino una casa en llamas»? ¡Qué bien podía aplicarse esa profunda sentencia del sutra del Loto, la escritura con las palabras de oro de Buda, a la situación entonces reinante en la capital del Imperio!

Al rayar el alba del día veinticuatro del séptimo mes, Munemori, anterior ministro de la Derecha y nuevo ministro del Centro, se presentó en el palacio de Rokuhara y se dirigió a la Emperatriz, Kenrei-mon-in, su hermana, con estas palabras:

—Hasta el último momento me he aferrado a la esperanza de una solución, pero me temo que ya no queda ningún remedio. Aunque muchos son de la opinión de quedarse en la capital, no me gustaría por nada del mundo que presenciases escenas terribles. Es aconsejable, por lo tanto, que te vayas, protegida por una fuerte escolta, a las provincias del oeste y que acompañes a Sus Majestades, el emperador Antoku y el emperador-monje Goshirakawa.

—Suceda lo que suceda, seguiré tus consejos.

Así respondió la Emperatriz, que, incapaz de reprimir su dolor, empapó sus mangas con las lágrimas que salían de sus ojos. También el ministro lloró hasta humedecer las mangas de su kimono informal.

Pero el Emperador-monje, que barruntaba que los Heike planeaban llevarlo consigo y sacarlo de la capital, salió en secreto del Palacio de Clausura acompañado tan sólo del capitán mayor de los Establos de la Derecha, Suketoki, hijo del consejero Suketaka. Los dos juntos se fueron a Kurama, donde se escondieron. Nadie se percató de esta salida.

Había, sin embargo, un hombre de entendimiento sagaz llamado Sueyasu, alférez de la Guardia Imperial de la Izquierda, cuyos servicios con frecuencia se solicitaban para guardar el Palacio de Clausura. Mientras estaba de servicio esa misma noche en que huyó el Emperador-monje, este Sueyasu sintió ruidos que venían de los aposentos imperiales en Hōjū-ji mezclados con susurros y sollozos de las sirvientas. Cuando corrió a preguntarles qué pasaba, le respondieron:

—¡Ay, ay! Que no encontramos a Su Majestad. Ha desaparecido como por encanto. ¿Dónde podrá haberse ido?

Al instante comprendió Sueyasu que el Emperador-monje había huido y se apresuró a Rokuhara para informar de lo ocurrido. Cuando se lo contó al ministro Munemori, éste exclamó:

—¡Debe de tratarse de un error!

Y a todo galope fue a Hōjū-ji para comprobar si era verdad. Efectivamente, el Emperador-monje no estaba. De las damas que lo servían, entre las que se encontraba Tango-dono, ninguna osaba moverse.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué ha pasado aquí? —preguntaba el ministro.

Pero ninguna de ellas pudo decirle: «Yo sé dónde se ha ido». Todo el personal del palacio estaba atónito.

Nada más correrse la voz de la desaparición del Emperador-monje, una gran conmoción se apoderó de toda la capital. Los Heike estaban tan aturdidos y alarmados que se diría que los enemigos acababan de invadir finalmente sus casas. Habían preparado cuidadosamente la partida del Emperador-monje y del Emperador reinante hacia las provincias del oeste, pero ahora, con la inesperada desaparición del primero, su sentimiento de desamparo era como el del que se cobija de la lluvia bajo un árbol que súbitamente perdiera todas sus hojas.

—En fin, por lo menos nos llevaremos al Emperador —dijeron, y se aprestaron para la partida imperial.

A eso de la hora del conejo (seis de la mañana) dispusieron el palanquín imperial. Su sacra majestad, que sólo contaba con seis años de edad, subió a él prestamente, sin sospechar nada, debido a su tierna edad. Su madre, Kenreimon-in, subió con él. En el mismo séquito imperial iban a ser transportados los Tres Sagrados Tesoros, el espejo, la espada y el joyel. El consejero mayor Tokitada había ordenado también que fueran llevados el sello imperial, la llave del tesoro, las tablillas horarias, el laúd *genjō*, la cítara *suzuka* y otros objetos. Pero con las prisas y la confusión algunas cosas quedaron olvidadas. Fue precisamente la espada de los aposentos diurnos del Emperador uno de los objetos que no se llevaron.

Los hombres encargados de acompañar al augusto palanquín y que iban ataviados de su traje ceremonial eran: Tokitada, Nobumoto, jefe de Gabinete de Provisiones Imperiales, y Tokizane, hijo de éste y capitán medio. La augusta comitiva, escoltada por la Guardia Imperial, cuyos miembros iban con armadura y yelmo y portaban arcos y flechas, se dirigió por la avenida Shichi-jō al oeste y luego por la de Shuka-jō al sur.

El día siguiente era el veinticinco del séptimo mes. Las brillantes estrellas del río celestial que forma la Vía Láctea iban perdiendo su

luminosidad al tiempo que despuntaba el día. Las masas de nubes pendían de las cumbres de Higashi-yama. La luna de la aurora se mostraba pálida y más y más fría al tiempo que los gallos empezaban a anunciar el nuevo día con sus incesantes cantos. Ni en sueños habrían podido imaginar los Heike un amanecer como éste. Todo el mundo de la capital se dio cuenta entonces de que el repentino traslado de ésta había sido un presagio de esta salida.

El regente, Motomichi, también formaba parte de la comitiva imperial. Pero cuando llegó a Shichi-jō Oomiya, se dejó ver un muchacho con el cabello recogido en dos coletas que cruzó corriendo por delante de su carruaje. En la manga izquierda de su traje tenía bordadas dos letras que el regente leyó como *haru no hi* o «sol de primavera», pero que también podían leerse como «Kasuga», es decir, el nombre de la divinidad tutelar de la escuela Hōssō y de la familia del regente, los Fujiwara, cuyo ancestro, Fujiwara no Katamari, había sido el fundador del santuario de Kasuga. Esto hizo que el regente se sintiera protegido y aliviado. En ese momento, además, oyó un poema recitado por el mismo muchacho que decía así:

¿Quién va a evitar
que de la glicina las
hojas se sequen?
En el calor confía
del sol de primavera[25].

Al punto, el regente llamó desde su carruaje a un hombre de su escolta, Takanao, teniente de la Guardia Imperial, y le dijo:

—Cuando me paro a pensar en la situación en que nos hallamos, no dejo de extrañarme de la ausencia del Emperador-monje en esta comitiva en la que acompañamos a Su Majestad. Por otro lado, ¿no te parece inseguro el futuro de los Heike? ¿Qué opinas?

[25] La frecuente homofonía de muchas palabras de la lengua japonesa permite el doble sentido de muchas palabras. En este poema, «glicina» se dice en japonés *fuji*, es decir, las primeras sílabas del nombre de la familia Fujiwara. Igualmente, los ideogramas de «se sequen» también pueden leerse como «huir», lo que insinúa, por lo tanto, esta opción al regente. Finalmente, «sol de primavera» se lee también como Kasuga o el nombre de la divinidad protectora de la familia Fujiwara.

Takano comprendió al punto las veladas palabras de su señor y al instante hizo un guiño al cochero del carruaje de bueyes, que también entendió de qué se trataba. El cochero hizo dar la vuelta al carruaje, fustigó a los bueyes y todos emprendieron el regreso hacia la capital por la avenida de Oomiya. A toda velocidad, como si el carruaje tuviera alas, llegaron al templo de Chisoku-in, en las faldas del monte Funaoka.

CAPÍTULO XIV

KOREMORI SE DESPIDE DE SU FAMILIA

Uno de los samuráis de los Heike, Moritsugu, teniente de la guardia de Etchū, se apercibió de la huida del regente y quiso picar espuelas para perseguirlo, pero hubo compañeros que lo convencieron para que lo dejara marchar.

Entretanto, Koremori, noble de tercer rango y capitán medio de Komatsu, si bien se había hecho a la idea de la separación de su familia, cuando le llegó el momento de la despedida, le embargó el corazón una profunda tristeza. Su esposa era la hija de Narichika, el difunto consejero mayor. ¡Qué incomparable belleza poseía esta mujer! Su rostro tenía la exquisitez y frescura de la delicada flor del melocotonero cubierta del rocío de la mañana. Y ¡cómo se avivaba la seducción de la mirada de su delicado rostro cuando se lo maquillaba y empolvaba con gracia! Su cabello era negro, largo y dócil a la caricia del viento como la rama delicada del sauce. Tenían dos hijos: Rokudai, un niño de diez años, y otra niña de ocho. Los dos hijos y la esposa le suplicaron que los llevara con él. Pero Koremori le explicó su decisión a su esposa con estas palabras:

—Ya te he dicho que debo marchar a las provincias del oeste con todos los del linaje. ¡Claro que me gustaría que me acompañaras allá donde yo fuera! Pero el enemigo acecha y prepara emboscadas en cualquier recodo del camino, y no quiero ponerte en peligro. Si te lle-

garan noticias de mi fin, no quiero que te hagas monja. Antes bien, me gustaría que volvieras a casarte con algún hombre que sepa protegerte y sacar adelante a los niños. Estoy seguro de que habrá un hombre bueno que sabrá cuidarte.

Estas palabras, lejos de consolarla, sirvieron para que diera rienda suelta a sus lágrimas. Caída en el suelo, con la cabeza cubierta por las mangas de su kimono, no dejaba de llorar.

Cuando llegó el momento de la partida, se aferró a las mangas de su marido y, con un tono mezcla de reproche y de afecto, le habló con estas palabras:

–En la capital ya no tengo ni padre ni madre. Si me dejas sola ¿con quién voy a casarme? No pensaba conocer a ningún hombre. Por eso tus palabras de consuelo, pidiéndome que me case, me parecen crueles. En una vida anterior nos unía ya un lazo, por eso tú me has amado. ¿Qué otra persona podrá amarme? Al casarme contigo, juré seguirte a todas partes. Hicimos la promesa de no dejarnos hasta desaparecer los dos juntos como el rocío del campo o hasta convertirnos los dos en algas sumergidas en las profundidades del mar. Ahora comprendo que todo aquello era mentira, que nuestros suspiros de amor en la noche no eran más que embustes. Si estuviera sola, podría aguantar mi dolor, me resignaría a tu abandono y no me importaría permanecer en la capital. Pero ¿qué pretendes que haga con los niños? ¿A quién voy a pedir que los cuide? ¡Qué cruel eres pidiéndome que me quede con ellos en la capital!

Koremori le contestó:

–Es verdad que somos marido y mujer desde que yo tenía quince años y tú trece. Es verdad que juramos sobrevivir juntos o morir juntos, arrojándonos sobre las mismas llamas o hundiéndonos en el fondo del mar. Pero también es verdad que mucha mayor crueldad sería exponerte al peligro constante bajo un cielo extraño y en un camino sin rumbo. Considera la situación en que me hallo, partiendo a la guerra en circunstancias tan terribles. Además, en este momento no tengo nada dispuesto ni preparado para llevarte. Pero te prometo que, tan pronto halle un lugar seguro y estable, enviaré a alguien para que todos podáis reuniros conmigo.

Y con pasos firmes se alejó de ella. Salió a la galería de la casa por la puerta central. Allí se vistió su armadura y pidió su caballo. Cuando

iba a montar, acudieron a la carrera sus dos hijos, que se le agarraron a las mangas y a los faldones de la armadura.

—¿Dónde os vais, padre? ¡Nosotros también queremos ir! ¡Llevadnos, padre!

Así le suplicaban con sus tiernos ojos arrasados en lágrimas.

Koremori se quedó un instante sin saber qué hacer, pensando que se trataba sólo de los inseparables lazos que en este mundo unen a los hijos con los padres.

Entonces, llegaron sus cinco hermanos menores, Sukemori, Kiyotsune, Arimori, Tadafusa y Moromori, y entraron hasta el patio sin desmontar ni soltar las riendas de sus caballos. Entonces le preguntaron:

—Su Majestad ya debe estar muy lejos. ¿A qué esperas para salir y unirte al séquito?

Koremori montó en su caballo, pero regresó y, llegándose hasta el final de la barandilla de la galería, levantó la cortina de bambú con la punta del arco y contestó a sus hermanos:

—Mirad por vosotros mismos. Mis hijos estaban deshechos en lágrimas y por querer consolarlos me he retrasado tanto.

No había terminado de decir estas palabras, cuando él también rompió a llorar. Todos los que lo estaban aguardando en el patio mojaron igualmente las mangas de sus armaduras.

Había en el palacio de Koremori dos jóvenes samuráis llamados Saitō-go y Saitō-roku de diecinueve y diecisiete años. Los dos se agarraban a las bridas del caballo de su señor y le suplicaban:

—Dondequiera que vayáis, llevadnos con su señoría.

Pero Koremori les dijo:

—Cuando vuestro padre, Sanemori, partió a las provincias del norte, también queríais ir con él. Pero no os llevó con el pretexto de cumplir, según dijo, «un plan que tenía en la cabeza». Como guerrero veterano, vuestro padre prefirió perecer en el campo de batalla antes que presenciar la deshonra presente. No tengo a nadie en quien confiar que cuide de mi hijo Rokudai, excepto a vosotros dos. Por eso os ruego que os quedéis en la capital.

Los dos hermanos no tuvieron más remedio que obedecer a su señor y, aguantando las lágrimas, se resignaron a quedarse.

Mientras su marido se alejaba, su esposa, anegada en lágrimas, decía:

—Jamás hubiera imaginado que mi esposo fuera un hombre tan cruel.

Sus dos hijos, el niño y la niña, y las sirvientas de la casa salieron fuera y se pusieron a gemir y a llorar a voz en grito sin importar que les oyeran.

Este llanto se quedó clavado en los oídos de Koremori. Su eco habría de sentirlo y escucharlo por siempre. Lo oiría mezclado con el murmullo de la brisa del viento; lo oiría mezclado con el fragor de las olas de los mares del oeste.

Cuando los varones del linaje de los Heike abandonaron la capital, muchos prendieron fuego a sus casas. En total, más de veinte palacios de familias de la nobleza media y alta fueron incendiados, entre ellos los de Rokuhara, Ike-dono, Komatsu-dono, Hachijō y Higashi Hachijō. También las viviendas de sus súbditos y otras cuarenta mil casas del pueblo llano acabaron siendo presa de las llamas.

CAPÍTULO XV

PALACIOS EN RUINAS

Algunos de los palacios incendiados, ahora en ruinas, fueron en otro tiempo lugares de augustas visitas del Emperador. De la espléndida puerta del Ave Fénix no quedaban sino los pedestales, y se podía ver el lugar donde colocaban el palanquín imperial. En los jardines donde la Emperatriz había presidido banquetes, ahora soplaba un viento lúgubre, y las gotas del rocío, como lágrimas de duelo, descendían sobre los restos calcinados. Todas aquellas obras, labradas larga y pacientemente, en un instante se habían convertido en cenizas: aquellas lujosas alcobas que exhalaban tan exquisitos perfumes, aquellas cortinas bordadas de delicadas sedas, aquellos pabellones de caza rodeados de verdes arboledas, aquellos estanques donde se pescaba, aque-

llas residencias de la media y alta nobleza ornadas de plantaciones de agavanzos y acacias. ¿Y qué decir de las casas humildes donde moraban sirvientes y criados? Las llamas habían devorado una extensión superior a los diez *chō* más allá de la capital.

¡Qué triste es comparar aquello con lo ocurrido en la China del emperador Wu Ti[26] cuando en un instante el palacio de Ku Su se convirtió en ruinas y en morada de zarzas y rocío; o cuando, antes, el soberbio imperio de la China de los Kin[27] se hundió y la humareda del palacio de Hsien Yang oscurecía las troneras! Aunque había dos montañas que, como centinelas, protegían el paso de Han Ku y guardaban a aquella China de los Kin, los bárbaros del norte fueron capaces de irrumpir por sus fronteras. Y, aunque el Imperio todavía estaba protegido por las caudalosas aguas de los ríos Ching y Wei, los enemigos de las regiones del este fueron igualmente capaces de cruzarlas e invadirlo.

¿Quién podría haber imaginado que todos ellos iban a ser expulsados del centro de la civilización y obligados a vagar con lágrimas en los ojos por los confines más ásperos e incultos?

Hasta ayer mismo los Heike eran dragones poderosos, capaces de remontar por encima de las nubes y de dispensar la lluvia. Hoy no son más que pescados desecados expuestos a la venta en cualquier puesto de pescado. En verdad que la calamidad y la fortuna están en el mismo camino, y la bonanza y la ruina son la palma y el dorso de la misma mano. ¿Quién podrá no lamentar estos sucesos? ¡Esos hombres, que en la era de Hōgen se alzaban como flores de primavera, ahora, en los días de la era de Juei, caían como las hojas del otoño!

Desde el séptimo mes del cuarto año de la era de Jishō (1180), tres samuráis como Shigeyoshi, Arishige y Tomotsuna habían venido de las provincias para reforzar la guardia del Palacio Imperial, y continuaron su servicio hasta la era de Juei. Cuando los Heike decidieron abandonar la capital, se pensó en condenarlos a muerte. Pero Tomomori, consejero medio, se opuso diciendo:

[26] El emperador Wu Ti, fundador y primer emperador de la dinastía Chin del Oeste (236-290).

[27] La dinastía Kin o Chin (221-206 a. C.).

—No vamos a enderezar el curso de nuestro destino aunque ejecutemos a cien o a mil hombres. Pensemos en el sufrimiento que causaríamos a las esposas, hijos y sirvientes de estos hombres. Si nuestro destino volviera a mejorar, seguro que esos hombres volverían a la capital para servirnos. Sería un acto de generosidad liberarlos. ¡Hagámoslo así y devolvámoslos a sus tierras!

—Tienes toda la razón —dijo el ministro Munemori.

Los tres samuráis, al saber que no los iban a ejecutar, se postraron al suelo hasta tocarlo con sus frentes y, llorando de gratitud, repetían con insistencia:

—Deseamos acompañar a sus señorías allá dondequiera que vayan. Y también permanecer para siempre al lado de Su Majestad, cuya benevolencia nos ha permitido continuar con vida desde la era de Jishō.

Pero Munemori contestó:

—Vuestros corazones están en las provincias del este con vuestras familias. No tendría sentido, por lo tanto, que cuerpos sin corazones se vinieran con nosotros a las regiones del oeste. Volved cuanto antes a vuestras tierras.

Resignados a obedecer, partieron, y a duras penas contenían las lágrimas. Después de haber servido a los mismos señores más de veinte años, estos tres hombres sentían lo difícil que era separarse de ellos sin derramar lágrimas.

CAPÍTULO XVI

LA DESPEDIDA DE TADANORI EL POETA

Tadanori, gobernador de Satsuma, que había abandonado la capital en el séquito imperial, de repente, en algún lugar del camino, dio marcha atrás y, acompañado de una escolta de cinco samuráis y un paje, regresó a la capital y se dirigió a la mansión del maestro Shunzei[28]. Pero se encontró con la puerta cerrada.

[28] Fujiwara no Shunzei (1114-1204), célebre crítico literario y poeta en su tiempo.

—¡Soy Tadanori! —gritó para que le abrieran. Y se dio cuenta de que el anuncio de su nombre había alborotado al instante el interior de la mansión.

—¡Ha vuelto uno de los fugitivos! —decían desde dentro de la mansión.

Pero Tadanori bajó del caballo y volvió a gritar:

—Tengo algo que decir al maestro Shunzei. Si no desea abrirme, que se acerque a la puerta para que se lo diga.

Desde el interior de la mansión, Shunzei dijo a sus criados:

—Me imaginaba que sería Tadanori. Siendo él, no tenemos nada que temer. Abridle.

Se le abrió la puerta y Tadanori fue recibido por Shunzei. Su encuentro, en tales circunstancias, resultó conmovedor.

Tadanori le dijo así:

—He sido, maestro, vuestro discípulo en el arte de la poesía todos estos años y, sin embargo, no he sido capaz de venir a visitaros. No ha sido por negligencia de mi parte, sino por el ambiente de revueltas en la capital y la situación de insurrecciones en las provincias que, desde hace dos o tres años, están amenazando la seguridad de mi linaje. Su Majestad ya ha salido de la capital y nuestros días de gloria tocan a su fin. A mis oídos ha llegado la noticia de que prepara una antología poética y he pensado que sería un gran honor para mí si en ella se incluyera alguno de mis poemas. La preparación de la antología se ha retrasado a causa de esta guerra, y eso me causa gran pesar. Estoy seguro de que cuando se restablezca la paz, la antología será verdaderamente una realidad[29]. En este rollo que le traigo, maestro, hay varios poemas; si encontráis en ellos alguno que merezca la pena y si fuera digno de formar parte de la antología, mi alegría, desde mi tumba, será grande y por siempre yo seré su espíritu protector desde el otro mundo.

29 Efectivamente, fue una realidad y es conocida en la literatura japonesa como *Senzaishū* o *Wakashū* («Antología de los mil años» o «Antología de poemas japoneses»). Fue la séptima antología imperial de poesía en *waka* y su compilación fue ordenada el mismo año de los sucesos narrados en este capítulo, en 1183, por el emperador-monje Goshirakawa, aunque parece que su compilador Fujiwara no Shunzei, como sugiere Tadanori, la inició hacia 1171. Consta de veinte libros con un total de 1.288 poemas de 235 poetas diferentes.

Tadanori, de los muchos poemas compuestos a lo largo de los últimos años, había seleccionado unos cien que, juzgándolos aceptables, había escrito en este rollo. Cuando tuvo que decir adiós a su maestro, sacó de la costura de la manga de su armadura un rollo y se lo entregó.

Shunzei abrió el rollo y dijo:

—Ahora que tengo en mis manos este recuerdo, nunca olvidaré tu ruego. Quédate tranquilo. Además, te has molestado en venir hasta aquí, y eso demuestra cuánto significa para ti la poesía. Es digno de alabanza y me resulta emocionante.

Tadanori repuso:

—Ya no me importa, maestro, si perezco en las profundidades de los mares del oeste o si mis huesos quedan expuestos a la intemperie de los montes o los campos. Ya no hay nada que me retenga en este mundo. Por lo tanto, maestro, hasta siempre...

Con esas palabras, montó en su caballo, se sujetó el barboquejo del yelmo y se alejó al oeste. Shunzei miraba cómo su silueta se iba alejando. Y, de pronto, le pareció escuchar la voz de Tadanori recitando los siguientes versos:

Largo es el camino que me espera,
mientras mis pensamientos cabalgan
hacia las nubes del Monte Yen[30]
en esta tarde.

Shunzei, conmovido por esta despedida, entró en su casa conteniendo a duras penas las lágrimas.

Más tarde, cuando la paz y el orden fueron restablecidos en el Imperio y la antología *Senzaishū* o «De los mil años» fue compilada, Shunzei no se olvidó de las palabras de Tadanori. En aquel rollo había ciertamente piezas de mérito, sin embargo un edicto imperial vetaba a su autor por ser uno de los Heike. Así y todo, fiel a su promesa, Shunzei incluyó uno de sus poemas, sin indicar el nombre del autor[31]. Era el titulado «La flor de mi tierra», que decía así:

[30] El Monte de las Ocas, situado en la provincia de Shansi, en China, es un famoso topónimo literario.

[31] En el prólogo de la antología *Senzaishū*, el compilador, este mismo Fujiwara Shunzei, afirma que su criterio de selección de poemas «es el poema y no el poeta». Tal vez

En desolado
lugar se ha vuelto, vieja
ciudad de Shiga.
Las flores del cerezo,
como siempre, tan bellas...

Ahora que Tadanori se había convertido en enemigo de la Casa Imperial, ni siquiera su nombre podía mencionarse. ¡Qué historia tan triste!

CAPÍTULO XVII

LA DESPEDIDA DE TSUNEMASA EL MÚSICO

Tsunemasa, mayordomo de la Casa Imperial, era hijo de Tsunemori, ministro de Restauraciones Imperiales. De niño había servido al superior del templo de Ninna, en Omuro. Pese a la turbulencia de los tiempos, en su corazón seguía vivo el recuerdo fiel a aquel religioso. Por eso, escoltado de cinco o seis jinetes, fue a Ninna-ji para despedirse. Bajó del caballo ante la puerta del templo y, tras llamar a la puerta, dijo:

—El destino del linaje de los Heike ya toca a su fin. Hoy mismo todos abandonamos la capital. El único cuidado que me queda en esta vida miserable es la seguridad de Su Reverencia, mi señor, al que serví desde los ocho años hasta mi mayoría de edad, los trece años, cuando me pusieron el gorro alto de laca. En todos esos años ni un momento, excepto por enfermedad, me aparté del lado de Su Reverencia. Pero he aquí que desde hoy he de vagar por lejanos caminos y recorrer miles de leguas hacia los mares del oeste. ¡Ay! ¿Y cuándo podré regresar? Antes de partir, quisiera presentar mis respetos a Su Reverencia por

esta afirmación le pudo servir para cumplir su promesa a Tadanori, cuya memoria estaba entonces proscrita.

última vez. He de disculparme, sin embargo, por mi aspecto, pues voy con armadura y yelmo, y llevo arco y flechas.

El superior general del monasterio sintió compasión por Tsunemasa y ordenó que lo dejaran pasar, diciendo:

—Que entre tal como viene.

Tsunemasa entró en el monasterio. Llevaba ese día un traje de batalla de brocado morado y sobre él una coraza atada con cuerdas de color verde glauco. Ceñía una larga espada de vaina engastada en oro; a la espalda, un haz de flechas de blancas plumas de águila moteadas de negro; al costado, un arco de bambú forrado de tiras de lacado mimbre. Se quitó el yelmo, lo colgó sobre sus hombros y avanzó unos pasos. Después se arrodilló en el jardín central del monasterio.

El superior general apareció y ocupó su asiento. Ordenó a sus sirvientes que subieran las cortinas y le dijo a Tsunemasa:

—Vamos, acércate, acércate.

Tsunemasa se acercó y subió a las tablas de la galería. Luego llamó a uno de sus soldados, Arinori, y le pidió que trajera una caja roja que contenía un laúd. Tsunemasa tomó el laúd y, colocándolo ante el superior, se dirigió a él diciendo:

—He hecho traer este laúd, llamado *Seizan*, el mismo que Su Reverencia me confió hace muchos años. Me apena llevarlo conmigo y someter este valioso instrumento a las inclemencias del viaje y al polvo del camino. Si el destino enderezara su curso en nuestro favor y yo pudiera regresar a la capital, entonces me gustaría volver a recibirlo de manos de Su Reverencia.

Así habló Tsunemasa con lágrimas en los ojos. El superior general se conmovió y respondió al ruego de Tsunemasa con estos versos:

Como precioso
recuerdo de tu ausencia
yo lo recibo,
pues separarte de él
pesar, veo, te causa.

Tsunemasa, pidiendo una moleta y un pincel, contestó con estos otros:

El mundo cambia
como agua que por caño
de bambú corre.
Mas jamás cambiará
mi anhelo de aquí estar.

Cuando Tsunemasa pidió permiso para retirarse y se disponía a marcharse, algunos de los novicios y sirvientes más próximos al superior general, así como monjes oficiantes y hasta simples bonzos sirvientes del monasterio, se agarraron a las mangas de Tsunemasa para impedir su marcha y con lágrimas lamentaban su partida. Entre ellos estaba Gyōkei, hijo del consejero mayor Kōrai, que entonces era Sello de la Ley Budista. Cuando Tsunemasa era niño, él era un simple novicio del templo. Por el mucho amor que sentía hacia él y al ver que era incapaz de despedirse, Gyōkei lo acompañó hasta las orillas del río Katsura. Por fin, cuando ya no podía seguir más con él, Gyōkei comenzó a llorar y, con todo el amor de su corazón, compuso este poema:

¿No es una pena
que el cerezo del monte,
joven o viejo,
sea tarde o temprano
sus flores todas pierda?

Al que respondió Tsunemasa con éste:

Noche tras noche
con traje de viaje
dormiré solo.
Ante mí, lejanías
a que el sino me lleva.

Con estas palabras, Tsunemasa mandó que ondeara el estandarte rojo de su linaje. Esta señal fue respondida por sus hombres, unos cien a caballo, que lo esperaban lejos. Todos ellos picaron espuelas y salieron a galope para alcanzar la comitiva imperial.

CAPÍTULO XVIII

LA HISTORIA DEL LAÚD *SEIZAN*

A los diecisiete años, cuando Tsunemasa fue enviado al santuario de Hachiman, en Usa, como mensajero imperial, interpretó ante el altar de la divinidad una de las melodías secretas acompañándose con el laúd llamado *Seizan,* que había recibido del Emperador. Los sacerdotes del santuario, aunque no eran entendidos en el arte del laúd, quedaron tan maravillados y conmovidos, que no pudieron impedir mojar las mangas de sus verdes hábitos sacerdotales con emocionadas lágrimas. Hasta aquellos más incultos no pudieron evitar confundir la melodía con el sonido de una lluvia celestial. Realmente, fue aquella una interpretación musical memorable.

Este laúd llamado *Seizan* tiene su historia. Fue hace mucho, en tiempos del emperador Nimmyō, en la primavera del tercer año de la era de Kashō (850), cuando Sadatoshi, el jefe del Gabinete Imperial de Adivinaciones, viajó a la China de los soberanos Tang. Allí conoció al famoso virtuoso chino de laúd Lien Chieh Fu, del cual aprendió tres melodías y del que recibió otros tantos laúdes famosos, llamados *Genjō, Shishimaru y Seizan*[32], que se trajo de China. Pero en el viaje de regreso a Japón, uno de los dioses dragones, receloso de que Sadatoshi poseyera tales tesoros, desencadenó una violenta tormenta que amenazaba con tragarse el barco. Sadatoshi se vio obligado a lanzar al mar uno de los laúdes, *Shishimaru,* para calmar la ira del dios. Así fue cómo llegó con dos laúdes que presentó al Emperador, que los nombró tesoros nacionales.

Después, en la era de Oowa (961-963), en la noche decimoquinta del octavo mes el emperador Murakami tocaba el laúd *Genjō* sentado en la sala de Seiryō-den. Era medianoche y la luna del otoño mostraba su pálida imagen mientras soplaba una brisa refrescante. De repente,

[32] Respectivamente, con los significados de «elefante negro», «león joven» y «montaña verde», en alusión a las pinturas visibles en la caja del instrumento.

apareció una figura espectral que, con voz elegante y exquisita, comenzó a cantar. El Emperador dejó el laúd y preguntó:

—¿Quién eres? ¿De dónde vienes?

—Soy el espíritu de Lien Chieh Fu —respondió la aparición—, el maestro chino que hace mucho enseñó los tres estilos de tocar el laúd a Sadatoshi. Vengo de los infiernos en donde sufre mi alma. Estoy condenado a sus llamas por haber ocultado a Sadatoshi una parte de las tres melodías que le enseñé. Esta noche he oído el maravilloso sonido de ese instrumento y he acudido ante ti para enseñarte esa melodía secreta. Sólo así podré conseguir la salvación de Buda y dar descanso eterno a mi alma en pena.

Tomó a *Genjō*, que estaba delante del Emperador, lo afinó y enseñó la melodía secreta. Se trataba de la melodía *Shōgen-sekishō*[33].

Después de aquel suceso, ni el Emperador ni ninguno de sus súbditos se atrevió a tocar ese laúd. Los dos laúdes fueron enviados al templo de Ninna, en Omuro. Dicen que el superior general de este templo entregó uno de ellos a Tsunemasa, que entonces vivía en el templo y que era su paje predilecto. El laúd *Seizan* estaba hecho de una madera preciosa de color morado y en su caja aparecía el dibujo de una luna que se elevaba entre los verdes árboles de la cumbre de una montaña en verano. De aquí que fuera conocido como *Seizan* o «montaña verde». Era, en verdad, un instrumento maravilloso y de ninguna manera inferior a *Genjō*.

CAPÍTULO XIX

LOS HEIKE ABANDONAN LA CAPITAL

El consejero mayor Yorimori prendió fuego a su palacio de Ikedono y emprendió la salida de la capital. Pero al llegar delante de las

[33] Es decir, «el cielo sobre las rocas».

puertas del Palacio Norte de Toba, detuvo a su escolta, formada por trescientos jinetes, y dijo:

—Algo se me ha olvidado.

Se arrancó una insignia de roja tela de su armadura y regresó a la capital con toda su escolta.

Desde lejos un samurái de los Heike, Moritsugu, guardia imperial de Etchū, vio que se volvía y rápidamente picó espuelas hasta donde estaba su señor, Munemori, el ministro del Centro, al que dijo:

—Excelencia, fijaos cómo el consejero Yorimori y sus hombres han vuelto grupas y regresan a la capital. ¡Qué desvergüenza! Contra el consejero no me atrevo a disparar, pero permitidme hacerlo contra sus hombres.

—Más nos conviene no hacer caso de hombres así que, pese a haber recibido tantos favores de nuestra casa durante todos estos años, ahora prefieren abandonarnos —respondió el ministro.

Moritsugu no tuvo más remedio que obedecerle. El ministro le preguntó:

—Y los hijos de mi hermano Shigemori ¿dónde están?

—Ninguno de ellos se ha dejado ver todavía, Excelencia.

El consejero medio Tomomori se acercó, y con lágrimas en sus ojos acertó a decir:

—Ni un día ha pasado desde que dejamos la capital y contemplad cómo nuestra gente muda de corazón tan de repente. Mucho me temía que algo así habría de ocurrir y que cada vez tendríamos más traidores entre los nuestros. ¿Acaso no fue por esto por lo que aconsejé que no abandonáramos la capital?

Y le lanzó al ministro, su hermano, una mirada de reproche.

He aquí la razón del regreso a la capital del consejero mayor Yorimori. Muchas veces había sido objeto de la simpatía del líder de los Genji, Minamoto no Yoritomo, el cual le había enviado en repetidas ocasiones cartas escritas con estos términos:

«No le tengo, señor, animosidad alguna. Antes bien, siento ante su señoría el mismo afecto que hacia su difunta madre, Ike-no-zenni, a la que guardo una profunda gratitud. ¡Que el gran *bodisatva* Hachiman sea testigo de la verdad de mis palabras!».

Y cada vez que sus soldados atacaban la capital, Yoritomo siempre ordenaba a sus generales:

—De ninguna manera quiero que se dispare contra los hombres del consejero mayor, Yorimori.

El consejero, efectivamente, consideraba: «La suerte de los Heike ha llegado a su fin y por eso dejan la capital. Es la hora de aceptar la protección que Yoritomo siempre me ha brindado», y por tal motivo había resuelto regresar a la capital.

Yorimori se refugió en el palacio de Tokiwa, en los recintos del templo de Ninna, donde estaba su esposa, Saishō-dono, la hermana de leche de la princesa Hachijō, a quien la esposa del consejero mayor había pedido:

—Alteza, os ruego que favorezcáis a mi marido si la situación empeora.

Pero la princesa tuvo que responderle:

—¡Ay, si nos halláramos en otros tiempos tal vez algo podría hacer...!

Y es que Yorimori, aunque en su corazón contaba con el favor de Yoritomo, no estaba seguro de la actitud hacia él de otros líderes de los Genji. Separado de los Heike y de sus hombres, se sentía tan inseguro como una frágil barca a la deriva.

Mientras, los seis hijos de Shigemori, entre ellos el capitán medio Koremori, a la altura del río Mutsuda alcanzaron a la comitiva imperial, compuesta por una escolta de más de mil soldados a pie. El ministro Munemori respiró aliviado al ver a sus sobrinos y muy alegre les preguntó:

—¿Qué os ha retrasado tanto? ¿Os había pasado algo?

Koremori respondió a su tío:

—Mis hijos estaban tan tristes que no me dejaban marchar. Por consolarlos me he retrasado. Eso es lo que ha pasado...

—¿Por qué has sido tan duro de corazón y no te has traído al pequeño Rokudai? —le preguntó el ministro.

Esta pregunta de su tío hizo que su dolor se avivara y, entre lágrimas, Koremori pudo exclamar:

—¡Ay, tío! ¡Si supiéramos qué destino nos aguarda!

¿Quiénes eran los Heike que abandonaron la capital?

He aquí sus nombres:

Munemori, anterior ministro de la Derecha y ahora del Centro; Tokikada, consejero mayor; Norimori, consejero medio; Tomomori, el nuevo consejero medio; Tsunemori, ministro de Restauraciones Imperiales; Kiyomune, capitán de la Guardia Imperial de la Puerta Derecha; Shigehira, teniente general del tercer rango; Koremori, capitán medio de Komatsu del tercer rango; Sukemori, capitán medio del tercer rango; y Michimori, gobernador de la provincia de Echizen y del tercer rango de la nobleza.

Entre los cortesanos y samuráis estaban éstos: Nobumoto, maestro del Gabinete Imperial de Provisiones; Tokizane, capitán medio de Sanuki; Kiyotsune, capitán medio de la Izquierda; Arimori, capitán menor de Komatsu; Tadafusa, chambelán de Tango; Tsunemasa, mayordomo de la Casa Imperial; Yukimori, capitán mayor de los Establos Imperiales; Tadanori, gobernador de Satsuma; Noritsune, gobernador de Noto; Tomoakira, gobernador de Musashi; Moromori, gobernador de Bitchū; Kiyofusa, gobernador de Awazi; Kiyosada, gobernador de Owari; Tsunetoshi, gobernador de Wakasa; Masakira, intendente de la Guardia Militar; Narimori, archivero mayor; y Atsumori, cronista de la Casa Imperial.

Había asimismo dignatarios eclesiásticos como: Zenshin, *sōjō* del segundo rango de la nobleza; Nōen, *bettō*[34] del monasterio de Hōssō; Chūkai, consejero medio; y Yūen, maestro de ritos.

Entre los samuráis había ciento sesenta señores de la guerra, hombres principales con puestos de responsabilidad tanto en la Guardia Imperial de la capital como en los gobiernos de las provincias. Eran hombres que mandaban a más de siete mil jinetes y todos eran supervivientes de batallas libradas en las campañas recientes del norte y del este en los últimos dos o tres años.

Cuando toda esta comitiva llegó a los límites de Yamazaki, depositaron el palanquín en el que viajaba el Emperador en el suelo. Entonces el consejero mayor Tokitaka se inclinó en dirección a la montaña de Otoko-yama y pronunció esta plegaria:

—¡A vuestros pies nos postramos, oh gran *bodisatva* Hachiman! Humildemente os imploramos que su Sacra Majestad y todos sus súbditos podamos regresar a la capital.

[34] Intendente de una institución religiosa.

Después volvieron la vista atrás. En lontananza no se veía más que un cielo cubierto por las sombrías humaredas que despedían los incendios de las mansiones. El consejero medio Norimori compuso entonces el siguiente poema:

¡Qué vanidad!
Los dueños que se alejan
de sus moradas
cuyas huellas humeantes
al cielo tristes se alzan.

Por su parte, Tsunemori, el ministro de Restauraciones, respondió con otro:

Si miro atrás,
en campos devastados
veo mi tierra.
Si al frente miro ¡qué arduas
brumas surcan mi senda!

En verdad que inimaginable era la tristeza de esos hombres y mujeres que partían hacia caminos preñados de negras nubes y dejaban atrás sus casas yermas, incendiadas, reducidas a cenizas.

Antes de que los Heike salieran de la capital, Sadayoshi, gobernador de Higo y uno de los Heike, cuando supo que en Kawajiri había tropas de los Genji al acecho, salió de la capital al mando de quinientos hombres con la intención de plantarles combate. Pero al comprobar que se trataba de una falsa alarma regresó a la capital con sus hombres, y entonces se encontró con la comitiva imperial a la altura de Udono.

Sadayoshi desmontó al instante y, con el arco en el costado, fue a presentar sus respetos al ministro Munemori, al que se dirigió con estas palabras:

—¿Adónde va Su Excelencia? Si va al oeste, la gente le va a considerar un fugitivo y será atacado por los cuatro costados, sufriendo gran deshonra. ¡A fe mía que sería una afrenta intolerable, Excelencia! Mejor sería permanecer en la capital.

Pero Munemori le respondió:

—¡Ah, Sadayoshi! Ya veo que no conoces la noticia de que las tropas de Kiso están atacando la capital con más de cincuenta mil soldados que llegan del norte y que ya se han extendido por el este de Sakamoto y el monte Hiei. Al Emperador-monje se le da por desaparecido desde la medianoche de ayer. Si por nosotros fuera, libraríamos batalla, pero mucho nos duele que las damas imperiales, Kenreimon-in y Nī-dono, sufran algún daño ante nuestros ojos. Ahora entiendes la razón de abandonar la capital en busca de protección para ellas.

—En tal caso, ruego a Su Excelencia que me permita volver a la capital y luchar contra el enemigo —pidió Sadayoshi.

Con estas palabras, Sadayoshi cedió a los hijos de Shigemori los quinientos hombres que llevaba y, acompañado tan sólo por treinta jinetes, continuó su camino de regreso a la capital.

Entonces en la capital corrió el rumor de que volvía Sadayoshi para matar a aquellos hombres de los Heike que habían permanecido en la capital. Yorimori, atemorizado, dijo:

—Seguro que viene a por mí.

Pero cuando llegó a la capital, Sadayoshi ordenó montar una gran lona sobre los escombros humeantes del palacio de Nishi Hachijō y decidió pasar la noche allí en vela. Tenía la esperanza de que algún hombre de los Heike viniera con él. Pero, al no acudir nadie, empezó a sentirse solo y pensó que sería una deshonra que las pezuñas de los caballos de los Genji pisaran la tierra donde descansaban los restos de su señor Shigemori. Entonces, ordenó exhumar sus restos. Cuando tuvo los huesos de su señor ante sus ojos, dio rienda suelta a las lágrimas. Bien oiréis cuáles fueron las palabras que dirigió a su difunto señor:

—¡Qué trago tan amargo! He aquí el destino de vuestra estirpe, señor. ¡Con cuánta razón desde los tiempos antiguos se viene diciendo: «Todo lo que está vivo, perece. Al placer le sucede el dolor»! ¡Qué insoportablemente duro es comprobar esta verdad con nuestros propios ojos! Su Excelencia ¡qué bien sabía lo que se avecinaba y, por eso, qué bien supo pedir a los dioses y a Buda que acortasen su vida! ¡Qué sabio proceder, señor! Yo, Sadayoshi, debí acompañaros en ese momento y prestaros un último servicio. Pero dejé que mi vida insignificante se prolongara para así tener que ser testigo de este sufrimiento.

Cuando me llegue mi hora, os ruego que me guiéis hacia el paraíso de Buda.

Con estas palabras, entre sollozos y lamentos, amargamente dirigía sus quejas Sadayoshi al distante espíritu de su señor. Luego recogió sus huesos, los envió al monte Kōya e hizo que transportaran la tierra de su tumba al río Kamo para que fuera arrojada en su cauce.

Después, movido tal vez por la impotencia, tomó el camino del este, en dirección opuesta a sus señores. En el este, buscó refugio con Tomotsuna, de la provincia de Shimotsuke, al cual en un tiempo él había dispensado ayuda. Y Tomotsuna recibió a Sadayoshi con hospitalidad y calidez.

CAPÍTULO XX

EL ABANDONO DEL PALACIO DE FUKUHARA

Los hombres prominentes de los Heike, con el ministro Munemori a la cabeza, habían emprendido la huida con sus mujeres e hijos. Tan sólo Koremori, el capitán medio de Komatsu, no se había llevado a su familia. En cambio, los de rangos inferiores no habían podido llevárselas y se veían obligados a dejarlas atrás con la congoja de no saber cuándo volverían a verse. ¡Qué larga se hace una espera incluso en aquellas ocasiones en que está determinado el día y la hora del reencuentro! ¡Cuánto más larga sería para esos hombres que sabían que se separaban de sus seres queridos ante un futuro tan incierto que tal vez hasta les iba a negar el verlos para siempre! ¡Con cuánta razón, por tanto, los que partían y los que se quedaban mojaban sus mangas con dolidas lágrimas! ¿Acaso era posible olvidar los lazos tan íntimos establecidos entre una generación y otra, padres e hijos, y olvidar los favores de los Heike, dispensados a lo largo de todos esos años? Jóvenes y mayores, incapaces de dar un paso adelante los que se iban o un paso atrás los que se quedaban, se miraban tendida y largamente.

De entre los que se marcharon, algunos escogieron como lugares de refugio las aguas, como cabecera para dormir las olas de las rocosas playas, y como caminos las rutas del mar. Otros prefirieron el refugio de los montes; como cabecera, los ásperos riscos; y como caminos, los fragosos senderos de las montañas. Aquéllos empuñaban el timón de las embarcaciones; éstos, las riendas de sus caballos. Pero todos se movían sin cesar, hundidos en la sima de sus pensamientos.

Cuando la comitiva imperial llegó a Fukuhara, la antigua capital, el ministro dijo a los suyos:

—Parientes y servidores, aquella gloria que encumbró a los nuestros ha llegado a su fin y el ejercicio de las malas acciones se ha acumulado sobre nuestras cabezas. Por eso, abandonados por los dioses e incluso repudiados por el Emperador-monje, llegamos aquí después de haber abandonado la capital e iniciar este viaje sin retorno. Ningún deseo anida en mi pecho. Pero a todos nosotros nos une un poderoso *karma* de la vida anterior que nos ha hecho en ésta buscar cobijo bajo el mismo árbol y beber agua de la misma fuente. Muchos de vosotros, lejos de servirnos como súbditos temporales, lleváis con nuestro clan varias generaciones. Algunos incluso lleváis en vuestras venas nuestra misma sangre. Otros habéis sido favorecidos por nuestro clan desde hace varias generaciones. A todos os une el haber gozado de la prosperidad de nuestro linaje en estos años pasados. ¿No es el momento de que vuestra gratitud salde la cuenta por todos los favores recibidos? Su Majestad viaja con nosotros con las sagradas insignias. ¿No vamos a ser capaces de acompañarlo hasta el confín del mundo y perseguir nuestro destino, ya lo encontremos en la infinitud de las llanuras o en la frondosidad de las montañas?

A estas palabras, jóvenes y mayores, samuráis y nobles, con lágrimas en sus ojos respondieron así:

—Si hasta las aves del cielo y las bestias de la tierra son capaces de devolver el favor recibido, ¿cómo nosotros, que somos humanos, podremos olvidar las gracias recibidas? Durante veinte años hemos mantenido a nuestras esposas y a nuestros hijos, a nuestros sirvientes y criados, gracias a la benevolencia de los Heike. No quiera el cielo, además, que en nuestros corazones de guerreros haya espacio para la deslealtad. Por lo tanto, Excelencia, sírvase guiarnos para que acompañemos a Su Sacra Majestad hasta la muerte, ya sea dentro del Impe-

rio de Japón o allende sus fronteras, ya en Shiragi, Kudara, Kōrai o Keitan[35], ya sea allende las nubes del cielo o en las profundidades del mar.

Los corazones de los Heike quedaron reconfortados ante la unanimidad demostrada por estas palabras de sus hombres.

Pasaron una noche en Fukuhara. Era una noche de comienzos del otoño, iluminada por una luna creciente. Las horas transcurrían con calma. La hierba que servía de almohada a las fatigadas cabezas de los viajeros, quedó más penetrada por la humedad de sus incesantes lágrimas que por el rocío nocturno. Cualquier pretexto servía para que la tristeza se desbordara. Como no sabían cuándo podrían regresar a la capital, sus ojos recorrían a la luz de la luna todos aquellos edificios que había mandado construir el difunto Kiyomori, el primer ministro. Habían pasado tres años. Todo estaba ahora arruinado y sombrío: el palacio levantado en lo alto de la colina para favorecer la contemplación de las flores del ciruelo, el palacio levantado a orillas del mar para gozar viendo la luna de otoño, el pabellón de los manantiales, el pabellón de la sombra de los pinos, los pabellones para presenciar carreras ecuestres, el palacio con dos pisos, el palacio para contemplar la nieve, el palacete de los carrizos, las mansiones de la nobleza, el Palacio Imperial con su espectacular tejado en forma de gallo y con su pavimento de piedras preciosas, el palacio levantado por el consejero Kunitsuna, encargado de las obras. ¡Ah, pero qué edificios éstos, cuyos caminos de acceso habían sido invadidos por el musgo de estos años y cuyas puertas apenas eran ahora capaces de crujir, impedidas por las altas hierbas del otoño!

En sus tejados crecían los helechos y por sus muros y vallas trepaban con vigor las hiedras y el musgo. Como únicos huéspedes, estos edificios tenían al viento, anunciado por el rumor de las ramas de los pinos, y la luna, cuyos rayos mostraban la desnudez de las alcobas, despojadas de cortinas y tapices.

A la mañana siguiente, los viajeros prendieron fuego al Palacio Imperial de Fukuhara. Luego, el Emperador y su comitiva se embarcaron y desplegaron velas. Esta salida, aunque menos dolorosa que la partida de la capital, fue también amarga para todos. Si ayer, para

35 Son antiguas denominaciones de reinos en la península coreana.

aplastar a los Genji, los Heike habían cabalgado rumbo al este con más de cien mil jinetes, hoy navegaban rumbo al oeste con tan sólo siete mil. Ninguno de sus corazones estaba libre del aguijón del dolor.

Durante la travesía ni se veía ni se oía nada que no evocara un profundo pesar. El humo de las algas que los pescadores hervían al caer la tarde, la ronca de los ciervos en lo alto del monte al amanecer, el sonido de las olas yendo y viniendo para morir lamiendo las orillas del mar, los rayos de luna que hacían brillar las mangas de los viajeros humedecidas por las lágrimas, el canto de los grillos que se escapaba de entre las sombras de la hierba de los nocturnos campos y que llegaba a los barcos en el silencio de la noche: todo invitaba a la pena, todo evocaba dolor.

En el cielo se cernían espesas nubes sobre la mar en calma. La noche caía. En el horizonte, el contorno de una solitaria isla se recortaba en la niebla del crepúsculo y la luna dejaba caer su sombra sobre las aguas. Los barcos, lejos de las costas, dividían las olas y, como llevados por la marea, parecían elevarse al cielo surcando las nubes.

Con el paso de los días, la capital se alejaba por detrás de montañas y ríos, confundiéndose en una lejana nube. Al reparar en lo lejos que habían llegado, los viajeros dejaban escapar lágrimas amargas y, cuando contemplaban las bandadas de blancas aves que volaban sobre las olas, pensaban: «Sin duda éstas son las aves a las que Narihira[36], preso de la nostalgia en el río Sumida, dio el evocador nombre de 'aves de la capital'».

Así fue como los Heike se alejaron de la capital. Su partida se completó el día veinticinco del séptimo mes del segundo año de Juei (1183).

[36] Ariwara no Narihira (825-880), uno de los *Rokkasen* o «Seis poetas genios» de la literatura japonesa del siglo IX y gran representante de la poesía clásica japonesa. Es, además, el personaje principal de la obra *Cantares de Ise* (trad. A. Cabezas, Madrid, Hiperión, 1979).

LIBRO OCTAVO

CAPÍTULO I

EL VIAJE IMPERIAL AL TEMPLO DE ENRYAKU

A medianoche del día veinticuatro del séptimo mes del segundo año de la era de Jūei (1183) el emperador-monje Goshirakawa había salido a escondidas de su palacio en dirección al templo de Kurama. Sólo le acompañaba el capitán mayor de los Establos Imperiales, Suketoki, hijo del consejero de Azuchi, Suketaka. Pero los monjes de este templo le dijeron:

–Su Majestad se halla todavía demasiado cerca de la capital. No será prudente que se quede aquí.

Lo llevaron, pues, a las espesuras del monte Hiei. Anduvieron estrechas sendas, pasaron fragosas cumbres, descendieron por las fuertes pendientes de Yakuō-saka y de Sasa-no-mine. Llegaron por fin a la ermita de Jakujo-bō, en el vallejo de Gedatsu, recinto de Yokawa. Pero los monjes de los recintos del este de la montaña se reunieron y dijeron:

–Ese lugar es impropio para Su Majestad. Nuestros recintos del este son los adecuados para su augusta persona.

Nuevamente, por tanto, se puso de viaje el Emperador-monje. Finalmente se aposentó en la ermita de Enyū-bō, en el vallejo de Minami, de los recintos del este del monte Hiei. En torno a esta ermita se dispuso una guardia compuesta de bonzos y guerreros.

Si queréis saberla, ésta era la situación del Imperio: el Emperador-monje, tras abandonar su palacio, había buscado refugio en las asperezas del monte Hiei; el Emperador reinante, Antoku, que había parti-

do del Palacio Imperial, estaba huido por los mares del oeste; el regente, Motomichi, se había refugiado en el monte Yoshino; las damas de la Corte Imperial se habían escondido en Yahata, Kamo, Saga, Umazaba y otros recónditos parajes de los montes situados al este y oeste de la capital. Los Heike habían huido, pero los Genji no habían llegado. La capital estaba, por tanto, sin amo ni señor. Nada parecido había ocurrido jamás en la historia del Imperio. ¿Situación tan extraordinaria se había adivinado por ventura en el diario profético del príncipe Shōtoku[1]?

Cuando corrió el rumor de que el Emperador-monje se hallaba en el monte Hiei, muchos acudieron a rendirle homenaje. Entre ellos, el canciller Motofusa, los ministros de la Izquierda y de la Derecha, los ministros imperiales, los consejeros mayores y medios, el consejero imperial, los nobles del tercer, cuarto y quinto rango. En suma, todos aquellos que poseían títulos, todos los aspirantes a dignidades y cargos, todos los altos funcionarios. En las celdas y dependencias de la ermita de Enyū-bō no había espacio para toda la gente que se encontraba allí agolpada. Ni dentro de la puerta ni fuera de ella cabían todos. Parecía que el esplendor y la prosperidad del monte Hiei, de su monasterio, Enryaku-ji, del cual dependía la ermita, y de su superior general, el *daisōjō* Mei-un, habían llegado a su máxima gloria.

El día veintiocho de ese mes, el Emperador-monje volvió a la capital. Lo escoltó Kiso Yoshinaka con sus cincuenta mil soldados a caballo. La comitiva imperial fue conducida por Yoshitaka, de los Genji de la provincia de Oomi, con el blanco estandarte de su clan. Al cabo de veinte años volvían a ondear en la capital los blancos pendones de los Genji. Verdaderamente era un acontecimiento extraordinario.

Entretanto, Yukie y sus hombres, también de los Genji, habían entrado en la capital por el puente del río Uji. Lo mismo habían hecho Yoshiyasu, capitán de la guardia de Michinoku, y su hijo Yoshikiyo, después de haber atravesado el Monte Ooe. De esa forma, los soldados de los Genji de las provincias de Setsu y Kawachi llenaron la capital como una espesa nube llena el cielo.

[1] El príncipe Shōtoku (574-622), regente en los tiempos de la emperatriz Suiko (593-628) y del que se decía que era una reencarnación de la divinidad Kannon, predijo desórdenes políticos en Japón.

El consejero medio, Tsunefusa, y el capitán de la guardia de la Puerta de la Derecha, Saneī, mandaron llamar a Kiso y a Yukīe para que acudieran a la galería del Palacio de Clausura a rendir pleitesía al Emperador-monje. En esa ocasión, Kiso se presentó con un traje de batalla de brocado rojo sobre el cual llevaba una coraza de costuras de damasco chino; a la cintura, una espada majestuosa. En la aljaba asomaban flechas de pluma de águila moteadas de negro y del costado pendía un arco de bambú forrado de tiras de lacado mimbre. Así vestido, Kiso, tras quitarse el yelmo y atar el barboquejo a su hombro, se postró y rindió homenaje al Emperador.

Por su parte, Yukīe llevaba sobre el traje de batalla de color azul oscuro una coraza con correas rojas en las costuras. Su espada iba enfundada en una vaina de cobre; las flechas, también de águila, con una mota negra en medio del plumaje; el arco de bambú con tiras de lacado mimbre. También Yukīe se descubrió, ató el yelmo al hombro y se postró en el suelo para ofrecer su homenaje.

El Emperador-monje les ordenó que destruyeran a Munemori y a los Heike. Esta orden imperial, transcrita en un edicto, fue solemnemente recibida en el patio del palacio por los dos señores de la guerra. Cuando éstos explicaron que no tenían alojamiento digno en la capital, se dispuso que a Kiso le asignaran la mansión de Naritada, el maestro del Gabinete de Provisiones, y a Yukīe le aposentaran en las dependencias de Kaya, donde está el Minami-den, dentro de los recintos del Palacio de Clausura.

El Emperador-monje lamentó no tener noticia alguna de su nieto, el emperador Antoku, cautivo de los Heike, que navegaba por los mares del oeste. Promulgó entonces otro edicto imperial que exigía la entrega del Emperador y la devolución de las tres sagradas insignias imperiales. Pero los Heike ignoraron el edicto.

El anterior emperador, Takakura, había sido padre de tres hijos, además del emperador actual, Antoku. Los Heike se habían llevado también al segundo de estos príncipes con la intención de hacerlo heredero al trono. Los otros dos príncipes, sin embargo, seguían en la capital. El día cinco del octavo mes, el Emperador-monje los mandó llamar. Primero hizo comparecer al mayor de los dos, que tenía cinco años.

–Ven aquí, ven, acércate –dijo mientras hacía señas con la mano cuando el niño llegó a su presencia.

Pero como el príncipe, presa de sollozos, no se le acercaba, fue rápidamente devuelto a su palacio. Después mandó llamar al otro, el cuarto en la sucesión, que tenía sólo cuatro años.

–Ven, acércate –le dijo al pequeño, que, sin pensarlo dos veces, se le acercó y se sentó resueltamente sobre las rodillas de su abuelo. Su aspecto era tan confiado y alegre como si deseara permanecer en esa posición para siempre. El Emperador-monje no pudo reprimir la emoción y llorando de alegría dijo:

–Si no estuviéramos unidos por lazos de sangre, ¿cómo se habría acurrucado en el regazo de un viejo monje como yo? ¡Éste es mi verdadero nieto! Es la viva estampa de su padre cuando era niño. ¡Qué pena no haberme dado cuenta antes del entrañable parecido que guarda con su padre!

No cesaban de manar lágrimas de alegría de sus augustos ojos. Entonces la dama del segundo rango, Nī-dono, de Jōdo-ji, que entonces servía al Emperador-monje, le preguntó:

–¿Ha decidido Su Majestad que sea sobre este niño sobre quien recaiga la sucesión?

–Por supuesto –repuso el Emperador-monje.

Poco después se ordenó consultar un oráculo. El resultado fue el siguiente: «Si el cuarto príncipe sube el trono, sus descendientes reinarán a lo largo de cien generaciones».

La madre de este cuarto príncipe era hija de Nobutaka, ministro de Restauraciones Imperiales. Mientras que Kenreimon-in fue emperatriz, esa mujer no fue más que una dama de compañía. El emperador Takakura la había hecho llamar varias veces y le había dado varios hijos. Nobutaka tenía otras muchas hijas y su anhelo era que una de ellas se convirtiera en consorte imperial. Alguien le dijo que, según una creencia popular, el hombre que adquiriese mil gallinas blancas tendría una hija que se habría de convertir en consorte imperial. Tal vez por eso su hija trajo al mundo a tantos príncipes. Nobutaka estaba, por tanto, rebosante de gozo; pero, por temor a los Heike y recelo de la Emperatriz, no había reparado mucho en este príncipe. Un día, sin embargo, Nī-dono de Nījō, la esposa de Kiyomori, movida por simpatía a Nobutaka le dijo:

—No te preocupes. Yo misma me ocuparé de que este niño reciba una educación de príncipe.

Contrató a varias amas de cría para el niño y dispuso que su hermano, el monje Nōen, Sello de la Ley budista en el templo de Hōshō-ji, fuera su preceptor. Pero cuando Nōen tuvo que acompañar a los Heike en su huida al oeste, entre tanto tumulto y tantas prisas, se olvidó del niño y de su madre. Cuando, en medio del viaje, se dio cuenta, escribió a su esposa un mensaje que decía así: «Reúnete pronto conmigo. Y que te acompañen el príncipe y su madre».

La esposa de Nōen, llena de alegría, mandó llamar al príncipe. Pero cuando ya salía con el niño para Nishi Hachijō, su hermano, Norimitsu, gobernador de Kī, la detuvo y le dijo:

—¿Acaso algún espíritu maligno te ha poseído y vuelto loca? ¡La suerte de este niño está a punto de empezar!

Y, efectivamente, al día siguiente un palanquín imperial fue enviado por el Emperador-monje para recoger al príncipe. En verdad que no hay nada que no esté regido por el destino. Pero tampoco cabe duda de que Norimitsu fue el instrumento bienhechor de ese destino. Cuando el niño se convirtió en Emperador, la oportuna intervención de Norimitsu cayó en el olvido y pasaron los años sin que fuera reconocida ni recompensada adecuadamente. Apenado, Norimitsu inscribió en las paredes del Palacio Imperial estos dos poemas en los que se contenía su desconsuelo:

Una vez más
canta, cuclillo, canta
como cantaste
en el bosque de Oiso
aquella medianoche.

¡Pobre herrerillo!
que una jaula anhela
mientras se esconde
en su pobre morada
do el dondiego florece.

Cuando el Emperador se dignó leerlos, exclamó:

—¡Pobre hombre! ¿Así que sigue con vida? ¡Qué descuido por mi parte no haberle prestado atención!

Y ordenó que se le reconociera y recompensara con un ascenso al tercer rango de la nobleza.

CAPÍTULO II

NATORA, EL LUCHADOR DE *SUMO*

El día diez del octavo mes tuvo lugar en la sala principal del Palacio de Clausura la ceremonia de nombramientos y títulos. A Kiso Yoshinaka se le elevó al rango de capitán mayor de los Establos Imperiales de la Izquierda y se le nombró además gobernador de la provincia de Echigo. También se le otorgó el título de «General del Sol Naciente». Pero como la provincia de Echigo no fue de su agrado, le dieron a cambio la gobernación de la provincia de Iyo. La provincia de Bingo iba a serle concedida a Yukīe, pero, como tampoco fue de su agrado, se la cambiaron por la de Bizen. Además de estas concesiones, otros diez miembros de los Genji recibieron gobernaciones provinciales, capitanías de puertas imperiales e intendencias de la Guardia Imperial.

El día dieciséis fueron revocados más de ciento sesenta nombramientos y títulos de los Heike. Sus nombres fueron borrados de las tablas de la nobleza que había en la Corte y sus puestos les fueron retirados. Solamente Tokitada, el consejero mayor, Nobumoto, maestro de Provisiones, y Tokizane, capitán medio de Sanuki, los conservaron. Esto se debió a que el Emperador-monje seguía negociando con Tokitada para que devolviera al Emperador y los sagrados Tesoros Imperiales[2].

[2] También pudo deberse a la intercesión de la esposa del Emperador-monje, que era hermana de Tokitada. Tokizane, hijo de éste, era por tanto sobrino del Emperador-monje.

El día diecisiete del octavo mes, los Heike llegaron a Dazaifu, en la comarca de Mikasa, provincia de Chikuzen[3]. Takanao, que venía escoltando a la comitiva imperial de los Heike desde su salida de la capital, anunció entonces:

—Me adelantaré a despejar las fronteras de Ootsu-yama.

Se adelantó, pero no volvió, pues se quedó encerrado en su castillo y ya no quiso atender a las repetidas llamadas de los Heike. El único samurái principal que los escoltaba era Tanenao, porque los otros guerreros de Kyushu, Iki y Tsushima, aunque habían jurado lealtad a los Heike, no se habían presentado todavía.

Los Heike decidieron dirigirse al templo de Anraku-ji para recitar poemas y cantar canciones como ofrenda a los dioses. Shigehira, capitán medio del tercer rango, compuso entonces este poema:

Dentro sintiendo
de capital anhelos
que nos consumen
oramos a los dioses
que también los sintieron.

La gente, al escuchar estos versos, no dejaba de verter lágrimas de pena.

Mientras, en la capital, el día veinte, se promulgó un edicto imperial por el que se proclamaba Emperador al cuarto príncipe. La entronización tuvo lugar en la Sala de Ka-in. En esa ceremonia Motomichi fue confirmado en el puesto de regente y, con el nombramiento de los nuevos archiveros y cronistas de la Corte, acabó la ceremonia y la nobleza se retiró. La nodriza del tercer príncipe lloró amargamente por el destino de su señor, pero nada se podía hacer. ¿Acaso no se dice que igual que en el cielo no puede haber dos soles, en la tierra no puede haber dos soberanos? Pero así y todo, debido a la iniquidad de los Heike, entonces había un Emperador que reinaba en la capital y otro en la provincia.

Hace mucho, después del fallecimiento del emperador Montoku, el veintitrés del octavo mes del segundo año de la era de Ten-an (858),

[3] En el norte de la isla de Kiushu.

los príncipes aspirantes al trono rezaban en secreto. El primer príncipe era Koretaka, también llamado Kohara, el cual había aprendido bien las lecciones que enseñan las historias de los soberanos del pasado. Se decía de él que podría ser un emperador virtuoso. El segundo príncipe era Korehito, hijo de la emperatriz Some-dono, hija del canciller-regente Fujiwara Yoshifusa. Siendo el favorito del poderoso clan de los Fujiwara, no se le podía descartar como aspirante al trono. Si el primogénito poseía virtudes para subir al trono, el segundo tenía sabios ministros que lo podían guiar. Los dos, por tanto, estaban adornados de tan igualados atributos que nadie podía decidirse por uno de los dos.

Las oraciones del primer príncipe le fueron encomendadas a Shinzei, *daisōjō* de Kakinomoto, del templo de Tō-ji y discípulo del gran maestro Kōbo Daishi. El oficiante de las oraciones del segundo príncipe era Eryō, superior general del monte Hiei, que era también el monje favorito del abuelo materno del príncipe. El pueblo comentaba en voz baja:

—Los dos monjes son varones eminentes. La decisión final será muy difícil.

Mientras tanto, con ocasión del fallecimiento del emperador Montoku tuvo lugar el Gran Consejo de la nobleza. Entonces se dijo:

—Si tuviéramos que decidir la elección del nuevo emperador nosotros, que somos solamente súbditos, podría pensarse que ha sido dictada por intereses personales. Entonces seríamos objeto de la censura del pueblo. Mejor será que la elección se resuelva con una carrera de caballos o con una competición de *sumo*[4].

Así lo resolvió el Gran Consejo.

El día dos del noveno mes, los príncipes contendientes al trono se presentaron en el hipódromo escoltados por la Guardia Imperial de la Derecha. La ocasión era de tal gravedad que la Corte, con la familia imperial y los ministros a la cabeza, iba vestida solemnemente. Todos los nobles, montados en sus caballos y ataviados de sus mejores galas, se congregaron como una nube en el cielo y luego ordenadamente se pusieron en fila como estrellas en el firmamento. ¡Qué vistoso y digno de presenciar resultaba aquel espectáculo! La nobleza media y alta, di-

[4] Lucha libre japonesa.

vidida a favor de uno y otro príncipe, se alineó al lado de su candidato. Y así, separados y con las manos agarradas, aguardaron expectantes y con el corazón en un puño.

Los dos dignatarios encargados de oficiar las plegarias y realizar sus conjuros estaban preparados para llevar a cabo su trabajo fervorosamente. Shinzei estableció un altar en el templo de Tō-ji, mientras que Eryō hizo lo propio en el templo de Shingon-in, en el Palacio Interior. Incluso, este último predijo su propia muerte como parte de una estratagema para que el otro monje perdiera ánimo y se distrajera en sus rezos.

Comenzaron las diez carreras de caballos. El príncipe Koretaka venció en las cuatro primeras y el príncipe Korehito en las seis últimas.

Después empezaron los combates de *sumo*. Del lado del primer príncipe salió a luchar un hombre llamado Natora, capitán menor de la Guardia Imperial de la Derecha, un corpulento campeón con la fuerza de sesenta hombres. Por parte del segundo príncipe se presentó un luchador llamado Yoshio, también capitán medio, pero pequeño y delgado de cuerpo. Por su endeble aspecto se diría que a Natora le iba a bastar una sola mano para doblegarle. Sin embargo, este Yoshio se había ofrecido a luchar voluntariamente después de haber tenido un sueño premonitorio. Los dos luchadores, después de encararse, se agarraron con fuerza y forcejearon un rato intentando derribarse. Natora se hizo con su oponente, lo elevó en el aire y lo lanzó a dos *jō* de distancia[5]. Pero Yoshio se levantó y volvió al combate. Con un grito embistió contra Natora e intentó agarrarlo para derribarlo. También Natora lanzó un grito y de nuevo intentó hacerse con él para tirarlo. Los dos luchadores demostraban tener mucha fuerza, pero la corpulencia de Natora le daba ventaja. Cuando vio cómo Yoshio estaba en peligro, Some-dono, la madre del segundo príncipe, se puso a escribir mensajes urgentes, tan numerosos y continuos como las púas de un peine, al *daisōjō* Eryō, que seguía en el Palacio Interior.

—Nuestro hombre lleva las de perder. ¡Ay! ¿Y qué podemos hacer? —decían todos los mensajes.

[5] Unos tres metros y medio.

Eryō, que no cesaba de rezar a Dai-toku-myō[6], exclamaba:

—¡No puede ser!

Entonces cogió la maza y se partió el cráneo. Tomó una parte de su cerebro, lo molió en una vasija y lo mezcló con una emulsión lechosa hasta formar una pasta que puso al fuego. Cuando de ella empezó a subir al cielo un humo negro, se concentró en una fervorosa plegaria mientras juntaba sus manos contra el rosario. Entonces, Yoshio ganó el combate y el segundo príncipe, Korehito, subió al trono con el nombre imperial de Seiwa, conocido luego como emperador Mizuo.

Desde entonces hay un dicho entre los monjes del monte Hiei: «Igual que Eryō se molió los sesos para que el segundo príncipe subiera al trono, así Son-i esgrimió la espada de la sabiduría para calmar el rencor del alma en pena de Michizane[7]».

Aquellos fueron sucesos que sucedieron gracias a la Ley de Buda a través de conjuros; fuera de aquella ocasión, la elección de los soberanos está determinada por la soberana voluntad de Amaterasu, la diosa del sol.

Volviendo a nuestra historia, cuando los Heike que estaban en el oeste se enteraron de que la entronización del nuevo Emperador había tenido lugar en la capital, exclamaron:

—¡Maldición! ¡Qué mal hicimos en no habernos traído también al tercer y cuarto príncipe!

Pero Tokitada, el consejero mayor, dijo estas palabras:

—Si lo hubiéramos hecho así, seguramente el Emperador-monje habría elevado a la dignidad imperial al hijo del anterior emperador Takakura, el protegido por Kiso que fue llevado al norte por Shigehide, gobernador de Sanuki, y obligado a tonsurarse.

Uno de los presentes preguntó entonces:

—¿Cómo es posible que un príncipe pueda ser emperador después de haber entrado en religión?

[6] Una de las cinco manifestaciones de aspecto fiero del Buda destructor de los malos espíritus.

[7] Cuando al emperador Daigo (897-930) lo visitaba el espíritu en pena del desterrado Suwagara Michizane, el monje Son-i, de Hiei, fue el exorcista encargado de disipar el espíritu por el medio indicado.

—Claro que es posible —repuso Tokitada—. En China abundan los ejemplos de monjes que llegaron a ser emperadores. También en nuestro país hay algún caso. Cuando el emperador Tenmu no era más que príncipe heredero y fue atacado por el príncipe Ootomu, tuvo que tonsurarse y refugiarse en el monte Yoshino. Pero cuando Ootomu fue derrotado, Tenmu volvió y ocupó el trono. También conocemos el caso de la emperatriz Kōken que, después de una profunda experiencia religiosa, tomó los hábitos y se hizo monja con el nombre de Hōkini. Pero poco después, abandonó la vida religiosa y ocupó de nuevo el trono bajo el nombre de emperatriz Shōtoku[8]. No hay, por tanto, duda de que Kiso bien podría hacer que ese príncipe tonsurado volviera al mundo secular y ocupara el trono.

El día dos del noveno mes, fue enviado un mensajero imperial de parte del Emperador-monje al santuario de Ise. El mensajero era Naganori, consejero imperial. Precedentes de mensajes imperiales enviados a Ise por emperadores abdicados los hallamos en los emperadores Shujaku, Shirakawa y Toba, aunque ninguno de estos soberanos había tomado las órdenes sagradas al enviar el mensaje. Era, por tanto, la primera vez que un emperador tonsurado enviaba un mensaje al santuario de Ise.

CAPÍTULO III

EL OVILLO DE HILO

En Kiushu, aunque los Heike refugiados habían hablado sobre la construcción de un Palacio Imperial, no se había determinado el emplazamiento. El emperador Antoku se hallaba aposentado en la mansión de Ookura no Tanenao, un funcionario de la localidad de Iwato. El resto del séquito imperial se aposentaba en tiendas y arrozales o en alquerías del campo. Si no fuera porque allí no se fabricaban telas de

[8] Reinando bajo este nombre entre 764 y 770.

lino, se habría podido decir que vivían en la aldea de Tōchi[9]. Como las residencias de los nobles de los Heike se hallaban en plena campiña, todos se acordaban del palacio de troncos que había mandado construir la emperatriz Saimei[10]. No tardaron en disfrutar de la rústica belleza del lugar.

El Emperador y su séquito realizaron una peregrinación al santuario de Usa, y Su Majestad se alojó en la casa de Kinmichi, el sumo sacerdote del santuario. La nobleza alta, media y baja se aposentó en las dependencias del santuario; sus galerías albergaron a la nobleza del quinto y sexto rango; sus jardines a los guerreros de Shikoku y de Kiushu que, armados con sus corazas, yelmos, arcos y flechas, se asemejaban a densos nubarrones. Era como si las viejas vallas de color rojo del santuario brillaran con renovado esplendor.

Al cabo de siete días de recogimiento en el santuario ofreciendo rezos y plegarias, Munemori tuvo un sueño sobrenatural en el amanecer de la última noche. Vio cómo alguien abría las puertas del santuario y con voz solemne recitaba los siguientes versos:

Si el dios de Usa,
sabiendo como sabe,
tu sufrimiento
aliviar ya no puede
¿por qué tanto fervor?

Munemori se despertó sobresaltado y su corazón parecía querer salírsele del pecho de lo fuerte que le latía. Presa del desasosiego, musitó aquel viejo poema:

Mi corazón
de un hilo de esperanza
y de la voz
de un pobre insecto pende
débil. Tarde de otoño.

[9] Aldea en la provincia de Yamato, aunque aquí mencionada como prototipo de aldea remota en alusión a que «Tōchi» significa «tierra lejana».
[10] La emperatriz Saimei (655-661), cuando envió un ejército a un reino de la península coreana, mandó construir una residencia imperial en Asakura, provincia de Chikuzen, no lejos de donde estaban acampados los Heike.

De allí se dirigieron todos en nueva peregrinación a Dazaifu.

No quedaban más que diez días para que acabara el noveno mes del año. El mismo viento otoñal de la tarde que, vigoroso, agitaba las hojas de los cañaverales, en vano secaba los kimonos. Aquellos hombres dormían sobre un solo kimono extendido en el suelo[11], un kimono empapado de nocturno llanto. La melancolía del otoño, que es punzante en cualquier lugar, todavía les parecía más penetrante y miserable bajo aquel cielo extraño.

Aquella célebre luna de la noche decimotercera del noveno mes velaba ahora su nocturno brillo ante los ojos nublados por las lágrimas de aquellos hombres, cuyos pensamientos discurrían por la capital. Les parecía ayer cuando la contemplaban desde el Palacio Imperial de la capital. Entonces el gobernador de Satsuma, Tadanori, se lamentó con estos versos:

Algún querido
amigo con quien la luna
hace ahora un año
yo en Kioto contemplaba
¿estará recordándome?

Y con estos otros se lamentaba Tsunemori:

Hasta la aurora
mi amada y yo un amor
eterno juramos
en noche como ésta.
¡Dulce amargura pensarlo!

Y con éstos se lamentaba Tsunemasa:

Mi tenue vida
cual rocío del campo
se desvanece...

[11] En japonés *katahikusode*, es decir, que duermen, literalmente, sobre una «manga de un kimono» extendido en el suelo y no sobre «dos mangas de dos kimonos», lo que ocurriría si durmieran con su pareja. Esta expresión japonesa se utiliza para resaltar la soledad que sentían por la noche.

Mas vivo. Y en extraño
lugar la luna veo.

La provincia de Bungo era señorío de Yorisuke, justicia mayor del tercer rango, que había puesto a su hijo, Yoritsune, como gobernador. Éste recibió entonces un mensaje de la capital:

«Los Heike ya han sido repudiados por los dioses y por el Emperador-monje.

Han abandonado la capital para convertirse en fugitivos de la justicia y huir por las olas del mar. Aún así, hay quienes en Kiushu se ofrecen para servirlos. Este proceder escandaloso no ocurrirá en mi señorío. Lejos de someterte a ellos, reúne a tus tropas y expúlsalos de la provincia».

Yoritsune se aprestó a cumplir la orden y encargó a Koreyoshi, jefe de la guardia provincial, que la pusiera en práctica. Este Koreyoshi tenía un origen pavoroso. Ésta es su historia. Hace mucho tiempo, en las faldas de las montañas de la provincia de Bungo, vivía una joven. Era hija única y no tenía marido. Pero todas las noches acudía un hombre para yacer con ella. La joven ocultó estas visitas incluso a su madre hasta que, al cabo de unos meses, el embarazo de la joven fue visible. Su madre le preguntó:

—¿Quién es el hombre que te visita?

—Lo veo llegar, pero no sé dónde se va —repuso la joven.

—Bien. La próxima vez que venga, préndele una señal y lo sigues.

Así hizo la hija. Con una aguja prendió un ovillo de hilo en el cuello del traje azul de caza del hombre. Cuando el hombre se marchó, la joven siguió el hilo y llegó a la entrada de una gran caverna al pie del monte de Uba-ga-take, entre las provincias de Bungo y Hyūga. Se quedó de pie en la boca de la caverna, pero, al escuchar con atención, oyó un tremendo gruñido que venía del interior.

—He venido hasta aquí para cuidarte —gritó la joven.

—Mi aspecto no es humano. Si me vieras, te aterrorizarías y perderías el conocimiento. Vuelve a tu casa. El hijo que llevas en el vientre será un varón. Cuando crezca no habrá en las nueve provincias de Kiushu quien iguale su fuerza.

—¿Qué me importa tu aspecto? —exclamó la joven—. ¿Acaso piensas que podré olvidar todos estos días en que nos hemos amado? ¡Dejémonos ver!

—Sea como quieres —contestó la voz.

Entonces, de la caverna salió reptando una enorme serpiente. La tierra temblaba a su paso. Enroscada medía unos cinco o seis *shaku*, mientras que estirada llegaba a catorce o quince. La aguja con la que la joven había prendido el ovillo en el cuello del traje de caza, estaba clavada en la garganta del gigantesco ofidio. La joven quedó tan horrorizada que se desvaneció, mientras que diez de sus acompañantes huyeron despavoridos.

La joven volvió a su casa y, a su debido tiempo, dio a luz a un niño. Su abuelo materno, Daitayū, se ofreció para cuidarlo. El niño creció tan rápido que a los diez años de edad era alto, corpulento y de rostro alargado. A los siete años había celebrado la mayoría de edad y recibido el nombre de Daita por su abuelo. Tanto en verano como en invierno tenía las manos y los pies con rajas y grietas, por lo que la gente le llamaba «Daita el Rajado».

Aquella serpiente era una encarnación del dios Takachiho, venerado en la provincia de Hyūga. Koreyoshi era un descendiente de quinta generación del vástago de Daita el Rajado. Con estos antecedentes familiares tan formidables, todos los principales guerreros y samuráis de Kiushu obedecieron al momento la orden del gobernador, cuya ejecución se había encomendado a Koreyoshi y que, además, venía sancionada como edicto imperial promulgado por el Emperador-monje.

CAPÍTULO IV

LOS HEIKE HUYEN DE DAZAIFU

Ya habían decidido los Heike cuál sería el emplazamiento de su nueva capital en el destierro, donde construirían un palacio imperial.

Pero cuando llegó a sus oídos la noticia del levantamiento de Koreyoshi contra ellos, se asustaron mucho. Tokitada, el consejero mayor, intentó tranquilizar los ánimos con estas palabras:

—¿No era ese Koreyoshi un samurái vasallo de nuestro difunto Shigemori? Pues bien, ¿qué os parece la idea de que uno de los hijos de Shigemori vaya a parlamentar con él?

—¡Buena idea! —respondieron todos.

Así se decidió que Sukemori, capitán medio del tercer rango e hijo de Shigemori, partiera hacia la provincia de Bungo con quinientos hombres a caballo. Allí habló con Koreyoshi, al que se intentó ganar de distintas maneras. Pero Koreyoshi, no sólo desoyó sus palabras, sino que le habló con descortesía e insolencia:

—A fe mía que podría hacerte prisionero ahora mismo, pero no lo haré porque no merece la pena. Y si te dejo volver, ¿qué podrás hacer? En fin, vuelve ahora mismo con los tuyos y que sea lo que los dioses quieran.

Y lo despidió de malos modos.

Poco después fue el mismo Koreyoshi quien envió a su segundo hijo, Koremura, como mensajero a Dazaifu, donde estaban los Heike, con estas palabras:

—Debido a la benevolencia que la casa de Heike siempre nos ha mostrado, vengo aquí a presentarme ante vosotros con el yelmo quitado y con el arco sin cuerda. Sin embargo, tengo órdenes de Su Majestad el Emperador-monje de expulsar inmediatamente a sus señorías de las provincias de Kiushu. Les ruego, por tanto, que salgan cuanto antes de las nueve provincias de Kiushu.

El consejero mayor Tokitada fue el encargado de recoger el mensaje de Koremura, al que recibió con vestido de gala. Llevaba un *hitatare* con cordones escarlata anudados en las muñecas sobre un *hakama* de seda cruda y, en la cabeza, un *eboshi* o alto gorro ceremonial de laca negra. Habló al mensajero así:

—Con nosotros está Su Sacra Majestad, el Emperador de la generación cuarenta y nueve en línea directa de la diosa del sol y el soberano humano número ochenta y uno. Sobre él está la protección de Amaterasu, la diosa, y de Hachiman, el divino *bodisatva*. Además, nuestro señor, el difunto primer ministro Kiyomori, puso paz en el Imperio después de sofocar las insurrecciones de Hōgen y de Heiji. El mismo

que a vosotros, hombres de Kiushu, os llamó a la capital y os dispensó la gracia de servir en la Corte. Por todo esto, no nos parece que sea justo obedecer las órdenes del narizotas del señor de Bungo sólo porque, atraído por la promesa de tierras y provincias del Imperio, haya deseado ponerse de parte de los traidores de las regiones del norte y del este, es decir, de Yoritomo y de Kiso.

Era cierto, en efecto, que el señor de Bungo, Yorisuke, tenía una gran nariz, razón por la que Tokitada se había referido a él en esos términos.

Koremura, tras recibir este mensaje de los Heike, volvió junto a su padre y le contó las palabras de Tokitada.

—¿Cómo se atreve a decir tal cosa? —dijo Koreyoshi—. El pasado pasado es, pero el presente es el presente. Si tal es su actitud, no perdamos más tiempo. ¡Fuera con ellos!

Cuando corrió el rumor de que iban a reunir tropas para expulsarlos, dos samuráis de los Heike, Suesada y Morizumi, dijeron:

—Estamos ante súbditos insolentes. Nosotros daremos buena cuenta de ellos.

Y se pusieron al mando de tres mil hombres a caballo. Se dirigieron a Takano-no-honsho, en la provincia de Chikugo, donde combatieron día y noche. Pero sus enemigos, las tropas de Koreyoshi, crecían y crecían, agolpándose como nubes en el cielo. Suesada y Morizumi se vieron obligados a batirse en retirada.

Cuando los Heike supieron que las tropas de Koreyoshi avanzaban contra ellos con más de treinta mil jinetes, iniciaron la retirada. Abandonaron Dazaifu sin apenas tiempo para poder recoger sus pertenencias. En medio del desconsuelo, tuvieron que separarse de las divinidades del santuario de Usa, en quienes habían depositado sus últimas esperanzas. Ni siquiera contaban con un palanquín digno para transportar al Emperador, ni con pajes apropiados para llevarlo. Por eso Su Majestad tuvo que ser llevado en un palanquín pequeño que no pasaba de ser unas angarillas. La Emperatriz madre y las otras damas de la Corte tuvieron que recogerse las faldas de sus kimonos[12]

[12] Los largos kimonos, que usaban las damas de la Corte por encima de sus casi tan largos *hakama,* arrastraban por el suelo de palacios y estancias. Véanse dibujos de la Introducción: Anexo.

y los ministros y dignatarios de la Corte remangarse sus *hakama* para poder pasar a pie enjuto por la puerta de Mizuki-no-to y salir de Dazaifu. Todos, presa de la desesperación, emprendieron una precipitada huida a pie en dirección al puerto de Hakozaki.

Caía sin cesar una lluvia torrencial. El fuerte viento levantaba la arena de los caminos. Las gotas de la lluvia y las lágrimas de los refugiados se confundían. Pasaron por los santuarios de Sumiyoshi, Hakozaki, Kashii y Munakata, y en todos ofrecieron plegarias con el deseo de que Su Majestad pudiera regresar a la antigua capital. Atravesaron ásperos parajes y anduvieron por escarpados senderos y altas montañas, como Tarumi y Uzura-hama, hasta llegar a extensas playas de arena. De sus pies, desacostumbrados al rigor de los caminos, manaba sangre que teñía de rojo las arenas de la playa. Una sangre que también oscurecía sus kimonos rojos y teñía los blancos. Más agonizante que el suyo no era el dolor de aquel famoso Hsuan Tsang cuando hubo de sufrir atormentadoras experiencias y recorrer montañas y desiertos en pos de las sagradas escrituras[13]. Pero con una diferencia. Aquel sabio chino buscaba la Ley sagrada de Buda y en su búsqueda recibía su recompensa. En cambio, los Heike sufrían estas calamidades por huir de sus enemigos. Y así saboreaban la amargura de los tormentos del infierno antes de descender a la tumba.

Marchaban los Heike y la comitiva imperial escoltados por el samurái Tanenao Harada y dos mil jinetes, pero cuando se acercaron a la fortaleza de Yamaga, desde cuyo interior salieron a recibirlos, Tanenao se retiró de la escolta porque se llevaba mal con Hidetō, que era el señor del castillo. Éste recibió a los Heike rodeado de miles de soldados. Después, atravesaron un lugar llamado Ashiya, con el mismo nombre que otra localidad en el camino entre la capital y Fukuhara. Esta coincidencia de nombre hizo que tal lugar les pareciera aún más nostálgico y el dolor del destierro les punzó en lo más hondo de su corazón.

[13] Monje budista chino (602-664) que peregrinó hasta la India, donde estudió diez años y tradujo las sagradas escrituras budistas del sánscrito al chino. El viaje de los monjes chinos para beber de las fuentes del budismo indio les hacía dar un gran rodeo para evitar la barrera del Himalaya y la insalubridad de las junglas de Indochina, recorriendo, en efecto, las montañas de Pamir, en Asia Central, y el desierto de Taklimakan.

No les hubiera importado llegar hasta Shiragi, Kudara, Kōrai y Keitan, lugares más allá de las nubes y de los confines del mar. Pero la fuerte tempestad les impidió realizar su deseo. Así, escoltados por Hidetō, se encerraron en la fortaleza de Yamaga. Llegó a sus oídos la noticia de que sus enemigos marchaban contra ellos y atacarían la fortaleza de Yamaga. Decidieron entonces preparar barcas. Con ellas se hicieron a la mar por la noche rumbo a Yanagi, en la provincia de Buzen. Cuando llegaron a sus playas se discutió la conveniencia de levantar allí una residencia imperial, pero la playa tenía reducidas dimensiones. Poco después, al saber que los Genji avanzaban contra ellos desde Nagato, de nuevo se subieron en barcas de pescadores y vagaron a la deriva por el mar.

Estaba entre ellos Kiyotsune, capitán medio de la Izquierda y tercer hijo del difunto Shigemori, un hombre sensible y de carácter melancólico, que dijo:

—Hemos abandonado la capital ante el ataque de los Genji. Después, Koreyoshi nos ha expulsado de las nueve provincias de Kiushu. Somos como un banco de peces atrapados en la red. No tenemos por dónde escapar ni yo tengo una vida que merezca vivir.

Tras decir eso, en una noche clara de luna, se quedó pensativo en la borda del barco. Después sacó su flauta y se puso a tocar una melodía y a recitar un *rōei*. Cuando acabó, musitó un sutra y rezó a Buda. Después, acabadas sus oraciones, se tiró al mar. Los hombres y las mujeres que lo vieron nada pudieron hacer por él sino llorar su muerte.

La provincia de Nagato era feudo de Tomomori, consejero medio, y de su gobernador Michisuke. Cuando éste supo que los Heike iban en barcas pequeñas, aparejó cien embarcaciones grandes y se las entregó. Así los Heike pudieron cambiar a barcos mayores y llegar a las costas de Shikoku. Allí, en las playas de Yashima, provincia de Sanuki, y por orden de Shigeyoshi, un samurái del partido de los Heike, se reunieron materiales y hombres para construir un palacio imperial, aunque tuviera tan sólo un piso. Mientras se trabajaba en la construcción, los del séquito imperial, como tampoco podían pasar la noche en las humildes chozas de los alrededores, dormían en los barcos. Sin embargo, los ministros y los miembros de la nobleza alta y media se albergaban en chozas hechas de juncos, las moradas de los pescado-

res lugareños. Su Majestad estaba aposentado en uno de los barcos que flotaban en el mar, de forma que la alcoba imperial no dejaba de mecerse al estar a merced de las olas.

Todos ellos contemplaban las aguas de la marea, que reflejaban el brillo de la luna, y se hundían en la sima de la nostalgia y la melancolía. Viendo las hierbas cubiertas de rocío, sentían que sus vidas eran efímeras, vulnerables y vacías. Al amanecer, cuando oían el canto revoltoso de los chorlitos y cómo picoteaban en la playa, sentían la punzada del dolor en sus pechos. El ruido de los remos de los barcos agitaba lastimosamente sus corazones. Cuando contemplaban las bandadas de blancas garzas posadas en los pinos de las playas se figuraban que eran los blancos estandartes de sus enemigos, los Genji. Cuando escuchaban los graznidos de los gansos salvajes que cruzaban la inmensidad del mar se sobresaltaban, al imaginar que los soldados enemigos llegaban en barcos para atacarlos por la noche.

La brisa del mar iba poco a poco curtiendo los rostros. El brillo de las negras cejas de todos, de la juvenil tez de los hombres y del fino cutis de las mujeres iba desapareciendo lentamente. Ahora eran ojos que, sumidos en el azul de las olas, no podían contener las lágrimas de deseo y añoranza por la lejana capital. Aquellos palacios, con sus alcobas tapizadas con elegantes sedas y tapices, ahora se habían convertido en humildes chozas con cortinas de algas. Aquellos aromas de fragantes inciensos se habían convertido ahora en el humo de pobres hogueras de pescadores. Las damas y doncellas, incapaces de dejar de verter lágrimas y de ocultar los ojos enrojecidos por el continuo llanto, ofrecían un aspecto desolador, con rostros en donde aquellas cejas, antes tan hermosas y negras, ahora, borradas[14], habían desaparecido por completo.

14 Era costumbre entre las mujeres de la Corte y la nobleza de la época afeitarse las cejas y pintárselas más altas, en plena frente, de color negro.

CAPÍTULO V

EL EDICTO IMPERIAL Y EL NOMBRAMIENTO DE GENERAL EN JEFE

Mientras tanto, Minamoto (Genji) no Yoritomo, el anterior alférez de la Guardia Imperial de la Derecha, que se hallaba todavía en Kamakura, fue elevado al rango de general en jefe[15] de los ejércitos imperiales para someter a los bárbaros por decreto imperial del Emperador-monje. El mensajero portador del edicto fue Yasusada, secretario de la Izquierda, que llegó a las provincias del este el día catorce del décimo mes.

—He vivido muchos años desterrado por edicto imperial —dijo Yoritomo cuando supo de la venida del emisario—. Sin embargo, ahora que estoy en Kamakura, se me reconocen mis méritos militares y se me nombra general en jefe. ¿Cómo voy a recibir tal honor en mi residencia? Recibiré el augusto edicto imperial en el santuario.

Y se dirigió al santuario: un santuario nuevo localizado en Tsuruga-oka y dedicado a la divinidad Hachiman. Era una réplica del que había en Iwashimizu, en el monte Otoko-yama. Tenía diez galerías, una portada de piso alto y desde su calzada de acceso, de unos diez *chō* de largo, se divisaba la ciudad de Kamakura.

—¿Quién tendrá el honor de recibir el edicto imperial? —se preguntaban todos.

Y añadían:

—Tal vez este honor lo merezca Miura-no-Suke Yoshizumi. Él es descendiente de Miura Tametsugi, el renombrado guerrero cuya fama recorrió las ocho provincias del este. Además, su padre, Yoshiaki, perdió la vida en la batalla por Yoritomo, y seguro que con el honor que damos al hijo honramos la memoria del padre y confortamos su espíritu.

[15] General en jefe o jefe supremo, abreviadamente en japonés *shōgun*, será desde entonces título hereditario y hará fortuna en la historia japonesa. Originalmente había sido otorgado en el año 794 a Ootomaru durante su expedición contra los pueblos del noreste.

Y así se decidió.

El emisario imperial, Yasusada, se presentó con un séquito formado por dos samuráis y diez criados. El documento del edicto iba dentro de una bolsa que colgaba del cuello de uno de los criados. Por su parte, Yoshimizu le esperaba acompañado igualmente de dos samuráis y diez criados. Estos samuráis eran Munezane y Yoshikazu. Los criados habían sido ofrecidos apresuradamente por diez de los grandes señores de la región. Para la solemne ocasión de ese día, Yoshimizu iba ataviado con un *hitatare* de color azul oscuro sobre el que llevaba una coraza con cordones de seda negra en las costuras. Su espada era maravillosa y sus veinticuatro flechas tenían una mancha negra en medio de su blanco plumaje. Del costado le pendía un arco de bambú forrado de tiras de lacado mimbre. Iba descubierto, con el yelmo colgado de los hombros. Tras hacer una profunda reverencia, Yoshimizu recibió el edicto imperial.

—¿Quién recibe el augusto edicto imperial? ¡Declara tu nombre!

Tal habló el emisario. Yoshimizu no le dijo su nombre verdadero, sino que improvisó una variación del mismo: «Miura no Arajirō Yoshimizu»[16]. El documento imperial estaba en el interior de una caja trenzada de mimbre. Fue llevado hasta Yoritomo en la caja, que luego fue devuelta al emisario. Cuando éste se dio cuenta de que la caja pesaba mucho, la abrió y descubrió que dentro había cien talegos de arena de oro. En el altar del santuario se le ofreció también vino a Yasusada, el emisario. Chikayoshi, director asistente del santuario de Kamo, fue quien se lo sirvió, y un samurái de quinto rango fue el que le sirvió la comida. A Yasusada le obsequiaron también con tres caballos. Uno de ellos venía con montura y lo guiaba Suketsune, que había servido en la Guardia Imperial de la anterior Emperatriz. A continuación se le preparó una vieja mansión con el techo de paja como aposento. Cuando entró, vio que dentro había más obsequios: un arca con dos kimonos de seda forrados de algodón y otros diez kimonos de manga estrecha. Además, había mil rollos de tela blanca y azul.

[16] Su nombre verdadero, Miura no Suke, significa «Ayudante del Jefe del clan Miura», nombre militar que debía significar poco al cortesano de la capital que hacía de mensajero. En lugar de ése, le dio el de «Miura no Arajirō» o «Impetuoso segundo hijo de Miura».

Tampoco faltaba en la casa comida y bebida presentada con suntuosidad y elegancia.

Al día siguiente Yasusada fue a presentar sus respetos a Yoritomo, que lo recibió en su mansión. Este edificio tenía dos antesalas de una longitud de dieciséis *ken*. En la antesala exterior estaban alineados los samuráis y vasallos de Yoritomo, todos sentados hombro con hombro. En la interior, los miembros del clan de Genji ocupaban los asientos superiores, mientras que otros señores, grandes y menores, ocupaban los estrados de abajo. Yasusada, como invitado de honor, ocupó uno de los asientos superiores. Poco después, le hicieron pasar a la sala principal, cuyo suelo estaba recubierto de *tatami* o paja finamente trenzada con los bordes de brocado de color púrpura. En el estrado superior de la sala había otro *tatami* con terminaciones de seda blanca y negra. Las cortinas se alzaron y apareció Yoritomo sentado en ese estrado. Llevaba un kimono sencillo de gala y un gorro alto y lacado en la cabeza. Su rostro era ancho y su cuerpo pequeño. Era apuesto y hablaba con claridad y propiedad. Empezó diciendo estas palabras:

—Los Heike, temerosos de mis fuerzas, han abandonado la capital. Pero, después, Kiso y Yukie se han presentado en la capital como si todo el mérito fuera de ellos y se han aprovechado de la situación para procurarse títulos y prebendas y encumbrarse en altos cargos. Además, han tenido la osadía de rechazar la gobernación de provincias que les habían sido asignadas. Tampoco Hidehira y Takayoshi, nombrados gobernadores de Mutsu y de Hitachi, respectivamente, han cumplido mis órdenes. Quisiera, por tanto, recibir de inmediato un edicto imperial con poderes para combatir contra ellos.

Yasusada contestó:

—Mucho me gustaría poder extenderle, Excelencia, un acta de juramento por lo que deseáis en nombre del Emperador-monje. Pero no soy más que un emisario. Cuando vuelva a la capital, por lo tanto, os procuraré el edicto y os lo traeré. Mi hermano, Shigeyoshi, que es también secretario, me ayudará en el empeño.

Yoritomo se rió y dijo:

—No había pensado recibir de vuestras manos esa acta. Pero si insistís en procurarme el edicto, lo recibiré complacido.

Yasusada le pidió licencia para ponerse en camino de regreso ese mismo día, pero Yoritomo lo retuvo para que se quedara al menos un día más.

Al día siguiente, Yasusada volvió a la residencia de Yoritomo. Recibió entonces como obsequios una armadura de costuras de seda verde, una espada con filigranas de plata, un arco de bambú forrado con tiras de mimbre lacado, flechas de caza y trece caballos, de los cuales tres venían ensillados. A los hombres de su séquito, samuráis y criados, les regalaron *hitatare,* kimonos de manga corta, *hakama* y monturas de caballo. Les dieron, además, treinta caballos para transportar todos los obsequios.

Desde la salida de Kamakura del mensajero imperial hasta Kagami, en la provincia de Oomi, recibieron en cada posada en la que pararon diez sacos de arroz para su sustento. Tanto les sobraba, según dicen, que tuvieron que dar parte a los pobres como limosna.

CAPÍTULO VI

EL CORTESANO NEKOMA

Yasusada volvió a la capital y se presentó ante el Emperador-monje, al que informó de todos los pormenores de su embajada en la región del este. El Emperador-monje le escuchó con gran atención y tanto él como la nobleza media que estaba presente quedaron fuertemente impresionados por el relato y aprobaron su embajada con una sonrisa. Ahora comprendían el contraste entre el porte señorial y magnánimo de Yoritomo y la rudeza de modales y tosquedad en el habla de Kiso, el nuevo capitán mayor de los Establos, bajo el cual sin embargo pesaba la protección de la capital. Pero ¿acaso podría resultar extraño que fuera un hombre así de vulgar, si desde los dos a los treinta años había vivido en una aldea de la provincia de Shinano llamada Kiso? ¿O es que podía esperarse que un hombre criado en la vida rústica tuviera modales civilizados?

Un día un hombre llamado Mitsutaka, consejero medio de Nekoma[17], se presentó para tratar de cierto asunto con Kiso. Cuando llegó a su mansión, sus criados le anunciaron:

–Señoría, está aquí un tal señor Nekoma para hablar con su señoría.

Kiso rompió a reír y exclamó:

–¿Desde cuándo un gato desea hablar con un hombre?

–Señoría –le explicó el sirviente–, es el consejero medio de Nekoma. Tal es el nombre del lugar donde este señor vive.

–En ese caso lo recibiré.

Lo recibió, pero, incapaz de resistir la tentación de llamarle por su nombre, se dirigía a él todo el tiempo llamándole «señor Neko»[18]. Así, dijo:

–¡Qué bien que el señor Neko nos honre con su visita! ¡Vamos, traed algo de comer!

–Le ruego que no se moleste, señoría –le rogó el consejero medio.

–Si habéis venido a la hora de comer, ¿cómo no os voy a ofrecer algún alimento? –contestó Kiso, que ordenó que prepararan comida. Kiso tomaba los alimentos frescos y preparados sin sal. Por eso dijo:

–Tenemos unas setas frescas que os van a gustar. Ya veréis qué ricas están. ¡Vamos, cocinadlas! –ordenó Kiso a sus criados.

El criado que les servía era Koyata, que puso a cada uno una montaña de arroz en un cuenco enorme y hondo, al estilo rústico de la provincia. El arroz estaba acompañado por tres clases de verduras como guarnición y una sopa de setas. A los dos les sirvieron lo mismo. Kiso tomó los palillos y empezó a comer resueltamente. Pero al consejero medio Nekoma el aspecto de la comida le impedía empezar a comer. Kiso le dijo entonces:

–Estos cuencos son los mismos que suelo usar en mis ofrendas religiosas ¿sabéis?[19].

[17] Es decir, «sala del gato».

[18] Es decir, «señor gato».

[19] Las ofrendas religiosas de alimentos servidos en cuencos suelen ser de carácter funerario. Hacer comer en una de estas vasijas a un invitado es de mala educación. En esta escena se resalta con ironía tanto la ridícula tosquedad de Kiso como el temor del

El consejero medio estimó que podría ser de mala educación rechazar la comida que se le ofrecía y, tomando los palillos, se dispuso lentamente a comer. Al ver la renuencia de sus movimientos, Kiso exclamó:

—¡Vaya! Parece que el señor Neko está desganado. Es lo que se dice un gato que nunca termina su comida. ¡Vamos, a comer, hombre!

Y le apremió a que comiera. El consejero medio, ofendido, se levantó rápidamente y se fue sin ni siquiera haber tenido ocasión de tratar el asunto por el que venía.

Debido a que Kiso poseía ahora un título cortesano, se veía obligado a presentarse en el palacio con traje de gala. Pero todo, desde el *hakama* ceremonial hasta el alto sombrero lacado, le sentaba tan mal que daba mucho que hablar a los demás cortesanos. Además, entraba agachado en el carruaje. Verdaderamente era llamativo el contraste entre su apostura cuando montaba a caballo, con su armadura, su arco y sus flechas, y la torpeza del aliño de su atuendo cortesano.

Tanto el carruaje de bueyes como el cochero que lo llevaba habían pertenecido antes a Munemori, el ministro de los Heike. Como la ley de la vida obliga a los hombres a adaptarse a los cambios del tiempo, al cochero no le quedó más remedio que servir a un hombre como Kiso, pero era evidente que lo hacía de mala gana. Un día, tan pronto como el carruaje salió por la puerta, el cochero fustigó con violencia al buey, que había estado mucho tiempo atado. Espoleado por el latigazo, el animal echó a correr como si volara, tirando del carruaje. Kiso, que iba dentro, se cayó de espaldas. Una y otra vez intentaba levantarse y agitaba ambos brazos que, cubiertos de las anchas mangas de su kimono de cortesano, parecían las alas de una mariposa encerrada en una jaula. Como no conocía la forma de dirigirse al cochero, gritaba:

—¡Eh, boyero, boyero!

El cochero pensó que le gritaba para que fuera aún más rápido, así que siguió a la misma o mayor velocidad durante cinco o seis *chō*. Al ver lo que ocurría, uno de los hombres de Kiso, Imai no Kanehira, picó espuelas a su caballo y salió a galope hasta alcanzar al cochero.

noble cortesano a ofender a este zafio, pero poderoso, guerrero de las regiones menos civilizadas del este.

—¿Por qué dejas que el buey corra de esa manera? —le dijo airado.

—Este animal es demasiado fuerte para mí —contestó el cochero. Después, para congraciarse con Kiso, añadió—: Señoría, agárrese al asidero que hay dentro.

Kiso se agarró con fuerza al asidero y dijo:

—¡Vaya! ¡Qué cosa tan útil! ¿Fue idea tuya o del ministro el poner esto aquí?

Después, una vez que llegaron al Palacio de Clausura del Emperador-monje, desengancharon al buey del carruaje. Pero cuando Kiso se dispuso a bajar y uno de sus criados vio que lo iba a hacer por detrás, se adelantó y le dijo:

—Señoría, el protocolo dice que hay que subirse por detrás, pero que se debe bajar por delante.

—¡Vamos, vamos! ¡Si no es más que un carruaje! ¿Qué más da? Además no le quiero tapar el camino al cochero saliendo por delante...

Hubo otros muchos incidentes graciosos, pero la gente de la capital no se atrevía a comentarlos en público por miedo.

CAPÍTULO VII

LA BATALLA DE MIZUSHIMA

Los Heike se habían establecido en Yashima, provincia de Sanuki, en la isla de Shikoku, desde donde habían enviado sus ejércitos para conquistar las ocho provincias de la ruta de Sanyō-dō y las seis de la ruta de Nankai-dō, y habían logrado controlar la totalidad de esas catorce provincias. Cuando Kiso Yoshinaka, el nuevo capitán mayor de los Establos Imperiales, recibió estas noticias, determinó que el asunto requería la máxima atención y no perdió tiempo en enviar fuerzas para atacar a los Heike. Siete mil hombres a caballo al mando de Yoshikiyo, como capitán general, y de Yukihiro, natural de la provincia de Shinano, como asistente, partieron hacia la ruta de Sanyō y bajaron las montañas hasta llegar a la bahía de Mizushima. Allí aparejaron las

embarcaciones que los habrían de llevar por el mar Interior hasta Yashima, donde estaban los de Heike.

Pero el día uno del décimo mes del año bisiesto, en la bahía de Mizushima apareció una barca. Cuando intentaban distinguir si se trataba de la barca de un pescador, se dieron cuenta de que era una embarcación mensajera que les traía una carta de desafío de los Heike. Los Genji, entonces, botaron al mar las quinientas embarcaciones que tenían ya preparadas y que estaban atracadas en la playa para que se secaran.

Por el mar aparecieron los Heike a bordo de mil embarcaciones. Los mandaba Tomomori, el nuevo consejero mayor. La retaguardia estaba al mando de Noritsune, el gobernador de Noto. Fue este hombre el que comenzó a arengar a sus soldados:

—¡Vamos, mis valientes! La batalla será nuestra si sabemos ganarla. ¿O preferís la deshonra de ser capturados por esos bandidos del norte? ¡Amarremos barco con barco por la borda!

Y amarraron con guindalezas la borda de la proa y la popa de los centenares de barcos. Después colocaron maderas para nivelarlos y tablones atravesados sobre los que podían pisar y moverse libremente como sobre el campo.

Después de los gritos de guerra, los dos bandos se lanzaron al combate con una descarga de flechas. La batalla se avivó al aproximarse las embarcaciones. Los contrincantes más alejados resultaban heridos por la punta de las penetrantes flechas; los más próximos, por el filo de las tajadoras espadas. Algunos usaban tridentes para hacer caer al mar a sus enemigos; otros se precipitaban al mar agarrados de la mano; otros caían apuñalados y morían desangrados. Cada uno se servía de las armas de las que disponía. En una de éstas encontró la muerte Yukihiro, el general de los Genji. Al verlo muerto, el capitán general del ejército Genji, Yoshikiyo, saltó a una barca pequeña acompañado de siete samuráis y se adentró en lo más fiero de la batalla. Pero sin saber cómo ni por qué, la barca se hundió y todos perecieron.

Los Heike habían tomado la precaución de embarcar con caballos ensillados. Cuando se acercaron a la orilla, los hicieron saltar sobre las tablas que habían colocado, los montaron y corrieron a tierra, donde siguieron atacando a sus enemigos entre gritos de batalla. El ejército

de los Genji, con sus dos generales muertos, tuvo que batirse en una retirada desesperada y caótica ante la caballería de los Heike.

Con esta victoria en la bahía de Mizushima, los Heike lavaron por fin la deshonra de anteriores derrotas.

CAPÍTULO VIII

LOS ÚLTIMOS DÍAS DEL SAMURÁI KANEYASU

Kiso, el capitán mayor de los Establos, del clan de Genji, cuando se enteró de la derrota de Mizushima y comprendió la gravedad del suceso, rápidamente movilizó a diez mil jinetes. Al frente de ellos se puso en marcha rumbo a la provincia de Bitchū a través de la ruta de Sanyō-do.

Tiempo atrás, en la batalla de Kurihara, un samurái de los Heike, Senō no Kaneyasu, natural de la provincia de Bitchū, había sido hecho prisionero por Narizumi, de la provincia de Kaga y partidario de los Genji. Desde entonces se encontraba bajo la custodia del hermano menor de Narizumi, Nariuji. El samurái Kaneyasu era famoso por su valor y prodigiosa fuerza.

–Sería una lástima matar a un hombre así –dijo Kiso, y mandó que no lo mataran.

Kaneyasu era un hombre apacible y de carácter bondadoso, por lo que Nariuji lo trataba bien. Pero Kaneyasu en el fondo de su corazón se sentía en cautividad como aquel Sue Wu, de la China de los Han, del que dicen que fue hecho prisionero por los bárbaros de Huo Kuo y, sin poder regresar a China, sufrió un sinfín de penalidades y tribulaciones. De otro famoso prisionero, Li Hsiao Ching, se cuenta que dijo que no había sufrimiento mayor que vivir como cautivo en un país extranjero. El caso es que Kaneyasu, durante su cautividad, como él decía, «se protegía del viento y la lluvia con pieles de Nameji y saciaba el hambre y la sed con carne maloliente y leche tibia de anima-

les salvajes». Pasaba las noches en vela, incapaz de conciliar el sueño, y los días en el monte, cortando leña como si fuera un buen sirviente. Pero noche y día su corazón permanecía al acecho. Vigilaba constantemente al enemigo y ansiaba la ocasión de atacarlo y poder regresar a su tierra para ver a su señor natural.

Un día Kaneyasu se encontró con Nariuji y se dirigió a él con estas palabras:

—Desde el quinto mes del pasado año me has permitido conservar esta vida mía tan insignificante. ¿Puede acaso haber otro señor al cual deber mi obediencia? Desde ahora, en cualquier combate en el que acierte a estar presente, lucharé en primera fila y ofreceré mi vida a mi señor Kiso. Tengo tierras en Senō, provincia de Bitchū, donde hay excelentes pastizales para caballos. Muy honrado me sentiría si mi señor Kiso te entregara esas tierras.

Nariuji fue a Kiso y le comunicó la petición de su prisionero.

—¡Estupendo! —exclamó Kiso—. Vete tú primero con él como guía a esas tierras.

Y ordenó que prepararan caballos para llevarlos a pastar a esas tierras.

Nariuji recibió estas instrucciones con respeto. Muy satisfecho, se puso en marcha con treinta jinetes en dirección a Bitchū. Llevaba en primera fila a Kaneyasu como guía.

Mientras, el hijo mayor de Kaneyasu, Muneyasu, leal siempre a los Heike, sabiendo que habían perdonado a su padre, juntó a cincuenta de sus hombres y galopaba para salir a su encuentro. Se reunieron en la provincia de Harima y juntos volvieron a Bitchū. Cuando llegaron a Mitsuishi, provincia de Bizen, para pasar la noche, se presentaron unos viejos amigos de Kaneyasu, que traían vino para celebrar el encuentro. Esa noche tuvo lugar el banquete, y Nariuji y los soldados que escoltaban a Kaneyasu bebieron tanto que, vencidos por el sopor, quedaron profundamente dormidos. Entonces Kaneyasu y sus hombres se acercaron a ellos y, sin despertarlos, los apuñalaron silenciosamente, uno a uno, hasta matar a todos. Como la provincia de Bizen pertenecía a Yukīe, Kaneyasu fue a la capital y mató también al gobernador que se hallaba en su mansión.

Después Kaneyasu despachó emisarios a todos los lugares de Bizen, de Bitchū y de Bingo[20] con la siguiente proclama: «He vuelto porque he ganado mi libertad. Que todos los que en sus corazones sientan lealtad a los Heike acudan a mi lado. Juntos acecharemos el paso de Kiso por aquí y lo atacaremos con flechas».

De los rincones de esas tres provincias acudieron a reunirse con su antiguo camarada viejos guerreros, todos a caballo y armados. Unos llevaban viejas corazas sobre kimonos de batalla de un amarillo descolorido que habían sido teñidos con jugo de kaki; otros, kimonos de manga corta metidos por la cintura y sujetos por una cuerda; otros, aljabas de caza o hechas de bambú y con pocas flechas dentro. En total, se juntaron más de dos mil hombres. Con Kaneyasu al frente, se apostaron cerca de Fukuryuji Nawate, provincia de Bizen, en un lugar llamado Sasa-no-semari donde se encontraba la fortaleza de Kaneyasu. Primero cavaron una fosa de dos *shaku* de ancho y dos de hondo, en cuyo fondo clavaron estacas afiladas y detrás de la cual levantaron una plataforma para disparar desde ella flechas y fijar escudos y lanzas. Cuando acabaron, ansiosos, aguardaban la llegada del enemigo.

Mientras, algunos hombres del gobernador asesinado por Kaneyasu habían huido de la capital de la provincia hasta llegar a un lugar llamado Funa-saka, en la frontera entre las provincias de Harima y Bizen. Allí se encontraron con Kiso, al que contaron lo ocurrido.

—¡Maldición! ¡Debí haber matado a Kaneyasu!

Con él estaba Kanehira, que dijo:

—¡Claro que sí! En la expresión de su cara yo había leído la traición y varias veces os recomendé matarlo. Pero no me hicisteis caso y lo dejasteis con vida.

—Bueno —dijo Kiso—, pero podremos remediarlo. Alcánzalo y dale muerte.

—Así lo haré —dijo Kanehira, que inmediatamente se adelantó a todo galope con unos tres mil jinetes.

El camino que conducía al lugar donde estaba Kaneyasu era una vereda no más ancha que el largo de un arco y se extendía a lo largo de seis *chō*. A ambos lados del camino había arrozales con matas bien

[20] Las tres eran antiguas provincias limítrofes, hoy en las prefecturas de Okayama y Hyōgo, en la costa del mar Interior.

crecidas y tupidas, y el suelo era tan blando que las pezuñas de las caballerías se hundían. Por eso, aunque los tres mil soldados de los Genji estaban deseosos de avanzar rápidamente, tuvieron que acomodarse al pesado caminar de sus caballos. Cuando por fin se acercaron ante la fortaleza de Kaneyasu, éste, subido a la parte más alta, les gritó:

–En gratitud por haberme permitido conservar mi insignificante vida desde el quinto mes del año pasado, os he preparado una sorpresa. A ver que os parece esto.

Y al instante cien arqueros dispuestos en fila, los más fuertes y capaces de usar arcos de gran tensión, descargaron una lluvia de flechas sobre los hombres de los Genji, incapaces de reaccionar o avanzar. Pero entre éstos había guerreros valientes como Chikatada, Koyata, Miyazaki, Suwa y Fujisawa que, guiados por Kanehira, agacharon las cabezas para protegerse de las flechas con el cubrenucas, taparon la fosa con los cuerpos muertos de caballos y hombres y se lanzaron al ataque entre gritos de guerra. Hubo otros que se metieron en los arrozales que había a derecha e izquierda del camino, y sus caballos se hundieron hasta el vientre y el pecho. Otros se internaron por los bosques del valle y se enzarzaron en combates que se prolongaron todo el día.

Al anochecer, todos los guerreros fieles al llamamiento de Kaneyasu habían perecido, salvo unos pocos que, malheridos, pudieron escapar y murieron poco después. Kaneyasu, al ver a tantos de los suyos muertos y su fortaleza de Sasa-no-Semari arrasada, se retiró y más adelante, en las orillas del río Itakura, provincia de Bitchū, formó una barricada con escudos y decidió esperar otra vez a sus enemigos tras ella. No tardó en presentarse Kanehira de nuevo al ataque. Los de Kaneyasu se defendieron mientras les quedaron flechas en sus aljabas de caza o de bambú. Pero cuando se vieron sin flechas, decidieron huir a la desesperada.

Kaneyasu escapó con sólo dos hombres y se internó en la espesura del monte Midoro después de atravesar el río Itakura. Narizumi, el mismo que lo había capturado un año antes en Kurihara, al verlo escapar dijo:

–Mi hermano fue asesinado por ese hombre. ¡Qué deshonra! Pero pronto espero repararla con la muerte de su asesino.

Con esas palabras picó espuelas y se lanzó a galope en persecución de los fugitivos. Los alcanzó a un *chō* de distancia y gritó:

—¡Eh, señor Kaneyasu! ¿Cómo os atrevéis a dar la espalda a vuestro enemigo? ¡Volved, volved aquí!

Kaneyasu, al escuchar estas palabras, detuvo su caballo cuando estaba a punto de cruzar el afluente que llega por el oeste al río Itakura. Y se quedó esperándolo. Narizumi llegó donde él y se puso a su lado. Los dos hombres se miraron con fiereza y vinieron a las manos. Así agarrados, cayeron al suelo. Los dos eran fuertes y rodaron por el suelo, estando unas veces uno encima y otras veces el otro, hasta que cayeron en una charca cerca de la ribera del río. La charca era profunda y Narizumi no sabía nadar. En cambio, Kaneyasu era un diestro nadador. Por eso, pudo hundir a su enemigo en el agua y apartarle el faldón de la armadura. Entonces sacó la espada y se la clavó tres veces con gran saña como si quisiera hundirle la empuñadura en el cuerpo. Luego, de un tajo le cercenó la cabeza.

Como su caballo estaba exhausto, montó en el de Narizumi y prosiguió su huida.

El hijo de Kaneyasu, Muneyasu, había huido también con sus hombres a pie por haber perdido el caballo. Aunque sólo tenía veintidós o veintitrés años, estaba tan gordo que no podía correr con ligereza la distancia de un *chō,* ni siquiera después de haberse quitado la armadura. Por eso, su padre lo pudo adelantar. Cuando lo hubo dejado unos diez *chō* atrás, Kaneyasu lamentó haber dejado a su hijo rezagado y dijo a sus hombres:

—Cuando combatía contra mil hombres, ante mis ojos estaban claras las cuatro direcciones. Pero ahora que he dejado atrás a mi hijo, no veo con claridad ni siquiera delante de mí. Aunque salve mi vida y pueda unirme a los Heike, ¡qué deshonra será cuando digan de mí: «Mira, ahí está Kaneyasu, que con más de sesenta años se agarró a la vida tanto como para abandonar a su único hijo»!

—Eso es lo que yo le dije, señor —le contestó uno de sus hombres—. Mejor haría, por su honor, en volver con su hijo y morir a su lado. Le ruego que vuelva con él.

—Sea así... —y, sin terminar de hablar, dio media vuelta al caballo, lo espoleó y volvió donde estaba su hijo. Lo encontró tumbado en el suelo y con los pies hinchados.

—Como no has podido alcanzarme, he vuelto para estar a tu lado y morir junto a ti. ¡Ánimo, hijo!

—Padre —dijo su hijo sollozando—, ya ves que no soy más que un estorbo. Tuve que haber puesto fin a mi vida. Ahora, por hacer que tú pierdas la tuya, sobre mi cabeza caerá la culpa de una de las Cinco Faltas Capitales[21]. Padre, te lo ruego, vete de aquí ahora mismo.

—La decisión ya está tomada —repuso el padre; y los dos se sentaron allí y esperaron.

No tardó en aparecer Kunehira al frente de cincuenta jinetes que cargaron contra ellos entre gritos de guerra. Kaneyasu, decidido a luchar hasta el final, disparó las siete u ocho flechas que le quedaban. Cinco o seis enemigos cayeron, aunque no se pudo saber si vivos o muertos. Después sacó la espada, le cortó la cabeza a su hijo y se metió en medio de sus enemigos luchando con todas sus fuerzas. Mató a muchos enemigos, pero también él encontró la muerte en el combate. Dos de sus hombres, que habían permanecido a su lado, lucharon con bravura hasta que, heridos de gravedad, decidieron quitarse la vida. Sus enemigos se lo impidieron y los capturaron vivos. Al día siguiente, murieron. Sus cabezas, junto con la de su señor, Kaneyasu, fueron colgadas en el bosque de Sagi, provincia de Bitchū.

Cuando Kiso pasó por allí y vio sus cabezas, comentó:

—¡Qué hombres valientes! Eran soldados de los pies a la cabeza; y en verdad que un auténtico guerrero vale por mil. ¡Ojalá hubiera podido salvarles la vida!

CAPÍTULO IX

LA BATALLA DE MUROYAMA

Kiso había estado reorganizando sus tropas en Manju no shō, provincia de Bitchū, y se preparaba para atacar a los Heike en Yashima.

[21] Son las cinco (*go gyaku*) ofensas más graves en el budismo: matar al padre, matar a la madre, matar a un *arhat*, dañar a un Buda y causar discordia en la comunidad budista.

Pero entonces recibió un mensaje de Kanemitsu, su hombre en la capital, en el que le decía:

«Señoría, su ausencia ha sido aprovechada por nuestro aliado Yukīe para utilizar a algunas de las mujeres favoritas más influyentes del Emperador-monje y difamarlo. Será mejor que Su Señoría aplace la batalla del oeste contra los enemigos y regrese a marchas forzadas a la capital».

Kiso dio a este mensaje la importancia debida, y regresó a la capital galopando día y noche sin parar.

Mientras, Yukīe, al comprender que no le interesaba cruzarse en el camino de Kiso, decidió evitarlo. Abandonó la capital y se retiró a la provincia de Harima por la ruta de Tamba. Kiso, por su parte, entró en la capital por la provincia de Setsu.

Entretanto, los Heike, con la intención de someter a Kiso, cruzaron el mar a bordo de más de mil barcos y desembarcaron en Harima. Con tropas que llegaban a más de veinte mil hombres a caballo, acamparon en Muroyama. Les guiaban Tomomori, capitán general del tercer rango de la nobleza y nuevo consejero mayor; Shigehira, teniente general y mayordomo de la Casa Imperial; Moritsugu, capitán de la Guardia Imperial de Etchū; Tadamitsu, capitán de la Guardia Imperial de Kazusa; y Kagekiyo, capitán de la Guardia Imperial de Akuhichi.

Al mismo tiempo, Yukīe, tal vez por creer que si atacaba a los Heike podría congraciarse con Kiso, se dirigió a Muroyama al frente de quinientos hombres a caballo. Los Heike se aprestaron al combate y dividieron sus fuerzas en cinco cuerpos. El primero estaba compuesto por dos mil jinetes al mando de Moritsugu; el segundo, por otros dos mil jinetes al mando de Ienaga, de la Guardia Imperial de la Puerta de la Izquierda; el tercero, por tres mil jinetes comandados por Tadamitsu y Kagekiyo; el cuarto estaba formado por otros tres mil jinetes a las órdenes de Shigehira; y el quinto cuerpo, con diez mil jinetes, lo mandada Tomomori, el capitán general.

Los quinientos soldados de Yukīe se lanzaron a la carga contra sus enemigos con gritos de batalla. Moritsugu, que estaba en el primer cuerpo, fingió que les respondía con un contraataque, pero en realidad les abrió paso para que se adentraran en sus filas. También Ienaga, que mandaba la segunda división, les abrió el camino. Lo mismo hi-

cieron Kagekiyo y Shigehira. Así, las cinco divisiones de los Heike se habían puesto de acuerdo para dejar paso al enemigo. Cuando lo tuvieron dentro de sus filas, lanzaron sus gritos de combate y arremetieron contra los Genji de Yukīe. Éste, sin poder escapar y al darse cuenta de que había caído en una celada, decidió luchar hasta el final. Sabía que iba a morir, pero miró adelante sin importarle perder la vida. Los samuráis de Heike se gritaban unos a otros:

—¡A por él! ¡Hay que atrapar al general de los Genji! —y se lanzaron animosamente al combate. Sin embargo, parecía que no había ninguno que osara acercarse demasiado a Yukīe. Tres de los samuráis más arrojados de Tomomori, Kishichi-zaemon, Kihachi-zaemon y Kikujurō, perecieron a manos de Yukīe. Cuando no le quedaban más que treinta de sus quinientos hombres, Yukīe hizo un intento desesperado por abrirse paso entre las filas enemigas, que, como nubes, se agolpaban a su alrededor y alrededor del insignificante número de sus hombres. Logró salir ileso, y con él veinte de sus hombres, aunque la mayoría estaban heridos. El pequeño grupo pudo llegar a la costa y embarcarse en Takasago, provincia de Harima, rumbo a la de Izumi, desde donde cruzaron a Kawachi y se refugiaron en la fortaleza de Nagano.

El ánimo de los Heike se fortaleció después de las dos victorias sucesivas en Mizushima y Muroyama.

CAPÍTULO X

EL «CAPITÁN TAMBOR»

La capital estaba inundada de más y más tropas de los Genji. Sus soldados asaltaban las casas y se entregaban al pillaje y al saqueo. Para forraje de sus caballos cortaban las verdes espigas de los arrozales, sin respetar siquiera las tierras de los santuarios de Kamo y de Yawata. Las puertas de los graneros eran forzadas y su contenido saqueado. Incluso los transeúntes eran asaltados en plena calle y despojados de sus vestidos.

—Cuando los Heike eran los señores, la sola mención del nombre del señor de Rokuhara nos hacía temblar. Pero nunca llegaron a arrebatarnos la ropa. Ahora, con los nuevos señores, los Genji, es mucho peor.

Esto comentaba la gente.

Así que, un día, se presentó en el palacio del capitán de los Establos de la Izquierda un emisario del Emperador-monje para transmitirle la orden de que cesaran los desmanes y saqueos de las tropas. Este mensajero se llamaba Tomoyasu, y era hijo del gobernador de la provincia de Iki, Tomochika. Era un cortesano con el cargo de capitán de la Guardia Imperial al que, por su destreza con el tambor, llamaban «Capitán tambor». Kiso recibió el mensaje imperial y, sin dar respuesta, se limitó a preguntar al emisario:

—Dime por qué te llaman «Capitán tambor». ¿Es porque todo el mundo te toca o porque te dejas tocar?

Tomoyasu fue incapaz de responder. Cuando regresó al Palacio de Clausura, le contó al Emperador-monje lo sucedido y le dijo además:

—Majestad, Kiso Yoshinaka es un loco grosero. Creo, además, que en cualquier momento se convertirá en enemigo de la Corte. Me atrevo a rogar a Su Majestad que le castigue cuanto antes.

El Emperador-monje atendió al ruego de su cortesano y resolvió castigar la insolencia de Kiso. Pero, en lugar de llamar a soldados de renombre por su valor, reunió a bonzos guerreros convocados por la intercesión de los superiores de los templos de Enryaku y de Onjō. También la nobleza alta y media de la Corte ayudó en el reclutamiento. Sin embargo, los que respondieron al llamamiento no eran más que vagabundos y bonzos mendigos, de diversas clases, inútiles en la batalla y que ni siquiera valían para tirar piedras.

Cuando se corrió el rumor del descontento del Emperador-monje con Kiso, los guerreros de las cinco provincias de la región de Kidai, obedientes al principio a Kiso, decidieron dar la espalda al capitán de los Establos y ponerse del lado de la Corte Imperial. Incluso se volvió contra Kiso el vicegobernador en funciones de la provincia de Shinano, miembro también del clan Genji, llamado Murakami no Saburō Motokuni.

Kanehira, uno de los fieles a Kiso, le dijo:

—Señor, la situación ya es seria. ¿Cómo vamos a combatir al Emperador-monje, un hombre que observa los Diez Preceptos del budismo? Mi consejo, señor, es que acudáis ante él, os descubráis quitándoos el yelmo y os postréis a sus pies.

Pero Kiso, encolerizado, le respondió:

—¿Cómo? ¿Alguna vez he vuelto la espalda a mis enemigos? ¿Acaso desde que dejé Shinano no he salido vencedor de Oomi, Aida, Tonami, Kurosaka, Shiosaka y Shinohara, en las regiones del norte? ¿Y en el oeste? ¿No he vencido en las jornadas de Fukuryū-ji, de Sasa-no-Semari y de Itakura? Por muchos preceptos divinos que observe, jamás me quitaré el yelmo ni aflojaré la cuerda de mi arco ante él. ¿Es que no se le va a permitir tener un caballo al que guarda la capital? ¿Va a impedirme el Emperador-monje cortar hierba en los arrozales para forraje de los animales? ¿Cómo puede llamar robo al hecho de que unos hombres que no tienen ni una sola ración de arroz se aprovisionen de alimentos en las casas de campesinos de los alrededores de la capital? Sería un robo si hubiéramos atacado las residencias o los palacios de los ministros o funcionarios de la Corte. Sin duda se trata de una conspiración contra mí urdida por ese «Capitán tambor». Voy a tocar yo también ese tambor y a golpearlo con fuerza hasta hacerle reventar. Tal vez sea mi último combate. Un combate del que ciertamente tendrá buena noticia Yoritomo. ¡Ánimo, todos, mis valientes! ¡A luchar con ardor!

Y se pusieron en marcha.

Como la mayor parte de sus tropas del norte habían salido de la capital a combatir contra los Heike en el oeste, en la capital no le quedaban a Kiso más de seis o siete mil jinetes. Formó siete batallones, pues Kiso consideraba que ese número proporcionaba buena suerte en todas sus batallas. En primer lugar, envió a Kanemitsu con dos mil jinetes a Imagumano para que atacase la retaguardia de las tropas imperiales. Los otros seis batallones recibieron la orden de salir de las calles y avenidas de la capital donde estaban apostados hasta llegar a las riberas del río Kamo y reunirse a la altura de Shichijō.

La batalla empezó la mañana del día diecinueve del undécimo mes. En torno al Palacio de Clausura de Hōjū-ji donde estaba el Emperador-monje, había unos veinte mil hombres apostados. Para identificarse llevaban una hoja de pino en sus yelmos. Cuando Kiso se pre-

sentó ante las puertas del Palacio, divisó al «Capitán tambor», que estaba encargado del mando. Iba éste sin coraza, sólo con el vestido de batalla de brocado de rojo color. En cambio, llevaba un yelmo decorado con el emblema de los Cuatro Dioses Guardianes del budismo. Estaba subido en lo alto del muro del oeste del Palacio, con una lanza ceremonial en una mano y una maza con cascabeles en la otra. No dejaba de agitar la maza haciendo sonar los cascabeles y, de vez en cuando, saltaba y daba unos pasos de baile.

—¡Qué ridículo! —exclamaban algunos cortesanos jóvenes—. ¡Cualquiera diría que el capitán ha sido poseído por algún espíritu maligno o *tengu*!

Pero el «Capitán tambor», Tomoyasu, comenzó a vociferar:

—Antiguamente, cuando se proclamaba un edicto imperial hasta las hierbas de los campos florecían y los árboles secos de los bosques daban fruto. Incluso los demonios y los espíritus malignos no dejaban de obedecer. ¿Cómo es que tú ahora te atreves a disparar contra la augusta majestad de los Diez Santos Preceptos de la Ley Budista? Sin duda se debe a que estamos en los últimos días que preceden al juicio final. La flecha que lances se volverá contra ti y la espada que desenvaines a ti mismo te cortará.

Kiso, para ahogar la voz de Tomoyasu, ordenó a sus hombres lanzar gritos de guerra.

Mientras, los hombres de la vanguardia, que estaban al mando de Kanemitsu, uno de los generales de Kiso, y que llegaban en tropel de Imagumano, comenzaron el ataque por la puerta del oeste, en la retaguardia del ejército imperial que defendía el Palacio de Clausura. Tras los gritos de guerra, lanzaron flechas incendiarias contra el Palacio. En esos momentos, el viento, que soplaba con fuerza, propagó el fuego por el Palacio, del que no tardaron en salir feroces llamas y una humareda que cubrió todo el cielo. El «Capitán tambor», que estaba al frente del ejército imperial, fue el primero en huir. Sus hombres, en total unos veinte mil, siguieron el ejemplo de su capitán. Tan precipitada fue su huida, que los que tomaban el arco para salir corriendo se olvidaban de las flechas y los que tomaban las flechas se olvidaban del arco. Otros empuñaban las alabardas al revés, con la punta hacia abajo, de suerte que se las clavaban en los pies. Otros llevaban mal los arcos, de modo que sus puntas se enredaban en mil obstáculos, lo que les

dificultaba la huida. Cuando llegaron por el oeste a Shichijō, pensaron que estarían tranquilos, pues esta avenida la protegía un destacamento de soldados de los Genji, de la provincia de Setsu, que se habían pasado al lado del Emperador. A éstos, sin embargo, se les había dado la siguiente señal: «cuando aparezcan los enemigos huyendo, estad listos para acabar con ellos». La gente de la ciudad se había situado en línea detrás de esos soldados y sobre las azoteas de sus casas habían amontonado a sus pies las piedras que sujetaban las ripias del tejado. Todos esperaban a los fugitivos.

Cuando aparecieron los que huían del Palacio, alguno de los de la ciudad, confundiéndoles con soldados de Kiso, dijo:

—¡Mirad! Ahí vienen ya los fugitivos.

Y empezaron a arrojarles piedras.

Pero alguien dijo:

—No os equivoquéis. Mirad, son los soldados que defienden la Corte Imperial.

Pero de nada sirvió, pues la gente seguía lanzando piedras y decía:

—No es verdad. ¡Matadlos, matadlos!

Algunos de los que huían descabalgaron y escaparon precipitadamente entre las casas; otros murieron lapidados.

Mientras, cuando se extendió la batalla por la parte oriental de Hachijō, defendida por los bonzos guerreros del monte Hiei, algunos de éstos murieron en batalla y conservaron su honor hasta el final; pero otros, que no conocían la honra, huyeron de sus puestos.

El maestro de ceremonias imperiales, Chikanari, iba vestido con traje de caza de color azul pálido, y llevaba sobre él una coraza atada con cordones de verde glauco. A lomos de un caballo rucio, huía hacia el norte del río Kamo. Pero Kanehira en persona se lanzó en su busca. Cuando lo tuvo a tiro, le disparó a galope una flecha que voló hasta atravesarle el cuello y salirle por la nuez. Al instante, Chikanari se desplomó en el suelo. De este Chikanari, hijo de Yorinari, la gente comentaba:

—No está bien visto que un erudito en letras clásicas como Chikanari lleve armadura y yelmo.

En cuanto al vicegobernador de la provincia de Shinano, Motokuni, que había traicionado a Kiso al declararse partidario de la Corte

Imperial, también fue asesinado. Cayeron igualmente muchos varones de alto rango en la Corte, como Tamekiyo, capitán medio de Oomi; Nobukiyo, gobernador de Echigo; Mitsunaga, gobernador de Hōki, y su hijo Mitsutsune. El capitán general Masakata, nieto del consejero mayor Sukekata, que había entrado en combate con armadura y el alto gorro lacado, fue capturado vivo por Kanemitsu.

El superior general de la escuela Tendai, el *daisōjō* Mei-un, y Enkei, también *daisōjō* de Onjō-ji, que se hallaban en el Palacio de Clausura, se vieron obligados a salir por las llamas y el negro humo y, a caballo, huyeron hacia el río. Pero tras ellos salieron unos guerreros de Kiso que les dispararon una lluvia de flechas. Alcanzados por ellas, cayeron de sus monturas y allí mismo fueron decapitados.

Se encontraba también en el Palacio el justicia mayor del tercer rango y gobernador de la provincia de Bungo, Yoritsuke. Cuando empezó a arder, huyó hacia el río. Pero un samurái de Kiso lo despojó de sus vestidos y lo dejó completamente desnudo en la orilla. Era la mañana del día diecinueve del mes undécimo y el viento que corría por el río debía de ser muy frío. Tenía un cuñado monje llamado Shōi. Un criado bonzo de éste, tras haber ido a curiosear durante el combate, acertó a pasar por el río y vio a Yoshisuke de pie y desnudo.

—¡Qué pena! —exclamó al verlo. Y se acercó corriendo para socorrerlo.

Este bonzo llevaba un doble kimono blanco de mangas cortas y, encima, el hábito de bonzo. Pudo haberle dejado a Yoshisuke el kimono y quedarse él con el hábito, pero lo hizo al revés: le dio el hábito y se quedó con el kimono. Como Yoshisuke se cubrió con el hábito la cabeza, le quedaba muy corto. Además, no se lo había atado por la cintura y no llevaba nada debajo. Por todo eso, su aspecto era muy gracioso. Guiado por el bonzo de blanco kimono, en lugar de dirigirse a un lugar determinado, Yoshisuke iba de acá por allá, haciendo preguntas como:

—¿De quién es esta casa? ¿Quién vive en ella? ¿Dónde estamos ahora?

La gente, al ver tan extraña pareja de monjes, no podía aguantar la risa y estallaba en carcajadas y batía las palmas.

El Emperador-monje, por su parte, se había subido a un palanquín y era trasladado a otro lugar. Pero los guerreros de Kiso no deja-

ban de disparar lluvias de flechas. El general Munenaga, de la provincia de Bungo, que le servía de escolta y que llevaba un traje de batalla de color marrón y el alto gorro de laca, gritaba:

—Es una comitiva imperial. No atentéis contra la dignidad imperial.

Entonces, los guerreros desmontaron y se inclinaron para mostrar sus respetos al Emperador-monje.

—¿Quién eres tú? —preguntó el Emperador a uno que se había adelantado.

—Majestad, soy Yukitsuna Yashima, natural de la provincia de Shinano.

Y, sin decir más, este samurái agarró el palanquín con sus manos y escoltó lealmente al Emperador hasta el Palacio de Gojō.

El Emperador-niño, Gotoba, se encontraba a bordo de una barca en el lago del Palacio de Clausura. Como los guerreros de Kiso no dejaban de tirar flechas contra la barca, el chambelán, Nobukiyo, y el gobernador de la provincia de Kī, Norimitsu, que estaban con el Emperador-niño, se pusieron a gritar desde la barca:

—¡Su Majestad, el Emperador reinante, está a bordo! ¡No le hagáis ningún daño!

De inmediato los guerreros bajaron de sus caballos y se postraron. Luego lo escoltaron hasta el Palacio de Kan-in. No hay palabras que describan la lástima que producía presenciar el avance de esa comitiva imperial.

CAPÍTULO XI

LA BATALLA DE HŌJŪ-JI

Uno de los miembros de la escolta del Emperador-monje era el gobernador de la provincia de Oomi, un hombre llamado Nakakane, quien con tan sólo cincuenta hombres protegía la puerta Oeste del templo de Hōjū. Entonces se presentó Kiso, de los Genji, y le preguntó:

—¿Se puede saber a quién proteges tras esa puerta luchando como luchas? Me han informado, en efecto, que tanto el Emperador-monje como el reinante ya se hallan lejos de aquí...

—En ese caso...

Con estas palabras, Nakakane picó espuelas y, seguido de sus hombres, se abalanzó contra las tropas del enemigo lanzando gritos de guerra. Combatió con ardor pero, a medida que se adentraba en las filas enemigas, sus hombres fueron cayendo hasta quedar reducidos solamente a ocho jinetes. Había entre esos un bonzo guerrero del clan de los Kasuka de Kawauchi. Su nombre era Kaga-bō y montaba un caballo bravío y robusto con pelaje rucio ceniza.

—Este animal es tan montaraz que no hay quien pueda con él —dijo el bonzo.

—En tal caso, toma mi caballo —le repuso Nakakane; y le cedió su caballo, que era de color castaño y cola blanca. Los ocho supervivientes se lanzaron entre alaridos de guerra contra los doscientos soldados que habían permanecido al acecho en Kawara-zaka, al lado del río. De los ocho, cinco fueron alcanzados por flechas enemigas; sólo tres permanecían con vida. Entre los que cayeron estaba el bonzo Kaga-bō, el que había cambiado de caballo alegando que era indomable.

Había entre los hombres de Nakakane un guerrero llamado Nakayori, quien en el fragor del combate había perdido de vista a su señor. Cuando vio que el caballo castaño de su señor volvía sin jinete, dijo a su criado:

—¿No es acaso ése el caballo de nuestro señor Nakakane? ¡Ah, eso significa que ha muerto! Habíamos jurado morir al mismo tiempo y en el mismo lugar. ¡Qué pena que nuestra promesa no se haya podido cumplir! ¿Sabes dónde estaba luchando mi señor?

—Debe haber estado luchando en Kawara-zaka, pues de ahí es de donde viene su caballo —contestó el criado.

—En tal caso —dijo Nakayori a su criado—, te ordeno que salgas del campo de batalla, te dirijas a casa y digas a mi familia que ha llegado mi fin.

Con esas palabras, Nakayori arremetió contra los enemigos. Con una voz atronadora exclamó:

—Me llamo Nakayori de Shinano, segundo hijo de Nakashige, el gobernador de la provincia de Shinano, y noveno descendiente del

príncipe Atsumi[22]. Tengo veintisiete años. ¿Quién de vosotros se atreve conmigo? ¡Que se adelante! ¡Yo lo reto!

Y moviéndose de un lado para otro, de derecha a izquierda, de delante a atrás, como una araña furiosa, consiguió matar a muchos enemigos hasta que, finalmente, también él encontró su fin. Mientras, Nakakane, ignorante de todo esto, huía al sur con su hermano Nakanobu, gobernador de Kawachi, y con un criado. Al llegar al monte Kohata adelantaron al regente, Motomichi, quien, por temor a que fueran soldados de Kiso, ordenó detener su carruaje y les preguntó:

—¿Quiénes sois vosotros?

—Yo soy Nakakane.

—Y yo Nakanobu.

—¿Es posible? —dijo aliviado al regente—. Había pensado que erais de los enemigos del norte. ¡Cuánto me alegro de vuestra llegada! Venid con nosotros y escoltadnos hasta la capital.

Los tres guerreros aceptaron la petición del regente con todo respeto y lo escoltaron hasta el palacio Fuke, en Uji. Luego, prosiguieron su fuga hasta llegar a la provincia de Kawachi.

El día siguiente, día veinte, Kiso, el capitán de los Establos de la Izquierda, bajó a la ribera del río Kamo para inspeccionar las cabezas cortadas la víspera y dispuestas en hilera. En total, había más de seiscientas treinta cabezas, entre ellas la del superior general de la escuela Tendai, el *daisōjō* Mei-un, y la del también *daisōjō* de Ninnan-ji, Enkei. No fueron pocos los que, al reconocer las cabezas decapitadas de esos venerables religiosos, derramaron lágrimas de compasión.

Los siete mil jinetes de las tropas de Kiso, con los caballos mirando a oriente, lanzaron tres veces seguidas sus gritos de guerra. El estruendo de sus voces hizo que la tierra retumbara. En la capital resonó el eco de sus gritos y la gente se estremeció por temor a que se avecinara otra guerra. Sin embargo, eran gritos de júbilo por la victoria alcanzada.

Naganori, consejero imperial e hijo del difunto consejero mayor, el novicio Shinzei, se presentó en el palacio de Gojō, donde estaba el Emperador-monje:

—Tengo algo que decir a Su Majestad. Dejadme pasar.

22 Hijo del emperador Uda (887-897).

Pero los guardias le negaron la entrada. Resignado, se retiró a una cabaña donde al momento se rasuró la cabeza y se atavió con un negro hábito. Con su nuevo aspecto volvió al palacio, y nuevamente rogó a los guardias de la puerta:

—Ahora que me he hecho monje, no me podéis poner ninguna excusa para prohibirme la entrada. Dejadme pasar.

Y le dejaron pasar. Cuando se presentó ante el Emperador-monje, Naganori empezó un detallado relato de todo lo ocurrido, mencionando el nombre de los caídos. Su Majestad no cesaba de derramar lágrimas.

—¡Ah! ¿Quién iba a imaginar que un hombre como el *daisōjō* Mei-un hallara una muerte tan indigna? Verdaderamente ha muerto por mí.

Entretanto, Kiso había reunido a sus fieles en una asamblea, donde les habló con estas palabras:

—Nadie sino yo, Minamoto Kiso no Jirō Yoshinaka, ha sido quien ha logrado tan resonante victoria contra la misma Corte Imperial. ¿Cuál será el siguiente paso? ¿Convertirme en Emperador? ¿Hacerme Emperador-monje? Si me convierto en Emperador, la idea de peinarme como un niño no me gusta nada[23]; y si me hago Emperador-monje, tampoco me atrae la idea de raparme la cabeza. Creo que lo mejor será que me haga canciller del Imperio.

Pero, Kakumei, su escribano, le dio este consejo:

—Señor, considere que la dignidad de canciller está reservada a la familia Fujiwara, que viene en línea directa de Fujiwara no Katamari. Y su señoría es de la familia de los Genji.

—En ese caso, nada podemos hacer —y se nombró capitán general del Imperio y gobernador de la provincia de Tamba.

Kiso ignoraba que cuando un emperador se tonsura, se convierte en Emperador-monje, y que cuando un emperador aún no ha llegado a la mayoría de edad, debe llevar el cabello peinado como un niño. De cualquier forma, se las arregló para tomar por esposa a la hija del anterior canciller, Fujiwara Motofusa, para convertirse así en su yerno.

El día veintitrés del mes undécimo de ese año (1183), cuarenta y nueve dignatarios de la Corte, entre ellos Tomokata, consejero medio de Sanjō, y otros ministros y miembros de la nobleza media y alta fue-

[23] En alusión al emperador reinante, Gotoba, que entonces era un niño.

ron despojados de sus cargos y títulos y posteriormente confinados. En los tiempos del gobierno de los Heike, las destituciones de los nobles no habían llegado a cuarenta y tres. Pero he aquí que ahora, con cuarenta y nueve destituciones, se superaba la iniquidad de los Heike.

Entretanto, Yoritomo, el antiguo alférez desterrado de Izu, desde su retiro en Kamakura les había ordenado a sus hermanos Noriyori y Yoshitsune que pusieran coto a los desmanes de Kiso. Los dos hermanos partieron, por lo tanto, a la capital. Durante su viaje, supieron que Kiso había incendiado el Palacio de Clausura y tomado prisionero al Emperador reinante y al Emperador-monje. Estas noticias, que habían sumido al Imperio en el caos y las tinieblas, hacían desaconsejable que entraran en la capital. Decidieron entonces escribir a su hermano Yoritomo, y darle detallada cuenta de todo esto. Se instalaron en la residencia del sacerdote principal del santuario de Atsuta, provincia de Owari, y allí se presentaron entonces dos guardias del Palacio imperial de Clausura, llamados Kintomo y Tokinari, que relataron a los dos hermanos todo lo que acababa de suceder en la Corte. Entonces les dijo Yoshitsune:

—Uno de vosotros, Kintomo, debe ir a Kamakura e informar de todo esto a Su Excelencia, nuestro hermano el señor Yoritomo. Los mensajeros que hemos enviado no conocen bien la situación y, si les hacen preguntas, pudieran sembrar en mi hermano la confusión y alimentar la incertidumbre.

Así pues, Kintomo partió a Kamakura. Todos sus criados, temerosos de la guerra, habían huido y sólo pudo llevarse consigo a su hijo, un muchacho de quince años llamado Kinmochi.

Cuando llegó a Kamakura e informó de la situación en la capital, Yoritomo se asustó sobremanera y dijo:

—Por la indiscreción de su comentario, ese «Capitán tambor» ha sido el causante del incendio del Palacio de Clausura. Ha sido un percance imperdonable que, como consecuencia, hayamos perdido a monjes tan santos como ésos. Es evidente que el «Capitán tambor» desobedeció el edicto. Si sigue al servicio del Emperador-monje, seguramente ocurrirá otra catástrofe.

Y envió de inmediato a un mensajero que partió a caballo a la capital para pedir al «Capitán tambor» que compareciera. Éste, ansioso

de ofrecer una explicación, salió de la capital y galopó día y noche hasta Kamakura. Pero Yoritomo entretanto había ordenado:

—Que no se reciba a ese ingrato. Debéis ignorarlo.

El capitán se presentaba todos los días en la mansión de Yoritomo, pero nunca fue recibido. Cansado de esperar y profundamente humillado, regresó a la capital. Se dijo de él que se había retirado a Inari y que, apartado del mundo, sostenía su efímera vida.

Mientras, Kiso había enviado a los Heike el siguiente mensaje:

—Volved a la capital. Unamos nuestras fuerzas y ataquemos juntos las provincias del este.

El primer ministro de los Heike, Munemori, recibió alborozado este mensaje, pero Tokitada, el consejero mayor, y Tomomori, el consejero medio, fueron más cautos y se opusieron con estas palabras:

—Aunque digan que el final de nuestro clan ha llegado y estemos pasando penalidades, no debemos volver a la capital a petición de un hombre como Kiso. Recordemos que seguimos teniendo con nosotros al Emperador reinante, Antoku, que, por su dignidad imperial, es señor de los Diez Preceptos del budismo y posee los Tres Sagrados Tesoros. Debes contestar a Kiso y exigirle que venga con el yelmo quitado y el arco desencordado a rendir homenaje al Emperador.

Tal fue la respuesta de los Heike, pero Kiso la ignoró. Al mismo tiempo, el anterior canciller, Motofusa, aconsejó a Kiso con estas palabras:

—Kiyomori era un hombre malvado que cometió todas las atrocidades posibles. Sin embargo, también realizó buenas obras y gracias a ellas fue capaz de mantener el Imperio en paz por espacio de más de veinte años. Es imposible gobernar el mundo cometiendo sólo atrocidades. Debes restituir a los nobles las dignidades de las que les has desposeído sin razón.

Aunque Kiso Yoshinaka era un hombre bárbaro e ignorante, siguió el consejo de Motofusa, su suegro, y restableció a los nobles en sus puestos.

Mientras, Moroie, hijo de Motofusa, que a la sazón no era más que capitán y consejero medio, fue elevado a la dignidad de ministro del Interior y regente gracias a la mediación de Kiso. El general de la Izquierda, Jittei, había tenido el cargo de ministro del Centro, pero tu-

vo que dimitir ante el nombramiento de Moroie. Fue así como desde entonces recibió el nombre de «ministro de alquiler».

El día diez del mes duodécimo del año (1183), el Emperador-monje salió de su palacio de Gojō y se trasladó al palacio de Nishi-no-tōin, la residencia de Naritada, mayordomo de la Casa Imperial. El día trece de ese mes, se celebraron las ceremonias de fin de año y las de concesión de títulos, nombrados al antojo y capricho de Kiso.

Los Heike seguían fuertes en las provincias del oeste, Yoritomo en las del este, y Kiso en la capital. Era una situación semejante a la ocurrida en las dinastías del primero y segundo Han, cuando Wang Mang[24] usurpó el trono y gobernó China por espacio de dieciocho años. Las cuatro puertas de las cuatro direcciones del Imperio chino fueron selladas y nadie podía entrar en la capital con los tributos y provisiones de las provincias. Tampoco se podían dar tributos personales, y tanto la nobleza como el pueblo se sentían como peces atrapados en un estanque donde cada vez hay menos agua.

Así, en medio de tal incertidumbre y angustia, pasó el tiempo, hasta que llegó el año tercero de la era de Juei.

[24] Wang Mang (45 a. C. - 25 d. C.) fundó la efímera dinastía de Hsin (9-25 d. C.), entre la primera y la segunda de Han. Es conocido en la historia de China como el «Usurpador».

LIBRO NOVENO

CAPÍTULO I

EL CABALLO *IKEZUKI*

El día uno del primer mes del tercer año de la era Juei (1184), el emperador-monje Goshirakawa tomó como residencia el palacio de Nishi-no-toin, propiedad de Naritada, mayordomo del Imperio. Como este palacio no reunía las condiciones propias de una residencia imperial ni las necesarias para celebrar dignamente el Año Nuevo, la Corte decidió suspender ese año la ceremonia de Felicitación del Año Nuevo y los ritos de las Felicitaciones Sencillas.

Los Heike, por su parte, pasaron la última noche del año en las playas de Yashima, provincia de Sanuki. Tampoco ellos pudieron celebrar las festividades de los tres primeros días de Año Nuevo. Pese a la presencia entre ellos del Emperador reinante, no tuvo lugar ni el banquete ni la ceremonia de las Cuatro Direcciones. Ni siquiera pudo celebrarse la tradicional ofrenda de la primera trucha del año, ni el concierto de los músicos de Kuzu, en Yoshino.

—Cierto que el mundo está preso de la inestabilidad y de la confusión, pero jamás habíamos soñado con pasar un Año Nuevo tan miserable como éste.

Comentarios tales corrían entre los Heike.

La brisa que soplaba por la costa traía vientos suaves; mientras, los rayos del sol cobraban una luz más brillante con el paso de los días. También para ellos llegaba la primavera. Sin embargo, su situa-

ción se asemejaba a la de aquel ave de la India, el ave Kankuchō[1], que mora en climas tropicales pero tiene el corazón encerrado en un hielo glacial. Con razón se dice que los tiernos brotes de los sauces situados en una y otra orilla de un río no crecen al mismo tiempo, y con justicia se piensa que las delicadas flores del ciruelo situadas al norte y al sur de las ramas de un mismo árbol no florecen al mismo tiempo. Gran tristeza les causaba a los Heike pasar los largos días de la primavera hablando y recordando aquellos momentos felices de sus vidas en la capital, cuando veían florecer el melocotonero o brillar la hermosa luna de una noche, o cuando se entregaban al placer de recitar poemas o de tocar instrumentos, o cuando jugaban a la pelota o competían con el tiro al arco, o cuando dibujaban en los abanicos o se entretenían en distinguir plantas o insectos.

El día once del primer mes, Kiso, el capitán mayor de los Establos imperiales de la Izquierda, se presentó ante la residencia imperial y comunicó al Emperador-monje su intención de emprender el camino del oeste para someter a los Heike. Pero dos días después, cuando en la capital no se hablaba más de su inminente partida, llegaron noticias de que Yoritomo, el antiguo desterrado de Izu, había despachado a la capital varias decenas de miles de soldados a caballo con el objeto de poner fin a los abusos de autoridad de Kiso. Este ejército ya había entrado en las provincias de Mino y de Ise. Sorprendido por la noticia, Kiso se decidió a preparar las tropas para la defensa de la capital y ordenó retirar las tablas de los puentes de Seta y de Uji. Pero no le quedaban muchos soldados, puesto que ya había enviado tropas contra los Heike. Kiso pusó a Kanehira al mando de ochocientos jinetes en el puente de Seta, el primero que asaltarían los hombres de Yoritomo. Al puente de Uji envió a Nishina, Takanashi y Yamada no Jirō, al mando de quinientos hombres a caballo. También envió a su propio tío, Yoshinori, al mando de trescientos jinetes, en dirección a Imoarai.

Por su parte, Yoritomo, el antiguo desterrado de Izu, había ordenado a su hermano Noriyori que dirigiera las fuerzas de ataque, mien-

[1] Según la leyenda, se trata de un ave que habita en las cumbres de los Himalayas. Por las noches sufre el frío glacial y decide construir un nido al día siguiente. Pero durante el día olvida el sufrimiento de la noche anterior y, así, pasa los días y las noches, sin construir el nido.

tras que había encomendado la retaguardia a su otro hermano, Yoshitsune, el joven general. Sus tropas sumaban alrededor de sesenta mil jinetes mandados por unos treinta señores de la guerra.

Por entonces, Yoritomo tenía en propiedad dos magníficos caballos llamados *Ikezuki* y *Surusumi*. Antes de partir, uno de sus samuráis de confianza, Kajiwara Kagesue, le había pedido con insistencia a *Ikezuki* para llevárselo a la guerra, pero Yoritomo le contestó:

—Prefiero darte a *Surusumi*, que es también un buen caballo. Quiero que *Ikezuki* se quede aquí por si yo tengo que montarlo armado.

Y le dio a *Surusumi*. Después, cuando otro de sus samuráis, Sasaki Takatsuna, se presentó para despedirse, Yoritomo, por alguna razón que nadie sabe, le dijo:

—Son muchos los que desean este caballo, pero quiero que seas tú quien lo tenga —y le entregó a *Ikezuki*.

Entonces Takatsuna, con todo respeto, le habló con estas palabras:

—Excelencia, os prometo que con tal caballo seré el primero en pasar el río Uji. Si le llegan a Su Excelencia noticias de que he muerto en el intento, debe saber que alguien se me adelantó. Y si le llegan noticias de que sigo con vida, es que conseguí ser el primero —y se retiró.

—¡Atrevido comentario! —susurraron los otros señores, principales y menores, que estaban presentes.

Todos partieron de Kamakura. Unos tomaron la ruta de Ashigara y otros la de Hakone. Todos albergaban la idea de caer sobre la capital, pero cada uno de ellos tenía su propio plan de ataque. Kagesue, a lomos del espléndido *Surusumi*, se subió al lugar más alto del paraje de Ukishima-ga-hara, en la provincia de Suruga, y, tras detener su caballo, recorrió con la mirada los caballos de sus compañeros. Cada uno llevaba la montura aparejada de distinta manera, con baticolas de diversos colores y con las bridas, que pasaban por un lado o por los dos de los belfos del caballo. Desde su posición podía divisar decenas de miles de caballos. Viendo esa serie interminable de animales, Kagesue se sentía ufano porque sabía que ninguno superaba a su corcel. Pero, de repente, sus ojos cayeron sobre un caballo que se asemejaba a *Ikezuki*. Su montura estaba engastada en oro y de su baticola colgaban flecos de adorno. Por el belfo echaba espuma blanca mientras va-

rios pajes intentaban calmarlo. El animal estaba encabritado y nadie podía controlarlo. Kagesue se acercó presto y preguntó:

—¿De quién es ese caballo?

—Ese caballo es del señor Takatsuna.

Kagesue dijo entonces por lo bajo:

—¡Esto es humillante! ¿Cómo es posible que mi señor Yoritomo me haya hecho este desprecio dando su mejor caballo a Takatsuna? ¿Acaso no lo he servido yo tan bien como él? Mi idea era morir por mi señor combatiendo contra Kiso y sus famosos cuatro generales; y si no, ir a las provincias del oeste y allí luchar hasta morir contra los guerreros de Heike, de los que se dice que cada uno lucha como mil hombres. Pero después de esta afrenta, a quien voy a hacer la guerra será a Takatsuna. Así, Yoritomo va a perder a dos valientes guerreros.

Con este propósito, Kagesue se apostó para esperar a Takatsuna. Cuando, ignorante de todo, apareció sobre su caballo, Kagesue vaciló entre lanzarse contra él de lado y derribarlo de su montura o atacarlo de frente. Pero, antes de nada, decidió dirigirle la palabra:

—Me han dicho que te han dado a *Ikezuki*.

Takatsuna recordaba que Kagesue también había deseado este caballo y le respondió:

—Bueno, sobre eso precisamente quería confesarte algo. En esta campaña sabía que íbamos a dirigirnos a la capital y suponía que el enemigo iba a retirar las tablas del puente del río Uji y Seta. Me pareció entonces que iba a necesitar un caballo como *Ikezuki*, capaz como ningún otro de cruzar el río. Cuando me dijeron que tú se lo habías pedido a Su Excelencia y no te lo había concedido, pensé que a mí también, y con más razón, habría de negármelo. Después de pensarlo varios días, decidí hacerme con él sin importarme el riesgo que pudiera correr. El alba de la víspera de nuestra partida me puse de acuerdo con mis criados y robamos el caballo que Su Excelencia guardaba celosamente en sus establos como un tesoro. Montado en él, como me ves, me dirijo ahora a la capital. ¿Qué te parece la historia?

La ira de Kagesue se esfumó como por ensalmo al escuchar esta historia. Y exclamó:

—¡Qué lástima! Yo también podría haber hecho lo que tú.

Y se alejó riendo a carcajadas.

CAPÍTULO II

EL RÍO UJI

El caballo de Takatsuna era un zaíno oscuro, robusto y fuerte. No permitía que ningún otro caballo o ser humano que no fuera su dueño se le acercara, pudiendo en cualquier momento abalanzarse sobre ellos para morderlos. Por eso le pusieron el nombre de *Ikezuki,* que significa «el que come todo lo que vive». Era un animal que al cuello medía cuatro *shaku* y ocho *sun*[2]. *Surusumi,* el otro caballo entregado por Yoritomo a Kagesue, era igualmente un animal robusto y animoso, y de pelaje mohíno, por eso tenía el nombre de *Surusumi,* que significa «tinta negra». Los dos animales eran caballos magníficos y sin tacha.

En la provincia de Owari, las fuerzas de Yoritomo, el antiguo desterrado de Izu, se habían dividido en dos ejércitos, uno de vanguardia y otro de retaguardia. El capitán del primero era Noriyori. Entre sus guerreros principales se contaban los samuráis Takeda Nobuyoshi, Kagami Tōmitsu, Ichijō Tadayori, Itagaki Kanenobu, Inage Shigenari, Hangae Shigetomo, Kumagae Noazane e Inomata Noritsuna. En total, treinta y cinco mil hombres a caballo que no tardaron en llegar a Noji y Shinohara, en la provincia de Oomi.

En cuanto al ejército de retaguardia, lo comandaba Yoshitsune, el joven general, y entre sus samuráis principales se contaban Yasuda Yoshisada, Ouchi Koreyoshi, Hatakeyama Shigetada, Kajiwara Kagesue, Sasaki Takatsuna, Kayusa Arisue, Shibuya Shigesuke y Hirayama Shigesue. En total, veinticinco mil jinetes que, después de atravesar la provincia de Iga, se reunieron en el puente del río Uji.

Como era de esperar, las tablas de los puentes de Uji y de Seta habían sido arrancadas por los hombres de Kiso que, además, habían clavado en el lecho del río afiladas estacas atadas entre sí por cuerdas

[2] 1 *shaku* = 30,30 cm; 1 *sun* = 3,03 cm.

y redes. Había pasado el día veinte del primer mes del año y la nieve, que había cubierto como siempre los montes de Takane, en Hira, y de Shiga y Nagarayama, ya había desaparecido. El hielo de los valles se había derretido, por lo que había aumentado de forma considerable el caudal de los ríos. Las aguas crecidas se agitaban con olas blancas y encrespadas y la veloz corriente se precipitaba río abajo, resonando con el estruendo de una catarata. Había remolinos en las aguas y muchos rápidos y torrenteras. La noche de aquel día se iba disipando lentamente, pero el cejo, asentado sobre el río, impedía con su bruma distinguir el color de un caballo o de una armadura.

Al frente de su ejército, Yoshitsune, el joven general, estaba de pie en la orilla del río y contemplaba la superficie de sus crecidas aguas. Deseando probar el corazón de sus hombres, preguntó:

—¿Qué podemos hacer? Las aguas bajan crecidas... ¿Será mejor seguir hacia Yodo e Imorai? ¿O tal vez es preferible esperar a que baje el nivel del agua?

Entonces, Shigetada, que a la sazón contaba veintiún años, se adelantó para responderle:

—Señor, ya hemos hablado mucho sobre este río en Kamakura. Si tuviéramos ante nosotros un mar o un río desconocido, no podríamos hacer nada. Pero conocemos bien este río Uji. Nace en el lago Biwa y sabemos que, por mucho que esperemos, su nivel no va a bajar. Además, ¿quién va a ponerse ahora a construir un puente con esta crecida? En la batalla que se libró aquí en la era de Jishō, Ashikaga Tadatsuna, con su fuerza sobrenatural, fue capaz de cruzarlo. Déjeme su señoría que yo, Shigetada, lo intente.

Shigetada y quinientos jinetes del clan Tan estaban situados en fila en la orilla del río y tiraban del freno de sus monturas. Entonces vieron a dos guerreros que venían a galope tendido desde Tachibana-no-kojima en dirección del templo de Byōdō-in. Se trataba de Kagesue y de Takatsuna. Para aquellos que los veían correr, parecían dos compañeros que cabalgaran juntos, pero en realidad competían por ver quién sería el primero en vadear el río. Kagesue le llevaba una ventaja de casi cuatro cuellos cuando Takatsuna le gritó:

—Estamos ante el río más caudaloso de las regiones del este. ¡Cuidado! Veo que tu silla está floja. ¡Átala bien!

Kagesue le hizo caso. Aflojó los estribos de derecha a izquierda, pasó las riendas por encima de las crines de su caballo y volvió a atar con fuerza las correas de su montura. Mientras, Takatsuna lo adelantó y se metió en el río con su caballo. Enseguida Kagesue comprendió que había sido engañado.

—¡Takatsuna, ya sé que estás ansioso de gloria y de ser un héroe! —le gritó—. Pero, ten cuidado. Seguramente en el fondo del río hay cuerdas.

Takatsuna desenvainó su espada y se puso a cortar de una en una las cuerdas que, efectivamente, había en el río y que trababan las patas de su caballo. Pero iba a lomos del famoso *Ikezuki*, el mejor caballo de Japón; por eso, no le afectó el torrente de las crecidas aguas del Uji y pudo cruzarlo en línea recta y alcanzar la otra orilla. En cambio, el otro caballo, *Surusumi*, fue arrastrado por la corriente como una flecha de bambú cuando cae sobre las aguas. Sólo río abajo pudo alcanzar la otra orilla.

Takatsuna, ya en la otra orilla y en territorio enemigo, se enderezó sobre los estribos y gritó con voz de trueno:

—Soy Sasaki no Shirō Takatsuna, en primera línea de batalla, cuarto vástago de Sasaki no Saburō Hideyoshi, descendiente en novena generación del emperador Uda. Quien se atreva conmigo, que se presente ante mí.

Y se lanzó al ataque con gritos de guerra.

Mientras, Shigetada ya había empezado a vadear el río con los quinientos jinetes que lo seguían. Pero su caballo fue alcanzado en la frente por una flecha disparada desde la otra orilla por Yamada. La fuerza del impacto aturdió al animal. Shigetada echó pie a tierra y empleó la punta de su arco como bastón para continuar avanzando por el río. El agua que azotaba las rocas también le golpeaba las orejeras de su yelmo, pero Shigetada no se inmutó y siguió avanzando. Tuvo que bucear en el fondo del río y por fin llegó a la otra orilla. Cuando se disponía a ponerse de pie, sintió que alguien lo agarraba por detrás.

—¿Quién eres? —preguntó Shigetada.

—Shigechika —contestó el desconocido.

—¿Cómo? ¿De los Ookushi? —volvió a preguntar Shigetada, que deseaba asegurarse, pues los de ese clan eran ahijados de su familia.

—Sí, señor —repuso este Ookushi—. La corriente era tan rápida que perdí mi caballo. Y, sin saber qué hacer, lo he venido siguiendo a través del río.

—Vosotros siempre esperáis que os salve alguien como yo, ¿verdad?

Y con estas palabras, agarró a Ookushi y lo lanzó a lo alto del ribazo. Ookushi se puso de pie enseguida y dio su nombre completo:

—Soy Ookushi no Jirō Shigechika, natural de la provincia de Musashi. Estoy en primera línea de batalla.

Al oír esto, tanto los enemigos como los compañeros se echaron a reír.

Shigetada, que se montó en un nuevo caballo, vestía un traje de batalla de color amarillo con dibujos de peces sobre el que llevaba una coraza anudada con cordones de color escarlata. Montaba entonces un tordo rodado y se sentaba sobre una silla engastada en oro. Cuando tuvo enfrente a su primer enemigo, dijo:

—Quien se acerque a mí, que se identifique.

—Nagase no Hangan Shigetsuna, criado del señor Kiso, el capitán mayor de los Establos Imperiales.

—Pues tu cabeza será mi primera ofrenda de hoy al dios de la guerra —dijo Shigetada.

Arrimó su caballo al de su enemigo y se abalanzó contra él. Lo tiró al suelo, lo agarró por la cabeza y, ¡tras![3], le partió el cuello. Después le cortó la cabeza y se la entregó a uno de sus criados, llamado Chikatsune, para que la colgara de su silla de montar como triunfo de guerra.

Así empezaron los primeros lances de un combate que se iba haciendo más y más cruento. Durante un tiempo, las tropas de Kiso consiguieron defender el paso del río, pero la ofensiva del superior ejército enemigo, procedente del este, acabó por desbaratar sus defensas y les obligó a replegarse, totalmente derrotados, a las montañas de Kohata y Fushimi.

[3] En consonancia con el realismo de las descripciones que se reproduce también en el verismo léxico, se utiliza aquí *kukut*, término onomatopéyico japonés empleado para torcer el cuello del enemigo. Véase en la Introducción el apartado «Lenguaje y estilo».

En el otro frente, las tropas de Kiso que protegían el puente de Seta fueron también derrotadas por las fuerzas del ejército de vanguardia de Noriyori. Uno de los estrategas de estas fuerzas, Inage Shigenari, había hecho posible vadear el río en Kugo, cerca de Tanakami[4].

CAPÍTULO III

LA BATALLA DE LA RIBERA

Después de la derrota del ejército de Kiso, el capitán mayor de los Establos, fue despachado un mensajero a Yoritomo con noticias de la batalla. Pero Yoritomo, el antiguo alférez desterrado de Izu, lo primero que hizo cuando tuvo delante al emisario fue preguntar:

—¿Qué me dices de Takatsuna?

—Fue el primero en cruzar el Uji, señor.

Yoritomo desenrolló el mensaje y leyó: «Sasaki Takatsuna vadeó el río Uji en primer lugar; Kajiwara Kagesue en segundo».

Cuando le llegaron al capitán mayor Kiso Yoshinaka, que seguía en la capital, las noticias de la derrota de sus tropas en Uji y en Seta, decidió ir al Palacio de Clausura para despedirse. Dentro del palacio, el Emperador-monje y los cortesanos de la nobleza media y alta, presos del terror, juntaban las manos temblorosas, rezaban a los dioses con todo tipo de súplicas y se lamentaban diciendo:

—¿Qué podremos hacer en este mundo que se acaba?

Kiso se acercaba a las puertas del palacio cuando supo que el ejército del este ya había llegado al río Kamo. Decidió entonces dar la vuelta apresuradamente y alejarse del palacio, sin llegar a hablar con Goshirakawa. Pero donde sus pasos lo llevaron fue al barrio de Rokujō Takakura, a la casa de una dama con quien había intimado en los últimos días. Se quedó con ella un largo rato, tal vez presintiendo que

[4] Al sur de la actual ciudad de Ootsu, en la prefectura de Shiga.

iba a ser su último encuentro. Tanto tiempo pasó con ella que uno de sus criados, el samurái Iemitsu, de Echigo, se impacientó y le dijo:

–¿Cómo puede mi señor estar tan tranquilo en la situación en que nos encontramos? Los enemigos han llegado ya al río Kamo y si nos quedamos aquí moriremos como perros.

Pero tampoco a este ruego reaccionó Kiso. Iemitsu dijo entonces:

–Si mi señor no desea atender mi consejo, yo me iré antes y lo esperaré en la colina de la muerte[5].

Como protesta, sacó su espada: allí mismo se abrió el vientre y murió enseguida. El suicidio de su criado hizo por fin reaccionar a Kiso, que habló así:

–La muerte de mi fiel Iemitsu ha despertado verdaderamente mi espíritu.

Rápidamente abandonó a la mujer y se puso en marcha.

El total de los hombres de Kiso, mandados por Hirozumi, de la provincia de Kōzuke, no superaba los cien. Cuando llegaron al río Kamo, en Rokujō, vieron una avanzadilla del ejército de Yoritomo compuesta por unos treinta jinetes. De este grupo se habían adelantado dos, Korehiro y Arinao.

–¿No haríamos mejor en esperar a los demás antes de atacarlos? –preguntó Korehiro.

–Los enemigos ya han sido derrotados y seguramente están desmoralizados. ¡Ataquemos ahora! –le contestó Arinao.

Con atronadores gritos, los dos guerreros embistieron a las fuerzas de Kiso. El combate fue encarnizado y Kiso luchó como si fuera su última batalla. También sus soldados lucharon con denuedo y ferocidad.

Entretanto, Yoshitsune, el joven general, dejó que sus hombres lucharan, y él, junto a cinco o seis jinetes bien armados, se dirigió al Palacio de Clausura. Estaba preocupado por el Emperador-monje y rezaba por su seguridad. Dentro del palacio, el mayordomo de la Casa Imperial, Naritada, subido en lo alto del muro de la fachada este del palacio, divisaba lleno de miedo el desarrollo de las escaramuzas y

[5] Literalmente, en el «viaje de la muerte» o *shide*. En el budismo japonés se cree que los muertos, acosados por los carceleros de los infiernos, atraviesan esa colina a los siete días de morir.

combates. Cuando vio cómo se acercaban al palacio cinco o seis soldados que cabalgaban a trote con los blancos pendones izados y dejaban tras de sí una estela de espeso polvo negro, se puso a temblar. Llevaban los yelmos colgados sobre la espalda, como si acabaran de salir de una feroz batalla, y las mangas del brazo izquierdo, que sujetaba el arco, ondeaban al viento. Asustado, Naritada exclamó:

—¡Ay, que otra vez viene Kiso! ¿Qué podemos hacer?

—¡Esta vez sí que ha llegado el final para nosotros! —se lamentaban el Emperador-monje y sus sirvientes.

Pero nuevamente les llegó aviso de Naritada:

—¡No, no! Los soldados que se acercan llevan insignias diferentes en sus yelmos. ¡Son los guerreros del este los que hoy están llegando a la capital!

No había llegado aún este mensaje de Naritada, cuando Yoshitsune, el joven general, estaba ya a la puerta. Desmontó y en voz bien alta anunció:

—¡Ha llegado del este Kurō Yoshitune, hermano de Yoritomo, el antiguo alférez de la Guardia Imperial! ¡Abrid la puerta!

El mayordomo sintió tanta alegría que saltó precipitadamente del muro. Cayó de mala manera al suelo y se lastimó la cadera. Pero el entusiasmo por la noticia era tan grande, que el dolor de la cadera se confundía con el júbilo del corazón y, a gatas, pudo arrastrarse ante el Emperador-monje y dar la buena nueva. El Emperador-monje se alegró sobremanera con la llegada de Yoshitsune y ordenó que abrieran las puertas.

Ese día, el joven general Yoshitsune iba vestido con un traje de batalla de brocado rojo y encima llevaba una armadura con cordones morados. El barboquejo de su yelmo con cuernos iba bien sujeto por debajo de su barbilla. Llevaba la espada enfundada en una vaina engastada de oro, las flechas de pluma de águila eran blancas y negras, y su arco estaba forrado con tiras de mimbre lacado de color rojo. Enroscada en un extremo del arco, una cinta de papel de un *sun* de ancho indicaba que era el capitán de la batalla ese día. Todo esto lo observaba el Emperador-monje tras la celosía de su estancia. Y comentó:

—Son jóvenes y serios. Que digan sus nombres.

Todos los señores de la guerra dieron sus nombres: en primer lugar, Yoshitsune, general del ejército, Yoshisada, Shigetada, Kagesue,

Takatsuna y Shigesuke. Los seis guerreros, pese a llevar distintas armaduras, eran iguales en espíritu y en valor.

Naritada, el mayordomo, de acuerdo con las órdenes del Emperador-monje, les dijo que pasaran al patio y se sentaran al lado de la galería, desde donde Su Majestad tendría mucho gusto de oír de sus labios los detalles de la guerra. Yoshitsune, sin perder la postura de respeto, empezó a hablar así:

—Mi señor Yoritomo se sorprendió mucho de la traición de Kiso y por eso despachó a sus principales guerreros, entre ellos a Noriyori y a mí, al frente de sesenta mil hombres a la capital para castigarlo. Noriyori ha combatido en Seta, pero todavía no ha llegado. Yo he doblegado la resistencia en el puente de Uji y luego he venido directamente hacia aquí, con la intención de proteger a Su Majestad. Kiso ha huido por el río. He ordenado a mis hombres que lo persigan. Creo que ya lo habrán alcanzado y matado.

Así de claro habló Yoshitsune. Sus palabras agradaron al Emperador-monje, que dijo:

—Vuestra actitud es admirable. Es posible que los soldados de Kiso cometan alguna violencia en cualquier momento. Desearía que este palacio estuviera bien protegido.

Yoshitsune recibió esta orden con sumo respeto y de inmediato dispuso la protección del palacio. Mandó que llamaran a más soldados y colocó guardias en las puertas de las cuatro direcciones. Muy pronto los muros del Palacio de Clausura quedaron protegidos por unos diez mil jinetes.

Por su parte, Kiso, el capitán de los Establos, había concebido el plan de secuestrar al Emperador-monje y llevarlo a las regiones del oeste, donde estaban los Heike. Allí haría una alianza con ellos. Para secuestrar a Goshirakawa había formado un grupo de veinte soldados valientes. Pero cuando supo que Yoshitsune, el joven general, se le había adelantado y tenía bien custodiado el palacio, cambió de plan. Decidió entonces adentrarse entre los diez mil hombres de sus enemigos para plantar batalla. Una y otra vez estuvo a punto de caer, pero siempre esquivaba los golpes de sus enemigos y avanzaba más y más a caballo entre las filas hostiles.

—¡Ah! Si hubiera sabido esto, no habría enviado a mi fiel Kanehira a Seta —decía Kiso con lágrimas en los ojos—. De niños juramos morir

juntos. ¡Qué triste tener que morir separados uno de otro! ¡Cómo me gustaría saber qué ha sido de él!

Se dirigió hacia el norte, desde Rokujō a Sanjō, por el río Kamo. Pero los enemigos lo perseguían con saña. Cada vez que lo atacaban, era capaz, con unos pocos acompañantes, de hacerlos retroceder, pese a que los enemigos lo rodeaban como la niebla. Así, Kiso logró cruzar el río Kamo y llegar a Matsuzaka y Awataguchi.

Un año antes había salido de Shinano al frente de cincuenta mil hombres. Pero hoy se veía convertido en un fugitivo que huía de la capital por Shinomiya-gawa con sólo siete hombres. Daba lástima verlo así, huyendo e invadido por el sentimiento de tristeza en un viaje que acababa de emprender hacia una muerte cierta.

CAPÍTULO IV

LA MUERTE DE KISO

Kiso Yoshinaka, el capitán mayor de los Establos, se había traído de Shinano a dos bellas mujeres llamadas Tomoe y Yamabuki. La segunda cayó enferma y se había quedado en la capital. Tomoe, en cambio, lo acompañaba y se contaba entre los siete jinetes que huían con él. Esta mujer era de extremada hermosura, blanquísima tez y larga cabellera, además de ser una guerrera valiente y capaz de manejar un arco poderoso. Tanto en combates de caballería como de infantería destacaba como un guerrero igual a mil. Con una espada en la mano podía enfrentarse a cualquiera de los demonios y dioses; y, con su caballo, que era bronco, podía descender por las cuestas más escarpadas. Cuando combatían juntos, Kiso le ordenaba llevar una armadura metálica, portar una gran espada y flechas para arcos poderosos. Fueron muchas las batallas en las que esta amazona se cubrió de gloria. También en esta ocasión había conseguido conservar su vida y estaba entre los supervivientes que escapaban junto a Kiso.

Sus perseguidores pensaban que Kiso tomaría la ruta de Tamba por Nagasaka o que atravesaría el paso de Ryūge hacia el norte. Pero no fue así, pues deseaba a toda costa saber qué había sido de Kanehira. Por eso, se encaminaba hacia el río Seta.

Por su parte, Kanehira, que había defendido el paso del río con ochocientos hombres a caballo, tuvo que ceder y sus fuerzas quedaron reducidas a solamente cincuenta hombres. Preocupado por la suerte de su señor, mandó recoger los pendones y retirarse a la capital. En el camino, sin embargo, quiso la suerte que se cruzara con él. A la distancia de un *chō,* se reconocieron y cabalgaron para encontrarse. Tomándolo de las manos, Kiso dijo a Kanehira:

–A fe mía que estaba dispuesto a morir en las orillas del río Kamo, en Rokujō. Pero te echaba tanto de menos que decidí atravesar las filas enemigas y venir en tu busca.

Kanehira le respondió:

–Vuestra preocupación por mí me honra mucho, señor. También yo estaba listo para morir en Seta, pero deseé regresar para saber qué había pasado con mi señor.

Luego habló Kiso:

–Ya veo que nuestro juramento de perecer juntos no se lo ha llevado el viento. Mis tropas han sido empujadas por los enemigos y seguramente están diseminadas por estos alrededores. ¡Alza todos los pendones para que nos vean!

Kanehira izó las banderas. Los soldados que vagaban fugitivos de la capital y los que se habían retirado de Seta, cuando divisaron las banderas, acudieron donde estaban Kiso y Kanehira. No tardaron en reunirse unos trescientos jinetes. Satisfecho, Kiso gritó:

–Con todos los que ahora somos ¿cómo no vamos a salir al campo y librar nuestra última batalla?

Luego dijo:

–¡Mirad allí! ¿Quiénes son aquellos enemigos que forman aquel grupo?

–He oído decir que es un batallón de Tadayori, señor –repuso uno de sus hombres.

–¿Cuántos son? –preguntó Kiso.

–Me han informado que unos seis mil jinetes, señor.

—Bien, me parece un digno número de enemigos. Como he de morir, más me vale hacerlo ante un enemigo digno y acabar mi vida con honra luchando contra un poderoso ejército.

Tras decir estas palabras, picó espuelas y se lanzó antes que nadie contra sus enemigos.

Ese día, Kiso, el capitán de los Establos, iba vestido con una armadura atada con cordones de seda de damasco sobre un traje de batalla de rojo brocado. Su yelmo con dorados cuernos llevaba el barboquejo bien sujeto. Su espada era desmesuradamente grande, y las pocas flechas que le quedaban tras los combates de ese día iban dentro de una alta aljaba y su arco era de bambú forrado de tiras de mimbre. En cuanto a su montura, era un rucio robusto y fuerte conocido con el nombre de *Oniashige* o «demonio gris». Su silla estaba engastada en oro. Bien apoyado en los estribos y poniéndose en pie sobre ellos, se nombró gritando:

—Mucho habréis oído de mí. Ante vuestros ojos tenéis a Minamoto Kiso Yoshinaka, gobernador de la provincia de Iyo, general del Sol Naciente y actual capitán mayor de los Establos Imperiales de la Izquierda. Me han dicho que vuestro capitán es Kai no Ichijō Jirō Tadayori. Somos dos enemigos honrosos el uno para el otro. ¡Vamos! ¡Ven a por mí, Tadayori! ¡Intenta matarme y llevar mi cabeza a Yoritomo!

Con esta declaración a gritos, embistió a sus enemigos.

Tadayori, que había sido desafiado, gritaba a sus hombres:

—Quien acaba de nombrarse es el capitán de los enemigos. ¡Que no escape! ¡No lo dejéis vivo! ¡A por él!

Los trescientos hombres de Kiso ya se habían lanzado también contra los seis mil jinetes de Tadayori. Se movían de un lado a otro, de adelante para atrás y de atrás para adelante, en las cuatro direcciones, como feroces arañas. Después de romper el primer cerco, quedaron sobre el campo solamente cincuenta. Siguieron avanzando y se lanzaron contra otro batallón de dos mil hombres mandado por Sanehira. Después contra otro de cuatrocientos o quinientos jinetes, después contra otro de doscientos o trescientos, de ciento cuarenta o ciento cincuenta, y otro de cien. Y no paraban en ningún momento de acometer y luchar. Entonces se miraron y vieron que sólo quedaban cinco. Entre ellos estaba la amazona Tomoe. Kiso la llamó a su lado y le dijo:

—Eres una mujer. Debes aprovechar este momento y huir ahora mismo. Yo seguiré luchando hasta morir. Si me hieren, me quitaré la vida. Sería una deshonra que dijeran que Kiso iba acompañado de una mujer en su último combate.

Pero Tomoe se negaba enérgicamente a abandonarlo. Finalmente se dejó convencer y obedeció a su señor. Mientras se alejaba dijo:

—¡Ay, cómo me gustaría enfrentarme a un enemigo honroso! Así le mostraría a mi señor cómo lucho en mi último combate...

Con estas palabras se quedó esperando. Apareció entonces Moroshige, de Musashi, un samurái famoso por su fuerza. Lo acompañaban treinta de sus hombres. De repente, Tomoe se lanzó contra él, puso su caballo a la par del caballo de Moroshige, lo agarró y lo tiró contra el pomo de la silla de montar. Rápidamente, sin darle tiempo a reaccionar, sacó su espada y le cortó la cabeza. Después, Tomoe se despojó de la armadura y el yelmo, y, a galope tendido, huyó hacia las provincias del este.

Entre los hombres que permanecían junto a Kiso estaba Tezuka no Tarō, que acabó allí su vida, y su tío, Tezuka no Bettō, que pudo huir. Sólo le quedaba Kanehira. Cuando se vieron solos, Kiso dijo estas palabras:

—Esta armadura que jamás me ha pesado, hoy me oprime.

Le contestó Kanehira:

—Sin embargo, mi señor no parece cansado ni su caballo debilitado. ¿Cómo entonces puede pareceros pesada la armadura? Tal vez sea porque ya no os queda ningún hombre y estáis desanimado. Pero, señor, no olvidéis que me tenéis a mí, Kanehira, que valgo por mil guerreros. Aún me quedan siete u ocho flechas; así que, de momento, podremos seguir defendiéndonos. Con estas flechas puedo cubriros la retirada, señor, al pinar de Awazu, donde podréis quitaros honrosamente la vida.

En esto aparecieron unos cincuenta jinetes enemigos.

—Id al pinar mientras yo los entretengo, señor.

Pero Kiso no estaba de acuerdo.

—Tenía que haber puesto fin a mi vida en la capital. Si he escapado hasta aquí es porque deseaba que compartiéramos nuestro destino. En lugar de morir en distintos lugares, acabemos con nuestras vidas en el mismo sitio.

Con estas palabras hizo girar a su caballo y lo colocó al lado del de Kanehira, hocico con hocico. Pero Kanehira echó pie a tierra y, agarrando los belfos del caballo de su señor, le habló así:

—Señor, sería una deshonra que un guerrero que tantas hazañas ha realizado en su vida falle en el último momento. Vuestro cuerpo está débil y no tenemos apoyo de nadie. Sería una afrenta que estos enemigos, unos simples soldados, se jactaran de haber capturado vivo y matado a Kiso Yoshinaka, el famoso guerrero de Japón. Os ruego, señor, que os vayáis al pinar.

—Bien, en tal caso... —y picó espuelas hacia el pinar.

Kanehira, él solo, se encaró con los enemigos y, erguido sobre los estribos, se nombró con voz rugiente:

—Seguro que lo sabéis por los rumores. Ahora lo comprobaréis con vuestros propios ojos. Ante vosotros está Imai no Shirō Kanehira, de treinta y tres años de edad, hermano de leche del señor Kiso, el gran capitán mayor de los Establos Imperiales. Seguro que vuestro señor, Yoritomo, también conoce mi nombre. ¡Vamos, venid a matarme! ¡Matadme y llevadle mi cabeza a vuestro señor!

Con estas palabras, se puso a disparar las flechas que le quedaban. Ocho flechas tiró y a ocho enemigos alcanzó, aunque no se sabe si quedaron muertos o malheridos. Luego, desenvainó su espada y se metió entre ellos. Ninguno osaba acercarse a él. La mayoría prefería esperar y decir:

—¡Vamos, disparadle!

Lo rodearon y le dispararon una lluvia de flechas, pero, como llevaba una armadura de duro hierro, ninguna flecha consiguió atravesarla, ni tampoco ninguna encontró los huecos que dejaban las aberturas.

Mientras tanto, Kiso galopaba hacia el pinar de Awazu. Era el día veintiuno del primer mes. Atardecía. Una fina capa de hielo cubría el suelo. Sin saber que había entrado en unos arrozales, sintió de repente que las patas de su caballo se hundían en el barro. Fustigó al caballo y lo espoleó, pero el animal no podía moverse. A Kiso también le preocupaba la suerte de Kanehira y giró la cabeza intentando verlo. Fue en ese instante cuando una flecha, lanzada por Tamehisa, que lo venía persiguiendo desde lejos, le entró por debajo de la junta del yelmo. Kiso, mortalmente herido, cayó de frente sobre el cuello de su caballo.

No tardó en llegar Tamehisa que, de un tajo, le cortó la cabeza. La clavó en la punta de su espada y, alzándola, exclamó triunfal:

—¡Kiso Yoshinaka, el guerrero famoso entre los famosos de todo Japón, el capitán mayor de los Establos, ha sido muerto por mí, Ishida Jirō Tamehisa, de Miura!

Kanehira seguía luchando, pero cuando oyó esas palabras dijo:

—¿De qué me sirve ya seguir peleando?

Y, dirigiéndose a sus enemigos, les habló así:

—¡Soldados de las provincias del este, mirad cómo pone fin a su vida el hombre más fuerte de Japón!

Se metió la punta de la espada en la boca y por las grupas de su caballo se arrojó al suelo con tal fuerza que, en su caída, la hoja de la espada le atravesó el cráneo.

De esa manera terminó aquella sangrienta jornada del pinar de Awazu.

CAPÍTULO V

LA EJECUCIÓN DE KANEMITSU

Kanemitsu, el hermano mayor de Kanehira, se había dirigido a la fortaleza de Nagano, en la provincia de Kawachi, con la intención de matar a Yukīe. Pero cuando llegó, éste se había escapado a Nagusa, provincia de Kī. Al disponerse a salir en su persecución, le llegaron noticias de los combates en la capital. Decidió entonces tomar el camino contrario y, a marchas forzadas, cabalgar en dirección a la capital. Cuando llegó al puente de Yodo, se encontró con los criados de su hermano que le dijeron:

—¡Ah, señor, qué desgracia! ¿Dónde va, señor, ahora que nuestro señor, Kiso, ha muerto y vuestro hermano Kanehira se ha quitado la vida?

Kanemitsu, sin poder reprimir las lágrimas, les dijo:

—Escuchadme bien, todos vosotros. Quienquiera de vosotros que desee mostrar su lealtad a nuestro soberano, que se vaya donde le lleven sus pasos, que tome las órdenes religiosas, que vaya por ahí pidiendo limosna como bonzo mendicante y que rece por la salvación eterna de nuestro señor, Kiso. Pero yo, Kanemitsu, me dirigiré a la capital, donde pienso hallar mi fin. Y a fe mía que en el mundo de los muertos habré de reunirme con nuestro señor Kiso y con mi hermano Kanehira.

Así habló. Acompañado de quinientos hombres a caballo se puso en camino a la capital. Pero, a medida que cabalgaban, muchos se fueron quedando en el camino y lo abandonaron, de suerte que cuando Kanemitsu pasó por la puerta del sur del palacio de Toba, sus fuerzas se habían reducido a veinte jinetes solamente.

Cuando corrió el rumor de que Kanemitsu se acercaba a la capital, varios soldados que eran miembros de ligas militares de poderosos linajes de los samuráis de Yoritomo acudieron a las puertas de Sichijō, de Shujaku y de Yotsuzuka para hacerle frente. Uno de los hombres de Kanemitsu, llamado Mitsuhiro, picó espuelas y se adelantó del grupo de su señor hasta la puerta de Yotsuzuka y, con voz atronadora, gritó a los guardas que la defendían:

—¿Por ventura hay entre vosotros algún hombre de Tadayori, de la provincia de Kai?

Los guardas se echaron a reír y le dijeron:

—¿Y puede saberse por qué quieres a uno de Tadayori? ¿Es que no te atreves a luchar con alguno de nosotros?

Mitsuhiro volvió a gritarles:

—Quien os habla es Chino no Tarō Mitsuhiro, hijo de Mitsuie, natural de Suwano Kamino Miya, de la provincia de Shinano. No es que tenga empeño en escoger a uno de Tadayori por no atreverme a luchar con los otros. Es que tengo un hermano, llamado Shichirō, que está con Tadayori. Allá en mi casa de Shinano he dejado a dos hijos, dos hijos que seguramente querrán saber cómo murió su padre. ¿Habrá muerto con honra o sin honra?, se preguntarán. Busco a mi hermano para que vea con sus ojos cómo muero y pueda, a su regreso, contarles fielmente a mis hijos cuál fue el fin de su padre. Lejos de mi intención, por tanto, está elegir a mis enemigos.

Con estas palabras echó a galopar en su caballo hasta dentro de las filas enemigas. Moviéndose de un lado para otro, consiguió matar a tres y, cuando puso su caballo cerca del cuarto enemigo, se abalanzó contra él y los dos cayeron agarrados rodando por el suelo. En el forcejeo murieron los dos por el corte de sus espadas.

Kanemitsu tenía una estrecha relación con el clan de Kodama. Los hombres de este clan se reunieron y dijeron:

–Es una tradición entre los que manejamos el arco y las flechas el ayudarnos en caso de necesidad y socorrer a todos los que están dentro del amplio círculo de nuestras relaciones. Kanemitsu era antes uno de los nuestros y ahora debemos ser fieles a la tradición y ayudarle. Como premio por nuestros esfuerzos en esta guerra, pidamos clemencia para él.

Puestos de acuerdo en esto, enviaron un emisario a Kanemitsu con este mensaje:

–Tu fama de guerrero está tan extendida que el nombre de Kanemitsu, del clan de Kiso, no lo oscurece nadie. Pero ahora tu señor ha muerto. ¿Qué te impide, por tanto, aceptar la rendición? Sólo entonces podremos implorar nosotros, en pago por nuestros servicios en la guerra, que te perdonen la vida. Entonces podrás tonsurarte, meterte a monje y pasar el resto de tu vida rezando por la salvación en el otro mundo de tu señor.

Kanemitsu, aunque de ejemplar espíritu guerrero, comprendió tal vez que su vida se estaba acabando. Aceptó la propuesta y se entregó al clan de los Kodama. Su rendición fue comunicada a Yoshitsune, quien, a su vez, solicitó clemencia para él ante la Corte Imperial. Pero los cortesanos y las doncellas de alto rango de la Corte se alarmaron y protestaron:

–¿Kanemitsu? ¿Acaso no fue ese hombre el que, cuando los hombres de Kiso atacaron el Palacio de Clausura entre gritos de guerra, causó más preocupación a Su Majestad, el Emperador-monje? Cuando prendieron fuego al palacio y mataron a tantos, eran los nombres de Kanemitsu y de Kanehira los que se escuchaban. ¿Cómo ahora vamos a perdonarle la vida?

Y lo sentenciaron a muerte.

El día veintidós del mismo mes, se cesó al nuevo regente, Moroie, que había sido nombrado por Kiso, y se restituyó en el cargo al anti-

guo, Motomichi. En menos de sesenta días habían ocurrido tantos y tales cambios en la capital, que a Moroie todo le había parecido un sueño. Debía recordar, sin embargo, que antiguamente Michikane ocupó el cargo de canciller tan sólo siete días antes de hallar la muerte. Él, en cambio, en sus sesenta días en el cargo, había podido asistir al banquete de Año Nuevo y a la ceremonia de Concesión de Títulos investido de la dignidad de regente, por lo cual no podía quejarse de no llevarse importantes recuerdos.

El día veinticuatro, las cabezas de Kiso, el antiguo capitán mayor de los Establos Imperiales, y de otros cinco samuráis fueron paseadas por la gran avenida de la capital. A Kanemitsu todavía no lo habían ejecutado, pero cuando insistió en su deseo de estar al lado de las cabezas decapitadas, fue también paseado por la capital vestido con un kimono de color morado y con un gorro alto. Al día siguiente, le cortaron la cabeza. Tanto Noriyori como Yoshitsune habían intercedido para salvarle la vida, pero la ejecución cumplía la siguiente orden imperial: «Se decía que Kanehira, Kanemitsu, Chitakada y Koyata eran los Cuatro Dioses Guardianes de Kiso. Que todos ellos lo acompañen en la muerte. Dejar a uno solo con vida sería como criar a un tigre en casa».

Cuentan que en China, cuando el poder de la dinastía Chin empezó a declinar y el pueblo empezó a alborotarse como un enjambre de abejas, Pei Kung fue el primero en entrar en la capital y ocupar el palacio de Hsien Yang. Pero temía que después tal vez tuviera que enfrentarse a Hsing Yu, por lo que no se entregó a excesos carnales ni a robos de oro, plata o piedras preciosas. Antes bien, se ocupó de fortificar los pasos de Corea para debilitar a sus enemigos y así alcanzar el poder. Igualmente, Kiso, cuando entró en la capital, si hubiera obedecido las órdenes de Yoritomo y actuado con templanza, habría alcanzado el mismo fruto que aquel Pei Kung.

Volviendo a nuestra historia, los Heike, en el invierno del año anterior, habían abandonado las playas de Yashima, en la provincia de Sanuki, y, tras cruzar el mar Interior y la bahía de Naniwa, en la provincia de Settsu, se habían instalado de nuevo en el antiguo palacio de Fukuhara, la vieja capital. Construyeron una fortaleza en Ichi-no-tani, en el oeste del palacio, y otra en el bosque de Ikuta, en la parte este. Mientras, habían conseguido reunir a soldados de Fukuhara, Hyogo,

Itayado y Suma, reclutados en las ocho provincias de las regiones de Sanyō-dō y en las seis provincias de las regiones de Nankai-dō. En total, más de cien mil hombres a caballo de esas catorce provincias.

Ichi-no-tani era un lugar cercado por montañas en el norte y por el mar en el sur; su acceso era angosto y su fondo, espacioso. Los acantilados que lo separaban del mar eran tan altos que sus muros se asemejaban a enormes biombos. Los Heike, desde las montañas del norte hasta el litoral más bajo en el sur, levantaron una primera línea defensiva formada por grandes piedras que habían acarreado hasta allí y por empalizadas y estacas que cortaron de los troncos de los árboles. En las aguas más profundas anclaron los grandes barcos, dispuestos como un gran escudo. En la alta torre de la fortaleza se apiñaban, como nubes y brumas, los soldados más arrojados y famosos de Shikoku y de Kiushu, todos armados con sus yelmos y corazas, con sus arcos y flechas. Debajo de la torre se colocaron los caballos, ensillados y listos para ser montados, en filas de diez y de veinte. El retumbar de los tambores y los gritos de batalla eran incesantes. Las curvas de los arcos, poderosamente tensados, proyectaban medias lunas sobre los pechos de los soldados, y los resplandores de las espadas de tres *shaku* ceñidas en sus cinturas competían con el brillo de la escarcha de otoño. Pero era primavera y el viento tibio hacía ondular las rojas banderas que, izadas en lo más alto de la fortaleza, incendiaban el cielo con agitadas llamaradas.

CAPÍTULO VI

LAS SEIS BATALLAS

Desde que los Heike se habían instalado en Fukuhara, empezaron paulatinamente las deserciones de anteriores partidarios de Shikoku. Especialmente, con su paso al bando de los Genji, la traición vino de los hombres que servían en las provincias de Awa y Sanuki. Decían así:

—Hasta ahora siempre hemos guardado lealtad a los Heike. Por eso, los Genji, aunque nos pasemos a su lado, van a dudar de nuestra sinceridad. Sería una buena idea que nos enfrentáramos a los Heike y les lanzáramos nuestras flechas para demostrar a los Genji la fuerza de nuestra decisión.

Aprovecharon la ocasión en que Norimori, el consejero medio de la Puerta Principal, y sus dos hijos, Michimori, gobernador de Echizen, y Noritsune, gobernador de Noto, habían llegado a Shimotsui, en la provincia de Bizen, para atacarlos con diez barcos.

—¡Miserables! —exclamó Noritsune—. Esos que ayer cortaban hierba para nuestros caballos, ahora nos traicionan. ¡Les daremos su merecido!

Y ordenó:

—¡Disparad contra todos ellos!

Embarcados en botes se lanzaron contra ellos.

—¡Que no escape nadie! —repetía Noritsune a sus hombres.

Los guerreros de Shikoku, cuya intención había sido solamente una escaramuza con unas cuantas flechas, se vieron sorprendidos por tan decidido ataque. Al comprender que no podrían resistir, decidieron, pese a estar todavía a buena distancia de sus enemigos, retirarse y huir hacia la capital. Consiguieron llegar al puerto de Fukura, en la provincia de Awaji, donde había un destacamento de los Genji. Estaba éste al mando de los hijos menores del difunto Tameyoshi, capitán de la Guardia Imperial de Rokujō. Se llamaban Yoshitsugi y Yoshihisa. Los guerreros de Shikoku los aceptaron como jefes. Unidos a ellos, reforzaron la fortaleza y desde su interior se dispusieron a aguardar a los Heike.

Cuando llegó Noritsune, se entabló un feroz combate que duró todo el día. Yoshitsugi murió y su hermano, herido de gravedad, se quitó la vida. Noritsune segó en esa batalla ciento treinta cabezas enemigas, cuyos nombres escribió en una lista y envió a Fukuhara con un mensaje que daba cuenta de su victoria.

Norimori, el consejero medio y padre de Noritsune, había vuelto ya a Fukuhara. Sus dos hijos seguían en Shikoku porque Michinobu, de la provincia de Iyo, seguía sin responder a su llamamiento. Michimori, el hijo mayor, llegó al castillo de Hanazono, provincia de Awa, mientras que Noritsune se fue a Yashima, provincia de Sanuki.

Cuando Michinobu, de los Genji, supo que los Heike habían vuelto a Shikoku, atravesó la provincia de Aki para pedir ayuda a su tío materno, Nuta no Jirō. Al saber esto, Noritsune abandonó apresuradamente Yashima para ir en su persecución y, a través de Minoshima, provincia de Bingo, estaba al día siguiente ante el castillo de Nuta para comenzar el ataque. Nuta y su sobrino, Michinobu, trataron de defender el fuerte. La batalla duró todo el día y toda la noche. Nuta comprendió que no podría resistir y, quitándose el yelmo, se rindió. Pero Michinobu, lejos de rendirse, siguió luchando hasta que de quinientos hombres a caballo que tenía, se vio sólo con cincuenta. Entonces inició la retirada. Pero Tamekazu, uno de los samuráis de Noritsune, lo persiguió con doscientos jinetes y mató a todos menos a siete. Michinobu, con estos pocos hombres que le quedaban, logró entrar por una estrecha senda que lo conducía a la playa, donde esperaba escapar en una barca. Pero el hijo de Tamekazu, Yoshinori, famoso por su destreza con el arco, apuntó a cinco de los siete fugitivos y derribó a los cinco. Sólo quedaban vivos Michinobu y uno de sus hombres. Yoshinori alcanzó a este último y, poniendo su caballo a la par del caballo del fugitivo, se abalanzó sobre él y cayeron los dos al suelo. Cuando Yoshinori estaba a punto de cortarle la cabeza, Michinobu, que amaba a su soldado tanto que hubiera dado la vida por él, dio la vuelta a su caballo, se montó en él y, sorprendiendo a Yoshinori encima del soldado, de un tajo le cortó la cabeza. Arrojó la cabeza de Yoshinori a un arrozal próximo y dijo en voz alta:

—Soy Kōno no Shirō Michinobu, de veintiún años de edad. Así es como se lucha. ¿Alguien se atreve a avanzar y hacerme frente?

Cargó sobre sus hombros a su soldado y huyó rápidamente hasta la orilla, donde había una barca, y escapó a la provincia de Iyo.

Por su parte, Noritsune, gobernador de Noto, aunque no pudo acabar con Michinobu, se llevó a su tío, Nuta no Jirō, y triunfalmente regresó a Fukuhara, la capital de los Heike.

Había otro samurái, llamado Tadakage, de la provincia de Awa, que, traidor a los Heike, quería ponerse al lado de los Genji. Se dirigía a la capital a bordo de dos embarcaciones cargadas de provisiones y armas. Cuando se enteró de esto, Noritsune, que estaba ya en Fukuhara, salió rápidamente en su persecución con diez barcos. Lo alcanzó frente a la costa de Nishinomiya, donde Tadakage intentó defenderse.

Pero las fuerzas de los Heike eran tan poderosas que pensó que no podría resistir y decidió escapar a las playas de Fukei, en la provincia de Izumi.

También Tadayasu, natural de la provincia de Kī y miembro de la Guardia Imperial de Sonobe, quiso traicionar a los Heike y pasarse a los Genji. Pero cuando supo que Noritsune había atacado a Tadakage, que ya estaba en Fukei, reunió a sus tropas y con cien jinetes salió a plantarle cara. Noritsune combatió un día y una noche a las fuerzas aliadas de los dos samuráis, Tadakage y Tadayasu. Éstos, cuando se dieron cuenta de que iban a ser derrotados, ordenaron a sus hombres que no dejaran de disparar flechas mientras ellos se ponían a salvo e intentaban la huida a la capital. Noritsune, efectivamente, acabó con la resistencia y decapitó a los enemigos muertos por las flechas, en total unos doscientos. Colgó sus cabezas en las puertas de la prisión del lugar y de nuevo regresó triunfalmente a Fukuhara.

Mientras tanto, Michinobu, que había escapado a la provincia de Iyo, se unió a Koretaka y a Koreyoshi, naturales de la provincia de Bungo, y juntos cabalgaron con un total de dos mil jinetes a través de la provincia de Bizen, haciéndose fuertes en el castillo de Imagi. Al saber esto, Noritsune se puso en marcha hacia Imagi al frente de tres mil hombres a caballo. Pero esta vez, el general de los Heike dijo:

–Los enemigos de ahora son más fuertes. Necesito refuerzos.

Cuando los del castillo supieron que Noritsune había pedido refuerzos y que unos veinte o treinta mil jinetes vendrían desde Fukuhara para caer sobre ellos, decidieron la retirada, puesto que, además, ya se habían defendido con todas sus fuerzas y mucho ánimo, ganado honra y realizado hazañas. Dijeron:

–Los Heike cuentan con un poderoso ejército. Nosotros, en cambio, somos pocos. Nunca podremos superarlos. Lo primero será salir como podamos de este lugar, y luego descansar.

Koretaka y Koreyoshi se embarcaron y se dirigieron a Kiushu. En cuanto a Michinobu, volvió a la provincia de Iyo.

Tras esto, Noritsune dijo:

–Ahora no tengo enemigos a los que destruir –y con esas palabras regresó a Fukuhara.

El ministro de los Heike, Munemori, y toda la nobleza de su clan alabaron las repetidas victorias de Noritsune, gobernador de Noto.

CAPÍTULO VII

LAS TROPAS DE LOS GENJI EN MIKUSA

El día veintinueve del primer mes Noriyori y Yoshitune, el joven general, se presentaron en palacio para informar de su intención de partir al este para someter a los Heike.

El Emperador-monje los despidió con estas palabras:

—Tres tesoros posee nuestro Imperio desde los tiempos remotos de nuestros divinos ancestros: la esfera de jade, el espejo y la espada. Tenedlo presente. Ahora os toca a vosotros devolverlos a la capital sanos y salvos.

Los dos señores de la guerra recibieron la orden imperial con gran respeto y se retiraron de la augusta presencia.

El día cuatro del segundo mes tuvo lugar en Fukuhara la ceremonia budista que conmemoraba el aniversario del fallecimiento del primer ministro Kiyomori. Habían acaecido desde entonces tantas batallas, que nadie se había apercibido de cómo había pasado el tiempo. Transcurría la triste primavera, que, un año antes, había privado a los Heike de su caudillo.

Si los tiempos gloriosos de los Heike hubieran sido como antes, se habrían aprobado nuevas obras públicas, y nuevas pagodas y templos estarían ahora levantados para celebrar solemnes ceremonias y sagrados oficios religiosos dedicados a Buda con toda la pompa y el esplendor, y se harían grandes donaciones a los monjes. Pero he aquí que ahora, los hijos de aquellos se reunían sólo para lamentarse y llorar.

En esa ocasión se celebró también el nombramiento para oficios de rangos superiores, tanto religiosos como laicos. Cuando a Norimori, el consejero medio de la Puerta Principal, le llegó noticia de que iba a ser promovido a consejero mayor del segundo rango de la nobleza, se presentó ante el ministro del Centro, Munemori, y rechazó el nombramiento con estos versos:

Si hasta hoy no
pensé jamás vivir,
¿cómo aceptar
un nombramiento que es
sueño de sueños?

Y por tanto, no lo hicieron consejero mayor. A Morozumi, sin embargo, hijo del secretario mayor Moronao, lo promocionaron al mismo cargo que ocupaba su padre, secretario mayor. A Akira, asistente del jefe de la División de Armamentos, lo nombraron archivero del quinto rango de la nobleza y fue llamado desde entonces el «archivero militar».

En el pasado, cuando Masakado sometió las ocho provincias del oriente y levantó la capital en la comarca de Sōma, provincia de Shimōsa, instauró un gobierno compuesto de cien dignidades. Sin embargo, ninguna de ellas era la de maestro de la División de Calendarios y Documentos. La concesión de dignidades y oficios ejercida ahora entre los Heike tenía, de todos modos, a diferencia de la de Masakado, plena justificación, pues aunque el Emperador que estaba con ellos había abandonado la capital, poseía las Tres Insignias Sagradas y era el Emperador legítimo reinante. No era de maravillar, por tanto, que se hubiera procedido a la asignación de títulos.

Entretanto, llegaron noticias de que los Heike habían vuelto a ocupar Fukuhara y que pronto regresarían a la capital. Los simpatizantes que se habían quedado en la capital recibieron con gran júbilo estos rumores y recobraron la esperanza. Por ejemplo, el monje Zenshin, superior general del monasterio de Entoku, había sido compañero de ejercicios espirituales del príncipe Shōnin[6], hijo adoptivo de Kiyomori, y mantenía con él una correspondencia regular. En una de sus cartas, el príncipe, al hacer alusión a esos rumores, le decía: «¡Cómo me angustia imaginaros bajo un cielo extraño! La capital, por lo demás, tampoco se encuentra a salvo». Y acababa con este poema:

[6] Era el séptimo hijo del emperador-monje Goshirakawa.

Mi corazón,
que su dolor oculta,
¡cómo te añora
y ansía mi amor
por luna de oeste enviar!

Zenshin apretó esta carta contra su mejilla y emocionado la mojó con sus lágrimas.

Por su parte, Koremori, el capitán medio del tercer rango, no dejaba de lamentarse y de añorar a su esposa y a sus hijos, a los que había dejado en la capital. A veces recibía carta de ellos a través de algún mercader. Cuando se enteró del estado en que vivían, pensó en traerlos a Fukuhara para, por lo menos, tener el consuelo de morir todos juntos. Pero después consideró que sería una gran crueldad hacer que su esposa siguiera su fatal destino. Así, dejó pasar los días aguantando como podía el dolor de la separación, pero su amor hacia ella eran tan desesperado y profundo que su angustia lo delataba.

Los Genji tenían pensado atacar el mismo día cuatro, pero al enterarse de que era el aniversario del difunto Kiyomori, abandonaron su plan a fin de dar ocasión a que los Heike pudieran realizar la ceremonia de aniversario. El día siguiente, el cinco, no era un día propicio porque, según el zodiaco, la puerta al oeste se hallaba cerrada[7]. El día seis apareció también como día funesto. Se esperó, por tanto, al día siete, a la hora del conejo (las seis de la mañana), para iniciar el combate. Se intercambiarían flechas entre los dos ejércitos en las puertas de la fortaleza del este y oeste de Ichi-no-tani.

A pesar de la decisión de aplazar el ataque, los Genji no deseaban desaprovechar la fecha propicia del día cuatro para salir de la capital. Ese día, por lo tanto, se pusieron en camino divididos en dos ejércitos, el de vanguardia y el de retaguardia, cada uno con su capitán general y las tropas que los seguían.

Las fuerzas de vanguardia las mandaba Noriyori, hermano de Yoritomo, con sus asistentes: Nobuyoshi, Tōmitsu, Nagakiyo, Noriyoshi y Yoshiyuki. Sus samuráis principales eran Kagetoki con sus tres hijos

[7] Como también las horas, algunos signos del zodiaco chino estaban asociados a las cuatro direcciones. Véase en la Introducción el apartado «Usos y costumbres».

—Kagesue, Kagetaka y Kageie—, Shigenari, Shigetomo, Yukishige, Tomomasa, Munemasa, Tomomitsu, Hirotsuna, Michitsuna, Sukenobu, Tokitsune, Shigeharu, Sukekage, Hiroyuki, Tadaie, Takaie, Yukihira, Shigemitsu, Takanao, Morinao y Yukiyasu. En total, más de cincuenta mil jinetes salieron de la capital hacia el primer cuarto de la hora del dragón (ocho de la mañana) del día cuatro del segundo mes; entre la hora del mono y del gallo (entre las cuatro y las seis de la tarde) de ese mismo día ya habían llegado a Koyano, en la provincia de Settsu, donde se hicieron fuertes.

Yoshitsune, el joven general y, también, hermano de Yoritomo, mandaba las tropas de retaguardia con sus asistentes: Yoshisada, Koreyoshi, Motokuni y Nobotsuna. Los señores de la guerra y samuráis principales de sus tropas eran Sanehira con su hijo Tōhira, Yoshizumi con su hijo Yoshimura, Shigetada y Shigekiyo del clan Hatakeyama, Yoshitsura, Yoshimori, Yoshimochi y Munezane del clan Waka, Takatsuna, Yoshikiyo, Naozane con su hijo Naoie, Sueshige, Naotsune, Sukeyoshi, Kiyomasu, Ietada, Chikanori, Kiyotada, Kiyoshige, Yoshiharu con su hijo Mitsuyoshi, Tsuneharu, Hirotsuna, Yoshimori, Tsuginobu, Tadanobu, Genzō, Kumai Tarō y Musashi-bō Benkei. En total, más de diez mil hombres salieron a caballo el mismo día por la ruta de Tamba. En un día cubrieron la distancia que se suele recorrer en dos, y llegaron a Yamaguchi y Onobara, al pie del monte Mikusa, en la frontera entre Harima y Tamba.

CAPÍTULO VIII

LA BATALLA DE MIKUSA

Las tropas de los Heike estaban al mando del capitán medio Sukemori, asistido por su hermano Arimori, por Tadafusa y por Moromori, gobernador de Bitchū. Entre los samuráis principales se hallaban Kiyoie y Moritaka. Todos ellos, en número de más de tres mil hombres a caballo, marcharon a Yamaguchi, al oeste del monte Miku-

sa, a una distancia de unos tres *ri*[8] de Onobara, donde estaban los enemigos.

Con la noche ya caída, a eso de la hora del perro (ocho de la tarde), en el campamento de los Genji, Yoshitsune llamó a Sanehira y le preguntó:

–Los Heike están a sólo tres *ri* de aquí, al oeste del monte Mikusa. ¿Qué te parece? ¿Crees que es mejor atacar esta misma noche o esperar a mañana?

–Señor, si nos esperamos a combatir mañana seguramente sus tropas habrán aumentado –se adelantó Nobutsuna, que estaba por allí para responder–. Los Heike son tres mil jinetes, y nosotros, diez mil. La ventaja es nuestra, señor. Lo mejor es atacar por la noche.

–Bien dicho, Nobutsuna –añadió Sanehira–. Ataquemos ahora mismo.

Todas las tropas se movilizaron. Los soldados, sin embargo, se quejaron de la creciente oscuridad que los envolvía:

–¿Pero qué vamos a hacer a medida que oscurezca más y no se vea nada?

–¡Prendamos una inmensa antorcha como hemos hecho otras veces! –propuso Yoshitsune.

–¡Excelente idea! –exclamó Sanehira.

Y al punto ordenó a sus hombres que tomaran teas encendidas de las casas de los campesinos de Onobara. Acto seguido, prendieron fuego a las praderas y colinas. La maleza y los árboles, incendiados, arrojaban tal resplandor que los soldados pudieron recorrer los tres *ri* como si estuvieran en pleno mediodía.

Ese Nobutsuna que antes había hablado era hijo de Tametsuna, consejero medio y antiguo gobernador de la provincia de Izu. Su madre era la hija de Mochimitsu Kanosuke, a cuyo abuelo materno había encomendado Tametsuna al niño para que lo criara como un buen guerrero. Su linaje se remontaba a una quinta generación del príncipe Sukehito, tercer hijo del emperador Gosanjō[9]. De buena casta, por lo tanto, era Nobutsuna, además de un magnífico guerrero.

[8] En la época de Heian, 1 *ri* = 36 *chō* o 3,94 Km.

[9] El soberano 71 de la línea imperial (1068-1072).

Entretanto, los Heike, sin imaginar que sus enemigos iban a atacarlos esa misma noche, dijeron:

—El combate será mañana. No se puede combatir sin haber dormido bien. Durmamos bien, por lo tanto, para mañana luchar en buenas condiciones.

Mientras algunos soldados de los puestos de vanguardia montaban la guardia durante la noche, el resto y toda la retaguardia se tumbaron a dormir profundamente. Unos lo hacían acurrucados, apoyando sus cabezas sobre los yelmos; otros, sobre las mangas de sus armaduras; y otros, sobre sus aljabas.

Hacia medianoche se presentaron de repente las tropas de los Genji entre gritos de guerra. Los Heike, sorprendidos y adormilados, se pusieron en pie. Pero su confusión era tan grande que los que tomaban el arco se olvidaban de tomar las flechas, y los que tomaban las flechas se olvidaban de tomar el arco. Algunos abrieron filas para evitar ser pisoteados por los caballos de los enemigos. Los soldados de los Genji se lanzaron a perseguir con saña a los Heike que huían de un lugar para otro. En un abrir y cerrar de ojos quinientos soldados Heike habían sido asesinados y muchos estaban heridos. Tres de sus guerreros principales, Sukemori, Arimori y Tadafusa, pudieron librarse al subir a una barca que los llevó de Takasago, en la provincia de Harima, a Yashima, y no volvieron a Fukuhara tal vez para evitar la vergüenza de la derrota. El otro jefe de los Heike, Moromori, acompañado de Kiyoie y Morikata, pudo huir a Ichi-no-tani.

CAPÍTULO IX

EL VIEJO ROCÍN

El ministro Munemori había despachado a Yoshiyuki para que llevara a todos los señores de los Heike el siguiente mensaje: «Yoshitsune ha derrotado a los nuestros en el monte Mikusa y en cualquier momento puede venir a atacarnos. Este lado de la montaña está amenazado. ¡Acudid todos a protegerlo!».

Pero nadie atendió su orden. Entonces envió un mensaje a Noritsune: «Tú, al que tantas veces he pedido que combata en mil batallas, ¿podrás luchar una vez más?».

La respuesta de Noritsune, que llenó de esperanza a Munemori, fue ésta: «No hay una batalla en la que no se deba luchar a vida o muerte. Jamás se puede ganar un combate cuando el guerrero busca lo fácil y evita lo difícil. Dejemos eso a los cazadores y pescadores, que siempre andan buscando los lugares más cómodos y asequibles. No importa que haya participado en mil batallas. Siempre hay una más. Esté Su Excelencia tranquilo, que yo me pondré en camino hacia Mikusa y derrotaré al enemigo».

Munemori, contento con esta respuesta, puso a disposición de Noritsune los diez mil soldados de Moritoshi, antiguo gobernador de Etchū. Así, junto con el hermano de aquél, Michimori, antiguo gobernador de Echizen, quedó reforzada la montaña en el paso de Hiyodorige. En el campamento de Noritsune, Michimori se había llevado a su esposa, con la que deseaba pasar la noche como despedida. Pero Noritsune, su hermano, se enojó y le dijo:

—Estamos en una zona que se considera de alto riesgo. Y a fe mía que lo es. Si no, no me hubieran enviado a mí. Si en este instante los Genji bajaran monte abajo y nos atacaran, no tendríamos tiempo ni para tomar las armas. Aunque empuñáramos el arco, ¿de qué serviría si no cogemos las flechas? Y aunque apuntáramos con las flechas, ¿de qué serviría si no cogemos el arco? Y si, además, te lo tomas tan a la ligera, ¿de qué nos va a servir tanta preparación?

Michimori sintió pesar, se puso al instante la armadura y despidió a su mujer.

Al anochecer del día cinco los Genji salieron de Koyano y, poco a poco, se fueron acercando al bosque de Ikuta. Por eso, cuando los Heike dirigieron sus miradas hacia los pinares de Suzume, los bosques de Mikage y hacia Koyano, divisaron los atrincherados campamentos enemigos, en los que brillaban almenaras y otras señales luminosas. A medida que se adentraba la noche, todos aquellos parajes resplandecían como si la luna llena estuviera iluminándolos desde lo alto de la montaña. Los Heike decidieron hacer lo mismo y en su campamento se ordenó:

—Encendamos almenaras.

Entonces hicieron hogueras como las que había en el bosque de Ikuta. La noche avanzaba y las hogueras se asemejaban a estrellas en un cielo claro que anunciara la llegada del alba. Bien comprendieron entonces los Heike a los poetas que, al ver las linternas de los barcos pesqueros entre las nocturnas olas, componían versos que hablaban de luciérnagas en los pantanos.

Entretanto, los Genji esperaban tranquilos en su campamento y aprovechaban la quietud para descansar y dar de comer a sus caballos. Sus enemigos, en cambio, recelosos de la calma, temían ser atacados en cualquier momento.

Al rayar el alba del día seis, el joven general Yoshitsune dividió sus fuerzas de diez mil soldados en dos ejércitos. A Sanehira lo envió al oeste de Ichi-no-tani al mando de siete mil jinetes. Y él en persona, con los restantes tres mil jinetes, tomó la ruta de Tamba, dando un rodeo con la intención de caer sobre la retaguardia del enemigo por el barranco que se encuentra al final del paso montañoso de Hiyodorige. Pero sus soldados se decían:

—Dicen que esa bajada es muy peligrosa. Si hemos venido de todas maneras a morir, ¿no será mejor hacerlo en combate y no despeñados por un barranco? ¿Es que no hay nadie por aquí que sepa guiarnos por el paso de la montaña?

Entonces Sueshige se adelantó y dijo:

—Yo seré el guía.

—¿Tú? —le preguntó Yoshitsune—. Pero si eres del este... No puedo creer que un hombre como tú pueda guiarnos por estas montañas del oeste. No las has visto en tu vida.

—No creo que tenga razón, señor —repuso el soldado—. ¿Acaso no ha habido poetas que, sin haber visto jamás las flores de Yoshino y de Hatsuse, las han cantado espléndidamente en sus versos? Señor, un soldado valeroso sabe cómo llegar a la retaguardia del enemigo.

Sus palabras eran esclavas de la arrogancia.

Entonces, un joven soldado de apenas dieciocho años, llamado Kiyoshige, natural de la provincia de Musashi, se adelantó y habló así:

—Señor, mi padre, que era el monje Yoshishige, me dijo una vez: «Si alguna vez te pierdes en lo más profundo de la montaña, sea porque te persigue el enemigo o porque estás de caza, no tienes más que

dejar sueltas las riendas de un caballo viejo. Déjale que camine delante de ti y él te encontrará el camino».

—¡Buen consejo! —exclamó Yoshitsune—. Recuerdo también un dicho: «Viejo rocín, no se pierde ni en nieve ni en un bosque sin fin».

Decidieron entonces ensillar un caballo viejo con montura de oro enjaezado de brillantes estribos. Le dejaron sueltas las riendas y lo colocaron delante. Así se internaron en las profundidades de la desconocida montaña.

Era el comienzo del segundo mes. En algunas zonas de las cumbres había desaparecido la nieve, y en otras blanqueaba como las flores del ciruelo cuando abre sus pétalos. Del valle subían los ruiseñores para entonar sus trinos y la bruma del final del invierno parecía desmayarse en algunos parajes. Cuando subían, podían ver las cumbres coronadas de resplandecientes nubes; cuando bajaban, sus ojos se llenaban de la verde espesura de la montaña cortada por escarpados precipicios. Aún era visible la nieve que cubría los pinares, y la vereda por la que se movía el ejército estaba tapizada de musgo. Soplaba un viento gélido que hacía revolotear copos de nevisca como si fueran pétalos de un ciruelo. Fustigando sus monturas y serpenteando a un lado y a otro, la fila de soldados seguía pacientemente el paso del viejo rocín. Amenazaba la noche con extender su negro manto sobre los caminos de la montaña, cuando decidieron desmontar y acampar.

Uno de los soldados, Musashi Benkei, se presentó acompañado de un viejo lugareño al que había encontrado.

—¿Quién es este hombre? —preguntó Yoshitsune.

—Es un cazador de estas montañas, señor.

—En tal caso, debe conocer bien estas partes, ¿no?

—Pues sí, señor, sí que conocemos algo... —contestó el cazador.

Yoshitsune le dijo:

—Quiero que me digas qué te parece mi idea de bajar en caballo hasta Ichi-no-tani, donde está la fortaleza de los Heike.

—¡Uy, no, señor! ¡Su Señoría no podrá hacerlo! No hay hombre capaz de bajar a un valle por una pendiente de treinta *shaku* y con peñas de hasta quince de altas. Menos aún podrá hacerlo un caballo. Además, señor, seguro que los de la fortaleza estarán en guardia y habrán tendido trampas por todas partes.

—Dime, buen hombre, ¿pasan ciervos por estos lugares?

—Sí, señor. Cuando viene el buen tiempo, los ciervos de Harima cruzan Tamba en busca de pastos verdes. Cuando se acaba el buen tiempo, regresan de Harima a buscar comida en llanuras donde haya poca nieve.

—Entonces es un terreno que le va bien a nuestros caballos. Lo que puede el ciervo, también lo puede el caballo. Quiero que nos guíes ahora mismo.

Pero el cazador rehusó diciendo:

—Señor, no puedo. Ya soy un hombre viejo...

—¿Tienes algún hijo?

—Sí, señor, tengo uno. —Y le presentó a un muchacho de dieciocho años llamado Kumao.

Entonces Yoshitsune, en ese mismo lugar, procedió a la ceremonia de mayoría de edad de Kumao. Le cortaron el pelo y le impusieron el nombre de Washio no Saburō Yoshihisa en atención a que su padre se llamaba Washio no Shōji Takehisa. Y le encargaron que los guiara. Años después, este Yoshihisa daría suprema prueba de lealtad a Yoshitsune, el joven general, al compartir el trágico destino de su señor cuando éste pereció en Ooshue, tras perder el favor de su hermano Yoritomo una vez derrotados los Heike.

CAPÍTULO X

LA PRIMERA CABALGADA

En el ejército comandado por el joven general Yoshitsune había dos guerreros, Naozane y el ya mencionado Sueshige, que, como el resto, estaban a la espera de la medianoche del día seis. Pero antes de que llegara esa hora, Naozane llamó a su hijo, Naoie, y le dijo:

—Por esta tierra tan áspera será imposible controlar el paso del caballo, y no podremos ser los primeros en el ataque. Mejor vámonos por la ruta de Harima en dirección a Toi, que es un terreno más llano, y así seremos tú y yo los primeros en atacar. De ese modo ganaremos fama y honra.

—¡Buena idea, padre! —contestó Naoie—. Yo también lo había pensado. Vámonos antes de que se les ocurra a otros la misma idea.

—Pero, ahora que lo pienso, recuerda que Sueshige está también en nuestro ejército y que a él tampoco le gusta atacar en grupo y querrá distinguirse. Antes de irnos, habrá que saber que está haciendo.

Y Naozane ordenó a un criado suyo que fuera a informarse.

Como temía Naozane, Sueshige también se estaba preparando para salir antes que el grupo. Parece que se decía a sí mismo: «Los demás harán lo que quieran, pero yo no voy a quedarme aquí con todos».

El mozo de cuadra de Sueshige se encontraba en ese momento dando de comer al caballo de su amo y, como el animal se tomaba su tiempo en comer, lo golpeó exclamando:

—¿Hasta cuándo vas a estar tragando, bestia inútil?

Pero Sueshige, cuando vio que su mozo azotaba al animal, le reprendió así:

—No lo maltrates y que coma cuanto quiera. Esta noche será la última vez que lo veas.

Y tras esas palabras, Sueshige montó su caballo y se puso en camino.

El criado de Naozane corrió a contarle a su amo lo que había visto y oído.

—Lo que suponía —dijo Naozane. Y se puso también en camino.

Ese día Naozane llevaba una armadura de cordones de cuero rojo sobre un traje de batalla azul oscuro. Encima llevaba una capa de color rojo. Montaba un zaíno incomparable llamado *Gonda*[10]. En cuanto a su hijo, Naoie, vestía una armadura de cordones entrelazados de cuero y tela de color azul y blanco sobre un traje de batalla con estampaciones de plantas acuáticas y color pastel. Montaba un overo llamado *Seirō*[11]. El abanderado de Naozane llevaba armadura de cordones de cuero amarillo con dibujo de flor de cerezo sobre un traje de batalla de color verde pálido, y montaba un alazán lavado. Los tres guerreros volvieron sobre sus pasos y, dejando a mano izquierda el valle que debían atacar, encaminaron sus monturas hacia la derecha

[10] Literalmente, *gondakurige* o «muchacho travieso de color castaño».
[11] Es decir, «torre de Occidente».

hasta llegar a un viejo sendero no hollado desde hacía largos años. Este camino se llamaba *Taino hatake* y por él llegaron a las playas de Ichi-no-tani.

Las tinieblas de la noche eran tan espesas que el otro ejército de los Genji, el de Sanehira, con sus siete mil jinetes apostados en la cercana Shioya, aguardaba a que clareara. Naozane, que seguía la línea de la costa, pasó delante de ellos cubierto por la oscuridad hasta llegar ante la puerta oeste de la fortaleza enemiga en Ichi- no-tani.

La noche permitía un sueño profundo. Del campamento enemigo no llegaba ruido alguno que perturbara el silencio. Todos dormían convencidos de que ni un solo soldado de los Genji se acercaría. Pero los caballos de Naozane y sus hombres se movían entre las sombras. Naozane llamó a su hijo y le dijo en voz muy baja:

—Seguro que no seremos los únicos que deseen ser los primeros en atacar. No me extrañaría que ya hubiera compañeros nuestros merodeando por aquí para llevarse la honra de ser los primeros.

Y avanzaron con sus caballos hasta el borde de la barricada del fuerte. Entonces, Naozane despertó a la noche gritando con atronadora voz:

—¡Aquí están Kumagai no Jirō Naozane y Naoie, padre e hijo, los primeros en atacar Ichi-no-tani!

Pero desde dentro del fuerte, ninguno de los hombres de Heike se dignó responder al desafío. Decían los Heike:

—No les hagáis caso. Dejadles que sigan ahí fuera, que sus caballos se fatiguen. Que disparen y que gasten sus flechas.

Entonces a los oídos de Naozane llegó un ruido por atrás.

—¿Quién anda por ahí? —preguntó.

—Soy Sueshige —respondió la voz—. ¿Y quién me ha hecho la pregunta?

—Naozane.

—¡Naozane! ¿Cuánto llevas aquí? —preguntó Sueshige.

—Hemos llegado esta noche.

—Yo también he llegado esta noche, y te aseguro que iba a ser el primero en atacar si no es por ese Narita Gorō. Me dijo que quería que muriéramos uno al lado del otro. Le hice caso y salimos juntos. Pero cuando veníamos para acá, me dijo: «Ya sé que quieres ser el primero en meterte en las filas enemigas. Pero si no llevas detrás de ti compa-

ñeros que puedan afirmar después que fuiste el primero, ¿quién va a ser testigo de tu hazaña o de tu fracaso? ¿Qué sentido tendrá atacar solo si te van a matar sin que ninguno de los tuyos se entere?». Me pareció razonable y le hice caso. Así que me adelanté hasta una pequeña pendiente y giré las riendas del caballo para esperar al resto de la tropa. Mientras esperaba, vi cómo el mismo Narita se acercaba. Creí que pondría su caballo al lado del mío y que hablaríamos del combate, pero pasó a todo galope delante de mí lanzándome una mirada hostil. Entonces pensé: «¡Ah, el bribón! ¡Quiere engañarme y cree que va a adelantarme!». Sabía que mi caballo era más fuerte que el suyo. Así que piqué espuelas y, dando un fustigazo a mi caballo, salí detrás de él. Cuando lo alcancé, le dije: «¿Cómo te has atrevido a engañarme?». Lo he dejado atrás y creo que ni siquiera me tiene al alcance de su vista.

Allí se quedaron esperando Naozane, Sueshige y, en total, cinco jinetes. Poco a poco iba clareando. Naozane, entonces, se adelantó de nuevo hasta la barda del fuerte y, aunque ya había gritado su nombre antes, deseando que esta vez le escuchara Sueshige, dijo con voz atronadora:

—¡Aquí están los dos que van a atacar Ichi-no-tani en primer lugar: Kumagai no Jirō Naozane y Naoie, padre e hijo, naturales de la provincia de Musashi! ¿Es que no hay nadie entre los Heike que ose aceptar nuestro reto? ¡Que se presente!

Los soldados de los Heike dijeron entonces:

—¡Vamos a por ellos! Llevan toda la noche provocándonos con sus nombres, esos de Musashi, el padre y el hijo. ¡Atrapémoslos vivos!

Entonces abrieron la puerta y salieron a todo galope unos veinte soldados de los Heike al mando de Moritsugi, Tadamitsu, Kagekiyo y Sadatsune. Sueshige llevaba ese día un traje de batalla de blanca seda cubierto por una armadura de cordones de color fuego y un cubrenucas para protegerlo de las flechas que pudieran lanzarle desde atrás. Iba además cubierto de una capa con estampaciones de círculos con doble barra. Montaba a *Mekasugue*, un zaíno con manchas alrededor de los ojos. El soldado abanderado que lo acompañaba llevaba una armadura de cuero negro con un yelmo de gruesa collera y montaba un caballo overo. También Sueshige se anunció así:

—¡Soy Hirayama no Sueshige, natural de Musashi! ¡Estuve en las batallas de Hōgen y de Heiji, en donde fui el primero en trabar combate!

Y picando espuelas, se lanzó a todo galope seguido de los demás soldados y abanderados. Cuando Sueshige avanzaba con su caballo, Naozane iba detrás. Cuando Naozane avanzaba con su caballo, Sueshige iba detrás. Ninguno quería quedarse a la zaga y por eso uno y otro competían por ser el primero. Entraron al combate con ardor y de sus hierros salían chispas. Los soldados de los Heike, sorprendidos por su ferocidad, y creyendo que no podrían con ellos, se replegaron al fuerte para combatir con una posición más ventajosa.

El caballo de Naozane fue alcanzado en la barriga por una flecha enemiga. Naozane se deslizó por las patas del animal herido y puso pie en tierra. Su hijo, Naoie, recibió una herida en el brazo izquierdo. Tanto se había acercado al fuerte enemigo para gritar su nombre y su edad —tenía tan sólo dieciséis años— que la empalizada sintió el aliento de su caballo.

—¿Qué ha pasado? ¿Te han herido? —le preguntó su padre.

—Me temo que sí, padre.

—Intenta no dejar de mover la armadura para evitar que se formen holguras en las juntas. Y échate más para atrás el cubrenucas, para que no te alcancen las flechas en el cuello —le aconsejó su padre.

Naozane arrancó las flechas que tenía clavadas en la armadura y las tiró al suelo. Luego, clavando él mismo los dardos de sus ojos en la fortaleza, gritó:

—Me llamo Naozane, un guerrero que el pasado invierno salió de Kamakura dispuesto a morir en Ichi-no-tani por su señor Yorimoto. ¿Hay entre vosotros alguno que se llame Etchū no Jirōbyōe Moritsugi, uno que se jacte de haber combatido en Muroyama y Mizushima? ¿O uno con el nombre de Kazusa no Gorōbyōe y Akushichibyōe? ¿O tal vez el mismo señor Noritsune, gobernador de Noto? Dicen que la gloria y prez que puede obtener un guerrero depende de la fama que tenga su adversario. No se gana honra peleando con cualquier soldado. ¡Aquí tenéis la ocasión de alcanzar honra y fama, pues no os desafía otro que el famoso Naozane de Musashi!

Cuando Moritsugi escuchó estas palabras, montó en su caballo overo dispuesto a vérselas con Naozane. Ese día llevaba su traje de ba-

talla favorito, que era de color blanco bajo una armadura con las costuras rojas. Embistió directamente a Naozane que, junto con su hijo, lo esperó con la espada en alto sin retroceder ni un paso. Moritsugi, cuando vio que ambos daban un paso al frente con sus espadas en alto, retrocedió al pensar que no podría con ellos. Naozane lo increpó con estas palabras:

—¡Vamos! ¿Acaso no eres Moritsugi? ¿Vas a retroceder ante un enemigo? ¡Vamos, lucha conmigo!

—¡No, no seré yo el que luche contigo! —le contestó Moritsugi, y se dio la vuelta.

—¡Qué acto de cobardía! —le dijo desde el fuerte Akushichibyōe, que se dispuso a salir del fuerte para combatir. Pero Moritsugi lo agarró de la manga de la armadura y le dijo:

—No será ésta la última batalla que libremos por nuestro señor Noritsune. ¡Déjalo! No desprecies tu vida tanto como para ponerla en peligro en un lugar como éste.

Así convenció Moritsugi a su compañero para que no combatiera.

Naozane, después de cambiar de caballo, galopaba combatiendo a un lado y a otro sin dejar de proferir gritos de guerra. Así, mientras los dos de Kumagai, padre e hijo, luchaban, Sueshige daba descanso a su montura.

Por parte de los Heike, eran pocos los que luchaban a caballo. Casi todos ellos se habían subido a las torretas del fuerte, desde las que disparaban lluvias de flechas. Pero sus disparos se perdían entre el tropel de soldados de uno y otro bando que luchaban abajo. Los esfuerzos de los arqueros, por tanto, resultaban vanos.

—¡Subid a los caballos y luchad cuerpo a cuerpo con el enemigo! —les gritaban desde las torretas. Pero los caballos de los Heike se hallaban debilitados por falta de alimento, puesto que habían tenido que permanecer atados mucho tiempo en los barcos. En cambio, los caballos de Sueshige y de Naozane rebosaban robustez por su buena alimentación. No había ningún jinete que osara fustigar a su caballo por temor a que se encabritara y lo derribara y pisoteara en el suelo.

Una flecha alcanzó al abanderado de Sueshige, que era un hombre de prez al que su señor apreciaba como a su propia vida. Sueshige, al verlo caído, se adentró enfurecido en medio de las filas enemigas y, en un abrir y cerrar de ojos, tomó cumplida venganza cortando la ca-

beza del arquero que lo había matado. Luego salió de las filas enemigas como quien sale de un enjambre. También Naozane mató a muchos enemigos.

Naozane había sido el primero en llegar, pero se quedó fuera porque el fuerte estaba cerrado. Sueshige había llegado en segundo lugar, pero fue el primero en entrar en el fuerte, ya que se lo encontró abierto. De este modo, siguió viva entre ellos la disputa acerca de cuál de los dos tendría la honra de haber sido el primero en Ichi-no-tani.

CAPÍTULO XI

EL DOBLE ASALTO

Mientras tanto, había llegado también Narita al campo de batalla de Ichi-no-tani. Y después llegó Sanehira al frente de sus siete mil jinetes con todo tipo de banderas izadas y atacando en tropel mientras lanzaban gritos de batalla.

En el ejército de cincuenta mil hombres al mando de Noriyori que los Genji habían estacionado en los bosques de Ikuta se encontraban dos hermanos, Takanao y Morinao, de la familia Kawara. Takanao llamó a su hermano menor Morinao y le habló de este modo:

—Un señor principal de la guerra acrecienta provecho y honra a través de las hazañas que realizan por él sus hombres. Pero nosotros, que no somos principales, debemos ganarnos el provecho y la honra a través del riesgo de nuestras propias vidas. Estoy perdiendo la paciencia de tanto esperar aquí teniendo al enemigo tan cerca. Había pensando en escaparme y entrar en la fortaleza enemiga para dispararles desde dentro. La probabilidad de regresar vivo es de una entre mil. Pero tú quédate aquí, para que seas testigo ante nuestra familia de lo que voy a hacer.

Su hermano, con lágrimas en los ojos, le dijo:

—¡Cómo me duele que hables de ese modo! ¿Qué honra puede ganar el hermano menor si su hermano mayor corre a la muerte antes que él? ¡Déjame morir contigo! ¡Sí, morir contigo y en el mismo lugar!

Takanao accedió al ruego de su hermano. Los dos mandaron llamar a sus criados. Les ordenaron que enviaran un mensaje a sus familias que describiera a sus esposas e hijos sus últimos momentos. Luego se pusieron en camino hacia el campamento enemigo. Dejaron los caballos, se calzaron unas sandalias de paja y se sirvieron de sus arcos como bastones. Treparon por las estacas de la empalizada del campamento de Ikuta y, de un salto, se vieron dentro del fuerte enemigo. Bajo la luz de las estrellas no se distinguía el color de sus armaduras. Entonces, Takanao, con voz atronadora, gritó:

—¡Aquí están Takanao y Morinao de los Kawara, de la provincia de Musashi! ¡De todo el ejército de vanguardia de los Genji que está en los bosques de Ikuta, nosotros dos hemos sido los primeros en asaltar el campamento enemigo!

Pero nadie les respondía. Los Heike decían entre ellos:

—¡Ah, estos guerreros del este! No los hay más temibles. Pero sólo son dos. ¿Qué van a poder hacer en medio de nuestro inmenso ejército? ¡Dejémosles que se entretengan un rato!

Pero los dos hermanos Kawara, excelentes arqueros, se pusieron a disparar una flecha tras otra contra el enemigo.

—¡Malditos canallas! ¡Nos están disparando! ¡Matadlos! —gritaron los Heike.

Entre los Heike había también dos hermanos, Gorō y Shirō, de la familia Manabe, de la provincia de Bitchū, ambos con fama de grandes arqueros. El segundo de ellos se hallaba en ese momento en el fuerte de Ichi-no-tani, pero Gorō estaba aquí. Fue éste quien disparó una flecha con tal potencia que atravesó el peto de la armadura de Takanao desde el tronco hasta la espalda. Takanao se dobló por el impacto y tuvo que apoyarse en su arco para no caer. Su hermano menor acudió enseguida en su ayuda, lo cargó a hombros e intentó trepar por las estacas para sacarle de allí. Pero en este instante, Gorō disparó una segunda flecha que se clavó en la abertura de la faldilla de su armadura. Los dos hermanos cayeron al suelo. Los hombres de Gorō corrieron hacia ellos y rápidamente les cortaron las cabezas. Cuando se las mostraron a Tomomori, el general de los Heike, exclamó:

—¡Qué hombres tan valientes! Cada uno de ellos valía por mil. ¡Ojalá que hubiera podido salvarles la vida!

Poco después, los criados de los hermanos Kawara, enterados de las muertes de sus señores, anunciaron:

—Nuestros señores, los Kawara, han entrado en el campamento enemigo y han hallado la muerte.

Cuando Kagetoki, uno de los generales de los Genji, se enteró, exclamó:

—La culpa ha sido mía por no haber apoyado con mis tropas el asalto de los hermanos Kawara. ¡Ha llegado la hora de actuar! ¡Al ataque!

Él y sus hombres lanzaron el grito de combate, al que respondieron los cincuenta mil hombres del ejército de los Genji.

Kagetoki ordenó a sus soldados de infantería que retiraran las afiladas estacas de la empalizada enemiga. Después, seguido de sus quinientos hombres a caballo, galopó por encima de ellas entre alaridos de guerra. El segundo hijo de Kagetoki, llamado Kagetake, se adelantó a todos ellos para ser el primero en penetrar en las filas enemigas. Su padre, preocupado, le envió un mensaje con la siguiente orden: «Nuestro capitán general, el señor Noriyori, nos ha dicho que no habrá recompensa ni reconocimiento para el que ataque solo, sin la presencia de sus compañeros». Su hijo, al conocer la orden, detuvo su caballo un momento para decir al mensajero:

—Vas a mandarle a mi padre esta respuesta en forma de poema:

Padre, la flecha
salida de un viejo arco
de catalpa hecho,
¿por ventura crees tú
que regresar podrá?

Y, picando espuelas, volvió a lanzarse a galope tendido contra el enemigo.

Su padre gritó a sus hombres:

—¡Seguidlo! ¡No lo perdáis de vista, no permitáis que le disparen! ¡Seguidlo!

Y él mismo, acompañado de sus otros hijos, Kagesue y Kageie, lo siguió. Los quinientos jinetes de Kagetoki embistieron al enemigo. El choque fue tan violento y encarnizado y lucharon con tal desprecio de

sus vidas que, de quinientos soldados, quedaron sólo cincuenta. Cuando se retiraron, vieron que entre ellos no se encontraba Kagesue.

—¿Qué ha pasado con mi hijo Kagesue? —preguntó Kagetoki a sus hombres.

—Se metió tanto en las líneas enemigas, señor, que parece ser que lo han matado.

—¡Ah! Esta vida sólo merecía la pena porque existían mis hijos —dijo el padre—. Ahora que uno de ellos ha muerto, ya no vale la pena seguir viviendo. ¡Volvamos al ataque!

Kagetoki se metió entre las filas enemigas gritando:

—Me llamo Kajiwara Kagetoki. Hace años, cuando Minamoto Yoshīe atacó la fortaleza de Kanazawa, en Senbuki, provincia de Dewa, mi antepasado, Kajiwara Kanemasa, con sólo dieciséis años, atacaba en primera línea de combate. Aunque una flecha le atravesó el protector del yelmo y se le clavó en el ojo izquierdo, siguió combatiendo, y de un flechazo mató al que le había disparado. Aquel guerrero valía por mil. Los que se crean que pueden vencer a un descendiente de ese hombre, que se acerquen e intenten cortarme la cabeza para mostrarla a su señor.

Y no dejaba de galopar y combatir. El general de los Heike, Tomomori, consejero medio, lo reconoció y gritó:

—Kajiwara Kagetoki es uno de los señores de la guerra más famosos de las provincias del este. No lo dejéis escapar. ¡Matadlo! ¡Que no escape!

Ante esta orden, un gran número de soldados rodearon a Kagetoki y lo atacaron. Pero Kagetoki, sin pensar en el peligro, se defendió de todos ellos sin dejar de moverse de un lado para otro, a derecha e izquierda, delante y detrás, como una araña enfurecida. Él mismo con ojos ávidos buscaba a su hijo por todas partes. Finalmente divisó a Kagesue, que seguía con vida. Luchaba a pie, pues su caballo había sido malherido, y llevaba el yelmo flojo. Estaba al borde de un precipicio de dos *shaku* y rodeado de cinco jinetes enemigos. A derecha e izquierda lo protegían dos soldados suyos, todos combatían desesperadamente con la mirada clavada en sus contrincantes.

—¡Sigues vivo! —exclamó el padre cuando lo vio, y de un brinco saltó de su montura—. ¡Aquí estoy, a tu lado, hijo! Recuerda que, aunque vayas a morir, jamás debes dar la espalda al enemigo.

El padre y el hijo consiguieron dar muerte a tres enemigos y herir a otros dos.

—Hijo, recuerda también que un hombre de arco y flechas debe saber cuándo es el momento de atacar y cuándo el de retirarse. Ahora es el de retirarse. ¡Sígueme!

Kagetoki montó a su hijo en las grupas de su caballo y salieron de entre las filas enemigas.

Años después, esa jornada sería conocida como la del «doble asalto de los Kajiwara».

CAPÍTULO XII

EL DESCENSO POR EL BARRANCO

Después de ese asalto, los señores de la guerra del este, tanto los de los clanes más importantes, como los Chichibu, Ashikaga, Miura y Kamakura, como los de otros menos importantes, los Inomata, Kodama, Noiyo, Yokayama, Nishitō, Tsuzukitō y Shinotō, se sumaron al ataque. El grueso del ejército de los Genji y de los Heike chocó de frente. Guerreros de uno y de otro clan se nombraban y se desafiaban. Por los montes y colinas circundantes resonaban los gritos de batalla, y el galopar de los caballos retumbaba como un trueno sobre el tambor de la tierra; mientras, las flechas lanzadas por ambos bandos silbaban y caían como una lluvia de estrellas que incendia la noche.

Por el campo de batalla aparecían guerreros en retirada que cargaban a compañeros heridos a hombros; guerreros con heridas leves que seguían combatiendo; guerreros con heridas mortales que morían luchando; guerreros que juntaban sus caballos para agarrarse con las manos y entablar un cuerpo a cuerpo en tierra hasta morir a punta de espada; guerreros que tajaban cabezas; guerreros decapitados que se las habían dejado cortar.

Pero ninguno de los dos bandos parecía llevar las de perder. En ninguno de los dos ejércitos se observaba debilidad ni desánimo. La

batalla era feroz e intensa. Los Genji comprendieron que sólo con su ejército de vanguardia no podrían doblegar al enemigo.

Entretanto, el joven general Yoshitsune, al frente de la retaguardia de los Genji, había cruzado al alba del día siete el paso de Hiyodorigoe, al oeste de Ichi-no-tani. Cuando estaban a punto de iniciar el descenso en caballo, dos ciervos grandes y una cierva, tal vez atemorizados por el paso del ejército, huyeron hacia la fortaleza de Ichi-no-tani de los Heike. Dos soldados de la fortaleza, al verlos, se asustaron y dijeron:

—¡Qué extraño que los ciervos, que huyen de nosotros y se refugian en el monte, bajen ahora hasta aquí! ¿Los habrán asustado los Genji? ¿Acaso avanzan por la montaña para atacarnos?

Mientras, apareció Kiyonori, natural de la provincia de Iyo, que dijo:

—Nada que venga de la dirección del enemigo se debe dejar escapar.

Con esas palabras tensó su arco y disparó contra los dos ciervos, dejando escapar a la hembra. Pero Moritoshi lo reprendió:

—¡Qué imprudencia ponerse ahora a disparar contra los ciervos! Con cada una de las flechas que has empleado podrías haber matado a diez enemigos. Malgastas las flechas y, además, cometes una grave falta.

Por su parte, el joven general Yoshitsune, cuando divisó el fuerte de Ichi-no-tani, dijo:

—Vamos a soltar unos caballos a ver cómo bajan.

Y ordenó soltar unos caballos ensillados. En la bajada por el barranco, unos se rompieron las patas y se cayeron; otros, sin embargo, lograron llegar hasta abajo del todo. Tres de los caballos se presentaron ante las tiendas del mismo Moritoshi, de los Heike, y se quedaron allí temblando.

Cuando Yoshitsune comprobó el resultado de la prueba, dijo:

—Si un jinete controla con cuidado su caballo, podrá bajar sin hacerse daño. ¡Vamos, todos! ¡A bajar por el barranco! ¡Haced como yo!

En primer lugar, bajaron treinta jinetes con el joven general a la cabeza; luego, los demás. Bajaron tan juntos que los estribos de los que venían detrás rozaban las armaduras y los yelmos de los de delante. Después de deslizarse por una pendiente arenosa de unos dos *chō*

todos consiguieron bajar y llegaron a una plataforma a medio camino del descenso. Se asomaron y vieron que más abajo había un precipicio rocoso cubierto de musgo que se despeñaba verticalmente en unos catorce o quince *shaku* y era imposible seguir bajando.

—Es el final —dijeron sin saber qué hacer.

Pero en medio de ellos se adelantó Yoshitsura, de Miura, que dijo:

—Allí en mi Miura natal galopamos detrás de pájaros día y noche por despeñaderos como éste. Para los de mi tierra bajar por aquí es como una carrera de caballos.

Con esas palabras, hizo saltar a su caballo el primero. Todos los demás siguieron su ejemplo. Animando a sus caballos con un «¡Jei, jei!», que pronunciaban en voz baja, todos bajaron, pero lo hacían con los ojos cerrados por el miedo que les producía el vacío. En verdad que el salto era tan portentoso que parecía cosa del diablo o de dioses y no de hombres. Tan alborozados estaban por su proeza, que ya antes de alcanzar el final del barranco iban lanzando sus gritos de batalla. Aunque no eran más de tres mil hombres, sus voces retumbaban agrandadas por el eco como si se tratara de cien mil.

Cuando llegaron al campamento enemigo, un destacamento al mando de Yasukuni se encargó de incendiar con antorchas las cabañas y tiendas de los Heike. El viento, que empezó a soplar con fuerza en esos momentos, hizo que se levantara una gran columna de negro humo que envolvió a los Heike. Muchos de éstos, presa del pánico, echaron a correr hacia el mar para refugiarse del fuego. Aunque había muchas embarcaciones en la orilla, ¿podían caber en cada una de ellas nada menos que cuatrocientos o quinientos hombres armados? Tres barcas grandes que acababan de adentrarse en el mar, a sólo tres *chō* de la orilla se hundieron en presencia de todos. Se decidió entonces que embarcaran solamente los oficiales del ejército y los guerreros principales y se prohibió subir a cualquier soldado raso bajo pena de muerte a golpe de espada o de alabarda. Pero, aun conociendo esta orden, hubo soldados que se acercaron a las barcas para intentar salvarse. A muchos de éstos se les cortó la mano o el brazo y, desangrados, murieron en un mar cuyas orillas no tardaron en teñirse de rojo color.

Noritsune, el gobernador de Noto, era un general que jamás había perdido una batalla. Pero esta vez, aun sin saber bien por qué, de-

cidió huir al oeste a lomos de un caballo llamado *Usuguro* o «negro claro». Se embarcó en la playa de Akashi, provincia de Harima, y emprendió la huida en dirección a Yashima, provincia de Sanuki.

CAPÍTULO XIII

LA MUERTE DE MORITOSHI

La ofensiva del bosque de Ikuta se extendió a la playa de Ichi-notani. Sobresalieron en ella los soldados de las provincias de Musashi y de Sagami, de los Genji, que luchaban con desprecio de sus vidas.

Mientras, Tomomori, el nuevo consejero medio y capitán general de las fuerzas de los Heike, combatía en dirección al este. De repente le llegó un mensaje secreto que provenía del clan enemigo de los Kodama, que había llegado al campamento descendiendo por el precipicio de la montaña: «Su señoría fue gobernador de la provincia de Musashi en años pasados. Por la deuda que crea el pasado conocimiento, uno de los guerreros de Kodama desea advertirle de lo siguiente: ponga atención a sus espaldas». El consejero y sus hombres se dieron la vuelta y vieron entonces una enorme humareda negra que avanzaba hacia ellos.

—¡Oh! ¡Nuestro ejército del oeste ha perdido la batalla! —exclamó Tomomori.

Y al instante les invadió el terror y echaron a correr sin mirar atrás.

Moritoshi, uno de los generales de los Heike y anterior gobernador de Etchū, tenía a su cargo el control de la parte oeste de la montaña. Sabiendo que ya no podía huir a ninguna parte, detuvo su caballo y se dispuso a esperar al enemigo. En esto, Noritsuna, de los Genji, que cabalgaba cerca y comprendió que Moritoshi debía ser un enemigo poderoso, picó espuelas y se fue a su encuentro a todo galope. Arrimó su caballo, se lanzó contra él y los dos guerreros cayeron rodando al suelo. En las ocho provincias del este era conocida la fama

de Noritsuna como gran guerrero. Se decía que sus brazos eran tan poderosos que podía doblar con ellos la cornamenta de un ciervo sin dificultad. Pero la fuerza de Moritoshi era semejante a la de veinte o treinta hombres juntos. Del poder de sus miembros se decía que era capaz de levantar y arrastrar una barca cargada con sesenta o setenta hombres.

Moritoshi logró ponerse sobre Noritsuna e inmovilizarlo. Noritsuna trató de sacar su espada, pero sus dedos abiertos no le obedecían. Intentó hablar, pero su garganta estaba tan firmemente agarrada por la mano de su enemigo que no podía articular palabra. Sabía que estaba a punto de perder la cabeza y ningún miembro de su cuerpo le respondía. Su corazón, sin embargo, no le había abandonado. Se quedó quieto unos segundos, respiró con calma y por fin recobró el habla, y con un tono indiferente pudo decir:

—¿Acaso has oído mi nombre? Un guerrero gana prez y honra en la batalla después de haber dicho su nombre y debe permitir también que su enemigo lo haga antes de cortarle la cabeza. ¿Me vas a cortar la cabeza sin haberme dejado decir quién soy? ¿De qué te servirá una cabeza sin nombre?

Moritoshi sintió que las palabras de su enemigo eran juiciosas y le contestó:

—Está bien, nombrémonos. Yo soy Moritoshi, antiguo gobernador de la provincia de Etchū. Antes estaba en la Corte al servicio de los Heike, pero ahora soy un samurái sin rango de nobleza. ¿Quién eres tú? ¡Di tu nombre!

—Yo me llamo Inomata Noritsuna, de la provincia de Musashi —le contestó su enemigo—. Si volvemos la vista a la situación actual, vemos que los Genji son fuertes, y vosotros, los Heike, débiles. Sólo en el caso de que ganéis, tu señor te dará recompensa por la cabeza que le presentes como trofeo. Ya sé que va en contra de tu honor el salvarme la vida. Pero si me dejas vivir, te prometo utilizar mi vida para conseguir el perdón de la tuya y de otros hombres de Heike, de una decena más si así lo deseas.

Moritoshi le dijo encolerizado:

—¿De qué hablas? Aunque guerrero sin título de nobleza, pertenezco a los Heike. No quiero depender de la clemencia del enemigo, ni jamás haré nada para ayudarte. ¡Tu propuesta es una deshonra!

Y levantó el brazo para cortarle la cabeza. Entonces Noritsuna le dijo:

—¡Cobarde! ¿Cómo te atreves a cortar la cabeza a un hombre que se ha rendido?

Moritoshi titubeó. Bajó su brazo y le dijo:

—Está bien, te perdono la vida.

Lo soltó y le ayudó a ponerse en pie. Se sentaron uno al lado del otro para descansar al borde de un arrozal. Delante, la tierra estaba dura por el sol, pero detrás era pantanosa. Al cabo de un rato, se acercó a trote hacia ellos un jinete con armadura de negro cuero y a lomos de un caballo blanco. Moritoshi lo miró con recelo. Pero Noritsuna lo tranquilizó diciendo:

—Es un amigo mío, Hitomo no Shirō. Se acerca a nosotros porque me habrá visto.

Pero en el fondo Noritsuna pensaba: «En cuanto se acerque mi amigo, me echaré encima de Moritoshi».

El jinete estaba ya a tiro de piedra y Moritoshi intentaba repartir su atenta mirada entre su prisionero y el jinete. Pero a medida que éste se acercaba, descuidó su atención a Noritsuna. En ese preciso instante Noritsuna afianzó con fuerza sus piernas y se puso en pie dando un grito. Luego, con toda rapidez, arremetió contra Moritoshi, lo agarró del peto de la armadura y lo lanzó boca arriba contra el terreno blando del arrozal. Moritoshi intentó levantarse, pero Noritsuna se echó sobre él y le arrebató la espada. Después, le alzó la faldilla de la armadura y le asestó tres puñaladas tan profundas y con tanta saña que parecía que le estaba clavando el puño. Finalmente, le cortó la cabeza. Fue entonces cuando se presentó Shirō. Pensando que su victoria podría quedar empañada si se decía que Shirō le había ayudado, Noritsuna clavó en la punta de su espada la cabeza de Moritoshi y la alzó gritando:

—Soy Inomata Noritsuna, que en el día de hoy ha acabado con Moritoshi, antiguo gobernador de Etchū, conocido en nuestros días como el guerrero de los Heike mitad demonio mitad dios.

Gracias a esa victoria, el nombre de Noritsuna quedó registrado en la crónica de hechos notables de ese día.

CAPÍTULO XIV

LA MUERTE DE TADANORI

Tadanori, gobernador de Satsuma, era el general del flanco occidental del ejército de los Heike en la batalla de Ichi-no-tani. Llevaba ese día una armadura con las costuras de seda de un color negro intenso sobre un traje de batalla de brocado de color azul. Montaba un caballo mohíno azabache con silla engastada en oro. De escolta llevaba a cien jinetes, y con serena compostura se retiraba deteniendo de trecho en trecho su caballo. Pero un samurái de los Genji, Tadazumi, del clan de Inomata, lo vio y, suponiendo que debía ser uno de los principales hombres del enemigo, picó espuelas, se acercó a él y le preguntó:

—¡Eh, tú! ¿Quién eres? ¡Tu nombre!

—Soy tu aliado —repuso Tadanori, y se dio la vuelta. Pero al hablar había dejado ver los dientes teñidos de negro[12]. Pensó entonces el samurái: «Entre nuestros aliados nadie se pinta los dientes. Éste debe ser uno de los hijos de los Heike». Arrimó su caballo al de Tadanori, se agarró a él y empezaron a luchar. De los cien hombres que escoltaban al general, y que habían sido reclutados recientemente de distintas provincias, ninguno socorrió a su amo que estaba en peligro, sino que todos huyeron despavoridos.

—¡Ah, miserable! ¿Por qué no me dejas en paz y aceptas simplemente mi palabra? —le dijo Tadanori a su atacante.

Tadanori se había criado en Kumano y era un hombre de gran agilidad y notable fuerza. Con rapidez desenvainó su espada y dio tres tajos al samurái, dos cuando todavía estaba montado y otro cuando los dos habían caído al suelo. Los dos primeros tajos no llegaron a penetrar en las carnes del samurái gracias a la dureza de la armadura, pero el tercero le penetró la armadura y le causó una herida leve. Así,

[12] Era la moda entre la nobleza y los cortesanos de la época teñirse los dientes de color negro.

debilitado, Tadanori le sujetó y, cuando estaba a punto de cortarle la cabeza, llegó a la carrera por detrás un paje de Tadazumi. Sacó su espada y de un tajo le cortó el brazo derecho a la altura del codo en el momento en que Tadanori lo tenía levantado para descargar un golpe mortal sobre el samurái. Tadanori se dio entonces cuenta de que había llegado su hora. Y apartando al samurái a la distancia del largo de un arco[13], le dijo:

—Quédate ahí apartado un rato. Quiero rezar antes de morir.

Volvió su rostro al oeste y rezó en voz alta diez veces esta plegaria: «La luz de Amida ilumina los confines del mundo. Al que pide su ayuda, lo guía al paraíso; al que su nombre invoca, lo salva y jamás lo abandona».

Pero antes de que hubiera terminado su oración, el samurái se acercó por detrás y le rebanó la cabeza de un tajo. Pensó que había acabado con uno de los generales principales del enemigo, pero nadie podía decirle quién era. Buscó entre las pertenencias del muerto y encontró en la aljaba una pequeña nota. En la nota aparecía escrita una poesía titulada *La flor de la posada* que decía así:

El día acabado,
de posada yo tomo
tronco de un árbol,
y del cerezo la única
flor yo el huésped seré.

Como la poesía iba firmada, supo el samurái que había matado a Tadanori, gobernador de Satsuma. Clavó su cabeza en la punta de su espada, la alzó y gritó:

—Yo, Okabe no Rokuyata Tadazumi, he matado al famoso gobernador de Satsuma, Tadanori, uno de los principales señores del clan de los Heike.

Tanto sus compañeros como sus enemigos, al enterarse, se lamentaban:

[13] Un arco japonés de la época media alrededor de 2,20 m.

—¡Qué pena tan grande! Ha muerto un hombre superior tanto en la guerra como en las artes y que manejaba con igual maestría la espada y la pluma[14]. Se ha perdido un gran general.

No había nadie que no mojara la manga de su vestido con sentidas lágrimas.

CAPÍTULO XV

LA CAPTURA DE SHIGEHIRA

El teniente general de la Guardia Imperial de la Izquierda y del tercer rango de la nobleza, Shigehira, hijo de Taira no Kiyomori, era asistente del capitán general de las fuerzas de los Heike en los bosques de Ikuta. Todos sus hombres habían huido, y sólo uno quedaba a su lado. Ese día, Shigehira llevaba un traje de batalla con estampaciones de chorlitos sobre rocas con fondo azul oscuro y primorosos bordados en hilo amarillo. La armadura era de color verde con cordones de seda morada. Montaba un famoso corcel, conocido como *Dōjikage*. Quien le acompañaba era su hermano adoptivo, Morinaga, que vestía un traje de batalla moteado bajo una armadura de color fuego y montaba un overo que tenía en mucho su señor Shigehira y que respondía al nombre de *Yomenashi*.

Los dos se dirigían a la playa para huir en barco cuando fueron divisados por dos samuráis de los Genji, Kagesue y Takaie. Pensando éstos que los fugitivos debían ser gente principal, picaron espuelas y fustigaron a sus caballos para alcanzarlos. Aunque en la playa había muchas embarcaciones dispuestas para la retirada de los Heike, Shigehira y Morinaga llevaban tan cerca a sus perseguidores que no podían bajarse de sus caballos y embarcarse.

En su huida, pues, cruzaron los ríos de Minato y Karumo, atravesaron el estanque de Hasu, a la derecha, y la arboleda de Koma, a la

[14] Realmente, el pincel, pues con pincel y no con pluma se escribía.

izquierda, y continuaron a galope por Itayado y Suma fustigando sus caballos en dirección al oeste. Entonces uno de sus perseguidores, Kagesue, del clan de Kajiwara, comprendiendo que los fugitivos llevaban dos grandes caballos y que la distancia que les sacaban se iba agrandando, tomó la resolución de disparar una flecha. Apretó bien los estribos y, poniéndose de pie sobre ellos, tensó su arco y disparó, pensando que tal vez podría acertar. La flecha se clavó en los cuartos traseros del caballo de Shigehira, que quedó malherido. Morinaga, por temor a que su señor pudiera pedirle su caballo, fustigó a su corcel. Shigehira le dijo con tono de reproche:

—¿Cómo puedes abandonarme así? ¿Acaso no nos habíamos jurado lealtad todos estos años?

Pero Morinaga hizo como que no le oía y puso tierra de por medio, arrancando además la insignia roja de los Heike que llevaba cosida a su armadura.

Shigehira, viendo que su caballo estaba malherido y que sus perseguidores se acercaban, decidió meterse en el mar para acabar con su vida. Pero las aguas no eran profundas. Entonces se quitó el cinturón y se desató los cordones de la coraza para quitarse la armadura, luego se despojó del yelmo. Cuando se disponía a empuñar la espada corta para rajarse el vientre, oyó detrás una voz:

—¡No hagáis eso, señor! Daos preso y yo os acompañaré donde sea.

Era la voz de uno de sus perseguidores, Takaie, que, adelantándose a Kagesue, había saltado de su caballo y avanzaba hacia él. Shigehira se entregó, y Takaie lo subió a su propio caballo y lo ató a la montura. Después, él se montó sobre otro caballo de refresco y escoltó a su prisionero al campamento de los Genji.

Mientras, Morinaga consiguió escapar gracias a que su caballo era fuerte y muy resistente. Buscó refugio en la casa del monje Onaka, el de Kumano. Allí estuvo escondido. Después, cuando el monje murió, Morinaga se unió a su viuda y un día la acompañó a ella y a otros monjes a la capital, donde iban a presentar una querella. La gente de la capital, sin embargo, lo reconoció porque, al ser hermano adoptivo de Shigehira, era muy conocido en la Corte. Y lo criticaban con estas palabras:

—¡Qué poca vergüenza tiene ese Morinaga! Primero traiciona al teniente general que durante tantos años lo cuidó con cariño. Y, luego, en lugar de morir con él, se atreve a venir a la capital acompañando a un grupo de monjes. ¡Qué canalla!

Comentarios como éste le producían tal vergüenza a Morinaga, que caminaba por las calles ocultando su rostro con un abanico.

CAPÍTULO XVI

LA MUERTE DE ATSUMORI

Naozane, uno de los guerreros de los Genji, cuando vio cómo los enemigos iban de vencida, comentó:

—Seguro que los señores principales de los Heike se han ido a la playa para huir en barco. ¡Ah, cómo me gustaría vérmelas con alguno de ellos!

Y con este deseo en el corazón cabalgó hacia la costa. Al acercarse al mar, divisó un jinete que estaba a punto de adentrarse entre las olas de la playa. Vestía un traje de batalla de seda con una grulla estampada. Sobre el traje llevaba una armadura de color verde glauco. Su yelmo tenía dos largos cuernos y el barboquejo estaba bien sujeto. La espada iba en una funda engastada en oro, las flechas eran de plumas blancas y negras con una mancha negra en el medio, y el arco de bambú estaba forrado con tiras de mimbre lacado. Sobre una silla engastada en oro montaba un tordo rodado cuyos ijares ya mojaba el agua del mar. Le había hecho nadar unas cinco o seis brazas, cuando Naozane le gritó desde la orilla:

—Puedo distinguir por tu porte y armas que eres un gran general, pero, como un cobarde, te atreves a dar la espalda a tu enemigo. ¡Vuelve aquí!

Le hizo con el abanico señal para que volviera. El jinete volvió a la orilla. Cuando estaba a punto de salir del agua, Naozane se le acercó con su caballo, lo agarró con todas sus fuerzas y lo derrribó, cayendo

los dos a la mojada arena. Después de sujetarlo fuertemente y dejarlo inmóvil, le levantó el yelmo para cortarle la cabeza. Vio entonces que se trataba de un muchacho de dieciséis o diecisiete años, de rostro suavemente maquillado y con los dientes teñidos de negro. Tenía la misma edad que su hijo, y su belleza y porte eran tan magníficos que vacilaba en clavarle la espada.

—¿Quién eres? Dime tu nombre. ¿Quién sabe?, a lo mejor hasta podría concederte la gracia...

—¿Y tú? ¿Quién eres?

—Me llamo Kumagai no Jirō Naozane, de la provincia de Musashi, un simple guerrero que, aunque no tenga renombre, ya ves que sí tiene nombre.

El joven jinete habló así:

—En tal caso, me niego a decirte el mío. Pero te diré que soy un enemigo digno de ti. Cuando me hayas cortado la cabeza, pregunta a la gente a quién pertenecía. Alguien habrá capaz de identificarla.

«Ciertamente debe ser un general principal de los Heike», pensó Naozane. «Si lo mato, no voy a aumentar con una muerte más la gloria por la victoria de esta batalla. Si le perdono la vida, el curso de la batalla tampoco va a decidirse con una sola vida. ¡Es tan joven! Si yo me afligí tanto al ver a mi hijo sangrar por una herida leve, ¡cómo no va a sufrir el padre de este muchacho cuando sepa que han matado a su hijo! ¡Ay! ¡La verdad es que mucho me complacería salvarle la vida!»

Miró detrás y vio que aparecían tropas de Sanehira y Kagetoki, unos cincuenta guerreros. Naozane se volvió a su prisionero y con lágrimas en los ojos le dijo:

—Deseo sinceramente salvar tu vida, pero veo que mis compañeros se hallan por todas partes. No podrías escapar nunca. Si vas a morir de todos modos a mano de otro, prefiero que sea la mía, para poder después rezar por tu salvación eterna.

—Córtame de una vez la cabeza —le suplicó el joven.

Naozane, lleno de pesadumbre y dominado por la compasión, no sabía por dónde descargar la espada. La vista se le nublaba, y sintió que se desmayaba y que no distinguía a su alrededor. Pero, como no podía seguir así más tiempo porque sus compañeros ya le pisaban los talones, hizo de tripas corazón y con lágrimas en los ojos, finalmente, le cortó la cabeza.

—¡Ah, no hay peor destino que el de los que llevamos arco y flechas! Si yo no hubiera nacido en el seno de una familia de guerreros, no habría tenido que pasar por este trago. ¡Qué crueldad desgarradora haber tenido que matarlo!

Con estas palabras se lamentaba el samurái que, con la manga de su armadura apretada al rostro, lloró desconsoladamente.

Al cabo de un rato, como no podía seguir así, se dispuso a envolver la cabeza cortada en el traje de su víctima, cuando encontró que en la cintura había una bolsa de brocado que contenía una flauta.

—¡Qué pena! —exclamó—. Era uno de los que esta mañana, al rayar el alba, se entretenía tocando la flauta en el interior de la fortaleza. En este momento, en nuestro ejército de las provincias del este podrá haber decenas de miles de soldados, pero seguro que ninguno lleva una flauta al campo de batalla. ¡Verdaderamente son refinados estos hombres educados en la Corte!

Iba pensando todas estas cosas mientras volvía a su campamento. Cuando mostró su trofeo al joven general Yoshitsune, no hubo nadie capaz de contener las lágrimas. Se supo que era el hijo de Tsunemori, ministro del Gabinete de Restauraciones Imperiales. Se llamaba Atsumori y tenía diecisiete años.

Desde este episodio creció el deseo del samurái Naozane de entrar en religión y tonsurarse. Aquella flauta había pertenecido al emperador Toba[15], que se la había regalado al abuelo del joven, Tadamori, que era un celebrado flautista. Del abuelo pasó al padre, pero como el nieto tenía talento para la música, había acabado en sus manos y siempre la llevaba consigo. La flauta se llamaba *Koeda*[16]. ¡Qué insondable es el destino! ¿Verdad que sí? ¿Acaso un entretenimiento profano como la música no sirvió en esta ocasión para que Naozane entrara en religión?[17].

[15] El 74 en la línea imperial (1103-1156), padre del actual Emperador-monje, Goshirakawa.

[16] «Ramita».

[17] Así fue, pues Naozane se hizo monje budista con el nombre de Renzei, llegando a ser discípulo del famoso reformador Hōnen (1133-1212). Como monje, Renzei, el antiguo samurái, sería inmortalizado al lado de su víctima, el joven Atsumori, en el posterior teatro *noh* de Zeami Motokiyo, que haría de este conmovedor episodio uno de los más celebrados de la literatura japonesa.

CAPÍTULO XVII

LA MUERTE DE TOMOAKIRA

Entre los hombre de Heike estaba Narimori, secretario en jefe de la División de Archivos, hijo de Norimori, consejero medio de la Puerta Principal. Este Narimori perdió la vida a manos de Shigeyuki, un samurái natural de la provincia de Hitachi. También Tsunemasa, asistente del mayordomo de la Casa de la Emperatriz, cuando estaba a punto de alcanzar el barco que le iba a permitir huir, fue rodeado por un grupo de soldados de Shigefusa, del clan de los Kawagoe, que le dieron muerte. Sus hermanos, Tsunetoshi, Kiyofusa y Kiyosada, gobernadores de Wakasa, de Awaji y de Owari, respectivamente, se metieron en las filas enemigas y lucharon con denuedo y bravura y, después de vender muy caras sus vidas, perecieron en combate.

Otro de los Heike, Tomomori, el nuevo consejero medio, estaba al mando de las fuerzas en los bosques de Ikuta. Derrotado y abandonado por casi todos sus hombres, se dirigía a la playa para buscar la huida en los barcos. Sólo lo acompañaban su hijo, Tomoakira, gobernador de Musashi, y un criado samurái llamado Yorikata. Pero antes de tomar el barco fueron avistados por un destacamento enemigo compuesto por unos diez hombres del clan de los Kodama, uno de los cuales llevaba el estandarte del clan con el emblema de batalla. Éstos, al darse cuenta de que los tres fugitivos eran gente principal, picaron espuelas y salieron gritando contra ellos. Pero Yorikata era un arquero de excepción. Cuando los vio venir, se afirmó en los estribos, tensó su arco y disparó una flecha contra el abanderado de los Kodama, que galopaba el primero. La flecha fue tan certera que le atravesó el cuello y cayó muerto de espaldas. Cuando llegaron, el que parecía ser el samurái principal de los Kodama arrimó su caballo al de Tomomori para luchar contra él. Pero Tomoakira, para defender a su padre, interpuso su caballo entre los dos, se agarró al enemigo y lo tiró al suelo. Luego, le cortó la cabeza. Mientras se ponía de pie después de decapitarlo, un paje del muerto se acercó a la carrera, lo atacó y le cortó la

cabeza a Tomoakira. Al ver esto, Yorikata se arrojó sobre el criado y lo mató. Como había gastado ya todas sus flechas, Yorikata siguió luchando con su espada y, después de haber acabado con varios enemigos, fue alcanzado en la rodilla izquierda por una flecha. Incapaz de sostenerse en pie, todavía se sentó y manejó desesperadamente su espada hasta que exhaló su último aliento.

Tomomori aprovechó el fragor del combate para huir a lomos de su magnífico caballo mohíno. Le hizo nadar unos veinte *chō* hasta alcanzar la barca del mismo Munemori, el ministro. La barca estaba repleta de fugitivos y no había espacio para que subiera también el caballo.

—Es una pena que un caballo tan espléndido como éste vaya a caer en manos del enemigo. Será mejor que lo mate —dijo Shigeyoshi, y se preparó para encordar una flecha en su arco y matar al animal. Pero Tomomori se lo impidió diciendo:

—¡No! No me importa en manos de quién caiga. Este caballo me ha salvado la vida y por nada del mundo deseo que muera.

Shigeyoshi bajó el arco.

El caballo, apenado de verse separado de su amo, no quería apartarse de la barca y nadó detrás de ella. Pero al adentrarse la barca en alta mar, regresó a la costa a nado y sin amo en sus lomos. Cuando llegó a poca profundidad y pudo sostenerse en sus patas, se dio la vuelta, miró la lejana barca y relinchó dos o tres veces por la querencia hacia el amo ausente. Más tarde, descansado en tierra firme, fue capturado por Kawagoe Shigefusa, quien se lo regaló al Emperador-monje. Éste mandó guardarlo en los establos imperiales.

El caballo había sido años atrás el favorito del Emperador-monje. En la ceremonia de investidura de Munemori como ministro del Centro, el Emperador-monje se lo había obsequiado como regalo de enhorabuena por el nombramiento. Luego, Munemori se lo había dado a su hermano Tomomori, que lo cuidaba como a la niña de sus ojos. El primer día de cada mes, por ejemplo, rezaba al dios del monte Taisan[18] por la longevidad de su caballo. ¿No sería por eso por lo que el animal gozó de tan larga vida y su nobleza lo llevó a salvar la vida de su amo? Este caballo había sido criado en los pastos de Inoue, provin-

[18] Una montaña situada en el oeste de Shantung, en China, en donde se suponía que vivía el dios de la longevidad.

cia de Shinano, y por eso le pusieron el nombre de *Inoueguro*[19]. Sin embargo, después de haber sido regalado al Emperador-monje por el samurái del clan de los Kawagoe, le cambiaron el nombre y pasó a ser llamado *Kawagoekuro*[20].

Cuando Tomomori estuvo en la barca en presencia de Munemori le dijo:

—Mi hijo Tomoakira ha muerto y también mi criado Yorikata. He tocado el fondo de la miseria. Antes yo siempre criticaba a los hombres que se quedan impasibles en el combate y observan cómo sus hijos luchan para salvar la vida de sus padres. ¡Y qué vergonzosa me parecía la conducta de los padres que huyen sin socorrer a sus hijos! Pero ¡ay, que en mi corazón egoísta hoy he sentido la dentellada del amor a la vida! ¡Qué deshonra la mía! ¡La cara se me cae de vergüenza al imaginar lo que dirá la gente de mí a partir de ahora!

Y apretando la manga contra su rostro, dio rienda suelta a sus lágrimas. Su hermano Munemori lo consoló con estas palabras:

—¡Qué acto de nobleza el de Tomoakira: ofrecer su vida por salvar la de su padre! A fe que era un gran general, un gran guerrero, un gran corazón. Tenía la misma edad que mi hijo Kiyomune, dieciséis años, ¿no es así?

Con los ojos arrasados en lágrimas, Munemori miró a su propio hijo, Kiyomune, capitán de la Guardia de la Puerta Principal. Los hombres de los Heike que allí se encontraban, tanto los guerreros de corazón sensible como los de corazón duro, humedecían las mangas de sus armaduras.

CAPÍTULO XVIII

LA HUIDA

El hijo menor del difunto Shigemori, Moromori, gobernador de la provincia de Bitchū, se había montado en una pequeña barca con siete

19 «Negro de Inoue».
20 «Negro de Kawagoe».

hombres y estaba a punto de alejarse de la playa. Entonces se les acercó uno de los hombres de Tomomori, el samurái Kinnaga, y le gritó desde tierra:

—Veo que esa barca es del señor gobernador de Bitchū. Dejadme subir con vosotros.

Remaron de vuelta a tierra para que Kinnaga se embarcara. Pero ¿qué podía esperarse de una barca pequeña y llena cuando de repente salta a ella un hombre de gran peso con su caballo y su armadura? La barca, por lo tanto, volcó. Moromori se cayó al agua, y braceaba entre las olas para no hundirse cuando se le acercaron en otra barca cuatro o cinco jinetes enemigos del clan de Hatakeyama. Con un tridente lo engancharon, lo subieron a su barca y allí mismo le cortaron la cabeza. Dicen que Moromori sólo tenía catorce años.

Uno de los generales del ejército de los Heike que había estado en la montaña era Michimori, gobernador de Echizen. Iba vestido con un traje de batalla de brocado rojo y encima llevaba una armadura de cordones de damasco. Montaba un caballo marfileño con la silla argentada. Se hallaba separado de sus tropas y de su hermano, Noritsune, gobernador de Noto, y huía de sus perseguidores herido por una flecha que le había traspasado el yelmo. Buscaba un lugar apartado en el que desmontar y quitarse la vida. Pero mientras huía fue alcanzado y muerto por siete soldados enemigos, entre ellos Kimura Naritsuna, de la provincia de Oomi, y Tamai Suekage, de Musashi. Un criado, que hasta entonces iba con él, lo abandonó en el último momento.

Entretanto, en la puerta este y oeste de la fortaleza de Ichi-no-tani siguió durante dos horas un combate encarnizado. En uno y otro bando las bajas fueron numerosas. Delante de las torretas del fuerte y de las empalizadas de afiladas estacas había una montaña de cadáveres de hombres y caballos. El verdor de la pradera de Ichi-no-tani se había trocado en pálido color rojo. Además de los muertos a las puertas de esta fortaleza, de los caídos en los bosques de Ikuta, en el barranco de la montaña y en las playas de la costa, fueron más de dos mil las cabezas que los Genji expusieron a la vista pública. Entre ellas estaban las de Michimori y su hermano menor, Narimori, las de Tadanori, Tomoakira, Moromori, Kiyosada, Kiyofusa, Tsunemasa y las de sus dos hermanos pequeños, Tsunetoshi y Atsumori.

¡Qué dolorosa angustia debían sentir todos los Heike cuando, tras esta derrota, tuvieron que hacerse de nuevo a la mar y llevarse consigo al Emperador niño! Algunas de sus embarcaciones, arrastradas por la corriente y los vientos, tomaron la ruta de Kī; otras, zarandeadas por las olas, fueron a Ashiya; otras costearon el litoral de Suma en dirección a Akashi.

En la noche solitaria, a bordo de barcos sin rumbo y sin puerto seguro donde abrigarse, no había nadie que no se lamentara al contemplar la pálida luna de la primavera... ¡Y cómo mojaban sus mangas! Cuando pasaron por el Estrecho de Awaji y llegaba a sus oídos, confundido con el rumor de las olas, el canto lejano de algún chorlito extraviado de su bandada, ¡con qué dolor reflexionaban sobre su propio destino!

Había otras embarcaciones que seguían flotando frente a las costas de Ichi-no-tani, sin saber hacia dónde enderezar su proa. Así, los supervivientes de los Heike, confiados a las olas, a las corrientes y a los vientos, navegaban a la deriva, sin saber dónde ir ni dónde acabarían, naufragando de isla en isla, perdidos de costa en costa, ignorantes del destino de sus compañeros de desdicha.

Ayer tenían catorce provincias que podían llamar suyas; hoy, ninguna poseían. Ayer, cien mil soldados a caballo que a todas partes los seguían; hoy, nadie que les obedeciera. Ayer habían estado en tierra y a sólo un día de la capital; hoy, tras la amarga derrota, volvían a estar en medio de las olas, de la desesperanza, de las tinieblas.

CAPÍTULO XIX

EL SUICIDIO DE LA DAMA KOZAISHŌ

Había entre los samuráis de Michimori uno de la provincia de Echizen llamado Tokikazu. Acabada la batalla de Ichi-no-tani, remó hasta el barco en que vivía la esposa de su señor y le comunicó la siguiente noticia:

—Señora, vuestro esposo fue rodeado por siete jinetes enemigos en la desembocadura del río Minato y ha muerto. Entre quienes lo mataron se encontraba Naritsuna, del clan de Sasaki, en la provincia de Oomi, y Sukekage, de Musashi. Yo mismo debí perecer allí, en ese mismo lugar, para acompañar a mi señor a la otra vida. Antes de morir tuvo ocasión de decirme: «Aunque yo muera, tú debes seguir viviendo. Quiero que conserves tu vida como puedas y que le cuentes a mi esposa mi fin». Fiel a las órdenes de su marido, señora, he conservado mi insignificante vida y he podido llegar hasta aquí.

La esposa de Michimori no le contestó, sino que se desplomó y se puso a llorar amargamente en el suelo con la cabeza cubierta con las mangas de su kimono. Sin embargo, pese a esta noticia de la muerte de su esposo, quiso agarrarse al hilo de la esperanza de que fuera una noticia falsa y de que tal vez su esposo pudiera volver con vida. Así, aguardó unos días, como si esperara el regreso de un esposo que se va de viaje dos o tres días. Pero al cabo de cuatro y cinco días, el hilo de la esperanza se cortó y la dama se hundió en una profunda melancolía. Por entonces su única dama de compañía era su antigua nodriza que, contagiada del dolor de su señora, se hundió también en un río de lágrimas.

La esposa de Michimori permaneció en el camarote del barco desde el atardecer del día siete, el día en que el samurái Tokikazu le llevó la triste noticia, hasta la noche del día trece. El día siguiente, el catorce, el barco llegaba a la isla de Yashima, pero ella no quiso salir y siguió encerrada en el aposento del barco. Llegó la noche y el silencio se apoderó de todo el barco, pero ella seguía sin salir. Entonces le dijo a su nodriza:

—Durante estos últimos días, aunque una y otra vez me dijeron que mi esposo había muerto, no podía creerlo. Esta tarde, por fin, he aceptado su muerte como un hecho consumado. Todos afirman que él y otros de sus hombres hallaron la muerte en la desembocadura de ese río. Ningún superviviente ha conseguido regresar. La víspera de su partida a la batalla de Ichi-no-tani estuve con él en su tienda por última vez. Esa noche lo encontré muy triste y me dijo: «Señora, algo me dice que voy a morir en el combate de mañana. ¿Qué será de ti cuando yo no esté?». Yo, acostumbrada como estaba a tantas batallas suyas, no di importancia a este comentario. ¡Cómo me pesa ahora ha-

berme mostrado tan indiferente a su temor esa noche! Si hubiera sabido que aquel sería nuestro último encuentro, sin dudar le habría prometido seguirlo en la muerte para caminar juntos al paraíso de la otra vida. Antes de ese encuentro, yo sabía que estaba encinta. Esa noche, sin embargo, por fin se lo dije, porque no deseaba guardarle ningún secreto. Lleno de júbilo, me dijo: «No esperaba tener un hijo a mis treinta años. ¡Cómo me gustaría que fuera un varón! ¡Qué hermoso recuerdo me llevo de esta vida». Después, preocupado por mí, me preguntó: «¿En qué mes estás? ¿Te encuentras bien? No será bueno que estés siempre en el barco. Ahora que llevas un hijo en tus entrañas, debemos buscarte un lugar mejor». Todas estas cosas me dijo aquella noche... Palabras que ahora han resultado vanas. No sé si será verdad, pero se dice que de diez mujeres en mi estado, nueve acaban su vida. ¡Qué deshonra mostrar a todos mi dolor! Y si no muriera y tuviera este hijo, ¡qué doloroso será acordarse de él cada vez que vea el rostro de mi hijo! Mi sufrimiento no hará más que crecer y jamás hallaré consuelo en nada. No podré apartarme nunca del camino de la muerte.

Pero si consiguiera seguir viviendo y escapar de las miradas de los demás, ¿cómo podré evitar enfrentarme por ley de vida a que alguien pida mi mano? Sólo de pensarlo, la angustia de mi pecho crece y crece. ¡Ay, cómo me viene a todas horas, en el sueño y en la vigilia, la imagen de mi amado! ¿Cómo podré vivir con la continua añoranza de un esposo que jamás volverá? Mi único deseo ahora es sumergirme en las profundidades de estas aguas. Sólo siento dejarte sola y dolida. Te ruego como último encargo que tomes todos mis vestidos y los dones a cualquier monje para que rece por la salvación de mi señor y por la mía. Y todas las cartas que he escrito, hazlas llegar a la capital.

Así habló la esposa de Michimori, dando detalladas instrucciones a su nodriza. Pero ésta se echó a llorar y entre sollozos le respondió:

—¡Ay, señora, señora! ¿Tan cruel sois de no pensar ni en mi corazón ni en los sentimientos de quien, como yo, ha dejado en la capital a su hijo y a sus padres ancianos por seguiros en el destierro? Y las señoras cuyos maridos han muerto en la batalla de Ichi-no-tani, ¿creéis que su dolor es menor que el vuestro? No sois la única que sufre, señora. Y no sólo eso. Lleváis un hijo en vuestro vientre. Debéis tenerlo y criarlo. Después, apartada de las miradas de la gente, podréis entrar

en religión y haceros monja para rezar a Buda por la salvación de vuestro difunto marido. Además, señora, aunque siguierais el mismo destino de vuestro esposo, nadie sabe en qué lugar del camino entre los Seis Reinos y los Cuatro Nacimientos se encontrará él ahora[21]. Y no siendo seguro que os encontréis con él en el camino del más allá, ¿qué sentido tendría quitaros la vida? Y otra cosa, señora, ¿cómo os atrevéis a hablar de quitaros la vida sin saber quién va a cuidar de todos esos seres queridos que dejaríais en la capital? ¡Ay, señora, no me hagáis sufrir así diciendo esas cosas!

Esas palabras decía la nodriza ahogada en sollozos. Su señora se arrepintió de haberle confiado su dolor.

—Amiga, comprende mis sentimientos, por favor. ¿No es natural que la mayoría de los seres humanos piense en quitarse la vida cuando les invade una aflicción tan grande? No te preocupes. Si de verdad hubiera resuelto quitarme la vida, no te lo habría dicho. Ya es muy tarde. Vayamos a dormir.

La nodriza, sin embargo, que sabía que su señora ni siquiera había probado una gota de agua, ni tibia ni fría, en estos cuatro o cinco días, comprendió que la decisión de su señora estaba tomada. Así que, con el semblante pesaroso, le dijo:

—Señora, si habéis tomado esa terrible decisión, dejad que os acompañe al fondo del mar. ¡Ay, señora, estoy segura de que no tendría fuerzas para seguir viviendo...!

Con esas palabras, se acostó a su lado, pero, rendida por el cansancio, no tardó en quedarse profundamente dormida. Fue entonces cuando la dama, aprovechando el sueño de la nodriza, se levantó con todo sigilo y salió del aposento. Subió a cubierta y se acercó a la borda del barco. Contempló el firmamento de la noche. Reinaba el silencio. Miró el horizonte infinito del mar, pero no supo orientarse. Necesitaba saber en qué dirección estaba el oeste para poder rezar[22]. Vio que

[21] Los Seis Reinos, o las Seis Sendas, por los que transitan los muertos se refieren al del infierno, el de los espíritus hambrientos, de los animales, de los demonios, de los hombres y de los cielos. Los Cuatro Nacimientos son el de un huevo, de un útero, de la humedad y por metamorfosis.

[22] Según la escuela budista de *Jōdo-shū* (Escuela de la Tierra Pura), el paraíso donde renace el creyente tras la muerte se encuentra en el oeste. Véase en la Introducción el apartado «Religión e ideas».

la luna se escondía tras una montaña y creyó que ahí estaba el paraíso. Se volvió en esa dirección y en silencio se puso a rezar. ¡Qué hondo pesar debió afligir su pecho mientras movía los labios y llegaba a sus oídos el canto de los chorlitos entre las blancas olas de la playa confundido con el bogar de los remos del barco! Ésta era su oración: «Busco abrigo en Amida o *Namu Amida Butsu*, señor de la salvación eterna en el Paraíso de Occidente. Guiame al sagrado reino y admíteme sobre la misma flor de loto en que, os ruego, recibáis a mi esposo para que estemos juntos en la otra vida como juntos hemos estado en ésta». Y repitió cien veces la invocación de *Namu Amida Butsu* mientras contemplaba el lejano cielo con lágrimas en los ojos. En el instante de pronunciar la sílaba *na* de la palabra *Namu* de la última invocación, se tiró por la borda y se hundió en las profundidades del mar.

Era medianoche. El barco hacía la travesía entre Ichi-no-tani y Yashima. A bordo reinaba el silencio. Nadie se había dado cuenta; nadie, excepto uno de los marineros, que dio la alarma gritando:

—¡Cuerpo al agua! ¡Una mujer acaba de arrojarse al mar!

La nodriza se despertó, y en vano buscaba a tientas con la mano el cuerpo de su señora. De su garganta sólo pudieron escapar dos palabras:

—¡Ay, ay...!

Fueron muchos los marineros que se arrojaron al mar para buscar a la dama. Pero ¿qué se podía esperar de una noche brumosa de primavera con la niebla extendida en las cuatro direcciones y una luna cubierta de espesas nubes? Por mucho que buscaron y bucearon no pudieron dar con el cuerpo. Al cabo de mucho rato lo encontraron y lo subieron al barco, pero la dama ya había abandonado este mundo. Su cuerpo estaba envuelto en dos kimonos de seda y una falda blanca. El cabello y las mangas chorreaban y chorreaban agua. Habían encontrado un cuerpo, pero un cuerpo sin vida. La nodriza tomó las manos de su señora y, apretándolas contra su rostro, pronunció con voz agónica estas palabras:

—¡Ay, señora, señora! Si tan decidido lo teníais, ¿por qué no me llevasteis a mí también hasta las profundidades del mar? Os lo ruego, señora, decidme una última palabra, ¡una palabra!

Pero la dama no podía decir ninguna palabra. Su último aliento la había abandonado para siempre.

Entretanto, la luna de la noche de primavera se iba dejando caer al cielo del oeste. Al otro lado, la aurora empezó a teñir un cielo cubierto de nubes.

Despedirse de su señora para siempre resultaba más duro de lo que la nodriza podía soportar, pero no tuvo más remedio que dejar que su cuerpo fuera devuelto al mar atado con la armadura de su difunto esposo, para que no flotara de nuevo. La nodriza quiso ir tras ella y tuvieron que sujetarla para impedírselo. Sólo le quedó el consuelo de cortarse el pelo con sus propias manos ese mismo día y hacerse monja. Pidió al consejero menor y monje Chūkai, hermano menor de Michimori, que oficiara la ceremonia de profesión religiosa. Hizo los votos sagrados con lágrimas en los ojos, mientras rezaba por la salvación de su señora.

Desde la antigüedad han sido muchas las mujeres que, habiendo perdido a sus maridos, se tonsuraron; pero no tantas las que optaron por quitarse la vida. Tal vez ambas conductas sean reflejo de los dichos «un vasallo leal no sirve a dos señores» y «una esposa virtuosa no se muestra a dos maridos».

Esta dama era hija de Norikata, justicia mayor del Imperio. Su nombre era Kozaishō y su belleza no tenía parangón entre las damas de la Corte que servían a la emperatriz Shōsaimon-in. Cuando era una doncella de apenas dieciséis años, en la primavera de la era de Angen, acompañó a la Emperatriz en una excursión al templo de Hōsshō-ji para contemplar la floración del cerezo. En aquellos días, Michimori era asistente del mayordomo imperial y, como tal, le correspondía ir en la comitiva. Nada más ver a Kozaishō, quedó prendado de su belleza. Desde entonces, no podía apartarla de su pensamiento ni por un momento. Empezó a componerle poemas y a enviárselos, una carta tras otra. El número de cartas crecía, pero Michimori no recibía ninguna respuesta. Así pasaron tres años. El enamorado escribió una enésima carta y se la envió, pero el mensajero de la carta no pudo encontrar a la criada que solía recibir sus cartas. Cuando, triste, regresaba a la casa de su señor, vio en la calle el palanquín de Kozaishō, que volvía de la casa de sus padres. El mensajero, que por nada del mundo deseaba volver sin haber entregado la carta, corrió al palanquín y arrojó la carta en su interior apartando suavemente las cortinas. Kozaishō preguntó al cochero quién había tirado esa carta, pero no supo res-

ponderle. Abrió la carta y descubrió que era de Michimori. Indecisa entre abandonar la carta en el palanquín o arrojarla a la calle, guardó la carta en la manga de su kimono y, así, se presentó en el Palacio Imperial. Poco después, mientras servía en los aposentos imperiales, quiso la fortuna que se le cayera la carta ante los ojos de la Emperatriz, que la recogió rápidamente y se la guardó en la manga diciendo graciosamente:

—¡Vaya, vaya!, me he encontrado una cosita extraña en el suelo. Vamos a ver, ¿a quién le pertenece esta carta?

Todas las doncellas presentes juraron por los dioses y por Buda no saber a quién pertenecía.

—No sabemos nada —contestaron.

Pero de todas ellas, había una cuyo rostro se había encendido como la grana y que se quedó inmóvil, incapaz de pronunciar una palabra. Era Kozaishō. La Emperatriz, que ya tenía conocimiento del amor de Michimori por su doncella, abrió la carta. Al hacerlo, fue cautivada por la deliciosa fragancia de incienso que exhalaba la carta y por la exquisita caligrafía en que estaba escrita. «Tus desdenes no hacen más que acrecentar mi amor...», decía la carta. Al final había un poema que decía así:

Igual que un leño
que, puente en un riachuelo,
todos lo pisan,
así es mi amor, mojado
y siempre desdeñado.

—¡Bueno, bueno! —exclamó la Emperatriz—. ¿No estamos ante una carta de amor con quejas de rechazo? Cuando una mujer castiga con el desdén a un hombre, al final paga las consecuencias. ¿O es que no sabéis la historia de Ono no Komachi? Vivió hace mucho y era famosa tanto por su belleza como por su talento poético. A causa de una y otro hacía sufrir a cualquier hombre que la veía o escuchaba[23]. Adqui-

[23] Ono no Komachi (820-900?), famosa poeta cuyos versos amatorios, publicados sobre todo en el *Kokinshū* (op. cit.), le han dado un puesto de honor entre los Seis Poetas Inmortales (*rokkasen*) de Japón. Alrededor de su nombre se han tejido numerosas y románticas leyendas, como la de que al final de su vida cayó en la demencia ocasiona-

rió fama de mujer altiva y cruel, y por ello sufrió las consecuencias de la mala opinión en que llegó a tenerla la gente. El final de su vida fue miserable. Vivía en una humilde cabaña que no la abrigaba del viento ni de la lluvia. Pasó los años contemplando entre lágrimas la luz de la luna y de las estrellas que penetraba por el ruinoso techo de su mísera vivienda. Así, alimentándose de hierbas y raíces, esa mujer consiguió mantener su vida, una vida tan frágil como la gota del rocío.

Y la Emperatriz apremió a su doncella:

—¡Vamos! Tienes que responder a este caballero ahora mismo.

Su Majestad se dignó en pedir una moleta y un pincel, y con su augusta mano ella misma respondió con estos versos.

Leño pisado,
por delgado que sea
fuerte ha de ser.
Aguantad que respuesta
feliz pronto os vendrá.

Este incidente encendió el fuego del amor en el corazón de Kozaishō. El humo de su llama creció y creció hasta subir y subir como el humo del monte Fuji. Lágrimas de dicha mojaron las mangas de su kimono como las olas mojan las playas de Kiyomi-gaseki. Así, la belleza de su rostro le trajo la felicidad, porque Michimori se casó con ella y los dos se amaron tiernamente de todo corazón. Su amor era tan fuerte que Michimori la llevaba a su lado dondequiera que iba, fuera por tierra en su destierro al oeste, fuera por mar en la barca de la huida. También en el camino de la muerte tuvo que llevarla consigo.

El consejero medio de la Puerta Principal, Norimori, sobrevivió así a su hijo mayor, Michimori, y al menor, Narimori. Sólo le quedaban Noritsune, gobernador de Noto, y Chūkai, el monje y consejero menor.

Ahora acababa de perder a Kozaishō, el último recuerdo vivo de su hijo, y su tristeza no hacía más que crecer.

da por el espíritu vengativo de un antiguo amante. Incluso en la época de Edo (1600-1868), el nombre de «Komachi» se utilizaba como sufijo de nombres de lugar para referirse a alguna mujer bella de la localidad, una práctica que sigue actualmente en pie.

LIBRO DÉCIMO

CAPÍTULO I

LA PROCESIÓN DE LAS CABEZAS

Las cabezas de los Heike que habían sido cortadas en la batalla de Ichi-no-tani, provincia de Setsu, el día siete del segundo mes del tercer año de la era Juei (1184), llegaron a la capital el día doce. En la gran ciudad, todos cuantos tenían algún lazo con los Heike se lamentaban amargamente y estaban inquietos por la suerte que ahora pudieran correr.

Una de estas personas era la esposa de Koremori, el capitán medio del tercer rango de la nobleza. Se hallaba escondida en el templo de Daikaku y a sus oídos llegó el siguiente rumor: «No han sido muchos los nobles que han salido vivos de la batalla de Ichi-no-tani, pero uno de ellos es un capitán medio que ha llegado a la capital como prisionero».

Pensó entonces: «Sin duda ése tiene que ser mi esposo». Y se postró en el suelo con el rostro oculto por las mangas del kimono. En esa postura la encontró una de sus doncellas, que se le acercó para decirle:

—Señora, el cautivo no es mi señor Koremori, sino Shigehira, que antes era capitán medio[1].

—En ese caso, alguna de las cabezas será la suya —repuso la esposa de Koremori, todavía con más angustia.

[1] Y, después, teniente general, como aparece en el Libro noveno.

El día trece, Nakayori, teniente de la Guardia Imperial, se presentó en Rokujō, en la orilla del río Kamo, donde de manos de los generales de los Genji recibió las cabezas cortadas. Los dos hermanos vencedores, Noriyori y Yoshitsune, recomendaron al Emperador-monje que permitiera el desfile de todas las cabezas por la gran avenida de Higashi-no-tōin en dirección norte y que quedaran colgadas de los árboles delante de las cárceles. El Emperador-monje se mostró indeciso y convocó al regente, Motomichi, a los ministros de la Izquierda y de la Derecha, Tsunemune y Munezane, al ministro del Centro, Jittei, y al consejero mayor Tadachika. El consejo de estos cinco cortesanos fue unánime:

—Majestad —le dijeron—, jamás, ni siquiera en los tiempos más remotos, las cabezas decapitadas de nobles con rangos superiores han sido paseadas por la gran avenida. Además, se trata de nobles que sirvieron a la Casa Imperial. De ninguna manera, Majestad, debe autorizar la petición de los Genji.

El Emperador-monje comunicó a los dos vencedores de los Genji su desautorización del desfile de cabezas. Pero tanto Noriyori como Yoshitsune insistieron:

—Majestad, en la pasada era de Hōgen estos hombres cuyas cabezas os hemos traído fueron enemigos de nuestro abuelo Tameyoshi. Y, más recientemente, en la era de Heiji, fueron enemigos de nuestro padre Yoshitomo. Con gran riesgo de nuestras vidas, hemos calmado la augusta indignación de Su Majestad y obedecido su edicto contra los Heike y, al mismo tiempo, hemos lavado la deshonra que causaron a nuestro abuelo y a nuestro padre. Si no mostramos sus cabezas por la gran avenida de la capital, ¿con qué ánimo podremos seguir luchando en el futuro y seguir haciendo la guerra contra los enemigos de Su Majestad?

La presión de los dos generales Genji fue, en fin, tan grande que el Emperador-monje no tuvo más remedio que ceder.

Incalculable fue el número de habitantes de la capital que salió a presenciar el desfile. Antes, cuando los Heike regían los destinos del Imperio, sentían temor ante el imponente aspecto y los fastuosos desfiles con que los Heike marchaban por la gran avenida. Ahora, no había nadie cuyo corazón no fuera invadido por la compasión y la pe-

na ante el espectáculo de sus cabezas cortadas, paseadas por esa misma avenida.

Entre los espectadores había dos criados samuráis del capitán Koremori, llamados Saitō-go y Saitō-roku, que ahora servían a Rokudai, hijo de Koremori. Disfrazados, se habían acercado con penosa incertidumbre a ver si reconocían la cabeza de su señor. Aunque reconocieron las cabezas de otros nobles, no vieron la de Koremori. Sintieron deseos de ponerse a llorar allí mismo pero, por miedo a ser reconocidos en la calle, no tardaron en volver al templo Daikaku.

La esposa de Koremori corrió para preguntarles:

—Bien, contad, contad.

—De entre las cabezas de los hijos de Shigemori[2], sólo hemos reconocido la de Moromori, gobernador de Bitchū. Estaban las cabezas de unos y otros..., de tantos que sería largo de contar, señora.

—Ya no puedo decir que ninguno de ellos me sea ajeno —dijo llorando la dama. Al cabo de un rato, su criado Satigō-go comentó entre lágrimas:

—Como ya llevo escondido uno o dos años, la gente en la calle no me ha podido reconocer. Tal vez debí haberme quedado hasta el final del desfile para enterarme de más cosas, pero por lo menos pude oír a uno de los espectadores que decía: «Los hijos de Shigemori estuvieron en esta batalla y defendieron el monte Mikusa, en la frontera entre Harima y Tamba. Pero fueron derrotados por las tropas de Yoshitsune. Sukemori, Arimori y Tadafusa pudieron tomar una barca en Takasago y huir hacia Yashima, provincia de Sanuki. No se sabe por qué sólo Moromori se separó de sus hermanos, y pereció después en la batalla de Ichi-no-tani». Luego le pregunté a ese hombre sobre el paradero de mi señor Koremori y me respondió: «Dicen que antes de la batalla se puso gravemente enfermo y por eso, sin entrar en combate, se retiró directamente a Yashima. Por ese motivo no estuvo presente en Ichi-no-tani». Ésa es toda la información que pude sacar, señora.

—¡Ay! —exclamó la dama—. Seguro que se puso enfermo de tanta preocupación como el pobre debía sentir por nosotros. Cuando se le-

[2] Shigemori, que había muerto cinco años antes de los sucesos ahora narrados (Libro 3, cap. XI), tenía entre sus hijos al mayor Koremori, a Sukemori, a Arimori, a Kiyotsune, que se suicidó arrojándose al mar (Libro 8, cap. IV), y a Moromori, cuya cabeza acaba de ser ahora reconocida.

vantaba el viento, me angustiaba pensar que estuviera navegando; cuando comenzaba la batalla, estaba inquieta pensando en que pudiera morir. Ahora que sé que ha caído enfermo, ¿cómo no voy a angustiarme? ¿Quién lo va a cuidar? ¡Ah, cómo me gustaría saber más detalles de mi esposo!

Pero aún más triste era la escena en que los dos hijos pequeños de Koremori, un niño y una niña, preguntaron al criado:

—¿Y por qué no le preguntaste de qué se había puesto malo?

Lejos de allí, Koremori se figuraba la profunda inquietud en que viviría su familia y se atormentaba pensando: «Si duda, los míos deben estar muy preocupados por mí, cuando no han visto mi cabeza entre todas las cortadas por el enemigo. Seguro que creen que he muerto ahogado o desangrado por alguna flecha. ¡Ay! ¡Cómo deseo darles la noticia de que aún conservo esta vida, efímera como gota de rocío!».

Y escribió tres cartas para su familia, que entregó a uno de sus samuráis para que las llevara a la capital. La primera de las cartas era para su esposa y decía así: «Se dice que la capital está plagada de enemigos y que no hay dónde esconderse. Puedo imaginar tu tristeza teniendo que cuidar a niños pequeños. ¡Cómo me gustaría tenerte a mi lado y que compartieras mi destino! Pero ya sabes lo que te dije en nuestra despedida. Aunque yo pueda aguantar las incomodidades y penurias de esta vida, no aguantaría veros a todos vosotros en la misma situación». Se daban detalles de otras cosas en la carta y al final había un poema:

Toma el recuerdo
de estas letras, estelas
de quien se mueve
como algas que sin rumbo
van por el mar flotando.

A sus hijos pequeños les escribió una misma carta para cada uno. Decía en ella: «Me pregunto qué haréis para animaros y pasar el tiempo. No os preocupéis, que muy pronto podréis venir aquí conmigo».

El mensajero tomó estas cartas y viajó a la capital para entregarlas a su esposa. Al recibirlas, quedó embargada por una profunda tristeza. Cuando al cabo de cuatro o cinco días el mensajero pidió licencia para

volver, la dama se dispuso a escribir la respuesta para su esposo con lágrimas en sus ojos. También los pequeños tomaron el pincel y preguntaron a la madre:

—Mamá, ¿qué le ponemos a nuestro padre en la carta?

—Escribid lo que queráis —les dijo la madre. Entonces los dos niños escribieron lo mismo: «Papá, ¿por qué no has venido a buscarnos? Papá, te echamos mucho de menos, mucho, sí mucho, y por eso queremos que vengas a por nosotros muy, muy pronto».

El mensajero tomó las cartas y regresó a Yashima.

Cuando Koremori las recibió y leyó..., ¡cómo se conmovió, especialmente al leer las líneas escritas por sus pequeños!

—Me falta valor para abrazar la vida religiosa —murmuró entre lágrimas—. Los lazos de amor que siento por mi familia son demasiado fuertes para renunciar al mundo y pasarme la vida rezando con el fin de renacer en el paraíso. Pero de lo que sí me siento capaz es de atravesar las montañas, llegarme a la capital y ver una vez más a mi querida esposa e hijos. Y luego morir.

CAPÍTULO II

LA DAMA DEL PALACIO

El día catorce del segundo mes, Shigehira, teniente general de la Guardia Imperial de la Derecha y noble del tercer rango, que había sido hecho prisionero en combate, fue paseado por la avenida al este de Rokujō. Lo metieron en un palanquín sin cortinas para que pudiera ser visto por todo el mundo por las ventanillas de la derecha y la izquierda. Sanehira, su guardián, vestido con un traje de batalla de color amarillo oscuro y con media armadura, cabalgaba con otros treinta jinetes por delante y detrás del palanquín. La gente, noble o plebeya, que presenciaba este desfile murmuraba horrorizada:

—¡Qué pena! ¿Qué delito ha cometido para que tenga que estar pagándolo con tal deshonra? ¿Cómo ha podido quedar él solo entre

tantos hijos de los Heike? El primer ministro-*nyūdō* Kiyomori, su esposa y todo el clan lo tenían en más afecto que a otros. Siempre que acudía al Palacio Imperial o al Palacio de Clausura, todos los cortesanos, jóvenes o viejos, le cedían el paso y le daban el mejor asiento. Seguro que esta afrenta que ahora sufre es el castigo por aquel crimen cometido cuando incendió el templo de Nara.

El palanquín fue paseado hasta el este del río Kamo y después regresó a la mansión del difunto consejero medio Inenari, en Hachijō Horikawa, en donde el prisionero quedó bajo custodia de Sanehira.

El Emperador-monje despachó entonces al archivero Sadanaga como enviado especial suyo para hablar con el prisionero Shigehira, en Hachijō Horikawa. En calidad de enviado imperial, Sadanaga llevaba un vestido ceremonial, con kimono de color rojo, espada y cetro. Shigehira, que en ese momento vestía una túnica de color azul y blanca e iba tocado con gorro alto de laca, lo recibió con temor, como si ante él tuviera al mismo Emma, el dios de los infiernos, el que cuenta los pecados de los condenados al fuego infernal. En otros tiempos, Sadanaga le hubiera parecido, en cambio, un hombre perfectamente insignificante.

Bien oiréis las palabras que le dijo Sadanaga, enviado imperial:

—Su Majestad os comunica esto: «Si deseáis volver con los vuestros a Yashima, enviad un mensaje a los Heike para que devuelvan a la capital los Tres Tesoros Sagrados. Si así lo hacen, quedaréis libre para volver con ellos».

Shigehira le respondió estas palabras:

—Ni mi vida ni diez mil vidas mías serán razón para que mi hermano, el ministro Munemori, consienta en devolver las sagradas insignias del imperio. Tal vez mi madre, Nī-dono, por ser mujer, esté dispuesta a ello. Sin embargo, para no ser descortés con este comunicado imperial, enviaré un mensaje a Yashima que transmita el ruego de Su Majestad y veremos lo que pasa.

Como mensajero de Shigehira se nombró a Shigekuni, miembro de la Guardia Imperial de la Puerta de la Derecha, y a Hanakata, uno de los sirvientes de la Casa Imperial. Como no se le permitió escribir cartas personales, Shigehira comunicó de viva voz los mensajes destinados a los diferentes miembros de su familia. Uno de estos mensajes era para su esposa y decía así: «Durante nuestro viaje al destierro tú

me consolabas y yo te consolaba. Pero ahora que no estoy a tu lado..., ¡qué dolor estarás sintiendo! Dicen que el lazo conyugal dura dos existencias; por eso, estoy seguro de que en mi siguiente vida renaceré para encontrarme contigo».

Cuando con lágrimas en los ojos confió este mensaje a Shigekuni, éste lo recibió en su corazón y luego se retiró aguantando las lágrimas.

Tenía Shigehira un samurái que durante muchos años fue su criado y que se llamaba Tomotoki. Cuando su señor partió al destierro, se había quedado en la capital al servicio de la princesa Hachijō. Se presentó un día ante Sanehira, el guardián de su señor ahora en cautividad, y le dijo:

—Me llamo Tomotoki y durante muchos años estuve al servicio de mi señor Shigehira, teniente general de la Derecha. Hubiera deseado acompañarlo a las provincias del oeste, pero no pude porque en ese momento estaba protegiendo a la princesa. Hoy he visto cómo mi señor era paseado por la gran avenida y era tan doloroso verle así que no fui capaz de levantar más la vista. Si no tenéis, señor, inconveniente, me gustaría pediros permiso para visitarlo y poder darle consuelo. Como no soy muy diestro en el arte de la espada y del arco, nunca he acompañado a mi señor en batalla. De todo lo que he sido capaz ha sido de hacerle compañía por la mañana y por la tarde. Aún así, si sospecháis de mí, aquí os dejo mi daga. ¿Me permitiréis, señor, pasar y visitarlo?

—Si pasas solo, no tengo inconveniente —le respondió Sanehira, que era un hombre compasivo. Pero añadió—: De todas formas, deja aquí tu daga mientras estés con él.

Tomotoki se alegró mucho y entró rápidamente. Encontró a su señor con aire muy pensativo y el cuerpo debilitado. Al verlo en tal estado, las lágrimas empezaron a rodar por sus mejillas. Shigehira, por su parte, cuando vio a su criado ante él, creyó estar soñando dentro de un sueño y no pudo hacer otra cosa que llorar en silencio. Se pusieron después a hablar de tiempos pasados hasta que Shigehira le dijo:

—Por cierto, dime, ¿todavía sigue en palacio aquella dama con quien yo me comunicaba a través de ti?

—Sí, señor, allá sigue.

—Cuando tuve que salir hacia las regiones del oeste, partí sin decirle una palabra de adiós. Sentí vergüenza al imaginar que ella iba a

pensar que todas nuestras promesas de lazos en esta vida y en la futura no eran más que palabras y falsedades. Me gustaría que le llevases una carta mía. ¿Podrás hacerlo?

—Claro que sí, señor —respondió Tomotoki.

Shigehira se puso muy contento y rápidamente escribió una carta. Pero los soldados que lo custodiaban preguntaron:

—¿Qué clase de escrito es ése? No podemos permitir que escribas cartas.

—Muéstrales la carta —dijo Shigehira a su criado.

Después de leerla, dijeron los guardias:

—Está bien. No es una carta tan importante. —Y se la devolvieron.

Tomotoki tomó la carta y se presentó en el Palacio Imperial. Pero estaba tan concurrido a aquella hora que decidió esperar en una caseta a que oscureciera. Entonces, se puso a merodear por las puertas traseras de las dependencias de las doncellas de palacio. Le pareció oír la voz de la mujer que buscaba al escuchar estas palabras:

—¡Ay, qué desgracia que sólo el señor Shigehira fuera hecho cautivo y arrastrado con escarnio por la gran avenida de la capital! Todos dicen que paga el pecado de haber quemado el monasterio de Nara. Pero recuerdo que él mismo me dijo una vez: «La verdad es que yo nunca tuve intención de incendiarlo. Pero entre los nuestros había hombres malvados e incontrolables que iban prendiendo fuego por todas partes; y el fuego se extendió, sin que pudiera evitarlo, a los templos y pagodas del monasterio. Dicen que las gotas de rocío que hay en las hojas de las hierbas lentamente se van acumulando hasta formar arroyos y torrentes que logran derribar troncos y arrastrar piedras. Así los pecados de mis hombres se han acumulado para arrastrarme a mí ahora». Así hablaba el pobre, ¡y con cuánta razón! Esos pecados ahora lo están arrastrando.

Y lloraba desconsoladamente. Tomotoki, que oía cómo se lamentaba la doncella, se conmovió al comprobar que también ella compadecía la suerte de su señor. Esto le dio el ánimo necesario para decir:

—Disculpe, señora...

—¿Quién es?

—Traigo una carta del señor Shigehira, teniente general del tercer rango de la nobleza...

La doncella, sobresaltada y sin temor de que la vieran en un día normal como aquél, salió corriendo hacia la puerta empujada por la emoción:

—¿Para quién es la carta? ¿Dónde está él? ¿Dónde está? —preguntó.

Tomotoki le entregó la carta y la leyó con manos temblorosas. En ella hablaba de cómo le habían prendido en las provincias del oeste, de la cruel incertidumbre que se cernía sobre su futuro, y, al final, se incluía un poema:

Río de lágrimas,
donde nadie sabe, mi
vergüenza arrastra.
Aunque sea una vez sólo
verte otra vez quisiera.

Sin decir una palabra y emocionada, la doncella se guardó la carta en la escotadura del kimono al tiempo que dio rienda suelta a sus lágrimas. Al cabo de un rato, se dio cuenta de que no podía seguir así y decidió escribir una respuesta. En los siguientes versos plasmó todo el dolor que había acumulado en silencio durante los últimos dos años:

En ese río,
mi vergüenza perdida
fluye a tu lado.
¡Si contigo pudiera
en sus aguas hundirme!

Tomotoki cogió la carta y volvió a la prisión de su señor. Pero los guardias lo detuvieron diciéndole:

—Veamos lo que traes.

Tomotoki les mostró la carta. No les pareció mal y, devolviéndosela, le dejaron pasar.

Cuando Shigehira leyó la carta de la doncella, aumentó su melancolía. No pudo evitar el anhelo de volver a reunirse con ella y le hizo a Sanehira el siguiente ruego:

—Mucho me gustaría volver a ver a una dama con quien he tenido relación estos años. ¿Sería posible?

Su carcelero, que era un hombre de buen corazón, le respondió:

—Tratándose de una dama, ¿qué mal puede haber?

Lleno de alegría, Shigehira envió un palanquín al palacio para que viniera a visitarlo la doncella. Ésta rápidamente montó en él y enseguida llegó. El palanquín fue detenido en la terraza. Cuando a Shigehira le comunicaron su llegada, se acercó prestamente al palanquín y dijo:

—No debes bajarte del palanquín. Los guardias nos están mirando.

Entonces él, alzó las cortinas del palanquín y metió la mitad de su cuerpo en el carruaje. Tomó las manos de la dama, apretó su cara contra la de ella y los dos, sin mediar palabra, lloraron dulcemente.

Al cabo de un rato, dijo Shigehira:

—Cuando tuve que salir hacia las regiones del oeste, quise verte por última vez. Pero había tanta confusión en la ciudad, que no encontré la ocasión de despedirme. Después, quise enviarte algunas cartas y recibir tus respuestas, pero los continuos viajes me llevaban de acá para allá siempre en contra de mi voluntad. Así, entre viajes y batallas, he dejado pasar vanamente los meses. Ha sido necesario que me hallara cautivo y en una situación tan desdichada como ésta para que el destino otra vez nos reúna.

Se ocultó el rostro con la manga y bajó la cabeza. ¡Qué triste imaginar lo que pasaba en el interior de esos dos corazones! Permanecieron juntos hasta medianoche. Finalmente, dijo él:

—Estos días las calles son peligrosas por la noche. Será mejor que regreses antes de que se haga más tarde.

Pero cuando el palanquín se puso en marcha, Shigehira, sofocando las lágrimas por el dolor de la separación, se agarró a la manga de su amada y recitó el siguiente poema:

Esta existencia
mía, como el rocío,
y esta reunión
¿acaso no son los últimos
momentos de mi noche?

La dama le contestó con éste:

¿Momentos últimos?
Si de ti para siempre
yo me despido,
que sepas que antes que el tuyo
mi rocío se irá.

Y regresó al palacio. Desde entonces, los dos tuvieron que conformarse con intercambiar cartas, pues los guardias no volvieron a permitirles un segundo encuentro.

Esta dama era la hija del sacerdote Chikanori, que durante un tiempo había sido ministro de Asuntos Populares. Era una mujer de gran belleza y de corazón compasivo. ¡Qué pena que tuviera que enterarse más tarde del traslado de Shigehira a Nara, donde sería ejecutado! Cuando recibió la noticia, cortó sus cabellos, cambió su ropa de doncella de la Corte por el negro hábito de una religiosa y pasó el resto de la vida rezando por la salvación eterna de su amado.

CAPÍTULO III

EL EDICTO IMPERIAL

Entretanto, los enviados del Emperador-monje, Shigekuni y Hanakata, habían llegado a Yashima, donde seguían los Heike, y entregaron el edicto imperial a Munemori. Reunidos todos los de su clan, se procedió a la lectura del augusto mensaje. Esto es lo que decía:

«Muchos años han pasado desde que Su Majestad, el emperador Antoku, abandonó el Palacio Imperial para emprender un viaje a otras partes, llevándose consigo los Tres Tesoros Sagrados, que estarán en algún lugar ignoto del mar del Sur o de la isla de Shikoku. Su augusta ausencia y la de las sagradas insignias es causa de honda preocupación para la Casa Imperial y una desastrosa amenaza para la estabilidad y seguridad del Imperio.

El señor Shigehira es un traidor al trono por su pecado de haber incendiado el templo de Tōdai, en Nara. A petición de Yoritomo, súbdito imperial, tiene que ser condenado a muerte. En estos momentos se encuentra en cautiverio, solo y lejos de su familia. Igual que el ave dentro de la jaula añora las nubes lejanas, el corazón de Shigehira recorre miles de leguas, cruza los mares del sur y, como el ganso separado de su bandada, añora la tierra de Yashima donde se hallan las deseadas nubes. La vida de este cautivo está en vuestras manos. Sólo necesitáis devolver los Tres Tesoros Sagrados para que nosotros le perdonemos la vida.

Éste es un edicto imperial, dictado por el mayordomo de la Casa Imperial, Naritada, y dirigido al consejero mayor Tokitada, de los Heike.

Día catorce del segundo mes del tercer año de la era Juei».

CAPÍTULO IV

LA RESPUESTA AL EDICTO

De Shigehira llegó también una carta dirigida a su hermano, el ministro Munemori, y otra para Tokitada, el consejero mayor[3]. A su madre, Nī-dono, igualmente le envió Shigehira una nota en donde le escribía con detalles este mensaje: «Madre, si deseas verme otra vez con vida, debes pedir al ministro que devuelva los Tres Tesoros Sagrados. De lo contrario, nunca jamás volveremos a vernos».

Cuando leyó este mensaje, Nī-dono no pudo pronunciar ni una palabra. Aturdida, metió la carta por la escotadura de su kimono y se desplomó de bruces en el suelo. ¡El desgarrador mensaje de su hijo parecía haberle traspasado el corazón!

[3] Sin embargo, según se leyó en el capítulo I, al mensajero se le había prohibido recibir cartas personales de Shigehira. Probablemente, de los mensajes orales memorizados por el mensajero, él mismo había escrito cartas para no olvidar el contenido en un viaje de cuatro días, siendo estas cartas las que ahora entregaba.

Por su parte, Tokitada y los nobles de alto rango de los Heike se reunieron para tratar de la respuesta que darían al edicto imperial. Nī-dono se presentó en la reunión después de correr la cortina de la última fila. Apretando la carta de su hijo contra la cara, la dama se postró ante su hijo, el ministro, y llorando le dijo así:

—¡Aquí está la carta del teniente general que me escribe desde la capital, y qué terrible carta! ¡Qué dolor debe estar sintiendo en su corazón! Por mí, que soy tu madre, te ruego que inmediatamente devuelvas las tres insignias sagradas a la capital.

—También yo creo que debería hacerlo —repuso el ministro—, pero ¿qué dirían los nuestros? Sin duda pensarán que sería un grave error. Además, devolverlas significaría humillarse ante Yoritomo. No podemos, por tanto, devolverlas sin más ni más. La legitimidad del Emperador depende de la posesión de los Tres Tesoros. Tu amor de madre por este hijo es puesto a prueba ahora, en estas circunstancias. Pero considera que ceder a tu petición sería condenar a todos los nuestros, incluidos tus otros hijos.

Su madre, la dama Nī-dono, le habló entonces así:

—Cuando murió mi esposo, tu padre, no deseé seguir viviendo ni un momento más. Pero me apenaba pensar que mi esposo pudiera hallarse extraviado en su viaje por la morada de los muertos y quise vivir para rezar por él. También deseaba seguir en esta vida porque anhelaba tu prosperidad y la de nuestro clan. Sin embargo, cuando me enteré de que mi hijo Shigehira había sido hecho prisionero en Ichi-no-tani, mi alma abandonó este cuerpo para estar siempre a su lado. Pero como me he dado cuenta de que ni en sueños se me aparece, siento una opresión tal en el pecho que ni el agua tibia puede pasar por la garganta. Ahora que he leído su carta, sé que jamás se cumplirá mi anhelo de ver la restauración del clan. Si tu hermano Shigehira va a dejar esta vida, yo seguiré su camino. Antes de que me llegue la noticia de su muerte, te ruego, hijo mío, que me arranques esta vida desgraciada.

Así, sin dejar de llorar, suplicaba la dama. Todos los presentes sentían como propia su gran aflicción y todos bajaban la cabeza con lágrimas en los ojos. Tomomori, el nuevo consejero medio, que era otro de sus hijos, intentó convencerla con estas palabras:

—Aunque devolvamos las tres insignias sagradas, no creas que van a liberar a Shigehira. Creo que debemos contestar que no vamos a devolverlas.

—Soy del mismo parecer —añadió el ministro. Y ordenó que se escribiera una carta de respuesta.

También Nī-dono, entre lágrimas, escribió a Shigehira su propia carta, que confió a Shigekuni, el mensajero.

Por su parte, la esposa de Shigehira, Dainago-no-suke, sólo podía derramar lágrimas y no era capaz de escribir nada. ¡Qué doloroso descubrir que en el fondo del corazón humano existe un sufrimiento sin límites!

El mensajero, ante todas estas escenas, escurría la manga de su kimono de mojada que estaba y, sin parar de llorar, se alejó del lugar.

Entretanto, Tokitada, el consejero mayor de los Heike, mandó llamar al otro mensajero, Hanakata, y le preguntó:

—¿Así que tú eres Hanakata?

—Así es, señor.

—Para ser un servidor doméstico del Emperador-monje mucho camino has andado por la ruta del mar, salvando innumerables olas. Quiero que tengas un recuerdo de este viaje que no olvides el resto de tus días.

Ordenó entonces que le marcaran en su rostro con un hierro candente las letras *nami* y *kata*[4].

Cuando este hombre regresó a la capital y se presentó ante el Emperador-monje, éste le dijo:

—Bueno, bueno, ya no tiene remedio lo que han hecho contigo. A partir de ahora te llamaré «Namikata».

Y rompió a reír.

La carta de respuesta de los Heike al Emperador-monje decía lo siguiente:

«Respuesta al edicto imperial del día catorce del segundo mes.

El edicto imperial ha llegado a las costas de Yashima, provincia de Sanuki, y ha sido recibido el día veintiocho del mismo mes con el debido respeto.

[4] Con el significado de «hombre de las olas», aludiendo a la semejanza de *namikata* con su nombre.

Muchos de nuestros hombres, entre ellos Michimori, han perecido en Ichi-no-tani, provincia de Setsu. ¿Cómo, entre tantas muertes, íbamos a alegrarnos ante la posibilidad de un único indulto a Shigehira? Hacía cuatro años que nuestro soberano, el emperador Antoku, sucedió a su padre, Takakura, cuando de pronto fue atacado por los bárbaros del norte y del este, que irrumpieron en la capital al mando de grupos fieles a Yoritomo y a Kiso. Obligada Su Majestad a refugiarse en Kiushu, fue grande la aflicción de su madre, la emperatriz Kenreimon-in, y profunda la indignación de sus parientes y súbditos ante tal atropello. ¿Cómo podrá el Emperador reinante volver a la capital si se desprende de los Tres Tesoros Sagrados?

Desde la antigüedad el súbdito ha considerado al Emperador como su corazón y el Emperador ha considerado al súbdito como su cuerpo. Si el Emperador está en paz, también lo está el súbdito; si el ministro está en paz, también lo está el Imperio. Si el Emperador está afligido, el súbdito, postrado a sus pies, estará igualmente afligido. Cuando el corazón, que está dentro, está afligido, el cuerpo, que está fuera, no conocerá paz ni alegría.

Cuando nuestro antepasado, el gran general Sadamori, sometió a Masakado[5] y restableció la paz en las ocho provincias del Imperio, sus descendientes continuaron después de él la tradición de aplastar todas las sublevaciones de los enemigos de la Casa Imperial, a la que han protegido desde entonces. Fieles a esa tradición, nuestro difunto padre, el primer-ministro Kiyomori, sacrificó su vida por la de Su Majestad, el Emperador-monje, en las insurrecciones de Hōgen y Heiji.

En cuanto a Yoritomo, el anterior alférez de la Guardia Imperial, fue condenado a muerte el duodécimo mes de la era Heiji debido a la perfidia de su padre, Yoshitomo, el capitán de los Establos Imperiales. Pero la clemencia de nuestro padre lo libró de la muerte, y le fue conmutada la pena capital por el destierro. Pero él, ingrato a ese acto de profunda generosidad, olvidó sus propósitos de enmienda y súbitamente, desde su destierro, se atrevió a izar la bandera de la rebelión, como un lobo famélico que se atreve a alborotar un enjambre de abejas. ¿Con

[5] Taira no Masakado (?-940) encabezó la primera rebelión importante de los señores de la guerra contra el gobierno imperial. Véase en la Introducción el apartado «Antecedentes históricos».

qué palabras se puede describir tamaña temeridad? ¿Acaso no es consciente de que se cierne sobre él el castigo implacable de los dioses y la terrible amenaza de la derrota y la destrucción?

Dicen que ni el sol ni la luna pueden dejar de emitir sus rayos por una sola criatura. Tampoco un soberano deja de iluminar con el resplandor de la ley y la virtud por un solo hombre. Una falta no merma la grandeza de la virtud y de la ley; tampoco el mérito es empañado por un pequeño error. Si el Emperador-monje no hubiera olvidado la obediencia mostrada por nuestra estirpe a lo largo de generaciones y la fiel devoción y eficaz servicio de nuestro difunto padre, ¿qué necesidad hubiera habido de que el Emperador reinante, Antoku, emprendiese el camino hacia Shikoku? Nuestro deseo es honrar el edicto imperial, volver a la antigua capital y lavar la señal de la deshonra que ahora nos mancha. ¡Qué triste sería que, de no suceder así, debamos seguir vagando por tierras lejanas y que los Tres Tesoros Sagrados hayan de pasar por las manos de ochenta y ocho soberanos extranjeros hasta convertirse en simples objetos valiosos de países tan remotos como Corea, la China y la India!

¡Que ésta, que es nuestra voluntad, sea conocida por Su Majestad, el Emperador-monje! Tal es la respuesta que da Munemori, cortesano subalterno del primer rango de la nobleza imperial, humildemente postrado a los pies de Su Majestad.

Día veintiocho del segundo mes del tercer año de la era de Juei.

Respuesta de Taira no Munemori, del primer rango de la nobleza».

CAPÍTULO V

LOS PRECEPTOS DEL MONJE

Mucho le pesó a Shigehira la respuesta de los Heike, y dijo:

—¡Es lo que me temía! Lo que más siento es la baja opinión que los hombres de mi clan tendrán ahora de mí...

Efectivamente, no había creído que fueran a salvar su vida a cambio de las tres insignias sagradas. Pero hasta que no recibió la respuesta, su apesadumbrado corazón se había agarrado a un hilo de esperanza. Pero ahora, conocida la respuesta y tras haberse decidido que sería enviado hasta Kamakura, en las provincias del este, el hilo había sido cortado para siempre. Se sentía profundamente solo y la capital sólo le causaba nostalgia. Un día le dijo a Sanehira, su guardián:

—Tengo la intención de entrar en religión y tonsurarme.

Sanehira trasmitió este deseo a Yoshitsune, el joven general, y éste al Emperador-monje, el cual dijo:

—Después de que sea entrevistado por Yoritomo, tal vez podamos permitir su deseo y hacer algo por él. Pero, de momento, no es posible complacerlo.

Cuando al prisionero le comunicaron esta decisión, dijo:

—Al menos, ¿se me permitirá ver a un venerable religioso que durante muchos años ha sido mi maestro espiritual?

—¿Quién es ese religioso?

—Es el monje Hōnen de Kurodani[6] —repuso Shigehira.

—No veo ningún inconveniente en que lo veas —le dijo Sanehira.

Shigehira, lleno de alegría, mandó llamar al monje. Cuando estuvo ante él, con lágrimas en los ojos le dijo estas palabras:

—Si me han tomado prisionero y conservado la vida hasta este momento es, sin duda, porque mi destino era volver a ver a Su Reverencia. La pregunta es: ¿qué he de hacer para poder ser salvado en la otra vida? Antes, cuando tenía una posición social importante, me encontraba atado a mis obligaciones, ocupado como estaba con las cosas del mundo, de la política y del gobierno. Mi soberbia y mi arrogancia no me permitían atender a la vida venidera. Cuando la suerte nos volvió la espalda y el desorden cundió en el Imperio, mi único cuidado era luchar aquí y combatir allá, matando a unos y destruyendo a otros, sólo preocupado en salvar mi vida. Cercado de deseos malignos, no he realizado ni una sola buena acción.

[6] Hōnen (1133-1212), también conocido como Genku, reformador budista, fue el fundador hacia 1175 de la escuela budista de la Tierra Pura (*Jōdo-shū*). Véase en la Introducción el apartado «Religión e ideas».

En cuanto al incendio de los templos de Nara, Su Reverencia sabe que no pude negarme a las órdenes que me dieron en la Casa Imperial y que, como cortesano y militar, me cumplía obedecer. Por eso tuve que enfrentarme a aquellos monjes alborotadores, para apaciguarlos. Bien a mi pesar, el fuego prendió en los templos y se quemaron. Yo nada pude hacer para evitarlo. Pero reconozco que, como capitán que era de mis tropas, soy responsable; acepto las consecuencias y asumo el castigo. Y, a fe mía, Reverencia, que bien estoy ahora pagando aquello con todas las humillaciones que estoy pasando.

Mi deseo es abrazar la profesión religiosa, tonsurarme y entregarme a ejercicios espirituales. Pero, siendo como soy un cautivo, ni siquiera puedo cumplir este deseo. ¡Qué dolor hallarme como me hallo, sumergido en el mar de la incertidumbre y sin saber qué me pasará mañana! ¿Será posible que ninguno de mis pecados me vaya a ser perdonado? Sí, sé bien que, cuando me pongo a pensar en mi vida, los pecados se me acumulan y se alzan ante mí como la montaña Sumeru, al lado de la cual mi virtud es menor que una mota de polvo. Si mi vida va a terminar en este estado, no tengo duda de que renaceré en el infierno, donde me esperan los tres tormentos: la tortura de las llamas, el hedor del estanque de sangre de las bestias y las dentelladas de los espíritus hambrientos. Ruego a Su Reverencia que se apiade de mí y se digne mostrar el camino de la salvación a este ser malvado que tiene ante sus venerables ojos.

Así habló Shigehira. Sus palabras fueron escuchadas en silencio por el monje que, conmovido, no podía evitar las lágrimas. Al cabo de un rato, Hōnen habló así:

—Hijo mío, verdaderamente es una desgracia que tengas que pasar por los tres tormentos infernales después de haber recibido la gracia de nacer para esta vida en carne humana. Pero los budas de los Tres Mundos se alegrarán infinitamente al saber que vas a abandonar sus acciones malvadas y a seguir el camino de la virtud. Si reniegas de este mundo corrupto, siempre habrá esperanza de que renazcas en el Paraíso de la Tierra Pura. Bien es cierto que son diversos los caminos que nos llevan al abandono del siglo, de este mundo degenerado y caótico, pero la invocación del santo nombre de Amida es el más directo. No hay ignorante ni loco que no pueda hacerlo. El Paraíso de la Tierra Pura está dividido en nueve moradas donde se distribuyen los

seres según los actos piadosos que hayan realizado en esta vida. La oración es la llave para entrar en ellas, pero todas las oraciones se resumen en las nueve sílabas de «Busco abrigo en Amida»[7]. Hasta un necio las puede recitar sin ninguna dificultad. Aunque digas que tus pecados son grandes como una montaña, jamás debes desesperar. Hasta el pecador culpable de violar los Diez Preceptos del budismo y de cometer las Cinco Faltas Capitales, cuando se arrepiente con el corazón sincero, puede renacer en el paraíso. Aunque tu virtud sea menor que una mota de polvo, persevera, hijo mío, en la fe de conseguir la iluminación. Si pones tu corazón y tus sentidos en la invocación del nombre de Amida y la repites una y diez veces, que no te quepa duda de que su luz se derramará sobre ti. Escrito está: «Aquel que entone el sagrado nombre de Amida con el corazón sincero renacerá en el Paraíso de la Tierra Pura». También se explica: «Entonar el nombre de Amida es arrepentirse de los pecados». Has de saber, hijo mío, que la entonación de su santo nombre es igual al filo agudo de una espada capaz de matar a diez mil demonios. Si lo entonas, ningún demonio osará acercarse a ti. Si tu alma está en los labios, cada vez que se abran para decir «Busco abrigo en Amida», todos tus pecados serán perdonados. Te he explicado con sencillez, hijo mío, lo que tienes que hacer para entrar en el paraíso. Tenlo en cuenta. Para poder renacer sólo la fe sincera basta. Mi deseo es que nunca te falte y que la duda nunca se asiente en tu corazón. Si crees en esta enseñanza, si invocas con el corazón a Amida, si no te olvidas de entonar con tus labios su santo nombre en cualquier momento y a lo largo de los actos cotidianos, entonces no dudes de que renacerás en el paraíso tan pronto como dejes esta vida de lágrimas y sufrimiento.

Grande fue el consuelo que recibió Shigehira con las palabras del venerable monje, al que preguntó:

—Deseo, Reverencia, observar los Preceptos sin entrar en religión. ¿Será posible, puesto que no me permiten tonsurarme?

Hōnen le respondió:

[7] En el original, «en los seis ideogramas chinos» que componen su frase, *Namu Amida Butsu*, que hemos vertido como «Busco abrigo en Amida». Con la invocación de tal frase, según esta escuela budista, se alcanza el *ōjō* o renacimiento en el Paraíso de la Tierra Pura. Véase en la Introducción el apartado «Religión e ideas».

—Por supuesto. Cualquier persona, aunque no sea monje, puede cumplir los Preceptos de nuestra santa religión sin tonsurarse.

Entonces el monje tomó una cuchilla de afeitar y acercándose a Shigehira hizo el ademán de rasurarle la cabeza. A continuación, le confió los Diez Preceptos del budismo. Shigehira derramaba lágrimas de consuelo y de agradecimiento. Hizo promesa de cumplir los Preceptos. El monje los fue enumerando y comentando uno a uno, pese a estar también él embargado por la emoción.

Shigehira envió a su criado, Tomotoki, a por una moleta que había guardado en casa de un amigo, y, como gesto de gratitud, se la regaló al monje como donativo con estas palabras:

—Ruego a Su Reverencia que la conserve y no se la dé a nadie. Téngala en un lugar donde pueda verla con frecuencia para que así me recuerde y rece por mí. ¡Cómo le agradecería, además, que cuando sus ocupaciones se lo permitan recite un sutra por mi salvación!

Hizo esta petición con lágrimas en los ojos. El venerable monje no respondió. Tomó la piedra de tinta, se la guardó en la escotadura de su hábito y se retiró llorando.

Dicen que esa moleta le fue regalada al padre de Shigehira, el antiguo primer ministro, por el emperador chino de los Sung a cambio de arena de oro. En la superficie de la moleta había una inscripción que decía: «para el canciller de Taira de Wada, en Japón». La gente la llamaba *Matsukage* o «Sombra de pino».

CAPÍTULO VI

EL VIAJE A KAMAKURA

Entretanto, Yoritomo, el gran señor del este, no cesaba de exigir a las autoridades de la capital el traslado del prisionero Shigehira a Kamakura. Su petición fue por fin concedida. En primer lugar, llevaron al prisionero de la casa de Sanehira al palacio de Yoshitsune, el joven general. Después, el día diez del tercer mes, emprendió el viaje bajo la

custodia de Kajiwara Kagetoki. ¡Qué doloroso imaginar el estado del corazón de Shigehira! Si bien antes había recorrido el camino de la cautividad desde las provincias del oeste a la capital, ahora le obligaban a tomarlo desde la capital a las provincias del este.

Cuando la escolta llegó al río Shinomiya, una casa con el tejado de paja hizo que Shigehira recordara a aquel príncipe Semimaru, el cuarto hijo del emperador Daigo[8], que, emocionado al escuchar el rumor de la brisa en este lugar del puesto fronterizo de Oosaka, se puso a tocar el laúd. Un tal Hiromasa, noble del tercer rango, acudió durante tres años a ese lugar todos los días, hiciera viento o estuviera en calma, y todas las noches, fueran lluviosas o despejadas, hasta que por fin aprendió cómo tocar las tres melodías secretas.

Después de franquear el monte de Oosaka, cruzaron el río Seta por su largo puente. ¡Cómo resonaban en sus tablas los cascos de los caballos! Luego entraron en un pueblo llamado Noji. Veían volar las alondras en los altos cielos de la primavera. Llegaron a las costas de Siga, donde vieron cómo el mar batía sus olas primaverales y contemplaron las nubes que coronaban la cima del monte de Kagami[9]. Orientados por las cumbres de Hira, al norte, se aproximaron a las montañas de Ibuki.

Más adelante, llegaron al puesto fronterizo de Fuwa, lugar que, sin ser conmovedor, mostraba las viejas tablas del puesto, que evocaban un ambiente de elegante desolación. Cabalgaron frente a la bahía de Narumi[10], cuya marea en reflujo hizo que el prisionero pensara en su destino, que también se le escapaba. Esto le hizo empapar de lá-

[8] Semimaru es un legendario poeta y músico ciego. Su nombre apareció por primera vez en la antología lírica de *Gosen Wakashū* (955-966), en donde la glosa que acompaña a un poema suyo explica que lo compuso «al sentir el paso de los caminantes desde su cabaña en el Puesto fronterizo de Oosaka». Este puesto se ha identificado con una ladera situada unos ocho kilómetros al este de la actual ciudad de Kioto, en plena ruta montañosa que separa esta ciudad de la región del lago Biwa. En cuanto a su improbable filiación con el emperador Daigo (897-930), aparece como tal en el famoso drama *noh* titulado *Semimaru*. En esta obra su padre, que interpreta la ceguera de nacimiento de su hijo como castigo por alguna mala conducta en una existencia anterior, ordena que sea abandonado en el paraje de Oosaka donde, con la única compañía de una flauta, Semimaru dedicará su vida a lamentarse de su soledad.

[9] Al oeste de Gamō-kun, en la actual prefectura de Shiga.

[10] En la actual prefectura de Aichi.

grimas las mangas de su vestido. Pero había que seguir cabalgando. Llegaron a Yatsuhashi, en la provincia de Mikawa, allí donde antaño Narihira[11] compuso aquel poema que empieza «La ropa era china; y de tanto usarla...». Recordando estos versos, Shigehira se hundió en una insondable tristeza provocada por el sinfín de recuerdos que constantemente se agolpaban en su mente.

Cuando cruzó el puente de Hamana, oyó que el viento frío susurraba entre las ramas de los pinos y que las olas azotaban la ribera. Estaba cansado de tanto viajar, ¡y cómo le oprimía el pecho la angustia de su cautiverio...!

Al caer la noche, cuando la melancolía se hace más intensa, le ordenaron desmontar y alojarse en una posada de Ikeda[12]. Esa noche, Shigehira fue alojado en las dependencias de una mujer llamada Jijū, la hija de la posadera. Cuando Jijū lo recibió, le dijo:

—¡Qué extraño, señor, que el destino os haya traído a un lugar tan pobre como éste! En otros tiempos, jamás hubiera imaginado que una mujer como yo pudiera dirigirse a su señoría, ni siquiera a través de un intermediario.

Y le recitó el siguiente poema:

De vigas vistas
este humilde aposento,
acoge a un hombre
que la ciudad añora
y de nostalgias pena.

A estos versos, Shigehira contestó así:

Ciudad no añoro,
pues en este viaje

[11] El príncipe Ariwara no Narihira (825-880), nieto del emperador Heizei, personaje central y autor de los *Cantares de Ise,* es uno de los grandes poetas clásicos de Japón. El poema en cuestión aparece en los *Cantares de Ise* (cap. 9) y en el *Kokinshū (op.cit.,* libro IX, nr. 410). En la traducción de la primera obra, realizada por Antonio Cabezas, el poema completo es así: «La ropa era china, / y de tanto usarla, / ropa mía es. / Y tú, mujer mía, / ¡oh, cuán alejada!» *(Kara koromo / kitsutsu narenishi / tsuma shi areba / harubaru kinuru / tabi o shi zo omou).*

[12] Una laguna en la provincia de Totōmi, actual prefectura de Shizuoka.

esto aprendí:
morada permanente
no queda para mí.

Poco después, Shigehira preguntó a su guardián, Kagetoki:

—Dime, ¿quién es la mujer que ha compuesto tal poema? Sin duda se trata de alguien con buen gusto.

Kagetoki le respondió respetuosamente:

—¿Acaso no llegó a conocerla, señor? Era la favorita de Munemori, su hermano, señor, el ministro del Centro que ahora está en Yashima y que en aquel tiempo era gobernador de esta provincia. Cuando Munemori volvió a la capital se la llevó consigo de tanto que la amaba. Pero ella, al cabo de un tiempo de estar en la capital, deseosa de ver a su madre anciana, pidió permiso a Munemori para volver a su pueblo. Munemori no se lo concedió. Entonces ella, creo que a mediados del tercer mes[13], compuso un poema que decía así:

¿Qué puedo hacer?
De la capital bellas
son estas flores.
Pero ¡ay, que en oriente
tengo una flor marchita!

Y Kagetoki siguió explicando:

—Dicen que cuando Munemori escuchó este poema, de inmediato le concedió permiso para que se fuera al este a ver a su madre. Señor, en todo Tōkai-dō, la ruta del mar del este, nadie aventaja a esta mujer en elegancia poética.

Habían pasado ya muchos días desde que Shigehira dejó la capital. Era a mediados del tercer mes[14] y la primavera estaba a punto de estallar en todas partes. Los blancas flores que cubrían los montes lejanos parecían nieve. A otro lado, playas e islas eran visitadas amorosamente por delicadas brumas. Pero el cautivo, ajeno a todo, permanecía ensimismado en una negra nostalgia, daba vueltas a su pasado y

[13] Al oeste del río Tenryu, en Toyota, actual prefectura de Shiszuoka.
[14] Es decir, a principios del mes de abril, cuando florecen los cerezos, hecho al que se alude en la siguiente referencia a las flores.

a veces se asomaba al pozo de su incierto futuro. Y con lágrimas en sus ojos musitaba:

—¿Qué castigo de la vida anterior me ha hecho merecedor de esta desgracia?

Sabía que su madre, Nī-dono, debía estar llorando su ausencia. Sin embargo, tanto ella como su esposa a menudo se le habían quejado por no tener hijos. Las dos habían rezado a los dioses y a Buda para que el cielo les diera un hijo. Pero ahora Shigehira, consolado, exclamaba:

—Ha sido mejor no haber tenido hijos. ¡Qué angustioso hubiera sido tener ahora que preocuparme por su destino!

Así, buscaba el consuelo donde mejor podía.

Cuando llegó a la pendiente de Saya-no-nakayama[15], lo acometió el presentimiento de que jamás volvería a pasar por allí y de nuevo, presa de una irresistible tristeza, las mangas de su kimono volvieron a empaparse con sus lágrimas. Cruzó desconsolado caminos umbrosos recubiertos de hiedra en Utu-no-yamabe[16] y atravesó los pueblos de Tegoshi[17]. A lo lejos, en dirección norte, se divisaban las montañas, blancas por la nieve. Cuando preguntó cómo se llamaban, le dijeron que formaban la cadena montañosa de Kai-no-shirane, de la provincia de Kai. Entonces, luchando por contener las lágrimas, el prisionero compuso los siguientes versos:

Hasta hoy vivir,
aunque mañana muera,
valió la pena
por ver estas montañas
de Kai-no-shirane.

Dejaron atrás el puesto fronterizo de Kiyomi y se adentraron en la planicie que se extiende a los pies del monte Fuji. Al norte, abruptas montañas cubiertas de frondosos pinares verdes entre cuyas ramas el viento sonaba quejumbroso. Al sur, la inmensa extensión del mar azul

[15] La ladera que va de la ciudad de Kekegawa a Kanaya, en la prefectura de Shizuoka.
[16] Entre la ciudad de Shizuoka y el distrito de Shida.
[17] La actual ciudad de Shizuoka.

cuyas olas se rompían contra las rocas. Cruzaron la cordillera de Ashigara[18], allí donde el dios de la montaña cantó aquellos versos:

Languidecido
habrías si por mí
penado hubieras,
pero bien veo ahora
que todo era mentira[19].

Traspasado el bosque de Koyurugi, atravesaron el río Mariko[20] y llegaron a las costas de Koiso y Oosio. Bordearon el litoral de Yatsumato, recorrieron la llanura de Togami y entraron en la península de Mikoshi-ga-saki[21]. No había sido un viaje apresurado, pero habían pasado bastantes días cuando, por fin, el prisionero hizo su entrada en Kamakura.

CAPÍTULO VII

LA DAMA SENJU-NO-MAE

Nada más llegar a Kamakura, Shigehira fue llevado a la presencia de Yoritomo, el gran señor del este, que le habló con estas palabras:

—La principal razón de hacer la guerra a los Heike era proteger al Emperador-monje y lavar la deshonra de mi padre. Aunque parece que mis planes se van realizando, jamás imaginé que iría a recibirte. A juzgar por la situación de la guerra, parece que también recibiré a tu

[18] Situada ya en la actual prefectura de Kanagawa.
[19] Se alude en estos versos a una leyenda según la cual la divinidad de las montañas de Ashigara partió de viaje y dejó a su mujer en casa. Al volver después de tres años, encontró a su mujer gorda y lozana. Reprochándole su estado, que demostraba que no había adelgazado por la pena en su ausencia y que, por tanto, no lo amaba, se divorció de ella en el acto.
[20] Actualmente llamado Sakawa-gawa o río Sakawa.
[21] Es el antiguo nombre de Inamura-ga-saki, al este de Kamakura, en la actual prefectura de Kanagawa, al sur de la actual ciudad de Tokio.

hermano Munemori. Pero ahora dime: cuando provocaste el incendio del templo de Nara, ¿obedecías órdenes de tu padre Kiyomori o lo hiciste por tu propia voluntad? En cualquier caso, es un hecho imperdonable.

Shigehira contestó:

–No fue ni por órdenes del primer ministro ni por mi propia voluntad. Mi intención era someter a los monjes malvados y nunca entró en mis planes incendiar su templo. Antes, nuestros clanes, los Genji y los Heike, colaboraban sirviendo al trono los dos por igual. Después, sin embargo, la buena estrella de los Genji empezó a declinar al tiempo que la nuestra, tras haber aplastado las Insurrecciones de Hōgen y Heiji, derrotado a los enemigos de la Corte Imperial y fortalecido la autoridad imperial, brillaba cada vez más. Nuestro clan fue recompensado por sus servicios. Muchos de los nuestros se emparentaron con la Familia Imperial y había más de sesenta miembros de los Heike que disfrutábamos de altas posiciones en la Corte. De la prosperidad, en fin, que gozó nuestra estirpe en esos veinte años, ¿qué voy a decirte? No hay palabras para describirla. Ahora, en cambio, la fortuna nos ha abandonado y yo llego a ti como prisionero. Pero hay una gran mentira que quiero denunciar. Se dice que el hombre que derrota a los enemigos del Imperio disfruta del favor del Emperador hasta su séptima generación. En el caso del primer ministro-*nyūdō* Kiyomori, que puso su vida en peligro varias veces para salvar al Emperador, esto no se ha cumplido. Sólo una generación disfrutó de gloria y prosperidad. ¿Qué ha pasado con las otras seis generaciones? Cuando la fortuna nos dio la espalda, dejamos la capital. Yo había decidido abandonar mis restos en las praderas o en las montañas o permitir que las olas del mar del oeste se llevaran mi cuerpo... Nunca imaginé tampoco que acabaría prisionero y sería traído hasta aquí. No me queda otro remedio que arrepentirme de los pecados cometidos en alguna vida anterior y que tengo que purgar en ésta. Está escrito que «El rey Tang, de la dinastía Yin, fue prendido en Hsia-tai y el rey Wen, de la dinastía Chou, fue detenido en Yeo-li». Si en tiempos tan remotos y a gobernantes tan virtuosos les ocurrieron tales desgracias, ¿por qué no iba a ocurrirme algo semejante a mí, que soy tan indigno y vivo en estos tiempos de degeneración? Nada más normal que el hecho de que un

guerrero caiga en manos de su enemigo. No es ninguna deshonra. Te ruego, por tanto, que mandes cortar mi cabeza cuanto antes.

Dichas esas palabras, Shigehira no volvió a despegar más los labios.

—¡Un gran guerrero y un gran capitán! —exclamó Kagetoki al escucharle, sin poder evitar derramar alguna lágrima.

Todos los asistentes mojaron también sus mangas. Yoritomo dijo entonces:

—No considero a los Heike como enemigos personales. Sólo cumplo las órdenes de Su Majestad.

A la espera de que los monjes de Nara reclamaran a Shigehira como culpable del incendio de su monasterio y templo, el gran señor de Kamakura ordenó que fuera puesto bajo la custodia de Munemochi, de la provincia de Izu. Su condición, ahora que lo cambiaban de guardián, era semejante a la de un criminal que, tras haber cometido un sinnúmero de delitos en este mundo, debe cumplir en el infierno estancias de siete días pasando de demonio en demonio diez veces hasta expiar sus crímenes.

Sin embargo, resultó que Munemochi era un hombre de buen corazón y, lejos de abusar de su prisionero, lo trataba con respeto. Por ejemplo, nada más instalarlo en la nueva prisión, ordenó que le prepararan un baño de agua caliente. Shigehira pensó que el baño era para que se limpiara el polvo y el sudor del camino antes de ser ejecutado. Pero he aquí que, cuando estaba a punto de entrar en la bañera, se abrió la puerta y apareció una mujer. Tendría unos veinte años. Su blanco cutis realzaba un rostro de gran belleza. Vestía un kimono liso y sin forro y encima una especie de chal con dibujos azul oscuro. Poco después entró también una muchacha de catorce o quince años, vestida también con kimono blanco debajo de un chal igualmente azul oscuro. Llevaba el cabello largo hasta las mangas del chal y sostenía una vasija con varios peines. Las dos jóvenes ayudaron a Shigehira a bañarse, lo limpiaron y le peinaron el cabello. Después, se retiraron. Pero un instante antes, la mayor de ellas le dijo:

—Nuestro señor Yoritomo no ha creído apropiado que os sirviera un hombre. Por eso, pensando que la compañía femenina os resultaría más agradable, nos ha enviado a nosotras. También me pidió que, si tenéis algún deseo, por favor me lo hagáis saber.

—No soy más que un cautivo y no tengo nada que pedir —respondió Shigehira. Pero añadió:

—Mi único deseo es hacerme monje.

La mujer trasmitió esta voluntad al señor de Kamakura.

—¡Imposible! Si fuera un enemigo personal mío, tal vez podría permitírselo, pero es un enemigo de la Corte Imperial que me ha sido confiado. No puedo concederle ese deseo.

Shigehira, mientras tanto, preguntó a uno de sus guardias:

—¿Quién era esa bella mujer que acaba de venir? ¿Cómo se llama?

—Es la hija de la dueña de un establecimiento de mujeres de compañía que hay en Tegoshi. Su Excelencia Yoritomo se la ha pedido por su gracia y belleza. Lleva dos o tres años con él. Se llama Senju-no-mae.

Esa tarde caía una lluvia fina que invitaba a la melancolía. Apareció de nuevo Senju-no-mae, precedida de otras dos doncellas más jóvenes que llevaban un *biwa* y un *koto*. También entró Munemochi con diez de sus hombres y trajo *sake*. Se sentaron al lado del prisionero para brindarle sus respetos con la bebida. Senju-no-mae era quien se lo servía. El prisionero lo bebía con indiferencia. Su ánimo seguía tan abatido que Munemochi le dijo:

—A lo mejor, señor, ya conocéis la voluntad de mi señor Yoritomo. Me ha ordenado que os sirvamos con esmero para aliviar en algo vuestro cautiverio. Si su tristeza aumentara por mi negligencia, ¿cómo podré disculparme ante mi señor? Soy natural de la provincia de Izu y Kamakura no es mi hogar.

Y, volviéndose a Senju-no-mae, le pidió:

—Canta algo antes de volver a servir al señor.

La dama dejó a un lado la botella de *sake* y se puso a cantar por dos veces el siguiente *rōei:*

Pesada me parece la delicada manga de seda
de la bailarina
y de crueldad acuso a quien ignorante
la tejió.

Entonces comentó Shigehira:

—Dicen que la divinidad de Kitano[22] juró volar hacia quienquiera que cantara ese *rōei*, para protegerlo hasta tres veces al día. Pero a mí ningún dios puede ampararme ya. Al menos te acompañaré con el *biwa*, si es que con eso puedo aliviar el peso de mi culpa.

Senju-no-mae se puso a cantar entonces este otro *rōei*:

Aunque hayáis violado los Diez Preceptos
de la Ley Budista,
¿no es infinita la compasión e ilimitada la misericordia
de Amida Salvador?

Y luego añadió este *imayō*:

Aquellos que renacer en el Paraíso ansíen,
que el nombre de Amida con fervor entonen.

Lo cantó cuatro o cinco veces. Shigehira, conmovido por la expresividad del canto y la simpatía de la letra, pasó su copa a Senju-no-mae, que bebió de ella y se la pasó a Munemochi. Mientras éste bebía, la dama empezó a tocar el *koto* con gran delicadeza.

Shigehira comentó:

—Esta melodía se llama «Las cinco delicias»[23], pero a mí me suena como la de «Los cinco renacimientos»[24]. Ahora os voy a tocar una titulada *Ojō no kyu*[25].

Se inclinó para tomar el *biwa*. Lo templó y se puso a tocar la melodía prometida.

Avanzaba la noche y el ánimo del prisionero se había serenado. Dijo entonces:

—¡Quién iba a decirme que iba a tener una compañía tan refinada en las provincias del este! Por favor, cántanos otra canción.

Senju-no-mae cantó entonces con gran elegancia este *shirabioshi*:

[22] El dios de Kitano es el espíritu divinizado de Sugawara no Michizane (845-903).
[23] En el original, *Gojōraku*.
[24] En el original, *Goshōraku*, aludiéndose así a la semejanza fonética entre los dos términos.
[25] Canción religiosa por la que se apremia al creyente a buscar su entrada en el Paraíso.

A los que bajo un mismo árbol se cobijan,
a los que de la misma corriente beben agua
no deja de unirles el lazo formado en una vida anterior.

Shigehira continuó cantando con exquisita gracia el siguiente *rōei:*

A la débil luz de la llama de esta lámpara,
¡qué dulce es la lágrima caída del rostro de la dama Yu!

Sobre esta canción se cuenta la siguiente historia. Hace mucho, en China, en la guerra entre Kao-Tsu, de los Han, y Hsiang-Yu, de Chu, este último resultó victorioso en setenta y dos batallas, pero fue derrotado en la última. Con la intención de escapar y reunirse con su esposa, la dama Yu, Hsiang-Yu montó en un corcel maravilloso llamado Zhui capaz de galopar al vuelo mil leguas al día. Pero el caballo se negó obstinadamente a volar. Hsiang-Yu, desesperado, pasó toda la noche lamentándose, y decía:

—Mi ejército está debilitado y se halla rodeado por el enemigo. No tengo escapatoria. No me importa que los enemigos me capturen, pero sí estar separado de mi esposa.

La noche avanzaba y la luz de las lámparas se hacía más débil. Bajo esa tenue luz, Yu lloró también. Finalmente, cuando ya acababa la noche, las tropas enemigas rodearon a Hsiang-Yu por los cuatro costados y lanzaron sus gritos de batalla.

Sobre esta misma historia china, hay un pareado compuesto por el consejero Tachibana Hirosuke[26], que, seguramente, fue el que entonces recordó Shigehira, sin duda pensando en su propio destino separado de su esposa. ¡En verdad que fue una afortunada asociación! ¡Y qué refinado gusto indicaba!

La velada artística continuó hasta rayar el alba. Finalmente, los samuráis asistentes pidieron permiso para retirarse. Lo mismo hizo Senju-no-mae.

[26] Floreció como poeta en el siglo IX y era miembro de una de las familias más destacadas en el gobierno del Japón del período Nara (s. VII), después eclipsada por los Fujiwara, que como muchos otros nobles en los siglos siguientes buscó en las letras el protagonismo que no podía encontrar en la política.

Por la mañana, cuando Yoritomo, el señor de Kamakura, entonaba el sutra del Loto ante el altar familiar de sus aposentos privados, la dama Senju-no-mae se le acercó. Yoritomo se volvió a ella y le dijo con una sonrisa:

—¿Crees que hice bien en actuar de intermediario entre tú y ese hombre tan elegante de la Corte?

Estaba también presente un criado de Yoritomo, llamado Chikayoshi, que, al no entender el significado de la pregunta, dijo:

—¿A qué se refiere Su Excelencia?

Yoritomo le explicó:

—Yo creía que los Heike no se preocupaban de nada que no fueran asuntos de guerra, pero, cuando escuché anoche cómo Shigehira tocaba el *biwa* y cantaba, me he dado cuenta de que es un hombre de exquisito talento artístico.

—A mí también me hubiera gustado escucharlo —dijo Chikayoshi—. Pero, por desgracia, anoche me encontraba mal y no pude acercarme. Si toca más noches, no me lo perderé. En todas las generaciones de los Heike, Excelencia, siempre ha habido hombres de exquisita elegancia y grandes artistas. La gente solía compararlos con flores. Pero entre todas ellas, este Shigehira es la peonía[27].

En verdad que tenemos con nosotros a un hombre refinado —asintió Yoritomo. Y desde entonces, el gran señor de Kamakura no perdía ocasión de elogiar a Shigehira por su gran talento con el *biwa* y su ingenio poético.

Por su parte, a Senju-no-mae este encuentro con Shigehira le produjo tal tristeza que cuando, más tarde, se enteró de que Shigehira había sido trasladado a Nara y finalmente ejecutado, no perdió tiempo en entrar en religión, cortarse los cabellos y tomar el austero hábito de monja. Ingresó en Zenkō-ji, un templo en la provincia de Shinano, y allí abrazó una vida de privaciones y mortificaciones entregada a la oración por la salvación eterna de este hombre que tanto la había impresionado. De esa manera, logró su deseo y pudo ella misma renacer en el Paraíso.

[27] Considerada en la cultura china y japonesa de la época como la reina de las flores, posición comparable a la de la rosa en las culturas cristiana e islámica.

CAPÍTULO VIII

LA HISTORIA DE YOKOBUE

Entretanto, el cuerpo de Koremori, el capitán medio del tercer rango de la nobleza, seguía en Yashima, pero su corazón estaba en la capital. El recuerdo punzante de su esposa y de sus hijos era como una sombra que jamás se apartaba de él.

—Aunque yo siga vivo, ya nada tiene sentido para mí —decía una y otra vez.

Al amanecer del día quince del tercer mes del primer año de la era Genryaku (año 1184), pudo salir sigilosamente del campamento de Yashima junto a tres criados, Shigetake, un teniente de la Guardia Imperial, Ishido-maru, un joven paje, y Takesato, un samurái con fama de gran remero.

Embarcaron en la playa de Yuki[28], provincia de Awa. Costearon a remo las playas de Naruto en dirección a Kī. Pasaron frente a las costas de Waka y Fukiage, cerca del santuario de Tamatsushima, en donde se venera a la divinidad Sotōri, y por los de Nichizen y Kokuken hasta llegar finalmente al puerto de Kī.

Dijo entonces Koremori:

—¡Cómo me gustaría seguir por las montañas y llegar a la capital para ver a mis seres queridos! Pero podrían capturarme y temo la humillación y la deshonra de mi nombre. Ya es bastante lo que han hecho con Shigehira, arrastrado por las grandes avenidas de la capital y luego sometido al escarnio de un humillante viaje hasta Kamakura. Si me prendieran, sería cruel añadir un agravio más sobre el cuerpo de mi padre.

Así, reprimió el deseo de ir a la capital y tomó el camino del monte Kōya. Allí vivía un bonzo con fama de santo que él conocía y que antes había sido samurái a las órdenes de su padre. Se llamaba Tokiyori y era hijo de Mochiyori, alférez de la Guardia Imperial de la Puer-

[28] En el distrito de Umibe, actual prefectura de Tokushima.

ta de la Izquierda. A los trece años Tokiyori ya ocupaba el puesto de miembro de la Guardia Imperial del Palacio. Allí, en el Palacio Imperial, se enamoró de una de las sirvientas de la Emperatriz, una muchacha de clase baja llamada Yokobue. Cuando su padre se enteró, se puso furioso y le habló con estas palabras:

—Yo deseaba que te casaras con una mujer de buena familia para que avanzaras en la Corte. Pero ¡qué decepción! ¡Enamorarse de una sirvienta...!

Tokiyori se decía a sí mismo: «¿No es cierto que vivía en China una mujer llamada "la reina madre del Occidente", pero que ya ha muerto? ¿No había también un ermitaño llamado Tung Fang Shou, pero ya no lo podemos ver y sólo queda su nombre? Este mundo, en donde uno puede morir joven o viejo, es tan fugaz como la chispa que surge al partir una piedra. Vivir muchos años, alcanzar una edad muy avanzada..., ¿qué es? Llegar a los setenta, a los ochenta años, ¿qué importa? La flor de la vida no va más allá de los primeros veinte años de la existencia. En este mundo de ilusiones y sueños, ¿por qué tengo que vivir con alguien con quien mi corazón nada comparte? Por otro lado, si convierto en mi esposa a la mujer que yo amo, desobedezco a mi padre y cometo una grave ofensa. ¡Qué buen momento es éste para abrir mi corazón al camino de Buda y seguirlo! ¡Sí! ¡Dejaré este mundo absurdo y seguiré la senda cierta de la verdad!».

Con estas palabras, se cortó el cabello y se encerró en Oojō-in, un templo de Saga, resuelto a abrazar una vida de asceta. Tenía diecinueve años.

Su enamorada, Yokobue, cuando supo esto, pensó: «Habría aceptado su decisión de dejarme, pero no puedo entender que haya abandonado el mundo para hacerse monje. Si su decisión era entrar en religión, ¿por qué no me lo ha dicho? Aunque tenga la voluntad firme de dejarme, debo hablar con él y decirle lo que siento».

Al anochecer dejó la capital y tomó el camino de Saga.

Era el día diez del segundo mes y la brisa de la primavera que soplaba por la aldea de Umezu derramaba la fragancia de las flores de los ciruelos escondidos en algún lugar desconocido. La luna se reflejaba en las aguas del río Ooi, pero su resplandor difuminado estaba velado por la bruma. En medio de este paisaje, el corazón de la joven

se sentía desdichado. Yokobue se prometía que iba a reprocharle a Tokiyori que le hiciera sentirse así.

Oyó decir que estaba en el templo de Oojō-in, pero no sabía en qué dependencias del monasterio encontrarlo. Así que, reposando por aquí y preguntando por allá, andaba de un lugar a otro. Hasta que, de repente, se detuvo al oír una voz que entonaba sutras desde el interior de una celda ruinosa. Era la voz de él. Enseguida le envió un recado a través de una amiga que la acompañaba: «He venido hasta aquí en tu busca. Sólo quiero verte una vez más ahora que te has hecho monje».

El novicio Tokiyori sintió batir con fuerza su corazón. Se asomó por un resquicio de la puerta. Reconoció a Yokobue y se asombró de cómo habría sido capaz de encontrarlo. Sintió que el corazón se le encongía por la emoción. Pero antes de que lo invadiera la ternura, tomó una firme resolución. Le envió el siguiente mensaje: «No hay nadie que conozcas en este lugar. Seguramente te has equivocado».

Y se negó a recibirla.

Yokobue se sintió profundamente herida y, conteniendo las lágrimas, inició el regreso. Luego el novicio Tokiyori le dijo a su compañero de celda:

—Éste es un buen lugar para la oración y la meditación. Pero la mujer a la que todavía amo y de la que me he separado, acaba de encontrarme. Aunque la he rechazado con firme voluntad, temo que, si regresa de nuevo, pueda hacerme caer. Por eso, he decidido irme de este lugar y despedirme de ti.

Esa misma noche partió de Saga, se adentró en los montes de Kōya y se instaló en el monasterio de Shōjōshin-in.

Cuando Yokobue se enteró, decidió también tonsurarse y entrar en religión. Esta noticia le llegó a Tokiyori, que le envió el siguiente poema:

Rencor pensé que
te movía. Pero ahora
felices juntos
vamos por la senda de
dos flechas sin retorno.

Ella le respondió con este otro:

Rencor no fue la
razón de mi tonsura,
sino tu firme
corazón cual lanzada
flecha que jamás vuelve.

El caso es que Yokobue, víctima tal vez de tanta angustia y sufrimiento, murió de amor en el templo Hokke, de Nara. Cuando el novicio Tokiyori se enteró de su muerte, redobló el rigor de sus austeridades y penitencias. Su fama se extendió y la gente empezó a llamarlo el «santo de Kōya». Su padre finalmente le perdonó.

Volviendo a nuestra historia, Koremori visitó a este monje con fama de santo. Lo recordaba como un hombre que vestía con elegancia cuando vivía en la capital, con su alto gorro de laca negra y el peinado a la moda. Pero, ahora que volvía a verlo después de haber entrado en religión, le pareció que tenía ante sí a un monje anciano, pese a que no tenía más de treinta años: hasta tal punto los rigores le habían debilitado el cuerpo. Vestía un negro hábito y sobre él una túnica igualmente oscura. Seguramente que Koremori debió sentir cierta envidia de la transformación de su amigo, convertido ahora en un fiel seguidor de Buda. Su aspecto le hizo pensar en alguno de los Siete Sabios del Bosque de Bambú o de los Cuatro Varones Barbudos del monte de Shang[29].

CAPÍTULO IX

EL LIBRO DE KŌYA

Cuando el novicio Tokiyori vio a Koremori, exclamó:

29 Según la tradición taoísta, los Siete Sabios del Bosque de Bambú o, en chino, *Chu-lin chi-hsien*, siete poetas y músicos del siglo III, cultivaban el «coloquio puro» y buscaban en la bebida la armonía con el universo y la unión con el *tao*. Los Cuatro Varones Barbudos, de blancos cabellos, símbolos de integridad, denunciaron el violento gobierno del emperador Chin y se refugiaron en el monte Shang de China.

—¡No puedo creer lo que veo! ¿Cómo te las has arreglado para huir de Yashima y llegar hasta aquí?

Koremori le respondió:

—Ya sabes que todos los de mi familia tuvimos que abandonar la capital y vagar por las provincias del oeste. Pero en todo este tiempo no he conseguido apartar de mis pensamientos a mis hijos ni un solo instante. ¡Cómo los echo de menos! Seguramente, el que no compartiera con nadie este constante pesar hacía que éste acabase expresándose en actos. Munemori, mi tío, y Nī-dono, mi abuela, preocupados por mi continua tristeza, temían que acabara convirtiéndome en un traidor como Yorimori, el consejero mayor. Incapaz de seguir ocultando mis sentimientos, cada día me sentía más incómodo en Yashima. Así, sin saber tampoco muy bien dónde ir, me escapé. Deseaba llegar a la capital a través de las montañas para ver a mis seres queridos. Pero no me atrevo a hacerlo pensando en lo que le ocurrió a mi pobre tío Shigehira, ahora prisionero del enemigo. Creo que me gustaría abrazar la vida religiosa en este santo lugar, pues estoy dispuesto a morir después entre las llamas o en las profundidades marinas. Pero hay algo que tengo pendiente y deseo hacer cuanto antes: ir de peregrino al santuario de Kumano.

—Tus tribulaciones tienen poca importancia en un mundo como éste que no es sino ilusión y sueño. Lo que verdaderamente sería cruel es que pasaras tu vida en el otro mundo en medio de eternas tinieblas.

El monje lo guió para rezar en las diferentes salas y pagodas, y terminaron en la capilla del fundador del monasterio.

La montaña de Kōya dista unas doscientas leguas de la capital y está apartada de toda aldea y todo lugar donde se escuchan voces humanas. El viento que soplaba desde las verdes montañas despertaba un susurro entre las tiernas hojas de los árboles. La luz del atardecer se reflejaba silenciosamente en las laderas de los montes. Entre todos ellos, con sus ocho picos y ocho valles, se erguía majestuosa la cordillera de Kōya, una elevación sagrada cuya contemplación serena el alma. En las profundas arboledas cubiertas de brumas brotan las flores, y el sonido de las campanillas que llaman a las prácticas religiosas se eleva hasta las nubes colgadas de las cimas de las montañas. Mudos testigos del paso del tiempo son el musgo que tapiza los muros y los

pinos que crecen entre las losas del templo. ¡Un lugar ciertamente venerable!

Fue en la era de Engi (901-922) cuando el emperador Daigo tuvo un sueño premonitorio sobre el futuro templo. En el sueño se le apareció Kōbō Daishi, que le hizo una petición. En respuesta, al día siguiente el Emperador envió al templo del monte Kōya un vestido de color rojo oscuro como ofrenda. El encargado de llevar la ofrenda era Suketaka, consejero medio, y el *sōjō* Kangen, del templo de Hannya. Llegaron al templo de la montaña y abrieron la puerta de la tumba donde estaba el gran maestro Kōbō. Cuando se disponían a depositar la ofrenda, una espesa niebla les ocultó el cuerpo del maestro. Incapaces de distinguir nada, el *sōjō* se entristeció y entre lágrimas se lamentó así:

—Desde que salí del vientre de mi compasiva madre hasta convertirme en indigno discípulo del gran maestro Kōbō, no he violado ningún precepto de la Ley de Buda. ¿Por qué entonces no se me permite ahora el honor de investirlo con este manto?

Se tiró a un estanque que había en el monasterio y lloró amargamente. Entonces la niebla fue poco a poco disipándose y la luna quedó descubierta tras las nubes, hasta que pudo distinguir la imagen de Kōbō Daishi. Kangen derramó lágrimas de profunda dicha y pudo cumplir su deseo de investirlo con el manto imperial. Al santo le había crecido el pelo, por lo que Kangen tuvo además el honor de poder rasurarle la cabeza.

El mensajero imperial y el *sōjō* fueron capaces de visitar al maestro; en cambio, un discípulo de Kangen, llamado Junyū, del templo de Ishiyama, que en esa ocasión los acompañaba, fue incapaz de ver al gran maestro. Cuando Kangen lo vio llorar desconsoladamente, tomó la mano de su discípulo y la puso sobre la rodilla del gran maestro. Dicen que desde entonces y mientras vivió, de la mano de aquel discípulo siempre emanó un perfume singular. Esta fragancia impregnó las sagradas escrituras y dicen que todavía pueden apreciarla los visitantes del templo de Ishiyama.

Éste fue el mensaje que trasmitió Kōbō Daishi al emperador Daigo:

«En un tiempo me encontré con el *bodisatva* Fugen[30], que me trasmitió por vía directa todos los mantras secretos del budismo. He realizado el juramento extraordinario de propagar la Ley de Buda en este país y por eso me hallo en el monte Kōya, tan lejos de la India. Inflamado de compasión por el ser humano, rezo día y noche y velo por el cumplimiento de los Diez Grandes Votos del *bodisatva* Fugen. Incluso ahora permanezco en el estado de mi vida anterior y espero la venida de Maitreya, el Buda del Amor Universal».

El estado en que se hallaba, por tanto, el gran maestro Kōbō, se asemejaba al de Makakaso[31] cuando se encerró en la cueva de la montaña de Keisoku para esperar la llegada de la brisa de primavera de Shizu.

El gran maestro Kōbō falleció el primer cuarto de la hora del tigre (cuatro de la mañana) del día veintiuno del tercer mes del segundo año de la era Jōwa (835). Han pasado, por tanto, desde entonces trescientos años y le quedan otros cinco mil seiscientos setenta millones de años hasta la venida del Maitreya que le trasmitirá las tres enseñanzas de Buda. ¡Una espera ciertamente larga!

CAPÍTULO X

KOREMORI SE TONSURA

—Ni mi vida tiene rumbo, ni puedo distinguir el hoy del mañana —se quejaba Koremori entre lágrimas—. Me siento como ese pájaro de los Himalayas atrapado entre montañas de nieve que trina lastimosamente y tiembla por el frío de la noche mientras espera el amanecer.

¡Qué triste imaginarlo en tan penoso estado! Su piel se había tostado por la brisa del mar y su rostro, consumido por constantes preocupaciones, estaba macilento. En verdad que no parecía el de antes,

30 Fugen es el nombre japonés del *bodisatva Samantabhadra*, que realizó los diez votos de seguir la Ley de Buda y trabajar por la salvación de todos los seres vivos.
31 En sánscrito, *Mahakashyapa*, uno de los diez discípulos del Buda histórico.

aunque seguía siendo un hombre de gran atractivo comparado con otros mortales.

Esa noche volvió a la celda del novicio Tokiyori y estuvieron toda la noche hablando del pasado y del presente. Admirando la rigurosa vida ascética que había tomado su amigo, Koremori mostraba un profundo interés en seguir el sendero de la verdad, el sendero de Buda. El sonido matinal de la campana le despertó la esperanza de renacer al camino de la vida. ¡Ah, cuánto habría deseado poder huir del siglo y abrazar la misma vida de este santo monje! Al amanecer expresó su decisión de tomar los hábitos y mandó llamar a uno de los monjes más santos del monasterio, el venerable Chikaku Shōnin. También pidió la presencia de sus dos criados, Shigekage e Ishidō-maru, y les dijo:

—Presa de tormentos desconocidos por todos, estoy recorriendo un camino sin escapatoria. Siento que moriré antes de poder salir de él. Pero no debéis inquietaros por mi destino sino que siguiendo el ejemplo de tantos que estos días prosperan, deseo que rehagáis vuestras vidas. Cuando presenciéis mi final, quiero que volváis a la capital de inmediato y busquéis una nueva vida para vosotros y un sustento para vuestras esposas e hijos. Tenedme presente en vuestras oraciones y rezad por mi salvación.

Incapaces de responderle, los dos criados lloraban sin consuelo. Al cabo de un rato, aguantando las lágrimas dijo Shigekage:

—Señor, mi padre, Kageyasu, capitán de la Puerta de la Izquierda del Palacio Imperial, siguió a vuestro señor padre, Shigemori, durante la Insurrección de Heiji. Cerca del río Nijō Horikawa se enfrentó con Masakiyo y luego pereció a manos del malvado Genta. ¡Qué podía hacer entonces yo, un niño de sólo dos años! Apenas me acuerdo de nada. A los siete años murió mi madre. Ningún pariente se acercó para darme consuelo o expresar su pesar. Sólo el señor Shigemori se compadeció de mí y dijo: «Éste es el hijo de un hombre que murió por mí». Y me crió a su lado. Después, la noche que cumplisteis los nueve años y celebrasteis vuestra ceremonia de mayoría de edad, vuestro señor padre Shigemori os dijo: «La letra *mori* de mi nombre, que es la letra hereditaria de nuestra familia, te la doy a ti, y te llamarás *Koremori* a partir de ahora». Luego se volvió hacia mí, me anudó el pelo y dijo: «Mi otra letra, la de *shige,* te la doy a ti, de suerte que te llamarás *Shige-*

take a partir de ahora». Tal fue el honor que me hizo vuestro señor padre por la generosa muerte del mío. Además, he recibido mucho cariño y afecto de los otros criados de la casa. Recuerdo también, señor, que cuando vuestro padre estaba en su lecho de muerte, me mandó llamar y me dijo: «¡Qué pena tan grande tengo al verte! Tú ves en mí a tu padre y yo veo en ti al hijo de mi fiel y valiente Kageyasu. Mi intención era, si pudiera vivir más, hacerte capitán de la Guardia Imperial, como tu padre, en la próxima ceremonia de concesión de títulos de la Corte. ¡Siento tanto no poder cumplirla! Cuando yo me vaya, quiero que la misma lealtad que tu padre me dedicó a mí, la dediques tú a mi hijo Koremori».

Y ahora yo os pregunto, señor, ¿cómo habéis pensado que yo os pueda abandonar en el estado en que estáis y huir con vida? Lejos de mí tal deshonra. ¿Cómo habéis podido pensar que yo haría tal cosa? Decís que estos días hay muchos hombres que prosperan... ¿Quiénes, señor? Sin duda que no son otros que los Genji. Aunque mi señor muera y se convierta en un *bodisatva* o en una divinidad, ¿de qué me sirve a mí quedar con vida, aunque llegara a vivir diez mil años? Aunque viva diez mil años, al final moriría. ¿Acaso iba a encontrar una ocasión mejor que esta que su señoría propone para seguir el sendero de la verdad?

Tras estas palabras, él mismo se tomó la coleta y se la cortó. Pidió después al novicio Tokiyori que le rasurara la cabeza.

Cuando vio esto, el otro criado, Ishidō-maru, que también había servido en la casa de Koremori desde los ocho años y había recibido el mismo cariño de Shigemori, pidió a Tokiyori que le rapara a él también la cabeza.

Koremori sintió pesar al ver cómo sus dos hombres se habían tonsurado sin vacilación uno detrás de otro, incluso antes que él. No podía irles a la zaga, pensó. Entonces recitó tres veces esta plegaria:

—Mientras que el mortal renazca una y otra vez en los Tres Mundos, no podrá cortar los lazos del amor familiar; pero quien corta estos lazos, entra en el mundo de la nada y abraza la vida religiosa, recibe verdaderamente el bálsamo del amor eterno.

Una vez dichas estas palabras, presentó la cabeza y se dejó también tonsurar.

Después exclamó Koremori:

—Si tan sólo una vez hubiera podido ver a mis seres queridos, ¡con qué gusto me habría despedido del mundo!

¡Ah, qué pecaminoso deseo este de Koremori! ¿Verdad? Un deseo en verdad que era un escollo para su salvación.

Shigetake tenía la misma edad que su señor, veintisiete años. En cambio, Ishidō-maru no tenía más que dieciocho.

Después, Koremori llamó a su otro criado, el samurái Takesato, al que habló así:

—No vayas a la capital. Vuelve de inmediato a Yashima. La razón es que, tarde o temprano, todos tendrán noticias de mi decisión, pero si mi esposa se entera por ti de que me he tonsurado, también ella querrá entrar en religión y hacerse monja. Cuando llegues a Yashima debes decir: «Como pueden imaginar, Koremori siente tal hastío por todas las cosas del mundo, un hastío que no hace más que crecer, que ha decidido cambiar de estado y hacerse religioso sin consultároslo. En las regiones del oeste, su hermano Kiyotsune, el capitán medio de la Izquierda, se suicidó; Moromori, gobernador de la provincia de Bitchū, pereció en la batalla de Ichi-no-tani. Koremori está seguro de que sentiréis tristeza y dolor cuando conozcáis la decisión que ha tomado; mucho sufre al pensar en cómo os vais a sentir por su culpa. Aquí os manda la armadura *Karakawa* y la espada *Kogarasu*, el patrimonio heredado que, a través de nueve generaciones, nos ha llegado desde nuestro antepasado Taira no Sadamori. Si por casualidad el orden del Imperio se restablece y los Heike recuperan su antigua gloria, disponed que lo herede su hijo Rokudai».

—Antes de ir a Yashima y cumplir vuestro encargo, señor, he de ser testigo de cada uno de vuestros días —respondió Takesato con decisión.

—Como quieras —dijo Koremori, que de esa manera se vio obligado a aceptar que también Takesato, vestido de monje, se quedara con ellos.

El novicio Tokiyori se ofreció para hacer de guía del grupo hacia el camino de la salvación y todos juntos dejaron atrás el monte Kōya y se dirigieron a Sandō, en Wakayama, vestidos como ascetas de montaña. Cuando llegaron al santuario de Iwashiro, al norte de las playas de Senri-no-hama, se encontraron con una partida de siete u ocho jinetes con traje de caza. Koremori temió que pudieran detenerlo y echó la mano a la da-

ga, dispuesto a rajarse el vientre antes de caer en sus manos. Sus compañeros hicieron lo mismo. Los guerreros se les acercaron. Sin embargo, lejos de atacarlos, desmontaron prestamente y se inclinaron ante ellos en señal de respeto.

Cuando los hubieron dejado atrás, Koremori dijo a sus compañeros:

—Creo que nos han reconocido, pero yo a ellos no. ¿Quiénes serían esos hombres?

Y aligerando el paso, intentó alejarse cuanto antes de los jinetes.

El jefe de los jinetes era Munemitsu, hijo de Muneshige, natural de la provincia de Kī. Cuando le preguntaron sus compañeros quién era el monje ante el cual se había inclinado con respeto, Munemitsu contestó con lágrimas en los ojos:

—¡Ah, casi no me atrevo a decir quién era! Pero a fe mía que se trataba de Koremori, el capitán medio del tercer rango, el hijo del difunto señor Shigemori. Pero ¿cómo ha sido capaz de llegar desde Yashima hasta aquí? ¡Y se ha hecho monje! Lo acompañaban Shigetake e Ishidō-maru, que también iban tonsurados. Por un momento pensé en dirigirme a él para presentarle mis respetos, pero he creído que tal vez se sentiría incómodo, por eso lo dejé pasar sin molestarlo. ¡Qué pena me ha dado verlo así!

Y apretando su cara contra la manga del kimono de caza, lloró desconsoladamente. Los jinetes que iban con él, también lo acompañaron en el llanto.

CAPÍTULO XI

LA PEREGRINACIÓN A KUMANO

Los días pasaban conforme iban avanzando hacia Kumano. Por fin llegaron al río Iwata. Koremori, al ver sus aguas, pensó con esperanza: «Dicen que quienes cruzan el cauce de este río se limpian de todas las faltas y crímenes cometidos en vidas anteriores».

Cuando llegó al santuario principal, se postró de rodillas ante el altar de la sala Shōjō-den y estuvo un buen rato recitando sutras. Luego volvió la vista y contempló las montañas que, en aquel ambiente de recogimiento religioso, le parecieron verdaderamente sagradas. Pensó que, al igual que la bruma envolvía aquellos montes, la compasión envolvente e infinita de Buda se extendía a todos los peregrinos que allí acudían y que la bondad de los dioses derramaba su gracia y sus virtudes a través de las aguas del río Otonashi. Sus orillas, en las que se realizaban las devociones y mortificaciones de los creyentes, estaban iluminadas por los rayos de una luna gélida, como si de luz divina se tratara.

La niebla de la ilusión se disipaba en el interior del santuario donde los fieles confesaban a Buda las Seis Ofensas cuyas raíces están en todo corazón humano[32]. ¡Cuánto fervor y cuánta esperanza se respiraban en todos los rincones de aquellos santos lugares!

Cayó la noche. Cuando ya todos habían descendido a las profundidades del sueño, sólo Koremori velaba. Se puso a rezar. ¡Qué dolor le causó recordar cómo su padre rezaba en este mismo santuario y ante esta misma divinidad! «Acorta esta vida presente y sé mi guía en la venidera», le había rogado.

Koremori rezó ahora con estas palabras: «Amida Buda, que os mostráis como divinidad en este santuario. No os desdigáis de vuestra promesa de salvar a todos los seres y guiadme a mí también por el camino hacia el Paraíso de la Tierra Pura». ¡Triste fue que rezara también por el bienestar de su esposa e hijos! ¡Qué pena que, pese a haber renunciado a este mundo y tras haber tomado el camino de la religión, todavía se hallara sujeto a apegos humanos!

A la mañana siguiente, Koremori dejó el santuario principal para tomar el barco rumbo al nuevo santuario de Shingū. Allí, en la cumbre de Kan-no-kura, por encima de los altos pinares que coronaban los acantilados, sintió cómo el viento que lo envolvía lo despertaba del sueño de las ilusiones. Desde aquel lugar, la cristalina corriente del río brillaba generosamente dispuesta a purificar el mundo profano de toda suciedad y vicio. Después de orar en la capilla de Asuka y cruzar el pinar de Sano, dirigió sus pasos al santuario de Nachi. Las aguas, pre-

32 Es decir, el intelecto más los cinco sentidos del hombre (*roku-yoku*).

cipitadas por una triple cascada, caían desde más de mil *jō* de altura. En lo alto, se erguía la santa imagen de Kannon que, sobre una enorme roca, se asemejaba al monte Fudaraku. Desde lo más espeso de la bruma, Koremori oía las plegarias de los creyentes, que entonaban el sutra del Loto. El sonido de sus voces le hacía pensar en un nuevo monte del Águila[33]. Desde que el *bodisatva* de Nachi se manifestó en esta montaña de Kumano, hombres de todo estado y condición, tanto nobles como plebeyos, se han acercado aquí para rezar con las manos juntas y recibir la gracia divina en todo momento. Por eso, muchos monjes levantaron aquí sus celdas y confirmaron aquí su profesión religiosa, al tiempo que seglares de toda condición acudían hasta aquí como un caudaloso río de peregrinos.

Koremori vio las flores de un cerezo que, según dicen, fue plantado para celebrar los ritos de purificación que realizó en el verano del segundo año de la era de Kanwa (986) el Emperador-monje Kasan después de haber profesado las Diez Preceptos.

Entre los bonzos del santuario de Nachi había uno que parecía reconocer a Koremori. Dijo a sus compañeros:

—No podía dar crédito a mis ojos, pero ahora estoy seguro de que es él. Ese peregrino es nada menos que el hijo mayor del difunto señor Shigemori, antiguo ministro del Centro. Sí, es Koremori en persona, el capitán medio del tercer rango. Recuerdo que en la primavera del segundo año de la era Angen (1176), cuando era capitán menor del cuarto rango, tuvo lugar la fiesta en que cumplía cincuenta años el Emperador-monje. Su padre era por entonces capitán general de la Izquierda y ministro del Centro, su tío era capitán mayor de la Derecha y consejero mayor. Los dos estaban sentados debajo de las escalinatas del palacio. También se encontraban allí sus otros tíos, Tomomori, por entonces capitán medio del tercer rango, y Shigehira, también capitán medio. Todos los de su clan iban ataviados con sus mejores vestidos de ceremonia y estaban en el esplendor de su gloria. De repente se levantó entre todos ellos este Koremori y con una guirnalda de flores de cerezo sobre su cabeza se puso a bailar una pieza llamada «Las olas del mar azul». Su silueta era igual que una flor humedecida por el ro-

33 El monte *Ryuzyu*, lugar simbólico de la iluminación para los budistas, desde donde Shakiamuni Buda trasmitía su enseñanza.

cío. ¡Y cómo hacía ondular el viento las mangas de su kimono! Parecía que daban vida a la tierra y hacían resplandecer el cielo. Recuerdo que la Emperatriz consorte, conmovida por la gracia de sus movimientos, le envió de regalo un vestido de honor que recibió en sus manos el canciller, Motofusa. Éste se lo entregó al padre, Shigemori, que se levantó de su estrado para recibirlo y lo colocó sobre el hombro derecho de su hijo que, entonces, hizo una graciosa reverencia a Su Majestad. ¡Qué gran honra recibió aquel niño! ¡Y qué envidia debió sentir más de un cortesano de la alta nobleza! Las doncellas de la Emperatriz se decían entre sí: «¡Qué muchacho! ¡Es un tierno arbusto de ciruelo entre los árboles de un frondoso bosque!». Toda la Corte penso en ese momento que tendría un futuro brillante, ministro del Centro, como su padre, o capitán general... ¡Quién iba a decirme que iba a verlo como lo veo ahora, con el rostro demacrado y la expresión desdichada! Bien sé que el cambio es la ley de esta vida, pero jamás creí que comprobaría su verdad tan cruelmente.

Y, apretando la manga de su hábito contra la cara, dio rienda suelta a sus lágrimas. Sus compañeros, emocionados, y que como él eran bonzos ermitaños de Nachi, mojaron también sus mangas.

CAPÍTULO XII

KOREMORI SE ARROJA AL MAR

Así pues, cuando Koremori terminó sin incidentes su peregrinación en los tres templos de Kumano —el principal, el nuevo y el de Nachi—, tomó un barco cerca del santuario filial de Hama-no-miya y puso proa al interior de la inmensidad azul del océano. A lo lejos había una isla llamada Yamanari. Llegó a ella, desembarcó, y en la corteza de un gran pino que había en su costa Koremori grabó esta inscripción:

«De abuelo, Kiyomori, regente del Imperio, llamado en religión Jōkai; de padre, Shigemori, ministro del Centro y capitán general de la

Izquierda, llamado en religión Jōren; yo, Koremori, capitán medio del tercer rango, llamado en religión Jōen, de veintisiete años de edad, muerto ahogado en las aguas de la costa de Nachi el día veintiocho del tercer mes del tercer año de la era de Juei».

Después volvió a la barca y de nuevo se adentró en el mar. La decisión estaba tomada. Pero en el momento de cumplirla, sentía una profunda soledad en su corazón, que se doblegaba bajo el peso del sufrimiento. Era ese día, en efecto, el veintiocho del tercer mes. Sobre el mar se extendía una capa de bruma que creaba un paisaje que le hacía sentirse aún más desdichado. Si hasta el crepúsculo de la primavera le despertaba la melancolía, ¡con cuánta más razón hoy, que era su último día, debía sentirse más triste! Comparaba su vida con el movimiento oscilante de la barca de un pescador que distinguía a lo lejos. Era una barca que aparecía y desaparecía entre las olas sin nunca llegar a hundirse. Escuchó el graznido de unos gansos que volaban en fila hacia el norte. Deseó enviar con ellos un mensaje para su familia. Se acordó de la historia de Sobu, de China, aquel prisionero de enemigos bárbaros que enviaba recados a su país en las alas de los gansos[34].

Se decía a sí mismo: «¿Qué me pasa? ¿Es que sigo apegado a este mundo al que ya he renunciado?».

Puso proa al oeste y juntó sus manos para rezar. Pero en su corazón pensaba: «En la capital nadie sabe que ésta es mi última hora. Sin duda, estarán esperando alguna noticia o rumor sobre mí. Tarde o temprano van a saber que he muerto... ¡Cómo van a sentirlo, los desdichados!».

Dejó de rezar y separó las manos. Se volvió al novicio Tokiyori y le dijo:

—¡Qué gran equivocación fue casarme y tener hijos! No sólo siento una gran angustia al pensar en ellos, sino que además comprendo ahora que son un problema para poder renacer en la siguiente vida. No hago más que pensar en ellos... Sé que esto es una gran falta y por eso quiero hablar contigo...

Tokiyori sintió compasión, pero se dio cuenta de que no debía ser arrastrado por su tristeza. Se secó las lágrimas y habló con tono impasible. Bien oiréis lo que dijo:

[34] Su historia se narra en el cap. XVII del Libro segundo, «El general Sobu y el ganso».

—Muy bien comprendo lo que sientes. Los lazos del amor por los seres queridos no los pueden romper ni nobles ni plebeyos. Especialmente, el karma que une a la esposa y al esposo, con una sola noche que compartan la almohada, es tan fuerte que no se rompe ni en quinientos años. Es ley de vida que aquellos que hayan nacido tengan que morir y aquellos que se encuentran tengan que separarse. La gota de rocío, ya sea visible en la punta de una hoja o invisible dentro de la raíz, desaparece de todos modos. Lo mismo pasa con las personas: antes o después todos desaparecemos, unos tras otros.

Aquel amor eterno que Huang Tshung juró a Yang Kuei Fei en una noche de otoño en el palacio de Li Shan, ¿en qué se quedó al final sino en sombra de dolor? O aquel otro amor que inspiró al artista que pintó el retrato de la emperatriz Li en las paredes del palacio de Kan Chuan, ¿puedes decirme cuánto duró? Hasta sabios como Chi Sun Tze y Mei Fu sufrieron al saber que la vida tiene un fin. ¿Y qué me dices de los *bodisatva* que, a pesar de haber alcanzado la iluminación, siguen estando sujetos a las leyes de la vida y la muerte? Aunque vivas cien años, aunque hayas logrado la dicha de la longevidad, nunca podrás escapar del dolor de separarte de este mundo.

Mara, el demonio que reina en los Seis Reinos del deseo, mira con recelo los esfuerzos que ponen los hombres por alcanzar la iluminación, por escapar del círculo de la vida y la muerte. Y, dispuesto a impedirlo a toda costa, toma la forma de la esposa o, a veces, la del esposo. En cambio, todos los budas de los Tres Mundos ven en cada ser humano un hijo e intentan guiarlos al Paraíso de la Tierra Pura. Desde los tiempos más remotos, mujeres e hijos han sido ataduras que nos retienen en este laberinto sin fin de vidas y muertes. Por eso, los budas nos advierten severamente del peligro de tales lazos.

Pero ésa no es razón por la que debas sufrir. Fíjate en aquel ancestro de los Genji, un hombre llamado Yoritoshi, que obediente a un edicto imperial que le ordenaba someter a Sadatō y Munetō, los rebeldes de Mutsu[35], estuvo en guerras durante doce años, cortó en ese

[35] Estos dos hombres protagonizaron la Insurreción de Sen-kunen-no-eki, iniciada desde las regiones más alejadas de la capital, en Mutsu o Dewa (al noreste de la actual Tokio), la primera de las revueltas importantes de los señores de las provincias contra el gobierno central. Duró nueve años (1056-1064).

tiempo dieciséis mil cabezas y acabó con centenares de vidas de animales del bosque y peces de los ríos. Pero cuando le llegó su hora, se arrepintió, convirtiéndose en un verdadero creyente, por lo que consiguió renacer en el Paraíso de la Tierra Pura. Tu merecimiento es grande por haber renunciado al mundo y estoy seguro de que todos tus pecados de la vida anterior han sido borrados por completo. Considera que tiene más mérito la decisión de hacer un solo día los votos religiosos que la acción de un hombre que levanta una pagoda de piedras preciosas tan alta que iguale los treinta y tres cielos. O, como está escrito en los sagrados textos, vale más abrazar la profesión religiosa que ofrecer el sacrificio de cien bueyes a los dioses por miles y miles de años. Hasta ese Yoriyoshi, del que te hablaba, que fue un hombre inicuo, buscó su salvación con corazón sincero y fe firme, y pudo renacer en el paraíso. Tú, que apenas has cometido faltas graves, ¿cómo no vas a renacer en él? No olvides que la divinidad de Kumano es una encarnación de Amida Buda. Todos y cada uno de sus cuarenta y ocho votos están destinados a la salvación de los seres sensibles. El decimoctavo de esos votos dice: «Aunque yo tenga la capacidad de convertirme en buda, si diez mil seres sensibles ponen su fe en mí con el corazón sincero e invocan diez veces mi nombre con la esperanza de renacer en el paraíso y, pese a todo, no consiguen su deseo, entonces yo nunca podré ser buda». Debemos entender de esas palabras que diez invocaciones, hasta once incluso, son suficientes para salvarnos. Simplemente debes tener fe y no dudar en ningún momento. Cuando invoques su nombre, una o muchas veces, Amida reducirá su inconmensurable grandeza a sólo dieciséis *shaku* y vendrá ante ti, acompañado de las divinidades Kannon y Seishi[36] y de una innumerable cohorte de budas y *bodisatva* celestiales que, llegados desde la puerta del este del paraíso, te rodearán en círculos tocando instrumentos y cantando melodías. Tu cuerpo, por tanto, podrá parecer que se sumerge en las profundidades del mar azul, pero en realidad ascenderás al cielo sobre una nube de color púrpura. Y, convertido en buda y liberado de las ataduras mundanas, no dudes de que regresarás a tu hogar te-

[36] Amida Buda, Kannon Bosatsu y Seishi Bosatsu forman la tríada de budas y *bodisatva* más popular del budismo japonés amidista.

rrenal, donde serás un perfecto guía para tu esposa e hijos. Pues escrito está: «Regresa al mundo impuro y sé guía de hombres y mujeres».

Así habló el monje Tokiyori. Después, tocó una campanilla que invitaba a su amigo a la plegaria. Éste, convencido de que se hallaba en el mejor de los caminos para renacer en el paraíso, juntó las manos y borró de su mente toda distracción y pensamiento ocioso. Con la vista vuelta al oeste, Koremori entonó cien veces en voz alta el nombre de Amida. Después, con la sílaba *nam* en los labios[37], se arrojó al agua. Sus criados, Shigetake e Ishidō-maru, rezaron de la misma manera y siguieron a su señor, sumergiéndose también en las aguas del océano.

CAPÍTULO XIII

HEIKE POR TRES DÍAS

Takesato, el criado samurái de Koremori, quiso también arrojarse al mar, pero se lo impidió el novicio Tokiyori con estas razones:

—¿Por qué quieres desobedecer la voluntad de tu señor? Por miserable que sea tu vida, más te vale que la aproveches rezando por la salvación de tu señor a fin de que renazca en el paraíso.

El criado, aunque no se hundió en el mar, se dejó caer en el fondo del barco, sumergido en la profunda tristeza de verse abandonado por su amo e incapaz de hacer otra cosa que no fuera llorar y llorar. Su dolor era comparable al de Chandaka cuando, hace mucho tiempo, tuvo que separarse de su señor, que no era otro que Buda Sakiamuni. Éste, siendo todavía príncipe Sidarta, fue al monte Dantalikagiri para meditar y entregó su caballo, llamado Kantaka, a su criado, Chandaka, que tuvo que regresar solo y sin que cesara su llanto al palacio. La pena de Takesato parecía mayor incluso que la de aquel pobre Chandaka.

[37] La sílaba primera de la jaculatoria o *nembutsu Namu Amida Butsu* («Busco abrigo en Amida»), que pronuncia repetidamente Koremori.

Remaron durante un rato para ver si los cuerpos eran devueltos a la superficie del agua, pero los tres hombres se habían hundido para siempre en las profundidades marinas. El monje Tokiyori se puso a rezar sutras. ¡Qué triste cuando en su oración manifestó la esperanza de «que los espíritus de los difuntos renazcan en el Paraíso de la Tierra Pura»!

Finalmente, el sol se puso por el oeste y la oscuridad conquistó poco a poco la superficie del mar. El corazón de los dos hombres estaba casi tan vacío como la barca sin los tres ocupantes fallecidos, tan vacía que no les costó gran trabajo remar de vuelta. Su dolor era tan profundo que las lágrimas que vertían se mezclaban en sus ropas con las gotas de agua salpicadas por los remos.

El monje volvió al monte Kōya y el criado, sin dejar de llorar, a Yashima. Cuando llegó a Yashima, entregó una carta a Sukemori, el hermano de su difunto señor.

—¡Qué terrible! —exclamó Sukemori—. Mi hermano nunca supo cuánto lo necesitábamos. Mi tío Munemori y mi abuela, Nī-dono, pensaban que se había marchado a la capital para unirse a Yoritomo, como hizo Yorimori. Pero, lejos de eso, ahora sabemos que se había ido a arrojar al mar de Nachi. ¡Qué pena que los demás no hayamos podido morir a su lado y que ahora tengamos que acabar en lugares diferentes! ¿No te dijo nada especial aparte de esta carta?

—Sí, señor —respondió Takesato—. Me pidió que dijera lo siguiente: «Kiyotsune, el capitán medio de la Izquierda, se suicidó en las provincias del oeste; Moromori, el gobernador de Bitchū, cayó en la batalla de Ichi-no-tani. Ahora que también mi vida llega a su fin, me apena imaginar cómo te vas a sentir cuando lo sepas».

También le contó Takesato con detalle las disposiciones de Koremori sobre su armadura, *Karakawa*, y su espada, *Kogarasu*.

—Después de esta nueva desgracia ¿de dónde sacaré las fuerzas para seguir viviendo? —se preguntó Sukemori al tiempo que rompía en llanto y apretaba su manga contra el rostro.

¡Qué doloroso, en verdad, verlo llorar por una pérdida tan sentida! Su parecido físico con Koremori era tan grande que no podían evitar derramar lágrimas todos cuantos lo veían, también los samuráis que se encontraban allí. Munemori y su madre, Nī-dono, también se hundieron en un río de lágrimas:

—¡Qué injustos fuimos! Creímos que Koremori había hecho lo que Yoritomo, volver a la capital para pasarse a los enemigos. ¡Qué equivocados estábamos!

El día uno del cuarto mes, el gran señor del este y de Kamakura, Yoritomo, fue elevado al cuarto rango menor de la nobleza. Antes tenía el rango quinto menor de la categoría subalterna de la nobleza, por lo cual había ascendido de un golpe cinco grados, un honor extraordinario, y todo debido a haber derrotado a Kiso, el antiguo capitán mayor de los Establos Imperiales.

El día tres se decidió erigir un santuario en memoria del difunto emperador Sutoku. El emplazamiento elegido fue el extremo oriental de la avenida de Ooi-no-mikado, el mismo sitio donde tuvo lugar la batalla de Hōgen, y donde el espíritu del difunto Emperador estaba entronizado simbólicamente[38]. La decisión de construir este templo partió del Emperador-monje y se dijo que la Corte Imperial del Emperador reinante, Gotoba, no había tenido conocimiento de esa decisión.

El día cuatro del quinto mes, Yorimori, consejero mayor, partió a Kamakura. Se había quedado en la capital después de haber desertado de los Heike. Antes de tomar la decisión de desertar, había recibido del gran señor del este varias cartas con este mensaje: «Siempre te he mirado con buenos ojos, especialmente a causa del agradecimiento que siento hacia tu difunta madre, Ike-no-zenni. Favoreciéndote, deseo ahora saldar mi deuda de gratitud». Pero Yorimori no dejaba de inquietarse y pensaba: «aunque las palabras de Yoritomo sean veraces, ¿cómo me van a tratar los otros hombres de Genji?». Finalmente recibió un nuevo mensaje desde Kamakura: «Deseo mucho verte. Recibirte será como recibir a Ike-no-zenni». Convencido, Yorimori se puso en camino de inmediato.

Entre los samuráis de Yorimori había un hombre llamado Munekiyo, uno de los guerreros principales y más fieles de sus criados hereditarios. Pero en este viaje se negó a seguirlo.

—¿Por qué? —le preguntó Yorimori.

—Esta vez, señor, prefiero no acompañaros. Bien es cierto que mi señor está ahora a salvo, pero cuando pienso en los otros de nuestro clan que vagan por los mares del oeste, me pongo triste. En este esta-

[38] Véase en la Introducción el apartado «Antecedentes históricos».

do de tristeza, no podré seros muy útil, señor. Prefiero encontrar la calma y más tarde reunirme con Su Señoría.

Yorimori sintió desagrado y vergüenza, y le dijo:

—No es motivo de orgullo que me haya separado de los míos y que esté aquí, en la capital. He sido incapaz de renunciar a mi posición en la Corte y arriesgar mi vida. Reconozco que por eso decidí quedarme en la capital. Pero una vez hecho, no tendría sentido negarme a ir a Kamakura. ¿Crees que haces bien en negarte a acompañarme en tan largo viaje? Si, de todos modos, no estabas de acuerdo con mi proceder, ¿por qué no me lo dijiste antes? Siempre has sido mi hombre de confianza, a quien he consultado todos mis asuntos, grandes y pequeños.

Munekiyo se sentó respetuosamente y contestó:

—Señor, estaréis de acuerdo en que para un hombre, sea noble o plebeyo, nada hay más importante que la vida. Con razón dicen: «Se puede abandonar las cosas de este mundo, pero no es fácil abandonar la vida». No os estoy reprochando, señor, que os hayáis quedado en la capital en lugar de compartir el destino de los vuestros. Ahí tenéis, señor, a Yoritomo, que disfruta su vida efímera en la cima de su gloria y que, sin embargo, hace pocos años estuvo a punto de perderla, y la hubiera perdido si alguien no lo hubiera salvado. Cuando fue desterrado, yo lo escolté por orden de su señora madre, Ike-no-zenni, hasta la frontera de Shinohara, provincia de Oomi. Él mismo dice en su carta que todavía recuerda aquello. Seguro que si acompaño a Su Señoría a Kamakura, me va a agasajar y a colmar de obsequios. Me daría mucha pena y vergüenza saber qué podrían pensar los señores de Heike al enterarse de que su enemigo me ha dado tal trato de favor. Por lo tanto, señor, comprended mis razones y dispensad mi ausencia. Por mi parte, yo comprendo que Su Señoría, que ya está en la capital, separado de los Heike, se presente en Kamakura. Pero no creáis, señor, que no me inquieta el viaje que os espera. Es un viaje largo y estaría a vuestro lado, señor, en primera línea, si fuerais perseguido por enemigos. Pero no creo que esta vez os persiga nadie. Por eso, señor, disculpadme y decid al señor Yoritomo, si pregunta por mí, que estoy enfermo.

Los compañeros samuráis de corazón sensible derramaron lágrimas al oír las razones de Munekiyo. El consejero mayor sintió ver-

güenza, pero no estaba en posición de anular el viaje, así que de inmediato dispuso los preparativos para partir.

El día dieciséis, Yorimori llegó a Kamakura. El gran señor del este lo recibió al punto y lo primero que hizo fue preguntarle:

—¿No te ha acompañado Munekiyo?

—No ha podido venir porque justo el día del viaje cayó enfermo —respondió Yorimori.

—¿Enfermo? ¿Qué clase de mal tiene? Sin duda sería por alguna otra razón. Bien, todavía recuerdo lo bien que me trató cuando era su prisionero. Tenía ilusión en que esta vez te acompañara y que pudiera volver a verlo. ¡Qué lástima!

El gran señor del este, con intención de honrar a Munekiyo, había preparado una larga lista de regalos que incluía caballos, sillas de montar, armaduras y otras cosas. También los otros señores principales que estaban en Kamakura le habían preparado muchos obsequios. De esa manera, la ausencia del samurái Munekiyo resultó tan decepcionante para los señores superiores como para los inferiores.

El día nueve del sexto mes, Yorimori pidió permiso al gran señor del este para regresar a la capital.

—¿Por qué no te quedas unos días más? —le preguntó el gran señor.

—En la capital deben estar preocupados por mí —le respondió su huésped. Y sin demorarse partió de regreso.

Después, el gran señor del este y de Kamakura despachó un mensaje a la capital en el que recomendaba que se le concedieran posesiones y feudos privados a Yorimori, se le restituyeran sus antiguos territorios y se le ratificara el nombramiento de consejero mayor. También le mandó treinta caballos bien ensillados, otros treinta sin montura, treinta baúles con plumas, oro, vestidos teñidos y sedas. Ante tantos regalos y pruebas de amistad, los otros grandes señores quisieron emular la generosidad del señor de Kamakura y ofrecieron todo tipo de obsequios a Yorimori, que llegó a reunir más de trescientos caballos. Así, no sólo volvió a la capital con vida, sino además honrado y colmado de todo género de bienes.

El día dieciocho del mismo mes, la provincia de Oomi fue atacada por Hirata Sadatsugu, un tío del gobernador de la provincia de Hijo, y Sadayoshi, al frente de una banda de guerreros fieles a los Heike y na-

turales de las provincias de Iga y de Ise. A su encuentro salieron los soldados de los Genji de la provincia de Oomi y se libró una feroz batalla. La provincia entera se dividió en dos bandos y muchos perecieron. Fue notable que los vasallos hereditarios de los Heike, fieles al recuerdo de los favores recibidos de este clan, dieran esta prueba de heroica lealtad. Pero su ataque fue descabellado y acabaron derrotados. El dicho de «Heike por tres días» viene de este incidente.

Mientras, la esposa de Koremori, el difunto capitán medio, seguía preocupada. Los rumores sobre el paradero de su esposo habían cesado y eso la inquietaba ominosamente. Tenía la esperanza de recibir alguna noticia por lo menos una vez al mes, pero la primavera cedió el paso al verano y nada sabía. Un día escuchó a alguien decir que Koremori ya no estaba en Yashima con los demás Heike. Su inquietud aumentó y una y otra vez envió mensajeros a Yashima. Pero no regresaban ni le mandaban ninguna respuesta. El verano cedió el paso al otoño. Por fin, a finales del séptimo mes, volvió un mensajero.

—Y bien, ¿qué noticias me traes? —le preguntó.

—Takesato, el criado de nuestro señor, que lo acompañó todo el tiempo, me contó que al amanecer del día veinticinco del tercer mes se fue al monte Kōya. Allí se tonsuró y luego se dirigió a Kumano como peregrino. Después de rezar con mucho fervor y desear ardientemente renacer en el paraíso, se arrojó al mar.

—¡Lo sabía! —exclamó la mujer—. ¡Sabía que algo le había ocurrido! De lo contrario hubiera tenido noticias suyas.

Y, rasgándose las mangas del kimono, cayó al suelo. Su hijo pequeño y su niña se pusieron a llorar a gritos. La doncella de compañía y la criandera trataban en vano de consolarla con estas palabras:

—¿Qué sentido tiene sorprenderse ahora? Hacía tiempo que esperábamos esa noticia. Pero, señora, pensad que si le hubieran prendido y traído aquí como prisionero, igual que hicieron con Shigehira, habría sido mucho más penoso verle pasar por tal deshonra. Dentro de la desgracia de su muerte, ¿no es un consuelo saber que fue al monte Kōya, donde entró en religión; que hizo la peregrinación a Kumano y que murió con el espíritu sereno tras haber rezado devotamente por su salvación? Señora, calmaos y recobrad el ánimo. Ahora toca pensar en estos niños que debéis criar dignamente, aunque sea entre las rocas o entre los árboles.

De poco le sirvieron a la esposa de Koremori estas palabras de consuelo y ánimo porque, incapaz de sobrellevar tanto sufrimiento, decidió hacerse monja. Mandó realizar los oficios religiosos por el difunto y, a partir de entonces, se consagró a la salvación de su esposo.

CAPÍTULO XIV

EL PESCADOR FUJITO

Cuando Yoritomo, el gran señor del este, tuvo noticia de la muerte de Koremori, exclamó:

—¡Ah, si hubiera venido aquí sin temor! ¡Ciertamente le habría perdonado la vida! Jamás he dejado de admirar a su padre, el antiguo ministro Shigemori. Él fue, como mensajero de Ike-no-zenni, quien intercedió ante su padre por mi vida y consiguió que aliviaran mi sentencia. ¿Cómo iba a olvidar semejante favor? De ninguna manera iba a castigar a ninguno de sus hijos, y menos después de saber que se había tonsurado.

Volviendo a la historia de los Heike en Yashima, corrió entre ellos el rumor de que decenas de miles de soldados de las provincias del este habían entrado en la capital y que avanzarían desde allí para atacarlos. Se decía también que los clanes de Usuku, Hetsugi y Matsūra se habían confederado en Kiushu para atacarlos. Estos rumores hicieron cundir el desaliento y el miedo. La mayoría de los señores principales de los Heike habían perecido en Ichi-no-tani y más de la mitad de los samuráis principales habían muerto también en diferentes combates. Sólo podían confiar en Shigeyoshi, el ministro de Asuntos Populares, y su hermano, cuyas tropas esperaban aumentar con la incorporación de los hombres de Shikoku. Para los Heike esas fuerzas eran tan infranqueables como las altas montañas y el profundo mar. Las mujeres, por su parte, no hacían más que lamentarse y llorar.

Así se llegó al día veinticinco del séptimo mes.

—Hace justo un año que salimos de la capital. ¡Qué pronto ha pasado un año!

Así decían muchos que hablaban y, entre risas y lágrimas, recordaban el rápido paso del tiempo.

El día veintiocho del séptimo mes tuvo lugar en la capital la ceremonia de entronización del nuevo emperador, Gotoba. Era la primera vez en la historia de las ochenta y dos generaciones de emperadores, desde el emperador Jimmu, que se celebraba esta ceremonia sin los Tres Tesoros Sagrados.

El día seis del octavo mes, Noriyori fue elevado a la dignidad de gobernador de la provincia de Mikawa, mientras que a su hermano Yoshitsune le nombraron capitán de la Puerta de la Izquierda del Palacio Imperial. Por añadidura, recibió Yoshitsune el nombramiento de capitán medio de la Guardia Imperial y fue llamado el capitán de Hogan Kuro.

Y entró el otoño, que no tardó en alcanzar su esplendor. El viento soplaba entre las hojas de las cañas cada vez más fresco y las gotas de rocío que había bajo los arbustos eran cada vez más gruesas. No cesaban los cantos quejumbrosos de los grillos, y el viento, que hacía gemir las cañas de los arrozales, empezaba a esparcir las hojas de los árboles. Si hasta a aquellos que tienen un corazón insensible, el otoño bajo el cielo de lugares extraños invita a la melancolía, ¡con cuánta razón los corazones de los Heike debían sentir tristeza! Antes, cuando vivían en sus mansiones y palacios, admiraban la gracia de las flores de primavera; ahora, en las playas de Yashima, se hundían en la pena al contemplar la luna de otoño. Pasaban los días y las noches componiendo poemas sobre el claro de luna y derramando lágrimas cuando sus estremecidos corazones añoraban la capital. Por ejemplo, Yukimori, el capitán de los Establos Imperiales, expresó sus sentimientos con estos versos:

Su Majestad
aquí, igual fulgor
tiene la luna.
Aún así, con nostalgia
en Kioto pienso.

El día doce del noveno mes, Noriyori se puso en camino hacia las provincias del oeste al frente de más de treinta mil jinetes para someter definitivamente a los Heike. Como asistentes llevaba a Yoshikane, el escribano de los Ashikaga, a Kagami Nagakiyo, a Hōjo Yoshitoki y a Saīn Chikayoshi. Otros señores principales eran: Toi Sanehira y su hijo Tōhira, Miura Yoshizumi y su hijo Yoshimura, Shigetada, gobernador de Hatakeyama, Hatakeyama Shigekiyo, Inage Shigenari, Hangai Shigetomo, Hangai Yukishige, Koyama Tomomasa, Naganuma Munemasa, Nagaya Munetō, Sasaki Moritsuna, Hachida Tomoie, Anzai Akimasu, Oogo Sanehide, Amano Tōkage, Hiki Tomomune, Hiki Yoshikazu, Chuzyo Ienaga, Ipponbō Shōgen y Tosabō Shōshun.

No tardaron en llegar todos a Murō, en la provincia de Harima.

El mando de los Heike estaba en manos de Sukemori, Arimori y Tadafusa. Los samuráis principales eran Kagetsune, Moritsugi, Tadamitsu y Kagekiyo. Con más de quinientas embarcaciones a su disposición, pusieron proa a Kojima, en la provincia de Bizen. Ante esta noticia, los Genji abandonaron Murō y tomaron posiciones en Fujito, en la provincia de Bizen.

Entre los dos ejércitos se extendía un brazo de mar de unos cinco *chō*, una distancia infranqueable para los Genji, a menos que tuvieran barcas. Así que acamparon en las faldas de la montaña frente a sus enemigos dispuestos a esperar y a que pasaran los días en vano. Pero entre los Heike había algunos guerreros jóvenes e impetuosos que se atrevían a salir remando hasta cerca del campamento enemigo para hacerles gestos desafiantes con sus abanicos:

—¡Vamos, atreveos a cruzar hasta aquí!

Los Genji, enfurecidos, exclamaban:

—¡Qué rabia no poder acercarse! ¡Esto es intolerable!

La noche del día veinticinco, Sasaki no Moritsuna, de los Genji, entabló relación con un pescador de esta costa. Le regaló un kimono blanco de mangas cortas, un *hakama* y una daga de empuñadura plateada. Luego, le preguntó:

—¿No sabrás de algún lugar entre la costa y la isla por el que se pueda cruzar a caballo?

El pescador le respondió:

—Aquí vive mucha gente, pero pocos conocen bien estos lugares. Yo sí los conozco. Hay un bajo, o más bien dos, en el estrecho. Tienen

tan poca profundidad como un río. Uno está al este y se puede cruzar en luna creciente; el otro, al oeste, se vadea en menguante. Entre los dos bajos no habrá más de diez *chō*. Los dos se pueden cruzar fácilmente a caballo.

Moritsuna, muy satisfecho de esta información, salió sigilosamente del campamento sin decir nada a nadie y acompañado sólo del pescador. Se desnudó cuando llegaron a uno de los lugares indicados y comprobó que, efectivamente, las aguas de esos bajos no eran profundas. En algunos sitios el agua le llegaba a las rodillas, la cadera y los hombros; y en pocos llegaba a mojarle el pelo de la cabeza. Trató de nadar en los sitios más profundos de bajo en bajo.

—Ese lugar en dirección al sur es menos profundo que hacia el norte —le dijo el pescador—. No siga nadando, señor. Es peligroso estar desnudo cerca de un lugar donde sus enemigos pueden estar apuntándole con sus flechas. Hará mejor en regresar.

Moritsuna creyó que el pescador tenía razón y regresó a la playa. Mientras volvía pensó: «Estas gentes de clase baja no son leales. Si alguien se lo exige, es posible que le muestre también estos bajos. Mejor será que yo sea el único en saberlo».

Cuando volvió al lado del pescador, le asestó una puñalada y lo mató. Luego le cortó la cabeza y la tiró.

Hacia la hora del dragón (ocho de la mañana) del día veintiséis del mismo mes, algunos hombres de los Heike volvieron a salir remando por las aguas del estrecho y se pusieron a provocar a los Genji haciéndoles gestos con la mano:

—¡Vamos! ¡Venid hasta aquí!

Moritsuna, que conocía dónde estaba el vado, se adentró repentinamente en el mar junto a siete jinetes que lo siguieron. Llevaba un traje de batalla con las costuras moteadas de blanco, bajo una armadura de cordones negros, y a lomos de un caballo rodado. Desde tierra, Noriyori, el nuevo gobernador de Mikawa y general del ejército, le gritó:

—¡Detenedlo! ¡Impedidle que luche!

Al oír esta orden, Sanehira picó espuelas y galopó para detener a Moritsuna al tiempo que gritaba:

—¡Alto! ¡Moritsuna, Moritsuna! ¿Es que te has vuelto loco? ¿Cómo te atreves a desobedecer las órdenes del general? ¡Detente ahora mismo!

Pero Moritsuna no le hizo caso y siguió avanzando. Sanehira, incapaz de detenerlo, entró también con su caballo en el mar. Sus caballos se hundieron en el agua, que les llegaba hasta los ijares, el pecho y el lomo, cubriéndoles incluso la silla de montar. En los lugares más profundos tenían que nadar de bajo en bajo.

—¡Ah, Moritsuna nos ha engañado! ¡El agua no es tan profunda por ahí! —exclamó Noriyori. Y ordenó:

—¡Todos a los caballos! ¡A cruzar el brazo de mar!

Los treinta mil jinetes metieron sus caballos en las aguas y empezaron a vadear. Los Heike se asustaron:

—¡A las armas!

Alinearon sus barcas y desde ellas se pusieron a disparar sus flechas. Pero los jinetes de los Genji, sin dejar de avanzar, agachaban las cabezas y las esquivaban. Enseguida llegaron a las barcas y saltaron sobre ellas lanzando sus gritos de combate. Los dos ejércitos chocaron con violencia. Muchos de los Heike murieron en sus barcas, otros muchos cayeron al agua cuando sus barcas volcaron. Estuvieron todo el día combatiendo. Al anochecer, los Heike seguían en las barcas y los Genji pusieron pie a tierra en la isla de Kojima para dar descanso a sus caballos y soldados. Los Heike decidieron retirarse y remaron de vuelta a Yashima. Los Genji, aunque con el espíritu encendido para seguir luchando, no pudieron ir tras ellos por falta de embarcaciones.

«Desde tiempos antiguos ha habido jinetes que han cruzado un río a caballo, pero ni en la India, ni en China, ni en nuestro país se ha sabido de nadie capaz de vadear el mar a caballo. Es una hazaña extraordinaria.» Así se hizo constar en la crónica oficial sobre la jornada de aquel día. Como recompensa por ese hecho, Yoritomo, el gran señor del este, le concedió a Sasaki no Moritsuna como feudo y heredad la tierra de Kojima, provincia de Bizen.

CAPÍTULO XV

EL DÍA DE AGRADECIMIENTO

El día veintisiete, Yoshitsune, el joven general, fue ascendido a comisario de la Guardia Militar y promovido al quinto rango de la nobleza.

Y llegó el décimo mes. El viento que barría las costas de Yashima era cada vez más fuerte y crecía la violencia con que rompían las olas en la playa. Todo eso impedía los ataques enemigos, pero también la navegación de los barcos de los mercaderes y, por tanto, la llegada de noticias de la capital. Pasaron los días. El cielo adquirió un tono gris y cayó granizo. También en los corazones de los Heike, sumidos en gris tristeza, cayó la pesadez del abatimiento como si sus pechos quisieran desaparecer.

En la capital, mientras tanto, se hacían los preparativos para celebrar el Día de Agradecimiento por las nuevas cosechas y la ceremonia de Purificación Imperial que tendría lugar en el santuario de Kamo. Esta ceremonia estaría presidida por Sanesada, capitán mayor de la Izquierda, que entonces era ministro del Centro. Dos años antes había sido Munemori, también ministro del Centro, quien había presidido la misma ceremonia en honor del emperador Antoku. Se había sentado bajo una tienda con banderas estampadas de dragones. Su aspecto, con el alto gorro de laca negra y el amplio *hakama*, era espléndido. ¡Qué magnífico espectáculo aquel junto a los demás miembros de los Heike que en aquella ocasión formaban parte de la Guardia Imperial, como Tomomori, capitán general del tercer rango; Shigehira, teniente general, y otros, que iban en grupo con los estandartes!

Este día, en cambio, el desfile lo abría Yoshitsune, el joven general. A diferencia de Kiso, estaba acostumbrado a la etiqueta y usos cortesanos, aunque era inferior en esto al más bajo de los Heike.

El día dieciocho del decimoprimer mes se celebró el Día de Agradecimiento.

Desde las pasadas eras de Jishō y Yōwa (1177-1182), los campesinos y plebeyos de todas las provincias y regiones habían sido ultra-

jados por los Genji y saqueados por los Heike. Hostigados por esta situación, muchos habían huido a las montañas y abandonado sus campos y hogares. Por eso no habían podido sembrar en primavera ni recolectar en otoño. La gente se preguntaba cómo era posible celebrar en años tan malos una ceremonia de tanto boato. Pero como las autoridades no juzgaron apropiado suspenderla, se celebró por pura formalidad.

Si Noriyori, gobernador de Mikawa, hubiera continuado la ofensiva, los Heike seguramente ya hubieran sido aniquilados. Pero se quedó en Murō y Takasago, donde perdió el tiempo y se dedicó a pasarlo bien con frivolidades y mujeres de placer. Había muchos señores de la guerra, grandes y pequeños, de las provincias del este deseosos de luchar, pero nada podían hacer sin las órdenes de Noriyori, el capitán mayor. Así transcurrió aquel año, en medio del despilfarro del erario público y del sufrimiento del pueblo.

LIBRO UNDÉCIMO

CAPÍTULO I

LOS REMOS EN POPA

El día diez del primer mes del segundo año de la era Genryaku (año 1185), Minamoto no Yoshitsune, el joven general de los Genji, se presentó en el Palacio de Clausura y, a través del ministro del Tesoro, Yasatsune, le transmitió estas palabras al emperador-monje Goshirakawa:

—Los Heike han sido abandonados por los dioses y, repudiados de Su Majestad, dejaron la capital y se han convertido en fugitivos que han estado vagando por las olas. Pero han pasado tres años y siguen sin haber sido sometidos. Incluso controlan todavía algunas provincias. Una situación así no nos permite estar tranquilos. Esta vez, si Su Majestad me lo permite, estoy decidido a salir de la capital y no volver a ella hasta haberles subyugado por completo, aunque eso me obligue a perseguirlos hasta Kikai-ga-shima, o hasta Corea, la China o la India.

Mucho se alegró el Emperador-monje de las palabras del joven general y le contestó:

—Prepárate bien para la partida y, con el máximo esfuerzo, combate día y noche contra ellos hasta conseguir la victoria.

El joven general volvió al cuartel general, convocó a sus samuráis principales y les dijo:

—Siguiendo las órdenes de mi señor Yoritomo, acabo de recibir instrucciones de Su Majestad Imperial para subyugar a los Heike. Iremos por tierra hasta donde puedan llevarnos los caballos y por mar hasta donde puedan llevarnos los remos. Los hombres que no estén

preparados para esta campaña, que regresen de inmediato a sus casas y vuelvan a Kamakura.

Entretanto, en Yashima, donde estaban los Heike, los días y los meses pasaban con rapidez. Había acabado el primer mes del año y ya habían entrado en el segundo. En la primavera rebrotaron por fin aquellas tiernas hierbas que, con los primeros vientos del otoño, se habían marchitado y muerto. Cuando cesaron los vientos fríos, las plantas primaverales volvieron a asomarse al mundo. Y de la mano de este ciclo, llegó para los Heike el tercer año de su exilio. Con él vino la noticia de que decenas de miles de nuevos soldados procedentes de las regiones del este acudían a la capital, donde se aprestaban para venir contra ellos. Se propagó también el rumor de que los clanes de Usuki, Hetsuki y Matsūra habían formado una liga para atacarles desde Kiushu. Tantos rumores y tan diversos contribuían a mantenerlos en un constante estado de alerta e inquietud. Las doncellas y damas de la antigua Corte, entre ellas Kenreimon-in y Nī-dono, se lamentaban:

—Y ahora, ¿qué nuevas angustias nos esperan, de qué nuevas desgracias seremos víctimas, qué tristes nuevas volverán a escuchar nuestros oídos?

Y, reunidas, lloraban.

Tomomori, el consejero mayor, se quejaba con estas palabras:

—Muchos favores recibieron de nuestra casa los samuráis del norte y del este pero, olvidados de sus obligaciones de gratitud y rompiendo sus juramentos, nos abandonaron para ponerse del lado de Yoritomo y Kiso. Yo pensé entonces que los clanes del oeste harían lo mismo y por eso le aconsejé a Munemori que, en lugar de aventurarnos por estas tierras, nos quedáramos en la capital. Pero ¡ay, que no soy yo el que toma las decisiones! Henos ahora aquí, lejos de capital, con el ánimo abatido y la mirada nublada por la tristeza.

¡Qué doloroso era reconocer la verdad de sus temores!

El día tres del segundo mes, el joven general de los Genji salió de la capital. En Watanabe, provincia de Setsu, mandó reunir barcos para poder atacar Yashima cuanto antes. También Noriyori, gobernador de Mikawa, y otro de los hermanos de Yoritomo, el gran señor de Kamakura, salían el mismo día de la capital para juntar embarcaciones en Kanzaki, provincia de Setsu, y emprender un ataque paralelo contra Yashima por la ruta de Sanin.

El día trece, despacharon mensajeros oficiales a los santuarios de Ise, Iwashimizu, Kamo y Kasuga. Los funcionarios del Gabinete Imperial de Adivinaciones y los dignatarios religiosos de estos y otros grandes centros religiosos recibieron la orden de ponerse a rezar por el feliz retorno a la capital de los Tres Sagrados Tesoros Imperiales.

El día dieciséis, las tropas de los Genji estaban listas para hacerse a la mar en Watanabe y Kanzaki, cuando de repente se levantó un fuerte viento del norte que amenazó con dañar gravemente las embarcaciones. Se produjeron violentas marejadas que destrozaron muchos barcos, por lo que no pudieron embarcarse y tuvieron que dedicar ese día a reparaciones. En Watanabe, algunos señores de la guerra del ejército Genji, grandes y pequeños, se reunieron para tratar del asunto:

—No tenemos experiencia en luchar desde los barcos. ¿Qué podemos hacer?

Esto fue lo que respondió Kagetoki, uno de los principales señores:

—Yo propongo que dispongamos los remos en la popa de los barcos.

—¿En la popa? —preguntó el joven general—. ¿Qué significa eso?

—Cuando cabalgas, es fácil cambiar la dirección del caballo a la derecha o a la izquierda, pero cambiar de súbito el rumbo de un barco es difícil.

Y Kagetoki siguió explicando:

—Si además de tener los remos a los dos lados del barco, los colocamos también en popa y proa, entonces podremos maniobrar con más facilidad, incluso retroceder y hacer fácilmente cualquier viraje.

El joven general le replicó:

—Cuando se combate hay que avanzar sin jamás tener la intención de retroceder ni un solo paso, aunque a veces sea necesario volver atrás cuando la situación adelante se vuelve adversa. ¿Pero qué ventaja se tiene cuando desde el principio se piensa en la huida? Tu propuesta, ahora que nos disponemos a atacar, es de mal augurio. Si quieres colocar los remos en popa, puedes hacerlo en tus barcos. Yo no los pondré en los míos.

—Un buen general ataca cuando debe atacar y retrocede cuando debe retroceder. Es una regla que vale tanto para destruir al enemigo como para protegerse uno mismo. Pensar sólo en atacar y nada más

que en atacar ciegamente, como hace un jabalí cuando embiste, no es nada bueno.

—Me da igual ser jabalí o ciervo o lo que sea. Lo único que me importa cuando estoy en combate es conseguir la victoria —le respondió el joven general.

Al oír esto, los otros samuráis no se atrevieron a reír por temor a Kagetoki, pero entre ellos intercambiaron algunas miradas y muecas intencionadamente. Incluso susurraron que pronto Kagetoki y el joven general podrían llegar a las manos.

Al hacerse de noche, el joven general dijo a sus hombres:

—La reparación de los barcos ha terminado. Ahora están como nuevos. Vamos a celebrarlo. ¡Preparad comida y bebida!

Pero era un pretexto para distraer a Kagetoki y a los otros señores. Yoshitsune ordenó que en sus propios barcos metieran, no comida ni bebida, sino armas, caballos y aparejos de guerra. De esa forma, amparados por la oscuridad, los otros samuráis, entre ellos Kagetoki, no se enteraron del aprovisionamiento militar. Una vez pertrechados sus barcos, el joven general ordenó a sus soldados y marineros que se hicieran a la mar de inmediato. Pero los timoneles y remeros se negaron diciendo:

—Tendríamos un viento de popa demasiado fuerte para controlar el barco. Seguramente, mar adentro el viento es mucho más recio y nos llevaría a la deriva. ¡Es imposible embarcarse con este tiempo!

Muy airado, el joven general les replicó:

—Morir en el fondo de valles o montañas, en medio de desoladas praderas, en las profundidades del mar o del río, ¿acaso no está ya determinado en vidas anteriores? ¿Qué pasa si cuando nos adentremos en el mar encontramos fuertes vientos? ¿Cómo es posible que en un momento tan decisivo os atreváis a negaros a embarcar? A fe mía que quien no suba al barco, aquí mismo encontrará la muerte.

Con estas palabras, dos de sus samuráis, Tsuginobu y Yoshimori, se adelantaron con flechas puestas en sus arcos. Apuntaron a los marineros y les gritaron:

—¿Quién se niega a subir? ¿Quién dice necedades sobre vientos? ¡Es una orden de nuestro señor! ¡Vamos! ¡Al mar ahora mismo, si no queréis morir asaeteados uno a uno!

Los marineros, resignados, contestaron:

—Entre morir ahora por disparos de flecha o luego en el mar, poca diferencia hay. Si el viento nos arrastra con violencia, dejemos que el barco vaya a la deriva y muramos todos en el mar. ¡Vamos!

Y ocuparon sus puestos en los barcos. De esa forma, de las doscientas embarcaciones preparadas, sólo cinco se hicieron a la mar. Las demás, por temor al viento o tal vez al mismo Kagetoki, se quedaron en tierra esa noche.

Los cinco barcos iban capitaneados por Yoshitsune, Nobutsuna, Sanemoto con su hijo Motokiyo, Ietada y su hermano Chikanori, y Tadatoshi. El joven general les dio a todos estas instrucciones:

—Ningún barco debe detenerse, aunque los otros lo hagan. Si el mar estuviera en calma, el enemigo estaría esperándonos. Pero con un viento como éste y en pleno temporal, seguro que no nos esperan. Será un ataque por sorpresa en medio de la fuerte ventisca. Mi barco será la nave capitana; que él os sirva de guía. Sólo en mi barco habrá en proa y popa un farol. En ningún otro barco habrá faroles; tampoco debéis encender antorchas. Si nos vieran con luces, los enemigos sospecharían algo, se pondrían en guardia y entonces no tendríamos a favor el efecto de la sorpresa.

Navegaron toda la noche. En poco más de tres horas, empujados desde popa por el vendaval, hicieron una ruta que normalmente se realiza en tres días. Habían zarpado de Watanabe y Fukushima a eso de la hora del buey (dos de la madrugada). Al amanecer del día siguiente, hacia la hora del conejo (seis de la mañana), ya estaban frente a la costa de Awa. Tal había sido la rapidez con que el fuerte viento los había arrastrado.

CAPÍTULO II

LA PLAYA DE KATSURA Y EL PASO DE OOSAKA

Ya había amanecido por completo. En la playa ondulaban unas cuantas banderas rojas de los Heike. Yoshitsune, el joven general, mandó entonces a sus hombres:

—¡Ahí los tenemos! Estaban preparados para nuestro ataque. Si nos acercamos en barco hasta la orilla y desembarcamos los caballos, seremos un blanco fácil para sus flechas. Es mejor que antes de llegar a la costa saquemos a los caballos del barco. Los soltaremos en el mar atados a la borda para que nos sigan a nado. Cuando los caballos hagan pie y el agua deje las sillas al descubierto, saltaremos velozmente sobre ellos y galoparemos hacia la playa.

Se habían pertrechado de aparejos militares y de provisiones en los cinco barcos, en los que sólo habían embarcado cincuenta caballos. Hicieron como dijo el joven general: cuando los barcos se acercaron a la costa y los caballos hicieron pie, montaron rápidamente en ellos todos a la vez y, lanzando gritos de guerra, cabalgaron a tierra. Entonces, los cien jinetes de los Heike que los esperaban en la playa, sorprendidos de esta cabalgada e incapaces de contener el ataque, retrocedieron unos dos *chō*. El joven general se había quedado donde rompían las olas para dar reposo a su caballo. Llamó a Yoshimori y le ordenó:

—Busca a algún hombre que nos pueda ser útil entre aquellos enemigos. Elige uno y tráemelo para interrogarlo.

Yoshimori recibió esta orden con una reverencia y al instante se adentró entre las filas enemigas. Al poco volvió con un soldado enemigo. Tenía unos cuarenta años y vestía una armadura de piel con las costuras negras. Le obligaron a quitarse el yelmo y a desencordar el arco.

—¿Quién eres? —le preguntó el joven general.

—Señoría, me llamo Kondō Chikaye, del clan de Banzai, y soy natural de esta provincia.

—Poco me importa de qué familia eres.

Y, dirigiéndose a sus hombres, dijo el joven general:

—No le quitéis la armadura. Nos lo llevaremos para que nos sirva de guía hasta Yashima. ¡No le quitéis el ojo! Si intenta escapar, disparadle.

Se volvió de nuevo al prisionero y le preguntó:

—¿Cómo se llama este paraje?

—Se llama Katsura, señoría.

—¡Vaya! ¿Quieres hacerte el gracioso? ¿O tal vez pretendes halagarnos?[1].

—No, señoría. Katsura es el verdadero nombre de este lugar —respondió el prisionero—. La gente lo llama «Katsura» porque es más fácil, aunque cuando se escribe, creo que se emplean dos palabras, *katsu* y *ura*.

Entonces, el joven general se volvió a sus hombres y con el semblante alegre les dijo:

—Escuchad, soldados. Hemos tenido suerte en llegar a la playa de la victoria de camino a la gran batalla. ¿No es un buen augurio?

Le volvió a preguntar al prisionero:

—Ahora, dime, ¿no habrá por aquí cerca gente de los Heike que pueda atacarnos por la espalda?

—Sí, señoría, hay un tal Yoshitō, hermano menor de Shigeyoshi, gobernador de Awa.

—Entonces, debemos deshacernos de él antes de avanzar.

El joven general escogió a treinta de los cien hombres que mandaba el prisionero para que se le unieran.

Cuando Yoshitsune llegó a la fortaleza de Yoshitō, comprobó que estaba defendida en tres de sus lados por un pantano y en el cuarto por un foso. Atacaron por el lado del foso entre gritos de guerra. Desde el interior de la fortaleza les cayó una lluvia de flechas, pero los jinetes de los Genji no se amedrentaron. Bajaron los cubrenucas y las placas laterales de sus yelmos para así protegerse de las flechas y continuaron galopando y lanzando sus gritos. Yoshitō comprendió que la resistencia sería inútil y ordenó que sus hombres le hicieran un escudo humano. Entonces se subió a un caballo robusto y cabalgó a galope poniendo tierra de por medio. El joven general cortó más de veinte cabezas de arqueros enemigos y, con un grito de triunfo, se las ofreció al dios de la guerra. Dijo entonces muy satisfecho a sus hombres:

—A fe mía que es un comienzo lleno de buenos augurios.

Llamó a Chikaye, el prisionero, y le preguntó:

—¿Cuántos hombres hay en Yashima?

—No habrá más de mil, señoría.

—¿Por qué tan pocos?

[1] Es decir, «la playa de la victoria» (*katsu* es «victoria» y *ura* es «playa»), de ahí la ironía con que interpreta Yoshitsune las palabras del prisionero.

—Los Heike han apostado en todas las playas e islas que rodean a Shikoku grupos de entre cincuenta y cien jinetes, como nosotros. Además, Noriyoshi, el hijo mayor del gobernador de Awa, Shigeyoshi, ha salido de Yashima hacia Iyo con unos tres mil jinetes para atacar a Michinobu, que ha desobedecido sus órdenes.

—¡Qué buena ocasión para atacar! ¿Y cuánto se tarda de aquí a Yashima?

—Unos dos días, señoría.

—Bien, nosotros llegaremos primero para sorprenderlos antes de que sospechen de nuestra presencia.

Emprendieron la marcha hacia Yashima, a veces a galope, a veces a trote, a veces al paso y a veces a pie bajando del caballo y llevándolo de la rienda para darle descanso, pero siempre avanzando, avanzando sin parar durante toda la noche. Cruzaron el paso de Oosaka, entre los límites de las provincias de Awa y Sanuki. Después de medianoche dieron alcance a un hombre que llevaba una carta. Se pusieron a hablar con él. El mensajero no sospechaba que, a esa hora de la noche, sus interlocutores podrían ser hombres de los Genji. Creyó que se trataba de un grupo más de los Heike que se dirigía a Yashima, y con toda confianza aceptó la conversación.

—¿Y a dónde llevas esa carta?

—A Yashima, y nada menos que a Su Excelencia, el ministro Munemori.

—¿Al ministro? ¡Vaya honor el tuyo, amigo! Seguramente debe escribirle una persona tan importante como él...

—Pues sí, es una mujer principal de la capital quien le escribe a Su Excelencia.

—¿Una mujer, dices? Entonces no debe ser nada muy importante...

El mensajero dijo:

—Eso creo yo. Probablemente, le avisa de que las tropas de los Genji ya están embarcadas en la desembocadura del río Yodo.

—¿Es eso posible? Nosotros también vamos a Yashima, pero como no somos de aquí, no estamos muy seguros del camino. ¿Podrás guiarnos?

—¡Naturalmente! —respondió el mensajero—. Conozco bien el camino porque he tenido que ir muchas veces a Yashima. Yo os guiaré.

Pero de repente el joven general ordenó a sus hombres:

—¡Quitadle la carta!

Cuando le arrebataron la carta, dijo:

—Atadlo, pero no cometáis la ofensa de matarlo.

Lo ataron al tronco de un árbol y lo dejaron allí. Yoshitsune abrió la carta y comprobó que, en efecto, se trataba de la carta de una mujer. Decía, entre otras cosas: «Ese Yoshitsune es un hombre astuto e intrépido al que ni huracanes ni olas le impedirán atacaros. Tened, señor, mucho cuidado y no dividáis vuestras fuerzas».

—¡Vaya! Esta carta es un regalo del cielo —exclamó el joven general, y se guardó cuidadosamente la carta—. Se la enseñaré al señor de Kamakura.

El día siguiente, el dieciocho del mes, alrededor de la hora del tigre (cuatro de la mañana), los hombres del joven general ya estaban en Hikeda[2], provincia de Sanuki, donde hombres y caballos descansaron. De allí siguieron hasta Niunoya y Shirotori y llegaron por fin cerca de la fortaleza de la isla de Yashima. El joven general llamó otra vez a Chikaye y le preguntó:

—¿Cómo es el mar que rodea la fortaleza?

—Ya veo que su señoría no la conoce y hacéis bien en preguntar. El agua que la rodea no es profunda. Cuando baja la marea, las aguas que hay entre tierra firme y la isla no alcanzan los ijares de una caballería.

—Bien, en ese caso —dijo con resolución Yoshitsune— atacaremos enseguida.

Prendieron fuego a las aldeas vecinas de Takamatsu y se dispusieron a atacar la fortaleza.

Mientras tanto, Noriyoshi, el hijo de Shigeyoshi, que se había ido de Yashima a Iyo al frente de tres mil jinetes para castigar a Michinobu, no logró apresarlo, pero sí consiguió decapitar a unos ciento cincuenta soldados de Michinobu, cuyas cabezas acababa de enviar a Yashima para su reconocimiento. Al juzgar que no era adecuado realizar el reconocimiento en el palacio, Munemori, el ministro de los Heike, ordenó que las llevaran al cuartel de Noriyori. En total, había ciento cincuenta y seis cabezas. En medio del reconocimiento, los soldados de los Heike gritaron asustados:

2 En Ookawa-gun, actual prefectura de Kawaga, isla de Shikoku.

—¡Fuego, fuego! ¡Takamatsu está ardiendo!

Otros soldados, alarmados, dijeron:

—En pleno día, este fuego no puede deberse a un accidente. Seguro que son los enemigos que nos atacan. ¡Todo el mundo en guardia! Sin duda es un gran ejército y, si nos rodean, no podremos hacer nada. ¡Rápido, a los barcos!

Todos echaron a correr precipitadamente hacia las embarcaciones que estaban amarradas en la playa, justo enfrente de la puerta principal de la fortaleza. El emperador Antoku, acompañado de su madre, la emperatriz Kenreimon-in; de su abuela, Nī-dono; de la esposa del regente, Naozane; y de otras damas de la Corte, subió al barco imperial. Munemori y su hijo se embarcaron en la misma nave. Todos los demás se subieron apresuradamente a los primeros barcos que encontraron y se pusieron a remar hasta alejarse un *chō* de la isla, otros se alejaron hasta cinco, seis, siete u ocho *chō*. En ese instante, los jinetes de los Genji, unos setenta u ochenta, todos armados, se mostraron en la playa frente a la puerta principal de la fortaleza. La marea era baja en ese momento y el agua llegaba a los caballos por los ijares o por las corvas e incluso más bajo en algunas partes. Las pezuñas de los nerviosos caballos levantaban espuma de las olas y entre sus patas la blanca bruma de la primavera se extendía por toda la playa como un manto. Sobre esa doble blancura, los jinetes alzaron sus albos estandartes. Los desventurados Heike, al verlos, pensaron que se trataba de un gran ejército.

El joven general, Yoshitsune, dividió a sus hombres en grupos de cinco, seis, siete u ocho jinetes y los lanzó al ataque.

CAPÍTULO III

LA MUERTE DE TSUGINOBU

Llevaba ese día el joven general una armadura con los cordones de las costuras de color morado y debajo un traje de batalla de broca-

do rojo. A la cintura, una espada en una vaina cubierta de oro. Las flechas de su aljaba eran blancas y negras, y en la mano sostenía un arco de bambú forrado con tiras de mimbre. Con la mirada clavada en los barcos enemigos, gritó con voz atronadora:

—Soy Minamoto Yoshitsune, comisario de la Guardia Militar del quinto rango de la nobleza y emisario de Su Majestad, el emperador-monje Goshirakawa.

Tras él, se identificaron sucesivamente Tashiro Nobotsuna, de la provincia de Izu; Kaneko Ietada, de Musashi; Ise Chikanori con su hijo Yoshimori. Luego se nombraron igualmente Gotō Sanemoto con su hijo Motokiyo, miembros los dos de la Guardia Imperial; Satō Tsuginobu con su hermano Tadanobu, ambos también de la Guardia Imperial; Eda Genzō, Kumai Tarō y Musashibo Benkei. Todos se acercaron a caballo. Los Heike, cuando los vieron acercarse, gritaron:

—¡Vamos, disparadles!

Unos barcos disparaban desde lejos y otros se acercaban para tenerlos más a tiro. Los Genji les contestaron también con sus flechas. Primero, cabalgaban hacia los barcos que había a mano izquierda y disparaban; luego, cabalgaban hacia los otros barcos, los que estaban a derecha. Después de descansar los caballos a la sombra de los barcos amarrados en la playa, volvían contra los Heike y lanzaban nuevos gritos de batalla.

Sanemoto, de la Guardia Imperial, era un samurái veterano. En lugar de participar en la escaramuza, se metió en el palacio de la isla y ordenó a sus hombres que prendieran fuego a cuanto vieran. No tardó el palacio en ser presa de las llamas.

Munemori, el ministro de los Heike, preguntó:

—¿Cuántos son?

—Habrá unos setenta u ochenta hombres, Excelencia —le respondieron.

—¡Qué lástima! Aunque contáramos uno a uno los pelos de sus cabezas, su número sería muy inferior al nuestro. Ha sido un grave error habernos precipitado a los barcos en lugar de haberlos rodeado y destruido. Además, les hemos dejado incendiar el palacio. ¿No está por aquí Noritsune? Decidle que vuelva a tierra y les plante cara.

—Sí, Excelencia —dijo Noritsune, el famoso arquero, que recibió la orden con respeto.

Acompañado de Moritsugu, de la Guardia Imperial de Etchū, se situaron en la playa frente a la puerta principal, que también se había incendiado. Ochenta jinetes de los Genji se les acercaron a un tiro de flecha. Moritsugu apareció en la cubierta de un barco que estaba amarrado y les gritó:

—¡Me parece que ya os habéis presentado, pero como estaba lejos no he podido oír vuestros nombres! ¡A ver! ¿Quién es vuestro jefe ahora?

Yoshimori, de los Genji, adelantó su caballo unos pasos y le contestó:

—¿Otra vez tenemos que decírtelo? Nuestro general es el nuevo comisario de la Guardia Militar del Imperio, descendiente en décima generación de su gloriosa majestad, el emperador Seiwa, y hermano menor del señor de Kamakura.

Moritsugu dijo entonces:

—¡Ah, sí! Sin duda te refieres a ese jovenzuelo que quedó huérfano cuando murió su padre en la batalla de Heiji. No era más que un pobre muchacho que hacía recados en el templo de Kurama y después se escapó a Mutsu, donde vagaba llevando las mercancías de un comerciante de oro.

—¡Cuidado con lo que dices sobre nuestro señor! Vosotros sois los que perdisteis en la batalla del monte Tonami y escapasteis a la fuga. Después anduvisteis vagando por la ruta del norte, convertidos en pordioseros y pidiendo con lágrimas limosnas hasta que pudisteis regresar a la capital.

—¿Nosotros pedir limosna? ¿De qué hablas? ¿Qué necesidad tenemos de mendigar si contamos con la generosidad de nuestro señor? En cambio vosotros... Me han dicho que manteníais a vuestras mujeres e hijos asaltando caminos en los montes Suzuka de Ise...

Entonces gritó Ietada:

—Estamos perdiendo el tiempo con estos insultos. ¿O preferís perder la batalla por pasar un rato diciendo calumnias? Más os valdría recordar la bravura de nuestros jóvenes guerreros de Musahi y Sagami en la jornada de Ichi-no-tani la pasada primavera... ¡Mal la hubisteis entonces! ¡Y a fe mía que peor la habréis ahora!

Sin decir más, su hermano menor Yōichi, que estaba a su lado, tensó poderosamente el arco y soltó una flecha de doce palmos y dos

dedos[3]. La flecha fue directa a Moritsugu y, atravesándole el peto de la armadura, se le hundió en el pecho. ¡Así puso fin a las disputas verbales!

Entonces, Noritsune, el gran arquero y gobernador de Noto, decidió actuar. Ese día no llevaba armadura ni traje de batalla, pues decía que las batallas navales tenían sus propias reglas. Vestía un kimono de mangas cortas teñido al rodillo y, sobre él, una coraza con las costuras de grueso damasco chino. A la cintura llevaba una espada desmesuradamente grande y a la espalda una aljaba con veinticuatro flechas de negras plumas de águila. En la mano sujetaba un arco de bambú ribeteado de tiras de mimbre. En la capital era famoso por su destreza como arquero, y se decía de él que nadie podía escapar a su puntería. Su intención ahora era disparar sobre el joven general Genji, pero los samuráis de los Genji, al apercibirse de sus intenciones, se adelantaron con sus caballos y formaron un escudo humano en torno a su señor. Éstos eran Tsuginobu y su hermano Tadanobu, Yoshimori, Hirotsuna, Genzō, Tarō y Benkei, cada uno de los cuales valía por mil hombres.

—¡Eh! ¡Esos soldados forajidos! ¡Apartaos! ¡Fuera del camino de mi flecha!

Así gritaba Noritsune, que intentaba buscar el blanco de su disparo. Frustrado, se puso a disparar una flecha tras otra y al punto cayeron diez jinetes armados. Entre ellos se encontraba Tsuginobu, que estaba el primero y al que la flecha le penetró por el hombro izquierdo y había llegado al costado derecho. Se desplomó por las grupas de su caballo, muriendo en el acto.

Noritsune tenía un paje llamado Kikuō. Era un joven vigoroso y fuerte. Llevaba una coraza de verde glauco y un yelmo con tres placas cubrenucas. De una vaina de madera blanca sacó la espada y corrió para cortarle la cabeza a Tsuginobu. Pero el hermano de éste, Tadanobu, al verlo venir, y resuelto a evitar la afrenta de la decapitación de su hermano, tensó su arco y le disparó. La flecha atravesó la parte trasera de la coraza de Kikuō haciéndole caer de bruces. Cuando lo

[3] En la arquería japonesa, en la época de la obra llamada *kyu-jitsu* y actualmente *kyudō*, la flecha suele tener la longitud del brazo extendido del arquero desde la yema de su dedo medio de la mano, igualmente extendida, hasta la base de su garganta. Para grandes distancias, sin embargo, se utilizaban flechas más largas, de más de un metro, como la que aquí se menciona.

vio Noritsune, saltó rápidamente de la barca con el arco en la mano izquierda. Corrió hacia donde había caído su criado, lo agarró con la mano derecha y lo arrastró hacia el interior de la barca. Evitó así que su criado fuera decapitado, pero no pudo evitar su muerte, pues lo habían herido gravemente. Este joven había sido paje de Michimori, el gobernador de Echizen, a cuya muerte había pasado al servicio de Noritsune, el hermano menor de Michimori. Tenía dieciocho años. Su muerte le produjo tanto pesar a Noritsune, el famoso arquero, que al punto se retiró de la batalla.

Por su parte, el joven general había ordenado el traslado de Tsuginobu fuera del campo de batalla. Se bajó de su caballo y, tomándolo de la mano, le dijo:

—Tsuginobu, ¿cómo te encuentras?

—Creo que me ha llegado la hora, señor —le respondió el samurái con la voz débil y la respiración entrecortada.

—¿Tienes algo que decirnos? ¿Cuál es tu última voluntad, amigo? —le preguntó el joven general.

—Nada, señor, nada. Sólo me pesa tener que morir y perderme la gloria que os espera, señor. Nosotros los samuráis, gente del arco y las flechas, siempre tenemos que estar preparados para morir por disparos enemigos. Para un verdadero guerrero es un gran honor en este mundo y una gran gloria futura saber que las futuras generaciones dirán de él: «En la guerra entre los Genji y Heike, un hombre llamado Satō Tsuginobu, de la Guardia Imperial, murió dando la vida por su señor en la playa de Yashima, provincia de Sanuki».

A medida que hablaba, el hilo de su voz se apagaba paulatinamente. A su lado, su señor, el joven general, no dejaba de llorar.

—¿No habrá por aquí algún monje venerable? —preguntó.

Sus hombres fueron a buscar uno. Cuando se lo trajeron, el joven general le dijo:

—Aquí tenemos a un hombre agonizante. Ruego a Su Reverencia que rece por él y que pase el día copiando sutras por su salvación.

Y le entregó como pago su propio caballo, un animal negro y robusto, y una silla de montar engastada en oro. Este caballo se llamaba *Tayūguro*[4] y había sido el obsequio recibido del Emperador-monje

[4] Literalmente, «Negro del quinto rango».

cuando le nombró comisario del quinto rango de la nobleza imperial. Había sido el que había utilizado el joven general cuando bajó por el despeñadero de Hiyodorigoe, en la batalla de Ichi-no-tani. El hermano del fallecido, Tadanobu, y los otros samuráis que presenciaron este acto de generosidad, exclamaron emocionados y con lágrimas en los ojos:

—¡Qué buen señor! ¡Con qué gusto entregaremos nuestras vidas por él! Al lado de la suya, las nuestras valen menos que una gota de rocío o una mota de polvo.

CAPÍTULO IV

EL ARQUERO MUNEKATA

Mientras seguía el combate, bandas de jinetes de Awa y Sanuki desertaron de los Heike y, saliendo de cuevas y montañas en grupos de catorce, quince o veinte, se unieron a los Genji. De esa suerte, muy pronto Yoshitsune, el joven general, se vio al frente de trescientos soldados a caballo.

—No tardará en anochecer. Hoy no podremos resolver esta batalla.

Cuando estaba a punto de retirarse, de repente se mostró a la vista de todos una barca pequeña y bellamente engalanada que se dirigía a la orilla. Cuando estuvo a siete u ocho *tan*[5], se puso de costado.

—¿Qué pretenden hacer? —se preguntaron los Genji.

Vieron entonces que en la barca había una doncella. Era hermosa e iba elegantemente ataviada. Tendría unos dieciocho o diecinueve años. Vestía una ancha falda de color rojo y un kimono blanco con forro de color azul. La doncella colocó sobre el mástil de la barca un rojo abanico con un sol dorado en el medio. Después, movió las manos

[5] Un *tan* equivale a once metros.

para hacer señas a los de la costa. El joven general llamó a Sanemoto y le preguntó:

—¿Qué sucede?

—Parece, señor, que la mujer nos está pidiendo que disparemos contra el abanico. Pero puede ser una trampa. Tal vez el enemigo tiene preparado a un arquero experto, esperando que se adelante Su Señoría para poder ver mejor a esa mujer tan bella. De todos modos, señor, lo mejor será que ordenéis a alguno de los nuestros que dispare contra el abanico.

—¿Tenemos a alguien que pueda disparar tan lejos?

—Hay muchos arqueros buenos entre los nuestros, señor. Pero entre todos se distingue Yoichi Munetaka, hijo de Nasu no Suketaka, de la provincia de Nasu. Es un excelente arquero a pesar de su baja estatura.

—¿Cómo sabes que es bueno?

—En los concursos, cuando se dispara a aves en vuelo, es capaz de acertar a dos de tres.

—Bien, tráemelo —ordenó el joven general.

Por entonces, Munetaka apenas contaba veinte años. Llevaba una coraza de cordones de color verde glauco sobre un traje de batalla de color azul oscuro con mangas y solapas de rojo brocado. Al costado tenía una espada enfundada en una vaina repujada de plata. En la aljaba llevaba las pocas flechas de plumas blancas y negras de águila que le quedaban tras la batalla del día y que le sobresalían por encima de la cabeza. Llevaba también flechas silbantes hechas de cuerno de ciervo y de finas plumas de águila entremezcladas con plumas de halcón. Se había colocado al costado el arco de bambú forrado de tiras de mimbre y se había quitado el yelmo, cuyo barboquejo llevaba atado a la espalda. En esa actitud de respeto se acercó al joven general, que le dijo:

—Bien, Munetaka, dispara al blanco de aquel abanico. Enséñales a los Heike de lo que eres capaz.

—Bueno, señor, no sé si acertaré —respondió el arquero—. Si fallo, será una deshonra para nuestro ejército. Será mejor que Su Señoría se lo ordene a otro que tenga más puntería que yo.

El joven general frunció el ceño y le espetó airado:

—¡Cualquiera que haya salido de Kamakura para dirigirse al oeste está aquí para obedecer mis órdenes! ¡Si hay alguien que no esté de acuerdo, que se vaya ahora mismo!

Munetaka pensó que no le convenía contradecir a su señor y replicó:

—No sé si podré dar en el blanco, señor, pero como es una orden, lo intentaré.

Se retiró, colocó sobre un caballo robusto una manta con flecos y encima de ésta una silla de montar con diseño de muérdago. Se montó en el caballo, tomó su arco, empuñó las riendas y metió el caballo en las aguas de la playa. Los soldados de Genji lo seguían con la mirada y se decían:

—Seguro que lo consigue.

También el joven general lo observaba con atención y confianza. El blanco, sin embargo, estaba lejos, pues aunque el arquero se había adentrado un *tan* en el mar, el abanico seguía estando a unos siete *tan* de distancia.

Era el día dieciocho del segundo mes, a eso de la hora del gallo (seis de la tarde). Soplaba en esos momentos un fuerte viento del norte y las olas que rompían en la orilla llegaban altas. La barca se movía arriba y abajo y el abanico, que iba a ser el blanco, no dejaba de balancearse sobre el mástil. En la otra orilla, los Heike habían alineado los barcos y miraban con expectación. También los Genji observaban todo desde sus caballos. Todos tenían el corazón en un puño. Munetaka cerró los ojos y en su interior rezó así: «¡Oh, gran *bodisatva* Hachiman! ¡Oh, vosotras, divinidades de mi tierra natal, Shimotsuke, en Nikkō, Utsunomiya y Nasu-yuzen! Ayudadme a dar en el centro del abanico. Si fallo, prometo romper el arco y quitarme la vida para no ver la cara a nadie más. Si queréis verme de vuelta en mi tierra, guiad esta flecha a su destino».

Cuando abrió los ojos, el viento estaba en calma y el abanico parecía más cerca y fácil de dar. Munetaka tomó una flecha silbante, la encordó, tensó el arco y la soltó. Aunque era bajo, Munekata había disparado con un arco de gran potencia una flecha de doce palmos y tres dedos de largo. La flecha silbante voló sobre la playa en línea recta con un penetrante zumbido hasta traspasar el centro del abanico. La flecha cayó al mar y el abanico voló por los aires, planeando un rato.

Después, vencido por uno o dos empujes de la brisa primaveral, se desplomó en el mar. En el momento en que el rojo abanico con su dibujo de un sol dorado en medio se quedó flotando sobre las blancas olas y meciéndose arriba y abajo bajo los últimos rayos del sol poniente, un grito de júbilo salió de las gargantas de los Genji, que desde tierra golpearon sus aljabas en señal de gozo. También los Heike expresaron su emoción palmeando la madera de las barcas desde las que habían seguido la proeza de Nasu no Yoichi Munetaka.

CAPÍTULO V

EL ARCO CAÍDO

La proeza, en efecto, había emocionado tanto a un soldado de los Heike de unos cincuenta años, vestido con armadura de costuras negras y con alabarda de blanca vaina, que saltó a la cubierta del barco y se puso a bailar junto al mástil en donde había estado el abanico. Entonces, Yoshimori se acercó a galope al lugar donde estaba Munetaka y le dijo:

—Nuestro señor te ordena que dispares también contra aquel hombre.

Esta vez Munetaka escogió una flecha de aguda punta, la encordó en el arco, tensó con toda su fuerza y disparó. La flecha se clavó entre los huesos del cuello del hombre de la barca y lo dejó tumbado en la cubierta. Los Genji nuevamente dejaron escapar un grito de júbilo y comenzaron a golpear sus aljabas. En cambio, los Heike, esta vez se quedaron mudos y con la respiración cortada. Los primeros alababan la puntería de su arquero; los segundos pensaban que había sido un acto inhumano.

Encorajinados por lo que juzgaron una crueldad, tres guerreros Heike salieron a la orilla. Uno iba con un escudo, el segundo con un arco y el tercero con una larga alabarda. Protegidos con el escudo, gritaron:

—¡Vamos, enemigos! ¡Venid a atacarnos!

Yoshitsune, el joven general, gritó a sus hombres:

—¡A ver, jóvenes guerreros que montáis fuertes caballos! ¡Galopad hasta ellos y pateadlos con los caballos!

Cinco samuráis obedecieron al punto sus órdenes. Eran Shirō, Tōshichi y Jūrō, de Mionoya, provincia de Musashi; Shirō de Nifu, provincia de Kōzuke; y Chūji de Kiso, provincia de Shinano.

Los cinco se lanzaron a galope entre gritos de batalla. Uno de los soldados de los Heike disparó desde detrás del escudo una flecha de bambú lacada y de negras plumas de águila contra Jūro. La flecha se hundió en el pecho del caballo, en la parte izquierda de las riendas. El caballo se desplomó como un biombo. Antes de que cayera, el jinete Jūrō había sacado la pierna derecha y saltado por encima de la montura para caer a la izquierda del animal, y enseguida desenvainó su daga. Pensando que con un arma tan corta no podría enfrentarse a una larga alabarda, se dio la vuelta y huyó. El combate se convirtió en persecución. Jūrō pensó que iba a ser atacado con la alabarda, pero su enemigo mantenía el arma entre el brazo y la costilla izquierda y extendía el brazo derecho para intentar agarrar el cubrenucas del yelmo de Jūrō, que no dejaba de correr. Tres veces falló el alabardero en su intento de atrapar a Jūrō, pero al cuarto intento lo consiguió. Entonces el cubrenucas se rompió y se separó del yelmo. Jūrō siguió corriendo para escapar. Los otros cuatro jinetes de los Genji, temerosos de que sus caballos fueran también heridos, se mantenían alejados y observaban la escena. Jūrō consiguió refugiarse a la sombra de los caballos de sus compañeros y allí recuperó el aliento después de la carrera. El alabardero detuvo la persecución y clavó la alabarda en la arena, como si fuera un bastón. Levantó entonces el cubrenucas arrebatado a su enemigo y dijo con voz atronadora:

—¡Ya lo sabríais como rumor, pero ahora lo habéis comprobado con vuestros propios ojos! Soy Akushichibiōe Kagekiyo, miembro de la Guardia Imperial de Kazusa, un guerrero al que conocen hasta los niños de la capital.

Con esas palabras, se retiró.

Los Heike, con el ánimo recobrado después de la exhibición de su guerrero, gritaron:

—¡No dejéis que carguen contra Kagekiyo! ¡Vamos, salid al rescate!

Más de doscientos hombres de los Heike se presentaron alineados en la orilla y desplegaron los escudos como las gallinas despliegan las alas; y gritaron a sus enemigos incitándolos con estas palabras:

—¡Vamos, enemigos! ¡Venid a atacarnos!

Enfrente, el joven general de los Genji exclamó:

—¡No puedo aceptar tal insolencia! —lanzó un grito de batalla y se abalanzó con ochenta de sus jinetes. Lo seguían Sanemoto, el hijo de éste, Motokiyo, y los hermanos Ietada y Chikanori; en los flancos iban Tadanobu y Yoshimori; en la retaguardia, Nobutsuna.

Los Heike, en cambio, no iban a caballo, por lo que se apresuraban a retirarse para no ser pisoteados por los caballos de los Genji y dejaban sus escudos por todos los lugares, quedando, como si fueran palillos de consultar oráculos[6], desparramados y rotos por todo el suelo. Los jinetes de los Genji, alentados por el deseo de victoria y ansiosos de proseguir la ofensiva, se adentraron en el mar hasta que el agua llegó a los ijares de sus monturas. El joven general estaba en primera línea de batalla, y desde sus barcos los Heike intentaron dos o tres veces engancharlo por el yelmo con unos raños o largos garfios. Pero los soldados de los Genji apartaban estos raños con espadas y alabardas para defender a su general. En un momento de descuido, sin embargo, uno de los raños le enganchó el arco y se lo tiró al agua. El joven general se inclinó para recogerlo, soltando las riendas y exponiendo su vida.

—¡Dejad el arco, señor! —le gritaron sus hombres. Pero Yoshitsune no les hizo caso y siguió inclinado sobre su caballo hasta que finalmente logró recuperar el arco. Con él en la mano, volvió sonriente. Pero los soldados veteranos le dijeron:

—Ha sido imprudente, señor, arriesgar la vida por un arco, por valioso que sea, valga diez mil o cien mil monedas de oro.

—No lo hice por el valor del arco —les contestó el joven general—. No me habría importado perderlo si se tratara de un arco potente, como aquel que tenía mi tío Tametomo, que para tensarlo se necesitaba la fuerza de dos o tres hombres. Un arco así lo habría dejado a propósito en sus manos. Pero este arco mío es tan débil que si los enemigos se hubieran apoderado de él, se habrían burlado diciendo:

[6] Uno de los antiguos métodos de adivinación (*uranai*) en Japón era el llamado *ekikyō*, realizado en santuarios y templos y que utilizaba tallos de la planta milenrama.

«¡Vaya un arco que tiene Yoshitsune, el general de los Genji!». Por esa razón, y no por otra, arriesgué la vida para recuperarlo.

Así habló el joven general, provocando la admiración de todos sus hombres.

Ya había anochecido y los Genji se replegaron a los montes y praderas entre Murō y Takamatsu. En los últimos tres días no habían dormido, pues ya en la travesía desde Watanabe y Fukushima, dos días antes, no habían logrado dar una sola cabezada debido a las grandes sacudidas de las olas. Al día siguiente combatieron en Katsura, provincia de Awa, la noche siguiente habían cabalgado a marchas forzadas por las montañas y el día siguiente lo habían pasado luchando. Todos, por lo tanto, se hallaban tan presos de la fatiga que, al momento, cayeron en un profundo sueño. Como almohada usaban sus yelmos, mangas de armaduras o aljabas. Sólo estaban en vela el joven general y Yoshimori, que montaban guardia. El primero subió a un monte para estar pendiente de los posibles movimientos del adversario, mientras que Yoshimori se ocultó en un barranco con las armas listas por si aparecía algún enemigo.

Entretanto, los Heike se preparaban para realizar un ataque nocturno con quinientos hombres capitaneados por Noritsune, el famoso arquero y gobernador de Noto. Pero pasó el tiempo y ya alboreaba mientras Moritsugu, de la Guardia Imperial de Etchū, y Morikata seguían discutiendo en vano sobre quiénes ocuparían los puestos de vanguardia. ¿Qué habría sido de los Genji si hubieran sido sorprendidos por un ataque nocturno estando tan cansados como estaban? Verdaderamente, el hecho de no haber emprendido un ataque nocturno era una prueba de que la suerte había abandonado para siempre a los Heike.

CAPÍTULO VI

LA BATALLA DE SHIDO

Cuando amaneció, los Heike subieron a sus barcos y remaron hacia la orilla de la playa de Shido, en la provincia de Sanuki.

Por su parte, el joven general de los Genji escogió a ochenta de sus trescientos jinetes y se aprestó al ataque.

Cuando los vieron, los Genji exclamaron:

–¡Son pocos! ¡Vamos a rodearlos y a disparar contra ellos!

Desembarcaron en la playa y lanzaron sus gritos de guerra. Pero entonces los doscientos jinetes de los Genji que se habían quedado en Yashima se acercaron a todo galope para unirse a sus compañeros. Al verlos, dijeron los Heike:

–¡Mirad! ¡Está llegando un gran ejército Genji! ¡Deben ser cientos de miles de jinetes! Si nos rodean, estamos perdidos.

Temerosos, volvieron a subirse a los barcos y, empujados por la corriente del mar y el viento, huyeron sin rumbo.

Todo Shikoku estaba ya en poder del joven general de los Genji, de forma que los Heike no podían desembarcar en ninguna de sus costas. Tampoco en Kiushu podían refugiarse. ¡En verdad que el lamentable estado de su infortunada flota se asemejaba al de un fantasma errabundo y perdido entre este mundo y el futuro!

El joven general desmontó de su caballo en la playa de Shido y se puso a inspeccionar las cabezas decapitadas de los Heike. Mandó llamar a Yoshimori y le dijo:

–Dendai Noriyoshi, de la Guardia Imperial de la Izquierda e hijo mayor de Shigeyoshi, ministro de Asuntos Populares de Awa, se puso en camino a Iyo con tres mil jinetes para someter a Michinobu, que había desobedecido sus órdenes. Aunque dejó escapar a Michinobu, se trajo de Iyo ciento cincuenta cabezas decapitadas que envió ayer a Yashima para que las examinaran en el palacio. He oído que Noriyoshi llega hoy. Sal a su encuentro y utiliza cualquier treta para conseguir que se rinda.

Yoshimori aceptó la orden con una reverencia de respeto y se retiró. Recibió el estandarte blanco y se puso en marcha, en busca de Noriyoshi, acompañado de tan sólo dieciséis jinetes vestidos con kimonos blancos[7].

No tardaron en encontrarse con Noriyoshi y su ejército. Había entre los estandartes rojos de los Heike y el blanco de los Genji una dis-

[7] El blanco era uno de los colores de luto en la época. Yoshimori parecía prepararse para engañar a Noriyoshi fingiendo estar de luto por los caídos en combate.

tancia de dos *chō* cuando Yoshimori le envió a Noriyoshi un mensajero para decirle lo siguiente:

—Soy Ise Yoshimori, al servicio de Yoshitsune, el gran general de los Genji. Traigo un mensaje de mi señor para Su Señoría y por eso me he adelantado. No venimos en son de guerra, ni armados, ni con yelmos. Tampoco traemos arco ni flechas. Sólo ruego a Su Señoría que nos abra un pasillo para poder transitar.

Noriyoshi accedió y ordenó que sus tres mil hombres abrieran un pasillo para que los soldados de los Genji prosiguieran su camino. Cuando Yoshimori llegó ante él, le dijo:

—Como sabrá Su Señoría, el señor comisario de la Guardia Militar del Imperio, Minamoto Yoshitsune, recibió un edicto imperial con la orden de venir a las provincias del oeste para subyugar a los Heike. Anteayer, llegó a Katsura, provincia de Awa, y derrotó a su tío Yoshitō. Ayer entró en Yashima, incendió el palacio y tomó prisioneros a Munemori y a su hijo. Noritsune, gobernador de Noto, se quitó la vida. Los demás señores de los Heike murieron en el campo de batalla o se tiraron al mar. Los pocos supervivientes acaban de perecer en la playa de Shido. El padre de Su Señoría, Shigeyoshi, ministro de Asuntos Populares de Awa, se ha entregado y está bajo mi custodia. Toda la noche pasada ha estado doliéndose y lamentándose: «¡Ay, cómo siento que mi hijo Noriyoshi no sepa nada de mi desgracia y tenga que morir mañana en batalla!». Su dolor me ha conmovido y he venido hasta aquí para daros la noticia. Ahora que lo sabe, señor, depende de Su Señoría morir luchando o entregarse para poder ver a su padre una vez más.

Noriyoshi, aunque era un renombrado guerrero, comprendió que su fortuna había acabado. Respondió así:

—Lo que me cuentas confirma los rumores que habían llegado a mis oídos.

Entonces, se quitó el yelmo, desencordó el arco y se los entregó a su criado. Los tres mil soldados siguieron el ejemplo de su señor. Así, desarmado y escoltado por tan sólo dieciséis guerreros, se puso en camino como prisionero.

Cuando llegaron donde estaba el joven general y supo lo sucedido, exclamó:

—¡Qué excelente treta la de Yoshimori!

Rápidamente ordenó que le quitaran la armadura y las otras armas a Noriyoshi y se las entregaran a Yoshimori.

–Bien, ¿y ahora qué podemos hacer con su ejército de tres mil hombres? –le preguntó el joven general.

–Señor, yo creo que a los soldados que vienen de lejanas provincias lo mismo les da a quién siguen. Aceptarán fácilmente a cualquier líder que restablezca la paz y gobierne el Imperio.

–Bien dicho –dijo el joven general.

E incorporó a esos tres mil jinetes a sus fuerzas.

Hacia la hora del dragón (ocho de la mañana) del día veintidós, los doscientos barcos de los Genji que, capitaneados por Kagetoki, habían partido de Watanabe, llegaron a la playa de Yashima. Al verlos llegar, la gente se reía y decía:

–Las provincias de Shikoku ya han caído en las manos de Yoshitsune, ¿a qué llegan ahora éstos? Son como plantas que florecen cuando el festival ya ha terminado o como espadas sacadas cuando la batalla ha concluido.

Cuando el joven general salió de la capital días atrás, el maestro del Gabinete Imperial de Adivinaciones del santuario de Sumiyoshi, el sacerdote Nagamori, hizo una visita al Palacio de Clausura para, a través de Yasutsune, ministro del Tesoro, dar al Emperador-monje el siguiente mensaje: «Durante la hora del buey (dos de la madrugada) del día dieciséis de este mes, una flecha silbante pasó en dirección al oeste por la sala tercera de nuestro santuario»[8]. Al Emperador-monje le agradó la noticia y regaló al sacerdote una espada y otros tesoros para que fueran consagrados a la divinidad del santuario.

Hace mucho, cuando la emperatriz Jingū emprendió la conquista de Corea para subyugar a Shiragi, los espíritus vengativos de los santuarios de Sumiyoshi y de Suwa la acompañaron desde el gran santuario de Ise y se apostaron uno en la proa y otro en la popa de su barco. Gracias a su ayuda, la Emperatriz pudo humillar a Shiragi sin ninguna dificultad. Cuando aquella guerra terminó, uno de los dos espíritus se quedó en Sumiyoshi, provincia de Setsu, siendo conocido desde en-

[8] El zumbido de una flecha oído en un santuario indicaba que los dioses sintoístas habían tomado medidas contra los enemigos del Emperador.

tonces como el dios de Sumiyoshi. El otro se quedó en Suwa, provincia de Shinano, y fue conocido desde entonces como el dios de Suwa.

Ahora, muchos años después, al Emperador-monje y a la alta nobleza les pareció una señal esperanzadora esta noticia que les había traído el sacerdote Nagamori, pues indicaba que el dios Sumiyoshi, fiel a su tradición tutelar, de nuevo se preparaba para acabar con los enemigos de la Corte.

CAPÍTULO VII

LA PELEA DE GALLOS Y LA BATALLA NAVAL DE DAN-NO-URA

El joven general de los Genji, Yoshitsune, cruzó las tierras de Suō y se reunió con su hermano mayor Noriyori, gobernador de Mikawa.

Mientras que los Heike se refugiaban en Hikushima, provincia de Nagato, los Genji, vencedores en Yashima, se habían apostado en Oi-tsu, en la misma provincia. ¡Qué extraña coincidencia que los primeros se hallaran en la «isla del refugio» y los segundos en el «puerto de la persecución»[9]!

Entretanto, el superintendente del santuario de Kumano, Tanzō, dudaba entre ponerse del lado de los Heike o de los Genji. Con la esperanza de recibir una señal del dios de Imagumano, hizo ofrendas y sacrificios, recitó plegarias e hizo interpretar músicas sacras en el santuario de Tanabe. El oráculo le dijo: «Únete a los estandartes blancos»[10].

Pero, como todavía no estaba del todo convencido, resolvió celebrar una pelea de gallos frente a la imagen de la divinidad del santuario. Hizo que siete gallos blancos combatieran contra siete rojos. Nin-

[9] *Hiku-shima* significa «isla de la retirada» o «isla del refugio», mientras que *Oi-tsu*, donde estaban los perseguidores Genji, significa «puerto de la persecución».
[10] El blanco era el color emblemático de los Genji, mientras que el rojo lo era de los Heike.

guno peleó, todos escaparon. Entonces decidió ponerse de parte de los Genji.

Tanzō mandó que juntaran a los clanes aliados hasta reunir a cerca de dos mil samuráis que se embarcaron en doscientas naves. Tomó la imagen de la divinidad del santuario, Nyauku-ōji, y la colocó en la nave capitana. Además, escribió el nombre de Kongō-dōji en lo alto de los estandartes de sus fuerzas[11] y pusieron rumbo a Dan-no-ura. Cuando los Genji y los Heike vieron cómo se aproximaban estos barcos, tanto unos como otros los saludaron con una reverencia. Pero cuando vieron que se situaban junto a la flota de los Genji, los Heike se desanimaron.

También Kawa no Michinobu, natural de la provincia de Iyo, apareció con ciento cincuenta naves de combate y se puso de parte de los Genji. Animado por todos estos refuerzos, el joven general sentía el corazón henchido de esperanza. Su armada estaba formada ahora por tres mil naves, mientras que la de los Heike sumaba mil, incluyendo algunas grandes embarcaciones chinas[12]. Así, a medida que las fuerzas de los Genji aumentaban, las de los Heike iban menguando.

Se decidió que el comienzo del combate, señalado por el intercambio de flechas, tendría lugar en el estrecho que separa Moji, provincia de Buzen, y Akama, a la hora del conejo (seis de la mañana) del día veinticuatro. Era el tercer mes del segundo año de la era Genryaku (1185).

[11] Kongō-dōji era el nombre de la divinidad tutelar de los tres santuarios de Kumano, a los cuales era tan devota la nobleza amidista de la época, como se ha visto en la peregrinación que Koremori realiza a este lugar, identificado con la Tierra Pura (véase Libro 9, cap. XI). De ahí el efecto desmoralizador que tendrá para la nobleza de los Heike ver que los barcos con estos estandartes se ponen de parte de sus enemigos.

[12] La tecnología naval aprendida de los chinos de la dinastía Tang había conocido un desarrollo tan notable en Japón que permitió la construcción de «naves chinas» (*kentōshi*) de un solo mástil y asemejadas al junco chino, con capacidad para mil quinientos *koku* (ciento cuarenta y siete toneladas brutas) y ciento cincuenta pasajeros y con una eslora de unos cuarenta metros. Compárese con la eslora habitual que tienen los barcos europeos más grandes de la época, de treinta metros. Hay que recordar, en este contexto, que una de las causas de la pasada prosperidad de los Heike estaba en el floreciente comercio marítimo, impensable sin una buena tecnología naval.

Pero poco antes de la batalla, un incidente en el campamento de los Genji entre el joven general y Kagetoki estuvo a punto de acabar en pelea.

—Señor, dejadme estar en primera línea en la batalla de hoy —le pidió Kagetoki.

—Eso sería si yo no fuera a combatir —repuso el joven general.

—¿Cómo va a combatir Su Señoría si es el general de todos los ejércitos?

—¡Nada de eso! El general de todos los ejércitos es nuestro señor de Kamakura, Yoritomo. Yo no soy más que su servidor; por eso tú y yo estamos en la misma posición.

Kagetoki, al comprender que su petición no sería atendida, dijo entre dientes:

—Está claro que por su mismo nacimiento[13] este nombre no vale para capitanear a samuráis.

Pero el joven general lo oyó y estalló:

—¡Eres el hombre más necio de todo Japón! —y echó mano a la empuñadura de la espada.

—¡Pues yo sólo recibo órdenes del señor de Kamakura! —le replicó Kagetoki, que también se llevó la mano a la espada.

Entonces, sus hijos, Kagesue, Kagetaka y Kageie, corrieron a ponerse al lado de su padre. Por su parte, los criados samuráis del joven general, Tadanobu, Yoshimori, Hirotsuna, Genzō, Kumai, el bonzo Musashi Beneki, hombres, en fin, que valían cada uno por mil, al darse cuenta de lo que estaba pasando, rodearon a Kagetoki con la intención de matarlo. En ese momento, sin embargo, uno de los criados del joven general, Miura no Yoshizumi, agarró a su señor para contenerlo; lo mismo hizo Sanehira con Kagetoki. Los dos les suplicaron:

—Si os enfrentáis antes de una batalla tan importante como ésta, no haréis otra cosa que favorecer a los Heike. ¡Controlaos! ¡Y que el señor de Kamakura no se entere nunca de esto!

Yoshitsune, el joven general, se controló, mientras que Kagetoki se retiró del lugar. Después de ese enfrentamiento, el odio se asentó

[13] Probablemente se alude ofensivamente al nivel social de su madre, Tokiwa Gozen, inferior al de la madre de su hermanastro Yoritomo, del que Kagetoki es criado directo.

para siempre en el pecho de Kagetoki, que no cejaría en sus difamaciones contra el joven general hasta acabar con él.

Mientras, las dos flotas se hallaban situadas una enfrente de la otra, separadas por unos treinta *chō*. Desde las playas de Moji y Akama y por toda la bahía de Dan-no-ura llegaba una corriente tan fuerte, provocada por la marea alta, que hacía que las naves de los Genji perdieran el control, mientras que favorecía la navegación de las embarcaciones de los Heike, que pudieron avanzar. Kagetoki se aprovechó de que la corriente era más fuerte cerca de la costa para costear con sus barcos y, así, alcanzar a las naves enemigas e incluso apresar una de ellas por medio de raños. Una vez acercado el barco enemigo, Kagetoki, sus hijos y hombres, en total unos catorce o quince, saltaron a él. Desenvainaron las espadas y sin piedad rajaron con ellas a todos los ocupantes que hallaron de proa a popa. Capturaron muchos trofeos y lograron figurar en la relación de hazañas de la crónica del día.

Por fin, llegó el momento del enfrentamiento directo entre las dos flotas. Los soldados de los dos ejércitos lanzaron sus gritos de guerra y ¡qué formidable estruendo produjeron! Diríase que su eco llegó a la mansión del dios Bonten, en el alto cielo, y a la del rey Naga, en el profundo mar.

En la flota de los Heike, Tomomori, el consejero medio, salió de la cabina del barco y, plantándose en medio de la cubierta, se puso a arengar con atronadora voz a sus hombres:

—¡Hoy es nuestra última batalla! ¡Soldados, manteneos firmes! En todo el mundo, en la India, China y en nuestro Japón, un gran general, por valiente que sea, nada puede hacer cuando la fortuna le da la espalda. ¡Pero queda el honor! ¡Un honor que no vamos a permitir que sea pisado! ¡No mostréis debilidad ante estos enemigos venidos del este! ¡No es la hora de escatimar nuestras vidas! ¡Eso es todo lo que deseaba deciros, soldados!

Esta arenga fue repetida a todos los hombres de los Heike por Hida Kagetsune, de la Guardia Imperial de la Izquierda, que, además, añadió:

—¡Recordad bien esas palabras, samuráis!

Después, Kagekiyo, uno de los señores de la guerra de los Heike, se adelantó y dijo:

—Los samuráis de las provincias del este hablan con la boca grande cuando montan a caballo. Pero ¿alguna vez se han entrenado para combatir en el mar? Son como peces que intentan trepar por un árbol. ¡Os aseguro que los agarraremos uno a uno y los tiraremos al mar!

Otro de los samuráis principales, Moritsugu, exclamó:

—Al primero que debemos agarrar y tirar, entonces, es a su general, Yoshitsune. Es fácil reconocerlo porque dicen que, a pesar de tener la tez clara y ser bajo, tiene los dientes salidos. Pero hay que estar atentos, pues cuentan que durante el combate tiene la costumbre de cambiar varias veces de armadura y traje de batalla.

Kagekiyo le respondió:

—Por valiente que sea, no es más que un crío. Le atraparé entre mis brazos y lo arrojaré al mar.

Tomomori, el consejero medio, se acercó a su hermano mayor Munemori, ministro del Centro, y, después de recibir sus órdenes, le dijo:

—Nuestras tropas están animadas y con la moral alta. Sólo me preocupa Shigeyoshi, el ministro de Asuntos Populares de Awa. Creo que medita la traición. ¿Por qué no le cortamos la cabeza?

—Sin tener ninguna prueba, ¿cómo vamos a cortarle la cabeza? —dijo Munemori oponiéndose al plan de su hermano—. Además, todo su linaje siempre ha sido fiel a nuestra casa. ¡Dile que venga!

Cuando Shigeyoshi, que llevaba un traje de batalla amarillo oscuro debajo de una coraza de costuras de blanco hilo, llegó a su presencia, le preguntó:

—¿Qué te ocurre, Shigeyoshi? ¿Es que ya no estás con nosotros? Pareces desanimado. ¡Anímate tú y anima a tus hombres de Shikoku para que luchen con valor! No tendrás miedo, ¿verdad?

—No, claro que no tengo miedo, Excelencia —contestó Shigeyoshi, y se retiró. Pero Tomomori se quedó pensando: «¡Ah, el traidor! ¡Cómo me gustaría cortarle de una vez la cabeza!». Entonces se llevó la mano a la empuñadura de la espada y clavó los ojos en Munemori. Pero como éste no le dio ninguna señal, tuvo que contenerse.

Los Heike habían dividido su flota de mil naves en tres grupos. El primero, de quinientas naves, estaba al mando de Yamajika Hidetō. La liga de Matsūra iba detrás con trescientos barcos. En tercer lugar, estaban los demás samuráis de los Heike con doscientas embarcaciones.

Hidetō era el mejor arquero de todo Kiushu. En la proa y popa de sus barcos dispuso a quinientos arqueros, los mejores, a excepción de él, que tenía entre sus tropas. A una señal suya en el momento de la embestida de los barcos enemigos, los quinientos arqueros dispararon una salva de flechas. Los Genji, a pesar de contar con un número superior de naves, pues tenían tres mil, sufrieron un gran desconcierto ante la lluvia de flechas y no sabían dónde se encontraban los arqueros más fuertes. El joven general luchaba en primera línea de combate, pero era el blanco de las flechas enemigas, contra las que ni la armadura ni el escudo podían protegerlo. Los Heike, seguros de haber conseguido la victoria, batieron tambores con un estruendo que se mezcló con sus gritos de júbilo.

CAPÍTULO VIII

LAS FLECHAS DE LARGO ALCANCE

Entre los Genji, había un samurái que se había negado a embarcar. Era Wada Yoshimori, que a lomos de su caballo permanecía en la orilla. De repente, se quitó el yelmo, se lo dio a su paje y, afirmándose con fuerza sobre los estribos, tensó su arco al máximo para disparar flechas de largo alcance. Sus disparos podían acertar un blanco situado a tres *chō*. Después de disparar, hizo una seña a los enemigos para que le devolvieran las flechas. Tomomori, el consejero medio de los Heike, pidió que le trajeran una de estas flechas de largo recorrido. La examinó y vio que se trataba de una simple caña de bambú de trece palmos y dos dedos de larga. Estaba rematada con plumas de grulla y de cigüeña mezcladas. A un palmo de la punta, había una inscripción lacada que decía: «Kotarō Yoshimori de Wada». Bien es verdad que entre los Heike había grandes arqueros, pero ¿habría alguien capaz de disparar a tal distancia? Llamaron a un tal Shinī no Ki Chikakiyo, natural de la provincia de Iyo, para que devolviera la flecha con otro disparo. Y a fe que lo hizo bien. Su disparo salió en línea recta,

recorrió unos tres *chō* desde el mar hasta la orilla y se clavó con fuerza en el brazo izquierdo de Ishizakon, del clan de los Miura, que estaba varios *ken* detrás de Yoshimori. La gente de Miura se burlaba:

—¡Ja, ja! ¡Y Yoshimori creyó que nadie podía disparar tan lejos como él! ¡Qué vergüenza haber sido humillado a la vista de todos! ¡Mirad qué rabia le da!

—¡Qué vergüenza, verdaderamente! —exclamó Yoshimori. Pero sin perder tiempo se subió a una barca y remó hasta meterse entre los barcos enemigos. Allí se puso a disparar una flecha tras otra con tanto coraje y tanto acierto que muchos de los Heike fueron alcanzados mortalmente y otros muchos cayeron heridos.

Poco después, otra flecha de caña de bambú cayó esta vez sobre la nave del joven general. Había sido disparada desde las naves de los Heike, desde donde les hacían señas para que se la devolvieran, como habían hecho ellos con la flecha de Yoshimori. El joven general ordenó que se la trajeran. Cuando la examinó, comprobó que se trataba de una simple caña de bambú blanco rematada de plumas de cola de faisán y de catorce palmos y tres dedos de largo. Llevaba la inscripción «Nī no Kishirō Chikakiyo, de Iyo». El joven general se volvió a Sanemoto y le preguntó:

—¿Tenemos a alguien capaz de devolver este disparo?

—Sí, señor. Hay entre los nuestros un tal Yoshinari, de la provincia de Kai. Es un gran arquero y creo que será capaz.

—¡Que se presente! —ordenó el joven general.

Cuando tuvo ante él a Yoshinari, le dijo:

—Los enemigos nos han disparado esta flecha y nos hacen señas para que se la devolvamos. ¿Puedes hacerlo?

—Permitidme, señor, que la vea un momento.

Yoshinari palpó la flecha y luego dijo:

—Es floja y también corta. Si me lo permite, señor, prefiero utilizar una mía.

Entonces empuñó en su robusta mano el arco, que medía nueve *shaku* y estaba todo forrado de mimbre lacado, colocó en él una flecha de plumas negras de águila que medía quince palmos[14], lo tensó y disparó. La flecha salió con un gran zumbido, voló unos cuatro *chō*

[14] Más de 1,50 m.

y se clavó en la mitad del cuerpo de Chikakiyo, que estaba de pie en la proa de su barco. Gravemente herido, se desplomó de cabeza sobre la cubierta. No se sabe si murió de aquel disparo o sobrevivió. Yoshinari era un admirable arquero y se decía de él que era capaz de disparar a un ciervo a la carrera a dos *chō* de distancia.

Después, los Genji y los Heike combatieron con desprecio de su vida entre gritos de guerra. Era imposible decir quién era superior. La victoria parecía alejarse de los Genji, tal era el empuje y el ardor con que luchaban los Heike, que sabían que contaban con la augusta presencia del Emperador y de los Tres Tesoros Sagrados. Pero, de repente, una gran nube que desde hacía un rato había oscurecido el cielo fue acercándose mecida por la brisa. Vieron entonces que se trataba de una enorme bandera blanca y sin dueño que, descendiendo sobre la flota de los Genji, se posó en la proa de uno de sus barcos, enredada en uno de sus lazos.

—¡Es una señal del cielo enviada por el dios Hachiman! —gritó alborozado el joven general. Y, para purificarse en señal de respeto ante el portento, se lavó las manos y se enjuagó la boca. Los samuráis de los Genji siguieron el ejemplo de su señor.

Ocurrió también que un gran banco de mil o dos mil delfines cruzó nadando y con las cabezas fuera del agua desde el lugar en donde estaba la flota de los Genji hasta los barcos de los Heike. El ministro Munemori, al verlos, mandó llamar a Harunobu, un maestro de adivinaciones, y le preguntó:

—Dicen que por aquí abundan los delfines, pero nunca se han visto tantos. ¿Qué significa esto? Interprétanoslo.

El adivino respondió:

—Si estos delfines vuelven como ahora respirando sobre la superficie del agua, significa que los Genji perderán la batalla. Pero si continúan nadando por debajo de nuestras naves, significa que el peligro se cierne para los nuestros.

No había terminado de hablar cuando todos los delfines se sumergieron y pasaron por debajo de sus naves.

—Nuestra suerte ha llegado a su fin —concluyó Harunobu.

En los últimos tres años, Shigeyoshi, ministro de Asuntos Populares de Awa, había sido leal a los Heike y había arriesgado su vida por ellos en varios combates. Pero desde el apresamiento de su hijo Nori-

yoshi, tal vez pensó que ya nada tenía sentido en su vida y había decidido romper su promesa de lealtad, desertar de los Heike y pasarse al bando enemigo. La estratagema de los Heike en esta batalla había sido situar a los hombres de la alta nobleza en los barcos más pequeños y a los soldados en las grandes embarcaciones chinas. Pensaron así engañar a los enemigos, creyendo que seguramente atacarían primero las naves grandes para rodearlos y matarlos. Pero cuando Shigeyoshi desertó, reveló esta estratagema a los Genji, que ignoraron las naves grandes y concentraron su esfuerzo militar en las embarcaciones pequeñas de combate donde, efectivamente, estaban la flor y nata de los Heike. Cuando Tomomori conoció la traición de Shigeyoshi, se lamentó con estas palabras:

—¡Lo sabía! ¡Debí haberle cortado la cabeza y arrojarla al mar!

Pero ya nada se podía hacer. También los soldados de Kiushu y Shikoku, que estaban en la flota de los Heike, desertaron y se pasaron al lado de los Genji. Todos aquellos que alguna vez habían sido leales a los Heike, ahora apuntaban con sus flechas al Emperador y desenvainaban sus espadas contra sus antiguos señores. Las altas olas impedían que sus naves alcanzaran la protección de la costa, y cuando trataban de llegar a la playa, los enemigos, apuntándolos con sus flechas, no les dejaban. La guerra entre los clanes de los Genji y los Heike, que desde hacía varios años venía asolando el Imperio, parecía que iba a acabar ese día.

CAPÍTULO IX

EL SUICIDIO DEL EMPERADOR-NIÑO

Los soldados Genji habían asaltado al abordaje las naves de los Heike y habían matado a flechazos y tajos de espada a los timoneles y marineros, de suerte que, con todos estos muertos sobre cubierta, los barcos iban a la deriva.

Cuando Tomomori, el consejero medio de los Heike, comprendió la situación, se subió a un bote y remó hasta la nave imperial.

—El fin de los Heike está aquí —dijo—. Arrojad al mar todo lo que sea ofensivo para la vista.

Y él mismo corrió de popa a proa barriendo, limpiando y quitando el polvo con sus propias manos para recibir dignamente el fin.

—Señor consejero medio —le preguntaron todas las damas de la Corte—, ¿cómo va la batalla? ¿Qué está sucediendo?

—Pronto vais a conocer a unos soldados muy apuestos llegados de las provincias del este —contestó Tomomori, que se echó a reír con sarcasmo.

—¿Cómo os atrevéis, señor, a bromear en tales momentos? —le reprocharon las damas, que se pusieron a gimotear ruidosamente.

Nī-dono, la viuda de Kiyomori, al ver cómo se desarrollaba el combate, demostró estar preparada para la ocasión. Se puso por la cabeza dos kimonos de luctuoso color gris, se remangó la amplia falda de seda, aseguró la sagrada esfera de jade bajo el brazo y se ciñó a la cintura la espada sagrada. Luego tomó en sus brazos al Emperador-niño y le habló con estas palabras:

—Aunque sea una mujer, no pienso caer en manos enemigas. Voy a acompañar a Su Majestad. Los que mantengan lealtad a Su Majestad, que me sigan.

Y se dirigió a la borda.

El Emperador tenía ocho años, aunque aparentaba mayor edad. Era tan bello que su figura parecía resplandeciente. Su negra cabellera le caía por la espalda. Con expresión de extrañeza, preguntó:

—Abuela, ¿dónde me llevas?

Nī-dono volvió su cabeza al niño y, aguantando las lágrimas, le contestó:

—¡Ah, Su Majestad todavía no lo sabe! Por el esfuerzo que realizó en su vida pasada, ha cumplido los Diez Santos Preceptos del budismo y por eso ha nacido Emperador[15]. Pero, arrastrada por un *karma* fatal, la buena fortuna ha llegado a su fin. Majestad, despedíos del santuario de Ise mirando al levante; luego, rezad con la vista dirigida al poniente para ser recibido por Buda en el paraíso. ¡Ay, Majestad, es-

[15] Véase en el Libro sexto la nota 1.

tamos en un mundo de sufrimiento! ¡Os quiero llevar a un bonito lugar llamado el Paraíso de la Tierra Pura!

Así le habló Nī-dono, que ya no pudo contener más las lágrimas. El pequeño soberano, vestido con un kimono color verde oliva y peinado con dos largas coletas, juntó sus tiernas manitas. Tenía también lágrimas en los ojos. Primero, hizo una reverencia mirando a oriente para decir adiós al santuario de Ise. Después, invocó el nombre de Amida con la vista dirigida a occidente. A continuación, la abuela lo sostuvo en sus brazos y, para consolarlo, le dijo:

—Ya verá Su Majestad cómo también en este mar hay una capital.

Al momento, abrazada al niño, se arrojó a las profundidades marinas.

¡Ay! ¡Qué pena que la frágil brisa de aquella triste primavera, en un abrir y cerrar de ojos, hiciera desaparecer aquella flor imperial! ¡Qué dolor que el violento oleaje del destino, que hace girar la rueda de la vida y de la muerte, se hubiera tragado el augusto cuerpo del soberano del Imperio!

En el Palacio Imperial hay una sala llamada «Longevidad» y una puerta llamada «Eterna Juventud». Son nombres, según dicen, puestos para que el soberano jamás envejezca... ¡Pero he aquí que sin llegar a los diez años el Emperador había descendido a las simas marinas para ser alimento de las algas! En verdad que no hay palabras que describan la adversa fortuna de un soberano que había dominado los Diez Santos Preceptos.

Tal cual un dragón excelso que habita sobre las nubes y baja del cielo para convertirse en un pez del profundo océano, así este infortunado Emperador, que en otro tiempo había vivido en un palacio tan maravilloso como el de Bonten, situado en la capital de la eterna felicidad como Ten-taishaku[16], donde era servido por ministros y nobles, tuvo que hallar, después de haber vagado varios años a la deriva sobre el mar, un fin tan ignominioso que lo sepultó para siempre bajo las olas.

[16] Es la morada de Shakra o, en la mitología hindú, Indra, el segundo gran dios tutelar del budismo. Se creía que su palacio estaba situado en la cima del monte Sumeru.

CAPÍTULO X

LA MUERTE DE NORITSUNE

Cuando la madre del emperador ahogado, Kenreimon-in, vio la escena, se metió en la escotadura del kimono piedras de calentar y moletas de escribir, y se arrojó también al mar. Pero quiso la fortuna que un hombre de los Genji llamado Mutsuru, del clan de Watanabe, la viera desde su barco nada más caer y, sin saber quién era, la sacara con un raño.

Las damas de la Corte, sin embargo, sí que la reconocieron, y gritaron:

—¡Ay, qué horror! ¡Es la Emperatriz!

Entonces Mutsuru avisó rápidamente al joven general. Decidieron trasladarla al barco imperial. Allí, la dama Dainago-no-suke se disponía también a lanzarse por la borda con un arca que contenía el espejo sagrado, cuando una flecha le atravesó la falda del kimono clavándose en la madera de la cubierta. La dama cayó al suelo y los soldados de los Genji pudieron prenderla. Le arrebataron el arca y rompieron la cadena para saber qué había dentro. Al abrirla, quedaron tan deslumbrados, que se vieron obligados a cerrar los ojos. Tal era el resplandor cegador que salía de su interior y que les hizo sangrar por las narices. Tokitada, el consejero mayor, a quien ya habían prendido, les advirtió:

—Es el espejo sagrado. Ningún mortal puede contemplarlo.

Asustados, los soldados retrocedieron.

Más tarde, el joven general, después de consultar con Tokitada, ordenó que cerraran el arca, la ataran con una cuerda y la pusieran a buen recaudo.

Ocurrió también que dos hermanos del difunto primer ministro Kiyomori, Norimori, consejero medio, y Tsunemori, ministro de Restauraciones Imperiales, se colocaron el ancla del barco sobre sus armaduras y cogidos de la mano saltaron al mar. Igualmente, los hijos de Shigemori, Sukemori y Arimori, ambos capitanes medios del tercer rango, y su primo Yukimori, capitán de los Establos Imperiales de la

Izquierda, se tiraron al mar cogidos de la mano. En cambio, Munemori, ministro del Centro, y su hijo Kiyotsune no parecían dispuestos a saltar. De pie, permanecían aturdidos junto a la borda y, con la mirada perdida, contemplaban la escena a un lado y otro sin saber qué hacer. Sus soldados, exasperados por la indecisión de su señor Munemori, hicieron ademán de pasar a su lado, pero, en realidad, lo empujaron al mar. Nada más verlo caer, su hijo se lanzó tras él. Pero ellos dos, a diferencia de otros muchos guerreros que se habían lanzado al mar cargados con sus pesadas armaduras y con otros objetos de peso, no llevaban nada encima y, además, eran buenos nadadores. Por eso, no se ahogaron. El padre pensaba: «si mi hijo se hunde, yo me hundiré con él; si se salva, yo me salvaré con él». A su lado, el hijo pensaba: «si mi padre se hunde, yo también; si se salva, también yo me salvo». Con esos pensamientos en sus cabezas y sin dejar de mirarse, seguían nadando. Pero entonces, los raños de los soldados de los Genji de uno de los barcos engancharon a Kiyotsune, el hijo. Cuando Munemori vio la captura de su hijo, decidió seguir nadando. Pero no tardó en ser rescatado y subido a cubierta, donde se entregó como prisionero.

En ese momento, Kagetsune, hermano de leche de Munemori y miembro de la Guardia Imperial de Hida, arrimó su barco al de Yoshimori, que era quien le había prendido, y gritó:

—¿Quién se ha atrevido a hacer prisionero a mi señor? —y, desenvainando la espada, saltó sobre la barca enemiga y se abalanzó sobre Yoshimori. Pero un criado de éste se interpuso rápidamente. El filo de la espada cayó violentamente sobre el yelmo del criado y de un segundo tajo Kagetsune le cortó el cuello. Después se volvió amenazadoramente sobre Yoshimori, pero en ese instante Chikatsune, desde el barco de al lado, disparó una flecha que se abrió camino entre los pliegues de su yelmo. Kagetsune se tambaleó por el impacto. Rápidamente, Chikatsune saltó al barco y lo agarró. Sus soldados lo siguieron, le levantaron las faldillas de la armadura y le dieron dos puñaladas. Hida Kagetsune era un samurái de gran fortaleza y valor, pero tal vez su suerte se le había acabado. Estaba tan malherido que, sin mucha dificultad, sus enemigos lo rodearon y mataron en aquel mismo lugar. Munemori, en cambio, conservaba la vida, pero ¿cómo debía sentirse al ver cómo mataban ante sus ojos a su hermano de leche?

Entretanto, Noritsune, el famoso arquero, no desperdiciaba ni una de sus flechas. Todos conocían su maestría con el arco y nadie osaba ponerse a su alcance. Cuando vació su aljaba y ya no le quedaba ninguna flecha, sintiendo tal vez que su fin estaba cerca, sacó una espada desmesuradamente grande. En la otra mano empuñó una alabarda de mango blanco de madera, y avanzó resuelto contra los Genji. Llevaba ese día un traje de batalla de rojo brocado sobre el cual vestía armadura de costuras chinas. Avanzaba tajando y acuchillando a quien se ponía delante. Muchos murieron a su paso.

Cuando su primo Tomomori, el consejero medio, vio la insensatez con que combatía, mandó que le dijeran de su parte: «Noritsune, no combatas tan a lo loco. Matar a muchos hombres de poco valor sólo te servirá para acumular pecados». Noritsune reflexionó y se dijo: «Mi primo quiere decir que debo enfrentarme a, por lo menos, un capitán mayor. Pues ahora verá».

Entonces, con la mano en la empuñadura de la alabarda, se puso a saltar de barco en barco, arremetió contra todos y lanzó gritos de combate. Pero buscaba a Yoshitsune, el joven general, al que no conocía, aunque suponía que debía ser uno de los samuráis con mejor armadura. El joven general comprendió que venía a por él e hizo ademán de esperarlo para combatir, pero en realidad deseaba evitarlo, especialmente después de ver cómo había saltado a su barco y se le acercaba. Con la intención de evitarlo, el joven general metió la alabarda debajo del brazo y, aunque a punto de caer, saltó a un barco que distaba dos *shaku*. El famoso arquero, sin la misma agilidad, no pudo saltar. Pensó, entonces, que ya nada tenía que hacer y que le había llegado su hora; se despojó de la espada y la alabarda, se quitó el yelmo y tiró todo al mar. Se arrancó la faldilla de la armadura y también la arrojó a las aguas, quedándose sólo con la coraza. Después se alborotó el cabello y se plantó de pie con los brazos abiertos. ¡Oh, qué aspecto tenía! ¡Imponente, sobrecogedor...! En verdad, decir que su aspecto era terrorífico es decir poco. Bien oiréis lo que con voz atronadora dijo Noritsune en ese momento:

—Quien se atreva, que se acerque a capturarme. Así podré ir a Kamakura y decirle cuatro cosas a vuestro Yoritomo. ¡Vamos, acercaos! ¡Venid a por mí!

Había allí un valiente samurái de los Genji, Aki Sanemitsu, hijo de Saneyasu, gobernador militar de Aki. Este Sanemitsu, natural de Tosa, poseía la fuerza de treinta hombres. Se adelantó y le dijo al famoso arquero:

—Por muy fuerte que seas, ¿piensas que, si tres de nosotros nos lanzamos contra ti, no podremos dominarte, aunque seas un demonio de diez *shaku* de altura?

Y, acompañado de un criado tan fuerte como él y de Jirō, un hombre de formidable fuerza, se metieron en un barco y se arrimaron al del famoso arquero, Noritsune. Entonces, entre gritos de batalla, los tres saltaron al barco de Noritsune con sus espadas desenvainadas y con los cubrenucas de sus yelmos bajados. Se abalanzaron contra él, pero el famoso arquero se mantuvo imperturbable. Al criado, que fue el primero en acercarse, lo lanzó al mar. Luego agarró con el brazo izquierdo a Sanemitsu, que arremetía en segundo lugar, y después a Jirō con el brazo derecho. Una vez que los tuvo inmovilizados, gritó:

—¡Vamos, vosotros también! ¡Venid conmigo al monte de Shide, el monte de la muerte!

Así dijo. Y con esas palabras, con uno en cada brazo, se arrojó al mar. Tenía el famoso arquero veintiséis años.

CAPÍTULO XI

EL REGRESO DEL ESPEJO SAGRADO A LA CAPITAL

—Ya he visto todo lo que tenía que ver. No me queda más que quitarme la vida.

Así habló Tomomori, el consejero medio de los Heike. Llamó a Ienaga, de la Guardia Imperial de la Izquierda, de Iga, que era su hermano de leche, y le preguntó:

—Bien, ¿es que vamos a echarnos atrás y faltar a nuestra promesa?

—Claro que no, señor —contestó Ienaga.

Entonces Ienaga le puso a Tomomori dos armaduras. Luego, él también se puso otras dos. Después, se tomaron de la mano y se arrojaron al mar. Al ver cómo sus señores se habían suicidado, otros veinte samuráis de los Heike, sin perder tiempo, se cogieron de la mano y se arrojaron también al mar.

Hubo algunos samuráis principales, como Moritsugu, Tadamitsu, Kagekiyo y Shirō-Byōe, que lograron escapar, aunque nadie sabe cómo.

Los rojos estandartes y pendones de los Heike caídos durante el combate flotaban esparcidos sobre la superficie del mar, como hojas de arce que la tempestad arranca y las hace volar hasta que las suelta en las aguas del río Tatsuta[17]. Hasta las blancas olas que rompían en las orillas estaban teñidas de rojo. Barcos sin timonel y navíos sin rumbo vagaban a merced de la marea y del viento. ¡Qué desolador espectáculo!

Entre los prisioneros se encontraban los siguientes: Munemori, ministro del Centro; Tokitada, consejero mayor; Kiyomune, capitán de la Guardia Imperial de la Derecha; Nobumoto, jefe del Gabinete de Provisiones; Tokizane, capitán medio de Sanuki; Masākira, secretario veterano; Yoshimune, otro de los hijos de Munemori, de ocho años de edad. Entre los dignatarios religiosos se hallaban Senshin, *sōjō* del segundo rango; Nooen, superior general de Hosyō-ji; Chuukai, consejero medio; Yūen, *daisōjō* del templo de Kyojū. Entre los samuráis principales estaban: Suesada, capitán de la Guardia Imperial; Morizumi, capitán de la Guardia Militar; Sueyasu, de la Guardia Imperial de la Izquierda de Kichinai; Nobuyasu, de la Guardia Imperial de la Derecha de Tōnai; el ministro de Asuntos Populares y su hijo[18]. En total, eran treinta y ocho prisioneros. Kikuchi Takanao y Harada Tanenao se habían rendido con sus soldados ya antes de esta batalla naval. Entre las damas de la Corte Imperial se hallaban la emperatriz, Kenreimon-in; Kitano Mandokoro, la esposa de Motomichi; Rō-no-kata, la esposa

[17] Tatsuta, que significa «brocado», es un río de la prefectura de Nasa, celebrado en la poesía clásica japonesa –en el *Kokinshū* (op. cit.) hay tres poemas que empiezan con «Tatsuta gawa» o río Tatsuta– por la belleza de los bosques de arce de sus orillas, cuyas hojas impulsadas por el viento de otoño cubrían las aguas del río de un rojo «brocado».

[18] El ministro, Shigeyoshi, había desertado en plena batalla (cap. VIII), mientras que su hijo, Noriyoshi, víctima de una treta, se habría rendido a Yoshimichi (cap. VI).

de Kanemasa; Dainago-no-suke, la de Shigehira; Sotsu-no-suke, la de Tokitada; y Tsubone Jibukyō, la de Tomomori. En total, cuarenta y tres damas.

¡Ah, aciago día de final de la primavera de aquel segundo año de la era Genryaku cuando el Emperador se hundió en las profundidades del mar y sus cortesanos y guerreros, ahogados, quedaron flotando en las aguas del mar!

Así, la madre del Emperador, Kenreimon-in, y las otras damas de la Casa Imperial en custodia de los bárbaros samuráis del este, junto con los ministros y dignatarios de los Heike cautivos de un ejército de miles de soldados, todos emprendieron el regreso a la capital. Pero, ¡ay, que regresaron sin galas ni brocados! ¡Ay, que regresaron con oprobio y con deshonra! Regresaron con un destino semejante al de aquellas mujeres de China, como Chu Mai Chen, que también volvió sin galas, o al de la cortesana Wan Chao Chun, enviada al país bárbaro de Hu Kuo.

El día tres del cuarto mes, el joven general envió a Hirotsune como mensajero a la capital. El mensaje decía:

«En Dan-no-ura, en el estrecho entre Moji y Ákama, entre las provincias de Buzen y Nagato, hemos subyugado a los Heike. Y sanos y salvos restituyo a Su Majestad los Tres Sagrados Tesoros».

Gran revuelo levantó esta noticia entre la nobleza alta y baja de la Corte. El Emperador-monje recibió al mensajero en el jardín interior. Le interrogó con detalle sobre el desarrollo de la guerra. Tan contento estaba el Emperador-monje que nombró al mensajero capitán de la Izquierda.

Luego ordenó a Nobumori, de la Guardia Imperial:

—Ve a las provincias del oeste y comprueba por ti mismo que los Tres Sagrados Tesoros están de regreso.

El día cinco Nobumori, sin ni siquiera pasar por su casa, montó en un caballo imperial y partió al oeste sin dejar de fustigar su montura.

El día catorce, el joven general, que marchaba de regreso a la capital con todos los prisioneros y las damas cautivas de los Heike, pasó por las playas de Akashi, en la provincia de Harima.

Las playas de Akashi son célebres por la luminosidad de sus noches de luna, una luna que, a medida que avanzaba la noche, se aden-

traba en el cielo. Su belleza en esa noche de primavera no era inferior a la de las noches otoñales[19]. Las damas prisioneras se juntaron y se lamentaban con estas palabras:

—¡Ay, si hace un año, cuando pasamos por aquí, hubiéramos sabido que íbamos a encontrarnos en este estado!

Y se lamentaban y se sofocaban con sollozos. La dama Sotsu-no-suke, esposa de Tokitada, se puso a contemplar detenidamente la luna mientras recordaba el pasado. Sin poder contenerse, dio rienda suelta a sus lágrimas, tantas que hubiera podido hacer flotar su lecho. Y compuso estos dos poemas:

Si te contemplo,
en mis mangas te quedas
mojada. ¡Cuéntame,
oh luna, lo que ocurre
donde viven las nubes![20]

Sobre las nubes
veo la luna inmutable,
clara, serena.
A su lado, mi estado
¡cómo, cómo ha cambiado!

Por su parte, la dama Dainago-no-suke compuso este otro poema:

Mojada en lágrimas,
duermo en tu playa, Akashi.
Yo me iré. Pero
la luna quedará
dando luz a estas olas.

[19] La belleza de la luna de otoño, especialmente de septiembre, es un tópico de la poesía clásica japonesa.

[20] «Donde viven las nubes», es decir, «en el palacio imperial». *Kumoi* significa «cielo» y también «palacio imperial». En el poema que sigue vuelve a aparecer *kumono ue*, «sobre las nubes» o «sobre el palacio imperial».

El joven general de los Genji, un señor de la guerra y de casta de guerreros como era, tenía corazón y, enternecido de compasión por estas mujeres, exclamó:

—¡Qué profunda nostalgia deben sentir estas damas al evocar otros tiempos!

El día veinticinco, cuando se supo en la capital que el espejo sagrado y la esfera de jade iban a llegar al palacio de Toba, acudieron del Palacio Imperial dignatarios encargados de recibir las dos insignias imperiales. Eran éstos:

Tsunefusa, consejero medio de Kade-no-kōji; Yasumichi, capitán medio y consejero imperial; Kanetada, supervisor medio de la Derecha; Chikamasa, capitán medio de la Guardia Imperial de la Izquierda; Kintoki, capitán medio de Enami; y Noriyoshi, capitán menor de Tajima. Como escoltas, llevaban a los siguientes samuráis principales: Yorikane, archivero mayor de Izu; Yoshikane, capitán de la Guardia Militar de Ishikawa; y Aritsuna, capitán de la Guardia Imperial de la Izquierda.

Esa noche, a la hora del ratón (medianoche), el espejo sagrado y la esfera de jade llegaron finalmente a la capital y quedaron guardados en las dependencias del primer ministro. En cambio, la espada sagrada había desaparecido durante la batalla. La esfera de jade dicen que fue recogida por Kataoka Tsuneharu, después de verla flotar entre las olas del mar.

CAPÍTULO XII

LA ESPADA SAGRADA

Desde la Edad de los Dioses existen en nuestro imperio tres espadas sagradas: la espada *Tozuka* o «La de los diez palmos», la espada *Amanohayakiri* o «La tajadora de la serpiente celestial» y la espada *Kusanagi* o «La segadora de hierba». La espada *Tozuka* está guardada en el santuario de Iso-no-kami, provincia de Yamato; la espada *Amanoha-*

yakiri se encuentra en el santuario de Atsuta, provincia de Owari; y la espada *Kusanagi* está en el Palacio Imperial. El origen de esta última, la extraviada en la batalla naval de Dan-no-ura, se remonta a la antigüedad.

Cuando el dios Susanō construyó un palacio en Soga, provincia de Izumo, vio en el cielo nubes de ocho colores. Entonces, compuso estos versos:

Hay ocho nubes
en palacio de Izumo,
el de ocho vallas,
donde mora mi esposa,
de ocho vallas guardada[21].

Ésta fue la primera poesía con treinta y una sílabas. Parece ser que la palabra *Izumo* debe su origen también a ese poema[22].

Cuando el dios Susanō descendió a Hi-no-kawa, en la misma provincia de Izumo, se encontró con un matrimonio de divinidades provinciales llamadas Ashinazuchi y Tenazuchi. Tenían una hermosa hija de nombre Inada. Pero los tres no hacían otra cosa que llorar y llorar. Cuando el dios Susanō les preguntó la razón, respondieron:

—Teníamos ocho hijas, pero todas han sido devoradas por una monstruosa serpiente. Esta única hija que nos queda no tardará en correr la misma suerte. Ocho cabezas y ocho colas que se extienden por ocho montañas y ocho valles tiene esa terrible criatura. Sobre su gigantesca espalda crece un bosque de viejos árboles. Nadie sabe su edad. Sus ojos refulgen como el sol y la luna. Todos los años viene por aquí a alimentarse de humanos. Los hijos lloran por sus padres devorados y los padres por los hijos devorados. Ni en el norte ni en el sur del poblado cesa en ningún momento su llanto de dolor.

El dios Susanō se apiadó del matrimonio y decidió ayudarles. Transformó a la muchacha en un peine de afiladas púas y, para esconderla, se lo colocó en su divina cabellera. Luego llenó de *sake* ocho vasijas en

[21] Aparece en el *Kojiki* (op. cit., pág. 91), y es el precedente de la poesía japonesa (*waka*). El número «ocho», número cosmológico por excelencia en la mitología japonesa, significa la totalidad (véase *Antiguos mitos japoneses*, op. cit., pág. 39).
[22] *Izumo* quiere decir «nubes que se yerguen».

forma de barco, moldeó en medio de ellas una estatua con forma de mujer bella y colocó todo en lo alto de la montaña. Vino la serpiente y creyó que la sombra de la estatua femenina reflejada en el vino era un ser humano. Deseosa de devorarla, se bebió todo el vino hasta quedar completamente ebria. Entonces vino el dios, desenvainó la espada *Tozuka* y cortó a la serpiente en pedazos. Pero entre todas las colas, había una que no conseguía cortar. Extrañado, hizo un corte a lo largo y apareció entonces una espada sagrada. La tomó y se la llevó a su hermana, la diosa del sol, Amaterasu, que, al verla, exclamó:

—Ésta es la espada que perdí hace muchos años en Takamanohara[23].

Mientras la espada estuvo en las entrañas de la gran serpiente, el cielo estaba siempre cubierto de nubes. Por eso a esta espada la llamaron *Ama-no-murakumo* o «Espesa nube celeste». La diosa, después de recibirla, la convirtió en tesoro sagrado de su celestial palacio, llamado Ame-no-miya. Cuando hizo bajar a sus descendientes como señores del país de Nakatsukuni, en la región de Toyoashi-hara, les entregó esta espada junto con el sagrado espejo. La espada permaneció en el Palacio Imperial hasta el reinado del emperador Kaika, el noveno de la dinastía. Pero su sucesor, Sujin[24], temeroso del poder de la diosa, decidió edificar un templo en su honor en Kasanui, provincia de Yamato, y llevó allí la espada. Fue entonces cuando este soberano ordenó fabricar una réplica de la espada sagrada que tenía siempre a su lado como amuleto. Esta réplica no era inferior en virtud ni en hechura a la original.

Después, a lo largo de tres generaciones, desde el emperador Sujin al emperador Keikō[25], la espada original fue guardada en el santuario de la diosa del Sol. Sin embargo, el sexto mes del año 40 del reinado del emperador Keikō, los bárbaros de las provincias de orien-

[23] Es un lugar mítico, igualmente registrado en el *Kojiki*. Literalmente, significa «llanura del alto cielo», la morada de las deidades celestiales del panteón sintoísta. También las hazañas legendarias de Yamato Takeru, relatadas en este capítulo, proceden de la misma fuente, principal acervo de la mitología japonesa.

[24] Kaika y Sujin son dos de los primeros veintiocho emperadores legendarios de Japón que, supuestamente, reinaron en los años 158-98 y 98-30 a. C., respectivamente.

[25] El soberano 12 de la dinastía imperial que, legendariamente, reinó en 70-130 d. C.

te se sublevaron contra la Casa Imperial[26]. El hijo del Emperador, Yamato Takeru, que poseía un corazón valiente y una fuerza sobrenatural, fue elegido para someter a los rebeldes. Después de rezar por el éxito de su campaña en el santuario de la diosa del Sol, y cuando estaba a punto de ponerse en camino hacia el este, la diosa, por medio de la hermana menor del Emperador, le entregó la espada sagrada y le dijo:

—Guárdala con amor y cumple tu deber.

Pues bien, cuando el príncipe Yamato Takeru llegó a la provincia de Suruga, en camino a las regiones del este, los bandidos de esas tierras trataron en engañarlo. Lo llevaron a unas praderas y le dijeron:

—Por aquí hay muchos ciervos y venados. ¿Por qué no disfrutas y cazas durante un tiempo?

Mientras él cazaba, los bandidos prendieron fuego a las praderas con intención de quemarlo vivo. Pero cuando el príncipe estaba a punto de ser devorado por las llamas, desenvainó la espada sagrada que llevaba a la cintura y dio tan fenomenal tajo que todas las hierbas en un radio de un *ri* se doblegaron[27]. Les prendió fuego y de pronto el viento se puso a soplar en dirección a los bandidos. Las llamas engulleron a aquellos malvados, que murieron abrasados. Tal hazaña mereció que la espada fuera desde entonces llamada *Kusanagi* o «La segadora de hierba».

Después, el príncipe siguió adentrándose en las regiones del este, donde permaneció tres años. Durante ese tiempo sometió a los rebeldes de diferentes provincias y después emprendió el regreso a la capital. Pero en el camino, al séptimo mes, cayó enfermo cerca de Atsuta, provincia de Owari, y falleció a la edad de treinta años. Fue verdade-

[26] Probablemente se trata de los aborígenes de Japón, progresivamente desplazados al noroeste por el creciente empuje de los clanes de Yamato, la cuna del estado japonés. De esos aborígenes se cree que desciende el pueblo ainu, en vías de extinción y todavía hoy localizable en la isla de Hokkaido, la más septentrional de las grandes islas del archipiélago japonés.

[27] A partir de finales de la época de Heian (siglo XII), un *ri* equivalía a treinta y seis *chō*, es decir, 3,93 Km. Sin embargo, en los primeros siglos de esa época (s. VIII-X), equivalía a seis *chō*, es decir, 0,65 Km. Aunque las aventuras del héroe legendario Yamato Takeru fueron compiladas antes de la época de Heian, probablemente el autor del *Heike monogatari* tomó como referencia una medida de longitud usual y conocida para sus oyentes, es decir, el *ri* de treinta y seis *chō*.

ramente un portento divino que su espíritu volara a los cielos con la forma de una ave blanca. Los bárbaros capturados por el príncipe fueron entregados al emperador Takehiko y la espada *Kusanagi* quedó atesorada en el santuario de Atsuta.

En el séptimo año del reinado del emperador Tenchi (668), un monje del reino coreano de Silla llamado Dōgyō robó esta espada con intención de llevársela a su país para hacer de ella un tesoro nacional. La escondió en el fondo del barco y puso rumbo a Corea. Pero en medio del viaje se desató una violenta tempestad. Las altas olas amenazaban hundir el barco y enviarlo al fondo del mar. El monje tuvo miedo y pensó que era un viento divino. Arrepentido, pidió perdón y decidió regresar para restituir la espada sagrada a su lugar.

Después, el primer año de la era de Chuchō (686), el emperador Temmu ordenó que la espada fuera trasladada al Palacio Imperial, donde quedó atesorada durante los siguientes siglos.

Verdaderamente, era una espada dotada de virtudes divinas. Una vez, el emperador Yōzei, en un acceso de demencia, se atrevió a desenvainarla. Al punto, una deslumbrante luz invadió toda la estancia. Parecía un relámpago en medio de la noche. Presa del terror el Emperador soltó la espada, que con un ruido se metió sola en su vaina. Tales eran los maravillosos poderes de esta espada sagrada, herencia del pasado y cuya historia ahora os cuento.

Unos poderes que, conocidos por todos, hacían que el emperador-monje Goshirakawa y los nobles dijeran:

—Aunque Nī-dono la llevara ceñida a la cintura cuando se arrojó al mar, una espada así no puede haber desaparecido para siempre.

Se ordenó a excelentes buceadoras[28] que se sumergieran en el mar para buscarla, se ordenó a piadosos monjes que se encerraran en templos y santuarios para rezar por su hallazgo. Pero, a pesar de todas las búsquedas, plegarias y valiosas ofrendas realizadas, la espada no apareció nunca más.

[28] Las mujeres buceadoras o *ama*, que recogían crustáceos y algas, formaban un grupo social de antiquísimo arraigo en las costas japonesas. Sus técnicas de buceo aparecen ya en los observadores chinos en el siglo III y su existencia es mencionada en el código japonés de ritos *Engi Shiki* del siglo X. La profundidad media a que solían descender era de nueve-once m.

Ésta fue la opinión optimista de los hombres más sabios de la Corte:

—Desde los tiempos más remotos, la diosa del Sol, Amaterasu, ha prometido proteger a la dinastía imperial, y tal promesa la cumple aún. Mientras los descendientes del emperador Oojin[29] sigan siendo adorados en el santuario de Iwashimizu[30], la luz solar de la diosa continuará llegando a la tierra. Aunque nos hallemos en un mundo sumido en el caos, no hay motivo para no augurar una buena ventura a la Casa Imperial.

Pero había entre esos sabios uno que ofreció la siguiente interpretación de la pérdida de la sagrada espada:

—Hace mucho, una gran serpiente pereció a manos del dios Susanō en Hi-no-kawa, provincia de Izumo. Su espíritu, que habitaba un cuerpo de ocho cabezas y ocho colas, no pudo aceptar la pérdida de la sagrada espada y se reencarnó en el soberano ochenta de la dinastía imperial. Cuando a los ocho años de edad este Emperador, que ha sido precisamente Antoku, fue tragado por las profundidades marinas, su espíritu recuperó la espada sagrada.

A todos les pareció entonces natural que aquella espada, una vez convertida en tesoro de los dioses por el dragón del mar, no volviera nunca jamás al mundo de los hombres.

[29] Oojin (de fines del s. IV a comienzos del V) es el soberano 15 de la dinastía imperial. Según la crónica *Nihon Shoki*, del año 720, reinó entre 270-310, pero estas fechas han sido rechazadas por la historiografía moderna. A diferencia de los soberanos anteriores, Oojin, cuyo nombre personal era Homutawake no Mikoto, es un personaje plenamente histórico atestiguado por fuentes chinas y cuyo reinado estuvo marcado por un poder imperial creciente y una política expansionista.

[30] *Iwashimizu Hachimangū*, conocido también como *Otokoyama Hachimangū*, es el nombre de un santuario sintoísta asociado desde épocas antiguas a la dinastía imperial y especialmente al emperador Oojin, divinizado como Hachiman, dios de la guerra, y a la legendaria emperatriz Jingū, divinizada como Hime Ookami (Himegami). Está localizado en el barrio de Tsuzuki, al sur de la actual prefectura de Kioto, y fue fundado en el año 859 por un monje budista llamado Gyōkyō. Su festival anual se celebra el quince de septiembre.

CAPÍTULO XIII

EL DESFILE DE LOS HEIKE POR LA GRAN AVENIDA

El segundo hijo del emperador Takakura y hermano del emperador ahogado regresó a la capital en un carruaje expresamente enviado por su abuelo, el Emperador-monje. Desde que, en contra de su voluntad, había sido llevado por los Heike a las regiones del oeste, había pasado tres años vagando sin rumbo y viviendo sobre las olas del mar. Pero ahora, después de regresar con vida, tanto su madre como su nodriza, Jimyō-in, que durante esos tres años habían estado desoladas por la separación, lo recibieron con lágrimas de alegría.

El día veintiséis, los prisioneros Heike llegaron a la capital. Iban montados en carruajes de bambú y con dibujos de flores de loto de ocho pétalos. Las cortinas de delante y detrás del carruaje fueron alzadas y las ventanillas abiertas para que todo el mundo pudiera verlos desde ambos lados de la calle. Munemori iba vestido con un kimono de caza de color blanco. Su hijo, Kiyomune, sentado detrás, llevaba un traje de batalla también blanco. Tokitada, el consejero mayor, marchaba en el siguiente carruaje. Su hijo Tokizane fue dispensado de ser paseado por la gran avenida por hallarse enfermo. Tampoco Nobumoto, por estar herido, participó en el desfile, y fue escoltado por una calle secundaria.

Munemori, que en el pasado se había distinguido por su elegante porte y atractiva figura, ahora estaba tan demacrado que parecía otra persona. Pero miraba alrededor con el gesto indiferente. En cambio, su hijo, con la cabeza agachada, no alzaba nunca los ojos y... ¡qué lástima daba verlo! El jefe de la escolta de todos estos nobles era Sanehira, con traje de batalla de color amarillo oscuro y armado a la ligera, al frente de unos treinta soldados que cabalgaban delante y detrás de los carruajes.

No sólo se daba allí cita para ver el desfile de los prisioneros por las calles gente de la capital, sino también de las provincias, de los templos, de las montañas, de lejos, de cerca; había ancianos, niños. La

muchedumbre de agolpaba desde la puerta del sur de palacio de Toba por toda la calle Tsukuru-michi hasta el barrio de Yotsuzuka. Había tal gentío que no se podía andar para dar la vuelta, ni los carruajes podían girar sus ruedas.... ¡Tantos millares de curiosos había para ver el desfile! Cierto que las hambrunas de las eras de Jishō y Yōwa y las continuas guerras entre las regiones de oriente y occidente habían diezmado la población, pero ahora parecía que había más supervivientes que caídos.

No hacía más que dos años que los Heike habían abandonado la capital y el pueblo no había olvidado sus días de gloria. Pero ¡ay, que ahora, al ver a estos hombres que hace poco tanto temor les habían infundido, nadie podía distinguir si lo que veían era real o un sueño! ¡Cómo había cambiado todo! No había nadie entre los espectadores que no empapara con lágrimas las mangas, tanto hombres como mujeres, también gentes sin sensibilidad ni educación. Especialmente, aquellos que habían tenido alguna relación estrecha con los Heike, ¡cómo penaban al verlos en tan miserable estado! ¡Qué tristeza debían sentir aquellos que habían recibido sus favores desde la generación de sus abuelos y de sus padres! ¿Cómo podrían borrar de la noche a la mañana la deuda de su corazón, aunque ahora tuvieran que obedecer a los nuevos amos, los Genji? Por eso, había tantas personas que, incapaces de levantar la mirada, ocultaban sus lágrimas apretando las mangas de sus kimonos contra la cara.

El cochero del carruaje de Munemori se llamaba Saburō-maru. Era el hermano menor de Jirō-maru, al que Kiso mandó matar por conducir el carro imprudentemente ante el Palacio Imperial. Saburō-maru ya había celebrado su ceremonia de mayoría de edad cuando estaba en las regiones del oeste con sus señores y, por tanto, podía conducir. Sin embargo, en Toba, para poder llevar a su señor Munemori había pedido permiso al joven general de los Genji con estas palabras:

–Los sirvientes y cocheros tenemos el rango más inferior y somos gente tosca y sin educación. Sin embargo, la lealtad que sentimos por haber servido muchos años a nuestros señores es profunda. Señoría, me gustaría por eso pedirle permiso para conducir por última vez el carruaje de mi señor, el ministro del Centro.

–No tengo inconveniente. Haz de cochero –le dijo el joven general.

Saburō-maru se sintió muy feliz y se vistió con la ropa de gala de los cocheros. Sacó de la escotadura del kimono las riendas y se las puso al buey. Subido al carro, no podía contener las lágrimas en sus ojos y le nublaban tanto la vista que era incapaz de ver el camino. Apretó las mangas contra su cara y así, sin dejar de llorar, aflojó las riendas y se dejó llevar por el paso del animal.

El Emperador-monje mandó detener su propio carruaje imperial en la esquina entre Rokujō y Higashi-no-tōin para contemplar bien el desfile.

Otros carruajes con miembros de la nobleza alta y media permanecían allí alineados. El Emperador-monje sintió compasión por los Heike, ya que muchos de ellos habían servido a su augusta persona. Para los miembros de la nobleza alta y media lo que veían era como un sueño, y decían:

—¿Quién nos iba a decir que acabarían así unos hombres ante los que hace tan poco tiempo mendigábamos una palabra o una mirada?

Y todos lloraban.

Tan sólo dos años atrás, cuando Munemori fue nombrado ministro del Centro, en la ceremonia de agradecimiento por esa dignidad lo acompañaban doce grandes de la nobleza guiados por el consejero mayor Tadachika y otros dieciséis cortesanos de la nobleza media guiados por Chikamune, jefe del Gabinete de Provisiones Imperiales, todos en sus carruajes. Tanto unos como otros llevaban sus trajes de gala. En la ceremonia participaron hasta cuatro consejeros mayores y tres capitanes medios. ¡Qué solemne momento aquel en que Tokitada, el consejero mayor de los Heike, como presidente en la ocasión de la Guardia Imperial de la Izquierda, fue llamado a la presencia imperial para recibir de Su Majestad los obsequios ceremoniales! ¡Qué espléndida celebración fue aquella! Ahora, en cambio, ni un hombre de la nobleza alta ni de la baja los acompañaba. Tan sólo veinte soldados vestidos con kimono blanco de caza, capturados junto a ellos en Dan-no-ura, iban detrás, atados con cuerdas a las monturas de sus caballos.

La lastimosa procesión desfiló hasta el río Kamo y luego dio la vuelta. Munemori y su hijo fueron conducidos al palacio del joven general de los Genji, en Rokujō Horigawa. Allí les ofrecieron algo de comer pero, teniendo el corazón traspasado de dolor, ¿cómo iban a hallar fuerzas para levantar los palillos? Padre e hijo no cruzaban una

palabra, pero intercambiaban miradas que no servían más que para hacerles llorar. A medianoche, Munemori seguía sin poder conciliar el sueño. Se tumbó con la cabeza apoyada en la manga de su kimono. Inquieto por su hijo, le cubrió amorosamente el cuerpo con la otra manga. Este gesto no les pasó desapercibido a los tres centinelas que los custodiaban, y que se llamaban Hirotsuna, Genzō y Kumai Tarō, los cuales, rudos como eran, no pudieron evitar dejar caer una lágrima al tiempo que comentaban:

—¡Verdaderamente el amor de un padre por su hijo no conoce distinción de clases ni de rangos! ¡Todo lo que puede proteger una manga! ¡Y qué amor tan profundo el de este padre por su hijo!

CAPÍTULO XIV

EL ESPEJO SAGRADO

El día veintiocho, el señor de Kamakura y del este, Minamoto no Yoritomo, fue elevado a la dignidad del segundo rango de la nobleza. Pasar directamente al segundo escalafón y saltarse tres rangos era algo insólito y, en verdad, un honor extraordinario.

Pero el Emperador-monje deseaba de esa forma distinguirlo más que a los Heike, a quienes había permitido ascender dos rangos. Se decía también que Yoritomo bien podía haber sido elevado a la dignidad del tercer rango, pero que la Corte prefirió evitarlo porque tal vez trajera mala suerte, como en el caso precedente de los Heike.

Esa noche, a eso de la hora del ratón (medianoche), el espejo sagrado fue trasladado de las dependencias del primer ministro a la sala Unmei del Palacio Imperial. El Emperador-monje en persona acudió a la sala y durante tres noches se interpretó música sacra para honrar el traslado.

Como músico que era, Yoshitaka, supervisor de la Guardia Imperial de la Derecha, fue el encargado de interpretar dos melodías secretas llamadas *Udachi* y *Miyodō*, cuyas ejecuciones eran un secreto

familiar. La interpretación fue excelente y todo el mundo la elogió. Las dos piezas eran conocidas por su abuelo Suketada que, no deseando revelarlas ni siquiera a su hijo, Chikakata, se las transmitió al Emperador reinante entonces, Horikawa. Cuando murió Suketada, el Emperador se las pasó a Chikakata que, a su vez, se las enseñó a su hijo Yoshitaka. ¡Qué sabio proceder el del Emperador por no permitir que esa tradición familiar saliera del seno de la familia!

En cuanto al espejo sagrado, oiréis su historia. Hace mucho tiempo, antes de que la diosa del Sol, Amaterasu, decidiera encerrarse en una cueva tapada con una gran roca, mandó fabricar este espejo para grabar en él su imagen y, así, ser conocida por sus descendientes generación tras generación. Pero este primer espejo no le agradó y mandó que le hicieran otro. El primer espejo quedó consagrado en los santuarios de Nichizen y Kokune, provincia de Kī. El nuevo espejo fue regalado por la diosa a su hijo Amano Niihomini-no-mikoto con estas palabras:

—Guárdalo en el palacio donde vivas.

Después, cuando la diosa se encerró en la cueva y el mundo quedó en tinieblas, las ochocientas mil divinidades se congregaron ante la entrada de la cueva y se pusieron a tocar música. La diosa del Sol, intrigada por las melodías, entreabrió la puerta de la cueva para ver qué pasaba fuera. En ese instante, los rostros de las divinidades se iluminaron y aparecieron blancas por la luz. Éste es el origen de la expresión *omo shiro*[31]. En el momento de entreabrir la puerta, una divinidad de cuerpo robusto, llamada Tejikarao, aprovechó para acercarse a la cueva y abrió de par en par la puerta lanzando el grito de «¡Eh!». Desde entonces, la puerta no se ha vuelto a cerrar.

Después, el sagrado espejo permaneció en el palacio donde vivían los soberanos, hasta el noveno, el emperador Kaika. Su sucesor, el emperador Sujin, lo trasladó a otro palacio por temor a la diosa. Y en tiempos recientes fue llevado a la sala Unmei del Palacio Imperial. Desde el traslado de la capital a la actual Heian, ordenado por el emperador Kanmu, pasaron ciento sesenta años. Después, en el reinado de Mu-

[31] Los dos ideogramas correspondientes significan, literalmente, «cara» y «blanca». En japonés moderno, la expresión se ha convertido en la palabra *omoshiroi*, que quiere decir «interesante». Este relato sobre Amaterasu y su retirada en la cueva está tomado del *Kojiki* (op. cit., págs. 67-69).

rakami, el día veintitrés del noveno mes del cuarto año de la era Tentoku (960), a eso de la medianoche, se desató el primer incendio en el palacio. El fuego había empezado en la casa de la Guardia de la Puerta de la Izquierda. La sala Unmei, donde se guardaba el espejo, estaba cerca del lugar del incendio. Como era medianoche, no había por allí ningún servidor, fuera hombre o mujer, por lo que nadie podía rescatar el espejo sagrado de las llamas. Entonces, Saneyori corrió a decir:

–El espejo ha sido pasto de las llamas. Es el final del mundo.

Y no pudo evitar las lágrimas.

Pero en ese momento ocurrió que el espejo saltó por sí solo encima de las llamas y quedó colgado entre los tiernos brotes floridos de un cerezo que había en el patio frente a la sala Shishi-den. Su deslumbrante superficie despedía un fulgor semejante al de los rayos del sol cuando sale tras las montañas. Comprendió entonces Saneyori que el mundo no iba a acabar. Dando rienda suelta a lágrimas de alegría, hincó su rodilla derecha en el suelo, extendió la manga izquierda de su kimono y habló con estas palabras:

–Hace mucho, ¡oh diosa Amaterasu!, jurasteis proteger a los cien emperadores. Como señal de que vuestro divino juramento es aún válido, os ruego que el sagrado espejo se pose sobre mi manga.

No había terminado de hablar, cuando el espejo saltó a su manga. Rápidamente Saneyori lo envolvió en un paño y lo guardó en las dependencias del ministerio. Recientemente, sin embargo, el espejo sagrado ha vuelto a la sala de Unmei.

En estos tiempos que corren de degeneración y caos, sin duda a nadie se le ocurrirá recibir en su manga este sagrado tesoro, el cual tampoco aceptaría posarse en ninguna manga. ¡Ah, los tiempos pasados sí que eran magníficos!

CAPÍTULO XV

LAS CARTAS

Tokitada, el consejero mayor, y su hijo estaban también bajo custodia cerca de la mansión de Yoshitsune, el joven general. Debido al

cambio de los tiempos y de la situación, lo más sensato era que Tokitada se resignara a su destino. Sin embargo, seguía agarrado al frágil hilo de la esperanza de seguir viviendo. Así, se volvió a su hijo Tokizane, capitán medio de Sanuki, y le dijo:

—Me han dicho que Yoshitsune tiene una caja donde guarda una carta cuyo contenido nadie puede leer y donde está escrita nuestra sentencia de muerte. Hijo, ¿qué podemos hacer?

—Dicen que Yoshitsune es un hombre compasivo —respondió su hijo—, y que es absolutamente incapaz de negar algo a una mujer. ¿Por qué preocuparse, padre? Usted tiene muchas hijas. Ofrézcale una para que la tome como esposa. Cuando vivan como casados, ella en un momento de intimidad le pedirá esa carta comprometedora.

Al oír la propuesta de su hijo, el consejero, con lágrimas, se lamentó así:

—¡Ay! Cuando disfrutaba del poder, tenía el deseo secreto de que mis hijas fueran damas de la Corte o consortes imperiales. ¿Quién iba a decirme que me vería obligado a casarlas con un plebeyo?

—Padre, no es hora de lamentarse. Hay que pensar en darle la mano de su hija de dieciocho años.

Pero ésta era la hija predilecta del consejero y no estaba dispuesto a entregarla. Decidió entonces darle una hija de veintitrés años, fruto de su primer matrimonio. Esta mujer tenía algún año de más, pero era bella y bondadosa. No tardó, de hecho, en granjearse el amor de su nuevo esposo, el joven general. Éste tenía otra esposa, una hija de Shigeyori, pero instaló a la hija del consejero en un espléndido palacio en otro lugar, donde la trató con mucho cariño y regalo. Con el paso del tiempo, su nueva esposa halló el momento oportuno para pedirle la carta. Como era de suponer, el joven general se la entregó enseguida sin ni siquiera abrirla. La carta pasó de la esposa a las manos de su padre, el consejero. Éste, lleno de alegría, la quemó al instante. Nadie supo qué decía aquella carta, aunque todos sospechaban que se trataba de algo comprometedor para la vida de muchos.

El poder de los Heike había sido destruido. El orden volvió a reinar en las provincias y los caminos se tornaron más seguros. Mientras se recuperaba la calma en la capital, la gente empezó a decir:

—No hay nadie igual al joven general. En cambio, ¿qué ha hecho su hermano Yoritomo, señor de Kamakura? ¡Ah, si el joven general gobernara el país para siempre!

Este comentario acabó llegando a oídos del señor de Kamakura. Y reaccionó con estas palabras:

—¡Es intolerable! Si hemos acabado con los Heike ha sido porque yo planeé la estrategia y envié tropas. Mi hermano solo no hubiera sido capaz de restablecer el orden en el mundo. Seguro que se le ha subido a la cabeza el éxito y estará tramando gobernar por sí solo. Además, no puedo admitir que se haya emparentado con Tokitada al tomar a su hija como esposa, dándole toda clase de favores. Ni tampoco que Tokitada se haya atrevido a tomar a mi hermano como yerno sin haberme pedido permiso. Cuando mi hermano venga a Kamakura, seguro que se comportará sin consideración a su condición de samurái.

CAPÍTULO XVI

LA EJECUCIÓN DEL NIÑO FUKUSHŌ

El día siete del quinto mes, corrió el rumor de que Yoshitsune, el joven general, iba a partir hacia Kamakura con los cautivos de los Heike. Entonces, Munemori, el anterior ministro, mandó decir al joven general:

—Me han dicho que mañana nos llevas a Kamakura. Ya sabes que el amor entre un padre y un hijo no se borra con facilidad. Estoy inquieto por mi hijo, Fukushō. Creo que su nombre aparece en la lista de prisioneros como un niño de ocho años. En mucho te tendría que me dejaras verlo por última vez.

—El lazo del amor paterno es tan fuerte que comprendo bien tu petición y tus sentimientos. Está bien —respondió el joven general, que ordenó a Shigefusa que llevara al niño junto a su padre. Shigefusa tomó prestado un carruaje, colocó dentro al niño acompañado también

por dos doncellas que cuidaban de él y se dirigieron todos al cuartel donde estaba Munemori. ¡Qué dicha pareció invadir al niño cuando después de tanto tiempo vio a su padre!

—Acércate —le dijo su padre, y le sentó sobre sus rodillas. Acarició el cabello del niño. Con lágrimas en los ojos, se volvió a los guardias y les habló así:

—Escuchadme, por favor. La madre de este niño ya está muerta. Dio a luz felizmente, pero poco después cayó enferma. Postrada en su lecho de muerte, me dijo un día: «Aunque otros vientres te den más hijos, te pido que no dejes de darle todo tu amor como recuerdo mío. No le envíes lejos de ti ni le entregues a un ama de cría». Con mucha tristeza le dije que no se inquietara, y le prometí que en tiempos de guerra contra los enemigos del Emperador nombraría a nuestro hijo asistente del capitán mayor, que era otro hijo mío, el primogénito, Kiyomune, y que además lo haría miembro de la Guardia Imperial de la Puerta de la Derecha. Desde entonces lo he llamado Fukushō. La pobre se quedó contenta. Hasta su último día, ella misma lo llamaba por ese nombre y lo amaba tiernamente. Pero al séptimo día murió. Cada vez que veo a este niño me acuerdo de todo esto.

Los guardias, al oírle hablar así, no podían evitar mojar las mangas de sus vestidos. También el hijo primogénito del ministro, Kiyomune, y la criada se echaron a llorar. Al cabo de un buen rato, el ministro dijo:

—Bueno, Fukushō, debes volver. ¡Qué contento estoy de haberte visto!

Pero el niño no hacía ademán de moverse. Su hermano Kiyomune le dijo:

—¡Vamos, Fukushō! Debes volver ahora mismo. Enseguida viene una visita. Mañana por la mañana bien temprano, si quieres, puedes venir otra vez.

Pero el niño se agarró con fuerza a las mangas de su padre.

—No, no me quiero ir —decía llorando. Pasó el tiempo y empezó a oscurecer, pero el niño seguía pegado a su padre. Como no podía permanecer así todo el tiempo, la criada lo tomó en sus brazos y lo subió al carruaje. Las otras dos doncellas de compañía del niño, que lloraban y apretaban sus mangas contra la cara, se retiraron y monta-

ron también en el carruaje. Mientras se iban, Munemori los seguía con la mirada:

—Siempre lo he extrañado en sus ausencias, pero nunca tanto como ahora —dijo lamentándose.

Fiel a su palabra, Munemori no había mandado al niño con un ama de cría, sino que lo crió él mismo y lo tenía día y noche a su lado. Cuando a los tres años alcanzó su primera mayoría de edad, le dio el nombre de Yoshimune. Según crecía, aumentaban su graciosa belleza y dulce refinamiento. Su padre sentía un gran apego por él. ¡Con qué dolor lo llevó consigo bajo el cielo y sobre las olas por los mares del oeste! A bordo del barco, jamás se apartaba de su lado. Desde la derrota de Dan-no-ura era la primera vez que se separaban. Por eso este encuentro había sido tan especial.

Después, Shigefusa se presentó ante el joven general y le preguntó:

—Por cierto, señor, ¿qué piensa hacer con el niño?

—No será preciso llevarlo a Kamakura. Ocúpate de todo.

Luego, Shigefusa ordenó a las dos doncellas de compañía:

—Munemori, el padre del niño, debe ir a Kamakura, pero el niño se quedará aquí. Yo también me voy con mi señor a Kamakura. El niño quedará bajo la custodia de Ogata Koreyoshi. Preparadlo para que suba al carruaje ahora mismo.

Mandó traer un carro y el niño se montó sin sospechar nada.

—¡Qué bien! Vamos a ver a mi padre otra vez, como ayer, ¿verdad? —preguntó inocentemente con gran animación.

Pero cuando el carro pasó por la avenida de Rokujō en dirección al este, las doncellas, extrañadas, preguntaron:

—¡Qué raro!

Tenían el corazón en un puño. Entonces, desde la orilla del río Kamo se acercaron al carro cincuenta o sesenta jinetes. Detuvieron el carro, colocaron una alfombrilla de piel en el suelo y ordenaron:

—Bajad todos.

Todos obedecieron. El niño, extrañado, preguntó:

—¿Adónde me van a llevar?

Pero las dos doncellas no se atrevían a responder ni a decir nada. Mientras tanto, uno de los samuráis de Shigefusa se acercaba por la izquierda con la espada desenvainada y pegada al cuerpo, hasta que se colocó detrás del niño. Cuando alzó la espada para cortarle la cabeza,

el niño se volvió y, al darse cuenta, se asustó y echó a correr a los brazos de la criada. El verdugo, aunque era un samurái curtido en mil batallas, vaciló y no se atrevió a ir detrás del niño. La criada apretaba al niño contra su pecho y temblaba y lloraba con grandes gritos sin importarle que la oyeran.

¡Qué doloroso imaginar lo que la pobre mujer estaba sintiendo en esos momentos! Al ver esta escena Shigefusa, mientras luchaba por contener las lágrimas, se dirigió a la mujer:

–Por mucho que tu joven señor quiera evitarlo, ya nada se puede hacer.

Se volvió al verdugo y le ordenó:

–¡Vamos, acaba rápido!

El verdugo arrancó al niño de los brazos de la criada, lo tumbó en el suelo y con la espada corta que llevaba a la cintura le cortó la cabeza. Todos los samuráis presentes, por valientes y feroces que fueran, eran hombres, no rocas ni árboles, y ninguno pudo contener las lágrimas. La cabeza del niño fue recogida para enseñársela al joven general.

Entretanto, las mujeres que habían servido al niño siguieron a los soldados y, presentándose ante el joven general con los pies desnudos, le hicieron este ruego[32]:

–Muerto nuestro señor, ¿no va a concedernos al menos su cabeza para poder rezar por su salvación?

El joven general se compadeció y, con lágrimas en los ojos, contestó:

–Comprendo cómo os sentís. Está bien. Vamos, rápido, lleváosla.

Las mujeres tomaron la cabeza y la metieron en una bolsa que guardaron entre los pliegues del kimono y, llorando, aparentemente regresaron a la capital.

Cinco o seis días después, los cadáveres de las dos mujeres aparecieron flotando en el río Katsura. Una de ellas se había arrojado al río con la cabeza de Fukushō en su kimono. Era la criada. Otra se había arrojado abrazada al cuerpo descabezado y sin vida de su joven señor. Era la doncella de compañía.

32 Humillarse y presentarse con los pies desnudos para pedir algo daba mayor fuerza al ruego.

Aunque la decisión de acompañar a su señor en la muerte era inevitable en el caso de la criada, se juzgó como extraordinaria y conmovedora la tomada por la doncella de compañía.

CAPÍTULO XVII

EN KOSHIGOE

Así pues, Munemori, el antiguo ministro de los Heike, fue llevado bajo la guardia del joven general, Yoshitsune, hacia el este, para ser entregado al señor de Kamukura. Antes de rayar el alba del día siete, ya habían pasado por Awataguchi, desde donde el Palacio Imperial quedaba distante y confundido con las lejanas nubes. Cuando el cautivo vio las cristalinas aguas del puesto fronterizo de Oosaka, vencido por la tristeza y las lágrimas, compuso estos versos:

Esta agua límpida
¿volverá a reflejar
alguna vez más
mi imagen? A mi espalda,
lejos, la capital.

Por el camino, tan apenado tenía el semblante, que el joven general, que tenía buen corazón, trataba de consolarlo de una u otra manera.

—¡Ah! ¡Si pudieras interceder por mí ante tu hermano para que me permitiera conservar la vida!

Ante exclamaciones así, el joven general lo consolaba con estas palabras:

—No debéis preocuparos, señor. Probablemente os enviará al destierro a una isla remota o a una provincia lejana. Estoy seguro de que mi señor de Kamakura no os quitará la vida. Yo mismo le pediré que os la perdone a cambio de mi recompensa por los méritos de esta campaña. Estaos tranquilo, que no os pasará nada.

Y su tono era de esperanza.

Entonces Munemori hizo este comentario poco honroso:

–Aunque me envíe a Ezo o a Chishima[33], no me importa con tal de que me permita conservar esta vida efímera.

Así pasaron los días hasta que el veinticuatro llegaron a Kamakura.

Entretanto, Kajiwara Kagetoki, el samurái de los Genji que en la última campaña había tenido sus más y sus menos con Yoshitsune, se le había adelantado, y en una audiencia con el señor de Kamakura le había dicho:

–Excelencia, todo Japón está ahora a vuestros pies. El único enemigo que os queda es vuestro hermano menor, Yoshitsune, el comisario de la Guardia Militar. Las razones de su enemistad las puede deducir Su Excelencia de los siguientes comentarios. Una vez le oí decir: «si no hubiera ordenado yo el descenso por el despeñadero de Ichi-no-tani, ¡qué difícil habría sido doblegar al ejército enemigo por la entrada del este y el oeste! Fue a mí, y no a Noriyori, que no hizo nada, a quien debían, por tanto, haber presentado a los prisioneros de guerra y las cabezas enemigas. ¡Id y traedme a Shigehira! Si Sanehira, su guardián, se niega a entregároslo, yo iré a por él». Estaban a punto de enfrentarse, Excelencia, y a fe mía que si no es por mí lo hubieran hecho, porque me interpuse para calmar la situación y convencer a Sanehira, que custodiaba a Shigehira.

El señor de Kamakura, Yoritomo, asintió pensativo y dio crédito a la historia de Kagetoki. Luego ordenó a sus hombres:

–Hoy es cuando llega aquí Yoshitsune. ¡Armaos y estad en guardia!

No tardaron en presentarse a su orden señores de la guerra, grandes y pequeños, de las regiones vecinas; todos a caballo y armados. En poco tiempo, había varios miles de jinetes armados en la ciudad. Los centinelas se apostaron en Kane-araizawa[34], donde se hizo la entrega de los prisioneros, Munemori y su hijo. En cambio, al joven general no se le permitió pasar, sino que fue escoltado hasta Koshigoe, cerca

33 Ezo era el antiguo nombre de Hokkaido, la isla grande más septentrional del archipiélago japonés. Chishima se identifica con las Islas Kuriles, en los confines orientales de la actual Siberia.

34 La actual Shichiri-ga-hama, al oeste de Kamakura, en la actual prefectura de Kanagawa, al sur de Tokio.

de Kane-arai-zawa. Mientras, su hermano, el señor de Kamakura, protegido por siete u ocho guardas, dijo sin salir:

—Yoshitsune es un hombre tan hábil y peligroso que sería capaz de arrastrarse, burlar a mis soldados y entrar por debajo de este suelo de *tatami*[35]. Pero no podrá hacer nada contra mí.

Por su parte, el joven general, dolido por el rechazo de su hermano, pensaba: «Desde que el año pasado, el primer mes, derroté a Kiso no he dejado de luchar y luchar contra los Heike, y he arriesgado mi vida al máximo tanto en Ichi-no-tani como en Dan-no-ura. He recuperado dos de las insignias imperiales, el joyel y el espejo sagrado; además, he capturado al general de los Heike y a su hijo, un capitán mayor, y los he traído hasta aquí cautivos. ¿Es que todo esto no cuenta? ¿Es que no son méritos suficientes para que mi hermano me conceda siquiera una audiencia? Lo normal sería que me nombrara capitán general de las provincias del oeste, o que me confiara el control de las provincias de los mares del sur o de las regiones de Sanjō. En cambio, se limita a darme la gobernación de la provincia de Iyo y se niega a permitirme la entrada en Kamakura. No esperaba este trato. ¿Qué significa esto? ¿Acaso no fuimos Kiso y yo los que restablecimos el orden en el Imperio? ¿Acaso no somos hijos del mismo padre y lo único que nos separa es que él nació primero y se le llama hermano mayor y yo nací después y me llaman hermano menor? ¿Es que lo estorbo yo para gobernar? Es una afrenta que no me reciba después de haberme hecho venir de la capital... ¡Y cómo me duele que además no me dé una explicación ni me permita darle la mía...!».

Estos pensamientos daban vueltas como un torbellino en la cabeza del joven general. Pero todo era inútil. Le envió varias cartas llenas de protestas de inocencia y de juramentos de lealtad, aceptando cualquier castigo si en algo se descubría su infidelidad, pero el señor de Kamakura, influido por las calumnias de Kagetoki, las rechazó todas. Finalmente, el joven general, con lágrimas en los ojos, decidió escribir otra carta a Hirotomo, el secretario jefe de su hermano y gobernador de Inaba. Esto decía la carta:

[35] Es el nombre del suelo de paja finamente trenzada que recubre las estancias de las casas típicas japonesas todavía hoy. El suelo suele estar unos cuarenta centímetros sobre el nivel de la tierra.

«Minamoto no Yoshitsune manifiesta respetuosamente:

Después de haber sido elegido por mi señor Yoritomo como su representante, recibí la orden imperial de hacer la guerra a los enemigos de la Casa Imperial, a los que derroté lavando el honor de nuestros antepasados. En lugar de recibir el reconocimiento por estos méritos y las numerosas conquistas, estoy sufriendo esta afrenta y se me castiga por un delito que no he cometido. Todo por ser víctima de unas calumnias de las que no se me permite defenderme. Ahora estoy hundido en un río de lágrimas de sangre. Paso los días en vano y sigo sin poder desmentir a mi difamador, porque no se me permite entrar en Kamakura para dar una explicación. Si no se me autoriza a ver el rostro de mi señor Yoritomo, ¿quiere esto decir que el lazo fraternal se va a cortar y que ya se ha agotado la fortuna de la vida anterior? ¿O acaso estoy ahora pagando los pecados cometidos en vidas anteriores? ¡Qué dolor! Si mi difunto padre no aparece en estos momentos en mi ayuda, ¿quién entonces podrá rescatarme de este sufrimiento? ¿Quién va a compadecerse de mí?

Puede parecer que me estoy quejando de algo que todos saben, pero quisiera añadir que poco después de que mis progenitores me hubieran dado este cuerpo con el que nací a la vida actual, perdí a mi padre. Mi madre me tomó en sus brazos y me llevó a la región de Uda, en la provincia de Yamato. Desde entonces, no ha habido un día de descanso para mí. Bien es cierto que he sido capaz de conservar mi insignificante vida, pero fue a costa de vivir escondido en pueblos y aldeas, de no poder entrar en la capital, de vivir en tierras extrañas y apartados lugares, sirviendo a campesinos y labriegos.

En medio de esas adversidades, se me presentó una gran ocasión cuando estalló la guerra contra los Heike. Me llamaron para someter a Kiso, luego para perseguir a los Heike fugitivos. Con riesgo de perder la vida, unas veces me tocó arrojarme a caballo por precipicios y acantilados, otras veces cruzar el gran océano bajo la amenaza de ser engullido por las olas, arrastrado por los vientos y devorado por las ballenas. Pude haber acabado en las profundidades marinas. ¡Y cuántas veces tuve que usar mi yelmo como almohada para poder dormir en montañas y praderas! La razón profunda de empuñar el arco y las flechas y lanzarme al combate era aplacar el alma de mi asesinado padre. En destruir a los Heike vi el medio de conseguirlo. No había otro para

mí. Cuando por mis méritos me elevaron a la dignidad del quinto rango de la nobleza, consideré que era un honor y un orgullo para todo nuestro clan.

A pesar de tal honor, ahora siento un hondo pesar. Y os aseguro, señor, que las quejas con que lo expreso son sinceras. Si no es con ayuda de los dioses y de Buda, ¿cómo iba a atreverme a escribir estas dolorosas quejas? Las he escrito también en varias cartas, y me he servido para ello del papel del anverso de los amuletos de los grandes santuarios y templos. Así, he querido demostrarle al señor Yoritomo que no abrigo ninguna ambición y que pongo mi fe en las divinidades mayores y menores de nuestro país. Japón es el país de los dioses. Y los dioses no aceptan peticiones indignas. ¿Acaso hay indignidad en mi petición, mi petición de compasión? Le ruego, señor secretario, que transmita a mi hermano mayor estos sentimientos míos, que no son otros que los de un corazón arrepentido. Utilice toda su capacidad de persuasión para demostrar mi inocencia e implorar mi perdón. Estoy seguro de que su buena voluntad, si hace esto por mí, le reportará a Su Señoría y a su familia gran fortuna y una prosperidad perdurable durante una generación. Si lo consigue, mi tormento desaparecerá y podré conseguir la paz interior que tanto deseo para el resto de mi vida.

No puedo añadir en esta carta todo lo que me gustaría decirle con detalle y que le he resumido. Se ha dirigido a Su Señoría con todo respeto Minamoto no Yoshitsune.

Día cinco del sexto mes del segundo año de la era Genryaku.

Para Su Señoría, el gobernador de Inaba».

CAPÍTULO XVIII

LA EJECUCIÓN DE MUNEMORI

El prisionero Munemori, antiguo ministro del Centro de los Heike, compareció por fin ante el señor de Kamakura. Pero le dieron una

estancia separada por un jardín interior de la sala donde estaba sentado el señor de Kamakura, Yoritomo, desde la que podía observar a su prisionero a través de una cortina. Por medio de Hikito Yoshikazu, le mandó decir: «Te aseguro que no tengo ningún odio personal contra tu clan. Sé bien que por mucho que hubiera intercedido por mí Ikeno-zenni ante Kiyomori, sin la voluntad de éste no hubiera conservado la vida. Si mi condena fue suavizada por un destierro en lugar de la muerte, ha sido sin duda gracias a la compasión de tu padre. Han pasado veinte años desde entonces. Pero cuando los Heike se convirtieron en enemigos de la Casa Imperial y yo recibí el edicto del Emperador-monje que me ordenaba acabar con ellos, tuve que cumplir su orden. ¿Cómo podría negarme a obedecer una orden imperial habiendo nacido en la tierra de los emperadores? Así ha sido cómo al final tengo ahora el honor de recibirte».

Cuando el mensajero se dispuso a transmitir este mensaje, Munemori se inclinó respetuosamente para escucharlo. ¡Fue, en verdad, un gesto deshonroso! Por eso, los señores feudales, grandes y pequeños, que estaban allí y que habían venido de las distintas provincias y algunos de la capital, entre ellos antiguos vasallos de los Heike, dijeron con un gesto de desaprobación:

—¿Es que piensa que con reverencias y con tanto respeto va a conseguir que le perdonen la vida? Viendo su actitud, no es de extrañar que, en lugar de haber perecido con honra en el campo de batalla en las regiones del oeste haya llegado hasta aquí como cautivo.

Otros señores, en cambio, se compadecían y derramaban lágrimas. Entre éstos, había alguno que decía:

—Dicen que el feroz tigre cuando está en lo más profundo de las montañas es capaz de meter miedo a cien fieras. Pero cuando se ve enjaulado, menea la cola para mendigar comida. De la misma manera, cambia de actitud un capitán general cuando es hecho prisionero. Munemori es ahora un tigre cautivo.

Mientras tanto, el joven general intentaba una y otra vez obtener una audiencia de su hermano, pero éste, bajo la influencia de las calumnias de Kagetoki, no se había dignado ni siquiera contestarle. Incluso el día nueve del sexto mes le ordenó que regresara a la capital de inmediato. Así pues, el joven general y sus dos prisioneros, Munemori y su hijo, nuevamente se pusieron en camino. Munemori sintió

que la esperanza nacía en su pecho, al ver que su vida se alargaba. Sin embargo, mientras recorría los distintos parajes del camino, no podía dejar de imaginar que tal vez en ese lugar podría acontecer su ejecución. Pero dejaban atrás lugares y posadas y él seguía con vida. Cuando llegaron a Utsumi, en la provincia de Owari, tuvo la certeza de que iban a matarlo ahí, porque en ese mismo lugar había sido ejecutado Yoshitomo, el padre del señor de Kamakura y antiguo capitán de los Establos Imperiales de la Izquierda. Y... también lo pasaron. ¡Qué alivio! La esperanza de Munemori no hacía más que crecer.

—A lo mejor vamos a salvarnos —dijo a su hijo.

Era un comentario impropio del estado en que se hallaba. Su hijo, en cambio, pensaba: «¿Salvarnos? ¿Cómo vamos a salvarnos? Seguramente nos matarán cerca de la capital. Así, nuestras cabezas no se corromperán por el calor de la época y podrán ser mostradas en buen estado».

Pero para no apenar más a su padre, se calló. En su corazón, sin embargo, no dejaba de entonar la invocación de Amida Buda.

Pasaron así unos días y llegaron por fin a la posada de Shinohara, provincia de Oomi, cerca ya de la capital. El joven general, que tenía buen corazón, había despachado tres días antes a uno de sus hombres con la misión de traer a un monje llamado Tangō que podría guiar a sus prisioneros en el camino de Buda. Fue ese día cuando Munemori y su hijo, que hasta entonces habían estado siempre juntos, fueron separados. «¿Por fin será hoy nuestro último día?», se preguntaba Munemori. Se sentía más y más solo. Dejó que sus lágrimas cayeran y dijo:

—¿Dónde han llevado a mi hijo? Aunque vayan a matarnos, me gustaría saber que nuestros cuerpos decapitados van a yacer juntos. Por eso, me pesa que nos hayan separado ahora. Durante los últimos diecisiete años jamás nos habíamos separado ni un solo día. A fe mía que si no me tiré a las profundidades del mar en Dan-no-ura y he preferido la deshonra del cautiverio ha sido por él.

El monje sintió piedad. Se secó las lágrimas, pues pensaba que no debía mostrar debilidad, y serenamente le habló con estas palabras. Bien las oiréis:

—No es el momento de pensar únicamente en tu hijo. Tu corazón sufriría más si tuvieras que verlo en el último momento. Desde que has llegado a este mundo, no has conocido otra cosa que gozo y pros-

peridad. Ni aún remontándonos a la antigüedad, conocemos un caso así de buena fortuna. Llegaste a la dignidad de ministro del Centro gracias a tu parentesco por línea materna con la familia de Su Majestad. ¿Acaso hay mayor honor que ése? Si ahora estás sufriendo esta desgracia, es debido al *karma* de una vida anterior. No debes culpar al mundo ni a los hombres. Hasta la dicha de la perfecta quietud que reina en el palacio de Bonten es transitoria. ¡Cuánto más la dicha que alegra las vidas de los humanos por un instante tan breve como el rayo de luz o la gota del rocío! Los billones de años de la vida de los seres celestiales que moran en Tōri-ten no duran más que un breve sueño. ¿Y tu vida, que te ha durado treinta y nueve años, va a ser más? ¿Acaso hay alguien que haya bebido el elixir de la eterna juventud? ¿Ha habido alguien que haya vivido tantos años como Tung Fang Suo, el padre de Oriente, o como Si Wang Mu, la madre de Occidente? Ahí tienes al emperador chino Shi Huang, de la dinastía Chin, quien, pese a su magnificencia y arrogancia, acabó enterrado en la tumba de Li Shang; o al emperador Wu, de la dinastía Han, que pese a su amor a la vida acabó convertido en el musgo que cubre Tu Ling.

Hay un dicho que reza: «Todos los que viven, mueren. Ni siquiera Buda Sakyamuni pudo escapar de ser incinerado en una pira de sándalo. A las dichas suceden las penas. Ni siquiera los seres celestiales pueden evitar la llegada de las Cinco Señales de Decaimiento». También Buda nos enseña: «Nuestro corazón es una pura ilusión. Ni el pecado ni la riqueza existen. Cuando meditamos, la mente tampoco existe. La ley existe en la ley». ¿No está en el espíritu de Buda darse cuenta del vacío cuando se contempla tanto lo bueno como lo malo? Si Amida Buda ha meditado por espacio de cinco eternidades y nos ha dejado su maravilloso voto de salvación, ¿por qué nosotros íbamos a migrar por billones y billones de años dentro de la rueda de nacimientos y muertes hasta salir de una montaña llena de tesoros con las manos vacías? ¿No sería esa la conducta más odiosa de todas las conductas odiosas y la locura mayor de todas las grandes locuras? Por eso, hijo mío, no te preocupes por nada que no sea tu salvación en la otra vida.

Así habló el monje, y a continuación le aconsejó que se pusiera a invocar el nombre de Amida Buda. Munemori se puso en manos del monje y recibió consuelo de su guía espiritual. Apartó como por ensalmo sus pensamientos de las cosas de este mundo, juntó las manos

y empezó a invocar a Amida Buda con la mirada puesta en occidente. Entonces, uno de los guardias, Tachibana Kinnaga, desenvainó la espada, se acercó con todo sigilo por la izquierda del antiguo ministro y se puso detrás de él. En el momento en que Kinnaga alzaba la espada, Munemori dejó de rezar y preguntó:

—¿Han matado ya a mi hijo?

¡Desgarradora pregunta, en verdad! En ese momento cayó la espada y en el instante siguiente, la cabeza de Munemori rodó por el suelo.

Al monje que lo había guiado por el camino de Buda se le arrasaron los ojos en lágrimas. En cuanto a los otros guardias que habían presenciado la escena, incluso los más duros, ¿acaso no iban a sentir lástima?

Este Kinnaga era un samurái que en otros tiempos no sólo había servido al clan de los Heike, sino que había acompañado día y noche a quien acababa de decapitar.

—Por mucho que cambien los tiempos, este hombre tiene de qué avergonzarse —decían de Kinnaga sus compañeros con tono de reproche.

Poco después, el mismo monje fue a preparar al hijo, Kiyomune, para el camino de Buda. Le aconsejó que entonara el nombre de Amida.

—¿Cómo se portó Su Excelencia el ministro en su último momento? —quiso saber Kiyomune sobre su padre.

—Como un señor —le respondieron—. No os inquietéis por eso.

—Ya nada puede inquietarme. Que el verdugo haga su trabajo.

El encargado de cortar la cabeza de Kiyomune fue esta vez Chikatsune.

El joven general, después de ordenar a sus hombres que recogieran las cabezas cortadas, prosiguió la marcha hacia la capital. Los cuerpos mutilados de padre e hijo fueron enterrados en una misma tumba por petición de Kinnaga, quien, tal vez para compensar el hecho de haber sido el brazo ejecutor, quiso que se cumpliera el deseo de Munemori.

El día veintitrés, el joven general entró en la capital con las cabezas de Munemori y de su hijo. Un destacamento de la Guardia Imperial se presentó en la ribera del río Kamo, en Sanjō, para hacerse cargo

de ellas. Después de ser paseadas por la avenida principal, fueron colgadas en la picota que había a la izquierda de la puerta de la prisión.

Tal vez en algún país extranjero se dé el caso de miembros de la nobleza de más del tercer rango cuyas cabezas hayan sido paseadas por las calles y luego colgadas frente a las puertas de la prisión, pero en nuestro país, jamás se había dado el caso. En la era de Heiji, cuando decapitaron a Nobuyori, pese a haber cometido tantas maldades, no lo deshonraron después de muerto de esa forma. Cuando comenzó esta costumbre fue precisamente con los Heike como víctimas. Vivos y tras un viaje desde las regiones del oeste, fueron paseados con escarnio por la avenida de Rokujō en dirección al este; muertos y de regreso del este hacia la capital, sus cabezas fueron paseadas por la avenida de Sanjō en dirección al oeste. En la vida y en la muerte, la misma deshonra.

CAPÍTULO XIX

LA EJECUCIÓN DE SHIGEHIRA

El teniente general del tercer rango, Shigehira, seguía desde el año pasado bajo la custodia de Kanō Munemochi, en la provincia de Izu. Pero los bonzos de Nara le hacían responsable del incendio de los templos y lo reclamaban con insistencia. Finalmente, se autorizó su traslado a Nara escoltado por Yorikane, archivero mayor de Izu y nieto de Yorimasa, monje del tercer rango. En lugar de pasar por la capital, tomaron un desvío en Ootsu en dirección a Yamashina por la ruta de Daigo, cerca de Hino.

Justamente en Hino se encontraba la esposa del prisionero. Se llamaba Dainago-no-suke y era hija de Korezana, consejero medio de Tōrikai, y adoptiva de Kunitsuna, consejero mayor de Gojō. Era, además, una de las amas de cría del difunto emperador Antoku. Cuando su marido fue capturado en Ichi-no-tani, se quedó al lado del Emperador-niño; pero cuando éste pereció en las aguas de Dan-no-ura, fue hecha

prisionera por los rudos guerreros del este y devuelta a la capital. Ahora vivía con su hermana Daibuzanmi en el poblado de Hino. Al enterarse de que la frágil vida de su marido no había desaparecido, como desaparece la gota colgada en la punta de la hoja, tuvo el presentimiento de que podría verlo una vez más, y no en sueños sino en la vida real. Pero con el paso del tiempo, ese sentimiento pasó a formar parte de sus sueños. Pasaban los días y lloraba y lloraba con desconsuelo.

En tal situación, su marido, Shigehira, al saber que pasaban cerca de Hino, dijo a los guardias:

—Habéis sido todos compasivos y generosos conmigo. Pero hay un último favor que quisiera pediros. No tengo hijos y nada que me ate a este mundo. Me han dicho que mi esposa, con la que he compartido muchos años, se encuentra en un lugar llamado Hino que está cerca de aquí. ¡Cómo os agradecería que me permitieseis verla y pedirle sus oraciones para la vida futura!

Los guardias, que no eran rocas ni árboles, conmovidos hasta las lágrimas, le respondieron:

—No tenemos inconveniente en ello.

Y le concedieron un permiso corto. Shigehira, contento, envió a alguien a la casa en la que le habían dicho que estaba ella, con este mensaje: «¿No vive por ventura aquí una dama llamada Dainago-no-suke? El teniente general del tercer rango, de camino a Nara, desea hablar con ella en el patio».

La esposa, tan pronto como llegó a sus oídos este mensaje, salió corriendo y preguntó:

—¿Dónde? ¿Dónde está mi marido?

Se asomó al patio y vio que el hombre delgado y de tez bronceada que estaba apoyado en la barandilla, vestido con un traje de caza de color índigo y un gorro alto, era él. Apartó la cortina de bambú, y le dijo:

—¿Es esto un sueño o es real? Por favor, entra aquí conmigo.

Nada más escuchar su voz, las lágrimas se agolparon en los ojos de Shigehira. También a su mujer se le nubló la vista y se le hizo un nudo en la garganta. Durante un tiempo no pudo articular palabra. Shigehira metió la cabeza entre el cortinaje de bambú y con lágrimas acertó a decirle estas palabras:

—Debí morir en Ichi-no-tani, la pasada primavera. Pero, tal vez por mis pecados, fui capturado vivo, escarnecido en público, cuando me

hicieron pasear por la gran avenida, y humillado tanto en la capital como en Kamakura. Me encuentro de camino a Nara, donde me reclaman los bonzos para ejecutarme. En medio de tantas tribulaciones, ¡qué ganas tenía de verte! Ahora que lo he conseguido, la niebla que oscurecía mi vida se ha disipado de repente. Quisiera tonsurarme y entregarte mi cabello, pero temo que no me lo permitan. Aunque...

Entonces, se tomó un mechón de pelo que le caía sobre la frente, lo mordió en la parte que pudo llegarse hasta la dentadura y se lo entregó a su mujer.

–Tómalo como recuerdo –le dijo. Pero Dainago-no-suke estaba ahora más triste que cuando suspiraba por su marido. Le contestó:

–Después de separarme de ti, debí tirarme al mar como hizo la mujer de Michimori. Pero, como no tenía noticias de que realmente hubieras muerto, quise seguir viviendo, sostenida por la esperanza de volver a verte. Así, pese al dolor, hasta el día de hoy me he mantenido con vida. Pero, ¡qué desgracia que este día sea el último en que nos veamos! Hasta hoy tenía la esperanza de que ibas a salvarte.

Hablaron de cosas del pasado y del presente, pero las lágrimas abundaban más que las palabras.

–Tu vestido te da un aspecto lastimoso. Será mejor que te cambies –le dijo la mujer. Sacó un kimono de manga corta y un traje de caza de color blanco. Shigehira se cambió, le dio a ella la ropa usada, y le dijo:

–Guárdala como recuerdo.

–Como recuerdo la guardaré, pero unos versos serán un recuerdo eterno.

Sacó una moleta de tinta. Su marido, con lágrimas en los ojos, le escribió los siguientes versos:

De mi tristeza
estas lágrimas salen
que los impregnan.
¡Ah, estos mis vestidos
que en recuerdo te entrego!

Dainagon-no-suke le respondió con estos otros:

Pobre consuelo
me dan estos vestidos
si considero
que son recuerdo último
de nuestra despedida.

Luego, Shigehira se incorporó para despedirse de ella con estas palabras:

—Si nuestras promesas nos unen, seguro que volveremos a reunirnos en la siguiente vida. Reza para que renazcamos en la misma flor de loto. El día acaba y el camino a Nara todavía es largo. No quiero hacer esperar a los guardias.

Pero cuando se retiraba, su esposa lo agarró de la manga:

—¡No! ¡Quédate un poco más!

—Comprendes mi situación y también mis sentimientos, ¿verdad? No tengo ninguna escapatoria. Nos veremos en la siguiente vida. —Y, con estas palabras, se retiró.

Pensó que era realmente su último encuentro en esta vida y Shigehira sintió deseos de volver, pero decidió no dejarse llevar por la debilidad y se alejó definitivamente. Su esposa se desplomó al borde de la cortina y su llanto se oía más allá de las puertas de la casa. Shigehira, aunque con la vista nublada por las lágrimas y retumbándole los oídos por los gritos de dolor de su esposa, no aflojó el galope de su caballo y pensaba que tal vez hubiera sido mejor no haberla visto. Su esposa, en cambio, quiso echar a correr tras él, pero yacía en el suelo con la cabeza tapada por las mangas de su kimono.

Cuando finalmente Shigehira estuvo en poder de los bonzos de Nara, éstos celebraron una asamblea para tratar de la ejecución de su prisionero.

—Este hombre es un malvado y es el autor de una grave ofensa. Su culpa es merecedora de los tres mil tormentos que deben aplicarse a cualquier condenado por las Cinco Faltas. El castigo, por tanto, debe ser proporcional a la culpa. Fue un súbdito alevoso y hostil a las enseñanzas de Buda. Vamos a pasearlo frente a los muros de Tōdai-ji y Kōfuku-ji. Y luego decidiremos cómo ejecutarlo: o cortándole la cabeza con una sierra o enterrándolo vivo con la cabeza fuera.

Así hablaban los bonzos. Pero los más ancianos mostraron su desacuerdo:

—Esas medidas no serían dignas de nuestra condición de religiosos. Lo mejor será entregarlo a los soldados y que ellos lo decapiten en la ribera del Kamo.

Esta opinión prevaleció sobre las demás y Shigehira fue entregado a los soldados. Lo llevaron al río y, cuando se preparaban para cortarle la cabeza, se juntó allí un gran gentío y miles de bonzos. Entre los criados de Shigehira había un hombre llamado Tomotoki que le había servido muchos años. Cuando se enteró de que su señor iba a ser ejecutado, llegó a todo galope desde el palacio de Toba, pues entonces estaba al servicio de la Emperatriz de Hachijō. Se abrió paso a codazos y empujones entre decenas de miles de curiosos y llegó hasta dónde estaba su señor cuando ya estaban a punto de cortarle la cabeza.

—He venido para estar cerca de Su Señoría en su última hora.

—Tu lealtad es digna de alabanza —lo elogió Shigehira—. Mucho me gustaría rezar frente a una imagen de Buda antes de morir. ¿Cómo puedo hacerlo? Mi pecado es tan grave...

—Nada más fácil, señor —repuso el criado, que al instante fue a hablar con los soldados. Poco después volvió con una imagen de Buda. La colocó en la arena y, quitándose el cordón de las mangas de su kimono, colocó un extremo del cordón entre las manos de la imagen y el otro se lo dio a Shigehira. Éste, entonces, se volvió a la imagen con estas palabras:

—«Se dice que aunque Devadatta había cometido las Tres Faltas Cardinales y destruido las ochenta mil sagradas escrituras, Buda Sakyamuni le dio su palabra de que habría de renacer como buda rey celestial en la vida siguiente[36]. A pesar de la magnitud de sus pecados, la gracia de Buda bastó para reconciliarlo con la santa doctrina y llegar al nirvana. Sé que yo he cometido una grave falta, pero no fue por mi voluntad. Sólo cumplía órdenes. ¿Acaso hay alguien nacido en este país que pueda menospreciar una orden imperial? ¿Alguien nacido en este

[36] Devadatta o Daibadatta (en sánscrito *Pali*) era un primo del buda histórico, Sakyamuni, del que fue discípulo al principio, pero después fue su encarnizado enemigo, lo que provocó la discordia entre los budistas. Las faltas o *san-gyaku*, ya mencionadas en la pág. anterior, son: matar a un *arhat* o santo, dañar a un buda y causar discordia en una comunidad budista. «Ochenta mil», referidos a escritos, es epítome de gran cantidad.

mundo que pueda desobedecer a su padre? Ni un mandato imperial ni paterno deben ser jamás desoídos. Sólo Buda puede determinar qué es bueno y qué es malo. Que él y no otro juzgue mis actos. Me ha llegado el momento de pagar mis graves faltas. Y al pagar, pongo fin a mi fortuna. Mi arrepentimiento no tiene límite y mi dolor es incesante. Pero sé que el amor compasivo reina en el mundo de Buda y que los caminos para alcanzar la salvación son innumerables. Hay un precepto que tengo grabado en el corazón: "En la enseñanza perfecta la resistencia iguala a la sumisión". También está escrito: "La simple entonación del nombre de Amida borra el pecado más imperdonable". Ahora rezo para que mi resistencia se transforme en sumisión y entono fervientemente el nombre de Amida para renacer en el paraíso de la Tierra Pura de Occidente».

Entonó el sagrado nombre de Amida diez veces y luego, mostrando el cuello al verdugo, recibió el golpe que acabó con su vida. Sus faltas eran graves, sí, pero las miles de personas que presenciaron su ejecución y también los mismos soldados no pudieron evitar derramar lágrimas de compasión. Su cabeza fue colgada de una pica ante la puerta del templo de Hannya. Se eligió este lugar porque allí Shigehira había tomado el mando de las tropas que incendiaron los templos de Nara en la batalla de la era de Jishō.

Cuando la noticia de su muerte le llegó a su esposa, Dainago-no-suke, mandó un palanquín para recuperar al menos el cuerpo sin vida y poder hacer un funeral digno. El cuerpo estaba tirado. Lo metieron en el palanquín y volvieron a Hino. ¡Qué dolor sintió la pobre mujer al ver el cuerpo decapitado de su esposo! Por el calor reinante aquellos días, el cuerpo de un hombre, tan atractivo incluso la víspera, estaba ya corrompido. Como no podía dejarlo en tal estado, mandó venir a muchos dignatarios religiosos de las cercanías para que oficiaran los funerales en Hōkai-ji, un templo cercano. En cuanto a la cabeza, pudo ser recuperada gracias a la intercesión del *sōjō* Shunjō-bō, que consiguió que los bonzos de Nara se la enviaran a Hino. De esa forma, fue capaz de incinerar la cabeza y el resto del cuerpo de su marido. Envió los restos al monte Kōya y en Hino mandó construir una tumba. Después, se cortó el cabello, tomó los hábitos y se hizo monja para pasar el resto de su vida rezando por la salvación de su esposo. ¡Qué triste historia!

LIBRO DUODÉCIMO

CAPÍTULO I

EL GRAN TERREMOTO

Una vez derrotados los Heike, volvió la paz y el orden fue de nuevo restablecido en las regiones del oeste. En las provincias se obedecía al gobernador, en los señoríos se respetaba la voluntad de los señores, y en las propiedades y fincas la de sus dueños.

Sin embargo, cuando las gentes de la nobleza y la plebe acababan de recuperar sus propiedades y tierras perdidas por las guerras, el suelo se puso a temblar por un buen espacio de tiempo con gran violencia. Fue a la hora del caballo (doce del mediodía) del día nueve del séptimo mes. Todos los templos de Rokusyō próximos a la capital en la zona de Shirakawa quedaron destruidos. Los seis pisos de la pagoda de nueve alturas que había en el monasterio de la escuela de Hōssō-ji se derrumbaron. Diecisiete salas del edificio de los Treinta y Tres Salones de Tokujōju-in cayeron a tierra. El estruendo de tantos edificios desplomados retumbó con el fragor formidable del trueno y se levantó una columna inmensa de polvo. El cielo se oscureció y la luz de sol se hizo invisible. Niños y ancianos temblaban de miedo y el terror se adueñó de la Corte y de la ciudad. La catástrofe se reprodujo tanto en las provincias cercanas como lejanas de la capital. La tierra abrió sus fauces y brotó el agua de las grietas. Las peñas se partieron en rocas y piedras que rodaron hasta el fondo de los valles, mientras que de las montañas se precipitaron aludes y tierras sepultando co-

rrientes y ríos. En el mar, los *tsunami*[1] azotaron las costas anegando playas y poblados ribereños. Los barcos que navegaban cerca del litoral fueron zarandeados por las gigantescas olas, mientras en la tierra los caballos perdían el paso y se encabritaban. Si hubiera sido una gran inundación, el pueblo habría podido subir a las cumbres para buscar refugio. Si hubiera sido un gran incendio, el pueblo habría podido huir al río para salvarse. Pero de un gran terremoto como aquél, ¿qué salvación posible había para hombres y mujeres? ¡Mas, ay, que se trataba de mortales, no de aves capaces de emprender el vuelo, ni de dragones capaces de remontarse sobre las nubes!

Fueron muchas las víctimas que quedaron enterradas bajo los escombros de Shirakawa, de Rokuhara y de otros barrios de la capital. De los cuatro elementos naturales, tres —el agua, el fuego y el aire— siempre han acarreado calamidades a los hombres, pero el cuarto —la tierra— raramente causa desastres. Pero en esa ocasión, sí los causó. La gente se metía en sus casas y cerraba las puertas correderas preguntándose aturdida qué pasaba. Cada vez que el cielo rugía y la tierra se estremecía, pensaban que iban a morir. Entonaban entonces en voz alta el nombre de Amida y gritaban de miedo.

¡Qué escenas tan pavorosas! En medio del tumulto y la catástrofe, los más ancianos, de setenta u ochenta años, se sorprendían, ya que jamás habían imaginado que el final del mundo llegaría ese día o el siguiente. Los niños más pequeños, al escucharlos, lloraban desconsoladamente sin poder parar.

El día del terremoto, el emperador-monje Goshirakawa había ido en peregrinación a Imagumano. Pero tan pronto como llegó a sus augustos oídos la noticia de la catástrofe y la muerte de muchos hombres, dispuso de inmediato su vuelta a Rokuhara. ¡En qué desconsolado estado emprendieron el viaje de regreso el Emperador y su séquito! Su Majestad el Emperador-niño se montó en el palanquín del Ave Fénix y buscó refugio en las orillas del estanque del palacio, mientras que el Emperador-monje se instaló en una tienda levantada en el jardín del sur. Las damas de compañía, las princesas y las cortesanas abandonaron el Palacio Imperial, que se había derrumbado, y monta-

[1] *Tsunami:* «ola gigantesca producida por un maremoto», *Diccionario del Español Actual,* ed. de M. Seco, O. Andrés, G. Ramos, Aguilar, Madrid, 1999, pág. 4431.

ron en sus palanquines y carruajes. Fue entonces cuando los maestros en las artes astrológicas se presentaron corriendo para anunciar este mensaje:

—Esta noche, entre la hora del jabalí y la del ratón (diez-doce de la noche), tendrá lugar con toda seguridad otro terremoto.

No hay palabras para describir el terror que se dibujó en los rostros de la gente cuando se supo esta predicción.

Hace mucho, durante el reinado del emperador Montoku, hubo un gran terremoto el día ocho del tercer mes de la era Saikō (856). Dicen que fue entonces cuando la cabeza del gran Buda de Tōdai-ji se cayó al suelo. Otro gran terremoto ocurrió el día cinco del cuarto mes del segundo año de la era Tengyō (939). Entonces el Emperador tuvo que abandonar el palacio e instalarse en una tienda de cinco *jō* de alto levantada frente al palacio de Jōnei-den.

Todos esos sucesos, sin embargo, son cosa del pasado y de nada sirve detenerse en ellos. Éste, en cambio, ¿no era un eslabón más de una cadena de calamidades? ¿No existió un Emperador que aunque había dominado los Diez Preceptos del budismo se había visto obligado a huir de la capital, siendo devorado al final por las profundidades marinas? ¿No se había paseado con oprobio a ministros y varones de la alta nobleza por la gran avenida de la capital? ¿No habían sido expuestas sus cabezas frente a las puertas de la prisión? ¡En verdad que no había mortal con conciencia que no se lamentara y dijera que el látigo de la cólera divina jamás había restallado con tanta violencia desde los tiempos más antiguos hasta el presente! Y la pregunta de todos era: ¿Y el futuro? ¿Qué nueva calamidad nos traerá?

CAPÍTULO II

LA HISTORIA DEL TINTORERO

El día veintidós del octavo mes del segundo año de la era Genryaku (1186), Mongaku, el asceta de Takao, se encaminó a Kamakura.

Del cuello llevaba colgada la verdadera calavera de Yoshitomo, antiguo capitán de los Establos Imperiales de la Izquierda y padre de Yoritomo, el antiguo alférez y ahora gran señor de Kamakura. Y del cuello de uno de sus discípulos colgaba otra calavera, la de Masakiyo, de la Guardia Imperial y criado de Yoshitomo.

Cuando en el cuarto año de la era de Jishō (1180), Mongaku mostró a Yoritomo una calavera envuelta en un lienzo blanco, le dijo engañosamente que pertenecía a su padre con la intención de incitarle a la revuelta. Yoritomo se lo creyó y, en efecto, izó la bandera de la rebelión y consiguió dominar todo el país. Entonces, Mongaku decidió ponerse en camino para hallar la verdadera calavera de Yoshitomo y poder mostrársela a su hijo.

Oiréis ahora la verdadera historia de la calavera del padre de Yoritomo. Dicen que hace mucho tiempo había un tintorero al que Yoshitomo profesaba verdadero afecto y al que tuvo a su servicio largos años. Cuando Yoshitomo fue ejecutado, este hombre lamentaba que la cabeza de su señor estuviera colgada de la picota de la puerta de la prisión sin que nadie oficiara por él ningún funeral ni rezara por su renacimiento en la siguiente vida. Entonces pidió permiso para retirar la cabeza al comisario de la Guardia, que se lo concedió. A continuación el tintorero la enterró en un lugar secreto dentro del recinto del templo Engaku, en Higashi-yama. Pensaba que el hijo de Yoshitomo, aunque entonces se encontraba desterrado, podría tener un gran futuro y tal vez deseara recuperar la cabeza de su padre. Al parecer, el monje Mongaku le sacó toda esta información al tintorero. Así se hizo el monje con la calavera y, en compañía del tintorero, se encaminó a Kamakura.

Cuando Yoritomo supo que venían con la calavera de su padre, se adelantó hasta el río Katase para recibirlos. Entonces se puso un kimono de luto. Luego, llorando, regresó a Kamakura. Ordenó a Mongaku que aguardara con la calavera en la galería de su palacio. Después, apareció él en el patio para recibir los restos de su padre. ¡Qué escena tan conmovedora! La presenciaron señores de la guerra, grandes y pequeños, sin que ninguno de ellos pudiera evitar derramar lágrimas de emoción.

Yoritomo, el gran señor de Kamakura, ordenó desmontar y limpiar un terreno para levantar allí un templo nuevo donde pudiera re-

zarse por el alma de su padre. Tras la ceremonia de inauguración, este templo recibió el nombre de Shōjōju-in. La Corte Imperial, conmovida también por este gesto de piedad filial, otorgó a título póstumo a Yoshitomo la dignidad de ministro imperial del segundo rango de la nobleza. Dicen que el mensajero imperial que transmitió este nombramiento fue Kanetada, supervisor mayor de la Izquierda. En verdad, fue digno de admiración que el señor de Kamakura, Yoritomo, no sólo hubiera limpiado su honor y el de su familia, sino que además consiguiera este reconocimiento póstumo para su padre.

CAPÍTULO III

EL DESTIERRO DEL CONSEJERO MAYOR TOKITADA

El día veintitrés del noveno mes, el gran señor de Kamakura pidió a la Corte Imperial que los prisioneros de los Heike supervivientes fueran desterrados a provincias lejanas. Así, Tokitada, el consejero mayor de los Heike, fue desterrado a la provincia de Noto; su hijo Tokizane, capitán medio de Sanuki, a la provincia de Kazusa; Nobumoto, jefe del gabinete de Provisiones Imperiales, a Aki; Masākira, el secretario del ministro de Guerra, a Oki; Zenshin, *sōjō* del segundo rango, a Awa; Nōen, el administrador de Hōssō-ji, a Bingo; y Chūkai, el maestro de disciplinas del consejero medio, a Musashi. De esa forma, unos fueron desterrados a los mares del oeste; otros, a las tierras brumosas de las regiones del este. ¡Qué triste pensar en los sentimientos de aquellos desgraciados que, al despedirse, mientras contenían las lágrimas, emprendían el camino del exilio sin saber cuándo podrían verse de nuevo ni cuál sería su destino!

El consejero mayor Tokitada, uno de los condenados, recibió permiso para ir a despedirse de la antigua emperatriz, Kenreimon-in, que se encontraba en Yoshida.

—Mi condena es tan rigurosa que hoy mismo he de partir al lugar de destierro —le dijo entre lágrimas—. Una de las razones para seguir

en la capital era cuidar de Su Majestad. Pero ahora que se me obliga a partir, es tal mi preocupación por el futuro de Su Majestad que no me atrevo a moverme.

—Así era, así era. Tú eras el único sostén que me quedaba de los tiempos pasados —le respondió la dama imperial—. ¡Ay! ¿Quién va a visitarme ahora? ¿Quién va a apiadarse de mí?

E, incapaz de contener las lágrimas, la dama rompió a llorar amargamente.

Este Tokitada, consejero mayor, era nieto de Tomonobu, antiguo gobernador de Dewa, e hijo de Tokinobu, secretario del ministro de Guerra y ministro póstumo de la Izquierda. Era hermano mayor de la antigua emperatriz Kenshumno-in y, por tanto, tío materno del difunto emperador Takakura, esposo de esta Kenreimon-in a la que ahora visitaba. Además, era el hermano menor de Nī-dono, la esposa principal de Kiyomori, el antiguo primer ministro, lo cual, más que otra cosa le había granjeado una situación extraordinaria de poder. De su antojo dependían los nombramientos de la Corte. Por eso, su ascenso fue imparable y llegó a ser consejero mayor del segundo rango de la nobleza. Tres veces, además, ocupó el cargo de comisario de la Guardia Militar. En el ejercicio de este cargo, cada vez que se detenía a un delincuente o ladrón, ordenaba sin piedad ni juicio su destierro después de hacer que se le cortara el brazo derecho a la altura del codo. Él fue también quien ordenó que marcaran a fuego los caracteres de *nami* y *kata* en la cara del emisario imperial Hanakata, enviado a las provincias del oeste para pedir a los Heike la devolución de las tres insignias imperiales.

Todo el mundo pensaba que el emperador-monje Goshirakawa, cuñado de Tokitada, impediría su destierro para tenerlo en la capital como recuerdo de su difunta esposa. Pero la cólera imperial provocada por aquel acto tan perverso no se había aplacado. Ni siquiera la intercesión de Yoshitsune, el joven general, que se había emparentado con Tokitada al haber tomado a su hija como esposa, sirvió de nada.

Tenía el consejero mayor un hijo de dieciséis años llamado Tokīe que se había podido librar del destierro y vivía con su tío Tokimitsu. Al lado de su madre, Sotsuno-suke, se agarraba a la manga de su padre lamentándose de la inminente partida.

—El día de la separación tenía que llegar —les dijo el consejero mayor con firmeza, aunque, en su interior, ¡qué profundo dolor tuvo

que sentir! ¡A su avanzada edad tener que separarse de sus seres queridos!

Una vez en el largo camino del destierro, Tokitada volvía la cabeza para contemplar bajo un cielo cada vez más lejano su entrañable capital, el lugar querido en donde solía vivir. El viaje lo llevó por lugares cuyos nombres evocaban tiempos remotos. Los guardias que lo escoltaban se los iban identificando:

—Aquel paraje es Shiga.

—Ese otro es Karasaki.

—Ahora estamos en la bahía de Mano.

—Pronto llegaremos a las playas de Katada.

Fue en este último lugar donde el consejero, vencido por la emoción, compuso los siguientes versos:

No volveré.
Sólo vuelven mis lágrimas
que salen como
el agua de las redes
de pescar de Katada.

Ayer cabalgaba sobre las olas de los mares del oeste, de batalla en batalla, sintiendo en su cuerpo el odio hacia el enemigo; hoy pisaba la nieve de las regiones del norte y veía nubes, sintiendo en su cuerpo el dolor por la separación de los seres queridos[2].

CAPÍTULO IV

LA EJECUCIÓN DEL BONZO TOSA-BŌ

El señor de Kamakura había designado a unos diez señores de la guerra para que sirvieran a Yoshitsune, el joven general. Pero cuando

[2] En el budismo, la separación de los seres queridos y la reunión con los seres odiados eran dos de los Ocho Sufrimientos (*hakku*) peores que pueden afligir al ser humano en este mundo. El destino del exilio de Tokitada es Noto, en la actual prefectura de Ishikawa, en la costa oriental del noroeste de Japón, una de las regiones más azotadas en invierno por temporales de nieve.

se corrió el rumor de la desconfianza del señor de Kamakura hacia el joven general, esos diez samuráis se reunieron en secreto para dialogar entre ellos y decidieron abandonarlo. Todos, uno tras otro, tomada la resolución, se fueron a Kamakura.

El señor de Kamakura y el joven general eran hermanos y se habían hecho el juramento de fidelidad que une a un padre y a un hijo. El joven general había honrado su juramento con la muerte de Kiso el primer mes del año anterior y la derrota de los Heike en numerosas batallas, hasta acabar con ellos en la pasada primavera. Tras eso, consiguió restablecer el orden y la paz en el Imperio, y era natural, por lo tanto, que fuera recompensado por todos sus servicios. ¿Cómo era posible entonces que se hubiera corrido el infundio de su traición? Tal era la pregunta que se hacían todos, desde el Emperador-monje hasta el pueblo llano. Al parecer, el origen del rumor se remontaba al final de la primavera pasada, cuando el ejército Genji estaba reunido en Watanabe, provincia de Setsu, y se disponía a embarcar hacia Yashima. Se discutió entre los generales la conveniencia de poner remos en popa y uno de ellos, Kajiwara Kagetoki, fue ridiculizado por el joven general por hacer tal sugerencia. Dominado por el rencor y deseo de venganza, Kagetoki calumnió al joven general cuando habló con el señor de Kamakura. Le dijo que su hermano tenía la intención de rebelarse y de retirar los puentes de Uji y de Seta, en caso de que se enviara desde Kamakura un ejército contra él, para provocar así un gran tumulto en la capital. El señor de Kamakura creyó sus palabras y resolvió deshacerse de Yoshitsune.

Con este fin, mandó llamar al bonzo Tosa-bō y le ordenó:

—Ve a la capital y di que estás de peregrino por los santuarios. Le tiendes una trampa y lo matas.

El monje aceptó la orden obedientemente. Pidió licencia para retirarse y, sin ni siquiera pasar por su casa, se puso de camino. Llegó a la capital el día veintinueve del noveno mes. Pero no se presentó de inmediato ante Yoshitsune. Cuando éste se enteró de que Tosa-bō estaba en la capital, envió a su samurái Musashi-bō Beneki para que se lo trajera. Cuando el monje compareció ante el joven general, éste le preguntó:

—Bien, ¿es que no me traes ninguna carta de mi señor Yoritomo?

—No, señor. No os envía ninguna carta porque no tiene ningún asunto de qué hablaros. Sólo me ha encargado decir a Su Señoría: «si

en la capital no ha ocurrido ningún disturbio recientemente, ha sido debido a tu diligencia. No bajes la guardia y sigue velando con celo por la protección de la capital».

—No puede ser que dijera eso —le dijo el joven general—. Más bien, yo creo que te ha enviado para matarme, ¿verdad? Ha debido decirte algo así: «Ve a la capital y hazte pasar por peregrino en los santuarios. Después, tiéndele una trampa y mátalo». ¿No ha sido así?

El bonzo se sorprendió sobremanera y contestó:

—Señoría, ¿cómo podría decir tal cosa su hermano? Simplemente, tengo plegarias que dirigir a las divinidades de Kumano y por eso he pasado por la capital.

Entonces, el joven general le preguntó:

—¿Cómo me explicas, entonces, que mi señor Yoritomo no me permitiera la entrada en Kamakura, y no se dignara siquiera recibirme? Y todo por hacer caso de las mentiras y calumnias de Kagetoki.

—No sé la razón, señor, pero os aseguro que no traigo intenciones ocultas. Os lo prometo y estoy dispuesto a escribiros una carta jurada.

Pero, con el semblante disgustado, Yoshitsune le dijo:

—Haz lo que quieras. Pero de la malquerencia de mi señor Yoritomo estoy seguro.

Tosa-bō, para calmar al joven general y no levantar sospechas, escribió siete cartas juradas. Unas las quemó, tragándose las cenizas; otras las colocó en el altar del santuario. Después de esas pruebas de inocencia, lo dejaron marchar. Pero cuando volvió adonde estaba alojado, convocó a los samuráis de las provincias fieles al señor de Kamakura y les confió su plan de emboscada para acabar con Yoshitsune esa misma noche.

Por esos días, una mujer llamada Shizuka, hija de Iso-no-zenji, una bailarina de *shirabiōshi*, recibía el amor del joven general y no se apartaba nunca de él. Ella fue quien dijo:

—Dicen que las grandes avenidas de la capital están llenas de guerreros.

Y añadió:

—¿No es extraño que sin órdenes vuestras se hayan reunido tantos guerreros en estado de agitación? ¡Ay, mi señor! ¿No será una trampa de ese bonzo de las cartas que ha venido hoy? Voy a enviar a alguien para que vea de qué se trata.

Shizuka tenía a su servicio a tres o cuatro pajes que habían servido antes al difunto primer ministro Kiyomori en Rokuhara. Envió a dos de ellos. Pasó un buen rato y no volvían. Decidió entonces enviar a una criada incapaz de levantar sospechas. La criada no tardó en volver corriendo y dijo a Shizuka:

—¡Ay, ay, señora! Dos cuerpos que me han parecido los de nuestros pajes yacen muertos delante de la puerta donde se aloja ese Tosa-bō. Su casa está llena de caballos ensillados. Detrás había tiendas con guerreros armados con flechas que tensaban sus arcos y se preparaban para atacar en cualquier momento. Unos hombres así, señora, ¿cómo van a ser peregrinos?

Yoshitsune, al oír estas palabras, se puso en pie de un salto. Shizuka echó mano a la armadura del joven general y se la puso. Sin tiempo para atarse más que el cordón de las hombreras, Yoshitsune tomó su espada y salió fuera. A la puerta le tenían dispuesto un caballo ensillado. Montó y ordenó:

—Abrid la puerta.

Y se quedó esperando la llegada de sus enemigos. No tardaron en llegar en tropel cuarenta o cincuenta jinetes armados que se acercaban con gritos de combate. El joven general afirmó bien los estribos, se puso en pie sobre ellos y gritó con la voz como un trueno:

—De día o de noche, poco me importa cuándo me ataquen, porque no hay hombre en Japón, entre todos sus guerreros, que juzgue empresa fácil matar a Yoshitsune.

Lanzando su grito de batalla, picó espuelas y salió a galope contra sus enemigos. Éstos, al ver su determinación, le abrieron paso. Pero detrás del joven general cabalgaban guerreros fieles como Yoshimori Ise, Tadanobu Okushū, Eda no Genzō, Kumai Tarō, Musahi-bō Beneki, todos lanzados al ataque. Poco después, al correrse la noticia de que se había producido un ataque nocturno en la residencia del joven general, otros guerreros se presentaron a galope desde los diferentes cuarteles y casas de la capital. Muy pronto, al lado de Yoshitsune había sesenta o setenta jinetes.

El bonzo Tosa-bō había iniciado el ataque con valentía, pero no pudo hacerles frente y sus guerreros fueron derrotados. Pocos se salvaron, la mayoría murió en combate. El bonzo pudo escapar a duras penas y se refugió en el terreno escabroso de los montes de Kurama.

Pero el joven general tenía una buena relación con los monjes del templo de Kurama. Ellos prendieron a Tosa-bō, que se había escondido en un lugar llamado Sōjōga-tani, y al día siguiente se lo entregaron.

Tosa-bō compareció ante el joven general con un traje de caza de color azul oscuro y un tocado en la cabeza como el de los bonzos-guerreros. El joven general, al verlo, le dijo riendo:

—¡Vamos a ver! ¿Qué te parece? ¿No mereces castigo por jurar en falso?

Pero el bonzo, lejos de inmutarse, estalló a reír y, volviendo a sentarse cómodamente, dijo:

—En verdad que ya he recibido el castigo divino por tener que escribir mentiras.

—Me admiro de tu lealtad, de que hayas obedecido las órdenes de tu señor con desprecio de tu vida. Si deseas conservar la vida, podré devolverte vivo a Kamakura, ¿qué te parece?

Tosa-bō respondió:

—Esas palabras no os honran, señor. ¿Acaso me perdonaríais si os dijera que deseo conservar la vida? Yo ya entregué mi vida al señor de Kamakura cuando acepté su mandato y él me dijo que, a pesar de ser un monje, yo era el único capaz de mataros. ¿Por ventura se puede recuperar una vida que ya está entregada? Mi único ruego, señor, es que mandéis cortar mi cabeza cuanto antes.

—Sea así —dijo Yoshitsune.

Tosa-bō fue llevado a las orillas del río Kamo, donde fue decapitado. Todo el mundo admiró su valor.

CAPÍTULO V

LA HUIDA DEL JOVEN GENERAL

Había un criado de Yoritomo, el señor de Kamakura, llamado Adachi Shinzaburō. Yoritomo, antes de malquistarse con su hermano Yoshitsune, el joven general, se lo había enviado a éste diciéndole:

—Es un hombre de clase baja, pero de mente despierta. Tenlo a tu servicio.

Pero en secreto le había dicho a Shinzaburō:

—Vigila a Yoshitsune e infórmame de cualquier conducta sospechosa.

Cuando este criado fue testigo de la ejecución del bonzo Tosa-bō, se puso de inmediato en camino a Kamakura. Viajó día y noche hasta llegar al palacio de Yoritomo para informarle de lo ocurrido. Entonces, Yoritomo ordenó a su hermano menor, Noriyori, gobernador de Mikawa, que se pusiera en marcha a la capital y matara a Yoshitsune. Noriyori intentó rechazar la orden repetidamente, pero ante la insistencia de su hermano no tuvo más remedio que obedecer. Después de ponerse la armadura y el yelmo, se presentó ante Yoritomo para despedirse.

—¡Cuidado con hacer lo mismo que Yoshitsune! —le advirtió Yoritomo como despedida.

Tales palabras atemorizaron a Noriyori tanto que se retiró y, despojándose de la armadura y el yelmo, canceló la partida. Se pasó los siguientes días escribiendo más y más cartas, hasta diez diarias, a su hermano Yoritomo con juramentos de lealtad, cartas que leía en voz alta en el patio de la mansión de su hermano. En cien días llegó a escribir y enviar mil cartas, pero de nada le valieron, pues ninguna fue atendida y acabó asesinado.

Entretanto, en la capital, cuando Yoshitsune tuvo noticia de que el gran señor de Kamakura preparaba un ejército al mando de Tokimasa para atacarlo, decidió huir a Kiushu. Pidió entonces ayuda a Oogata Koreyoshi, un hombre tan poderoso que había impedido que los Heike pusieran pie en Kiushu. Korekoshi le respondió enseguida con este mensaje: «Te ayudaré si cortas la cabeza a Kikuchi Takanao, que ahora está a tu servicio y que es mi mortal enemigo desde hace largos años».

Yoshitsune aceptó la condición y entregó a Takanao a los verdugos para que lo llevaran al río Kamo y le cortaran la cabeza. Entonces, Koreyoshi aceptó de buena gana proteger a Yoshitsune.

El día dos del mes undécimo, Yoshitsune pidió audiencia con el Emperador-monje y a través de Yasatsune, el ministro del Tesoro, le dijo:

—Bien conoce Su Majestad mi fidelidad a la Casa Imperial. Sin embargo, mi hermano Yoritomo, víctima de las calumnias de sus samu-

ráis, quiere atacarme. Tengo la intención, por tanto, de huir y refugiarme un tiempo en Kiushu. Me gustaría pedirle a Su Majestad un salvoconducto que me permita un viaje seguro.

Goshirakawa, el Emperador-monje, se mostró indeciso. Consultó a los nobles y les dijo:

—Si se entera Yoritomo de que protejo a Yoshitsune, ¿qué podrá ocurrirnos?

Le respondieron:

—Sería peor que Yoshitsune permaneciera en la capital, pues entonces los soldados del este entrarían de nuevo a tropel en la ciudad y otra vez tendríamos que soportar sus desmanes y violencia. Si le favorecemos en su viaje a una provincia lejana, por lo menos estaremos libres de preocupaciones por un tiempo.

El Emperador-monje aceptó el consejo y le escribió al joven general un edicto por el que mandaba que Koreyoshi y los otros señores de los clanes Kiushu, como Usuki, Hetsugi y Matsuura, obedecieran a Yoshitsune como comisario que era de la Guardia Militar.

Provisto del documento imperial, el joven general salió de la capital el día tres, a eso de la hora del conejo (seis de la mañana), al frente de quinientos jinetes. La salida fue tranquila y no hubo disturbios.

Pero un tal Oota no Tarō Yoritomo, de los Genji de la provincia de Setsu, cuando se enteró de que Yoshitsune había salido de la capital, dijo:

—¿Cómo voy a permitir que Yoshitsune pase por la puerta de mi casa sin tirarle ni una flecha?

Con esas palabras, se puso en camino y, a marchas forzadas, alcanzó al grupo de Yoshitsune en un paraje llamado Kawabaratsu. Llevaba solamente sesenta jinetes. Se lanzaron al ataque, pero los de Yoshitsune eran quinientos y no tardaron en rodearlos. Yoshitsune ordenó que dispararan a matar. Murieron muchos de los hombres de Oota no Tarō, quien fue herido y, al ver que también su caballo había recibido un flechazo en el vientre, no tuvo más remedio que poner tierra de por medio. Yoshitsune cortó las cabezas de todos los enemigos caídos y se las ofreció al dios de la guerra. Contento por este triunfo al comienzo de su viaje, dijo:

—Es un buen presagio.

Después, se hicieron a la mar en la playa de Daimotsu. Pero, nada más embarcarse, se desató un fuerte temporal del oeste que arrastró los barcos a las playas de Sumiyoshi, donde desembarcaron para buscar refugio en lo más hondo de los montes de Yoshino. Allí les atacaron los bonzos y tuvieron que escapar a Nara. Pero también en Nara fueron atacados por los bonzos-guerreros y volvieron a la capital. Desde allí tomaron la ruta del norte en dirección a la provincia de Michinoku.

Yoshitsune se había llevado con él a diez mujeres. Pero cuando el barco fue arrastrado por el vendaval, las abandonó en Sumiyoshi. Al verlas en la arena o en los pinares de la playa con los kimonos rotos y las mangas con las que ocultaban las lágrimas, los empleados de los santuarios de Yoshino se apiadaron de ellas y las enviaron a la capital.

Los barcos en que viajaban los hombres de confianza de Yoshitsune, como Yoshinori, su tío Yukīe, Koreyoshi y algunos más, habían sido arrastrados por la corriente a las distintas islas y playas. Nadie sabía el paradero de los demás. Se pensó que ese súbito vendaval, que había dispersado sus fuerzas por el mar, era obra de los espíritus iracundos de los Heike.

Entretanto, el día siete del undécimo mes, Hōjō Tokimasa, en representación del gran señor de Kamakura, entró en la capital al mando de sesenta mil jinetes. El Emperador-monje, después de escuchar su deseo de someter a Yoshitsune, Yukīe y Yoshinori, promulgó un edicto imperial contra éstos. El día dos, sin embargo, había escrito otro para proteger a Yoshitsune y legitimar así su rebelión. Ahora, el día ocho, ante la petición del gran señor de Kamakura, emitía otro contra Yoshitsune. ¡Qué penoso resultaba que el gobierno de Su Majestad mudase de parecer con una celeridad tal que lo que decidía por la mañana lo cambiaba por la noche!

CAPÍTULO VI

EL CONSEJERO DE YOSHIDA

Yoritomo fue nombrado administrador general del Imperio y exigió a la Corte la recaudación de un tributo extraordinario por arrozal en el país. El Emperador-monje no se mostró de acuerdo y comentó:

—«Quien destruye al enemigo del soberano, merece la mitad de un reino», dice el sutra *Moryōgi*. Pero en nuestro país no ha habido jamás un caso precedente. Es una petición desmesurada.

Convocó entonces al Gran Consejo Imperial, donde oyó de la alta nobleza este parecer:

—El señor Yoritomo tiene razón a medias.

El Emperador-monje cedió y autorizó la petición del señor de Kamakura.

Se despacharon entonces administradores y contables a todas las provincias y grandes señoríos. Tan estricto era el control que ni un pelo hubiera podido escapar. Yoritomo daba órdenes solamente a través de Tsunefusa, consejero mayor de Yoshida, aunque había otros funcionarios a los que también se las hubiera podido dar. Este consejero mayor tenía fama de ser un varón estricto y honrado. Cuando los Genji accedieron al poder, todos los administradores y funcionarios relacionados con los Heike enviaron cartas de sumisión o mensajeros a los Genji para congraciarse con ellos. Pero este Tsunefusa se abstuvo de tal cosa. En los tiempos de los Heike, había ocupado el cargo de superintendente del Palacio de Clausura de Toba, donde había estado confinado el Emperador-monje, y allí permaneció con Su Majestad y el consejero medio Nagakata. Era hijo de Mitsufusa, supervisor medio de la Derecha. A los doce años, murió su padre; pero, huérfano y todo, ascendió rápidamente en rango y oficio. Fue sucesivamente archivero del quinto rango, asistente del general de la Guardia Imperial y supervisor medio. Después, lo hicieron consejero imperial, gobernador de Dazaifu y, finalmente, consejero mayor de segundo rango. Había sido ascendido por encima de otros cortesanos sin ser nunca aventajado por nadie. Y es que, como se dice, la punta del gancho tarde o temprano acaba asomando por la bolsa. Igualmente, las virtudes del hombre excelente siempre se descubren. ¡Qué hombre ejemplar era el consejero de Yoshida!

CAPÍTULO VII

ROKUDAI, EL ÚLTIMO DE LOS HEIKE

Uno de los hombres fieles de Yoritomo, Hōjō Tokimasa, hizo público el siguiente comunicado:

—Quienquiera que proporcione información sobre cualquier descendiente de los Heike, será generosamente recompensado.

Y lo hizo difundir por todo el Imperio.

Entonces, la gente de la capital, con el fin de conseguir la recompensa, se puso a buscar por los alrededores de la ciudad. ¡Vergonzosa conducta, en verdad! Muchos descendientes de los Heike fueron descubiertos; y también otros que no lo eran. Bastaba con que un niño fuera de tez clara y ademanes refinados para que, por baja que fuera la clase de sus padres, dijeran de él:

—Éste es un príncipe. Es el hijo del capitán medio...

O bien:

—Éste es el hijo del capitán menor...

Así se justificaba la detención de niños que nada tenían que ver con los Heike. Ante el lamento y desesperación de sus padres, los soldados de los Genji decían:

—Lo ha afirmado el criado del niño.

O bien:

—Así lo asegura su nodriza.

A los niños de más tierna edad los ahogaban o enterraban vivos. A los mayores los apuñalaban o estrangulaban.

El lamento de las madres y el llanto de las nodrizas se elevaba a los cielos, y no había lengua capaz de describir su sufrimiento. Al mismo Tokimasa, padre de una numerosa prole, le pesaba mucho cómo se estaba ejecutando su orden, pero nada podía hacer, pues en los tiempos que corrían era una costumbre obedecer órdenes superiores.

Entre los descendientes de los Heike, se encontraba Rokudai, el hijo de Koremori, el antiguo capitán medio de la Derecha y del tercer

rango[3]. Era el descendiente más directo de los Heike, y estaba a punto de convertirse en adulto. Tokimasa deseaba capturarlo a toda costa y mandó que fuera buscado por todos los rincones. Pero parecía que la tierra se lo hubiera tragado. Cuando estaba a punto de volver a Kamakura, resignado a no dar con él, una doncella se presentó en Rokuhara y le mandó decir: «Desde aquí en dirección oeste, pasando el templo de Henjō, hay un lugar llamado Shōbu-dani, al norte del templo de la montaña de Daikaku-ji. Allí se esconde la esposa de Koremori con sus dos hijos».

Tokimasa envió a un espía para que acompañara a esa mujer al lugar indicado. Efectivamente, en las celdas más recónditas del templo vivían mujeres con sus hijos, ocultos a las miradas del exterior. Cuando el espía se asomó por las rendijas de la valla distinguió a un muchacho apuesto que corría detrás de un perrito blanco. Una mujer, que parecía ser su criada, lo increpó con estas palabras:

—¡No vayas por ahí! Alguien podría verte...

Y rápidamente lo agarró del brazo y se lo llevó al interior de la casa.

El espía, después de asegurarse de que había encontrado a quien buscaba, volvió rápidamente a la capital a dar cuenta a Tokimasa. Al día siguiente, éste en persona se dirigió a Shōbu-dani con un destacamento de soldados. Rodeó el templo por los cuatro costados y envió un mensajero con estas palabras:

—Tenemos noticia de que el señor Rokudai, hijo de Taira no Koremori, antiguo capitán medio del tercer rango, se halla aquí. El señor Hōjō Tokimasa, en representación del señor de Kamakura, ha venido a buscarlo. Que salga ahora mismo.

La madre, cuando escuchó este mensaje, se quedó atónita. Presa del aturdimiento, no sabía qué hacer. Dos criados que tenía y que eran hermanos, los samuráis Saitō-go y Saitō-roku, corrieron en busca de alguna salida para llevarse al niño, pero los soldados Genji tenían rodeada la casa y no encontraban escapatoria. La criada, que había sido ama de cría de Rokudai, se desplomó y se puso a llorar a gritos. Todos

[3] Nieto, por tanto, de Shigemori, el ministro prudente, hijo mayor de Taira no Kiyomori, el antiguo primer ministro. El niño Rokudai, igualmente primogénito, era el vástago Heike potencialmente más temido, por descender en línea directa de Kiyomori. Véase Introducción: Anexo.

esos días habían hablado en voz baja para no despertar la atención, pero ahora lloraban a voz en grito en el interior de la casa. Al escucharlos, Tokimasa sintió pena y no pudo evitar limpiar las lágrimas de sus ojos. Pero siguió esperando. Al cabo de un rato, les anunció:

—He venido en busca del muchacho porque ni el orden ni la paz se han restablecido por completo. Podría estallar un alzamiento violento y aquí corre peligro. Conmigo no le pasará nada. Dejad que me lo lleve.

Entonces, el mismo Rokudai habló a su madre:

—Ya no tengo escapatoria, así que déjame salir, madre. Si los soldados entran aquí, será peor. Cuando pase un tiempo, pediré permiso y volveré para verte, madre. No sientas tanta pena.

¡Qué consuelo tan desgarrador para la madre oír estas palabras! Como no podían seguir así más tiempo, la madre, sin dejar de llorar, empezó a peinar a su hijo, le puso un kimono nuevo y, como despedida, le entregó un hermoso rosario budista con las cuentas de madera negra. Y le dijo:

—Hijo mío, toma este rosario y úsalo cuando tengas que rezar tu última oración. Así podrás renacer en el Paraíso.

El niño tomó el rosario y habló así:

—Hoy me despido de ti, madre, para siempre, porque lo que yo quiero es ir donde está mi padre.

¡Qué conmovedora escena! Su hermana, de sólo diez años, habló también para decir:

—Yo también quiero ir donde está nuestro padre —y echó a correr, pero la criada la detuvo.

Rokudai tenía entonces doce años, pero por su aspecto se le podrían echar catorce o quince. Su semblante era bello y sus gestos elegantes. No deseaba mostrar desánimo ante su familia y por eso, mientras salía de la casa, se cubría el rostro con la amplia manga del kimono para ocultar las lágrimas. Subió al palanquín rodeado de soldados y abandonó el lugar acompañado de una nutrida escolta. Saitō-go y Saitō-roku, sus criados, quisieron ir con él a un lado y otro del palanquín. Tokimasa se lo permitió e incluso ordenó a dos de sus soldados que desmontaran para que los criados fueran a caballo. Pero ellos se negaron y desde Daikaku-ji hasta Rokuhara corrieron todo el camino descalzos.

Mientras, la madre, la hija y el ama de cría se quedaron temblando de tristeza y desconsuelo. Estaban tumbadas en el suelo desesperadas y, de vez en cuando, levantaban las manos al cielo. La madre se lamentaba así:

—Dicen que están prendiendo a los hijos de los Heike para tirarlos al agua, enterrarlos vivos, apuñalarlos y cortarles la cabeza. ¿Cuál de esas crueles muertes le estará reservada a mi hijo? Como aparenta más años, tal vez lo decapiten. Muchos padres entregan sus hijos a amas de cría y sólo los ven de tarde en tarde. A pesar de eso, es natural que la fuerza del amor entre padres e hijos cause tristeza y dolor. Pero mi caso es diferente, pues desde que lo di a luz, mi hijo no se ha separado de mí ni un solo día. Era como un tesoro, sólo para mí. Con mi marido, lo criaba día y noche. Cuando murió él, que tanto amaba a este hijo, mi único consuelo eran mis dos hijos, a los que siempre tenía a mi lado. Ahora me queda uno, pero me falta el otro. En los tres últimos años he vivido en un estado de continua ansiedad y miedo porque presentía que esto iba a ocurrir, pero jamás imaginé que sería hoy. ¡Cuántas veces he rezado durante este tiempo a la diosa Kannon de Hase con todo el fervor de una madre! Pero..., finalmente se lo han llevado... ¡Ay, mi hijo! ¡Se lo han llevado! Y, mientras yo me lamento, tal vez ya me lo hayan matado...

Y daba rienda suelta a las lágrimas. La noche fue adentrándose, pero ¿cómo podía dormir con un corazón sangrante de dolor? Al cabo de un buen rato, dijo:

—Ahora mismo, mientras dormía, he tenido un sueño. Veía en él a mi hijo Rokudai que, montado en un caballo blanco, se me acercaba para decirme: «Te echaba tanto de menos, madre, que he pedido permiso para venir». Entonces se sienta a mi lado y de repente se echa a llorar amargamente y sin razón. Yo abro los ojos y busco a tientas con la mano, esperando encontrarlo en el mismo lugar, pero ya no está allí. ¡Ay, qué pena que no he podido ver cómo acababa el sueño!

El ama de cría, al oír este sueño, se puso también a llorar, y así pasaron el resto de la larga noche de otoño. Tantas lágrimas habían vertido que sus lechos podían flotar.

Pero también la noche tiene su fin y el de ésa fue anunciado por el guardián cuando empezaba a despuntar el alba. Fue entonces cuando volvió Saitō-roku.

—¿Qué le ha pasado a mi hijo? —preguntó la madre con ansiedad.

—Por ahora sigue bien, señora —respondió—. Aquí os traigo una carta suya.

La madre leyó: «Imagino la preocupación que te debo estar causando. Hasta ahora nada ha cambiado. Lo único que hago es echaros a todos de menos». Su letra y sus palabras eran las de un adulto. La madre, después de leer, se quedó sin poder pronunciar palabra. Se guardó la carta dentro del kimono y cayó postrada en el suelo. ¿Cómo describir el dolor que oprimía su corazón de madre? Pasó un tiempo hasta que por fin Saitō-roku le dijo:

—Señora, estoy muy preocupado por el estado de mi señor Rokudai. Dadme permiso para volver con él.

La madre se lo dio, pero antes, y sin dejar de llorar, escribió una nota para su hijo. El criado la tomó y se fue.

Mientras, el ama de cría, incapaz de soportar tanto dolor, salió de la casa y echó a correr sin rumbo. Por el camino, sin embargo, oyó decir a alguien:

—En la espesura de estas montañas hay un templo llamado Takao en el que vive el asceta Mongaku, un santo varón al que el señor de Kamakura aprecia mucho. Parece ser que anda buscando al hijo de una familia noble para hacerlo discípulo suyo.

Ni corta ni perezosa, el ama de cría, satisfecha de haber hallado una pista y sin decir nada a la madre, enderezó sus pasos hacia Takao para tener unas palabras con el asceta.

Cuando llegó a su presencia, le dijo:

—¡Ay, Reverencia! Desde su nacimiento he criado a mi señor en mis pechos, pero ayer mismo los soldados se lo llevaron. Doce añitos cumple mi señor este año. Esta pobre mujer le suplica a Su Reverencia que lo salve y se digne hacerlo su discípulo.

Con tales palabras, la mujer se tiró a los pies del asceta y lloró desesperadamente con todas sus fuerzas.

El monje, que no sabía cómo consolarla, sintió pena y se puso a hacerle preguntas acerca del muchacho. La criada se levantó del suelo y le respondió:

—Ayer los soldados de un señor de la guerra se llevaron a mi joven amo, el hijo de mi señora, una dama de la Corte, y de Koremori, el

capitán medio del tercer rango. Se lo llevaron pensando que es el heredero del linaje de los Heike.

—¿Sabes el nombre de ese señor que se lo llevó?

—Sí. Se llama Hōjō Tokimasa —respondió la mujer.

—Bien —dijo pensativamente el monje—, iré a verlo y le preguntaré.

Sin decir más, se levantó y se puso en camino.

El ama de cría se quedó sin saber si debía confiar en las palabras del monje, pero el tono de seguridad con que había hablado le hizo sentir alivio. Regresó enseguida a Daikaku-ji y le contó todo a su señora.

—Pensé que te habías marchado para quitarte la vida —le dijo la señora—. También yo tenía la intención de salir y arrojarme a las aguas de cualquier río.

Luego le ordenó que le contase con todo detalle el encuentro con el asceta. Cuando la criada le repitió punto por punto las palabras de Mongaku, la señora juntó las manos y, elevándolas al cielo, exclamó entre lágrimas:

—Ruego a los dioses que ese venerable monje salve a mi hijo y que yo pueda volver a verlo.

El monje Mongaku, en efecto, se dirigió a Rokuhara, vio a Tokimasa y preguntó por todos los detalles de lo ocurrido con el muchacho. Tokimasa le explicó:

—El señor de Kamakura me dijo: «Al parecer muchos hijos de los Heike siguen todavía escondidos en la capital. Entre ellos debe estar el hijo del capitán medio del tercer rango, Koremori, y de la hija del consejero mayor Narichika. Es el descendiente directo del linaje de los Heike y ya casi un adulto. Búscalo donde esté y mátalo». Todo este tiempo he mandado prender a muchos niños, pero no pude encontrar a ese muchacho. Cuando estaba a punto de desistir y volver a Kamakura, recibí inesperadamente noticias de su paradero. Ayer lo capturamos. Pero es un muchacho tan apuesto que me da mucha pena matarlo; así que sigue bajo mi custodia y yo sigo sin saber qué hacer.

—Bien, déjame verlo —le pidió el monje.

Tokimasa hizo que lo llevaran al cuarto donde estaba confinado Rokudai. Mongaku se asomó y lo vio. Estaba vestido con un traje de caza de doble tejido y sostenía el rosario de cuentas negras en sus manos. Todo en él, desde el pelo que le colgaba, su bello semblante y distinguidos gestos, le daba tal aire de extraña elegancia que no pare-

cía un ser de este mundo. Y eso pese a que no había dormido la noche anterior y su rostro, ligeramente demacrado, despertaba compasión. El monje Mongaku sintió una profunda lástima y, sin saber por qué, los ojos se le llenaron de lágrimas y, extrañado, tuvo que mojar las mangas de su hábito. Pensó que, aunque este muchacho hubiera de convertirse en un temible enemigo el día de mañana, era inaceptable que ahora muriera. Volvió a donde estaba Tokimasa y le dijo:

—Cuando he visto a ese muchacho, quizá porque nuestras vidas se encontraron en existencias anteriores, he sentido una gran tristeza. Te ruego que le concedas veinte días más de vida. Iré a ver al señor de Kamakura a interceder por su vida y pedirle que me lo deje. Fui yo quien, hace tiempo, cuando quise que el señor de Kamakura triunfara en la vida, él que no era más que un pobre desterrado, acudí a la capital y le conseguí el edicto imperial de indulto. Fue un viaje difícil. En el camino, traté de cruzar el río Fuji por la noche y estuve a punto de ser arrastrado por la corriente y morir ahogado. En Takashi-no-yama fui atacado por un salteador de caminos, y sólo después de rogarle con las manos juntas me dejó con vida. Por fin, llegué al palacio de Fukuhara donde, gracias a los buenos oficios del escribano Mitsuyoshi, que era capitán de la Guardia Imperial de la Derecha, obtuve el edicto imperial[4]. Cuando volví y se lo entregué a Yoritomo, me dijo que mientras viviera podía pedirle cualquier cosa, que él me lo daría. Como tú sabes, después de aquello, he ido varias veces a visitarlo. A menos que el señor de Kamakura se haya ahora dejado conquistar por la ingratitud y la soberbia de los poderosos, seguro que no ha olvidado que el verdadero camino del hombre es cumplir sus promesas, sobre todo las hechas a quien arriesgó la vida por él.

Así habló Mongaku, que al amanecer del día siguiente salió de la capital.

Saitō-go y Saitō-roku, cuando se enteraron de las buenas intenciones del monje, juntaron las manos llorando de alegría y pensando que Mongaku era un Buda viviente. Se dirigieron de inmediato a Dakaku-ji para contarle todo a la madre. ¡Ay, cómo se alegró ésta al escucharlo! Sin embargo, pendía amenazante la duda de saber si Yoritomo, el gran señor de Kamakura, accedería a salvar a su hijo. De todos modos, el

[4] Véase Libro V, cap. X.

tono esperanzador de las palabras del monje y, sobre todo, los veinte días de vida que le habían concedido a Rokudai eran razones sobradas para que tanto la madre como el ama de cría se sintieran aliviadas y creyeran que la diosa Kannon había obrado el milagro de salvar al muchacho.

Pero he aquí que pasaban los días y las noches y no había noticias. Pasaron los veinte días con la rapidez de un sueño de primavera. Y Mongaku no volvía; no, no volvía.

—¿Qué puede haberle ocurrido al buen monje? —se preguntaban la madre y la criada, una pregunta que acrecentaba y acrecentaba su angustia.

Hasta el mismo Tokimasa decía:

—Han pasado los veinte días que le prometí a Mongaku. No puedo seguir más tiempo en la capital y que pase todo un año. Nos pondremos en marcha ahora mismo.

Los dos criados de Rokudai, Saitō-go y Saitō-roku, se alarmaron al ver los preparativos de marcha y, para calmarse, se agarraban las manos. Decían:

—¿Qué le habrá pasado a Mongaku que ni vuelve ni manda un mensaje?

Preocupados como estaban, decidieron ir otra vez a Daikaku-ji, donde anunciaron:

—Señora, como Mongaku todavía no vuelve, Tokimasa ha decidido salir mañana temprano.

Y, con lágrimas en los ojos, apretaron contra sus caras las mangas de los kimonos. Nadie sabe el dolor del corazón de una madre cuando oye la condena a muerte de su hijo, pero ese mismo dolor debió sentir la madre de Rokudai al preguntarles:

—¡Ay, si algún hombre poderoso pudiera llevar a mi hijo a donde se encuentra Mongaku! Sería una trágica coincidencia que lo mataran mientras el monje vuelve con la carta de indulto. —Y añadió—: ¿Realmente, parecía que lo iban a matar ya?

Respondieron los criados:

—Sí, señora, y parece que será al rayar el alba. Así, al menos, nos lo pareció, porque los soldados y criados de Tokimasa que estos días estaban en el palacio sentían pena, y mientras algunos rezaban sutras otros tenían el semblante lloroso.

—¿Y mi hijo? ¿Qué hacía?

—Cuando sabe que alguien lo mira, toma el rosario de cuentas negras que la señora le dio; pero cuando no hay nadie, aprieta las mangas contra su cara para desahogarse llorando.

—¡Ay, mi desgraciado hijo! ¡Cómo me lo imagino! Aunque todavía es un niño, su corazón es de adulto. ¡Qué asustado debe estar el pobre pensando que su vida está a punto de acabar! Cuando se despidió, nos prometió venir a vernos, pero han pasado ya más de veinte días y no ha venido ni tampoco yo he podido ir a verlo a él. Pasarán más días y nunca llegará aquel en que podamos vernos otra vez. Y vosotros, ¿qué vais a hacer ahora?

Los criados respondieron:

—Hemos decidido, señora, acompañarlo hasta el fin del mundo. Si muere, recogeremos sus restos y los enterraremos en el monte Kōya. Luego, entraremos en religión y pasaremos la vida rezando por su salvación.

—En tal caso —dijo la señora—, volved ahora mismo a su lado. ¡Estoy tan preocupada!

Los dos criados, sin dejar de llorar, con licencia de la señora se marcharon a la capital para estar al lado de su señor.

Finalmente, el día dieciséis del duodécimo mes, Tokimasa abandonó la capital y se llevó a Rokudai. Sus dos fieles criados, Saitō-go y Saitō-roku, que habían decidido acompañar a su joven amo hasta el fin del mundo, iban a su lado sin dejar de llorar. Y tantas lágrimas se les agolpaban en los ojos que apenas podían ver camino adelante.

—¡Eh, vosotros! ¡Vamos, subid al caballo! —les ofreció Tokimasa compasivamente.

—Es la última vez que acompañamos a nuestro señor y nada nos parece agotador.

Con esas palabras siguieron caminando, mientras que por sus frentes resbalaban gotas de sudor y sus pies descalzos se llenaban de llagas.

Rokudai, cada vez más lejos de su madre y de su ama de cría, con quienes siempre había vivido, volvió la vista atrás para contemplar el cielo antes de continuar su último viaje por la ruta del este. Ese cielo que cobijaba la capital en donde había vivido su corta vida. ¡Qué doloroso imaginar el interior de su corazón! Cada vez que uno de los solda-

dos se le acercaba a caballo, pensaba que venía a cortarle la cabeza. Cada vez que veía a un grupo de soldados hablando, se acongojaba al creer que su hora había llegado. Por un momento imaginó que lo iban a matar en las orillas del río Shinomiya, pero siguieron adelante y cruzaron el monte por delante de la Barrera de Oosaka hasta llegar a las playas de Ootsu. En otra ocasión pensó que Kuritsuhara sería el lugar en donde lo decapitarían, pero siguieron adelante y nada ocurrió. Así, fueron pasando por provincias y posadas, hasta llegar a la provincia de Suruga. ¡Ahí sería!

«En ese lugar», pensaba Rokudai, «mi vida, insignificante como gota de rocío, va a desvanecerse». Vio, en efecto, cómo los soldados desmontaban en un paraje llamado Sembon-no-matsubara. Luego lo hicieron bajar del palanquín, tendieron sobre el suelo una alfombra de piel de venado y lo sentaron sobre ella. Entonces Tokimasa se le acercó para decirle:

—No te he traído hasta aquí sin motivo. Esperaba encontrarme en cualquier momento en este camino con el monje Mongaku. Por eso te he hecho cabalgar tanto tiempo. Pero si te llevo más allá del monte Ashigara, no sé qué pensará el señor de Kamakura. Si te ejecuto aquí, siempre podré decirle que la ejecución se llevó a cabo en la provincia de Oomi. No puedo hacer algo que nunca me perdonaría el señor de Kamakura. En cuanto a ti, has de aceptar el destino de tu clan y recibir su mismo castigo. De nadie podrás recibir ya intercesión alguna.

Así habló el samurái principal Tokimasa, con lágrimas en los ojos. Rokudai no respondió nada, pero llamó a su lado a sus dos criados y les dijo:

—Cuando muera, volved a la capital, pero no se os ocurra decir a mi madre que encontré la muerte por el camino. Supongo que tarde o temprano lo sabrá, pero de momento prefiero que no lo sepa, pues si se entera, sus lamentos serán tan hondos que penetrarán en las sombras de la otra vida y yo sufriré tanto que no podré renacer. Decidle, por tanto, que me habéis acompañado hasta Kamakura.

Los dos hermanos, con un nudo en la garganta y el corazón en un puño, sentían que les faltaba el aire para respirar y estuvieron un rato sin poder hablar. Finalmente, Saitō-go pudo decir:

—Cuando mi señor haya muerto, no creo que nos dejen volver vivos a la capital.

Y se cubrió la cara para ocultar las lágrimas.

La hora final había llegado. Con sus delicadas manos Rokudai se apartó el pelo que le caía y descubrió su blanco cuello para hacerle más fácil el trabajo al verdugo. Los soldados, a su alrededor, no paraban de mojar las mangas de sus kimonos de guerra y decían:

—¡Qué pena! ¡Fijaos! ¡Mirad cómo todavía se da cuenta de lo que le pasa!

Luego Rokudai juntó las manos y se giró hacia el oeste. A continuación comenzó a invocar a Buda Amida, mientras estiraba su cuello para ofrecérselo al verdugo. Y esperó, esperó.

El verdugo elegido fue Kano Chikatoshi, que se acercó por la izquierda del muchacho con la espada desenvainada y oculta tras la espalda. Cuando iba a alzarla, la vista se le nubló. El corazón se le encogió y sus movimientos se volvieron tan torpes que no sabía hacia dónde tenía que dirigir el golpe. En ese estado, dijo:

—No soy capaz de hacerlo. No puedo cumplir mi deber. Ruego que lo haga otro —y, tirando la espada al suelo, se apartó.

Los soldados se pusieron a discutir quién ocuparía su lugar cuando, de repente, vieron a un jinete con hábito negro de monje que se acercaba a todo galope sobre un caballo blanco. Era un bonzo mensajero de Mongaku. Este bonzo, poco antes, había oído decir a unos lugareños:

—¡Ay, Reverencia, qué pena! Allí, en aquella arboleda, el señor Hōjō Tokimasa está a punto de ejecutar a un muchacho que parece un príncipe.

El bonzo se alarmó y desde lejos agitó las manos para advertir a Tokimasa; después, se quitó el sombrero de monje y lo agitó también en alto. Tokimasa lo vio y, pensando que quería decirle algo, decidió esperar. Finalmente, el monje saltó sobre el caballo y, fustigándolo, cabalgó a galope tendido hasta llegar donde estaba el grupo. Se bajó de un salto y gritó:

—¡Alto! ¡Deteneos! Al joven Rokudai le ha sido perdonada la vida. Aquí traigo la carta de indulto del señor de Kamakura.

Tokimasa la abrió y vio que en efecto estaba escrita y sellada por Yoritomo. En ella decía:

«Por lo visto has dado con el hijo de Koremori, el capitán medio del tercer rango de Komatsu. El respetado asceta Mongaku de Takao me ha manifestado su deseo de adoptarlo como discípulo. Haz lo que él te pida».

Tokimasa la leyó una y otra vez. Radiante de felicidad, exclamó:

—¡Maravilloso, maravilloso!

No sólo los criados de Rokudai, Saitō-go y Saitō-roku, lloraban de alegría, sino también los soldados y samuráis de Tokimasa que allí se encontraban.

CAPÍTULO VIII

ROKUDAI EN HASE

No tardó en aparecer también Mongaku. Parecía rebosante de orgullo por el éxito de su misión. Entonces le explicó a Tokimasa las gestiones que había llevado a cabo ante el señor de Kamakura:

—Al principio me dijo Yoritomo: «El padre de ese muchacho era capitán medio del tercer rango y él fue el general en jefe de las primeras batallas[5]. Por mucho que me lo pida Su Reverencia, no puedo perdonarlo». Pero yo lo amenacé: «Si no me obedeces, ¿cómo vas a obtener la protección divina?». Pero seguía obstinado e, ignorándome, se fue de caza a Nasu-no. Yo lo seguí y allí mismo, mientras cazaba, le insistí una y mil veces y de varias maneras. Finalmente, me concedió el indulto. Por eso he tardado tanto, y comprendo tu ansiedad por mi demora.

Tokimasa le respondió:

—Los veinte días que prometí a Su Reverencia, en efecto, ya habían pasado, por lo que pensé que el señor de Kamakura había negado el indulto. Pero me traje al muchacho hasta aquí creyendo que tal

[5] Concretamente la batalla del río Fuji cuando Koremori estuvo al frente del ejército Heike como capitán general. Véase Libro 5, cap. XI.

vez iba a producirse el milagro. ¡Cómo me alegro ahora de no haberlo matado! ¡Qué terrible error hubiera cometido...!

Ordenó que trajeran dos caballos para que los dos criados de Rokudai pudieran regresar montados a la capital. El mismo Tokimasa los escoltó un buen trecho.

—Quisiera acompañaros más tiempo, pero tengo asuntos importantes que tratar con el señor de Kamakura. Despidámonos aquí.

Y Tokimasa se despidió de los criados. ¡Qué compasivo acto y qué magnánimo corazón el de este señor de la guerra![6].

Por su parte, el asceta Mongaku se llevó al joven Rokudai y los dos, día y noche, viajaron hacia la capital, pasando los últimos días del año en Atsuta, provincia de Owari. Fue la tarde del quinto día del nuevo año cuando entraron en la capital. La residencia del monje en la gran ciudad estaba entre Nijō e Inokuma, y fue allí donde Rokudai se quedó un rato para descansar del viaje. A medianoche llegaron a Daikaku-ji, donde estaba su madre. Llamaron a la puerta, pero no respondía nadie. Del muro en ruinas que rodeaba la casa salió corriendo el perrito blanco que Rokudai cuidaba. Se le acercó moviendo la cola con alegría. El muchacho, emocionado, preguntó al perro:

—¿Dónde está mi madre?

Saitō-roku saltó por el muro, entró y abrió la puerta desde dentro. Parecía que no vivía nadie en la casa desde hacía muchos días. Rokudai, desolado, dijo:

—Si he podido continuar con esta vida tan efímera, ha sido porque deseaba volver a ver a mis seres queridos. ¿Qué habrá sido de ellos?

Vencido por la tristeza, el muchacho pasó llorando el resto de la noche. ¡Qué pena daba verlo llorar así! Estuvo esperando a que amaneciera para preguntar a los vecinos por el paradero de su madre y su ama de cría. Le respondieron:

[6] Hōjō Tokimasa (1138-1215), suegro y protector de Yoritomo cuando éste estaba desterrado en Izu, sería en realidad el gran vencedor de las guerras Gempei. En efecto, a la muerte de Yoritomo se convirtió en regente (1203) y su clan, y no el de Yoritomo, cuyos hijos de otras mujeres resultaron incapaces para gobernar, fue el que sostuvo durante más de un siglo las riendas del poder real. Al final de su vida se retiró a Izu y entró en religión.

—Nos dijeron que se iban en peregrinación a Nara para rezar ante el gran Buda. Dijeron también que a principio de Año Nuevo irían al templo de Hase. Pero en los últimos días no hemos visto a nadie entrar ni salir de la casa.

Saitō-go fue corriendo al templo de Hase y, tras preguntar a unos y otros, dio finalmente con ellas. Después de contarles todo lo sucedido, ni la madre ni el ama de cría de lo creían. Dijeron las dos:

—¡Ay, que esto debe ser un sueño! ¡No puede ser verdad!

Sin pérdida de tiempo, volvieron a Dakaku-ji. Al ver a Rokudai, rompieron a llorar de alegría. Cuando pudo hablar, la madre le dijo:

—¡Vamos, hijo, debes tonsurarte enseguida!

Pero el venerable asceta, viéndolos tan felices, no se decidía a obligar a Rokudai a dejar el mundo tan pronto. Pero se lo llevó al templo de Takao, donde lo instaló en una celda. Y además preparó otra para su madre, que a veces venía a visitarlo y consolarse. ¡En verdad qué infinita es la misericordia y benevolencia de la diosa Kannon que salva por igual a justos y pecadores! ¿Acaso no había sido ella la autora de tal milagro?

Poco tiempo antes, cuando Tokimasa se dirigía a Kamakura escoltando a Rokudai, había recibido en Kagami a un mensajero de Yoritomo, el señor de Kamakura.

—¿Qué ocurre? —preguntó Tokimasa.

—Parece que Yukīe y Yoshinori se han aliado con Yoshitsune, el joven general. Nuestro señor Yoritomo te ordena que partas a destruirlos.

—Pero ahora llevo a un prisionero importante y no puedo ir —dijo Tokimasa. Pero ordenó a su sobrino Tokisada, que lo acompañaba en los bosques de Oiso:

—Ve tú. Vuelve ahora mismo a la capital. Busca a Yukīe y a Yoshinori, donde quiera que se encuentren, y mátalos. Luego se lo dices al señor de Kamakura.

Tokisada regresó a la capital y se puso a buscarlos. Se le presentó entonces un bonzo que afirmaba conocer el paradero de Yukīe. Cuando Tokisada lo apremió a que le dijera dónde estaba, el bonzo contestó:

—Yo mismo no lo sé, pero conozco a otro monje que lo sabe.

Fueron a buscar al monje y lo prendieron.

—Pero, ¿por qué me atáis? —preguntó.

—Te hemos prendido porque nos han dicho que sabes dónde está Yukīe.

—¿Por qué entonces no me lo habéis preguntado directamente en lugar de atarme? Me han dicho que se encuentra en el templo de Tennō.

—Llévanos hasta él —le ordenaron.

Tokisada envió a Tennō-ji una fuerza de treinta soldados, además de su propio yerno, Kasahara no Jurō Kunihisa, y otros tres criados, Uehara Kuro, Kuwabara Jirō y Hattori Heiroku.

En Tennō-ji, Yukīe vivía en dos sitios. Uno era la casa de un maestro de música llamado Kaneharu y el otro la de Shinroku y Shinshichi. Los hombres de Tokisada, cuando se enteraron de esto, dividieron sus fuerzas en dos grupos, cada uno de los cuales atacaría una casa. En ese momento Yukīe se encontraba en la casa del músico, pero, al comprender que unos hombres armados venían en su busca, se escapó por la puerta trasera. El maestro de música tenía dos hijas, amantes de Yukīe, que fueron detenidas e interrogadas sobre el lugar al que había escapado Yukīe. La hermana mayor respondía:

—Preguntad a mi hermana menor.

Y la hermana pequeña replicaba:

—Preguntad a mi hermana mayor.

Seguramente Yukīe no habría tenido tiempo de decirles dónde iba cuando abandonó la casa tan precipitadamente. Pero los soldados se llevaron a las dos mujeres a la capital.

Yukīe había huido a Kumano acompañado sólo por un samurái. Debido a una lesión en la pierna de este samurái, tuvieron que quedarse en Yaginogo, provincia de Izumi. Pero el dueño de la casa donde se alojaron sabía que eran fugitivos, así que anduvo toda la noche hasta llegar a la capital para informar a Tokisada.

—Los hombres que mandé a Tennō-ji todavía no han vuelto y ando escaso de soldados. ¿A quién podré enviar? —se preguntaba Tokisada.

Mandó llamar entonces a Muneharu, uno de sus criados, y le preguntó:

—¿El bonzo del templo Enryaku sigue aún en tu casa?

—Sí, señor.

—Bien, llámalo.

Cuando llegó el bonzo, Tokisada le dijo:

—Sabemos dónde está Yukīe. Mátalo y después vas a Kamakura, allí el señor Yoritomo te dará una buena recompensa.

—De acuerdo, lo haré. Pero necesito llevar a algún hombre.

—No tengo a nadie más que a Muneharu. Llévatelo.

Pero aparte, Tokisada reunió a catorce o quince criados y sirvientes para que fueran detrás de Muneharu y el bonzo que se llamaba Hitachi-bō Shōmei. Cuando estos dos llegaron a la provincia de Izumi, se dirigieron a la casa donde les habían dicho que se había refugiado Yukīe, pero éste ya no estaba. Rompieron el suelo de tablas de madera para ver si se había ocultado debajo. También registraron en los armarios. Después de buscar en vano, el bonzo Shōmei salió a la calle y, plantándose en medio, se puso a mirar alrededor. Pasaba por allí en ese momento una mujer mayor con aspecto de campesina. La detuvo y le preguntó:

—¿Sabes dónde se aloja por aquí un forastero? Si no me lo dices, te mato aquí mismo.

—En esa casa, donde habéis estado registrando, se hospedaron hasta ayer dos viajeros de aspecto distinguido. Me parece que esta mañana se fueron y se trasladaron a aquella casa grande de allí.

Shōmei, después de ponerse una coraza de costuras negras y empuñar una gran espada, se fue corriendo hacia la casa que le había indicado la mujer. Cuando entró, vio un hombre de unos cincuenta años con un gorro negro bajo y un traje de caza que servía dulces y *sake* de una botella. Al ver a un bonzo armado que venía hacia él, dejó la botella y huyó precipitadamente. El bonzo se disponía a perseguirlo, cuando oyó una voz detrás de él:

—¡Eh, bonzo! Te has equivocado de hombre. Es a mí a quien buscas.

Shōmei se dio la vuelta y se encontró con Yukīe. Este famoso samurái llevaba ese día un kimono blanco de mangas cortas y un amplio *hakama*. En la mano izquierda sostenía una daga engastada en oro y, en la derecha, una espada.

—¡Suelta las armas! —le ordenó el bonzo.

Pero lo que Yukīe soltó fue una sonora carcajada. Shōmei se fue contra él con un grito e intentó golpearlo. Yukīe paró el golpe con su espada y dio un salto. Shōmei volvió a abalanzarse contra él. De nuevo Yukīe se protegió con su espada y se apartó de un salto. Así estuvieron

por espacio de dos horas, juntándose y separándose. El samurái retrocedió hasta entrar en un armario que había en la estancia.

—¡No te metas ahí! ¿Dónde está tu espíritu guerrero? —le preguntó el bonzo.

—¡Tienes razón! ¡Aquí estoy! —le respondió el samurái, que nuevamente volvió a la carga.

El bonzo tiró su espada y se agarró a su enemigo. Los dos cayeron al suelo y rodaron uno encima del otro. Entonces apareció Muneharu, el hombre que había venido con el bonzo. Se asustó tanto al verlos pelear así que no se le ocurrió desenvainar la espada. Pero echó mano a una piedra y con ella golpeó en la frente a Yukīe. Éste, sin embargo, se echó a reír y, burlándose de él, dijo:

—¿No te da vergüenza agredir a tu enemigo con una piedra? Hasta los sirvientes deben atacar con la espada o la alabarda. ¿A qué esperas para venir a por mí?

—¡Átale los pies! —le ordenó el bonzo Shōmei.

Pero Muneharu seguía tan nervioso que, sin darse cuenta, ató los pies de Yukīe junto a los de Shōmei. Finalmente, pudo rodear el cuello del samurái con una cuerda. Una vez que Yukīe se encontró atado y sin poder moverse, pidió:

—Dadme agua.

Le trajeron arroz reseco dentro de un cuenco de agua. Bebió el agua y dejó el arroz, que se lo comió el bonzo. Entonces preguntó Yukīe:

—¿Por ventura eres un bonzo de la montaña[7]?

—Así es —repuso Shōmei.

—¿Cómo te llamas?

—Hitachi-bō Shōmei, de la pagoda del este que hay en la ladera norte de la montaña.

—¿No eres tú el que dijo una vez que quería entrar a mi servicio?

—Así es.

—¿Quién te manda? ¿Yoritomo o Tokisada?

—Me envía el señor Yoritomo.

Y añadió el monje:

[7] Por antonomasia, del monte Hiei, al lado de la capital, donde estaba el gran complejo monástico de Enryaku-ji.

—¿Es verdad que intentaste matar al mismo Yoritomo?

El samurái respondió:

—¿De qué me sirve a estas alturas decirte la verdad? ¿Acaso cambiaría mi suerte si te contestara? Por cierto, ¿qué te ha parecido mi forma de luchar?

—He combatido en muchos lances en el monte Hiei, pero jamás me había enfrentado a un hombre tan poderoso como tú. En cuanto a mi fuerza, ¿qué te ha parecido?

—¿Qué puedo decirte ahora que me has vencido? Acércame un momento esa espada... —le pidió el samurái Yukīe.

Comprobaron entonces que la espada del samurái no tenía el filo mellado, mientras que la del monje estaba mellada en cuarenta y dos puntos.

Prepararon rápidamente un caballo para transportar al prisionero a la capital. Esa noche se hospedaron en un burdel de Eguchi[8], desde donde Shōmei despachó un mensajero urgente a la capital. Al día siguiente, a eso de la hora del caballo (mediodía), se encontraron en Akai[9], en la ribera del río Yodo, con Tokisada, al que acompañaban unos cien jinetes con pendones. Esto dijo a Shōmei:

—El edicto imperial prohíbe que este hombre entre en la capital. También el señor de Kamakura lo ha prohibido. Córtale la cabeza cuanto antes y llévala a Kamakura, donde el señor Yoritomo te recompensará.

—En tal caso... —asintió el monje.

Así, Yukīe fue decapitado en Akai.

En cuanto al otro hombre buscado, Shida Yoshinori, se decía que estaba escondido en los montes de Daigo. Fueron enviadas tropas para buscarlo allí, pero fue en vano. Según otro rumor, había huido a la provincia de Iga. Esta vez fue Heiroku, uno de los samuráis de Tokisada, el enviado a ese lugar para capturarlo. Cuando Heiroku llegó, le dijeron que Yoshinori estaba en el templo de la montaña de Sendō. Fueron allí y lo rodearon. Yoshinori, que iba vestido ese día con un kimono de mangas cortas y un *hakama* amplio, al verse cercado, echó mano a una daga con empuñadura de oro y con ella se abrió el vien-

[8] En el actual barrio de Higashi Yodogawa, en la ciudad moderna de Osaka.

[9] En la actual ciudad de Yodo, Kuze-gun, Kioto.

tre, muriendo enseguida. Así se lo encontró Heiroku, que, sin embargo, lo decapitó y, sin perder tiempo, se llevó la cabeza a la capital para mostrársela a Tokimasa.

Tokimasa le dijo:

—Llévala enseguida a Kamakura, donde el señor Yoritomo te recompensará.

Así pues, Shōmei y Heiroku tomaron las respectivas cabezas de sus enemigos y emprendieron viaje a Kamakura. Yoritomo los recibió y les dijo simplemente:

—¡Bien hecho! —Sin embargo, ordenó que a Shōmei lo desterraran a Kasai.

El bonzo se quejaba amargamente con estas palabras.

—Creí que por ir a Kamakura iba a ser recompensado. Lejos de eso, me han desterrado. Si lo hubiera sabido, no habría arriesgado mi vida.

Pero dos años después lo llamaron y fue recibido por el señor de Kamakura, que le dijo:

—Si te he castigado ha sido porque los que matan a grandes guerreros están desnudos de la protección de los hombres y de la compasión de los dioses.

Pero esa vez, como recompensa, le entregaron a Shōmei la administración de dos poblados, Tadano, en la provincia de Tajima, y Hamuro, en la de Setsu.

En cuanto a Heiroku, como antes había servido a los Heike, le devolvieron las tierras que le habían confiscado poco antes.

CAPÍTULO IX

LA EJECUCIÓN DE ROKUDAI

En cuanto a Rokudai, fue creciendo y llegó a los catorce o quince años de edad. No hacía más que crecer también en apostura y su gracia resplandecía. Su madre, cuando lo veía, se quejaba así:

—¡Ay, si corrieran otros tiempos! Seguro que mi hijo ya sería capitán de la Guardia Imperial...

Pero la situación en la que estaba era, más bien, digna de lástima, según sabréis pronto.

El señor de Kamakura estaba intranquilo por el hecho de que Rokudai siguiera vivo, y cada vez que se encontraba con el asceta Mongaku de Takao no dejaba de preguntarle:

—¿Qué tal sigue el hijo de Koremori? ¿Creéis que algún día se alzará para destruir al enemigo del Imperio y limpiará el honor de su familia como hice yo y tal como me lo predijo Su Reverencia hace unos años al estudiar mi fisonomía?

—¡Tranquilo! Su sospecha es absolutamente infundada. No hay razón para preocuparse —le respondió Mongaku.

Pero Yoritomo no las tenía todas consigo, porque de sus labios añadió el siguiente comentario:

—A Su Reverencia parece gustarle estar de parte de todos los que levantan la bandera de la rebelión. No me preocupo por lo que pueda ocurrir mientras yo viva, pero sí por lo que les pueda ocurrir a mis descendientes.

¡Palabras, ciertamente, temibles!

Cuando a la madre de Rokudai le llegaron noticia de esos comentarios, se alarmó y dijo a su hijo:

—Ese hombre no nos va a dejar en paz. ¡Vamos, hijo! Debes tonsurarte cuanto antes.

En la primavera del quinto año de la era Bunji (1189), a la edad de dieciséis años, Rokudai se cortó su hermoso cabello, que le llegaba hasta los hombros. A continuación se vistió una túnica y un *hakama* de color verde oliva, y se echó a la espalda el arca de monje peregrino. Pidió licencia a Mongaku y partió en peregrinación. Vestidos de la misma guisa, lo acompañaron sus fieles criados, Saitō-go y Saitō-roku. Primeramente, se dirigieron al monte Kōya y visitaron al monje Tokiyori, que había ayudado a su padre a morir en el camino de Buda. Rokudai preguntó al monje por qué su padre había abrazado la vida religiosa, cómo había pasado sus últimos días y dónde yacían sus restos[10]. Por eso, después de enterarse, emprendieron camino a los san-

[10] Véase Libro 10, caps. IX-XII.

tuarios de Kumano. Desde el santuario de Hama-no-miya divisó la isla de Yamanari, en cuyas costas su padre se había ahogado, y sintió deseos de seguir sus huellas. Pero entonces se levantó un fuerte viento que formó olas tan altas que le impidieron poner en práctica su deseo. Tuvo que contentarse con contemplar el lugar desde lejos. ¡Ah, cómo hubiera querido preguntar a las olas que se estrellaban contra la costa por el lugar donde se había hundido su padre! Imaginaba que entre los granos de la arena arrastrada en la playa podían encontrarse sus restos, y estos lúgubres pensamientos le hacían mojar y mojar las mangas de su túnica con lágrimas de infinita tristeza. Cualquiera diría que sus mangas, nunca secas, no eran suyas, sino las de una mujer buceadora[11]. Se pasó la noche entera entregado a devociones y a la lectura de sutras, y con el dedo trazó la imagen de Buda sobre la arena de la playa. Cuando amaneció, mandó llamar a un monje de alto rango que vivía por allí para que oficiara una ceremonia en memoria de su padre. Deseaba comunicarse con el espíritu paterno, que estaba en el mundo del más allá, y absorber todas las virtudes de sus buenas acciones. Así, en íntima comunión con su padre, Rokudai inició el regreso a la capital.

Por otro lado, uno de los hijos de Taira no Shigemori, Tadafusa, que había sido dado por desaparecido tras la batalla de Yashima, en realidad había huido a la provincia de Mī, donde estaba bajo la protección de Muneshige, señor de la fortaleza de Yuasa. Cuando se supo esto, algunos importantes samuráis de los Heike, como Moritsugu, Tadamitsu, Kagekiyo y Kagetaka, así como guerreros de las provincias de Iga y de Ise, se apresuraron a ponerse de su parte. Corrió entonces la noticia de que unos cien valientes jinetes se habían reunido y hecho fuertes en el bastión de Muneshige. Entonces, el señor de Kamakura, Yoritomo, decidió enviar a Tanzō, el administrador civil del santuario de Kumano, para que los atacara y sometiera. Durante dos o tres meses, Tanzō atacó la fortaleza hasta ocho veces, pero en todas ellas salió derrotado y no logró someter a los defensores. Envió entonces un mensaje al señor de Kamakura que decía así:

«Ocho veces a lo largo de dos o tres meses hemos atacado sin cuartel la fortaleza de Yuasa de esta provincia, pero nuestros enemi-

[11] Sobre estas mujeres buceadoras o *ama*, véase la n. 28 en el Libro 11 (pág. 751).

gos, señor, combaten ferozmente y mis aliados y yo salimos derrotados en cada encuentro. Lo intentaré de nuevo si Su Excelencia me autoriza a reclutar a los soldados de las dos o tres provincias vecinas».

Pero Yoritomo no se lo autorizó, sino que le mandó decir:

«Si te concedo tu petición, la economía del Imperio se resentiría y además perdería a muchos soldados. Seguramente los hombres encerrados en la fortaleza son piratas y forajidos de la montaña. Vigila las puertas de la fortaleza y los puestos de control de los caminos para que nadie entre ni salga de la fortaleza».

Tanzō obedeció estas instrucciones. Al poco tiempo de hacerse efectivo el cerco, la resistencia de la fortaleza, como predijo Yoritomo, se fue debilitando hasta que no quedó ninguno en el interior. Luego Yoritomo mandó decir:

«Deseo perdonar la vida a cualquiera de los hijos de Shigemori. La razón de este indulto es que, gracias a la compasión de Shigemori cuando hizo de mensajero de Ike-no-zenni[12], a mí también me perdonaron un día la vida a cambio del destierro».

Cuando Tadafusa, el hijo de Shigemori, supo esto, decidió salir de la fortaleza y entregarse. Lo llevaron a Rokuhara y de ahí a Kamakura. Yoritomo lo recibió y le dijo:

—Bien, ahora quiero que vuelvas a la capital. He pensado que te mandaré a un lugar en las afueras de la capital donde podrás vivir muy bien.

Palabras engañosas, en verdad, pues, poco después de que partiera Tadafusa, el señor de Kamakura mandó a unos asesinos para que lo siguieran y mataran cerca del puente Seta.

Además de sus seis hijos legítimos, Shigemori tuvo otro llamado Munezane, que había sido gobernador de Tosa. Desde los tres años de edad, fue adoptado por Tsunemune, ministro de la Izquierda, por lo que tuvo que abandonar su apellido y renunciar a su filiación con los Heike. Además dejó los usos del arte de la guerra y adoptó los del arte de las letras. Aunque el señor de Kamakura no reclamó su entrega, su

[12] Ike-no-zenni impidió con sus ruegos que su hijo adoptivo, Kiyomori, matara a Yoritomo, tercer hijo de Yoshitomo, ejecutado por apoyar la Insurrección de Heiji en 1159.

padre adoptivo, Tsunemune, por temor a posibles represalias, decidió expulsarlo de su casa. Munezane tenía entonces dieciocho años.

Sin saber muy bien a dónde ir, al joven Munemori se le ocurrió dirigir sus pasos a la celda del monje Shunjō-bō, de Daibutsu, en Nara. Le dijo:

–Reverencia, yo soy el hijo menor de Taira no Shigemori. Me llamo Munezane. Abandoné las artes de la guerra y durante estos años me he dedicado sólo al mundo de las letras. Este año cumplo dieciocho. El gran señor de Kamakura, Minamoto no Yoritomo, no me ha reclamado, pero me han expulsado de mi hogar adoptivo por miedo. Deseo que Su Reverencia me admita como discípulo.

Con estas palabras, él mismo se cortó la coleta. Después, siguió diciendo:

–Si, a pesar de esto, Su Reverencia considera que mi presencia es un riesgo, tenga a bien informar a Kamakura y lléveme al lugar que desee, pues sé bien que el *karma* con el que nací es realmente adverso.

El monje Shunjō-bō se apiadó del joven, aceptó su tonsura y lo admitió por un tiempo en una dependencia del templo Tōdai llamada Aburakura, el almacén de aceites. Pero, finalmente, el monje decidió viajar al este para dar aviso a Yoritomo de la presencia del joven. Cuando lo supo, el señor de Kamakura le ordenó:

–Después de recibirlo, decidiremos qué hacer con él. Primero, que venga a mi presencia.

El monje no tuvo más remedio que obedecer y lo entregó a las autoridades. El joven Munezane emprendió el viaje. Pero decidió no comer ni beber desde su partida de Nara. Ni siquiera una gota de agua tibia o fresca pasó por su garganta. Desfallecido, en un lugar llamado Sekimoto, pasadas las montañas de Ashigara, pereció de hambre. ¡Qué admirable aceptación de su destino sabiendo bien que no sería perdonado!

Poco después, el día siete del mes undécimo del primer año de la era de Kenkyū (1190), Yoritomo, el gran señor de Kamakura, hizo su entrada en la capital del Imperio. Dos días más tarde, el día nueve, fue nombrado consejero mayor del segundo rango de la nobleza; el once, capitán general de la Derecha. Pero poco después, el día cuatro del mes siguiente, abandonó sus cargos y emprendió el regreso a Kamakura.

El día trece del tercer mes del tercer año de la era de Kenkyū (1192), falleció el emperador-monje Goshirakawa. Tenía sesenta y seis años. Esa noche el sonido del gong que Su Majestad tocaba a diario cesó para siempre. A la mañana siguiente la voz que entonaba a diario el sutra del Loto se apagó por toda la eternidad. El día trece del tercer mes del sexto año de esa misma era, tuvo lugar la ceremonia de reconstrucción del Daibutsu, el Gran Buda. Con ese motivo, el señor de Kamakura acudió a la capital en el segundo mes. Cuando el día doce se presentó ante la gran sala del Daibutsu, en Nara, mandó llamar a Kajiwara Kagetoki y le dijo:

—Entre el grupo de bonzos que hay al sur de la puerta Tengai, acabo de reconocer a un hombre sospechoso. Detenlo y tráemelo.

Kagetoki recibió la orden y se lo trajo. Era un hombre afeitado, pero que no se había cortado la coleta.

—¿Quién eres? —le preguntó Yoritomo.

—Ahora que mi destino está sellado, no tengo nada que ocultar. Me llamo Satsuma no Nakatsukasa Iesuke, soy un samurái de los Heike.

—¿Y qué te ha traído hasta aquí?

—Vine para matarte, si se me presentaba la ocasión.

—Un propósito valiente —comentó Yoritomo.

Acabada la ceremonia religiosa, Yoritomo volvió a la capital y ordenó que decapitaran al samurái en la ribera del río Kamo.

Desde el invierno del primer año de la era de Bunji (1185), los descendientes de los Heike habían sido exterminados. Se mató incluso a los niños de uno y dos años; y poco faltó para que se buscara en los vientres de las madres. Se pensaba que ya no quedaba ninguno. Pero aún quedaba uno. Era Tomotada, el hijo menor de Tomomori, el consejero medio. Cuando los Heike se marcharon de la capital, fue abandonado con sólo tres años. Lo adoptó entonces Tamenori, un samurái de la Guardia Imperial de la provincia de Kī. Para no llamar la atención, siempre andaban escondidos y vivían en secreto en un lugar llamado Oota, provincia de Bingo. Pero conforme el niño iba creciendo, los grandes propietarios de la comarca y los alcaldes de las aldeas dieron en sospechar de él. Entonces, decidieron trasladarse a la capital y se instalaron discretamente en un lugar llamado Ichi-no-hashi que dependía del templo Hōsya. Era un sitio sobre el que su abuelo, Kiyomori, había una vez dicho: «Es un buen lugar y merece ser fortificado».

Lo había equipado con dos fosos defensivos y arboledas de bambúes en los cuatro costados. Ahora, Tomotada y su protector, el samurái Tomenori, plantaron afiladas estacas alrededor del lugar para reforzar la defensa. Por el día vivían sin hacer ruido; pero por la noche se convertía en un lugar donde se reunía mucha gente a entonar canciones y recitar poemas. ¿Cómo no iban a acabar por enterarse los vecinos tarde o temprano?

Por esos tiempos vivía un hombre que infundía mucho temor. Se llamaba Yoshiyasu de Ichijō, del segundo rango y hermano político de Yoritomo. A uno de sus samuráis, de nombre Mototsuna, que pertenecía a la Guardia Imperial y era hijo de Motokiyo, le llegó el rumor de que en Ichi-no-hashi se ocultaba alguien rebelde al edicto imperial. En consecuencia, el día siete del décimo mes del séptimo año de la era Kenkyū (1196), a eso de la primera hora del dragón (siete y media de la mañana), unos ciento cuarenta o ciento cincuenta jinetes, al mando de Mototsuna y lanzando gritos de combate, atacaron la fortaleza de Ichi-no-hashi. Desde dentro unos treinta hombres con los hombros desnudos respondieron con una lluvia de flechas desde el bosque de bambúes. Cayeron muertos muchos caballos y atacantes. No había forma de conquistar la fortaleza.

Cuando llegó a la capital la noticia de que había un foco de resistencia de los Heike, se movilizaron enseguida los samuráis de la ciudad. No tardaron en acudir en tropel mil o dos mil guerreros. Destruyeron las casas del vecindario y, después de rellenar los fosos, arremetieron contra la fortaleza entre gritos de guerra. Los soldados del interior desenvainaron las espadas y corrieron para defenderse. De entre éstos, unos murieron y otros se quitaban la vida al verse malheridos. Tomotada, que a la sazón contaba dieciséis años, quedó herido de gravedad y decidió quitarse la vida con su mano. Tamenori, su guardián, puso sobre sus rodillas el cuerpo sin vida de su joven señor y dejó caer lágrimas y lágrimas. Después, invocó en voz alta el nombre de Amida Buda diez veces, se abrió el vientre y murió. Sus dos hijos, Tarō y Jirō, cayeron en el combate.

Así, la mayor parte de los treinta soldados defensores de la fortaleza perecieron en combate o se evisceraron como Tamenori. Los asaltantes habían prendido fuego al palacio, por lo que tuvieron que apresurarse para cortar las cabezas de todos los defensores y llevárselas

clavadas en las puntas de sus espadas y alabardas. De esa forma, regresaron a la capital para entregar las cabezas decapitadas a Yoshiyasu.

No tardó en aparecer éste en su carruaje. Se bajó y se puso a examinar las cabezas. La cabeza de Tamenori fue reconocida por algunos hombres, pero no había nadie capaz de reconocer la de Tomotada. Enviaron entonces a buscar a su madre, llamada Tsunobe Jikubyō, al servicio de la dama imperial de Hachijō. Cuando le mostraron una de las cabezas, dijo:

—Cuando mi marido, el difunto consejero medio Tomomori, me llevó a los países del oeste, mi hijo tenía tres años. No he sabido desde entonces si estaba vivo o muerto. Jamás logré averiguar su paradero. Pero, ¡ay, que esas facciones me recuerdan a las de mi marido! ¡Sin duda debe ser él! ¡Mi hijo!

Y rompió a llorar.

Entonces supieron que esa cabeza pertenecía a Tomotada.

Había también un samurái de los Heike, Moritsugu, que había huido a la provincia de Tajima, donde se había casado con la hija de Dōkō Kehi. Este Dōkō ignoraba el pasado de su yerno y no sospechaba siquiera que era el famoso samurái Moritsugu. Pero, como reza el dicho, la punta del gancho acaba siempre asomando por la bolsa. Cuando caía la noche, el samurái sacaba el caballo de su suegro y galopaba y galopaba hasta la playa, se metía en el mar sobre el caballo hasta catorce, quince y veinte *chō* mar adentro.

Estas costumbres levantaron las sospechas del señor del lugar, llamado Takakiyo, y de los guardias. El caso es que, sin saber nadie cómo, pronto llegó una orden del señor de Kamakura: «Para Takakiyo de Asakura, natural de la provincia de Tajima: tengo noticias de que Moritsugu, de la Guardia Imperial de Etchū y fiel a los Heike, se encuentra en tu provincia. Préndelo y tráemelo hasta aquí».

Takakiyo era, a su vez, suegro de Dōkō, al que preguntó:

—¿Cómo nos las vamos a arreglar para capturarlo?

—Cuando esté en el baño —respondió Dōkō.

Y, en efecto, mientras Moritsugu se bañaba en agua caliente, entraron de repente cinco o seis hombres fuertes que trataron de hacerse con él. Pero, debido a la escurridiza piel mojada de Moritsugu y a su fuerza y agilidad, acabaron empapados de agua y fueron incapaces de agarrarlo. Cada vez que lo intentaban, el samurái se zafaba dándoles

patadas. Llamaron a más hombres. Entraron en tropel veinte o treinta soldados más que cayeron sobre Moritsugu, al que golpearon con el recazo de sus espadas y el astil de sus alabardas. Por fin pudieron reducirlo, lo ataron y de inmediato lo llevaron a Kamakura.

Yoritomo se plantó delante de él y comenzó a interrogarlo:

—Si tan fiel eras a los Heike, ¿por qué no has muerto con ellos?

—Porque deseaba seguir vivo para buscar el momento de matarte. ¡Tan cruel y rápida fue la destrucción de todos los Heike! Todo este tiempo me he preparado para acabar contigo. Todos los días afilaba mi espada. Todos los días aguzaba las puntas de mis flechas pensando en lo mismo. Acechaba la ocasión para matarte. Pero ahora que mi destino está sellado, no puedo darte más explicaciones.

—Tu valor es admirable. Te perdono la vida si aceptas pasar a mi servicio. ¿Qué te parece?

—Señor, un guerrero no tiene dos amos. Si te fías de mí, te podrá pesar. Si de verdad me quieres favorecer, te ruego que me cortes la cabeza cuanto antes.

—Sea como quieres. —Y ordenó a sus soldados—: Ejecutadlo.

Lo sacaron a la playa de Yui y le cortaron la cabeza. No había quien no admirara la valentía de Moritsugu.

Mientras, el emperador reinante Gotoba estaba sumergido en los placeres de las letras y la música. Todos los asuntos del gobierno de la Corte estaban en manos de su nodriza, Kyo-no-tsunobe. El pueblo se sentía decepcionado y lamentaba tal situación.

Antiguamente, en China, el emperador Wu deseaba tener hombres diestros con la espada, y fueron muchos en el pueblo los que recibieron heridas para que esos hombres se entrenasen. Y el emperador Chu era aficionado a las mujeres delgadas, y fueron muchas las damas de la Corte que murieron de hambre por querer agradar al soberano. Así pasa con la gente: los súbditos siempre desean hacer el juego a las preferencias de sus señores. El resultado era que los hombres de corazón sensible se dolían por el rumbo que iban tomando los destinos del Imperio.

Uno de estos hombres era el asceta Mongaku, hombre de espíritu osado y sin pelos en la lengua. A propósito del emperador Gotoba, se atrevió a hacer comentarios que jamás hubieran debido salir de sus labios. Por entonces, había un príncipe, el segundo hijo del difunto

emperador Takakura y segundo también en la sucesión al trono. Era un hombre estudioso y de conducta ejemplar. Mongaku concibió el plan de hacer subir al trono a este príncipe. Pero sabía que, mientras viviera Yoritomo, su plan no podría realizarse, por lo que decidió esperar. El día trece del primer mes del décimo año de Kenkyū (1199), murió el señor de Kamakura. Entonces, Mongaku se dispuso a levantar la bandera de la rebelión. Su plan, sin embargo, fue rápidamente descubierto. Se presentaron en su residencia de Nijō Ikokuma un grupo de soldados que lo prendieron y condenaron a vivir desterrado en la provincia de Oki[13]. Tenía entonces ochenta años. Cuando salía de la capital rumbo a su lugar de destierro, pronunció unas palabras temibles y osadas. Bien las oiréis:

—¡Disgustado estoy con este jovenzuelo aficionado al juego de pelota[14]! ¿Cómo se atreve a mandar a un pobre anciano como yo que puede morir hoy o mañana a la distante provincia de Oki? ¿No podría haberme desterrado a los alrededores de la capital? ¿Es que ignora su destino? ¿No sabe que yo lo recibiré a él en la misma tierra donde ahora me envía?

El emperador Gotoba era en efecto amante del juego de pelota. Pero la atrevida predicción de Mongaku resultó profética, pues cuando fracasó su rebelión de Jōkyū[15] el emperador Gotoba fue también desterrado a Oki. Cuentan que el espíritu de Mongaku causó alborotos en la isla y que se aparecía para atemorizar al Emperador.

Mientras tanto, Rokudai se había hecho monje y había tomado el nombre de Sani-no-zenji. Llevaba una vida apartada en Takao, entregado a sus devociones. El señor de Kamakura, sin embargo, seguía sospechando de él. Un día hizo este comentario:

[13] La isla de Oki está en el mar de Japón.

[14] El juego de pelota o *gicho* era similar al del actual croquet.

[15] El emperador Gotoba (1180-1239), el cuarto hijo del emperador Takakura y de una dama del clan de los Fujiwara, inició en 1199 los preparativos de una rebelión, tras la muerte de Yoritomo, destinada a restablecer la autoridad imperial y a derrocar al gobierno militar de Kamakura. El golpe de estado tuvo lugar en 1221, y es conocido en la historia japonesa como la Insurrección de Jōkyū, pero fue abortado por el clan de samuráis de los Hōjō, heredero del gobierno militar de Yoritomo. Gotoba fue desterrado, como predijo Mongaku, a la lejana e inhóspita isla de Oki, donde habría de pasar dieciocho años y donde moriría sin regresar jamás a la capital.

—Al fin y al cabo, no deja de ser hijo de Taira no Shigemori y discípulo de Mongaku. «El hábito no hace al monje» y, por mucha tonsura que se haya hecho en la cabeza, un corazón rebelde no se tonsura tan fácilmente.

Mandó varias peticiones a la Corte Imperial para que lo mataran. Finalmente, Sukekane, capitán de la Guardia Militar, recibió la orden de detenerlo y conducirlo a Kamakura. En el camino, en la ribera del río Tagoshi, un hombre de la provincia de Suruga llamado Yasutsuna recibió la orden de decapitarlo. Fue un milagro de la diosa Kannon de Hase que su vida se hubiera prolongado de los doce a los treinta años.

Con la muerte de Rokudai, el clan de los Heike desapareció por siempre de la faz de la tierra.

EPÍLOGO [1]

CAPÍTULO I

LA DAMA IMPERIAL TOMA LOS VOTOS RELIGIOSOS

Kenreimon-in, la antigua emperatriz, se había instalado en Yoshida, en la falda de la montaña de Higashi-yama. Vivía en una humilde cabaña, propiedad de un monje de Nara llamado Kyōe, *sōjō* y consejero medio. Habían pasado muchos años desde que la vivienda fuera abandonada. En el jardín, la hierba se había convertido en maleza y los helechos se colaban por la techumbre de paja. En el suelo las alfombras estaban raídas, y el dormitorio quedaba expuesto a la lluvia y al viento. Las flores habían abierto sus capullos y por el día exhalaban su fragancia al aire, pero no había ningún dueño de la vivienda que lo pudiera apreciar. Por la noche los rayos de luna bañaban el interior de la cabaña, pero tampoco por la noche había nadie que pudiera admirar el claro de luna. ¡Qué dolor imaginar cómo tuvo que sentirse la dama imperial después de haber vivido en elegantes y resplandecientes palacios con brocados y cortinas de seda! ¡Cómo tuvo que sentirse cuando, separada de los suyos, tuvo que entrar en tan humilde y dilapidada cabaña! Tal vez se sintiera tan extraña como el pez que sale del agua y cae en tierra, o como el ave que abandona su nido. Al reparar en el estado de su nueva morada, añoraba incluso las duras condiciones del mar, cuando vivía a bordo de un barco. Recordaba con nostalgia la estela que dejaba el barco sobre el inmenso océano y el color de

[1] La recitación de este epílogo o *kanjō no maki*, cuyo lirismo resume las doctrinas del budismo amidista, sólo podía ser realizado por los *biwa hōshi* del más alto nivel.

las nubes en los lejanos cielos del oeste. Ahora, lloraba al contemplar la luna que iluminaba el jardín invadido de musgo y de cañas en este recóndito lugar de Higashi-yama. ¡Verdaderamente era triste su destino!

El día uno del quinto mes de la era de Bunji (1185), Kenreimon-in se cortó los cabellos y entró en religión, profesando los sagrados votos del budismo. Parece ser que el monje que ofició la ceremonia de tonsura fue Insei, que vivía en Ashō, en el templo de Chōraku. Como ofrenda, la antigua emperatriz donó los vestidos de su hijo, el difunto emperador Antoku. Se los había puesto hasta poco antes de morir y el aroma de su cuerpo aún los impregnaba. Kenreimon-in quiso conservarlos como recuerdo de su hijo y los había traído desde las lejanas provincias del oeste. Por nada del mundo deseaba deshacerse de ellos, pero al considerar, por un lado, que no tenía otra cosa que dar y, en segundo lugar, que su sacrificio podría servir para el renacimiento en el paraíso de su hijo, los entregó con lágrimas en los ojos. El monje Insei los aceptó sin saber qué decir y, con las mangas de su negro hábito mojadas por la emoción, se retiró. Dicen que con esos vestidos, Insei mandó hacer unos paños que adornaran el Buda de su templo.

Kenreimon-in había recibido el título de «dama de la Corte» a los quince años y el de «dama imperial» al servicio del Emperador a los dieciséis. Durante el día, atendía a sus obligaciones; durante la noche, aceptaba el amor de Su Majestad. A los veintidós años nació el fruto de ese amor, un príncipe que fue declarado heredero. Fue entonces cuando recibió el nombramiento de «Kenreimon». Por ser su padre el antiguo primer ministro y su hijo el emperador Antoku, todo el mundo le guardaba un gran respeto. Ese año cumplía veintinueve años y aún era bella, tan bella como la flor del melocotón. En cuanto a su elegancia, era comparable a la de la flor del loto. Pero ¿qué sentido tenía seguir con su hermoso cabello de jade ahora que había pensado en renunciar al mundo?

Decidió por tanto cortárselo y hacerse monja. Pero, aunque había renunciado al mundo y a sus pompas, aunque había abrazado el camino de Buda, su nostalgia no cesaba. ¿Cómo podría cesar su insondable melancolía cada vez que sus pensamientos se iban a los miembros del clan Heike, cada vez que reproducía la escena de cómo se arrojaban al mar, cada vez que imaginaba el rostro de su hijo, el Emperador-niño, y el de su propia madre, Nī-dono, cuando se arrojaron

los dos juntos por la borda del barco? Entonces, las lágrimas le caían a raudales y se preguntaba qué sentido tenía conservar una vida tan fugaz pero condenada a tanto sufrimiento.

Era el quinto mes y las noches eran cortas[2]. La luz que arrojaba un candil colgado en la pared era pálida y más y más débil cada vez. Durante toda la noche una lluvia incesante había estado golpeando la ventana, produciendo un sonido sordo y triste. La antigua dama imperial pensaba si por ventura el estado de aquellas damas chinas encerradas en el palacio de Shang Yang podía ser más desdichado que el suyo[3].

Cerca de los aleros de la choza un mandarino, tal vez plantado por el anterior dueño de esa vivienda para recordar el pasado, enseñaba sus flores, y el viento soplaba cargado del nostálgico perfume del azahar. Cuando el cuclillo cantó dos o tres veces, la dama recordó un viejo poema[4]. Entonces se le antojó escribirlo sobre la tapadera de su moleta:

Azahar aspiro
de este mandarinelo
que a junio espera.
¿No será que de antiguos
amores aún me acuerdo?

Otras damas de la Corte no tuvieron el coraje de Nī-dono, la esposa de Kiyomori, ni de Kozaishō, la de Michimori, para arrojarse a las profundidades marinas[5]. Fueron apresadas por rudos guerreros y obligadas a regresar a sus lugares natales. Estas mujeres, jóvenes y ancianas, se tonsuraron y entraron en religión, adoptando un aspecto austero y desolador. Muchas se retiraron a vivir en la aspereza de los

[2] El quinto mes lunar correspondía al mes de junio.

[3] Se cuenta que el emperador chino Hsuan Tsung (685-664), el sexto de la dinastía Tang, estaba tan enamorado de su favorita, Yang Kuei Fei, de legendaria belleza, que para evitar sus celos ordenó confinar en el palacio de Shan Yang a las demás damas de la Corte.

[4] Tanto la flor del mandarino (*tachibana*) como el cuclillo o *hototogisu* son motivos favoritos de la poesía clásica japonesa asociados, respectivamente, al mes cuarto (mes de mayo) y al quinto (mes de junio) y, ambos, al tema del amor. El poema que ambas imágenes evocan en Kenreimon-in y citado en el texto es el núm. 139 de la antología *Kokinshū* (op. cit.). También aparece en los *Cantares de Ise* (op. cit.), núm. 60.

[5] Véase, respectivamente, Libro 10, cap. IX, y Libro 9, cap. IX.

montes o en el fondo de los valles o entre fragosas rocas, lugares en los que jamás soñaron que alguna vez vivirían. Sus anteriores moradas en la capital fueron pasto de las llamas y de ellas no quedó ni humo, ni polvo, ni nada. En su lugar había campos despoblados donde crecían con tal lozanía las hierbas que ni siquiera se podía ver a un caminante. El destino de aquellas mujeres era semejante al de aquel hombre que volvió de un país de montañas mágicas y se encontró con su séptima generación de descendientes[6].

Pues bien, volviendo a la historia de la antigua dama imperial, las paredes de su choza habían sido derribadas por el gran terremoto del día nueve del séptimo mes. Ciertamente, no era una vivienda digna. Hasta los guardias que la custodiaban al principio se habían ido. Los setos, descuidados por el abandono estaban cargados de rocío. Era penoso tener que escuchar con rencor el anuncio del otoño que proclamaban los insectos que por allí pululaban. A medida que las noches se alargaban, más difícil le resultaba a Kenreimon-in conciliar el sueño, y eran muchas y muchas las horas que pasaba en vela. Entre la turba de pensamientos que afligían su mente, se cernía la nube de la tristeza del otoño.

¿Cuántas fuerzas le quedarían aún?

En esos tiempos en que todo había cambiado tan bruscamente, ya no le quedaba nadie en quien apoyarse, nadie que la consolara, nadie que la visitara.

CAPÍTULO II

EL TRASLADO A OOHARA

Sin embargo, las esposas de Tadafusa, antiguo consejero mayor, y de Nobutaka, antiguo ministro de Restauraciones Imperiales, la visita-

[6] Véase en el Libro 1 la nota 97 (pág. 143), donde se relata el famoso cuento de Urashima Tarō, que recoge un motivo popular de inspiración taoísta sobre un hombre que tras una breve estancia en un país encantado regresa a su pueblo y se da cuenta de que han pasado varios centenares de años.

ban clandestinamente de vez en cuando y la servían. Kenreimon-in les decía entre lágrimas:

—¡Ay!, ¿quién iba a decirme en el pasado que algún día acabaríais sirviéndome?

Estas palabras hacían que todas las doncellas que la servían mojasen las mangas de sus kimonos.

La choza de la antigua dama imperial se hallaba próxima a la capital y había riesgo de que quedara a la vista de quien pasara por allí. Hasta que su vida, tan fugaz como una gota de rocío, se desvaneciera para siempre, deseaba meterse en lo más espeso del bosque de la montaña, donde no llegaran noticias del mundo ni pudiera acercarse nadie. Pero no sabía cómo poner en práctica este deseo. Finalmente, una de sus antiguas damas de compañía vino a verla y le dijo:

—Hay una ermita en un lugar llamado Jakkō-in, en lo más profundo y áspero de la montaña de Oohara. Es un lugar tranquilo y Su Majestad podría estar bien allí.

—Vivir en la montaña debe ser desolador, pero es mucho mejor que vivir con sufrimiento en la capital —respondió Kenreimon-in, y decidió trasladarse. Parece ser que fue la esposa de Tadafusa quien le preparó un carruaje.

A finales del noveno mes del primer año de la era de Bunji (1185), la antigua dama imperial se trasladó a la ermita de Jakkō-in. Durante el viaje, vio cómo las hojas de los árboles que envolvían el camino se habían vuelto rojas. Caía la noche, empujada por la penumbra de la montaña. De algún templo de la montaña llegaba el tañido vacilante y melancólico de una campana. Cuando reparó en el abundante rocío de las hierbas que pisaban sus criados, las mangas de su hábito de monja se humedecieron más y más. De pronto, un repentino vendaval comenzó a arrancar las hojas, dispersándolas por los aires. Las nubes oscurecieron aún más el cielo y empezó a llover. A lo lejos, se oía el balitar de los venados. Cerca, el zumbido de los insectos era tan tenue que a veces parecía desvanecerse. ¿Con qué labios se puede describir el estado de inmensa desolación en que se hallaba su corazón? Cada paso adelante significaba una punzada más en su dolor. Pensaba: «la pena que siento no la había sentido jamás cuando vivía en la capital, ni siquiera cuando viajaba en un barco como fugitiva de isla en isla y de playa en playa».

Cuando llegó a Jakkō-in, sintió alivio al ver que se trataba de un lugar apacible y melancólico con rocas cubiertas de musgo. Parecía el lugar perfecto para ella. Los arbustos secos y los crisantemos marchitos que había en un jardín cargado de rocío le hicieron pensar en su propio destino... ¡Cómo se identificaba con ellos! Cuando se halló ante la imagen de Buda, rezó así:

—¡Que el alma de mi hijo, el Emperador, renazca en paz en el paraíso!

Por un momento le pareció que la imagen de Buda que tenía ante los ojos se juntaba con la imagen de su hijo, tal como ella lo recordaba en su corazón. Sintió así que jamás olvidaría su aspecto.

Al lado de la ermita de Jakkō-in le construyeron una cabaña de un *jō* cuadrado con dos habitaciones: una sería el dormitorio y la otra el oratorio, donde colocó la imagen de Buda. Así pasó los días y los meses, ocupada en sus devociones y entonando continuamente oraciones a Buda.

Una tarde, el día quince del décimo mes, oyó ruido de pisadas sobre la hojarasca de encinas que había en el jardín. Se volvió a una de sus damas y le preguntó:

—¿Quién podrá haber llegado hasta aquí para perturbar la paz de alguien que ha huido del mundo en busca de refugio? Ve a ver quién es. Si es alguien al que no deseamos ver, debemos escondernos enseguida.

La dama de compañía salió a ver quién era. Era un venado que pasaba por allí.

—¿Quién era? —preguntó Kenreimon-in.

La dama de compañía, que se llamaba Dainago-no-suke, conteniendo las lágrimas, le respondió con estos versos:

A visitar
a mi señora, ¿quién
hollando rocas
iba a osar? Un venado.
Hojarasca de encina.

La antigua emperatriz, emocionada, se puso a escribirlos sobre el papel de la ventana corrediza.

¿No era triste que en ese ambiente de reclusión y dolor tuviera que hallar alivio en el recuerdo del tiempo pasado y en comparaciones consoladoras? Así, las encinas plantadas a lo largo del alero eran para ella los Árboles de las Siete Joyas del paraíso, y el agua estancada en las oquedades de las rocas el Lago de las Ocho Virtudes[7]. Comparaba su vida con la de las flores de primavera, que se van volando fugaces impulsadas por la brisa; y la vida humana con la luna movediza del otoño, que se esconde tras las nubes.

¡Ah, aquellas noches en que componía poemas sobre la luna mientras contemplaba las nubes tras las cuales se ocultaban los rayos del nocturno astro en su palacio del Sol Brillante! ¡Aquellos aposentos maravillosos en aquel palacio resplandeciente de jade y oro que decoraban tapices de seda! ¿Y ahora qué? Ahora no hacía más que mojar con amargas lágrimas las mangas de su austero hábito mientras pasaba días y noches en una mísera choza hecha de ramas y paja.

CAPÍTULO III

LA VISITA IMPERIAL A OOHARA

Pasaron días y meses hasta que en la primavera del segundo año de la era Bunji (1186), el emperador-monje Goshirakawa[8] decidió visitar la ermita de Oohara donde se hallaba recluida Kenreimon-in, su hija política. Pero era el segundo y tercer mes del año, cuando el viento todavía sopla con violencia y el frío es penetrante; la blanca nieve de las cumbres aún no había desaparecido, ni el hielo de los riachuelos del valle se había derretido. Terminó la primavera y llegó el verano.

[7] Según el *sutra de Amida* (en sánscrito, *Sukhaavatii-vyuuha*), los árboles del paraíso están formados de raíces de oro, troncos de cobre, ramas de platino, ramitas de ágata, hojas de coral, flores de ópalo y frutos de perlas. En cuanto al lago de este Edén budista, sus aguas poseían ocho virtudes: pureza, frescura, dulzura, blandura, brillo, paz, propiedades curativas y don de crecimiento.

[8] Retroacción narrativa, pues, como se indica en el último capítulo del libro anterior, el Emperador-monje había muerto en 1192.

Fue después de terminadas las festividades del santuario de Kamo cuando Su Majestad se dispuso a partir hacia Oohara. Decidió salir de noche, en las primeras horas de la madrugada. Era un viaje secreto. Su séquito era reducido: seis miembros de la nobleza alta, ocho de la nobleza media y un puñado de guardias de la puerta del Norte. La comitiva tomó la ruta de Kurama. El Emperador-monje aprovechó para visitar Fudaraku-ji, un templo construido por Kiyohara no Fukuyabu, y las ruinas donde la emperatriz Ono vivió en reclusión[9]. Allí, el Emperador-monje bajó del carruaje y subió a un palanquín. En el cielo las blancas nubes se asemejaban a marchitas flores de cerezo, mientras que los tallos todavía verdes de los árboles guardaban aún el recuerdo de la primavera. Había pasado el día veinte del cuarto mes. El palanquín, entre el denso follaje de la maleza de la montaña, avanzaba por sendas desconocidas. Cuando Su Majestad se dio cuenta de que iban por lugares por donde nadie transitaba, sintió mucha pena por la dama imperial... ¡Venir a encerrarse en unos parajes tan desolados!

En la falda de la montaña, por el lado oeste, había un pequeño templo con su sala de homilías. Era la ermita de Jakkō-in. En un jardín diseñado al estilo antiguo, había un estanque y una arboleda que transmitían un aire de antiguo esplendor. Todo ello hacía recordar aquellos versos:

Entre sus tejas
pasa la niebla espesa
como el incienso.
Y por la rota puerta,
luz de luna, fiel lámpara.

Los matorrales crecían con lozanía en el jardín. Los hilos azules de las ramas del sauce se movían lastimados por el viento, mientras que las plantas acuáticas flotaban y se mecían blandamente al compás del temblor del agua del estanque, como telas de seda sobre el mar. En las copas de los pinos las glicinas se habían vuelto ya moradas y las

[9] Kiyohara no Fukuyabu, miembro de la Corte Imperial en el siglo IX, fue el bisabuelo de la escritora Sei Shōnagon. La emperatriz Ono, esposa del emperador Goreizei (1045-1068), abrazó la vida religiosa y vivió recluida en las faldas de Ebumi-yama, cerca de Shizuhara.

flores del cerezo tardío, abiertas entre las hojas, se mostraban con más gracia que en la temporada de la primera floración[10].

En los bordes habían florecido espléndidas rosas amarillas, y el canto del cuclillo que se escuchaba entre las nubes parecía dar la bienvenida a la visita imperial. Sobrecogido por la belleza del lugar, el Emperador-monje compuso este poema:

Sobre las aguas
del estanque hay flores.
De los cerezos
caídos pétalos son
que blancura derraman.

También el agua que se precipitaba sobre las viejas rocas daba un austero encanto al lugar. Los muros tapizados de verde hiedra, el limpio contorno de las montañas... ¡Ningún pincel podría reproducir la belleza de ese sitio!

Al fijar sus augustos ojos en la ermita de la dama imperial, reparó en que el techo estaba cubierto de enredaderas y en que el dondiego de día había florecido entre la maleza. La hierba del recuerdo se mezclaba con la hierba del olvido. Hubiera podido decirse aquí: «Ante la casa de Yen Yuan la calabaza siempre está vacía, mientras que la hierba no hace más que crecer. Pero en la casa de Yuan Hsien, sus puertas dejan pasar la lluvia y las hierbas abundan»[11]. Al lado de aquellas humildes cabañas, no desmerecía la de Kenreimon-in, en donde ya faltaban las ramas de pino que hacían de techo. Lluvia, bruma y niebla competían con la luz de la luna en visitar su interior. Detrás de la ermita se alzaban las montañas, delante se extendía una pradera y, alrededor, el viento mecía suavemente los tallos de bambú haciendo susurrar sus hojas. Como es corriente entre los que viven apartados del mundo, los recuerdos dolorosos se agolpaban como las apretadas columnas de bambú que había en el interior de la cabaña, mientras que

[10] La primera floración del cerezo suele ser a primeros de abril, mientras que estos cerezos tardíos lo hacen a fines de mayo o junio (después del día veinte del cuarto mes lunar).

[11] Son dos discípulos de Confucio cuyas vidas eran a menudo ponderadas como ejemplos edificantes de pobreza.

las noticias de la capital quedaban tan lejos como las vallas de bambú atadas toscamente. Los únicos ruidos que allí se oían eran los de los monos que saltaban de árbol en árbol en las faldas de la montaña y el sonido lejano del leñador cortando leña. ¿Quién más, aparte de la verde hiedra, podría visitarla?

—¿Hay alguien dentro? ¿Hay alguien? —preguntó el Emperador.

Nadie respondía. Al cabo de un rato, apareció una monja anciana.

—¿Dónde se encuentra la dama imperial? —preguntó de nuevo Su Majestad.

—Se ha ido monte arriba, a coger flores...

—¿Es que ni siquiera tiene a nadie que haga ese trabajo por ella? Ya sabemos que ha abandonado el mundo y sus pompas, pero es triste que ella misma deba hacer trabajos tan humildes...

Así se lamentaba Su Majestad.

Pero entonces la monja dijo:

—La pobre sufre porque su buen *karma* se le ha agotado después de haber cumplido los Cinco Mandamientos y observado los Diez Preceptos. ¿Por qué no iba a mortificar su cuerpo si se ha obligado a vivir una vida de renuncia y austeridades? El sutra *Yinkuo*[12] nos enseña: «si quieres saber la causa del pasado, mira el efecto del presente; si quieres saber el efecto del futuro, mira la causa del presente». Cuando uno descubre la causa del pasado y el efecto del futuro, no hay razón para lamentarse ni espacio para la tristeza. El príncipe Sakyamuni abandonó su palacio de Gayā a los diecinueve años para refugiarse en las faldas del monte Dandaka. Allí, usando como prendas de vestir las hojas de los árboles, subía a las cumbres en busca de leña y al fondo del valle en busca de agua. Finalmente, su vida ardua de renuncias y mortificaciones tuvo su premio cuando entró en *nirvana*[13].

Cuando el Emperador-monje reparó en la figura de esta monja, no fue capaz de distinguir si su hábito era de algodón o seda. Pero sí que le llamó la atención que una monja hablara de esa manera.

—Dime: ¿quién eres tú? —le preguntó.

[12] El sutra de la causa y el efecto.
[13] Término con el que en el budismo se designa la iluminación o el despertar a la realidad.

La monja se echó a llorar con lágrimas amargas, y durante un buen espacio de tiempo fue incapaz de responder. Por fin, aguantando el llanto, pudo decir:

—¡Ay, Majestad, qué difícil me resulta decirle esto! No soy otra que la hija del difunto Shinzei, consejero mayor. Mi nombre es Awa-no-naishi. Mi madre era Kī-no-dono, a quien Su Majestad trataba con tanto cariño. Pero Su Majestad no me ha reconocido por lo vieja que estoy ya... ¡Ay!, ¡qué situación tan penosa!

No había nadie que al ver cómo la monja se apretaba la manga contra su cara fuera capaz de no dar rienda suelta a las lágrimas. El Emperador-monje no fue una excepción, y entre lágrimas dijo:

—¿Así que tú eres aquella Awa-no-naishi? ¡Y yo sin reconocerte! ¿No es esto un sueño?

Los hombres de la alta y media nobleza comentaban:

—Ya nos extrañaba esta monja. Una mujer que habla así debe haberse educado en la Corte.

El Emperador-monje pasó su vista por el lugar. Se fijó en las hierbas de los muros vencidas por el peso del rocío, en los arrozales más allá del muro repletos de agua y en donde la agachadiza no tenía dónde posarse. Entró en la ermita deslizando la puerta corredera. En la primera estancia estaban colocadas tres estatuas, como dando la bienvenida. La estatua del centro llevaba colgada de la mano una cuerda hecha de cinco hilos. A la izquierda de esta imagen estaba colgada una pintura de Fugen; a la derecha, un dibujo del maestro Zendō[14] y otro del emperador Antoku. Había también ocho rollos del sutra del Loto y nuevos rollos de las obras de Zendō. En lugar del aroma de orquídeas y almizcle que llenaba las estancias del Palacio Imperial, este pobre oratorio olía al incienso de las ofrendas.

Al reparar en esta humilde morada, el Emperador-monje no pudo evitar compararla a la celda de un *jō* cuadrado de Yuima, quien, desde allí, fue capaz de comunicarse con los treinta y dos mil budas de las Diez Direcciones[15]. En varios lugares de las puertas de papel había

[14] Conocido en chino como Shan Tao (613-681 a. C.), el tercer patriarca de la escuela budista china de la Tierra Pura.

[15] Todas las direcciones del espacio, es decir, las ocho direcciones de la brújula y, además, arriba y abajo. Yuima es un personaje rico que aparece en el sutra *Vima Lakirti-nirdesa*.

pegados papeles de colores en los que se podían leer pasajes de las sagradas escrituras del budismo. Había también un poema chino compuesto por Ooe no Sadamoto en el monte Chin Liang:

Al son de flautas se escuchan melodías desde las nubes lejanas.
Y entre los rayos del sol para llevarme se acercan los dioses y Buda.

A su lado había otros versos que parecían haber sido escritos por la dama imperial. Decían así:

¿Cuándo soñé
yo que esta misma luna
vista en palacio
un día habría de verla
entre ásperas montañas?

Al lado del oratorio, el Emperador-monje vio otra estancia que debía ser el dormitorio de la dama imperial. En la percha de bambú estaba colgado un hábito de lino y otros objetos de papel. ¿Estaba soñando? ¿Qué se hizo de aquellos brocados y damascos, de aquellas perfumadas gasas, de aquellos tejidos de la mejor seda del Japón y de la China? Todos los miembros del séquito de la nobleza media y alta que habían conocido a la dama imperial en aquellos días de esplendor, al pensar en este cambio del destino, ¿qué otra cosa podían hacer más que mojar las mangas de sus kimonos?

En ese momento por el pedregoso camino de la montaña bajaban dos monjas vestidas con austeros hábitos negros. Al ver la visita imperial, se atemorizaron. El Emperador-monje, cuando las vio, preguntó:

—¿Quiénes son ésas?

La monja que había hablado antes repuso:

—La que lleva la cesta con azaleas silvestres es la dama imperial. La otra con leña y el haz de helechos es Dainago-no-suke, la hija de Korezane, consejero medio, e hija adoptiva de Kunitsuna, consejero mayor. También nodriza de Su Majestad, el difunto emperador Antoku y ...

Pero, ¡ay!, que las lágrimas no le permitieron seguir mientras el Emperador-monje, conmovido, intentaba contener las suyas.

La dama imperial, cuando se dio cuenta de quién había venido a visitarla, deseó que la tierra se la tragara. ¡Qué vergüenza mostrarse con los hábitos de monja ante Su Majestad!

Las mangas del hábito de Kenreimon-in estaban siempre húmedas por el rocío de la mañana que había en los caminos de la montaña o por el agua sagrada que todas las noches ofrecía a Buda en la ermita. Pero esta vez, ni era por la mañana, ni tampoco venía de la ermita. Se quedó atónita e inmóvil. Los ojos se le arrasaron en lágrimas. Awa-no-naishi se acercó a ella y le tomó la cesta de flores.

CAPÍTULO IV

LAS SEIS SENDAS

—¿Qué puede turbar a quien ha dejado atrás el mundo y sus pompas? —le dijo Awa-no-naishi—. Acérquese, señora, sin embarazo y dispóngase enseguida a recibir a Su Majestad.

La dama imperial cedió y se acercó a la ermita. Después de recibir al Emperador-monje, dijo llorando estas palabras:

—Cada vez que me postraba en oración, esperaba que la luz de Buda entrara por la ventana para buscarme y me llevara al paraíso de la Tierra Pura. Y cuando mis labios se movían para rezar las diez invocaciones santas, mi corazón ansiaba la visita en mi ermita de algún *bodisatva*. Pero, ¡ay!, ¿quién iba a decirme que Su Majestad en persona iba a dignarse honrarme con su augusta visita?

El Emperador-monje le dijo:

—Hasta los seres que viven en las más altas esferas celestiales durante ocho mil *kalpas*[16] tienen que aceptar la turbadora aflicción de la muerte. Incluso los seres que habitan en los Seis Reinos[17] del mundo

[16] En la cosmología antigua de la India, un *kalpa* (sáncrito; en japonés, *kō*) es un periodo sumamente largo de tiempo, de una media de 15.998.000 años.

[17] En el budismo las Seis Sendas o Reinos *(roku-dō)* son los estados de existencia o sendas por donde transcurre una vida en el proceso de transmigración. Son los reinos

del deseo no pueden escapar a las Cinco Señales de Decaimiento[18]. Desde los indescriptibles placeres del palacio de la Visión del Bien a las sublimes maravillas del palacio de Bonten, todo ello no es más que el recuerdo fugaz de un sueño agradable, la ilusión efímera y espectral de un cambio eterno. Es como una rueda que gira y gira eternamente sin parar jamás. Si de esa ilusión son víctimas los seres celestiales, ¡cuánto más ocurrirá en el mundo de los humanos!

Siguió diciendo el Emperador-monje:

–Por cierto, ¿es que nadie te visita ya? ¡Cuántas cosas del pasado tendrás que recordar!, ¿verdad?

–Nadie viene a visitarme –respondió la dama imperial–. Excepto, a veces, las esposas de Tadafusa y Nobutaka. Jamás imaginé que tendría que depender de su ayuda.

Kenreimon-in empezó a sollozar, mientras las damas que la acompañaban humedecían con lágrimas las mangas de sus hábitos. La dama imperial siguió diciendo:

–Bien sé, Majestad, que las nuevas circunstancias que me rodean no son más que un estado transitorio en mi vida y que debo estar feliz porque podré renacer en la venidera. Podré tener pronto la dicha de hacerme discípula de Buda y el gran gozo de entregarle mi vida gracias a la profesión religiosa y al ejercicio de los votos. Con esta esperanza he logrado superar los Cinco Obstáculos y las Tres Obediencias de las mujeres[19]. A lo largo de las seis divisiones del día he purificado

del infierno, de los espíritus hambrientos, de los animales, de los *asuras* o demonios, de los seres humanos y de los seres celestiales. Si se los considera como estados de vida, indican otras tantas condiciones de ilusión o sufrimiento. Frecuentemente, como se hace en este capítulo, se mencionan en oposición a los Cuatro Mundos Nobles (el mundo de los que escuchan las voces, el mundo de los despiertos a las causas, el mundo de los *bodisatvas* y el mundo de los budas), en los cuales sí que se hacen esfuerzos para trascender las ilusiones de los Seis Reinos (*Dictionary of Buddhism*, op. cit., pág. 612).

[18] Son, tal como se describen en el sutra del Nirvana, los indicios que presentan los seres celestiales cuando su vida está a punto de concluir: sus vestidos se manchan, las flores de sus cabezas se marchitan, sus cuerpos se ensucian y huelen mal, sus axilas transpiran, y, en quinto lugar, sus corazones no sienten felicidad.

[19] Los Cinco Obstáculos se refieren a que las mujeres no pueden ser un *brahmā*, un *shakra*, un rey demonio, un rey girador de rueda, ni un buda. En cuanto a las Tres Obediencias o Sumisiones, derivadas del código de conducta del confucianismo y del

mis seis sentidos y rezado con fervor desde lo más profundo de mi corazón para renacer en el paraíso puro de las nueve esferas. Rezo, además, constantemente por la salvación de mi familia y a todas horas espero la llegada de las tres venerables imágenes que me den la bienvenida a la Tierra Pura. Sin embargo, un solo apego mundano se interpone en mi camino a la salvación: no consigo olvidar el rostro de mi hijo, Su Majestad el emperador Antoku. Ni siquiera creo que pueda olvidarlo en la vida venidera. Por mucho que me esfuerce por sobreponerme a esta dolorosa atadura, no podré. ¡Ay, que no hay lazo más desdichado que el amor de los padres por sus hijos! Ni un día ni una noche descuido el servicio religioso por el renacimiento de mi difunto hijo. Me han dicho que tal servicio es la guía más segura para no perderse en el camino hacia Buda.

—Aunque este país nuestro es pequeño como los granos esparcidos de mijo —le dijo el Emperador-monje—, por haber dominado los Diez Santos Preceptos has sido honrada con el título de madre del señor de los Diez Mil Carros y has gozado de todo cuanto podías desear. Por haber nacido en un mundo donde impera la Ley de Buda y por tener fe y llevar esta vida de privaciones, no hay duda de que renacerás en el paraíso de la Tierra Pura. De la fugacidad de la vida humana no puedo sorprenderme, pero al verte en este estado no dejo de sentir mi impotencia.

La dama imperial contestó:

—Por ser hija de Kiyomori, primer ministro, y madre de un emperador he tenido en la palma de mi mano los destinos del país. En todas las grandes festividades, desde la de Felicitaciones de Año Nuevo a la Fiesta del Cambio de Indumentaria en el cuarto y décimo mes[20], e incluso en las de Fin de Año, cuando se invoca el nombre de Buda, siempre me encontraba asistida por el regente, los ministros, la nobleza alta y baja. Era como si me rodearan los ochenta mil dioses celestiales de los Seis Reinos o de los Cuatro Cielos[21], y todos los moradores

brahmanismo, se refieren al deber de las mujeres de obedecer a sus padres en la niñez, a su esposo en el matrimonio y a sus hijos en la vejez.

[20] Es decir, el cambio oficial de la ropa de invierno a la de verano en el mes de mayo y de la de verano a la de invierno en el de noviembre.

[21] Los Cuatro Cielos o Reinos del Mundo de lo Informe (*shi-mushiki-ten*) son los dominios libres de las ataduras de la forma y materia. En orden ascendente son: el cielo

de los palacios celestiales me contemplaran con pavor y admiración. En todo y por todos consentida y mimada, pasaba mis días tras las cortinas de jade de los palacios de Seiryō-den... Los días de primavera contemplaba las flores de cerezo desde las salas de Nan-den. En los de verano me refrescaba del calor con las fuentes y manantiales del palacio... Jamás tuve que contemplar sola la luna sobre las nubes de otoño[22], y en las noches frías de nieve, en el crudo invierno, dormía bien abrigada bajo varias cobijas. ¿Qué me faltaba sino longevidad o, mejor aún, el don de la inmortalidad y de la eterna juventud? Me tenía por el ser más afortunado del mundo y estaba segura de que nadie, ni siquiera en el paraíso, podía haber sido bendecido con una dicha mayor que la mía.

Pero, ¡ay!, que a comienzos del otoño de la era de Juei (1183), por miedo a un hombre llamado Kiso Yoshinaka todos los Heike tuvimos que abandonar nuestros palacios, abandonar la añorada capital, que muy pronto nos obligaron a contemplar bajo nubes lejanas. Fuimos testigos del incendio de la antigua capital de Fukuhara. Vagamos por las costas de Akashi después de escapar de Suma, lugares cuyos nombres tan sólo había escuchado en el pasado. Navegábamos a la deriva surcando las olas del inmenso océano, mientras yo, durante el día, ocultaba mis lágrimas mojando las mangas de mi kimono; durante la noche, en cambio, daba rienda suelta a mi dolor y lloraba y lloraba hasta el amanecer mientras oía el canto de los chorlitos en las barras de arena del litoral. De costa en costa, de isla en isla, como fugitivos acosados, nos movíamos entre lugares de nombres famosos, pero la capital, nuestro hogar, nunca se alejaba de nuestros pensamientos. Mi dolor era semejante al que embarga a los seres celestiales cuando presentan las Cinco Señales de Decaimiento[23]. Experimenté en carne propia el dolor del destino del ser humano, que no es otro que el dolor por la separación de un ser amado y por la relación con alguien a quien se odia. De los Cuatro Sufrimientos y de los Ocho Padecimientos no hay

del vacío infinito, el cielo de la conciencia infinita, el cielo de la nada y el cielo del pensamiento y del no pensamiento. La práctica de la meditación conduce al renacimiento en alguno de estos mundos.

[22] Era un tópico poético la asociación entre soledad y contemplación de la luna, especialmente en el mes de septiembre.

[23] Ver *supra* nota 18.

ninguno que no haya experimentado[24]. Y luego, en un lugar llamado Dazaifu, provincia de Chikuzen, un tal Koreyoshi se atrevió a expulsarnos de Kiushu[25]. Por altas que fueran las montañas y extensos los campos, no parecía haber refugio para nosotros ni descanso para nuestros perseguidores. Al final del otoño de ese mismo año, estaba contemplando la luna alzada sobre la lejana línea del mar, esa misma luna que tantas veces había visto en el palacio, cuando en el mes décimo, Kiyotsune, el capitán medio, se arrojó al mar diciendo: «Hemos abandonado la capital ante el ataque de los Genji. Después, Koreyoshi nos ha expulsado de las nueve provincias de Kiushu. Somos como un banco de peces atrapados en la red. No tenemos por dónde escapar ni yo tengo una vida que merezca ser vivida».

¡Ah, aquel lamentable suceso fue el comienzo de nuestra tragedia! El día lo pasábamos sobre la olas; la noche, dentro de los barcos. No llegaban ni tributos ni provisiones... ¿Cómo podríamos preparar la comida? Cuando teníamos algún bocado, nos faltaba el agua. Bien es cierto que flotábamos sobre las aguas del gran océano, pero ¿cómo íbamos a beber el agua salada? Teníamos la misma sensación que sufren los espíritus hambrientos.

Tras las victorias de Muroyama y Mizushima, los ánimos parecieron volver a nuestros hombres. Pero vino a continuación la derrota de Ichi-no-tani, donde tantos de los nuestros perdieron la vida. Hasta los cortesanos abandonaron sus vestidos de ceremonia y se pusieron armaduras y corazas de guerra. Ni de día ni de noche cesaban los estrépitos de las armas o los gritos de combate. Sentí que la lucha entre Asura y Taishaku tuvo que ser igual de encarnizada[26].

[24] Los Cuatro Sufrimientos (*shi-ku*) universales son el nacimiento, el envejecimiento, la enfermedad y la muerte. Los Ocho Padecimientos (*hakku*) son los cuatro anteriores, más la separación del ser amado, la reunión con los que se odia, la imposibilidad de conseguir lo que se desea, y el dolor derivado de los cinco componentes que constituyen cuerpo y mente (forma, percepción, concepción, volición y conciencia) (*Dictionary of Buddhism*, op. cit., págs. 233 y 149, respectivamente).

[25] Véase Libro 8, cap. IV.

[26] En la mitología hindú, Asura, que tiene muchas mujeres pero no comida, y Taishaku o Shakra, con muchos alimentos pero no mujeres, se encuentran combatiendo constantemente.

Después de la batalla de Ichi-no-tani, muchos padres se quedaron sin hijos y muchas esposas perdieron a sus esposos. Nuestros corazones se encogían cada vez que divisábamos una barca de pescadores en alta mar porque creíamos que era una nave enemiga. Y cuando confundíamos una bandada de garzas sobre los pinares con los estandartes de los Genji, nuestros cuerpos temblaban de miedo. Finalmente, en la batalla que tuvo lugar en el estrecho entre Moji y Akama, en Dan-no-ura, creíamos que sería nuestro fin. Fue entonces cuando mi madre, Nī-dono, me dijo estas palabras: «Hija, no hay ya una posibilidad entre mil o diez mil de que sobreviva un solo hombre de los nuestros. Si por suerte algún pariente lejano llegara a sobrevivir, ¿podremos confiar en que vaya a rezar por nuestra salvación? Desde tiempos remotos existe la costumbre de dejar con vida a las mujeres. Por eso, hija, debes conservar tu vida como puedas y dedicarte a rezar por la salvación del Emperador y por la mía». Esas fueron sus palabras, que yo escuché como en un sueño. De repente, sopló una fuerte ráfaga de viento y el cielo se cubrió de nubes que sembraron la inquietud en los corazones de nuestros guerreros. Nuestro destino había llegado a su fin y no había esfuerzo humano capaz de impedirlo. En ese momento, Nī-dono, pensando también que todo estaba acabado, tomó al emperador Antoku entre sus brazos y se dirigió al borde de la nave. El Emperador le preguntó sorprendido: «Abuela, ¿adónde me llevas?» Nī-dono lo miró y, conteniendo las lágrimas, le respondió: «¿Es que todavía no lo sabes? Has nacido en este mundo como emperador por haber dominado en tu vida anterior los Diez Santos Preceptos del budismo. Sin embargo, hijo mío, arrastrado por la desgracia de la maldad, tu destino ha llegado a su fin. Mira primero al este y despídete del santuario de Ise. Luego tienes que desear ser recibido por Buda y por los *bodisatva* en el paraíso de Occidente. Por eso, tienes que mirar después al oeste y entonar el nombre de Buda Amida. Esta tierra es un mundo de miseria y amargura, pero yo te voy a llevar a otra, a un mundo de felicidad que se llama la Tierra Pura». El pequeño Emperador llevaba un kimono de color verde oscuro y el pelo peinado con dos coletas. Con lágrimas en los ojos, juntó sus tiernas manitas y se puso a rezar mirando al este para despedirse del santuario de Ise. Después, se volvió al oeste e invocó el nombre de Buda Amida. Su abuela lo abrazó y juntos saltaron al mar. A mi alrededor se hicieron las tinieblas y a punto

estuve de desmayarme. ¡Ay, que por más que intento olvidar su rostro en aquel momento, no lo consigo! Los alaridos que dieron los supervivientes, sin duda, fueron más atroces que los gritos que dan los pecadores al retorcerse en las llamas abrasadoras del infierno. ¡Con qué esfuerzo trato de sobrellevar mi desgracia, pero no lo consigo! Después, cuando aquellos soldados nos prendieron como prisioneras de guerra y nos llevaban a la capital, en la playa de Akashi, provincia de Harima, me quedé dormida y tuve un sueño. En él se me apareció el Emperador rodeado de toda la nobleza alta y media. Todos ataviados con sus mejores galas y alineados en un lugar mucho más espléndido que el antiguo Palacio Imperial. Desde mi salida de la capital, no había visto un lugar tan hermoso. Pregunté: «¿Dónde estamos?». Entonces, una monja que parecía ser Nī-dono me respondió: «Es el palacio del Rey Dragón». «¡Qué sitio tan bonito!», dije yo. Y pregunté: «¿Es que no existe el dolor en este lugar?» Nī-dono me contestó: «Eso se ve dentro del sutra de los Dragones y Animales. Nunca dejes de rezar fervorosamente por nosotros». Entonces, me desperté. Desde entonces no dejo de rezar sutras con más fervor que antes y de invocar el nombre de Amida a fin de que tanto el Emperador como todos los hombres y mujeres del linaje de los Heike puedan renacer en el paraíso. Creo, Majestad, que todas mis experiencias son propias de las Seis Sendas.

El Emperador-monje le dijo:

—En China, Hsuan Tsang pasó por las Seis Sendas antes de ser iluminado. Y en nuestro país, el monje Nichizō fue capaz de verlas gracias al poder de Zaō Gongen. ¡Qué privilegio que tú también hayas podido verlas con tus propios ojos!

Y sus augustos ojos se llenaron de lágrimas. Todos los que lo acompañaban en el séquito, tanto de la nobleza media como de la alta, escurrieron las mangas de sus kimonos, empapadas por las lágrimas. Finalmente, cuando la dama imperial rompió también a llorar, las mujeres que la acompañaban empaparon también las mangas de sus hábitos.

CAPÍTULO V

LA MUERTE DE LA DAMA IMPERIAL

El tañido de la campana de la ermita de Jakkō-in ya anunciaba la llegada de la noche. Por el cielo de poniente se escondía el sol.

Al Emperador-monje le apenaba la idea del regreso, pero, luchando por sofocar las lágrimas, tuvo que volver a la capital. Respecto a Kenreimon-in, la antigua dama imperial, el pasado y sus recuerdos se adueñaron de su corazón y con las mangas de su hábito no cesaba de enjuagar las lágrimas que salían y salían de sus ojos. Después de acompañar con la mirada a la comitiva imperial, que se alejaba más y más de la ermita, la dama entró en el oratorio y postrada ante el altar rezó esta oración con los ojos brillantes por las lágrimas:

—¡Que el espíritu del Emperador y de los hombres y mujeres de la estirpe de los Heike puedan renacer y alcanzar el camino de Buda!

En tiempos pasados solía rezar mirando al levante con estas palabras:

—¡Oh, divinidades del santuario de Ise y *bodisatva* Hachiman! Haced que la vida del Emperador se pueda contar por miles de otoños y millones de años.

Ahora, en cambio, vuelta al poniente y con las manos juntas, rezaba así:

—¡Que el espíritu del príncipe del sol y de la estirpe de los Heike pueda renacer en el Paraíso de Amida!

¡Y qué dolorosa era la diferencia!

En las puertas corredizas de papel que había en su humilde aposento había escrito ella misma los siguientes poemas:

¡Ah, cómo extraño
la vida en el palacio!
¿Desde cuándo este
cambio, este hondo apego
que así mi pecho oprime?

En fugaz sueño
mi pasado ha quedado.
¡Fugacidad
semejante a esta vida
en la ermita deseo!

Cuentan que Sanesada, el ministro de la Izquierda de Tokudai-ji, que en esa ocasión había formado parte del séquito del Emperador-monje, escribió en uno de los pilares de la ermita los siguientes versos:

Al palacio antes
¡qué luz esplendorosa
dabas, oh luna!
Por tristes montes ahora
tu luz se desvanece.

La dama imperial, Kenreimon-in, mientras tanto, se entregaba con lágrimas al recuerdo del pasado y a los pensamientos sobre el presente. Un día oyó el canto del ruiseñor, e inspirada compuso este poema:

¡Ruiseñor, ven!
Ven. Comparemos lágrimas.
Yo, como tú,
del llanto, oficio hago
en este mundo cruel.

Los miembros del clan de los Heike capturados en la batalla de Dan-no-ura, después de ser paseados con escarnio por las grandes avenidas, fueron decapitados o desterrados a provincias lejanas y separados de sus familias. A excepción de Yorimori, el consejero mayor, ninguno pudo quedarse en la capital. En cuanto a sus mujeres, que sumaban unas cuarenta, no fueron castigadas. Pudieron regresar con sus familias y parientes o buscarse otros refugios. Pero ni siquiera en las más encumbradas casas, donde podían vivir tras cortinas de jade, dejó de oírse el viento; ni en las casas más modestas, donde podían vivir tras puertas de paja, el polvo se asentó[27].

Esposos y esposas, cuyas cabezas habían dormido juntas, quedaron condenados para siempre a la lejanía como el cielo y la tierra.

[27] Metáforas ambas del estado de desasosiego en que vivieron esas mujeres.

Los padres y los hijos se separaron y no volvieron a tener noticias unos de otros. Pero la añoranza por los seres queridos no desaparecía con el paso del tiempo; antes bien, los días y los meses acrecentaban la pena y aumentaban el llanto. De tanto dolor no tuvo la culpa más que Taira Ason no Kiyomori, que tuvo el cielo y la tierra en la palma de la mano, que gobernó el Imperio a su antojo, que ni respetó a la Casa Imperial, que estaba arriba, ni atendió al pueblo, que estaba abajo, que prodigó a su capricho muertes y destierros sin tener en cuenta al mundo ni a las personas. Ejemplo, sin duda, de que bien pagan los descendientes los pecados de los padres.

Pasaron años y meses, hasta que la antigua Emperatriz cayó enferma. Tomó en sus manos la imagen de Buda de la que colgaban las hebras de hilo de cinco colores, y de sus labios salió la siguiente plegaria: «Amida Nyorai, señor del Paraíso de la Tierra Pura, acógeme en tu seno y recíbeme en tu paraíso».

Al entender su plegaria, sus damas de compañía, Dainago-no-suke y Awa-no-naishi, que se encontraban a su derecha e izquierda, se pusieron a llorar, pues su fin se acercaba. A medida que la voz de la enferma se hacía más y más débil, una nube púrpura ensombreció el cielo por el oeste y una fragancia inefable perfumó la alcoba. Al mismo tiempo, desde el cielo se dejaron oír las notas de una maravillosa melodía.

Todo mortal tiene un tiempo de vida limitado, y el de la dama imperial se había cumplido. Falleció a mediados del segundo mes del segundo año de la era de Kenkyū (1191). Sus dos damas de compañía, que habían estado a su servicio desde que Kenreimon-in ocupara el rango imperial, lamentaron su muerte con tanta pena que en nada podían hallar consuelo ni amparo. Ninguna de las dos tenía parientes ni lugar al que volver. Se entregaron, por tanto, a la fidelidad del recuerdo de la dama imperial, de suerte que jamás dejaron de conmemorar el aniversario de su muerte con ceremonias religiosas. Dice la gente que las dos siguieron los ejemplos de la hija del Rey Dragón y de la Dama Idaike que, tras alcanzar la iluminación, pudieron renacer en el Paraíso[28].

[28] Según se narra en el capítulo *Davadatta* del sutra del Loto, la hija del Rey Dragón, Sagara, fue iluminada por las palabras de Buda Sakyamuni cuando tenía ocho años. La Dama Idaike (en sánscrito *Vaidehi*) era la esposa del rey Bimbisāra, en el estado indio de Magadha, que igualmente alcanzó la iluminación al escuchar a Buda Sakyamuni.

GLOSARIO DE TÉRMINOS JAPONESES*

ajari: maestro budista, especialmente de las escuelas Tendai y Shingon.

arhat: santo budista o persona que ha logrado el nivel más alto de la iluminación.

aware (mono no aware): sentimiento profundo de una experiencia vital con énfasis en lo triste.

biwa: laúd o viola de cinco cuerdas empleada por los *biwa hooshi* o bonzos ciegos para cantar el *Heike*.

bodisatva: ser virtuoso que, movido por un amor compasivo *(ojihi)*, renuncia a entrar en el Nirvana para ayudar a la iluminación de los demás.

bugaku: arte de la danza.

chō: 109,09 m.

daisōjō: alta dignidad en la jerarquía budista.

go: juego de mesa para dos jugadores, parecido a las damas.

hakama: especie de falda-pantalón que se viste en las ocasiones formales.

hitatare: vestido militar de campaña, no de batalla, atado al pecho mediante cordones y usado por los nobles.

hoin: Sello de la Ley budista, máxima jerarquía budista.

imayō: canción popular de cuatro versos cantada generalmente por una mujer.

jō: 3,30 m.

kan: 3,75 Kg.

karma: ley universal de la causa y el efecto que determina la clase de nacimiento, pero no el proceder.

ken: 1,84 m.

koku: 0,18 m^3, es decir, 181,80 l. En teoría era la cantidad sufi-

* Se incluyen los términos que salen regularmente en el texto. Aquellos que aparecen una sola vez, se explican en la nota correspondiente.

ciente para alimentar a una persona durante un año.

koto: especie de cítara de forma semicilíndrica y con trece cuerdas.

naishi: virgen sirvienta en un santuario sintoísta.

nembutsu: invocación del nombre de Buda, especialmente la frase «Namu Amida Butsu».

nyūdō: «Camino de Entrada», es el título honorífico que llevaba Kiyomori como monje budista.

ri: 3,93 Km, o 36 chō.

rōei: recitación de poemas con partes cantadas.

ryo: 16,05 gr.

sake: bebida alcohólica destilada de arroz.

samurái (saburai): criado que generalmente iba armado.

sarugaku: género interpretativo dramático, directo precursor del teatro *noh*.

shaku: 30,30 cm.

shami: asceta budista.

shirabioshi: bailarinas con trajes masculinos que interpretaban canciones.

sōjō: dignidad budista inferior a la de *daisōjō*.

sumo: lucha libre japonesa, de carácter ceremonial en la época del *Heike monogatari*.

sun: 3,03 cm.

tan: 11 m.

tatami: estera de paja finamente trenzada que, en la región de Kioto, tenía 1,91 m por 0,95 m de superficie, y con orlas de tela cuyo color simbolizaba el estatus del propietario de la casa.

tengu: especie de duende de forma humana, pero alado y de largas narices y brillantes ojos.

ying-yang: par de energías polares cuya interacción produce el universo y sus fenómenos, según el taoísmo chino.

ÍNDICE GENERAL

HEIKE MONOGATARI

LIBRO PRIMERO

LIBRO SEGUNDO

LIBRO TERCERO

LIBRO CUARTO

LIBRO QUINTO

LIBRO SEXTO

LIBRO SÉPTIMO

LIBRO OCTAVO

LIBRO NOVENO

LIBRO DÉCIMO

LIBRO UNDÉCIMO

LIBRO DUODÉCIMO

EPÍLOGO


9 788424 927875

GREDOS